G.K. Chesterton

EL PADRE BROWN

Relatos completos



Lectulandia

El conjunto de los relatos del padre Brown, escrito a lo largo de más de veinte años, constituye quizá la obra más popular de Chesterton.

El simpático cura-detective que los protagoniza resuelve en ellos, armado únicamente con su paraguas, su inocencia y su sabiduría, intrincados casos gracias a un conocimiento sencillo a la par que profundo de la naturaleza humana.

Frente a la destrucción sistemática de la razón, propia del escepticismo y el relativismo de la Europa de inicios del siglo XX, Chesterton crea este singular personaje —basado en su amigo el sacerdote irlandés John O'Connor y que es ya parte del imaginario de la cultura inglesa junto a otras figuras detectivescas como Sherlock Holmes o Hercules Poirot— para mostrar que solo una mirada sincera y que reconozca el misterio que la realidad encierra es capaz de salvaguardar la razón.

Además de los cinco relatos ampliamente conocidos, el presente volumen incluye otros tres que no aparecieron en las ediciones originales: *El caso Donnington*, publicado en *The Premier Magazine*, *La vampiresa del pueblo*, aparecido en *Strand Magazine* y probablemente el primer relato de una nueva colección, y *La máscara de Midas*, texto en el que Chesterton estaba trabajando cuando le sobrevino su enfermedad final en 1936.

G. K. Chesterton

El padre Brown

Relatos completos

ePub r1.0
Titivillus 21.05.2020

Título original: *El padre Brown*
G. K. Chesterton, 2008
Traducción: Alfonso Reyes & Alfonso Nadal & Isabel Abelló de Lamarca & F. González Taujis & Carlos García Rubio & Guillermo Díaz Pintos & José Rafael Hernández Arias

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

INTRODUCCIÓN

> «Paseando calle abajo por Fleet Street, puede uno toparse cualquier día con una forma cuya enormidad oculta el cielo. Grandes rizos surgen por debajo del sombrero flexible de ala ancha; una capa, que podría ser un legado de Portos, ondea junto a su esqueleto colosal. Se detiene a leer el libro que sostiene en las manos en mitad de la calzada y derrama por el aire una cascada de risas que va descendiendo desde las notas más altas hasta la media voz. Levanta la vista, se ajusta los quevedos, observa que no está en un taxi, se acuerda de que debería coger uno, se da la vuelta y lo llama a voces. El vehículo se hunde bajo una carga inusual y se aleja rodando pesadamente. Lleva a Gilbert Keith Chesterton.
>
> El señor Chesterton es la figura más insigne del panorama literario de Londres. Es como un ser procedente de un cuento de hadas, una leyenda en persona, un superviviente de la niñez del mundo… Es un caminante de la eternidad, que se detiene en la posada de la vida, se calienta junto al fuego y hace que las vigas del techo resuenen con sus alegres carcajadas».

Así describe el periodista A. G. Gardiner a su colega G. K. Chesterton, autor de los relatos del padre Brown que presentamos en este volumen. Podríamos enumerar datos sobre su vida: que nació en Kensington (Inglaterra) en 1874; que desde pequeño amaba las discusiones y los debates, primero con su hermano Cecil y más tarde con sus compañeros de escuela; que comenzó trabajando en una editorial y posteriormente pasó a trabajar como articulista y ensayista en diversos periódicos hasta su muerte; que escribió y publicó con notable éxito una ingente cantidad de libros de todos los géneros. Sería decir

algo sobre él y, sin embargo, no entender casi nada. Porque lo que más llama la atención al indagar en la biografía de este escritor inglés son algunos rasgos de su personalidad que van a estar siempre presentes en su vida y que van a modelar el estilo de todos sus escritos: el amor por la realidad y la defensa apasionada y casi obstinada de la razón y del sentido común. Son estos rasgos los que van a caracterizar también al pequeño cura de Essex que es el protagonista de los relatos que componen el libro que tenemos entre las manos.

Con la ironía que le caracteriza comienza Chesterton su *Autobiografía*, escrita en 1936 —el último año de su vida—, y lo hace dejando claro, frente al reduccionismo de una razón cientificista que solo admite como cierto lo que puede demostrarse empíricamente, su punto de partida: «Con esa reverencia y credulidad ciega que me son tan características, cuando de la tradición y de la mera autoridad de mis mayores se trata, me he tragado —sin rechistar y casi supersticiosamente— un cuento que no me fue posible comprobar a tiempo, a la luz de la experiencia del propio juicio. Me hallo, por tanto, firmemente convencido de que nací el 29 de mayo de 1874, en Campden Hill (Kensington) y fui bautizado con arreglo al ritual de la Iglesia anglicana en el pequeño templo de San Jorge, frente por frente a la gran torre de los Waterworks que dominaba esa altura». En esta «amplitud» de la razón, que admite certezas morales igual de verdaderas que las certezas matemáticas —y que nos permiten no dudar del día en que nacimos— está la clave del pensamiento chestertoniano y de su defensa apasionada de un sentido común cargado de razones. En uno de sus ensayos explica que «… en esta frase “la mentalidad común”, venimos a topar con otro error corriente. Cuando se habla de lo común, suele entenderse ahora lo inferior, y cuando hablamos de sentido común, un sentido inferior: el sentido o mentalidad del mero vulgo. Y no hay nada de eso. El sentido común significa el sentido compartido por todos los artistas y héroes, pues si no, no sería común; o, en otro caso, tal sentido no sería muy común. Llamamos común al atributo en que participan el santo y el pecador, el filósofo y el sandio… Algo existe en cada cual que hace querer a los niños, temer la muerte y disfrutar con el sol». El hombre se descubre con una naturaleza determinada que él no decide ni modela, sino que tiene su forma propia, sus reglas propias, que debe respetarse a riesgo de perder la propia humanidad (porque ¿qué es más humano, querer a los niños u odiarlos?). En esta fidelidad a la realidad se halla todo el secreto de la alegría y el amor a la razón que se respiran en cada una de las páginas de las obras y de la vida de Chesterton. Veamos cómo lo describe él en este bellísimo pasaje

de uno de sus últimos ensayos: «Detrás de nuestras vidas hay un abismo de luz, más cegador e insondable que cualquier abismo de oscuridad: es el abismo de la actualidad, de la existencia, del hecho de que las cosas son verdaderas y de que nosotros somos increíblemente, y a veces incrédulamente, reales. Es el hecho fundamental del ser contra el no ser: es inimaginable, pero no podemos dejar de imaginárnoslo, aunque algunas veces no lo imaginemos ni, muy especialmente, lo agradezcamos. Quien haya comprendido esta realidad sabrá que preponderará hasta lo infinito sobre toda recusación de la negación, y que debajo de todo cuanto pudiera negarse existe un subconsciente que es en realidad de gratitud».

Podemos rastrear en su juventud esta admiración por la existencia de las cosas, esta opción por el ser, tal como nos lo cuenta él mismo en su *Autobiografía*: «Después de haber permanecido algún tiempo en los abismos del pesimismo contemporáneo, tuve un fuerte impulso interior para rebelarme, para desalojar aquel íncubo o descartar semejante pesadilla. Pero como estaba luchando todavía conmigo mismo, a solas, y encontraba poca ayuda en la filosofía y ninguna en la religión, inventé una teoría mística rudimentaria y pésima, que era propiamente mía. Y es, en sustancia, lo que sigue: que incluso la mera existencia reducida a sus límites más primarios, era lo suficientemente extraordinaria como para ser estimulante. Cualquier cosa era magnífica comparándola con la nada. Incluso si la luz del día era un sueño, era soñar despierto; no era una pesadilla». Y esta posición quedará aún más clara en una de sus primeras poesías:

> «Te doy gracias, Señor, por las piedras de la calle,
> te doy gracias por los carros de heno de allá lejos
> y por las casas construidas y en construcción
> que me pasan volando cuando camino a zancadas.
> Pero sobre todo, por el vendaval que siento en la nariz
> como si tu propia nariz estuviera cerca».

El agradecimiento que nace del descubrimiento del ser llenará sus creaciones de esa alegría y frescura tan humanas que sorprenden inevitablemente a quien se acerca por primera vez a la obra de Chesterton. Prueba de que esta frescura nace de la observación apasionada e insistente de los hechos es este fragmento de uno de sus ensayos: «En resumen, lo que los críticos denominarían romanticismo es de hecho la única forma de realismo. Es también la única forma de racionalismo. Cuanto más utilice el hombre la razón para analizar la realidad, más se dará cuenta de que esta permanece

siempre más o menos igual… Si una chica real tiene un romance real, estará experimentando algo muy antiguo pero no algo rancio. Si coge una flor de un rosal auténtico, sostendrá en la mano un símbolo muy viejo, pero una rosa muy reciente. Mientras el hombre pueda aclarar sus ideas para ver las cosas reales tal y como son, podrá percibir su importancia permanente, pero si deja que la moda actual y los usos estéticos del momento confundan su mente, nada logrará entender excepto que es como una lámina de una caja de bombones… Mientras razone sobre personas reales, podrá observar que son románticas de verdad, pero si cavila sobre imágenes, poesías o estilos decorativos, se dará cuenta de que el estilo romántico es un estilo falso o anticuado y contemplará a los individuos únicamente como si fueran copias de imágenes. Las personas reales, por el contrario, no son imitaciones, solo son ellas mismas y siempre lo serán. Las rosas siguen siendo radiantes y misteriosas, aunque los papeles baratos que cubren las paredes estén salpicados de capullos que parecen pepitas. Enamorarse sigue siendo algo radiante y misterioso, aun cuando resulte muy poco convincente escuchar por milésima vez una canción o una máxima sorpresa del día de san Valentín. Entender este hecho es vivir en un mundo de hechos. Pensar continuamente en la banalidad de los papeles de pared baratos y en las canciones de San Valentín es vivir en un mundo de ficciones».

Pero no solo sus obras participan de este torrente de vitalidad. Quien se adentre en la vida de Chesterton (en cuyo caso recomiendo la excelente biografía de Joseph Pearce[1]) descubrirá que toda ella está impregnada por esta pasión: su familia, los amigos que le rodean, las discusiones que mantiene con las personalidades más influyentes de su época dentro del clima de escepticismo y relativismo predominante, la relación con su mujer, su conversión al cristianismo… Un ejemplo claro puede encontrarse en la carta preciosa que escribe a la que será su mujer, Frances, la noche en que se han prometido:

> «Perdonarás, estoy seguro, al tan recientemente nombrado Emperador de la Creación, por haber tenido tanto que hacer esta noche antes de tener tiempo para hacer lo único que merece la pena. (…) Aunque un solo vistazo permite imaginar más bien poco, he descubierto que en realidad hasta hoy mi vida ha transcurrido en la penumbra más intensa… Intrínsecamente hablando, ha sido una vida muy alegre, pero lo cierto es que nunca he sabido lo que significa ser feliz hasta esta noche. Ser feliz no es estar pagado de uno mismo, en absoluto, ni estar

> tranquilo o satisfecho como lo estaba yo hasta hoy. La felicidad trae consigo no ya la paz, sino una espada; te sacude como el jugador agita los dados al lanzarlos; te deja sin habla, te nubla la vista. La felicidad es más fuerte que uno mismo y notas palpablemente cómo te pone el pie encima del cuello. (…) No creo exagerar al decir que jamás en mi vida te he contemplado sin pensar que te había subestimado anteriormente. Con todo, hoy ha ocurrido algo fuera de lo normal: has ascendido siete cielos de una carrera. (…) Me invade una gran sensación de inutilidad, es un sentimiento maravilloso que me hace cantar y bailar, aunque técnicamente con bastante poca gracia. Hasta mañana, ¡por supuesto! Deberías sentirte inclinada a rechazarme y te ruego que lo hagas; no logro imaginar por qué no lo haces, pero supongo que tú sabes lo que haces mejor que yo».

La propuesta de Chesterton, lejos de ser ingenua, está llena de razones, y esto es lo que le va a permitir poder enfrentarse abiertamente a toda opinión o ideología que reduzca algún aspecto de la realidad: en sus artículos removerá el cielo y la tierra sin dejar de interesarse por un solo ápice del mundo que le rodea. De este interés nacerá su fama de polemista incansable, en permanente litigio con los intelectuales de la época, con los que entablará desde sus columnas en los periódicos verdaderas luchas de ingenio, para regocijo y admiración de los lectores. Alguno de esos intelectuales y periodistas llegarán a ser grandes amigos suyos, como Bernard Shaw; otros, vapuleados por su fina ironía y su contundente razonar, enemigos acérrimos. Las iniciales G. K. C. se convertirán en la Inglaterra de principios de siglo en una cita diaria con la sorpresa: en sus manos aparentes causas perdidas aparecerán cargadas de razones: defenderá el matrimonio como la cosa más romántica de este mundo, la digestión como algo cargado de poesía o el saltar la tapia del vecino como la aventura más emocionante que se puede pensar, y lo hará con razones reales. Las famosas paradojas chestertonianas no son un ejercicio de demagogia sino la defensa de algo absolutamente real y razonable. En uno de sus libros dirá: «Nada hay que yo desdeñe tan sinceramente como la ligera sofistería; y acaso sea un bien para mí que generalmente se me achaque defecto tan despreciable. Porque no conozco nada más despreciable que una mera paradoja, una mera defensa ingeniosa de lo que no admite defensa… Nunca en mi vida he lanzado una afirmación simplemente porque me

pareciera divertida». La paradoja para Chesterton no esconde una contradicción, sino una razón profunda.

El respeto de G. K. C. por la razón le conduce, casi inevitablemente, al Misterio. La existencia de las cosas tiene inscrita su referencia a Dios. El aspecto religioso en Chesterton está presente desde el inicio de su pensamiento, porque para él la realidad es signo de un misterio, el misterio de su ser, de su existir. A un periodista que le echa en cara que sus artículos se hayan torcido hacia temas religiosos le contestará: «No puedo eludir el tema de Dios. Tanto si se habla de los cerdos como de la teoría del binomio, está usted hablando de Él. Si resultara que el cristianismo es la verdad, es decir, si su Dios es el verdadero Dios del universo, su defensa implicaría entonces hablar de todas y cada una de las cosas. Es posible que suponiendo que el cristianismo sea falso las cosas sean irrelevantes; ahora bien, nada puede ser irrelevante en el supuesto de que el cristianismo sea verdadero. Los zulúes, la jardinería, las carnicerías, los manicomios, las criadas y la Revolución francesa, no solo pueden tener que ver con el Dios cristiano, sino que pueden estar relacionados con Él, si Él vive y reina».

La conversión de Chesterton al catolicismo en el año 1922 es, en parte, consecuencia de su fidelidad a la razón y a la realidad. En este sentido es interesante observar cómo su conversión fue para muchos un testimonio claro de que la fe católica y la razón no estaban reñidas, sino que una era la culminación de la otra. Frente a la objeción de algunos periodistas que, enterados de su ingreso en la Iglesia católica, lamentaron profundamente que uno de los defensores más brillantes de la razón hubiese prescindido de ella al convertirse, Chesterton insistirá: «Si se refiere a que nos las tragamos (las cuestiones de doctrina del catolicismo) sin pensar sobre ellas, sepa usted que los católicos las meditan mucho más que cualquiera en este confuso mundo moderno… Precisamente porque la mayoría de los no católicos no piensan, enseguida se arman un lío con ideas contradictorias como que Jesús era bueno y humilde pero alardeaba falsamente de ser Dios; o que Dios se hizo hombre para guiar a los hombres hasta el final de los tiempos, y después murió sin dejarles un indicio de cómo podían averiguar cuál sería Su decisión en la primera disputa que surgiese; o que creyendo alternativamente que Él no era Dios sino un simple campesino de Galilea sin embargo estemos obligados a someternos a sus paradojas más sorprendentes sobre la paz en lugar de a sus palabras más claras relativas al matrimonio. Pensar significa pensar relacionando. Si pensara que el credo católico es falso, dejaría de ser católico. Pero como cuanto más pienso en él, más verdadero me parece, no se me

presenta dilema alguno; en mi opinión no existe la menor relación entre meditar sobre algo y dudar de ello».

Y este rasgo se observa más explícitamente aún en las respuestas a las preguntas que un periodista le formula en una entrevista para un semanario inglés:

> «1. ¿Es usted cristiano?: Ciertamente.
>
> 2. ¿Qué entiende usted por cristianismo?: Creer que cierto ser humano a quien llamamos Cristo tiene con respecto a cierto ser sobrehumano al que llamamos Dios una relación única y trascendental que denominamos filial.
>
> 3. ¿En qué cree usted?: En una cantidad de cosas. Creo que el señor Blatchford es un hombre honrado, por ejemplo. Y también (aunque con menos firmeza) que hay un lugar llamado Japón. Si se refiere a cuáles son mis creencias en materia religiosa, le diré que creo en lo que he declarado anteriormente (respuesta número 2) y en un gran número de dogmas espirituales, que van desde el dogma espiritual que estipula que el hombre es la imagen de Dios hasta el de que todos los hombres somos iguales y que no se debería estrangular a los bebés.
>
> 4. ¿Por qué cree usted?: Porque percibo que la vida es lógica y viable con estas creencias, e ilógica e inviable sin ellas».

En uno de sus libros más fascinantes, *Ortodoxia*, Chesterton describe su conversión como «la historia de un piloto inglés que, habiendo calculado mal su derrotero, descubrió nada menos que la antigua Inglaterra, bajo la impresión de que era una ignorada isla del mar del Sur». Él, creyendo ensayar alguna herejía que respetase profundamente su razón y su sentido común, se encontró con que su herejía era la ortodoxia. El siguiente párrafo insiste en este itinerario personal:

> «Por ejemplo, hay una influencia que crece cada día con más fuerza, que jamás ha sido mencionada en la prensa y que es ininteligible incluso para los que tienen una mentalidad periodística. Y consiste en la vuelta de la filosofía tomista, la vuelta de una filosofía que, comparada con las paradojas de Kant, Hegel y los pragmáticos, es la filosofía del sentido

> común. La religión de Roma es, en sentido estricto, la única religión racionalista. Las otras religiones no son racionalistas sino relativistas; afirman que la razón es relativa en sí misma y que no es fidedigna; declaran que el ser es solo el devenir y que el tiempo no es sino un tiempo de transición; en el campo de las matemáticas amañan asteriscos para decir que dos y dos son cinco y en el terreno de la metafísica y de la ética aseguran que hay un bien por encima del bien y del mal. En lugar del materialista que sostenía que el alma no existe, vamos a tener un nuevo místico que dice que lo que no existe es el cuerpo. Con todas estas cosas de por medio, el regreso de la escolástica supondrá sencillamente el regreso del hombre cuerdo… Pero decir que no existe el dolor, ni la materia, ni el mal, o que no hay diferencia alguna entre el hombre y la bestia o incluso entre una cosa y otra distinta, es tratar desesperadamente de destruir toda experiencia y sentido de la realidad; en cuanto deje de ser la última moda, hartará más y más al hombre que se volverá, una vez más, en busca de algo que dé forma a un caos semejante y se adapte a las dimensiones de la mente humana».

En este sentido es interesante acudir al grupo de amigos que rodearon a Chesterton en su vida: su hermano Cecil, los escritores Bernard Shaw, Hilarie Belloc y Maurice Baring, o el sacerdote irlandés John O’Connor. Todos ellos testimonian la misma pasión por la realidad. De su hermano Cecil nos cuenta Chesterton que «… se unió a la Iglesia católica romana después de haber mantenido durante algún tiempo una posición anglocatólica. Y con respecto a este asunto en general, es significativo… que le divirtieran y enojaran de forma característica aquellos sentimentales, hostiles o amistosos, que creían que se sentía atraído por el ritual, la música y la emoción espiritual… Les decía, un poco para dejarles con la boca abierta, que se había convertido porque solo Roma era capaz de satisfacer la razón. Naturalmente, los bienintencionados preferían imaginar mil explicaciones complicadas y retorcidas, al igual que había ocurrido con Newman y una infinidad de personas, en vez de pensar que si un hombre obviamente sincero creía en algo era porque pensaba que era verdad». De su amigo, el escritor católico Hilarie Belloc, con el que compartía su pasión por todo, incluyendo el buen comer y el buen beber (el escritor H. G. Wells, amigo común de ambos, afirmaba que «Chesterton y Belloc han envuelto el catolicismo con una especie de halo tabernario») nos dice: «Cuando le conocí, Belloc había comentado al amigo

que nos presentó que estaba en baja forma. Para él estar en baja forma era, y es, tener una admiración y una gracia muy superiores a los de cualquier otro que esté en buena forma. Habló toda la noche y dejó tras de sí una estela reluciente de cosas buenas… Aportó a nuestros sueños un apetito romano de realidad y de poner a actuar la razón; cuando se acercó a la puerta, el olor del peligro entró con él». Siempre destacará del padre O'Connor la sorpresa que le supuso el gran conocimiento que demostraba tener del lado más misterioso de la naturaleza humana. De Maurice Baring extraemos un pasaje de la carta que le escribió a Chesterton al enterarse de su conversión: «Espacio y libertad: eso es lo que experimenté cuando me convertí al catolicismo, y de eso es de lo que he sido más consciente desde entonces. En fin, Gilbert, lo que tengo que decir es lo que creo haber dicho ya, no hace mucho tiempo, en un libro impreso: que fui recibido en la Iglesia en 1909, la víspera de la Candelaria, y que acaso sea el único acto de toda mi vida del que estoy seguro de no haberme arrepentido». En resumen: sorprende, al hablar de Chesterton y sus amigos, encontrar siempre las mismas palabras repetidas una y otra vez: razón, libertad, realidad, pasión… Alrededor de ellos la vida bulle: la fundación de varios periódicos o la creación de un partido político defendiendo una tercera vía frente al capitalismo y el comunismo son una buena prueba de ello. No existe nada en la realidad que esté fuera de sus intereses.

Este «apetito romano de realidad y de poner a actuar la razón» se va a traducir en Chesterton, sobre todo, en su defensa del sentido común y de una razón razonable, contrarios al escepticismo y el relativismo predominantes a comienzos del siglo XX en la cultura europea. Según el escritor inglés, la modernidad, en nombre de una exaltación total de la razón, prescinde del dato de la realidad poniendo en duda un hecho que amenaza su omnipotencia. Intentando explicar todo, la razón debe prescindir de una realidad que no se deja atrapar totalmente, ya que siempre permanece el misterio de su origen, de su ser. La razón moderna, dice Chesterton, tratando de cruzar el mar infinito de la realidad, lo hace finito, y el resultado es el agotamiento mental; tratando de eliminar el misterio y entenderlo todo, se destruye a sí misma. «La modestia se ha alejado del órgano de la ambición, y ahora parece aplicarse decididamente al de la convicción, para el cual no estaba destinada. El hombre está hecho para dudar de sí mismo, no para dudar de la verdad, y hoy se han invertido los términos. Hoy lo que los hombres afirman es aquella parte de sí mismos que nunca debieran afirmar: su propio yo, su interesante persona; y aquella de que no debieran dudar es de la que dudan: la Razón

Divina». La razón, abandonada a su suerte, acaba por destruirse a sí misma. «¡En todas partes la misma torpeza y blasfemia, las gentes que confiesan poderse estar equivocando! No daréis un paso sin encontrarlas. A diario topamos con gentes que ponen en duda el valor de sus propias opiniones que equivale a no tener opiniones. Corremos el riesgo de concebir una raza humana de tanta modestia intelectual, que no se atreva a creer ni en las tablas de la aritmética». El problema es claro: «No he querido atacar la autoridad legítima de la razón; en el fondo, más bien la quería defender, porque no hay duda de que necesita defensa. La humanidad moderna, toda ella, está en verdadera pugna con la razón. Y ya la torre está bamboleándose». En otro lugar escribe que, cuando un hombre «en un refinado escepticismo abandona una doctrina tras otra, cuando se niega a adherirse a un sistema, cuando dice que posee definiciones sentadas, cuando afirma que no cree en una finalidad, cuando, ante su propia imaginación, posa como Dios, no sosteniendo forma ni credo, pero divagando sobre todos, entonces, por ese mismo proceso, se va hundiendo lentamente hacia atrás en la indeterminación de los animales errantes y en la inconsciencia del campo. Los árboles no alientan dogmas. Los nabos son singularmente tolerantes». Y en otro momento añade: «El mal de la noción moderna del progreso mental es que siempre guarda relación con las ideas de romper lazos, borra fronteras, da de lado dogmas. Pero si ha de haber ese desarrollo mental, tiene que envolver el desarrollo en convicciones más y más definidas, en más y más dogmas. El cerebro humano es una máquina para llegar a conclusiones; si no puede llegar a ellas, es porque está mohoso. Cuando se nos habla de que un hombre es demasiado listo para creer, se nos está hablando de algo que casi tiene el carácter de contradicción en las propias palabras. Es lo mismo que si se nos dijera que un clavo es demasiado bueno para fijar una alfombra o un cerrojo demasiado fuerte para cerrar una puerta».

Frente a esta destrucción sistemática de la razón, Chesterton descubre en la aceptación del misterio que la realidad porta la única posibilidad de salvaguardarla. Esta aceptación proviene de mirar a la realidad tal y como es, de mirar a los hechos con sinceridad. Es conmovedora, en este sentido, la carta de contestación que el escritor envía a una adolescente amiga suya que le preguntaba acerca de ciertas dudas que le atormentan: «Mira, no se te ocurra hacer caso de las malas interpretaciones de los que te consideran santa o hipócrita. Piensa en tus viejos amigos, que sabemos que no eres ni lo uno ni lo otro. Los amigos son hechos, como también es un hecho todo lo bueno que tú nos has dado… Conque anímate hasta que nos reunamos, porque de momento solo te voy a decir una cosa más: hablas de la fe, pues créeme, la fe

también es un hecho y está relacionada con hechos. Yo sé razonar al menos tan bien como los que te dicen lo contrario y me extrañaría que quede alguna duda por ahí que yo no haya albergado, examinado y disipado. Yo creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y creo en las otras cosas extraordinarias que decimos en esa oración. Y mi fe es tanto mayor cuanto más contemplo la experiencia humana. Cuando te digo “que Dios te bendiga, mi querida niña” dudo tan poco de Él como de ti». En la conversión de Chesterton al catolicismo el camino de la fe coincide con el de la experiencia.

Todos estos rasgos están presentes en el personaje del padre Brown, al que pasamos a presentar. Chesterton, junto a su mujer Frances, conocieron al Padre John O’Connor en unas vacaciones. Era un sacerdote irlandés, cura de la iglesia de St. Anne de Keighley. Chesterton recuerda el encuentro así: «Había ido a dar una conferencia a Keighley, en los *moors* de West Riding, y había pernoctado allí con uno de los ciudadanos destacados de aquella pequeña ciudad industrial, el cual había reunido a un grupo de amigos de la localidad a quienes consideraba aptos, supongo, para demostrar su paciencia con un conferenciante, entre ellos el cura de la Iglesia católica, un hombre pequeño con cara agradable y expresión de gnomo. Me llamó la atención el tacto y la gracia que demostraba, alternando con aquella compañía tan de Yorkshire y tan protestante, y pronto descubrí que ellos, a su manera ruda, habían llegado a apreciarlo considerándolo como un tipo interesante… Me gustó mucho el sacerdote, pero si me hubiera dicho que diez años más tarde sería yo un misionero mormón en alguna isla de caníbales, no me hubiera sorprendido más que la idea de que quince años después haría con él mi confesión general y sería recibido en la Iglesia que él servía. A la mañana siguiente fuimos juntos a Keighley Gate, el gran muro de los *moors* que separa Keighley de Wharfedale, pues iba a visitar a unos amigos de Ilkley; y después de unas horas de conversación en los *moors* presenté un amigo nuevo a los amigos antiguos, terminando mi trayecto. Se quedó a almorzar, se quedó a tomar el té, se quedó a comer; no estoy seguro de que, ante la insistencia de la hospitalidad ofrecida, no se quedase a dormir, y en ocasiones posteriores se quedó allí muchas noches y días; y fue allí donde nos encontrábamos más a menudo». También su mujer Frances recuerda el encuentro en su diario: «Ha venido a vernos el padre O’Connor. Es encantador. Es tan juvenil, tan listo, tan joven, tan mayor… Tiene un encanto especial difícil de definir. Se ayuda muy eficazmente de las manos para expresarse y, aun así, no da la impresión

de ser afectado o teatral. Me maravilla que lleve esa vida tranquila de párroco de Keighley cuando parece tan deslumbrante».

El sacerdote irlandés le servirá de modelo original y de inspiración para crear al Padre Brown, el sacerdote detective que es el protagonista de estos relatos. Chesterton se inspiró en él en cierto aspecto físico pero sobre todo en el psicológico, en su sagacidad de hombre de mundo disfrazada de inocencia. Como dice Pearce en su biografía: «Lo que ocurrió fue que el padre O'Connor le había asombrado por el gran conocimiento que demostraba tener del lado más misterioso de la naturaleza humana, conocimiento adquirido como resultado directo de su vida sacerdotal. La paradoja de sabiduría inocente supuso una copiosa fuente para la imaginación de Chesterton. Después de la sorprendente conversación llegaron a una casa en donde tuvo lugar un episodio que acrecentó la imaginación de Chesterton. Dos de los invitados, estudiantes de Cambridge, estaban hablando del clero desde un punto de vista despreciativo, afirmando que "está encerrado en una especie de claustro y nada sabe acerca de la verdadera maldad del mundo". A Chesterton, "que todavía se estremecía con los terribles datos prácticos" contra los cuales le había prevenido el sacerdote, el comentario le pareció de "una ironía colosal y abrumadora y casi soltó la carcajada en el salón". En aquel momento cayó en la cuenta de que en comparación con el padre O'Connor, los dos caballeros de Cambridge "del sólido satanismo sabían tan poco como dos bebés en el mismo cochecito". Entonces llegó la hora de la inspiración: "Y surgió en mi mente la vaga idea de dedicar a un fin artístico estos cómicos despropósitos que eran, al propio tiempo, trágicos, y construir una comedia en la que un sacerdote aparentaría no saber nada, conociendo, en el fondo, el crimen mejor que los criminales. Puse esta idea esencial en un cuento ligero e improbable, llamado *La cruz azul*, continuándolo a través de las series interminables de cuentos con que he afligido al mundo. En resumen, me permitía la seria libertad de tomar a mi amigo y darle unos cuantos golpes, deformando su sombrero y su paraguas, desordenando su ropa, modelando su rostro inteligente en una expresión llena de fatuidad y, en general, disfrazando al Padre O'Connor de Padre Brown"».

Los cinco libros de los relatos del padre Brown, escritos a lo largo de más de veinte años y que comenzaron apareciendo por separado en una revista mensual, se ganaron inmediatamente el afecto de los lectores, afecto y popularidad que han perdurado hasta el presente. El simpático cura de Essex

con su paraguas, su inocencia y su sabiduría forma parte ya del imaginario de la cultura inglesa, junto a otras figuras detectivescas como Sherlock Holmes o Hércules Poirot. Además de dichos títulos, el presente volumen incluye tres relatos no incorporados en las ediciones originales: *El caso Donnington*, que Chesterton publica en The Premier Magazine respondiendo a la invitación de Max Pemberton de resolver el caso planteado por él en la misma revista en 1914: *La vampiresa del pueblo*, aparecido en Strand Magazine en 1936 y probablemente el primer relato de una nueva recopilación, y *La máscara de Midas*, encontrado en un cajón de la mesa de su secretaria y en el que Chesterton estaba trabajando cuando le sobrevino su enfermedad final en 1936.

A modo de síntesis y para terminar, escuchemos al propio Chesterton en *Ortodoxia* reflexionar sobre la clave que se esconde detrás de esa mezcla paradójica entre sabiduría e inocencia que constituye el secreto del padre Brown: «Todo el secreto del misticismo consiste en esto: todo puede entenderlo el hombre, pero solo mediante aquello que no puede entender. El lógico desequilibrado se afana por aclararlo todo, y todo lo vuelve confuso, misterioso. El místico, en cambio, consiente en que algo sea misterioso, para que todo lo demás resulte explicable». O la razón admite que en la realidad hay un misterio que la sobrepasa o es incapaz de comprenderse a sí misma y al mundo. «El misticismo (es decir, aceptar el misterio de la realidad) es el secreto de la cordura. Mientras haya misterio habrá salud; destruir el misterio y ver nacer las tendencias morbosas, todo es uno (…) Hay un objeto natural, el único que no nos es dado mirar de frente, y es precisamente aquel a cuya luz contemplamos todos los demás. El misticismo, como el sol, todo lo aclara, al fuego de su invisibilidad victoriosa. El intelectualismo puro (es decir, la razón que es juez, medida y criterio de las cosas) no es más que un espejismo, un claro de luna; luz sin calor, luz secundaria, reflejo de un mundo muerto… El trascendentalismo a cuyo calor vivimos todos, ocupa por mucho la posición que ocupa en los cielos nuestro sol. Lo sentimos en la conciencia con una especie de confusión espléndida, como algo deslumbrador e informe, lumbre y borrón a un tiempo mismo. En cambio, el cerco de la luna es tan claro como inequívoco, tan periódico e inevitable como el círculo de Euclides sobre el encerado del escolar. En verdad, la luna es más razonable, sí. Y es también la madre de los lunáticos, a quienes ha dado su nombre».

Dejamos aquí al lector, en el andén que espera al tren que lleva a nuestro héroe hacia Londres y hacia su primer caso, *La cruz azul*, un tren que nos descubrirá crímenes espeluznantes, misterios aparentemente irresolubles,

secretos inconfesables, imágenes que quedarán grabadas para siempre, como cuadros de vivos colores, en nuestra retina y nuestra alma. Y junto a todo ello, paseando casi de puntillas, la diminuta figura de un sacerdote católico con aspecto simplón que, pese a su apariencia, será la clave de bóveda de todos los enigmas.

Carlos García Rubio

LA INOCENCIA DEL PADRE BROWN
(1911)

LA CRUZ AZUL

Bajo la cinta de plata de la mañana y sobre el brillante reflejo verde del mar, el barco llegó a la costa de Harwich y soltó, como enjambre de moscas, un montón de gente entre el cual ni se distinguía ni deseaba hacerse notar el hombre cuyos pasos vamos a seguir.

Nada en él era extraordinario, salvo el ligero contraste entre su alegre y festivo traje y la seriedad oficial de su rostro. Vestía una chaqueta gris pálido, un chaleco blanco, y llevaba un sombrero de paja con una cinta de color azul grisáceo. Su rostro, delgado, resultaba trigueño, y se prolongaba en una barba negra y corta que le daba un aire español y hacía echar de menos la gorguera isabelina. Fumaba un cigarrillo con la parsimonia del hombre desocupado. Nada hacía presumir que aquella chaqueta ocultaba una pistola cargada, que en aquel chaleco blanco se escondía una placa de policía, que aquel sombrero de paja encubría una de las cabezas más brillantes de Europa. Porque aquel hombre era nada menos que Valentin, jefe de la Policía parisiense, y el más famoso investigador del mundo. Venía de Bruselas a Londres para emprender la captura más importante del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La policía de tres países había seguido la pista al delincuente de Gante a Bruselas, y de Bruselas a Holanda; y se sospechaba que trataría de ocultarse en Londres, aprovechando el trastorno que por entonces causaba en aquella ciudad la celebración del Congreso Eucarístico. No sería difícil que adoptara, para viajar, el disfraz de eclesiástico menor, o persona relacionada con el Congreso. Pero Valentin no sabía nada a ciencia cierta. Sobre Flambeau nadie sabía nada a ciencia cierta.

Hace muchos años que este coloso del crimen desapareció súbitamente, tras haber tenido al mundo en vilo; y a su muerte, como a la muerte de Rolando, puede decirse que hubo un gran descanso en la tierra. Pero en sus mejores días —es decir, en sus peores días—, Flambeau era una figura tan famosa internacionalmente como el káiser. Casi diariamente los periódicos de la mañana anunciaban que había logrado escapar a las consecuencias de un delito extraordinario cometiendo otro peor. Era un gascón de estatura gigantesca y gran acometividad física. Sobre sus arranques de vigoroso temperamento se contaban las cosas más brutales: un día cogió al juez de instrucción y lo puso cabeza abajo «para despejarle la mente»; otro día corrió por la calle de Rivoli con un policía bajo cada brazo. Hay que hacerle justicia

y decir que esta fantástica fuerza física normalmente la empleaba en ocasiones como las descritas que, aunque poco decentes, no eran sanguinarias; sus delitos eran siempre hurtos ingeniosos y de alta categoría. Pero cada uno de sus robos merecería historia aparte, y podría considerarse como una especie inédita de pecado. Fue él quien lanzó el negocio de la Gran Compañía Tirolesa de Londres, sin contar con una sola lechería, una sola vaca, un solo carro o una gota de leche, aunque sí con algunos miles de suscriptores. A estos los servía con el sencillísimo procedimiento de acercar a sus puertas los botes que los lecheros dejaban junto a las puertas de los vecinos. Fue él quien mantuvo una estrecha y misteriosa correspondencia con una joven, cuyas cartas eran invariablemente interceptadas valiéndose del procedimiento extraordinario de sacar fotografías infinitamente pequeñas de las cartas en los portaobjetos del microscopio. Pero la mayor parte de sus hazañas se distinguía por una sencillez abrumadora. Cuentan que una vez repintó, aprovechándose de la soledad de la noche, todos los números de una calle, con el solo fin de hacer caer en una trampa a un forastero.

No cabe duda de que él es el inventor de un buzón portátil, que solía poner en las bocacalles de los quietos suburbios, por si los transeúntes distraídos depositaban algún giro postal. Últimamente se había revelado como acróbata formidable; a pesar de su gigantesca mole, era capaz de saltar como un saltamontes y de esconderse en la copa de los árboles como un mono. Por todo lo cual el gran Valentin, cuando recibió la orden de buscar a Flambeau, comprendió muy bien que sus aventuras no acabarían en el momento de descubrirlo.

¿Y cómo arreglárselas para descubrirlo? Sobre este punto las ideas del gran Valentin estaban todavía en proceso de fijación.

Algo había que Flambeau no podía ocultar, a despecho de todo su arte para disfrazarse, y este algo era su enorme estatura. Valentin estaba, pues, decidido, en cuanto cayera bajo su mirada vivaz alguna vendedora de frutas de desmedida talla, o un granadero corpulento, o una duquesa medianamente desproporcionada, a arrestarlos al punto. Pero en todo el tren no había topado con nadie que tuviera trazas de ser un Flambeau disfrazado, a menos que los gatos pudieran ser jirafas disfrazadas.

Respecto a los viajeros que habían venido en su mismo barco, estaba completamente tranquilo. Y respecto a la gente que había subido al tren en Harwich o en otras estaciones, no eran más de seis. Uno era un empleado de ferrocarril —pequeño él—, que se dirigía al punto terminal de la línea. Dos estaciones más allá habían recogido a tres verduleras graciosas y pequeñitas, a

una señora viuda —diminuta— que procedía de una pequeña ciudad de Essex, y a un sacerdote católico romano —muy bajo también— que procedía de un pueblecito de Essex.

Al examinar al último viajero, Valentin renunció a descubrir a su hombre, y casi se echó a reír: el curita era la esencia misma de aquellos insulsos habitantes de la zona oriental; tenía una cara redonda, como un budín de Norfolk, unos ojos tan vacíos como el mar del Norte, y era portador de varios paquetitos de papel de estraza que no acertaba a juntar. Sin duda el Congreso Eucarístico había sacado de su estancamiento local a muchas criaturas semejantes, tan ciegas e ineptas como topos desenterrados. Valentin era un escéptico del más genuino estilo francés, y no sentía amor por el clero. Pero sí podía sentir compasión, y aquel triste cura bien podía provocar lástima en cualquier alma. Llevaba un paraguas enorme, usado ya, que a cada rato se le caía. Al parecer, no podía distinguir, entre los dos extremos de su billete, cuál era el de ida y cuál el de vuelta. A todo el mundo le contaba, con una monstruosa candidez, que tenía que andar con mucho cuidado porque entre sus paquetes de papel traía un objeto de plata de ley con piedras azules. Esta curiosa mezcolanza de vulgaridad —condición de Essex— y santa simplicidad divirtieron mucho al francés, hasta la estación de Stratford, donde el cura logró bajarse, quién sabe cómo, con todos sus paquetes a cuestas, aunque todavía tuvo que regresar por su paraguas. Cuando lo vio volver, Valentin, en un rapto de buena intención, le aconsejó que, en adelante, no anduviera contando a todo el mundo lo del objeto de plata que llevaba.

Pero Valentin, cuando hablaba con alguien parecía estar tratando de descubrir a otro. A todos, ricos y pobres, hombres o mujeres, los miraba atentamente, calculando si medirían los seis pies; porque el hombre a quien buscaba medía cuatro pulgadas más.

Se apeó en la calle de Liverpool, completamente seguro de que, hasta allí, el criminal no se le había escapado. Se dirigió a Scotland Yard para regularizar su situación y pedir ayuda en caso necesario; después encendió otro cigarrillo y empezó a pasear por las calles de Londres. Al pasar la plaza de Victoria se detuvo de pronto. Era una plaza elegante, tranquila, muy típica de Londres, llena de accidental tranquilidad. Las casas grandes y espaciosas que la rodeaban tenían aire, a la vez, de riqueza y soledad; el pradito verde que había en el centro parecía tan desierto como una verde isla del Pacífico. De las cuatro calles que circundaban la plaza, una era mucho más alta que las otras, como para formar un estrado, y estaba rota por uno de esos admirables disparates de Londres: un restaurante que parecía extraviado en aquel sitio y

venido del barrio de Soho. Era un objeto absurdo y atractivo, lleno de tiestos con plantas enanas y visillos listados de blanco y amarillo limón. Estaba muy por encima de la calle, y, según los modos de construir habituales en Londres, un vuelo de escalones subía desde la vía hasta la puerta principal, casi como una escalera de incendios sobre la ventana de un primer piso. Valentin se detuvo, fumando, frente a los visillos listados, y se quedó un rato contemplándolos.

Lo más increíble de los milagros está en que acontezcan. A veces se juntan las nubes del cielo para formar el extraño contorno de un ojo humano; a veces, en el fondo de un paisaje equívoco, un árbol asume la elaborada figura de un signo de interrogación. Yo mismo he visto estas cosas hace pocos días. Nelson muere en el instante de la victoria, y un hombre llamado Williams da la casualidad de que asesina un día a otro llamado Williamson; suena como una especie de infanticidio. En suma, la vida posee cierto elemento de coincidencia fantástica, que la gente acostumbrada a contar solo con lo prosaico nunca percibe. Como lo expresa muy bien la paradoja de Poe, la prudencia debiera contar siempre con lo imprevisto.

Arístides Valentin era profundamente francés, y la inteligencia francesa es, especial y únicamente, inteligencia. Valentin no era «una máquina pensante», insensata frase, hija del fatalismo y el materialismo modernos. La máquina solamente es máquina, por cuanto no puede pensar. Pero él era un hombre pensante y, al mismo tiempo, un hombre claro. Todos sus éxitos, tan admirables que parecían cosa de magia, se debían a la lógica, a ese razonamiento francés claro y lleno de sentido común. Los franceses electrizan al mundo, no lanzando una paradoja, sino realizando una evidencia. Y la realizan hasta el extremo que puede verse por la Revolución francesa. Pero, por lo mismo que Valentin entendía el uso de la razón, palpaba sus limitaciones. Solo el ignorante en motorismo puede hablar de motores sin petróleo; solo el ignorante en cosas de la razón puede creer que se razone sin sólidos e indisputables fundamentales principios. Y en este caso no había sólidos fundamentales principios. A Flambeau le habían perdido la pista en Harwich, y, si estaba en Londres, podría ser cualquiera, desde un gigantesco embaucador en los arrabales de Wimbledon hasta un gigantesco *toast-master* del hotel Metropole. Cuando solo contaba con noticias tan vagas, Valentin solía tomar un camino y un método que le eran propios.

En casos como este, se abandonaba a lo imprevisto. En casos como este, cuando no era posible seguir un proceso racional, seguía, fría y cuidadosamente, el proceso de lo irracional. En vez de ir a los lugares más

indicados —bancos, puestos de policía, sitios de reunión—, Valentin acudía sistemáticamente a los menos indicados: llamaba a las casas vacías, se metía por las calles sin salida, recorría todas las callejas bloqueadas de escombros, se dejaba ir por todas las transversales que le alejaban inútilmente de las arterias céntricas. Y defendía muy lógicamente este procedimiento absurdo. Decía que, de tener alguna pista, nada hubiera sido peor que aquello; pero, a falta de toda noticia, aquello era lo mejor, porque había al menos probabilidades de que la misma extravagancia que había llamado la atención del perseguidor hubiera impresionado antes al perseguido. El hombre tiene que empezar sus investigaciones por algún sitio, y lo mejor era empezar donde otro hombre pudo detenerse. El aspecto de aquella escalinata, la misma quietud y curiosidad del restaurante, en fin, todo aquello conmovió la romántica imaginación del policía y le sugirió la idea de probar fortuna. Subió las gradas y, sentándose en una mesa junto a la ventana, pidió una taza de café solo.

Aún no había almorzado. Sobre la mesa, los restos de otros desayunos le recordaron su apetito; pidió un huevo escalfado, y procedió, pensativo, a endulzar su café, sin olvidar ni un momento a Flambeau. Recordó cómo Flambeau había escapado en una ocasión gracias a unas tijeras de uñas, y en otra gracias a un incendio; otra vez, so pretexto de pagar por una carta sin franquear, y otra, poniendo a unos a ver por el telescopio un cometa que iba a destruir el mundo. Pensó, con razón, que su cerebro de detective y el del criminal eran igualmente buenos. Pero también se daba cuenta de su propia desventaja: «El criminal —pensaba sonriendo— es el artista creador, mientras que el detective es solo el crítico». Y levantó lentamente su taza de café hasta los labios… pero la separó al instante: le había puesto sal en vez de azúcar.

Examinó el objeto en que le habían servido la sal: era un azucarero, tan inequívocamente destinado al azúcar como lo está la botella de champán para el champán. No entendía cómo habían podido traerle sal. Buscó por allí algún azucarero ortodoxo…; sí, allí había dos saleros llenos. Tal vez reservaban alguna sorpresa. Probó su contenido: era azúcar. Entonces levantó la vista en derredor con aire de interés, buscando algunas otras huellas de aquel singular gusto artístico que llevaba a poner el azúcar en los saleros y la sal en los azucareros. Salvo un manchón de líquido oscuro derramado sobre una de las paredes empapeladas de blanco, todo lo demás aparecía limpio, agradable, normal. Pulsó el timbre. Cuando el camarero acudió presuroso, despeinado y algo torpe todavía a aquella hora de la mañana, el detective —que no carecía de gusto por las bromas sencillas— le pidió que probara el azúcar y dijera si

aquello estaba a la altura de la reputación de la casa. El resultado fue que el camarero bostezó y acabó de despertarse.

—¿Y todas las mañanas gastan ustedes a sus clientes esta inocentada? —preguntó Valentin—. ¿No les resulta nunca cansada la bromita de cambiar la sal por el azúcar?

El camarero, cuando acabó de entender la ironía, le aseguró, tartamudeando, que no era tal la intención del establecimiento, que aquello era una equivocación inexplicable. Cogió el azucarero y lo examinó, y lo mismo hizo con el salero, manifestando un creciente asombro. Finalmente pidió excusas precipitadamente, se alejó corriendo y volvió pocos segundos después acompañado del propietario. El propietario examinó los dos recipientes y también se manifestó muy asombrado.

De pronto, el camarero soltó un chorro inarticulado de palabras.

—Yo creo —dijo tartamudeando— que fueron esos dos sacerdotes.

—¿Qué sacerdotes?

—Esos que arrojaron la sopa a la pared —dijo el empleado.

—¿Que arrojaron la sopa a la pared? —preguntó Valentin, figurándose que aquella era alguna singular metáfora italiana.

—Sí, sí —dijo el empleado con mucha animación, señalando la mancha oscura que se veía sobre el papel blanco—; la arrojaron allí, a la pared.

Valentin miró con aire de curiosidad al propietario. Este satisfizo su curiosidad con el siguiente relato:

—Sí, caballero, esa es la verdad, aunque no creo que tenga ninguna relación con lo de la sal y el azúcar. Dos sacerdotes vinieron muy temprano, en cuanto abrimos, y pidieron una sopa. Parecían gente muy tranquila y respetable. Uno de ellos pagó la cuenta y salió. El otro, que era más pausado en sus movimientos, estuvo algunos minutos recogiendo sus cosas, y al rato salió también. Pero antes de hacerlo tomó deliberadamente la taza (no se la había bebido toda) y arrojó la sopa a la pared. Yo y el camarero estábamos en el interior; así que apenas pudimos llegar a tiempo para ver la mancha en el muro y el salón ya completamente desierto. No es un daño muy grande, pero es una gran desvergüenza. Aunque quise alcanzar a los dos hombres, ya estaban muy lejos. Solo pude advertir que doblaban la esquina de la calle Carstairs.

El policía se había levantado, puesto el sombrero y empuñado el bastón. En la completa oscuridad en que se movía, estaba decidido a seguir el único indicio anormal que se le ofrecía; y el caso era, en efecto, bastante anormal.

Pagó, cerró de golpe, tras de sí, la puerta de cristales y pronto había doblado también la esquina de la calle.

Por fortuna, aun en los instantes más febriles, conservaba bien abiertos los ojos. Algo le llamó la atención frente a una tienda, y al instante retrocedió unos pasos para observarlo. La tienda era un almacén popular de comestibles y frutas, y al aire libre estaban expuestos algunos artículos con sus nombres y precios, entre los cuales destacaban un montón de naranjas y un montón de nueces. Sobre el montón de nueces había un tarjetón que ponía, con letras azules: «Naranjas finas de Tánger, dos por un penique». Y sobre las naranjas, una inscripción semejante e igualmente exacta decía: «Nueces finas del Brasil, a cuatro la libra». Valentin, considerando los dos tarjetones, pensó que aquella forma de humor no le era desconocida, por su experiencia de hacía un rato. Llamó la atención del frutero sobre el caso. El frutero, con su carota bermeja y su aire estúpido, miró a uno y otro lado de la calle como preguntándose la causa de aquella confusión. Y, sin decir nada, colocó cada letrero en su sitio. El policía, apoyado con elegancia en su bastón, siguió examinando la tienda. Al fin exclamó:

—Perdone usted, señor mío, mi indiscreción: quisiera hacerle a usted una pregunta referente a la psicología experimental y a la asociación de ideas.

El caribermejo comerciante lo miró de un modo amenazador. El detective, blandiendo el bastoncillo en el aire, continuó alegremente:

—¿Qué hay de común entre dos anuncios mal colocados en una frutería y el sombrero de teja de alguien que ha venido a Londres a pasar un día de fiesta? O, para ser más claro: ¿qué relación mística existe entre estas nueces, anunciadas como naranjas, y la idea de dos clérigos, uno muy alto y otro muy pequeño?

Los ojos del tendero parecieron salírsele de la cabeza como los de un caracol.

Por un instante se diría que iba a arrojarse sobre el extranjero. Al fin exclamó, iracundo:

—No sé lo que tendrá usted que ver con ellos, pero si son amigos de usted, dígales de mi parte que les voy a romper la cabeza, aunque sean párrocos, como vuelvan a tirarme mis manzanas.

—¿De veras? —preguntó el detective con mucho interés—. ¿Le tiraron a usted las manzanas?

—Como que uno de ellos —repuso el enfurecido frutero— las echó a rodar por la calle. De buena gana lo hubiera cogido, pero tuve que entretenerme en arreglar el montón.

—¿Y hacia dónde se encaminaron los párrocos?

—Por la segunda calle a mano izquierda, y después cruzaron la plaza.

—Gracias —dijo Valentin, y desapareció como por encanto.

A las dos calles se encontró con un guardia, y le dijo:

—Oiga usted, guardia, un asunto urgente: ¿ha visto usted pasar a dos clérigos con sombrero de teja?

El guardia trató de recordar.

—Sí, señor, los he visto. Por cierto, que uno de ellos me pareció ebrio: estaba en mitad de la calle como atontado…

—¿Por qué calle se fueron? —le interrumpió Valentin.

—Tomaron uno de aquellos autobuses amarillos que van a Hampstead.

Valentin exhibió su tarjeta oficial y dijo precipitadamente:

—Llame usted a dos de los suyos para que vengan conmigo en persecución de esos hombres.

Y cruzó la calle con una energía tan contagiosa, que el pesado guardia empezó a moverse también con obediente agilidad. Antes de dos minutos, un inspector y un hombre con traje de paisano se unieron al detective francés.

—¿Qué se ofrece, caballero? —comenzó el inspector, con una sonrisa de importancia.

Valentin señaló con el bastón.

—Ya se lo diré a usted cuando estemos en aquel autobús —contestó, escurriéndose y abriéndose paso por entre el tráfico de la calle.

Cuando los tres, jadeantes, se encontraron en los asientos del piso superior del amarillo vehículo, el inspector dijo:

—Iríamos cuatro veces más deprisa en un taxi.

—Es verdad —le contestó el jefe plácidamente—, siempre que supiéramos adónde íbamos.

—Pues ¿adónde quiere usted que vayamos? —le replicó el otro, asombrado.

Valentin, con aire ceñudo, continuó fumando en silencio unos segundos, y después, apartando el cigarrillo, dijo:

—Si usted sabe lo que va a hacer un hombre, adelántesele. Pero si usted quiere descubrir lo que hace, vaya detrás de él. Extravíese donde él se extravía, deténgase cuando él se detenga, y viaje tan lentamente como él. Entonces verá usted lo mismo que ha visto él y podrá usted adivinar sus acciones y obrar en consecuencia. Lo único que podemos hacer es tener los ojos bien abiertos para descubrir cualquier objeto extravagante.

—¿Qué clase de objeto extravagante?

—Cualquiera —contestó Valentin, y se hundió en un obstinado mutismo.

El autobús amarillo recorría las carreteras del norte. El tiempo transcurría, inacabable. El gran detective no podía dar más explicaciones, y acaso sus ayudantes empezaban a sentir una creciente y silenciosa desconfianza. Acaso también empezaban a experimentar un apetito creciente y silencioso, porque la hora del almuerzo había pasado ya, y las inmensas carreteras de los suburbios parecían alargarse cada vez más, como las piezas de un infernal telescopio. Era aquel uno de esos viajes en que el hombre no puede menos de sentir que se va acercando al término del universo, aunque poco después se da cuenta de que simplemente ha llegado a la entrada del parque de Tufnell. Londres se deshacía ahora en miserables tabernas y en repelentes andrajos de ciudad, y más allá volvía a renacer en calles altas y deslumbrantes y hoteles opulentos. Parecía aquel un viaje a través de trece ciudades consecutivas. El crepúsculo invernal comenzaba ya a vislumbrarse —amenazador— frente a ellos; pero el detective parisiense seguía sentado sin hablar, mirando a todas partes, sin perderse ningún detalle de las calles que ante él se sucedían. Ya habían dejado atrás Camden Town y los policías iban medio dormidos. De pronto, Valentin se levantó y, poniendo una mano sobre el hombro de cada uno de sus ayudantes, dio orden de parar. Los ayudantes dieron un salto.

Bajaron por la escalerilla a la calle, sin saber por qué motivo los había hecho bajar. Miraron a su alrededor, como tratando de averiguar la razón, y Valentin les señaló triunfalmente una ventana que había a la izquierda, en un café suntuoso lleno de adornos dorados. Aquel era el departamento reservado a las comidas de lujo y había un letrero que decía: «Restaurante». La ventana, como todas las demás de la fachada, tenía una vidriera escarchada y ornamentada. Pero en medio de la vidriera había una rotura grande, negra, como una estrella en el hielo.

—Al fin hemos dado con un indicio —dijo Valentin, blandiendo el bastón—. Aquella vidriera rota…

—¿Qué vidriera? ¿Qué indicio? —preguntó el inspector—. ¿Qué prueba tenemos para suponer que eso sea obra de ellos?

Valentin casi rompió con rabia su bastón de bambú.

—¿Pues no pide pruebas este hombre, Dios mío? —exclamó—. Claro que hay veinte probabilidades contra una de que no tenga nada que ver con ellos. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿No ve usted que debemos seguir la más mínima sospecha, o bien renunciar e irnos a casa a dormir tranquilamente?

Empujó la puerta del café, seguido de sus ayudantes, y pronto se encontraron todos sentados ante un almuerzo tan tardío como anhelado. De

tiempo en tiempo echaban una mirada a la vidriera rota, pero no por eso veían más claro el asunto.

Al pagar la cuenta, Valentin le dijo al camarero:

—Veo que se ha roto esa vidriera, ¿eh?

—Sí, señor —dijo este, muy preocupado con darle el cambio, sin hacer mucho caso.

Valentin, en silencio, añadió una propina considerable. Ante esto el camarero se volvió de repente comunicativo:

—Sí, señor; una cosa increíble.

—¿De veras? Cuéntenos usted cómo fue —dijo el detective, como sin darle mucha importancia.

—Verá usted: entraron dos curas, dos párrocos forasteros de esos que andan ahora por aquí. Pidieron alguna cosilla de comer, comieron muy quietecitos, uno de ellos pagó y salió. El otro iba a salir también, cuando yo advertí que me habían pagado el triple de lo debido. «Oiga usted —le dije al tipo, que ya iba hacia la puerta—, me han pagado ustedes más de la cuenta». «¿Ah, sí?» —me contestó con mucha indiferencia—. «Sí», le dije, y le enseñé la nota. Bueno: lo que pasó es inexplicable.

—¿Por qué?

—Porque yo hubiera jurado por la Sagrada Biblia que había escrito en la nota cuatro chelines, y me encontré ahora con la cifra de catorce chelines.

—¿Y después? —dijo Valentin lentamente, pero con los ojos llameantes.

—Después, el párroco que estaba en la puerta me dijo muy tranquilamente: «Lamento enredarle a usted sus cuentas; pero es que voy a pagar por la vidriera». «¿Qué vidriera?». «La que ahora mismo voy a romper»; y descargó allí el paraguas.

Los tres lanzaron una exclamación de asombro, y el inspector preguntó en voz baja:

—¿Se trata de locos escapados del manicomio?

El camarero continuó, complaciéndose manifiestamente en su extravagante relato:

—Me quedé tan espantado que no supe qué hacer. El párroco se reunió con su compañero y doblaron por aquella esquina. Y después se dirigieron tan deprisa hacia la calle Bullock, que no pude darles alcance aunque eché a correr tras ellos.

—¡A la calle Bullock! —ordenó el detective.

Y salieron disparados hacia allá, tan veloces como sus perseguidos. Ahora se encontraron entre callecitas enladrilladas que tenían aspecto de túneles;

callecitas oscuras que parecían formadas por la espalda de todos los edificios. La niebla comenzaba a envolverlos, y aun los policías londinenses se sentían extraviados por aquellos parajes. Pero el inspector tenía la seguridad de que saldrían por cualquier parte al parque de Hampstead. Súbitamente, una vidriera iluminada apareció en la oscuridad de la calle, como una linterna. Valentin se detuvo ante ella: era una confitería. Vaciló un instante y al fin entró, hundiéndose entre los brillos y los alegres colores de la confitería. Con toda gravedad y mucha parsimonia compró hasta tres cigarrillos de chocolate. Estaba buscando la manera de entablar un diálogo, pero no necesitó comenzarlo él.

Una señora de cara angulosa que le había despachado, sin prestar más que una atención mecánica al aspecto elegante del comprador, al ver destacarse en la puerta el uniforme azul del policía que le acompañaba, pareció volver en sí y dijo:

—Si vienen ustedes por el paquete, ya lo remití a su destino.

—¿El paquete? —repitió Valentin con curiosidad.

—El paquete que dejó ese señor, el señor párroco.

—Por favor, señora —dijo entonces Valentin, manifestando por vez primera su ansiedad—, por el amor de Dios, díganos usted exactamente de qué se trata.

La mujer, algo inquieta, explicó:

—Pues verá usted: esos señores estuvieron aquí hará una media hora, compraron algunos caramelos de menta, charlaron y después se encaminaron al parque. Pero al rato uno de ellos volvió y me dijo: «¿Me he dejado aquí un paquete?». Yo no encontré ninguno por más que busqué. «Bueno —me dijo él—, si luego aparece por ahí, tenga usted la bondad de enviarlo a estas señas». Y con la dirección, me dejó un chelín por la molestia. Y, en efecto, aunque yo estaba segura de haber buscado bien, poco después me encontré con un paquetito de papel de estraza, y lo envié al sitio indicado. No me acuerdo bien adónde era: algún lugar de Westminster. Como parecía ser cosa de importancia, pensé que la policía había venido a buscarlo.

—Sí —dijo Valentin—, a eso viene. ¿Está cerca de aquí el parque de Hampstead?

—A unos quince minutos. Y por aquí saldrá usted derecho a la puerta del parque.

Valentin salió de la confitería precipitadamente y echó a correr; sus ayudantes le seguían con un trotecillo de mala gana.

La calle que recorrían era tan estrecha y oscura, que cuando salieron al aire libre se asombraron de ver que todavía había tanta luz. Una hermosa cúpula celeste, de color verde brillante, se hundía entre fulgores dorados, donde resaltaban las masas oscuras de los árboles, ahogadas en lejanías violetas. El verde fulgurante era ya lo bastante oscuro para dejar ver, como unos puntitos de cristal, algunas estrellas. Todo lo que aún quedaba de la luz del día caía en reflejos dorados por los confines de Hampstead y por aquellas cuestas populares que reciben el nombre de Valle de la Salud. Los obreros, endomingados, aún no habían desaparecido; quedaban, ya borrosas en la media luz, unas cuantas parejas por los bancos, y allá, a lo lejos, una muchacha se mecía, gritando, en un columpio. En torno a la sublime vulgaridad del hombre, la gloria del cielo se iba haciendo cada vez más profunda y oscura. Y desde lo alto de la cuesta, Valentin se detuvo a contemplar el valle.

Entre los grupitos negros que parecían irse deshaciendo a distancia, había uno, negro entre todos, que no parecía deshacerse: un grupito de dos figuras vestidas con hábitos clericales. Aunque estaban tan lejos que parecían insectos, Valentin pudo darse cuenta de que una de las dos figuras era más pequeña que la otra. Y aunque el otro hombre andaba algo inclinado, como hombre estudioso, como si tratara de no hacerse notar, a Valentin le pareció que bien podía medir seis pies de talla. Apretó los dientes y, cimbreando su bastón, se encaminó hacia allí con impaciencia. Cuando logró disminuir la distancia y las dos figuras negras se agrandaron cual con ayuda de un enorme microscopio, notó algo más, algo que le sorprendió mucho, aunque, en cierto modo, ya lo esperaba. Fuera quien fuera el mayor de los dos, no cabía duda respecto a la identidad del menor: era su compañero del tren de Harwich, aquel cura pequeñín y regordete de Essex, a quien él había aconsejado que no anduviera diciendo lo que llevaba en sus paquetitos de papel de estraza.

Ahora, hasta donde podía llegar, por fin todo se presentaba racionalmente. Valentin había logrado averiguar aquella mañana que un tal padre Brown, que venía de Essex, traía consigo una cruz de plata con zafiros, reliquia de considerable valor, para mostrarla a los sacerdotes extranjeros que asistían al Congreso. Aquel era, sin duda, el «objeto de plata con piedras azules», y el padre Brown, sin duda, era el mismo diminuto paleto que venía en el tren. No había nada de extraño en el hecho de que Flambeau tropezara con la misma extrañeza en la que Valentin había reparado. A Flambeau no se le escapaba nada de cuanto pasaba junto a él. Y nada de extraño tenía el hecho de que, al oír hablar Flambeau de una cruz con zafiros, se le ocurriera robársela: aquello

era lo más natural del mundo. Y seguro que Flambeau se saldría con la suya, teniendo que habérselas con aquel pobre cordero del paraguas y los paquetitos. Era el tipo de hombre con quien todo el mundo puede hacer lo que le venga en gana, atarlo con una cuerda y llevárselo hasta el Polo Norte. No era de extrañar que un hombre como Flambeau, disfrazado de cura, hubiera logrado arrastrarlo hasta Hampstead Heath. La intención delictiva era manifiesta. Y el detective compadecía al pobre curita desamparado, y casi despreciaba a Flambeau por encarnizarse en víctima tan indefensa. Pero cuando Valentin recorría la serie de hechos que le habían llevado al éxito de sus pesquisas, en vano se atormentaba tratando de descubrir en todo el proceso el menor atisbo de razón. ¿Qué tenía en común el robo de una cruz de plata y piedras azules con el hecho de arrojar sopa a una pared? ¿Qué relación había entre esto y el llamar nueces a las naranjas, o el pagar de antemano los cristales que se van a romper? Había llegado al término de la caza, pero no sabía por qué caminos. Cuando fracasaba —que era raramente— solía dar siempre con la clave del enigma, aunque perdía al delincuente. Aquí había cogido al delincuente, pero la clave del enigma se le escapaba.

Las dos figuras a las que seguían se deslizaban como moscas negras sobre una colina verde. Aquellos hombres parecían enfrascados en una animada charla, y tal vez no se daban cuenta de adónde iban; pero ciertamente se encaminaban a lo más agreste y apartado del parque. Sus perseguidores tuvieron que adoptar las poco dignas actitudes de la caza al acecho, ocultarse tras los matojos y aun arrastrarse escondidos entre la hierba. Gracias a este desagradable procedimiento, los cazadores lograron acercarse a la presa lo bastante para oír el murmullo de la discusión; pero no lograban entender más que la palabra «razón», frecuentemente repetida por una voz chillona y casi infantil. Luego, la presa se perdió en un desnivel y tras un muro de espesura. Pasaron diez minutos de angustia antes de que lograran verlos de nuevo, reapareciendo sobre la cima de una loma que dominaba un anfiteatro, el cual, a esas horas, era un escenario desolado bajo las últimas claridades del sol. En aquel sitio ostensible, aunque agreste, había, debajo de un árbol, un banco de madera desvencijado. Allí se sentaron los dos curas, siempre discutiendo con mucho ánimo. Todavía el suntuoso verde y oro era perceptible hacia el horizonte; pero ya la cúpula celeste había pasado del verde brillante al azul brillante, y las estrellas se destacaban más y más como joyas sólidas. Por señas, Valentin indicó a sus ayudantes que procuraran acercarse por detrás del árbol sin hacer ruido. Allí lograron, por primera vez, oír las palabras de aquellos extraños clérigos.

Tras haber escuchado unos dos minutos, se apoderó de Valentin una duda atroz: ¿No habría arrastrado a los dos policías ingleses hasta aquellos nocturnos parajes para una empresa tan loca como sería la de buscar higos entre los cardos? Porque aquellos dos sacerdotes hablaban realmente como verdaderos sacerdotes, piadosamente, con erudición y compostura, acerca de los más abstrusos enigmas teológicos. El curita de Essex hablaba con la mayor sencillez, con la cara vuelta hacia las nacientes estrellas. El otro inclinaba la cabeza, como si fuera indigno de contemplarlas. Pero no hubiera sido posible escuchar una charla más clerical e ingenua en ningún blanco claustro de Italia o en ninguna oscura catedral española.

Lo primero que oyó fue el final de una frase del padre Brown, que decía: «… que era lo que en la Edad Media querían decir con aquello de los cielos incorruptibles».

El sacerdote alto movió la cabeza y repuso:

—¡Ah, sí! Los modernos infieles apelan a su razón; pero ¿quién puede contemplar estos millones de mundos sin sentir que hay todavía universos maravillosos donde tal vez nuestra razón resulte irracional?

—No —dijo el otro—. La razón siempre es racional, aun en el limbo, aun en el último extremo de las cosas. Ya sé que la gente acusa a la Iglesia de rebajar la razón; pero es al contrario. La Iglesia es la única que, en la tierra, hace de la razón un objeto supremo; la única que afirma que Dios mismo está sujeto a la razón.

El otro levantó la austera cabeza hacia el cielo estrellado e insistió:

—Sin embargo, ¿quién sabe si en este infinito universo…?

—Infinito, solo físicamente —dijo el curita agitándose en el asiento—; pero no infinito en el sentido de que pueda escapar a las leyes de la verdad.

Valentin, detrás del árbol, crispaba los puños con muda desesperación. Ya le parecía oír las burlas de los policías ingleses a quienes había arrastrado en tan loca persecución, solo para hacerles asistir al chismorreo metafísico de los dos viejos y amables párrocos. En su impaciencia, no oyó la elaborada respuesta del cura gigantesco, y cuando pudo oír otra vez, el padre Brown estaba diciendo:

—La razón y la justicia imperan hasta en la estrella más solitaria y más remota: mire usted esas estrellas. ¿No es verdad que parecen como diamantes y zafiros? Imagínese usted la geología, la botánica más fantástica que se le ocurra: piense usted que allí hay bosques de diamantes con hojas de brillantes; imagínese usted que la luna es azul, que es un zafiro elefantino. Pero no se imagine usted que esta astronomía frenética pueda afectar a los

principios de la razón y de la justicia. En llanuras de ópalo, como en arrecifes de perlas, siempre se encontrará usted con la sentencia: «No robarás».

Valentin estaba a punto de cesar en aquella actitud vergonzosamente violenta y alejarse sigilosamente, confesando aquel gran fracaso de su vida; pero el silencio prolongado del sacerdote gigantesco le impresionó de tal modo que quiso esperar su respuesta. Cuando este se decidió por fin a hablar, dijo simplemente, inclinando la cabeza y apoyando las manos en las rodillas:

—Bueno; yo creo, con todo, que ha de haber otros mundos superiores a la razón humana. Impenetrable es el misterio del cielo, y ante él humillo mi frente.

Y después, siempre en la misma actitud, y sin cambiar el tono de voz, añadió:

—Vamos, deme usted ahora mismo la cruz de zafiros que trae. Estamos solos, y puedo destrozarlo a usted como a un muñeco.

La voz y la actitud inmutables añadieron una extraña violencia a aquel chocante cambio de asunto. El guardián de la reliquia apenas volvió la cabeza. Parecía seguir contemplando las estrellas. Tal vez no entendió. Tal vez entendió, pero el terror lo había paralizado.

—Sí —dijo el sacerdote gigantesco sin inmutarse—, sí, yo soy Flambeau.

Y, tras una pausa, añadió:

—Vamos, ¿quiere usted darme la cruz?

—No —dijo el otro, y aquel monosílabo tuvo una extraña sonoridad.

Flambeau depuso entonces sus pretensiones pontificales. El gran ladrón se recostó en el respaldo del banco y rio en tono bajo pero prolongadamente.

—No —dijo—, no va usted a dármela, orgulloso prelado. No va usted a dármela, célibe borrico. ¿Quiere usted que le diga por qué? Pues porque ya la tengo en el bolsillo del pecho.

El hombrecillo de Essex volvió hacia él, en la penumbra, una cara que debió de reflejar el asombro, y con la tímida sinceridad del «Secretario Privado» exclamó:

—Pero ¿está usted seguro?

Flambeau aulló con deleite:

—Verdaderamente —dijo—, es usted tan divertido como una farsa en tres actos. Sí, hombre de Dios, estoy totalmente seguro. He tenido la buena idea de hacer una falsificación del paquete, y ahora, amigo mío, usted se ha quedado con el duplicado y yo con la alhaja. Una estratagema muy antigua, padre Brown, muy antigua…

—Sí —dijo el padre Brown alisándose los cabellos con el mismo aire distraído—, ya he oído hablar de ella.

El coloso del crimen se inclinó entonces hacia el rústico sacerdote con un interés repentino.

—¿Usted ha oído hablar de ella? ¿Dónde?

—Bueno —dijo el hombrecillo con mucha candidez—. Ya comprenderá usted que no voy a decirle el nombre. Se trata de un penitente, ¿sabe usted? Había logrado vivir durante veinte años con gran comodidad, gracias al sistema de falsificar los paquetes de papel de estraza. Y así, cuando comencé a sospechar de usted, me acordé al punto de los procedimientos de aquel pobre hombre.

—¿Sospechar de mí? —repitió el delincuente con una curiosidad cada vez mayor—. ¿Tal vez tuvo usted la perspicacia de sospechar cuando vio que yo lo conducía a estas soledades?

—No, no —dijo Brown, como quien pide excusas—. No, verá usted: yo comencé a sospechar de usted en el momento en que nos encontramos por primera vez, debido al bulto que hace en su manga el brazalete de la cadena que suele usted llevar.

—Pero ¿cómo demonios ha oído usted hablar siquiera del brazalete?

—¡Qué quiere usted; nuestro pobre rebaño…! —dijo el padre Brown, arqueando las cejas con aire indiferente—. Cuando yo era cura en Hartlepool, había allí tres con el brazalete. De modo que, habiendo desconfiado de usted desde el primer momento, como usted comprenderá, quise asegurarme de que la cruz quedaba a salvo de cualquier contratiempo. Y hasta creo que me he visto en el caso de vigilarlo a usted, ¿sabe? Finalmente, vi que usted cambiaba los paquetes. Y entonces, vea usted, yo los volví a cambiar. Y después, dejé el verdadero por el camino.

—¿Que lo dejó usted? —repitió Flambeau; y por primera vez, el tono de su voz no fue ya triunfal.

—Vea usted cómo fue —continuó el curita con el mismo tono de voz—. Regresé a la confitería aquella y pregunté si me había dejado por allí un paquete, y di ciertas señas para que lo remitieran si acaso aparecía después. Yo sabía que no me había dejado antes nada, pero cuando regresé a buscarlo lo dejé realmente. Así, en vez de correr tras de mí con el valioso paquete, a estas horas lo han enviado a casa de un amigo mío que vive en Westminster. —Y luego añadió, amargamente—: También esto lo aprendí de un pobre sujeto que había en Hartlepool. Tenía la costumbre de hacerlo con las maletas que robaba en las estaciones; ahora el pobre está en un monasterio. ¡Oh, tiene

uno que aprender muchas cosas!, ¿sabe usted? —prosiguió sacudiendo la cabeza con el mismo aire del que pide excusas—. No puede uno menos de portarse como sacerdote. La gente viene a nosotros y nos lo cuenta todo.

Flambeau sacó de su bolsillo un paquete de papel de estraza y lo hizo pedazos. No contenía más que papeles, y unas barritas de plomo. Saltó sobre sus pies revelando su gigantesca estatura, y gritó:

—No le creo a usted. No puedo creer que un patán como usted sea capaz de eso. Yo creo que trae consigo la pieza, y si usted se resiste a dármela… ya ve usted, estamos solos, la tomaré por la fuerza.

—No —dijo con naturalidad el padre Brown; y también se puso en pie—. No la tomará usted por la fuerza. Primero, porque realmente no la llevo conmigo. Y segundo, porque no estamos solos.

Flambeau se quedó en suspenso.

—Detrás de ese árbol —dijo el padre Brown señalándolo— hay dos forzudos policías, y con ellos el detective más notable de la tierra. ¿Me pregunta usted que cómo vinieron? ¡Pues porque yo los atraje, naturalmente! ¿Que cómo lo hice? Pues se lo contaré a usted, si se empeña. ¡Por Dios! ¿No comprende usted que, trabajando entre la clase criminal, aprendemos muchísimas cosas? Desde luego, yo no estaba seguro de que usted fuera un delincuente, y nunca es conveniente promover un escándalo contra un miembro de nuestra propia Iglesia. Así, procuré antes probarlo a usted, para ver si, ante la provocación, se descubría usted de algún modo. Se supone que todo hombre hace algún aspaviento si se encuentra con que su café está salado; si no lo hace, es que tiene buenas razones para no llamar sobre sí la atención de la gente. Cambié, pues, la sal y el azúcar, y advertí que usted no protestaba. Todo hombre protesta si le cobran tres veces más de lo que debe. Y si se conforma con la cuenta exagerada, es que le interesa pasar inadvertido. Yo alteré la nota, y usted la pagó sin decir palabra.

Parecía que todo el mundo estuviera esperando que Flambeau, de un momento a otro, saltara como un tigre. Pero, por el contrario, se estuvo quieto, como si le hubieran amansado con un conjuro; la curiosidad más aguda le tenía como petrificado.

—Pues bien —continuó el padre Brown con pausada lucidez—, como usted no dejaba rastro a la policía, era necesario que alguien lo dejara en su lugar. Y adondequiera que fuimos juntos, procuré hacer algo que diera motivo a que se hablara de nosotros para todo el resto del día. No causé daños muy graves, por lo demás: una pared manchada, unas manzanas por el suelo, una vidriera rota… Pero, en todo caso, salvé la cruz, porque hay que salvar

siempre la cruz. A estas horas está en Westminster. Yo hasta me maravillo de que no lo haya usted estorbado con el «silbido del asno».

—¿Con qué? —preguntó Flambeau.

—Me alegro de que nunca haya usted oído hablar de eso —dijo el sacerdote con una muequecilla—. Es una atrocidad. Estaba seguro de que usted era demasiado bueno, en el fondo, para ser un «silbador». Yo no hubiera podido en tal caso contrarrestarlo, ni siquiera con el procedimiento de las «marcas»; no tengo bastante fuerza en las piernas.

—Pero ¿de qué diablos está usted hablando? —preguntó el otro.

—Hombre: creí que conocía usted las «marcas» —dijo el padre Brown agradablemente sorprendido—. Ya veo que no está usted tan envilecido.

—Pero ¿cómo diablos está usted al tanto de tales horrores? —gritó Flambeau.

La sombra de una sonrisa cruzó por la cara redonda y sencillota del clérigo.

—¡Oh, probablemente a causa de ser un borrico célibe! —repuso—. ¿No se le ha ocurrido a usted pensar que un hombre que casi no hace más que oír los pecados de los demás no puede menos de ser un poco entendido en la materia? Además, debo confesarle a usted que otra condición de mi oficio me convenció de que usted no era un sacerdote.

—¿Y qué fue? —preguntó el ladrón, alelado.

—Que usted atacó a la razón, y eso es de mala teología.

Y en el mismo instante en que se volvió para recoger sus paquetes, los tres policías salieron de entre los árboles en penumbra. Flambeau era un artista, y todo un caballero. Dio un paso atrás y saludó con una gran reverencia a Valentin.

—No; a mí, no, *mon ami* —dijo este con nitidez argentina—. Inclinémonos los dos ante nuestro maestro.

Y ambos se descubrieron con respeto, mientras el curita de Essex hacía como que buscaba su paraguas.

EL JARDÍN SECRETO

Arístides Valentin, jefe de la Policía de París, llegó tarde a la cena, y algunos de sus invitados estaban ya en la casa. Pero a todos los tranquilizó su criado de confianza, Iván, un viejo que tenía una cicatriz en la cara, y una cara tan gris como sus bigotes, y que siempre se sentaba tras una mesita que había en el vestíbulo; un vestíbulo tapizado de armas. La casa de Valentin era tal vez tan célebre y singular como el amo. Era una casa vieja, de altos muros y álamos tan altos que casi sobresalían, vistos desde el Sena; pero la singularidad —y acaso el valor policíaco— de su arquitectura estaba en esto: que no había más salida a la calle que aquella puerta del frente, resguardada por Iván y por la armería. El jardín era amplio y complicado, y había varias salidas de la casa al jardín. Pero el jardín no tenía acceso al exterior, y lo circundaba un paredón enorme, liso, inaccesible, con púas en las bardas. No era un mal jardín para los esparcimientos de un hombre a quien cientos de criminales habían jurado matar.

Según Iván explicó a los invitados, el amo había anunciado por teléfono que asuntos de última hora lo obligaban a retrasarse unos diez minutos. En verdad, estaba dictando algunas órdenes sobre ejecuciones y otras cosas desagradables de este jaez. Y aunque tales menesteres le eran profundamente repulsivos, siempre los atendía con la necesaria exactitud. Tenaz en la persecución de los criminales, era muy suave a la hora del castigo. Desde que había llegado a ser la suprema autoridad policial de Francia, y en gran parte de Europa, había empleado honorablemente su influencia en el empeño de mitigar las penas y purificar las prisiones. Era uno de esos librepensadores humanitarios que hay en Francia. Su única falta consiste en que su perdón suele ser más frío que su justicia.

Cuando Valentin llegó estaba vestido de negro; llevaba en la solapa el botoncito rojo. Era una elegante figura. Su negra barbilla tenía ya algunos toques grises. Atravesó la casa y se dirigió inmediatamente a su estudio, situado en la parte posterior. La puerta que daba al jardín estaba abierta. Muy cuidadosamente guardó con llave su estuche en el lugar acostumbrado, y se quedó unos segundos contemplando la puerta abierta hacia el jardín. Una luna afilada luchaba con los jirones y andrajos de las nubes tempestuosas. Y Valentin la miraba con una emoción anhelante, poco habitual en naturalezas tan científicas como la suya. Acaso estas naturalezas poseen el don psíquico

de prever los más tremendos trances de su existencia. Pero pronto se recuperó de aquella vaga inconsciencia, recordando que había llegado con retraso y que sus huéspedes lo estarían esperando. Al entrar al salón, se dio cuenta al instante de que, por lo menos, su huésped de honor aún no había llegado. Distinguió a las otras figuras importantes de su pequeña sociedad: a lord Galloway, el embajador inglés —un viejo colérico con una cara roja como una manzana, que llevaba la banda azul de la Jarretera—; a lady Galloway, sutil como una hebra de hilo, con los cabellos argentados y la expresión sensible y superior. Vio también a su hija, lady Margarita Graham, pálida y preciosa muchacha, con cara de hada y cabellos color de cobre. Vio a la duquesa de Mont Saint-Michel, de ojos negros, opulenta, con sus dos hijas, también opulentas y ojinegras. Vio al doctor Simon, tipo de científico francés, con sus gafas, su barbilla oscura, la frente partida por aquellas arrugas paralelas que son el castigo de los hombres de ceño altanero, puesto que proceden del mucho levantar las cejas. Vio al padre Brown, de Cobhole, en Essex, a quien había conocido en Inglaterra recientemente. Vio, tal vez con mayor interés que a todos los otros, a un hombre alto, con uniforme, que acababa de inclinarse ante los Galloways sin que estos contestaran su saludo muy calurosamente, y que a la sazón se adelantaba al encuentro de su anfitrión para presentarle sus respetos. Era el comandante O'Brien, de la Legión francesa extranjera; tenía un aspecto entre delicado y fanfarrón, iba todo afeitado, el cabello oscuro, los ojos azules; y, como parecía propio en un oficial de aquel famoso regimiento de los victoriosos fracasos y los afortunados suicidios, su aire era a la vez atrevido y melancólico. Era, por nacimiento, un caballero irlandés, y, en su infancia, había conocido a los Galloways, y especialmente a Margarita Graham. Había abandonado su patria dejando algunas deudas, y ahora daba a entender su absoluta emancipación de la etiqueta inglesa presentándose de uniforme, espada al cinto y espuelas calzadas. Cuando saludó a la familia del embajador, lord y lady Galloway le contestaron con rigidez, y lady Margarita miró hacia otro lado.

Pero si las visitas tenían razones para departir entre sí con un interés especial, su distinguido anfitrión no estaba especialmente interesado por ninguna de ellas. Al menos, ninguna de ellas era a sus ojos el convidado de la noche. Valentin esperaba, por ciertos motivos, la llegada de un hombre de fama mundial, cuya amistad se había ganado durante sus brillantes campañas policíacas en los Estados Unidos. Esperaba a Julio K. Brayne, el multimillonario cuyas colosales y aplastantes generosidades para favorecer la propaganda de las religiones no reconocidas había dado motivo a tantas y tan

fáciles burlas, y a tantas solemnes y todavía más fáciles felicitaciones por parte de la prensa americana y británica. Nadie podía estar seguro de si el señor Brayne era un ateo, un mormón o un partidario de la ciencia cristiana; pero él siempre estaba dispuesto a llenar de oro todos los vasos intelectuales, siempre que fueran vasos hasta hoy no probados. Una de sus manías era esperar la aparición del Shakespeare americano —un pasatiempo más paciente que el pescar—. Admiraba a Walt Whitman, pero opinaba que Luke P. Tanner, de París (Filadelfia) era mucho más «progresista» que Whitman. Le gustaba todo lo que le parecía «progresista». Y Valentin le parecía «progresista», con lo cual le hacía una gran injusticia.

La deslumbrante aparición de Julio K. Brayne fue como un toque de campana que diera la señal para el comienzo de la cena. Tenía una notable cualidad, de la que podemos preciarnos muy pocos: su presencia era tan ostensible como su ausencia. Era enorme, tan gordo como alto; vestía traje de noche, de negro impecable, sin el alivio de una cadena de reloj o de una sortija. Tenía el cabello blanco, y lo llevaba peinado hacia atrás, como un alemán; roja la cara, fiera y angelical, con una barbilla oscura en el labio inferior, lo cual transformaba su rostro infantil, dándole un aspecto teatral y mefistofélico. Pero la gente que estaba en el salón no perdió mucho tiempo en contemplar al célebre americano. Su mucha tardanza había llegado a ser ya un problema doméstico, y a toda prisa se le invitó a tomar del brazo a lady Galloway para pasar al comedor.

Los Galloways estaban dispuestos a pasar alegremente por todo, salvo en un punto. Siempre que lady Margarita no tomara el brazo del aventurero O’Brien, todo estaba bien. Y lady Margarita no lo hizo así, sino que entró al comedor decorosamente acompañada por el doctor Simon. Con todo, el viejo lord Galloway comenzó a sentirse inquieto y a ponerse algo áspero. Durante la cena estuvo bastante diplomático; pero cuando, a la hora de los cigarros, tres de los más jóvenes —el doctor Simon, el padre Brown y el equívoco O’Brien, el desterrado con uniforme extranjero— empezaron a mezclarse en los grupos de las damas y a fumar en el invernadero, entonces el diplomático inglés perdió la diplomacia. A cada sesenta segundos le atormentaba la idea de que el bribón de O’Brien tratara por cualquier medio de hacer señas a Margarita, aunque no se imaginaba de qué manera. A la hora del café se quedó acompañado de Brayne, el canoso yanqui que creía en todas las religiones, y de Valentin, el peligrisáceo francés que no creía en ninguna. Ambos podían discutir mutuamente cuanto quisieran; pero era inútil que invocaran el apoyo del diplomático. Esta logomaquia «progresista» acabó

siendo muy aburrida; entonces lord Galloway se levantó también, y trató de dirigirse al salón. Durante seis u ocho minutos anduvo perdido por los pasillos; al fin oyó la voz aguda y didáctica del doctor, y después la voz opaca del clérigo, seguida de una carcajada general. Y pensó con fastidio que tal vez allí estuvieran también discutiendo sobre la ciencia de la religión. Al abrir la puerta del salón se dio cuenta de una cosa: de quiénes estaban ausentes. El comandante O'Brien no estaba allí; tampoco lady Margarita.

Abandonó entonces el salón con tanta impaciencia como antes abandonara el comedor, y otra vez se metió por los pasillos. La preocupación por proteger a su hija del pícaro argelinoirlandés se había apoderado de él como una locura. Al acercarse al interior de la casa, donde estaba el estudio de Valentin, se encontró de repente con su hija, que pasaba rápidamente con una cara pálida y desdeñosa que era un enigma por sí sola. Si había estado hablando con O'Brien, ¿dónde estaba este? Si no había estado con él, ¿de dónde venía? Con una sospecha apasionada y senil se internó más en la casa, y casualmente dio con una puerta del servicio que comunicaba con el jardín. Ya la luna, con su cimitarra, había rasgado y deshecho toda nube de tempestad. Una luz de plata bañaba de lleno el jardín. Por el césped vio pasar una alta figura azul camino del estudio. Al reflejo lunar, sus facciones se revelaron: era el comandante O'Brien.

Desapareció tras la puerta vidriera en los interiores de la casa, dejando a lord Galloway en un estado de ánimo indescriptible, a la vez confuso e iracundo. El jardín de plata y azul, como un escenario de teatro, parecía atraerle tiránicamente con esa insinuación de dulzura tan opuesta al cargo que él desempeñaba en el mundo. La esbeltez y gracia de los pasos del irlandés le habían encolerizado como si, en vez de un padre, fuese un rival; y ahora la luz de la luna le enloquecía. Una especie de magia pretendía atraparlo, arrastrándolo hacia un jardín de trovadores, hacia una tierra maravillosa de Watteau; y, tratando de emanciparse por medio de la palabra de aquellas amorosas insensateces, se dirigió rápidamente en pos de su enemigo. Tropezó con alguna piedra o raíz de árbol, y se detuvo instintivamente a escudriñar el suelo, primero con irritación, y después con curiosidad. Y entonces, la luna y los álamos del jardín pudieron ver un espectáculo inusitado: un viejo diplomático inglés que echaba a correr, gritando y aullando.

A sus gritos, un rostro pálido se asomó por la puerta del estudio, y se vieron brillar los lentes y aparecer el ceño preocupado del doctor Simon, que fue el primero en oír las primeras palabras que al fin pudo articular claramente el noble caballero. Lord Galloway gritaba:

—¡Un cadáver sobre la hierba! ¡Un cadáver ensangrentado!

Y ya no pensó más en O’Brien.

—Debemos decírselo al instante a Valentin —observó el doctor, cuando el otro hubo descrito entre tartamudeos lo que apenas se había atrevido a mirar—. Es una suerte tenerle tan a mano.

En ese instante, atraído por las voces, el famoso detective entraba en el estudio. La típica transformación que se operó en él fue algo casi cómico: había acudido al sitio con el cuidado de un amo y de un caballero que se figura que alguna visita o algún criado se ha puesto malo; pero cuando le dijeron que se trataba de un hecho sangriento, al instante se tornó grave, importante, y adquirió un aire de hombre de negocios; porque, después de todo, aquello, por abominable e insólito que fuese, era su negocio.

—Amigos míos —dijo mientras se encaminaban hacia el jardín—, es muy extraño que, tras haber andado por toda la tierra a la caza de enigmas, se me ofrezca uno en mi propio jardín. ¿Dónde está?

No sin cierta dificultad cruzaron el césped, porque había comenzado a levantarse del río una ligera niebla. Guiados por el espantado Galloway, encontraron al fin el cuerpo, hundido entre la espesa hierba. Era el cuerpo de un hombre muy alto y de robustas espaldas. Estaba boca abajo, vestido de negro, y era calvo, con un escaso vello negro aquí y allá que tenía un aspecto de alga húmeda. De su cara manaba una serpiente roja de sangre.

—Por lo menos —dijo Simon con una voz profunda y extraña—, por lo menos no es ninguno de los nuestros.

—Examínele usted, doctor —ordenó con cierta brusquedad Valentin—. Bien pudiera no estar muerto.

El doctor se inclinó.

—No está enteramente frío, pero me temo que sí completamente muerto —dijo—. Ayúdenme ustedes a levantarlo.

Lo levantaron cuidadosamente hasta una pulgada del suelo, y al instante se disiparon, con espantosa certidumbre, todas sus dudas. La cabeza se desprendió del tronco. Había sido completamente cortada. El que había cortado aquella garganta, había quebrado también las vértebras del cuello. El mismo Valentin se sintió algo sorprendido.

—El que ha hecho esto es tan fuerte como un gorila —murmuró.

Aunque acostumbrado a los horrores anatómicos, el doctor Simon se estremeció al levantar aquella cabeza. Tenía algún arañazo en la barba y la mandíbula, pero la cara estaba sustancialmente intacta. Era una cara amarilla, pesada, a la vez hundida e hinchada nariz de halcón, párpados inflados: la

cara de un emperador romano prostituido, con ciertos toques de emperador chino. Todos los presentes parecían observarlo con la fría mirada del que mira a un desconocido. Nada más había de notable en aquel cuerpo, salvo que, cuando lo levantaron, vieron claramente el brillo de una pechera blanca manchada de sangre. Como había dicho el doctor Simon, aquel hombre no era de los suyos, no estaba en el grupo de invitados, pero bien podía haber tenido el propósito de hacerles compañía, porque vestía el traje de noche propio del caso.

Valentin se puso de rodillas, se echó sobre las manos, y en esa actitud anduvo examinando con la mayor atención profesional la hierba y el suelo, dentro de un contorno de veinte yardas, tarea en que fue asistido menos concienzudamente por el doctor, y solo convencionalmente por el lord inglés. Pero sus penas no tuvieron más recompensa que el hallazgo de unas cuantas ramitas partidas o quebradas en trozos muy pequeños que Valentin recogió para examinar un instante, y después arrojó.

—Unas ramas —dijo gravemente—; unas ramas y un desconocido decapitado; es todo lo que hay sobre el césped.

Hubo un silencio casi humillante, y de pronto el agitado Galloway gritó:

—¿Qué es aquello? ¿Aquello que se mueve junto al muro?

A la luz de la luna se veía, en efecto, acercarse una figura pequeña con una especie de cabeza enorme; pero lo que de pronto parecía ser un duende, resultó ser el inofensivo curita, a quien habían dejado en el salón.

—Advierto —dijo con mesura— que este jardín no tiene puerta exterior. ¿No es verdad?

Valentin arrugó el entrecejo con cierto disgusto, como solía hacerlo por principio ante toda sotana. Pero era hombre demasiado justo para disimular el valor de aquella observación.

—Tiene usted razón —contestó—; antes de preguntarnos cómo ha sido asesinado, hay que averiguar cómo ha podido llegar hasta aquí. Escúchenme ustedes, señores. Hay que convenir en que —si ello resulta compatible con mi deber profesional— lo mejor será comenzar por excluir de la investigación pública algunos nombres distinguidos. En casa hay señoras y caballeros, y hasta un embajador. Si establecemos que este hecho es un crimen, como tal hemos de investigarlo. Pero mientras no lleguemos ahí, puedo obrar con entera discreción. Soy la cabeza de la Policía: persona tan pública que bien puedo atreverme a ser privado. Quiera el cielo que pueda yo solo y por mi cuenta absolver a todos y cada uno de mis huéspedes antes de que tenga que acudir a mis empleados para que busquen en otra parte al autor del crimen.

Pido a ustedes, por su honor, que no salgan de mi casa hasta mañana al mediodía. Hay alcobas suficientes para todos. Simon, ya sabe usted dónde está Iván, mi hombre de confianza: en el vestíbulo. Dígale usted que deje a otro criado de guardia y venga al instante. Lord Galloway, usted es, sin duda, la persona más indicada para explicar a las señoras lo que sucede y evitar el pánico. También ellas deben quedarse. El padre Brown y yo vigilaremos entretanto el cadáver.

Cuando el genio del capitán hablaba en Valentin, siempre era obedecido como un clarín de órdenes. El doctor Simon se dirigió a la armería y dio la voz de alarma a Iván, el detective privado de aquel detective público. Galloway fue al salón y comunicó la terrible noticia con bastante tacto, de suerte que, cuando todos se reunieron allí, las damas habían pasado ya del espanto al apaciguamiento. Entretanto, el buen sacerdote y el buen ateo permanecían uno a la cabeza y otro a los pies del cadáver, inmóviles, bajo la luna, estatuas simbólicas de dos filosofías de la muerte.

Iván, el hombre de confianza, de la gran cicatriz y los bigotazos, salió de la casa disparado como una bala de cañón, y se acercó corriendo sobre el césped a Valentin, como perro que acude a su amo. Su lívida cara parecía vitalizada con aquel suceso policíaco-doméstico, y con una solicitud casi repugnante pidió permiso a su amo para examinar los restos.

—Sí, Iván, haz lo que gustes, pero no tardes; debemos llevar dentro el cadáver.

Iván levantó aquella cabeza, y casi la dejó caer.

—¡Cómo! —exclamó—; esto… esto no puede ser.

—¿Conoce usted a ese hombre, señor?

—No —repuso Valentin, indiferente—; más vale que entremos.

Entre los tres depositaron el cadáver sobre un sofá del estudio, y después se dirigieron al salón.

El detective, sin vacilar, se sentó tranquilamente junto a un escritorio; su mirada era la mirada fría del juez. Trazó algunas notas rápidas en un papel, y preguntó después concisamente:

—¿Están presentes todos?

—Falta el señor Brayne —dijo la duquesa de Mont Saint-Michel, mirando alrededor.

—Sí —dijo lord Galloway con áspera voz—, y creo que también falta el señor Neil O’Brien. Yo lo vi pasar por el jardín cuando el cadáver estaba todavía caliente.

—Iván —dijo el detective—, ve a buscar al comandante O'Brien y al señor Brayne. A este lo dejé en el comedor acabando su cigarro. El comandante O'Brien creo que anda paseando por el invernadero, pero no estoy seguro.

El leal servidor salió corriendo, y antes de que nadie pudiera moverse o hablar, Valentin continuó con la misma militar presteza:

—Todos ustedes saben ya que en el jardín ha aparecido un hombre muerto, decapitado. Doctor Simon, usted lo ha examinado. ¿Cree usted que hace falta una fuerza extraordinaria para cortar de esta suerte la cabeza de un hombre, o que basta con emplear un cuchillo muy afilado?

Y el doctor, pálido:

—Me atrevo a decir que no puede hacerse con un cuchillo.

Y Valentin continuó:

—¿Tiene usted alguna idea sobre el utensilio o arma que hubo que emplear para tal operación?

—Realmente —dijo el doctor arqueando las cejas—, en la actualidad no creo que se emplee arma alguna que pueda producir este efecto. No es fácil practicar tal corte, aun con torpeza; mucho menos con la perfección del que nos ocupa. Solo se podría hacer con un hacha de combate, o con una antigua hacha de verdugo, o con un viejo montante de los que se esgrimían a dos manos.

—¡Santo cielo! —exclamó la duquesa con voz histérica—; ¿y no hay aquí, acaso, en la armería, hachas de combate y viejos montantes?

Valentin, siempre pendiente de su papel de notas, dijo, mientras apuntaba algo rápidamente:

—Y dígame usted: ¿podría cortarse la cabeza con un sable francés de caballería?

En la puerta se oyó un golpecito que, quién sabe por qué, produjo en todos un sobresalto como el golpecito que se oye en *Lady Macbeth*. En medio del silencio glacial, el doctor Simon logró al fin decir:

—¿Con un sable? Sí, creo que se podría.

—Gracias —dijo Valentin—. Entra, Iván.

E Iván, el confidente, abrió la puerta para dejar pasar al comandante O'Brien, a quien se había encontrado paseando otra vez por el jardín.

El oficial irlandés se detuvo desconcertado y receloso en el umbral.

—¿Para qué hago falta? —exclamó.

—Tenga usted la bondad de sentarse —dijo Valentin, procurando ser agradable—. Pero qué, ¿no lleva usted su sable? ¿Dónde lo ha dejado?

—Sobre la mesa de la biblioteca —dijo O’Brien; y su acento irlandés se dejó sentir, con la turbación, más que nunca—. Me incomodaba, comenzaba a…

—Iván —interrumpió Valentin—. Haz el favor de ir a la biblioteca a por el sable del comandante. —Y cuando el criado desapareció—: Lord Galloway afirma que lo vio a usted saliendo del jardín poco antes de tropezar él con el cadáver. ¿Qué hacía usted en el jardín?

El comandante se dejó caer en un sillón con cierto desfallecimiento.

—¡Ah! —dijo ahora con el más completo acento irlandés—. Admiraba la luna, comulgaba un poco con la naturaleza, amigo mío.

Se produjo un profundo, largo silencio. Y de nuevo se oyó aquel golpecito a la vez insignificante y terrible. E Iván reapareció trayendo una funda de sable.

—He aquí todo lo que pude encontrar —dijo.

—Ponlo sobre la mesa —ordenó Valentin sin verlo.

En el salón había una expectación silenciosa e inhumana, como ese mar de inhumano silencio que se forma junto al banquillo de un homicida condenado. Las exclamaciones de la duquesa habían cesado desde hacía un rato. El odio profundo de lord Galloway se sentía satisfecho y amortiguado. La voz que entonces se dejó oír fue la más inesperada.

—Yo puedo deciros… —soltó lady Margarita, con aquella voz clara, temblorosa, de las mujeres valerosas que hablan en público—. Yo puedo deciros lo que el señor O’Brien hacía en el jardín, puesto que él está obligado a callar. Estaba, sencillamente, pidiendo mi mano. Yo se la negué, y le dije que mis circunstancias familiares me impedían concederle otra cosa que mi estima. Él no pareció muy contento: mi estimación no le importaba mucho. Pero ahora —añadió con débil sonrisa—, ahora no sé si mi estimación le importará tan poco como antes: vuelvo a ofrecérsela. Puedo jurar en todas partes que este hombre no cometió el crimen.

Lord Galloway se adelantó hacia su hija, y trató de intimidarla hablándole en voz baja:

—Cállate, Margarita —dijo con un cuchicheo perceptible a todos—. ¿Cómo puedes escuchar a ese hombre? ¿Dónde está su sable? ¿Dónde está su condenado sable de caballería…?

Y se detuvo ante la mirada singular de su hija, mirada que atrajo las de todos a manera de un fantástico imán.

—¡Viejo insensato! —exclamó ella con voz sofocada y sin disimular su impiedad—. ¿Acaso te das cuenta de lo que quieres probar? Yo he dicho que

este hombre ha sido inocente mientras estaba a mi lado. Si no fuera inocente, no por eso dejaría de haber estado a mi lado. Y si mató a un hombre en el jardín, ¿quién más pudo verlo? ¿Quién más pudo, al menos, saberlo? ¿Odias tanto a Neil, que no vacilas en comprometer a tu propia hija?…

Lady Galloway se echó a llorar. Y todos sintieron el escalofrío de las tragedias satánicas a que arrastra la pasión amorosa. Les pareció ver aquella cara orgullosa y lívida de la aristócrata escocesa, y junto a ella la del aventurero irlandés, como viejos retratos en la oscura galería de una casa. El silencio pareció llenarse de vagos recuerdos, de historias de maridos asesinos y de amantes envenenadores.

Y en medio de aquel silencio enfermizo, se oyó una voz cándida:

—¿Era muy grande el cigarro?

El cambio de ideas fue tan súbito, que todos se volvieron a ver quién había hablado.

—Me refiero —dijo el diminuto padre Brown—, me refiero al cigarro que el señor Brayne estaba acabando de fumar. Porque ya me va pareciendo más largo que un bastón.

A pesar de la impertinencia, Valentin levantó la cabeza, y no pudo menos de demostrar, en su cara, la irritación mezclada con la aprobación.

—Bien dicho —dijo con sequedad—. Iván, ve a buscar de nuevo al señor Brayne, y tráenoslo aquí al punto.

En cuanto desapareció el factótum, Valentin se dirigió a la joven con la mayor gravedad:

—Lady Margarita —comenzó—, estoy seguro de que todos sentimos aquí gratitud y admiración a la vez por su acto: ha crecido usted más en su ya muy alta dignidad al explicar la conducta del comandante. Pero todavía queda una laguna. Si no me engaño, lord Galloway la encontró a usted entre el estudio y el salón, y solo unos cuantos minutos después se encontró al comandante, el cual estaba todavía en el jardín.

—Debe usted recordar —repuso Margarita con fingida ironía— que yo acababa de rechazarlo; no era, pues, fácil que volviéramos del brazo. Él es, como quiera, un caballero. Y procuró quedarse atrás… ¡y ahora le achacan el crimen!

—En esos minutos de intervalo —dijo Valentin gravemente—, muy bien pudo…

De nuevo se oyó el golpecito, e Iván asomó su cara señalada:

—Perdón, señor —dijo—; el señor Brayne ha salido de casa.

—¡Que ha salido! —gritó Valentin poniéndose en pie por primera vez.

—Que se ha ido, ha tomado las de Villadiego o se ha evaporado —continuó Iván en lenguaje humorístico—. Tampoco aparecen su sombrero y su gabán, y diré algo más para completar: que he recorrido los alrededores de la casa para encontrar sus rastros, y he dado con uno, y por cierto muy importante.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora se verá —dijo el criado; y ausentándose reapareció a poco con un sable de caballería deslumbrante, manchado de sangre por el filo y la punta.

Todos creyeron ver un rayo. Y el experto Iván continuó tranquilamente:

—Lo encontré entre unos matojos, a unas cincuenta yardas de aquí, camino de París. En otras palabras, lo encontré precisamente en el sitio en que lo arrojó el respetable señor Brayne en su fuga.

Hubo un silencio, pero de otra especie. Valentin tomó el sable, lo examinó, reflexionó con una concentración no fingida, y después, con aire respetuoso, le dijo a O'Brien:

—Comandante, confío en que siempre estará usted dispuesto a permitir que la policía examine esta arma, si hace falta. Y entretanto —añadió metiendo el sable en la funda—, permítame usted que se la devuelva.

Ante el simbolismo militar de aquel acto, todos tuvieron que dominarse para no aplaudir.

Y, en verdad, para el mismo Neil O'Brien, aquello fue la crisis suprema de su vida. Cuando, al amanecer del día siguiente, andaba otra vez paseando por el jardín, había desaparecido de su semblante la trágica trivialidad que de ordinario lo distinguía: tenía muchas razones para considerarse feliz. Lord Galloway, que era todo un caballero, le había presentado la excusa más formal. Lady Margarita era algo más que una verdadera dama: una mujer, y tal vez le presentara algo mejor que una excusa cuando anduvieron paseando antes del almuerzo por entre los macizos de flores. Todos se sentían más animados y humanos, porque, aunque subsistía el enigma del muerto, el peso de la sospecha no caía ya sobre ninguno de ellos, y había huido hacia París sobre las espaldas de aquel millonario extranjero a quien apenas conocían. El diablo había sido desterrado de casa: él mismo se había desterrado.

Con todo, el enigma continuaba. O'Brien y el doctor Simon se sentaron en un banco del jardín, y este interesante personaje científico se puso a resumir los términos del problema. Pero no logró hacer hablar mucho a O'Brien, cuyos pensamientos volaban hacia más felices regiones.

—No puedo decir que me interese mucho el problema —dijo francamente el irlandés—, sobre todo ahora que aparece muy claro. Es de suponer que Brayne odiaba a ese desconocido por alguna razón: lo atrajo al jardín, y lo mató con mi sable. Después huyó a la ciudad, y por el camino arrojó el arma. Iván me dijo que el muerto tenía en uno de sus bolsillos un dólar yanqui: luego era un paisano de Brayne, y esto parece explicar mejor las cosas. Yo no veo en esto la menor complicación.

—Pues hay cinco complicaciones colosales —dijo el doctor tranquilamente—, metidas la una dentro de la otra como cinco murallas. Entiéndame usted bien: yo no dudo de que Brayne sea el autor del crimen, y me parece que su fuga es bastante prueba de ello. Pero ¿cómo lo hizo? He aquí la primera dificultad: ¿cómo puede un hombre matar a otro con un sable tan pesado como este cuando le es mucho más fácil emplear una navaja de bolsillo y volvérsela a guardar después? Segunda dificultad: ¿por qué no se oyó un grito ni el menor ruido? ¿Puede un hombre dejar de hacer alguna señal cuando ve adelantarse a otro hombre blandiendo un sable? Tercera dificultad: toda la noche ha estado guardando la puerta un criado; ni una rata puede haberse colado de la calle al jardín de Valentin. ¿Cómo pudo entrar ese individuo? Cuarta dificultad: ¿cómo pudo Brayne escaparse del jardín?

—¿Y quinta? —dijo Neil fijando los ojos en el sacerdote inglés, que se acercaba a pasos lentos.

—Tal vez sea una bagatela —dijo el doctor—; pero a mí me parece una cosa muy rara: al ver por primera vez aquella cabeza cortada, supuse desde luego que el asesino había descargado más de un golpe. Y al examinarla más de cerca, descubrí muchos golpes en la parte cortada; es decir, golpes que fueron dados cuando ya la cabeza había sido separada del tronco. ¿Odiaba Brayne en tal grado a su enemigo como para estar macheteando su cuerpo una y otra vez a la luz de la luna?

—¡Qué horrible! —dijo O’Brien estremeciéndose.

Entretanto, el pequeño padre Brown se les había acercado ya, y con su habitual timidez esperaba a que acabaran de hablar. Al fin dijo con embarazo:

—Siento interrumpirles. Me mandan comunicar a ustedes las nuevas.

—¿Nuevas? —repitió Simon mirándole muy extrañado a través de sus gafas.

—Sí; lo siento —dijo con dulzura el padre Brown—. Sabrán ustedes que ha habido otro asesinato.

Los dos se levantaron de un salto, desconcertados.

—Y lo que todavía es más raro —continuó el sacerdote, contemplando con sus torpes ojos los rododendros—: el nuevo asesinato pertenece a la misma desagradable especie del anterior: es otra decapitación. Han encontrado la segunda cabeza sangrando en el río, a pocas yardas del camino que Brayne debió de tomar para París. De modo que suponen que este…

—¡Cielos! —exclamó O'Brien—. ¿Será Brayne un monomaniático?

—Es que también hay «vendettas» americanas —dijo el sacerdote impasible. Y añadió: Se desea que vengan ustedes a la biblioteca a verlo.

El comandante O'Brien siguió a los otros hacia el sitio de la averiguación, sintiéndose decididamente enfermo. Como soldado odiaba las matanzas secretas. ¿Cuándo iban a acabar aquellas extravagantes amputaciones? Primero una cabeza y luego otra. Y se decía amargamente que en este caso falla la regla aquella según la cual dos cabezas valen más que una. Al entrar en el estudio, casi se tambaleó ante una horrible coincidencia: sobre la mesa de Valentin había un dibujo en color, que representaba otra cabeza ensangrentada: la del propio Valentin. Pronto vio que era un periódico nacionalista llamado *La Guillotine*, que acostumbraba todas las semanas a publicar la cabeza de uno de sus enemigos políticos, con los ojos saltados y los rasgos torcidos, como después de la ejecución; porque Valentin era un anticlerical notorio. Pero O'Brien era un irlandés, que aún en sus pecados conservaba cierta castidad y se sublevaba ante aquella brutalidad intelectual, que solo se encuentra en Francia. En aquel momento le pareció sentir a todo París, en un solo proceso que, partiendo de las grotescas iglesias góticas, llegaba hasta las groseras caricaturas de los diarios. Recordó las burlas gigantescas de la Revolución. Y vio a toda la ciudad en un solo espasmo de horrible energía, desde aquel boceto sanguinario que yacía sobre la mesa de Valentin, hasta la montaña y bosque de gárgolas por donde asoman, gesticulando, los enormes diablos de Notre Dame.

La biblioteca era larga, baja y sombría; una luz escasa se filtraba por las cortinas corridas, y tenía aún el sonrojo de la mañana. Valentin y su criado Iván estaban esperándolos junto a un vasto escritorio inclinado, donde yacían los mortales restos, que resultaban enormes en la penumbra. La carota amarillenta del hombre encontrado en el jardín no se había alterado. La segunda, encontrada entre las cañas del río aquella misma mañana, escurría un poco. La gente de Valentin andaba ocupada en buscar el segundo cadáver, que tal vez flotara en el río. El padre Brown, que no compartía la sensibilidad de O'Brien, se acercó a la segunda cabeza y la examinó con minucia de cegatón. Apenas era más que un montón de blancos y húmedos cabellos,

irisados de plata y rojo en la suave luz de la mañana; la cara —un feo tipo sangriento y acaso criminal— se había estropeado mucho al chocar contra los árboles y las piedras mientras era arrastrada por el agua.

—Buenos días, comandante O'Brien —dijo Valentin con apacible cordialidad—. Supongo que ya tiene usted noticia del último experimento de Brayne en carnicería.

El padre Brown continuaba inclinado sobre la cabeza de cabellos blancos, y dijo sin cambiar de actitud:

—Por lo visto es enteramente seguro que también esta cabeza la cortó Brayne.

—Es cosa de sentido común, al menos —repuso Valentin con las manos en los bolsillos—. Ha sido arrancada de la misma forma, ha sido encontrada a poca distancia de la otra, y tal vez cortada con la misma arma, que ya sabemos que se llevó consigo.

—Sí, sí; ya lo sé —contestó sumiso el padre Brown—. Pero usted comprenderá: yo tengo mis dudas sobre el hecho de que Brayne haya podido cortar esta cabeza.

—¿Y por qué? —preguntó el doctor Simon con sincero asombro.

—Pues, mire usted, doctor —dijo el sacerdote, pestañeando como de costumbre—, ¿es posible que un hombre se corte su propia cabeza? Yo lo dudo.

O'Brien sintió como si un universo de locura estallara en sus orejas; pero el doctor se adelantó a comprobarlo, levantando los húmedos y blancos mechones.

—¡Oh! No hay la menor duda: es Brayne —dijo el sacerdote tranquilamente—. Tiene exactamente la misma verruga en la oreja izquierda.

El detective, que había estado contemplando al sacerdote con ardiente mirada, abrió su apretada mandíbula, y dijo con acritud:

—Parece como si usted hubiera conocido mucho a ese hombre, padre Brown.

—En efecto —dijo el hombrecillo con sencillez—. Lo he tratado algunas semanas. Estaba pensando en convertirse a nuestra iglesia.

En los ojos de Valentin ardió el fuego del fanatismo; se acercó al sacerdote, y apretando los puños, dijo con candente desdén:

—Y tal vez estuviera pensando también en dejar a ustedes todo su dinero.

—Tal vez —dijo Brown con impasibilidad—. Es muy posible.

—En tal caso —exclamó Valentin con temible sonrisa—, usted sabía muchas cosas de él, de su vida y de sus…

El comandante O’Brien cogió por el brazo a Valentin.

—Abandone usted ese tono injurioso, Valentin —dijo—, o volverán a lucir los sables.

Pero Valentin, ante la mirada humilde y tranquila del sacerdote, ya se había dominado, y dijo simplemente:

—Bueno; para las opiniones privadas siempre hay tiempo. Ustedes, caballeros, están todavía ligados por su promesa; manténganse dentro de casa y procuren que los otros también se mantengan. Iván les contará a ustedes lo que deseen saber. Yo voy a trabajar y a escribir a las autoridades… No podemos mantener este secreto por más tiempo. Si hay novedad, estoy en el estudio escribiendo.

—¿Hay más noticias que comunicarnos, Iván? —preguntó el doctor Simon cuando el jefe de Policía hubo salido del cuarto.

—Solo una, me parece, señor —dijo Iván, arrugando su vieja cara cenicienta—; pero no deja de tener interés. Es algo que se refiere a ese que se encontraron ustedes en el jardín —añadió, señalando sin respeto al enorme cuerpo negro—. Ya lo hemos identificado.

—¿De veras? —preguntó el asombrado doctor—. ¿Y quién es?

—Su nombre es Arnold Becker —dijo el ayudante—, aunque usaba muchos apodos. Era un pícaro vagabundo, y se sabe que ha andado por América: tal es el hombre a quien Brayne decapitó. Nosotros no habíamos tenido mucho que ver con él, porque trabajaba, sobre todo, en Alemania. Nos hemos comunicado con la Policía alemana. Y da la casualidad de que tenía un hermano gemelo, de nombre Luis Becker, con quien hemos tenido mucho que ver: como que ayer mismo nos vimos en el caso de guillotinarlo. Bueno, caballeros, la cosa es de lo más extraño; pero cuando vi anoche a este hombre en el suelo, me llevé el mayor susto de mi vida. De no haber visto ayer con mis propios ojos a Luis Becker guillotinado, hubiera jurado que era Luis Becker el que estaba en la hierba. Entonces, naturalmente, me acordé del hermano gemelo que tenía en Alemania, y siguiendo el indicio…

Pero Iván suspendió sus explicaciones, por la sencilla razón de que nadie le hacía caso. El comandante y el doctor observaban al padre Brown, que había saltado sobre sus pies y se apretaba las sienes, como presa de un dolor súbito.

—¡Alto, alto, alto! —exclamó al fin—. ¡Pare usted de hablar un instante, que ya veo a medias! ¿Me dará Dios bastante fuerza? ¿Podrá mi cerebro dar el salto y descubrirlo todo? ¡Cielos, ayudadme! En otro tiempo yo solía ser

ágil para pensar, y podía parafrasear cualquier página del santo de Aquino. ¿Me estallará la cabeza, o lograré al fin ver? ¡Ya veo la mitad, solo la mitad!

Hundió la cabeza entre las manos, y se mantuvo en una rígida actitud de reflexión o plegaria, mientras los demás no hacían más que asombrarse ante aquella última maravilla de aquellas maravillosas doce horas.

Cuando las manos del padre Brown cayeron al fin, dejaron ver un rostro serio y fresco como el de un niño. Lanzó un gran suspiro, y dijo:

—Sea dicho y hecho lo más pronto posible. Escúchenme ustedes: esta será la mejor manera de convencer a todos de la verdad. Usted, doctor Simon, posee un cerebro poderoso: esta mañana le he oído a usted proponer las cinco dificultades mayores a este enigma. Tenga usted la bondad de proponerlas otra vez, y yo trataré de contestarlas.

Al doctor Simon se le cayeron las gafas de la nariz, y dominando sus dudas y su asombro, contestó al instante:

—Pues bien; ya lo sabe usted, la primera cuestión es esta: ¿cómo puede un hombre ir a buscar un enorme sable para matar a otro, cuando, en rigor, le basta con un alfiler?

—Un hombre —contestó tranquilamente el padre Brown— no puede decapitar a otro con un alfiler y, para este asesinato especial, era necesaria la decapitación.

—¿Por qué? —preguntó O'Brien con mucho interés.

—Venga la segunda cuestión —continuó el padre Brown.

—Allá va: ¿por qué no gritó ni hizo ningún ruido la víctima? —preguntó el doctor—. La aparición de un sable en un jardín no es un espectáculo habitual.

—Ramitas —dijo el sacerdote tétricamente, y se volvió hacia la ventana que daba al escenario del suceso—. Nadie ha visto de dónde procedían las ramitas. ¿Cómo pudieron caer sobre el césped (véanlo ustedes) estando tan lejos los árboles? Las ramas no habían caído solas, sino que habían sido tajadas. El asesino estuvo distrayendo a su víctima jugando con el sable, haciéndole ver cómo podía cortar una rama en el aire, y otras cosas por el estilo. Y cuando la víctima se inclinó para ver el resultado, un furioso tajo le arrancó la cabeza.

—Bien —dijo lentamente el doctor—; eso parece muy posible. Pero las otras dos cuestiones desafían a cualquiera.

El sacerdote seguía contemplando el jardín reflexivamente, y esperaba, junto a la ventana, las preguntas del otro.

—Ya sabe usted que el jardín está completamente cerrado, como una cámara hermética —prosiguió el doctor—. ¿Cómo, pues, pudo el desconocido llegar al jardín?

Sin volver la cara, el curita contestó:

—Nunca hubo ningún desconocido en ese jardín.

Silencio. Y al poco se oyó el ruido de una carcajada casi infantil. Lo absurdo de esta salida del padre Brown movió a Iván a enfrentársele abiertamente.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿De modo que no hemos arrastrado anoche hasta el sofá ese corpachón? ¿De modo que este no se dirigió al jardín?

—¿Al jardín? —repitió Brown reflexionando—. No; no. Desde luego que no.

—¡Pero, señor! —exclamó Simon—; o se entra o no se entra, imposible el término medio.

—No necesariamente —dijo el clérigo con tímida sonrisa—. ¿Cuál es la cuestión siguiente, doctor?

—Me parece que usted desvaría —dijo el doctor Simon secamente—. Pero de todos modos, le propondré la cuestión siguiente: ¿cómo logró Brayne salir del jardín?

—Nunca salió del jardín —dijo el sacerdote sin apartar los ojos de la ventana.

—¿Que nunca salió del jardín? —estalló Simon.

—Desde luego que no —dijo el padre Brown.

Simon crispó los puños en rapto de lógica francesa.

—¡O sale uno del jardín, o no sale! —gritó.

—No siempre —dijo el padre Brown.

El doctor Simon se levantó con impaciencia.

—No quiero perder más tiempo en estas insensateces —dijo indignado—. Si usted no puede entender el hecho de que un hombre tenga necesariamente que estar de un lado u otro de un muro, no discutamos más.

—Doctor —dijo el clérigo muy cortésmente—, siempre nos hemos entendido muy bien. Aunque sea en nombre de nuestra antigua amistad, espere usted un poco y propóngame la quinta cuestión.

El impaciente doctor se dejó caer sobre una silla que había junto a la puerta, y dijo simplemente:

—La cabeza y la espalda han recibido unos golpes muy raros. Parecen dados después de la muerte.

—Sí —dijo el inmóvil sacerdote—, y se hizo así para hacerle suponer a usted el falso supuesto en que ha incurrido: para hacerle a usted dar por establecido que esa cabeza pertenece a ese cuerpo.

Aquella parte liminar del cerebro en que se engendran todos los monstruos, se conmovió espantosamente en el gaélico O'Brien. Sintió la presencia caótica de todos los hombres-caballos y mujeres-peces engendrados por la absurda fantasía del hombre. Una voz, más antigua que la de sus primeros padres, pareció decir a su oído: «Aléjate del monstruoso jardín donde crecen los árboles del doble fruto; huye del perverso jardín donde murió el hombre de las dos cabezas». Pero mientras estas simbólicas y vergonzosas figuras pasaban por el profundo espejo de su alma irlandesa, su intelecto afrancesado se mantenía alerta, y contemplaba al extravagante sacerdote tan atenta y tan incrédulamente como los demás.

El padre Brown había vuelto la cara al fin; pero, contra la ventana, solo se veía su silueta. Sin embargo, creyeron adivinar que estaba pálido como las cenizas. Con todo, fue capaz de hablar muy claramente, como si no hubiera en el mundo almas gaélicas.

—Caballeros —dijo—: el cuerpo que encontraron ustedes en el jardín no es el de Becker. En el jardín no había ningún cuerpo desconocido. Y a despecho del racionalismo del doctor Simon, afirmo todavía que Becker solo estaba parcialmente presente. Vean ustedes —señalando el bulto negro del misterioso cadáver—: nunca han visto ustedes a este hombre en su vida. ¿Acaso han visto a este?

Y rápidamente separó la cabeza, calva y amarilla, del desconocido, y puso en su lugar, junto al cuerpo, la cabeza canosa. Y apareció, completo, unificado, inconfundible, el cadáver de Julio K. Brayne.

—El asesino —continuó Brown tranquilamente— cortó la cabeza a su enemigo, y arrojó el sable por encima del muro. Pero era demasiado ladino para solo arrojar el sable. También arrojó la cabeza por el muro. Y después no tuvo más trabajo que el de ajustarle otra cabeza al tronco, y (según procuró sugerirlo insistentemente en una investigación privada) todos ustedes se imaginaron que el cadáver era el de un hombre totalmente nuevo.

—¡Ajustarle otra cabeza! —dijo O'Brien espantado—. ¿Qué otra cabeza? Las cabezas no se dan en los arbustos del jardín, supongo.

—No —dijo el padre Brown secamente, mirando sus botas—. Solo se dan en un sitio. Se dan junto a la guillotina, donde Arístides Valentin, el jefe de la Policía, estaba apenas una hora antes del asesinato. ¡Oh, amigos míos! Escuchadme un instante antes de que me destrocéis. Valentin es un hombre

honrado, si esto es compatible con estar loco por una causa problemática. Pero ¿no habéis visto nunca en sus ojos fríos y grises que está loco? Lo hará todo, todo, con tal de destruir lo que él llama la superstición de la Cruz. Por eso ha combatido y ha sufrido, y por eso ha matado ahora. Los múltiples millones de Brayne se habían dispersado hasta ahora entre tantas sectas, que no podían alterar la balanza. Pero hasta Valentin llegó el rumor de que Brayne, como tantos escépticos, se iba acercando hacia nosotros, y eso ya era cosa muy diferente. Brayne podía derramar abundantes provisiones para robustecer a la empobrecida y combatida Iglesia de Francia; podía mantener seis periódicos nacionalistas como *La Guillotine*. La balanza iba entonces a oscilar, y el riesgo encendió la llama del fanático. Se decidió, pues, a acabar con el millonario, y lo hizo como podía esperarse del más grande de los detectives, resuelto a cometer su único crimen. Sustrajo la cabeza de Becker con algún pretexto criminológico, y se la trajo a casa en su estuche oficial. Se puso a discutir con Brayne, y lord Galloway no quiso esperar al fin de la discusión. Y cuando este se alejó, condujo a Brayne al jardín cerrado, habló de la maestría en el manejo de las armas, utilizó unas ramitas y un sable para poner algunos ejemplos, y…

Iván de la Cicatriz se levantó:

—¡Loco! —aulló—. Ahora mismo lo llevo a usted con mi amo; lo voy a coger por…

—No; si allá voy yo —dijo Brown con aplomo—. Tengo el deber de pedirle que se confiese.

Llevando consigo al desdichado Brown como víctima al sacrificio, todos se apresuraron hacia el silencioso estudio de Valentin.

El gran detective estaba sentado junto a su escritorio, muy ocupado al parecer para percatarse de su ruidosa entrada. Se detuvieron un instante, y, de pronto, el doctor advirtió algo extraño en el aspecto de aquel dorso elegante y rígido, y corrió hacia él. Un toque y una mirada le bastaron para permitirle descubrir que, junto al codo de Valentin, había una cajita de píldoras, y que este estaba muerto en su silla; y en la lívida cara del suicida, había un orgullo mayor que el de Catón.

LAS PISADAS MISTERIOSAS

Si alguna vez, lector, te encuentras con un individuo de aquel selectísimo club de Los Doce Pescadores Legítimos, cuando se dirige al Vernon Hotel a la reglamentaria comida anual, advertirás, en cuanto se despoje del gabán, que su traje de noche es verde y no negro. Si —suponiendo que tengas la inmensa audacia de dirigirte a él— le preguntas el porqué, contestará probablemente que lo hace para que no le confundan con un camarero, y tú te retirarás desconcertado. Pero te habrás dejado atrás un misterio todavía no resuelto, y una historia digna de contarse.

Si —para seguir en esta vena de conjeturas improbables— te encuentras con un curita muy afable y muy activo, llamado el padre Brown, y le interrogas sobre lo que él considera como la mayor suerte que ha tenido en su vida, tal vez te conteste que su mejor aventura fue la del Vernon Hotel, donde logró evitar un crimen y acaso salvar un alma, gracias al sencillo hecho de haber escuchado unos pasos por un pasillo. Está en cierto modo orgulloso de la perspicacia que entonces demostró, y no dejará de referirte el caso. Pero, como es de todo punto inverosímil que logres elevarte tanto en la escala social para encontrarte con algún individuo de Los Doce Pescadores Legítimos, o que te rebajes lo bastante entre los pillos y criminales para que el padre Brown dé contigo, me temo que nunca conozcas la historia, a menos que la oigas de mis labios.

El Vernon Hotel, donde celebran sus banquetes anuales Los Doce Pescadores Legítimos, era una de esas instituciones que solo existen en el seno de una sociedad oligárquica, casi enloquecida de buenas maneras. Era algo de todo punto monstruoso: una empresa comercial «exclusiva». Quiere decir que no pagaba por atraer a la gente, sino por alejarla. En el corazón de una plutocracia, los comerciantes acaban por ser bastante sutiles para sentirse más escrupulosos todavía que sus clientes. Crean positivas dificultades, a fin de que su clientela rica y aburrida gaste dinero y diplomacia en disfrutar de ellos. Si hubiera en Londres un hotel elegante donde no fueran admitidos los hombres menores de seis pies, la sociedad organizaría dócilmente grupos de hombres de seis pies para ir a cenar al hotel. Si hubiera un restaurante caro que, por capricho de su propietario, solo se abriera los jueves por la tarde, lleno de gente se vería los jueves por la tarde. El Vernon Hotel estaba situado en la esquina de una plaza, en el barrio de Belgravia. Era un hotel pequeño, y

muy incómodo. Pero sus mismas incomodidades servían de muros protectores para una clase particular. Uno de sus inconvenientes, sobre todo, era considerado como cosa de vital importancia: el hecho de que solo podían comer simultáneamente en aquel sitio veinticuatro personas. La única mesa grande era la célebre mesa de la terraza, al aire libre, en una galería que daba sobre uno de los más exquisitos jardines del antiguo Londres. De modo que los veinticuatro asientos de aquella mesa solo podían disfrutarse en tiempo de verano; y esto, al dificultar el placer, lo hacía más deseable. El dueño del negocio era entonces un judío llamado Lever, y le sacaba al hotel casi un millón, mediante el procedimiento de hacer difícil su acceso. Cierto que esta limitación de la empresa estaba compensada por el servicio más cuidadoso. Los vinos y la cocina eran de lo mejor de Europa, y la conducta de los criados correspondía exactamente a las maneras estereotipadas de las clases altas inglesas. El amo conocía a sus criados como a los dedos de sus manos; no había más que quince en total. Era más fácil llegar a miembro del Parlamento que a camarero de aquel hotel. Todos estaban educados en el más terrible silencio y la mayor amabilidad, como criados de caballeros. Y, realmente, por lo general, había un criado para cada caballero de los que allí comían.

Y solo allí podían consentir en comer juntos Los Doce Pescadores Legítimos, porque eran muy exigentes en materia de comodidades privadas; y la sola idea de que los miembros de otro club comieran en la misma casa, los hubiera molestado mucho. Con ocasión de sus banquetes anuales, los Pescadores tenían la costumbre de exponer todos sus tesoros, como si estuvieran en su casa, y especialmente el famoso juego de cuchillos y tenedores de pescado, que era, por decirlo así, la insignia de la Sociedad, y en el cual cada pieza había sido labrada en plata bajo forma de pez, y tenía en el puño una gran perla. Este juego se reservaba siempre para el plato de pescado, y este era siempre el más magnífico plato de aquellos magníficos banquetes. La Sociedad observaba muchas reglas y ceremonias, pero no tenía ni historia ni objeto; por eso era tan aristocrática. No había que hacer nada para pertenecer a Los Doce Pescadores; pero si no se era ya persona de cierta categoría, no había la más mínima esperanza de oír hablar de ellos. Hacía doce años que la Sociedad existía. Presidente, el señor Audley; vicepresidente, el duque de Chester.

Si he logrado describir el ambiente de este extraordinario hotel, el lector experimentará un legítimo asombro al verme tan bien enterado de cosa tan inaccesible, y mucho más se preguntará cómo una persona tan ordinaria como mi amigo el padre Brown pudo tener acceso a aquel dorado paraíso. Pero en

lo que a estos puntos se refiere, mi historia resulta sencilla y hasta vulgar. Hay en el mundo un agitador y demagogo, ya muy viejo, que se desliza hasta los más refinados interiores, contándoles a todos los hombres que son hermanos; y dondequiera que va este nivelador montado en su pálido bridón, el padre Brown tiene por oficio seguirlo. Uno de los criados, un italiano, sufrió una tarde un ataque de parálisis, y el amo, judío, aunque maravillado de tales supersticiones, consintió en mandar traer a un sacerdote católico. Lo que el camarero confesó al padre Brown no nos concierne, por la sencilla razón de que el sacerdote se lo ha callado; pero, según parece, aquello le obligó a escribir cierta declaración para comunicar cierto mensaje o enderezar algún entuerto. El padre Brown, en consecuencia, con un impudor humilde, como el que hubiera mostrado en el palacio de Buckingham, pidió que se le proporcionara un cuarto y papel de escribir. El señor Lever sintió como si lo partieran en dos. Era hombre amable, y tenía también esa falsificación de la amabilidad: el temor de provocar dificultades o «escenas». Por otra parte, la presencia de un extranjero en el hotel aquella noche era como un manchón sobre un objeto recién limpiado. Nunca había habido antesala o sitio de espera en el Vernon Hotel; nunca había tenido que aguardar nadie en el vestíbulo, puesto que los parroquianos no eran hijos de la casualidad. Había quince camareros; había doce huéspedes. Recibir aquella noche a un huésped nuevo, sería tan extraordinario como encontrarse a la hora del almuerzo o del té con un nuevo hermano en la propia casa. Sin contar con que la apariencia del cura era muy de segundo orden, y su traje tenía manchas de lodo; la mera presencia de aquel clérigo podría provocar una crisis en el club. El señor Lever, no pudiendo borrar el mal, inventó un plan para disimularlo. Según entráis (y nunca entraréis) en el Vernon Hotel, se atraviesa un pequeño pasillo decorado con algunos cuadros deslucidos, pero importantes, y se llega al vestíbulo principal, que se abre a mano derecha en unos pasillos por donde se accede a los salones, y a mano izquierda en otros pasillos que llevan a las cocinas y servicios del hotel. Inmediatamente a mano izquierda, se ve el ángulo de una oficina con cancel de cristal que viene a dar hasta el vestíbulo: una casa dentro de otra, por decirlo así, donde tal vez estuvo en otro tiempo el bar del hotel precedente.

En esta oficina está instalado el representante del propietario (allí, hasta donde es posible, todos se hacen representar por otros), y algo más allá, camino de la servidumbre, está el guardarropa, último confín del dominio de los señores. Pero entre la oficina y el vestuario hay un cuartito privado, que el propietario solía usar para asuntos importantes y delicados, como el prestarle

a un duque mil libras o excusarse por no poderle facilitar medio chelín. La mejor prueba de la magnífica tolerancia del señor Lever consiste en haber permitido que este sagrado lugar fuera profanado durante media hora por un simple sacerdote que necesitaba garrapatear unas cosas en un papel. Sin duda la historia que el padre Brown estaba trazando en aquel papel era mucho mejor que la nuestra; pero nunca podrá ser conocida. Me limitaré a decir que era casi tan larga como la nuestra, y que los dos o tres últimos párrafos eran los menos importantes y complicados.

Porque fue en el instante en que llegaba a estas últimas páginas, cuando el sacerdote comenzó a conceder cierta errabundez a sus pensamientos, y permitió a sus sentidos, muy agudos por lo general, que despertaran. Oscurecía; llegaba la hora de la cena; aquel olvidado cuartito se iba quedando sin luz, y tal vez la oscuridad creciente, como sucede a menudo, afinó los oídos del sacerdote. Cuando el padre Brown redactaba la última y menos importante parte de su documento, se dio cuenta de que estaba escribiendo al compás de un ruidito rítmico que venía del exterior, como cuando uno piensa a tono con el ruido de un tren. Al darse cuenta de esto comprendió también de qué se trataba: no era más que el ruido ordinario de los pasos, cosa nada extraña en un hotel. Sin embargo, conforme crecía la oscuridad se aplicaba con mayor ahínco a escuchar el ruido. Después de haberlo oído algunos segundos como en sueños, se puso en pie y empezó a oírlo adrede, inclinando un poco la cabeza. Después se sentó otra vez, y hundió la cara entre las manos, no solo para escuchar, sino para escuchar y pensar.

El ruido de los pasos era el ruido propio de un hotel; con todo, en el conjunto del fenómeno había algo extraño. Más pasos que aquellos no se oían. La casa era de ordinario muy silenciosa, porque los pocos huéspedes habituales se recogían a la misma hora, y los bien educados servidores tenían orden de no molestar mientras no se los necesitase. No había sitio en que fuera más difícil sorprender la menor irregularidad. Pero aquellos pasos eran tan extraños, que no sabía uno si llamarlos regulares o irregulares. El padre Brown se puso a seguirlos con sus dedos sobre la mesa, como el que trata de aprender una melodía en el piano.

Primero se oyó un ruido de pasitos apresurados: diríase un hombre de peso ligero en un concurso de paso rápido. De pronto, los pasos se detuvieron, y recomenzaron lentos y vacilantes; este nuevo paso duró casi tanto como el anterior, aunque era cuatro veces más lento. Cuando este cesó, volvió aquella ola ligera y presurosa, y luego otra vez el golpe del andar pesado. Era indudable que se trataba de un solo par de botas, tanto porque —como ya

hemos dicho— no se oía otro andar, como por cierto rechinido inconfundible que a este acompañaba. El padre Brown tenía un espíritu que no podía menos de plantearse interrogantes; y ante aquel problema aparentemente trivial, se puso nerviosísimo. Había visto hombres que corrían para dar un salto, y hombres que corrían para deslizarse. Pero ¿era posible que un hombre corriera para andar, o bien que anduviera para correr? Sin embargo, aquel invisible par de piernas no parecía hacer otra cosa. Aquel hombre, o corría medio pasillo para andar después el otro medio, o andaba medio pasillo para darse después el gusto de correr el otro medio. En uno u otro caso, aquello era absurdo. Y el espíritu del padre Brown se oscurecía cada vez más, como su cuarto.

Poco a poco, la oscuridad de la celda pareció aclarar sus pensamientos. Y le pareció ver aquellos fantásticos pies haciendo cabriolas por el pasillo en actitudes simbólicas y no naturales. ¿Se trataba acaso de una danza religiosa pagana? ¿O era alguna nueva especie de ejercicio científico? El padre Brown se preguntaba a qué ideas podían exactamente corresponder aquellos pasos. Consideró primero el compás lento: aquello no correspondía al andar del propietario. Los hombres de su especie andan con decisión, o no se mueven. Tampoco podía ser el andar de un criado o mensajero que espera órdenes; no sonaba a eso. En una oligarquía, las personas subordinadas suelen tambalearse cuando están algo ebrias, pero generalmente, y sobre todo en sitios tan imponentes como aquel, o se están quietas o adoptan una marcha forzada. Aquel andar pesado y, sin embargo, elástico, que parecía lleno de descuido y de énfasis, no muy ruidoso, pero tampoco excesivamente preocupado de no hacer ruido, solo podía pertenecer a un animal en la tierra. Era el andar de un caballero de la Europa occidental, y tal vez de un caballero que nunca había tenido que trabajar para ganarse la vida.

Al llegar el padre Brown a esta certidumbre, el paso menudito volvió, y corrió frente a la puerta con la rapidez de una rata. Y el padre Brown advirtió que este andar, mucho más ligero que el otro, era también menos ruidoso, como si ahora el hombre anduviera de puntillas. Sin embargo, no sugería la idea del secreto, sino de otra cosa —de otra cosa que Brown no acertaba a recordar—. Y pugnaba por recordar en uno de esos estados de semirrecuerdo que le hacen a uno sentirse semiperspicaz. En alguna otra parte había oído él ese andar menudo. Y de pronto volvió a levantarse poseído de una nueva idea, y se aproximó a la puerta. Su cuarto no daba directamente al pasillo, sino, por un lado, a la oficina de las vidrieras, y por otro al guardarropa. Intentó abrir la puerta de la oficina: estaba cerrada con llave. Se volvió a la ventana, que no

era a aquella hora más que un cuadro de vidrio lleno de niebla rojiza al último destello solar; y por un instante le pareció oler la posibilidad de un delito como el perro huele las ratas.

Su parte racional —fuera o no la mejor— acabó por imponerse en él. Recordó que el propietario le había dicho que cerraría la puerta con llave, y después volvería a sacarlo de allí. Y se dijo que aquellos excéntricos ruidos bien pudieran tener mil explicaciones que a él no se le habían ocurrido; y se dijo además que apenas le quedaba luz para acabar su tarea. Se acercó a la ventana para aprovechar las últimas luces de la tarde, y se entregó por entero a la redacción de su memoria. Al cabo de unos veinte minutos, durante los cuales fue teniendo que acercarse cada vez más al papel para poder distinguir las letras, suspendió de nuevo la escritura; otra vez se oían aquellos inexplicables pies.

Ahora los pasos tenían una tercera peculiaridad. Antes, parecía que el desconocido andaba, a veces despacio y a veces muy deprisa, pero *andaba*. Ahora era indudable que *corría*. Ahora se oían claramente los saltos de la carrera a lo largo del pasillo, como los de una veloz pantera. El que pasaba, parecía ser un hombre agitado y presuroso. Pero cuando desapareció como una ráfaga hacia la región en que estaba la oficina, volvió otra vez el andar lento y vacilante.

El padre Brown arrojó los papeles y, sabiendo ya que la puerta de la oficina estaba cerrada, se dirigió a la del guardarropa. El criado estaba ausente por casualidad, tal vez porque los únicos huéspedes de la casa estaban cenando, y su oficio era una sinecura. Tras andar a tientas por entre un bosque de gabanes, se encontró con que el pequeño guardarropa acababa, sobre el iluminado pasillo, en un mostrador de esos que hay en los sitios donde suele uno dejar sus paraguas o sombrillas a cambio de fichas numeradas. Sobre el arco semicircular de esta salida, venía a quedar uno de los focos del pasillo. Pero apenas podía alumbrar la cara del padre Brown, que solo se distinguía como un bulto oscuro contra la nebulosa ventana de Poniente, a sus espaldas. En cambio, el foco iluminaba teatralmente al hombre que andaba por el pasillo.

Era un hombre elegante, vestido de frac; aunque alto, no parecía ocupar mucho espacio. Se diría que podía escurrirse como una sombra por donde muchos hombres más pequeños no hubieran podido pasar. Su cara, iluminada a plena luz, era morena y viva. Parecía extranjero. De buena presencia; era atractivo e inspiraba confianza. El crítico solo hubiera dicho de él que aquel traje negro era una sombra que oscurecía su cara y su aspecto, y que le hacía

unos bultos y bolsas desagradables. Al ver la silueta negra de Brown, sacó un billete con un número, y dijo con amable autoridad:

—Deme mi sombrero y mi gabán; tengo que salir al instante.

El padre Brown, sin rechistar, tomó el billete y fue a buscar el gabán; no era la primera vez que hacía de criado. Trajo lo que le pedían, y lo puso sobre el mostrador. El caballero, que había estado buscando en el bolsillo del chaleco, dijo riendo:

—No encuentro nada de plata, tome usted esto.

Y le dio media libra esterlina, y tomó su sombrero y su gabán.

La cara del padre Brown permaneció impávida pero él perdió la cabeza. Siempre el padre Brown valía más cuando perdía la cabeza. En tales momentos sumaba dos y dos, y sacaba un total de cuatro millones. Esto, la Iglesia Católica, que está prendada del sentido común, no siempre lo aprueba. Tampoco lo aprobaba siempre el padre Brown. Pero ello era cosa de inspiración, muy importante en las horas críticas, horas en que solo salvará su cabeza el que la haya perdido.

—Me parece, señor —dijo con mucha cortesía—, que ha de llevar usted plata en los bolsillos.

—¡Hombre! —exclamó el caballero—. Si yo prefiero darle a usted oro, ¿de qué se queja?

—Porque la plata es a veces más valiosa que el oro —dijo el sacerdote—. Quiero decir, en grandes cantidades.

El desconocido le miró con curiosidad; después miró todavía con más curiosidad hacia la entrada del pasillo. Después, contempló otra vez a Brown, y muy atentamente consideró la ventana que estaba a espaldas de este, todavía coloreada en el crepúsculo de la tarde lluviosa. Y luego, con súbita resolución, puso una mano en el mostrador, saltó sobre él con la agilidad de un acróbata, y se irguió ante el sacerdote, poniéndole en el cuello la poderosa garra.

—¡Quieto! —le dijo con un resoplido—. No quiero amenazarlo a usted, pero…

—Pero yo sí quiero amenazarlo a usted —dijo el padre Brown con voz que parecía un redoble de tambor—. Yo quiero amenazarlo a usted con los calores eternos y con el fuego que no se extingue.

—Es usted —dijo el caballero— un extraño bicho de guardarropa.

—Soy un sacerdote, señor Flambeau —dijo Brown—, y estoy dispuesto a escuchar su confesión.

El otro se quedó un instante desconcertado, y luego se dejó caer en una silla.

Los dos primeros servicios habían transcurrido en medio de un éxito placentero. No poseo copia del menú de Los Doce Pescadores Legítimos, pero si la poseyera, no aprovecharía a nadie; porque aquello estaba escrito en una especie de superfrancés de cocinero, completamente ininteligible para los franceses. Una de las tradiciones del club era la abundancia y variedad abrumadora de los *hors d'oeuvres*. Se los tomaba muy en serio, por lo mismo que son números *extras*, inútiles, como aquellos mismos banquetes y como el mismo club. También era tradicional que la sopa fuera ligera y de pocas pretensiones: algo así como una vigilia austera y sencilla, en previsión del festín del pescado que venía después. La conversación era esa conversación extraña, trivial, que gobierna al Imperio británico —que lo gobierna en secreto—, y que, sin embargo, resultaría poco ilustrativa para cualquier inglés ordinario, suponiendo que tuviera el privilegio de oírla. A los ministros del Gabinete se los designaba por su nombre de pila, con cierto aire de benignidad y aburrimiento. Al Canciller Real del Tesoro, a quien todo el partido Tory maldecía a la sazón por sus exacciones continuas, lo elogiaban por los versitos que solía escribir o por la montura que usaba en las cacerías. Al jefe de los *tories*, odiado como tirano por todos los liberales, le cuestionaban, y, finalmente, lo elogiaban por su espíritu liberal. Parecía, pues, que concedieran mucha importancia a los políticos, y que todo en ellos fuera importante menos su política. El señor Audley, el presidente, era un anciano afable que todavía gastaba cuellos a lo Gladstone: parecía un símbolo de aquella sociedad, a la vez fantasmagórica y estereotipada. Nunca había hecho nada, ni siquiera un disparate. No era derrochador, ni tampoco especialmente rico. Simplemente, estaba en el cotarro, y eso bastaba. Nadie, en sociedad, lo ignoraba; y si hubiera querido figurar en el Gabinete, lo habría logrado. El duque de Chester, vicepresidente, era un joven político en marea creciente. Quiere decir que era un joven muy agradable, con una cara llana y pecosa, de inteligencia moderada, y dueño de vastas posesiones. En público, siempre tenía éxito, mediante un principio muy sencillo: cuando se le ocurría un chiste, lo soltaba, y todos opinaban que era muy brillante; cuando no se le ocurría ningún chiste, decía que no era momento de bromear, y todos opinaban que era muy juicioso. En lo privado, en el seno de un club de su propia clase, se conformaba con ser lo más francote y bobo posible, como un buen chico de escuela. El señor Audley, que nunca se había metido en política, trataba estas cosas con una seriedad relativa. A veces, hasta ponía en

aprietos a la compañía, dando a entender, por algunas frases, que entre liberales y conservadores existía cierta diferencia. En cuanto a él, era conservador hasta en la vida privada. Le caía sobre la nuca una ola de cabellos grises, como a ciertos estadistas a la antigua; y visto de espaldas, parecía exactamente el hombre que necesitaba la patria. Visto de frente, parecía un solterón afable, tolerante consigo mismo, y con aposento en el Albany, como era la verdad.

Como ya se ha dicho, la mesa de la terraza tenía veinticuatro asientos, y el club solo constaba de doce miembros. De modo que estos podían instalarse muy a sus anchas, del lado interior de la mesa, sin tener enfrente a nadie que les quitara la vista del jardín, cuyos colores eran todavía perceptibles, aunque ya se anunciaba la noche, y algo tétrica, por cierto, para lo que hubiera sido propio de la estación. En el centro de la línea estaba el presidente, y el vicepresidente en el extremo derecho. Cuando los doce individuos se dirigían a sus asientos, era costumbre (quién sabe por qué razones) que los quince camareros se alinearan en la pared como tropa que presenta armas al rey, mientras que el obeso propietario se inclinaba ante los huéspedes, fingiéndose muy sorprendido por su llegada, como si nunca hubiera oído hablar de ellos. Pero, antes de que se oyera el primer tintineo de los cubiertos, el ejército de criados desaparecía, y solo quedaban uno o dos, los indispensables para distribuir los platos con toda rapidez, y en medio de un silencio mortal. El señor Lever, el propietario, desaparecía también entre zalemas y convulsiones de cortesía. Sería exagerado, y hasta irreverente, el decir que volvía a dejarse ver de sus huéspedes. Pero a la hora del plato más solemne, del plato de pescado, se sentía algo —¿cómo decirlo?—, se sentía en el ambiente una vívida sombra, una proyección de su personalidad, que anunciaba que el propietario andaba rondando por allí cerca. A los ojos del vulgo, aquel sagrado plato no era más que una especie de monstruoso pudín, de aspecto y proporciones de un pastel de boda, donde un considerable número de interesantísimos peces habían perdido la forma que Dios les dio. Los Doce Pescadores Legítimos empuñaban sus famosos cuchillos y tenedores, y atacaban el manjar tan cuidadosamente cual si cada partícula del pudín costara tanto como los mismos cubiertos con que se comía. Y, en efecto, creo que costaba tanto. Y el servicio de honor transcurría en el más profundo silencio devorador. Solo cuando su plato estaba ya casi vacío, el joven duque hizo una observación casi ritual:

—Solo aquí saben hacer esto, no en todas partes.

—En ninguna parte —contestó el señor Audley en voz de bajo profundo, volviéndose hacia el duque y agitando con convicción su venerable cabeza—. En ninguna parte; solo aquí. Me habían dicho que en el Café Anglais…

Le interrumpió un instante el criado que le cambiaba el plato, pero retomó el hilo precioso de sus pensamientos:

—… Me habían dicho que en el Café Anglais lo hacían igual. Y nada, señor mío —añadió, sacudiendo la cabeza como un pelele—. Es cosa muy diferente.

—Sitio elogiado más de lo justo —observó un tal coronel Pound, a quien por primera vez oía hablar su interlocutor desde hacía varios meses.

—No sé, no sé —dijo el duque de Chester, que era un optimista—. Yo creo que es una cocina buena para algunas cosas. No es posible superarla, por ejemplo, en…

Un criado llegó en ese instante, escurriéndose presuroso junto a la pared, y después se quedó inmóvil. Y todo con el mayor silencio. Pero aquellos caballeros vagos y amables estaban tan hechos a que la invisible maquinaria que rodeaba y sostenía sus vidas funcionara con absoluta suavidad, que aquel acto inesperado los sobresaltó como un chirrido. Y sintieron lo que tú y yo, lector, sentiríamos si nos desobedeciera el mundo inanimado: si, por ejemplo, echara a correr una silla.

El camarero se quedó inmóvil unos segundos, y en todas las caras apareció una expresión inexplicable de rubor, que es producto característico de nuestro tiempo: un sentimiento en que se combinan las nociones del humanitarismo moderno con la idea del enorme abismo que separa al rico del pobre. Un aristócrata genuino le hubiera tirado algo a la cabeza al triste camarero, comenzando por las botellas vacías y acabando probablemente por algunas monedas. Un demócrata genuino le hubiera preguntado al instante, con una claridad llena de crudo compañerismo, qué diablos se le había perdido allí. Pero aquellos plutócratas modernos no sabían tratar al pobre, ni como se trata al esclavo ni como se trata al amigo. De modo que una equivocación de la servidumbre los sumergía en un profundo, bochornoso embarazo. No querían ser brutales, y temían verse en el caso de ser benévolos. Y todos, interiormente, desearon que «aquello» desapareciera. Y «aquello» desapareció. El camarero, tras quedarse unos instantes más rígido que un cataléptico, dio media vuelta y salió escapado.

Cuando reapareció en la galería, o más bien, en la puerta, venía acompañado de otro, con quien secreteaba algo, gesticulando con animación meridional. Después, el primer camarero se fue, dejando en la puerta al

segundo, y a poco reapareció acompañado de un tercero. Y cuando, un instante después, un cuarto camarero se aproximó al sínodo, el señor Audley creyó conveniente, en interés del tacto, romper el silencio. A guisa de mazo presidencial usó una tos estrepitosa, y dijo:

—Es espléndido lo que hace en Birmania el joven Moocher. No hay otra nación en el mundo que pueda…

Un quinto camarero vino hacia él como una saeta, y le susurró al oído:

—¡Un asunto muy urgente! ¡Muy importante! ¿Puede el propietario hablar con el señor?

El presidente se volvió muy desconcertado, y con ojos de pánico vio que se encaminaba hacia él el señor Lever, con aquella su difícil presteza. Aunque este era su paso habitual, su cara estaba muy alterada: generalmente su cara era de cobre oscuro, y ahora parecía de un amarillo enfermizo.

—Dispénseme usted, señor Audley —dijo con fatiga de asmático—. Estoy muy asustado. Con los platos de pescado de los señores ¿se llevaron también los cubiertos?

—Sí, naturalmente —contestó el presidente con cierto calor.

—¿Y lo vieron ustedes? —jadeó el amo, espantado—. ¿Vieron ustedes al criado que se los llevó? ¿Lo conocen ustedes?

—¿Conocer al camarero? —contestó indignado el señor Audley—. No por cierto.

El señor Lever abrió los brazos con ademán agónico:

—No lo mandé yo —exclamó—. No sé de dónde ni cómo vino. Cuando yo mandé a mi camarero a recoger el servicio, se encontró con que ya lo había recogido alguien antes.

El señor Audley tenía un aire demasiado azorado para ser el hombre que le estaba haciendo falta a la patria. Nadie pudo articular una palabra, excepto el hombre de palo, el coronel Pound, que parecía galvanizado en una actitud artificial. Se levantó rígido, mientras los demás permanecían sentados, se afianzó el monóculo, y habló así, en un tono enronquecido, como si se le hubiera olvidado hablar:

—¿Quiere usted decir que alguien ha robado nuestro servicio de plata?

El propietario repitió el ademán de los brazos, todavía con más desesperación, y de un salto todos se pusieron en pie.

—¿Están presentes todos sus criados? —preguntó el coronel con su voz dura y fuerte.

—Sí, aquí están todos. Ya lo he advertido —dijo el joven duque adelantando la cara hacia el interior del coro—. Yo los cuento siempre al

llegar, cuando están ahí formados junto a la pared.

—Con todo, no es fácil que uno se acuerde exactamente… —comenzó el señor Audley.

—Sí, me acuerdo exactamente —gritó el duque—. Nunca ha habido aquí más de quince camareros, y los quince estaban hoy aquí, puedo jurarlo: ni uno más, ni uno menos.

El propietario se volvió hacia él con un espasmo de sorpresa, y tartamudeó:

—¿Dice usted… dice usted que vio usted a mis quince camareros?

—Como de costumbre —asintió el duque—. ¿Qué tiene eso de extraño?

—Nada —dijo Lever con un profundo acento—, sino que es imposible: porque uno de ellos ha muerto hoy mismo en el piso alto.

¡Espantoso silencio! Es tan sobrenatural la palabra «muerte», que probablemente todos aquellos ociosos caballeros examinaron su alma por un instante, y su alma les apareciera más miserable que un guisante marchito. Uno de ellos (tal vez el duque) hasta dijo, con la estúpida amabilidad de la riqueza:

—¿Podemos hacer algo por él?

Y el judío, a quien estas palabras conmovieron, contestó:

—Lo ha auxiliado un sacerdote.

Y entonces, como al tañido de la trompeta del Juicio, se dieron todos cuenta de su verdadera situación. Por algunos segundos no habían podido menos de sentir que el camarero número quince era el espectro del muerto, que había venido a sustituirlo. Y aquel sentimiento los ahogaba, porque los espectros eran para ellos tan incómodos como los mendigos. Pero el recuerdo de la plata rompió el sortilegio brutalmente, haciendo volver a todos a la realidad. El coronel arrojó su silla y se encaminó hacia la puerta.

—Amigos míos —dijo—, si hay un camarero número quince, ese es el ladrón. Todo el mundo a las puertas para impedir la salida, y después se hará otra cosa. Las veinticuatro perlas del club bien merecen que nos molestemos un poco.

El señor Audley vaciló, pensando si sería propio de caballeros el darse prisa, aun en semejante circunstancia; pero al ver que el duque se lanzaba a las escaleras con juvenil ardor, le siguió, aunque con ímpetu más acorde con sus años.

En ese instante, un sexto camarero entró a decir que acababa de encontrar la pila de platos en un aparador, pero sin la menor huella de los cubiertos.

La multitud de huéspedes y criados, desbordada sin concierto por los pasillos, se dividió en dos grupos. Los más de los Pescadores siguieron al propietario hasta la puerta del frente, para averiguar si alguien había salido. El coronel Pound, con el presidente y el vicepresidente y uno o dos más, se dirigieron al corredor, rumbo a los cuartos del servicio, por parecerles un camino más probable para la fuga. Y al pasar junto a la salita o caverna que servía de guardarropa, vieron la figura de un hombre pequeño, vestido de negro —un criado al parecer—, que estaba difuminado en la sombra.

—¡Hola! ¡Aquí! —llamó el duque—. ¿Ha visto usted pasar a alguien?

El hombrecito no contestó directamente, pero dijo:

—Caballeros: tal vez haya encontrado ya lo que ustedes buscan.

Se detuvieron todos, asombrados y dudosos, y el hombrecito se dirigió tranquilamente al interior del guardarropa, y volvió de allá con las manos llenas de reluciente plata, que depositó sobre el mostrador con la calma de un comerciante. Y entonces se vio que aquella plata era una docena de pares de cubiertos de elegantísima forma.

—Usted…, usted… —balbuceó el coronel, perdido por primera vez el aplomo. Y se asomó al cuartito para observar mejor, y pudo descubrir dos cosas: la primera, que el hombrecillo vestido de negro llevaba un traje clerical; y la segunda, que la vidriera del fondo estaba rota, como si alguien hubiera escapado por ella.

—Cosas de mucho valor para depositarlas en un guardarropa, ¿no es verdad? —observó el sacerdote con una plácida moderación.

—¿Usted…, usted robó esto? —tartamudeó el señor Audley con ojos relampagueantes.

—Si así fuera —dijo el clérigo en tono burlón—, por lo menos ya lo he devuelto.

—Pero no fue usted… —dijo el coronel Pound, sin quitar los ojos de la vidriera rota.

—Para hablar claro de una vez —contestó el cura, humorísticamente—, no he sido yo. —Y, con afectada gravedad, se sentó en un taburete que tenía al lado.

—En todo caso, usted sabe quién fue —advirtió el coronel.

—Su verdadero nombre lo ignoro —continuó el otro plácidamente—; pero algo conozco de su fuerza para el combate y de sus problemas espirituales. Me hice idea de la primera cuando trató de estrangularme, y de los segundos, cuando se arrepintió.

—¡Hombre! Conque ¿se arrepintió? —gritó el joven Chester con un alarde de risa.

El padre Brown se puso de pie, y llevando las manos a la espalda:

—Muy extraño, ¿verdad? —dijo—. ¿Es muy raro que un vagabundo aventurero se arrepienta, cuando tantos que viven entre la seguridad y las riquezas continúan su vida frívola, estéril para Dios y para los hombres? Pero aquí, si usted me permite, le advertiré que invade usted mis terrenos. Si duda usted de la verdad en la penitencia, no tiene usted más que ver esos cuchillos y tenedores. Ustedes son Los Doce Pescadores Legítimos, y ahí tienen ya su servicio para el pescado. En cuanto a mí, a mí Él me hizo pescador de hombres.

—¿Ha ocultado usted a ese hombre? —preguntó el coronel, arrugando el ceño.

El padre Brown le miró a la cara abiertamente:

—Sí —contestó—. Yo lo he pescado con anzuelo invisible y con hilo que nadie ve, y que es lo bastante largo para permitirle errar por los confines del mundo, sin que por eso se libere.

Hubo un largo silencio. Los presentes se alejaron para llevar a sus camaradas la plata recobrada, o consultar el caso con el propietario. Pero el coronel de la cara gesticulante se sentó en el mostrador, dejando colgar sus largas piernas y mordiéndose los bigotes.

Y al fin dijo con mucha calma:

—Ese hombre ha de ser muy inteligente, pero yo creo conocer a otro que lo es más todavía.

—Sí; ese hombre es muy inteligente —contestó el cura—, pero ¿el otro a quien usted se refiere?…

—Es usted —dijo el coronel sonriendo—. Yo no tengo especial empeño en ver al ladrón encarcelado: haga usted con él lo que guste. Pero de buena gana daría yo muchos tenedores de plata por saber cómo logró hacer esto, y cómo logró usted sacarle la plata. Me está usted resultando más listo que el mismo demonio.

El padre Brown supo saborear el candor algo saturnino del soldado.

—Bueno —le contestó sonriendo—. Yo no puedo decirle a usted todo lo que sé, por la confesión, sobre la persona y hechos de ese sujeto, pero no tengo razones para ocultarle lo que de él he descubierto por mi propia cuenta.

Y diciendo esto, saltó con agilidad sobre el mostrador, sentándose junto al coronel Pound y moviendo sus piernecitas como un niño. Y comenzó su

historia con tanta naturalidad como si contara cuentos a un viejo amigo, junto a la hoguera de Navidad.

—Verá usted, coronel. Estaba yo encerrado en ese gabinetito, escribiendo, cuando oí unas pisadas por el corredor, tan misteriosas que parecían la danza de la muerte. Primero, unos pasitos rápidos y graciosos como de hombre que anda de puntillas; después, unos pasos lentos, descuidados, crujientes, como de hombre que pasea fumando un cigarro. Pero ambos provenían de los mismos pies, yo lo hubiera jurado, y se alternaban: primero la carrerita, y después el paseo, y otra vez la carrerita… Me llamó la atención, y al fin me llenó de inquietud el hecho de que un mismo hombre diera las dos especies de pasos. La forma de andar no me era desconocida: era el andar de un hombre como usted, coronel, los andares de un caballero bien nacido que está haciendo tiempo en espera de alguna cosa, y que anda de aquí para allá, más que por impaciencia, por exuberancia física. La carrerita tampoco me era desconocida, pero no podía yo precisar qué ideas evocaba en mi espíritu. ¿A quién, a qué extraña criatura había encontrado yo en mis andanzas que corriera así, de puntillas, de aquella manera tan extraordinaria? Después me pareció oír un ruido de platos, y la respuesta a mis interrogantes me resultó tan clara como la de san Pedro: aquel era el andar presuroso de un criado, el andar con el cuerpo echado hacia delante y la mirada baja, de puntillas, con la cola del frac y la servilleta flotando al aire. Medité un poco. Y creí descubrir y representarme el delito tan claramente como si yo mismo fuera a cometerlo.

El coronel Pound lo miró con desconfianza, pero los mansos ojos grises del cura contemplaban el cielo raso con la mayor inocencia.

—Un delito —continuó lentamente— es como cualquier otra obra de arte. No se extrañe usted de lo que digo: los crímenes y delitos no son las únicas obras de arte que salen de los talleres infernales. Pero toda obra de arte, divina o diabólica, tiene un elemento indispensable, que es la simplicidad esencial, aun cuando el procedimiento pueda ser complicado. Así, en el *Hamlet*, por ejemplo, los elementos grotescos: el sepulturero, las flores de la doncella loca, la fantástica elegancia de Osric, la lividez del espectro, el cráneo verdoso, todo ello es como un remolino de extravagancias en torno a la sencilla figura de un hombre vestido de negro. Bien; pues aquí también —añadió dejándose resbalar suavemente del asiento y con una sonrisa—, aquí también se trata de la sencilla tragedia de un hombre vestido de negro. Sí —prosiguió ante el asombro del coronel—, sí; todo este enredo gira en torno a un frac negro. También aquí, como en el *Hamlet*, hay sus excrecencias ridículas: que, en este caso, lo son usted y sus amigos. Hay un camarero muerto, que, a pesar de

estar muerto, se presenta a servir la cena. Hay una mano invisible que limpia los cubiertos de plata que hay en la mesa y después se evapora. Pero todo delito inteligente está fundado en algún hecho simplicísimo, en algún hecho no misterioso por sí mismo. Y el engaño ulterior no tiene más fin que encubrirlo, desviando de él los pensamientos de los hombres. Este delito sutil, generoso y que, en otras circunstancias, hubiera resultado muy provechoso, estaba fundado en el hecho sencillísimo de que el frac de un caballero es igual al frac de un camarero. Y todo lo demás fue ejecución y representación, aunque —eso sí— de lo más fino.

—Alto —dijo el coronel, poniéndose en pie y contemplando, siempre con el ceño fruncido, sus relucientes botas—; no sé si he entendido bien.

—Coronel —dijo el padre Brown—, le aseguro a usted que ese arcángel de impudor que robó los cubiertos, anduvo de aquí para allá por este corredor, y a plena luz, lo menos unas veinte veces y a la vista de todo el que quiso verlo. No se ocultó en los rincones donde la sospecha pudo ir a buscarlo, sino que anduvo paseando en los pasillos iluminados, y dondequiera que se le sorprendiera, parecía estar por su propio derecho. No me pregunte usted cómo era. Seis o siete veces lo habrá usted visto, sin duda. Usted y sus amigos estaban en el salón vestíbulo que se encuentra entre este corredor y la terraza, ¿no es eso? Pues bien; cuando nuestro hombre se acercaba a ustedes, a los caballeros, caminaba con la ligereza de un criado, con la cabeza baja, columpiando la servilleta y con pies presurosos. Entraba en la terraza, hacía algo sobre el mantel, y volvía otra vez a la oficina y a las estancias de la servidumbre. Y cuando caía bajo la mirada del empleado de la oficina y de los criados, ya era otro: se había transformado en todas y cada una de las pulgadas que su cuerpo mide, hasta en sus ademanes y gestos instintivos. Y pasaba por entre los criados con la misma insolencia divagadora que los criados están acostumbrados a ver en los amos. Para la servidumbre no es cosa nueva el que los elegantes comensales de los banquetes se pongan a pasear por toda la casa como un animal del parque zoológico: nada es de mejor gusto y más distinción que el pasear por donde a uno le da la gana. Cuando se sentía, pues, magníficamente aburrido de pasear por aquel lado, se volvía a la otra región, y cruzaba otra vez frente a la oficina. Y al rebasar la sombra de ese arco, se metamorfoseaba como por arte de magia, y otra vez llegaba con su trotecito menudo a donde estaban los Pescadores, convertido en criado solícito. Naturalmente, los señores no reparaban en un criado. ¿Y qué podían sospechar los criados de aquel distinguido señor que paseaba de aquí para allá? Una o dos veces se permitió el lujo de extremar su juego con

la mayor serenidad: en los cuartos del propietario, por ejemplo, se asomó a pedir muy garbosamente un sifón de soda, diciendo que tenía sed. Declaró, humorísticamente, que él mismo se lo llevaría, y así lo hizo en efecto: porque lo llevó al grupo de ustedes con la mayor corrección y rapidez, convertido así en verdadero criado que cumple la orden de un huésped. Claro que eso no podía durar mucho, pero no era necesario que durara más allá del servicio de pescado.

—Su peor momento —agregó— fue cuando tuvo que alinearse junto a los demás criados, al entrar los caballeros en la terraza. Pero aun entonces se las arregló para colocarse en el ángulo del muro, donde los criados pudieran figurarse que era uno de los caballeros; y los caballeros, que era uno de los criados. Y lo demás se hizo sin la menor dificultad. Todo camarero que se encontró con él lejos de la mesa, lo tomó por un perezoso aristócrata. Y no tuvo más trabajo que acercarse a la mesa dos minutos antes de que ustedes acabaran de comer el pescado, transformarse en un activo camarero, y retirar los platos. Arrinconó estos en cualquier aparador, se atiborró los bolsillos con los cubiertos, de modo que el traje le hacía unos bultos, y corrió como una liebre (yo le oí cuando se acercaba) en dirección hacia este guardarropa. Aquí se transformó nuevamente en un plutócrata, en un plutócrata a quien acababan de llamar para algún asunto urgente. Y con dar su ficha al empleado del guardarropa, pudo haberse escapado tan elegantemente como se había escurrido hasta aquí. Solo que… solo que dio la pícara casualidad de que, en ese instante, el empleado del guardarropa fuera yo.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó el coronel con desmesurado interés—; ¿qué le dijo usted?

—Pido a usted mil perdones —dijo, imperturbable, el sacerdote—; pero en este punto acaba mi historia.

—Y es donde empieza la historia interesante —murmuró Pound—. Porque creo haber entendido los manejos profesionales de ese sujeto, pero los de usted, francamente, no los alcanzo.

—Tengo que marcharme —dijo el padre Brown.

Y juntos se dirigieron, por el pasillo, al salón vestíbulo, donde se encontraron con la cara fresca y pecosa del duque de Chester, que ruidosamente venía hacia ellos.

—Venga usted acá, Pound —gritó jadeante—. Lo he buscado a usted por todas partes. La cena se ha reanudado ya a toda prisa, y el viejo Audley ha pronunciado un discurso en honor de la recuperación de los cubiertos. Hay

que inventar alguna nueva ceremonia para conmemorar el caso; ¿no le parece a usted? ¿Qué se le ocurre a usted?

—¡Cómo! —dijo el coronel, contemplándole con cierta aprobación sardónica. Pues se me ocurre que, en adelante, nos presentemos siempre aquí de frac verde, en lugar del frac negro. Porque nunca sabe uno a lo que se expone por parecerse tanto a los camareros.

—¡Calle usted! Un caballero no se parece nunca a un criado.

—Ni un criado a un caballero, ¿no es eso? —dijo el coronel Pound con una creciente ola de risa—. ¿Sabe su paternidad que su amigote ha de ser todo un dechado de elegancia para haber podido pasar por caballero?

El padre Brown se abrochó el humilde gabán hasta el cuello, porque la noche era tormentosa, y tomó su humilde paraguas.

—Sí —dijo—. Representar a un caballero ha de ser tarea muy ardua; pero, vea usted, yo he creído a veces que es igualmente difícil hacer de criado.

Y diciendo «buenas noches», empujó las pesadas puertas del palacio de los placeres. Las puertas de oro se cerraron tras él, y echó a andar a toda prisa por calles húmedas y oscuras, en busca del ómnibus cuyo billete costaba un penique.

LAS ESTRELLAS ERRANTES

—El más hermoso crimen que he cometido —dijo Flambeau un día, en la época de su edificante vejez— fue también, por singular coincidencia, mi último crimen. Era una Nochebuena. Como buen artista, yo siempre procuraba que los crímenes fueran apropiados a la estación del año o al escenario en que me encontraba, escogiendo esta terraza o aquel jardín como marco para una fechoría, como se pudieran escoger para un grupo escultórico. A los grandes señores, por ejemplo, había que instalarlos en amplios salones revestidos de roble; mientras que a los judíos convenía dejarlos sin blanca cuando menos se lo esperaban, entre las luces y biombos del café Riche. En Inglaterra, si quería yo despojar de sus riquezas a algún deán (cosa no tan fácil como pudiera suponerse), trataba de colocarlo, para entender yo mismo el caso, en las verdes praderas, junto a las torres grises de alguna catedral de provincia. Y cuando, en Francia, me proponía sacar dinero de algún pícaro labriego ricachón (cosa casi imposible), me agradaba la idea de ver destacarse su indignada cabeza contra el fondo gris de los álamos trasquilados, en esas solemnes llanuras de las Galias donde ronda el potente espíritu de Millet.

Digo, pues, que mi último delito fue un crimen de Navidad; un crimen alegre, cómodo, adecuado a la clase media de Inglaterra; un crimen tipo Charles Dickens. Lo llevé a cabo en una antigua y cómoda casa que hay junto a Putney, una casa también de clase media, frente a la cual se ve la curva de un paseo de coches, una casa con establo al lado, una casa con un nombre inscrito sobre las dos puertas de la reja exterior, una casa a cuya entrada se ve una araucaria. En fin, basta, ya conocen ustedes el género. Yo creo realmente que logré imitar con talento y literatura el estilo de Dickens. Casi es una lástima que esa misma noche se me ocurriera arrepentirme.

Y Flambeau se puso a contar la historia del crimen, visto «por dentro», y aun visto por dentro resultaba cosa extraordinaria. Pues, por fuera, resultaba de todo punto incomprensible. Aunque es por fuera como debemos examinarlo los extraños. Desde este punto de vista, puede decirse que el drama comenzó en el instante en que las puertas de aquella casa, que daban al jardín donde estaba la araucaria, se abrieron para dejar salir a una joven que iba a echar migas de pan a los pájaros, en la tarde del día del aguinaldo. Era una muchacha de hermosa cara, con grandes ojos negros; pero del resto nada se podía averiguar, porque iba tan envuelta en pieles oscuras, que no era fácil

distinguir sus pieles de sus cabellos. A no ser por su hermosa cara, se la hubiera tomado por un osito saltarín.

La tarde de invierno parecía enrojecerse al aproximarse a la noche, y sobre las montañas ya flotaba una luz de carmín en que parecían vivir los espíritus de las rosas marchitas. A un lado de la casa, el establo; a otro, una calle de laureles, que conducía al amplio jardín del fondo. La muchacha, tras arrojar las migas a los pájaros (por cuarta o quinta vez aquel día, porque el perro se adelantaba siempre a los pájaros), entró por la calle de laureles y se dirigió a un sembrado de siemprevivas. Al llegar allí lanzó una exclamación de sorpresa, real o convencional; a horcajadas en el alto muro que circundaba el jardín, había una fantástica figura.

—¡No, no salte usted, señor Crook! —dijo muy alarmada—. Está muy alto.

El hombre que cabalgaba en el muro como sobre un caballo gigantesco, era alto, anguloso, de cabellos negros y erizados como cepillo, de aire inteligente y hasta distinguido, aunque algo desmedrado y cetrino, lo cual se notaba más porque llevaba una corbata de rojo chillón, única prenda de que parecía cuidarse un poco. Tal vez aquella corbata fuera un símbolo. Sin preocuparse de los temores de la muchacha, saltó como un saltamontes y cayó junto a ella, a riesgo de romperse una pierna.

—Yo creo que nací para ladrón —dijo sonriendo—. Y lo hubiera sido, de no haber nacido en la dichosa casa de al lado. Por lo demás, no creo que eso tenga nada de malo.

—¿Cómo puede usted decir eso? —le amonestó ella.

—Si usted —continuó el joven— hubiera nacido en el mal lado de esta pared, comprendería que es justificado saltar sobre ella.

—Nunca entiendo lo que dice usted ni lo que hace.

—Ni yo tampoco muchas veces —replicó el señor Crook—. Pero, por lo pronto, ya estoy del buen lado de la pared.

—Pues ¿cuál es el buen lado de la pared? —preguntó la joven sonriendo.

—Dondequiera que usted se encuentre —dijo el llamado Crook.

Cuando, juntos, se encaminaban al jardín de enfrente por la calle de laureles, se oyó sonar tres veces una bocina, cada vez más cerca, y un coche elegante, verde pálido, pasó a toda velocidad frente a ellos, como un gran pájaro, y se detuvo ante la puerta, jadeante.

—Vamos —dijo el joven de la corbata roja—. Ahí llega alguno de los que han nacido del buen lado del muro. Señorita Adams, no sabía yo que el san Nicolás de su familia era tan moderno.

—Es mi padrino, sir Leopoldo Fischer. Todos los años viene la víspera de Nochebuena.

Y tras una pausa, que inconscientemente revelaba una falta de convicción, Ruby Adams añadió:

—Es muy amable.

John Crook, que era periodista, había oído hablar de aquel magnate de la ciudad, y no era culpa suya si el magnate no había oído hablar de él, porque en algunos de sus artículos de *The Clarion* y *The New Age* había tratado duramente a sir Leopoldo. Pero no dijo nada, y se limitó a ver el largo proceso de descarga del automóvil. Un chófer atlético, vestido de verde, saltó del pescante, y de la parte de atrás saltó un lacayo pequeñín, vestido de gris; entre ambos depositaron a sir Leopoldo en la escalinata, y comenzaron a desenvolverlo cuidadosamente. Poco a poco, fueron quitándole de encima todo un bazar de mantas, toda una selva virgen de pieles y bufandas de todos los colores del arcoíris, y al fin dejaron al descubierto un bulto vagamente humano: la figura de un anciano de aspecto amable, de aire extranjero, con una barbilla gris y una sonrisa plácida, que se frotaba las manos, embutidas en unos guantes gordísimos.

Antes de que la figura humana acabara de revelarse, los dos batientes de la puerta del pórtico se abrieron de par en par, y el coronel Adams —padre de la joven de las pieles— salió a dar la bienvenida a su ilustre huésped. Era Adams un hombre alto, tostado por el sol, poco aficionado a hablar; llevaba un bonete rojo a la turca, y eso le daba aire de colonial inglés o rajá egipcio. A su lado estaba su cuñado, recién llegado de Canadá; joven hacendado, de humor ruidoso y cuerpo fornido, que tenía unas barbas amarillas y respondía al nombre de Santiago Blount. Y también formaba parte del grupo una figura algo insignificante: un sacerdote católico de la parroquia vecina. La difunta esposa del coronel había sido católica, y, como es costumbre, los hijos habían sido educados en la misma fe. Todo en aquel sacerdote era poco distinguido; hasta su vulgarísimo nombre: Brown. Pero el coronel lo encontraba agradable, y solía convidarlo a sus reuniones familiares.

En el amplio vestíbulo había sitio bastante para que sir Leopoldo acabara de quitarse sus envolturas. En comparación con la casa, el pórtico y el vestíbulo eran enormes. Era este un verdadero salón, que por el frente daba a la puerta de entrada, y por el fondo, a la escalera. Frente al gran fuego de la chimenea, sobre la cual pendía la espada del coronel, sir Leopoldo Fischer continuó desenvolviéndose, y toda la compañía, incluso el malhumorado Crook, fue presentada al ilustre visitante. El venerable financiero todavía

seguía luchando con sus inacabables envolturas, y al fin sacó del bolsillo más escondido del chaqué una caja negra, ovalada, la cual, explicó radiante de orgullo, contenía el aguinaldo para su ahijada. Con inocente vanagloria, que desarmaba la crítica, mostró la caja a todos; la tapa saltó al oprimir un resorte, y todos se sintieron deslumbrados como si hubiera brotado ante sus ojos una fuente de cristal. Sobre un nido de terciopelo anaranjado, lucían, como tres huevos, tres claros y vividos diamantes que parecían encender el aire. Fischer disfrutaba benévolamente, y bebía por todo su ser el asombro y éxtasis de la muchacha, la torva admiración y rudo agradecimiento del coronel, y el entusiasmo de todos.

—Y ahora me los vuelvo a guardar —dijo Fischer, volviendo a poner el estuche bajo los faldones de su chaqué—. He tenido que traerlos con precauciones. Como que son nada menos que los tres famosos diamantes africanos llamados «Las estrellas errantes» por la frecuencia con que han sido robados. Cuantos ladrones de renombre hay en el mundo andan en pos de ellos; cuantos vagabundos andan por las calles y los hoteles se sienten atraídos por ellos. Bien pudieron habérmelos robado por el camino. No tendría nada de extraño.

—Y añadiré que hasta sería muy natural —gruñó el de la corbata roja—. Tanto, que yo no censuraría al que los robase. Cuando la gente pide pan y no le dan ni una piedra en cambio, hace bien en tomarse por sí misma las piedras.

—No me gusta oírle a usted hablar así —replicó la muchacha, que estaba muy excitada—. Solo eso sabe usted decir desde que se ha vuelto un odioso no sé qué. Ya saben ustedes lo que quiero decir. ¿Cómo se llama eso? ¿Cómo llaman al que quiere darle un beso al deshollinador?

—Un santo —dijo el padre Brown.

—Creo —dijo sir Leopoldo con una amplia sonrisa— que Ruby quiere decir «un socialista».

—Pero radical no quiere decir hombre que solo se alimenta con raíces —observó Crook con cierta impaciencia—, así como conservador no significa hombre que conserva o preserva el jamón. Tampoco socialista, se lo aseguro a ustedes, significa hombre que desea pasarse una noche de tertulia con un deshollinador. Un socialista es un hombre que desea que todas las chimeneas sean deshollinadas, y todos los deshollinadores recompensados por su trabajo.

—Pero —completó el sacerdote en voz baja— que no le consiente a uno el ser dueño siquiera de su propio hollín.

Crook lo miró con respetuoso interés.

—¿Y qué necesidad tiene uno de poseer hollín? —preguntó.

—Alguna —contestó Brown con aire pensativo—. He oído decir que los jardineros lo usan. Y yo una vez, por Navidad, habiendo faltado el prestidigitador que había de divertirlos, hice felices a seis niños, jugando a tiznarlos con hollín.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! —exclamó Ruby—. ¿Por qué no lo hace usted para divertirnos a nosotros?

El señor Blount, el ruidoso canadiense, levantó su estruendosa voz para aplaudir el proyecto, y también el asombrado financiero la suya, algo cascada, cuando alguien llamó a la puerta. El sacerdote fue a abrir, y los plegados batientes dejaron ver el jardín de siemprevivas, con su araucaria y demás encantos, destacándose como bultos negros sobre un opulento crepúsculo violeta. Aquel delicado fondo parecía una pintoresca decoración de teatro, y todos, por un momento, hicieron más caso del escenario que de la insignificante figura que en él apareció.

Era un hombre de aspecto descuidado, que llevaba un gabán raído: un mensajero, sin duda.

—¿Alguno de estos caballeros es el señor Blount? —preguntó alargando una carta.

El señor Blount se levantó y lanzó un grito de asentimiento. Rasgó el sobre y leyó el mensaje con evidente asombro; pareció turbarse un momento, después se tranquilizó y, dirigiéndose a su cuñado y anfitrión:

—Coronel —dijo con esa cortesía jovial propia de las colonias—, lamento tener que causar una molestia. ¿Le incomodaría a usted que se presentara por aquí esta noche un conocido mío para hablar de negocios? Es el francés Florian, famoso acróbata y actor cómico. Lo conocí hace años en el Oeste (es canadiense de nacimiento), y parece que tiene algún negocio que proponerme, aunque no me imagino qué podrá ser.

—No faltaba más —replicó el coronel—. Cualquier amigo de usted tiene aquí entrada libre, querido mío. Estoy seguro de que nos resultará un compañero agradable.

—Quiere usted decir que se tiznará la cara para divertirnos ¿verdad? —dijo Blount riendo—. No lo dudo, y también a los demás nos dará bromas. Yo, por mi parte, me divierto con esas cosas: no soy refinado. Me encantan las pantomimas a la antigua, en que un hombre se sienta sobre la copa de su sombrero.

—Pues que no se siente sobre el mío, ¿estamos? —dijo sir Leopoldo Fischer con dignidad.

—Bueno, bueno —dijo Crook alegremente—. Por eso no hay que reñir. Todavía hay burlas más pesadas que sentarse en la copa del sombrero.

Pero Fischer, a quien le disgustaba mucho el joven de la corbata roja, en razón de sus opiniones extremas y de su notoria intimidad con su bella ahijada, dijo con el tono más sarcástico y magistral del mundo:

—¿De modo que ha encontrado usted algo peor, más humillante, que sentarse uno en un sombrero de copa? ¿Y qué es ello, si puede saberse?

—¡Toma! Que el sombrero de copa se le siente a uno encima.

—Vamos, vamos —exclamó el hacendado canadiense con su benevolencia bárbara—. No echemos a perder la fiesta. Lo que yo digo es que hay que inventar alguna diversión para esta noche. Nada de tiznarse la cara con hollín ni sentarse en la copa del sombrero, si eso no les gusta a ustedes; pero alguna otra cosa por el estilo. ¿Por qué no una vieja pantomima inglesa, de esas en que aparecen el Clown y Colombina y demás figuras? Cuando salí de Inglaterra, a los doce años de edad, recuerdo haber visto una, y desde entonces me parece que la llevo dentro encendida como una hoguera. Regresé a la patria el año pasado, y me encuentro con que la costumbre ha desaparecido; con que ya no hay sino un montón de comedias fantásticas del género lacrimoso. No, señor: yo pido un diablo que atice el fogón y un policía hecho salchicha, y solo me dan princesas moralizantes a la luz de la luna, pájaros azules y cosas así. El Barba Azul está más en mi género, y nada me gusta tanto como verlo transformado en Arlequín.

—Yo también estoy por ver a un policía hecho salchicha —dijo John Crook—. Es una definición del socialismo mucho mejor que la propuesta antes. Pero será difícil encontrar los disfraces y organizar la representación.

—¡No! —exclamó Blount, casi enajenado—. Nada es más fácil que arreglar una arlequinada. Por dos razones: primero, porque todo lo que a uno se le antoje hacer, sale bien; y segundo, porque todos los muebles y objetos son cosas domésticas: mesas, toalleros, cestos de ropa y cosas por el estilo.

—Cierto —asintió Crook, paseando por la estancia—. Pero ¿de dónde sacar el uniforme de policía? Yo no he matado a ningún policía últimamente.

Blount reflexionó un poco, y luego dándose con la mano en el muslo, gritó:

—¡Sí, podemos obtenerlo también! Aquí tengo las señas de Florian, y Florian conoce a todos los sastres de Londres. Voy a decirle por teléfono que traiga consigo un uniforme de policía.

Y se dirigió resuelto al teléfono.

—¡Qué bien, padrino! —exclamó Ruby, casi bailando de alegría—. Yo haré de Colombina, y usted hará de Pantalón.

El millonario, muy rígido y con cierta solemnidad pagana, contestó:

—Hija mía, creo que debes buscar a otro para Pantalón.

—Si quieres, yo seré Pantalón —dijo el coronel Adams, quitándose el cigarro de la boca y decidiéndose a hablar por primera y última vez.

—¡Merecerá usted que le hagan una estatua! —gritó el canadiense, que volvía, radiante, del teléfono—. De suerte que todo está arreglado. El señor Crook hará de Clown: es periodista, y conocerá todos los chistes viejos. Yo seré el Arlequín, para lo cual no hace falta más que tener las piernas largas y saber saltar. Mi amigo Florian dice que traerá consigo el uniforme de policía y se cambiará el traje por el camino. La representación puede ser en esta misma sala. El público se sentará en las gradas de la escalera, en varias filas. La puerta de entrada será al fondo del escenario, y según esté cerrada o abierta, representará, ya un interior inglés, ya un jardín a la luz de la luna. Todo, como por arte de magia.

Y sacando del bolsillo un trozo de yeso, de esos con que se apuntan los tantos del billar, trazó una raya en mitad del suelo, entre la escalera y la puerta, para marcar el sitio de las candilejas.

Cómo se las arreglaron para preparar aquella mojiganga en tan poco tiempo, es inexplicable. Pero todos contribuyeron a ello, con esa mezcla de atrevimiento y destreza que aparece siempre cuando hay juventud en casa; y aquella noche había juventud en casa; aunque no todos sabían precisar cuáles eran las dos caras, los dos corazones de donde irradiaba la juventud. Como siempre sucede, la invención, a pesar de la mansedumbre de las convenciones burguesas en que fue concebida, se fue poniendo cada vez más fantástica. Colombina estaba encantadora con una falda hueca que tenía un extraño parecido con la enorme pantalla que solía verse en la lámpara del salón. El Clown y Arlequín se pusieron blancos con la harina que les dio el cocinero, y rojos con rojo que les proporcionó alguna otra persona del servicio, la cual, como los verdaderos bienhechores cristianos, quiso permanecer anónima. A Arlequín, vestido con papel de plata de las cajas de puros, costó trabajo impedirle que rompiera los viejos candelabros victorianos para adornarse con cristales resplandecientes. Y sin duda los hubiera roto, de no ser porque Ruby desenterró unas joyas falsas que había usado en un baile de disfraces para hacer de Reina de los Diamantes. Verdaderamente, su tío, Santiago Blount estaba en un estado de excitación increíble: parecía un muchacho. Hizo una cabeza de asno de papel y se la acomodó nada menos que al padre Brown,

quien aceptó pacientemente, y llevó su amabilidad hasta el extremo de descubrir por su cuenta el medio de mover las orejas. Al propio sir Leopoldo Fischer poco faltó para que le colgara en los faldones la cola del asno. Pero al caballero no le hizo mucha gracia.

—El tío está imposible —le había dicho Ruby a Crook al acomodarle sobre los hombros, muy seriamente, un collar de salchichas—. ¿Qué le pasa?

—Nada; que es el Arlequín de tal Colombina —dijo Crook—. Yo solo soy el pobre Clown al que toca decir los chistes viejos.

—De veras hubiera yo querido que usted fuera el Arlequín —dijo ella, dejando colgar el collar de salchichas.

El padre Brown, aunque estaba al tanto de todos los secretos que se corrían entre bastidores y hasta había merecido aplausos por transformar una almohada en un bebé que parecía hablar, prefirió sentarse entre el público, demostrando la misma expectación solemne del niño que asiste por primera vez a un espectáculo. Los espectadores eran pocos: algunos parientes, uno o dos vecinos y los criados. Sir Leopoldo estaba en el asiento de honor, al frente, tapando con su cuerpo, todavía envuelto en pieles, al curita, que se había sentado detrás de él. Pero, si el curita perdió mucho con eso, no lo han decidido nunca las autoridades artísticas. La representación fue de lo más caótico, aunque no por eso desdeñable. Por toda ella corrió una fecunda vena de improvisación, que brotó, sobre todo, del cerebro de Crook el Clown. Era siempre hombre muy ingenioso; pero aquella noche parecía dotado de facultades omniscientes, con una locura más sabia que todas las sabidurías, esa que se apodera de un joven cuando cree descubrir por un instante una expresión particular en un rostro particular. Aunque hacía de Clown, lo era casi todo: era el autor (hasta donde había autor en aquel caos), el apuntador, el pintor escenógrafo, el tramoyista y, sobre todo, la orquesta. A intervalos inesperados, con disfraz y todo, corría hacia el piano y se soltaba tocando algún aire popular, tan absurdo como apropiado al caso.

Pero el instante supremo fue cuando se abrieron de par en par los batientes de la puerta del fondo, dejando ver el lindo jardín, bañado por la luz de la luna, y dejando ver, sobre todo, al famoso huésped profesional, al gran Florian vestido de policía. El Clown se puso a tocar en el piano el coro de los alguaciles de *Los piratas de Penzance*; pero la música quedó ahogada bajo los ensordecedores aplausos, porque todos y cada uno de los ademanes del gran actor cómico eran una reproducción exacta y correcta de los modales corrientes del policía. Arlequín saltó sobre él y le dio un golpe en el casco. El pianista ejecutó entonces el aria. «¿De dónde sacaste ese sombrero?», y el

guardia miró entonces en derredor con un asombro admirablemente fingido. Arlequín dio otro salto, y volvió a pegarle en el casco, mientras el pianista esbozaba unos compases de «Venga otro más». Y entonces Arlequín se arrojó entre los brazos del policía y le cayó encima entre una salva de aplausos. Y fue aquí donde el actor extranjero hizo la célebre imitación del hombre muerto de que todavía se habla en los alrededores de Putney. Imposible creer que una persona viva pudiera afectar tal flaccidez.

El atlético Arlequín parecía volverlo del revés como a un saco, o esgrimirlo como a una cachiporra india, y todo esto al compás de los enloquecedores y caprichosos acordes del piano. Cuando Arlequín levantó del suelo, con esfuerzo, al cómico policía, el Clown tocó el «Me despierto de soñar contigo». Cuando se lo echó a la espalda, el «Con mi fardo al dorso», y cuando después Arlequín lo dejó caer con un ruido convincente, el lunático del piano inició una tonada de retintines, cuya letra era, según parece, «Una carta le escribí a mi amor y, de camino, la dejé caer».

Al llegar a este límite de la anarquía mental, la vista del padre Brown quedó oscurecida del todo: el magnate que estaba frente a él se había puesto de pie, y hurgaba con desesperación sus muchos y recónditos bolsillos. Se sentó después con cierta inquietud y, siempre hurgándose, volvió a levantarse. Por un instante, pareció que iba a rebasar la línea de las candilejas; después se volvió para mirar con ojos de fuego al Clown, que seguía manoteando en el piano; y al fin, sin decir palabra, salió de la habitación.

El cura pudo contemplar un rato a sus anchas la danza absurda, pero no carente de elegancia, del Arlequín «*amateur*», sobre el cuerpo espléndidamente inconsciente de su enemigo vencido. Con un arte rudo y sincero, Arlequín danzaba ahora retrocediendo hacia la puerta que daba al jardín, lleno de silencio y de luna. El grotesco traje de plata y lentejuelas —demasiado resplandeciente a la luz de las candilejas— se veía más plateado y mágico a medida que el danzante se alejaba bajo los fulgores de la luna. Y el auditorio estalló en cataratas de aplausos. En aquel momento, el padre Brown sintió un toquecito en el brazo, y oyó una voz que lo invitaba, cuchicheando, a pasar al estudio del coronel.

Y siguió, muy intrigado, al que lo llamaba, y la escena con que se encontró en el estudio, llena de solemne ridiculez, no hizo más que aumentar su curiosidad. Allí estaba el coronel Adams, todavía disfrazado de Pantalón, llevando en la cabeza la barba de ballena con la bolita en la punta que se balanceaba sobre sus cejas, pero con una expresión tal en sus tristes ojos de viejo que hubiera enfriado hasta los entusiasmos de una fiesta saturnal. Sir

Leopoldo Fischer, apoyado en la campana de la chimenea, jadeaba con un desasosiego casi rayano en el pánico.

—Se trata de algo muy penoso, padre Brown —dijo Adams—. El caso es que esos diamantes que todos hemos admirado esta misma tarde, han desaparecido de los faldones del chaqué de mi amigo. Y como da la casualidad de que usted…

—De que yo —completó el padre Brown con una mueca expresiva— estaba sentado justamente detrás de él…

—Nadie se ha atrevido a hacer la menor suposición —dijo el coronel Adams dirigiendo una mirada firme a Fischer, que más bien denunciaba que sí se había atrevido alguien a hacer suposiciones—. Yo solo le pido a usted que me proporcione la ayuda que, en este caso, es de esperar de un caballero.

—Y que consiste, ante todo, en volverse del revés los bolsillos —dijo el padre Brown.

Y procedió a hacerlo. En sus bolsillos se encontraron siete peniques y medio chelín, el billete de regreso, un pequeño crucifijo de plata, un pequeño breviario y una barrita de chocolate. El coronel lo miró atentamente, y después dijo:

—¿Sabe usted? Más que el contenido de sus bolsillos quisiera yo ver el contenido de su cabeza. Mi hija, lo sé, le interesa a usted como persona de su propia familia. Pues bien; mi hija, de un tiempo a esta parte, ha…

Y se detuvo. Pero el viejo Fischer continuó, rabioso:

—De un tiempo a esta parte, ha abierto las puertas de la casa paterna a un socialista asesino, que declara cínicamente que no tendría empacho en robarle cualquier cosa a un rico. Y aquí está todo el asunto: aquí tiene usted al hombre rico… que ya no lo es tanto.

—Si quiere usted ver el interior de mi cabeza, no hay inconveniente —dijo Brown como con aburrimiento—. Ya verá usted si vale la pena. Yo lo único que encuentro en ese bolsillo viejo de mi ser, es esto: que los que roban diamantes no hablan nunca de socialismo, sino que más bien denigran al socialismo.

Sus dos interlocutores desviaron los ojos, y el sacerdote continuó:

—Vean ustedes: nosotros conocemos a esa gente más o menos bien. Este socialista es incapaz de robar un diamante, como es incapaz de robar una pirámide. Debemos, ante todo, pensar en el desconocido, en el que hizo de policía: en ese Florian. Y, a propósito, me pregunto dónde se habrá metido a estas horas.

Pantalón se levantó entonces de un salto y salió del estudio. Y hubo un paréntesis mudo, durante el cual, el millonario se quedó mirando al sacerdote, y este mirando su breviario. Después Pantalón reapareció, y dijo con un *staccato* lleno de gravedad:

—El policía yace todavía sobre el suelo: el telón se ha levantado seis veces, y él sigue todavía tendido.

El padre Brown soltó el breviario y dejó ver una expresión como de ruina mental completa. Poco a poco comenzó a brillar una luz en el fondo de sus ojos grises, y después dejó salir esta pregunta difícilmente oportuna.

—Perdone, coronel, ¿cuánto tiempo hace que murió su esposa?

—¡Mi esposa! —replicó el militar, asombrado—. Murió hace un año y dos meses. Su hermano Santiago, que venía a verla, llegó una semana más tarde.

El curita saltó como un conejo herido.

—¡Vengan ustedes! —dijo con extraña excitación—; ¡vengan ustedes! Hay que examinar a ese policía.

Y entraron precipitadamente en el escenario, cubierto ahora por el telón, y pasando bruscamente por entre Colombina y el Clown —que a la sazón cuchicheaban muy alegres—, el padre Brown se inclinó sobre el derribado cuerpo del policía.

—Cloroformo —dijo incorporándose—. Ahora me he dado cuenta.

Hubo un silencio, y al fin el coronel, con mucha lentitud, le dijo:

—Haga usted el favor de explicarnos lo que significa todo esto.

El padre Brown soltó la risa; después se contuvo, y al hablar tuvo que esforzarse un poco para no reír otra vez.

—Señores —dijo—, no hay tiempo de hablar mucho. Tengo que correr en persecución del ladrón. Pero conste que este gran actor francés que tan admirablemente representó al policía, este inteligentísimo sujeto a quien nuestro Arlequín zarandeó y estrujó y arrojó al suelo, era…

Pero le faltó la voz, y se volvió como para echar a correr.

—¿Era…? —preguntó Fischer.

—Un verdadero policía —concluyó el padre Brown, y echó a correr entre la oscuridad de la noche.

En el extremo de aquel exuberante jardín hay huecos y emparrados; los laureles y otros arbustos de hoja perenne se destacan sobre el cielo de zafiro y la luna de plata, luciendo, aun en mitad del invierno, los cálidos colores del sur. La verde alegría de los laureles cabeceantes, el rico tono morado e índigo de la noche, el cristal monstruoso de la luna, forman un cuadro

«irresponsablemente» romántico. Y por entre las ramas más altas de los árboles, se ve una extraña figura que no parece ya tan romántica. Brilla de pies a cabeza como si estuviera vestida con un millón de lunas. La luna real la ilumina a cada movimiento, haciendo centellear una nueva parte de su cuerpo. Y el bulto se columpia, relampagueante y triunfal, saltando del árbol más pequeño que está en este jardín, al árbol más alto que sobresale en el vecino jardín; y solo se detiene en sus saltos porque una sombra se ha deslizado hasta debajo del árbol menor, y se ha dirigido a él inequívocamente:

—¡Eh, Flambeau! —dice la voz—. Que parece usted realmente una estrella errante. Lo cual, en definitiva, quiere decir una estrella que cae.

La relampagueante y argentada figura parece inclinarse, desde la copa del laurel, para escuchar a la pequeña figura de abajo, con la seguridad de poder escapar en todo caso.

—Flambeau, nunca ha hecho usted cosa más acabada. Ya hace falta ingenio para venir de Canadá (supongo que con un billete de París), justamente una semana después de la muerte de la señora Adams, es decir, cuando nadie estaba en condiciones de preguntarle a usted nada. Todavía es más inteligente el haber dado con la pista de «Las estrellas errantes» y fijar el día de la visita de Fischer. Pero lo demás ya es más que talento, es verdadero genio. Supongo que el mero hecho de sustraer las piedras fue para usted una bagatela. Lo pudo usted hacer con mil juegos de manos distintos, sin contar con ese subterfugio de empeñarse en prenderle a Fischer en el chaqué una cola de papel. Pero, en lo demás, realmente se eclipsó usted a sí mismo.

La plateada figura que estaba entre las hojas verdes parece hipnotizada, y aunque el camino de la fuga está franco a sus pies, no se mueve: no hace más que contemplar con asombro al hombre que le habla desde abajo.

—¡Ah, naturalmente! —dice este—. Ya estoy al tanto de todo. Sé que no solo nos obligó usted a representar la pantomima, sino que se sirvió de ella para matar dos pájaros de un tiro. Usted no se proponía más que robar tranquilamente las piedras, pero un cómplice le hizo saber que ya estaba usted descubierto, y que aquella misma noche un oficial de policía iba a echarle mano a usted. Un ratero común se habría conformado con agradecer el soplo y ponerse a salvo; pero usted es todo un poeta. Ya se le había ocurrido a usted la sutil idea de esconder las joyas verdaderas entre el resplandor de las joyas falsas del teatro. Y entonces se le ocurrió a usted la idea, no menos sutil, de que, si el disfraz adoptado era el de Arlequín, la aparición de un policía no tendría nada de extraordinario. El digno agente salió de la estación de policía de Putney para atraparlo a usted, y cayó redondo en la trampa más ingeniosa

que ha visto el mundo. Al abrirse ante él la puerta, se encontró sobre el escenario de una pantomima de Navidad, donde fue posible que el danzante Arlequín lo golpeara, lo sacudiera, lo aturdiera y lo narcotizara, entre los alaridos de risa de la gente respetable de Putney. ¡Oh, no! No será usted capaz de hacer nunca otra cosa mejor. Y ahora, de paso, conviene que me devuelva usted esos diamantes.

La verde rama en que la figura centelleante estaba colgada se balanceó, acusando un movimiento de sorpresa. Pero la voz continuó abajo:

—Quiero que me los devuelva usted, Flambeau, y quiero que abandone usted esa vida. Todavía es usted bastante joven, tiene buen humor y posibilidades de vida honrada. No crea usted que semejantes riquezas le han de durar mucho si continúa usted así. Los hombres han podido establecer una especie de nivel para el bien. Pero ¿quién ha sido capaz de establecer el nivel del mal? Ese es un camino que baja y baja incesantemente. El hombre bondadoso que se embriaga, se vuelve cruel; el hombre sincero que mata, miente después para ocultarlo. Muchos hombres he conocido yo que comenzaron, como usted, por ser unos picarillos alegres, unos honestos ladronzuelos de gente rica, y acabaron hundidos en el cieno. Mauricio Blum comenzó siendo un anarquista de principios, un padre de los pobres, y acabó siendo un sucio espía, un soplón de todos, que unos y otros empleaban y desdeñaban. Enrique Burke comenzó su campaña por la libertad del dinero con bastante sinceridad, y ahora vive estafando a una hermana medio arruinada para poder dedicarse incesantemente al «Brandy & Soda». Lord Amber entró en la sociedad ilegal con un rapto caballeresco, y a estas horas se dedica a hacer chantajes por cuenta de los más miserables buitres de Londres. El capitán Barillon era, antes del advenimiento de usted, el caballero-apache más brillante, y terminó en un manicomio, aullando lleno de pavor contra los delatores y encubridores que lo habían traicionado y perdido. Ya sé, Flambeau, que ante usted se abre muy libre el campo; ya sé que puede usted meterse por él como un mono. Pero un día se encontrará usted con que es un viejo mono gris, Flambeau. Y entonces, en su libre campo, se encontrará usted con el corazón frío y sintiendo próxima la muerte, y entonces las copas de los árboles estarán muy desnudas…

Todo permaneció inmóvil, como si el hombrecillo de abajo tuviera cogido al del árbol con un lazo invisible. Y la voz continuó:

—Usted ha comenzado también a decaer. Usted acostumbraba jactarse de que nunca cometería una ruindad; pero esta noche ha incurrido usted en una ruindad: deja usted tras de sí la sospecha contra un honrado muchacho que ya

se tiene bien ganada la enemistad de los poderosos; usted lo separa de la mujer a la que ama y por la que es amado. Pero todavía cometerá usted peores ruindades en adelante.

Tres diamantes como tres rayos cayeron sobre el césped, lanzados desde la copa del árbol. El hombre pequeñín se inclinó a recogerlos, y, cuando volvió a alzar los ojos hacia la verde jaula del árbol, vio que ya el pájaro de plata la había abandonado.

La recuperación de las joyas —y le tocó realizarla al padre Brown, por casualidad, como siempre— fue causa de que aquella noche acabara en jubiloso triunfo. Sir Leopoldo, en un rapto de buen humor, hasta se atrevió a decirle al cura que aunque él, en lo personal, tenía miras mucho más amplias, no era incapaz de respetar a aquellos que, en razón de su credo, estaban obligados a vivir como enclaustrados e ignorantes de las cosas del mundo.

EL HOMBRE INVISIBLE

En la fresca penumbra azul, una confitería de Camden Town, en la esquina de dos empinadas calles, lucía como brilla la punta del cigarro encendido. Como la punta de un castillo de fuegos artificiales, mejor dicho, porque la iluminación era de muchos colores y de cierta complejidad, quebrada por la variedad de espejos y reflejada en multitud de pastelillos y confituras doradas y de vivos tonos. Los chicos de la calle pegaban la nariz al escaparate de fuego, donde había unos bombones de chocolate envueltos en ese papel metálico, rojo, oro, verde, casi más apetitoso que el mismo chocolate. Y la gigantesca tarta de boda que aparecía en el centro era blanca, remota, edificante, como un Polo Norte digno de ser engullido. Era natural que aquel rico arcoíris de tentaciones atrajera a toda la gente menuda de la vecindad que andaba entre los diez y doce años. Pero aquel ángulo de la calle ejercía también una atracción especial sobre gente algo más madura; en efecto, un joven, de unos veinticuatro años al parecer, estaba también extasiado ante el escaparate. También para él la confitería ejercía un singular encanto; pero encanto que no provenía precisamente del chocolate, aunque nuestro joven estaba lejos de mirar con indiferencia esta golosina.

Era un hombre alto, corpulento, de cabellos rojizos, de cara audaz y de modales un tanto descuidados. Llevaba bajo el brazo una abultada cartera gris, y en ella dibujos en blanco y negro, que venía vendiendo con éxito diverso a los editores, desde el día en que su señor tío —un almirante— lo había desheredado por razón de sus ideas socialistas, tras una conferencia pública que dio el joven contra las teorías económicas tradicionales. Se llamaba John Turnbull Angus.

Se decidió a entrar, atravesó la confitería y se dirigió al cuarto interior —especie de fonda y pastelería— y al pasar saludó, descubriéndose un poco, a la damita que atendía al público. Era esta una muchacha elegante, vivaz, vestida de negro, morena, de hermosos colores y de ojos negros. Tras el intervalo habitual, la muchacha siguió al joven al cuarto interior para ver qué deseaba.

Él deseaba algo muy común y corriente:

—Haga el favor de darme —dijo con precisión— un bollo de medio penique y una tacita de café solo.

Y antes de que la muchacha se volviera, añadió:

—Y también quiero que se case usted conmigo.

La damita contestó, muy altiva:

—Ese es un tipo de burlas que yo no consiento.

El rubio joven levantó con inesperada gravedad sus grises ojos, y dijo:

—Real y verdaderamente, es en serio, tan en serio como el bollo de medio penique; y tan costoso como el bollo: se paga por ello. Y tan indigesto como el bollo: hace daño.

La joven morena, que no había apartado de él los ojos, parecía estarlo estudiando con trágica minuciosidad. Al acabar su examen, había en su rostro una especie de sombra de sonrisa; se sentó en una silla.

—¿No cree usted —observó Angus con aire distraído— que es una crueldad comerse estos bollos de medio penique? ¡Todavía pueden llegar a bollos de penique! Yo abandonaré estos brutales deportes en cuanto nos casemos.

La damita morena se levantó y se dirigió a la ventana, con evidentes señales de preocupación, pero no disgustada. Cuando al fin volvió la cara con aire resuelto, se quedó desconcertada al ver que el joven estaba poniendo cuidadosamente sobre su mesa multitud de objetos y golosinas que había en el escaparate: toda una pirámide de bombones de todos los colores, varios platos de emparedados y los dos frascos de ese misterioso oporto y ese misterioso jerez que solo se sirve en las pastelerías. Y en medio de todo ello había colocado el enorme bulto de aquella tarta espolvoreada de azúcar que era el principal ornamento del escaparate.

—Pero ¿qué hace usted?

—Mi deber, querida Laura —comenzó él.

—¡Oh, por Dios! Pare, pare, no me hable usted así. ¿Qué significa todo esto?

—Un banquete ceremonial, señorita Hope.

—¿Y eso? —dijo ella, impaciente, señalando la montaña de azúcar.

—Eso es la tarta de bodas, señora Angus —contestó el joven.

La muchacha le arrebató la tarta y volvió a ponerla en su sitio de honor; después volvió a donde estaba el joven, y, poniendo sobre la mesita sus elegantes codos, se quedó mirándolo cara a cara, aunque no con aire desfavorable, sí con evidente inquietud.

—¿Y no me da usted tiempo de pensarlo? —preguntó.

—No soy tan tonto —contestó él—. ¡Tanta es mi humildad cristiana!

Ella seguía contemplándolo; pero ahora, tras la máscara de su sonrisa, había una creciente gravedad.

—Señor Angus —dijo con firmeza—; basta de niñerías; que no pase un minuto más sin que usted me escuche. Tengo que decirle algo de mí misma, aunque sea en pocas palabras.

—¡Encantado! —replicó Angus gravemente—. Y ya que usted está en ello, también debería usted decirme algo sobre mí mismo.

—Calle usted un poco y escuche. No es nada de que tenga yo que avergonzarme ni entristecerme siquiera. Pero ¿qué diría usted si supiera que es algo que, sin ser cosa mía, es mi pesadilla constante?

—En tal caso —dijo seriamente el joven—, yo le aconsejo a usted que traiga otra tarta de boda.

—Bueno, ante todo, escuche usted mi historia —insistió Laura—. Y, para empezar, le diré que mi padre era propietario de la posada «El Pez Rojo», en Ludbury, y era yo quien servía en el bar a la parroquia.

—Ya decía yo —interrumpió él— que había no sé qué aire cristiano en esta confitería.

—Ludbury es un triste y soñoliento agujero de los condados del este, y la única gente que aparecía por «El Pez Rojo» era, amén de algún que otro viajante, de lo más abominable que usted haya visto, aunque usted no ha visto de eso jamás. Quiero decir que eran unos vagos, bastante acomodados para no tener que ganarse la vida, y sin más quehacer que pasarse el día en las tabernas y jugando a las apuestas de caballos, mal vestidos, aunque harto bien para lo que eran. Pero aun esos jóvenes pervertidos aparecían poco por casa, salvo un par de ellos que eran habituales, en todos los sentidos de la palabra. Vivían de su dinero y eran ociosos hasta decir basta, y excesivos en el vestir. Con todo, me inspiraban alguna lástima, porque se me figuraba que solo frecuentaban nuestro desierto establecimiento a causa de cierta deformidad que cada uno de ellos padecía; esas leves deformidades que hacen reír precisamente a los burlones. Más que verdadera deformidad, se trataba de una rareza. Uno de ellos era de muy baja estatura, casi enano, o por lo menos parecía *jockey*, aunque no en la cara y lo demás; tenía una cabezota negra y una barba negra muy cuidada, ojos brillantes, de pájaro; siempre andaba haciendo sonar las monedas en el bolsillo; usaba una gran cadena de oro, y siempre se presentaba tan ataviado a lo *gentleman*, que se veía claro que no lo era. Aunque ocioso, no era tonto; hasta tenía un talento singular para todas las cosas inútiles: improvisaba juegos de manos, hacía arder quince cerillas a un tiempo como un castillo de fuegos artificiales, cortaba un plátano o una cosa así en forma de bailarina… Se llamaba Isidoro Smythe. Todavía me parece

verlo, con su carita trigueña, acercarse al mostrador y formar con cinco cigarrillos la figura de un canguro.

El otro era más callado y menos notable, pero me alarmaba más que el pequeño Smythe. Era muy alto y ligero, de cabellos claros, nariz muy aguileña, y tenía cierta belleza, aunque una belleza espectral, y una bizquera de lo más espantoso que pueda darse. Cuando miraba de frente, no sabía uno dónde estaba uno mismo, o qué era lo que él miraba. Yo creo que este defecto le amargaba un poco la vida al pobre hombre; porque, mientras que Smythe siempre andaba luciendo sus habilidades de mono, Santiago Welkin (que así se llamaba el bizco) nunca hacía más que empinar el codo en el bar y pasear a grandes trancos por los cenicientos llanos del contorno. Pero creo que también a Smythe le dolía el sentirse tan pequeñín, aunque lo llevaba con mayor gracia. Así fue que me quedé verdaderamente perpleja, y del todo desconcertada y tristísima, cuando ambos, en la misma semana, me propusieron casarse conmigo.

El caso es que cometí tal vez una torpeza; al menos, eso me ha parecido a veces. Después de todo, aquellos monstruos eran mis amigos, y yo no quería por nada del mundo que se figuraran que los rechazaba por la verdadera razón del caso: su suprema fealdad. De modo que inventé un pretexto, y dije que había prometido no casarme sino con un hombre que se hubiera abierto por sí mismo un camino en la vida, que para mí era cuestión de principios el no desposarme con hombre cuyo dinero procediera, como el de ellos, del beneficio de la herencia. Y a los dos días de haber expuesto yo mis bien intencionadas razones, comenzó el conflicto. Lo primero que supe fue que ambos se habían ido a buscar fortuna, como en el más cándido cuento de hadas.

Desde entonces no he vuelto a ver a ninguno de ellos. Pero he recibido dos cartas del hombrecillo llamado Smythe, y realmente son inquietantes.

—Y del otro, ¿no ha sabido usted más? —preguntó Angus.

—No; nunca me ha escrito —dijo la muchacha después de dudar un instante—. La primera carta de Smythe decía simplemente que había salido en compañía de Welkin, con rumbo a Londres; pero, como Welkin es tan buen andarín, el hombrecillo se quedó atrás y tuvo que detenerse a descansar al lado del camino. Lo recogió una compañía de saltimbanquis que, casualmente, pasaba por allí; y, en parte porque el pobre era casi un enano, y en parte por sus muchas habilidades, se arregló con ellos para trabajar en la próxima feria, y lo destinaron para hacer no sé qué suertes en el Acuario. Esto

decía en su primera carta. En la segunda, había ya más motivo de alarma. La recibí hace apenas una semana.

El llamado Angus apuró su taza de café, y dirigió a su amiga una mirada cariñosa y paciente. Ella, al continuar, torció un poco la boca, como esbozando una sonrisa.

—Supongo que en los anuncios habrá usted leído lo del «Servicio Silencioso de Smythe», o será usted la única persona que no lo haya leído. Por mi parte, no estoy muy enterada; solo sé que se trata de la invención de algún mecanismo de relojería para hacer mecánicamente todo el trabajo de la casa. Ya conoce usted el estilo de esos reclamos: «Pulsa usted un botón, y ya tiene a sus órdenes un mayordomo que nunca se emborracha». «Da usted la vuelta a una manivela, y eso equivale a una docena de criadas que nunca pierden el tiempo en flirtear», etc. Ya habrá usted visto los anuncios. Bueno, las dichosas máquinas, sean lo que fueren, están produciendo montones de dinero, y lo están produciendo para los purísimos bolsillos del mismísimo duende con quien trabé conocimiento en Ludbury. No puedo menos que celebrar que el triste sujeto tenga éxito; pero el caso es que me aterra la idea de que, en todo momento, puede presentárseme aquí y decirme que ya ha logrado abrirse un camino, como es la verdad.

—¿Y el otro? —preguntó Angus con cierta obstinada quietud.

Laura Hope se puso en pie de un salto.

—Amigo mío —dijo—, usted es un brujo. Sí, tiene usted razón. Del otro no he llegado a recibir una sola línea. Y no tengo la menor idea de lo que será de él, o dónde habrá ido a parar. Pero es de él de quien tengo más miedo; es él quien se atraviesa en mi camino; él quien me ha vuelto ya medio loca. No; lo cierto es que ya me tiene loca del todo; porque figúrese usted que me parece encontrármelo donde estoy segura de que no puede estar, y creo oírlo hablar donde es de todo punto imposible que él esté hablando.

—Bueno, querida amiga —dijo alegremente el joven—; aun cuando sea el mismo Satanás, desde el momento en que usted le ha contado a alguien el caso, su poder se disipa. Lo que más enloquece, criatura, es estarse devanando los sesos a solas. Pero, dígame, ¿dónde y cuándo le ha parecido a usted ver u oír a su famoso bizco?

—Sepa usted que he oído reírse a Santiago Welkin tan claramente como le oigo hablar a usted ahora —dijo la muchacha con firmeza—. ¡Y no había un alma! Porque yo estaba allí, afuera, en la esquina, y podía ver a la vez las dos calles. Además, y aunque su risa era tan extraña como su bizqueo, ya se me había olvidado su risa. Y hacía como un año que ni siquiera pensaba en él.

Y lo curioso es que la primera carta de su rival (verdad absoluta) me llegó un instante después.

—¿Y alguna vez ha hablado el espectro, o chillado o hecho alguna cosa? —preguntó Angus con interés.

Laura se estremeció, y después dijo tranquilamente:

—Sí. Precisamente cuando acabé de leer la segunda carta de Isidoro Smythe, en la que me anunciaba su éxito, en ese mismo instante oí a Welkin decir: «Con todo, no será él quien se la lleve a usted». Tan claro como si hubiera hablado aquí dentro de la habitación. Es horrible, yo debo de estar loca.

—Si usted estuviera loca realmente —contestó el joven—, creería usted estar cuerda. Pero, en todo caso, la historia de ese caballero invisible me resulta un tanto extravagante. Dos cabezas valen más que una (y ahorrémonos alusiones a los demás órganos), y así, si usted me permite que, en categoría de hombre robusto y práctico, vuelva a traer la tarta de boda que está en el escaparate…

Pero al decir esto, se oyó en la calle un chirrido metálico, y un cochecillo, que traía una velocidad diabólica, llegó disparado hasta la puerta de la pastelería, y paró. Casi al mismo tiempo, un hombrecito con un deslumbrante sombrero de copa saltó del coche, y entró con ruidosa impaciencia.

Angus, que hasta entonces había conservado una fácil hilaridad, por razón de higiene interior, desahogó la inquietud de su alma, saliendo a grandes pasos hacia la otra sala, al encuentro del recién llegado. La sospecha del enamorado joven quedó confirmada a primera vista. Aquel sujeto elegante, pero diminuto, con la barbilla negra, insolentemente erguida, los ojos vivaces y penetrantes, los dedos finos y nerviosos, no podía ser otro que el hombre a quien acababan de describirle, Isidoro Smythe, en suma, el hombre que hacía muñecos con cáscara de plátano y cajas de fósforos; Isidoro Smythe, el hombre que hacía millones con mayordomos metálicos que no se embriagan y criadas metálicas que no flirtean. Por un instante, los dos hombres, comprendiendo instintivamente el aire de posesión con que cada uno de ellos estaba en aquel sitio, permanecieron contemplándose con esa generosidad fría y extraña que es la esencia de la rivalidad.

Pero el señor Smythe, sin hacer la menor alusión a los motivos de antagonismo que podía haber entre ambos, dijo, sencillamente, en una explosión:

—¿Ha visto la señorita Hope lo que hay en el escaparate?

—¿En el escaparate? —preguntó Angus, asombrado.

—No hay tiempo de entrar en explicaciones —dijo con presteza el pequeño millonario—. Aquí sucede algo extraño, y hay que intentar averiguarlo.

Señaló con su pulido bastón al escaparate recientemente saqueado por los preparativos nupciales del señor Angus, y este pudo ver con asombro una larga tira de papel de sellos postales pegada a la vidriera, que con toda certeza no estaba allí cuando él estuvo asomado al escaparate, minutos antes. Siguiendo al enérgico Smythe a la calle, vio que una tira de papel engomado, como de un metro, había sido cuidadosamente pegada a la vidriera, y que en el papel se leía, con caracteres irregulares: «Si se casa usted con Smythe, Smythe morirá».

—Laura —dijo Angus, asomando al interior de la tienda su carota roja—. No está usted loca, no.

—Es la letra de ese tal Welkin —dijo Smythe con aspereza—. Hace años que no lo veo, pero no por eso ha dejado de molestarme. Solo en estos últimos quince días, cinco veces me ha estado echando cartas amenazadoras, sin que sepa yo quién las trae, como no sea Welkin en persona. El portero jura que no ha visto a ninguna persona sospechosa; y aquí ha estado pegando esa tira de papel en un escaparate público, mientras la gente de la confitería…

—Exactamente —concluyó Angus con modestia—, mientras la gente de la confitería se entretiene en tomar el té. Pues bien, señor mío: permítame declararle que admiro su buen sentido al atacar tan directamente lo único que por ahora importaba. De lo demás, ya tendremos tiempo de hablar. Nuestro hombre no puede estar muy lejos, porque le aseguro a usted que no había papel alguno hace unos diez o quince minutos, cuando me acerqué por última vez al escaparate. Por otra parte, tampoco es fácil darle caza, puesto que ignoramos el rumbo que habrá tomado. Si usted, señor Smythe, quiere seguir mi consejo, yo pondría ahora mismo el asunto en manos de un investigador experto, y mejor de un investigador privado, que no de persona perteneciente a la policía pública. Yo conozco a un hombre inteligentísimo, que tiene su domicilio a cinco minutos de aquí, yendo en el auto de usted. Su nombre es Flambeau, y aunque su juventud fue algo tormentosa, ahora es un hombre honrado, y tiene un cerebro que vale su peso en oro. Vive en la casa «Lucknow», que está por Hampstead.

—¡Qué coincidencia! —dijo el hombrecillo, frunciendo el ceño—. Yo vivo en la casa «Himalaya», al volver la esquina. Supongo que usted no tendrá inconveniente en venir conmigo. Así, mientras yo subo a mi cuarto por

los extravagantes documentos de Welkin, usted puede ir a llamar a su amigo detective.

—Es usted muy amable —dijo Angus cortésmente—. Bueno, cuanto antes, mejor.

Y ambos, con improvisada buena fe, se despidieron de la dama con la misma circunspección formal, y subieron al ruidoso y pequeño auto. Mientras Smythe movía palancas y hacía doblar la esquina al vehículo, Angus se divertía contemplando el gigantesco cartelón del «Servicio Silencioso de Smythe», donde aparecía pintado un enorme muñeco de hierro sin cabeza, llevando una cacerola, con un letrero que decía: «Un cocinero que nunca refunfuña».

—Yo mismo los empleo en mi piso —dijo el hombrecito de la barba negra, riendo—. En parte por anuncio, y en parte por comodidad. Y, hablando en plata, crea usted que esos muñecos de relojería le traen a uno el carbón o le sirven el vino con más presteza que cualquier criado, simplemente con saber bien cuál es el botón que hay que pulsar en cada caso. Pero aquí, *inter nos*, no le negaré a usted que también tienen sus desventajas.

—¿De veras? —preguntó Angus—. ¿Hay alguna cosa que no pueden hacer?

—Sí —replicó fríamente Smythe—. No pueden decirme quién me echa esas cartas amenazadoras en casa.

El auto era tan pequeño y veloz como su dueño. Y es que, lo mismo que su servicio doméstico, era un artículo inventado por él. Si aquel hombre era un charlatán de los anuncios, era un charlatán que creía en sus mercancías. Y el sentimiento de que el auto era algo frágil y volador se acentuó aún más cuando entraron por unas carreteras blancas y sinuosas, a la muerta pero difusa claridad de la tarde. Las curvas blancas del camino se fueron volviendo cada vez más bruscas y vertiginosas: formaban ya unas verdaderas «espirales ascendentes» —como dicen las religiones modernas—. Trepaban ahora por un rincón de Londres, casi tan escarpado como Edimburgo, si no tan pintoresco. Las terrazas aparecían como encaramadas unas sobre otras, y la torre de pisos a que ellos se dirigían, se levantaba sobre todas a una altura egipcia, dorada por el último sol. Al volver la esquina y entrar en la placita de casas conocida por el nombre de «Himalaya», el cambio fue tan súbito como si de pronto se hubiese abierto una ventana: la torre de pisos se alzaba sobre Londres como sobre un verde mar de pizarra. Frente a las casas, al otro lado de la placeta de empedrado, había una herbosa tapia que más parecía un vallado de zarzas o un dique que un jardín, y abajo corría un arroyo artificial,

una especie de canal, foso de aquella áspera fortaleza. Cuando el auto cruzó la plaza, pasó junto al puesto de un vendedor de castañas, y al otro extremo de la curva Angus pudo ver el bulto azul oscuro de un policía que paseaba tranquilamente. En la soledad de aquel apartado barrio, no se veía más alma viviente. A Angus le pareció que expresaba toda la inexplicable poesía de Londres: le pareció que eran las estampas de un cuento.

El auto llegó, lanzado como una bala, a la casa en cuestión, y allí echó de sí a su dueño como una bomba que estalla. Smythe preguntó inmediatamente, a un alto conserje lleno de deslumbrantes galones, y a un criado diminuto en mangas de camisa, si alguien había ido a buscarlo. Le aseguraron que nadie ni nada había pasado desde la salida del señor. Entonces, en compañía de Angus, que estaba un poco desconcertado, entró en el ascensor, que los transportó de un salto, como un cohete, hasta el último piso.

—Entre usted un momento —dijo Smythe casi sin aliento—. Voy a mostrarle a usted las cartas de Welkin. Después irá usted, de una carrera, a traer a su amigo.

Pulsó un botón disimulado en el muro, y la puerta se abrió sola.

Se abrió sobre una antesala larga y cómoda, cuyos únicos rasgos salientes, ordinariamente hablando, eran dos filas de enormes muñecos mecánicos semihumanos, que se veían a ambos lados como maniquíes de sastre. Como los maniquíes, no tenían cabeza, y al igual que ellos, tenían en la espalda una joroba tan hermosa como innecesaria, y en el pecho una hinchazón como la de las palomas buchonas. Fuera de esto, no tenían nada más de humano que esas máquinas automáticas del tamaño de un hombre que suele haber en las estaciones. Dos ganchos les servían de brazos, adecuados para llevar una bandeja. Estaban pintados de verde claro, bermellón o negro, a fin de distinguirlos unos de otros. En lo demás eran como todas las máquinas, y no había por qué mirarlos dos veces. Al menos, nadie lo hizo entonces. Porque, entre las dos filas de maniquíes domésticos, había algo más interesante que la mayor parte de los mecanismos que hay en el mundo: había un papel garrapateado con tinta roja, y el ágil inventor lo había percibido al instante. Lo reconoció y se lo mostró a Angus sin decir palabra. La tinta todavía estaba fresca. El mensaje decía así: «Si has ido hoy a verla, te mataré».

Tras un instante de silencio, Isidoro Smythe dijo tranquilamente:

—¿Quiere usted un poco de *whisky*? Me apetece tomar una copita.

—Gracias. Prefiero un poco de Flambeau —dijo Angus poniéndose tétrico—. Me parece que esto se pone feo. Ahora mismo voy a por mi hombre.

—Tiene usted razón —dijo el otro con admirable animación—. Tráigale usted lo más pronto posible.

Al tiempo de cerrar la puerta tras de sí, Angus vio que Smythe pulsaba un botón, y uno de los muñecos se destacaba de la fila y, deslizándose por un pasillo del piso, volvía con una bandeja en que se veían un sifón y un frasco. Esto de abandonar a aquel hombrecillo solo en medio de aquellos criados muertos, que habían de comenzar a animarse en cuanto Angus cerrara la puerta, no dejaba de ser algo funambulesco.

Unas seis gradas más abajo del piso de Smythe, el hombre en mangas de camisa estaba haciendo algo con un cubo. Angus se detuvo un instante para pedirle —aderezando la petición con la perspectiva de una buena propina— que permaneciera allí hasta que él regresara acompañado del detective, y vigilara la entrada con sumo cuidado para no dejar pasar a ningún desconocido. Al pasar por el vestíbulo de la casa hizo el mismo encargo al conserje, y supo de labios de este que la casa no tenía puerta posterior, lo cual simplificaba mucho las cosas. No contento con semejantes precauciones, dio alcance al errabundo policía, y le encargó que se apostara frente a la casa, en la otra acera, y vigilara desde allí la entrada. Y, finalmente, se detuvo un instante a comprar castañas, y le preguntó al vendedor hasta qué hora pensaba quedarse en aquella esquina.

El castañero, alzándose el cuello del gabán, le dijo que no tardaría mucho en marcharse, porque parecía que iba a nevar. Y, en efecto, la tarde se iba poniendo cada vez más oscura y triste. Pero Angus, haciendo uso de toda su elocuencia, trató de clavar al vendedor en aquel sitio.

—Caliéntese usted con sus propias castañas —le dijo con la mayor convicción—. Cómaselas todas, yo se las pagaré. Le daré a usted una libra esterlina si no se mueve de aquí hasta que yo vuelva, y si me dice si ha entrado en aquella casa donde está aquel conserje de librea algún hombre, mujer o niño.

Y echó un último vistazo a la torre sitiada.

—Como quiera que sea, le he puesto un cerco al piso de ese hombre —pensó—. No es posible que los cuatro sean cómplices de Welkin.

El edificio «Lucknow» estaba en un plano más bajo que aquella colina de casas en la que la «Himalaya» representaba la cumbre.

El domicilio semioficial de Flambeau estaba en un bajo, y, en todos los sentidos, ofrecía el mayor contraste con aquella maquinaria americana y lujo frío de hotel del «Servicio Silencioso». Flambeau, que era amigo de Angus, recibió a este en un rinconcillo artístico y abigarrado que estaba junto a su

estudio, cuya decoración consistía en una multitud de espadas, arcabuces, curiosidades orientales, botellas de vino italiano, cacharros de cocina salvaje, un peludo gato persa y un pequeño sacerdote católico romano de modesto aspecto, que parecía singularmente inadecuado para aquel sitio.

—Mi amigo el padre Brown —dijo Flambeau—. Tenía muchos deseos de presentárselo a usted. Un tiempo excelente, ¿eh? Algo fresco para los meridionales, como yo.

—Sí, creo que va a aclarar —dijo Angus sentándose en una otomana de rayas violetas.

—No —dijo el sacerdote—. Ha comenzado a nevar.

Y, en efecto, como lo había previsto el castañero, a través de la nublada vidriera se podían ver ya los primeros copos.

—Bueno —dijo Angus con aplomo—. El caso es que yo he venido por un asunto de negocios, y negocios de suma urgencia. El hecho es, Flambeau, que a tiro de piedra de esta casa hay en este instante un individuo que necesita absolutamente la ayuda de usted. Un invisible enemigo lo amenaza y persigue constantemente, un bribón a quien nadie ha logrado sorprender.

Y Angus procedió a contar todo el asunto de Smythe y Welkin, comenzando con la historia de Laura y continuando con la suya propia, sin omitir lo de la carcajada sobrenatural que se oyó en la esquina de las dos calles solitarias, y las extrañas y distintas palabras que se oyeron en el cuarto desierto. Flambeau se fue poniendo cada vez más preocupado, y el curita pareció irse quedando fuera de la conversación, como un mueble. Al llegar al punto de la tira de papel pegada en la vidriera del escaparate, Flambeau se puso de pie y pareció llenar la salita con su corpulencia.

—Si le da a usted lo mismo —dijo—, prefiero que me lo acabe de contar por el camino. Creo que no debemos perder un instante.

—Perfectamente —dijo Angus, también levantándose—. Aunque, por ahora, mi amigo está completamente seguro, porque tengo a cuatro hombres vigilando el único agujero de su madriguera.

Salieron a la calle seguidos del curita, que trotaba en pos de ellos con la docilidad de un perro faldero. Como quien trata de provocar la charla, el curita decía:

—Parece mentira cómo va subiendo la capa de nieve, ¿eh?

Al entrar en la pendiente calle vecina, ya toda espolvoreada de plata, Angus dio, al fin, término a su relato. Al llegar a la placita donde se alzaba la torre de habitaciones, Angus examinó atentamente a sus centinelas. El castañero, antes y después de recibir la libra esterlina, aseguró que había

vigilado atentamente la puerta y no había visto entrar a nadie. El policía fue todavía más elocuente: dijo que tenía mucha experiencia de toda clase de trampistas y pícaros, ya disfrazados con sombrero de copa o ya disimulados entre harapos, y que no era tan bisoño para figurarse que la gente sospechosa se presenta con apariencias sospechosas; que había vigilado atentamente, y no había visto entrar un alma. Esta declaración quedó rotundamente confirmada cuando los tres llegaron a donde estaba el conserje de los galones.

—Yo —dijo aquel gigante de los deslumbradores lazos— tengo derecho a preguntar a todo el mundo, sea duque o barrendero, qué busca en esta casa, y aseguro que nadie ha aparecido por aquí durante la ausencia de este señor.

El insignificante padre Brown, que estaba vuelto de espaldas y contemplando el pavimento modestamente, se atrevió a decir con timidez:

—¿De modo que nadie ha subido y bajado la escalera desde que empezó a nevar? La nieve comenzó cuando estábamos los tres en casa de Flambeau.

—Nadie ha entrado aquí, señor, puede usted estar seguro —dijo el conserje, con una cara radiante de autoridad.

—Entonces, ¿qué puede ser esto? —preguntó el sacerdote, mirando con absorta mirada el suelo.

Los otros hicieron lo mismo, y Flambeau lanzó un juramento e hizo un gesto francés. Era incuestionable que, por mitad de la entrada, que custodiaba el de los lazos de oro, y pasando precisamente por entre las arrogantes piernas de este coloso, corría la huella gris de unos pies, estampados sobre la nieve.

—¡Dios mío! —gritó Angus sin poder contenerse—. ¡El Hombre Invisible!

Y, sin decir más, se lanzó hacia la escalera, seguido de Flambeau. Pero el padre Brown, como si hubiera perdido todo interés por aquella investigación, se quedó mirando la calle, cubierta de nieve.

Flambeau se disponía ya a derribar la puerta con los hombros; pero el escocés, con mayor razón, si bien con menos intuición, buscó por el marco de la puerta el botón escondido. Y la puerta se abrió lentamente.

Y apareció el mismo interior atestado de muñecos. El vestíbulo estaba algo más oscuro, aunque aquí y allá brillaban las últimas flechas del crepúsculo, y una o dos de las máquinas acéfalas habían cambiado de sitio, para realizar algún servicio, y estaban por ahí, dispersas en la penumbra. Apenas se distinguía el verde y rojo de sus casacas, y por lo mismo que los muñecos eran menos visibles, era mayor su aspecto humano. Pero en medio de todas, justamente en el sitio donde antes había aparecido el papel escrito con tinta roja, había algo como una mancha de tinta roja caída del tintero.

Pero no era tinta roja. Con una mezcla, muy francesa, de reflexión y violencia, Flambeau dijo simplemente:

—¡Asesinato!

Y entrando decididamente a las habitaciones, en menos de cinco minutos exploró todos los rincones y armarios. Pero, si esperaba dar con el cadáver, su esperanza salió fallida. Lo único evidente era que allí no estaba Isidoro Smythe, ni muerto ni vivo. Tras laboriosas pesquisas, los dos se encontraron otra vez en el vestíbulo, con caras llameantes y ojos espantados.

—Amigo mío —dijo Flambeau, sin darse cuenta de que, en su excitación, se había puesto a hablar en francés—. El asesino no solo es invisible, sino que hace invisibles a los hombres que mata.

Angus paseó la mirada por el sombrío vestíbulo, lleno de muñecos, y en algún repliegue céltico de su alma escocesa se produjo un estremecimiento de pánico. Uno de aquellos aparatos de «tamaño natural» estaba cerca de la mancha de sangre, como si el hombre atacado lo hubiera hecho venir en su auxilio un instante antes de caer. Uno de los ganchos que le servían de brazos estaba algo levantado, y por la cabeza de Angus pasó la fantástica y espeluznante idea de que el pobre Smythe había muerto a manos de su hijo de hierro. La materia se había sublevado, y las máquinas habían matado a su dueño. Pero aun en este absurdo supuesto, ¿qué habían hecho con el cadáver?

—¿Se lo habrán comido? —murmuró a su oído la pesadilla.

Y Angus se sintió desfallecer ante la imagen de aquellos despojos humanos desgarrados, triturados y absorbidos por aquellas relojerías sin cabeza.

Con gran esfuerzo logró recobrar su equilibrio, y dijo a Flambeau:

—Bueno; esto es lo que hay. El pobre hombre se ha evaporado como una nube, dejando en el suelo una raya roja. Esto es cosa del otro mundo.

—Sea de este o del otro —dijo Flambeau—, solo una cosa puedo hacer: bajemos a llamar a mi amigo.

Bajaron, y el hombre del cubo les aseguró, al pasar, que no había dejado subir a nadie, y lo mismo volvieron a asegurar el conserje y el errabundo castañero. Pero cuando Angus buscó la confirmación del cuarto vigilante, no pudo encontrarlo, y preguntó con inquietud:

—¿Dónde está el policía?

—Mil perdones; es culpa mía —dijo el padre Brown—. Acabo de enviarlo a la carretera para averiguar una cosa… una cosa que me parece que vale la pena averiguar.

—Pues necesitamos que regrese pronto —dijo Angus con rudeza—, porque aquel desdichado no solo ha sido asesinado, sino que su cadáver ha desaparecido.

—¿Cómo? —preguntó el sacerdote.

—Padre —dijo Flambeau tras una pausa—. Creo realmente que esto le corresponde a usted más que a mí. Aquí no ha entrado ni amigo ni enemigo, pero Smythe se ha eclipsado, lo han robado los fantasmas. Si no es esto cosa sobrenatural, yo…

Pero aquí llamó la atención de todos un hecho extraño: el robusto policía azul acababa de aparecer en la esquina, y venía corriendo. Se dirigió a Brown y le dijo jadeando:

—Tenía usted razón, señor. Acaban de encontrar el cuerpo del pobre señor Smythe en el canal.

Angus se llevó las manos a la cabeza.

—¿Bajó él mismo? ¿Se tiró al agua? —preguntó.

—No, señor; no ha bajado, se lo juro a usted —dijo el policía—. Tampoco se ha ahogado, sino que murió de una enorme herida en el corazón.

—¿Y nadie ha entrado aquí? —preguntó Flambeau con voz grave.

—Vamos a la carretera —dijo el cura.

Y al llegar al extremo de la plaza, exclamó de pronto:

—¡Necio de mí! Me he olvidado de preguntarle una cosa al policía: si encontraron también un saco gris.

—¿Por qué un saco gris? —preguntó sorprendido Angus.

—Porque si era un saco de otro color, hay que comenzar otra vez —dijo el padre Brown—. Pero si era un saco gris, entonces el caso está resuelto.

—¡Hombre, me alegro de saberlo! —dijo Angus con acerba ironía—. Yo creí que ni siquiera habíamos comenzado, por lo que a mí me toca al menos.

—Cuéntenoslo —dijo Flambeau con la candidez de un niño.

Inconscientemente, habían apresurado el paso al bajar a la carretera, y seguían al padre Brown, que los conducía rápidamente sin decir palabra. Al fin abrió los labios, y dijo con una vaguedad casi conmovedora:

—Me temo que les resulte a ustedes muy prosaico. Siempre comienza uno por lo más abstracto y aquí, como en todo, hay que comenzar por abstracciones. Habrán notado ustedes que la gente nunca contesta a lo que se le pregunta. Contesta siempre a lo que uno piensa al hacer la pregunta, o a lo que se figura que está uno pensando. Supongan ustedes que una dama le dice a otra, en una casa de campo: «¿Hay alguien contigo?». La otra no contesta: «Sí, el mayordomo, los tres criados, la doncella, etcétera», aun cuando la

camarera esté en el otro cuarto y el mayordomo detrás de la silla de la señora, sino que contesta: «No, no hay *nadie* conmigo», con lo cual quiere decir: «No hay nadie de la clase social a la que tú te refieres». Pero si es el doctor el que hace la pregunta, en un caso de epidemia: «¿Quién más hay aquí?», entonces la señora recordará sin duda al mayordomo, a la camarera, etc. Y así se habla siempre. Nunca son literales las respuestas, sin que dejen por eso de ser verídicas. Cuando estos cuatro hombres honrados aseguraron que nadie había entrado en la casa, no quisieron decir que ningún ser de la especie humana, sino que ninguno de quien se pudiera sospechar que era el hombre en quien pensábamos. Porque lo cierto es que un hombre entró y salió, aunque ellos no repararon en él.

—¿Un hombre invisible? —preguntó Angus arqueando las cejas.

—Mentalmente invisible —dijo el padre Brown.

Y uno o dos minutos después continuó con el mismo tono, como quien medita en voz alta.

—Es un hombre en quien no se piensa, como no sea premeditadamente. En esto está su talento. A mí se me ocurrió pensar en él por dos o tres circunstancias del relato del señor Angus. La primera, que Welkin era un andarín. La segunda, la tira de papel pegada al escaparate. Después (y es lo principal), las dos cosas que contó la joven, y que pudieran no ser absolutamente exactas… No se incomode usted —añadió advirtiendo un movimiento de disgusto del escocés—. Ella creyó que eran verdad, pero no era posible que fueran verdad. Un instante después de haber recibido una carta en la calle, no se está completamente solo. Ella no estaba completamente sola en la calle al detenerse a leer una carta recién recibida. Alguien estaba a su lado, aunque ese alguien fuera mentalmente invisible.

—¿Y por qué había de estar alguien junto a ella? —preguntó Angus.

—Porque —dijo el padre Brown— excepto las palomas mensajeras, alguien tiene que haberle llevado la carta.

—¿Quiere usted decir —preguntó Flambeau precisando— que Welkin le llevaba a la joven las cartas de su rival?

—Sí —dijo el sacerdote—. Welkin le llevaba a su dama las cartas de su rival. No puede haber sido de otro modo.

—No lo entiendo —estalló Flambeau—. ¿Quién es ese sujeto? ¿Cómo es? ¿Cuál es el disfraz o apariencia habitual de un hombre mentalmente invisible?

—Su disfraz es muy bonito: rojo, azul y oro —dijo al instante el sacerdote —. Y con este disfraz notable y hasta llamativo, nuestro hombre invisible logró penetrar en la casa «Himalaya», burlando la vigilancia de ocho ojos

humanos; mató a Smythe con toda tranquilidad, y salió otra vez llevando a cuestas el cadáver…

—Reverendo padre —exclamó Angus, deteniéndose—. ¿Se ha vuelto usted loco, o soy yo el loco?

—No, no está usted loco —explicó Brown—. Simplemente, no es usted muy observador. Usted nunca se ha fijado en hombres como este, por ejemplo.

Y diciendo esto, dio tres largos pasos y puso la mano sobre el hombro de un cartero que, a la sombra de los árboles, había pasado junto a ellos sin ser notado.

—Sí —continuó el sacerdote reflexionando—, nadie se fija en los carteros y, sin embargo, tienen pasiones como los demás hombres, y a veces llevan a cuestas unos sacos enormes donde cabe muy bien el cadáver de un hombre de pequeña estatura.

El cartero, en lugar de volverse, como hubiera sido lo natural, se había metido, dando traspiés a consecuencia del inesperado chapuzón, en la zanja que corría junto al jardín. Era un hombre flaco, rubio, de apariencia ordinaria; pero al volver hacia ellos su azorado rostro, los tres vieron que era más bizco que un demonio.

Flambeau volvió a sus espadas, a sus tapices rojos y a su gato persa, porque tenía muchos negocios pendientes. John Turnbull Angus volvió al lado de la confitera, con quien el imprudente joven logró arreglárselas muy bien. Pero el padre Brown siguió recorriendo durante varias horas aquellas colinas llenas de nieve, a la luz de las estrellas y en compañía de un asesino. Y lo que aquellos dos hombres hablaron, nunca se sabrá.

EL HONOR DE ISRAEL GOW

Caía la tarde —una tempestuosa tarde color aceituna y plata— cuando el padre Brown, envuelto en una manta escocesa, llegó al final de cierto valle escocés y pudo contemplar el singular castillo de Glengyle. El castillo cerraba el paso de un barranco o cañada, y parecía el límite del mundo. Aquella cascada de lechos inclinados y cúspides de pizarra verdemar, al estilo de los viejos *châteaux* franco-escoceses, hacía pensar a un inglés en los sombreros en forma de campanarios que usan las brujas de los cuentos de hadas. Y el bosque de pinos que se balanceaba en torno a sus verdes torreones, parecía, por comparación, tan oscuro como una bandada innumerable de cuervos. Esta nota diabólica soñadora y casi soñolienta no era una simple casualidad del paisaje. Porque en aquel paraje flotaba, en efecto, una de esas nubes de orgullo, locura y misteriosa aflicción que caen con mayor pesadumbre sobre las casas escocesas que sobre ninguna otra morada de los hijos de los hombres. Porque Escocia adolece de una dosis doble del veneno llamado «herencia»: la tradición aristocrática de la sangre, y la tradición calvinista de la predestinación.

El sacerdote había robado un día a sus trabajos en Glasgow para ir a ver a su amigo Flambeau, el detective aficionado, que estaba a la sazón en el castillo de Glengyle acompañado de un empleado oficial, haciendo averiguaciones sobre la vida y muerte del difunto conde de Glengyle. Este misterioso personaje era el último representante de una raza cuyo valor, locura y cruel astucia la había hecho temible aun entre la más siniestra nobleza de la nación, allá por el siglo XVI. Ninguna familia estuvo más metida en aquel laberinto de ambiciones, en los secretos de los secretos de aquel palacio de mentiras que se edificó en torno a María, reina de los escoceses.

Una tonadilla local daba testimonio de las causas y resultados de sus maquinaciones, en estas cándidas palabras:

Como savia nueva para los árboles pujantes, tal es el oro rubio para los Ogilvies.

Durante muchos siglos, el castillo de Glengyle no había tenido un amo digno, y era de esperar que ya para la época de la reina Victoria, agotadas las excentricidades, sería de otro modo. Sin embargo, el último Glengyle cumplió la tradición de su tribu, haciendo la única cosa original que le quedaba por hacer: desapareció. No quiero decir que se fue a otro país; al contrario: si aún

estaba en alguna parte, todos los indicios hacían creer que permanecía en el castillo. Pero, aunque su nombre constaba en el registro de la iglesia, así como en el voluminoso libro rojo de los Pares, nadie lo había visto bajo el sol.

A menos que lo hubiera visto cierto servidor solitario que era para él una especie de mezcla entre lacayo y hortelano. Era este sujeto tan sordo, que la gente apresurada lo tomaba por mudo, aunque los más agudos lo tenían por medio imbécil. Era un labriego flaco, pelirrojo, de fuerte mandíbula y barba, y de ojos azules casi lelos; respondía al nombre de Israel Gow, y era el único servidor de aquella desierta propiedad. Pero la diligencia con que cultivaba las patatas y la regularidad con que desaparecía en la cocina, hacía pensar a la gente que estaba preparando la comida a su amo, y que el extravagante conde seguía escondido en su castillo. Con todo, si alguien deseaba averiguarlo a ciencia cierta, el criado afirmaba con la mayor pertinacia que el amo estaba ausente.

Una mañana, el director de la escuela y el ministro (los Glengyles eran presbiterianos) recibieron una cita para presentarse en el castillo. Y allí se encontraron con que el jardinero, cocinero y lacayo había añadido a sus muchos oficios el de empresario de pompas fúnebres, y había metido en un ataúd a su noble y difunto señor. Si se aclaró o dejó de aclarar el caso, es asunto que todavía parece algo confuso, porque nunca se procedió a hacer la menor averiguación legal, hasta que Flambeau apareció por aquella zona del norte. De esto, a la sazón, hacía unos dos o tres días. Y hasta entonces el cadáver de lord Glengyle (si es que era su cadáver) había quedado depositado en la iglesita de la colina.

Al pasar el padre Brown por el oscuro y pequeño jardín y entrar en la sombra del castillo, había unas nubes opacas, y el aire era húmedo y tempestuoso. Sobre el jirón de oro del último reflejo solar, vio una negra silueta humana: era un hombre con sombrero de copa y una enorme azada al hombro. Aquella ridícula combinación hacía pensar en un sepulturero; pero el padre Brown la encontró muy natural al recordar al criado sordo que cultivaba las patatas. No le eran desconocidas las costumbres de los labriegos de Escocia, y sabía que eran lo bastante solemnes para creerse obligados a llevar traje negro durante la investigación oficial, y lo bastante económicos para no desperdiciar por eso una hora de laboreo. Y la mirada entre sorprendida y desconfiada con que vio pasar al sacerdote, era también algo que convenía muy bien a su tipo de celoso guardián.

Flambeau en persona acudió a abrir la puerta, acompañado de un hombre de aspecto frágil, con cabellos de color gris metálico y un rollo de papeles en

la mano; era el inspector Graven, de Scotland Yard. El vestíbulo estaba completamente abandonado y casi vacío, y solo las caras pálidas y burlonas de los perversos Ogilvies desde sus pelucas negras y oscuros lienzos parecían contemplar a sus huéspedes.

Siguiendo a los otros hacia una sala interior, el padre Brown vio que se habían instalado en una larga mesa de roble, llena de papeles garrapateados, con el *whisky* y el tabaco en un extremo. Y el resto de la mesa lo ocupaban varios objetos, formando montones separados; objetos tan inexplicables como indiferentes. Un montoncillo parecía contener los trozos de un espejo roto. Otro, era un montón de polvo moreno. El tercer objeto era un bastón.

—Esto parece un museo geológico —dijo el padre Brown, sentándose y señalando con la cabeza los montones de cristal y polvo.

—No un museo geológico —aclaró Flambeau—, sino un museo psicológico.

—¡Por el amor de Dios! —dijo el policía oficial, riendo—. No empecemos con palabrotas.

—¿No sabe usted lo que quiere decir psicología? —preguntó Flambeau con amable sorpresa—. Psicología quiere decir que no está uno en sus cabales.

—No lo entiendo bien —insistió el oficial.

—Bueno —dijo Flambeau con decisión—. Lo que yo quiero decir es que solo una cosa hemos puesto en claro respecto a lord Glengyle, y es que era un maniático.

La negra silueta de Gow, con su sombrero de copa y su azada al hombro, pasó por allí, destacándose confusamente sobre el cielo nublado. El padre Brown la contempló mecánicamente, y dijo:

—Ya me doy cuenta de que algo extraño le sucedía, cuando de tal modo permaneció enterrado en vida y tanta prisa se dio a enterrarse al morir. Pero ¿qué razones especiales hay para suponerlo loco?

—Pues mire usted —contestó Flambeau—; verá usted la lista de objetos que el señor Graven ha encontrado en la casa.

—Habrá que encender una vela —dijo Graven—. Va a caer una tormenta, y ya está demasiado oscuro para leer.

—¿Ha encontrado usted alguna vela entre sus muchas curiosidades? —preguntó Brown, sonriendo.

Flambeau levantó el grave rostro y miró a su amigo con sus negros ojazos.

—También esto es curioso —dijo—. Veinticinco velas, y ni rastro de candelero.

En la oscuridad creciente de la sala, en medio del creciente rumor del viento tempestuoso, Brown buscó en la mesa, entre los demás despojos, el montón de velas de cera. Al hacerlo, se inclinó casualmente sobre el montón de polvo rojizo, y no pudo contener un estornudo.

—¡Achís! ¡Ajá! ¡Rapé!

Cogió una vela, la encendió con mucho cuidado, y después la metió en una botella de *whisky* vacía. El aire inquieto de la noche, colándose por la ventana desvencijada, agitaba la llama como una banderola. Y en torno al castillo podían oírse las millas y millas de pino negro, hirviendo como un negro mar en torno a una roca.

—Voy a leer el inventario —anunció Graven gravemente, tomando el papel—. El inventario de todas las cosas inconexas e inexplicables que hemos encontrado en el castillo. Antes conviene que sepa usted que esto está desmantelado y abandonado, pero que uno o dos cuartos han sido habitados por alguien evidentemente, por alguien que no es el criado Gow, y que llevaba, sin duda, una vida muy simple, aunque no miserable. He aquí la lista:

> «1.º. Un verdadero tesoro en piedras preciosas, casi todas diamantes, y todas sueltas, sin ninguna montura. Desde luego, es muy natural que los Ogilvies poseyeran joyas de familia, pero en las joyas de familia las piedras siempre aparecen montadas en artículos de adorno, y los Ogilvies parece que hubieran llevado sus piedras sueltas en los bolsillos, como moneda de cobre.
>
> 2.º. Montones y montones de rapé, pero no guardado en cuerno, tabaquera ni bolsa, sino disperso por ahí, sobre las repisas de las chimeneas, en los aparadores, sobre el piano, en cualquier parte, como si el caballero no quisiera darse el trabajo de abrir una bolsa o quitar una tapa.
>
> 3.º. Aquí y allá, por toda la casa, montoncitos de metal, una especie de resortes y unas ruedas microscópicas, como si hubieran destripado algún juguete mecánico.
>
> 4.º. Las velas, que hay que ensartar en botellas por no haber un solo candelero. Y ahora fíjese usted en que esto es mucho más extravagante de lo que uno se imagina. Porque el enigma esencial lo teníamos ya claro: a primera vista, hemos comprendido que algo extraño había pasado con el difunto conde. Hemos venido para investigar si realmente vivió aquí, si realmente murió aquí, si este espantajo pelirrojo que lo inhumó

> tuvo algo que ver con su muerte. Ahora bien, supóngase usted lo peor; imagine usted la explicación más extraña y melodramática. Suponga usted que el criado mató a su amo, o que este no ha muerto verdaderamente, o que el amo se ha disfrazado de criado o que el criado ha sido enterrado en lugar del amo. Invente usted la tragedia que más le guste, al estilo de Wilkie Collins, y aun así le será a usted imposible explicarse esta ausencia de candeleras, o el hecho de que un anciano caballero de buena familia derramase el rapé sobre el piano. El corazón, el centro del enigma, está claro; pero no así los contornos y orillas. Porque no hay hilo de imaginación que pueda conectar el rapé, los diamantes, las velas y los mecanismos de relojería triturados».

—Yo creo ver la conexión —dijo el sacerdote—. Este Glengyle tenía la manía de odiar la Revolución francesa. Era un entusiasta del *ancien régime*, y trataba de reproducir al pie de la letra la vida familiar de los últimos Borbones. Tenía rapé, porque era un lujo del siglo XVIII; velas de cera, porque eran el procedimiento de alumbrado del siglo XVIII; los trocitos metálicos representaban la chifladura de cerrajero de Luis XVI; y los diamantes, el collar de diamantes de María Antonieta.

Los dos amigos le miraron con ojos sorprendidos.

—¡Qué suposición más extraordinaria y perfecta! —exclamó Flambeau—. ¿Y cree usted realmente que es verdadera?

—Estoy enteramente seguro de que no lo es —contestó el padre Brown—. Solo que ustedes aseguran que no hay medio de conectar el rapé, los diamantes, los mecanismos de relojería y las velas, y yo les propongo la primera conexión que se me ocurre, para demostrarles lo contrario. Pero estoy seguro de que la verdad es más profunda, está más allá.

Calló un instante y escuchó el aullar del viento en los torreones. Y después soltó estas palabras:

—El difunto conde de Glengyle era un ladrón. Vivía una segunda vida oscura, era un condenado violador de cerraduras y puertas. No tenía ningún candelero, porque estas velas solo las usaba, cortándolas en cabos, en la linternita que llevaba consigo. El rapé lo usaba como han usado de la pimienta algunos feroces criminales franceses: para arrojarlo a los ojos de sus perseguidores. Pero la prueba más concluyente es la curiosa coincidencia de los diamantes y las ruedecitas de acero. Supongo que ustedes también lo

verán claro: solo con diamantes o con ruedecitas de acero se pueden cortar cristales.

La rama rota de un pino azotó pesadamente sobre la vidriera que tenían a la espalda, como parodiando al ladrón nocturno, pero ninguno volvió la cara. Los policías estaban pendientes del padre Brown.

—Diamantes y ruedecitas de acero —rumió Craven—. ¿Y solo en eso se funda usted para considerar verdadera su explicación?

—Yo no la juzgo verdadera —replicó el sacerdote plácidamente—, pero ustedes aseguraban que era imposible establecer la menor relación entre esos cuatro objetos… La verdad tiene que ser mucho más prosaica. Glengyle había descubierto, o así lo creía, un tesoro de piedras preciosas en sus propiedades. Alguien se había burlado de él, trayéndole esos diamantes y asegurándole que habían sido hallados en las cavernas del castillo. Las ruedecitas de acero eran algo concerniente a la talla de los diamantes. La talla tenía que hacerse muy en pequeño y modestamente, con ayuda de unos cuantos pastores o gente ruda de estos valles. El rapé es el mayor lujo de los pastores escoceses: lo único con que se los puede sobornar. Esta gente no usaba candeleros, porque no los necesitaba: cuando iban a explorar los sótanos, llevaban las velas en la mano.

—¿Y eso es todo? —preguntó Flambeau, tras larga pausa—. ¿Al fin ha llegado usted a la verdad?

—¡Oh, no! —dijo el padre Brown.

El viento mugió en los confines del pinar como con un murmullo de burla, y el padre Brown, con cara impasible, continuó:

—Yo solo he lanzado esa suposición porque ustedes afirmaban que no había medio de relacionar el tabaco, los pequeños mecanismos, las velas y las piedras brillantes. Fácil es construir diez falsas filosofías sobre los datos del Universo, o diez falsas teorías sobre los datos del castillo de Glengyle. Pero lo que necesitamos es la explicación verdadera del misterio del castillo y del Universo. Vamos a ver, ¿no hay más documentos?

Graven rio de buena gana, y Flambeau, sonriendo, se levantó, y recorriendo la longitud de la mesa, fue señalando:

—Documentos número cinco, seis, siete; y todos más variados que instructivos, seguramente. He aquí una curiosa colección, no de lápices, sino de trozos de grafito sacados de los lápices; más allá un insignificante bastón de bambú, con el puño astillado: bien pudo ser el instrumento del crimen. Solo que no sabemos si hay crimen. Y el resto, algunos viejos misales y cuadritos de asunto católico que los Ogilvies conservaban tal vez desde la Edad Media, porque su orgullo familiar era mayor que su puritanismo. Solo

los hemos incluido en nuestro museo porque parece que han sido cortados y mutilados de un modo singular.

Afuera, la terca tempestad arrastraba una nidada de nubes sobre Glengyle, y de pronto la amplia sala quedó sumergida en la oscuridad, al tiempo que el padre Brown examinaba las páginas miniadas de los misales. Antes de que aquella onda de oscuridad se disipara, el padre Brown volvió a hablar; pero ahora su voz estaba notablemente alterada:

—Señor Graven —dijo como hombre a quien le quitan de encima diez años—, usted tiene autorización para examinar la sepultura, ¿verdad? Cuanto antes, mejor; así entraremos de lleno en este horrible misterio. Yo, en lugar de usted, procedería a ello ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —preguntó, asombrado, el policía—. ¿Y por qué ahora?

—Porque esto es ya muy serio —contestó Brown—. Aquí no se trata ya de rapé derramado o piedras desmontadas por cualquier causa. Para esto solo puede haber una razón, y la razón va a dar a las raíces del mundo. Estas estampas religiosas no están simplemente sucias ni han sido raspadas o rayadas por ocio infantil o por celo protestante, sino que han sido estropeadas muy cuidadosamente y de un modo muy sospechoso. Dondequiera que aparecía en las antiguas miniaturas el gran nombre ornamental de Dios, ha sido raspado laboriosamente. Y solo otra cosa más ha sido raspada: el nimbo en torno a la cabeza del Niño Jesús. De modo que venga el permiso, venga la azada o el hacha, y vamos ahora mismo a abrir ese ataúd.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el oficial londinense.

—Quiero decir —contestó el curita, y su voz pareció dominar el ruido de la tempestad—. Quiero decir que el diablo puede estar sentado en el torreón de este castillo en este mismo instante, el gran Diablo del Universo, más grande que cien elefantes y aullando como un Apocalipsis. Hay en todo esto algo de magia negra.

—Magia negra —repuso Flambeau en voz baja, porque era hombre bastante ilustrado para no entender de eso—. ¿Qué significan, pues, esos últimos documentos?

—Algo horrible, me parece —dijo el padre Brown con impaciencia—. ¿Cómo he de saberlo a ciencia cierta? ¿Cómo voy a adivinar todo lo que hay en este laberinto? Tal vez el rapé y el bambú sean instrumentos de tortura. Tal vez la cera y las limaduras de acero representen aquí la manía de un loco. Tal vez con el grafito de los lápices se haga una bebida enloquecedora. Solo hay

un medio para irrumpir de una vez en el seno de estos enigmas, y es ir al cementerio de la colina.

Sus compañeros apenas se dieron cuenta de que le habían obedecido y seguido, cuando, en el jardín, un golpe de viento les azotó la cara. El caso es que le habían obedecido de un modo automático, porque Graven se encontró con un hacha en la mano, y la autorización para abrir la tumba en el bolsillo. Flambeau llevaba la azada del jardinero, y el mismo padre Brown llevaba el librito dorado de donde había desaparecido el nombre de Dios.

El camino que, sobre la colina, conducía al cementerio de la parroquia, era tortuoso, pero breve, aunque con la furia del viento resultaba largo y difícil. Hasta donde la vista alcanzaba, y cada vez más lejos conforme subían la colina, se extendía el mar inacabable de pinos, doblados por el viento. Y todo aquel orbe parecía tan vano como inmenso; tan vano como si el viento silbara sobre un planeta deshabitado e inútil. Y en aquel infinito de bosques azulados y cenicientos cantaba, estridente, el antiguo dolor que brota del corazón de las cosas paganas. Parecía que en las voces íntimas de aquel follaje impenetrable gritaran los perdidos y errabundos dioses paganos, extraviados por aquella selva, e incapaces de hallar otra vez la senda de los cielos.

—Ya ven ustedes —dijo el padre Brown en voz baja, pero no sofocada—. El pueblo escocés, antes de que existiera Escocia, era lo más curioso del mundo. Todavía lo es, por lo demás. Pero en tiempos prehistóricos, yo creo que adoraba a los demonios. Y por eso —añadió con buen humor—, por eso después cayeron en la teología puritana.

—Pero, amigo mío —dijo Flambeau enfadado—. ¿Qué significa todo ese rapé?

—Pues, amigo mío —replicó Brown con igual seriedad y siguiendo el tema—, una de las pruebas de toda religión verdadera es el materialismo. Ahora bien; la adoración de los demonios es una religión verdadera.

Habían llegado al calvero de la colina, uno de los pocos sitios que dejaba libre el rumoroso pinar. Una pequeña cerca de palos y alambres vibraba con el viento, indicando el límite del cementerio. El inspector Graven llegó al sitio de la sepultura, y Flambeau hincó la azada y se apoyó en ella para hacer saltar la losa; ambos se sentían sacudidos por la tempestad como los palos y alambres de la cerca. Crecían junto a la tumba unos cardos enormes, ya mustios, grises y plateados. Una o dos veces el viento arrancó unos cardos, lanzándolos como flechas frente a Craven, que se echaba atrás asustado.

Flambeau arrancaba la hierba y abría la tierra húmeda. De pronto se detuvo, apoyándose en la azada como en un báculo.

—Adelante —dijo cortésmente el sacerdote—. Estamos camino de la verdad. ¿Qué teme usted?

—Temo a la verdad —dijo Flambeau.

El detective londinense empezó a hablar ruidosamente, tratando de parecer muy animado.

—¿Por qué diablos se escondería tanto este hombre? ¿Sería repugnante tal vez? ¿Sería leproso?

—O algo peor —contestó Flambeau.

—¿Qué, por ejemplo? —continuó el otro—. ¿Qué peor que un leproso?

—No sé —dijo Flambeau.

Siguió cavando en silencio y, después de algunos minutos, dijo con voz sorprendida:

—Me temo que fuera deforme.

—Como aquel trozo de papel que usted recordará —dijo tranquilamente el padre Brown—. Y, con todo, logramos triunfar sobre aquel papel.

Flambeau siguió cavando con obstinación. Entretanto, la tempestad había arrastrado poco a poco las nubes prendidas como humareda a los picos de las montañas, y comenzaban a revelarse los nebulosos campos de estrellas. Al fin, Flambeau descubrió un gran ataúd de roble y lo levantó un poco sobre los bordes de la fosa. Graven se adelantó con el hacha. El viento le arrojó un cardo al rostro y le hizo retroceder; después dio un paso decidido, y con una energía igual a la de Flambeau, rajó y abrió la caja hasta quitar del todo la tapa. Y todo aquello apareció a la luz difusa de las estrellas.

—Huesos —dijo Graven. Y luego añadió como sorprendido—: ¡Y son de hombre!

Y Flambeau, con voz desigual:

—¿Y no tienen… nada extraordinario?

—Parece que no —contestó el oficial con voz ronca, inclinándose sobre el esqueleto apenas visible—. Pero espere un poco.

Sobre la enorme cara de Flambeau pasó como una ola pesada:

—Y ahora que lo pienso. ¿Por qué había de ser deforme? El hombre que vive en esas malditas montañas, ¿cómo va a librarse de esta obsesión enloquecedora, de esta incesante sucesión de cosas negras, bosques y bosques, y, sobre todo, este horror profundo e inconsciente? ¡Si esto parece la pesadilla de un ateo! ¡Pinos y pinos y más pinos, y millones de…!

—¡Oh, Dios! —gritó el que estaba examinando el ataúd—. ¡No tenía cabeza!

Y mientras los ojos se quedaban estupefactos, el sacerdote, dejando ver por primera vez su asombro:

—Conque ¿no hay cabeza? —preguntó—. ¿Falta la cabeza?

—Como si de antemano hubiera contado con que faltara otro miembro.

Y por la mente de aquellos hombres cruzaron, inconscientemente, las imágenes de un niño acéfalo nacido en la casa de los Glengyle, de un joven acéfalo que se ocultara en los rincones del castillo, de un hombre acéfalo paseando por aquel antiguo vestíbulo o aquel frondoso jardín… Pero, a pesar del nerviosismo que los dominaba, aquellas funestas imágenes se disiparon en un instante sin echar raíces en su alma. Y los tres se quedaron escuchando los ululatos del bosque y los gritos del cielo, como unas bestias fatigadas. El pensamiento parecía haberse escapado de sus garras, cual enorme y robusta presa.

—En torno a esta sepultura —dijo el padre Brown— sí que hay tres hombres sin cabeza.

El pálido detective londinense abrió la boca para decir algo, y se quedó con la boca abierta. Un largo silbido de viento rasgó el cielo. El policía contempló el hacha que tenía en la mano, como si aquella mano no le perteneciera, y dejó caer el hacha.

—Padre —dijo Flambeau, con aquella voz grave e infantil que tan raras veces se le oía—. ¿Qué hacemos?

La respuesta de su amigo fue tan rápida como un disparo:

—Dormir —dijo el padre Brown—. Dormir. Hemos llegado al término del camino. ¿Sabe usted lo que es el sueño? ¿Sabe usted que todo el que duerme cree en Dios? El sueño es un sacramento, porque es un acto de fe y es un acto de nutrición. Y necesitamos un sacramento, aunque sea de orden natural. Ha caído sobre nosotros algo que muy pocas veces cae sobre los hombres, que es acaso lo peor que les puede caer encima.

Los abiertos labios de Graven se juntaron para preguntar:

—¿Qué quiere usted decir?

El sacerdote había vuelto ya la cara hacia el castillo cuando contestó:

—Hemos descubierto la verdad, y la verdad no tiene sentido.

Y echó a andar con un paso inquieto y precipitado, muy raro en él. Y cuando todos llegaron al castillo, se acostó al instante y se durmió con tanta naturalidad como un perro.

A pesar de su místico elogio del buen sueño, el padre Brown se levantó más temprano que los demás, con excepción del callado jardinero. Y los otros lo encontraron fumando su pipa y observando la muda labor del experto

jardinero en el jardincito que había junto a la cocina. Hacia el amanecer, la tormenta había descargado su furia en forma de lluvias torrenciales, y el día resultó muy fresco. Parece que el jardinero había estado charlando con Brown un rato, pero al ver a los detectives clavó con murria la azada en el surco, dijo quién sabe qué de un almuerzo, se alejó por entre las filas de berzas y se encerró en la cocina.

—Ese hombre vale mucho —dijo el padre Brown—. Cultiva admirablemente las patatas. Pero —añadió con ecuánime compasión— tiene sus faltas. ¿Quién no las tiene? Por ejemplo, esta raya no la ha trazado derecha. —Y dio con el pie en el sitio—. Tengo mis dudas sobre el éxito de esta patata.

—¿Y por qué? —preguntó Graven, divertido con la chifladura que le había entrado al hombrecito.

—Tengo mis dudas —continuó este—, porque también las tiene el viejo Gow. Ha andado metiendo sistemáticamente la azada por todas partes, menos aquí. Ha de haber aquí una patata colosal.

Flambeau arrancó la azada y la hincó impetuosamente en aquel sitio. Al revolver la tierra sacó algo que no parecía patata, sino una seta monstruosa e hipertrofiada. Al dar sobre ella la azada, hubo un chirrido, y el extraño objeto rodó como una pelota, dejando ver la mueca de un cráneo.

—El conde de Glengyle —dijo melancólicamente el padre Brown. Y después le arrebató la azada a Flambeau—. Conviene ocultarlo otra vez —dijo. Y volvió a enterrar el cráneo.

Y reclinándose en la azada, dejó ver una mirada vacía y una frente llena de arrugas.

—¿Qué puede significar este horror?

Y, siempre apoyado en la azada como en un reclinatorio, hundió la cara en las manos.

El cielo brillaba, azul y plata; los pájaros charlaban, y parecía que eran los mismos árboles los que estaban charlando. Y los tres hombres callaban.

—Bueno, yo renuncio —exclamó Flambeau—. Esto no me entra en la cabeza, y esto se ha acabado. Rapé, devocionarios estropeados, interiores de cajas de música y qué sé yo qué más…

Pero Brown, descubriéndose la cara y arrojando la azada con impaciencia, le interrumpió:

—¡Calle, calle! Todo esto está más claro que el agua. Esta mañana, al abrir los ojos, entendí todo eso del rapé y las rodajas de acero. Y después me he puesto a probar un poco al viejo Gow, que no es tan sordo ni tan estúpido

como aparenta. No hay nada de malo en todos estos objetos encontrados. También me había yo equivocado en lo de los misales estropeados: no hay ningún mal en ello. Pero esto último me inquieta. Profanar sepulcros y robar las cabezas de los muertos ¿puede no ser malo? ¿No estará en esto la magia negra? Y esto no tiene nada que ver con el sencillísimo hecho del rapé y la colección de velas. —Y se puso a pasear, fumando filosóficamente.

—Amigo mío —dijo Flambeau con gesto de buen humor—. Tenga usted cuidado conmigo; recuerde usted que yo he sido en otro tiempo un bribón. La inmensa ventaja de ese estado consiste en que yo mismo forzaba la intriga y la desarrollaba al instante. Pero esta función policíaca de esperar y esperar sin fin es demasiado para mi impaciencia francesa. Toda mi vida, para bien o para mal, lo he hecho todo en un instante. Todo duelo que se me ofrecía había de ser para la mañana del día siguiente; toda cuenta, al contado; ni siquiera aplazaba yo mi visita al dentista.

El padre Brown dejó caer la pipa, que se rompió en tres pedazos sobre el suelo, y abrió unos ojazos de idiota.

—¡Dios mío, qué estúpido soy!, pero ¡qué estúpido, Señor!

Y soltó una risa descompuesta:

—¡El dentista! —repitió—. ¡Seis horas en el más completo abismo espiritual, y todo por no haber pensado en el dentista! ¡Una idea tan sencilla, tan hermosa, tan pacífica! Amigos míos, nos hemos pasado una noche en el infierno, pero ahora ha salido el sol, los pájaros cantan, y la radiante evocación del dentista restituye al mundo su tranquilidad.

—Declaro que ni con los tormentos de la Inquisición podría yo sacar el sentido de semejante logogrifo —dijo Flambeau, encaminándose al castillo.

El padre Brown tuvo que contener un ímpetu de ponerse a bailar en mitad de la vereda, ya iluminada por el sol, y gritó después de un modo casi lastimoso y como un chiquillo:

—¡Por favor, déjenme ser loco un instante! ¡He padecido tanto con este misterio! Ahora comprendo que todo esto es de lo más inocente. Quizá un poco extravagante. Pero eso ¿qué más da?

Dio una vuelta en un pie como un chiquillo, y después se enfrentó con sus amigos y dijo gravemente:

—Aquí no hay crimen alguno. Al contrario: se trata de un caso de honradez tan extraño, que es alambicado. Precisamente se trata quizá del único hombre en la tierra que no ha hecho más que su deber. Es un caso extremo de esa lógica vital y terrible que constituye la religión de esta raza.

La vieja tonadilla local sobre la casa de Glengyle: *Como savia nueva para los árboles pujantes, tal es el oro rubio para los Ogilvies*, es al mismo tiempo metafórica y literal. No solo significa el anhelo de bienestar de los Glengyles; también significa, literalmente, que coleccionaban oro, que tenían una gran cantidad de ornamentos y utensilios de este metal. Que eran, en suma, avaros con la manía del oro. Y a la luz de esta suposición, recorramos ahora todos los objetos encontrados en el castillo: diamantes sin sortija de oro; velas sin sus candelabros de oro; rapé sin tabaqueras de oro; puntas de lápiz sin el lapicero de oro; un bastón sin puño de oro; piezas de relojería sin las cajas de oro de los relojes, o, mejor dicho sin relojes. Y, aunque parezca locura, el nimbo del Niño Jesús y el nombre de Dios de los viejos misales solo han sido raspados porque eran de oro legítimo.

El jardín pareció llenarse de luz. El sol era ya más vivo, y la hierba resplandecía. La verdad se había revelado. Flambeau encendió un cigarrillo mientras su amigo continuaba:

—Todo ese oro ha sido sustraído, pero no robado. Un ladrón nunca hubiera dejado rastros semejantes: se habría llevado las tabaqueras con rapé y todo, los lapiceros con puntillas y todo, etc. Tenemos que vérnoslas con un hombre que tiene una conciencia muy singular, pero que tiene conciencia. Este extraño moralista ha estado charlando conmigo esta mañana en el jardincito de la cocina, y de sus labios oí una historia que me permite reconstruirlo todo:

El difunto Archivaldo Ogilvie era el hombre más cercano al tipo del hombre bueno que jamás haya nacido en Glengyle. Pero su virtud, amargada, se convirtió en misantropía. Las faltas de sus antecesores le abrumaban, y de ellas infería la maldad general de la raza humana. Sobre todo, tenía desconfianza de la filantropía o liberalidad. Y se prometió a sí mismo que, si encontraba a un hombre capaz de tomar solo lo que estrictamente le correspondía, ese sería el dueño de todo el oro de Glengyle. Tras este reto a la humanidad, se encerró en su castillo, sin la menor esperanza de que el reto fuera nunca contestado. Sin embargo, una noche, un muchacho sordo y al parecer idiota vino de una aldea distante a traerle un telegrama, y Glengyle, con un humorismo amargo, le dio un cuarto de penique nuevo que llevaba en el bolsillo entre las otras monedas. Mejor dicho, eso creyó haber hecho, porque cuando, un instante después, examinó las monedas, vio que aún conservaba el cuarto de penique, y echó de menos en cambio una libra esterlina. Este accidente fue para él un tema de amargas meditaciones. El muchacho había demostrado la codicia que era de esperar en la especie

humana. Porque, si desaparecía, era un ratero vulgar que se embolsaba una moneda. Y si volvía, haciéndose el virtuoso, era por la esperanza de la recompensa. Pero a la medianoche lord Glengyle tuvo que levantarse a abrir la puerta —porque vivía solo— y se encontró con el sordo idiota. Y el sordo idiota venía a devolverle, no la libra esterlina, sino la suma exacta de diecinueve chelines, once peniques y tres cuartos de penique. Es decir, que el muchacho había tomado para sí un cuarto de penique.

La exactitud extravagante de este acto impresionó vivamente al desequilibrado caballero. Se dijo que cual nuevo Diógenes afortunado, había descubierto al hombre honrado que deseaba. Hizo entonces un nuevo testamento, que yo he visto esta mañana. Trajo a su enorme y abandonado caserón al muchacho, lo educó, hizo de él su criado solitario y, a su manera, lo instituyó heredero de sus bienes. Esta criatura mutilada, aunque entienda poco, entendió muy bien las dos ideas fijas de su señor: la primera, que en este mundo lo esencial es el derecho, y segunda, que él había de ser, por derecho, el dueño de todo el oro de Glengyle. Y esto es todo, y es muy sencillo. El hombre ha sacado de la casa todo el oro que había, y ni una partícula que no fuera de oro: ni siquiera un minúsculo grano de rapé. Y así raspó todo el oro de las viejas miniaturas, convencido de que dejaba el resto intacto. Todo eso me era ya comprensible, pero no podía yo entender lo del cráneo, y me desesperaba el hecho de haberlo encontrado escondido entre las patatas. Me desesperaba… hasta que a Flambeau se le ocurrió decir la palabra dichosa.

Todo está ya muy claro, y todo irá bien. Este hombre devolverá el cráneo a la sepultura, en cuanto le haya extraído las muelas de oro.

Y, en efecto, al pasar aquella mañana por la colina donde estaba el cementerio, Flambeau vio a aquel extraño ser, a aquel justo avaro, cavando en la sepultura profanada, con la bufanda escocesa al cuello, agitada por el viento de la montaña, y el tétrico sombrero de copa en la cabeza.

LA FORMA FALSA

Una de las carreteras que salen por el norte de Londres se prolonga hacia el campo en un remedo de calle, donde la línea se conserva, aunque haya muchos huecos de terreno sin edificar. Aquí aparece un grupo de tiendas que lindan con un solar cercano a una dehesa, y más allá una taberna famosa, y luego —tal vez— un mercado de hortalizas, o el jardín de un hospicio para niños, y después una espaciosa mansión privada, y a continuación vuelve el campo, y luego otra posada, etc. El que pase por esta carretera no dejará de reparar en cierta casa que le llamará la atención sin que él mismo sepa por qué. Es una casa larga y más bien baja, que corre paralela a la calle, pintada de blanco y verde pálido, con verja y persianas, y pórtico cubierto por una de esas lindas cúpulas que parecen sombrillas de madera, y que suele uno ver en algunas casas anticuadas. Y es que, en efecto, se trata de una casa anticuada, muy inglesa y muy suburbana, en el bueno, en el viejo, en el cómodo sentido de la palabra, como corresponde al barrio de Clapham. Sin embargo, la casa parece haber sido construida para clima caliente. Aquel color blanco, aquellas persianas, hacen pensar vagamente en *pugarees*, y hasta en palmeras; despiertan la idea de una procedencia que no acierto a describir. Tal vez la casa haya sido construida por ingleses de la India.

Todo el que pase por allí —he dicho—, sentirá cierta fascinación ante aquella casa, sentirá que aquella casa tiene historia. Y, como vais a ver, no se equivocará al suponerlo. Porque esta es precisamente la historia, la extraña historia de las cosas sucedidas en esa casa, allá por Pentecostés del año mil ochocientos y pico.

Todo el que pasara por allí el jueves anterior al domingo de Pentecostés, hacia las cuatro y media de la tarde, vería que se abría la puerta de la casa, y el padre Brown, de la iglesita de San Mungo, salía fumando su enorme pipa, acompañado de un amigo suyo, un francés llamado Flambeau, que fumaba también, aunque un cigarrillo diminuto. Estos personajes podrán tener o no tener interés a los ojos del lector, pero lo cierto es que no era lo único interesante que apareció al abrirse la puerta de la verde y blanca mansión. La mansión tenía otras peculiaridades que conviene describir, no solo para que el lector entienda esta trágica historia, sino también para que entienda qué fue lo que se vio al abrirse la puerta.

La planta de la casa semejaba la forma de una T, pero una T de cruz transversal muy larga y de cola muy corta. La cruz transversal formaba la fachada, con su puerta en el centro; era de dos pisos, y uno contenía las salas y las habitaciones más importantes. La cola muy corta, que salía precisamente del lado opuesto a la puerta de entrada, solo era de un piso, y solo tenía dos largas salas consecutivas. La primera, era el estudio, donde el famoso señor Quinton escribía sus poemas y novelas orientales. Y la segunda era un invernadero de cristales, lleno de plantas del trópico, de belleza única y casi monstruosa, las cuales, en tardes como aquella, centelleaban bajo la espléndida luz del sol. De modo que, al abrirse la puerta, más de un transeúnte se detuvo a ver, porque se descubría una perspectiva de ricas habitaciones que acaban en algo así como un escenario de comedias de magia: nubes de púrpura, soles dorados, estrellas carmesíes, a la vez vivos, abrasadores, transparentes y distantes.

Leonardo Quinton, el poeta, había procurado con premeditación este efecto; y probablemente en ninguno de sus poemas haya expresado mejor que en esto su personalidad. Porque era hombre que bebía los colores y se bañaba en los colores, y a quien la sed del color llevaba al descuido de las formas y aun de las buenas formas. Esta era la causa de que se hubiera entregado tan completamente al arte y a los temas orientales, y que tuviera tanta afición a aquellos tapices enloquecedores, a aquellos deslumbrantes bordados, donde todos los colores parecen haber caído en un caos feliz, sin ningún propósito de formar tipos o dictar enseñanzas. Había intentado, acaso sin un completo éxito artístico, pero con innegables dotes de imaginación e invención, componer historias épicas y amorosas que reflejaran el tormento del color vivido y hasta cruel; cuentos en que se veían cielos tropicales de oro ardiente o cobre sangriento, o en que se hablaba de héroes orientales que pasaban con unos turbantes como mitras, sobre el lomo de elefantes pintados de púrpura o verde pavo, o de joyas gigantescas que un centenar de negros no bastaba para cargar, y que ardían con un brillo arcaico y de mil colores.

En suma —para decirlo desde el punto de vista común—, que pintaba unos cielos orientales peores que los infiernos occidentales; unos monarcas orientales que parecían verdaderos maniáticos, y unas joyas orientales que un joyero de Bond Street (si los cien jadeantes negros se las trajeran hasta su joyería), probablemente declararía joyas falsas. Quinton, por lo demás, era un genio aunque desequilibrado; y su desequilibrio se notaba más en su vida que en su obra. Era, por temperamento, débil e irritable, y su salud estaba muy resentida debido a ciertos experimentos con el opio oriental. Su esposa —una

mujer hermosa, laboriosa y evidentemente fatigada— tenía mucho que objetar al uso del opio, pero más todavía tenía que decir contra cierto ermitaño indostánico, criatura de carne y hueso, que vestía siempre de amarillo y blanco, y a quien su marido se empeñaba en mantener en la casa durante meses y más meses, a título de Virgilio que guiara su alma por entre los cielos y los avernos del Oriente.

De esta casa, pues, de esta aristocrática morada salían el padre Brown y su amigo; y a juzgar por su fisonomía, salían con una emoción de alivio. Flambeau había conocido a Quinton en los turbulentos días de la vida estudiantil de París, y hacía solo una semana que habían renovado la amistad. Pero, aparte de que la historia posterior de Flambeau fuera escabrosa, este no se entendía bien con el poeta. No le parecía que, para un caballero, la mejor manera de darse al diablo fuera ahogarse con opio y escribir versitos eróticos en vitela. Al cruzar los dos amigos el umbral, antes de dar un paseíto por el jardín, la puerta de la verja se abrió de golpe, y un joven con un sombrero hongo echado hacia la nuca trepó a saltos la escalinata, precipitadamente. Era un joven de aspecto disipado; llevaba una corbata de un rojo chillón, muy torcida, como si hubiera dormido con ella, y venía jugando y haciendo chasquear una de esas cañas flexibles y muy nudosas.

—Necesito —dijo casi sin resuello—, necesito ver a Quinton. Tengo que verlo ahora mismo. ¿No está en casa?

—El señor Quinton está en casa —dijo el padre Brown vaciando su pipa—, pero no sé si podrá usted verlo, porque en este momento está con el doctor.

El joven, que parecía no estar muy católico, penetró en el vestíbulo dando traspiés. En el mismo instante, el doctor salía del estudio de Quinton, cerraba tras de sí la puerta y comenzaba a ponerse los guantes.

—¿Ver al señor Quinton? —dijo fríamente el doctor—. No, creo que no es posible. Mejor dicho, no debe usted verlo. Nadie debe verlo. Acabo justamente de hacerle tomar un narcótico.

—Pero, oiga usted, compadre —dijo el joven de la corbata roja tratando de coger al doctor por el brazo con la mayor confianza—. Escuche usted. Es que estoy en un gran apuro, ¿está usted?…

—No, señor Atkinson, no es posible —dijo el doctor, obligándole a retroceder—. Cuando usted pueda alterar los efectos de una droga, entonces podré yo alterar mi decisión.

Y, poniéndose el sombrero, salió al jardín con los otros dos. Era un hombre de cuello de toro, baja estatura, buen natural, bigote corto, de

apariencia inexpresiva, aunque daba cierta impresión de persona competente.

El joven del sombrero hongo, que parecía no poder hablar con alguien sin colgársele de la solapa, se quedó junto a la puerta, tan desconcertado como si lo hubieran echado fuera a empujones, y contempló en silencio a los otros tres, que se alejaron por el jardín.

—Naturalmente, acabo de decir una mentira piadosa —dijo el médico riendo—. De hecho, el pobre Quinton no ha de tomar el narcótico antes de media hora. Pero no es justo que entre a molestarlo esta bestia, que solo viene a pedirle dinero, y dinero que no ha de restituir aun cuando pudiera. Aunque hermano de la señora Quinton, que es la mujer más buena del mundo, es un pícaro.

—Sí —dijo el padre Brown—. Ella es una mujer excelente.

—De modo que yo propongo a ustedes que nos quedemos por aquí en el jardín hasta que se vaya ese tipo —continuó el doctor—, y entonces volveré yo a darle la medicina a Quinton. Como he cerrado la puerta con llave, Atkinson no podrá entrar.

—En tal caso, doctor Harris —dijo Flambeau—, vamos a dar la vuelta por detrás del invernadero. No hay entrada por ese lado, pero vale la pena verlo desde fuera.

—Bien, así vigilaré desde aquí a mi enfermo —dijo el doctor, siempre risueño—. Porque le gusta mucho tenderse en la otomana que está en el extremo del invernadero, entre esas poinsetias encarnadas; allí hay una buena atalaya. Pero ¿qué hace usted?

El padre Brown se había detenido, y acababa de recoger, de entre la hierba donde estaba escondido, un extraño cuchillo oriental, corvo, exquisitamente taraceado de metales y piedras de color.

—¿Qué es esto? —preguntó el padre Brown examinándolo con desconfianza.

—Será de Quinton, supongo —dijo indiferente el doctor Harris—. Tiene toda una colección de baratijas chinas. O tal vez sea de ese exótico personaje indostánico, a quien tiene Quinton atado a una cuerda.

—¿Qué personaje? —preguntó el padre Brown, que seguía con la daga en la mano.

—Un hechicero indio —dijo el doctor con la misma sencillez—. Un listo, naturalmente.

—¿No cree usted en la magia? —preguntó el padre Brown sin mirarlo.

—¡Cómo! ¿En la magia? —exclamó el doctor.

—Es muy hermoso —dijo el sacerdote con voz suave y soñadora—. Tiene bonitos colores; pero la forma es defectuosa, inadecuada.

—¿Inadecuada para qué? —preguntó Flambeau.

—Para todo. Es la forma defectuosa, de un modo abstracto. ¿Nunca han sentido ustedes eso con el arte oriental? Los colores son de una belleza embriagadora, pero las formas son malas, mezquinas… deliberadamente mezquinas y malas. En un tapiz turco, por ejemplo, yo he descubierto malas intenciones.

—*¡Mon Dieu!* —dijo Flambeau dando rienda suelta a la risa.

—Sí, había unas letras y signos en lenguaje que yo desconozco, pero el solo aspecto de los signos es ya perverso —continuó el sacerdote con voz cada vez más baja—. Las líneas parece que se tuercen y se equivocan de propósito, como serpientes que se doblan para escaparse.

—Pero ¿qué está usted diciendo? —preguntó el doctor riendo de buena gana.

Y Flambeau le contestó por él.

—Es que, a veces, el padre se pone místico ¿sabe usted? Pero le garantizo a usted que siempre que lo he visto ponerse así es que algo malo va a suceder.

—¡Vamos, hombre! —dijo con escepticismo el hombre de ciencia.

—Vean ustedes, vean ustedes —dijo el padre Brown alargando el brazo con el cuchillo, que parecía una culebra reluciente—. ¿No les parece a ustedes que es una forma equivocada? ¿No ven ustedes que hay algo en ella como falta de decisión, de propósito? Este cuchillo ni apunta como una pica, ni arrasa como una guadaña, y ni siquiera tiene apariencia de ser un arma. Más bien parece un instrumento de tortura.

—Bueno, como no le gusta a usted, se lo devolveremos a su dueño —dijo el jovial Harris—. ¿Todavía no llegamos al fondo del dichoso invernadero? Esta casa sí que tiene la forma equívoca.

—No, no lo entiende usted —dijo el padre Brown moviendo la cabeza—. La forma de esta casa es curiosa, y hasta risible si usted quiere; pero no equívoca.

Al decir esto llegaron a la curva de cristales que estaba al final del invernadero, curva ininterrumpida, porque allí no había ni puerta ni ventana. Los cristales eran transparentes; el sol, aunque empezaba a declinar, todavía era claro. Y no solo era posible ver desde fuera las flores flameantes, sino también la delicada figura del poeta que yacía lánguidamente sobre el sofá, con su cazadora de terciopelo café y un libro al lado, como si se hubiera quedado dormido a media lectura. Era un hombre pálido, fino, de lacios

cabellos castaños y un fleco de barba que era como la paradoja de su cara, porque lo hacía parecer menos varonil todavía. Los tres se sabían de memoria los rasgos de Quinton, y no se preocuparon mucho de contemplarlo. Difícilmente lo hubieran podido hacer; sus miradas fueron atraídas por otro objeto.

Ante ellos, al extremo de la curva de cristales, apareció un hombre alto, con unas blanquísimas vestiduras que lo cubrían hasta los pies, cuya cara, afeitada, morena, color de hueso, y cuyo cuello desnudo brillaban como bronces al sol poniente. Aquel hombre contemplaba desde allí al poeta dormido, y estaba tan inmóvil como una montaña.

—¿Qué es eso? —preguntó el padre Brown, retrocediendo con un resuello de sobresalto.

—¡Oh, es el charlatán indio! —refunfuñó Harris—. Pero no sé qué diablos estará haciendo aquí.

—Parece cosa de hipnotismo —dijo Flambeau mordiéndose el negro bigote.

—¡Qué afición tienen a hablar de hipnotismo los que no saben de medicina! —dijo el doctor—. Lo que parece realmente es cosa de latrocinio.

—Bueno; ya tendremos tiempo de discutirlo después —dijo Flambeau, que estaba siempre por la acción.

Y en dos saltos llegó al sitio en que estaba el indio. E inclinando entonces su enorme cuerpo, que era todavía mayor que el del oriental, dijo con plácido descaro:

—Buenas tardes, caballero. ¿Deseaba usted algo?

Muy lentamente, como un gran barco que evoluciona en la bahía, aquella gran cara amarilla se volvió hacia él, y hablando como por encima del hombro, dijo en excelente inglés:

—Gracias. No quiero nada.

Y luego, entreabriendo las pestañas y dejando ver un vislumbre de ojos opalinos, repitió:

—No quiero nada.

Y después, abriendo completamente los ojos con una mirada tremenda, añadió:

—No quiero nada.

Y se alejó, presuroso, por el jardín, que ya comenzaba a oscurecerse.

—Un cristiano contestaría con más humildad —murmuró el padre Brown—. El cristiano desea siempre alguna cosa.

—¿Qué estaría haciendo aquí? —preguntó Flambeau levantando la voz y arqueando sus negras cejas.

—¡Qué sé yo! —dijo el padre Brown.

Aunque la luz del sol era todavía una realidad innegable, se había convertido ya en esa claridad rojiza del crepúsculo, contra la cual los bultos frondosos del jardín se destacaban cada vez más negros.

Los tres amigos, después de pasar por el fondo del invernadero, se proponían dar la vuelta a la casa para entrar por la puerta principal, cuando, al acercarse al ángulo que formaba el estudio con el cuerpo principal del edificio, tuvieron la sensación que experimenta el que asusta a un pájaro. Y otra vez vieron al faquir de la blanca túnica, que salió de la sombra y se encaminó también a la puerta de entrada. Pero, con gran sorpresa suya, se dieron cuenta de que el faquir no había estado solo en aquel sitio, porque casi tropezaron —y se esforzaron por disimular su asombro— con la señora Quinton. Esta les salió al encuentro, a la luz incierta de la tarde, con su pesada cabellera de oro y su pálido y ancho rostro. Aunque los abordó con la mayor cortesía, se notaba en ella una extraña rigidez.

—Buenas tardes, doctor Harris —dijo sin más.

—Buenas tardes, señora Quinton —dijo el pequeño doctor, siempre muy efusivo—. Ahora mismo voy a darle el narcótico a su marido.

—Sí —dijo ella con voz despejada—. Creo que ya es hora. —Y, saludando a todos con su sonrisa, desapareció en el interior de la casa.

—Esta mujer —observó el padre Brown— está agotada. Es de esas mujeres que cumplen con su deber durante veinte años seguidos, y luego hacen una atrocidad.

El doctorcito lo contempló por vez primera con interés.

—¿Ha estudiado usted medicina? —preguntó.

—No —contestó el sacerdote—; pero así como ustedes tienen que saber algo del alma para estudiar el cuerpo, nosotros necesitamos saber algo de este para entender aquella.

—Bien, bien —dijo el doctor—. Voy a darle a Quinton su mejunje.

Habían dado ya la vuelta al ángulo de la fachada y se acercaban a la puerta. Al penetrar en la casa se encontraron por tercera vez con el fantasma blanco. Caminaba este derechamente hacia la puerta, en tal forma, que se diría que acababa de entrar por la puerta que daba del estudio al vestíbulo; pero ellos sabían bien que esta puerta estaba cerrada, la había cerrado el doctor.

El padre Brown y Flambeau, aunque advirtieron esta singularidad, se guardaron para sí sus observaciones; y en cuanto al doctor Harris, no era

hombre para perder tiempo con enigmas. Dejó salir al omnipotente asiático y atravesó a toda prisa el vestíbulo. Pero todavía se encontró con otra persona a quien tenía completamente olvidada: allí estaba todavía el inane Atkinson, canturreando y golpeando aquí y allá con el bastoncito. En la cara del doctor pudo verse un gesto de disgusto y resolución. El doctor cuchicheó rápidamente al oído de su compañero:

—Tendré que cerrar otra vez la puerta para que no entre esta rata. Pero no tardaré dos minutos en salir.

Y con gran presteza abrió la puerta y volvió a cerrarla con llave tras de sí, a tiempo justamente para contener la carga del joven del «billycock». Este se dejó caer entonces, desesperado, en una silla del vestíbulo. Flambeau se volvió a contemplar una miniatura persa que había en la pared. Y el padre Brown, que parecía algo desconcertado, se quedó mirando la puerta del estudio. Cuatro minutos después la puerta volvió a abrirse. Esta vez Atkinson fue más rápido. Dio un salto, se quedó un instante en el quicio de la puerta entreabierta y dijo en voz alta:

—Oye, Quinton, necesito…

Con un tono de voz entre bostezo y aullido de risa se oyó decir a Quinton desde el otro extremo del estudio:

—Sí, ya sé lo que necesitas. Tómalo y déjame en paz. Estoy escribiendo una canción sobre los pavos reales.

Y, antes de que se cerrara la puerta, una moneda de media libra cayó entre los pies de Atkinson. Este se bamboleó y cogió la moneda con singular destreza.

—Bueno, ya está eso arreglado —dijo el doctor, apareciendo en la puerta, a la que echó la llave nuevamente. Después se encaminaron todos hacia el jardín.

—Es necesario que descanse un poco el pobre Leonardo —dijo, dirigiéndose al padre Brown—. Ya lo dejo ahí encerrado solo un par de horas.

—Sí —dijo el sacerdote—. A juzgar por el tono de su voz, estaba muy contento. ¿Verdad?

Después examinó con la mirada el jardín y distinguió la vaga figura de Atkinson, que hacía sonar la moneda y se la guardaba en el bolsillo; y más allá, en la penumbra, la figura del indio, sentado sobre la hierba, inmóvil, de cara a poniente. De pronto dijo:

—¿Dónde está la señora Quinton?

—Habrá subido a sus habitaciones —dijo el doctor—. Vea usted su sombra en los visillos.

El padre Brown levantó la vista y contempló atentamente la silueta negra que se movía sobre la ventana, proyectada por la luz del gas.

—Sí, allí se ve su sombra. —Y anduvo unos pasos y se sentó en un banco.

Flambeau fue a sentarse a su lado; pero el doctor era uno de esos seres enérgicos que se pasan la vida sobre sus piernas. Se alejó por el penumbroso jardín, fumando, y los dos amigos se quedaron solos.

—Padre —dijo Flambeau en francés—, ¿qué le pasa a usted?

El padre Brown permaneció un momento mudo e inmóvil, y después dijo:

—La superstición es irreligiosa; pero no sé qué hay en el ambiente de esta casa… Puede que sea ese indio; al menos, en parte.

Y se puso a contemplar, en silencio, la distante silueta del indio, que continuaba todavía rígido, como entregado a sus oraciones. A primera vista, parecía inmóvil. Pero, observándolo atentamente, el padre Brown vio que se balanceaba un poco con movimiento rítmico, como se balanceaban las masas oscuras de los árboles con el vientecillo que había comenzado a barrer el jardín, revolviendo nuevamente las hojas caídas.

El paisaje se ennegrecía, como amenazando tormenta; pero todavía eran perceptibles las figuras. Atkinson estaba apoyado en un árbol, con aire indiferente; la mujer de Quinton seguía junto a una ventana; el doctor andaba paseando por detrás del invernadero —podía verse su cigarro como un fuego fatuo—, y el faquir continuaba rígido y balanceándose, mientras que los árboles se balanceaban también y casi empezaban a gritar. La tormenta se aproximaba.

—Cuando ese indio nos habló —dijo Brown cuchicheando—, tuve una especie de visión, una visión de él y de su mundo. Él no hizo más que repetir tres veces la misma frase. Pues bien, a la primera vez que dijo: «No quiero nada», me pareció que quería decir que él era impenetrable, que Asia no se entrega. Cuando volvió a decir: «No quiero nada», me pareció que quería significar que él se bastaba a sí mismo, como un cosmos, que no necesitaba de Dios ni admitía la existencia del pecado. Y cuando por tercera vez dijo: «No quiero nada», abriendo aquellos ojos ardientes, comprendí que daba a entender literalmente lo mismo que decía: no tenía ningún deseo, ningún hogar, que estaba cansado de todas las cosas, que el aniquilamiento, la destrucción de todo lo…

Cayeron las primeras gotas, y Flambeau se levantó de un salto como si le hubieran quemado. En el mismo instante el doctor apareció corriendo hacia ellos y gritando algo que no entendieron.

Cuando llegó como disparado a donde ellos estaban, Atkinson pasaba también por allí, y el doctor le cogió convulsivamente por el cuello y se puso a gritar:

—¿Qué traición es esta? ¿Qué le ha hecho usted, canalla?

El sacerdote se levantó, y con la férrea voz del soldado, gritó:

—¡Alto! Somos aquí bastantes para sujetar a cualquiera. ¿Qué es lo que pasa, doctor?

Y el doctor, lívido:

—Que algo le pasa a Quinton. Acabo de verlo a través de los cristales, y no me gusta la postura que tiene. En todo caso, no está como yo le dejé.

—Vamos a verlo —dijo con precisión el padre Brown—. Puede usted dejar en paz a Atkinson. Desde que oímos por última vez la voz de Quinton no he perdido de vista a este joven.

—Yo me quedaré aquí guardándolo —dijo Flambeau—. Vayan ustedes a ver qué pasa.

El doctor y el sacerdote llegaron corriendo a la puerta del estudio, dieron la vuelta a la llave, y entraron de golpe en la habitación. Casi tropezaron contra la gran mesa de caoba en que el poeta acostumbraba a trabajar, porque el estudio solo estaba alumbrado por un fuego suave que el estado del paciente obligaba a tener siempre encendido. En medio de la mesa había una hoja de papel que parecía puesta allí adrede. El doctor la agarró nerviosamente, la miró, se la pasó al padre Brown, y gritando: «¡Dios Todopoderoso! ¡Vea usted esto!», corrió hacia el cuarto de los cristales, donde las terribles flores del trópico parecían conservar aún, en su color carmesí, un recuerdo del crepúsculo.

El padre Brown tuvo que leer tres veces el papel. Decía así: «Muero por mi propia mano; sin embargo, muero asesinado». Y aquello estaba escrito con la letra inimitable, por no decir ilegible, de Leonardo Quinton.

El padre Brown, sin soltar el papel, se dirigió entonces al invernadero; su amigo le salió al paso con una cara de certeza y desesperación.

—¡Muerto! —exclamó Harris.

Y juntos, por entre la pompa artificial del cacto y las azaleas, se acercaron donde el poeta y novelista Leonardo Quinton yacía, con la cabeza colgando fuera de la otomana y los rizos rojos barriendo el suelo. Al lado izquierdo tenía la extraña daga que aquella misma tarde se habían encontrado en el jardín, y su mano, flácida, descansaba todavía sobre el puño.

Afuera, la tempestad había llegado, como la noche en Carlyle, de un solo paso. El jardín y el techo de cristal se habían nublado bajo el manto de lluvia.

El padre Brown parecía hacer más caso al papel que al cadáver; se lo acercaba a los ojos y parecía empeñado en leerlo en medio de aquella oscuridad. Después lo aproximó al reflejo del fuego, y en ese mismo instante hubo un relámpago tan blanco, que el mismo papel pareció negro.

Después sobrevino la oscuridad llena de truenos; y cuando el ruido se apagó, se oyó la voz del padre Brown que decía:

—Doctor, este papel tiene también la «forma equívoca».

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó muy intrigado el doctor Harris.

—Que no es cuadrado —contestó Brown—. Que le han cortado una esquina. ¿Qué puede significar esto?

—Y ¿qué sé yo? —gruñó el doctor—. ¿Cree usted que debemos quitar de aquí a este desdichado? Está muerto del todo.

—No —contestó el sacerdote—. Debemos dejarlo tal como está y llamar a la policía.

Y seguía examinando el papel tenazmente.

Al pasar otra vez por el estudio, se detuvo junto a la mesa, y cogió unas tijeritas de uñas que estaban allí.

—¡Ah! —dijo con un gesto de alivio—. Con esto han cortado el papel. Pero, sin embargo…

Y frunció el ceño.

—Vamos, déjese usted de papeles —dijo el doctor—. Esa era una de sus manías. Tenía cientos de hojas así. Todas sus cuartillas las cortaba lo mismo.

Y señaló un montón de papel en blanco que había en una mesita de al lado. El padre Brown se aproximó a esta y cogió una hoja de papel. Tenía el mismo corte en el ángulo.

—En efecto —dijo—. Y aquí están los picos cortados.

Y, con gran escándalo del otro, comenzó a contarlos uno por uno.

—Perfectamente —dijo con una sonrisa de disculpa—. Veintitrés hojas cortadas y solo veintidós picos cortados… Pero veo que está usted impaciente por decírselo a los otros.

—¿Quién se lo dice a su esposa? —preguntó el doctor Harris—. ¿Quiere usted ir a decírselo, mientras que yo hago avisar a la policía?

—Como usted quiera —dijo el padre Brown con indiferencia. Y se alejó por el vestíbulo.

Allí también tuvo que presenciar un drama, aunque este del género grotesco. Sucedió, pues, que su gigantesco amigo Flambeau, en una actitud que no había adoptado durante mucho tiempo, aparecía al pie de la escalinata del pórtico lanzando por lo alto al amable Atkinson, quien, con los pies al

aire, había dejado caer el bastón y el hongo. Y es que Atkinson había acabado por cansarse de la vigilancia casi paternal de Flambeau, y había intentado aporrearlo, cosa algo difícil tratándose nada menos que del Rey de los Apaches, aun después de su abdicación.

Flambeau se disponía a saltar otra vez sobre su enemigo y asirlo de nuevo, cuando el sacerdote le dio un golpecito en el hombro.

—Deje usted en paz al señor Atkinson, amigo mío. Pídanse ustedes perdón mutuamente, y dense las buenas noches. No debemos detenerle por más tiempo.

Y mientras Atkinson se levantaba como podía, recogía su sombrero y su bastón y se dirigía a la reja, el padre Brown dijo con voz grave:

—¿Dónde está ese indio?

Y los tres —porque el doctor acababa de unirse a ellos— volvieron la cabeza involuntariamente hacia el sitio en que lo habían dejado, sobre la hierba, entre los árboles cabeceantes y enrojecidos a la luz del crepúsculo, cabeceando también al compás de sus extrañas plegarias. Pero el indio ya no estaba allí.

—¡Demonio de hombre! —dijo el doctor, pateando con furia—. Ahora comprendo que fue él.

—Tenía yo entendido que no creía en la magia —observó el padre Brown.

—Y no creo, en efecto —contestó el doctor, revolviendo ferozmente los ojos—. Sino que ese diablo amarillo me repugna desde que sé que es un brujo fingido; y ahora, como descubra que es un verdadero brujo, mi odio será mayor.

—Bueno, en todo caso da lo mismo que se haya escapado —dijo Flambeau—. Porque nada era posible probar ni hacer contra él. ¿Cómo va uno a presentarse al puesto de policía para denunciar un suicidio provocado por arte de hechicería o sugestión?

El padre Brown, entretanto, había vuelto al interior de la casa, resuelto a comunicar la noticia a la viuda.

Cuando volvió a salir, estaba pálido y trémulo, aunque nunca se ha sabido lo que hubo entre ambos durante aquella corta entrevista.

A Flambeau, que estaba enfrascado en la charla con el doctor, le sorprendió un poco que su amigo regresara tan pronto; pero Brown, sin hacerle caso, llevó aparte al doctor y le dijo:

—¿Han llamado ustedes a la policía?

—Sí —contestó Harris—. No tardarán diez minutos.

—¿Quiere usted hacerme un favor? —dijo el sacerdote con mucha calma —. Sepa usted que yo colecciono la historia de sucesos que, como esta hazaña del indio, contienen elementos que difícilmente pueden constar en un informe de la policía. Le ruego a usted que redacte un informe sobre este caso para mi uso privado. El oficio de usted es delicadísimo —añadió mirando al doctor a los ojos, gravemente—. Se me figura que usted conoce algunos detalles del asunto que no ha creído usted oportuno revelar. Mi oficio es también, como el de usted, un oficio confidencial, y de lo que usted me comunique guardaré impenetrable reserva. Pero no omita usted nada.

El doctor, que le había estado escuchando con aire reflexivo y la cabeza un poco inclinada, contempló un instante al sacerdote, y dijo después:

—Perfectamente.

Y fue a encerrarse en el estudio.

—Flambeau —dijo el padre Brown—, allí, bajo el alero, hay un banco donde podemos fumar un poco, resguardados de la lluvia. Usted es mi único amigo en el mundo. Necesito hablar con usted o, tal vez, callar junto a usted.

Fueron a sentarse en el sitio indicado. El padre Brown, contra su costumbre, aceptó un buen cigarro que le ofreció el otro, y se puso a fumar en silencio y muy a conciencia. Entretanto, la lluvia sonaba y redoblaba sobre el alero.

—Amigo mío —dijo al fin Brown—. Este caso es muy extraño. De lo más extraño.

—¡Ya lo creo! —contestó Flambeau con un leve estremecimiento.

—Sí —continuó Brown—. Usted dice que es extraño y yo digo que es extraño, pero ambos queremos decir cosas opuestas. La mente moderna confunde siempre dos ideas diferentes: misterio, en el sentido de lo maravilloso, y misterio, en el sentido de lo complicado. En materia de milagros, esta confusión es la mitad del problema. Un milagro es admirable, pero simple. Simple por lo mismo que es un milagro. Es la revelación de un poder que dimana directamente de Dios (o del diablo) en vez de proceder indirectamente a través de la naturaleza o la voluntad humana. Aquí, usted dice que este caso es maravilloso porque es milagroso, porque es una brujería obrada por ese indio malvado. Entiéndame usted bien: yo no niego que sea un hecho espiritual o diabólico. Solo el cielo y el infierno conocen las extrañas influencias que determinan los pecados humanos. Pero lo que yo digo es esto: si, como usted lo supone, es un caso de magia, claro es que será maravilloso, pero no será misterioso; es decir, no será complicado. La calidad del milagro

es misteriosa, pero su procedimiento es simple. Y he aquí que, a mi modo de ver, el procedimiento de este asunto ha sido todo lo contrario de lo simple.

La tormenta, que por un instante pareció apaciguarse, redobló otra vez su vigor, y había en el aire unos movimientos como truenos leves y lejanos. El padre Brown sacudió la ceniza del cigarro y prosiguió:

—En este asunto hay algo retorcido, extraño, complicado, que en nada se parece a los rayos que bajan directamente del cielo o del infierno. Yo percibo aquí la huella tortuosa de la voluntad humana, como se percibe la tortuosa huella del caracol.

En un parpadeo, el relámpago abrió sus enormes ojos blancos. Se cerró otra vez el cielo. Y el sacerdote siguió diciendo:

—Y en este laberinto, lo más laberíntico de todo es la forma de esa cuartilla de papel. Más laberíntica, más alambicada que el cuchillo con que se mató ese hombre.

—¿Se refiere usted al papel en que Quinton confiesa su suicidio? —preguntó Flambeau.

—Me refiero al papel en el que Quinton escribió: «Muero por mi propia mano» —contestó Brown—. La forma de ese trozo de papel, amigo mío, era la forma equívoca, perversa. Era la «forma perversa», si es que alguna vez me ha sido dado contemplarla en este pícaro mundo.

—Pero ¡si solo tenía cortado un ángulo! —dijo Flambeau—. Y tengo entendido que todo el papel de Quinton está cortado de ese modo.

—Pues a fe mía que era un mal modo —dijo Brown—, muy malo para mi gusto. Mire usted, Flambeau, ese Quinton (que Dios guarde) era tal vez un poco pillo, pero un verdadero artista, tanto con el lápiz como con la pluma. Su letra era, aunque confusa, audaz y hermosa. Me es imposible demostrar lo que digo, no puedo probar nada. Pero le aseguro a usted, con toda la fuerza de mi convicción, que no fue él quien cortó tan mezquinamente esa puntita de papel. Si él lo hubiera hecho, para cualquier objeto, habría dado un tijeretazo muy distinto. ¿Tiene usted presente la forma del papel? El corte era mezquino, la forma era perversa. Como este, acuérdese usted.

Y, en la oscuridad, se puso a trazar en el aire, con el ascua del cigarro, unos cuadrados irregulares, tan rápidamente, que Flambeau creyó ver, en efecto, unos jeroglíficos fantásticos; jeroglíficos como aquellos de que su amigo había estado hablando, y que, aunque indescifrables, parecían sugerir ideas perversas.

—Pero —dijo Flambeau, cuando el sacerdote se llevó de nuevo el cigarro a la boca y, recostándose en el respaldo del banco, se puso a mirar el techo—,

aun suponiendo que fue otro el del tijeretazo, ¿vamos a concluir que por eso obligó a Quinton a suicidarse?

El padre Brown, siempre recostado y mirando el techo, se quitó el cigarro de la boca para decir:

—Quinton no se ha suicidado.

Flambeau lo miró sorprendido.

—Y entonces, ¿qué diablos significa esa confesión de suicidio?

El sacerdote se inclinó, apoyó los codos en las rodillas, contempló el suelo y con voz baja y clara murmuró al fin:

—Aquí no hay ninguna confesión de suicidio.

Flambeau dejó caer el cigarro.

—¿Quiere usted decir que ha habido una falsificación?

—No —continuó el padre Brown—. Fue el mismo Quinton quien escribió eso.

—Pues ya lo ve usted —dijo el exasperado Flambeau—. Quinton escribió: «Muero por mi propia mano», y lo escribió con su propia mano en una hoja de papel.

—En una hoja de papel de equívoca forma —concluyó el sacerdote tranquilamente.

—¡Al diablo con la forma! —exclamó Flambeau—. ¿Qué tiene que ver la forma del papel?

—Había veintitrés cuartillas mutiladas —resumió Brown, inconmovible— y solo veintidós esquinas de papel cortadas. Así, pues, uno de los recortes fue destruido: tal vez el de la hoja en cuestión. ¿Eso no le hace pensar a usted en nada?

La cara de Flambeau se iluminó:

—Sí —dijo—, que bien pudo haber escrito en ese recorte algo como esto: «*Pretenderán que* muero por mi propia mano»; o bien: «*No creáis que…*».

—¡Caliente, caliente!, como dicen los niños —contestó su amigo—. Pero tenga usted en cuenta que el recorte no es de media pulgada; no había sitio ni para una palabra. ¿Es posible que el hombre infernal que lo mató haya recortado algo no mayor que una coma, por considerarlo como un testimonio contra su crimen?

—No, no es posible —dijo Flambeau después de pensarlo un instante.

—¿Ni siquiera unas comillas, o un guion de diálogo? —dijo el sacerdote, y arrojó el cigarro, que se hundió en las sombras como una estrella errante.

Las palabras huyeron de la boca de Flambeau. Y el padre Brown dijo, yendo al fondo de la cuestión:

—Leonardo Quinton era novelista, y estaba escribiendo ahora una novela sobre brujería e hipnotismo. Él…

En este instante la puerta se abrió con violencia, y salió el doctor con el sombrero puesto.

—He aquí el documento que usted desea —dijo, entregando al padre Brown un sobre alargado—. Y ahora, señores, tengo que irme a casa. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo el padre Brown, mientras el doctor se dirigía presurosamente a la verja.

Había dejado abierta la puerta, de modo que la luz del gas llegaba hasta ellos. Brown abrió el sobre, y leyó lo siguiente:

Querido padre Brown:

Vicisti Galilaee. *O en otros términos, tiene usted unos condenados ojos que todo lo ven y lo penetran. ¿Será, pues, posible que haya en nosotros algo más que materia?*

Soy un hombre que ha creído, desde la infancia, en la naturaleza y en los instintos y funciones naturales, importándole poco que los hombres los declaren conformes o no con la moral. Mucho antes de llegar a doctor, cuando no era yo más que un chico de escuela y me entretenía en cazar ratones y arañas, ya pensaba que lo mejor es ser un buen animal. Pero heme aquí todo confuso; he creído en la naturaleza, y ahora me parece que la naturaleza puede traicionar a los hombres. De modo que ¿puede haber otra cosa más allá de esta miseria? Siento que me vuelvo loco.

Yo amaba a la mujer de Quinton. ¿Qué había en ello de malo? La naturaleza me lo ordenaba, y el amor es lo que mueve al mundo. También me parecía que ella podía ser más feliz con un animal equilibrado, como yo, que con ese lunático atormentador. ¿Qué había de malo en esto? Yo no tenía que vérmelas sino con hechos, a título de hombre de ciencia. Ella hubiera sido más feliz conmigo.

De acuerdo con mi credo, yo era libre de matar a Quinton, puesto que eso era lo mejor para todos, incluso para él. Pero como animal sano, lo que menos se me ocurría era matarme de paso a mí mismo. Así pues, decidí no obrar mientras no se

presentara una ocasión favorable, en la que quedara yo libre de toda sospecha. Esta mañana creí ver la ocasión.

Para decirlo todo, hoy he estado tres veces en el estudio de Quinton. La primera vez, no me habló más que de su cuento de brujería, llamado La maldición de un santo, *cuento que estaba a la sazón escribiendo, y que trataba de cómo un ermitaño indio obligó a suicidarse a un coronel inglés por sugestión. Me mostró las últimas cuartillas, y me leyó el párrafo final, que decía más o menos: «El conquistador de Punjab —verdadero esqueleto amarillo, pero verdadero gigante— logró incorporarse sobre un codo y cuchichear al oído de su sobrino:* Muero por mi propia mano; sin embargo, muero asesinado». *Por una casualidad, estas últimas palabras estaban escritas al principio de una hoja. Salí del estudio, y anduve paseando por el jardín, embriagado por la perspectiva de una oportunidad tan admirable.*

Comenzamos a dar, juntos, la vuelta a la casa, y he aquí que se presentan otras dos circunstancias favorables para mi proyecto. Usted tuvo sospechas del indio, y se encontró además una daga que bien podía ser del indio en cuestión. Aprovechando la oportunidad, me guardé la daga en el bolsillo, volví al estudio de Quinton, me encerré con él y le administré el narcótico. Él no quería contestar siquiera a la petición de Atkinson, pero yo volví a su lado y le insté para que hablara y diera gusto al cuñado, porque yo necesitaba una prueba de que Quinton todavía estaba vivo cuando yo abandoné la estancia por segunda vez. Quinton se quedó, pues, en el invernadero, y yo atravesé el estudio. Soy hombre de manos ágiles, y en un instante hice mi prestidigitación: eché al fuego toda la primera parte de la novela de Quinton, que pronto se convirtió en cenizas. Después vi que el guion de la frase del diálogo era inconveniente, y lo corté, y para hacer la cosa más verosímil, corté del mismo modo todas las cuartillas en blanco que había a la vista. Y después salí del estudio, dejando sobre la mesa la confesión del suicidio de Quinton, y a este vivo, y dormido, en el invernadero del fondo.

El último acto fue verdaderamente desesperado: ya lo comprenderá usted. Yo fingí que acababa de ver a Quinton

muerto, y eché a correr para entrar en la habitación. A usted lo entretuve con ese papel y, con mi agilidad manual, di muerte a Quinton mientras que usted se entregaba a examinar la confesión de suicidio. Él seguía adormecido, y yo puse el cuchillo en su propia mano, y doblé su mano sobre su pecho. El cuchillo tiene una forma tan equívoca, que solo un operador podía calcular el sitio conveniente para alcanzar el corazón. Me temí que usted lo sospechara.

Hecho esto, sucedió la cosa extraordinaria, la naturaleza me abandonó, lo sentí. Sentí que había hecho un mal. Y ahora parece que se me abre el cerebro, y siento un extraño placer ante la idea de contarle todo a alguien, y me digo, confusamente, que si me caso y tengo hijos, ya no estaré a solas con ese horror.

¿Qué me sucede?… ¿Estoy loco? ¿O será posible que tenga remordimientos, como si viviera en los poemas de Byron? No puedo escribir más.

James Erskine Harris

El padre Brown dobló cuidadosamente la carta, y se la guardó en el bolsillo del pecho, en el preciso instante en que se oyó un gran repiqueteo en la verja y se vieron relucir en la calle los impermeables mojados de los guardias.

LOS PECADOS DEL PRÍNCIPE SARADINE

Cuando Flambeau cerró su oficina de Westminster para disfrutar de un mes de vacaciones, decidió pasárselo a bordo de un bote de vela tan pequeño, que casi siempre lo manejaban a remo. Además, Flambeau navegaba por los ríos de las provincias orientales, ríos tan pequeños que el bote parecía una embarcación mágica que flotaba sobre la misma tierra, sobre las vegas y las mieses. El barco tenía sitio para dos pasajeros, y capacidad estrictamente para las cosas más necesarias. Flambeau, pues, lo había llenado con todas las cosas que, según su filosofía, eran indispensables. Reducíanse estas, al parecer, a cuatro capítulos esenciales: latas de salmón, para alimentarse; revólveres cargados, por si había guerra; una botella de *brandy*, sin duda por si se desmayaba; y un sacerdote, tal vez por si se encontraba en peligro de muerte. Y con este ligero equipaje empezó a recorrer los serpenteantes y pequeños ríos de Norfolk, tratando seguramente de llegar a las anchuras de los Broads, pero divirtiéndose de paso con los jardines y vegas, las mansiones y aldeas, que se reflejaban en el agua; deteniéndose a pescar en los estanques y recodos, y acariciando la playa en cierto modo.

Flambeau, como verdadero filósofo, no tenía ningún propósito para sus vacaciones; pero tenía, como verdadero filósofo, un pretexto. O más bien, tenía un propósito a medias, y lo tomaba lo bastante en serio para que su éxito —si lo lograba— fuera la corona de sus vacaciones, y lo bastante en broma para que su fracaso —si tal acaecía— no las echara a perder. Hacía algunos años, cuando era el Rey de los Ladrones y la figura más notable de París, solía recibir extraños mensajes de aprobación, denuncias y hasta declaraciones de amor; pero uno de estos mensajes, entre todos, sobrevivía en su memoria. No era más que una tarjeta de visita, metida en un sobre que llevaba el sello de correos de Inglaterra. En el dorso de la tarjeta, escrito en francés y con tinta verde, se leía: «Si alguna vez se retira usted y se vuelve persona honrada, venga usted a verme. Tengo deseo de conocerle, porque he conocido a todos los grandes hombres de mi época. Esa jugada suya de coger a un detective para arrestar con él al otro es la escena más espléndida de la historia francesa». Y en el anverso de la tarjeta, con elegantes caracteres grabados, aparecía este nombre: «Príncipe Saradine, Casa Roja, Isla Roja, Norfolk».

Flambeau no había vuelto a acordarse del príncipe, y solo sabía que, en su día, aquel hombre llegó a ser la comidilla mundana más brillante de toda la

Italia meridional. Según aseguraban, en su juventud se había fugado con una mujer casada de su mismo origen principesco, y aunque, en tal ambiente, semejante aventura no tenía nada de inusitado, produjo una gran impresión por la tragedia a que dio lugar: el suicidio del marido injuriado, que, según parece, se arrojó por un precipicio de Sicilia. El príncipe se fue entonces a vivir a Viena por algún tiempo, pero se aseguraba que después se pasó la vida en continuos y agitados viajes. Y cuando Flambeau, al igual que el príncipe, huyó de la celebridad europea y se estableció en Inglaterra, se le ocurrió hacer una visita por sorpresa al ilustre desterrado de los Broads de Norfolk. Cierto que no estaba seguro de dar con el sitio, harto insignificante y pequeño. Pero a la postre lo descubrió, y mucho antes de lo que se figuraba.

Una tarde amarraron el barco en una ribera llena de matojos y árboles podados. Tras las fatigas del mucho bogar, el sueño se apoderó de ellos muy temprano y, por lo mismo, despertaron al otro día antes del amanecer. Sobre ellos, sobre el bosque de arbustos, paseaba una ancha luna de limón, y el cielo tenía un vivo tinte violeta, nocturno, pero luminoso. Ambos se acordaron de su infancia, de aquella edad fantástica y misteriosa, en que los montones de hierba se nos figuran bosques profundos. Al destacarse sobre el disco de la luna, las margaritas silvestres parecían margaritas gigantes, y los amargones, amargones gigantes. Y ambos, contemplando esto, recordaban las cenefas del papel que tapizaba los muros del aposento infantil. La profundidad del lecho del río los hundía lo bastante entre las raíces de los arbustos y plantas para que la hierba les resultara muy alta.

—Por Júpiter —exclamó Flambeau—. Esto parece un cuento de hadas.

El padre Brown se sentó en el bote con un movimiento brusco, y se santiguó. Tan brusco fue el movimiento, que su amigo le preguntó qué le sucedía.

—Los que escribieron las baladas medievales —contestó el sacerdote— entendían de cuentos de hadas más que usted. Según ellos, en el país de las hadas no siempre suceden cosas agradables.

—¡Ganas de hablar! —dijo Flambeau—. Bajo esta luna inocente solo cosas encantadoras pueden suceder. Estoy por seguir adelante ahora mismo, para ver qué pasa. Ni en vida ni muertos hemos de volver a disfrutar de otra ocasión y otra luna semejantes.

—Muy bien —dijo el padre Brown—. Yo no he dicho que sea necesariamente malo penetrar en el país de las hadas; lo único que afirmo es que siempre hay peligro en ello.

Empujaron la barca lentamente sobre el río lleno de fulgores. El violeta luminoso del cielo y el oro pálido de la luna fueron desvaneciéndose, hasta decaer en ese cosmos vasto, difuso, que precede a los colores del alba. Había ya bastante luz, y todos los objetos eran visibles, cuando divisaron los techos en declive y los puentes de aquella aldehuela ribereña. Las casas, con sus tejados largos, bajos, pendientes, parecían bajar a abrevarse al río, como un inmenso ganado pardo y rojo. La aurora, cada vez más blanca y radiante, había empezado ya a difundir la luz del día, antes de que los dos amigos vieran un alma viviente por los embarcaderos y puentes de la aldea. De pronto, descubrieron a un hombre de aspecto muy plácido y próspero, en mangas de camisa, cara tan redonda como la luna que acababa de desaparecer, y cruzada por las rayas rojas de las patillas, que estaba apoyado en un poste, contemplando la perezosa marea. Por inexplicable impulso, Flambeau se puso de pie haciendo mecerse el bote, y le gritó al hombre que si sabía dónde estaba la Isla Roja o la Casa Roja. La sonrisa de satisfacción del hombre se hizo un poco más expresiva, y por respuesta señaló simplemente el próximo recodo del río. Flambeau, sin hablar, siguió remando.

El bote tuvo que pasar aún por muchos rincones llenos de verdor y cruzar muchos silenciosos tramos del río; pero antes de que la pesquisa se tornara monótona, doblaron un recodo en ángulo agudo y entraron en un remanso o lago, cuyo aspecto les atrajo instintivamente. En mitad de las espaciosas aguas, rodeado de juncos, aparecía un islote bajo, alargado, sobre el cual se veía una casa también baja y alargada, construida al modo de las chozas indias, de bambú o alguna otra caña correosa de los trópicos. El bambú de los muros era de color amarillo pálido, y el de los techos inclinados era de un rojo café oscuro. La casa daba una impresión de uniformidad, de monotonía. La brisa matinal hacía cantar los cañaverales en torno a la isla, zumbando por las costillas de la casa como en una gigantesca flauta de Pan.

—¡Por san Jorge! —exclamó Flambeau—. Este es el sitio que buscamos. Esta, y no otra, es la Isla Roja, y esa tiene que ser la Casa Roja. Ese hombre gordo y patilludo debe ser el hada bienhechora de los cuentos.

—Bien puede ser —observó el padre Brown imparcialmente—. Ojalá que no resulte un hada maléfica.

Pero ya el impetuoso Flambeau metía el bote por entre las cañas susurrantes, y pronto estuvieron los dos sobre aquella isla tan curiosa y tan larga, junto a aquella casa tan singular y tan sola.

La parte de atrás de la casa daba al río, sobre el único desembarcadero posible; la entrada principal daba al otro lado, sobre el jardín de la isleta. Los

visitantes se adelantaron por una vereda que casi recorría tres lados de la casa, al amparo de los bajos aleros. Y a través de distintas ventanas que daban a tres muros distintos, vieron desde fuera la misma sala larga, clara, revestida de madera ligera, con muchos espejos, y dispuesta como para un almuerzo elegante. La puerta principal, cuando al fin llegaron a ella, la encontraron adornada con dos tiestos de flores de color azul turquesa. Acudió a abrir un mayordomo del tipo más seco —largo, flaco, entrecano, indiferente—, quien dijo que el príncipe Saradine no estaba en casa, pero era esperado de un momento a otro, por lo cual la casa estaba preparada para recibirlo a él y a sus huéspedes. Al ver la tarjeta escrita con tinta verde, surgió un aleteo de vida en la apergaminada cara del exangüe servidor, y con cierta cortesía indecisa manifestó que los forasteros podían esperar en la casa.

—Su Alteza estará aquí de un momento a otro —dijo—, y sentiría mucho no haber podido ver a un caballero a quien ha invitado. Tenemos orden de preparar siempre algunos fiambres para él y para sus amigos, y estoy seguro de interpretar sus deseos convidando a los señores.

Incitado por la curiosidad de esta pequeña aventura, Flambeau aceptó muy agradecido, y siguió al anciano, que los introdujo con toda ceremonia en el salón artesonado. Allí lo único notable que había era la extraordinaria variedad de ventanas bajas con multitud de espejos bajos y oblongos, todo lo cual daba al lugar un aspecto singular de inconsistencia y ligereza. Almorzar allí era como almorzar al aire libre. Por los rincones había algún que otro cuadro, figurando todos escenas tranquilas. Uno de ellos era el retrato de un joven uniformado, y otro era un pastel rojo que representaba dos niños de cabellos largos. Flambeau preguntó si el joven militar era el príncipe, y el criado dijo al instante que no, que aquel era el hermano menor de Su Alteza, el capitán Esteban Saradine. Y, tras haberse dignado a decir esto, el anciano pareció perder todo gusto por la conversación y quedarse mudo y seco.

Después del almuerzo, que acabó con exquisito café y licores, los huéspedes fueron conducidos al jardín y la biblioteca, y fueron presentados al ama de llaves —una hermosa señora vestida de negro, no poco majestuosa, que tenía el aspecto de una madona plutónica—. Resultó que ella y el mayordomo eran lo único que quedaba del antiguo *ménage* extranjero del príncipe, y que el resto de la servidumbre era gente nueva, contratada por el ama en Norfolk. El ama respondía al nombre de señora Anthony, pero hablaba con ligero acento italiano, y Flambeau no dudó un instante de que «Anthony» era una versión, para uso de Norfolk, de algún otro nombre más latino. El señor Paul, el mayordomo, también tenía un leve acento extranjero,

pero hablaba y se comportaba muy a la inglesa, como la mayoría de los criados bien educados de la nobleza cosmopolita.

A pesar de ser bonito y original, aquel lugar tenía cierta extraña tristeza luminosa. Las horas allí parecían días. Las salas, largas y llenas de ventanas, eran muy claras, pero su luz parecía luz muerta. Y por entre todos los ruidos accidentales —el murmullo de la charla, el tintineo del vidrio, el paso de los criados— podía oírse incesantemente el melancólico susurro del río.

—Hemos dado un mal paso, y hemos llegado a mal sitio —dijo el padre Brown, contemplando desde una ventana las juncias verdes y grisáceas y la corriente de plata—. Pero no importa: a veces hace uno bien con el simple hecho de ser la única persona buena en un mal sitio.

Aunque el padre Brown era de suyo silencioso, era también un hombrecillo de lo más simpático, y, en aquellas pocas horas inacabables, logró, inconscientemente, penetrar en los secretos de la Casa Roja mucho más que su amigo el profesional. Poseía esa treta del silencio amistoso que es tan indispensable para provocar que le cuenten a uno cosas; y, con hablar apenas una palabra, obtenía de los recién conocidos cuanto era posible obtener de ellos en cualesquiera otras circunstancias. Cierto que el mayordomo era de natural poco comunicativo. Se adivinaba en él un afecto obstinado y casi animal hacia su amo. Su amo, decía él, había tenido que sufrir muchas injusticias. Y el que más le había hecho sufrir era, según parece, el hermano de Su Alteza, cuyo solo nombre le alargaba al viejo la cara y le hacía arrugar la nariz de loro con desprecio. Por lo visto, el capitán Esteban era una mala cabeza; y le había sacado a su benévolo hermano grandes sumas de dinero, obligándole a abandonar la vida elegante y a refugiarse tranquilamente en aquel retiro. Esto era todo lo que Paul, el mayordomo, podía decir, y Paul era, evidentemente, un testigo parcial.

El ama italiana era algo más comunicativa; acaso —pensó Brown— porque estaba menos contenta con su estado. El tono con que hablaba del amo era un sí o un no ácido, aunque no desprovisto de temor. Flambeau y su amigo estaban en el salón de los espejos, examinando el pastel de los dos niños, cuando el ama entró, presurosa y callada, a cumplir alguna tarea doméstica. Una peculiaridad de aquel salón deslumbrante y revestido de espejos era que, cualquiera que entrara, se reflejaba en cuatro o cinco lunas a la vez. El padre Brown, sin volver el rostro, interrumpió la conversación en mitad de una frase de crítica sobre la familia. Pero Flambeau, que tenía la cara pegada al cuadro, continuó en voz alta:

—Supongo que son los hermanos Saradine. Ambos parecen muy inocentes. Difícil sería saber cuál de los dos es el bueno y cuál el malo.

Después, percatándose de la presencia de la señora, compuso lo dicho con alguna trivialidad, y salió al jardín. Pero el padre Brown siguió contemplando atentamente el rojo boceto; y la señora Anthony se quedó, a su vez, contemplando atentamente al padre Brown.

Tenía unas cejas negras, espesas y trágicas. Su cara, aceitunada, revelaba una oscura expresión de asombro, como la del que duda sobre los propósitos o la identidad del huésped forastero. Sea que el traje y el credo del sacerdote despertaran en ella recuerdos meridionales del confesionario, o sea que se figurara que el sacerdote estaba más al tanto de lo que aparentaba sobre las interioridades de aquella casa, el caso es que se dirigió a él en voz baja, como a un cómplice, y le dijo:

—No le falta razón a su amigo. Dice que sería difícil distinguir al buen hermano del malo. Y en efecto, muy difícil, muy difícil sería saber cuál es el bueno.

—No la entiendo a usted —dijo el padre Brown dando unos pasos para salir del salón.

La mujer se acercó a él con unas cejas tremendas y una especie de decisión salvaje, a la manera de un toro que baja la cornamenta.

—Es que ninguno es bueno —dijo con un cuchicheo silbante—. Porque si hay maldad en aquel modo que el capitán tenía de gastar el dinero, no creo que hubiera mucha bondad en las razones que movían al príncipe a proporcionar al otro cuanto le pedía. No solo el capitán merece reproches.

En la cara del clérigo, que estaba mirando a otra parte, apareció un fulgor de interés, y su boca, en silencio, formuló la palabra chantaje. Pero en aquel instante volvió el rostro —un rostro lívido— y casi se cayó de espaldas. La puerta se había abierto sin ruido, y en el umbral aparecía, como un duende, el pálido Paul. Y el juego fantástico de reflejos hizo aparecer cinco Pauls por cinco puertas al mismo tiempo.

—Su Alteza —anunció— acaba de llegar.

Al mismo tiempo, el bulto de un hombre pasó por la primera ventana como por un escenario iluminado. Un instante después, pasó por la segunda ventana, y la multitud de espejos reflejó en imágenes sucesivas el mismo perfil aguileño y la figura en marcha. Era un hombre erguido y de buen ver, pero con el pelo enteramente blanco y un extraño tinte amarillo marfil. Tenía esa nariz romana, corta y corva, que generalmente va acompañada de unas mejillas enjutas y una barba alargada, aunque todo ello quedaba enmascarado,

en parte, por el bigote y la perilla. El bigote era más oscuro que la barba, lo cual producía un efecto ligeramente teatral; y también su traje tenía algo de sainete, porque llevaba un sombrero blanco de copa, una orquídea en la solapa, un chaleco amarillo y unos guantes amarillos que sacudía y hacía sonar a su paso. Cuando llegó a la puerta principal, oyeron que el rígido Paul salía a abrirle, y que el recién llegado decía alegremente:

—Bueno, ya ves: aquí me tienes.

El rígido señor Paul hizo una reverencia y contestó algo con su imperceptible voz. No se pudo oír lo que hablaron durante unos minutos. Después el mayordomo afirmó:

—Todo está dispuesto.

Y el príncipe, siempre sacudiendo los guantes, entró alegremente en el salón para dar la bienvenida a sus huéspedes. Y estos presenciaron una vez más aquella escena espectral: cinco príncipes que entraban en el salón por cinco puertas.

El príncipe puso su sombrero blanco y sus guantes amarillos sobre la mesa, y alargó la mano cordialmente:

—Encantado de verlo a usted por aquí, señor Flambeau. Lo conocía yo a usted mucho por su fama, si es que esta observación no es indiscreta.

—No, para nada —dijo Flambeau riendo—. Yo no soy hombre puntilloso. Amén de que muy pocas reputaciones se logran a costa de la virtud inmaculada.

El príncipe le disparó una mirada, preguntándose si en aquella respuesta habría alguna intención. Después rio también y ofreció sillas a todo el mundo, incluso a sí mismo.

—Creo que este es un sitio agradable —dijo con aire desenvuelto—. No hay mucho en qué divertirse, pero la pesca es de lo mejor.

El sacerdote, que había estado observándole con la gravedad propia de un niño pequeño, empezó a sentir que se apoderaba de él una idea indefinible. Miraba aquellos cabellos grises, cuidadosamente rizados, aquella cara amarillenta, aquella figura sutil y un tanto afectada. Nada de esto era extraordinario, aunque en todo ello había algo acentuado, algo *prononcé*, como de personaje que se prepara para salir a las candilejas. Pero la mayor curiosidad de aquel hombre estaba en otra cosa: estaba en el armazón mismo de su cara. Brown se sentía atormentado por un vago recuerdo, y le parecía haberlo visto ya en otra parte. Aquel hombre se le figuraba un antiguo amigo disfrazado. Pero de pronto, pensando en los espejos, se dijo que quizá todo ello era efecto psicológico de la multiplicación de las máscaras humanas.

El príncipe Saradine distribuía sus atenciones entre ambos huéspedes con la mayor alegría y tacto. El detective le resultó aficionado a los deportes y dispuesto a emplear bien sus vacaciones, y el príncipe lo condujo, con su bote y todo, al mejor sitio para la pesca, y en veinte minutos estuvo de regreso, con ayuda de su propia canoa, para unirse al padre Brown en la biblioteca, y sumergirse, con una cortesía ecuánime y perfecta, en el filosófico divertimiento del sacerdote. Parecía entender tanto de pesca como de libros, aunque en lo tocante a estos no conocía cosas muy edificantes. Hablaba cinco o seis lenguas diferentes, o, mejor dicho, hablaba el dialecto popular de todas ellas. Era evidente que había vivido en muchas ciudades y en sociedades muy variopintas, porque sus más divertidas historias se referían a los infiernos del juego y a los antros del opio, a los campesinos de Australia o a los bandidos italianos. El padre Brown sabía ya que en el otro tiempo célebre Saradine se había pasado los últimos años viajando, pero no tenía idea de que estos viajes hubieran sido tan ajetreados, o, por lo menos, tan divertidos.

Porque, en efecto, el príncipe Saradine, con toda su dignidad de hombre de mundo, irradiaba hacia sus observadores, y especialmente si eran tan sensibles como el sacerdote, una atmósfera de inquietud y hasta de algo sospechoso… Su cara era pulcra, pero su mirada era salvaje; padecía ciertos tics nerviosos, como de hombre aficionado a la bebida o las drogas, y ni tenía ni se preciaba de tener la mano sobre el timón de los asuntos domésticos. Estos quedaban confiados a los dos antiguos servidores, y sobre todo al mayordomo, que era sencillamente la columna central de la casa. El señor Paul, en efecto, era, más que un mayordomo, un senescal o chambelán; comía aparte, pero casi con tanta pompa como el amo; era temido por los criados, y consultaba todo con el príncipe, con mucho respeto pero no con humildad, como si fuera el procurador del príncipe. La oscura ama era, a su lado, una sombra; y, en verdad, pareció borrarse como si fuera tan solo servidora del criado principal; de suerte que el padre Brown no volvió ya a oír aquellos cuchicheos volcánicos sobre los chantajes del hermano menor al mayor. Por lo demás, aunque no era enteramente seguro que el príncipe hubiera sido robado por el ausente capitán mediante el procedimiento del chantaje, lo cierto es que ello parecía muy probable, por aquella cosa equívoca, aquella cosa sospechosa que había en la presencia de Saradine.

Cuando volvieron al largo salón de las ventanas y los espejos, la luz amarilla de la tarde reverberaba en el agua y las riberas llenas de mimbres; a lo lejos se oyó el zumbido de un alcaraván como el de un elfo en su tamborcillo diminuto. Y otra vez por la mente del sacerdote, como una

nubecilla turbia, voló el sentimiento singular de que aquel era un sitio funesto, triste, embrujado.

—Ojalá regrese pronto Flambeau —dijo.

—¿Cree usted en los agüeros? —preguntó de súbito el inquieto príncipe Saradine.

—No —contestó su huésped—. Yo solo creo en el Juicio Final.

El príncipe se volvió hacia él desde la ventana, y lo contempló de un modo extraño. Sobre la luz crepuscular, su cara era una sombra chinesca.

—¿Qué quiere usted decir? —interrogó.

—Quiero decir que aquí vivimos en el revés del tapiz. Que lo que aquí acontece no tiene ninguna significación; pero que después, en otra parte, todo cobra sentido. Que en alguna otra parte el verdadero culpable tendrá su merecido, aunque aquí la justicia parezca equivocarse y caer sobre el inocente.

El príncipe hizo un ruido animal, inexplicable. En su sombría cara, sus ojos parecieron brillar de un modo inverosímil. Y en el espíritu del sacerdote estalló, silenciosamente, otro pensamiento funesto. ¿Qué significaba aquella mezcla de brillo y sorpresa en la conducta del príncipe Saradine? ¿Acaso el príncipe… no estaba enteramente cuerdo? El príncipe se había quedado repitiendo: «¡el inocente, el inocente!» con una persistencia algo exagerada para ser una simple exclamación convencional.

Pero no; no era locura. Más tarde, el padre Brown descubriría la verdad.

En los espejos vio que la silenciosa puerta se abría, y en ella se dibujaba el silencioso señor Paul, con su impavidez y lividez habituales.

—Creo conveniente anunciar —dijo con una energía respetuosa, como de viejo abogado de la familia— que un barco de seis hombres, con un caballero en la popa, acaba de llegar al desembarcadero.

—¿Un barco? —repitió el príncipe—. ¿Un caballero?

Y se puso en pie.

Hubo un silencio, puntuado solamente por el rumor del ave entre las juncias. Y poco después, antes de que nadie hubiera proferido una palabra, una figura nueva, un perfil nuevo, pasó frente a cada una de las ventanas, como una o dos horas antes había pasado el príncipe. Pero, salvo por la coincidencia de que ambos perfiles eran aguileños, ningún parecido tenían. En lugar del sombrero blanco de Saradine, el nuevo personaje traía un sombrero negro de forma anticuada y extranjera, bajo el cual se veía una fisonomía solemne y juvenil, una cara completamente afeitada, algo azulada en la mandíbula —mandíbula dura y voluntariosa—, y que recordaba un poco

la cara de Napoleón, cuando era joven. Esta semejanza aumentaba aún por el aire de vejez y rareza del traje; se diría que aquel joven no se había tomado la molestia de cambiar las modas de sus padres. Llevaba una levita azul raída, un chaleco rojo de aspecto militar, y uno de aquellos pantalones blancos que se usaban a principios de la era victoriana, pero que ahora resultan ya muy ridículos. Y de aquel conjunto de antiguallas, salía una cara aceitunada llena de juventud y monstruosamente sincera.

—¡Diantre! —dijo el príncipe Saradine, y dándose una palmada en el sombrero fue en persona a abrir la puerta. La puerta se abrió sobre un jardín crepuscular.

El recién llegado y sus acompañantes se habían extendido por la vereda como una pequeña compañía de teatro. Los seis remeros habían arrastrado el bote a la playa, y parecían guardarlo con aire amenazador, embrazando como lanzas los remos. Eran hombres atezados, y algunos llevaban aretes. Uno de ellos estaba junto al joven de la cara aceitunada y el chaleco rojo, y llevaba consigo una caja negra muy sospechosa.

—¿El nombre de usted —preguntó el joven— es Saradine?

Saradine asintió como de mala gana.

El recién llegado tenía unos ojos absortos y negros, unos ojos de perro, antípodas de los ojitos grises y relampagueantes del príncipe, y también esta vez el padre Brown tuvo la fantástica idea de haber visto ya en otra parte un ejemplar de aquella cara; pero también esta vez recordó los espejos multiplicadores como causa posible de semejante ilusión.

—¡Vaya con el palacio de cristal! —se dijo—. Ve uno todo repetido tantas veces, que todo parece un sueño.

—Si usted es el príncipe Saradine —continuó el joven—, sepa usted que mi nombre es Antonelli.

—Antonelli —repitió el príncipe con languidez—. Sí…, me parece recordar este nombre.

—Permítame usted presentarme solo —dijo el joven italiano.

Con la mano izquierda se descubrió cortésmente, y con la derecha descargó una bofetada tan sonora en la cara del príncipe, que el blanco sombrero de este cayó rodando por las gradas, y uno de los tiestos de flores azules se tambaleó en su pedestal.

El príncipe podría ser persona sospechosa, pero no era un cobarde. Saltó al cuello de su enemigo y casi lo derribó sobre la hierba. Pero este logró desasirse con una cortesía presurosa, y dijo jadeante y en un inglés trabajoso:

—Perfectamente. He cometido una injuria. Ahora debo dar satisfacción. Marco, abre la caja.

El hombre de las arrancadas abrió la caja negra. Sacó de ella dos espadas italianas, de espléndida guarda y hoja de acero, y las clavó en el suelo. Junto a la puerta, el extraño joven, con aquella cara amarilla y vindicativa, las dos espadas que parecían cruces de cementerio, y en el fondo la línea de remeros, todo ello producía un singular efecto de tribunal de justicia bárbara. Pero lo demás continuaba igual, tan súbito había sido el incidente. El aro del sol crepuscular relucía aún, y el alcaraván seguía redoblando como para anunciar alguna fatalidad.

—Príncipe Saradine —dijo el llamado Antonelli—. Cuando yo estaba en pañales, usted mató a mi padre y robó a mi madre. Mi padre fue el más afortunado. Pero usted no lo mató gallardamente, como voy yo a matarlo a usted. Usted y mi perversa madre lo condujeron a un solitario paraje de Sicilia, lo arrojaron por un precipicio y continuaron tranquilamente su paseo. Yo, si quisiera, podría imitarlo a usted; pero el procedimiento me resulta muy vil. Lo he seguido a usted por todo el mundo; usted ha huido siempre de mí. Pero hemos llegado al fin del mundo y de la existencia de usted. Ya lo tengo a usted, y le doy a usted todavía una posibilidad que usted no concedió a mi padre. Escoja usted una espada.

El príncipe Saradine, con el ceño fruncido, pareció vacilar un instante, pero todavía zumbaba en sus oídos el ruido de la bofetada. De un salto empuñó una de las armas. El padre Brown saltó también tratando de interponerse en la disputa; pero pronto se convenció de que su presencia empeoraba las cosas. Saradine era un masón, un feroz ateo, y la presencia del sacerdote lo provocaba en vez de refrenarlo. En cuanto al otro, ni clérigo ni laico hubieran podido conmoverlo. Aquel joven de cara a lo Bonaparte y ojos negros era algo mucho más duro que un puritano: era un pagano. Era un individuo sanguinario de los que había en el albor de la tierra; era un hombre de la Edad de Piedra; un hombre de piedra.

Quedaba todavía una esperanza: acudir al ama. Y el padre Brown entró corriendo por las habitaciones. Y se encontró con que todos los criados se habían ido de asueto por orden del autócrata Paul, y solo la sombra de la señora Anthony vagaba por las desiertas salas. En el instante en que la mujer volvió hacia él el rostro azorado, el sacerdote descubrió uno de los enigmas de la casa de los espejos. Las espesas cejas y los ojos negros de Antonelli eran una reproducción de los ojos negros y espesas cejas de la señora Anthony. Y al instante comprendió la mitad de la historia.

—Su hijo está en la puerta —dijo sin perder el tiempo en rodeos—. Él o el príncipe van a morir. ¿Dónde está el señor Paul?

—En el embarcadero —dijo la mujer con desmayo—. Está… está haciendo señales para pedir socorro.

—Señora Anthony —dijo el padre Brown gravemente—. No es hora de hacer disparates. Mi amigo está con su bote pescando en el río. El bote de su hijo está guardado por la gente que lo acompaña. No queda más que la canoa del príncipe. ¿Qué se propone hacer con ella el señor Paul?

—¡Santa María! ¡No lo sé! —dijo ella, y cayó desvanecida sobre la estera.

El padre Brown la levantó y acostó en un sofá, le echó encima un jarro de agua, gritó pidiendo socorro, y después se lanzó a todo correr rumbo al desembarcadero de la islita. Pero ya la canoa iba a media corriente, y el viejo Paul la empujaba río arriba con una energía increíble a sus años.

—Voy a salvar a mi amo —gritó con ojos llameantes—. ¡Todavía puedo salvarlo!

El padre Brown no pudo más que mirar de lejos la canoa sacudida por la corriente, y hacer votos por que el viejo llegara a tiempo de dar la alarma en el pueblo.

—Mala cosa es un duelo —dijo para sí, rascándose los cabellos color de tierra—. Pero en este duelo hay algo todavía peor que el duelo. Lo adivino, aunque ignoro qué podrá ser.

Y mientras contemplaba el agua, convertida en agitado espejo del crepúsculo, oyó al otro lado del jardín un ruido breve pero inequívoco: el golpe frío del acero. Y volvió la cabeza.

Al otro lado, en el cabo o saliente mayor del islote, sobre una zona de hierba que corría más allá del último sembrado de rosas, los duelistas acababan de cruzar los hierros. La tarde era una cúpula de oro virgen, y así, aunque estaban distantes, se podía apreciar hasta el menor detalle de la escena. Los combatientes estaban en mangas de camisa, pero el chaleco amarillo y la blanca cabeza de Saradine, y el chaleco rojo y los pantalones blancos de Antonelli, brillaban a la luz igual que los colores de dos muñecos mecánicos danzantes. Las dos espadas centelleaban de la punta al pomo como dos alfileres de diamante. Y había algo terrible en el hecho mismo de que las dos figuras aparecieran tan diminutas y alegres. Semejaban dos mariposas tratando de clavarse en un corcho.

El padre Brown corrió con todas sus fuerzas, y sus piernecitas giraban como ruedas. Pero al llegar al campo de combate comprendió que había llegado demasiado tarde y demasiado pronto a la vez: demasiado tarde para

detener la lucha, que se había desencadenado ya tenazmente al amparo de los tétricos sicilianos apoyados en sus remos; demasiado pronto para prever el resultado desastroso. Porque los dos combatientes eran de igual fuerza, y el príncipe usaba su agilidad con cierta cínica confianza, mientras que el siciliano se movía con una minucia asesina. Pocos encuentros más hermosos hubieran podido verse en salones y anfiteatros llenos de público, que aquel combate, retiñente y brillante, sobre el islote olvidado en el riachuelo. Y la vertiginosa lucha se fue alargando de tal modo, que la esperanza volvió a alentar en el corazón del afligido sacerdote; muy probable era, en efecto, que Paul no tardara en llegar con la policía. Tampoco sería malo que volviera de su pesca Flambeau, porque Flambeau, físicamente hablando, valía por cuatro hombres. Pero ni señales de Flambeau se veían; y, lo que era más extraño, tampoco de Paul y la policía. Y ni balsa ni leño aparecían, flotando, sobre las aguas; en aquella isla perdida, en aquel lago innominado, los hombres estaban tan abandonados como en una roca del Pacífico.

De pronto, el tintineo de las espadas se transformó en un rechinido, el príncipe abrió los brazos, y la punta disparada del arma enemiga le salió por la espalda, entre los omóplatos. El príncipe giró sobre sí mismo. La espada se escapó de su mano como una estrella errante, y fue a parar al río. Y el príncipe cayó tan pesadamente, que rompió un rosal con su cuerpo y levantó una nube de polvo rojo, como el humo de un sacrificio pagano. El siciliano acababa de consumar una ofrenda de sangre ante los manes paternos.

El sacerdote se arrodilló al instante junto al cuerpo, solo para confirmar que era ya cadáver. Y, mientras todavía intentaba las últimas pruebas desesperadas, oyó unas voces en el río, y vio un bote de la policía que arribaba al embarcadero, del cual salieron agentes y personajes del pueblo, y con ellos el espantado Paul. El curita se levantó entonces con un gesto amargo y dudoso.

—¿Por qué —murmuró—, por qué no han podido venir antes?

Siete minutos más tarde la isla estaba invadida de aldeanos y policías; estos arrestaron al vencedor y le recordaron ritualmente que ninguna de sus declaraciones sería aprovechada en contra suya.

—No tengo nada que declarar —dijo el monomaniático con admirable serenidad—. Nada más he de decir. Soy muy dichoso, y solo deseo que me ahorquen.

Después enmudeció, y es tan asombroso como cierto que, al ser conducido por los agentes, no volvió a abrir la boca, salvo para decir la palabra «convicto», cuando se abrió el proceso.

El padre Brown había visto desde el jardín, tan repentinamente poblado, el arresto del homicida y la conducción del cadáver después del examen médico, como quien asiste al desenlace de un drama repugnante. Y estaba inmóvil, como quien ve visiones. Dio su nombre y señas para servir de testigo, pero no aceptó el ofrecimiento de pasar el río en el bote, y se quedó solo en el jardín de la isleta, contemplando el sol quebrado y el verde escenario de aquella súbita e inexplicable tragedia. La luz iba muriendo en el río. La niebla ascendía de las pantanosas riberas. Revoloteaban los últimos pájaros.

En la subconsciencia del sacerdote —que era tan vívida— estaba clavada la idea de que algo quedaba por explicar. Y este sentimiento de misterio, que todo el día lo había dominado, no podía explicarse solo por el efecto de los espejos. Le parecía que no había visto un verdadero suceso, sino una mascarada o simulacro. Con todo, no se acarrea un cadáver ni se cuelga a un hombre por mera pantomima.

Rumiaba todo esto sentado en las gradas del embarcadero, cuando vio venir la mancha alta y negra de una vela que avanzaba en silencio por el río lleno de fulgores. Se puso en pie de un salto, poseído de una emoción tan súbita que estuvo a punto de llorar.

—¡Flambeau! —exclamó, y con ambas manos saludaba efusivamente a su amigo, con gran asombro de este, que salía del bote con sus aparejos de pescar—. ¡Flambeau! ¿De modo que a usted no lo han matado?

—¡Matado! —repitió el pescador con el mayor asombro—. ¿Y por qué me habían de matar?

—¡Ay, porque casi han matado a todo el mundo! —dijo el otro sin saber lo que decía—. Saradine ha sido asesinado, y Antonelli solo desea que lo cuelguen, y su madre se ha desmayado, y yo no sé ya si estoy en este mundo o en el otro. Pero, gracias a Dios, usted está a mi lado.

Y, como si tuviera miedo, se cogió al brazo del sorprendido Flambeau.

Abandonaron el embarcadero, y al pasar bajo los aleros de la casa de bambú, miraron por la ventana como lo habían hecho al llegar. Y descubrieron un interior iluminado digno de atraer sus miradas. Cuando el matador de Saradine cayó sobre aquella isla como una bomba, ya habían dispuesto la mesa para cenar en el salón largo. Y he aquí que la cena había comenzado plácidamente, porque a un lado de la mesa estaba sentada la señora Anthony, algo azorada, y al otro lado el señor Paul, el *major domo*, comiendo y bebiendo con muy buen apetito, y los ojos cegatones y azulencos saliéndosele de la cara, con un semblante indescifrable, pero no exento de satisfacción.

Con un ademán de poderosa impaciencia, Flambeau llamó a la ventana, la abrió y asomó una cara indignada:

—¡Muy bien! —exclamó—. Yo comprendo que ustedes necesiten algún alimento; pero, realmente, esto es robar la cena del amo cuando el amo yace muerto en el jardín…

—Yo he robado ya muchas cosas durante mi alegre vida —replicó el misterioso anciano plácidamente—, pero esta cena es una de las pocas cosas que no he robado. Esta cena y esta casa y este jardín son de mi pertenencia.

Una idea cruzó por la mente de Flambeau.

—Quiere usted decir —empezó— que el testamento del príncipe Saradine…

—El príncipe Saradine soy yo —dijo el viejo, mascullando una almendra salada.

El padre Brown, que estaba distraído con el revoloteo de los últimos pájaros, saltó como herido, y asomó también por la ventana una cara tan pálida como un nabo.

—¿Usted es qué? —preguntó con voz chillona.

—Paul, príncipe Saradine, *a vos ordres* —dijo el venerable personaje muy cortésmente, levantando un vaso de jerez—. Aquí vivo muy contento, porque soy hombre de hábitos muy domésticos; y, por modestia, me dejo llamar señor Paul, para distinguirme de mi infortunado hermano el señor Esteban. Según me han contado, este acaba de morir… en el jardín. Naturalmente, no tengo yo la culpa de que sus enemigos vengan a buscarlo hasta aquí. Esto se debe a la lamentable irregularidad de su vida. No tenía un carácter doméstico.

Calló, y se quedó contemplando el muro, justamente sobre la cabeza inclinada de la mujer. Y los huéspedes apreciaron entonces aquel aire de familia que ya les había impresionado al ver al otro hermano. Y de pronto el viejo comenzó a agitar los hombros, como si se asfixiara, pero su rostro permaneció impávido.

—¡Dios mío! —exclamó Flambeau—. ¡Se está riendo!

—Vámonos —dijo el padre Brown, que estaba completamente lívido—. Vámonos de esta casa infernal. Vámonos otra vez a nuestro honrado bote.

Cuando se alejaron de la isla, la noche había envuelto ya la tierra y el río. Se dejaron llevar río abajo, calentándose con dos enormes cigarros que ardían como dos rojas linternas de barco. El padre Brown dijo:

—Supongo que entenderá usted ahora toda la historia. Después de todo, es una historia muy primitiva: un hombre tenía dos enemigos; era hombre

perspicaz, y comprendió que tener dos enemigos era mejor que tener uno solo.

—No lo entiendo —dijo Flambeau.

—Pues es muy sencillo —le contestó su amigo—. Sencillo hasta la candidez. Ambos Saradines son unos pícaros; pero el príncipe, el mayor, era el pícaro que llega a la cumbre, y el menor, el capitán, era el pícaro que se hunde en el abismo. Este escuálido oficial descendió de mendigo a chantajista, y un triste día se apoderó de su hermano el príncipe. Sin duda, la causa no era leve, porque el príncipe Paul Saradine era francamente derrochador por una parte, y por otra no tenía ya reputación que perder en cuanto a los meros pecados convencionales de la buena sociedad. La verdad es que la causa era causa de horca, y que Esteban tenía cogido a su hermano, literalmente, con una cuerda alrededor del cuello. De algún modo, en efecto, había descubierto la verdad respecto al asunto de Sicilia, y podía probar que Paul había asesinado a Antonelli en las montañas. El capitán estuvo haciéndose pagar su silencio espléndidamente durante diez años, hasta que la fortuna del príncipe, con ser inmensa, comenzó a escasear.

Pero el príncipe Saradine, además de este hermano sanguijuela, tenía otras preocupaciones. Sabía que el hijo de Antonelli, que era un pequeñuelo en los días del asesinato, había sido educado en la salvaje lealtad siciliana, y solo vivía para vengar a su padre, y no con la horca, porque carecía de las pruebas legales que poseía Esteban, sino con las antiguas armas de la *vendetta*. El muchacho se había ejercitado con las armas hasta alcanzar una terrible perfección; y cuando llegó a la edad de usarlas, el príncipe Saradine comenzó, como decían las crónicas sociales, a viajar. Lo cierto es que comenzó a huir de un lugar a otro como un criminal perseguido; pero en su busca iba siempre un hombre incansable. Tal era la situación del príncipe Paul; una situación poco envidiable. Mientras más dinero gastaba en huir de Antonelli, menos le quedaba para hacer callar a Esteban. Y mientras más le daba a Esteban, menos probabilidades le quedaban de escapar definitivamente de Antonelli. Y entonces fue cuando demostró ser un gran hombre, un genio como Napoleón.

En lugar de resistir a sus dos antagonistas, se rindió de pronto a los dos. Como un luchador japonés, se echó fuera, y sus dos enemigos cayeron postrados ante él. Paró su arrebatada carrera por el mundo, y dio sus señas al joven Antonelli; después, hizo a su hermano entrega de todo lo que poseía. Le envió dinero bastante para que se vistiera con elegancia y viajara con lujo, y le puso una carta en estos o parecidos términos: «Esto es todo lo que me queda. Me has arruinado. Todavía tengo una casita en Norfolk, con criados y

bodega, y si todavía me pides más, solo eso me falta por darte. Ven y toma posesión de ello, si quieres, y déjame vivir a tu lado tranquilamente en calidad de amigo o agente, o cualquier cosa». El príncipe sabía que el siciliano nunca había visto a los hermanos Saradine; a lo sumo, podía haberlos visto en algún retrato. El siciliano, pues, solo sabía que se parecían un poco y tenían ambos una barbita gris. Entonces el príncipe se afeitó, y esperó. La trampa obró sola. El desdichado capitán, con su traje nuevo, entró en casa en calidad de príncipe, y caminó derecho hacia la espada del siciliano.

Pero hay siempre una dificultad, una dificultad que es la honra de la naturaleza humana. Los hombres perversos como Saradine suelen equivocarse por el solo hecho de que no cuentan con la virtud humana. El príncipe daba por hecho que el golpe del italiano, cuando viniera, había de ser oscuro, violento y anónimo, como la acción que se proponía vengar; que la víctima sería acuchillada de noche o muerta a tiros desde un vallado, y, así, moriría sin proferir una palabra. El príncipe Paul pasó, pues, un mal rato cuando Antonelli propuso caballerescamente un duelo, con todas sus posibles aclaraciones. En ese momento, yo lo descubrí a bordo de la canoa con ojos espantados: trataba de huir, sin sombrero, en un barco, antes de que Antonelli averiguara quién era.

Pero, aunque temeroso, no estaba desesperado. Conocía al aventurero y conocía al fanático. Era más que probable que Esteban, el aventurero, se callara, solo por el histriónico prurito de desempeñar un papel, por el empeño de salir en defensa de su recién adquirida situación de príncipe, por su confianza en el azar, propia del pícaro, y por su pericia en el manejo de las armas. Era seguro que Antonelli, el fanático, también callaría, y preferiría dejarse colgar antes que contar la historia de su familia. Paul anduvo navegando en el río hasta que comprendió que el combate había terminado. Entonces dio la alarma en el pueblo, trajo a la policía, vio a sus dos enemigos vencidos desaparecer para siempre, y se sentó a cenar, muy contento.

—¡Y riéndose, por Dios! —dijo Flambeau estremecido de ira—. ¿Lo inspiraría el mismo Satanás?

—No, lo inspiró usted —contestó el sacerdote.

—¡Dios me libre! —gritó Flambeau—. ¿Yo? ¿Qué quiere usted decir?

El sacerdote sacó del bolsillo una tarjeta, y a la luz del cigarro la mostró al otro. Estaba escrita con tinta verde.

—¿No recuerda usted los términos de su invitación? —preguntó—. ¿Y la felicitación que le hace a usted por su hazaña? «Esa jugada —dice— de coger a un policía para arrestar con él al otro, etc.». No ha hecho más que copiar la

jugada. Con un enemigo a cada lado, se echó de pronto fuera del camino, e hizo así que sus enemigos chocaran y se mataran entre sí.

Flambeau arrancó de manos del sacerdote la tarjeta del príncipe Saradine y la hizo pedazos.

—Acabemos con este veneno —dijo, mientras los pedazos desaparecían arrastrados por las olas del río—. Aunque todavía me temo que envenene a los peces.

El último trozo de la tarjeta desapareció al fin en la sombra. Un primer tinte matinal, pálido y vibrante, transformó el cielo. La luna, tras los arbustos de la orilla, empezó a desvanecerse. La barca, en silencio, navegaba a la deriva.

—Padre —dijo Flambeau de pronto—. ¿No cree usted que todo fue un sueño?

El sacerdote sacudió la cabeza, no se sabe si para negar o dudar, pero no dijo nada. Entre las sombras, un olor a espino y a manzano llegó hasta ellos, haciéndoles comprender que el viento se había despertado. Poco después, el viento balanceó la barca, hinchó la vela, y los fue llevando sobre el río hacia sitios más venturosos donde moraban hombres inofensivos…

EL MARTILLO DE DIOS

El pueblecito de Bohun Beacon estaba tendido sobre una colina tan pendiente, que la alta aguja de su iglesia parecía la cima de una montaña diminuta. Al pie de la iglesia había una fragua, casi siempre enrojecida por el fuego, y siempre llena de martillos y fragmentos de hierro. Frente a esta, en la confluencia de dos calles empedradas, se veía «El Jabalí Azul», la única posada del pueblo. En esa bocacalle, al romper el alba —un alba plateada y plomiza—, dos hermanos acababan de encontrarse y estaban hablando. Uno de ellos comenzaba la jornada; el otro, la acababa. El reverendo y honorable Wilfrido Bohun era hombre muy piadoso, y se dirigía, con la aurora, a algún austero ejercicio de oración o contemplación. El honorable coronel Norman Bohun, su hermano mayor, no era piadoso en manera alguna, y, vestido de frac, se hallaba sentado en el banco que está junto a la puerta de «El Jabalí Azul», apurando lo que un observador filosófico podría indiferentemente considerar como su última copa del jueves o su primera copa del viernes. El coronel era hombre sin escrúpulos.

Los Bohuns eran una de las contadas familias aristocráticas que realmente datan de la Edad Media, y su pendón había flotado en Palestina. Pero es un gran error suponer que estas familias mantienen la tradición; salvo los pobres, muy pocos conservan las tradiciones. Los aristócratas no viven de tradiciones, sino de modas. Los Bohuns habían sido pícaros bajo la reina Ana y petimetres bajo la reina Victoria. Pero, al igual que muchas antiguas casas, durante estos últimos tiempos habían degenerado en simples borrachos y gomosos perversos, y al fin se produjeron en la familia ciertos vagos síntomas de locura. Realmente había algo de inhumano en la feroz sed de placeres del coronel, y aquella su resolución crónica de no volver a casa hasta la madrugada tenía mucho de la horrible lucidez del insomnio. Era un animal esbelto y hermoso y, aunque entrado en años, su cabello era de un rubio admirable. Era blanco y leonado, pero sus azules ojos, a fuerza de hundidos, resultaban negros. Además, los tenía muy juntos. Tenía unos bigotazos amarillos, y, junto a las guías, desde las fosas nasales hasta las quijadas, unos pliegues o surcos; de suerte que su cara parecía cortada por una risa burlona. Sobre el frac llevaba un gabán amarillo pálido, tan ligero que casi parecía una bata, y echado hacia la nuca, un sombrero de alas anchas color verde claro, sin duda una curiosidad oriental comprada por ahí casualmente. Estaba muy

orgulloso de su elegancia incongruente, porque se jactaba de hacerla parecer congruente.

Su hermano, el cura, tenía también los cabellos rubios y el tipo elegante, pero iba vestido de negro, abrochados todos los botones y completamente afeitado; era muy pulcro y algo nervioso. Parecía vivir solo para la religión; pero algunos aseguran (particularmente el herrero, que era presbiteriano) que aquello, más que amor de Dios, era amor a la arquitectura gótica, y que si andaba siempre como una sombra rondando por la iglesia, esto no era más que un nuevo aspecto, superior sin duda, de la misma enloquecedora sed de belleza que arrojaba al otro hermano a la vorágine de las mujeres y el vino. La acusación no parecía justa: la piedad práctica del sacerdote era innegable. En verdad, esta acusación provenía de la incomprensión del amor a la soledad y al secreto de la oración, y se fundaba solo en que solía encontrar al sacerdote arrodillado, no ante el altar, sino en sitios como criptas o galerías, y hasta en el campanario.

El sacerdote se dirigía a la iglesia, pasando por el patio de la fragua, cuando se detuvo, arrugando el ceño, al ver a su hermano, que, con sus cavernosos ojos, estaba mirando en la misma dirección. Ni por un momento se le ocurrió que el coronel se interesara por la iglesia. Solo quedaba, pues, la fragua; y aunque el herrero, como puritano, no pertenecía a su rebaño, Wilfrido Bohun había oído hablar de ciertos escándalos y de cierta mujer del herrero, célebre por su belleza. Miró el soportal de la fragua, con desconfianza, y el coronel se levantó, riendo, a hablar con él.

—Buenos días, Wilfrido —dijo—. Aquí me tienes, como buen señor, desvelado por cuidar a mi gente. Vengo a buscar al herrero.

Wilfrido, mirando al suelo, contestó:

—El herrero está ausente. Ha ido a Greenford.

—Lo sé —dijo el otro, sonriendo—. Por eso, precisamente, vengo a buscarlo.

—Norman —dijo el clérigo, siempre mirando las piedras de la calle—, ¿no has temido nunca que te mate un rayo?

—¿Qué quieres decir? ¿Te ha dado ahora por la meteorología?

—Quiero decir —contestó Wilfrido sin alzar los ojos— que si no has temido nunca que te castigue Dios en mitad de una calle.

—¡Ah, perdona! Ahora caigo: te ha dado por el folclore.

—Y a ti por la blasfemia —dijo el religioso, herido en lo más vivo de su ser—. Pero si no temes a Dios no te faltarán razones para temer a los hombres.

El mayor arqueó las cejas cortésmente.

—¿Temer a los hombres?

—Barnes, el herrero —dijo el clérigo, precisando—, es el hombre más robusto y fuerte en cuarenta millas a la redonda. Y sé que tú no eres cobarde ni endeble pero él podría arrojarte por encima de esa pared.

Como esto era verdad, hizo efecto. Y, en la cara de su hermano, la línea de las fosas nasales a la mandíbula se hizo más profunda y negra. La mueca burlona duró un instante, pero pronto el coronel Bohun recobró su cruel buen humor, y rio, dejando ver bajo sus amarillos bigotes dos hileras de dientes de perro.

—En tal caso, mi querido Wilfrido —dijo con indiferencia—, será prudente que el último de los Bohuns ande revestido de armaduras, aunque sea en parte.

Y quitándose el extravagante sombrero verde, hizo ver que estaba forrado de acero. Wilfrido reconoció en el forro de acero un ligero casco japonés o chino arrancado de un trofeo que adornaba los muros del salón familiar.

—Es el primer sombrero que encontré a mano —explicó su hermano alegremente—. Yo estoy siempre por el primer sombrero y por la primera mujer que encuentro a mano.

—El herrero salió para Greenford —dijo Wilfrido gravemente—. No se sabe cuándo volverá.

Y siguió su camino hacia la iglesia con la cabeza inclinada, santiguándose como quien desea liberarse de un mal espíritu. Estaba ansioso de olvidar las groserías de su hermano en la fresca penumbra de aquellos altísimos claustros góticos. Pero estaba de Dios que aquella mañana el ciclo de sus ejercicios religiosos había de ser interrumpido constantemente por pequeños incidentes. Al entrar en la iglesia, que siempre estaba desierta a aquellas horas, vio que una figura arrodillada se levantaba precipitadamente y corría hacia la puerta, por donde entraba ya la luz del día. El cura, al verla, se quedó rígido de sorpresa: aquel feligrés madrugador era nada menos que el tonto del pueblo, un sobrino del herrero, un infortunado incapaz de preocuparse de la iglesia ni de ninguna cosa. Le llamaban Juan Loco, y parece que no tenía otro nombre. Era un muchacho moreno, fuerte, cargado de hombros, con una carota pálida, cabellos negros e híspidos, y siempre boquiabierto. Al pasar junto al sacerdote, su monstruosa cara no dejó adivinar lo que podía haber estado haciendo allí. Hasta entonces nadie le había visto rezar. ¿Qué extraños rezos podían esperarse de aquel hombre?

Wilfrido Bohun se quedó como clavado en el suelo largo rato, contemplando al idiota, que salió a la calle, bañada ya por el sol, y a su hermano, que lo llamó, al verlo venir, con una familiaridad alegre de tío que se dirige a un sobrino. Finalmente, vio que su hermano lanzaba piezas de un penique a la boca abierta de Juan Loco, como quien tira al blanco.

Aquel horrible cuadro de la estupidez y la crueldad de la tierra hizo que el asceta se apresurara a consagrarse a sus plegarias, para purificarse y cambiar de ideas. Se dirigió a un banco de la galería, bajo una vidriera de colores que tenía el don de tranquilizar su ánimo; era una vidriera azul donde había un ángel con un ramo de lirios. Allí, el sacerdote comenzó a olvidarse del idiota de la cara lívida y la boca de pez. Fue pensando cada vez menos en su perverso hermano, león hambriento que anda en busca de presa. Cada vez se entregó más a los halagadores y frescos tonos del cielo de zafiro y flores de plata de la vidriera.

Una media hora más tarde lo encontró allí Gibbs, el zapatero del pueblo, que venía a buscarlo muy apresurado. El sacerdote se levantó al instante, comprendiendo que solo algo grave podía obligar a Gibbs a buscarlo en aquel sitio. El remendón, en efecto, como en muchos pueblos acontece, era un ateo, y su aparición en la iglesia resultaba todavía más extraña que la de Juan Loco. Aquella era, decididamente, una mañana de enigmas teológicos.

—¿Qué pasa? —preguntó Wilfrido Bohun, aparentando serenidad, pero cogiendo el sombrero con mano temblorosa.

El ateo contestó con una voz que, para ser suya, era extraordinariamente respetuosa y hasta denotaba cierta simpatía.

—Perdóneme usted, señor —dijo—, pero nos pareció indebido que no lo supiera usted de una vez. El caso es que ha pasado algo horrible. El caso es que su hermano…

Wilfrido juntó sus flacas manos, y, sin poderse reprimir, exclamó:

—¿Qué nueva atrocidad está haciendo?

—No, señor —dijo el zapatero, tosiendo—. Ya no le es posible hacer nada, ni desear nada, porque ya rindió cuentas. Lo mejor es que venga usted y lo vea.

El cura siguió al zapatero. Bajaron una escalerilla de caracol y llegaron a una puerta que estaba a nivel más alto que la calle. Desde allí, Bohun pudo apreciar al primer vistazo toda la tragedia, como en un panorama. En el patio de la fragua había unos cinco o seis hombres vestidos de negro, y entre ellos un inspector de policía. Allí estaban el doctor, el ministro presbiteriano, el sacerdote católico, a cuya feligresía pertenecía la mujer del herrero. El

sacerdote católico hablaba aparte con esta, en voz baja. Ella —una magnífica mujer de cabellos de oro— sollozaba sentada en un banco. Entre los dos grupos, y junto a un montón de martillos y mazos, yacía un hombre vestido de frac, abierto de brazos y piernas, y tendido boca abajo. Wilfrido, desde su altura, reconoció todos los detalles de su traje y apariencia, y vio en su mano los anillos de la familia Bohun. Pero el cráneo no era más que una horrible masa aplastada, como una estrella negra y sangrienta.

Wilfrido Bohun no hizo más que mirar aquello y bajar corriendo al patio de la fragua. El doctor, el médico de la familia, fue a saludarlo, pero Wilfrido no se dio cuenta. Solo pudo balbucear:

—¡Mi hermano muerto! ¿Qué ha pasado? ¿Qué horrible misterio es este?

Nadie contestó una palabra. Por fin el remendón, el más atrevido de los presentes, dijo así:

—Sí, señor, muy horrible; pero misterio, no.

—¿Por qué? —preguntó el lívido Wilfrido.

—La cosa es muy clara —contestó Gibbs—. En cuarenta millas a la redonda solo hay un hombre capaz de asestar un golpe como este, y precisamente es el único hombre que tenía motivos para hacerlo.

—No hay que prejuzgar nada —dijo nerviosamente el doctor, que era un hombre alto, de barba negra—. Pero me corresponde corroborar lo que dice el señor Gibbs sobre la naturaleza del golpe: es realmente un golpe increíble. El señor Gibbs dice que, en el distrito, solo hay un hombre capaz de haberlo dado. Yo me atrevo a afirmar que no hay ninguno.

Por el frágil cuerpo del cura pasó un estremecimiento supersticioso.

—Apenas entiendo —dijo.

—Señor Bohun —continuó el doctor en voz baja—, me faltan imágenes para explicarlo; decir que el cráneo ha sido destrozado como un cascarón de huevo, todavía es poco. Dentro del cuerpo mismo han entrado algunos fragmentos óseos, y también han entrado en el suelo, como entrarían las balas en una pared blanda. Esto parece obra de un gigante.

Calló un instante. Tras las gafas, relumbraban sus ojos. Después prosiguió:

—Esto tiene una ventaja, que, por lo menos, deja libre de toda sospecha a mucha gente. Si usted, o yo, o cualquier persona normal del pueblo fuera acusada de este crimen, se nos pondría libres al instante, como se pondría libre a un niño acusado de robar la columna de Nelson.

—Eso es lo que yo digo —repitió el obstinado zapatero—. Solo hay un hombre capaz de haberlo hecho, y es también el que pudo verse en el caso de

hacerlo. ¿Dónde está Simón Barnes, el herrero?

—Está en Greenford —tartamudeó el cura.

—Más fácil es que esté en Francia —gruñó el zapatero.

—No, ni en uno ni en otro sitio —dijo una vocecita descolorida, la voz del pequeño sacerdote católico, que acababa de unirse al grupo—. Evidentemente, ahora mismo viene de camino.

El sacerdote no era hombre de aspecto interesante. Tenía unos cabellos opacos y una cara redonda y vulgar. Pero, aunque hubiese sido tan bello como Apolo, nadie hubiera vuelto la cabeza para mirarlo. Todos la volvieron hacia el camino que atravesaba el llano. En efecto: por allá se veía venir, con sus grandes trancos y su martillo al hombro, a Simón el herrero. Era hombre huesudo y gigantesco; tenía unos ojos profundos, negros, siniestros, y una barba negra. Venía acompañado de dos hombres, con quienes charlaba tranquilamente, y aunque no era de por sí alegre, parecía contento.

—¡Dios mío! —gritó el ateo remendón—. ¡Y trae al hombro el martillo asesino!

—No —dijo el inspector, hombre de aspecto sensible que tenía un bigote pardo y hablaba ahora por vez primera—. El martillo que sirvió para el crimen está allí, junto al muro de la iglesia. Lo mismo que el cadáver, lo hemos dejado en el sitio en que lo encontramos.

Todos buscaron el martillo con la mirada. El pequeño sacerdote dio unos pasos y fue a examinar el instrumento de cerca. Era uno de los martillos más ligeros, más pequeños que hay en las fraguas, y solo por eso llamaba la atención. Pero en el hierro podía verse una mancha de sangre y un mechón de cabellos amarillos.

Tras una pausa, el pequeño sacerdote, sin alzar los ojos, comenzó a hablar, por cierto con voz algo alterada:

—No tenía razón el señor Gibbs —dijo— al asegurar que aquí no hay misterio. Porque, cuando menos, queda el misterio de cómo ese hombre tan fuerte pudo emplear para semejante golpe un martillo tan pequeño.

—Eso no importa —dijo Gibbs, febril—. ¿Qué hacemos con Simón Barnes?

—Dejarlo —dijo el sacerdote tranquilamente—. Él viene aquí por su propio pie. Conozco a sus dos acompañantes. Son buenos vecinos de Greenford. Ahora estarán ya a la altura de la capilla presbiteriana.

Y en ese momento el fornido herrero dobló la esquina de la iglesia y entró en su patio. Se detuvo, se quedó inmóvil: cayó de su mano el martillo. El

inspector, que había conservado una corrección impenetrable, fue hacia él al instante.

—Yo no le pregunto a usted, señor Barnes —dijo—, si sabe lo que ha sucedido aquí. No está usted obligado a declararlo. Espero y deseo que lo ignore usted, y que pueda usted probar su ignorancia. Pero tengo la obligación de arrestarle a usted en nombre del rey por la muerte del coronel Norman Bohun.

—No está usted obligado a confesar nada —dijo el zapatero con oficiosa diligencia—. A otros toca probar. Todavía no está probado que ese cuerpo con la cabeza aplastada sea el del coronel Bohun.

—Eso no tiene duda —dijo el doctor, aparte, al sacerdote—. Este asunto no da lugar a historias detectivescas. Yo he sido el médico del coronel y conozco el cuerpo de este hombre mejor que lo conocía él mismo. Tenía unas manos hermosas, pero con una singularidad, que los dedos segundo y tercero, el índice y el corazón, eran de igual tamaño. No hay duda de que este es el coronel.

Y echó una mirada al cadáver. Los ojos de hierro del inmóvil maestro de fragua siguieron su mirada, y fueron a dar también al cadáver.

—¿Que ha muerto el coronel Bohun? —dijo el herrero tranquilamente—. Quiere decir que a estas horas está ya condenado.

—¡No diga usted nada! ¡No diga usted nada! —gritó el zapatero ateo, bailando casi en un éxtasis de admiración por el sistema legal inglés. Porque no hay legistas como los descreídos.

El herrero volvió hacia él una cara augusta de fanático.

—A vosotros, los infieles, os conviene escurriros como ardillas donde las leyes del mundo lo consienten —dijo—. Pero a los suyos Dios los guarda. Ahora mismo lo vas a ver.

Y después, señalando el cadáver del coronel, preguntó:

—¿Cuándo murió este perro pecador?

—Modere usted su lenguaje —dijo el médico.

—Que modere su lenguaje la Biblia, y yo moderaré el mío. ¿Cuándo murió?

—A las seis de la mañana todavía lo encontré vivo —balbuceó Wilfrido Bohun.

—Dios es bueno —dijo el herrero—. Señor inspector, no tengo el menor inconveniente en dejarme arrestar. Usted es quien debe tener inconvenientes para arrestarme. A mí no me aflige salir del juicio limpio de mancha. A usted sí le afligirá, sin duda, salir del juicio con un contratiempo en su carrera.

Por primera vez el robusto inspector miró al herrero con ojos terribles. Lo mismo hicieron los demás, menos el singular y pequeño sacerdote, que seguía contemplando el martillo que había servido para asestar aquel golpe tan tremendo.

—A la puerta de la fragua hay dos hombres —continuó el herrero con grave lucidez—. Son buenos comerciantes de Greenford, a quienes conocen todos ustedes. Ellos jurarán que me han visto desde antes de la medianoche hasta el amanecer, y aun mucho después, en la sala de sesiones de nuestra Misión Religiosa, que ha trabajado toda la noche en salvar almas. En Greenford hay otros veinte que jurarán lo mismo. Si yo fuera un pagano, señor inspector, lo dejaría a usted precipitarse en su ruina. Pero como cristiano, estoy obligado a ofrecerle la salvación, y preguntarle si quiere usted recibir la prueba de mi coartada antes de llevarme a juicio.

El inspector, algo desconcertado, repuso:

—Naturalmente que preferiría yo absolverlo a usted de una vez.

El herrero, con aire desembarazado, salió del patio y se reunió con sus dos amigos de Greenford, que, en efecto, eran amigos de todos los presentes. Y ambos efectivamente, dijeron unas cuantas palabras que nadie pensó siquiera en poner en duda. Cuando los testigos hubieron declarado, la inocencia de Simón quedó establecida tan sólidamente como la misma iglesia que servía de fondo al cuadro.

Y entonces sobrevino uno de esos silencios más angustiosos que todas las palabras. El cura, solo por hablar algo, le dijo al sacerdote católico:

—Padre Brown, parece que a usted le intriga mucho el martillo.

—Es verdad —contestó este—. ¿Cómo es posible que sea tan pequeño el instrumento del crimen?

El doctor volvió la cabeza.

—¡Cierto, por san Jorge! —exclamó—. ¿Quién pudo servirse de un martillo tan ligero, habiendo a mano tantos martillos más pesados y fuertes?

Después, bajando la voz, dijo al oído del cura:

—Solo una persona incapaz de manejar uno más pesado. La diferencia entre los sexos no es cuestión de valor o fuerza, sino de robustez para levantar pesos en los músculos de los hombres. Una mujer atrevida puede cometer cien asesinatos con un martillo ligero, y ser incapaz de matar un escarabajo con un martillo pesado.

Wilfrido Bohun se le quedó mirando como hipnotizado de horror, mientras que el padre Brown escuchaba muy atentamente, con la cabeza inclinada a un lado. El doctor continuó explicándose con más énfasis:

—¿Por qué suponen estos imbéciles que la única persona que odia al amante de una mujer es el marido de esta? Nueve veces, de cada diez, quien más odia al amante es la mujer misma. ¿Quién sabe qué insolencias o traiciones habrá descubierto el amante a los ojos de ella?… Miren ustedes eso.

Y, con un ademán, señaló a la rubia, que seguía sentada en el banco. Al fin había levantado la cabeza, y las lágrimas comenzaban a secarse en sus hermosas mejillas. Pero los ojos parecían prendidos con un hilo eléctrico al cadáver del coronel, con una fijeza que tenía algo de idiotez.

El reverendo Wilfrido Bohun hizo un gesto, como dando a entender que renunciaba a averiguar nada. Pero el padre Brown, sacudiéndose algunas cenizas de la fragua que acababan de caerle en la manga, dijo con su característico tono indiferente:

—A usted le pasa lo que a muchos otros médicos. Su ciencia del espíritu es arrebatadora; pero su ciencia física es completamente imposible. Yo convengo con usted en que la mujer suele tener más deseos de matar al cómplice que los que pudiera tener el mismo injuriado. Y también acepto que una mujer prefiera siempre un martillo ligero a uno pesado. Pero aquí, el problema está en una imposibilidad física absoluta. No hay mujer en el mundo capaz de aplastar así un cráneo de un golpe.

Y, tras una pausa reflexiva, continuó:

—Esta gente no se ha dado cuenta del caso. Tenga usted en cuenta que este hombre llevaba un casco de hierro debajo del sombrero, y que el golpe lo ha destrozado como se rompe un vidrio. Observe usted a esa mujer: vea usted sus brazos.

Hubo un nuevo silencio, y después dijo el doctor, amoscado:

—Bueno, puede que yo me engañe. En este mundo todo tiene su pro y su contra. Pero vamos a lo esencial: un idiota, teniendo a mano estos martillos, pudo escoger el más ligero.

Al oír esto, Wilfrido Bohun se llevó a la cabeza las flacas y temblorosas manos, como si quisiera arrancarse los ralos cabellos amarillos. Después, dejándolas caer de nuevo, exclamó:

—Esa es la palabra que me estaba haciendo falta. Usted la ha dicho.

Y, dominándose, continuó:

—Usted ha dicho: «Solo un idiota».

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que, en efecto, esto solo un idiota lo ha hecho —concluyó el cura.

Los otros le miraron desconcertados, mientras él proseguía con una agitación femenina y febril:

—Yo soy sacerdote; un sacerdote no puede derramar sangre. Quiero decir que no puede llevar a nadie a la horca. Y doy gracias a Dios porque ahora veo bien quién es el delincuente, y es un delincuente que no puede ser llevado a la horca.

—¿Se propone usted no denunciarlo? —preguntó el doctor.

—No lo podrán colgar aun cuando yo lo denuncie —contestó Wilfrido con una sonrisa llena de extraña alegría—. Esta mañana, al ir a la iglesia, me encontré allí a un loco rezando, a ese desdichado Juan, el idiota. Dios sabe lo que habrá rezado; pero no es inverosímil suponer, en un loco, que las plegarias fueran al revés de lo debido. Es muy posible que un loco rece antes de matar a un hombre. Cuando vi por última vez al pobre Juan, este estaba con mi hermano. Mi hermano estaba burlándose de él.

—¡Por Júpiter! —gritó el doctor—. ¡Al fin! ¡Eso es hablar claro! Pero ¿cómo explicarse entonces…?

El reverendo Wilfrido temblaba casi al sentirse cerca de la verdad:

—¿No ve usted, no ve usted —dijo— que es lo único que puede explicar estos dos enigmas? Uno es el martillo ligero; el otro, el golpe formidable. El herrero pudo asestar el golpe, pero no hubiera empleado ese martillo. Su mujer pudo emplear ese martillo, pero nunca asestar semejante golpe. Pero un loco pudo hacer las dos cosas. ¿Que el martillo era pequeño? Él es un loco: como cogió ese martillo pudo coger cualquier otro objeto. Y en cuanto al golpe, ¿no sabe usted, acaso, doctor, que un loco, en un paroxismo, tiene la fuerza de diez hombres?

El doctor, lanzando un profundo suspiro, contestó:

—¡Diantre! Creo que ha dado usted en el clavo.

El padre Brown había estado contemplando a Bohun con tanta atención como si quisiera demostrarle que sus grandes ojos grises, ojos de buey, no eran tan insignificantes como el resto de su persona. Cuando los otros callaron, dijo con el mayor respeto:

—Señor Bohun, la teoría que usted propone es la única que resiste un examen atento, y como hipótesis, lo explica todo. Merece usted, pues, que le diga, fundado en mi conocimiento de los hechos, que es completamente falsa.

Y, dicho esto, el hombrecillo se alejó un poco, para dedicarse otra vez al famoso martillo.

—Este sujeto parece saber más de lo que le convendría saber —murmuró el malhumorado doctor al oído de Bohun—. Estos sacerdotes papistas son

unos socarrones consumados.

—No, no —dijo Bohun con expresión de fatiga—. Fue el loco, fue el loco.

El grupo formado por el doctor y los dos clérigos se había quedado aparte del grupo oficial, en que figuraban el inspector y el herrero. Pero, al disolverse, el primer grupo se puso en contacto con el segundo. El sacerdote alzó y bajó los ojos tranquilamente al oír al maestro herrero, que decía en voz alta:

—Creo que le he convencido a usted, señor inspector. Soy, como usted dice, hombre bastante fuerte, pero no tanto como para lanzar mi martillo desde Greenford hasta aquí. Mi martillo no tiene alas para venir volando sobre valles y montes.

El inspector rio amistosamente, y dijo:

—No, usted puede considerarse libre de toda sospecha, aunque verdaderamente, es una de las coincidencias más singulares que he visto en mi vida. Solo le ruego a usted que nos ayude con todo empeño a buscar otro hombre tan fuerte y espigado como usted. ¡Por san Jorge!, usted podrá sernos muy útil, aunque sea para coger al criminal. ¿Usted no sospecha de ningún hombre?

—Sí, tengo una sospecha; pero no de un hombre —dijo, pálido, el herrero. Y viendo que todos los ojos, asustados, se dirigían hacia el banco en que estaba su mujer, puso sobre el hombro de esta su robusta mano, y añadió—: tampoco de una mujer.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el inspector, muy risueño—. Supongo que no creerá usted que las vacas son capaces de manejar un martillo, ¿no es cierto?

—Yo creo que ningún ser de carne y hueso ha movido ese martillo —continuó el herrero con voz ahogada—. Hablando en términos humanos, yo creo que ese hombre ha muerto solo.

Wilfrido hizo un movimiento hacia delante, y miró al herrero con ojos ardientes.

—¿Quiere usted decir, entonces, Barnes —dijo con voz áspera el zapatero—, que el martillo saltó solo y le aplastó la cabeza?

—¡Oh, caballeros! —exclamó Simón—. Bien pueden ustedes extrañarse y burlarse; ustedes, sacerdotes, que nos cuentan todos los domingos cuán misteriosamente castigó el Señor a Senaquerib. Yo creo que Aquel que ronda invisiblemente todas las casas quiso defender la honra de la mía, e hizo

perecer al corruptor frente a mi puerta. Yo creo que la fuerza de este martillazo no es más que la fuerza de los terremotos.

Wilfrido, con indescriptible voz, dijo entonces:

—Yo mismo le había dicho a Norman que temiera el rayo de Dios.

A lo cual el inspector contestó, con leve sonrisa:

—Solo que ese agente queda fuera de mi jurisdicción.

—Pero usted no queda fuera de la suya —contestó el herrero—. Recuérdelo usted.

Y volviendo la robusta espalda, entró en su casa. El padre Brown, con los buenos modales de que solía hacer gala, alejó de allí al conmovido Bohun.

—Vámonos de este horrible sitio, señor Bohun —le dijo—. ¿Puedo asomarme un poco a su iglesia? Me han dicho que es una de las más antiguas de Inglaterra. Y, ya comprende usted… —añadió con un gesto cómico— nosotros nos interesamos mucho por las iglesias antiguas de Inglaterra.

Wilfrido Bohun no pudo sonreír, porque el humorismo no era su fuerte; pero asintió con la cabeza, sintiéndose más que dispuesto a mostrar los esplendores del gótico a quien podía apreciarlos mejor que el herrero presbiteriano o el zapatero anticlerical.

—Naturalmente —dijo—. Entremos por aquí. Y lo condujo a la entrada lateral, donde se abría la puerta con escalones al patio. Cuando iba por la primera grada, el padre Brown sintió una mano sobre su hombro y, volviéndose, vio la negra y esbelta figura del doctor, cuyo rostro estaba también negro de sospechas.

—Señor —dijo el médico con brusquedad—, usted parece conocer algunos secretos de este feo asunto. ¿Puedo preguntar a usted si se propone guardárselos para sí?

—¡Cómo, doctor! —contestó el sacerdote sonriendo plácidamente—. Hay una razón decisiva para que un hombre de mi profesión se calle las cosas cuando no está seguro de ellas, y es lo acostumbrado que está a callárselas cuando está seguro de ellas. Pero si le parece a usted que he sido reticente hasta la descortesía con usted o con cualquiera, violentaré mi costumbre todo lo que me sea posible. Voy a darle a usted dos indicios.

—¿Y son? —preguntó el doctor, muy solemne.

—Primero —contestó el padre Brown—, algo que le compete a usted; es un tema de ciencia física. El herrero se equivoca, no quizás en asegurar que se trate de un acto divino, sino en figurarse que es un milagro. Aquí no hay milagro, doctor, sino hasta donde el hombre mismo, dotado como está de un corazón extraño, perverso y, con todo, semiheroico, es un milagro. La fuerza

que destruyó ese cráneo es una fuerza bien conocida de los hombres de ciencia: una de las leyes de la naturaleza más frecuentemente discutidas.

El doctor, que lo contemplaba con sañuda atención, preguntó:

—¿Y segundo?

—El otro indicio es este —contestó el sacerdote—. ¿Recuerda usted que el herrero, aunque cree en el milagro, hablaba con burla de la posibilidad de que su martillo tuviera alas y hubiera venido volando por el campo desde una distancia de media milla?

—Sí —dijo el doctor—; lo recuerdo.

—Bueno —añadió el padre Brown con una sonrisa llena de sencillez—. Pues esa suposición fantástica es la más cercana a la verdad de cuantas hoy se han propuesto.

Y dicho esto, subió las gradas para reunirse con el cura. El reverendo Wilfrido le había estado esperando, pálido e impaciente, como si la pequeña tardanza agotara la resistencia de sus nervios. Lo condujo directamente a su rincón favorito, a aquella parte de la galería que estaba más cerca del techo labrado, iluminada por la admirable ventana del ángel. Todo lo vio y admiró con el mayor cuidado el sacerdote latino, hablando incesantemente, aunque en voz baja. Cuando, en el curso de sus exploraciones, dio con la salida lateral y la escalera de caracol por donde Wilfrido bajó para ver a su hermano muerto, el padre Brown, en lugar de bajar, trepó con la agilidad de un mono, y desde arriba se dejó oír su clara voz:

—Suba usted, señor Bohun. Este aire le hará a usted bien.

Bohun subió, y se encontró en una especie de galería o balcón de piedra, desde el cual se dominaba la ilimitada llanura donde se alzaba la colinilla del pueblo, llena de vegetación hasta el término rojizo del horizonte, y salpicada aquí y allá de aldeas y granjas. Bajo ellos, como un cuadro blanco y pequeño, se veía el patio de la fragua, donde el inspector seguía tomando notas, y el cadáver yacía aún como una mosca aplastada.

—Esto parece un mapamundi, ¿no es verdad? —observó el padre Brown.

—Sí —dijo Bohun gravemente, y movió la cabeza.

Debajo y alrededor de ellos las líneas del edificio gótico se hundían en el vacío con una agilidad vertiginosa y suicida. En la arquitectura de la Edad Media hay una energía titánica que, bajo cualquier aspecto que se la vea, siempre parece precipitarse como un caballo furioso. Aquella iglesia había sido labrada en roca antigua y silenciosa, barbada de musgo y manchada con los nidos de los pájaros. Pero cuando se la contemplaba desde abajo, parecía saltar hasta las estrellas como una fuente; y cuando, como ahora, se la

contemplaba desde arriba, caía como una catarata en un abismo sin ecos. Aquellos dos hombres se encontraban, así, solos frente al aspecto más terrible del gótico: la contracción y desproporción monstruosas, las perspectivas vertiginosas, el vislumbre de la grandeza de las cosas pequeñas y la pequeñez de las grandes; un torbellino de piedra en mitad del aire. Detalles de la piedra, enormes por su proximidad, destacaban sobre campos y granjas que, en lontananza, aparecían diminutos. Un pájaro o animal esculpido en un ángulo, resultaba un enorme dragón capaz de devorar todos los pastos y las aldeas del contorno. La atmósfera misma era embriagadora y peligrosa, y los hombres se sentían como suspendidos en el aire sobre las alas vibrantes de un genio colosal. La iglesia toda, enorme y rica como una catedral, parecía caer cual un aguacero sobre aquellos campos asoleados.

—Creo que andar por estas alturas, aun para rezar, es arriesgado —observó el padre Brown—. Las alturas fueron hechas para ser admiradas desde abajo, no desde arriba.

—¿Quiere usted decir que puede uno caerse? —preguntó Wilfrido.

—Quiero decir que, aunque el cuerpo no caiga, se le cae a uno el alma —contestó el otro.

—No le entiendo a usted —dijo Bohun.

—Pues considere usted, por ejemplo, al herrero —continuó Brown—. Es un buen hombre, pero no un cristiano; es duro, imperioso, incapaz de perdonar. Su religión escocesa es la obra de hombres que oraban en lo alto de las montañas y los precipicios, y se acostumbraron a contemplar el mundo desde arriba más que a ver el cielo desde abajo. La humildad es madre de los gigantes. Desde el valle se aprecian muy bien las alturas y las cosas grandes. Pero desde la cumbre solo se ven las cosas minúsculas.

—Pero, en todo caso, él no lo hizo —dijo Bohun con tremenda inquietud.

—No —dijo el otro con un acento singular—. Bien sabemos que no fue él.

Y, después de una pequeña pausa, contemplando tranquilamente la llanura con sus pálidos ojos grises, continuó:

—Conocí una vez a un hombre que comenzó por arrodillarse ante el altar como los demás, pero que se fue enamorando de los sitios altos y solitarios para entregarse a sus oraciones, como, por ejemplo, los rincones y nichos de los campanarios y chapiteles. Una vez allí, donde el mundo entero le parecía girar a sus pies como una rueda, su mente también se transformaba, y figuraba ser Dios. Y así, aunque era un hombre bueno, cometió un gran crimen.

Wilfrido estaba mirando a otro sitio, pero sus huesudas manos, cogidas al parapeto de piedra, se tornaron blancas y azules.

—Ese hombre creyó que a él le tocaba juzgar al mundo y castigar al pecador. Nunca se le hubiera ocurrido eso si hubiese tenido la costumbre de arrodillarse en el suelo, como los demás hombres. Pero, desde arriba, los hombres le parecían insectos. Un día distinguió a sus pies, justamente debajo de él, uno que se pavoneaba muy orgulloso, y que era muy visible porque llevaba un sombrero verde: ¡casi era un insecto ponzoñoso!

Las cornejas graznaban por los rincones del campanario, pero no se oyó ningún otro ruido.

El padre Brown continuó:

—Había algo más para tentarlo; tenía en su mano uno de los instrumentos más terribles de la naturaleza; quiero decir, la ley de gravedad, esa energía loca y feroz en virtud de la cual todas las criaturas de la tierra vuelan hacia el corazón de la tierra en cuanto pueden hacerlo. Mire usted, el inspector pasea ahora precisamente allá abajo, en el patio de la fragua. Si yo le tiro una piedrecita desde este parapeto, cuando llegue a él llevará la fuerza de una bala. Si le dejo caer un martillo, aunque sea un martillo pequeño…

Wilfrido Bohun pasó su pierna por encima del parapeto, y el padre Brown le saltó al cuello para retenerlo.

—No por esa puerta —le dijo con mucha dulzura—. Esa puerta lleva al infierno.

Bohun, tambaleándose, se recostó en el muro, y miró a Brown con ojos de espanto.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —gritó—. ¿Es usted el diablo?

—Soy un hombre —contestó gravemente el padre Brown—. En consecuencia, todos los diablos residen en mi corazón. Escúcheme usted.

Y, tras una pausa, prosiguió:

—Sé lo que usted ha hecho, o, al menos, adivino lo esencial. Cuando se separó usted de su hermano, estaba usted poseído de ira, una ira no injustificada, al extremo que cogió usted al paso un martillito, sintiendo un deseo sordo de matarlo en el sitio mismo del pecado. Pero, dominándose, se lo guardó usted en su abotonada levita y se metió usted en la iglesia. Estuvo usted rezando aquí y allá sin saber lo que hacía: bajo la vidriera del ángel de la plataforma de arriba, en otra de más arriba, desde donde podía usted ver el sombrero oriental del coronel como el verde dorso de un escarabajo rampante. Algo estalló entonces dentro de su alma, y dejó usted caer el rayo de Dios.

Wilfrido se llevó una mano a la cabeza —una mano temblorosa— y preguntó con voz sofocada:

—¿Cómo sabe usted que su sombrero parecía un escarabajo verde?

—¡Oh, eso es cosa de sentido común! —dijo el otro con una sombra de sonrisa—. Pero escúcheme usted un poco más. He dicho que sé todo esto, pero nadie más lo sabrá. El próximo paso es usted quien tiene que darlo; yo no doy ya más pasos; yo sello esto con el sello de la confesión. Si me pregunta usted por qué, me sobran razones, y solo una le importa a usted. Dejo a usted libertad de acción, porque no está usted aún muy corrompido, como suelen estarlo los asesinos. Usted no quiso contribuir a la acusación del herrero, cuando era la cosa más fácil, ni a la de su mujer, que tampoco era difícil. Usted trató de echar la culpa al idiota, sabiendo que no se le podía castigar. Y ese solo hecho es un vislumbre de salvación, y encontrar tales vislumbres en los asesinos lo tengo yo por oficio propio. Y ahora, baje usted al pueblo, y haga usted lo que quiera, que es usted tan libre como el viento. Porque yo ya he dicho mi última palabra.

Bajaron la escalera de caracol en el mayor silencio, y salieron frente a la fragua, a la luz del sol. Wilfrido Bohun levantó cuidadosamente la aldaba, abrió la puerta de la cerca de palo, y, dirigiéndose al inspector, dijo:

—Me entrego a la justicia: he matado a mi hermano.

EL OJO DE APOLO

Esa extraña bruma centelleante, confusa y transparente a la vez, que es el secreto del Támesis, iba pasando del tono gris al luminoso, a medida que el sol ascendía hacia el cenit de Westminster, cuando dos hombres cruzaron el puente de Westminster. Uno muy alto, otro muy bajo, podía comparárseles caprichosamente al arrogante campanario del Parlamento junto a las humildes corcovas de la abadía; tanto más, cuanto que el hombre pequeño llevaba hábito clerical. La papeleta oficial del hombre alto era esta: Sr. Hercule Flambeau, detective privado, quien se dirigía a su nuevo despacho, que estaba en una torre de pisos recién construidos, frente a la entrada de la abadía. La identidad del hombre pequeño era esta: Reverendo J. Brown, de la iglesia de San Francisco Javier, en Camberwell, quien acababa de llegar directamente de un lecho mortuorio de Camberwell para conocer la nueva oficina de su amigo.

El edificio tenía aspecto americano, por su altura de rascacielos, y también por la pulida elaboración de su maquinaria de teléfonos y ascensores. Pero estaba recién acabado y todavía con andamios. Solo había tres inquilinos; la oficina situada encima de la de Flambeau estaba ocupada, y lo mismo la de abajo; los dos pisos de más arriba y los tres de más abajo estaban vacíos. A primera vista, algo llamaba la atención en aquella torre de pisos, amén de los restos de andamios: era un objeto deslumbrante que se veía en las ventanas del piso superior al de Flambeau, una imagen, dorada, enorme, del ojo humano, rodeada de rayos de oro, que ocupaba el sitio de dos o tres ventanas.

—¿Qué puede ser eso? —preguntó, asombrado, el padre Brown.

—¡Ah! —dijo Flambeau, riendo—. Es una nueva religión, una de esas religiones nuevas que le perdonan a uno sus pecados asegurando que nunca los ha cometido. Creo que es algo como la llamada Ciencia Cristiana. Un tipo llamado Kalon (no sé lo que significa este nombre, aunque se ve que es postizo) ha alquilado el piso que está encima del mío. Debajo tengo dos mecanógrafas, y arriba ese viejo charlatán. Se llama a sí mismo el Nuevo Sacerdote de Apolo, y adora al sol.

—Pues que tenga cuidado —dijo el padre Brown—; porque el sol fue siempre el más cruel de todos los dioses. Pero ¿qué significa ese ojo gigantesco?

—Tengo entendido —explicó Flambeau— que, según la teoría de esa gente, el hombre puede soportarlo todo, siempre que su espíritu sea firme. Sus dos símbolos principales son el sol y el ojo alerta, porque dicen que el hombre enteramente sano puede mirar al sol de frente.

—Un hombre enteramente sano —observó el padre Brown— no se molestaría en eso.

—Bueno, eso es todo lo que yo sé de la nueva religión —prosiguió Flambeau—. Naturalmente, se jactan también de curar todos los males del cuerpo.

—¿Y curarán el único mal del alma? —preguntó con curiosidad el padre Brown.

—¿Cuál es? —dijo el otro sonriendo.

—¡Oh! Pensar que está uno enteramente sano y perfecto —dijo su amigo.

A Flambeau le interesaba más el silencioso despachito de abajo que el templo llameante de arriba. Era un meridional muy claro, incapaz de sentirse más que católico o ateo; y las nuevas religiones, fueran estas más o menos brillantes, no eran su problema. Pero la humanidad sí lo era, sobre todo cuando tenía una cara bonita. Además, las damas del piso inferior eran, en su clase, de lo más interesante. Dos hermanas llevaban la oficina, ambas delicadas y morenas, una de ellas esbelta y atractiva. Tenía un perfil aguileño y anhelante, y era uno de esos tipos que recuerda uno siempre de perfil, como recortados en el filo de un arma. Parecía capaz de abrirse paso en la vida. Tenía unos ojillos brillantes, pero más con brillo de acero que de diamante; y su figura, rígida y delgada, convenía poco a la gracia de sus ojos. La hermana menor era como una contracción de la otra, algo más borrada, más pálida y más insignificante. Ambas usaban un traje negro adecuado al trabajo, con unos cuellitos y puños masculinos. Mujeres enérgicas de este estilo las hay a cientos en las oficinas de Londres; pero el interés de estas estaba, más que en su situación aparente, en su situación real.

Porque Paulina Stacey, la mayor, era heredera de un blasón y medio condado, y una verdadera fortuna; había sido educada en castillos y entre jardines, antes de que una frígida fiereza —característica de la mujer moderna— la arrastrara a lo que ella consideraba como una vida más intensa y más alta. No había renunciado a su dinero, no, eso hubiera sido un abandono romántico o monástico, ajeno por completo a su utilitarismo imperioso. Conservaba su dinero, como diría ella, para emplearlo en objetos prácticos y sociales. Parte había invertido en el negocio, núcleo de un emporio mecanográfico modelo; parte estaba distribuido en varias ligas y asociaciones

para el fomento del trabajo femenino. Hasta dónde Juana, su hermana y asociada, compartía este idealismo algo prosaico, nadie lo sabía a punto fijo. Pero seguía a su hermana mayor con un afecto de perro fiel que, en cierto modo, era más atractivo, por tener un toque patético, que el ánimo altivo y riguroso de la otra. Porque Paulina Stacey no entendía de cosas patéticas; e incluso tal vez negaba su existencia.

Su rígida presteza, su impaciencia fría, había divertido mucho a Flambeau cuando vino por primera vez a ver los pisos. Él se había quedado en el vestíbulo esperando al chico del ascensor que acompañaba a los visitantes de piso en piso. Pero la desenvuelta muchacha de ojos brillantes se había negado abiertamente a soportar aquella espera oficial. Había dicho con mucha rudeza que ella sabía manejar un ascensor, y no necesitaba de chicos… ni de hombres. Y aunque su despacho solo estaba en el tercer piso, en los pocos segundos de la ascensión se las arregló para informar a Flambeau de sus opiniones fundamentales, del modo más intempestivo; opiniones que tendían todas a producir el efecto general de que ella era una mujer moderna y trabajadora, y le gustaba el maquinismo moderno. Y sus negros ojos ardían de ira contra los que rechazan la ciencia mecánica y añoran el retorno de la era romántica. Todo el mundo debiera ser capaz de manejar una máquina, tal como ella el ascensor. Y hasta parece que no le agradó que Flambeau abriera la puerta para cederle el paso. Y el caballero continuó la ascensión hacia su apartamento, sonriendo con un sentimiento de complejo al recuerdo de tanta independencia y fogosidad.

Sin duda era una mujer temperamental, de un temperamento inquieto y práctico; los ademanes de aquellas manos frágiles y elegantes eran súbitos y hasta destructores. Flambeau entró una vez en la oficina de la muchacha para encargar una copia, y se encontró con que la muchacha acababa de arrojar en mitad de la estancia unas gafas de su hermana, y estaba pateándolas con saña. Se despeñaba por los rápidos de una tirada ética contra las «enfermizas nociones medicinales» y la morbosa aceptación de la debilidad que el uso de tales aparatos supone; conminaba a su hermana a no volver a presentarse por allí con aquel chisme artificial y dañino; le preguntaba si acaso le hacían falta piernas de palo, cabellos postizos u ojos de cristal, y, mientras decía todo aquello, sus ojos fulguraban más que el cristal.

Flambeau, desconcertado ante semejante fanatismo, no pudo menos de preguntar a la señorita Paulina, con directa lógica francesa, por qué un par de gafas había de ser un signo de debilidad más morboso que un ascensor, y por

qué la ciencia, que nos ayuda para un esfuerzo, no ha de ayudarnos para el otro.

—Eso es muy distinto —dijo Paulina Stacey pomposamente—. Las baterías, los motores y cosas por el estilo son signos de la fuerza del hombre… ¡sí, señor Flambeau, y también de la fuerza de la mujer! Ya hablaremos de esas grandes máquinas que devoran la distancia y desafían al tiempo. Eso es superior y espléndido… Esa es la verdadera ciencia. Pero estos miserables parches y remedios que venden los doctores… Bueno, son signos de cobardía. Los doctores andan prendiéndole a uno los brazos y las piernas como si fuéramos unos mutilados o cojos de nacimiento, unos esclavos de nacimiento. ¡Pero yo he nacido libre, señor Flambeau! La gente se figura que necesita todo eso, porque ha sido educada en el miedo en vez de ser educada en el poder y el valor; así también las estúpidas niñeras dicen a los niños que no miren el sol, de suerte que los niños no pueden ya mirarlo sin pestañear. Pero ¿cuál es, entre todas las estrellas, la estrella que yo no puedo mirar de frente? El sol no es mi señor, y yo abro los ojos y lo miro siempre que me da la gana.

—Los ojos de usted —dijo Flambeau haciendo una reverencia completamente extranjera— bien pueden deslumbrar al sol.

Flambeau se complació en echar un piropo a la belleza extraña y arisca, en parte porque estaba seguro de que eso la haría perder su aplomo. Pero cuando subía la escalera para regresar a su oficina, dio un resoplido y dijo para sí: «De modo que esta ha caído en las manos del brujo de arriba y se ha dejado embaucar por su teoría del ojo de oro».

Porque, aunque poco sabía y poco se preocupaba de la nueva religión de Kalon, ya había oído hablar de la teoría aquella de contemplar de frente al sol.

Pronto se dio cuenta de que la unión espiritual entre el piso de arriba y el de abajo era cada vez más estrecha. El llamado Kalon era un tipo extraordinario, y muy digno, en el sentido físico, de ser el pontífice de Apolo. Era casi de la estatura de Flambeau, y de mejor presencia, con unas barbas de oro, hermosos ojos azules y una melena de león. Era, por la estructura, la bestia blonda de Nietzsche; pero toda su belleza animal resultaba aumentada, iluminada y suavizada por una inteligencia y una espiritualidad genuinas. Parecía, ciertamente, uno de aquellos grandes reyes sajones, pero de aquellos que fueron santos. Y esto, a pesar de la incongruencia más que popular y londinense del ambiente en que vivía; el tener una oficina en un edificio de Victoria Street; el tener un empleado, un muchacho vulgar y corriente, vestido como todo hijo de vecino, sentado en la primera habitación entre el corredor y

la que él ocupaba; el que su nombre estuviera grabado en una placa de bronce, y el dorado emblema de su credo colgado sobre la calle como un anuncio de oculista… toda esta vulgaridad no podía evitar que el llamado Kalon ejerciera, con su cuerpo y su alma, una emoción opresora, embriagadora. Para decirlo todo: cualquiera, en presencia de este charlatán, se sentía en presencia de un gran hombre. Hasta con aquel traje de lino ligero que usaba como ropa de trabajo, era una figura fascinadora y formidable; y cuando se envolvía en sus vestiduras blancas y se coronaba con una rueda de oro para hacer sus diarias salutaciones al sol, se mostraba realmente tan espléndido, que muchas veces la gente de la calle no se atrevía a reír. Porque, tres veces al día, este nuevo adorador del sol salía al balcón, frente a la fachada de Westminster, y recitaba una letanía a su radiante señor: una al amanecer, otra al ponerse el sol, y otra al toque de mediodía. Precisamente daban las doce en las torres del Parlamento y la parroquia, cuando el padre Brown, el amigo de Flambeau, alzó los ojos y vio al blanco sacerdote de Apolo en el balcón.

Flambeau, cansado de admirar estas salutaciones diarias a Febo, entró en la casa sin reparar siquiera si su amigo le seguía. Pero el padre Brown, fuera en virtud de su interés profesional por los ritos, o de su interés personal por las extravagancias, se detuvo a contemplar el balcón del idólatra, como se hubiera detenido a ver una representación guiñolesca del *Punch and Judy*. Kalon el Profeta, erguido, lleno de adornos de plata, con las manos levantadas, dejaba oír su voz penetrante, recitando las letanías solares sobre el trajín de la calle. Estaba en mitad de su letanía; sus ojos estaban fijos en el disco llameante. No es fácil saber si veía a alguien o algo de este mundo, pero es seguro que no vio a un sacerdote pequeñín, carirredondo que, entre la multitud de la calle, lo miraba pestañeando. Tal vez nunca se vio mayor diferencia entre dos hombres, ya de suyo tan diferentes. El padre Brown no podía ver nada sin pestañear; y el sacerdote de Apolo contemplaba el astro del mediodía sin el menor temblor en los párpados.

—¡Oh, sol! —gritaba el profeta—. ¡Oh, estrella demasiado grande para convivir con las demás! ¡Oh, fuente que fluyes mansamente en los secretos del espacio! ¡Padre blanco de toda blancura, de las llamas blancas, las blancas flores y las cumbres albeantes! ¡Padre más inocente que la más inocente de tus criaturas! ¡Oh, pureza primitiva, en cuya serenidad perenne…!

En aquel momento se oyó un ruido y se produjo como una fuga y un estallido de cohete, entre estridencias y alaridos. Cinco hombres entraban precipitadamente en la casa al tiempo que otros tres salían de ella a toda prisa. Y, por un instante, todos se estorbaron el paso. Un sentimiento de horror

pareció llenar de pronto la mitad de la calle con un aleteo de alarma, alarma todavía mayor por el hecho de que nadie sabía bien lo que había pasado. Y tras esta súbita conmoción, dos hombres permanecieron impávidos: en el balcón de arriba, el hermoso sacerdote de Apolo; abajo, el triste sacerdote de Cristo.

Por fin apareció en la puerta, dominando el tumulto, la enorme y titánica figura de Flambeau. A voz en grito, como una sirena, pidió que llamaran inmediatamente a un cirujano. Y como volviera a desaparecer en el interior de la casa, abriéndose paso por entre la gente, su amigo el padre Brown se escurrió tras él, aprovechándose de su insignificancia. Mientras se afanaba por abrirse paso entre la muchedumbre, todavía pudo oír la salmodia magnífica y monótona del sacerdote solar, que seguía invocando al dios venturoso, amigo de las fuentes y flores. El padre Brown se encontró a Flambeau y a otros seis individuos en torno al espacio cercado del ascensor. El ascensor no había bajado, pero en su lugar había bajado otra cosa que debió bajar en el ascensor.

Flambeau había estado examinando aquello; había identificado la sanguinolenta cara de la hermosa muchacha que negaba la existencia de todo elemento trágico en la vida. Nunca dudó que fuera Paulina Stacey; y, aunque había pedido los auxilios de un médico, tampoco tenía la menor duda de que la muchacha estaba muerta.

Flambeau no se acordaba exactamente de si la muchacha le había agradado o desagradado: ¡abundaban razones para lo uno y lo otro! Pero, en todo caso, su existencia no le había sido indiferente; y el sentimiento indomeñable de la costumbre le hacía padecer ahora las mil pequeñas dolencias de una pérdida irreparable. Recordaba su bonita cara y sus jactanciosos discursos con esa viveza secreta en que está toda la amargura de la muerte. En un instante, como con una flecha del cielo, como un rayo caído quién sabe de dónde, aquel cuerpo hermoso y audaz se había precipitado por el hueco del ascensor para encontrar abajo la muerte. ¿Sería un suicidio? ¡Imposible, dado el optimismo insolente de la muchacha! ¿Un asesinato? ¡Pero si en aquellos pisos casi no vivía nadie todavía! Con un chorro de palabras roncas, que él quiso formular con la mayor energía y resultaron singularmente débiles, preguntó dónde estaba Kalon. Una voz habitualmente pesada, tranquila, plena, le aseguró que, durante el último cuarto de hora, Kalon había estado adorando a su divinidad en el balcón. Cuando Flambeau oyó la voz y sintió la mano del padre Brown, volvió su atezada cara y dijo sin rodeos:

—Entonces, ¿quién puede haber sido?

—Deberíamos subir para averiguarlo —dijo el otro—. Antes de que la policía aparezca por aquí, podemos disponer de media hora al menos.

Dejando el cadáver de la rica heredera en manos del facultativo, Flambeau trepó a saltos por la escalera, y se encontró con que en la oficina de las mecanógrafas no había un alma. Entonces subió a su despacho. Entró y volvió a salir con una cara lívida:

—La hermana —dijo a su amigo con una seriedad de mal agüero, la hermana parece que ha salido a dar un paseo.

—O bien —dijo el padre Brown moviendo la cabeza— puede haber subido al piso del hombre solar. Yo, en su caso, comenzaría por averiguar eso. Después podremos hablar de ello aquí en su despacho.

Y de pronto, como quien recuerda algo olvidado:

—¡No! —exclamó—. ¿Cómo se me puede ocurrir esta estupidez? No, hablaremos de ello abajo, en la oficina de las muchachas.

Flambeau no entendió, pero siguió al sacerdote al piso desierto de las Staceys, y allí el impenetrable pastor de almas se sentó en un sillón de cuero rojo, junto a la puerta, desde donde podía ver la escalera y descansó, y esperó. No tuvo que esperar mucho tiempo. No habían transcurrido ni tres minutos cuando tres personas bajaron por la escalera, solo semejantes en su aspecto de solemnidad. La primera, Juana Stacey, la hermana de la muerta; evidentemente, Juana estaba en el templo de Apolo cuando ocurrió la catástrofe; la segunda era el mismo sacerdote de Apolo que, concluida su letanía, bajaba barriendo la escalera envuelto en su magnificencia; su túnica blanca, su barba y su cabello partido hacían pensar en el Cristo de Doré saliendo del Pretorio; la tercera persona era Flambeau, con sus cejas negras y su cara desconcertada.

La señorita Juana Stacey, vestida de negro, con el ceño contraído y con algunos prematuros toques grises en los cabellos, se dirigió a su escritorio y arregló los papeles con un golpe seco y práctico. Este simple acto devolvió a todos al sentido de la realidad. Si la señorita Juana Stacey era una criminal, era una criminal serena. El padre Brown la contempló con una sonrisita extraña, y, sin dejar de mirarla, habló así, dirigiéndose a otro:

—Profeta —probablemente se dirigía a Kalon—. Quisiera que me contestara usted algunas preguntas sobre su religión.

—Muy honrado —dijo Kalon inclinando la cabeza, todavía coronada—. Pero no sé si he entendido bien…

—Mire usted, se trata de esto —dijo el padre Brown de una manera francamente recelosa—. Dicen que si un hombre tiene malos principios, es por su culpa en buena parte. Pero conviene distinguir al que decididamente ofende a su buena conciencia de aquel cuya conciencia está nublada por el sofisma. Ahora bien, ¿usted cree realmente que el asesinato es un acto malo?

—¿Es eso una acusación? —preguntó Kalon tranquilamente.

—No —contestó Brown con igual corrección—. Es el alegato de la defensa.

En la vasta y misteriosa quietud del salón, el profeta de Apolo se levantó lentamente, y se diría que aquello era la salida del sol. Llenó el salón con su luz y vida de tal modo, que lo mismo hubiera podido llenar con la fuerza de su presencia toda la llanura de Salisbury. Su forma envuelta en ropajes, pareció adornar toda la habitación con tapices clásicos; su ademán épico parecía alargarla en perspectivas indefinidas, de suerte que la figurita negra del clérigo moderno resultó allí como una falta, como una intrusión, como una mancha negra y redonda sobre la esplendorosa túnica de Hélade.

—Al fin nos hemos encontrado, Caifás —dijo el profeta—. Tu iglesia y la mía son las únicas realidades en esta tierra. Yo adoro al sol, y tú la puesta de sol. Tú eres sacerdote del Dios moribundo, y yo del Dios en plena vida. Tu calumniosa sospecha es digna de tu sotana y tu credo. Tu iglesia no es más que una policía negra. No sois más que espías y detectives que tratan de arrancar a los hombres la confesión de sus pecados, ya por la traición, ya por la tortura. Vosotros haréis que los hombres confiesen su crimen; yo los sacaré convictos de inocencia. Vosotros los convenceréis de su pecado; yo, de su virtud.

¡Oh, lector de los libros nefandos! Una palabra más antes de que, para siempre, disipe tus pesadillas miserables; no eres capaz de entender hasta qué punto me es indiferente el que tú intentes o no convencerme. Lo que tú llamas desgracia y horror, es para mí lo que es para el adulto el ogro pintado en los libros para los niños. Dices que me ofreces el alegato de mi defensa. Yo me ocupo tan poco de las tinieblas de esta vida, que voy a ofrecerte el discurso de mi acusación. Solo una cosa se puede decir en contra mía, y yo mismo la revelaré. La mujer que acaba de morir era mi amor, mi desposada, no según las farsas legales de vuestras mezquinas capillas, sino en virtud de una ley más pura y más terrible de lo que vosotros sois capaces de concebir. Ella y yo recorríamos una órbita muy distinta de la vuestra, y andábamos por palacios de cristal, mientras vosotros vagabais en vuestro tráfago por entre túneles y pasadizos de tosco ladrillo. Harto sé yo que la policía, teológica o no, supone

que dondequiera que ha habido amor puede haber odio, y aquí está la primera base para la acusación. Pero el segundo punto es todavía más importante, y yo lo ofrezco por eso de buena gana; no solo es verdad que Paulina me amaba, sino que es cierto también que esta misma mañana, antes de que ella muriera, escribió en esa mesa su testamento, haciendo para mí y mi nueva iglesia un legado de medio millón. ¡Ea, pues! ¿Dónde están las esposas? ¿Os figuráis que me afligen las miserias a que pudierais someterme? Toda servidumbre penal será para mí como esperar a mi amada en una estación del camino. Y la horca misma será para mí como un viaje hacia el país donde está ella, un viaje en un carro despeñado.

Todo esto lo dijo con gran autoridad oratoria, agitando su cabeza, mientras Flambeau y Juana Stacey lo escuchaban llenos de asombro. La cara del padre Brown solo expresaba el más profundo dolor, y miraba el suelo con una angustiosa arruga pintada en la frente. El profeta se recostó gallardamente en la chimenea, y continuó:

—En pocas palabras le he dado a usted los elementos de mi acusación, de la única acusación posible contra mí. En menos palabras voy a destrozarla hasta no dejar una sola huella. En cuanto al hecho concreto del crimen, la verdad queda encerrada en una simple frase: yo no he cometido este crimen. Paulina Stacey cayó desde este piso a las doce y cinco minutos. Un centenar de personas podrá acudir a la prueba testimonial y declarar que yo estuve en el balcón de mi piso desde poco antes de las doce hasta las doce y cuarto, que es la hora habitual de mis oraciones. Mi empleado (un honrado joven de Clapham que nada tiene que ver conmigo) jurará que él estuvo sentado en el vestíbulo toda la mañana y que no vio salir a nadie. Él jurará asimismo que me ha visto entrar diez minutos antes de la hora indicada, quince minutos antes del accidente, y que durante ese tiempo yo no he salido de la oficina ni me he movido del balcón. Jamás pudo haber coartada más perfecta. Puedo citar a declarar a medio barrio de Westminster. Quítenme otra vez las esposas, será lo mejor. Esto se ha acabado.

Pero todavía, para que no quede ni el menor asomo de tan estúpida sospecha, le diré a usted todo lo que usted quiera saber de mí. Creo estar al tanto de cómo vino a morir mi infortunada amiga. Si usted quiere, podrá usted echármelo en cara, o acusar por lo menos a mi religión y a mi fe, pero no encerrarme en la cárcel por ello. Es bien sabido de cuantos se consagran a las verdades superiores que algunos adeptos o *illuminati* han alcanzado realmente el poder de levitación, es decir, la facultad de suspenderse en el aire. Este hecho no es más que una parte de la general conquista de la materia que

constituye el elemento principal de esta nuestra sabiduría oculta. La pobre Paulina tenía un temperamento impulsivo y ambicioso. A decir verdad, yo creo que ella se figuraba haber profundizado en los misterios mucho más de lo que en efecto había conseguido. A menudo me decía, cuando bajábamos juntos en el ascensor, que, teniendo voluntad firme, podría uno bajar flotando sin mayor daño que una pluma ligera. Pues bien, yo creo solemnemente que, en un éxtasis de noble arrebato, ella intentó el milagro. Su voluntad, o su fe, flaquearon seguramente a la hora decisiva, y las bajas leyes de la materia se vengaron horriblemente. Esta es, señores, la verdadera historia, muy triste, y para vosotros muy llena de presunción y maldad, pero no criminal en manera alguna; en todo caso, no se trata de cosa que me pueda ser imputada. En el estilo abreviado de los tribunales de policía, vale más llamarla suicidio; en cuanto a mí, yo la llamaré siempre heroico fracaso en la senda del progreso científico y de la escalada del cielo.

Aquella fue la primera vez que Flambeau vio al padre Brown derrotado. Seguía este mirando al suelo, con penoso ceño, como si estuviera lleno de vergüenza. Era imposible desvanecer la impresión, causada por las aladas palabras del profeta, de que allí había un tétrico acusador profesional del género humano, aniquilado por un espíritu lleno de salud y libertad naturales, mucho más puro y eminente. Por fin, el padre Brown logró hablar, pestañeando y con un marcado aire de sufrimiento físico.

—Bueno, puesto que así es, caballero, no tiene usted más que tomar el testamento y marcharse. ¿Dónde lo habrá dejado la pobre señora?

—Debe de estar por ahí en el escritorio, junto a la puerta —dijo Kalon con esa sólida candidez que, desde luego, parecía absolverlo—. Ella me había dicho que hoy lo redactaría, y al subir en el ascensor a mi apartamento, la vi escribiendo.

—¿Estaba la puerta abierta? —preguntó el sacerdote mirando distraídamente el ángulo de la escalera.

—Sí —dijo Kalon.

—¡Ah! —contestó el otro—. Desde entonces ha estado abierta.

Y continuó estudiando la trama de la estera.

—¡Aquí hay un papel! —dijo la triste señorita Juana con voz alterada.

Se había acercado al escritorio de su hermana, que estaba junto a la puerta, y tenía en la mano una hoja de papel azul. En su rostro había una acre sonrisa, de lo más inoportuno en momento como aquel. Flambeau no pudo menos que mirarla con extrañeza.

Kalon el profeta no manifestó curiosidad alguna por el papel, manteniendo siempre su regia indiferencia. Pero Flambeau lo tomó de manos de la muchacha y lo leyó con la más profunda sorpresa. Comenzaba el papel, en efecto, con los términos sacramentales de un testamento, pero después de las palabras: «Hago donación de todo cuanto he poseído», la escritura se interrumpía de pronto con unos trazos y rayas en seco, donde ya no era posible leer el nombre del legatario. Flambeau, asombrado, mostró a su amigo el clérigo este testamento incompleto; el clérigo le echó una ojeada y se lo pasó, sin decir palabra, al sacerdote del sol.

Un instante después, el pontífice, con sus espléndidos ropajes talares, cruzó la estancia en dos brincos e, irguiéndose cuan largo era frente a Juana Stacey, con unos ojazos azules que parecían salírsele de la cara:

—¿Qué trampa endiablada es esta? —gritó—. Esto no es todo lo que escribió Paulina.

Todos se quedaron sorprendidos al oírle hablar en un tono de voz tan diferente del primero. En su habla se notaba ahora un gangueo yanqui no disimulado. Toda su grandeza y buen inglés se le cayeron de encima como una capa.

—Esto es lo único que hay en el escritorio —dijo Juana, y se le quedó mirando con la misma sonrisilla perversa.

De pronto aquel hombre empezó a proferir blasfemias y a desembuchar cataratas de palabras incrédulas. Aquella manera de abandonar la máscara era realmente penosa; era como si a un hombre se le cayera la cara que Dios le dio.

Cuando se cansó de maldecir, gritó en perfecto dialecto americano:

—¡Oiga usted! Yo seré un aventurero, pero me está pareciendo que usted es una asesina. Sí, caballeros, aquí tienen ustedes explicado su enigma, y sin recurrir a la levitación. La pobre muchacha escribe un testamento en mi favor; llega su malvada hermana, pugna por arrancarle la pluma, la arrastra hasta la reja del ascensor, y la precipita antes de que haya podido terminarlo. ¡Voto a tal! ¡Traigan otra vez las esposas!

—Como usted ha dicho muy bien —replicó Juana con horrible calma—, el ayudante de usted es un joven muy honrado que sabe bien lo que vale el juramento, y jurará sin duda ante cualquier tribunal que yo estaba arriba, en el piso de usted, preparando ciertos papeles que había de copiar a máquina, desde cinco minutos antes hasta cinco minutos después de que mi hermana cayera por el hueco del ascensor. También el señor Flambeau le dirá a usted que me encontró arriba. Hubo un silencio.

—¡Cómo! —exclamó Flambeau—. ¿Entonces Paulina estaba sola cuando cayó, y se trata de un suicidio?

—Estaba sola cuando cayó —dijo el padre Brown—, pero no se trata de un suicidio.

—Entonces, ¿cómo murió? —preguntó Flambeau con impaciencia.

—Asesinada.

—Pero ¡si estaba sola! —objetó el detective.

—Fue asesinada cuando estaba sola —contestó el sacerdote. Todos se le quedaron mirando, pero él conservó su actitud de desaliento, su arruga en la frente, y aquella sombra de pena o vergüenza impersonal que parecía invadirlo. Su voz era descolorida y triste.

—Lo que yo necesito saber —gritó Kalon, lanzando otro voto— es a qué hora viene la policía a detener a esta hermana sanguinaria y perversa; ha matado a uno de su sangre, y a mí me ha robado medio millón, que era tan sagrado y tan mío como…

—Pero, oiga usted, oiga usted, profeta —interrumpió Flambeau con ironía —. Recuerde usted que todo este mundo es ilusión vana.

El hierofante del áureo sol hizo un esfuerzo para volver a su pedestal, y dijo:

—¡Si no se trata solo del dinero! Aunque esa suma bastaría para propagar la causa en todo el mundo. Se trata de los deseos de mi amada. Para Paulina todo esto era santo. En los ojos de Paulina…

El padre Brown se levantó de un salto, tan bruscamente que derribó el sillón. Estaba mortalmente pálido, pero parecía encenderlo una esperanza: sus ojos llameaban.

—¡Eso es! —gritó con voz clara—. Por ahí hay que comenzar. En los ojos de Paulina…

El esbelto profeta retrocedió espantado ante el diminuto clérigo, y gritó:

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué pretende usted hacer?

—En los ojos de Paulina… —repitió el sacerdote, con los suyos cada vez más ardientes—. ¡Continúe usted, continúe usted, en nombre de Dios! El más horrible crimen que puedan inventar los demonios es más leve después de la confesión. Confiese usted, se lo imploro. ¡Continúe usted, continúe usted! En los ojos de Paulina…

—¡Déjeme usted en paz, demonio! —tronó Kalon, luchando como un gigante amarrado—. ¿Quién es usted, usted, espía maldito, para envolverme en sus telarañas y atisbar así y escudriñarme el alma? ¡Déjeme usted irme en paz!

—¿Debo detenerlo? —preguntó Flambeau saltando hacia la puerta, que ya Kalon tenía entreabierta.

—No, déjelo usted salir —dijo el padre Brown, con un suspiro hondo y extraño que parecía salir del fondo del Universo—. Deje usted salir a Caín, porque pertenece a Dios.

Cuando aquel hombre hubo salido, sobrevino un largo silencio, que fue, para la impaciencia de Flambeau, una agonía de interrogaciones. La señorita Juana Stacey se puso con la mayor frialdad a arreglar los papeles de su escritorio.

—Padre —dijo al fin Flambeau—, es mi deber, no solo es cuestión de curiosidad, es mi deber averiguar, si es posible, quién cometió el crimen.

—¿Cuál crimen? —preguntó el padre Brown.

—El crimen que nos ocupa, naturalmente —replicó su amigo con impaciencia.

—Es que se trata de dos crímenes —explicó Brown—, crímenes de muy distinta condición, y también de dos criminales distintos.

La señorita Juana Stacey habiendo juntado sus papeles, echó la llave al cajón. El padre Brown siguió haciendo de ella tan poco caso como ella parecía hacer de él.

—Los dos crímenes —observó— fueron cometidos aprovechándose de la misma debilidad de la misma persona, y luchando por arrebatarle su dinero. El autor del crimen mayor tropezó en su camino con el crimen menor; el autor del crimen menor fue el que se quedó con el dinero.

—¡Oh, no hable usted como un conferenciante! —gritó Flambeau—. Dígalo usted en pocas palabras.

—Puedo decirlo en una sola palabra —contestó su amigo.

La señorita Juana Stacey, con una muequecilla de persona ocupada, se puso ante el espejo su sombrero negro de trabajo, y mientras la conversación continuaba, tomó su bolsa y su sombrilla, y salió de la habitación.

—La verdad —dijo el padre Brown— está en una sola y breve palabra: Paulina Stacey era ciega.

—¡Ciega! —repitió Flambeau, irguiendo lentamente su enorme estatura.

—Estaba condenada a ello por nacimiento —continuó Brown—. Su hermana la hubiera obligado a usar gafas si ella lo hubiera consentido. Pero su filosofía o su capricho era que no debe uno aumentar estos males sometiéndose a ellos. No admitía, pues, la nebulosidad de su vista, o trataba de disiparla a fuerza de voluntad. Su vista, sometida a semejante esfuerzo, fue empeorando. Pero todavía faltaba el último y agotador esfuerzo. Y sobrevino

con ese precioso profeta, o como se llame, que la enseñó a mirar de frente al sol. A esto llamaban «la aceptación de Apolo». ¡Ay, si estos nuevos paganos fueran siquiera antiguos paganos, serían un poco mejores! Los antiguos paganos sabían que la simple y cruda adoración de la naturaleza tiene sus lados crueles. Sabían bien que el ojo de Apolo ciega y consume.

Hubo una pausa, y el sacerdote continuó con voz suave y algo quebrada:

—No es seguro que este hombre infernal la haya vuelto ciega a propósito; pero no cabe duda de que se aprovechó deliberadamente de su ceguera para matarla. La sencillez misma del crimen es abrumadora. Ya sabe usted que tanto él como ella subían y bajaban en el ascensor sin ayuda del empleado. También sabe usted que este ascensor se desliza sin el menor ruido. Kalon subió en el ascensor hasta este piso, y pudo ver, por la puerta abierta, a la muchacha, que escribía, con toda la lentitud de quien ha perdido la vista, el testamento prometido. Él, entonces, le dijo amablemente que allí le dejaba el ascensor a su disposición, y que cuando acabara no tenía más que salir. Dicho esto, pulsó el botón y subió sigilosamente hasta su piso, entró en su oficina, salió a su balcón, y estaba orando tranquilamente ante la muchedumbre callejera cuando la pobre muchacha, acabada su obra, corrió alegremente a donde su amante y el ascensor habían de recibirla; dio un paso…

—¡No! —gritó Flambeau.

—Con solo haber pulsado ese botón —continuó el curita con la voz descolorida que usaba para describir las cosas horribles— debió haber ganado medio millón. Pero el negocio se frustró. Se frustró porque dio la pícara casualidad de que otra persona codiciaba también ese dinero, persona que también conocía el secreto de la ceguera de Paulina. En este testamento había algo de lo que nadie se ha dado cuenta; aunque incompleto y sin firma de la autora, ya lo habían firmado como testigos alguna empleada y la otra señorita Stacey. Juana había firmado anticipadamente, diciendo, con un desdén de las formas legales típicamente femenino, que ya lo acabaría Paulina después. Es decir, que Juana quería que su hermana firmara el testamento sin ningún testigo en el momento de la firma. ¿Por qué? Pienso en la ceguera de Paulina, y creo seguro que Juana lo que se proponía al desear que Paulina firmara sin testigos era sencillamente que Paulina fuera incapaz de firmarlo, según voy a explicar.

«Esta gente suele usar siempre plumas estilográficas. Para Paulina era una verdadera necesidad. Ella, por el hábito y la fuerza de voluntad, era capaz todavía de escribir como si conservara ilesa la vista; pero le era imposible darse cuenta de cuándo había que mojar la pluma en el tintero. De suerte que

era su hermana la encargada de llenar las plumas; y todas las llenaba con el mayor cuidado, menos una que dejó de llenar también con el mayor cuidado. Y sucedió que el resto de la tinta bastó para trazar una línea, y luego se agotó. Y el profeta perdió quinientas mil libras esterlinas, y cometió, por nada, uno de los asesinatos más brutales y más brillantes que registra la historia».

Flambeau se dirigió a la puerta, y oyó los pasos de la policía, que subía por la escalera.

—Para poder en diez minutos reconstruir el crimen de Kalon —dijo, volviendo al lado de su amigo— habrá usted tenido que hacer un esfuerzo endemoniado.

El padre Brown se agitó en su asiento:

—¿El crimen de Kalon? —repuso—. No. Más trabajo me ha costado poner en claro el de la señorita Juana y la estilográfica. Yo comprendí que Kalon era el criminal antes de entrar en esta casa.

—No exagere usted —dijo Flambeau.

—No, lo digo en serio —contestó el sacerdote—. Le aseguro a usted que comprendí que era él quien lo había hecho, aun antes de saber qué era lo que había hecho.

—¿Cómo es posible?

—Estos estoicos paganos —dijo el padre Brown, reflexivo— siempre fracasan por su exceso de energía. Hubo un ruido, hubo un griterío en la calle, y, a pesar de todo, el sacerdote de Apolo no se inmutó, ni siquiera miró a la calle. Yo no sabía de qué se trataba; pero comprendí que era algo que a él no le cogía de sorpresa.

LA MUESTRA DE LA ESPADA ROTA

Grises se veían los millares de brazos de aquella selva; plateados sus millones de dedos. En un cielo de pizarra verde azulada, las frías y lúcidas estrellas resultaban briznas de hielo. Toda aquella tierra tan feraz y poco habitada aparecía como endurecida bajo la tenue escarcha. Los huecos negros que alternaban con los troncos de los árboles semejaban cavernas negras e infinitas de aquel despiadado infierno escandinavo, infierno de insoportable frío. Aun la piedra cuadrangular de la torre de la iglesia parecía ser cosa de origen septentrional y de carácter pagano, cual si fuera una torre bárbara entre las rocas marinas de Islandia. Mala noche para explorar el camposanto de la iglesia. Pero tal vez valiera la pena.

Levantábase el camposanto al lado de las cenicientas orillas del bosque, sobre una corcova o dorso del césped verde que, a la luz de las estrellas, era grisáceo. Casi todas las sepulturas estaban en una pendiente, y el camino que llevaba a la iglesia era tan empinado como una escalera. En lo alto de la colina, en una especie de rellano, aparecía el monumento al que debía su fama el lugar. Contrastaba con las sepulturas informes que le rodeaban, porque era obra de uno de los más célebres escultores de la Europa moderna. Con todo, su celebridad había pasado al olvido ante la celebridad del hombre cuya imagen representaba la escultura. Al lápiz plateado de la luz estelar, se veía la sólida imagen metálica de un soldado moribundo, alzadas las manos en una perenne plegaria, la cabeza sobre la dura almohada del cañón. La cara, venerable y barbada, más bien patilluda, según la antigua y pesada moda del coronel Newcome. El uniforme, aunque trazado en unos cuantos toques sencillos, era el de la guerra moderna. A la derecha, una espada con la punta rota; a la izquierda, la sagrada Biblia. En las luminosas tardes veraniegas, llegaban coches llenos de americanos y gente culta de los alrededores, que iban a admirar el sepulcro. Aun entonces, todos sentían que aquella vasta región forestal, con su colina de cementerio y su iglesia, era un sitio muy abandonado y recóndito. En las heladas negruras del invierno ya se comprenderá que era el sitio más solitario bajo las estrellas. Sin embargo, en la quietud de aquellos bosques inmóviles rechinó una reja. Y he aquí que dos vagas figuras negras entraron por el camino que conducía al cementerio.

El resplandor frío de las estrellas era tan tenue que nada se podía saber de aquellos hombres, sino que ambos vestían de negro, que uno de ellos era

gigantesco, y el otro, como por contraste, casi enano. Se dirigieron hacia la gran tumba esculpida del guerrero histórico, y la contemplaron un rato. En todo el contorno no se veía a ningún otro hombre ni bicho viviente, y aun podía dudarse, en un parpadeo de fantasía, de si aquellos hombres eran hombres. En todo caso, su conversación comenzó con frases muy extrañas. El hombre pequeño rompió el silencio, y dijo así:

—¿Dónde esconderá un grano de arena un sabio?

—En la playa —dijo el hombre alto, en voz baja.

El pequeño movió la cabeza, y, tras corto silencio, dijo:

—¿Dónde esconderá una hoja el sabio?

Y el otro contestó:

—En el bosque.

Nueva pausa. Y luego el mayor continuó:

—¿Quiere usted decir que cuando el sabio trata de ocultar un diamante verdadero está probado que lo esconderá entre diamantes falsos?

—No, no —dijo el pequeño, dando rienda suelta a la risa—. Lo pasado, pasado.

Pateó unos segundos para calentarse los pies, y luego:

—No estoy pensando en eso, sino en algo muy diferente —dijo— y muy peculiar. ¿Quiere usted encender una cerilla?

El gigantón se hurgó los bolsillos y pronto se oyó un chasquido, y una llama pintó de oro todo un paño del monumento. Allí, en letras negras, estaban esculpidas las conocidas palabras que tantos americanos leyeron con el mayor respeto:

Consagrado a la memoria
del General Sir Arthur
Saint Clare, Héroe y Mártir,
que siempre venció a sus
enemigos y siempre supo
perdonarlos, y al fin murió
por la traición a manos de ellos.
Ruegue a Dios —en quien
él puso su confianza— recompensarlo
y vengarlo.

La cerilla le quemó al fin los dedos al gigante, se apagó y cayó. Iba el hombre a encender otra cuando su compañero lo detuvo.

—Muy bien, amigo Flambeau. Ya he visto lo que quería. O más bien, no he visto lo que deseaba no ver. Y ahora, a caminar una milla y media hasta la próxima posada. Porque bien sabe Dios la necesidad de estar junto al fuego y echar un trago de cerveza que experimenta quien se atreve con semejante historia.

Bajaron por la escarpada senda, cerraron otra vez la rústica reja, y con paso firme y ruidoso se internaron por el congelado camino de la selva. Anduvieron un cuarto de milla en silencio antes de que el pequeño dijera:

—Sí, el sabio esconde un grano de arena en la playa. Pero si no hay playa por allí cerca, ¿qué hace? ¿Ignora usted las fatigas que pasó este gran Saint Clare?

—Yo no sé una palabra sobre los generales ingleses, padre Brown —contestó el otro, riendo—. Aunque algo sé de los policías ingleses. Yo solo sé que, sea quien fuere ese personaje, me ha arrastrado usted de aquí para allá por todos los sitios donde quedan reliquias de él. Se diría que murió, por lo menos, en seis lugares distintos. Yo he visto una placa conmemorativa del general Saint Clare en la Abadía de Westminster. He visto una saltarina estatua ecuestre del general Saint Clare en el muelle. He visto un medallón del general Saint Clare en la calle donde nació, y otro en la calle donde vivió; y ahora me arrastra usted al cementerio de esta aldea para ver el sitio en que se conserva su ataúd. La verdad es que comienzo a cansarme de este magnífico personaje, sobre todo porque ignoro completamente quién fue. ¿Qué anda usted buscando en todas estas criptas y efigies?

—Una palabra, y nada más —dijo el padre Brown—. Una palabra que no puedo encontrar.

—Bueno —dijo Flambeau—, ¿quiere usted explicarme eso?

—Lo dividiré en dos partes —dijo el sacerdote—. Primero lo que todos saben, y después lo que yo sé. Lo que todos saben es muy sencillo y breve de contar. Además, es una completa equivocación.

—¡Bravo! —dijo el gigantesco Flambeau, alegremente—. Comencemos por la equivocación, comencemos por lo que todo el mundo sabe y que no es verdad.

—Si no todo es mentira, por lo menos está muy mal entendido —continuó Brown—. Porque, en rigor, todo lo que el público sabe se reduce a esto: el público sabe que Arthur Saint Clare fue un gran general inglés victorioso. Sabe que, tras brillantes y concienzudas campañas en la India y en África, mandaba la expedición contra Brasil cuando el gran patriota brasileño Olivier lanzó su ultimátum. Sabe que, entonces, Saint Clare atacó a Olivier con

escasas fuerzas, y que este le opuso un ejército poderoso; que tras heroica resistencia, cayó prisionero. Y sabe que, después de caer en manos enemigas, y con escándalo del mundo civilizado, Saint Clare fue colgado de un árbol. Así lo encontraron tras la retirada de los brasileños, con la espada rota colgada al cuello.

—¿Y es falsa esta versión popular? —preguntó Flambeau.

—No —dijo su amigo—; hasta aquí, la versión es exacta.

—Es que la historia no puede ir más allá —advirtió Flambeau—. Y si todo esto es verdadero, ¿dónde está el misterio?

Habían pasado ya muchos centenares de árboles grises y fantásticos, antes de que al curita le diera la gana de contestar. Al fin, mordiéndose un dedo, explicó:

—Mire usted, el misterio es un misterio psicológico. O, mejor dicho, es un misterio de dos psicologías. En esa cuestión de Brasil, dos de los más famosos hombres de la historia moderna obraron en absoluta contradicción con su respectivo carácter. Recuerde usted que ambos, Olivier y Saint Clare, eran héroes; lo de siempre, la lucha entre Héctor y Aquiles. ¿Y qué diría usted de un combate en el que Aquiles se comportara tímidamente y Héctor como traidor?

—Prosiga usted —dijo el otro con impaciencia, viendo que su interlocutor volvía a morderse un dedo y callaba.

—Sir Arthur Saint Clare era un soldado religioso a la antigua, el tipo de militares que nos salvó cuando los motines de los cipayos —continuó Brown—. Siempre estaba más por el deber que por el ataque; y, con todo su valor y acometividad personales, era un jefe prudente, a quien indignaba todo gasto inútil de fuerzas. Sin embargo, en esa su última batalla parece haber intentado algo que incluso a los ojos de un niño resultaba absurdo. No hace falta ser un estratega para comprender que aquello era un disparate. No hace falta ser un estratega para echarse a un lado cuando pasa un automóvil. Este es el primer misterio: ¿dónde tenía la cabeza el general inglés? Y el segundo enigma es este: ¿dónde tenía el corazón el general brasileño? El presidente Olivier habrá sido un visionario o, si se quiere, un obstáculo; pero incluso sus enemigos admiten que era magnánimo como un caballero andante. Casi todos sus prisioneros quedaban libres y hasta recibían de él beneficios. Los que se lo figuraban de otro modo, después de tratarlo, quedaban encantados de su sencillez y su bondad. ¿Cómo es posible admitir que solo una vez en la vida se le haya ocurrido vengarse tan diabólicamente? ¿Y esto precisamente el día en que ningún daño había recibido? Ya lo ve usted. Uno de los hombres más

sabios del mundo se comporta un día como un idiota, sin ninguna razón. Uno de los hombres más buenos del mundo obra un día como un demonio, sin ninguna razón. Y toda la cuestión está en eso. Explíqueme usted semejante contradicción, amigo mío.

—No, no —dijo el otro dando un resoplido—. Explíquemela usted. Y haga el favor de explicármelo todo muy claro.

—Bueno —continuó el padre Brown—. No sería justo decir que la versión pública es tal cual yo la he descrito, sin añadir que, de entonces acá, han sucedido dos cosas. No puedo decir que traigan nueva luz a nuestro enigma, porque nadie ha acertado aún a entenderlas. Pero, por lo menos, traen una nueva especie de oscuridad: desvían hacia otro punto la oscuridad. La primera cosa fue esta: el médico de la familia de Saint Clare rompió con la familia y se puso a publicar una serie de violentos artículos, en los que afirmaba que el difunto general había sido un maniático religioso; pero, según los hechos por él alegados, el general resultaba sencillamente un hombre religioso. Así, la campaña del médico fracasó. Todos sabían, por lo demás, que Saint Clare compartía ciertas excentricidades de la piedad puritana. El segundo incidente es más importante. En el infortunado y desamparado regimiento que hizo aquel temerario ataque en Río Negro, había un tal capitán Keith, que estaba comprometido a la sazón con la hija de Saint Clare y que después se casó con ella. Cayó prisionero en manos de Olivier y, como todos los demás prisioneros, con excepción del general, parece que fue tratado muy bondadosamente y pronto fue puesto en libertad. Unos veinte años después, este hombre, entonces teniente coronel, publicó una especie de autobiografía titulada: *Un oficial inglés en Birmania y en Brasil*. Y en la página que el lector ansioso busca afanosamente para dar con el relato del misterioso fin de Saint Clare, aparecen, más o menos, estas palabras: «En todo este libro he contado todos los sucesos tal como han ocurrido, porque comparto la antigua opinión de que la gloria de Inglaterra es lo bastante adulta para cuidarse sola. Pero en este punto de la derrota de Río Negro tengo que hacer una excepción; y las razones que me obligan a ello, aunque de orden privado, son enteramente honorables y también bastante imperiosas. Sin embargo, para hacer justicia a la memoria de dos hombres eminentes, debo decir algunas palabras. Se ha acusado al general Saint Clare de haberse portado con torpeza en aquella ocasión; yo soy testigo, al menos, de que aquella jornada, bien entendida, fue una de las más brillantes y sagaces de su historia. También sobre el presidente Olivier ha caído la acusación de que se portó con una injusticia salvaje. Debo al honor de un enemigo el manifestar que, en esa

ocasión, extremó todavía más que nunca su característica bondad. Y para decirlo en pocas palabras, puedo asegurar a mis compatriotas que ni Saint Clare fue tan necio ni Olivier tan bárbaro como parece. Y es cuanto puedo decir, y ninguna otra consideración humana me obligará a añadir una palabra».

Una enorme luna de hielo, como reluciente bola de nieve, se había levantado por entre la maraña de árboles que quedaba frente a ellos; y a su fulgor, el narrador pudo refrescar sus recuerdos del texto del capitán Keith, con una hoja de papel impreso que llevaba consigo. La dobló, se la guardó de nuevo, y Flambeau alargó la mano con un gesto muy francés para decir:

—Espere un poco, espere un poco. Creo adivinar algo al primer intento.

Y siguió caminando, respirando fuerte, con la negra cabeza y cuello de toro algo doblados, como un corredor en pos de la meta. El curita, divertido e interesado, tuvo que esforzarse para trotar en pos de su amigo. Frente a ellos, los árboles comenzaron a abrirse a derecha e izquierda, y el camino desembocó en un valle claro y bañado de luna, y después volvió a escurrirse, como un conejo, por entre los vericuetos de otro bosque. La entrada de este otro bosque parecía pequeña y redonda como la boca de un túnel lejano. Pero estaba a menos de cien metros, y antes de que Flambeau volviera a hablar, se descubrió ante ellos como una caverna.

—¡Ya lo tengo! —exclamó, dándose en el muslo con entusiasmo—. Todo ha sido pensarlo cuatro minutos. Óigame usted.

—Venga —asintió el otro. Flambeau levantó la cabeza, pero bajó la voz.

—El general sir Arthur Saint Clare —dijo— proviene de una familia en quien la locura era hereditaria, y todo su anhelo era ocultar esto a su hija, y, a ser posible, también a su futuro yerno. Con razón o sin ella, creyó un día estar cerca de la crisis fatal, y prefirió antes suicidarse. Pero un suicidio ordinario hubiera provocado sospechas de lo que él deseaba ocultar. Al acercarse el momento de la campaña, sintió que su cerebro se iba nublando cada vez más, y en un momento de desesperación sacrificó su deber público a su deber privado. Se arrojó al combate precipitadamente, con la esperanza de caer a la primera bala. Al ver que solo había logrado el fracaso y la prisión, la bomba oculta en su cerebro estalló, rompió su espada, y él mismo se colgó de un árbol.

Se quedó mirando la gris fachada del bosque que se movía frente a ellos, con la boca negra en el centro, como boca de sepultura por donde se precipitaba el sendero. Tal vez ese vago aspecto amenazador de un bosque

que se traga un camino reforzó su visión de la tragedia del desdichado general, porque se estremeció un poco.

—¡Terrible historia! —dijo.

—¡Terrible historia! —repitió el sacerdote con la cabeza ladeada—. Pero falsa.

Después echó hacia atrás la cabeza con desesperación y exclamó:

—¡Ojalá hubiera sido así!

El espigado Flambeau se le quedó mirando.

—La historia que usted acaba de forjar es limpia, por lo menos —explicó el pequeño—. Es una historia grata, pura, honrada, tan blanca y tan franca como esa luna. Después de todo, la locura y la desesperación son cosas harto inocentes. Hay cosas mucho peores, Flambeau.

Flambeau se puso a contemplar la luna, que el otro acababa de invocar, y que, vista desde allí, aparecía cruzada por la rama negra de un árbol en forma de cuerno.

—Padre…, padre —dijo Flambeau, gesticulando a la francesa y apresurando el paso—, ¿dice usted que pudo ser peor?

—Peor —repitió Brown como un eco.

Y penetraron en el negro túnel del bosque, que a uno y otro lado ofrecía un tapiz corrido de troncos, como en los confusos corredores de un sueño.

Pronto se encontraron en las más secretas entrañas de la selva, sintiendo que pasaban rozando sus caras unos follajes que ni siquiera podían ver. El sacerdote dijo otra vez:

—¿Dónde ocultará el sabio una hoja? En el bosque. Pero ¿si no tiene a mano ningún bosque…?

—Bueno, bueno —gritó el irritable Flambeau—. ¿Qué hará entonces?

—Sembrará y formará un bosque para ocultarla —dijo el sacerdote con voz opaca—. ¡Un grave pecado!

—¡Oiga usted! —gritó su impaciente amigo, excitado tanto por la oscuridad de aquel enigma como por la oscuridad del bosque—. ¿Quiere usted explicarme eso, o no? ¿Hay algún otro dato?

—Hay otros tres amagos de datos —dijo el otro— que he desenterrado por ahí en rincones y agujeros. Voy a presentárselos a usted en un orden lógico más que cronológico. En primer término, nuestra autoridad para establecer el resultado de la batalla son los despachos del propio Olivier, que son bastante claros. Dice que se encontraba atrincherado con dos o tres regimientos en las colinas que dominan Río Negro, y al otro lado del cual el terreno es más bajo y pantanoso. Más allá, el terreno se eleva ligeramente, y

allí está el puesto avanzado de los ingleses, apoyado por fuerzas que se han quedado muy atrás. En conjunto, las fuerzas inglesas son muy superiores a las suyas; pero ese regimiento avanzado se encuentra tan lejos de sus bases, que Olivier considera posible el plan de cruzar el río para cortar dicho regimiento. Al anochecer, sin embargo, se ha decidido a no abandonar sus posiciones, que son singularmente ventajosas. Al amanecer del día siguiente ve con asombro que aquel puñado de ingleses, sin recibir auxilio ninguno de sus reservas de retaguardia, se ha atrevido a cruzar el río, en parte por un puente que hay a la derecha y en parte por un vado que hay más allá, y se encuentra ya a este lado del río y justamente debajo de él.

Es increíble que, siendo tan pocos y teniendo el enemigo posiciones tan ventajosas, intenten un ataque. Pero Olivier advierte otra circunstancia todavía más inexplicable: que, en lugar de procurarse terreno sólido, aquel regimiento de locos, dejando el río a su espalda, mediante un avance suicida, no hace más que meterse en el fango como un puñado de moscas que se precipita en la miel. Inútil decir que los brasileños abren grandes claros en sus filas con el fuego de la artillería, y que ellos solo pueden contestar con un fuego de fusilería tan ineficaz como animoso. Con todo, no cejan. Y el breve despacho de Olivier termina con un gran tributo de admiración por el místico valor de aquellos imbéciles. «Finalmente —dice—, nuestras líneas avanzan, y los empujan hacia el río. Hemos hecho prisionero al mismo general Saint Clare y a varios oficiales. El coronel y el mayor han muerto en la acción. No puedo menos de manifestar que la historia ofrece pocos espectáculos más hermosos que la resistencia final de este regimiento extraordinario; allí se vio a los oficiales heridos arrebatar el arma a los soldados muertos, y al mismo general enfrentarse al enemigo, a caballo, descubierta la cabeza y con una espada rota en la mano». Sobre lo que después sucedió con el general, Olivier guarda el mismo silencio que el capitán Keith.

—Bueno —gruñó Flambeau—. Vengan más datos.

—El siguiente dato —dijo el padre Brown— me costó algún tiempo descubrirlo, pero puede resumirse en dos palabras. En un asilo que hay entre los pantanos de Lincolnshire, me encontré con un veterano herido en la batalla de Río Negro, y que, además, había asistido al coronel del regimiento en el momento de su muerte. Era este un tal coronel Clancy, un irlandés de pura cepa, y parece que, más que de sus heridas, murió de un ataque de rabia. El pobre coronel, en todo caso, no era responsable de aquel avance tan desatinado; el general le había obligado a ello. Según el veterano, sus últimas y edificantes palabras fueron estas: «Y allá va el asno de hombre con la

espada rota: ¡así le rompieran la cabeza!». Notará usted que todos han advertido este detalle de la espada rota, aunque todos lo han considerado con más respeto que el difunto coronel Clancy. Y ahora vamos al tercer indicio.

El camino comenzó a empinarse, y Brown tuvo que callar un poco para tomar aliento. Después prosiguió en el mismo tono:

—Hará apenas uno o dos meses, murió en Inglaterra un oficial brasileño que tuvo que salir de su país por ciertas dificultades con Olivier. Era persona bien conocida, tanto aquí como en el continente: un español, de nombre Espada. Yo lo conocí también: era un viejo *dandy* de cara amarillenta y que tenía una nariz aguileña. Por razones de orden privado tuve ocasión de examinar los documentos que dejó a su muerte. Era católico, desde luego, y yo le ayudé a bien morir. Entre sus cosas no había nada que sirviera para aclarar el misterio del general Saint Clare, salvo cinco o seis breviarios que habían sido de un soldado inglés y estaban llenos de notas. Supongo que los brasileños los recogieron de algún cadáver que quedó en el campo de batalla. Las notas se interrumpían en la noche anterior a la batalla.

Pero el relato que dejó ese soldado sobre la víspera de la acción era digno de leerse. Lo llevo conmigo, pero aquí no puedo leerlo; esto está muy oscuro. Le haré a usted un resumen de lo que dice. Comienza con una colección de frases burlescas que, por lo visto, le dirigían todos a cierto individuo apodado *el Buitre*. Pero este *Buitre* no parece haber sido uno de los suyos, ni siquiera un inglés; tampoco es seguro que fuera un enemigo. Parece que era un acompañante, un no combatiente, quizás un guía, quizás un corresponsal de guerra de algún periódico. Andaba junto al coronel Clancy; pero, más a menudo, se le ve aparecer, a través de las notas, junto al mayor. El mayor es una figura prominente en el relato del soldado; se le representa allí como un hombre encorvado, de cabellos negros, llamado Murray, irlandés del Norte y puritano. Y se habla mucho del contraste cómico entre la austeridad de este hombre del Ulster y la jovialidad del coronel Clancy. También hay un chiste sobre los colorines del traje del llamado *Buitre*.

Pero todas estas insignificancias desaparecen ante algo que podemos comparar a un toque de clarín. Detrás del campamento inglés, y casi paralelo al río, corre uno de los escasos caminos que atraviesan aquel distrito. Al oeste, el camino tuerce sobre el río y pasa el puente del que ya he hablado. Al este, el camino se mete por los matorrales, y a unas dos millas más allá llega al otro campamento inglés. De aquel punto se oyó venir, aquella tarde, un ruido y tintineo de caballería ligera, y hasta este simple narrador pudo comprender, con asombro, que llegaba el general con su estado mayor. Venía

en ese soberbio caballo blanco que habrá usted visto en las revistas ilustradas y en los retratos de la Academia. Y puede usted estar seguro de que la tropa lo saludó con verdadero entusiasmo. Pero él, sin perder tiempo en ceremonias, saltó del caballo, se mezcló con el grupo de oficiales y les endilgó un discurso solemne, aunque confidencial. Lo que más impresionó a nuestro narrador fue el singular empeño que el general mostraba de discutirlo todo con el mayor Murray; sin embargo, esta preferencia, con tal de no ser exagerada, no tenía nada de extraño. Ambos estaban hechos para entenderse; ambos eran gente que «lee y practica su Biblia»; ambos pertenecían al viejo tipo de militar evangélico. El caso es que, cuando el general montó otra vez a caballo, todavía estaba discutiendo sus planes muy seriamente con Murray; y que, al echar a andar el caballo lentamente hacia el río, el hombre del Ulster caminaba a su lado en animado debate. Los soldados los vieron alejarse y, por fin, desaparecer tras una arboleda, donde el camino tuerce hacia el río. El coronel volvió a su tienda; la tropa, a sus puestos. El narrador se quedó por ahí unos minutos, y de pronto vio algo extraordinario.

El soberbio caballo blanco, que se había alejado a paso lento por el camino, como en las muchas paradas militares a que había concurrido, volvía a galope tendido como si corriera en la pista de un hipódromo. Al principio, la tropa se figuró que el caballo, con el jinete encima, se había desbocado; pero pronto pudieron darse cuenta de que era el mismo general, gran caballista, quien lo hacía correr. Caballo y jinete llegaron hasta donde estaba la tropa como un huracán; y allí, refrenando el caracoleante corcel, el general volvió hacia ellos su encendida cara y preguntó por el coronel con una voz como la trompeta del Juicio.

Yo me figuro que los vertiginosos sucesos de esta catástrofe se mezclaron desordenadamente en el alma de aquellos hombres, como le pasó a nuestro diarista. Con el sobresalto de una pesadilla, cayeron todos, cayeron literalmente en sus filas y se enteraron de que era menester dar un ataque cruzando el río. El general y el mayor parece que habían descubierto quién sabe qué en el puente, y apenas quedaba tiempo de luchar a la desesperada. El mayor iba camino de la retaguardia para traer las reservas; pero, aunque se dieran mucha prisa, era dudoso que pudieran llegar a tiempo. Impepinablemente había que cruzar el río aquella noche y tomar las colinas al amanecer. Y el diario se interrumpe con el barullo y la palpitación de la romántica marcha nocturna.

El padre Brown caminaba ahora delante de su compañero, porque el camino se había hecho angosto y más pendiente y más intrincado, al extremo

de que ya les parecía ir trepando por una escalera de caracol. Desde arriba, entre las tinieblas, bajaba la voz del sacerdote:

—Y todavía hay una circunstancia tan minúscula como enorme. Al azuzarlos el general a aquella carga caballeresca, desenvainó a medias la espada, y después la envainó otra vez como avergonzado de aquel ademán melodramático. Ya ve usted: otra vez la espada.

Una semiluz comenzó a filtrarse por entre la maraña de arbustos, echando a sus pies la sombra de una red. Comenzaban a subir de nuevo hacia la tenue luminosidad del campo abierto. Flambeau sintió que la verdad lo rodeaba más como una atmósfera que como una idea. Y contestó, a tientas:

—¿Y qué tiene de extraño? ¿No llevan espada generalmente los oficiales?

—En la guerra moderna no es frecuente mencionar las espadas —dijo el otro—. Pero en esta historia topamos a cada instante con la dichosa espada.

—¿Y qué? —gruñó Flambeau—. Eso es un incidente insignificante y que tiene cierto color: el viejo general rompe su espada en su último combate. Todo el que se haya asomado a la historia, caerá en ello. Por eso en todas esas tumbas y conmemoraciones lo representan con la espada rota. Supongo que no me ha arrastrado usted a esta expedición polar solo porque dos hombres, estudiando la manera de hacer sus respectivos cuadros, hayan reparado en este detalle de la espada rota de Saint Clare.

—No —gritó el padre Brown con una voz como un pistoletazo—, pero ¿quién es, de todos, el único que ha visto su espada incólume?

—¿Qué quiere usted decir? —dijo el otro, deteniéndose, bajo las inciertas estrellas, porque acababan de salir del túnel del bosque.

—Digo que ¿quién fue el que vio su espada incólume? —repitió, obstinado, el padre Brown—. No fue seguramente el autor del diario de guerra, porque el general ocultó la espada a tiempo.

Flambeau contempló la lejanía lunar como contempla el sol un ciego; y, por primera vez, su amigo dejó ver su ansia al hablar.

—¡Flambeau! —gritó—; no puedo demostrarlo ni después de andar hurgando las tumbas. Pero estoy seguro de ello. Voy a añadir otra cosa que corona todo el edificio de sospechas. El coronel, por suerte fatal, fue uno de los primeros blancos del enemigo. Fue herido mucho antes de que las fuerzas se encontraran. Pero él vio ya la espada rota de Saint Clare. ¿Por qué estaba ya rota? ¿Cómo y cuándo se había roto? Amigo mío, la espada se había roto antes de la batalla.

—¡Oh! —exclamó su amigo con lúgubre jocosidad—; ¿y por dónde habrá caído el otro pedazo?

—Puedo decírselo a usted —contestó el otro precipitadamente—. Está en el ángulo nordeste del cementerio de la catedral protestante de Belfast.

—¿De veras? —preguntó el otro—. ¿Ha ido usted a buscarlo hasta allí?

—No he podido —repuso el otro, lamentándolo sinceramente—. Tiene encima un enorme monumento de mármol; un monumento del heroico mayor Murray, que cayó peleando gloriosamente en la famosa batalla de Río Negro.

Flambeau se quedó galvanizado.

—¿Quiere usted decir —preguntó al fin con voz áspera— que el general Saint Clare odiaba a Murray y lo mató en el mismo campo de batalla porque…?

—Todavía sigue usted lleno de buenos y nobles pensamientos —dijo Brown—. Lo que pasó fue mucho peor.

—Bueno —dijo el gigantón—; mis recursos de imaginación perversa se han agotado.

El sacerdote pareció vacilar, no sabiendo cómo abordar su desenlace, y al fin dijo:

—¿Dónde esconderá el sabio una hoja? En el bosque.

El otro no contestó.

—Y si no hay bosque, fabricará uno. Y si se trata de esconder una hoja marchita, fabricará un bosque marchito.

No hubo respuesta y el sacerdote añadió, con voz muy suave y tranquila:

—Y si se trata de esconder un cadáver, formará un campo de cadáveres para esconderlo.

Flambeau comenzó a alargar sus zancadas como si quisiera a toda costa abreviar el tiempo o el espacio. Y el padre Brown continuó, como reanudando su última frase:

—Ya le he dicho a usted que sir Arthur Saint Clare era un gran lector de su Biblia. Esto es lo que le pasó. ¿Cuándo entenderán los hombres que a nadie le aprovecha leer su Biblia mientras no lea al mismo tiempo la Biblia de los demás? El impresor lee su Biblia y encuentra erratas de imprenta. El mormón lee su Biblia, y da con la poligamia. El partidario de la Ciencia Cristiana lee la suya, y descubre que no es verdad que tengamos brazos y piernas. Saint Clare era un viejo soldado protestante angloindio. Hágase usted cargo de lo que esto significa; y, por favor, vaya usted al fondo. Esto significa que estamos en presencia de un hombre formidable físicamente, que pasa la mayor parte de su vida bajo un sol tropical, en el seno de una sociedad oriental, y que se hunde, sin ninguna guía ni preparación, en el abismo de un libro oriental. Naturalmente, este hombre lee, más que el Nuevo, el Antiguo Testamento. Y

en el Antiguo, naturalmente, encuentra todo lo que quiere: lujuria, tiranía, traición. Sí, ya sé que era lo que suelen llamar un hombre honrado. Pero ¿qué bondad hay en ser honrado en la adoración de la maldad?

En cada uno de los países cálidos y lejanos en que vivió, este hombre pudo disponer de un harén, torturar a los demás, amasar oro con vergüenza; pero siempre pudo decir, con mirada altiva, que lo hacía para la mayor gloria de Dios. Y creo explicar suficientemente mi propia teología preguntando: ¿de qué Dios? Sucede con estos pecados que van abriendo sucesivamente las puertas del infierno, e internándonos en cuartos cada vez más pequeños. Este es el principal argumento contra el crimen: que aunque el hombre no se vaya haciendo más malo, se va haciendo cada vez más débil. Saint Clare se encontró pronto embarazado en un dédalo de soborno y chantaje, y cada vez le hizo más falta el dinero en efectivo. Y en la época de la batalla de Río Negro, ya, de uno en otro mundo, Saint Clare había venido a caer al sitio que Dante considera como el piso más bajo del Universo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir esto —replicó el clérigo, y señaló un charco congelado que brillaba a la luz de la luna—. ¿Se acuerda usted a quiénes pone Dante en el último círculo de hielo?

—A los traidores —dijo Flambeau estremeciéndose.

Y al contemplar aquel inhumano paisaje de árboles, de contornos insolentes y casi obscenos, pudo figurarse que él mismo era Dante, y el sacerdote, con su hilito de voz, era, seguramente, un Virgilio que lo conducía por la zona del eterno pecado.

La voz continuó:

—Olivier, como ya sabe usted, era hombre quijotesco, y no hubiera consentido un servicio secreto de espías. Pero el servicio, como tantas otras cosas, se estableció sin que él lo supiera. Y el que lo estableció fue mi amigo Espada. Era Espada, el pisaverde vestido de colorines, a quien la gente de tropa, por lo narigudo, apodaba *el Buitre*. Habiéndose escurrido hasta el frente a título de filántropo, se coló en las filas inglesas, y al fin dio con el único hombre corrompido que había en las filas. Y este hombre era —¡Dios todopoderoso!— el jefe. Saint Clare necesitaba dinero, montañas de dinero. El desacreditado médico de la familia amenazaba con contar esas indiscreciones, que después salieron a luz: historias de cosas monstruosas y prehistóricas en Park Lane; actos de un evangélico inglés que más parecían sacrificios humanos y actos propios de hordas de esclavos. También le hacía falta dinero para dotar a la hija; porque amaba tanto la fama de la riqueza

como la riqueza misma. Rompió la última amarra, dio el soplo a los brasileños, y los enemigos de Inglaterra lo colmaron de oro. Pero había otro hombre que había hablado con Espada, *el Buitre*, y que también tenía acceso al general. Quién sabe cómo, el austero y joven mayor del Ulster sospechó la horrible verdad; y cuando paseaban lentamente por aquel camino, rumbo al paso del río, Murray le dijo al general que debía renunciar al mando en ese instante, so pena de ser procesado y fusilado. El general se mostró contemporizador hasta que llegaron al bosquecillo del recodo; y al llegar allí, entre las aguas rumorosas y con las palmas doradas de sol (casi veo el cuadro), el general desenvainó e hincó la hoja de su espada en el cuerpo del mayor.

El camino serpeaba un poco, costeando una colina llena de escarcha donde aparecían crueles bultos negros de ramaje y maleza; pero a Flambeau se le antojó ver como una aureola luminosa, que, más que reflejo de la luna y estrellas, parecía resplandor de una hoguera hecha por los hombres. Y estuvo contemplándola atentamente, en tanto que la historia se acercaba a su fin.

—Saint Clare era un canalla; pero de casta. Nunca, puedo jurarlo, nunca fue tan dueño de sí como cuando el pobre Murray yacía, inerte, a sus pies. Nunca, en ninguna de sus victorias, según dijo bien el capitán Keith, fue tan grande aquel gran hombre como en esta derrota que el mundo considera desdeñosamente. Contempló fríamente su arma, limpió la sangre; vio que la punta se había roto en el pecho de su víctima. Y todo lo que había de suceder lo consideró tan serenamente como quien ve la calle tras las vidrieras del casino. Comprendió que aquel cadáver inexplicable sería encontrado; que aquella inexplicable punta de espada sería extraída; que se darían cuenta de la inexplicable espada rota que él ceñía, o notarían su falta si la ocultaba. Comprendió que había matado, pero no había hecho callar. Entonces su imperioso espíritu se irguió ante los obstáculos: solo quedaba un camino, que era hacer menos inexplicable aquel cadáver; alzar una montaña de cadáveres para esconderlo. Y antes de veinte minutos, ochocientos soldados ingleses marchaban a la muerte.

El cálido resplandor fue creciendo, tras el helado cortinaje del bosque, y Flambeau se apresuró otra vez. El padre Brown se esforzó por seguirle. Y continuó, entregado a su historia.

—Tal era el valor de aquel millar de ingleses, y tal el genio de su comandante, que si hubieran atacado de una vez la colina, otra hubiera sido su suerte. Pero el mal espíritu, que jugaba con ellos como si fueran peones de ajedrez, tenía otros intentos. Era necesario que se quedaran empantanados

junto al puente, para que la presencia de cadáveres en aquel sitio no llamara la atención más tarde. Y después, en la gran escena final, el santo soldado de cabellos de plata desenvainaría su espada rota como para conjurar la matanza. Como espectáculo improvisado, no estuvo mal. Pero yo creo (probarlo no puedo), yo creo que, precisamente, mientras estaban atascados en aquel lodazal sangriento, hubo alguien que dudó… y sospechó.

Calló un instante, y después prosiguió:

—No sé de dónde me llega una voz que me dice: el hombre que sospechó fue el enamorado… el que se iba a casar con la hija del viejo general.

—Pero ¿qué pasó con Olivier y cómo colgaron al general? —preguntó Flambeau.

—Olivier, en parte por espíritu caballeresco, en parte por buena política, no gustaba de entorpecer sus avances con el estorbo de los prisioneros. Casi siempre dejaba libres a todos. Y así lo hizo entonces.

—Con todos, menos con el general —dijo el gigante.

—Con todos —insistió el sacerdote.

Flambeau frunció el entrecejo:

—No veo claro —dijo.

—Hay otra escena, Flambeau —dijo Brown en un tono místico y profundo—, otra escena cuya realidad no puedo probar, pero puedo hacer algo mejor: la veo claramente. Veo un campo, de mañana, unas colinas áridas, tórridas, unos uniformes brasileños formados en columnas de marcha. Veo la camisa roja, la larga barba negra de Olivier, agitada por el viento. Olivier tiene el sombrero de ancha falda en la mano. Está despidiéndose del heroico enemigo a quien concede la libertad; del sencillo veterano inglés de cabellos blancos que, en nombre de su gente, le da las gracias. Detrás de él permanece, a la espera, el grupo de ingleses. A un lado, hay vehículos y provisiones para la partida. Redoblan los tambores. Los brasileños se ponen en marcha. Los ingleses están inmóviles como estatuas, y así permanecen hasta que el último destello y rumor de las columnas enemigas se borran en el horizonte tropical. Entonces se agitan todos como muertos que resucitan, y cincuenta rostros se vuelven hacia el general: ¡rostros inolvidables!

Flambeau dio un salto:

—¡No! —gritó—. No querrá usted decir…

—Sí —dijo el padre Brown con voz profunda y patética—. Fue una mano inglesa la que puso el nudo corredizo al cuello de Saint Clare, y creo que fue la misma que puso el anillo en el dedo de su hija. Manos inglesas fueron las que lo izaron en el árbol abominable: las manos de aquellos que lo habían

adorado y seguido en sus victorias. Y fueron almas inglesas (¡Dios nos perdone a todos!) las que, mientras él se mecía, bajo un sol extraño, en la verde horca de la palmera, pidieron, en su justa ira, que se abrieran para él los infiernos.

Al llegar a lo alto de la colina, los deslumbró la luz escarlata de una posada inglesa llena de cortinas rojas en las ventanas. Se alzaba al lado del camino, en amplio ademán de hospitalidad. Tres puertas se abrían para invitar al caminante. Y hasta ellos llegó el rumor y la risa de los hombres que pasaban una velada feliz.

—Inútil decirle a usted más —continuó el padre Brown—. Lo juzgaron en mitad del desierto y lo ejecutaron; y después, por el honor de Inglaterra y de la hija del general, juraron callar para siempre la historia del dinero, de la traición y de la espada asesina. Tal vez (¡Dios los perdone!) todos procuraron olvidarla. Tratemos nosotros de hacer lo mismo. He aquí la posada.

—Con toda el alma —dijo Flambeau, y se adelantó presuroso hacia el bar ruidoso e iluminado; cuando se detuvo, retrocedió y estuvo a punto de caer en mitad del camino.

—¡Mire usted, en nombre del diablo! —gritó, señalando la tabla que colgaba sobre la puerta de la posada.

En la tablilla se veía, toscamente pintado, el puño de una espada y una hoja rota. Debajo, en caracteres anticuados, había un letrero: *La Espada Rota*.

—Pero ¿no se lo esperaba usted? —preguntó el padre Brown—. ¡Si es el dios de la provincia! La mitad de las posadas y calles de por aquí han tomado el nombre de él o de su leyenda.

—Creí que habíamos acabado ya con ese leproso —dijo Flambeau, escupiendo con disgusto.

—No, no se libertará usted de él en Inglaterra —dijo el sacerdote— mientras el bronce sea duro y la piedra resistente. Sus estatuas de mármol han de entusiasmar por siglos y siglos las almas inocentes y orgullosas de los niños; su tumba olerá a lealtad, como huele a lirios. Millones de hombres que no le conocieron amarán como a un padre a ese hombre que fue tratado como un andrajo por los pocos que le conocieron. Será tenido por un santo, y nunca se sabrá la verdad, porque yo estoy decidido a callar. Hay tanto bien y tanto mal en violar un secreto, que prefiero poner a prueba mi conducta. Todos esos periódicos se acabarán. Ya pasó el ruido de la cuestión brasileña. Olivier es honrado ya por todo el mundo. Pero yo me dije que si alguna vez, en palabras, en metal o en mármol que puedan durar como las pirámides, el coronel Clancy, el capitán Keith, el presidente Olivier o cualquier otro inocente

recibían el menor denuesto, entonces hablaría yo. Y en tanto que solo se tratara de cantar equivocadamente las glorias de Saint Clare, callaría. Y así lo haré.

Entraron en la taberna de las cortinas rojas, que no solo era cómoda, sino casi lujosa. Sobre una mesa se veía una reproducción, en plata, de la tumba de Saint Clare, con la cabeza de plata recostada sobre el cañón, y la espada de plata, rota. En los muros se veían fotografías en color del sitio, y la explicación del servicio de coches para los turistas. Los dos amigos se sentaron en los confortables bancos acolchados.

—Venga usted, que hace frío —dijo el padre Brown—. Que nos sirvan algo de vino o cerveza.

—O *brandy* —dijo Flambeau.

LOS TRES INSTRUMENTOS DE MUERTE

Tanto por profesión como por convicción, el padre Brown sabía, mejor que casi todos nosotros, que la muerte dignifica al hombre. Con todo, tuvo un sobresalto cuando, al amanecer, vinieron a decirle que sir Aaron Armstrong había sido asesinado. Había algo de incongruente y absurdo en la idea de que una figura tan agradable y popular tuviera la menor relación con la violencia secreta del asesinato. Porque sir Aaron Armstrong era agradable hasta el punto de ser cómico, y popular hasta ser casi legendario. Era aquello tan imposible como figurarse que «Sunny Jim» se había colgado, o que el pacífico «señor Pickwick» de Dickens había muerto en el manicomio de Hanwell. Porque, aunque sir Aaron, como filántropo que era, tenía que conocer los oscuros fondos de nuestra sociedad, se enorgullecía de hacerlo de la manera más brillante posible. Sus discursos políticos y sociales eran cataratas de anécdotas y carcajadas; su salud corporal era tremenda; su ética, el optimismo más completo. Y trataba el problema de la embriaguez (su tópico favorito) con aquella alegría perenne y aun monótona que es muchas veces la señal de una absoluta y provechosa abstinencia.

La historia corriente de su conversión era muy conocida en los círculos y púlpitos más puritanos: cómo, de niño, había sido arrastrado de la teología escocesa al *whisky* escocés; cómo se había redimido de lo uno y lo otro, y había llegado a ser (según él modestamente decía) lo que era. La verdad es que su barba blanca y bellida, su cara de querubín, sus gafas deslumbradoras, y las innumerables comidas y congresos a que asistía, hacían difícil creer que hubiera sido nunca persona tan tétrica como un borrachín o un calvinista. No, aquel era el más seriamente alegre de todos los hijos de los hombres.

Vivía por los rústicos alrededores de Hampstead, en una hermosa casa, alta, pero no ancha: una de esas modernas torres tan prosaicas. La más estrecha de sus estrechas fachadas, daba sobre la verde pendiente de la vía férrea, y hasta la casa llegaban las trepidaciones del tren. Sir Aaron Armstrong, como él decía con cierta turbulencia, no tenía nervios. Pero si a menudo el tren hacia trepidar la casa, aquella mañana se cambiaron los papeles, y fue la casa la que hizo trepidar al tren.

La máquina disminuyó la velocidad, y finalmente, paró justamente frente al sitio en que un ángulo de la casa se adelantaba sobre la pendiente de pasto. Generalmente, las máquinas paran poco a poco, pero la causa viviente de

aquella parada fue muy rápida. Un hombre vestido rigurosamente de negro, sin omitir (como lo recordaron los testigos de la escena) el temeroso detalle de los guantes negros, apareció en lo alto del terraplén, frente a la máquina, y agitó sus negras manos como un negro molino de viento. Esto no hubiera bastado siquiera para detener a un tren lentísimo. Pero de aquel hombre salió un grito que después todos repetían como si hubiera sido algo nuevo y sobrenatural. Fue uno de esos gritos horrorosamente claros, aun cuando no se entienda qué dicen. Las palabras articuladas por aquel hombre fueron: «¡Un asesinato!».

Pero el conductor asegura que si solo hubiera oído aquel grito penetrante y horrible, sin entender las palabras, hubiera parado igualmente.

Una vez detenido el tren, bastaba un vistazo para advertir las circunstancias del incidente. El hombre de luto era Magnus, el lacayo de sir Aaron Armstrong. El «baronet», con su habitual optimismo, solía burlarse de los guantes negros de su lúgubre criado; pero ahora toda burla hubiera sido inoportuna.

Dos o tres curiosos bajaron, cruzaron la ahumada cerca, y vieron, casi al pie del terraplén, el cuerpo de un anciano con una bata amarilla que tenía un forro de color rojo vivo. En una pierna se veía un trozo de cuerda enredado tal vez en la confusión de una lucha. Había una o dos manchas de sangre, muy poca. Pero el cuerpo estaba doblado o quebrado en una postura imposible para un cuerpo vivo. Era sir Aaron Armstrong. Poco después apareció un hombre robusto de hermosa barba, en quien algunos viajeros reconocieron al secretario del difunto. Patricio Royce, otrora muy célebre en la sociedad bohemia, y aún famoso en el arte bohemio. El secretario manifestó la misma angustia del criado, de un modo más vago, aunque más convincente. Cuando, un instante después, apareció en el jardín la tercera figura del hogar, Alicia Armstrong, la hija del muerto, vacilante e indecisa, el conductor se decidió a hacer algo; se oyó el sonido de un silbato, y el tren, jadeando, corrió a pedir auxilio a la próxima estación.

Y así, a petición de Patricio Royce, el enorme secretario exbohemio, vinieron a llamar a la puerta del padre Brown. Royce era irlandés de nacimiento, y pertenecía a esa casta de católicos accidentales que solo se acuerdan de su religión en los malos trances. Pero el deseo de Royce no se hubiera cumplido tan deprisa si uno de los detectives oficiales que intervinieron en el asunto no hubiese sido amigo y admirador del detective no oficial llamado Flambeau… Porque, claro está, imposible ser amigo de Flambeau sin oír contar mil historias y hazañas del padre Brown. Así,

mientras el joven detective Merton conducía al sacerdote, campo a través, a la vía férrea, su conversación fue más confidencial de lo que hubiera sido entre dos desconocidos.

—Según me parece —dijo ingenuamente el señor Merton— hay que renunciar a desenredar este lío. No se puede sospechar de nadie. Magnus es un loco consumado, demasiado loco para ser un asesino. Royce, el mejor amigo del «baronet» durante años. Su hija lo adoraba sin duda. Además, todo es absurdo. ¿Quién puede haber tenido empeño en matar a este viejo tan simpático? ¿Quién en mancharse las manos con la sangre del amable señor de los brindis? Es como matar a san Nicolás.

—Sí, era un hogar muy simpático —asintió el padre Brown—. Mientras él vivió, al menos así fue siempre. ¿Cree usted que seguirá siendo lo mismo de alegre?

Merton, asombrado, le dirigió una mirada interrogadora.

—¿Ahora que ha muerto él?

—Sí —continuó impasible el sacerdote—. Él era muy alegre. Pero ¿comunicó a los demás su alegría? Francamente, ¿había en esa casa alguna persona alegre, fuera de él?

En la mente de Merton pareció abrirse una ventana, dejando penetrar esa extraña luz de sorpresa que nos permite darnos cuenta de lo que siempre hemos estado viendo. A menudo había estado en casa de Armstrong, para cumplir, en sus funciones policíacas, ciertos caprichos del viejo filántropo. Y ahora que pensaba en ello, se dio cuenta de que, en efecto, aquella casa era deprimente. Los cuartos, muy altos y fríos; el decorado, mezquino y provinciano; los pasillos, llenos de corrientes de aire, alumbrados con una luz eléctrica más fría que la luz de la luna. Y aunque, en contrapartida la cara escarlata y la barba plateada del viejo ardieran como hogueras en todos los cuartos y pasillos, no dejaban ningún calor tras de sí. Sin duda aquella incomodidad de la casa se debía a la vitalidad misma, a la misma exuberancia del propietario. A él no le hacían falta estufas ni lámparas, llevaba consigo su luz y su calor. Pero, recordando a las otras personas de la casa, Merton tuvo que confesar que no eran más que las sombras del señor. El extravagante lacayo, con sus guantes negros, era una pesadilla. Royce, el secretario, hombre sólido, hombrachón o muñeco de trapo con barbas, tenía las barbas de paja llenas de sal gris —como de trapo bicolor—, y la ancha frente surcada de arrugas prematuras. Era de buen natural, pero su bondad era triste y lánguida, y tenía ese aire vago de los que se sienten fracasados. En cuanto a la hija de Armstrong, parecía increíble que lo fuera: era tan pálida y de un aspecto tan

sensitivo. Graciosa, pero con un temblor de álamo trémulo. Y Merton a veces se preguntaba si habría adquirido ese temblor con la trepidación continua del tren.

—Ya ve usted —dijo el padre Brown pestañeando modestamente—. No es seguro que la alegría de Armstrong haya sido alegre… para los demás. Usted dice que a nadie se le puede haber ocurrido dar muerte a un hombre tan feliz. No estoy muy seguro de ello: *ne nos inducas in tentationem*. Si alguna vez me hubiese yo atrevido a matar a alguien —añadió con sencillez— hubiera sido a un optimista.

—¿Cómo? —exclamó Merton, risueño—. ¿A usted le parece que la alegría de uno es desagradable para los demás?

—A la gente le agrada la risa frecuente —contestó el padre Brown—; pero no creo que le agrade la sonrisa perenne. La alegría sin humorismo es cosa muy cansada.

Caminaron un rato en silencio, bajo las ráfagas, por el herboso terraplén de la vía, y al llegar al límite de la larguísima sombra que proyectaba la casa de Armstrong, el padre Brown dijo de pronto, como el que echa de sí un mal pensamiento más que ofrecerlo a su interlocutor:

—Claro es que la bebida en sí misma no es buena ni mala. Pero no puedo menos de pensar que, a los hombres como Armstrong, les convendría tomar de vez en cuando un trago para entristecerse un poco.

El jefe de Merton, un detective muy apuesto, de pelo entregris, llamado Gilder, estaba en la verde loma de la vía esperando al médico forense y hablando con Patricio Royce, cuyas anchas espaldas y erizados cabellos lo dominaban por completo. Y esto se notaba más porque Royce siempre andaba encorvado de una manera hercúlea, y deambulaba por entre sus pequeños deberes domésticos y de secretaría con un aire de pesada humildad, como un búfalo que arrastra un carro.

Al ver al sacerdote, levantó la cabeza con evidente satisfacción y se apartó con él unos pasos. Entretanto, Merton se dirigía a su superior con evidente respeto, pero con cierta impaciencia de muchacho.

—¿Y qué, señor Gilder?, ¿ha descifrado usted este misterio?

—Aquí no hay ningún misterio —replicó Gilder, contemplando, con soñolientas pestañas, el vuelo de las cornejas.

—Bueno, para mí sí lo hay —dijo Merton, sonriendo.

—Todo está muy claro, muchacho —dijo su jefe, acariciando su puntiaguda barba gris—. Tres minutos después de que tú te fuiste a buscar al

párroco del señor Royce, todo se aclaró. ¿Conoces a ese criado de cara de palo que lleva unos guantes negros, al que detuvo el tren?

—¡Ya lo creo! Como que me produce escalofríos.

—Bien —articuló Gilder—, cuando el tren partió, ese hombre se marchó también en él. Un criminal muy frío ¿verdad? ¡Mira tú que escapar en el mismo tren que va a avisar a la policía!

—Pero ¿está usted seguro —observó el joven— de que fue él quien mató a su amo?

—Sí, hijo mío, completamente seguro —replicó Gilder secamente—; por la sencilla razón de que ha escapado llevándose veinte mil libras en acciones que estaban en el escritorio de su amo. No, aquí lo único que merece el nombre de misterio es cómo cometió el asesinato. El cráneo parece roto con un arma potente, pero no aparece arma alguna, y no es fácil que el asesino se la haya llevado consigo, a menos que fuera lo bastante pequeña para no advertirse.

—O quizá lo bastante grande para no advertirse —dijo el sacerdote, dominando una risita.

Gilder volvió la cabeza y le preguntó a Brown secamente qué quería decir.

—Nada, una necedad, ya lo sé —dijo el padre Brown—. Algo que parece cuento de hadas. Pero se me figura que el pobre señor Armstrong fue asesinado con una cachiporra gigantesca, una enorme cachiporra verde, demasiado grande para ser notada, y que se llama la tierra. En suma, que se rompió la cabeza contra esta misma loma verde en que estamos.

—¿Cómo? —preguntó el detective con vivacidad.

El padre Brown volvió su cara de luna hacia la casa y pestañeó como un desesperado. Siguiendo su mirada, los otros vieron que en lo alto de aquel muro, y como ojo único, había una ventana abierta en el desván.

—¿No ven ustedes? —explicó, señalándola con una torpeza infantil—. Cayó o fue arrojado desde allí.

Gilder examinó atentamente la ventana y dijo después:

—En efecto, es muy posible. Pero no entiendo cómo habla usted de ello con tanta seguridad.

Brown abrió sus grises ojos vacíos.

—¿Cómo? —exclamó—. En la pierna de ese hombre hay un trozo de cuerda enredado. ¿No ve usted otro trozo allí, en el ángulo de la ventana?

A aquella altura, la cuerda parecía una brizna o una hebra de cabello, pero el astuto y viejo investigador se dio por satisfecho.

—Muy cierto, caballero. Creo que lo ha acertado usted.

En ese instante, un tren especial de un solo vagón entró por la curva, que hacía la línea hacia la izquierda, y, deteniéndose, dejó salir otro contingente de policías, entre los cuales aparecía la carota de Magnus, el sirviente evadido.

—¡Por Júpiter! ¡Lo han cogido! —gritó Gilder; y se adelantó a recibirlos con mucha precipitación—. ¿Y el dinero? ¿También lo traen ustedes? —preguntó a uno de los gendarmes.

El gendarme, con una expresión singular, contestó:

—No. —Y luego añadió—: Por lo menos, aquí no.

—¿Quién es el inspector? —preguntó Magnus.

Y, al oír su voz, todos comprendieron que aquel hombre hubiera podido detener el tren. Era un hombre de aspecto torpe, negros cabellos lacios, cara descolorida, a quien los ojos y la boca, que eran verdaderas rajas, daban cierto aire oriental. Su procedencia y su nombre habían sido siempre un misterio. Sir Aaron lo había redimido del oficio de camarero, que desempeñaba en una fonda de Londres, y las malas lenguas aseguran que de otros oficios más infames. Su voz era tan viva como muerta era su cara. Sea por el esfuerzo que suponía emplear una lengua que le era extranjera, sea por deferencia hacia su amo (que había sido algo sordo), la voz de Magnus había adquirido una gran sonoridad, una extraña penetración. Cuando habló Magnus, todos se estremecieron.

—Siempre me lo había temido —dijo en voz alta con una suavidad ardorosa—. Mi pobre amo se reía de mi traje de luto, y yo siempre me dije que con este traje estaba preparado para sus funerales.

E hizo un ademán con sus manos enguantadas de negro.

—Sargento —dijo el inspector mirando con furia aquellas manos—. ¿Cómo es que no le ha puesto usted las esposas a este individuo, que parece tan peligroso?

—Señor —dijo el sargento desconcertado—; no sé si debo hacerlo.

—¿Cómo es eso? —preguntó el otro con aspereza—. ¿No lo han arrestado ustedes?

En la hendida boca del criado hubo una mueca desdeñosa, y el silbato de un tren que se acercaba pareció comentar oportunamente la intención burlesca.

El sargento, muy gravemente, replicó:

—Lo hemos arrestado precisamente cuando salía del puesto de policía de Highgate, donde acababa de depositar todo el dinero de su amo en manos del inspector Robinson.

Gilder contempló al lacayo con el mayor asombro:

—¿Y por qué hizo usted eso? —preguntó.

—¡Por qué había de ser! Para poner el dinero a salvo del criminal —contestó Magnus plácidamente.

—Es que el dinero de sir Aaron —dijo Gilder— estaba seguro en manos de la familia.

La cola de esta frase pareció engancharse en el estridor del tren, que se acercó temblando y chirriando. Pero, sobre el infierno de ruidos a que aquella triste mansión estaba sujeta periódicamente, se oyeron las sílabas precisas de Magnus con toda su nitidez de campanadas:

—Tengo razones para desconfiar de la familia Armstrong.

Todos, aunque inmóviles, sintieron vagamente la presencia de un recién llegado. Merton volvió la cabeza, y no le sorprendió encontrarse con la pálida cara de la hija de Armstrong, que asomaba sobre el hombro del padre Brown. Todavía era joven y bella, en aquel su plateado estilo, pero sus cabellos eran de un color castaño tan opaco y sin matices que, a la sombra, de repente, parecía gris.

—Modérese usted —gruñó Royce—. Va usted a asustar a la señorita Armstrong.

—Creo que sí —dijo el de la clara voz.

La dama retrocedió. Todos la miraron sorprendidos. Y él prosiguió así:

—Estoy ya acostumbrado a los temblores de la señorita Armstrong. La he visto temblar muchas veces durante muchos años. Unos decían que temblaba de frío, otros, que de miedo; pero yo sé bien que temblaba de odio y de perverso rencor… Esta mañana los diablos han estado de fiesta. De no haber sido por mí, a estas horas ella estaría lejos, en compañía de su amante, y con todo el dinero de mi amo a cuestas. Desde que el pobre de mi amo le prohibió casarse con ese borracho bribón…

—¡Alto! —dijo Gilder con energía—. No nos importan las sospechas o imaginaciones de usted. Mientras no presente usted una prueba evidente, sus simples opiniones…

—¡Oh, ya lo creo que presentaré pruebas evidentes! —le interrumpió Magnus con su acento cortado—. Usted tendrá que llamarme a declarar, señor inspector, y yo tendré que decir la verdad. Y la verdad es esta: un momento después de que este anciano fuera arrojado por la ventana, entré corriendo en el desván, y me encontré a la señorita desmayada, en el suelo, con una daga roja en la mano. Permítaseme también entregarla a la autoridad competente.

—En ese momento extrajo de los faldones un largo cuchillo cachicuerno con una mancha roja, y se adelantó para entregarlo respetuosamente al sargento. Después retrocedió otra vez, y las rajas de los ojos casi desaparecieron de su cara en una inmensa mueca chinesca.

Merton se sintió enfermo ante aquella mueca, y murmuró al oído de Gilder:

—Habrá que oír lo que dice la señorita Armstrong contra esta acusación, ¿verdad?

El padre Brown levantó de pronto una cara tan absurdamente fresca como si acabara de lavársela.

—Sí —exclamó con radiante candor—. Pero ¿la señorita Armstrong dirá algo contra esta acusación?

La dama dejó salir un grito breve y extraño. Todos se volvieron a verla. Estaba rígida, como paralizada. Solo en el marco de sus cabellos castaños resaltaba su rostro animado por la sorpresa. Se diría que acababan de ahorcarla.

—Este hombre —dijo el señor Gilder gravemente— acaba de declarar que la encontró a usted empuñando un cuchillo, y sin sentido, un momento después del asesinato.

—Dice la verdad —contestó Alicia.

Todos quedaron deslumbrados, y al fin se dieron cuenta de que Patricio Royce adelantaba su enorme cabezota y decía estas singulares palabras:

—Bueno, si me han de llevar, antes he de darme un gusto.

Y, levantando los fornidos hombros, descargó un puñetazo de hierro en la blanda cara mongólica de Magnus, haciéndole caer a tierra más aplastado que una estrella de mar. Dos o tres policías pusieron al instante la mano sobre Royce; pero a los demás les pareció que la razón misma había estallado, y que el Universo entero se convertía en una pantomima insensata.

—Señor Royce —gritó Gilder autoritariamente—. Lo arresto a usted por agresión.

—No —contestó el secretario con una voz como un gong de hierro—. Tendrá usted que arrestarme por homicidio.

Gilder miró muy alarmado al hombre agredido; pero como este estaba levantándose y limpiándose un poco de sangre de la cara, que en rigor no había recibido mucho daño, preguntó secamente:

—¿Qué quiere usted decir?

—Que es cierto, como ha dicho este hombre —explicó Royce— que la señorita Armstrong cayó desmayada con un cuchillo en la mano. Pero no

había empuñado el cuchillo para atacar a su padre, sino para defenderlo.

—Para defenderlo —repitió Gilder gravemente—. ¿Y defenderlo de quién?

—De mí —contestó el secretario.

Alicia lo miró con expresión compleja y desconcertada. Después dijo con voz débil:

—Después de todo, me alegro de que sea usted valiente.

—Subamos —dijo Patricio Royce con pesadez— y les haré ver a ustedes cómo sucedió esta atrocidad.

El desván, que era el aposento privado del secretario —diminuta celda para tan enorme ermitaño— ofrecía, en efecto, señales de haber sido escenario de un violento drama. En el centro, y sobre el suelo, había un revólver; por un lado rodaba una botella de *whisky*, abierta, pero no completamente vacía. El tapete de la mesita había caído y estaba pisoteado. Y una cuerda, como la que aparecía en la pierna del cadáver, colgaba por la ventana. En la chimenea, dos vasos rotos, y uno sobre la alfombra.

—Yo estaba ebrio —dijo Royce; y esta confesión sencilla en aquel hombre prematuramente abatido, tenía todo el patetismo del primer pecado infantil—. Todos ustedes me conocen —continuó con voz ronca—. Todos saben cómo empecé la vida, y parece que voy a acabarla de igual modo. En otro tiempo decían que yo era inteligente, y pude haber sido feliz. Armstrong salvó de la taberna este despojo de cerebro y de cuerpo y, a su modo, el pobre hombre fue siempre bondadoso conmigo. Solo que no quería dejarme casar con Alicia, y todos dirán que tenía razón. Bueno, ustedes pueden formular las conclusiones que gusten, y no necesitarán que yo entre en detalles. Allí, en el rincón, está mi botella de *whisky* medio vacía. Allí, sobre la alfombra, mi revólver completamente descargado. La cuerda que se encontró en el cadáver es la cuerda de mi baúl, y el cuerpo fue arrojado desde mi ventana. No hace falta que los detectives averigüen nada en esta tragedia: es una de esas hierbas que crecen en todos los rincones. ¡Me entrego a la horca, y basta, por Dios!

A una señal, que fue lo bastante discreta, la policía rodeó al robusto secretario para conducirlo preso. Pero esta operación fue verdaderamente interrumpida por la extrañísima actitud que adoptó el padre Brown. Este, a gatas sobre la alfombra, junto a la puerta, parecía entregado a exóticas oraciones. Como era persona que jamás se daba cuenta de la facha que mostraba a los ojos de los demás, conservando siempre su actitud, volvió de pronto su cara, redonda y radiante, asumiendo aspecto de cuadrúpedo con una ridícula cabeza humana.

—¡Vamos! —dijo con sencillez amable—. Esto se complica. Al principio, señor inspector, decía usted que no aparecía arma alguna, pero ahora vamos encontrando muchas armas. Tenemos ya el cuchillo para apuñalar, la cuerda para estrangular y la pistola para disparar; y todavía hay que añadir que el pobre señor se rompió la cabeza al caer de la ventana. Esto no va bien. No es económico.

Y sacudió la cabeza junto al suelo, como caballo que pasta. El inspector Gilder abrió la boca con intención de decir algo muy serio; pero antes de que pudiera articular palabra, ya la grotesca figura rampante decía con la mayor fluidez:

—¡Y estas tres cosas inexplicables! Primero, estos agujeros en la alfombra, donde entraron los seis tiros. ¿A quién se le ocurre disparar a la alfombra? Un ebrio dispara a la cara de su enemigo, que está gesticulando ante él. Pero no riñe con los pies de su enemigo ni les pone sitio a sus pantuflas. Y luego, la dichosa cuerda.

Y habiendo acabado con la alfombra, Brown levantó las manos y se las guardó en los bolsillos, pero permaneció de rodillas.

—¿En qué grado de embriaguez tiene que estar un hombre que ata a su enemigo la soga al cuello para desatarla después y atársela a la pierna? Royce no estaba tan ebrio para hacer semejante disparate, porque, entonces, ahora estaría más dormido que un tronco. Y finalmente, la botella de *whisky*, y esto es lo más claro de todo: usted quiere hacernos creer que aquí ha habido un combate de un alcohólico por apoderarse del *whisky*, que usted ganó la botella, y que, después, la arrojó usted a un rincón, vertiendo la mitad del *whisky* y dejando el resto en la botella. Lo cual me parece poco propio de un alcohólico.

Se irguió de un salto y, en tono de límpida penitencia, le dijo al presunto asesino:

—Lo siento mucho, mi buen señor, pero lo que usted nos cuenta es una sandez.

—Señor —dijo Alicia Armstrong al sacerdote en voz baja—. ¿Puedo hablar un momento a solas con usted?

Esta petición obligó al parlanchín sacerdote a salir a la estancia próxima. Y antes de preguntar nada, la dama le dijo, con una patética precisión:

—Usted es un hombre inteligente, y trata de salvar a Patricio, lo comprendo. Pero es inútil. Este asunto es muy negro, y mientras más indicios encuentre usted, menos posibilidad de salvación habrá para el desdichado a quien amo.

—¿Por qué? —preguntó Brown mirándola con fijeza.

—Porque —contestó ella con la misma expresión— yo misma le he visto cometer el crimen.

—¡Ah! —dijo Brown impertérrito—. ¿Y qué fue lo que hizo?

—Yo estaba en este cuarto —explicó ella—. Esta y aquella puerta estaban cerradas. De pronto oí una voz que decía repetidas *veces*: «¡Infierno, infierno!», y poco después las dos puertas vibraron con la primera explosión del revólver. Hubo tres disparos más antes de que yo lograra abrir una y otra puerta. Me encontré la estancia llena de humo; pero la pistola estaba humeando en la mano de mi pobre y loco Patricio. Y yo le vi con mis propios ojos hacer el último disparo asesino. Después saltó sobre mi padre, que, lleno de terror, estaba trepando por la ventana, y, aferrándolo, trató de estrangularlo con la cuerda, echándosela por la cabeza; pero la cuerda se deslizó por los hombros estremecidos y cayó hasta los pies de mi padre, atándosele sola a una pierna. Patricio tiró de la cuerda enloquecido. Yo cogí entonces un cuchillo que estaba sobre la estera, y, metiéndome entre ellos, logré cortar la cuerda antes de caer desmayada.

—Ya lo veo todo claro —dijo el padre Brown con la misma cortesía impasible—. Muchas gracias.

Y mientras la dama desfallecía, al evocar tales recuerdos, el sacerdote regresó rápidamente a donde estaban los otros. Allí se encontró a Gilder y a Merton solos con Patricio Royce, que estaba sentado en una silla con las esposas puestas. Y dirigiéndose respetuosamente al inspector, dijo:

—¿Puedo decir algo al preso en presencia de usted? ¿Y le permite usted quitarse esas cómicas manillas un instante?

—Es hombre muy fuerte —dijo Merton en voz baja—. ¿Para qué quiere usted que se las quite?

—Pues mire usted —dijo el sacerdote con humildad—. Porque quisiera tener el honor de darle un apretón de manos.

Los dos detectives se miraron sorprendidos, y el padre Brown añadió:

—Caballero, ¿no quiere usted decirles cómo fue la cosa?

El hombre de la silla movió negativamente su enmarañada cabeza, y entonces el sacerdote declaró impaciente:

—Pues lo diré yo. La vida privada es más importante que la reputación pública. Voy a salvar al vivo y dejar que los muertos entierren a los muertos.

Se acercó a la ventana fatal, y se asomó, pestañeando, mientras decía:

—Le dije a usted que aquí había muchas armas para una sola muerte. Ahora debo rectificar: aquí no ha habido armas, porque no se las ha empleado

para causar la muerte. Todos estos instrumentos terribles, el nudo corredizo, la sangrienta navaja, la pistola explosiva, han servido aquí como instrumentos de la más extraña caridad. No se han empleado para matar a sir Aaron, sino para salvarlo.

—¡Para salvarlo! —exclamó Gilder—. ¿Y de qué?

—De sí mismo —dijo el padre Brown—. Era un maniático suicida.

—¿Qué? —gritó Merton con tono incrédulo—. ¡Y su Religión de la Alegría…!

—Es una religión muy cruel —dijo el sacerdote mirando por la ventana—. ¡Que no haya él podido llorar un poco, como antes habían llorado sus padres! Sus planos mentales se endurecieron, sus opiniones se volvieron cada vez más frías. Bajo la alegre máscara se escondía el espíritu hueco del ateo. Finalmente, para conservar ante el público su alegría profesional, volvió a la embriaguez, que había abandonado hacía tanto tiempo. Pero las bebidas alcohólicas son terribles para un abstemio sincero, porque le procuran visiones de ese infierno psicológico contra el cual trata de poner en guardia a los demás. Pronto el pobre señor Armstrong se encontró hundido en el infierno. Y esta mañana se encontraba en tal estado, que se sentó aquí a gritar que estaba en el infierno, y esto con voz tan trastornada, que su misma hija no la reconoció. Le entró la locura de la muerte, y con la agilidad del mono, propia del maniático, se rodeó de instrumentos mortíferos: el lazo corredizo, el revólver de su amigo, el cuchillo. Royce entró casualmente, y, comprendiendo lo que pasaba, se apresuró a intervenir. Arrojó el cuchillo por aquella estera, le arrebató el revólver, y sin tener tiempo de sacar los cartuchos, lo descargó tiro a tiro contra el suelo. El suicida vio aún otra posibilidad de muerte, y quiso arrojarse por la ventana. El salvador hizo entonces lo único que podía: le dio alcance, y trató de atarlo con la cuerda de pies y manos. Entonces esa desdichada joven entró aquí, y comprendiendo al revés las cosas, trató de liberar a su padre cortando la cuerda. Al principio no hizo más que rasguñarle las muñecas a Royce, y esa es toda la sangre que ha habido en este asunto. Porque supongo que ustedes habrán advertido que, aunque su puño dejó sangre en la cara del criado, no dejó la menor herida. Y la pobre mujer, antes de caer desmayada, logró cortar la cuerda que retenía a su padre, el cual salió lanzado por esa ventana rumbo a la eternidad.

Hubo un silencio, y al fin se oyó el ruido metálico que hacía Gilder al abrir las esposas de Patricio Royce, a quien dijo:

—Creo que debo decir lo que siento, caballero. Usted y esa dama valen más que la esquela de defunción de Armstrong.

—¡Al diablo con Armstrong y su esquela! —gritó brutalmente Royce—. ¿No comprenden ustedes que se trataba de que ella no lo supiera?

—¿Que no supiera qué? —preguntó Merton.

—¿Cómo que qué? ¡Que es ella quien ha matado a su padre, imbécil! —rugió el otro—. De no haber sido por ella, estaría vivo. Cuando lo sepa, va a volverse loca.

—No, no lo creo —observó el padre Brown, cogiendo el sombrero—. Al contrario, creo que debo decírselo. Ni la más sangrienta equivocación envenena la vida tanto como un pecado. Y creo también que en adelante ella y usted podrán ser más felices. Y me voy, tengo que ir a la Escuela de Sordomudos.

Al salir por entre el césped mojado, un conocido de Highgate lo detuvo para decirle:

—Acaba de llegar el médico. Va a comenzar el atestado.

—Tengo que ir a la Escuela de Sordomudos —dijo el padre Brown—. Siento mucho no poder asistir a tales diligencias.

LA SABIDURÍA DEL PADRE BROWN
(1914)

LA AUSENCIA DEL SEÑOR COPA

Las salas de consulta del doctor Orion Hood, el eminente criminólogo y especialista en ciertos desórdenes morales, se extendían a lo largo de la costa de Scarboroug inundadas de luz por una serie de amplias vidrieras que recogían la visión del mar del Norte como la prolongación de un muro exterior de mármol azulino. En aquel paraje, el mar presentaba esa monotonía de las superficies lisas, que armonizaba con las habitaciones del establecimiento, sometidas a una terrible limpieza, que bien podía compararse a la terrible limpieza de los mares.

Pero no hay que suponer que las habitaciones del doctor Hood excluyesen el lujo ni aun la poesía. Uno y otro estaban en su puesto, pero se adivinaba que no se les permitía salir de donde estaban. Había lujo, sobre una mesa especial estaban colocadas ocho o diez cajas de los mejores cigarros: pero obedeciendo a un plan, de modo que los más fuertes eran los más próximos a la pared y los más suaves, los más cercanos a la ventana. En esta mesa de lujo nunca faltaba una bandeja con tres botellas de excelente licor, pero un espíritu observador podría afirmar que el *whisky*, el coñac y el ron siempre estarían al mismo nivel. Había poesía: en el ángulo de la izquierda se veía una colección de clásicos ingleses, mientras que a la derecha se alineaban los psicólogos ingleses y extranjeros; pero si se quitaba de allí un volumen de Chaucer o de Shelley, el hueco que dejaba producía un efecto irritante como el hueco en la dentadura de un hombre. No podía afirmarse que los libros nunca se leyeran.

Seguramente se leían, pero daban la impresión de estar encadenados a los anaqueles, como las Biblias en las antiguas iglesias. El doctor Hood trataba su librería privada como si fuese una biblioteca pública. Y si con tal rigor se declaraban intangibles los anaqueles cargados de novelas y poesías y las mesas cargadas de bebidas y tabaco, no hay que decir el fervoroso celo con que se protegían los estantes que contenían la biblioteca de su especialidad y las otras mesas destinadas a guardar los frágiles y misteriosos instrumentos de química o de física.

El doctor Orion Hood se paseaba a lo largo de aquella hilera de dependencias que limitaban —como dicen las geografías infantiles— por el este con el mar del norte y por el oeste con las compactas ringleras de libros sobre sociología y criminología. Vestía una artística bata de terciopelo, pero sin esa negligencia que se ha dado en llamar artística; sus cabellos empezaban

a blanquear, pero se conservaban recios y abundantes; su rostro era flaco, pero lleno de vida y de salud. Tanto en su persona como en su habitación había un no sé qué de rigidez y al propio tiempo de inquietud; como en el gran mar nórdico, ante el cual, por principio de higiene, había levantado su casa.

El destino, que estaba, sin duda, de buen humor, abrió de un empujón la puerta e introdujo en aquellas largas y severas salas que flanqueaban el mar, al tipo más sorprendentemente opuesto a ellas y a su dueño. Obedeciendo a un conciso, aunque cortés requerimiento, la puerta acabó de abrirse y se destacó vacilando en la habitación una figurita deforme que manejaba el paraguas y el sombrero como si trajese un fardo. El paraguas parecía un fardel de ropa negra y remendada; el sombrero era de anchas alas corvas, sombrero clerical, muy poco visto en Inglaterra, y el hombre era la encarnación de la misma vulgaridad y desamparo.

El doctor contempló al recién llegado con contenida sorpresa. Sin duda, no se hubiera quedado más perplejo si un monstruo marino de aquel tamaño y tan inofensivo se le hubiera introducido en su despacho. El recién llegado miró al doctor con ese aspecto radiante y agitado que caracteriza a una corpulenta campesina que ha logrado subir y acomodarse en un autobús, entre una confusa satisfacción moral y un cierto desorden material. El sombrero le cayó por la alfombra, su pesada sombrilla resbaló entre sus piernas y cayó, produciendo un golpe sordo; el dueño de estas prendas se bajó a recogerlas gateando, mientras decía con una sonrisa inimitable:

—Me llamo Brown. Ya me perdonará usted, pero vengo por ese asunto de los MacNabs. Tengo entendido que, con frecuencia, saca usted a la gente de apuros. Perdone si estoy equivocado.

Al terminar su curiosa presentación, ya había recogido su sombrero, sobre el cual se inclinó ligeramente como dando por acabado aquel episodio.

—Apenas comprendo lo que desea —replicó el hombre de ciencia, en tono de estudiada frialdad—. Temo que se haya equivocado de puerta. Soy el doctor Hood y me dedico a trabajos casi meramente literarios e instructivos. Cierto que a veces me ha consultado la policía casos de verdadera dificultad e importancia, pero…

—¡Oh! Este es importantísimo —atajó el hombrecito llamado Brown—. Pues la madre se opone a sus relaciones. —Y se recostó en su asiento como si hubiera expuesto una razón de peso.

Las cejas del doctor Hood se abatieron en una expresión sombría, pero el brillo de sus ojos lo mismo podía ser de cólera que de regocijo.

—Pues aún sigo sin comprender —profirió.

—Digo que quieren casarse —explicó el del sombrero de teja—. Maggie MacNabs y el joven Todhunter quieren contraer matrimonio. ¿Cree usted que puede haber algo más importante?

Aunque los grandes éxitos científicos hubieran quitado a Orion Hood la salud, como decían unos, y a su Dios, como querían otros, no lo habían despojado del sentido del ridículo. Y al oír el último argumento del ingenuo sacerdote prorrumpió en una risita sorda, mientras se dejaba caer en un sillón, adoptando la actitud de un médico que se dispone a oír a un paciente.

—Señor Brown —dijo gravemente—, ya hace catorce años que no se me invita a examinar un problema personal. El último caso en que intervine fue el atentado de envenenamiento del presidente francés en el banquete del Lord Mayor. Ahora se trata de saber, según entiendo, si una amiga de usted llamada Maggie es una novia conveniente para cierto amigo de ella llamado Todhunter. Perfectamente, señor Brown. Soy un aficionado a estas materias y me tomaré el asunto con el mayor interés. Daré a la familia MacNabs mi mejor consejo, tan bueno como el que di a la República francesa y al rey de Inglaterra…, no, mejor; catorce años y medio mejor. No tengo que hacer otra cosa en toda la noche. Cuénteme su historia.

El rechoncho clérigo, llamado Brown, le dio las gracias con arrebatado calor, pero aun con sencillez, como podría darlas una persona afectuosa en un café a quien le alargaran una cerilla para encender el cigarro, y sin abrir apenas un paréntesis entre sus cordiales palabras de gratitud, empezó su relato.

—Ya le dije que me llamo Brown y no he de repetirlo. Soy el cura de la pequeña iglesia católica que probablemente habrá usted visto tras las calles que se dispersan por el norte de la ciudad. En la más apartada de estas calles que se extienden a lo largo de la costa como un muro del mar, vive un miembro de mi rebaño, una persona honestísima, aunque de genio muy vivo, una viuda llamada MacNabs. Tiene una hija y alquila habitaciones, y entre ella y la hija y entre ella y los realquilados…, bien, creo que habría mucho que decir por ambas partes. Actualmente no tiene más que un huésped, el joven Todhunter; pero este ha dado más que hacer que todos los otros juntos, porque quiere casarse con la joven de la casa.

—¿Y la joven de la casa —preguntó el doctor Hood, que en el fondo se divertía enormemente— qué quiere?

—Pues quiere casarse con él —gritó el padre Brown, irguiéndose en la silla—. Eso es precisamente lo que complica este enojoso asunto.

—Es un tremendo enigma —advirtió el doctor.

—Ese joven, James Todhunter —continuó el clérigo—, es una persona decentísima, según tengo entendido; aunque nadie lo conoce a fondo. Es un muchacho listo, moreno, ágil como un mono, afeitado como un actor y obsequioso como un cicerone nato. Parece que tiene algún dinero, pero nadie conoce su oficio. La señora MacNabs, que es una pesimista, cree a pie juntillas que se trata de algo espantoso y relacionado probablemente con la dinamita. En todo caso, la dinamita debe de ser muy inofensiva y silenciosa, pues el pobre muchacho se limita a encerrarse durante varias horas en su aposento y se entrega a no sé qué estudios, a puerta cerrada. Declara que su secreto es algo transitorio y justificado y promete descubrirlo antes de la boda. Esto es cuanto se sabe de cierto, pero la señora MacNabs le dirá muchas otras cosas de las que también está segura. Ya sabe usted que los cuentos crecen como la hierba entre la gente ignorante. Se cuenta que se oye hablar a dos personas en el cuarto del mozo, y que cuando este abre la puerta está siempre solo. Se habla de una persona misteriosa de gran estatura y que lleva chistera de seda, que en una ocasión salió de la niebla del mar y seguramente del agua, cruzó la playa y el huerto que hay detrás de la casa, a la hora del crepúsculo, y se le oyó hablar con el realquilado por la ventana, que estaba abierta. Parece que la conversación acabó en disputa. Todhunter cerró la ventana con violencia y el personaje de la chistera volvió a desaparecer en la niebla del mar. Este es el relato al que se aferra la familia, aunque creo que la señora MacNabs prefiere su propia versión: el otro hombre (o lo que sea) sale cada noche del arca que hay arrimada a un ángulo y que todo el día está cerrada. Ya ve usted cómo la puerta cerrada de Todhunter se convierte en la puerta de todas las fantasías y estupideces de las *Mil y una noches*. Y, no obstante, el pobre muchacho se presenta siempre tan pulcro con su chaqueta negra y se conduce con la inocencia y puntualidad de un reloj de pared. Paga el alquiler religiosamente y es prácticamente un abstemio, no se cansa de mostrarse complaciente con las muchachas y es capaz de tenerlas divertidas todo el día; pero lo más importante de todo es que se ha conquistado el cariño de la mayor, que está dispuesta a ir con él a la iglesia mañana mismo.

Quien sostiene acaloradamente ciertas ideas, gusta de aplicarlas o exhibirlas siempre que se le presenta ocasión, y el gran especialista, ya que había descendido a la sencillez del sacerdote, no tuvo inconveniente en mostrarse generoso. Se acomodó, pues, en su sillón y empezó a perorar como un catedrático.

—Aun en los casos más insignificantes es mejor examinar, ante todo, las principales tendencias de la naturaleza. Es posible que una flor no muera en invierno; pero las flores mueren. Una guija quizá no se humedezca con la marea; pero la marea se produce. Para el observador científico toda historia humana es una serie de movimientos colectivos, de destrucciones, de migraciones, como el exterminio de las moscas en invierno o la vuelta de los pájaros en primavera. Ahora bien, el factor básico de toda historia es la raza. La raza produce la religión, la raza produce las guerras legales y éticas. Pocos casos se encontrarán más fuertes, por su obstinación en sus mismas fragilidades, que el de los celtas, raza de la que son un excelente ejemplar sus amigos los MacNabs. Cortos de estatura, atezados, de temperamento soñador e impulsivo, aceptan fácilmente la explicación supersticiosa de cualquier incidente, como siguen aceptando, y perdone usted que se lo diga, la explicación supersticiosa de todos los incidentes que usted y su Iglesia representa. No es de admirar que esa gente que vive entre el mar que brama tras ellos y la iglesia (vuelvo a rogarle que me perdone) que zumba delante, vean las cosas más fantásticas en lo que probablemente responde a hechos muy sencillos. Usted, con sus ligeras responsabilidades parroquiales, no ve más que a esa señora MacNabs, asustada con su propio relato de las dos voces y un hombre alto que sale del mar; pero el hombre que posee una imaginación disciplinada por la ciencia ve, por decirlo así, todo un clan de MacNabs diseminado por el mundo, aunque en su imaginación se los representa como una bandada de pájaros. Ve miles de señoras MacNabs, en miles de casas, dejando su gotita de estado morboso en la taza de té de sus amigos; ve…

Antes de que el hombre de ciencia pudiera decir lo que veía, se oyó llamar desde la parte exterior con impaciencia, cruzó el corredor el rumor de unas sayas veloces, se abrió la puerta y entró una joven decentemente vestida, pero encarnada y con las ropas en cierto desorden por la prisa. Traía el cabello rubio algo desprendido por el aire del mar y hubiera parecido una verdadera belleza sin los pómulos excesivamente acentuados de relieve y de color, que delataban a una escocesa.

Más pareció dar una orden que presentar excusas:

—Siento interrumpirle, señor —dijo—; pero he tenido que venir en busca del padre Brown al momento. Se trata nada menos que de vida o muerte.

El padre Brown se levantó atropelladamente diciendo:

—Pero ¿qué ha sucedido, Maggie?

—James ha sido asesinado, según lo que he podido sacar en limpio —contestó la muchacha, jadeando aún de fatiga—. Ese hombre llamado Copa

ha vuelto a estar con él. He oído muy bien que discutían, escuchando a través de la puerta. Dos voces distintas. James tiene una voz grave y hablaba con un sonido gutural, mientras que la voz del otro es aguda y bien timbrada.

—¿El hombre llamado Copa? —repitió el sacerdote con acento de perplejidad.

—Sé que se llama Copa —contestó la joven con impaciencia— porque he oído su nombre a través de la puerta. Estaban peleándose a causa de dinero, según creo, pues oí que James decía y repetía: «Está bien, señor Copa», o «No, señor Copa». Y, luego: «Dos y tres, señor Copa». Pero hablamos demasiado. Venga usted enseguida y tal vez llegaremos aún a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —preguntó el doctor Hood, que contemplaba a la muchacha con creciente interés—. ¿Qué hay de particular en ese señor Copa y sus apuros monetarios para que nos precipitemos de ese modo?

—He tratado de derribar la puerta y no he podido —contestó secamente la muchacha—. Entonces he dado la vuelta por detrás y me he encaramado a la ventana. Lo he visto todo oscuro y me parecía que la habitación estaba vacía, pero puedo jurar que he distinguido perfectamente a James tirado como un fardo en un ángulo, como si estuviera envenenado o estrangulado.

—La cosa es muy seria —sentenció el padre Brown, cogiendo el sombrero y el paraguas y disponiéndose a partir—. Precisamente le estaba exponiendo vuestro caso a este caballero, y en su opinión…

—Mi opinión ha variado mucho —dijo el sabio con gravedad—. No creo que esta muchacha sea tan céltica como suponía. Ya que no tengo otro trabajo, voy a coger mi sombrero y les acompaño.

Pocos minutos después, los tres caminaban por la desierta calle de los MacNabs; la joven, con su paso largo y firme de montañesa; el criminólogo, con una graciosa displicencia no exenta de cierta agilidad, y el sacerdote, con toda la distinción que le permitía el hecho de caminar a trancos para seguirlos. El aspecto que ofrecía la calle justificaba las alusiones del doctor a la influencia del medio ambiente. Era triste y desolador. Las casas cada vez estaban más apartadas, formando línea a lo largo de la costa; la tarde se cerraba en un crepúsculo prematuro y triste, el mar presentaba un color violeta y murmuraba ominosamente. En el raído huerto que se extendía por detrás de la casa de los MacNabs hasta la playa, dos árboles negros y secos levantaban las desnudas ramas al cielo como manos de fantasmas, y no otra cosa parecía la señora MacNabs al bajar por la calle al encuentro del grupo, con las manos en alto y el rostro despavorido y en sombras. El doctor y el sacerdote apenas podían atajar el torrente de sus palabras con que reiteraba la

historia de su hija, añadiendo fantásticos e inquietantes detalles y clamando al cielo venganza contra el señor Copa por haber cometido un asesinato; contra el mismo señor Todhunter por haberse dejado asesinar, por atreverse a pretender a su hija, y por haber muerto sin casarse con ella. Entraron juntos en la casa y, por un estrecho pasadizo, llegaron ante la puerta del realquilado. Se adelantó el doctor Hood y con resolución de un viejo detective apoyó su hombro contra la puerta y la abrió de un empujón.

Se hallaron ante una escena de catástrofe, cuya tragedia impresionaba en el silencio. Nadie que hubiera echado una ojeada al interior de aquel aposento podría dudar de que acababa de desarrollarse en él una escena violenta entre dos o más personas. Una baraja estaba esparcida por la mesa y por el suelo, como si se hubiera interrumpido el juego. A un lado de la mesa había dos copas de vino, y los añicos de otra estaban esparcidos sobre la alfombra. No lejos de la mesa lucía un arma que lo mismo podía ser un cuchillo de larga hoja como una espada corta, de empuñadura grabada y ornamentada. Su obtusa hoja reflejaba la escasa luz que entraba por la ventana, por donde se veían los árboles destacando su negrura sobre la pesada superficie del mar. En un ángulo de la habitación había una chistera de seda, tirada por tierra como si la hubiesen derribado de un golpe de la cabeza de algún caballero, y tal era la impresión, que parecía que aún rodaba. Y tirado en un rincón, como un saco de patatas, pero atado como un baúl de ferrocarril, yacía el señor James Todhunter, con una mordaza en la boca y seis o siete cuerdas que le sujetaban brazos y piernas con fuertes nudos. Estaba vivo, porque tenía los ojos abiertos y los movía de un lado a otro.

El doctor Hood se detuvo un momento en el umbral de la puerta para hacerse cargo de aquella escena de muda violencia. Luego avanzó vivamente, cogió el sombrero de copa alta y con aire de preocupación se lo puso a la amordazada víctima. Le venía tan ancho, que casi le llegó a los hombros.

—El sombrero de señor Copa —sentenció el doctor, volviendo con él a la puerta para examinarlo con una lente de bolsillo—. ¿Cómo se explica la ausencia del señor Copa y la presencia de su sombrero? El señor Copa no es hombre descuidado con sus prendas. Este sombrero es de una hechura perfecta y ha sido cepillado de una manera sistemática, aunque está ya algo viejo. Aseguraría que se trata de un señor pulcro y de avanzada edad.

—Pero ¡por Dios! —exclamó la señorita MacNabs—, ¿por qué no desata antes a ese desgraciado?

—Digo de edad avanzada con toda intención, aunque no lo juraría —continuó el sabio—. Acaso mis razones parezcan poco fundadas. A los

hombres se les cae el pelo más o menos, pero siempre poco a poco, y con mis lentes puedo ver el que se queda en un sombrero que se acaba de quitar de la cabeza, por delgado que el cabello sea. Pues bien; aquí no aparece el menor pelo, lo que me induce a pensar que el señor Copa es calvo. Ahora bien, teniendo en cuenta que posee la voz aguda y quejicosa con que tan vivamente nos lo describe la señorita MacNabs (¡paciencia, amiga mía, paciencia!), y relacionando la cabeza calva con ese tono propio de la cólera senil, creo que podemos suponer, sin miedo a equivocarnos, que se trata de una edad avanzada. No obstante, debe de ser hombre vigoroso, y alto, sin duda alguna. Para esto podría apoyarme hasta cierto punto en el relato de su primera aparición en la ventana, que nos lo presenta como hombre de gran estatura con el sombrero de copa; pero creo tener una prueba más concluyente. Esta copa se ha desparramado, hecha añicos, por toda la habitación, pero un fragmento lo encontramos en la repisa de la chimenea. Si la copa se hubiera roto en las manos de un hombre relativamente bajo, como el señor Todhunter, ningún trozo hubiera caído allí.

—Y a propósito —intervino el padre Brown—, ¿no podríamos desatar ya al señor Todhunter?

—La lección que nos dan estos vidrios rotos no acaba aquí —prosiguió el especialista—. Estoy pronto a afirmar que señor Copa es calvo y nervioso, debido más a su vida de disipación que a su edad. El señor Todhunter, como ya se ha advertido, es un caballero pacífico, frugal y casi abstemio. Esta baraja y estas copas de vino no significan que tenga el hábito del juego y de la bebida; se han sacado para complacer a un compañero que tiene ese hábito. Y podemos ahondar más en el asunto. El señor Todhunter es posible que guarde este servicio de vino, pero no aparece el menor indicio de que tenga vino. Entonces, ¿qué nos indica la presencia de estas copas? Yo diría que habían de llenarse de coñac o de *whisky*, acaso de excelente calidad, que el señor Copa traería en el bolsillo. Y así adquirimos casi el retrato vivo del hombre, o al menos del tipo: alto, viejo, elegante, aunque algo raído, aficionado al juego y a las bebidas fuertes y acaso demasiado aficionado. El señor Copa no es un personaje raro en el seno de la sociedad.

—¡Óigame! —gritó la joven—, o me deja usted pasar a desatarlo, o salgo a la calle a gritar para que acuda la policía.

—No le aconsejo, señorita MacNabs —dijo el doctor Hood formalmente — que se dé prisa en llamar a la policía. Padre Brown, le ruego encarecidamente que tranquilice a su rebaño, no por mí, sino por ella misma. Pues bien; ya hemos visto algo respecto a las cualidades físicas y morales del

señor Copa. ¿Qué sabemos del señor Todhunter? Tres hechos esenciales: que es moderado en el gastar, que es más o menos rico y que tiene un secreto. Debo añadir que las tres cualidades corresponden a esa clase de hombres que suelen ser víctimas de un chantaje. Y esto es tan cierto como que la elegancia tronada, la vida viciosa y el genio arrebatado del señor Copa son los indiscutibles distintivos de esa clase de hombres que se dedican al chantaje. Aquí tenemos las dos personas típicas de la tragedia del dinero con que se compra el silencio. Por una parte, el hombre respetable en cuya vida hay un misterio; por otra, el buitre que acude al olor de ese misterio. Los dos hombres se han encontrado aquí y han luchado a golpes y con arma blanca.

—¿Va usted a quitarle esas cuerdas? —preguntó la muchacha arrebatadamente.

El doctor Hood dejó con cuidado el sombrero en la mesa de al lado y se acercó al atado. Lo examinó atentamente, lo movió y hasta le dio media vuelta sobre la espalda; pero se limitó a contestar:

—No, creo que no hay que tocar estas cuerdas hasta que sus amigos de la policía traigan las esposas.

El padre Brown, que permanecía con la vista fija en la alfombra, levantó su redonda cabeza y preguntó:

—¿Qué quiere usted decir con eso?

El hombre de ciencia, que había recogido del suelo aquella arma de forma indefinible, la examinó atentamente mientras contestaba:

—Hemos encontrado atado al señor Todhunter; ustedes sacan la conclusión de que el señor Copa lo ató, y supongo que creerán que después de atarlo desapareció. A esto se oponen cuatro objeciones. Primera: ¿cómo un hombre tan cuidadoso de su persona como el señor Copa dejó, al escapar, abandonada su chistera, si lo hizo por voluntad propia? Segundo —prosiguió, mientras se aproximaba a la ventana—: esta es la única salida, y veo que está cerrada por dentro. Tercera: esta arma tiene una manchita de sangre en la punta, pero el señor Todhunter no está herido. Vivo o muerto, el señor Copa desapareció con la herida. Añadid a esto el principio de las probabilidades. Es más probable que la víctima del chantaje tratase de matar al que era su pesadilla, que no que este tratase de matar la gallina de los huevos de oro. Me parece que con esto tenemos la historia completa.

—Pero ¿y las ataduras? —preguntó el sacerdote, cuyos ojos se habían mantenido muy abiertos, en una expresión admirativa.

—¡Ah! ¿Las cuerdas? —dijo el especialista en un tono especial—. La señorita MacNabs arde en deseos de saber por qué no he desatado al señor

Todhunter. Pues bien; se lo diré. No he librado al señor Todhunter de las ligaduras porque puede hacerlo él por sí mismo cuando le plazca.

—¡Cómo! —exclamaron los otros, sorprendidos.

—He examinado bien todos los nudos que sujetan al señor Todhunter —dijo el doctor con serena calma—. Entiendo bastante de nudos. Todos esos nudos los ha hecho él y él puede deshacerlos. Ni un solo nudo de esos está hecho por un enemigo que realmente hubiera intentado sujetarlo. Toda esa ostentación de cuerdas y nudos es mera filfa, con objeto de hacernos creer que ha sido la víctima de la lucha, en vez del desgraciado señor Copa, cuyo cadáver debe de estar enterrado en el huerto o colgado en el interior de la chimenea.

Se produjo un silencio violento. La habitación se envolvía en oscuridad. Las ramas de los árboles del huerto parecían más retorcidas y negras que nunca y como si se hubieran acercado a la ventana. Se diría que eran monstruosos pulpos que salían arrastrándose del mar para ver en qué acabaría aquella tragedia, como él, el villano y víctima de su villanía, el hombre espantoso del sombrero de copa alta, había salido también del mar.

El rostro del sacerdote católico, que de suyo tenía una expresión complaciente y aun cómica, se ensombreció de pronto en un curioso ceño. No era la suya una curiosidad de hombre ignorante, sino la que se manifiesta cuando se nos ha ocurrido una idea.

—Haga usted el favor de repetir eso —dijo de una manera sencilla y aturullada—. ¿Cree que el señor Todhunter puede atarse como está sin ayuda de nadie, y desatarse con la misma facilidad?

—Eso es lo que digo —afirmó el doctor.

—¡Jerusalén! —exclamó Brown de pronto—. ¡Dudo que sea eso posible!

Se deslizó por la habitación como un conejo y examinó de un modo especial el rostro medio cubierto del postrado. Luego volvió al lado de las mujeres con manifiesta satisfacción.

—¡Sí, es verdad lo que dice el doctor! —gritó con cierta agitación—. ¿No lo veis en su misma cara? ¡Mirad sus ojos!

Tanto el profesor como la muchacha se acercaron a mirar, y aunque un pañuelo negro le tapaba casi la mitad de la cara, notaron en la parte que quedaba descubierta una cierta vitalidad que se manifestaba con movimientos violentos.

—Mira de una manera extraña —dijo la joven, hondamente conmovida—. ¡Idiotas! ¿No veis que está sufriendo?

—No lo creo —dijo el doctor Hood—. Hay en esos ojos cierta expresión, pero yo interpretaría esos movimientos giratorios como la manifestación de su actual estado psicológico, un tanto anormal…

—¡Válgame Dios! —exclamó el padre Brown—. ¿No ve usted que se está riendo?

—¿Riendo? —repitió el doctor, volviéndose.

—Pero ¿de qué diablos puede reírse?

—Pues —repitió el reverendo Brown—, sin ánimo de molestarle, yo creo que se ríe de usted. Y por cierto que tengo ganas de reírme de mí mismo, ahora que lo comprendo.

—¿Qué es lo que usted comprende? —preguntó Hood casi exasperado.

—Ahora que sé cuál es la profesión de señor Todhunter —replicó el cura.

Se movió por la habitación mirando a todos los objetos uno a uno. Detenía en ellos su mirada y prorrumpía en una risotada, cosa que ponía furiosos a los que estaban pensando en qué pararían aquellas rarezas. El sombrero le arrancó estrepitosas carcajadas, y aún fueron más estrepitosas las que le produjo la copa rota; pero la sangre en la punta de la espada estuvo a punto de hacerle morir materialmente de risa. Luego se volvió al enojado especialista.

—¡Doctor Hood! —le gritó, entusiasmado—. ¡Es usted un gran poeta! Ha creado un ser viviente de la nada, lo cual es mucho más meritorio que indagar los hechos de una manera positiva. Sin duda, los hechos en sí son de lo más ordinario y cómico, si se comparan con sus deducciones.

—No tengo la menor idea de lo que está usted diciendo —replicó el doctor Hood con cierta altivez—. Los hechos que expongo son absolutamente lógicos, aunque, por desgracia, incompletos. La intuición puede intervenir hasta cierto punto; o la inspiración poética, si usted prefiere la palabra; pero solo cuando no se pueden llegar a descubrir los pormenores correspondientes. En ausencia del señor Copa…

—Aquí te quiero ver, escopeta —dijo el clérigo, moviendo enérgicamente la cabeza—. Este es el principio que hay que sentar ante todo: la ausencia del señor Copa. No puede estar muy ausente. Aunque creo —añadió en tono reflexivo— que nadie ha estado tan ausente como el señor Copa.

—¿Quiere decir que está ausente de la ciudad? —inquirió el doctor.

—¿Por qué no puede estar ausente de la ciudad? —contestó el padre Brown—. Está ausente de la naturaleza de las cosas, por decirlo así.

—¿Quiere usted decir, en serio —preguntó el especialista sonriendo—, que no existe tal persona?

El cura hizo señal de asentimiento.

—Por triste que parezca —dijo.

Orion Hood rompió en una risotada de desprecio.

—Bien —dijo—, antes de entrar a examinar las otras cien pruebas, agotemos el análisis de la primera que hallamos al entrar en la habitación. Lo primero que vimos fue este sombrero. Si no es del señor Copa, ¿de quién es?

—Es del señor Todhunter —replicó el padre Brown.

—¡Pero si no le va bien! —gritó Hood con impaciencia—. ¡No puede llevarlo!

El padre Brown movió la cabeza con inefable mansedumbre y replicó:

—Yo no he dicho que lo lleve, sino que el sombrero es suyo, o, si lo prefiere usted de otro modo, que el sombrero es de su propiedad.

—¿Y dónde está la diferencia, que no la veo? —preguntó el doctor con un acento de ironía.

—¡Señor mío! —gritó el manso hombrecillo con un primer asomo de impaciencia—, si quiere usted acompañarme a la calle, le llevaré a una tienda de sombreros y me comprometo a demostrarle la diferencia que hay entre el sombrero que uno lleva y los sombreros que son de la propiedad del tendero.

—Pero un sombrerero —protestó el doctor— puede sacar dinero de su surtido de sombreros nuevos. ¿Qué puede sacar Todhunter de este sombrero viejo?

—Conejos —replicó el padre Brown con extraordinaria viveza.

—¿Qué? —gritó el doctor Hood.

—Conejos, cintas, caramelos, peces de colores, serpentinas —enumeró el reverendo precipitadamente—. ¿No vio usted todo eso al descubrir que las ataduras eran una filfa? También lo es la espada. El señor Todhunter no presenta el menor rasguño, como usted ha dicho; pero lleva un rasguño dentro, si no me equivoco.

—¿Quiere decir bajo las ropas del señor Todhunter? —preguntó con voz severa la señora MacNabs.

—No quiero decir bajo las ropas del señor Todhunter —contestó el padre Brown—; digo dentro del señor Todhunter.

—Pero ¿se puede saber de una vez qué quiere usted decir?

—El señor Todhunter —replicó el padre Brown complaciente— se prepara para ejercer la profesión de nigromante, prestidigitador, ventrílocuo y experto en el truco de las cuerdas. La nigromancia nos explica el misterio del sombrero. Si no se ve en él pelo alguno, no se debe a la prematura calvicie del señor Copa, sino a que nadie se lo ha puesto en la cabeza. La prestidigitación explica las tres copas con las que el señor Todhunter se ejercitaba tirándolas

al aire y recogiéndolas después de imprimirles un movimiento de rotación, y como todavía no es bastante experto, ha roto una contra el techo. La misma prestidigitación nos explica la espada, que el señor Todhunter ha de tragarse, en cuyo acto seguramente fundará su orgullo profesional. Pero aquí también nos encontramos con que aún le falta practicarse mucho, pues, sin querer, se ha hincado ligeramente la punta dentro de la garganta; de manera que lleva un rasguño dentro que a juzgar por la expresión de su cara estoy seguro de que no es cosa seria. Estaba también practicando la suerte de desatarse de las ligaduras, como los hermanos Davenport, y ya iba a desatarse él mismo cuando hemos hecho irrupción en su aposento. Las cartas, desde luego, son para hacer juegos de manos, y están esparcidas por el suelo porque acababa de practicarse en el arte de hacerlas volar por el aire. Únicamente guardaba el secreto de su oficio porque le convenía mantener sus trucos en secreto, como todo nigromante. Pero el mero hecho de un holgazán que llevaba sombrero de copa alta, que se paró a mirarlo detrás de la ventana y la circunstancia de arrojarlo él de allí con palabras de justa indignación, han bastado para que entre todos hayamos urdido una novela, imaginándonos una vida misteriosa sobre la que se proyectaba la sombra de la chistera de seda del señor Copa.

—Pero ¿cómo se explica lo de las dos voces? —preguntó Maggie vivamente.

—¿Nunca has oído a un ventrílocuo? —preguntó el padre Brown—. ¿No sabes que primero hablan con su voz natural y luego se contestan ellos mismos con esa voz chillona y afectada que oíste?

Hubo un largo silencio y el doctor Hood miraba al hombrecillo con una oscura y obsequiosa sonrisa.

—No hay duda de que es usted una persona muy ingeniosa —le dijo—, y un libro no se explicaría mejor. Pero hay una particularidad en el señor Copa que no ha puesto en claro, y es su nombre. La señorita MacNabs oyó claramente que así lo llamaba el señor Todhunter.

El reverendo Brown prorrumpió en una risita de niño.

—Bueno, eso —dijo— es lo más simple de toda esta sencilla historia. Cuando nuestro amigo el prestidigitador lanzaba al aire, por turno, las tres copas, las iba contando en voz alta a medida que las cogía, y de la misma manera comentaba en voz alta cuando alguna le fallaba. Lo que realmente decía era: «Una, dos y tres… rotas enseño las copas»[2]. Y así o por el estilo.

Hubo un momento de intenso silencio y luego, todos a una, prorrumpieron en una carcajada. Mientras ellos reían el amordazado aflojó todas las cuerdas y se desprendió de ellas con una sacudida. Hecho esto se colocó en medio de

la sala, hizo un cortés saludo y sacó del bolsillo un prospecto impreso en tinta azul y encarnada, en el que anunciaba que Zaladín, el mejor prestidigitador del mundo, acróbata y ventrílocuo, haría su presentación con una serie de trucos enteramente nuevos en la sala Imperio de Scarboroug, el próximo lunes, a las ocho en punto.

EL PARAÍSO DE LOS LADRONES

El eminente Muscari, que era el más original de los jóvenes toscanos, entró precipitadamente en su restaurante predilecto, que señoreaba el Mediterráneo a la sombra de un gran toldo y entre limoneros y naranjos que lo ceñían. Los mozos, revestidos con blancos delantales, estaban preparando las blancas mesas para la merienda de los elegantes, lo cual les daba una satisfacción que rayaba en fanfarronería. Muscari poseía una nariz aguileña como el Dante; su cabellera y su corbata eran negras y airosas; llevaba una capa negra y hubiera podido llevar también un negro disfraz: tal era la impresión que daba de un melodrama veneciano. Se conducía como si un trovador tuviese todavía un oficio bien definido en la sociedad, como un obispo. Se paseaba por este mundo, en cuanto le permitían los usos, como otro don Juan, con espadín y guitarra.

Nunca viajaba sin una caja de espadas, con las que había salido brillantemente de varios duelos, o sin el estuche de su bandolín, con el que en la actualidad daba serenatas a la señorita Ethel Harrogate, la hija de un banquero de Yorkshire. No era ni charlatán ni pueril, sino un latino acalorado y lógico, que siempre quería salirse con la suya. Su poesía era tan sincera como la prosa de cualquiera. Deseaba la celebridad, el vino y las mujeres bellas con una ardiente vehemencia inconcebible para los oscuros idealistas o positivistas del norte. Entre las razas más mezcladas, esta vehemencia huele a peligro y aun a crimen. Como el mar o el fuego, era demasiado sencillo para que uno se fiase de él.

El banquero y su hermosa hija inglesa se hospedaban en el hotel al que pertenecía el restaurante de Muscari; no por otra causa era su restaurante preferido. Un vistazo al interior le bastó para convencerse de que los ingleses aún no habían bajado. El local presentaba un aspecto deslumbrante, pero aún estaba relativamente vacío. Dos sacerdotes hablaban, sentados en una mesa, en un ángulo; pero Muscari, ardiente católico, no hizo de ellos más caso que de una pareja de cuervos. De una mesa más distante y oculta en parte tras un árbol enano, dorado de naranjas, se levantó y avanzó hacia el poeta una persona, cuyo vestido contrastaba casi agresivamente con el de aquel.

Vestía una chaqueta abigarrada de tejido multicolor, una corbata encarnada, un cuello de pajarita y unas botas protuberantes y amarillas. Presentaba un tipo espantosamente ridículo, pero cuando aquel estafermo se

acercó, Muscari se quedó atónito al notar que la cabeza era totalmente distinta de lo que al cuerpo correspondía. Era una cabeza italiana, de tez morena, barba abundante y expresión vivaz, que provenía del cuello duro como el cartón y de la cómica corbata roja. Y él conocía aquella cara. La reconoció a pesar del horroroso atavío dominguero inglés que envolvía a su viejo, pero olvidado, amigo Ezza. Este joven había sido un prodigio en la escuela y apenas contaba quince años se le prometía ya una fama europea; mas cuando se enfrentó con el mundo, fracasó; primero, públicamente, como autor dramático y demagogo, y luego, en privado, durante muchos años, como actor, viajante, agente de negocios y periodista. Muscari lo había visto la última vez tras las candilejas. Era demasiado ordenado para la vida excitada de aquella profesión y se creyó que alguna calamidad moral se lo había tragado.

—¡Ezza! —exclamó el poeta, levantándose a estrecharle las manos con agradable sorpresa—. Te he visto disfrazado de muchas maneras en los escenarios, pero nunca esperé que te vistieses como un inglés.

—No me visto como un inglés —contestó Ezza, en serio—, sino como un italiano del futuro.

—En todo caso —observó Muscari—, prefiero al italiano del pasado.

—Ese es tu viejo error, Muscari —dijo el estrafalario, moviendo la cabeza —. Y el error de Italia. En el siglo XVI los toscanos madrugábamos; teníamos las mejores armas, las mejores tallas, la mejor química. ¿Por qué no hemos de tener las mejores fábricas, los mejores motores, la mejor banca… y la mejor ropa?

—Porque nada de eso vale la pena —contestó Muscari—. Los italianos no pueden progresar; son demasiado inteligentes. El hombre que se da una buena vida yendo por el atajo nunca querrá ir por la carretera.

—Pues para mí, el héroe de Italia es Marconi y no D'Annunzio —replicó el otro—. Por eso me he convertido en un futurista… y en guía.

—¡En guía! —exclamó Muscari, riendo—. Eso es lo último de tu lista de oficios. ¿Y a quién conduces?

—A un caballero llamado Harrogate y creo que su familia también viene.

—¿No será el banquero que se hospeda en este hotel? —preguntó el poeta con cierta ansiedad.

—El mismo —contestó el guía.

—¿Paga bien? —inquirió el trovador con indiferencia.

—Haré negocio —dijo Ezza con una sonrisa enigmática—. Aunque soy un guía harto curioso. —Y añadió como si quisiera cambiar de tema—: Tiene

una hija… y un hijo.

—La hija es divina —afirmó Muscari—, y el padre y el hijo supongo que son humanos. Pero, prescindiendo de sus inocentes cualidades, ¿no te ha chocado ese banquero como un ejemplo excelente de mi argumento? Harrogate tiene millones en sus arcas, y yo… el bolsillo hueco. Pero no me dirás por eso que sea más inteligente que yo, ni más audaz, ni siquiera más activo. No es más listo: sus ojos parecen dos botones azules; no es más ágil: se mueve de silla en silla como un paralítico. Es un viejo que tiene una cabeza de alcornoque, pero tiene dinero por la sencilla razón de que recoge dinero, como un muchacho recoge estampas. Tú tienes demasiada inteligencia para los negocios, Ezza. No harás nada de provecho. La inteligencia que se necesita para todo ese dinero se reduce a ser lo bastante estúpido para desearlo.

—Soy bastante estúpido para eso —replicó Ezza, tristemente—. Pero te ruego que suspendas tu crítica sobre el banquero, porque ahí viene.

El señor Harrogate, el gran hombre de negocios, hizo en efecto, su aparición en la sala; pero nadie se fijó en él. Era un hombre de edad y de constitución maciza, de ojos de un azul empañado y con un bigote marchito, de un gris terroso; mas, por su pesado caminar, parecía un coronel. Llevaba en la diestra un manojo de cartas cerradas. Su hijo Frank era un guapo mozo de pelo rizado, curtido y enérgico; pero tampoco lo miró nadie. Todos los ojos, más o menos disimuladamente, convergieron en Ethel Harrogate, cuya cabeza griega y dorada por la luz crepuscular se recortaba sobre el zafiro del mar como la de una diosa. El poeta Muscari lanzó un hondo suspiro, como si estuviera bebiendo el Clásico, que fabricaban sus padres. Ezza la examinó con mirada no menos intensa, pero más desconcertada.

La señorita Harrogate estaba radiante como nunca y dispuesta a la conversación, y su familia se había contagiado de los holgados hábitos del continente, permitiendo que el extranjero Muscari y aun el guía Ezza compartieran con ellos la mesa y la charla, aunque el apego de Ethel Harrogate a los formulismos le daba un aire de perfección y de esplendor que realzaba sus encantos. Orgullosa de la prosperidad de su padre, aficionada a sus placeres de buen tono, buena hija, pero consumada coqueta, poseía un carácter que la hacían enteramente agradable, y una mundología cordial.

Hablaban algo agitados, comentando supuestos peligros que habían de hallar en el camino de la montaña que se proponían atravesar aquella semana. No estaba el peligro en lo erizado del desfiladero ni en un posible alud, sino en otras circunstancias más románticas. Habían asegurado a Ethel,

formalmente, que los bandidos, los verdaderos asesinos de la leyenda moderna, habitaban aún por aquellos parajes y dominaban el paso de los caminos.

—Dicen —gritaba con la inconsciente efusión de una colegiala— que en toda esa comarca no gobierna el rey de Italia, sino el Rey de los Ladrones. ¿Quién es el Rey de los Ladrones?

—Un hombre —contestó Muscari—, digno de parangonarse con vuestro propio Robin Hood, *signorina* Montano, el Rey de los Ladrones, empezó a dar que hablar en la montaña hace diez años, cuando ya la gente decía que los bandidos estaban exterminados. Su feroz autoridad se extendió con la rapidez de una silenciosa revolución. Sus crueles proclamas se hallaban clavadas en todas las aldeas de la montaña; sus centinelas, arma al brazo, en todas las barracas. Seis veces trató el Gobierno italiano de desalojarlo de allí, y fue derrotado en seis batallas sangrientas que parecían dirigidas por Napoleón.

—Semejante monstruosidad —observó el banquero pesadamente— nunca se permitiría en Inglaterra. De todos modos podríamos elegir otra ruta, aunque el guía asegura que no hay peligro alguno.

—El camino es seguro —dijo el guía, despectivamente—. Veinte veces lo he recorrido. Acaso hubo algún pájaro enjaulado llamado rey en tiempo de mi abuela; pero pertenece a la historia, si no a la fábula. El bandolerismo se acabó para siempre.

—Nunca podrá acabarse con él —replicó Muscari—, porque la revuelta armada es una reacción natural de la gente del sur. Nuestros campesinos se parecen a las montañas, que están llenas de gracia y de verdor, pero llevan fuego en las entrañas. En caso de exasperación los pobres del norte recurren al vino, y nuestros pobres a la daga.

—Un poeta es un ser privilegiado —opuso Ezza con una mueca de burla —. Si el signor Muscari fuese inglés, aún encontraría salteadores de caminos en Wandswooth. Créame: no hay más peligro de ser secuestrado en Italia que de perder el cuero cabelludo en Boston.

—Entonces ¿propone usted que lo intentemos? —preguntó el señor Harrogate, frunciendo el ceño.

—¡Oh! ¡Qué horror! —exclamó la joven, volviendo a Muscari sus ojos de luz—. ¿Cree usted, realmente, que el paso es peligroso?

—Me consta que lo es —contestó Muscari, echándose atrás las melenas —. Mañana he de cruzarlo yo.

El joven Harrogate se detuvo un poco para vaciar la copa de clarete y encender un cigarrillo, mientras su hermana se alejaba con el banquero, el

guía y el poeta, cambiando frases de coqueteo. Al mismo tiempo, los dos sacerdotes del rincón se levantaron, y el más alto, un cura italiano de cabello blanco, se despidió. El sacerdote más pequeño se acercó al hijo del banquero, que quedó sorprendido al percatarse de que aquel clérigo de la Iglesia romana era un inglés, y vagamente recordó haberle visto antes en las reuniones de algunos amigos católicos. Pero el hombrecillo habló antes de que pudiera hacer memoria.

—Señor Frank Harrogate, si no me equivoco creo haber sido presentado a usted —dijo, aunque no por el deseo de presumir de amistad—. Lo que he de decirle, aun sería mejor que se lo dijese un desconocido. Señor Harrogate, le diré dos palabras y me voy: cuide a su hermana en la gran aflicción que le espera.

La indiferencia fraternal de Frank quedó conmovida por la alegría burlesca de su hermana. Aún le llegaba su risa desde el jardín del hotel, cuando se volvió a su sombrío consejero, intrigado y acometido de un vago temor que tenía:

—¿Lo dice por los bandidos, o se refiere usted a Muscari?

—Nunca piensa uno en la verdadera aflicción —dijo el extraño cura—. Solo puede ser uno amable cuando llega.

Y salió precipitadamente de la sala, dejando al otro con la boca abierta.

Un día después, subía un coche trepidando y tambaleándose por las asperezas pedregosas de la ominosa montaña y zarandeando a los pasajeros que llevaba. El primer propósito de la familia del banquero salió robustecido de la discusión sostenida entre Ezza, que negaba con desenfado el peligro, y Muscari, que se empeñaba en afrontarlo con bravucona valentía, y cuyo viaje por la sierra coincidía con el de los otros. Y aún se les unió la estrafalaria figura del cura del restaurante, asegurando sencillamente que los negocios le llamaban al otro lado de la cordillera, si bien el joven Harrogate no dejó de relacionar su presencia con los temores y consejos misteriosos de la víspera.

El coche era un carruaje abierto, inventado por el talento modernista del guía, que dominaba la excursión con sus alardes de ciencia y no de ingenio. La idea de peligro a causa de ladrones no figuró un solo momento en la conversación, aunque se habían tomado ciertas precauciones en previsión de cualquier contingencia. El guía y el hijo del banquero llevaban revólveres cargados, y Muscari, con pueril satisfacción, escondía bajo su capa negra un arma blanca parecida a un alfanje.

Se había acomodado, con la mayor desfachatez, al lado de la hermosa inglesa, a cuyo otro lado se sentaba el sacerdote, a quien conocemos con el

nombre de Brown y que, por fortuna, era un hombre silencioso. El guía, el banquero y el hijo ocupaban el asiento posterior. Muscari estaba exaltado, creyendo sinceramente en el peligro, y, a juzgar por su conversación, Ethel hubiera podido creer que viajaba con un maníaco. Pero en aquella subida loca y gloriosa, entre riscos y picachos, vestidos de verdura, como vergeles, había algo que la arrebató con él a absurdos sueños de color de rosa y fuegos artificiales. La cinta blanca de la carretera trepaba como un gato montés, atravesando túneles de verdura y se retorcía por las alturas como una serpiente.

Por más que ascendían, el desierto continuaba revelándose hermoso como una rosa. A lo lejos, los campos ardían de sol y de colores, y por todas partes se oían los cantos de los pájaros y rebrillaba la gracia de mil flores mecidas por el viento. No hay prados y bosques más bellos que los de Inglaterra, ni cumbres y quebradas como las de Snowdon y Glencoe. Pero Ethel no había visto estas glorias naturales ni había en Italia aquella fría desolación que un inglés asocia siempre a los parajes altivos y salvajes. Se diría que caminaban entre las ruinas de un palacio de mosaico derribado por los terremotos.

—Se parece a Kew Garderns en Beachy Head —observó.

—Es nuestro secreto —contestó él—, el secreto del volcán, que es también el secreto de la revolución, por cuanto una cosa puede ser violenta sin dejar de ser útil.

—También es usted un poco violento —dijo ella, sonriéndole.

—Sin dejar de ser un inútil —contestó él—. Si me matasen esta noche moriría soltero y como un necio.

—No tengo yo la culpa de que haya venido —advirtió ella, después de un silencio embarazoso.

—Usted nunca tiene la culpa —contestó Muscari—. No fue suya la culpa si cayó Troya.

Así hablando, llegaron bajo una imponente escarpadura que se inclinaba como un ala sobre una rinconada peligrosísima. Asustados los caballos por las sombras que se proyectaban en el angosto paso se inquietaron y declararon en rebeldía. El cochero saltó a tierra para sujetarlos por las bridas y los animales se resistieron. Una de las bestias se levantó sobre las patas traseras con toda la violencia de un caballo cuando se siente bípedo, y esto bastó para que el coche, perdiendo el equilibrio, diese unas bandadas como un barco viejo y cayese de lado sobre los matorrales que franjeaban el borde del precipicio. Muscari pasó un brazo por la cintura de Ethel que se cogió al poeta y gritó horrorizada. El joven no vivía más que para aquel momento.

En el preciso instante en que el poeta tuvo la impresión de que las cumbres luminosas giraban sobre su cabeza como las aspas de un molino de viento, sucedió algo mucho más sorprendente. El viejo y hasta entonces aletargado banquero se puso de pie con la rapidez de un resorte y se arrojó del vehículo antes de que este lo lanzase. A primera vista, parecía aquello un suicidio; pero luego se vio que fue una prueba de que mantenía muy vivo el instinto de conservación. Aquel hombre era evidentemente más ágil y más sagaz de lo que Muscari suponía, pues fue a caer en un punto que parecía mullido de césped, ex profeso para recibirlo. Todos los demás tuvieron igual suerte, pero cayeron con menos dignidad. Bajo aquella revuelta del camino había una especie de prado con la tierra esponjosa arrastrada de la vertiente, que más parecía una falda maternal de terciopelo y adornada de flores, y allí fueron a parar, ya saltando, ya rodando, sin grave daño para nadie, mientras el carruaje parecía colgado en el camino y los caballos se debatían penosamente en la pendiente. El primero en sentarse fue el desmedrado cura, que se rascó la cabeza, poniendo cara de asombro. Frank Harrogate le oyó murmurar para sí mismo:

—¿Por qué demonios habremos caído precisamente aquí?

Viendo los objetos que le rodeaban, se puso a parpadear como si no comprendiese y recogió su tosco paraguas. Junto a este vio el ancho sombrero de Muscari, al lado de una carta sellada de negocios que, después de leer el nombre del destinatario, entregó al viejo Harrogate. Al otro lado vio la sombrilla de la señorita Ethel, hundida en la hierba, junto a una curiosa botella que escasamente tendría dos pulgadas de largo. El sacerdote la cogió, en un momento la destapó con disimulo, la olió, y su cara saludable se tornó del color de la arcilla.

—¡Dios nos libre! —murmuró—. ¡No puede ser de ella! ¿Es posible que se haya anticipado su hora de aflicción? —Se metió la botella en el bolsillo, diciéndose—: Creo que estoy justificado, hasta que conozca mejor este asunto.

Miró con pena a la muchacha, que en aquel momento se levantaba de entre las flores, ayudada por Muscari, quien decía:

—Hemos caído en el cielo. Buena señal. Los mortales suben y caen; solo los dioses y las diosas pueden caer hacia arriba.

Se levantó ella de aquel mar de colores, tan bella y dichosa, que las sospechas del sacerdote se debilitaron en gran manera.

—Después de todo —pensó—, quizás el veneno no sea de ella; acaso sea una treta melodramática de Muscari.

Muscari dejó en pie a la dama, le hizo una ridícula y teatral reverencia, y empuñando el machete que traía bajo la capa, cortó las correas que sujetaban los caballos, los cuales se levantaron y quedaron inmóviles y temblorosos sobre la hierba. No bien había hecho esto, ocurrió una cosa notable. Un hombre de aspecto pacífico, pobremente vestido y extrañamente atezado, salió de los matorrales y se hizo cargo de las bestias. Llevaba al cinto un puñal afilado y de ancha hoja y no presentaba otra particularidad más que su súbita aparición. El poeta le preguntó quién era, y no contestó.

Al volver la mirada al confuso grupo que iba saliendo del susto, en el hueco de la montaña, Muscari descubrió a otro hombre de curtido rostro, que con un arma corta bajo el brazo, los estaba vigilando desde el otro extremo, apoyado de codos en la hierba. Entonces levantó los ojos a la carretera, por donde habían caído, y vio apuntadas contra ellos otras cuatro carabinas manejadas por cuatro hombres de tez morena y ojos que brillaban en su inmovilidad.

—¡Los bandidos! —exclamó Muscari en un grito de gozo incomprensible —. ¡Hemos caído en una trampa! Ezza, si quieres hacerme el favor de disparar contra el cochero, aún podremos salir de aquí. No son más que seis.

—El cochero —contestó Ezza sin moverse y con las manos en el bolsillo — no es otro que el criado del señor Harrogate.

—Motivo de más para que le pegues dos tiros —gritó el poeta, perdiendo la paciencia—, pues se ha dejado sobornar para traicionar a su amo. Pon a la dama en medio y nos abriremos paso de una embestida.

Y avanzó en aquel charco de matas y de flores, con arrojado denuedo, contra las cuatro carabinas; pero viendo que nadie le seguía más que el joven Harrogate, se volvió blandiendo su alfanje para animar a los otros. El guía continuaba impertérrito con las manos en los bolsillos, y su cara atezada de italiano parecía más estirada a la luz de la tarde.

—Me creías, Muscari, un fracasado entre tus compañeros de colegio —le gritó—, mientras te considerabas una celebridad. Pero has de saber que mis éxitos exceden a los tuyos y que yo he alcanzado un puesto más descollante en la historia. Mientras tú escribías poemas épicos, yo los he vivido.

—¡Vamos ya, te digo! —tronó Muscari—. ¿Vas a estar diciendo tonterías sobre ti mismo, con una mujer a quien defender y tres hombres dispuestos a ayudarte? ¿Quién eres tú?

—Soy Montano —gritó el extraño guía con voz potente—. Soy el Rey de los Ladrones, y os doy a todos la bienvenida a mi morada de verano.

Aún estaba hablando, cuando salieron de entre los matorrales otros cinco hombres armados que parecían esperar sus órdenes. Uno de ellos tenía un papel grande en la mano.

—Este nidito donde ahora nos hemos reunido —continuó el bandido con su sonrisa complaciente y siniestra— y las cuevas que están debajo de él, reciben el nombre de Paraíso de los Bandidos. Es mi mejor fortaleza de estas montañas, pues, como habrán ustedes notado, el nidal es tan invisible desde la carretera como desde el valle. Es algo más que inexpugnable, es invisible. Aquí vivo la mayor parte del tiempo y aquí moriré sin duda, si algún día me veo acorralado por los gendarmes. No soy de esos criminales que se reservan la defensa, sino de los que se reservan el último tiro.

Todos lo miraron como paralizados y enmudecidos por un rayo, todos menos el padre Brown, que lanzó un profundo suspiro de alivio y acarició con los dedos la botellita de su bolsillo.

—¡Gracias a Dios! —murmuró—. Eso ya es más probable. El veneno pertenece al capitán de ladrones, desde luego. Debe de llevarlo para no caer en manos de la justicia.

El Rey de los Ladrones prosiguió su discurso en el mismo tono de siniestra cortesía:

—Solo me falta explicar a mis huéspedes las condiciones con que tendré el gusto de hospedarlos. No tengo que dar explicaciones acerca del viejo ritual, referente al rescate, que me veo en la obligación de conservar, pero no quiero aplicarlo más que a parte de la compañía. El reverendo padre Brown y el célebre *signor* Muscari quedarán en libertad mañana, a la hora del alba, y serán escoltados por mi gente hasta los puestos avanzados. Los poetas y los curas, si me perdonan la sencillez de expresión, nunca tienen dinero. Y puesto que es imposible sacar de ellos ningún provecho, permítanme aprovechar la ocasión para manifestar nuestra admiración a la literatura clásica y nuestra reverencia a la santa Iglesia.

Hizo una pausa, acompañándose de una sonrisa que nada tenía de agradable, y el padre Brown se quedó contemplándolo con ojos parpadeantes y, de pronto, se puso a escucharlo con especial atención. El capitán de bandidos tomó el papel que le alargó su ayudante y, pasando la vista sobre el escrito, siguió diciendo:

—Por lo que a los demás respecta, mis propósitos están claramente expuestos en este documento que voy a firmar al instante y que después será pegado en un árbol en las afueras de todas las aldeas del valle y en todas las encrucijadas de la sierra. No quiero cansarles con mi palabrería, puesto que

luego podrán leerlo. Mi bando dice en resumen lo siguiente: Hago saber, en primer lugar, que me he apoderado del millonario inglés, el opulento banquero señor Samuel Harrogate. Anuncio luego que he hallado en su cartera dos mil libras en billetes y valores, que me ha entregado; y como sería una verdadera inmoralidad engañar a la gente sencilla y crédula, si esto no ocurriese, le invito a poner en obra la entrega sin perder tiempo, es decir: invito al señor Harrogate a que me entregue ahora mismo las dos mil libras que lleva en el bolsillo.

El banquero lo miraba cejijunto y arisco, pero acobardado en apariencia. Su caída desde el coche parecía haber acabado con todo su valor. Mantuvo una actitud de perro amenazado, mientras su hijo y Muscari se habían portado como unos valientes, en su primer impulso para romper el lazo que los bandidos les tendieran. Con mano temblorosa sacó del bolsillo un fajo de papeles y de sobres y los alargó al bandido.

—¡Magnífico! —gritó el forajido con alegría—. Ya nos hemos entendido. Continuaré pues, resumiendo los puntos de mi bando, que pronto ha de ser publicado en toda Italia. El tercer extremo se refiere al rescate. Pido a los amigos de la familia Harrogate un rescate de tres mil libras, aunque considero irrisorio y casi un insulto tasar en tan poco a una familia de tanta importancia. ¿Quién no pagaría el triple por poder volver a asociarse con persona tan distinguida? No ocultaré que el documento termina con ciertas frases de rigor sobre cosas desagradables que pueden pasar si no se paga el dinero; pero, no obstante, señoras y caballeros, puedo asegurarles que estarán aquí con toda clase de comodidades, sin que falten vinos y cigarros de todas las marcas, y caballerosamente les ofrezco la lujosa morada del Paraíso de los Bandidos.

Mientras hablaba, habían ido apareciendo tantos hombres armados de dudoso aspecto y con el sombrero muy echado por delante, que el mismo Muscari hubo de reconocer la imposibilidad de luchar con éxito contra aquella fuerza. Volvió la mirada y vio que la muchacha estaba al lado de su padre, a quien trataba de consolar y de animar, y que su amor filial era tan fuerte o más fuerte aún que la gozosa emoción que le producía aquel suceso. Muscari, con la falta de lógica de un amante, se disgustó al ver aquellas demostraciones de cariño filial, sin dejar de admirarlas. Envainó su espada y contoneándose, fue a sentarse con cara adusta en uno de los bancos que formaban las protuberancias del terreno con su damasco de hierba.

A pocos pies permanecía sentado el sacerdote, a quien volvió Muscari su nariz aguileña con súbito enojo.

—¡A ver si aún dirán que soy un romántico! —dijo el poeta, con aspereza —. ¡Qué! ¿Hay todavía bandidos en la montaña?

—Podría ser —contestó el padre Brown, ambiguamente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el otro con viveza.

—Que estoy intrigado —replicó el sacerdote—. Me intriga ese Ezza o Montano o como se llame. Me parece mucho más enigmático como bandido que como guía.

—¿Y por qué? —insistió el otro—. ¡María santísima! Creo que el bandido habló bien claro.

—Se me ofrecen tres curiosas dudas —dijo el cura con voz calmosa—. Me gustaría saber su opinión respecto a ellas. En primer lugar, he de decirle que merendé en aquel restaurante que está a orillas del mar. Al salir ustedes cuatro de la sala, usted y la señorita Harrogate se adelantaron, hablando y riendo, mientras el banquero y el guía seguían detrás conversando en voz baja, pero no tanto que no pudiera yo oír estas palabras pronunciadas por Ezza: «Bueno, déjela que se divierta; ya sabe usted que el golpe puede aniquilarla de un momento a otro». El señor Harrogate no contestó, de modo que aquellas palabras debían de tener algún significado. En el impulso del momento me acerqué al hermano de ella para advertirle que su hermana podía estar en peligro. Nada le dije respecto a la índole del peligro, porque no sé en qué puede consistir; pero si se refería a esta detención en las montañas, no encuentro el sentido de la cosa. ¿Cómo podía el guía bandido avisar a su cliente ni con una mera insinuación, si tenía el proyecto de hacerlo caer en una ratonera? Seguramente no se refería a esto. Y en tal caso, ¿cuál será esa otra calamidad, conocida por el banquero y el guía, que se cierne sobre la cabeza de la señorita Harrogate?

—¡Una calamidad sobre la señorita Harrogate! —exclamó el poeta, irguiéndose como una fiera—. ¡Explíquese, pronto!

—Todas mis dudas giran en torno a nuestro capitán de ladrones —continuó el sacerdote—. Y he aquí la segunda: ¿por qué hizo constar tan claramente en su demanda de rescate que había recibido dos mil libras de su víctima en el acto? Con esto no contribuye en modo alguno a que llegue el rescate. Al contrario, los amigos de Harrogate temerían mucho más por su suerte sabiendo que los bandidos son pobres y se hallan en gran necesidad. Pero el despojo en el acto se recalca y aun se antepone a la demanda. ¿Por qué desearía Ezza Montano pregonar ante toda Europa que se ha apoderado de la cartera antes de exigir el rescate?

—No puedo imaginarlo —dijo Muscari, echándose hacia atrás las greñas, sin afectación, por vez primera—. Usted cree que me ilustra, pero no hace más que hundirme en el limbo. ¿Cuál podrá ser el tercer argumento contra el Rey de los Ladrones?

—La tercera objeción es este margen en que nos sentamos —dijo el sacerdote reflexivamente—. ¿Por qué ha de llamar a esto su mejor fortaleza y el Paraíso de los Bandidos, cuando no es más que un sitio blando donde poder caer y un hermoso paraje que admirar? Cierto que es invisible desde el valle y desde la cima, y que por lo tanto es un rincón escondido. Pero no es una fortaleza. Creo que sería la peor fortaleza del mundo, ya que se domina por arriba desde la carretera que serpentea por la montaña, por donde probablemente pasará la policía. Cinco carabinas viejas nos tienen aquí indefensos hace media hora. Un grupo de soldados de cualquier arma podría arrojarnos por el precipicio. Este paraje tan lleno de flores puede ser cualquier cosa menos una posición atrincherada. Pero algo debe de tener. Sin duda, tiene un valor que no comprendo. A mí me parece un teatro improvisado o una sala verde natural; un escenario para representar una comedia romántica, un…

Mientras el sacerdote daba rienda suelta a su fantasía, Muscari, cuyos sentidos estaban aguzados y atentos, oyó un ruido nuevo que llegaba de los lejanos repliegues de la montaña, y aunque el ruido no era más que un rumor sordo que subía envuelto en la brisa de la tarde, hubiera jurado que se trataba de golpes de herradura, como de caballos a galope, y de un distante griterío.

Al mismo tiempo, y mucho antes de que las vibraciones del aire hiriesen los oídos más embotados de los ingleses, Montano trepó por el declive hasta el borde del camino, y apoyado en el tronco de un árbol escudriñó la carretera que se retorcía por la falda de la montaña. Ofrecía un aspecto pintoresco y estrafalario con su gran sombrero de fieltro y el machete que le colgaba del tahalí, como cuadra a un capitán de bandidos.

No tardó en volver su rostro aceitunado y burlesco para hacer un majestuoso ademán. Obedeciendo a esta señal, los bandidos se diseminaron, no en desorden, sino en disciplinada guerrilla, y en vez de ocupar la carretera a lo largo del borde, buscaron escondites entre los matorrales y tras los árboles como si se ocultaran de un enemigo. De abajo llegaba el ruido de un tropel que subía por la carretera a la montaña y ya se percibía con toda claridad una voz de mando. Los bandidos se fueron concentrando entre maldiciones y murmullos, y el aire de la tarde crepitó de ruidos metálicos al amartillar ellos las pistolas, abrir las navajas y arrastrar las vainas sobre las

piedras. Luego se confundieron los ruidos de ambas partes: ramas rotas, relinchos de caballo, gritos de hombres.

—¡El rescate! —gritó Muscari, levantándose de un brinco y agitando su sombrero—. Los gendarmes caen sobre ellos. ¡Luchamos por la libertad! ¡Alcémonos contra los ladrones! ¡Vamos, no dejemos todo el trabajo a la policía, que esa es la moda detestable! ¡Ataquemos a los rufianes por la espalda! Los gendarmes vienen a rescatarnos. ¡Vamos, amigos, rescatemos nosotros a los gendarmes!

Y arrojando el sombrero por encima de los árboles, empuñó el arma y se lanzó a la pendiente para ganar la carretera. Frank Harrogate se levantó y corrió tras él dispuesto a secundarle, revólver en mano, pero se detuvo como paralizado al oírse llamado con voz imperiosa y ronca por su propio padre, que parecía vivamente excitado.

—¡No quiero! —gritaba el banquero con voz entrecortada—. Te ordeno que no te inmiscuyas.

—Pero, padre —replicó Frank acaloradamente—, un caballero italiano ha tomado la iniciativa. No querrás que se diga que un inglés vuelve la espalda.

—Es inútil —dijo el viejo, que temblaba violentamente—. Hemos de someternos al Destino.

El padre Brown miró al banquero, e instintivamente se llevó la mano al corazón, pero en realidad al frasco del veneno. Sus ojos se iluminaron de nueva luz, como si por ellos pasará la revelación de la muerte.

Muscari, entretanto, sin esperar ayuda de nadie, llegó a la carretera y dio al rey de los bandidos tan formidable golpe en la espalda que le hizo tambalearse. Montano tenía desenvainado su machete, y sin más explicaciones Muscari le tiró un tajo a la cabeza, que el otro tuvo que parar y rechazar, y aun con los aceros cruzados, el rey de los bandidos bajó la punta del suyo, mientras decía riendo:

—¿Por qué te lo tomas tan a pecho, amigo? Esta maldita farsa pronto acabará.

—¿Qué quieres decir, embustero? —gritó el poeta, echando fuego por los ojos—. ¿Está tu valor a la altura de tu honradez?

—Todo en mí está a la misma altura —contestó el exguía de buen humor —. Soy un cómico, y si alguna vez he tenido un carácter propio, lo he olvidado. Ni soy un verdadero bandido ni era un guía verdadero. No soy más que un fardo de máscaras con el que no puedes batirte en duelo.

Se echó a reír como un niño y volvió a su actitud indiferente, de espaldas a la refriega que ascendía por la carretera. La montaña estaba ya envuelta en

sombras y era imposible discernir el progreso de la lucha. Solo se veían unos jinetes de buen tipo que dirigían los caballos hacia un grupo de bandidos, que parecían más decididos a fatigar y evitar a sus enemigos que a matarlos. Daban la impresión de un grupo de ciudadanos empeñados en impedir el paso a la policía, y no la de la última banda de salteadores de caminos y forajidos, dispuestos a vender cara su vida. Muscari contemplaba la escena con la mayor perplejidad cuando sintió que le tocaban la espalda, y se encontró con el extraño sacerdote, que le pedía el favor de unas palabras.

—No tome a mal si le indico que usted puede hacer algo mejor que ayudar a los gendarmes, que en todo caso están obligados a entendérselas con esta gente. Perdone que me meta en intimidades, pero ¿quiere usted a esa muchacha? Quiero decir si la ama bastante para casarse con ella y ser un buen marido.

—Sí —contestó simplemente el poeta.

—¿Le corresponde ella?

—Creo que sí —contestó el poeta con la misma seriedad.

—Entonces acérquese a ella y ofrézcale —dijo el sacerdote—, ofrézcale cuanto pueda; dígale que le daría el cielo y la tierra si los tuviese. No pierda tiempo.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido el hombre de letras.

—Porque —dijo el padre Brown— su perdición está acercándose por la carretera.

—Nada se acerca por la carretera —replicó Muscari— más que el rescate.

—Vaya usted a su lado —le aconsejó el cura— y apresúrese a rescatarla del rescate.

Apenas acababa de hablar, el grupo de bandidos se diseminó en todas direcciones, refugiándose en los matorrales como hombres perseguidos, mientras los gendarmes seguían adelante, atravesando por las filas rotas. Se oyó otra voz de mando, seguida del ruido de muchos hombres que desmontan, y un oficial con perilla gris y un papel en la mano apareció en el portillo natural que era la única entrada al Paraíso de los Bandidos. Se hizo un repentino silencio, que rompió de inesperada manera el banquero gritando, con voz ronca y entrecortada:

—¡Robado! ¡Me han robado!

—¡Pero si hace horas de eso! —exclamó su hijo, muy sorprendido—. Ya sabemos que te han robado dos mil libras.

—No me han robado dos mil libras —replicó el hombre de negocios, enfurecido—. Me han robado una botellita.

El guardia de la perilla gris se acercó caminando embarazosamente por la crecida hierba. Al pasar junto al Rey de los Ladrones lo asió por la espalda, de modo que aquello lo mismo podía ser una caricia que un zarpazo, y dándole un empujón lo apartó con violencia, mientras decía:

—Vas a tener un disgusto si continúas con estos trucos.

A los ojos del artista Muscari, apenas podía ser aquello la manera de capturar a un forajido acorralado, ya que el policía pasó de largo, y deteniéndose ante el grupo que formaba la familia del banquero, dijo:

—Samuel Harrogate, queda usted detenido en nombre de la ley por desfalco de los fondos del Banco Hull y Huddersfield.

El gran banquero movió la cabeza con aire de asentimiento, propio de un hombre de negocios, pareció reflexionar un momento, y sin que nadie pudiera impedirlo dio media vuelta y de un salto se puso en el borde del precipicio. Luego, levantando los brazos, dio un brinco como cuando se arrojó del coche. Pero no cayó esta vez en un prado blando de hierba; cayó a una profundidad de mil pies para quedar en el valle hecho un guiñapo.

La cólera que el oficial italiano expresó al padre Brown tenía mucho de admiración:

—Siempre he temido que al fin se nos escaparía. Era un perfecto bandido, si usted quiere. No creo que este último ardid tenga precedentes. Se embarcó con los fondos para Italia e ideó hacerse secuestrar por falsos bandidos a quien él mismo pagaba, para justificar así la desaparición del dinero y de su persona. Hace años que inventaba cosas por el estilo. Será una pérdida irreparable para su familia.

Muscari se alejaba ya con la desgraciada hija, que se agarraba a él como años atrás se había agarrado a otros. Pero a pesar del momento trágico, el poeta aún tuvo una sonrisa burlona y un apretón de manos para el inofensivo Ezza Montano.

—¿Y adónde irás ahora? —le preguntó, volviendo la cabeza.

—A Birmingham —contestó el actor chupando un cigarrillo—. ¿No te dije que era un hombre del futuro? Si creo en algo, es en estas cosas. Novedades, ruido y movimiento cada día. Iré a Manchester, Liverpool, Leeds, Hull, Huddersfield, Glasgow, Chicago; en fin, al mundo culto, activo y civilizado.

—En fin —dijo Muscari—, el verdadero Paraíso de los Bandidos.

EL DUELO DEL DOCTOR HIRSCH

Los señores Maurice Brun y Armand Armagnac cruzaban los soleados Campos Elíseos con mesurada vivacidad. Los dos eran de corta estatura, animosos y audaces. Los dos llevaban barbas negras que no correspondían a su rostro, porque seguían la moda francesa, empeñada en darle al pelo un aire de artificio. La barba del señor Brun parecía pegada bajo el labio inferior, y para variar, la del señor Armagnac estaba partida por la mitad y semejaba dos manojos de pelo pegados a cada carrillo. Entrambos eran jóvenes; jóvenes y ateos, con una firmeza de miras deprimente, pero alardeaban demasiado de ello. Los dos eran discípulos del doctor Hirsch, gran hombre de ciencia, publicista y moralista.

El señor Brun había alcanzado celebridad por su propuesta de que la expresión común «adiós» se borrase de todos los clásicos y se impusiese una pequeña multa a cuantos la usasen en la vida privada. «Pronto —decía— dejará de sonar en los oídos del hombre el nombre de Dios que habéis imaginado». El señor Armagnac se especializaba en combatir el militarismo, y pretendía que el estribillo de *la Marsellesa* se modificase de modo que «A las armas, ciudadano» quedase convertido en «A las tumbas, ciudadano». Pero su antimilitarismo era peculiar y tenía mucho de francés. Un eminente y acaudalado cuáquero inglés que fue a verle para hablarle del desarme de todo el mundo, se quedó sorprendido cuando le propuso Armagnac que, para empezar, los soldados habían de disparar contra los oficiales.

En este aspecto diferían principalmente los dos amigos de su director y maestro en filosofía. El doctor Hirsch, aunque nacido en Francia y dotado de todas las virtudes propias de la educación francesa, era, por temperamento, de otro tipo: suave, idealista, piadoso, y a pesar de su sistema escéptico, no exento de trascendentalismo. Se parecía, en fin, más a un alemán que a un francés; y aunque lo admiraban mucho, en la subconsciencia de aquellos franceses había cierto resquemor por la manera pacífica que tenía de propagar el pacifismo. Para sus partidarios del resto de Europa, sin embargo, Paul Hirsch era un santo de la ciencia. Su extensa y atrevida teoría del cosmos pregonaba su vida austera y su moralidad de hombre puro, aunque algo frío. En él se armonizaban la posición de Darwin y la de Tolstói, pero no era anarquista ni antipatriota. Sus doctrinas sobre el desarme eran moderadas y evolucionistas. El mismo Gobierno de la República ponía gran confianza en

él respecto a varios adelantos químicos. Su último descubrimiento fue una pólvora sin ruido o pólvora sorda, cuyo secreto guardaba cuidadosamente el Gobierno.

Estaba su casa en una bonita calle, cerca del Elíseo, calle que en pleno verano parecía tan densa de follaje como el mismo parque. Una hilera de castaños interceptaban el sol en toda la calle, menos en un trecho ocupado por un gran café con terraza al aire libre. Casi frente al establecimiento se alzaba la casa blanca, con ventanas verdes, del sabio, por cuyo primer piso corría un balcón de hierro pintado también de verde. Debajo estaba la entrada a un estrecho patio que desbordaba jubilosamente de arbustos y de tilos, y que los dos franceses cruzaron en animada conversación.

Les abrió la puerta Simón, el viejo criado del doctor, que bien podía hacerse pasar por el doctor mismo, con su irreprochable traje negro, sus gafas, su cabello gris y sus maneras reservadas. Realmente, estaba más presentable como hombre de ciencia que su amo, el doctor Hirsch, cuyo cuerpo parecía un tenedor clavado a la patata de su cabeza. Con toda la seriedad de un médico que larga una receta, entregó una carta al señor Armagnac. Este la abrió con la paciencia propia de su raza y leyó apresuradamente lo que sigue:

> *«No puedo bajar a hablar con ustedes. Hay un hombre en esta casa a quien me he negado a ver. Es un oficial chauvinista, llamado Dubosc. Se ha sentado en la escalera, después de patearme todos los muebles. Me he encerrado en mi despacho, que está frente al café. Si me quieren ustedes, vayan al café y siéntense en una de las mesas de fuera. Procuraré mandarles a ese tipo para que se entiendan con él. Yo no puedo recibirlo. No puedo y no quiero. Vamos a tener otro* caso *Dreyfus.*
>
> *P. Hirsch»*

El señor Armagnac miró al señor Brun. El señor Brun cogió la carta, la leyó y miró al señor Armagnac. Luego, los dos se apresuraron a instalarse en una de las mesitas, a la sombra de un castaño, y pidieron dos copas enormes de una terrible absenta verde que, por lo visto, entrambos podían beber en cualquier época del año y a cualquier hora. El café estaba poco menos que vacío. Solo había un militar tomando café en una mesa, y en otra un hombre corpulento que bebía un jarabe y un sacerdote que nada bebía.

Maurice Brun aclaró su garganta y dijo:

—Claro que hemos de ayudar al maestro en todos los apuros, pero…

Se hizo un repentino silencio que rompió Armagnac diciendo:

—Puede que tenga motivos fundados para no entrevistarse personalmente con ese hombre, pero…

Antes de que pudiera acabar el pensamiento, se hizo patente que el intruso había sido expulsado de la casa de enfrente. Los arbustos que crecían junto a la entrada se agitaron moviéndose a un lado, y el huésped indeseado salió arrojado como una bala de cañón.

Era un tipo robusto, que llevaba un pequeño sombrero tirolés de fieltro y tenía ese aire inconfundible de los tiroleses. Sus hombros eran anchos y macizos pero sus piernas resultaban ligeras con los calzones y las medias de punto. Su cara era morena como una castaña y sus ojos vivarachos, negros y brillantes; sus cabellos negros estaban peinados hacia atrás, dejando ver una frente ancha y poderosa, y llevaba un bigote negro como los cuernos de un bisonte. Una cabeza como aquella descansa generalmente sobre un cuello de toro, pero el cuello se ocultaba en un ancho pañuelo que le llegaba hasta las orejas y se cruzaba bajo la chaqueta, como si fuera un chaleco. Era un pañuelo de colores fuertes, probablemente de fabricación oriental. En conjunto, presentaba aquel hombre un aspecto algo bárbaro, que le daba más aire de señor húngaro que de oficial francés. Pero su acento era tan puro como el del más castizo y su patriotismo francés rayaba en lo ridículo. Lo primero que hizo al verse en la calle fue gritar con voz de clarín:

—¿No hay por aquí ningún francés? —como si llamase a los cristianos en La Meca.

Armagnac y Brun se levantaron al momento, pero llegaron demasiado tarde. De todas las esquinas acudió corriendo la gente, y en pocos segundos se reunió un grupo, si no muy numeroso, muy apiñado. Con el instinto del francés que conoce el temperamento de los políticos callejeros, el hombre del bigote negro corrió a un lado del café, y en un momento se subió a una mesa desde la cual, asiéndose a la rama de un castaño para mejor guardar el equilibrio, gritó como cuando Camilo Desmoulins desparramó las hojas del roble entre el populacho.

—¡Franceses! ¡No puedo hablar! ¡Dios me protege, y por eso estoy hablando! ¡Los que enseñan a hablar con sus puercos discursos también enseñan a guardar silencio, el silencio que guarda ese espía que se oculta en la casa de enfrente, el silencio con que me ha contestado al golpear la puerta de su dormitorio, el silencio en que se envuelve ahora, aunque oye mi voz a través de la calle y tiembla en su asiento! ¡Ah! ¡Pueden seguir observando un silencio elocuente los políticos! Pero ha llegado la hora en que los que no

podemos hablar hemos de hablar. Os están vendiendo a los prusianos. Os están vendiendo ahora mismo. Y el traidor es ese hombre. Yo soy Jules Dubosc, coronel de artillería, en Belfort. Ayer mismo capturamos a un espía alemán en los Vosgos y le encontramos un papel, papel que tengo en mi mano. ¡Ah! Nos lo querían ocultar, pero yo lo he traído enseguida al mismo que lo escribió, que es el que vive en esta casa. Está escrito de su puño y letra y firmado con sus iniciales. Son las instrucciones para encontrar el secreto de esa nueva pólvora sorda. Hirsch la inventó. Esta nota está en alemán y se encontró en el bolsillo de un alemán: «Dígales que la fórmula para la pólvora está en el sobre gris del primer cajón de la derecha de la mesa del secretario, Ministerio de la Guerra, en tinta roja. Mucho cuidado. P. H.».

Añadió algunas frases cortas y contundentes como disparos, pero se veía bien claro que aquel hombre o estaba loco o decía la verdad. La mayor parte de los reunidos eran nacionalistas y gritaban ya amenazadores, y la oposición de algunos intelectuales, a cuya cabeza estaban Armagnac y Brun, solo contribuyó a que la mayoría se mostrase más intransigente.

—Si es un secreto militar —gritó Brun—, ¿por qué lo revela usted a gritos en la calle?

—¡Le diré por qué lo hago! —bramó Dubosc dominando el vocerío de la multitud—. Fui a ver a ese hombre con carácter particular. Si tenía que darme alguna explicación podía hacerlo con entera confianza. Se ha negado a explicarse en absoluto y me ha remitido a dos desconocidos que estaban en un café, como a los lacayos. ¡Me ha arrojado de su casa, pero volveré a entrar en ella con el pueblo de París tras de mí!

Una gritería formidable estremeció la fachada de la casa y dos piezas volaron por el aire, rompiendo una de ellas un cristal del balcón. El indignado coronel desapareció otra vez por el portal y se oyeron sus gritos escandalizando el interior de aquella morada. La multitud aumentaba por momentos, rugía y amenazaba, y ya parecía irremediable que tomase por asalto aquel edificio como otra Bastilla, cuando se abrió una de las puertas del balcón y apareció el mismo doctor Hirsch. Por un momento el furor de la muchedumbre se convirtió en risa al ver aquel tipo ridículo en escena. Su cuello largo y lo abatido de sus hombros le daban la semejanza de una botella de champán, y no era esta su única nota cómica. Le colgaba la capa como de una percha, llevaba descuidados sus cabellos color de zanahoria, y su cara estaba enmarcada por una de esas barbas antipáticas que pasan muy por debajo de la boca. Estaba muy pálido y escondía sus ojos tras unas ridículas gafas azules.

Aunque parecía inmutado, habló con acento de tan serena decisión, que hizo enmudecer al populacho a la tercera frase.

—… Solo dos cosas debo deciros por el momento. La primera es para mis enemigos; la segunda, para mis amigos. A mis enemigos les digo: Es verdad que no quiero recibir al señor Dubosc, a pesar del escándalo que en este momento está armando a la puerta de mi despacho. Es verdad que he rogado a dos señores que se las entiendan con él en mi nombre. ¡Y os diré por qué! Porque no quiero ni debo recibirle, pues sería esto quebrantar los principios de la dignidad, y del hombre. Antes de que pueda justificarme ante los tribunales, apelaré a un recurso que habrá de aceptarme como caballero, y al remitirlo a mis padrinos obro estrictamente…

Armagnac y Brun agitaron los sombreros como dos locos, y hasta los enemigos del doctor aplaudieron como energúmenos al oír el inesperado desafío, ahogando en sus aclamaciones unas cuantas frases del orador, que luego siguió diciendo:

—Y a mis amigos: En cuanto a mí, preferiré luchar con las armas de la inteligencia, que serán las únicas que decidirán las contiendas de la Humanidad verdaderamente avanzada. Pero hoy todavía se funda la preciosa verdad en la fuerza material y hereditaria. Mis libros han obtenido indiscutible éxito; nadie ha refutado mis doctrinas, pero en política estoy sufriendo los prejuicios tan arraigados en Francia. No puedo hablar como Clemenceau y Déroulède, cuyas palabras suenan como pistoletazos. Los franceses se entusiasman con el duelista como los ingleses con el deportista. Está bien; acepto la prueba; pagaré mi tributo a esa costumbre bárbara y volveré a la razón para el resto de mi vida.

Inmediatamente salieron del gentío dos hombres dispuestos a ofrecer sus servicios al coronel Dubosc. Uno resultó ser el militar que estaba en el café, que dijo sencillamente: «Me pongo a sus órdenes, señor. Soy el duque de Valognes». El otro era el hombre corpulento a quien su amigo el sacerdote trató de disuadir, aunque luego se marchó solo.

A primeras horas de la tarde se servía una ligera comida en la parte posterior del café de Carlomagno, cuyas mesas se ponían a la sombra de los árboles. A una de las más céntricas se sentaba un sacerdote bajito y rechoncho, que se aplicaba con la más seria satisfacción a un plato de boquerones. Aunque llevaba de ordinario una vida sencilla y austera, de vez en cuando le gustaba regalarse con algún plato exquisito. Era un epicúreo moderado. Comía sin levantar la vista del plato, ante el cual se alineaban ordenadamente otros platos con pimientos, pan moreno y manteca, etcétera,

hasta que se proyectó una gran sombra sobre la mesa y su amigo Flambeau se sentó al otro lado. Flambeau estaba sombrío.

—Temo que habré de abandonar este asunto —dijo, como si aquello le preocupase enormemente—. Estoy de parte de los soldados franceses como Dubosc y contra los ateos como Hirsch; pero creo que en esta ocasión nos hemos equivocado. El duque y yo pensamos que sería conveniente investigar el fundamento de las acusaciones, y he de decir que me alegro de haberlo hecho.

—¿Es, pues, una falsificación el papel? —preguntó el sacerdote.

—Aquí está precisamente lo extraño —contestó Flambeau—. La letra es exactamente igual que la de Hirsch, y nadie podría engañarse respecto a esto. Pero no ha sido escrito por Hirsch. Si es un patriota francés, no ha escrito él una información destinada a los alemanes. Y si es un espía alemán, tampoco lo ha escrito él, porque no proporciona informe alguno a los alemanes.

—¿Quiere usted decir que el informe es falso? —preguntó el padre Brown.

—Falso —contestó el otro—, y falso precisamente en aquello que el doctor Hirsch podía ser veraz: en lo del lugar donde se guarda su propia fórmula secreta, en su propio departamento oficial. Por especial favor de Hirsch y de las autoridades, se nos ha permitido ver el cajón secreto donde se guarda la fórmula del doctor en el Ministerio de la Guerra. Somos los únicos que lo han visto, aparte del mismo inventor y del ministro de la Guerra; pero el ministro nos lo permitió para evitar que Hirsch se batiese en duelo. Después de esto, no podemos apadrinar a Dubosc; su revelación no es más que agua de borrajas.

—¿Y lo es? —preguntó el cura.

—Lo es —dijo su amigo con amargura—. Es una burda falsificación de quien nada sabe del verdadero escondite. Dice que el papel se halla en el armario de la derecha de la mesa del secretario. En realidad, el armario con el cajón secreto está un poco a la izquierda de la mesa del secretario. Dice que el sobre gris contiene un extenso documento escrito en tinta roja. No está escrito en tinta roja, sino en tinta negra. Es ridículo decir que Hirsch se haya podido equivocar respecto a un papel que nadie más que él conoce, o que haya tratado de ayudar a un ladrón extranjero haciéndole revolver un cajón en el que nada podía encontrar. Creo que debemos dejar esto y presentar nuestras excusas al doctor.

El padre Brown parecía cavilar, y preguntó mientras asía con el tenedor otro boquerón:

—¿Está usted seguro de que el sobre gris se halla en el armario de la izquierda?

—Segurísimo —contestó Flambeau—. El sobre gris… en realidad, era blanco, estaba…

El padre Brown dejó el tenedor y el plateado pescado y se quedó mirando fijamente a su compañero.

—¿Qué? —preguntó con voz alterada.

—¿Cómo, qué? —repitió Flambeau, tragando con apetito.

—Que no era gris —dijo el sacerdote—. Flambeau, no me asuste.

—¿Por qué ha de asustarse?

—Me asusta el sobre blanco —explicó el otro, muy serio—. ¡Si al menos hubiera sido gris!… Pero si es blanco, todo este negocio está muy negro. El doctor se ha metido en un berenjenal, después de todo.

—¡Pero le repito que no puede haber escrito él semejante nota! —gritó Flambeau—. La nota es falsa respecto a los hechos, e, inocente o culpable, el doctor Hirsch los conocía perfectamente.

—El que escribió la nota conoce todos los hechos —dijo secamente el clérigo—. Nadie sería capaz de falsificarlos tanto sin conocerlos. Hay que saber mucho para mentir en todo, como el diablo.

—¿Quiere decir…?

—Quiero decir que el hombre que miente a la ventura dice alguna verdad. Suponga usted que alguien le mandara en busca de una casa con puerta verde y ventana azul, con jardín delante, pero sin jardín detrás, con un perro, pero sin un gato, y en donde se bebe café, pero no té. Dirá usted que si no encuentra esa casa, todo era una mentira. Pero yo digo que no. Yo digo que si encuentra usted una casa cuya puerta sea azul y cuya ventana verde; que tenga un jardín detrás y no lo tenga delante; en que abunden los gatos y se ahuyente a los perros a escobazos; donde se beba té a todo pasto y esté prohibido el café…, podrá estar seguro de haber dado con la casa. Quien le dio las señas debía conocer la casa para mostrarse tan cuidadosamente descuidado.

—Pero ¿qué podría significar esto? —preguntó el comensal.

—No lo concibo —contestó Brown—. No llego a comprender en este caso a Hirsch. Mientras solo fuese el cajón de la izquierda en vez del de la derecha y tinta roja en vez de negra, podría pensar que eran errores casuales de un falsificador, como usted dice. Pero tres es un número cabalístico; a la tercera va la vencida, como suele decirse. Que la situación del cajón, el color de la tinta, el color del sobre se confundan por accidente, no puede ser una coincidencia. No lo ha sido.

—Pues ¿qué ha sido entonces? ¿Una traición? —preguntó Flambeau, continuando su comida.

—Tampoco lo sé —contestó Brown con cara de hombre aturdido—. Lo único que se me ocurre pensar… Jamás comprendí el caso Dreyfus. La prueba moral se me hace más comprensible que cualquier otra clase de prueba. Me rijo por la voz y los ojos de un hombre, por sus gustos y sus repugnancias, por el aspecto de felicidad de su familia. En fin, en el caso Dreyfus me hacía un embrollo. No por los horrores qué se imputaban ambas partes; sé (aunque no sea muy moderno decirlo) que la naturaleza humana, en los puestos más elevados, aún es capaz de dar Gengis y Borgias. No; lo que me desconcertaba era la sinceridad de ambas partes. No me refiero a los partidos políticos; la tropa siempre es honesta, y a veces incauta. Quiero decir las personas que entraban en juego. Los conspiradores, si los hubo. El traidor, si lo hubo. Los hombres que debían haber sabido la verdad. Dreyfus se conducía como un hombre que sabe que es hombre calumniado. Pero los estadistas franceses se portaban como si supiesen que no era un hombre calumniado, sino un malvado. No digo que se portasen bien, sino que lo hacían como si estuviesen convencidos de ello. No puedo explicar bien esto; pero sé lo que quiero decir.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con nuestro Hirsch? —preguntó el otro.

—Supongamos que una persona que ocupa un cargo de confianza —siguió diciendo el sacerdote— empieza a dar al enemigo informes porque sabe que son falsos. Supongamos que cree que ampara a su país engañando al extranjero. Supongamos que esto le lleva a centros de espionaje donde se le hacen pequeños préstamos y se encuentra más o menos atado. Supongamos que atolondradamente cambia de postura, no diciendo nunca a los espías extranjeros la verdad, pero permitiéndoles que poco a poco la adivinasen. Siempre podría decir en defensa propia: «Yo no he ayudado al enemigo, dije que era el cajón izquierdo». Pero sus acusadores podrían decir: «Pero el enemigo podría ser bastante inteligente para comprender que querías decir el derecho». Creo que esto es admisible psicológicamente en nuestra época de cultura, claro.

—Eso puede ser psicológicamente posible —contestó Flambeau— y explicaría, sin duda, que Dreyfus estuviera convencido de que se le calumniaba mientras sus jueces lo estaban de su culpabilidad. Pero el asunto no pierde por eso nada de su color históricamente, porque el documento de Dreyfus (si era suyo), era literalmente correcto.

—Yo no pensaba en Dreyfus —dijo el padre Brown.

Las mesas se habían ido desocupando y había más silencio; ya era tarde, pero aún el sol lo doraba todo, como si hubiese quedado prendido en las copas de los árboles. En el silencio, Flambeau hizo crujir la silla al moverla a un lado y, apoyándose de codos en la mesa, dijo con cierta aspereza:

—Bueno, pues si Hirsch no es más que un tímido traidor…

—No sea usted con ellos demasiado riguroso —dijo el sacerdote con mansedumbre—. No tienen la culpa; pero carecen de instinto. Me refiero a esa virtud que hace que una mujer se niegue a bailar con un hombre o que un hombre acepte una investidura. Les han enseñado que todo es cuestión de grados.

—Sin embargo —gritó Flambeau, con impaciencia—, no hay mala intención por parte de mi representado, y debo seguir el asunto adelante. Dubosc puede ser un poco loco, pero no deja de ser patriota.

El padre Brown siguió comiendo boquerones. La parsimonia con que lo hacía irritó a su amigo, que le dirigió una mirada de fuego y le preguntó:

—¿Qué tiene usted que decir? Dubosc tiene toda la razón, en cierto modo. ¿Dudará usted de él?

—Amigo mío —contestó el sacerdote, dejando el cuchillo y el tenedor con aire de desesperación—, yo dudo de todo. Quiero decir de todo lo que ha pasado hoy. Dudo del hecho mismo, aunque ha ocurrido ante mis propios ojos. Dudo de todo lo que han visto mis ojos desde esta mañana. En este asunto hay algo que se diferencia por completo de los casos ordinarios de la policía, en que media un hombre que miente más o menos y otro que dice más o menos la verdad. Aquí los dos hombres… ¡Bueno! Ya les he dicho quela opinión que yo puedo exponer sobre el caso a nadie satisfaría. Tampoco a mí me satisface.

—Ni a mí —replicó Flambeau, con cara adusta, mientras el otro seguía comiendo pescado con aire de absoluta resignación—. Si no puede usted sugerir más que la opinión de que se trata de un mensaje transmitido por los contrarios, no hay para mí cosa más clara; pero… ¿cómo llamaría usted a eso?

—Yo lo llamaría flojo —replicó el cura, con viveza—, extraordinariamente flojo. Pero eso es lo más chocante de todo el asunto. La mentira parece la de un muchacho de primeras letras. No hay más que tres versiones: Dubosc, Hirsch y mi idea. Esa nota ha sido escrita o por un funcionario francés para perder a un oficial francés, o por un oficial francés para ayudar a funcionarios alemanes, o por el oficial francés para engañar a funcionarios alemanes. Está bien. Podía esperarse un documento secreto

pasando de mano en mano entre esta gente, oficiales o funcionarios, probablemente cifrado, y desde luego abreviado, seguramente científico y en términos estrictamente técnicos; pero no: se escribe de la manera más sencilla y con un laconismo espantoso: «En la gruta roja hallará el casco dorado». Parece que…, que quisieran dar a entender que se había de llevar a cabo enseguida.

No pudo seguir aquella discusión, porque en aquel momento, un individuo, que vestía el uniforme francés, se acercó a la mesa como el viento y se les sentó al lado, de sopetón.

—Traigo noticias extraordinarias —dijo el duque de Valognes—. Vengo de ver a nuestro coronel. Está haciendo las maletas para marcharse y nos ruega que presentemos sus excusas *sur le terrain*.

—¿Cómo? —gritó Flambeau, con acento de incredulidad—. ¿Que le excusemos?

—Sí —contestó el duque, ásperamente—, entonces, allí mismo, ante todos, cuando ya estén desenvainadas las espadas. Y usted y yo hemos de hacer eso mientras él huye.

—Pero ¿qué significa esto? —gritó Flambeau—. ¿Es posible que tenga miedo de ese enclenque de Hirsch? ¡Diablo! —exclamó con indignación—. ¡Nadie puede temer a Hirsch!

—¡Creo que debe ser una intriga! —profirió Valognes—. Alguna intriga de los judíos y francmasones. Esto redundará en honor y gloria de Hirsch. El rostro del padre Brown era vulgar, pero expresaba curiosa satisfacción. Brillaba tanto en la ignorancia de una cosa como en la comprensión; pero siempre lo iluminaba un resplandor cuando se le caía la máscara de la estupidez para ser sustituida por la de la inteligencia, y Flambeau, que conocía a su amigo, sabía que en aquel momento lo había comprendido todo. Sin decir nada. Brown acabó el plato de pescado.

—¿Dónde ha visto usted, últimamente, a nuestro lindo coronel? —preguntó Flambeau, muy enojado.

—En el Hotel Saint Louis, cerca del Elíseo, donde lo dejamos. Le repito que está haciendo las maletas.

—¿Cree usted que estará aún allí? —preguntó Flambeau, con cara sombría.

—No creo que se haya marchado aún —contestó el duque—. Se está preparando para emprender un largo viaje…

—No —atajó el padre Brown, simplemente, pero levantándose resuelto—, para un viaje muy corto. Mejor dicho: para el más corto de los viajes. Pero

aún podemos cogerle si montamos en un automóvil.

Ni una palabra más pudieron arrancarle hasta que el coche torció por la esquina del Hotel Saint Louis, donde se apearon, para meterse, por indicación del sacerdote, en una calle estrecha, envuelta en la oscuridad. Cuando el duque preguntó, en su impaciencia, si Hirsch era o no culpable de traición, contestó casi distraído:

—No, solo de ambición, como César. —Y luego añadió de una manera incoherente—: Lleva una vida muy retraída y solitaria; se lo ha de hacer todo él mismo.

—Pues si es ambicioso, ahora quedará satisfecho —observó Flambeau, con cierta amargura—. Todo París lo aclamará ahora que el maldito coronel se marcha con el rabo entre piernas.

—No hable usted tan fuerte —dijo el padre Brown, bajando la voz—; porque su maldito coronel está a la vista.

Todos se aplastaron contra las sombras de la pared, viendo, en efecto, que el robusto coronel caminaba por la calle contigua con una maleta en cada mano. Ofrecía el mismo aspecto estrafalario que cuando lo vieron por primera vez, aun cuando había sustituido sus polainas por unos pantalones. Indudablemente se escapaba del hotel.

Lo siguieron por una de esas calles angostas y tristes que dan la impresión del reverso de las cosas o de interior de los escenarios. A un lado se alargaba una pared incolora, rota de vez en cuando por puertas macizas y sucias de barro y de polvo, muy bien cerradas y sin más ornamento que el del grotesco dibujo trazado con yeso por algún muchacho transeúnte. Por encima de la tapia asomaban, de vez en cuando, las copas de los árboles, detrás de los cuales podía barruntarse alguna que otra galería perteneciente a grandes edificios parisienses, relativamente cercanos, aunque parecían tan inaccesibles como escarpadas montañas de mármol. Al otro lado de la calleja corría la alta y dorada verja de un parque oscuro.

Flambeau miraba todo aquello con especial curiosidad.

—¿Sabe usted —observó— que noto una particularidad en esta calle que…?

—¡Hola! —exclamó el duque—. Ese tipo ha desaparecido. ¡Se ha desvanecido como un maldito duende!

—Tiene una llave —explicó el clérigo—. No ha hecho más que entrar por una de esas puertas.

Y aún hablaba cuando oyeron el golpe de una pesada puerta al cerrarse casi frente a ellos. Flambeau se acercó corriendo a la puerta que así se cerraba

en sus propias narices y se detuvo, atusándose el negro bigote con furiosa curiosidad. De pronto se encogió como un gato, y dando un brinco se subió a la tapia, donde su corpulencia se destacó negra como la copa de un árbol.

El duque se volvió al sacerdote.

—La fuga de Dubosc es más complicada de lo que pensábamos —le dijo —; pero supongo que huye de Francia.

—Huye por todas partes —contestó el padre Brown.

Relumbraron los ojos de Valognes, pero bajó la voz al preguntar:

—¿Cree que va a suicidarse?

—En todo caso no se encontrará el cadáver —replicó el otro.

De lo alto de la pared les llegó una exclamación ahogada de Flambeau, que dijo en francés:

—¡Dios mío! ¡Ahora sé dónde estamos! En la parte de atrás de la casa donde vive Hirsch. Reconocería cualquier casa viéndola por detrás, como a un hombre por la espalda.

—¡Y Dubosc se ha metido ahí! —gritó el duque, golpeándose las caderas —. ¡Después de todo se encontrarán!

Con la pronta decisión de un francés, saltó la tapia y se sentó con la pierna colgando, presa de viva agitación. El sacerdote se quedó solo abajo contemplando, pensativo, el parque que tenía delante.

Aunque el duque era de suyo curioso, tenía el instinto de un aristócrata y más deseaba mirar la casa que espiar lo que allí pasaba; pero Flambeau, que tenía el instinto de un ladrón escalador de viviendas y de un detective, ya se había colgado de la horca de una rama, por la que trepó hasta muy cerca de la única ventana iluminada, tras la cual se había corrido una cortina encarnada, pero no tan completamente que no dejase un resquicio a un lado, por el que inclinándose un poco sobre una rama delgada que apenas podía sostenerle, pudo ver al mismísimo coronel Dubosc en el momento en que entraba a un dormitorio tan lujoso cómo alumbrado. Y a pesar de que Flambeau estaba muy cerca de la casa oía la conversación que sus dos compañeros sostenían en voz baja junto a la tapia.

—Bien, después de todo, se encontrarán.

—No se encontrarán nunca —replicó el padre Brown—. Hirsch tenía razón al decir que para solventar asuntos como este, los principales promotores nunca se encuentran. ¿No ha leído usted una historia eminentemente psicológica de Henry James sobre dos personas que por casualidad nunca se encontraron y que acabaron por temerse mutuamente,

pensando que aquel era su destino? Este es un caso parecido, pero más curioso.

—Hay gente en París que los curará de esas fantasías de locos —opuso Valognes, con acento de venganza—. Verá usted cómo se encuentran si los cogemos y obligamos a batirse.

—No se encontrarán ni en el día del juicio —dijo el sacerdote—. Aunque el Dios Todopoderoso los llamase a juicio y san Miguel tocara la trompeta para que se cruzaran las espadas, si se presentaba uno, el otro dejaría de acudir.

—Pero ¿qué significa ese misterio? —exclamó el duque, impaciente—. ¿Por qué no se han de encontrar como otra gente cualquiera?

—Porque son opuestos entre sí —contestó el padre Brown, con esa sonrisa bondadosa—. Se contradicen mutuamente. Se aniquilan, por decirlo así.

Y siguió mirando a la oscuridad de los árboles, mientras Valognes volvía la cabeza al oír una ahogada exclamación de Flambeau. Este, que no quitaba la vista de la habitación alumbrada, acababa de ver cómo el coronel, después de dar unos pasos, procedía a quitarse la chaqueta. Flambeau creyó, de momento, que se trataba de una lucha que iba a empezar; mas pronto comprendió que era otra cosa. La robustez y reciedumbre torácica de Dubosc no era más que rellenos de guata, que desaparecieron con la prenda de vestir. En camisa y pantalones como un esbelto caballero, se dirigió al cuarto de baño sin más propósito hostil que el de bañarse. Se acercó a un lavabo, se secó su cara y manos goteantes y volvió a la zona de luz, que le dio de lleno en el rostro. El color moreno de su piel había desaparecido, el bigote negro había desaparecido; su cara estaba rasurada y palidísima; del coronel no quedaba más que sus brillantes ojos de halcón. Al pie de la tapia, el padre Brown seguía cavilando como en un soliloquio:

—Eso es lo que yo decía a Flambeau. Estos elementos tan opuestos no se dan, no actúan, no luchan. Si es blanco en vez de negro, sólido en vez de líquido, y así hasta agotar la lista, algo va mal, monsieur, algo va mal. Uno de esos hombres es rubio y el otro moreno, uno recio y el otro delgado, uno fuerte y el otro débil. Uno tiene bigote sin barba y no se le puede ver la boca, el otro lleva barba y no se le pueden ver las mejillas. Uno lleva el pelo cortado al rape, pero también un pañuelo grande que le cubre el cráneo, y el otro lleva caído el cuello de la camisa, pero también pelo largo que le cubre el cráneo. Todo eso es demasiado limpio y correcto, monsieur, para que no haya algo

malo. Las cosas tan opuestas no pueden reñir. Cuando la una sale, la otra entra. Como la cara y la máscara, como la cerradura y la llave…

Flambeau no apartaba un momento la vista del interior de la casa y estaba blanco como la cera. El ocupante de la habitación estaba de espaldas a él, pero delante de un espejo, y se había encajado una barba rubia de pelo desordenado, que le daba la vuelta a la cara de Judas, riendo horrendamente entre las llamas del fuego del infierno. Por un momento vio el atónito Flambeau cómo se movían las rubias cejas para quedar ocultas en unas gafas azules. Y envuelta en una bata negra, aquella figura diabólica desapareció por la parte delantera de la casa. Momentos después, un estruendo de aplausos, llegados de la calle paralela al callejón, anunciaba que el doctor Hirsch había aparecido otra vez en el balcón.

EL HOMBRE DEL PASAJE

Dos hombres aparecieron simultáneamente en los extremos opuestos del pasaje que se abre a lo largo del Teatro Apolo, en el Adelphi. En la calle, la luz de la tarde era copiosa y opalescente. El pasaje era relativamente largo y oscuro, de modo que los dos hombres podían verse como negras siluetas recortadas en la luz de los extremos. Pero ambos se reconocieron en aquel dibujo a tinta, pues los dos eran de acentuado contorno y se odiaban mutuamente.

El pasaje cubierto se abría por un extremo a las empinadas calles del Adelphi y, por otro, a un terraplén que dominaba el río, colorado por el sol poniente. Un lado del pasaje era una superficie negra, perteneciente al restaurante de un teatro que tuvo que cerrar tras una serie de fracasos. El otro lado del pasaje tenía dos puertas, una a cada extremo. Ni una ni otra era lo que se llama una entrada al escenario, eran puertas privadas, utilizadas exclusivamente por la compañía, y, en el presente caso, por un actor y una actriz que representaban obras de Shakespeare. Artistas tan eminentes, siempre desean tener esas puertas privadas, para recibir amigos o evitarlos.

Aquellos dos señores del caso eran dos amigos que, evidentemente, conocían las puertas y daban por supuesto que se les abrirían; pues los dos se acercaron a la de más arriba con la misma serenidad y confianza, aunque no con la misma velocidad, porque andaba más aprisa el que venía del extremo norte del pasaje, de modo que entrambos llegaron casi al mismo tiempo a la puerta secreta. Se saludaron cortésmente y aguardaron un poco, hasta que uno de los dos, el que había llegado más veloz y que parecía más impaciente, llamó.

En esto y en todo lo demás, los dos eran distintos sin que a uno pudiera conceptuárselo inferior al otro. Como individuo, los dos eran apuestos, capacitados y populares. Como personas representativas, entrambos ocupaban primeras filas. Pero todo en ellos, desde su prestigio a su buen aspecto, ofrecía una diferencia inconfundible. Sir Wilson Seymour era de esa clase de hombres importantes a quienes conoce todo aquel que no vive en Babia. Cuanto más se inmiscuía uno en asuntos políticos o profesionales, con más frecuencia se encontraba con sir Wilson Seymour. Era el miembro inteligente de veinte comités, faltos de inteligencia, para estudiar los diversos asuntos, desde la reforma de la Real Academia hasta el proyecto de bimetalismo para

la Gran Bretaña. En las artes era de un modo especial omnisciente. Tan extraordinario era que nadie podía decidir si se trataba de un gran aristócrata conquistado para el arte, o de un gran artista conquistado para la aristocracia. Pero nadie podía hallar tilde a su chistera, aunque no era como cualquier otra chistera; acaso un poco más alta, para añadir algo a su estatura natural. Su esbelta talla adolecía de una ligera inclinación, mas parecía todo lo contrario de flaqueza. Su cabello gris no daba idea de vejez; lo llevaba más largo de lo corriente, pero no le daba aspecto afeminado; lo tenía rizado y no lo parecía. Su barba, cuidada y puntiaguda, le daba aire varonil y belicoso, como la de aquellos militares de Velázquez, cuyos cuadros colgaban en las paredes de su casa. Sus guantes grises tiraban más a azul, y su bastón, de puño de plata, era un poco más largo, destacándose de cuantos guantes y bastones se ven por los teatros y restaurantes.

El otro no era tan alto, pero nadie hubiera dicho que era bajo, sino que era fuerte y bien parecido. También tenía el pelo rizado, pero cortado al rape, y una cabeza maciza y grande, una de esas cabezas con las que se derriba una puerta, como cuenta Chaucer de la de Miller. Su bigote y sus cargadas espaldas proclamaban su profesión militar, pero tenía esos ojos de un azul peculiar y de una mirada franca, que son más frecuentes en los marinos. Su rostro era recio, sus carrillos recios, sus espaldas recias, y hasta su chaqueta era recia. En la extremada escuela de la caricatura que estaba en uso, el señor Max Beerbohm lo hubiera representado como una proposición en el cuarto libro de Euclides.

También era un hombre representativo, pero con diferente éxito. No era preciso haber entrado en la más alta sociedad para haber oído algo del capitán Cutler, del sitio de Hong-Kong y la gran marcha a través de China. No hubierais podido dejar de saber de él doquiera que os hallaseis; su retrato estaba en las postales que recibíais por correo; sus mapas y sus batallas en cualquier revista ilustrada; las coplas en su honor en todos los cafés-concierto y en todos los organillos. Su fama, aunque probablemente más transitoria, era diez veces más extensa, más popular y espontánea que la del otro. En miles de casas inglesas se le tenía como una figura enorme, como Nelson. Y, no obstante, tenía en Inglaterra muchísima menos influencia que sir Wilson Seymour.

Les abrió la puerta un criado de edad o «ayuda de cámara», cuyo decadente aspecto y traje oscuro y raído contrastaba vivamente con el esplendor del cuarto de la gran actriz. Todo lleno de espejos, con grandes ángulos de refracción, parecía un enorme diamante de cien facetas, dentro del

cual se hallase uno metido. Añadir a esto unas cuantas prendas de escena y tendréis un cuadro de las Noches Arábigas, en que al moverse uno se producía un movimiento de multitud, capaz de enloquecer a cualquiera.

Los dos se dirigieron al ayudante de cámara por su nombre, llamándole Parkinson y preguntando por la señora, llamándola señorita Aurora Romo. Parkinson dijo que estaba en el otro cuarto, pero que iba a avisarla. Una sombra cruzó la frente de los dos visitantes, pues el otro cuarto era el del gran actor con quien trabajaba la señorita Aurora, y esta era de las mujeres que no despiertan la admiración sin inflamarla en celos. Pero no había transcurrido medio segundo cuando se abrió la puerta y apareció ella como siempre aparecía, aun en la vida privada, de modo que hasta el silencio parecía acogerla con una salva de aplausos que, por cierto, tenía merecidos. Vestía un traje extraño de un satén gris y azul de pavo real, que tenía reflejos metálicos tan apreciados por los chicos y los admiradores del arte, y su copiosa cabellera castaña adornaba uno de esos rostros encantadores de mujer, que tan peligrosos son para todos los hombres, especialmente para los jóvenes y para los que ya peinan canas.

En compañía de su colega, el gran actor americano, Isidoro Bruno, estaba representando una interpretación fantástica y muy poética de *Sueño de una noche de verano*, donde tenían papeles preeminentes Oberón y Titania, o sea Bruno y ella. Ejecutando danzas místicas ante la exquisita decoración del escenario, sus ropas grises, con vislumbres de alas de abejas, daban la ilusión de estar viendo a la reina de las hadas. Pero cuando se presentaba vestida de calle, los hombres no tenían ojos más que para su rostro.

Saludó a los dos señores con aquella sonrisa alegre y desconcertante que retenía a tantos hombres a una distancia no menos peligrosa de ella. Aceptó unas flores de Cutler, que eran tan exóticas y costosas como sus batallas; y otro obsequio que sir Wilson Seymour le ofreció con más indiferencia, porque ni su educación le permitía mostrarse vehemente ni su extraordinaria corrección ofrecer una cosa tan corriente y vistosa como las flores. Dijo que había escogido una bagatela, un objeto raro; era un antiguo puñal griego de la época de Micenas, y que bien podía pertenecer al tiempo de Teseo e Hipólita. Era de bronce, como todas las armas de los tiempos heroicos, pero bastante afilado para dejar a cualquiera en el sitio. Lo había adquirido, atraído por la forma de hoja que tenía, y era tan perfecto como un vaso helénico. Si le interesaba a la señorita Romo o podía lucirlo en alguna obra de teatro, esperaba que…

La puerta interior se abrió y apareció una enorme figura que contrastaba más con el remilgado Seymour que con el capitán Cutler. De más de seis pies y de una musculatura más de circo que de teatro, Isidoro Bruno, con su piel de leopardo y sus dorados atavíos, parecía un bárbaro. Se apoyaba en una especie de lanza de caza, que en el teatro semejaba una vara de plata y en aquel cuarto reducido y relativamente lleno, parecía una amenaza. En sus ojos negros y vivarachos brillaba un fuego volcánico; su rostro bronceado de regulares facciones, ofrecía en aquel momento una combinación de pómulos salientes y dentadura blanca que evocaban, acaso, su origen americano de las plantaciones del Sur.

—Aurora —dijo con aquella voz de sonoridad de tambor, que emocionaba a los públicos—, querrás…

Se calló indeciso, porque en aquel preciso instante se presentaba un sexto personaje en el umbral, un tipo tan raro en aquel ambiente, que casi resultaba cómico. Era un hombre bajito que llevaba el negro hábito del clero secular romano, y que al lado de Bruno y de Aurora parecía un tosco Noé salido de su Arca. Sin percatarse, al parecer, del contraste que ofrecía, dijo con torpe cortesía:

—Creo que la señorita Romo me ha mandado llamar.

Un observador perspicaz hubiera observado que la agitación que reinaba en aquellos corazones crecía con una interrupción tan fría. La presencia del célibe profesional parecía descubrir a los otros el hecho de que rodeaban a la dama como un anillo de rivalidades amorosas, como al entrar una persona con el abrigo nevado en una estancia despierta la conciencia de la comodidad de su calefacción. La presencia del único hombre a quien no interesaba la belleza corporal de la señorita Romo acrecentó en los otros el sentimiento de su amor a ella, en un sentido más o menos peligroso: el actor la amaba con todo el apetito de un salvaje y de un niño mal criado; el militar con el sencillo egoísmo de un hombre en quien la voluntad supera a la inteligencia; sir Wilson con esa solidez y concentrada firmeza que ponen los hedonistas en sus chifladuras; hasta el infeliz Parkinson, que la conocía desde antes de sus triunfos y que la seguía, andando o con los ojos, de un puesto a otro, la quería con la callada fascinación de un perro.

Una persona sagaz hubiera observado otra circunstancia no menos curiosa, que recogió con intensa y contenida satisfacción el hombrecillo de hábito talar. Era evidente que la gran Aurora, aunque no se mostraba indiferente a la admiración del otro sexo, deseaba en aquel momento librarse de sus admiradores y quedarse a solas con quien no la admiraba, a menos en

el mismo sentido, ya que al sacerdote le causaba gozosa admiración la diplomacia femenina que la artista desplegó con gran firmeza para lograr su propósito. Acaso era aquella la única cualidad en que se revelaba la inteligencia de Aurora Romo. El curita pudo apreciar la rápida precisión de aquella estrategia, solo comparable a la de Napoleón, con que alejó a todos sin ahuyentar a nadie. Bruno, el corpulento actor, era tan infantil que resultaba fácil apartarlo, dándole con la puerta en la nariz. Cutler, el oficial británico, era un paquidermo para las ideas, pero muy puntilloso en el proceder. No descubriría nunca la intención, pero antes moriría que dejar de cumplir un determinado encargo de una dama. En cuanto al viejo Seymour, requería un trato diferente, y había que dejarlo para después. El único medio de desprenderse de él era apelar a su amistad de un modo confidencial, describiéndole el secreto de aquella limpieza. El sacerdote no pudo menos de admirar a la señorita Romo cuando alcanzó los tres objetivos en una sola y brillante acción.

Se acercó al capitán Cutler y le dijo con toda dulzura:

—Aprecio en su valor estas flores, porque deben de ser sus flores preferidas. Pero no estarían completas sin mi flor predilecta. Vaya a la tienda que está al volver la esquina y tráigame algunos lirios de los valles; entonces será un ramo perfecto.

Él primer objetivo de su diplomacia, la salida del enojado Bruno, lo alcanzó en un momento. Había entregado la lanza con estilo señorial, como si alargase un cetro, al infeliz Parkinson, y se disponía a sentarse en uno de los cojines como en un trono. Pero ante aquel ruego dirigido a su rival brilló en sus ojos toda la insolencia de un meridional, apretó su enorme puño un momento, y luego, abriendo de un empujón la puerta, desapareció en su cuarto. Pero, entretanto, el éxito de la señorita Romo al movilizar el ejército británico no había sido tan rotundo como era de esperar. Cierto que Cutler se había levantado al instante, dirigiéndose tiesamente y sin sombrero a la puerta, como si obedeciese a una voz de mando. Pero acaso notó cierta elegante ostentación en la lánguida actitud de Seymour, apoyado contra uno de los espejos, que le hizo detenerse un segundo a la entrada para volver la cabeza con el aturdimiento de un perro de presa.

—He de indicar a ese imbécil dónde ha de ir —dijo Aurora con voz de susurro a Seymour, y corrió a la puerta para dar prisa al que se marchaba.

Seymour parecía estar escuchando, sin alterar su postura de elegante indiferencia, y pareció aliviado al oír que la dama gritaba ciertas instrucciones al capitán, y luego se volvía y echaba a correr riendo, por el pasaje, hacia el

otro extremo, es decir, hacia el terraplén que dominaba el Támesis. Pero inmediatamente se fruncieron las cejas de Seymour. Una persona de su posición tiene muchos rivales, y recordaba que al otro lado del pasaje estaba la puerta correspondiente al cuarto de Bruno. No perdió su dignidad, dijo algunas frases al padre Brown sobre la restauración de la arquitectura bizantina en la catedral de Westminster y luego, con la mayor naturalidad, salió andando hacia la puerta superior del pasaje. El padre Brown y Parkinson quedaron solos, y ni uno ni otro estaban de humor para mantener una conversación superficial. El ayudante de cámara se agitó por el cuarto moviendo espejos, y su traje negro le daba un aspecto más fúnebre con la festiva lanza del rey Oberón, que aún empuñaba. Cada vez que movía el marco de un espejo, aparecía una nueva imagen negra del padre Brown. La habitación, tan ridículamente llena de espejos, estaba sembrada de padres Brown, que revoloteaban por el aire como ángeles y daban saltos mortales como acróbatas, volviendo la espalda a todas partes como personas mal educadas.

El padre Brown parecía no percatarse de aquella nube de testigos, pero siguió a Parkinson con mirada de perezosa atención hasta que el hombre y la lanza desaparecieron en el cuarto contiguo de Bruno. Entonces se abandonó a una de aquellas meditaciones abstractas que siempre le gustaban, calculando los ángulos de los espejos, los ángulos de cada refracción, el ángulo en que cada espejo había de disponerse en la pared…, cuando se oyó un grito fuerte, pero sofocado.

Se levantó de un brinco y permaneció escuchando, rígido; al mismo tiempo, sir Wilson Seymour entró precipitadamente, pálido como el marfil.

—¿Quién es ese hombre del pasaje? —gritó—. ¿Dónde está mi puñal?

Antes de que el padre Brown pudiera girar sobre sus pesadas botas, Seymour estaba buscando el arma por el cuarto, y antes de que pudiera encontrar lo que buscaba, se oyeron pasos precipitados en el pavimento del pasaje y asomó en la entrada la recia cabezota de Cutler, quien aún llevaba grotescamente el manojo de lirios del valle.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Quién es ese que está en el pasaje? ¿Es una de sus chanzas?

—¿De mis chanzas? —repetía su pálido rival, avanzando hacia él.

Mientras esto sucedía, el padre Brown salió al pasaje, miró, y se alejó corriendo hacia algo que veía.

Los dos caballeros abandonaron su contienda y corrieron tras él, mientras Cutler lo llamaba a gritos:

—¿Qué hace usted? ¿Quién es usted?

—Me llamo Brown —dijo el sacerdote, que estaba inclinado sobre un objeto y se incorporó al llegar los otros a su lado—. La señorita Romo mandó a buscarme y acudí a toda prisa, pero llegué demasiado tarde.

Los tres hombres contemplaron aquello, y para uno de los tres al menos, la vida acabó allí, como acaba la luz de la tarde, que entraba en el pasaje como un chorro de oro, en medio del cual, Aurora Romo yacía con el esplendor de sus atavíos teatrales y con la cabeza vuelta hacia el techo. El vestido se le había rasgado de un tirón, dejándole al descubierto el lado derecho de la espalda, pero la herida de la que manaba la sangre en abundancia estaba al otro lado. El puñal de bronce brillaba a pocos pasos.

El primer momento fue de trágico silencio, durante el cual se oyó la risa de una florista al otro lado de Charing Cross y el silbido de alguien que pedía insistentemente un taxi, en una de las calles adyacentes a la ribera. Entonces, el capitán, con un movimiento rápido que más parecía un acto de comedia que de pasión, agarró a sir Wilson Seymour de la garganta.

Seymour le dirigió una mirada severa, que ni indicaba temor ni deseos de lucha, mientras le decía con voz de la mayor frialdad:

—No se tome la molestia de matarme; yo lo haré por mi cuenta y riesgo.

El capitán vaciló un momento y lo soltó antes de que el otro añadiese con la misma flema:

—Si no tengo valor para hacerlo con ese puñal, lo haré en un mes bebiendo.

—A mí no me basta con beber —replicó Cutler—, pero antes de matarme necesito sangre. No la suya… pero ya sé la de quién.

Y antes de que los otros pudieran sospechar su intención, cogió el puñal, corrió hacia la puerta del extremo inferior del pasaje, la abrió de un empujón, haciendo saltar la cerradura, y se enfrentó con Bruno en el cuarto del artista. Entretanto, el viejo Parkinson salió tambaleándose a la puerta, y al ver el cadáver en el pasaje, se acercó agriadamente, lo contempló con cara desencajada, y con paso tembloroso se volvió al cuarto de la artista y se dejó caer en uno de los sillones almohadillados. El padre Brown se acercó al instante a él, sin hacer caso de Cutler, y del coloso actor, aunque la habitación de este temblaba ya a causa de unos golpes y había empezado la lucha por la posesión del puñal. Seymour, que aún conservaba cierto sentido práctico, lanzaba silbidos de alarma al extremo del pasaje para atraer a la policía.

Cuando esta llegó tuvo que separar a los dos hombres, que estaban agarrados como monos en una lucha cuerpo a cuerpo, y después de algunas

preguntas de rigor, quedó detenido Isidoro Bruno bajo la acusación de asesinato lanzada contra él por su enfurecido adversario. El hecho de que el héroe nacional de moda hubiese detenido a un criminal por su propia mano, sin duda había de tener fuerza probatoria para la policía, que a veces es tan impresionable como un periodista. Trató a Cutler con atención algo solemne, y descubrió que tenía un rasguño en la mano. Y es que mientras Cutler acorralaba a Bruno entre la silla y la mesa, el actor consiguió arrancarle el arma, infiriéndole una ligera herida en la muñeca. El daño no tenía importancia, pero el detenido no cesó de mirar con fría sonrisa, hasta que se lo llevaron, la sangre que al otro le salía.

—Pero ¿es un cafre ese hombre? —dijo con tono confidente a Cutler el agente de la autoridad.

Cutler no contestó, mas un momento después dijo con firme resolución:

—Hemos de atender a la… muerta… —y se le ahogó la voz en la garganta.

—A los muertos —se oyó decir a una voz que llegaba del otro lado de la habitación—. Este desgraciado acababa de expirar cuando yo me he acercado.

—Y se quedó contemplando al viejo Parkinson, que parecía un fardo negro entre los vivos colores de los cojines. También él había pagado su tributo, no sin elocuencia, a la muerta.

El silencio que siguió quedó roto por Cutler, que probó no estar desposeído de una ruda terneza al declarar secamente:

—Le tengo envidia. Recuerdo que la seguía con los ojos dondequiera que ella se volviese. Ella era su aire, y al faltarle se ha asfixiado. Ya está muerto.

—Todos estamos muertos —dijo Seymour con voz extraña, mirando la calle.

Se despidieron del padre Brown en una esquina, con algunas excusas por la rudeza que hubieran podido manifestar. Los dos ponían una cara trágica y enigmática.

La cabeza del sacerdote era un torbellino de ideas que no podía fijar; aunque estaba seguro de la pena que sentían aquellos señores, no lo estaba de que fuesen inocentes.

—Ha sido preferible que nos marcháramos —observó Seymour cansadamente—, después de hacer cuanto hemos podido para ayudar.

—No me interpreten ustedes mal —replicó con calma el padre Brown— si les digo que han hecho todo lo posible para perjudicar.

Los dos se sobresaltaron como si fueran culpables, y Cutler preguntó, vehemente:

—¿Para perjudicar? ¿A quién?

—A ustedes mismos —contestó el sacerdote—. No aumentaría sus desazones con nuevas inquietudes si no considerase de justicia advertirles. Han hecho ustedes cuanto han podido para que los ahorquen, si ese actor resulta inocente. Sin duda me citarán y me veré obligado a declarar que, después de oírse el grito, ustedes dos volvieron al cuarto de la artista en un estado de viva agitación y se pusieron a reñir a causa de un puñal. A juzgar por sus declaraciones bajo juramento, cualquiera de los dos puede ser el autor de esa muerte. Esto les perjudica, para no hablar del gran daño que se ha causado el capitán Cutler con el puñal.

—¿Yo? —exclamó el capitán con desprecio—. ¡Un simple rasguño!

—Que ha hecho salir sangre —replicó el sacerdote—. ¡Ahora sabemos que el bronce está ensangrentado y nadie sabrá ya si lo estaba antes!

Guardaron silencio y luego dijo Seymour con un énfasis que contrastaba con su acento ordinario:

—Pero yo vi a un hombre en el pasaje.

—Ya sé que lo vio —contestó el clérigo con cara inexpresiva—, y también lo vio el capitán Cutler. Por eso resulta tan inverosímil.

Antes de que los otros pudieran comprender el significado de sus palabras, el padre Brown se excusó cortésmente y se alejó taconeando y agitando su curioso paraguas.

Tal como hoy día están dirigidos los periódicos, las noticias que se dan más a conciencia y con más importancia son las de la policía. Si es cierto que en el siglo XX llenan más espacio los asesinatos que la política, se debe a la sencilla razón de que un asesinato es un asunto más serio. Pero ni aun esto explicaría la enorme preponderancia que dio la prensa de Londres y de provincias al «Caso de Bruno», o «El misterio del Pasaje». Tan excitados estaban los ánimos, que durante algunas semanas la prensa dijo realmente la verdad, y los informes de las investigaciones e interrogatorios, aunque interminables y casi intolerables, eran veraces. Claro que la verdadera razón de aquellos estaba en la coincidencia de las personas. La víctima era una actriz popular; el acusado, un actor popular, y el acusado había sido detenido con las manos ensangrentadas por el soldado más popular de la temporada patriótica. En circunstancias tan extraordinarias, la prensa vivió en un lapso de honradez y precisión, y la historia de este extraño asunto quedó resumida en las reseñas del juicio de Bruno.

El presidente del tribunal en este proceso fue el señor Justice Monkhouse, uno de esos jueces escarnecidos por su caprichoso proceder, pero que

generalmente son mucho más serios que los jueces serios, ya que su veleidad proviene de una viva impaciencia producida por la solemnidad profesional, mientras que el juez serio está lleno de frivolidad, porque no pasa de ser un vanidoso. Como los principales actores eran de fama mundial, los abogados no podían ser menos. El fiscal era sir Cowdray, un abogado de peso, que sabía ser inglés y aceptar de mala gana la retórica. El preso estaba defendido por el señor Patrick Butler, a quien consideraban un mero *flâneur* aquellos que no comprenden el carácter irlandés o no habían sido defendidos por él. En los informes médicos no había contradicción, pues estaban de acuerdo el doctor a quien Seymour llamó en el acto y el eminente cirujano que luego examinó el cadáver. Aurora Romo había sido herida con un instrumento punzante, como un cuchillo o un puñal; pero, en todo caso, con un arma de hoja corta. La herida llegaba al corazón y la muerte fue instantánea. Cuando la vio el primer doctor, haría escasamente veinte minutos que había muerto. Por tanto, cuando la encontró el padre Brown apenas hacía tres que estaba muerta.

Siguiendo las declaraciones de detectives oficiales, concernientes principalmente a la prueba de si hubo o no hubo lucha, el único elemento de juicio era el vestido rasgado por la espalda, que estaba en desacuerdo con la dirección y finalidad del golpe. Cuando se hubieron expuesto, que no explicado, estos pormenores, se llamó al primero de los testigos de verdadera importancia.

Sir Wilson Seymour prestó declaración como solía hacer todas las cosas: no solo bien, sino perfectamente. Aunque era más popular que el mismo juez, supo borrarse con un exquisito tacto para presentarse como un simple ciudadano ante la Justicia del Rey, y aunque todo el mundo lo miraba como podía mirarse al primer ministro o al arzobispo de Canterbury, no hubieran podido decir de su intervención en el caso más que si se hubiese tratado de un caballero particular. Fue también de una claridad transparente como en los comités que presidía. Había ido a visitar a la señorita Romo al teatro, allí encontró al capitán Cutler, estuvieron un rato juntos con el acusado, que luego volvió a su cuarto; se les unió un sacerdote católico, que preguntó por la artista y dijo llamarse Brown. La señorita Romo salió del teatro por la puerta del pasaje para indicar al capitán Cutler la tienda donde debía comprarle algunas flores más. Distraídamente oyó a la interfecta, después de dar el encargo al capitán, reír mientras se alejaba por el pasaje hacia el otro extremo, donde estaba la puerta del cuarto del preso. Movido a curiosidad por aquellos movimientos rápidos de sus amigos, salió cachazudamente y avanzó por el

pasaje mirando a la puerta del acusado. ¿Vio algo en el pasaje? Sí, vio algo en el pasaje.

Sir Cowdray abrió una pausa impresionante, durante la cual el testigo se volvió al auditorio, y en lo irreprochable de su porte externo resaltaba la palidez de su cara. Luego el abogado preguntó en voz baja, entre piadoso e insinuante:

—¿Lo apreció usted bien?

Sir Wilson Seymour, aunque conmovido, tenía serena la cabeza al contestar:

—Perfectamente en cuanto al contorno de su figura, pero muy mal en cuanto a detalles dentro del contorno. El pasaje es tan largo, que cualquiera que esté en medio aparece negro como una silueta recortada en la luz del extremo. —El testigo bajó los ojos, y añadió—: Ya había notado este fenómeno cuando entró en el pasaje el capitán Cutler.

Se hizo un silencio, durante el cual se inclinó el juez a tomar nota.

—Bien —prosiguió preguntando sir Walter—. ¿Cómo era esa silueta? ¿Era, por ejemplo, como la figura de la mujer asesinada?

—De ningún modo —contestó Seymour con toda calma.

—¿Qué le pareció a usted?

—Me pareció un hombre alto.

Todos los de la sala fijaron la vista en su pluma o en el puño de su paraguas o en su libro o en sus botas o en cualquiera otra cosa que estuviesen mirando. Parecía que les costaba un gran esfuerzo mantener apartados los ojos del acusado, cuya enorme estatura se imaginaban en el pasaje; y cuando todas las miradas se apartaron de él, pareció agigantarse su figura.

Cowdray volvió a sentarse con toda solemnidad, recogiendo su toga de seda negra y atusándose sus bigotes plateados. Sir Wilson bajaba de la tarima de los testigos después de añadir algunos pormenores a su declaración, cuando el abogado defensor se levantó y lo detuvo.

—No le molestaré más que un momento —dijo el señor Butler, que a más de tener un vulgar aspecto, con sus cejas rubias, parecía estar siempre durmiendo—. ¿Tiene la bondad de decir al señor presidente cómo conoció usted que se trataba de un hombre?

Una leve sonrisa floreció un momento en los labios de Seymour al contestar:

—Por el único y vulgar testimonio de los pantalones. Cuando vi la luz del día entre sus piernas, me convencí de que, después de todo, era un hombre.

Los soñolientos ojos de Butler se abrieron de súbito, como si hubiera oído estallar una bomba.

—¡Después de todo! —repitió cachazudamente—. ¿De modo que pensó al principio que era una mujer?

Seymour pareció turbarse por vez primera.

—Es algo curioso —dijo—, pero si su señoría permite que conteste según la impresión que me produjo, lo haré con mucho gusto. Había algo en aquella silueta que no era exactamente de una mujer, pero que tampoco era por completo un hombre; las curvas eran algo diferentes y tenía algo que parecía cabello largo.

—Gracias —dijo el señor Butler, sentándose, como si ya tuviese lo que deseaba.

El capitán Cutler no estuvo en su declaración tan taxativo y ecuánime como sir Wilson, pero el relato de los hechos originarios fue el mismo. Describió la vuelta de Bruno a su cuarto, el encargo que recibió él mismo de comprar unos lirios del valle, su regreso por el extremo superior del pasaje, lo que vio en este, sus sospechas. Pero añadió muy poco a la figura negra que él y Seymour habían visto. Preguntado por esta silueta, contestó que no era crítico de arte, con un deje de ironía contra Seymour. Preguntado si le pareció hombre o mujer, dijo que más parecía un monstruo, con evidente alusión al acusado. Pero el capitán estaba sinceramente apenado y lleno de rencor, y Cowdray le excusó de confirmar hechos que estaban harto claros.

El abogado defensor también fue breve en su interrogatorio, pero, según costumbre, en su misma brevedad era lento.

—Se ha valido usted de una palabra ambigua —dijo mirando a Cutler como quien despierta de un sueño—. ¿Qué quiere decir con eso de que más parecía un monstruo que un hombre o una mujer?

Cutler pareció turbarse seriamente.

—Tal vez hice mal en usar esa expresión —dijo—. Cuando una bestia tiene hombros extraordinariamente subidos como un chimpancé y cerdas que le salen erizadas de la cabeza como un puerco…

El señor Butler le atajó impaciente:

—No nos importa si sus cabellos parecían cerdas. ¿Se parecía a una mujer?

—¿A una mujer? —exclamó el militar—. ¡Voto a bríos, no!

—El último testigo dijo que lo era —comentó el abogado defensor con inconsiderada rapidez—. ¿Tenía la figura esas curvas más o menos femeninas a que se ha aludido tan concretamente? ¿No? ¿No había tales curvas

femeninas? ¿La silueta, según he comprendido por lo que usted ha dicho, era más pesada y recia que otra cosa?

—Es posible que estuviese inclinada hacia delante —dijo Cutler con voz empañada.

—O es posible que no —dijo el señor Butler, volviendo a sentarse.

El tercer testigo llamado por sir Cowdray era el desmedrado clérigo católico, tan bajito comparado con los que le precedieron, que su cabeza apenas salía de la barandilla, de modo que parecía que interrogaban a un chiquillo. Mas, por desgracia, se diría que a sir Cowdray se le había metido en la cabeza que, principalmente por afinidad religiosa, el padre Brown estaba de parte del acusado, porque este era impío y extranjero y entreverado de negro. Por lo tanto, procuraba acosar al padre Brown siempre que este orgulloso papista trataba de explicar algo, y le mandó que contestase por qué sí o por qué no y que contase los hechos sin jesuitismo. Cuando el padre Brown empezó a decir sencillamente quién pensaba que era el hombre del pasaje, el fiscal le atajó diciendo que no le interesaban sus opiniones.

—Se vio en el pasaje la silueta negra. Y dice usted que vio también la silueta negra. Bien, ¿qué forma tenía?

El padre Brown pestañeó bajo aquel chaparrón adusto, pero estaba acostumbrado a la obediencia.

—La forma —contestó— era baja y gruesa, pero le salían de cada lado de la cabeza dos cosas negras que parecían cuernos y que…

—¡Bah! ¡El diablo con cuernos, sin duda! —exclamó Cowdray, hundiéndose en su asiento, muy divertido—. Era el diablo que venía a comerse a los protestantes.

—No —dijo el sacerdote sin alterarse—; yo sé quién era.

Todos los que escuchaban tuvieron la impresión de una monstruosidad fuera del alcance de la razón. Olvidaron la figura relacionada con quien estaba sentado en el banquillo de los acusados para pensar únicamente en la aparición del pasaje, y esta figura descrita por tres personas tan capacitadas como respetables adquirió la forma solo concebible en una pesadilla: uno creía haber visto a una mujer; otro, a un monstruo; el tercero, a un diablo…

El juez contemplaba al padre Brown con mirada recta y penetrante.

—Es usted un testigo extraordinario —dijo—; pero no sé qué le noto que me induce a pensar que trata usted de decir la verdad. Bien, ¿quién era el hombre que vio usted en el pasaje?

—Era yo mismo —dijo el padre Brown.

Butler se levantó del asiento y preguntó con calma:

—¿Su excelencia me permitirá interrogar al testigo? —Y sin preámbulos hizo a Brown una pregunta que parecía incoherente—: Ha oído usted hablar de este puñal. ¿Sabe que los expertos han dicho que el crimen se cometió con un arma de hoja corta?

—De hoja corta —asintió el padre Brown—, pero de muy larga empuñadura.

Antes de que la audiencia pudiera desechar la idea de que el sacerdote se había visto a sí mismo cometiendo un asesinato con un puñal de hoja corta, pero de puño largo, circunstancia que hacía horrible el crimen, se apresuró a dar una explicación:

—Quiero decir que los puñales no son las únicas armas de hoja corta. Las lanzas también tienen hoja corta y las lanzas también se pueden manejar como puñales, y más si son de esas lanzas de fantasía que suelen usarse en los teatros, como la lanza con que el pobre Parkinson mató a su mujer, poco después de haberme ella mandado llamar para arreglar sus conflictos de familia… Y yo llegué demasiado tarde. ¡Dios me perdone! Pero murió penitente. El remordimiento lo mató. No pudo sobrevivir a lo que había hecho.

La impresión general de la sala fue que el rechoncho sacerdote no estaba bien de la cabeza y se había vuelto loco de remate ante el tribunal. Pero el juez seguía mirándole con gran interés, y el abogado defensor procedió a interrogarlo de modo imperturbable:

—Si Parkinson se sirvió de una lanza de teatro, se la debió arrojar a una distancia de cuatro yardas. ¿Cómo se explica usted las señales de lucha, tal como el vestido rasgado por la espalda?

Nadie se fijó en que formulaba una pregunta que podía haber contestado un técnico, pero no un mero testigo.

—El vestido de la desgraciada —contestó este— se rasgó al cogerse en el entrepaño que se abrió tras ella. Ella forcejeó por librarse y mientras esto hacía, salió Parkinson del cuarto del preso y le clavó la lanzada.

—¿Un entrepaño? —repitió el abogado con acento de curiosidad.

—Había un espejo en un lado interior —explicó el padre Brown—. Mientras yo estaba en el cuarto de la artista noté que algunos de aquellos espejos probablemente podían abrirse hacia el pasaje.

Se produjo un largo silencio que rompió el mismo juez.

—Así, ¿usted quiere decir realmente que cuando miró a lo largo del pasaje, el hombre a quien vio no era otro que usted mismo, reflejado en el espejo?

—Sí, señor; eso es lo que quería decir —contestó Brown—, pero me preguntaban por la forma y nuestros sombreros son de alas que parecen cuernos, y por eso yo…

—¿Quería usted decir que cuando sir Wilson Seymour vio aquella figura de mujer y pantalones de hombre, no vio a otro que a sir Wilson Seymour?

—Sí, señor —dijo el padre Brown.

—¿Y quería usted decir que cuando el capitán Cutler vio aquel chimpancé encogido de hombros, con pelos de cerdo en la cabeza, no vio a otro que a sí mismo?

—Sí, señor.

El juez se recostó en el respaldo de su silla con un abandono entre cínico y admirativo.

—¿Y puede decirnos —preguntó— cómo conoció usted su imagen en el espejo cuando dos personas tan distinguidas no se reconocieron?

El padre Brown pestañeó más violentamente que antes y declaró:

—Realmente, señor, no lo sé…, como no sea por la sencilla razón de que yo no me miro con tanta frecuencia…

EL ERROR DE LA MÁQUINA

Flambeau y su amigo, el sacerdote, estaban sentados en el jardín del Temple, a la caída de la tarde, y el ambiente que les rodeaba o alguna extraña influencia indujo su conversación a temas de procedimientos legales. Del problema sobre el abuso que se hacía de los interrogatorios pasaron a tratar de la tortura romana y medieval, de las investigaciones judiciales de Francia y del llamado tercer grado de América.

—He leído algo —dijo Flambeau— acerca de ese método psicométrico de que tanto se habla, especialmente en Norteamérica. Ya sabe usted a qué me refiero. Colocan un pulsómetro en la muñeca de uno y ven cómo se altera el corazón al pronunciar ciertas palabras. ¿Qué le parece a usted?

—Muy interesante —replicó el padre Brown—. Me recuerda aquella creencia, tan extendida en la Edad Media, de que la sangre del cadáver fluía si lo tocaba el asesino.

—¿Quiere usted decir —preguntó su amigo— que concede a los dos métodos igual valor?

—Creo que los dos están igualmente desprovistos de valor —replicó Brown—. La sangre fluye con más o menos fuerza de los cuerpos vivos o muertos, por mil razones que nunca conoceremos. Y aunque corriera de la manera más caprichosa, nunca vería en ello una señal de que la he de verter.

—El método —observó el otro— ha sido garantizado por algunos de los más sabios americanos.

—¡Qué sentimentalistas son los sabios! —exclamó el padre Brown—. ¡Y los sabios americanos aun deben serlo más! ¿A quién, si no a los yanquis, se les podía haber ocurrido probar nada por los latidos del corazón? Deben de ser tan sentimentales como los hombres que piensan que una mujer está enamorada de ellos porque se ruboriza. Eso no es más que una prueba de la circulación de la sangre, descubierta por el inmortal Harvey, y una prueba bien curiosa, por cierto.

—Pero una u otra cosa debe señalar —insistió Flambeau.

—Es una desventaja que una varilla señale derecho a algún punto —contestó el otro—. ¿Qué significa? Pues que el otro extremo señala al lado opuesto. Todo depende de que la coja usted por el lado derecho. He visto eso realizado hace tiempo y desde entonces nunca más he creído en ello.

Y se puso a contar la historia de su desengaño.

Sucedió esto hace veinte años, cuando era capellán de sus correligionarios en una cárcel de Chicago, donde la colonia irlandesa, que desplegaba tanta capacidad para el crimen como para el arrepentimiento, lo tenía bastante ocupado. El oficial que sucedía al director en el mando era un antiguo detective llamado Greywood Usher, un filósofo yanqui, de aspecto cadavérico y de mucha labia, que lo mismo sabía poner una cara adusta que sonreír con afectuosa gracia. Quería al padre Brown y lo trataba con cierto aire de protección. El padre Brown también le tenía afecto, aunque detestaba cordialmente sus ideas, que eran demasiado complicadas y defendidas con demasiada sencillez.

Una tarde mandó llamar al sacerdote, quien, como de costumbre, se sentó en silencio al lado de una mesa llena de revistas y periódicos, y esperó. El oficial cogió un recorte de diario y se lo alargó al clérigo para que lo leyera. Este lo hizo a conciencia. Era una separata de un periódico de los más rosa de la sociedad americana, que decía lo siguiente:

> «El viudo más espléndido de la sociedad vuelve a desconcertarnos con sus banquetes caprichosos. Nuestros más selectos ciudadanos recordarán el banquete de los cochecillos, con que Last-Trick Todd logró, en su palacio de Pilgrim's Pond, que muchos de nuestros prominentes principiantes se sintieran más jóvenes de lo que eran por sus años. Tan elegante y más divertida para la flor y nata de nuestra sociedad resultó la merienda de caníbales celebrada el pasado año, en que los dulces aparecieron sarcásticamente modelados en forma de brazos y piernas humanas, y durante la cual nuestros más viejos ingenios pudieron prometer que iban a zamparse a su pareja. La inventiva que esta noche se pondrá de manifiesto se oculta aún en la reserva mental del señor Todd o en el enjoyado pecho de las más elegantes de nuestra sociedad; pero se habla ya de una alegre parodia de las costumbres y modales de lo más ínfimo de nuestra escala social. La fiesta dará que hablar, tanto más cuanto que el hospitalario Todd hospeda a lord Falconroy, el célebre viajero, un aristócrata de pura sangre recién salido de los robledales de Inglaterra. Lord Falconroy empezó a viajar antes de que se resucitase su antiguo título feudal; en su juventud estuvo en la República, y la fantasía murmura un motivo astuto para su regreso. La señorita Etta Todd es una de

> nuestras más animadas neoyorquinas y entra en posesión de una herencia de casi mil doscientos millones de dólares».

—Bien —preguntó Usher—, ¿le interesa?

—Hombre, casi no sé qué decir —contestó el padre Brown—. En este momento no se me ocurre nada del mundo que me interese tan poco. Y a no ser que el justo enojo de la República haya decidido ahorcar al periodista que escribe así, no veo en qué puede interesarle a usted.

—¡Ah! —dijo el señor Usher secamente, alargándole otro recorte de periódico—. ¡A ver si le interesa esto!

La separata se encabezaba de este modo:

> *«Brutal asesinato de un guardián. El preso se da a la fuga».*

Y seguía:

> «Poco antes del amanecer, en la penitenciaría de Squah, de este Estado, se oyó un grito de auxilio. Las autoridades corrieron en la dirección del grito y hallaron el cadáver del guardián que vigila en lo alto del muro norte de la cárcel, el más alto y lo más difícil de saltar, razón por la cual se consideraba suficiente la vigilancia de un hombre. El desgraciado empleado había sido arrojado del muro, con el cráneo roto con un instrumento contundente, y su arma de fuego había desaparecido. Posteriores investigaciones demostraron que una de las celdas estaba vacía. La ocupaba antes un rufián mal encarado que decía llamarse Oscar Rian. Estaba cumpliendo condena temporal por un asalto relativamente de poca importancia, pero daba a todos la impresión de que tenía un pasado muy negro y un futuro peligroso. Por fin, cuando se hizo de día y se alumbró la escena del crimen, se vio en la pared, por encima del cadáver, la siguiente leyenda, escrita con un dedo mojado en sangre: “Lo hice en defensa propia, y él llevaba arma. No he deseado ningún mal ni a él ni a nadie más que a uno. Me guardo la bala para Pilgrim’s Pond”. —Oscar Rian. Se necesita ser el más facineroso y el más salvaje y resuelto de los hombres para escapar por aquella pared a pesar de vigilarla un hombre armado».

—Bueno, el estilo literario está algo mejorado —admitió el clérigo jovialmente—; pero aún no veo en qué puedo servirle. Con mis piernas cortas haría una triste figura corriendo por estas tierras en persecución de un asesino como ese, que debe de ser atlético. Dudo que nadie lo pesque. La penitenciaría de Squah está a treinta millas de aquí, y nos separa un terreno salvaje, y más allá, que es donde habrá ido, es un desierto que acaba en las praderas. Se habrá metido en una cueva o se habrá subido a un árbol.

—No está en una cueva —dijo el director—, ni está en un árbol.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el padre Brown pestañeando.

—¿Quiere usted hablar con él? —replicó Usher.

El padre Brown abrió unos ojos de niño pasmado y exclamó:

—¿Está aquí? ¿Cómo lo han cogido?

—Lo detuve yo mismo —anunció el americano, arrastrando las palabras y estirando las piernas para calentárselas al fuego—. Lo atrapé con el puño encorvado en mi bastón. No me mire con esa cara. Es la verdad. Ya sabe usted que a veces me voy a dar una vuelta por esos caminos, para perder de vista esta triste mansión; bien, pues al oscurecer me paseaba por un camino pendiente, separado a ambos lados por un seto vivo de los campos de labranza y bañado de luna que acababa de salir. A la luz de esta vi correr a un hombre. Corría con el cuerpo encorvado, a gran velocidad. Parecía pronto a caer extenuado, pero al llegar al espeso seto lo atravesó como si se tratara de una tela de araña; o mejor dicho, yo que pude oír el chasquido de ramas al quebrarse, como si fuese de piedra. En el momento en que apareció a la luz de la luna cruzando la carretera, le tiré el bastón a los pies, haciéndole tropezar y caer. Luego toqué el pito y acudieron nuestros compañeros a sujetarlo.

—Menudo chasco se hubiera usted llevado —observó Brown— si llega a descubrir que era un atleta popular entrenándose.

—No lo era —dijo Usher con una mueca—. Pronto descubrimos su personalidad, aunque yo lo había adivinado apenas entró en la zona de luna.

—Pensó usted que era el preso fugitivo —notó el sacerdote con la mayor sencillez— porque había leído en esos recortes de periódico, esta mañana, que un preso se había fugado.

—Tenía mejores elementos de juicio —replicó el otro—. Pasaré de largo por el primero, por demasiado simple para darle importancia. Convendrá usted en que los atletas modernos ni corren por los campos labrados ni se exponen a arrancarse los ojos tirándose de cabeza a los matorrales. No corren encorvados como si fueran perros. Eso aparte de otros detalles decisivos para un observador experto. El individuo en cuestión vestía ropas toscas y

andrajosas, y no solo eran toscas y andrajosas, sino que le caían mal, que hacían de él un tipo grotesco. Aun visto a la escasa luz de la luna, el cuello de la chaqueta en que estaba hundida la cabeza le daba toda la semejanza de un giboso y eran tan largas las mangas, que parecía no tener manos. Enseguida se me ocurrió pensar que se las había arreglado para trocar sus ropas con las de un paisano excesivamente alto. Segundo: hacía un vientecillo regular y como él corría contra dirección, debía haberle visto volar el cabello si no lo hubiera llevado corto. Luego recordé que no lejos de los campos por donde corría estaba Pilgrim's Pond, para donde, como usted recordará, el preso había guardado la bala, y sin vacilar le arrojé al vuelo mi bastón.

—Una pieza brillante de rápidas deducciones —dijo el padre Brown—. Pero ¿llevaba un arma de fuego? —Y como Usher se detuvo bruscamente en el paseo que daba por la habitación, el sacerdote añadió como excusa—: Porque tengo entendido que sin ella no es tan útil, ni mucho menos, la bala.

—No tenía arma —dijo el otro con gravedad—, pero eso se debía sin duda a que la perdió o cambió de idea. Probablemente, la misma precaución que le hizo cambiar de ropa, le hizo abandonar el arma; porque sin duda se arrepentiría de haber dejado escrita la amenaza con sangre de su primera víctima.

—Ya, es posible, ya —dijo el sacerdote.

—Y apenas vale la pena que perdamos tiempo en discutir este pormenor —añadió Usher, volviendo a coger unos periódicos—, porque ahora ya sabemos que es el fugitivo.

—Pero ¿cómo? —preguntó su amigo, en tono candoroso.

Y Greywood Usher tiró los periódicos y cogió otra vez los recortes.

—Bueno, ya que se obstina usted tanto, empecemos desde el principio —dijo—. Fíjese usted que lo único que tienen de común estos dos recortes es la mención de Pilgrim's Pond, la finca, como usted sabe, de Ireton Todd. También sabe usted que es hombre de extraordinario carácter, uno de los que se han hecho de la nada…

—Que lo debe todo a su propio esfuerzo —asintió el interlocutor—. Sí, ya lo sé. Con el petróleo, creo.

—Como sea —dijo Usher—. Last-Trick Todd tiene mucho que ver en ese negocio del aguardiente.

Se sentó de nuevo junto al fuego y continuó hablando en aquel lenguaje fluido y llano, que daba tanta claridad a su relato.

—Ante todo, he de decirle que no hay en todo esto el menor misterio. Ni es misterioso ni siquiera raro que un pájaro de cuenta se acerque armado a

Pilgrim's Pond. Nuestro pueblo no es como el inglés, que perdona a un hombre el haberse enriquecido mientras gaste dinero en hospitales o en caballos. Last-Trick Todd se ha enriquecido por sus dotes excepcionales y sus mañas, y no hay duda de que muchos de aquellos a quienes ha demostrado sus habilidades querrían demostrarle las suyas disparándole un tiro. Todd puede caer bajo el golpe de cualquiera a quien ni siquiera haya visto nunca, de algún trabajador a quien despidió o de un empleado de escritorio en algún negocio que él haya estropeado. Last-Trick es un hombre de grandes dotes intelectuales y de enorme prestigio; pero en este país las relaciones entre patronos y obreros están muy tirantes.

»Esto es lo que se ha de tener en cuenta, suponiendo que Rian vino a Pilgrim's Pond a matar a Todd, que es lo que a mí me parecía antes de que otro descubrimiento de poca monta despertase el espíritu detectivesco que ya empezaba a dormir en mí. Cuando puse al detenido a buen recaudo, requerí otra vez mi bastón y me fui por la carretera, que en una de sus revueltas me dejó ante una de las entradas laterales a la finca de Todd, la más próxima al estanque o laguna de la que recibe el nombre el palacio. Hace de eso dos horas, y serían las siete, aproximadamente. La luna brillaba más que antes y yo podía ver perfectamente el surco de la luz que abría su reflejo en las aguas y en el légamo verdoso de sus orillas, en que dicen que nuestros abuelos solían caminar resbalando y haciendo equilibrios hasta que se hundían. No recuerdo exactamente el cuento, pero ya sabe usted a qué lugar me refiero. Cae al norte de la residencia de Todd, hacia el páramo, y crecen allí dos árboles tan esmirriados y tristes, que más parecen enormes cardos que frondosos árboles. Mientras contemplaba esta laguna caliginosa, me pareció ver la figura mal dibujada de un hombre que se movía desde la casa hacia allí; pero estaba demasiado lejos y neblinoso para cerciorarme del hecho y menos de los pormenores. Por otra parte, pronto distrajo mi atención otra cosa mucho más cercana. Me aproximé a la cerca, que está a la distancia de unas doscientas yardas de una de las alas de la gran mansión y que afortunadamente tiene boquetes como ex profeso para que se pueda mirar desde fuera. En la masa oscura del ala izquierda se había abierto una puerta, y una silueta se destacó, negra, en la luz interior. Era una persona embozada, que se inclinaba como escrutando la noche. Cerró la puerta a su espalda y vi que llevaba una linterna, que arrojó un haz de luz a las ropas de quien la llevaba. Me pareció que era una mujer envuelta en una capa andrajosa y disfrazada, sin duda, para evitar que la conocieran; había, evidentemente, algo misterioso, tanto en los andrajos como en la cautela observada por una

persona que salía de aquellas salas forradas de oro. Avanzó con precaución por el sendero del jardín hasta acercarse a mí a una distancia de cincuenta yardas. Luego se detuvo un momento en un balate de césped que dominaba el lago y levantando la linterna por encima de su cabeza, la movió tres veces a uno y otro lado, como si diera una señal. Al moverla la segunda vez, un destello le azotó la cara, cara que yo conocía. Estaba intensamente pálida y su cabeza se cubría con un chal plebeyo, seguramente prestado. Pero no podía equivocarme: era Etta Todd, la hija del millonario.

Rehízo el camino con el mismo misterio y la puerta se volvió a cerrar tras ella. A punto estaba de saltar la cerca para seguirla, cuando me percaté de que el entusiasmo detectivesco que me hubiera arrastrado a la aventura no era todo lo digno que convenía, y que conteniéndome en los límites de mi autoridad, ya tenía en mis manos todas las cartas. Y ya me volvía, cuando se percibió otro ruido en la noche. Una ventana se abrió en uno de los pisos superiores, pero en uno de los ángulos de la casa de modo que no pude verlo; y una voz rompió con terrible claridad la paz del oscuro jardín preguntando dónde estaba lord Falconroy, puesto que no se le hallaba en toda la casa. Aquella voz era inconfundible. La he oído en muchas asambleas: era el mismo Ireton Todd. Algunos invitados que estaban en las ventanas de los pisos bajos o en las gradas del portal, le gritaron que Falconroy se había ido a pasear por la orilla del lago una hora antes y no se le había vuelto a ver. Entonces Todd gritó: «¡Horrible asesinato!», y cerró la ventana con violencia. Aún pude oír como bajaba a saltos la escalera. Refrenando mi primer impulso al margen de la investigación general que forzosamente había de seguir a aquello, volví aquí poco después de las ocho.

Ahora le ruego que recuerde esa nota de sociedad que tan poco interesante le ha parecido. Si el preso no tenía intención de matar a Todd, supuesto ya descartado, sin duda la tenía de matar a lord Falconroy, y por cierto que supo elegir el terreno. No es fácil hallar otro que reúna mejores condiciones geológicas para hacer desaparecer a un enemigo por el sencillo método de dejar resbalar el cadáver en el limo hasta una profundidad prácticamente insondable. Supongamos, pues, que nuestro amigo de la cabeza rapada vino a matar a Falconroy y no a Todd. Pero, como ya le indiqué, hay muchas razones para explicar que un americano quiera matar a Todd, pero no hay más que una que nos explique que haya en América alguien que desee la muerte de un lord inglés recién llegado, y esa única razón se halla en el recorte del periódico color de rosa, y es que el lord viene a conquistar a la hija del millonario. Nuestro motilón, a pesar de sus ropas grotescas, debe de ser un pretendiente.

Ya sé que esta deducción le ha de parecer chocante y aun ridícula, pero eso porque es usted inglés. Para usted es como si le dijese que la hija del arzobispo de Canterbury se casará en St. George con un barrendero licenciado de presidio. No juzga usted bien el poder trepador con que se han encaramado nuestros más conspicuos ciudadanos. Ve usted a un hombre bien portado, de cabello gris, en traje de etiqueta, con cierto aire de autoridad, sabe que es un puntal del Estado y se figura que tiene padre. Se equivoca usted. No comprende que hace relativamente pocos años puede haber vivido en una casa de huéspedes y probablemente en la cárcel. Muchos de nuestros más influyentes ciudadanos no solo han medrado recientemente, sino relativamente tarde. La hija de Todd tenía ya dieciocho años cuando su padre empezó a amontonar dinero, de modo que nada tiene de imposible que la rondara alguien en su pasada vida, menos holgada, ni que ella misma le correspondiera, como pienso que hubo de ser, a juzgar por el manejo de la linterna. Y en tal caso, la mano que sostenía la linterna puede tener alguna relación con la mano que empuñó el arma. Este asunto, señor, hará mucho ruido.

—Bien —dijo el cura, con paciencia—, ¿y qué hizo usted luego?

—Reconozco que no tendrá su aprobación, porque sé que usted se opone a la marcha de la ciencia en esta materia. Tomé toda clase de precauciones y quizá lleve mi discreción a extremos exagerados, y me pareció una oportunidad excelente para probar la máquina psicométrica de que le hablé. Ahora puedo darle mi opinión de que la máquina no puede mentir.

—Ninguna máquina puede mentir —dijo el padre Brown—, ni decir verdad.

—En este caso la dijo, como lo demostraré —afirmó Usher, convencido—. Hice sentar a ese individuo, tal como iba vestido, en un sillón y procedí, sencillamente, a escribir palabras en una pizarra, observando las alteraciones de su pulso. La treta consiste en introducir algunas palabras relacionadas con el crimen entre una lista de nombres que nada tienen que ver, pero que guarden entre sí una cierta relación. Así, yo escribí *garza*, *águila*, *lechuza*, cuando escribí *falcón* le vi enormemente agitado, y al añadir una «r» la aguja del instrumento llegó al tope. ¿Quién, en esta República, tendría motivo para alarmarse ante el nombre de un inglés recién llegado, como Falconroy, sino el hombre que lo mató? ¿No es esta mejor prueba que las declaraciones de los testigos, la prueba de una máquina segura y digna de confianza?

—No olvide usted —observó su compañero— que la máquina, por segura que sea, siempre está puesta en movimiento por una máquina insegura y poco

digna de confianza.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el detective.

—Me refiero al hombre —dijo el padre Brown—, la máquina más insegura que conozco. No deseo ser rudo ni pretendo que se considere al hombre como una descripción ofensiva o descuidada de sí mismo. Dice usted que observó sus alteraciones, pero ¿cómo sabe que no se equivocó usted al hacerlo? Dice que las palabras han de tener cierta relación y que se han de escribir de la manera más natural. ¿Está seguro de haberlo hecho de una manera natural? ¿Cómo sabe que él, a su vez, no observaba las alteraciones que en usted se producían? ¿Quién nos prueba que no estaba usted enormemente agitado? ¿Había otra máquina atada a su muñeca?

—Le aseguro —gritó el americano, muy excitado— que yo estaba fresco como una lechuga.

—Los criminales también pueden estar frescos como una lechuga —replicó el padre Brown, sonriendo— y tan serenos como usted mismo.

—Pero este no lo estaba —dijo Usher, tirando los periódicos—. ¡Oh! ¡Me fatiga usted!

—Lo siento —dijo el otro—. No hago más que insinuar lo que me parece razonablemente posible. Si usted pudo descubrir por sus inmutaciones cuando llegaba la palabra que podía llevarlo a la horca, ¿por qué no había de poder él decir por las de usted lo mismo? Antes de ahorcar a nadie exigiría yo algo más que palabras.

Usher golpeó la mesa y se levantó con aire de colérico triunfo.

—Y eso es lo que voy a darle —gritó—. Probé antes la máquina para comprobarla luego con otras cosas, y la máquina, señor, es veraz.

Hizo una pausa y prosiguió, menos excitado:

—Solo quiero insistir, si es preciso, en que no hice nada que se apartase de la conciencia experimental. No había contra el hombre ninguna, prueba directa. Sus ropas no le caían bien, como he dicho, pero al menos eran de mejor calidad que las usadas por la gente de los bajos fondos a la que sin duda él pertenecía. Además, aunque se había ensuciado y arañado, arrastrándose por los setos, el hombre estaba relativamente limpio. Esto no quería decir otra cosa, claro, que había salido recientemente de la cárcel; pero me hizo pensar en el pobre respetable que se desvive por presentarse aseado. Sus modales, me veo obligado a confesarlo, estaban en armonía con los de la clase proletaria. Se mantenía silencioso y digno como los de su clase, parecía tener un grave resentimiento, y se mostraba ignorante del crimen y de todo lo demás. Solo manifestaba una arisca impaciencia por que vinieran a sacarle del

mal paso en que se había metido. Me pregunté más de una vez si podría telefonear a un abogado que le había ayudado hacía tiempo en un pleito comercial, y se comportaba en todos los sentidos como si fuese un inocente. No había contra él otra cosa que aquella aguja del cuadrante de mi infalible máquina que señaló puntualmente la alteración de su pulso.

Sí, señor; la máquina emitió su juicio y no se equivocó. Cuando salí con él del laboratorio al vestíbulo donde esperaba mucha gente el turno para ser examinada, creo que estaba más o menos decidido a sincerarse poniendo en claro las cosas mediante una confesión. Se volvió a mí y empezó a decir en voz baja: «¡Ah! No puedo soportar más esta situación. Si quiere usted que le diga la verdad…».

Al mismo tiempo, una de las pobres mujeres que esperaban sentadas en un banco, se levantó, chillando y señalándole con un dedo. En mi vida he oído un grito tan claro. Parecía que había visto al demonio, y acompañó el ademán a las palabras como si le descerrajase un tiro, y aunque más bien parecía aullar, sonaron las palabras tan claras como campanadas: «¡Drugger[3] Davis! ¡Han cogido a Drugger Davis!».

De entre el grupo de las desgraciadas mujeres, en su mayoría ladronas y rameras, veinte caras se volvieron dando un suspiro de alegría y odio. Aunque no hubiera yo oído aquellas palabras, hubiese conocido, por el efecto que le produjeron, que quien decía llamarse Oscar Rian había oído su propio nombre. Pero no soy tan ignorante, modestia aparte. Drugger Davis era uno de los más terribles y depravados delincuentes que han puesto en jaque a la policía. No puede negarse que cometió más de un asesinato, mucho antes de su última fechoría, que causó la muerte del guardián; pero, aunque parezca mentira, nunca se le pudieron probar del todo, porque siempre actuaba moderadamente como en los delitos de menor cuantía por los que con frecuencia se le detuvo. Era un bruto apuesto y con ciertas dotes de educación externa, que aún conserva hasta cierto punto, y frecuentaba el trato con mozas de taberna o dependientas de comercio para sacarles dinero. Con frecuencia, no obstante, hacía cosas peores, pues se las encontraba narcotizadas con cigarrillos o bombones y el monedero limpio. Llegó el caso de encontrarse a la muchacha muerta, pero no se pudo probar que hubiera habido intención deliberada, y por otra parte, tampoco pudo encontrarse al delincuente. He oído decir que luego reapareció no sé dónde con carácter diametralmente opuesto, prestando dinero en vez de tomarlo; pero aun a pobres viudas a quienes personalmente podía fascinar, y con el mismo resultado para ellas. Ahí tiene usted la inocencia de ese hombre. Y desde entonces lo han

reconocido cuatro delincuentes y tres guardianes, confirmando lo que le cuento. Después de esto, ¿qué tiene usted que decir de mi pobre máquina? ¿Lo ha descubierto la máquina o prefiere usted decir que aquella mujer y yo lo hemos descubierto?

—En cuanto a lo que usted ha hecho —replicó el padre Brown levantándose y sacudiéndose—, le digo que lo ha salvado de la silla eléctrica. No creo que maten a Drugger Davis por esa vaga historia del envenenamiento. Y en cuanto al preso que mató al guardián, resulta para mí evidente que no lo ha detenido usted. Al menos, el señor Davis es inocente de ese crimen.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el otro—. ¿Por qué ha de ser inocente de ese crimen?

—Pues, ¡válgame Dios! —exclamó el hombrecito en uno de sus momentos de entusiasmo—, ¡porque es culpable de los otros crímenes! No comprendo cómo son ustedes así. Les parece que todas las faltas se hallan reunidas en un hombre como en un saco. Habla usted como si un tacaño el lunes fuese un manirroto el jueves. Me cuenta usted que ese hombre que tiene ahí detenido se pasaba las semanas y los meses sacando a mujeres pobres pequeñas sumas, que se valía de narcóticos en los mejores casos y de venenos en los peores, que luego se convirtió en prestamista de la más baja estofa y timó a gente menesterosa por un procedimiento tan lento y pacífico. Convengamos en ello, admitamos, para dar fuerza al argumento, que hizo todo eso. Si es cierto que lo hizo, le diré yo lo que no hizo. No se arrojó desde un muro contra un guardián armado. No escribió en la pared con su propia mano, suponiendo que lo hiciese. No se detuvo a dejar escrito que había matado en defensa propia. No declaró que no tenía resentimientos contra el pobre guardián. No nombró la casa del rico a la que se dirigía con el arma. No escribió sus propias iniciales con sangre humana. ¡Válgame el cielo! Pero ¿no ve usted que el carácter es enteramente distinto, tanto en lo bueno como en lo malo? Usted no se parece a mí ni pizca. Cualquiera pensaría que usted no ha tenido ningún vicio en su vida.

El atónito americano abría ya la boca para protestar, cuando la puerta de su despacho particular vibró, golpeada con una fuerza y una falta de consideración a la que no estaba acostumbrado, y se abrió de par en par antes de que Greywood Usher llegara a la conclusión de que el padre Brown se había vuelto loco. Pero inmediatamente sospechó que quien se había vuelto loco era él. Hizo irrupción en el despacho un hombre sucio y harapiento con un sombrero lleno de mugre, caído a un lado, y una visera verde muy

estropeada, subida sobre un ojo que, como el otro, brillaba como los de un tigre. El gesto de la cara apenas podía distinguirse entre las matas de una barba y de unos bigotes que casi ocultaban por completo la nariz, mientras escondía el cuello en un pañuelo encarnado tan raído como el resto de su traje. El señor Usher, que se vanagloriaba de haber visto los tipos más brutos del Estado, jamás se había hallado en presencia de un orangután vestido de espantajo como aquel. Y lo más grande era que nunca, en su plácida vida de sabio, le había hablado nadie como le habló aquel tipejo sin esperar a que le preguntasen.

—Oiga usted, amigo Usher —vociferó aquel hombre—. Ya empiezo a estar cansado. No trate usted de prolongar más sus bromas conmigo; no crea que soy tan necio. Deje en libertad a mi huésped, y no permaneceré aquí ni un momento. Tráigalo aquí al instante y no se arrepentirá. Después de todo no soy hombre sin influencia.

El eminente Usher miraba a aquel monstruo rugiente con una estupefacción que borraba todo otro sentimiento. Lo que sus ojos veían dejaba sordos sus oídos. Por fin apretó un botón con mano sacudida de violencia, y aún vibraba el timbre con sonido de alarma, cuando el padre Brown dijo con tono apagado, pero claro:

—Tengo que exponer una opinión, aunque parezca un poco confusa. Yo no conozco a este caballero, pero… pero creo conocerlo. Ahora bien, usted lo conoce, lo conoce perfectamente, pero no lo conoce, según se ve. Ya sé que parece esto una paradoja.

—Reconozco que el universo está trastornado —dijo Usher, abatiéndose en el sillón de su mesa.

—Y oiga lo que le digo —vociferó el desconocido, golpeando la mesa, pero hablando en tono que parecía misterioso porque era algo afable aunque estrepitoso—. No voy a ponerle en antecedentes. Solo quiero…

—¿Quién diablos es usted? —chilló Usher, irguiéndose de pronto.

—Creo que este caballero se llama Todd —dijo el sacerdote.

Luego cogió el recorte de color de rosa del periódico.

—Me parece que no ha leído usted con atención esta nota de sociedad —dijo. Y se puso a leerla en voz monótona—: «O en el enjoyado pecho de las más elegantes de nuestra ciudad; pero se habla ya de una alegre parodia de las costumbres y modales de lo más ínfimo de nuestra escala social». Esta noche se ha celebrado un banquete grotesco en Pilgrim’s Pond y un hombre, uno de los invitados, desapareció. El señor Ireton Todd es un buen anfitrión y ha llegado hasta aquí siguiéndole la pista, sin cuidarse de quitarse el disfraz.

—¿Qué quiere decir?

—Hablo del tipo tan ridículamente vestido que vio usted correr a campo traviesa. ¿No sería mejor que fuese usted a interrogarlo? Debe de estar muy impaciente por volver a su champán, que abandonó con tanta precipitación, cuando el preso hizo su aparición, ante él con el arma.

—Pero quiere usted decir en serio…

—Mire, señor Usher —interrumpió el padre Brown con calma—: dice usted que la máquina no puede equivocarse, y en cierto modo no se equivocó. Pero la otra máquina se equivocó; la máquina que la movía. Supone usted que el hombre se sobresaltó al nombre de lord Falconroy, por ser el asesino de lord Falconroy. Se sobresaltó porque es el propio lord Falconroy.

—Entonces, ¿por qué diablos no lo dijo? —preguntó el sorprendido Usher.

—Porque creyó que aquella exhibición de pánico era poco patricia —repuso el sacerdote—, y por eso trató de ocultar su nombre al principio.

Pero estaba a punto de decírselo, cuando el padre Brown se miró las botas, y aquella mujer le dio otro nombre.

—Pero no puede usted estar tan loco para decir que lord Falconroy era Drugger Davis —objetó Greywood Usher, que estaba palidísimo.

—Yo no digo semejante cosa —replicó el sacerdote, mirándolo muy serio y con expresión indescriptible—. Lo demás lo dejo para usted. Su recorte dice que el título ha sido recientemente desenterrado a su favor; pero los diarios son muy poco dignos de confianza. Dice que estuvo en los Estados Unidos en su juventud; pero toda esa historia es muy extraña. Davis y Falconroy son dos tipos bastante cobardes; pero así son muchos hombres. Yo no ahorcaría a un perro por lo que opine acerca de esto. Pero creo —siguió diciendo, en tono afable y reflexivo— que ustedes, los norteamericanos, son excesivamente modestos. Creo que idealizan ustedes a la aristocracia inglesa, aun suponiendo que sea tal aristocracia. Ven ustedes a un inglés bien parecido y en traje de etiqueta, saben ustedes que es un miembro de la Cámara de los Lores, y se figuran que tiene padre. Muchos de nuestros nobles influyentes no solo han medrado recientemente, sino…

—¡Oh! ¡Basta! —gritó Greywood Usher, agitando, nervioso, una mano esquelética contra la sombra de ironía que había en la cara del otro.

—¡No pierda el tiempo hablando con ese loco! —exclamó Todd, rudamente—. Lléveme al lado de mi amigo.

Al día siguiente el padre Brown se presentó con la misma expresión de gravedad, y un retazo de color de rosa en la mano.

—Sospecho que no es usted un asiduo lector de las notas de sociedad —dijo—, pero esta quizá le interese.

Usher leyó el título: *Jaraneros de Last-Trick extraviados: Divertido incidente cerca de Pilgrim’s Pond*. Y el párrafo decía lo siguiente: «Anoche ocurrió un cómico incidente en la parte exterior del garaje de Wilkinson. A un policía de servicio le llamó mucho la atención que un individuo, que vestía el uniforme de presidiario, subiera con la mayor frescura a un lujoso Panhard y se sentase al volante, acompañado de una muchacha envuelta en un chal andrajoso. Al querer intervenir el policía, la joven se quitó el chal, y todos reconocieron a la hija del millonario Todd, que acababa de llegar del banquete caprichoso que se celebraba en Pond, al que los más distinguidos huéspedes asistían en semejante *deshabillé*. Ella y el caballero vestido de presidiario iban a dar el acostumbrado paseo, propio de la alegría que se siente en estos casos».

Debajo de aquel retazo de color de rosa, había otro de distinto periódico, cuyo título leyó el señor Usher: «Asombrosa fuga de la hija del millonario con el preso. Ella había ideado el banquete extravagante. Ahora están a salvo en…».

El señor Greywood levantó los ojos, pero el padre Brown había desaparecido.

LA CABEZA DE CÉSAR

No sé si en Brompton o en Kensington hay una avenida interminable de altos edificios, suntuosos pero vacíos, que más parece una avenida de mausoleos. Las escalinatas que llevan a los portales, suben tan empinadas como las gradas de las pirámides, y casi vacilaría uno al llamar a la puerta, temiendo que saliera a abrirle una momia. Pero aún produce una impresión más deprimente de las fachadas su largura telescópica y su continuidad invariable. Quien por allí transita llega a pensar que nunca encontrará una salida o una esquina, pero hay una excepción, una sola y muy pequeña, lo cual no impide que el transeúnte la salude con un grito de esperanza. Entre dos edificios gigantescos hay una especie de corral, un sencillo rincón, que parece un portillo comparado con la calle; pero lo suficiente grande para permitir una cervecería, o sea una casa de comidas no mayor que una pocilga, tolerada por los ricos para sus lacayos. En su misma oscuridad tiene un aire animado y una cierta insignificancia. A los pies de aquellos gigantes de piedra gris aparece una casita de enanos iluminada.

Cualquiera que hubiese pasado por allí durante cierta tarde de otoño, que también parecía una tarde de hadas, hubiera podido ver una mano que apartaba a un lado la cortina que, a lo largo de un cristal donde había un gran letrero, recataba el interior del establecimiento, y una cara que miraba la calle, no sin cierto aspecto de trasgo. No era otra cara que la de un hombre inofensivo, llamado Brown, antiguo sacerdote de Cobhole, en Essex, yen aquel entonces ocupado en Londres. Su amigo Flambeau, un indagador semioficial, se hallaba sentado al otro lado de la mesa acabando de redactar unas notas referentes a un caso que le habían encargado dilucidar en la vecindad. Estaban los dos junto a la ventana cuando el cura de almas apartó la cortina y miró a la calle. La mantuvo apartada y no la dejó caer hasta que un desconocido hubo pasado por delante de la ventana. Entonces sus ojos se posaron en el letrero que, con letras blancas, se veía en el cristal del montante, y luego se dirigieron a la mesa de al lado, ocupada por un bracero que tomaba una cerveza y una muchacha rubia que había pedido un vaso de leche. Pero viendo que su amigo se guardaba el cuaderno en el bolsillo, le dijo:

—Si tuviera usted diez minutos disponibles, le agradecería que siguiese al hombre de la nariz postiza.

Flambeau levantó la cabeza sorprendido; pero la muchacha rubia también miró con cara de pasmo. Llevaba un sencillo vestido de saco, ligeramente oscuro; pero era una señorita, y, bien mirada, una señorita casi altiva.

—¡El hombre de la nariz postiza! —repitió Flambeau—. ¿Quién es?

—No tengo la menor idea —contestó el padre Brown—. Deseo que usted lo descubra y se lo pido como un favor. Ha pasado por la calle y no debe de andar lejos. Solo quisiera saber la dirección que toma.

Flambeau se quedó mirando a su amigo con expresión entre perpleja y burlona, luego se levantó, llenó la puertecita de la taberna con su corpulencia y desapareció en el crepúsculo.

El padre Brown sacó del bolsillo un libro pequeño, se puso a leer deprisa, sin dar muestras de percatarse de que la rubia se levantaba de la mesa para ocupar el puesto que su amigo acababa de abandonar. Por fin, la muchacha se inclinó, y dijo, en voz baja, pero firme:

—¿Por qué ha dicho usted esto? ¿Cómo sabe que es postiza?

El sacerdote levantó sus cansados párpados con expresión del mayor embarazo, y su mirada indecisa se refugió en el letrero de la ventana de la taberna. Los ojos de la muchacha siguieron los suyos, y se quedaron fijos en las letras como ante un enigma.

—No —dijo el padre Brown, contestando a los pensamientos de la joven—. Eso no dice «Sela», como la palabra de los salmos; yo también lo he leído así mientras estaba en Babia hace un momento. Dice «Ales»[4].

—Bueno, ¿y qué importa lo que diga?

El sacerdote bajó sus ojos reflexivos por las mangas de la muchacha y los detuvo en los puños de la chaqueta, ribeteados con un ligero dibujo, lo suficiente para distinguirlo de un vestido ordinario de mujer vulgar y evocar el de una estudiante de arte. Parecía darle aquello mucho que pensar, pues su contestación fue tarda y vacilante:

—Mire usted, señorita: por fuera, este lugar parece… bueno, es un lugar del todo decente… pero las señoras como usted no… no lo juzgan así, generalmente. Nunca entran en estos establecimientos por gusto, excepto…

—¿Qué? —se apresuró ella a preguntar.

—Excepto unas cuantas desgraciadas que no entran a beber leche.

—Es usted un hombre singular —dijo la joven—. ¿Qué se propone con esto?

—No molestarla —contestó él, afablemente—. Únicamente documentarme para ayudarla, si solicitara usted voluntariamente mi ayuda.

—¿Y por qué he de necesitar ayuda?

El padre Brown siguió hablando como si pensara en voz alta…

—No ha entrado usted a ver protegidas, amigas humildes, o lo que sean, pues hubiera pasado al recibimiento… No puede haber entrado porque se sintiera enferma, pues hubiera preguntado por la dueña del establecimiento, que, sin duda, es una señora respetable… Además, no tiene usted cara de enferma, sino de afligida… Esta calle es la única que no tiene calles adyacentes, y las casas de ambos lados están cerradas… Solo puedo suponer que ha visto usted venir a alguien con quien no quería encontrarse, y se ha metido en la taberna como en el único refugio de este desierto de piedra. No creo haber excedido la curiosidad de cualquier forastero al mirar al único hombre que ha pasado por la calle… Y como me pareció que su aspecto era el de un hombre malo… y usted me parece una buena muchacha… me hice el propósito de ayudarla si se considera agraviada por él. Eso es todo. En cuanto a mi amigo, pronto volverá. No creo que pueda sacar nada corriendo por una calle como esta… No lo creo.

—Entonces, ¿por qué lo mandó usted? —preguntó ella con viva curiosidad. Tenía la cara de orgullo y de ímpetu de las rubias y una nariz romana, como María Antonieta.

Él contestó, mirándola fijamente por primera vez:

—Porque esperaba que usted me querría hablar.

La muchacha le devolvió una mirada que brillaba de cólera en el encendimiento de su rostro; pero que luego se apagó, sustituyéndola una mueca de ironía a pesar de toda su ansiedad.

—Si tanto le interesa mi conversación quizá no tenga inconveniente en contestar a una pregunta: ¿Me haría usted el honor de decirme por qué pensó que ese hombre llevaba una nariz postiza?

—La cara siempre se deslustra un poco en este tiempo —contestó el padre Brown con toda sencillez.

—¡Pero si es una nariz tan torcida y fea! —observó la rubia.

—Yo no digo que sea una nariz que ostente uno para lucirse —sonrió el sacerdote—. Sospecho que ese hombre se la pone porque su nariz verdadera es más perfecta.

—Pero ¿por qué? —insistió ella.

—¿Cómo dice aquella canción de niños? —prosiguió Brown, distraídamente—. «Érase un hombre torcido que hacía rutas tortuosas…». Y ese hombre me imagino que habrá andado por caminos muy tortuosos siguiendo la nariz.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho? —preguntó ella, muy agitada.

—No quisiera forzar su confianza —contestó el padre Brown con calma —; pero creo que sobre eso podría decirme usted mucho más de lo que yo puedo decirle.

La muchacha se levantó sin decir palabra y permaneció un momento con los puños cerrados como si fuera a marcharse, disgustada; pero poco a poco, se relajó su actitud y volvió a sentarse.

—Es usted un hombre muy misterioso —dijo con acento de desesperación —; pero sospecho que ese misterio puede envolver un buen corazón.

—Lo que más tememos todos es una masa sin centro —dijo el sacerdote, en voz baja—. Por eso el ateísmo es solo una pesadilla.

—Se lo contaré todo —dijo la rubia, sumisamente—, menos la razón que tengo para contárselo, porque la ignoro.

Dio un pellizco en el remendado mantel y prosiguió:

—Me parece que usted sabe distinguir perfectamente lo que es fachenda y lo que no lo es, y que si le digo que pertenezco a una familia de antiguo linaje, comprenderá que es parte necesaria de la historia; sin duda que mi peligro estriba principalmente en el elevado y seco concepto que tiene mi hermano de ciertos principios como *noblesse oblige* y otros por el estilo. Bien, me llamo Christabel Carstairs, y mi padre era el coronel Carstairs, de quien probablemente habrá oído hablar por la famosa Colección Carstairs de monedas romanas. No podría describirle a mi padre. Lo que sí puedo decirle es que parecía la efigie de una medalla romana, y de esta tenía, además, la belleza, la autenticidad, el valor, la calidad metálica y la antigüedad. Tan orgulloso estaba de su colección como de su escudo de armas. Su carácter extraordinario se reveló en su testamento. Tenía dos hijos y una hija. Se disgustó con uno de mis hermanos, con Giles, y lo mandó a Australia con una escasa asignación. Entonces hizo el testamento legando la Colección Carstairs, con una asignación aún más escasa, a mi hermano Arthur. Esto significaba una recompensa, el más alto honor que podía ofrecer, para premiar la lealtad y la rectitud de su hijo y las distinciones que había obtenido en matemáticas y ciencias económicas en Cambridge. A mí me dejó toda su no escasa fortuna, y estoy segura de que lo hizo con desprecio.

Arthur, dirá usted, podía quejarse; pero Arthur es el propio retrato de mi padre. Aunque en su juventud tuvo algunas diferencias con mi padre, apenas entró en posesión de la colección se portó como un sacerdote pagano consagrado a un templo. Confundió aquellas monedas romanas con el honor de la familia Carstairs, con la misma idolatría que caracterizó antes a mi padre. Procedía como si las monedas romanas hubieran de ser guardadas con

todas las virtudes romanas. No se divertía, no gastaba nada en caprichos; vivía para la colección. Con frecuencia ni quería vestirse para sus frugales comidas para tener más tiempo de manipular entre los atadijos de papel oscuro en que envolvía sus tesoros, que a nadie permitía tocar. Con su bata ceñida con un cordón acabado en borlas y su cara pálida, flaca y fina, parecía un viejo asceta. De vez en cuando aparecía vestido como un caballero elegante, pero esto solo ocurría cuando iba a Londres en plan de compras para aumentar la Colección Carstairs con algún ejemplar.

Si ha tratado usted a la juventud de hoy no puede sorprenderle saber que yo me hallara mental y moralmente muy por debajo de todo esto, a ese nivel en que a uno le tiene sin cuidado todo lo de la Roma antigua. Yo no era como mi hermano Arthur, pues me gustaba divertirme como a otra cualquiera. El pobre Giles era lo mismo que yo, y creo que el ambiente numismático excusa su atolondrada conducta, aunque en realidad se portaba mal y a punto estuvo de ir a la cárcel. Pero su conducta no difería gran cosa de la mía, como usted verá.

»Y entramos en la parte necia de la historia. Creo que un hombre tan juicioso como usted adivinará fácilmente la índole de la distracción que libró de la monotonía de la vida a una muchacha de dieciséis años, tan independiente como yo y colocada en semejante situación. Pero estoy tan turbada por otras cosas también, que apenas me doy cuenta de mis propios sentimientos, y ya no sé si siento por aquello el desprecio que merece una práctica más o menos duradera de galanteo o lo soporto como un quebranto del corazón. Vivíamos entonces en una casita de placer, situada a poca distancia de la playa, en el sur de Gales, y un capitán de marina retirado, que vivía no lejos de nosotros, tenía un hijo que me llevaba cinco años y había sido muy amigo de Giles antes de que este marchara a las colonias. Su nombre no afecta a lo que estoy contando, pero le diré que se llamaba Philip Hawker; porque se lo cuento todo, le diré que íbamos siempre a bañarnos juntos y decíamos y pensábamos que estábamos enamorados, al menos él decía que lo estaba y yo pensaba que realmente le amaba. Si le digo que tenía un cabello crespo y bronceado, una cara de halcón, también bronceada por el sol y el aire del mar, no es para favorecerlo, se lo aseguro, sino porque lo exige la historia, ya que esto fue la causa de una curiosa coincidencia.

»Una tarde de verano en que me había comprometido a ir a la playa con Philip, estaba esperando, con cierta impaciencia, en la sala mientras observaba los manejos de Arthur con unos paquetes de monedas que acababa de adquirir y que de uno en uno o de dos en dos llevaba a su oscuro estudio y

museo, que estaba detrás de la casa. Apenas oí que la puerta se cerraba definitivamente tras él, me apresuré a coger mi traje de baño y ya estaba a punto de salir, cuando advertí que mi hermano se había dejado una moneda que brillaba en el banco junto a la ventana. Era de bronce y su color combinado con la corva nariz y las líneas firmes y largas del cuello, hacían de aquella cabeza de César el retrato casi perfecto de Philip Hawker. Entonces recordé, de pronto, que Giles le hablaba a Philip de una moneda que se le parecía mucho, y que Philip deseaba tenerla. Tal vez pueda usted imaginarse los necios pensamientos que pasaron por mi cabeza: se me antojó que aquello era un presente ofrecido por las hadas. Se me ocurrió pensar que si corría a ofrecer aquella moneda a Philip a guisa de esponsales, constituiría un lazo indisoluble entre nosotros. Pensé mil cosas a un tiempo. Pero, enseguida, se me presentó como un monstruo con las fauces abiertas, pronto a devorarme, el acto que iba a realizar, y me quemó como un hierro candente el insoportable pensamiento de lo que diría de mí Arthur. ¡Una Carstairs, ladrona, y ladrona del tesoro de los Carstairs! Creí que mi hermano me había de ver quemar con gusto como una bruja por semejante acción. Pero la idea misma de tan fanática crueldad soliviantó mi odio contra su cerrada terquedad de viejo anticuario y encendió mis anhelos por la juventud y libertad que me llamaban desde la playa. Afuera había sol y aire, y un campo dorado de retama y de aulagas que parecía llegar a invitarme hasta la ventana. Pensé en este oro vivo y animado que me llamaba desde los brezales de todo el mundo y en aquel otro oro, bronce y cobre pesado y muerto de mi hermano, llenándose de polvo de los siglos. La naturaleza y la Colección Carstairs habían llegado por fin a las manos, como era de temer.

»La naturaleza es anterior a la Colección Carstairs, y corrí a la playa apretando la moneda en el puño y sintiendo tras de mí todo el Imperio de Roma y la genealogía de los Carstairs. No solo rugía en mis oídos el viejo león de plata, sino que todas las águilas del César parecían aletear chillando en mi persecución. Pero mi corazón subía cada vez más alto, como la cometa de un niño, hasta que llegué a las dunas secas y a la mojada playa, donde ya estaba Philip con el agua a los tobillos, a cien yardas de la orilla. El sol estaba en el ocaso y la extensa faja de agua baja, que apenas cubría los tobillos hasta media milla, parecía un lago de llama roja. Solo cuando me hube quitado los zapatos y las medias y me acerqué a él vadeando, me volví a mirar en torno. Estábamos completamente solos en un círculo de mar y de arena mojada, y le entregué la cabeza de César.

»En el mismo instante tuve la extraña sensación de que un hombre me estaba mirando intensamente desde las lejanas colinas de arena. Debí de haber pensado que aquello era una ilusión de mis excitados nervios, puesto que el hombre no era más que un punto oscuro en la distancia, y apenas podía yo apreciar que estaba parado y mirando en cierta dirección, con la cabeza un poco ladeada. No había la menor prueba lógica de que me estuviese mirando a mí. Podía mirar un barco, o la puesta del sol, o las olas, o a alguna de las personas que andaban por la playa a cierta distancia. No obstante, mi sobresalto fue profético, pues mientras yo lo miraba, se puso a caminar apresuradamente y en línea recta hacia la playa. Cuando estuvo más cerca, noté que era moreno y llevaba barba y gafas negras. Vestía pobre, pero decentemente, de negro, desde el sombrero hasta las botas. Sin quitárselas, entró en el agua sin la menor vacilación, y se acercó a mí, derecho como una bala.

»No podría explicarle la sensación de monstruosidad y de milagro que me produjo cuando salvó en silencio la barrera que le ponía el agua. Me pareció que se había desprendido de un precipicio y que seguía caminando por el aire. Fue para mí como ver volar una casa o ver caer la cabeza de un hombre. Solo se mojaba las botas, pero a mí me parecía un demonio desafiando las leyes de la naturaleza. Si hubiera vacilado un momento ante el agua, no hubiera sido nada; pero al verlo entrar de aquella manera, me produjo el efecto de que me veía a mí sola, sin enterarse del océano. Philip estaba unas yardas más adentro, vuelto de espaldas a mí. El desconocido se acercó y se detuvo a cosa de dos yardas, con el agua salpicándole hasta las rodillas. Y entonces dijo con una voz claramente modulada y un poco afectada:

»—¿Tendría la bondad de darme una moneda, cualquiera que sea, y un sobre?

»Salvo las presentes circunstancias, no había nada de anormal en aquel hombre. Sus delgadas gafas no eran opacas realmente, sino de un color bastante común, ni tras ellas se movían los ojos, sino que me miraban fijamente. Su barba negra no era ni larga ni descuidada, mas parecía muy poblada, porque le subía hasta muy arriba de la cara, como si le naciese de los pómulos. No era de complexión endeble ni descolorida, sino al contrario, saludable y juvenil, y, no obstante, daba la impresión de cera pintada, que no sé por qué aumentaba el horror que todo él producía. La única cosa extraña que llamaba la atención era su nariz, que, aunque de forma correcta, se torcía ligeramente a un lado por la punta, como si fuese blanda y le hubieran dado un martillazo. Apenas podría haberse dicho que fuese un tipo deformado, pero

no es posible imaginar el trastorno que su presencia me produjo. Parado allí, en medio del agua bañada por el sol poniente, me parecía un monstruo que salía bramando de un mar de sangre. No sé por qué había de afectarme tanto una ligera deformidad en la nariz. Me pareció que podía moverla como un dedo, y en efecto, la movió al hablar con el mismo acento perezoso y afectado:

»—Un pequeño socorro, que satisfará mi necesidad de ponerme en comunicación con mi familia.

»Entonces se me ocurrió que pretendía explotarme por haber robado la moneda de bronce; pero todas mis dudas y miedos supersticiosos se desvanecieron ante la fuerza de una pregunta; ¿cómo podría saberlo? Había robado aquel objeto movida de un repentino impulso, estaba completamente sola, pues siempre que iba a reunirme con Philip en la playa, procuraba que nadie me viese. Casi juraría que nadie me había seguido por la calle, y aunque así fuese, no podían haber visto la moneda en mi puño como a través de unos rayos X. Tan difícil era que aquel hombre, desde las lejanas colinas de arena, me hubiese visto entregar la moneda a Philip, como partir de un tiro el ojo de una mosca como hizo el del cuento de hadas.

»—Philip —grité al sentirme indefensa—, mira qué desea este hombre.

»Cuando Philip volvió la cabeza lo vi encarnado como huraño o vergonzoso; pero tal vez era el sol que le daba de lleno en el rostro u otra ilusión de mi fantasía. Se limitó a gritar ásperamente al hombre: “Lárguese de aquí”. Y señalándome que lo siguiese alcanzó, chapoteando, la orilla, sin hacer más caso de aquel tipo, y siguió andando por una faja de rocas que se metía en el agua desde el pie de las dunas y marcaban la dirección hacia casa, pensando, sin duda, que a nuestro aparecido le sería más difícil andar por allí que a nosotros que éramos jóvenes y estábamos acostumbrados. Pero mi perseguidor caminaba por entre las rocas con la misma facilidad con que hablaba, y yo no cesaba de oír a mi espalda sus melosas y detestables palabras, hasta que, por fin, cuando estábamos ya en lo alto de las dunas, Philip pareció perder la paciencia y se volvió de pronto, diciéndole: “Atrás. Ahora no puedo hablar con usted”. Y como el otro dudaba en obedecer y aun abrió la boca para hablar, Philip le arreó un puñetazo que le hizo rodar por la arena hasta el pie de la colina. Yo lo vi levantarse todo cubierto de arena.

»Aquel golpe me alivió, aunque podía aumentar el peligro; pero me sorprendió que Philip no hiciera alarde, como solía, de su proeza. Aunque se mostró afectuoso como siempre, me pareció desanimado, y se despidió de mí, ante la puerta de su casa, con dos observaciones, que me chocaron por lo

raras. Dijo que, después de todo, la moneda volvería a la colección, pero que de momento la guardaría él mismo. Y luego añadió de súbito y como si le doliese: “¿Sabes que Giles ha vuelto de Australia?”.

Se abrió la puerta, y la gigantesca sombra del indagador Flambeau se proyectó sobre la mesa. El padre Brown le presentó a la muchacha con aquella sencillez tan persuasiva que caracterizaba su lenguaje, manifestando lo mucho que le interesaba el caso, y casi, sin darse cuenta, la joven resumió la historia para los dos. Pero Flambeau, al saludarla y tomar asiento, entregó al sacerdote un papelito. Brown lo tomó con cierta sorpresa y vio que en él estaba escrito: «Autobús a Wagga, 379, Avenida Mafeking, Putney». La muchacha continuó su relato:

—Subí la calle costera de mi casa con la cabeza en un torbellino y aún no había empezado a serenarme cuando llegué al portal, donde encontré un recipiente para la leche y al hombre de la nariz torcida. El recipiente, allí, me indicaba que la servidumbre estaba fuera de casa; pues, desde luego, Arthur, envuelto en su bata oscura y en su lóbrego estudio, no oiría o no acudiría a la llamada del timbre. Nadie, pues, podía ayudarme en casa más que mi hermano, cuya ayuda sería mi ruina. En un arranque de desesperación alargué dos chelines al odioso importuno, diciéndole que volviese por allí dentro de algunos días, cuando ya se me hubiese pasado la mala impresión que me dejaba. Se marchó con actitud huraña, pero más mansa de lo que me esperaba, acaso escarmentado por el golpe y la caída, y yo me quedé mirando, con cierta satisfacción, las señales que había dejado en sus espaldas la arena. A unas seis casas más allá, desapareció por una esquina.

»Entonces entré, me preparé un té y traté de reflexionar. Estaba sentada junto a la ventana de la sala mirando al jardín, que aún lucía con la última claridad de la tarde; pero estaba demasiado preocupada para fijar con delectación mi vista en los macizos de las flores. Por eso lo que vi me impresionó más vivamente que si lo hubiese visto de pronto.

»El hombre o el monstruo que acababa de despedir estaba, inmóvil y silencioso, en medio del jardín. Se ha escrito mucho de fantasmas de rostro pálido que aparecen en las tinieblas; pero aquel era más espantoso que todos los que pueden haberse visto, porque aunque proyectaba una sombra larga, estaba envuelto en luz crepuscular, y porque su cara no era pálida, sino que tenía ese colorete que tienen las cabezas de cera en los escaparates de una barbería. Estaba inmóvil, frente a mí, y no puede tener idea de lo horrendo que parecía entre los tulipanes y otras plantas talludas y gozosas. Parecía que

hubiésemos levantado en medio del jardín una figura de cera en vez de una estatua de mármol.

»Pero cuando me vio moverme en la ventana dio media vuelta y salió del jardín por la puerta de la verja que estaba abierta y por donde, sin duda, había entrado. Esta nueva muestra de timidez por su parte contrastaba de tal modo con la desfachatez con que se introdujo en el mar, que empecé a sentirme confortada. Acabé por calmarme y comí sola, pues era contra las normas incomodar a Arthur mientras trabajaba en su museo, y mis pensamientos, ya libres, volaron hacia Philip, y creo que en él se perdieron. El caso es que estaba complaciéndome casi en mis divagaciones, con la mirada puesta en los cristales desnudos de una ventana, desde la oscuridad de otra habitación, sin ver más que las negruras de la noche, que, por fin, había llegado, cuando me pareció que había un caracol en la parte opuesta del vidrio. Pero fijándome mejor, vi que se parecía más al pulgar de un hombre oprimido contra el cristal, porque realmente parecía la curva del pulgar cuando oprime algo. Con todos mis temores y todo mi valor reavivados, me acerqué a la ventana y lancé un grito penetrante, que solo Arthur podía haber oído.

»No era aquello un pulgar, ni menos un caracol. Era la punta de una nariz corva, pegada al cristal, que parecía blanca por la presión, y la cara y los ojos que de momento no vi, se me aparecieron grises como los de un fantasma. Cerré los postigos, corrí a mi cuarto y me encerré por dentro; pero casi juraría que de paso vi en otra ventana la misma apariencia de un caracol.

»Pensé que, después de todo, lo mejor sería acudir a Arthur. Porque si el aparecido iba rondando la casa como un gato, de seguro que tendría peores propósitos que el del simple chantaje. Mi hermano podría despedirme y maldecirme para siempre; mas, como caballero, me defendería en el acto. Después de reflexionar durante diez minutos, me decidí a bajar, llamé a la puerta y entré; para ver lo peor que podía haber esperado.

»La silla de mi hermano estaba vacía y él ausente. Pero el hombre de la nariz torcida esperaba sentado su regreso, con el sombrero insolentemente encasquetado y leyendo un libro de mi hermano a la luz de la lámpara. La expresión de su cara era la de un hombre atento a una idea que le interesa, pero la punta de su nariz me daba aún la impresión de ser la parte más movible de su rostro, como si se hubiera vuelto de un lado a otro, cual la trompa de un elefante. Si me pareció espantoso cuando me perseguía y me miraba, aún me lo pareció más al ver que no se percataba de mi presencia.

»Creo que me puse a chillar como una loca, pero eso no importa. Lo interesante es lo que luego hice: le di todo el dinero que tenía, incluso una

importante suma en valores que, aunque eran míos, no me creía con derecho a disponer de ellos. Por fin se marchó con odiosas y relamidas disculpas, expresadas con frases pomposas, y yo me senté, considerándome arruinada en todos los conceptos. No obstante, me vi salvada aquella misma noche por mera casualidad. Arthur se había marchado precipitadamente a Londres, como hacía con frecuencia, para sus negocios de compraventa, y volvió tarde; pero radiante de alegría, por haber casi asegurado un tesoro que añadiría nuevo esplendor a la colección de la familia. Tan alborozado se mostraba, que a punto estuve de confesarle la sustracción de aquella joya, que ya parecía insignificante para tanta magnificencia; pero no me dejó hablar, porque cuanto pudiera decirle no tenía la menor importancia ante la enormidad de sus proyectos. Y como el negocio podía escapársele de las manos de un momento a otro insistió en que preparase los equipajes y que nos marchásemos enseguida a una casita que ya había alquilado en Fulham, donde estaríamos más cerca de la tienda de antigüedades en cuestión. Así es que, aun a pesar mío, hui de mi enemigo a medianoche, pero también de Philip.

»Mi hermano va con frecuencia al Museo South Kensington, y para no estarme yo todo el tiempo sin hacer nada, me matriculé para unas cuantas lecciones en las Escuelas de Arte. De allí venía esta tarde cuando vi la abominación y la desolación que bajaba por esta calle tan larga y desierta, y lo demás es lo que este señor ha dicho.

»Solo tengo una cosa que añadir. No merezco que me ayuden ni me quejo de mi castigo. Es justo y tenía que ocurrir así. Pero aún me pregunto y no me explico por más que me exprimo los sesos, cómo puede haber ocurrido. ¿Ha sido un castigo milagroso o puede, realmente, haber sabido otra persona, que no sea yo misma o Philip, que le di aquella monedita en medio del mar?

—Es un problema extraordinario —admitió Flambeau.

—No tanto como la explicación —advirtió el padre Brown, cejijunto—. Miss Carstairs, ¿estará usted en su casa de Fulham si vamos a hacerle una visita dentro de hora y media?

La muchacha se le quedó mirando, se levantó poniéndose los guantes y contestó:

—Sí; allí estaré. —Y dicho esto, se marchó sin más.

El detective y el sacerdote aún continuaron hablando sobre el asunto, mientras se dirigían a la casa de Fulham, una casa de alquiler, demasiado humilde aun para residencia temporal de la familia Carstairs.

—Claro que, examinando el problema de un modo superficial —dijo Flambeau—, se inclinaría uno a pensar, antes que nada, en ese hermano de

Australia que había pasado algunos apuros, que ahora ha vuelto inesperadamente y que debe tener cómplices. Pero no comprendo cómo puede haberse enterado de las cosas, a no ser que…

—¿Qué? —preguntó su compañero, que le escuchaba con paciencia.

Flambeau bajó la voz.

—A no ser que entre también en esto el novio de la muchacha, que en tal caso representaría el papel de traidor del melodrama. El australiano sabía que ese Hawker deseaba tener la moneda. Pero no sé cómo diablos pudo saber que Hawker la tenía, a no ser que el mismo se lo indicase por señas a él o a su representante, desde la playa.

—Es verdad —asintió el sacerdote, con respeto.

—¿Y no se ha fijado usted en otra cosa? —continuó Flambeau con viveza—. Ese Hawker oye que insultan a su amada, pero no la defiende descargando el puñetazo hasta que están en terreno blando, en las colinas de arena, donde puede tumbar al otro sin consecuencias. Si le hubiera dado el golpe entre las rocas, podía haber lastimado a su cómplice.

—También es verdad —dijo el padre Brown, moviendo la cabeza.

—Y, además, delo por seguro. En este asunto intervienen pocos, pero, al menos, tres. Se necesita una persona para el suicidio, dos para el asesinato; pero tres, al menos, para el chantaje.

—¿Por qué? —preguntó el sacerdote blandamente.

—Eso es claro —gritó su amigo—: ha de haber uno a quien se le pueda descubrir algo, otro para amenazar con el escándalo, y un tercero a quien el escándalo pueda horrorizar.

Tras el momento de reflexión, el sacerdote observó:

—He de hacerle un distingo. Tres personas son necesarias como ideas, pero solo dos como agentes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el otro.

—¿Por qué un chantajista no puede amenazar a su víctima personalmente? —replicó el sacerdote, bajando la voz—. Supongamos que una mujer se priva rigurosamente de beber para asustar a su marido en casa, disimulando saber que frecuenta las tabernas, y luego escribe falsificando la letra, amenazándole con decírselo a su mujer. ¿Por qué no puede dar esto resultado? Supongamos que un padre prohíbe a su hijo que juegue, y luego lo sigue, convenientemente disfrazado, amenazándole con su propio y fingido rigor paternal. Supongamos…, pero ya hemos llegado.

—¡Dios mío! —exclamó Flambeau—. No querrá usted decir…

Un joven bajaba corriendo la escalera de la casa y a la luz de la lámpara ofrecía a la vista la inconfundible cabeza que tanto se parecía a la efigie de la moneda romana.

—Miss Carstairs —anunció, sin preámbulo— no ha querido entrar hasta que ustedes llegasen.

—Bueno —observó Brown, en tono confidencial—, acaso será preferible que permanezca fuera al cuidado de usted. Casi estaba por decir que lo ha adivinado usted todo.

—Sí —dijo el joven, en voz baja— lo adiviné todo en la playa y ahora lo sé de cierto: por eso lo derribé sobre terreno blando.

Tomando una llave de manos de la muchacha y la moneda que Hawker les alargó, Flambeau y su amigo entraron en la casa y pasaron al vestíbulo. Estaban fuera todos sus habitantes, menos uno. El hombre a quien el padre Brown había visto pasar por delante de la taberna se apoyaba contra la pared, como acorralado; era el mismo en todos los detalles, excepto en la chaqueta negra, que había sustituido por un gabán de color oscuro.

—Venimos —dijo el padre Brown cortésmente— a devolver esta moneda a su propietario. —Y se la entregó al hombre de la nariz.

—¿Es este hombre un coleccionista de monedas? —preguntó Flambeau moviendo mucho los ojos.

—Este hombre es señor Arthur Carstairs —afirmó el sacerdote— y resulta un coleccionista de monedas muy extrañas.

El hombre cambió de color tan violentamente, que la nariz resaltó en su rostro como algo independiente del mismo y muy cómico. Y habló con un acento de dignidad desesperada:

—Verán ustedes, pues, que no he perdido todas las virtudes de mi familia.

Y diciendo esto se volvió, precipitándose a una habitación interior y cerrando la puerta de un golpe.

—¡Deténgalo! —gritó el padre Brown, tropezando con una silla y a punto de caer.

Una o dos sacudidas bastaron a Flambeau para abrir la puerta. Pero ya no había remedio. En mortal silencio, Flambeau cruzó la habitación y telefoneó al doctor y a la policía.

En el suelo había tirada una botellita de medicina. Derribado contra la mesa estaba el cadáver, entre paquetes reventados de papel de estraza, de los que salían monedas, no romanas, sino inglesas y modernas.

El sacerdote recogió la cabeza de bronce de César.

—Esto —dijo— es cuanto queda de la Colección Carstairs.

Después de un breve silencio prosiguió con más dulzura que de costumbre:

—El desgraciado padre hizo un testamento cruel, y ya ve usted lo que ha pasado. El hijo odiaba las monedas romanas que le dejó su padre y cada día estaba más ansioso del dinero que le negó. No solo ha vendido la colección poco a poco, sino que, poco a poco, se ha hundido en los procedimientos más viles para hacer dinero, llegando a practicar el chantaje contra su familia, mediante el disfraz. Explotó a su hermano de Australia, aprovechándose de un delito que le había sido perdonado. Por eso subió al autobús para Wagga en Putney; explotó a su hermana por un hurto que solo él podía conocer. Y a esto se debieron los presentimientos que tuvo ella en el mar cuando él la miraba desde lejos. La figura y el modo de andar de cualquiera, aunque esté lejos, nos recuerda a alguien mejor que una cara normal que vemos de cerca.

Se produjo un nuevo silencio.

—¿De modo —observó el detective— que este numismático y coleccionista no era más que un vulgar avaro?

—¿Acaso hay gran diferencia? —preguntó el padre Brown con la misma extraña dulzura—. ¿Qué hay de malo en un avaro que no puede imputársele con frecuencia a un coleccionista? ¿Qué hay de malo sino la prohibición?… «No te harás imágenes, no te inclinarás ante ellas ni las honrarás; porque yo soy…». Pero vamos a ver qué hacen esos jóvenes.

—Me figuro —dijo Flambeau— que, a pesar de todo, lo deben de pasar bastante bien.

LA PELUCA ROJA

El señor Edward Nutt, el activo director de *The Daily Reformer*, estaba en su mesa abriendo cartas y corrigiendo pruebas, acompañándole en su trabajo el alegre sonsonete de la máquina de escribir, manejada por una mecanógrafa vigorosa.

Era un hombre fornido y rubio, en mangas de camisa, de movimientos resueltos y de palabra firme y rotunda, pero sus ojos, redondos y azules, de niño grande, tenían una expresión de pasmo y atolondramiento que parecía contradecir aquello. Pero no había de atribuirse el equívoco solo a la expresión de sus ojos, pues también podía decirse de él, como de muchos periodistas responsables, que vivía en constante miedo: miedo a las difamaciones, miedo a perder los anuncios, miedo a los delitos de imprenta, miedo a no llegar a tiempo a los correos.

Su vida era una serie de ininterrumpidos compromisos entre él y el propietario del periódico, que era un viejo lisonjero, con tres ideas tontas en la cabeza, y que contaba con un cuerpo de redacción muy apto, que él mismo había seleccionado para hacer el diario, entre el cual destacaban algunas plumas brillantes y experimentadas, y (lo que era aún peor) algunos sinceros entusiastas de la política que defendía el periódico.

Ante él apareció una carta escrita por uno de estos y, rápido como era en sus resoluciones, pareció dudar antes de abrirla. En vez de coger la carta cogió una galerada, la repasó con sus ojos azules y el lápiz cambió la palabra «adulterio» por «inconveniencia» y el término «judío» por «extranjero», tocó un timbre y la mandó, volando, arriba.

Entonces, con expresión pensativa, desplegó la carta de su más distinguido colaborador, que llevaba el sello de Devonshire, y decía lo siguiente:

> «Querido Nutt: Ya que no rechaza usted los relatos de leyendas y fantasmas, ¿qué le parecería un artículo sobre este curioso asunto de los Eyres de Exmoor, o como le llaman las viejas por aquí: la diabólica oreja de Eyre? El cabeza de familia, como usted sabe, es el duque de Exmoor, el último vástago del viejo linaje de los Tory, un perfecto y cruel tirano, que entra de lleno en la serie de los tipos contra quienes se dirigen nuestros

tiros. Y creo estar tras la pista de una historia que seguramente daría mucho que hablar.

Desde luego, no creo en la vieja leyenda de Jaime I, y en cuanto a usted, me consta que no cree en nada, ni aun en el periodismo. La leyenda, como tal vez recordará, se refiere a la magia negra en la historia de Inglaterra, al envenenamiento de Overbury por aquel gato hechicero que se llamaba Francis Howard, y al terror misterioso que llevó al rey a perdonar a los asesinos. Las prácticas de brujerías anduvieron muy mezcladas en todo aquello, y dice la historia que un criado que escuchaba por el ojo de la cerradura oyó todo lo que se habló entre el rey y Carr, y que era tan horrendo el secreto, que la oreja se le alargó monstruosamente como por arte de magia, y aunque lo colmaron de bienes y de oro y fue el fundador de una dinastía de duques, nada pudo remediarle la deformidad de la oreja puntiaguda, efecto que transmitió de generación en generación. Usted no cree en la magia negra y, aunque creyese, no aprovecharía esto para publicarlo. Si ocurriese un milagro en su despacho se lo callaría, ahora que tantos obispos son agnósticos. Pero no se trata de eso. Se trata de que realmente sucede algo muy extraño en la familia de Exmoor: algo que a mí me parece natural, pero completamente anormal. Y la oreja representa en ello un papel de importancia: un símbolo, una ilusión, una enfermedad o lo que sea. Hay una tradición según la cual, desde Jaime I los caballeros empezaron a llevar el pelo largo con el solo propósito de disimular la oreja del primer señor de Exmoor. Sin duda es también mera fantasía.

Le digo esto porque me parece que cometemos una equivocación atacando a la aristocracia únicamente por sus vinos y sus brillantes. Son muchos los que admiran a los nobles solo porque se divierten, pero creo que admitimos con demasiada facilidad la creencia de que la aristocracia no ha contribuido a la felicidad ni aun de los mismos aristócratas. Le propongo una serie de artículos en que se trataría de la infecta, enrarecida y asfixiante atmósfera que se respira en algunas de estas grandes casas. Hay muchos ejemplos, pero no podríamos empezar con otro mejor que el de la Oreja de los Eyres. A fin

de semana creo que podría proporcionarle la verdad acerca de esto.

Siempre suyo, *Francis Finn*».

El señor Nutt reflexionó un momento con la vista fija en su bota izquierda, y de pronto gritó con voz monótona:

—Señorita Barlow, escriba una carta al señor Finn, haga el favor.

«Querido Finn: Me parece que tendrá éxito. Necesito el original para que alcance la segunda edición del sábado.

Su amigo, *Ed Nutt*».

Dictó esta carta como si fuera toda una palabra, y la señorita Barlow la escribió también como si fuera una sola palabra. Luego cogió otra galerada y el lápiz azul y sustituyó las palabras «sobrenatural» por la de «maravilloso» y la expresión «sometido» por la de «sojuzgado».

En semejantes actividades sorprendió al señor Nutt el sábado siguiente, así como nosotros lo sorprendimos dictando a la mecanógrafa con la misma monotonía y pasando el lápiz azul por la primera entrega de los descubrimientos del señor Finn. El preámbulo era una tajante invectiva contra los aviesos secretos de los príncipes y la depravación de las más altas esferas. Aunque estaba escrita con gran violencia y en excelente inglés, el director, como de costumbre, había encargado de antemano a un redactor especializado que le pusiera subtítulos, y el artículo resultaba cortado en otros tantos capítulos que decían: «Los nobles y el veneno», «La Oreja imponente», y otros muchos tan sugestivos. Luego seguía la leyenda de la Oreja, como una ampliación de la primera carta, y un relato sustancioso de sus nuevos descubrimientos.

«Sé que es práctica seguida por los periodistas empezar a contar los acontecimientos por los pies, a lo que llaman titulares. No ignoro que el periodismo consiste, principalmente, en saber decir, por ejemplo: “¡Lord Jones ha muerto!” a un público que ni siquiera sabe que lord Jones vivía. Opinamos que esta práctica del periodismo, como muchas otras, es una mala costumbre, y que *The Daily Reformer* ha de dar ejemplo en estas cosas como en todo, y nos proponemos contar las cosas como ocurrieron, paso a paso, dando su verdadero nombre a cada persona, algunas de las cuales están dispuestas a confirmar

su testimonio. En cuanto a los enunciados sensacionales que suelen servir de titulares, irán al final.

Me paseaba por un camino de vecindad que atravesaba un pomar de Devonshire que proclamaba la sidra de este nombre, cuando me encontré, de pronto, en un lugar tan pintoresco como el camino que a él me llevó. Era una posada larga y achatada, consistente en una barraca y dos pajares, todo cubierto por esa bardana entre morena y gris, que parece una pelambrera prehistórica. Pero sobre la puerta había un letrero que le daba el nombre de “Dragón Azul”, y bajo el dragón, una de esas largas y rústicas mesas que se veían al aire libre a la puerta de muchos mesones ingleses antes de que los abstemios, y entre ellos los cerveceros, destruyesen estas libertades. A esta mesa se sentaban tres caballeros que podían haber vivido un siglo atrás.

Ahora que los conozco mejor, no tengo dificultad alguna en descifrar sus caracteres distintivos; pero entonces me produjeron la impresión de tres aparecidos en cuerpo y alma. La figura dominante, tanto porque era mayor en las tres dimensiones como por ocupar el centro de la larga mesa, frente a mí, era un tipo alto y gordo, vestido de riguroso luto, de cara rubicunda y casi apoplética; pero casi calvo y de semblante hosco. Ni mirándolo con detenimiento acertaba yo a precisar en qué estribaba la impresión de antigüedad que producía, como no fuese el blanco alzacuello clerical que llevaba y los surcos que cruzaban su frente.

Aún era menos fácil fijar la impresión que producía el que ocupaba el extremo de la mesa. A decir verdad, era un tipo vulgar que puede encontrarse en cualquier parte, de cabeza redonda y poblada de pelo negro y nariz chata; pero también vestía negro hábito clerical, de austero corte. Solo vi a su lado, sobre la mesa, el sombrero de teja, y comprendí por qué lo había relacionado con algo antiguo. Era un sacerdote católico romano.

Acaso el tercero, que estaba al otro extremo de la mesa, era el más interesante de los tres, aunque era menos corpulento y no vestía de tan estrafalario modo. Las mangas y los pantalones le venían excesivamente ajustados a sus flacos miembros. Su rostro enjuto y aquilino adquiría un aire de exagerada

melancolía al hundir los huesudos carrillos en el cuello tieso de la camisa, a la antigua usanza de los caballeros, y sus cabellos, que debían de haber sido de un color subido, al lado de la tez amarillenta de su cara, parecían más bien rojos que rubios. El discreto, aunque desusado color de aquel cabello llamaba poderosamente la atención, porque era largo, abundante y ensortijado. Pero, después de todo, creo que lo que me dio más impresión de antigüedad fueron, sencillamente, los vasos altos y antiguos y uno o dos limones. Y acaso también la misión que me había impuesto de asomarme a la historia.

Como soy un reportero bragado y estaba, o me parecía estar, ante una posada pública, no tuve que hacer gran alarde de audacia para sentarme a la mesa, pidiendo que me sirvieran sidra. El señor corpulento, vestido de negro, me pareció muy versado, especialmente en antigüedades locales. El hombrecillo en hábito talar, aunque hablaba mucho menos, me sorprendió por su gran cultura, y departimos a nuestro placer. Pero el viejo caballero del pantalón ajustado parecía mantenerse a distancia con cierto aire de altivez, hasta que deslicé la conversación hacia el duque de Exmoor y sus antepasados.

Me pareció que el asunto embarazaba un poco a los otros dos; pero tuvo la virtud de romper el silencio del tercero, quien, hablando con cierto miramiento y en tono propio de un caballero de elevada educación, abriendo pausados intervalos para chupar su larga pipa de capiller, procedió a contarme algunas de las más horribles historias que escuché en mi vida: cómo uno de los Eyres primitivos ahorcó a su propio padre, y otro arrastró a su mujer por la villa atada a su carro, y cómo un tercero había prendido fuego a una iglesia llena de niños, y cosas por el estilo.

Algunos de sus cuentos no son adecuados para las planas de un periódico, como la historia de las Monjas Escarlata, la abominable historia del Perro Manchado, o lo que sucedió en la cantera. Y esta sarta de impiedades fluía de sus delgados labios con la mayor naturalidad, mientras se deleitaba sorbiendo el vino de su tallado vaso de cristal.

Advertí que el hombretón que se sentaba frente a mí trataba de hacerle callar; pero como, por lo visto, sentía un respeto

considerable ante el viejo caballero, no se atrevía a imponerle silencio de un modo violento. Y el pequeño sacerdote, que se sentaba al otro extremo, aunque no manifestase el menor temor ni embarazo, permanecía con la vista fija y parecía escuchar el relato con pena.

—Por lo que dice —advertí al narrador—, no parece usted tener en gran estima el linaje de los Exmoor.

Me estuvo mirando un momento, durante el cual se adelgazaron y blanquearon aún más sus finos labios, y luego, deliberadamente, rompió el vaso y la pipa contra la mesa y se levantó, irguiéndose como un perfecto caballero y con el carácter inflamado de un demonio.

—Estos caballeros —dijo— le dirán si tengo motivos para quererlo. La maldición de los Eyres pesa desde hace siglos sobre la comarca, y muchos han sufrido las consecuencias. Ellos saben que nadie las ha sufrido tanto como yo.

Y esto diciendo, aplastó un trozo de vidrio bajo sus tacones y se alejó entre los manzanos envueltos en luz crepuscular.

—Es un caballero extraordinario —dije a los otros dos—. ¿Saben ustedes qué le ha hecho la familia Exmoor? ¿Quién es?

»El hombre corpulento me miró con un aire de toro hostigado, como si de pronto no comprendiese mi pregunta. Por fin me dijo:

—Pero ¿no sabe usted quién es?

Le confirmé mi ignorancia, y optó por callarse. Entonces, el sacerdote, sin levantar la vista de la mesa, pronunció:

—Es el duque de Exmoor.

Luego, antes de que yo me recobrase de la sorpresa, añadió en la misma voz y con propósito de poner en orden las cosas:

—Mi amigo, aquí presente, es el doctor Mull, bibliotecario del duque. Yo me llamo Brown.

—Pero si ese es el duque —repliqué yo—, ¿por qué condena así a todos los duques, sus antepasados?

—Parece creer, realmente, que le han legado una maldición —me explicó el sacerdote llamado Brown. Y añadió con cierta indiferencia—: Por eso lleva peluca.

—Pero ¿usted cree esa leyenda de la fantástica oreja? —le pregunté, no sin haber tardado en comprender—. Había oído

hablar de eso, pero siempre me pareció una supersticiosa exageración del vulgo, que seguramente responderá a un hecho más sencillo. A veces he pensado que sería una versión adulterada de ciertas costumbres bárbaras de mutilación. En el siglo XVI solían cortar las orejas a los delincuentes.

—Me resisto a creerlo —contestó el cura, pensativamente —, pero no repugna a la ciencia o a las leyes naturales que la deformación de una persona reaparezca con frecuencia en su familia, tal como el tener una oreja más desarrollada que la otra.

El corpulento bibliotecario, que había hundido la borrasca de su frente en sus gruesas manazas, como abrumado por el cumplimiento de su deber, gruñó:

—No. Después de todo, no son ustedes justos con él. Comprendan: no es que trate de defenderle ni quiera hacer alarde de mi fidelidad. Se ha conducido como un tirano conmigo, como con todos. No crean que porque se haya sentado aquí como un cualquiera, no sea un gran señor en el peor sentido de la palabra. Es capaz de hacer venir a uno de una milla de distancia para que toque una campanilla que hay a una yarda, con el fin de llamar a otro que está a tres millas para que le traiga una caja de fósforos que se halla a tres pasos. Necesita un criado para que le lleve el bastón y un lacayo para que le tenga los gemelos de teatro…

—Pero no un ayudante de cámara para cepillarle la ropa —atajó el sacerdote—, porque el ayudante de cámara querría también cepillarle la peluca.

El bibliotecario se volvió hacia el sacerdote como si olvidara mi presencia. Estaba extraordinariamente agitado, y creo que algo acalorado por el vino.

—No sé cómo lo sabe, padre Brown; pero es cierto. Todos se han de desvivir para servirle en las cosas más insignificantes, excepto vestirlo. Y tiene gran empeño en vestirse completamente a solas y sin testigos. Bastaría que sorprendiese a cualquiera junto a la puerta de su dormitorio para arrojarlo a patadas de la casa, sin más explicaciones.

—Parece un camarada agradable —observé yo.

—No —replicó el doctor Mull con la mayor sencillez—, pero a eso me refería cuando dije que eran ustedes injustos con

él. Señores, el duque siente realmente la amargura de la maldición de que hablaba. Con sincera vergüenza y con horror oculta bajo la peluca roja algo que aniquilaría a los hijos del hombre si lo viesen. Eso me consta, y también sé que no se trata de una simple desfiguración, como la mutilación de un delincuente o una hereditaria desproporción en los rasgos. Sé que es algo peor que eso, pues me contó un testigo presencial de una escena que no puede inventarse, que una persona mucho más fuerte que nosotros trató de descubrir el secreto y salió huyendo como un diablo.

Traté de decir algo, pero Mull siguió hablando desde la caverna de sus manos, como si yo no existiese:

—No tengo ningún inconveniente en contárselo, padre, porque me parece defender así al pobre duque mejor que callando. ¿Se acuerda usted de cuando estuvo a punto de perder todas sus haciendas?

El sacerdote movió la cabeza, y el bibliotecario empezó a contar la historia tal como se la contó su predecesor en el mismo cargo, que fue su jefe e instructor, y en quien creía a ciegas. Hasta cierto punto, no se trata más que de la historia del ocaso de una gran familia, la historia de un procurador aventurero. Este procurador, no obstante, tuvo la precaución de timar legalmente, si vale la expresión. En vez de derrochar los fondos que se le habían confiado, se aprovechó de la negligencia del duque para llevarlo a un callejón sin salida en el terreno económico, llegando a poner a la familia ducal en la necesidad de que el procurador la sostuviese.

El procurador se llama Isaac Green, pero el duque siempre le llamaba Elíseo, sin duda porque era calvo, aunque no contaba más de treinta años. Se había enriquecido rápidamente con negocios sucios desde el principio, empezando por ser un delator y convirtiéndose luego en un prestamista; pero como procurador de los Eyres, como ya he dicho, tuvo la precaución de no apartarse un momento del camino legal, hasta que creyó llegado el momento de descargar el último golpe. Fue durante la comida, y el viejo bibliotecario me decía que jamás podría olvidar la que se armó cuando el muy ladino, con una sonrisa cuajada en los labios, propuso al gran propietario repartir su

hacienda entre los dos. Nadie podría prever el resultado, pues el duque, sin contestar palabra, cogió un jarro y se lo rompió contra la calva con la misma energía impulsiva que hoy ha podido verle usted al romper un vaso. Le abrió una herida triangular en el cráneo, que alteró la mirada del abogado, pero no su sonrisa.

Se levantó tambaleándose y devolvió golpe por golpe, como suelen hacer los de su calaña. "Me alegro —dijo—, pues ahora podrá pasar a mí toda la hacienda".

Exmoor parece que estaba blanco como un cadáver, pero aún echaba fuego por los ojos al gritar: "La ley puede dártela, pero tú no la tomarás…". "¿Por qué?". "Porque significaría la ruina para mí, y si tú la aceptas, me quitaré la peluca… A ti, cobarde, todo el mundo puede verte la cabeza calva; pero nadie puede ver la mía y seguir viviendo".

Bien, digan y piensen de esto lo que quieran. Pero Mull juró solemnemente que el procurador, después de agitar el puño en el aire un momento, salió corriendo de la sala y nunca se le ha vuelto a ver por la comarca. Y desde entonces Exmoor causa más miedo como brujo que como propietario y magistrado.

He de advertir que el doctor Mull relató esta historia con abundancia de ademanes teatrales, poniendo en sus palabras un apasionamiento que me pareció partidista. No dejé de pensar que todo aquello podía ser producto de las bravuconadas de unos y de las habilidades de otros, pero antes de acabar esta primera parte de mi relato he de decir, en honor del doctor Mull, que mis investigaciones han confirmado su historia. He sabido por un viejo boticario de la villa que una noche se le presentó un señor calvo vestido de etiqueta y que dijo llamarse Green, para que le curase una herida triangular en la frente. Y, revisando la prensa antigua y los archivos judiciales, he descubierto que realmente hubo un pleito, iniciado, al menos, por un tal Green contra el duque de Exmoor».

El señor Nutt, de *The Daily Reformer*, escribió algunas palabras incoherentes en la cabecera de aquel escrito, añadió unos garabatos misteriosos a un lado y ordenó a la señorita Barlow con su monótona voz de siempre:

—Escriba una carta al señor Finn:

«Querido Finn: Su original va, pero he tenido que poner unos títulos, y nuestro público no aguantaría en esa historia un sacerdote católico; escriba de cara al pueblo. Se lo he cambiado por señor Brown, un espiritista.

Suyo, *E. Nutt*».

Dos días después hallamos al activo y juicioso director leyendo con ojos que se le iban redondeando más a medida que avanzaba la lectura, la segunda parte del relato que hacía el señor Finn de los misterios de la alta sociedad. He aquí cómo empezaba:

«Acabo de hacer un sorprendente descubrimiento. Confieso francamente que es algo por completo distinto de lo que esperaba descubrir, y que producirá en nuestros lectores un efecto mucho más impresionante de lo que puedan figurarse. Me atrevo a decir, sin vanidad alguna, que lo que ahora estoy escribiendo se leerá con interés en toda Europa y especialmente en América y en las Colonias. Y cuanto tengo que decir lo he oído sin moverme de aquella mesa rústica del mismo pomar de que el otro día hablaba.

Todo lo debo al padre Brown, tan pequeño de cuerpo como grande de alma. El corpulento bibliotecario se había marchado, avergonzado si acaso de su lengua larga, o intranquilo por la arrebatada desaparición de su misterioso amo. El caso es que echó a correr tras el duque por entre los manzanos.

El padre Brown cogió un limón y se lo quedó contemplando con extraña expresión de placer.

—¡Qué color tan bonito tiene el limón! —dijo—. Una cosa no acaba de gustarme en la peluca del duque…, el color.

—No acabo de comprenderle —le dije.

—Me parece que debe de tener sus buenas razones para cubrir sus orejas, como el rey Midas —prosiguió el sacerdote, con una sencillez que en aquellas circunstancias tenía algo de petulante—. Comprendo que es mejor cubrirlas con cabellos que con hojas de latón o de cuero. Pero ya que prefiere el cabello, ¿por qué no procura que parezca natural? Nadie en el mundo tiene el pelo de ese color. Parece una nube arrebolada que viene por el bosque. Si realmente se avergüenza de la maldición de su familia, ¿por qué no la oculta mejor? ¿Quiere

que se lo diga? Pues porque no se avergüenza. Está orgulloso de la maldición.

—Es una peluca muy fea para estar orgulloso de ella…, tan fea como su historia —le dije.

—Considere las cosas —me replicó el curioso hombrecito — por lo que usted mismo siente. No quiero decirle que sea usted más fachendoso ni más ecuánime que nosotros, pero ¿no siente de un modo vago que una verdadera maldición de familia es algo que satisface? ¿Se avergonzaría usted o no estaría orgulloso si el heredero del horrendo Glamis le llamara su amigo, o si la familia de Byron le hubiera confiado a usted solo las diabólicas aventuras de su estirpe? No critiquemos con demasiada dureza a los aristócratas porque tengan las orejas flojas como las nuestras o porque se den tono con sus mismas penas.

—¡Diablos! —exclamé—. Pues es verdad. En la familia de mi madre hubo un desterrado y ahora recuerdo que eso me ha fortalecido en horas de abatimiento.

—Y piense —continuó él— en el torrente de sangre y de veneno que prorrumpió de su boca apenas usted le nombró a sus antepasados. ¿Por qué ha de mostrar a todo desconocido ese museo de horrores, si no está orgulloso de poder enseñarlo? No oculta su peluca, no oculta su sangre, no oculta su maldición de familia, no oculta los crímenes de los suyos; pero…

La voz de aquel hombre cambió tan de repente, agitó la mano con tal violencia y se alumbraron sus ojos con tan vivas llamas, que me produjo el efecto de una explosión sobre la mesa.

—Pero —acabó— oculta su tocador.

La tensión de mis nervios llegó al colmo al ver que en aquel momento apareció el duque en silencio, con su pausado caminar y su peluca de sol poniente por entre los árboles, en compañía de su bibliotecario. Antes de que pudiera oír, el padre Brown añadió con calma:

—¿Por qué oculta el secreto de lo que hace con su peluca? Porque no guarda el secreto que suponemos.

El duque dio la vuelta a la esquina de la posada y se sentó a la cabecera de la mesa con toda su nativa dignidad. El

bibliotecario ocupó su puesto, sentándose con el aire de embarazo de un oso. El duque se dirigió al sacerdote con mucha seriedad:

—Padre Brown —dijo—, el doctor Mull me comunica que ha venido usted aquí a solicitarme algo. No profeso ya la religión de mis abuelos, pero en consideración a ellos y a las entrevistas que hemos tenido, estoy dispuesto a oírle con mucho gusto. Pero supongo que querrá usted hablarme a solas.

Como caballero me veía obligado a retirarme, pero como periodista había de hacerme el sordo y quedarme allí. Antes de que yo pudiera decidir el conflicto, el sacerdote me retuvo con un ligero ademán y dijo:

—Si su excelencia accede de veras a mi petición o aún tengo el derecho de darle un consejo, le rogaría que se hallasen presentes cuantas más personas mejor. En esta comarca he conocido muchísimos desgraciados, aun entre los de mi religión, atemorizados por el encanto que le imploro que rompa de una vez. Quisiera que estuviesen aquí todos los habitantes de Devonshire para que se lo viesen hacer.

—¿Qué han de verme hacer? —preguntó el duque, enarcando las cejas.

—Quitarse la peluca —dijo el padre Brown.

El rostro del duque se mantuvo inalterable, pero dirigió al sacerdote una mirada vidriosa de tan horrenda expresión como jamás he visto otra. Vi agitarse al bibliotecario como si se tambalease por los efectos de un golpe, y por un momento no pude apartar de mi imaginación que los árboles que nos rodeaban estaban poblados de demonios y no de pájaros.

—Se lo perdono —dijo el duque, con acento de aviesa lástima—. No accedo. Si le mostrase una parte insignificante de la carga horrorosa que he de soportar yo solo, caería a mis pies chillando y suplicando que no le enseñase más. Le evitaré la desgracia. No podría usted borrar ni la primera letra de lo que está escrito en el altar del Dios Desconocido.

—Conozco al Dios Desconocido —dijo el sacerdote con un convencimiento que se erguía firme como una torre—. Sé cómo se llama: es Satanás. El verdadero Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. Y yo le digo: mientras haya hombres

gobernados solamente por el misterio, este misterio es una iniquidad. Si el diablo te dice que es demasiado horrible mirar una cosa, mírala. Si te dice que es demasiado oír una cosa, óyela. Si crees que algo es insoportable, sopórtalo. Yo conjuro a su excelencia que acabe con esa pesadilla aquí mismo y en el acto.

—Si lo hiciese —dijo el duque en voz baja—, usted y todo lo que cree, y todo aquello por que vive se marchitaría y moriría. Solo tendría usted un momento para conocer la gran Nada antes de morir.

—La cruz de Cristo sea entre yo y el mal —dijo el padre Brown—. Quítese la peluca.

Yo me apoyaba en la mesa sin poder dominar mis nervios, y en el transcurso de aquel duelo de palabras se me ocurrió la idea.

—¡Excelencia! —grité—, es usted un farsante. Se quita la peluca o se la quito yo.

Pueden detenerme por agresión, pero me alegro de haber hecho lo que hice. Cuando me contestó con la misma energía: “No quiero”, me arrojé sencillamente contra él.

Luchó como si le ayudasen todas las fuerzas del infierno, pero le obligué a bajar la cabeza hasta que la peluca se le cayó. Confieso que durante la lucha mantuve los ojos cerrados.

Los abrí al oír un grito de Mull, que entonces estaba también al lado del duque.

Los dos nos inclinábamos sobre la cabeza calva, sin peluca, del noble. Y el silencio que siguió fue roto por el bibliotecario al exclamar:

—¿Qué significa esto? ¡Pero si no tiene nada que ocultar! ¡Sus orejas son como las de cualquier otro hombre!

—Sí —dijo el padre Brown—, eso es lo que tiene que ocultar.

El sacerdote se acercó y, con gran sorpresa para todos, no examinó las orejas, sino la frente desnuda, descubriendo una cicatriz triangular que señaló con cómica seriedad, mientras decía con la mayor cortesía:

—Tengo el gusto de presentarles al señor Green, quien, por lo visto, hace tiempo tomó posesión de toda la hacienda.

Y ahora me será permitido decir a los lectores de *The Daily Reformer* lo que me parece más interesante de todo este asunto. Una transformación tan precipitada, que les parecerá a ustedes un cuento de hadas persa, por su colorido y la rapidez con que suceden los hechos, no se ha desviado ni un momento, salvo el de mi agresión, de los cauces legales y constitucionales, desde un principio. Este hombre, con su herida y sus orejas regulares, no es un impostor. Aunque en cierto modo lleva una peluca ajena y pretende llevar orejas que no le pertenecen, no ha robado a otro el título nobiliario. Él es el único y verdadero duque de Exmoor. He aquí lo que sucedió. El viejo duque tenía realmente una deformación de la oreja, más o menos hereditaria. Esta circunstancia le traía apesarado, y probablemente la invocó como una maldición en la escena violenta que debió indudablemente desarrollarse antes de arrojar contra la frente de Green el primer objeto de la mesa que le vino a mano. Pero el resultado fue muy otro. Green reclamó sus derechos y obtuvo la hacienda. El noble desposeído se suicidó o murió en el olvido. Al cabo de un tiempo prudencial, el magnífico Gobierno inglés revivió el extinguido linaje de Exmoor, confiriéndolo, como de costumbre, a la persona más importante, la que era dueña de la propiedad.

El nuevo noble aprovechó las antiguas leyendas feudales, acaso porque envidiaba y admiraba a quienes las habían vivido, y millares de ingleses tiemblan ante un misterioso caudillo, cuyo antiguo destino lo corona de estrellas ominosas, cuando en realidad están temblando ante un tipo que hace dos años no era más que un procurador y un prestamista. Aquí tenemos un caso típico de lo que es nuestra aristocracia y de lo que seguirá siendo hasta que Dios nos envíe hombres más valientes».

El señor Nutt dejó el manuscrito y gritó con inusitada aspereza:
—Señorita Barlow, haga el favor de escribir una carta al señor Finn:

«Querido Finn: ¿Estás loco? No podemos poner esto. Yo quería vampiros y los antiguos tiempos de la aristocracia dándose la mano con la superstición. Eso es lo que les gusta. Pero ha de saber que los Exmoor nunca nos perdonarían esto. ¿Y qué diría el público entonces? ¡Vamos a ver! Sir Simón es

uno de los mejores amigos de Exmoor, y esto sería la derrota de ese primo de los Eyres, que es nuestro candidato en Bradford. Además, nuestro jefe está furioso por no haber podido obtener el título de nobleza el año pasado. Me mandaría a paseo por teléfono si se lo estropeara ahora con semejante dislate. ¿Y qué decir de Duffey? Nos está escribiendo interesantísimos artículos sobre "El Talón del Normando". ¿Y cómo iba a hablar de los normandos si ese hombre no es más que un procurador? Sea usted razonable.

Suyo, *E. Nutt*».

Mientras la señorita Barlow acababa de escribir velozmente, el director cogió las cuartillas, las rasgó y las arrojó al cesto, no sin haber sustituido antes maquinalmente, y a fuerza de la costumbre, la palabra «Dios» por la palabra «circunstancias».

EL FIN DE LOS PENDRAGON

El padre Brown no estaba de humor para aventuras. Había caído enfermo por exceso de trabajo, y cuando empezó a restablecerse, su amigo Flambeau se lo había llevado a un viaje por mar, en un pequeño yate con sir Cecilio Fanshaw, joven señor de Cornualles y entusiasta de las costas de su país. Pero Brown todavía estaba débil y no tenía la menor afición al mar; sin embargo, procuraba sobreponerse hasta el punto de que no sufriera su educación y el afecto que sentía por sus amigos. Cuando estos alababan el color de la puesta de sol y de los riscos volcánicos, se mostraba de acuerdo. Cuando Flambeau señalaba una roca que tenía figura de dragón, la miraba y le encontraba gran semejanza. Cuando Fanshaw, con su peculiar exaltación, indicaba una roca que recordaba a Merlín, se volvía a contemplarla y asentía moviendo la cabeza. Cuando Flambeau preguntaba si no se parecía una angostura del río a la entrada del país de las hadas, contestaba que sí. Escuchaba las más triviales observaciones con la misma distracción y desaliento. Oyó que aquella costa estaba abandonada de todos menos de los marineros que se preciaban de serlo, que el gato del bajel dormía, que Fanshaw no encontraba su boquilla por ninguna parte, que el piloto pronunciaba el oráculo: «Dos ojos abiertos marchan bien; un ojo cerrado se hunde», y Flambeau decía a Fanshaw que sin duda quería significar con esto que el piloto debía mantenerse con los ojos muy abiertos y vigilantes y que Fanshaw replicaba que, aunque le pareciese raro, no quería decir esto, que quería decir que mientras viesen dos de las luces de la costa, una cerca y otra más distante, estarían en el centro de la madre del río, pero que si una luz se ocultase tras la otra, navegarían sobre rocas. Oyó decir a Fanshaw que en su condado abundaban las leyendas y los dichos por el estilo, y que aquella parte de Cornualles se disputaba con Devonshire los lauros que merecieron los marinos de Isabel. Según él, de aquellas calas e islotes habían salido navegantes al lado de los cuales Drake sería un hombre de tierra, que Cornualles no solo había tenido héroes, sino que aún los tenía; que no lejos de allí vivía un viejo almirante retirado que había hecho incontables viajes a cuál más lleno de aventuras y que en su juventud descubrió el último grupo de ocho islas del Pacífico que se añadió al mapa del mundo. El tal Cecilio Fanshaw era una de esas personas que se desviven por contagiar a los demás de su entusiasmo, muy joven, rubio y encarnado, con un perfil enérgico y un carácter vehemente, aunque de un tipo

delicado y poco varonil, que contrastaba grandemente con el de Flambeau, de anchas espaldas, de cejas negras y aire bravucón de mosquetero.

Brown lo escuchaba y lo miraba todo como el cansado viajero cree oír una música en el ruido de las ruedas del tren o un enfermo ve los dibujos de la pared de su alcoba empapelada. Es difícil adivinar a qué responde el estado de ánimo de un convaleciente, pero en el de Brown tal vez influía lo poco familiarizado que estaba con el mar, y apenas el río se estrechó como el cuello de una botella, pareció despertar para fijarse en todo como un niño. Acababa de ponerse el sol y era la hora en que el aire y el agua brillan de un modo especial, dejando lo demás negro por contraste. Pero aquella tarde había una atmósfera tan transparente, que se hubiera dicho que entre los hombres y la naturaleza desaparecía ese cristal ahumado que suele haber de ordinario, y las orillas del río, los bosques, las rocas aparecían con una claridad tan intensa de colores, que el padre Brown no pudo menos de avivar los sentidos en un fervor romántico ante la belleza del paisaje.

El río era todavía bastante ancho y profundo para que por él pudiera deslizarse una embarcación de recreo, tan pequeña como la de ellos; pero a cada curva parecía encajonada, y los árboles de la orilla producían el efecto de abrirse y de cerrarse en puentes pintorescos, pasando la nave de la delicia de una calle a la romántica sombra de una umbría o de un túnel. Fuera de esto, nada más se ofrecía a la vista que pudiera dar pábulo a la fantasía de Brown. En las orillas no vio otras personas que un grupo de gitanos cargados de haces de leña y de mimbres cortados en el bosque, y aún vio otra cosa que, si nada tenía de particular, no era frecuente en un paraje tan distante: una señora de pelo negro y sin sombrero guiando a remo su propia canoa. Si el padre Brown dio a unos y a otros alguna importancia, los olvidó en la próxima curva del río, que puso a la vista un objeto singular.

El agua parecía ensancharse y rajarse dejando en el centro una isla que semejaba un barco que se deslizaba acercándose a ellos, un barco con la proa muy elevada, o para más exactitud, con una gran chimenea, pues en el extremo más próximo se levantaba una construcción de forma extraña que nadie podía relacionar, a primera vista, con ningún estilo o finalidad. No tenía una altura exagerada, mas era lo suficiente alta para que por su anchura se pudiera llamar torre. Estaba construida por completo de madera, y con la mayor irregularidad y extravagancia. Algunas tablas y vigas eran de roble viejo, otras de la misma madera cortada recientemente; las había también de pino blanco y aun de pino pintado con alquitrán. Estos troncos negros estaban en posición oblicua o entrecruzados en todos los ángulos, dando al conjunto

un aire de remiendo chapucero. Se veían una o dos ventanas pintadas y construidas según estilo antiguo, pero con mucho más arte. Los excursionistas contemplaban aquello con la impresión que experimentamos cuando algo nos recuerda algo, pero con la seguridad de que es una cosa diferente.

El padre Brown, aun cuando dudaba, demostraba un claro juicio en el análisis de sus dudas. Se sorprendió reflexionando que aquella rareza consistía en la forma especial que le daba un material inapropiado como si viéramos una chistera de plomo o una casaca de tartán. Recordaba haber visto maderas de diversas clases entrelazadas así en alguna parte, pero nunca en aquella forma arquitectural. Momentos después, una brecha abierta entre los espesos árboles le permitió ver lo que buscaba, y se echó a reír, porque apareció una casa de madera como algunas de las que todavía se encuentran en Inglaterra, y especialmente en el antiguo Londres de Shakespeare. El sacerdote llegó pronto a la conclusión de que estaban ante una casa de campo y de antigua construcción, con todas las comodidades interiores y un jardín delante.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Flambeau, que aún miraba la torre.

Fanshaw, a quien le brillaban los ojos, habló con aire de triunfo:

—¡Ah! Ya me parecía que no había visto nunca algo semejante; por eso lo he traído aquí, amigo. Ahora verá si exageraba sobre los marinos de Cornualles. Esta casa es la del viejo Pendragon, a quien llamamos «el Almirante», aunque se retiró antes de obtener el grado. La vida de Raleigh y de Hawkins no es más que un recuerdo para la gente de Deven; mientras la de Pendragon es un hecho moderno. Si la reina Isabel se levantara de la tumba y entrara por este río en una barca dorada, sería recibida por el Almirante en una casa igual que aquella en que solían recibirla, y oiría a un capitán inglés hablándole con el mismo calor de los suyos, y aún le parecería estar comiendo con Drake.

—En el jardín —repuso el padre Brown— hallarían una cosa extraña que no sería grata a sus ojos de renacentista. La arquitectura doméstica de su tiempo es encantadora a su modo, y esas torres no son de aquel estilo.

—Pero, no obstante —replicó Fanshaw—, constituyen la parte más romántica e isabelina del asunto. Los Pendragon construyeron esa torre en los días de las guerras españolas, y aunque ha sido remendada y aun reconstruida por otra razón, se le ha dado siempre el estilo antiguo. Dice la historia que la esposa de sir Pendragon la erigió aquí y tan alta porque desde arriba podía divisar el ángulo por donde los bajeles llegaban a la desembocadura del río, y

quería ser la primera en ver el de su marido, cuando volviese de batir a los españoles.

—¿Por qué otra razón cree usted que ha sido reconstruida? —preguntó el padre Brown.

—¡Oh! También acerca de eso hay una historia muy curiosa —dijo el joven caballero con desenfado—. Están ustedes en una tierra de historias extraordinarias; por aquí pasaron el rey Arturo y Merlín, y antes que ellos, las hadas. Cuenta la historia que sir Peter Pendragon, que sospecho tendría algún defecto de pirata como tenía las virtudes del marinero, traía cautivos a tres españoles con intención de llevarlos luego a la corte de Isabel. Pero como era de arrebatado e inflamable temperamento, se trabó de palabras con uno de ellos, lo cogió por el cuello y lo tiró al mar. Otro de los españoles, que era hermano del primero, sacó inmediatamente la espada y luchó contra Pendragon, quien se defendió y después de recibir tres heridas, atravesó a su adversario con la espada. Mientras esto sucedía, la embarcación había entrado en la desembocadura del río, donde había relativamente poca agua, y el tercer español se arrojó por la borda y empezó a nadar hacia la orilla, deteniéndose al tocar fondo, de modo que el agua le llegaba solo a la cintura. Entonces se volvió hacia el barco y con voz de trueno y agitando los brazos como un profeta que pide al cielo que castigue a una ciudad malvada, dijo que viviría siempre, y que generación tras generación nadie de la casa de los Pendragon volvería a verlo ni a saber de él, pero que tendría señales inequívocas de que él y su venganza se mantenían vivos. Y dicho esto, se zambulló bajo una ola y se ahogó o nadó tanto rato bajo el agua, que nunca más se le volvió a ver.

—Ya vuelve a estar ahí esa joven de la canoa —dijo Flambeau, a quien una mujer hermosa interesaba más que una leyenda—. Parece que está intrigada como nosotros por esa torre extraña.

La señorita de cabellos negros, en efecto, dejaba que su lancha se deslizase lentamente y en silencio, mientras contemplaba la torre con una curiosidad que se revelaba en la expresión de su cara ovalada y cetrina.

—Déjese de muchachas —dijo Fanshaw, con impaciencia—. Hay muchas en el mundo, pero acaso no hay otra cosa parecida a la torre de Pendragon. Como pueden suponer, la maldición del español precedió a una serie de supersticiones y escándalos, y sin duda, como comprenderán ustedes, toda desgracia que luego afectaba a esta familia de Cornualles se atribuía a ella por la credulidad campesina. Pero lo que no puede negarse es que esta torre se ha quemado dos o tres veces, y que la familia no ha sido muy dichosa, pues más de dos veces han perecido en naufragio parientes cercanos del Almirante, y

uno al menos, según mis noticias, en el mismo punto en que sir Peter arrojó por la borda al español.

—¡Qué lástima! —exclamó Flambeau—. Ya se marcha.

—¿Cuándo le contó su amigo el Almirante esta historia de familia? —preguntó el padre Brown, mientras la muchacha remaba, sin la menor intención de extender el interés puesto en la torre, al yate que Fanshaw había hecho acercarse al lado de la isla.

—Hace muchos años —contestó Fanshaw—. Ahora ya hace tiempo que no ha vuelto al mar, aunque habla de él con el mismo entusiasmo. Creo que existe un pacto o algo así. Bien; ya estamos en el muelle. Vamos a ver al viejo lobo de mar.

Pasaron por debajo de la torre y el padre Brown, ya porque se sentía mejor en tierra firme, ya porque le había interesado algo que vio en la orilla opuesta, pareció reanimarse. Entraron en una avenida que se alargaba entre dos cercas de madera delgada y de color pardo, como las que se ven en algunos parques o jardines, por encima de las cuales desbordaban de trecho en trecho las ramas de los árboles. Hubiera parecido la entrada de una finca señorial, si la hubiesen flanqueado dos torres en vez de una y sin la circunstancia de que el camino daba tanta vuelta que se perdía de vista el edificio entre un bosque cuya extensión era excesiva para una isla como aquella. Hacía rato que caminaban, cuando Fanshaw se detuvo de pronto señalando un objeto que salía de la empalizada, produciendo el efecto de un cuerno, aunque, mirándolo de más cerca, vieron que se trataba de una hoja ligeramente corva, de acero, que brillaba en la escasa luz de la tarde.

Flambeau, que, como todos los franceses, había sido soldado, exclamó impresionado:

—¡Pero si es un sable! Y creo reconocer su clase. Pesado y curvo, pero más corto que el de caballería: suelen usarlo en artillería y en…

La hoja desapareció de un tirón por el resquicio que había abierto y penetró con más fuerza, rajando la cerca hasta abajo con un ruido estridente. Luego se retiró y volvió a descargarse hendiéndose algunos pies más allá, y después de algunas sacudidas, acompañadas de juramentos que salían de la oscuridad interior, el trozo de valla se vino abajo. Inmediatamente, un puntapié enérgico mandó el trozo de cerca a mitad del camino, dejando un portillo abierto en la maleza.

Fanshaw miró adentro y lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Mi querido Almirante! ¿Se abre usted a machetazos una puerta siempre que quiere salir de paseo?

Salió de la oscuridad una maldición, seguida de una carcajada y de estas palabras:

—No. De todos modos he de tirar esta valla, que no sirve más que para estropearme las plantas, y nadie más que yo lo puede hacer. Pero me limitaré a derribar otro trozo y saldré a saludarlos.

Y de dos tajos, abrió otra rendija y tumbó la parte de cerca que quedaba suelta, con lo que se hizo una entrada de catorce pies de ancho, por la que salió al camino abriéndose paso entre los abrojos.

A primera vista, corroboraba cuanto dijo Fanshaw acerca de sus cualidades de pirata; llevaba un sombrero de paja como los que usan los segadores contra el sol, con el ala delantera vuelta hacia arriba y los ángulos hundidos por debajo de las orejas, orlando su frente en forma de media luna como el sombrero de Nelson. Llevaba también una blusa azul ordinaria que, combinada con los pantalones blancos, le daba aspecto de marino. Era alto y flojo y su cansado andar no era propio de un marino, pero lo recordaba y empuñaba un sable corto que parecía un chafarote, pero mucho más pesado. Su rostro parecía el de un hombre enérgico, no solo porque estaba rasurado, sino porque no tenía cejas como si los elementos se lo hubieran arrancado todo. Sus ojos eran saltones y de mirada penetrante, y su color llamaba la atención porque, sin ser del todo tropical, recordaba el de la naranja de sangre, es decir, que aunque era sanguíneo tenía algo de amarillento, y el padre Brown se dijo que nunca había visto una cara que mejor evocase todas las novelas que se han escrito sobre las tierras tropicales.

Cuando Fanshaw hubo presentado al huésped a sus dos amigos, volvió a referirse a la destrucción de la cerca. El Almirante no le dio al principio importancia, hablando de aquello como de una providencia de jardinería, pero luego rio con todas sus fuerzas y gritó con una mezcla de impaciencia y buen humor:

—Bien, acaso pongo en esto un poco de ferocidad y me complazco en la destrucción de algo. Eso le pasaría a cualquiera que pusiera su única complacencia en descubrir alguna isla salvaje y tuviera que abrirse paso por la selva a machetazos. Cuando recuerdo que he tenido que cortar milla y media de maleza espinosa con un viejo machete que no cortaba ni mucho menos como este, y luego pienso que me veo reducido a este bosque de juguete por un compromiso garrapateado en una Biblia de familia, vaya, que…

Y levantando el acero, de un formidable tajo partió la cerca de arriba abajo.

—Me gustaría hacer esto —dijo riendo, al tiempo que arrojaba el arma—. Pero vamos a casa, que ustedes han de comer algo.

Ante la casa había un prado con tres jardincillos circulares, uno de tulipanes encarnados, otro de tulipanes amarillos, y otro de flores blancas, que los visitantes no conocían y pensaron que eran exóticas. Un jardinero rollizo, peludo y de mala catadura estaba colgando el rollo de una manguera. Los últimos rayos del sol daban en los ángulos de la casa, sacando aquí y allá reflejos que recordaban los colores de las flores del jardín, y en un espacio limpio de árboles, mirando hacia el río sobre un trípode de metal, había un telescopio. Al pie de las gradas del portal había una mesa verde de jardín, como anunciando que alguien acababa de tomar el té allí. La entrada estaba flanqueada por dos enormes mascarones de piedra, con los ojos vacíos, como dicen que son los ídolos de los mares del Sur, y en la viga del dintel de la puerta había algunas confusas tallas de un dibujo casi tan bárbaro como el de las piedras.

Mientras entraban los otros, el desmedrado clérigo se subió a la mesa y, después de calarse las gafas, estuvo examinando con toda naturalidad las molduras de la viga de roble. El almirante Pendragon se detuvo sorprendido, aunque sin manifestar molestia; pero a Fanshaw le divirtió tanto ver al curita como un muñeco en su pedestal, que se echó a reír. El padre Brown no hizo caso ni de la sorpresa del uno ni de la risa del otro.

Estaba examinando tres tallas, que, aunque muy borrosas y oscuras, tenían para él algún sentido. La primera parecía el esquema de alguna torre u otra construcción, coronada por algo que semejaba unas cinturas ondulantes. La segunda estaba más clara: una galera de los tiempos isabelinos con olas decorativas debajo, pero interrumpidas por una curiosa roca mellada, que era un defecto de la madera o una representación convencional del agua que entraba. La tercera representaba la mitad superior de una forma humana, terminada en una línea rizada como las olas; la cara estaba borrosa y sin facciones, y los dos brazos tiesamente levantados al aire.

—Bueno —murmuró el padre Brown, pestañeando—, aquí tenemos la leyenda del español bastante clara. Aquí está, en el mar, lanzando maldiciones; y aquí están también las maldiciones, la nave naufragando y la torre de Pendragon ardiendo.

Pendragon movió la cabeza con aire de condescendiente alegría.

—¿Y cuántas otras cosas puede significar eso? —dijo—. ¿No sabe usted que esa mitad de hombre, como medio león o medio ciervo, es algo muy común en heráldica? Esa línea bajo el barco puede ser una de esas líneas

partidas por palo, dentadas, creo que las llaman. Y aunque la tercera figura no es muy heráldica, lo sería suponiendo que la torre está coronada de laurel y no de fuego.

—Pero es muy raro —dijo Flambeau— que eso confirme tan exactamente la leyenda.

—¡Ah! —replicó el viajero escéptico—. Pero no sabe usted cuántas leyendas se habrán forjado con esas viejas figuras. Además, no es esa la única leyenda antigua. Fanshaw, que es aficionado a estas cosas, podría contarles otras versiones del cuento, y mucho más horribles. Una de ellas atribuye a mi desgraciado antepasado el haber cortado al español en dos pedazos, y también está conforme con el grabado. Otra pretende que mi familia poseyera una torre de serpientes, y también se confirma ahí. Según otra versión, la línea rota bajo el barco significaría una señal convencional del rayo. De manera que tenemos interpretaciones para todos los gustos, pero esta precisamente demuestra lo erróneo que son todas las otras.

—Pero ¿cómo lo sabe usted? —preguntó Fanshaw.

—Porque resulta —contestó el huésped con frialdad— que no hubo truenos ni relámpagos en ninguno de los dos naufragios que conozco de mi familia.

—¡Oh! —dijo el padre Brown, saltando de la mesa.

Siguió un silencio, solo roto por el monótono murmullo del río. Luego Fanshaw preguntó en tono de duda y tal vez de decepción:

—Así, ¿cree usted que no hay nada de real en el cuento de la torre en llamas?

—Los cuentos corren, desde luego —dijo el Almirante, encogiéndose de hombros—, y algunos tienen un fondo de verdad mal aplicada a la realidad de las cosas. Alguien vería una llama por aquí, vaya usted a saber, al regresar a casa por el bosque; tal vez algún pastor, al recoger su ganado, vio una claridad por encima de la torre Pendragon. ¡Bah! Un cenagal como este no es el lugar más apropiado para que uno pueda pensar en fuegos.

—¿Qué es aquel fuego de allá? —preguntó el padre Brown, señalando, sin precipitarse, al bosque del otro lado del río. Todos quedaron algo desconcertados, y el mismo Fanshaw tardó en reponerse al ver una larga y delgada cinta de humo azul, que subía silenciosa en la oscuridad de la tarde.

Entonces Pendragon prorrumpió en una burlesca carcajada.

—¡Son los gitanos! —dijo—. Hace una semana que están acampando por aquí. Señores, vamos a comer. —Y se volvió para entrar.

Pero el supersticioso Fanshaw aún temblaba y se volvió a preguntar:

—Almirante, ¿qué es ese ruido siseante que se oye tan cerca de la isla? Parece de fuego.

—Aún parece más lo que es en realidad —replicó el Almirante, riendo y reanudando la marcha—. No es más que una canoa que pasa.

Aún hablaba cuando el mayordomo, hombre flaco, vestido de negro, de pelo también negro y cara muy larga y amarilla, apareció anunciando que la comida estaba servida.

El comedor tenía un aire tan náutico como la cámara de un barco, pero más moderno que las del tiempo isabelino. Había una panoplia con tres machetes antiguos, sobre la chimenea, y un mapa del siglo XVI, con tritones y barquitos sobre un mar rizado. Pero aún llamaban más la atención algunas vitrinas con pájaros de los más sorprendentes plumajes, muy bien disecados, procedentes de América del Sur, con fantásticas conchas del Pacífico, y varios instrumentos de tan ruda fábrica y tan raras formas, que los salvajes podían haberlos usado tanto para matar a sus enemigos como para asarlos. Pero la nota que colmaba el interés era el hecho de que, a más del mayordomo, los únicos criados del Almirante eran dos negros con uniforme amarillo. Este color y los cortos faldellines de aquellos bípedos sugirieron al sacerdote la idea de compararlos a los «canarios». Cuando acabaron de servir la comida no volvieron a aparecer por la sala aquellas caras negras y uniformes amarillos, y se movió únicamente, de un lado a otro, la negrura y amarillez del mayordomo.

—Siento mucho que se lo tome tan a la ligera —dijo Fanshaw al huésped —, pues la verdad es que le he traído a estos amigos con la idea de que le ayudasen, pues saben mucho de estas cosas. ¿No cree usted realmente en la historia de la familia?

—Yo no creo en nada —contestó Pendragon, vivamente, sin quitar la vista de un pájaro rojo—. Soy un hombre de ciencia.

Con gran sorpresa de Flambeau, su amigo el clérigo, que parecía haberse despertado por completo, cogió esta digresión por los cabellos y se puso a hablar de historia natural con inesperada erudición, hasta que, servidos los vinos, desapareció el mayordomo. Entonces dijo:

—No me crea usted impertinente, almirante Pendragon. No se lo pregunto por curiosidad, sino para mi gobierno y su convivencia. ¿Me equivoco al pensar que no quiere usted que estas cosas se discutan ante su mayordomo?

El Almirante levantó sus despobladas cejas y exclamó:

—No sé cómo ha podido usted adivinarlo, pero lo cierto es que no puedo soportar a ese tipo, aunque no me atrevo a despedir a un criado de la familia.

Fanshaw, con su afición a los cuentos de hadas, dirá que mi sangre se revuelve contra el cabello negro, que recuerda el de los españoles.

Flambeau dio un puñetazo en la mesa, exclamando:

—¡Por Júpiter! ¡También es negro el de la muchacha!

—Espero que todo acabará esta noche —prosiguió el Almirante—, cuando vuelva mi sobrino de su barco. ¿Se sorprenden ustedes? No lo comprenderían si no les contase la historia. Verán, mi padre tuvo dos hijos. Yo permanecí soltero, pero mi hermano mayor se casó y tuvo un hijo que se hizo marino como todos nosotros y heredará la hacienda. Mi padre era un hombre raro: mezclaba la superstición de Fanshaw con una buena dosis de escepticismo, dos fuerzas que siempre estaban luchando en él, y después de mis primeros viajes, se le ocurrió una idea que quiso llevar a la práctica, seguro de que con ella se pondría en claro la verdad o la mentira de la maldición. Pensaba que, si todos los Pendragon navegábamos de un modo u otro, ofrecíamos demasiadas oportunidades para una catástrofe natural, y así nada podría probarse; pero si solo se daba uno a la mar por turno riguroso de sucesión a la propiedad, podría descubrirse si realmente el mal hado perseguía a la familia como tal familia. Era una idea descabellada, a mi modo de ver, y se la discutí a mi padre acaloradamente, pues yo era ambicioso y, por ley de sucesión, quedaba pospuesto a mi propio sobrino.

—Y su padre y su hermano —dijo el sacerdote, afablemente— murieron en el mar, según creo.

—Sí —gruñó el Almirante—, por uno de esos fatales accidentes en que se basa la mitología de la humanidad, los dos primeros murieron en naufragio. Mi padre, al acercarse a estas costas después de un viaje por el Atlántico, se estrelló en las rocas de Cornualles. El barco de mi hermano se hundió, nadie sabe dónde, cuando regresaba de Tasmania. No se encontró su cadáver. Ya les digo que fue por un contratiempo natural. Muchos otros hombres que no eran Pendragon se ahogaron, y los dos desastres se discutieron de una manera normal en los centros de navegación. Pero, claro, esto prendió el fuego en esta selva de supersticiosos y la gente veía la torre en llamas por todas partes. Por eso digo que todo se arreglará cuando regrese. Su novia tenía que venir hoy, pero temía yo tanto que cualquier tardanza la asustase, que le mandé un telegrama, diciéndole que no se moviese hasta mi nuevo aviso. Pero casi estoy seguro de que él se presentará aquí esta misma noche, a una u otra hora, y entonces todo se acabará en humo, en humo de tabaco. La leyenda quedará rota cuando rompamos el gollete de una botella de este vino.

—Riquísimo vino —dijo el padre Brown, levantando con gravedad la copa—; pero, como usted puede ver, soy un pésimo bebedor. Le pido con toda el alma que me perdone.

Había vertido un poco de vino en el mantel. Bebió y dejó la copa con rostro sereno, pero su mano había temblado al percatarse de unos ojos que miraban por la ventana del jardín, detrás del Almirante. Era una cara de mujer morena, con ojos y cabellos meridionales, pero que parecía la máscara de la tragedia.

Tras una pausa, el sacerdote volvió a decir con sus maneras suaves:

—Almirante, ¿quiere hacerme un favor? Permita que yo y mis amigos, si quieren, permanezcamos en esa torre esta noche. ¿No sabe que para lo que yo represento, es usted un exorcista más que otra cosa?

Pendragon se levantó de la mesa y se puso a dar zancadas por delante de la ventana, de donde, súbitamente, había desaparecido la cara, mientras gritaba, en tono violento:

—Le digo que no hay nada que temer. Yo sé lo que hay en este asunto. Puede usted llamarme ateo. Lo soy. —Y volviéndose, arrebatado, al padre Brown, añadió, con cara de espantosa concentración—: Este asunto es perfectamente natural. No hay maldición que valga.

—En tal caso —replicó el padre Brown, sonriendo—, no puede haber inconveniente en que yo duerma en su deliciosa cama de campo.

—Es una cosa ridícula —se obstinó el Almirante, tamborileando en el respaldo de la silla.

—Perdóneme usted por todo —dijo Brown—, hasta por haber derramado el vino. Pero me parece que no está usted tan tranquilo respecto a la torre en llamas, como pretende fingir.

El Almirante volvió a sentarse con la misma rapidez con que se había levantado, permaneció sentado en silencio y cuando habló lo hizo en voz baja:

—Lo hará usted por su cuenta y riesgo, pero ¿no sería usted un ateo si saliese sano y salvo de tanta diablura?

Tres horas después, Fanshaw, Flambeau y el sacerdote estaban aún charlando en la oscuridad del jardín, y dos horas más tarde empezaba ya a clarear cuando el padre Brown manifestó su propósito de no irse a dormir ni a la casa ni a la torre.

—Este prado necesita que lo limpien de malas hierbas —dijo con voz de sueño—. Si tuviese un escardillo o algo, lo haría yo mismo.

Lo siguieron riendo y protestando a medias; pero él les dirigió una sermón, afirmando que siempre puede encontrarse alguna pequeña ocupación

con que ser útil a nuestros semejantes. No hallaron un escardillo, pero sí una escoba de mimbre, con la que el sacerdote empezó a barrer enérgicamente la gran cantidad de hojas secas caídas sobre la hierba.

—Siempre hay que hacer alguna cosa —dijo con alegría de idiota—. Como dice Georges Herbert: «Quien barre el jardín de un almirante en Cornualles, según sus leyes, no solo hace eso, sino una buena acción». Y ahora —añadió tirando la escoba—, vamos a regar las plantas.

Y sintiendo una vaga emoción, los otros vieron cómo cogía y desenrollaba una manguera de jardín, mientras decía con aire de cómica reflexión:

—Los tulipanes encarnados antes que los amarillos. Parecen un poco secos, ¿no creen ustedes?

Abrió la espita y el agua salió impetuosa y dura como un chorro de acero.

—Cuidado, Sansón —gritó Flambeau—, que has descabezado un tulipán.

El padre Brown se quedó contrariado, contemplando la planta decapitada.

—Mis procedimientos hidroterápicos parece que curan o matan —comentó moviendo con tristeza la cabeza—. Es una lástima que no haya encontrado un escardillo, porque hubieran ustedes visto de lo que soy capaz, y ya que hablamos de herramientas, ¿no ha traído ese bastón que siempre lleva, Flambeau? Está bien. Sir Cecil puede coger el machete que el Almirante tiró por aquí, no lejos de la cerca. ¡Qué gris parece todo!

—Es la niebla que sube del río —dijo Flambeau.

En aquel momento, la borrosa figura del hirsuto jardinero apareció en un balate que formaba el prado, blandiendo un rastrillo y chillando como un demonio:

—¡Deje esa manguera! Deje esa manguera y váyase a su…

—Estoy muy torpe —replicó el reverendo, cachazudamente—. ¿Sabe usted? He empinado un poco el codo durante la comida.

Y diciendo esto, se ladeó, para presentar mejor sus excusas al jardinero, haciendo una grotesca reverencia, sujetando la manguera con ambas manos, y el jardinero recibió en pleno rostro el frío chorro con la fuerza de un cañonazo, perdió el equilibrio y cayó patas al aire.

—¡Pero es espantoso! —se lamentó el cura, mirando en torno con cara de pasmo—. ¡He tumbado a un hombre!

Se quedó un momento con el cuello alargado, como si estuviese mirando o escuchando algo, y luego, arrastrando la manguera, se dirigió a toda prisa hacia la torre. Estaba esta muy cerca, pero su silueta se escondía en una oscuridad extraña.

—La niebla de ese río —le dijo a Flambeau— tiene un especial olor.

—¡Vive Dios que sí! —exclamó Fanshaw—. Pero no querrá usted decir…

—Quiero decir que una de las predicciones científicas del Almirante se cumplirá esta noche. Esta historia va a terminar en humo.

Aún hablaba cuando una hermosa luz encarnada pareció florecer repentinamente como una rosa gigantesca, entre crepitaciones y ruidos estridentes, como carcajadas de demonios.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? —exclamó sir Cecil Fanshaw.

—La señal de la torre en llamas —dijo el padre Brown, dirigiendo el chorro de agua al centro mismo del foco encarnado.

—¡Suerte que no nos hemos ido a dormir! —gritó Fanshaw—. Supongo que el fuego no se extenderá hasta la casa.

—Recuerde usted —contestó el sacerdote, con voz inalterable— que la cerca que podía haberlo propagado ha sido previamente cortada.

Flambeau volvió los ojos a su amigo, como a efectos de una sacudida eléctrica, pero solo Fanshaw dijo, como distraído:

—Menos mal que no peligra nadie.

—Es una torre muy curiosa —observó el padre Brown—. Cuando habría de matar a alguien, mata a los que se hallan en otra parte.

Al mismo tiempo, la monstruosa figura del jardinero, con su barba torrencial, se destacó en el balate contra el cielo; pero no empuñaba un rastrillo, sino un machete. Detrás de él se mostraron los dos negros, armados también con los viejos machetes de la panoplia, pero a la luz roja y vestidos de amarillo parecían diablos con instrumentos de tortura. En el fondo del jardín, recogido en la sombra, retumbó una voz imperiosa dando instrucciones. Al oír esta voz, el semblante del sacerdote experimentó un cambio terrible.

Pero permaneció en su puesto, sin apartar la vista del foco de llamas que habían tomado cierto incremento, pero que cedió luego siseante bajo la presión de la poderosa vara de agua. Mantenía el dedo en la boca del caño para mejor asegurar la puntería sin atender a otra cosa, enteramente sordo por el ruido y observando por el rabillo del ojo los excitantes incidentes que se desarrollaban en el jardín aislado. No dio más que dos instrucciones lacónicas a sus amigos.

—Derribad a *esos hombres* como podáis y atadlos con las cuerdas de estos haces. Quieren quitarme la manguera. —Y la otra—. En cuanto podáis hacerlo, llamad a esa muchacha de la canoa, que está en la orilla del río con los gitanos. Preguntadle si puede cruzarlo con algunos cubos y acarrear agua del río.

Luego cerró la boca y continuó regando la rosa de fuego con la misma rudeza con que regó antes el rojo tulipán. Ni siquiera se volvió a mirar la extraña lucha que se entabló entre los amigos y los enemigos del misterioso fuego. Casi oyó temblar la isla cuando Flambeau entró en combate con el feo jardinero, y se la imaginaba dando vueltas en torno a ellos mientras movían los puños. Percibió el choque de la caída y oyó el rugido de triunfo de su amigo al tumbar al primer negro, y los gritos de los dos cuando Flambeau y Fanshaw los ataron. La prodigiosa fuerza de Flambeau contrarrestaba la desigualdad de la lucha, especialmente porque el cuarto hombre aún permanecía junto a la casa, ocultándose en la sombra y gritando. También le llegó el ruido del agua golpeada por los remos de la muchacha, la voz de esta dando órdenes, la de los gitanos contestando y acercándose por momentos, el ruido de cubos llenándose y vaciándose en un río de agua, y, por fin, el de muchos pasos alrededor del fuego; pero nada tenía para él tanta importancia como el hecho de que la roja grieta que antes había tomado incremento, disminuía otra vez poco a poco.

Entonces llegó a él un grito que casi le hizo volver la cabeza. Flambeau y Fanshaw, con el esfuerzo de algunos gitanos, se lanzaron a la persecución del hombre misterioso que hasta entonces había permanecido junto a la casa, y desde el otro extremo del jardín le llegó el grito de horror y de sorpresa que lanzaba el francés, seguido de un aullido que nada tenía de humano, al desasirse de su puño el perseguido para emprender la huida por el prado. Tres vueltas dieron a toda la isla en una carrera espantosa porque parecía la persecución de un loco, tanto por los gritos que lanzaba el fugitivo como por las cuerdas que llevaban, para atarlo, sus perseguidos; pero aún era más terrible porque, en cierta manera, daban la impresión de unos niños que jugaban a cazar en el jardín. Por fin, viéndose acorralado, el fugitivo dio un brinco sobre el precipicio más elevado, se arrojó al río, y se hundió con un chasquido seco en la impetuosa corriente.

—Ya no pueden hacer ustedes más —dijo el padre Brown, en tono helado de pena—. Ya la corriente lo habrá arrastrado hacia las rocas, adonde había él mandado a tantos otros. Sabía utilizar la leyenda de la familia —terminó diciendo.

—No me hable usted en parábolas —gritó Flambeau, impaciente—. ¿No puede decir las cosas con palabras sencillas?

—Sí —contestó Brown, con la vista en la manguera—. «Dos ojos abiertos marchan bien; un ojo cerrado se hunde».

El fuego siseaba y chillaba cada vez más, como una fiera estrangulada, perdiendo fuerza y reduciéndose bajo el caudal de la manguera y de los cubos; pero el padre Brown aún no apartaba de allí la vista, mientras seguía hablando:

—Si se viera bastante, rogaría a esa muchacha que mirase con el telescopio la desembocadura del río y la costa. Podría descubrir algo que tiene interés para ella: el barco, o al señor Pendragon, que viene a casa; y quién sabe si descubriría la mitad del hombre, pues aunque seguramente el joven está ya fuera de peligro, no sería de admirar que estuviese ganando la orilla a nado. Ha estado en inminente peligro de naufragio, y no se hubiera salvado si ella no hubiese tenido el buen sentido de sospechar del telegrama del Almirante. No hablemos de nada. Baste decir que siempre que esta torre se incendia de veras, con sus maderos secos y sus vigas alquitranadas, produce en el horizonte la impresión de una luz de aurora a los que se hallan en la costa.

—Y así —dijo Flambeau— es como murieron el padre y el hermano. El malvado tío ha estado a punto de apoderarse de la hacienda, después de todo.

El padre Brown no contestó. En realidad, ya no volvió a hablar más que por cortesía, hasta que se hallaron los tres reunidos en la cámara del yate, en torno a una caja de cigarros. Vio que el incendio estaba extinguido y no quiso demorarse, aunque ya se oía al joven Pendragon, acompañado por un grupo de entusiastas, subiendo por la ribera, y si se hubiera dejado llevar de romántica curiosidad hubiera podido recibir las gracias combinadas del novio desde el barco y de la novia desde la lancha. Pero había vuelto a apoderarse de él la fatiga, y solo se reanimó cuando Flambeau le dijo de súbito que había dejado caer ceniza del cigarro en sus pantalones.

—No es ceniza del cigarro —dijo cansadamente—; es del fuego; pero ustedes no lo creen así porque siempre están fumando. Así es como empecé a concebir las primeras sospechas sobre aquel mapa.

—¿Quiere decir que el mapa de Pendragon no es la carta de las islas del Pacífico? —preguntó Fanshaw.

—¡Créaselo usted! —contestó Brown—. Ponga una pluma con un fósil y un trozo de coral, y todos pensarán que es una muestra. Ponga la misma pluma con una cinta y una flor artificial, y todos pensarán que es para el sombrero de una señora. Ponga la misma pluma con un tintero, un libro y unas cuartillas, y muchos estarán dispuestos a jurar que la pluma es para escribir. Así vio usted ese mapa entre pájaros del trópico y conchas, y pensó que era el mapa del Pacífico. Era el mapa de este río.

—Pero ¿cómo lo sabe? —preguntó Fanshaw.

—Vi la roca que, según usted, se parecía a un dragón y la que se parecía a Merlín, y…

—Por lo visto, se fijó usted en muchas cosas cuando entramos en el río —gritó Fanshaw—. Pensábamos que estaba distraído.

—Sufría las molestias del mar —dijo simplemente el padre Brown—. Me sentía mal. Pero el sentirme mal nada tiene que ver con no ver cosas. —Y cerró los ojos.

—¿Cree usted que muchos hombres lo hubieran visto? —preguntó Flambeau.

No recibió respuesta. El padre Brown dormía.

EL DIOS DE LOS GONGS

Era una de esas tardes desiertas y heladas de invierno en que la luz del día más parece de plata que de oro y más de plomo que de plata. Si eran tristes los interiores de los pisos y de las oficinas, aún parecía más triste y desolada la ancha playa de Essex, cuya monotonía resultaba más despiadada porque se rompía a largos trechos por faroles más rústicos que los árboles y por árboles más feos que los faroles. Una ligera nevada, fundida en algunos puntos, había adquirido al helarse la dureza de la plata y se extendía en una franja a lo largo de la costa, en línea paralela a la franja pálida de la espuma del mar.

La misma superficie del mar, con su color lívido, parecía helada como el rostro de un hombre aterrado. Ni por tierra ni por mar, en varias millas a la redonda, se veía más alma viviente que dos caminantes que andaban a paso ligero, aunque muy desigual, ya que el uno tenía las piernas largas y el otro había de mover más las suyas para seguirlo.

No parecía aquel un lugar muy apropiado para pasar un día de asueto, pero el padre Brown hacía muy pocas fiestas y aprovechaba las que podía, prefiriendo siempre, a serle posible, pasarlas en compañía de su viejo amigo Flambeau, expresidiario y exdetective. El sacerdote tenía deseos de visitar su antigua parroquia de Cobhole, y se dirigía hacia el norte por la costa.

Después de caminar cosa de dos millas, vieron que la playa empezaba a estar obstruida seriamente por lo que parecía un paseo público. Los faroles, aunque tan feos como los otros, eran más abundantes y ornamentales. Media milla más allá, el padre Brown quedó sorprendido por un laberinto de floreros sin flores, cubiertos de plantas descoloridas y aplastadas, que más daban, en conjunto, la impresión de un pavimento de taracea que la de un jardín, entre los senderos tortuosos tachonados de bancos de respaldos corvos. Vagamente humeaba el aire de una población marítima que para nada le interesaba, y mirando a lo largo del paseo vio algo que le sacó pronto de dudas. En la distancia gris se levantaba el quiosco de la música de un balneario como un hongo gigantesco de seis pies.

—Supongo —dijo el padre Brown subiéndose el cuello del abrigo y tapándose mejor con la bufanda— que nos acercamos a un centro de recreo.

—Temo —contestó Flambeau— que serán bien pocos los que acudan a ese centro para recrearse. Tratan de dar vida a estos lugares en invierno, pero no lo consiguen sino los privilegiados y los antiguos. Debe de ser una

tentativa de lord Peckey, que tiene anunciados para Navidad los cantores sicilianos, y se habla mucho del «match» que se anuncia para hoy. Pero debían arrojar al mar estas barracas, que son más feas que un vagón de ferrocarril destrozado.

Llegaron a la enorme plataforma de la banda y el sacerdote le estuvo mirando con extraordinaria curiosidad. Era una construcción extraña, pero apropiada para sus fines, erigida sobre el terraplén en una plataforma de madera de unos cinco pies de altura, que parecía un gigantesco tambor. Pero le daba un aire especial la nieve combinada con el oro de las molduras, un aire que también tuvo intrigado a Flambeau por recordarle algo que no llegaba a concretarse en su memoria, pero que le evocaba una clase de arquitectura artística y extranjera.

—¡Ya sé! —dijo, por fin—. Esto es japonés. Recuerda esas estampas japonesas de montañas con nieve que parece azúcar, y de pagodas doradas como el pan de jengibre. Parece un templo pagano.

—Sí —asintió el padre Brown—. Vamos a ver el dios.

Y con una agilidad que no se hubiera esperado de él, se encaramó en la elevada plataforma.

—¡Ah, muy bien! —exclamó Flambeau riendo, y un momento después su gigantesca figura se destacaba en aquel extraño pedestal.

Aunque aquella altura era relativamente poca, en la desierta soledad que la envolvía daba la impresión de divisarse extensiones remotísimas de mar y tierra. Los bosquecillos que se dominaban parecían matorrales, y más allá había algunas granjas aisladas con aplastados pajares. En el mar no se veía una vela ni más ser viviente que unas cuantas gaviotas, que más parecían copos de nieve y más flotantes que volantes.

Flambeau se volvió al oír a su espalda una exclamación, proferida a un nivel más bajo de lo que hubiera podido esperarse, como si hubieran gritado más a sus tacones que a sus oídos. Alargó al instante la mano, pero apenas pudo contener la risa ante lo que vio. Sin saber cómo, la plataforma se había hundido bajo los pies del padre Brown, y el desgraciado había caído al nivel del terraplén. Y era lo bastante alto o lo bastante bajo para que la cabeza le asomara al nivel del tablado como la de san Juan Bautista en una gran bandeja. Y la cabeza tenía una expresión tan desconcertante como la del Bautista.

Flambeau rio ligeramente, diciendo:

—Esta madera debe de estar podrida, aunque es raro que me sostenga a mí. Es que debe de haber pisado usted la parte más blanda. Venga que le

ayude.

Pero el sacerdote estaba examinando los bordes de la madera que se suponía podrida, y en su frente se dibujaba una honda perplejidad.

—¡Vamos! —exclamó Flambeau impaciente, con su manaza morena extendida—. ¿No quiere salir de ahí?

El cura sostenía una astilla entre sus dedos y no replicó inmediatamente. Por fin dijo, con tono pensativo:

—¿Si quiero salir? No. Lo que me parece es que quiero entrar. —Y desapareció después de dejar en el borde del agujero el sombrero clerical.

Flambeau volvió a mirar en torno suyo y no vio más que un mar tan frío como la nieve y nieve tan lisa como el mar.

Oyó un ruido interior tras él, y el rechoncho cura salió del agujero más deprisa de lo que había entrado.

—¿Qué? —preguntó su amigo—. ¿Ha encontrado ya al dios del templo?

—No —contestó el padre Brown—. He hallado lo que en su día fue más importante. El sacrificio.

—¿Qué diablos quiere decir? —preguntó Flambeau alarmado.

El padre Brown no contestó. Con un chichón en la frente contemplaba el paisaje. Y de pronto señaló a un punto y preguntó:

—¿Qué edificio es aquel de allá?

Siguiendo la dirección de su dedo, Flambeau vio por vez primera el ángulo de un edificio más cercano que la primera granja, casi por completo escondido tras los árboles. No era un edificio muy grande, y estaba algo apartado de la costa; pero la ornamentación que llegaba a verse indicaba que formaba parte del balneario a que pertenecía el pabellón de la banda y los jardines de alrededor.

El padre Brown saltó de la plataforma, seguido de su amigo, y a medida que se acercaban, los árboles iban dejando de manifiesto al edificio achatado, como la mayoría de los establecimientos de baños. Casi toda la fachada era de yeso dorado y de cristal floreado, que ante la superficie del mar gris y entre los árboles que parecían seres encantados, daba una impresión de melancolía espectral. Los dos amigos tenían el presentimiento de que la única comida y la única bebida que podrían ofrecerles en aquel hotel serían el jamón de cartón y el cubilete vacío de las pantomimas.

Pero no estaban del todo en lo cierto. Al acercarse más, vieron delante del *buffet*, que aparentemente estaba cerrado, uno de los bancos de respaldo corvo que adornaban el jardín, pero más grande, pues casi ocupaba todo lo ancho del edificio. Parecía puesto para que los parroquianos pudieran sentarse a

mirar el mar, pero en aquel tiempo apenas podía imaginarse que alguien lo hiciese.

Y, sin embargo, ante el extremo del banco había una mesita redonda de restaurante, con una botella de vino y un plato de almendras y de pasas. Y allí se sentaba un joven moreno, sin nada en la cabeza, y que miraba al mar en un estado de inmovilidad atónita. Y aunque a cualquiera le hubiera podido parecer un maniquí, cuando los dos amigos estuvieron a pocos pasos se levantó como un muñeco de resorte y preguntó, no sin una extremada cortesía:

—¿Quieren ustedes pasar, caballeros? No dispongo actualmente de empleados, pero puedo servirles yo mismo lo que deseen.

—Muchas gracias —contestó Flambeau—. ¿Es usted el dueño?

—Sí —dijo el joven moreno, volviendo a su estado de inmovilidad—. Mis mozos son todos italianos, ¿sabe usted?, y no he podido negarles el placer de ir a ver cómo su paisano derrota al negro, si es que realmente lo consigue. Ya sabrán ustedes que el combate entre Malvoli y Negro Ned se celebra, después de todo.

—No creo que abusemos mucho de su hospitalidad —dijo el padre Brown —, pero estoy seguro de que a mi amigo le gustaría tomar una copita de jerez tanto para quitarse el frío como para brindar por el triunfo del campeón blanco.

Flambeau no bebía nunca jerez, pero tampoco puso la menor objeción, y se limitó a decir:

—¡Oh! Muchas gracias.

—Jerez, señor: está bien —dijo el huésped regresando al establecimiento —. Perdonen si les hago esperar un momento. Como les he dicho, no tengo quien sirva…

Y llegó a la cerrada puerta del hotel, que estaba también a oscuras.

—¡Oh! No se moleste usted —empezó a excusarse Flambeau, pero el otro se volvió a tranquilizarlo.

—Tengo las llaves y no me hace falta luz para andar por dentro.

—Yo no quería… —murmuró el padre Brown.

Le interrumpió una voz rugiente salida del interior del hotel, llamando a voz en cuello a alguien cuyo nombre no se entendió, y el dueño del establecimiento acudió con más diligencia a la llamada que a servir el jerez a Flambeau. Aquello era una prueba de que el dueño no les había dicho más que la verdad; pero tanto Flambeau como el padre Brown confesaron luego con frecuencia que, en sus muchas y peliagudas aventuras, nada les había

helado la sangre en las venas como la voz de aquel ogro, salida tan inesperadamente de una fonda tan silenciosa y desierta como aquella.

—¡Mi cocinero! —gritó el dueño, sobresaltado—. He olvidado a mi cocinero. Ahora se marchará. ¿Jerez, señor?

Y, en efecto, apareció en el umbral un tipo con gorro y delantal blancos, propios de un cocinero, mas de cara negra y aire enfático, muy poco apropiado. Flambeau sabía que de un negro puede sacarse un buen cocinero. No obstante, por razones de casta y de color, le sorprendió en gran manera que el dueño obedeciese la voz del cocinero en vez de atender este la voz del dueño. Pero recordó que los jefes de cocina suelen ser arrogantes por antonomasia, y además el hotelero había vuelto con el Jérez, que era lo que importaba.

—Me sorprende —dijo el padre Brown— que se vea tan poca gente por la costa, si después de todo va a celebrarse ese combate. No hemos encontrado más que a un hombre en varias millas.

El hotelero se encogió de hombros.

—Es que vienen del interior, por la estación, que está a tres millas de aquí. No les interesa más que el combate, y solo se detendrán en los hoteles esta noche. Después de todo, hace demasiado frío para venir a entregarse a los deportes de playa.

—O a sentarse en el banco —dijo Flambeau, indicando la mesita.

—He de vigilar un rato —dijo el joven del rostro inmutable.

Era de un porte modesto, de facciones regulares y algo flaco. Su traje negro no ofrecía nada de particular, y lo único que llamaba la atención era la corbata negra, que llevaba muy subida y tiesa, sujeta con una aguja de oro de cabeza un poco grotesca. Su rostro no delataba nada de particular, como no fuese un ligero rictus nervioso y el vicio de abrir un ojo más que otro, produciendo la impresión de que tenía uno más grande que el otro, o que uno de ellos era artificial.

Él fue quien rompió el silencio y siguió preguntando:

—¿Dónde encontraron a ese hombre en su camino?

—Es muy curioso —contestó el sacerdote—; no lejos de aquí, junto al quiosco de la banda.

Flambeau, que se había sentado en el banco a beber su jerez, vació la copa y se levantó, quedándose mirando a su amigo con aire de sorpresa. Abrió la boca para hablar, pero al momento la volvió a cerrar.

—Sí que es curioso —dijo el joven moreno, pensativamente—. ¿Cómo era?

—Casi puede decirse que lo vi en la oscuridad —dijo el padre Brown—, pero era…

Como se ha observado ya, podía probarse que el hotelero había dicho la pura verdad. Se cumplió al pie de la letra su anuncio de que el cocinero se marchaba al momento, pues este apareció poniéndose los guantes mientras aún hablaban.

Pero estaba completamente transformado. Se presentaba muy abrochado y con extremada elegancia. Una chistera reluciente de tan negra se ladeaba en su cabeza. El hombre era como la chistera, negro y reluciente. Huelga decir que llevaba polainas blancas y una tira blanca bajo el chaleco. En el ojal de la solapa resaltaba una flor roja agresivamente, como si hubiera crecido allí. Y en la manera de llevar el bastón en una mano y el cigarro en la otra había una actitud peculiar, esa actitud a que hemos de aludir siempre que hablamos de los prejuicios de raza: algo tan inocente como insolente, el *cake-walk*.

—A veces —dijo Flambeau mirándolo—, no me sorprende que los linchen.

—Nunca me sorprende —dijo el padre Brown— ninguna otra obra del infierno. Pero, como estaba diciendo —prosiguió, mientras el negro, estirando todavía ostentosamente sus guantes amarillos, se alejaba a buen paso como una figura cómica de café-concierto, en un escenario verde y helado—, no podría describir a aquel hombre minuciosamente, pero llevaba unas patillas y unos bigotes que recordaban las estampas de los grandes comerciantes extranjeros. Cubría su cuello con una larga chalina encarnada, que flotaba al viento cuando andaba y que se sujetaba a la garganta mediante una aguja, como las mamás sujetan los tapabocas de los niños con un imperdible. Pero —añadió el sacerdote, mirando plácidamente al mar— aquella aguja no era imperdible.

El «dueño del hotel» estaba mirando también el mar de una manera apacible, y en aquel momento Flambeau adquirió la certeza de que uno de sus ojos era más grande que el otro. Los mantenía abiertos los dos y el izquierdo producía el efecto de irse agrandando mientras miraba.

—Era una aguja de oro muy larga, y la cabeza representaba la figura de un mono o algo semejante —continuó el clérigo—, y estaba prendida de una manera muy rara.

El hombre inmóvil continuaba mirando el mar con ojos que podían haber pertenecido a dos hombres diferentes. De pronto, hizo un rápido movimiento.

El padre Brown estaba de espaldas a él y podía haber caído fulminado a sus pies. Flambeau no llevaba armas, pero descansaban sus manos en un

extremo del banco de hierro. Sus hombros cambiaron de forma, y en un instante levantó el banco sobre su cabeza, blandiéndolo como un leñador el hacha. La longitud del banco le daba la semejanza de una escalera por la que aquel titán invitase a los hombres a trepar hasta los astros; pero la sombra que proyectaban él y el arma improvisada se extendía a la luz de la tarde como la de un gigante blandiendo la Torre Eiffel. Al ver la sombra que se le venía encima, el desconocido evitó de un salto el golpe y se refugió en el interior de la fonda antes de que oyese el estruendoso chasquido de los hierros, abandonando el afilado y reluciente puñal que se le había caído de las manos.

—Hemos de marcharnos de aquí al momento —gritó Flambeau, lanzando a la playa con furiosa indiferencia el pesado banco.

Y cogiendo al sacerdote del brazo se lo llevó corriendo entre los árboles por una senda que conducía a la puerta de la verja del jardín. Se acercó a ella con violento silencio y luego profirió: «¡Está cerrada!».

Aún hablaba cuando una hoja de árbol seca pasó rozándole el ala del sombrero, lo que le impacientó más que el tiro que poco antes había oído. Luego se oyó otra detonación, y la puerta que trataba de abrir produjo un chasquido al incrustarse en ella la bala. De nuevo cambiaron de forma las espaldas de Flambeau. Tres goznes y una cerradura quedaron arrancados de cuajo al mismo tiempo, y el hombre avanzó unos pasos, llevándose la puerta del jardín, como Sansón se llevó las de Gaza.

La dejó arrimada contra la tapia en el momento en que otra bala levantaba un puñado de nieve y de tierra junto a sus pies. Sin cumplidos ni consideraciones, cogió al menudo sacerdote, se lo cargó al hombro y emprendió la marcha hacia Seawood con la ligereza que le permitían las piernas, y solo cuando llevaba caminando así cerca de dos millas dejó a su compañero en tierra. No había sido una huida muy digna, que digamos, a pesar de tener un modelo en el Anquises de los clásicos, pero el padre Brown se lo agradeció con una ancha sonrisa.

—Bien —dijo Flambeau después de un impaciente silencio cuando llegaron a las primeras calles de la ciudad—, no entiendo lo que esto significa, pero me dejaría arrancar la lengua si ha encontrado usted al hombre que tan puntualmente nos ha descrito.

—En cierto sentido, me lo encontré —dijo el padre Brown mordiéndose nerviosamente el dedo—, me lo encontré realmente. Pero estaba aquello demasiado oscuro para verlo bien, porque fue bajo la plataforma de la banda. De lo que no estoy seguro es de haberlo descrito honradamente, porque la

larga aguja de oro no le sujetaba la chalina roja, sino que se le clavaba en el corazón.

—Y supongo que ese pistolero del ojo de vidrio —observó Flambeau— tenía algo que ver en el asunto.

—No creo que desempeñe un papel muy importante —contestó Brown con voz algo alterada—, y acaso haya hecho yo mal. Obré por impulso. Pero creo que este asunto tiene hondas raíces y se presenta muy oscuro.

Caminaron en silencio por algunas calles cuyas luces eléctricas empezaban a alumbrar en la oscuridad del crepúsculo, y cada vez se acercaban más a los barrios populosos. Enormes cartelones de colores, pegados a las esquinas, anunciaban el encuentro entre el Negro Ned y Malvoli.

—Bien —dijo Flambeau—; jamás he matado a nadie en mis malos tiempos, pero perdonaría al que tuviese la ocurrencia de elegir un ambiente tan fúnebre para hacerlo. No creo que pueda presentarse una escena de crimen más horrorosa que una plataforma destinada a la alegría. Me imagino a un criminal de fantasía enfermiza que elige un lugar tan solitario y paradójico para dar muerte a su víctima. Recuerdo que en cierta ocasión, pasando por las alegres colinas de Surrey, sin pensar más que en las aulagas y en las alondras, me encontré inesperadamente ante una configuración circular del terreno, con gradas y más gradas, como un anfiteatro romano. Por encima pasó un ave, que aún me avivó la impresión de soledad que dejaba aquello. Era el gran estadio de Epson. Y pensé que ya nadie podría sentirse allí dichoso.

—¡Qué raro que haya mencionado usted Epson! —dijo el sacerdote—. ¿Recuerda el caso llamado Misterio de Sutton, porque dos hombres de color amarillo que se hicieron sospechosos vivían en Sutton? Se les dejó en libertad provisional. Se encontró a un hombre estrangulado por aquellos parajes. Yo supe por un policía amigo mío, que se le encontró en el mismo estadio, escondido sencillamente bajo una puerta que se cerró sobre él.

—Es raro —asintió Flambeau—. Pero eso confirma mi opinión de que esos centros de reunión aparecen horriblemente solitarios fuera de la temporada.

—No estoy tan seguro… —empezó diciendo Brown, y se calló.

—¿No está seguro de que lo asesinaron? —preguntó su compañero.

—De que lo asesinaron fuera de temporada —contestó sencillamente el sacerdote—. ¿No ha pensado usted que hay algo de tramposo en esa soledad, Flambeau? ¿Cree que un asesino inteligente ha de buscar un paraje solitario? Es muy difícil que un hombre esté completamente solo, y para ciertas cosas,

cuanto más solo está uno, más seguro está de que lo ven. No, yo no soy de su opinión… Pero ya hemos llegado al pabellón, o como lo llamen.

Acababan de desembocar en una plaza profusamente alumbrada, cuyo principal edificio ofrecía un alegre aspecto de molduras doradas y estaba flanqueado por los gigantescos retratos de Malvoli y Negro Ned.

—¡Hola! —exclamó Flambeau, grandemente sorprendido, dirigiéndose con decisión a la ancha escalinata—. No sabía que el boxeo se contase entre sus últimas aficiones. ¿Ha venido usted a ver la lucha?

—No creo que haya ninguna lucha —replicó el padre Brown.

Pasaron apresuradamente por el vestíbulo, por la sala de espectáculos, llena de hileras de sillas, que el sacerdote no se detuvo a mirar, hasta que por fin tropezó con un empleado sentado a una mesa ante una puerta en la que se leía: «Dirección». Entonces se detuvo a preguntar por lord Pooly.

El empleado contestó que el lord estaba muy ocupado, pero el sacerdote insistió con una cachaza a la que el empleado no estaba acostumbrado, y al poco rato Flambeau se halló ante un caballero que daba instrucciones en voz alta a otro empleado que salía del despacho:

—Cuidado con las cuerdas después del cuarto… Bueno, ¿qué desean ustedes?

Lord Pooly era todo un caballero, y, como muchos de los pocos que quedan, estaba preocupado especialmente por cuestión de dinero. Era entre rubio y cano, tenía unos ojos de fiebre y una nariz gibosa y entumecida.

—Solo una palabra —dijo el padre Brown—. He venido para impedir que se mate a un hombre.

Lord Pooly se recostó en el respaldo de la silla, como si le hubieran empujado, y exclamó:

—No tengo tiempo que perder. Ya estoy harto de ustedes, de sus comisiones y de sus instancias. ¿Creen, señores míos, que esta es una de aquellas antiguas luchas en que la gente se aporreaba sin guantes? Ahora se lucha con guantes de reglamento, y no existe la menor posibilidad de que un hombre mate a otro.

—No me refiero a ninguno de los boxeadores —dijo el sacerdote.

—¡Bien, bien, bien! Pues ¿a quién quiere que maten? ¿Al árbitro?

—No sé a quién van a matar —replicó el padre Brown con mirada reflexiva—. Si lo supiera, no vendría a aguarle la fiesta. Nunca he visto nada malo en la lucha con guantes. No obstante, le ruego que anuncie que el combate queda suspendido, por ahora.

—¿Y qué más? —preguntó burlonamente el caballero, con ojos encendidos—. ¿Y qué les dice usted a los dos mil espectadores que han venido a verlo?

—Les diré que solo quedarán mil novecientos noventa y nueve de ellos cuando lo hayan visto —dijo el padre Brown.

Lord Pooly miró a Flambeau y le preguntó:

—¿Está loco su amigo?

—No hay hombre más cuerdo —contestó Flambeau.

—Y mire usted —volvió a decir Pooly—: aún hay algo peor. Ha venido, no sé de dónde, un sinnúmero de italianos dispuestos a guardar la espalda a Malvoli. Ya sabe usted cómo las gastan los de esa casta mediterránea. Si anuncio que se suspende el acto, entrará aquí Malvoli armando un escándalo, acompañado de una banda de amigos corsos.

—Señor mío, es asunto de vida o muerte —dijo el sacerdote—. Llame usted. Dé el encargo. Y veremos si es Malvoli quien protesta.

El aristócrata tocó la campanilla, golpeando la mesa con aire de extraña curiosidad, y dijo al empleado que asomó al instante la cabeza:

—Tengo que anunciar algo muy grave al público dentro de poco. Entretanto, ¿tiene usted la bondad de decir a los dos campeones que la lucha tendrá que aplazarse?

El empleado se quedó mirando un momento como si viera al diablo, y desapareció.

—¿En qué se funda usted para decir eso? —preguntó de súbito lord Pooly —. ¿A quién ha consultado usted?

—He consultado una plataforma de música —contestó el padre Brown rascándose el chichón de la frente—; pero no, ¡digo mal! He consultado también un libro. Lo compré muy barato en un puesto de libros viejos.

Se sacó del bolsillo un librito con cubiertas de piel y letra apretada, y Flambeau, mirando por la espalda al sacerdote, pudo ver que se trataba de un libro de viajes y que tenía una hoja doblada como señal.

—«La única forma en que el Vudú…» —leyó el padre Brown en voz alta.

—¿En qué? —preguntó el aristócrata.

—«En que el Vudú se ha podido organizar y difundir fuera de Jamaica es con el nombre del Mono o el Dios de los Gongs, que se ha hecho poderoso en los dos continentes americanos, especialmente entre los mulatos, muchos de los cuales en nada se diferencian de los hombres blancos. Esta forma de culto difiere mucho de otras formas del culto diabólico y del sacrificio humano en el hecho de que la sangre no se vierte en el altar, sino por asesinato entre la

multitud. Los gongs baten con ruido ensordecedor cuando la puerta de la urna se abre y el dios mono se manifiesta; todos los reunidos fijan sus ojos extáticos en él. Pero luego…».

Se abrió la puerta del despacho, y el negro vestido a la moda apareció, girando los ojos y con la chistera de seda todavía ladeada sobre la cabeza.

—¡Ju! —gritó, enseñando sus dientes de buey—. ¿Es cierto? ¡Ju, ju! Le roba usted a un caballero de color su presa… Usted quiere salvar al italiano de…

—El acto queda aplazado —dijo el aristócrata con calma—. Luego nos veremos y se lo explicaré todo.

—¿Quién es usted para…? —gritó el Negro Ned, empezando a bramar.

—Soy Pooly —replicó el otro con serenidad—. Soy el organizador, y le aconsejo que salga de mi despacho.

—¿Quién es este hombre? —preguntó el campeón negro, indicando al clérigo con desdén.

—Me llamo Brown —replicó este—, y le aconsejo que salga del país.

El negro se quedó mirando con ojos de fuego, y luego, con gran sorpresa de todos, salió cerrando la puerta de un golpe.

—Bueno —dijo el padre Brown, mientras se tiraba hacia atrás las greñas —, ¿qué piensa usted de Leonardo de Vinci? Una hermosa cabeza italiana.

—Mire —dijo lord Pooly—, he contraído una grave responsabilidad, fiado solo en su palabra. Creo que tendría que decirme algo más sobre el particular.

—Tiene usted razón —contestó el padre Brown—, y no le entretendré mucho. —Se guardó el libro en el bolsillo—. Creo que sabemos todo cuanto esto puede decirnos; pero usted puede comprobar si tengo razón. Este hombre que acaba de salir es uno de los hombres más peligrosos de la tierra, porque une al cerebro de un europeo los instintos de un caníbal. Ha convertido lo que entre sus compañeros de barbarie era una sencilla carnicería, en una moderna sociedad científica secreta de asesinos. Él no debe saber que yo lo sé, ni por lo que se refiere a este caso particular, que yo no puedo probarlo.

Tras un breve silencio, el hombrecillo prosiguió:

—Pero si yo deseo asesinar a alguien, ¿será la mejor de las precauciones el asegurarme de que estoy a solas con él?

Lord Pooly miró al clérigo con ojos de perplejidad y, por fin, se aventuró a decir:

—Si quiere usted matar a alguien, le aconsejaría eso.

El padre Brown movió la cabeza negando como un asesino muy experimentado.

—Es lo que dice Flambeau —replicó, lanzando un suspiro—. Pero, fíjese: cuando más solo se siente un hombre, menos puede asegurar que se halla solo. Quiero decir que cuanto más solo está en un paraje desierto, más se destaca su presencia. ¿No han visto ustedes un labrador o un pastor desde la altura de un valle? ¿No han visto ustedes desde un risco a un hombre que anda por la playa? ¿Y no lo verían ustedes matando a un cangrejo? ¡No, no! Para asesinos tan inteligentes como pudiéramos ser nosotros, es una precaución inútil como seguridad de que nadie nos ha de ver.

—Pero ¿qué otra precaución hay?

—Solo una —dijo el sacerdote—. Estar seguros de que todos miran a cualquier otra parte. Un hombre fue estrangulado en el estadio de Epson. Si el estadio hubiese estado vacío, cualquiera hubiera podido verle, cualquier vagabundo, desde los matorrales, o cualquier motorista desde las colinas. Pero nadie pudo verlo mientras el estadio estaba lleno y el público bramando de entusiasmo, cuando su ídolo pegaba de firme. Un golpe de porra, una puerta que se abre y se cierra en un momento, y se acabó. Lo mismo le pasaría al desgraciado que cayó bajo la plataforma —continuó, volviéndose a mirar a Flambeau—. Cayó por el agujero en el momento dramático del concierto, cuando el arco de algún gran violinista o la voz de un gran cantante tenía arrebatada la atención del público. Y en este caso, desde luego, al llegar al *knock-out…* que no sería el único. Tal es el truco que Negro Ned ha adoptado de su viejo Dios de los Gongs.

—Y a propósito, Malvoli… —insinuó Pooly.

—Malvoli —dijo el sacerdote— nada tiene que ver en esto. No diré que no se rodee de algunos italianos, pero nuestros pájaros no son italianos. Son mulatos y africanos de varios matices, pero a los ingleses nos ha dado por pensar que todos los extranjeros son los mismos mientras aparezcan más o menos morenos o sucios. También temo —añadió sonriendo— que el inglés se resiste a hacer una definida distinción entre el carácter moral producido por mi religión y el que se origina del Vudú.

Se había encendido en Seawood la llama de la primavera llenando sus playas de familias y de patines, de oradores de paso y de cantores negros, antes de que nuestros dos amigos volvieran por allí y mucho antes de que se hubiera calmado la tempestad que se desencadenó contra la extraña sociedad secreta. Casi en cada caso moría con ellos el secreto de sus designios. El «dueño» del hotel fue hallado muerto en la playa, a la que arrastró la corriente

como un fardo de algas; su ojo derecho estaba cerrado, en paz, pero el izquierdo se abría y resplandecía como el vidrio a la luz de la luna. Negro Ned fue detenido a una milla o dos de distancia y mató a tres policías con su puño izquierdo. El que sobrevivió quedó tan sorprendido, es decir, tan lastimado, que el negro pudo escapar. Pero aquello fue bastante para que todos los periódicos de Inglaterra pusieran el grito en el cielo, y durante uno o dos meses, el mayor empeño del Imperio británico fue impedir que el jefe negro saliera de ningún puerto inglés. Todos los que remotamente infundían sospechas por parecerse a él, eran sometidos a un buen lavado por el temor de que se hubieran pintado la cara como un blanco. Todo negro de Inglaterra era vigilado y sometido a un interrogatorio, y los barcos ingleses que zarpaban, menos hubieran admitido a un negro que a un basilisco. La gente vivía atemorizada por la espantosa, vasta y silenciosa fuerza de la salvaje sociedad secreta, y cuando encontramos a Flambeau y al padre Brown de codos en el parapeto de aquel terraplén, en el mes de abril, el Negro significaba en Inglaterra lo que significó en otros tiempos en Escocia.

—Aún debe de estar en Inglaterra —observó Flambeau—, y quizá escondido de una manera horrible. Lo hubieran detenido en algún punto, aunque se hubiera blanqueado la cara.

—Pero tengo presente que es un hombre muy listo —dijo el padre Brown, en tono laudatorio—. Estoy seguro de que no se blanquearía la cara.

—¿Pues qué haría?

—Creo —dijo el sacerdote— que se la pintaría de negro.

Flambeau, recostado en el parapeto, se echó a reír, diciendo:

—¡Pero, hombre!

El padre Brown se limitó a mover un dedo, indicando a los artistas tiznados que estaban cantando en la playa.

LA ENSALADA DEL CORONEL CRAY

En una de esas mañanitas fantásticas que se despiertan quitándose graciosamente y poco a poco el rebujo de la niebla, entre cuyos cendales aparece la claridad del alba como una luz misteriosa y nueva, el padre Brown se dirigía a casa después de la misa. Los árboles desnudos se iban dibujando entre los vellones de humo, y de trecho en trecho, se descubrían las casas del suburbio como esbozos que se iban perfeccionando hasta destacarse concretamente como residencias conocidas, en algunas de las cuales tenía amigos. Pero todas las puertas y ventanas estaban cerradas, ninguno de los habitantes pertenecía a la clase de gente que estaba levantada a tales horas. Mas mientras pasaba por detrás de una villa con galería y magnífico jardín, oyó un ruido que le hizo detenerse involuntariamente. Era el ruido inconfundible de un disparo de pistola, de carabina o de otra ligera arma de fuego, y no fue esto lo que le dejó más sorprendido. A aquel ruido seco siguió una serie de ruidos débiles, de los que contó hasta seis. Supuso que podía ser el eco, mas lo raro era que el eco no se parecía al ruido original. En realidad no le encontraba semejanza exacta; los tres ruidos a que más se parecían eran el que hace un sifón, el que hacen algunos animales y el que hace una persona que ahoga la risa. Y ninguno de ellos tenía sentido para él.

En el padre Brown había dos personalidades: el hombre de acción, modesto como una violeta y puntual como un reloj, que se consagraba de una manera reglamentaria a sus diversas obligaciones, sin pensar alterar su norma de conducta, y el hombre reflexivo, que era mucho más sencillo, pero más fuerte, ya quien no era tan fácil mantener en raya, y cuyo pensamiento (en el terreno racional de la palabra) era de un hombre libre. No podía remediar, aun de una manera inconsciente, hacer toda clase de preguntas sobre una cosa y contestar cuantas le era posible. Para él, el espíritu crítico era como la función respiratoria. Pero conscientemente nunca rebasaba su actividad la esfera de sus deberes profesionales, y en aquel caso quedaron puestas a prueba las dos actitudes. Iba a reanudar la marcha, diciéndose que aquello no era de su competencia, pero dándole vueltas a la cabeza para poner en claro la índole de aquel extraño ruido. Y en esto ya se había despejado bastante la niebla para dejarle ver que la detonación se había producido en casa de un comandante angloindio, llamado Putnam, el cual tenía un cocinero de Malta que profesaba su misma religión. También recordó que los disparos de pistola son, a veces,

cosa seria, y que suelen tener consecuencias que conciernen a su ministerio. Retrocedió, pues, y entrando por la puerta del jardín se dirigió al portal de la casa.

A un lado del edificio había una especie de cobertizo bajo que, como luego vio, no era otra cosa que una carbonera. Por la esquina de esta apareció, como una sombra que rondase la casa, un hombre a quien no reconoció hasta que lo tuvo cerca. El comandante Putnam era un señor robusto y de mediana estatura, calvo, con cuello de toro y rostro casi apoplético, una de esas complexiones producidas por la larga combinación del clima oriental con las comodidades occidentales. Pero tenía un aspecto alegre y optimista, y aun en aquel momento de intranquila expectación conservaba una extraña sonrisa burlona. Llevaba un ancho sombrero de hoja de palmera, pero vestía un simple pijama de color escarlata y amarillo, que si para el interior ya era ligero, al aire libre de aquella fresca madrugada debía de resultar helado. Era evidente que acababa de salir de casa corriendo, y el sacerdote no se sorprendió al oír que le preguntaba, sin más cumplidos:

—¿Ha oído ese ruido?

—Sí —contestó el padre Brown—. Ahora quería entrar a saber si pasaba algo.

El comandante lo miró de una manera extraña, y le preguntó:

—¿Qué piensa usted que ha sido?

—Me ha parecido un tiro —contestó el otro, después de vacilar un momento—, pero ha producido un eco singularmente raro.

Aún estaba el comandante mirando al sacerdote con un aire perplejo, cuando se abrió la puerta y salió apresuradamente otro hombre al jardín. Era más alto, más delgado y más musculoso; pero también llevaba un pijama tropical, aunque de más gusto, pues era blanco con listas de color limón. Estaba ojeroso, pero era de agradable aspecto y más tostado por el sol que el otro. Su perfil era aguileño, con ojos hundidos, y la combinación de su cabellera, negra como el carbón, y de un bigote más claro, le daban un aire de extrañeza. Todo esto lo observó el padre Brown de una manera vaga, pues de momento solo le llamó la atención el revólver que aquel hombre empuñaba.

—¡Caray! —exclamó el comandante, yendo hacia él—. ¿Ha disparado usted?

—Sí, yo —contestó acalorado el señor del pelo negro—, y lo mismo hubiera hecho usted en mi lugar. Si se viera perseguido en todas partes por demonios y casi…

El comandante le interrumpió casi atropelladamente:

—Mi amigo, el padre Brown —dijo. Y luego, dirigiéndose a Brown—: No sé si conoce al coronel Cray, de la Real Artillería.

—He oído hablar de él, claro —dijo el sacerdote, con aire de indiferencia—. ¿Y ha disparado usted contra alguien?

—Creo que sí —contestó Cray, gravemente.

—¿Y ha… —preguntó el comandante, bajando la voz— ha caído o gritado, o algo?

El coronel Cray miró a su amigo de una manera fría y extraña.

—Les diré exactamente lo que hizo —dijo—. Estornudó.

El padre Brown levantó su mano a medio camino de su cabeza, como quien de pronto recuerda algo ahora que sabía que era aquello que solo podía compararse al ruido de un sifón o al gruñido de un perro.

—¡Vaya! —exclamó el comandante—. No sabía hasta ahora que un revólver de reglamento hiciese estornudar.

—Ni yo —dijo el padre Brown—. Suerte que no le ha disparado usted la artillería, pues de seguro le hubiera producido una pulmonía. —Tras una pausa embarazosa, preguntó—: ¿Era un ladrón?

—Entremos en casa —dijo el comandante, casi con aspereza, emprendiendo la marcha.

El interior ofrecía la paradoja, frecuente a tales horas, de que las salas tuviesen más claridad que la atmósfera exterior, aun después de que el comandante apagara la luz de gas del vestíbulo. El padre Brown se quedó sorprendido al ver la mesa del comedor puesta como para celebrar un banquete, con las servilletas en sus argollas y seis copas para otros tantos vinos, junto a cada plato. Encontrar por la mañana la mesa como quedó por la noche después de comer era lo corriente; pero encontrarla preparada tan temprano, resultaba insólito.

El comandante los dejó en el vestíbulo para echar una mirada escrutadora a la mesa y de pronto se volvió vociferando:

—Todos los cubiertos de plata han desaparecido. Los cuchillos y tenedores de postre volaron también. Se han llevado las vinagreras. Las cucharillas de los postres tampoco están. Ahora, padre Brown, estoy dispuesto a contestar si ha sido un ladrón.

—Son unos ciegos —dijo Cray obstinadamente—. Yo sé mejor que usted por qué la gente viene a molestar a esta casa; yo sé mejor que usted por qué…

El comandante le dio unas palmaditas en la espalda como a un niño a quien se quiere molestar, y dijo:

—Ha sido un ladrón. Evidentemente ha sido un ladrón.

—Un ladrón con un resfriado —observó el padre Brown— que ayudará a seguirle la pista en la vecindad.

El comandante movió la cabeza sombríamente y dijo:

—¡Quién sabe dónde debe parar a estas horas!

Y cuando el coronel de artillería se volvió, inquieto, con el revólver a la puerta del jardín, añadió en tono confidencial:

—No sé si avisar a la policía, puesto que mi amigo se ha precipitado demasiado con su arma y se ha puesto al margen de la ley. Ha vivido en tierras muy salvajes, y si he de serle franco, creo que a veces ve visiones.

—Creo que en cierta ocasión me dijo usted que se cree perseguido por cierta sociedad secreta de la India.

El comandante Putnam movió la cabeza al tiempo que se encogía de hombros.

—Será mejor que vayamos a su lado —dijo—. No quiero más… estornudos.

Salieron al jardín, ya alumbrado ahora por los primeros rayos del sol, y encontraron al coronel Cray examinando casi a gatas la grava y la hierba. Mientras el comandante se acercaba al coronel, el sacerdote con aire indiferente dio una vuelta por la carbonera.

La estuvo contemplando un rato y luego se decidió a levantar la tapa. Se levantó una nube de polvo, pero el padre Brown se cuidaba muy poco de su persona cuando le interesaba otra cosa, y estuvo durante largo rato mirando el interior del depósito, como absorto en plegarias misteriosas. Luego apartó de allí la cabeza un poco sucia de carbonilla y se alejó como si tal cosa.

Cuando llegó a la puerta del jardín, se encontró con un grupo que parecía compuesto de personajes de Dickens por la impresión cómica que producía. El comandante Putnam había ido a vestirse y llevaba camisa limpia, pantalones y chaqueta, y su rostro sanguíneo y alegre irradiaba cordialidad. Ordinariamente se mostraba enfático, pero entonces estaba hablando con su cocinero, el atezado hijo de Malta, cuyo rostro enjuto, pálido y devorado de inquietud contrastaba con el gorro y la ropa que llevaba. El cocinero tenía razón para estar siempre devorado de inquietudes, pues la cocina era la debilidad del comandante y era uno de esos *amateurs* que siempre quieren saber más que los del oficio. La única persona a quien permitía emitir juicio sobre la calidad de una tortilla era a su amigo Cray, y como Brown recordó esta particularidad, se volvió en busca del otro oficial. Al verlo estuvo a punto de echarse a reír. El coronel se arrastraba materialmente por tierra, apoyándose en manos y rodillas, en busca del rastro de los ladrones, y dando

puñetazos en el suelo al no encontrarlos. El sacerdote levantó las cejas apenado y se dijo que aquel hombre que andaba a gatas buscando un rastro material no podía ser un visionario.

Brown conocía también al tercer personaje que formaba grupo con el cocinero y el epicúreo: era Andrea Watson, pupila y ama de llaves del comandante y en aquel momento, a juzgar por su delantal, sus brazos arremangados y su actitud resuelta, más en funciones de ama de llaves que de pupila.

—Se lo merece —decía—. Siempre le he dicho que no ponga en la mesa esas vinagreras tan antiguas.

—Las prefiero a otras —replicó Putnam, tranquilizándola—. Yo también soy anticuado, y además, hacen juego con todo.

—Para perderlo todo de una vez, como usted ve —porfió ella—. Bueno, si usted no se cuida de coger al ladrón, tampoco yo me cuidaré de la comida. Es domingo y no se puede ir a comprar vinagre ni nada a la ciudad, y ustedes, señores indios, no gozan con una comida en que no haya una porción de cosas calientes. Ahora me duele que le haya pedido al primo Oliver que me lleve al oficio musical. No acaba hasta las doce y media, y el coronel se ha de marchar antes. No creo que los hombres se las puedan arreglar por sí solos.

—¡Oh, sí, querida! —dijo el comandante, mirándola amistosamente—. Marco tiene todas las salsas, y nosotros nos las hemos compuesto solos en muchas circunstancias peores, como bien sabes. Ya es tiempo de que te distraigas un poco, Andrea; no has de ser ama de llaves todas las horas del día. Y bien sé que te gusta oír música.

—Me gusta ir a la iglesia —dijo ella con mirada severa.

Era una de esas mujeres hermosas que siempre lo serán, porque su hermosura no está en un gesto o en un matiz, sino en toda la estructura de la cabeza y de los rasgos. Pero aunque no era todavía de mediana edad y su pelo de un castaño rojizo evocaba las testas del Tiziano en forma y color, tenía unas sombras en su boca y en sus ojos que hacían pensar en una íntima tristeza que la iba desgastando, como desgastan los vientos con el tiempo los ángulos de un templo griego. Las pequeñas dificultades domésticas de que entonces estaba hablando con tal calor, tenían más de cómicas que de trágicas. Por el curso de la conversación, dedujo Brown que Cray, el otro *gourmet*, había de marcharse antes de la hora usual de la comida; pero que Putnam, su huésped, para celebrar la despedida de su compinche atracándose, había ideado un desayuno de que darían cuenta mientras Andrea y otras personas más graves estuviesen en el oficio de la mañana. Había de ir

acompañada de un pariente y viejo amigo suyo, el doctor Oliver Oman, que a pesar de sus aficiones científicas y su carácter desagradable, era un entusiasta de la música y capaz de ir hasta la iglesia para escucharla. Pero nada había en todo esto que pudiera relacionarse con la tragedia que asomaba a la cara de la señorita Watson, y por una de sus intuiciones el padre Brown se volvió al pobre chiflado que aún estaba arrastrándose ridículamente por el suelo.

Cuando se le hubo acercado, el otro levantó su desgreñada cabeza, como sorprendido de que alguien lo mirase con tan insistencia, y el mismo padre Brown hubo de confesarse que, en efecto, le había observado más de lo que la cortesía aconsejaba.

—¡Bueno! —exclamó Cray con mirada feroz—. Supongo que me cree usted loco como los otros.

—He reflexionado sobre el particular —contestó el sacerdote, llanamente —, y me inclino a pensar todo lo contrario.

—¿Qué quiere decir? —profirió Cray, perdiendo el tino.

—Que los que están realmente locos siempre dan muestras de su enfermedad, sin que luchen nunca contra su locura. Pero usted se empeña en buscar las huellas del ladrón, aunque no las haya. Está usted luchando contra el misterio y deseando lo que nunca desea un loco.

—¿Y qué es eso?

—Desea usted que se pruebe el delito —dijo Brown.

Cray se había levantado casi de un salto y miraba al clérigo con ojos muy agitados.

—¡Diablos! —exclamó—. ¡Pues es verdad! Todos se ponen contra mí, diciendo que el ladrón no quería más que robar la plata, como si no fuera yo el primero en alegrarse de que no haya sido otra cosa. Ella —dijo volviendo la cabeza hacia Andrea, movimiento que no era necesario para que el otro comprendiese— me acusa de crueldad por haber disparado contra un indefenso ladrón de pisos, y de malas intenciones contra los indefensos ingleses. Pero yo era antes una persona bondadosa…, tan bondadosa como Putnam.

Tras breve pausa, continuó:

—Mire usted, es la primera vez que nos vemos; pero usted juzgará por lo que voy a contarle. Putnam y yo éramos buenos amigos y camaradas de la misma promoción; sin embargo, debido a ciertos accidentes en las fronteras afganas, obtuve mi ascenso mucho antes que otros; pero los dos obtuvimos licencia temporal. Allí era yo novio de Andrea, y juntos hacíamos el viaje de regreso. Pero durante el viaje sucedieron cosas. Cosas muy curiosas. Y como

resultado, Putnam deseaba que nos separásemos, y la misma Andrea quería romper conmigo…, y yo sé por qué. Ya sé lo que piensan de mí. Usted también lo sabe.

Bien; he aquí los hechos. El último día que nos hallamos juntos en una ciudad india, le pregunté a Putnam si podría yo comprar algunos cigarros de Trichinopoli, y me indicó una puerta frente al hotel. Nunca me había engañado, pero eso de mandarle a uno a una puerta de enfrente, cuando la fachada del hotel es relativamente extensa, de modo que enfrente hay cinco o seis puertas, es algo peligroso, y, en efecto, debí de equivocarme. La puertecilla se abrió con dificultad a un interior oscuro, en que nada se veía; pero cuando me volví para retroceder, la puerta se cerró con un ruido de innumerables cerrojos. No tuve más remedio que seguir adelante, y me vi caminando a tientas a lo largo de pasillo tras pasillo. Por fin llegué a un tramo de escalera que me condujo a una puerta ciega, atrancada por una barra de hierro que aprecié por el tacto y que por fin pude desprender. Pasé otra vez a las tinieblas, pero disipadas en parte por una débil claridad que salía de una multitud de lamparillas que ardían más abajo, y que dejaban ver únicamente los salientes de una fea y fría arquitectura. Frente a mí se levantaba algo como una montaña, y confieso que estuve a punto de caer a los pies de una gran plataforma de piedra, con la que tropecé antes de percatarme de que estaba ante un ídolo. Y lo peor era que el ídolo estaba de espaldas a mí.

Aquello apenas me dio idea de que fuese una representación humana, a juzgar por la cabeza pequeña e inclinada, y más por algo que parecía un rabo o un pie extraordinario levantado hacia atrás y acabado en punta, como un dedo horriblemente largo, o un símbolo esculpido en la parte trasera de la gran estatua de piedra. A la escasa luz, empezaba a descifrar aquel jeroglífico, no sin horror, cuando sucedió algo más horrible. Detrás de mí se abrió una puerta en la pared del templo y apareció un hombre de rostro broncíneo y chaqueta negra. En su cara de bronce se cuajaba una sonrisa que descubría sus dientes de marfil, pero lo más odioso en él era que vestía a la europea. Yo estaba preparado para ver sacerdotes envueltos en lienzos blancos o faquires desnudos; pero aquel tipo me hacía pensar que el culto de aquel diablo estaba esparcido por toda la tierra. Y realmente así lo había de comprobar.

—Si solo hubieses visto los pies del Mono —me dijo, sonriendo y sin más preámbulo—, hubiéramos sido muy indulgentes: te hubiéramos torturado y matado. Si hubieses visto la cara del Mono, también hubiéramos sido moderados: te hubiéramos torturado y dejado vivo. Pero como has visto el

rabo del Mono, hemos de pronunciar la más severa sentencia. Y esta es: ¡Quedas en libertad!

Cuando hubo dicho estas palabras, la puerta giró suavemente sus goznes y se abrió por sí misma, y a través de los pasadizos por los que había llegado a tientas, oí que se abría la puerta de la calle con estrépito de cerrojos.

—Es inútil que implores misericordia: estás libre —dijo el hombre sin que se le borrara aquella maldita sonrisa—. Desde ahora, un cabello te herirá como una espada y un aliento te picará como una lengua de serpiente; se asestarán contra ti armas salidas de la nada y morirás muchas veces.

Dicho esto se lo tragó la pared y yo salí a la calle.

Cray hizo una pausa y el padre Brown se sentó sobre la hierba y se puso a coger margaritas. Luego el militar continuó:

—Putnam, desde luego, con su sentido común optimista desvaneció todos mis temores, y desde entonces duda de mi equilibrio mental. Bien, le contaré a usted en pocas palabras las tres cosas que me han sucedido desde entonces, y juzgará usted quién de los dos tiene razón.

El primer caso ocurrió en una aldea de la India, a la entrada de la selva, pero a centenares de millas del templo, de la ciudad y de las tribus y costumbres donde se me había echado la maldición. Me desperté en la noche oscura y no estaba pensando en nada concreto cuando me sentí algo cosquilleante, como un hilo o un cabello que se movía por mi garganta. Me pasé la mano para apartar lo que fuese, y no pude menos de pensar en las palabras del templo. Pero cuando me levanté y me miré a un espejo, en torno a mi cuello había una raya de sangre.

El segundo caso me ocurrió en una posada de Port Said, cuando volvíamos a casa juntos. Era una mezcla de taberna y de bazar, y aunque nada había en aquello que recordase el culto al Mono, era posible que se encontrase allí alguna de sus imágenes o talismanes. Al menos llegaba hasta allí la maldición. Me desperté otra vez con la extraña sensación, imposible de ser explicada con palabras, de que un aliento me picaba como una víbora. Me debatía en angustias mortales. Aparté la cabeza hasta la pared y luego la aparté hasta la ventana y por fin caí más hasta que me lancé al jardín. Putnam, el pobre, que había llamado a lo otro un arañazo casual, se vio obligado a tomarse en serio el hecho de encontrarme sobre la hierba, casi sin sentido, al amanecer. Pero creo que lo que se tomaba en serio era mi estado mental, y no mi relato.

Sucedió el tercer caso en Malta. Nos alojábamos en una fortaleza. Nuestros dormitorios se asomaban al mar, cuyas olas casi batían el alféizar de

nuestra ventana. Me desperté también, pero no era noche oscura. Vi la luna llena cuando me acerqué a la ventana y podía haber visto un pájaro en la muralla o un barco en el horizonte. Pero lo que vi fue una especie de bastón o rama curva que se mantenía suspendida en el aire y que, atravesando la ventana, hizo añicos la lámpara que estaba junto a la almohada donde momentos antes recostaba yo la cabeza. Era una de esas armas de forma extraña que usan algunas tribus orientales, pero que entonces no salió de mano de hombre.

El padre Brown tiró un manojo de margaritas y se levantó con una viva expresión en sus ojos.

—¿Traía el comandante Putnam alguna curiosidad oriental: ídolos, armas u otra cosa por cuyo rescate valiera la pena cometer un crimen?

—Muchos; pero creo que de escaso valor —dijo Cray—. De todos modos será mejor que vayamos a su estudio.

De paso encontraron a la señorita Watson abrochándose los guantes para ir a la iglesia, y oyeron la voz de Putnam dando una lección de cocina a su cocinero. En el estudio del comandante, convertido en un museo de curiosidades, hallaron a otra persona, con chistera y vestido de calle, que se inclinaba sobre un libro abierto encima de la mesita de fumar; libro que dejó caer como si lo hubiesen sorprendido en flagrante delito.

Cray lo presentó cortésmente como doctor Oman, pero con expresión tan desfavorable que el padre Brown adivinó que, a sabiendas o a escondidas de Andrea, aquellos dos hombres eran rivales. El sacerdote participó de pronto de aquella falta de simpatía, porque el doctor Oman vestía irreprochablemente, era de agraciado semblante y apenas bastante atezado para un asiático. Pero el padre Brown se dijo que la caridad había de extenderse aun a aquellos que se acicalan la barba, que usan guantes estrechos y hablan con voz refinadamente modulada.

A Cray le irritó ver en las manos enguantadas de Oman un libro de oraciones, y dijo con cierta rudeza:

—No sabía que usted estuviese familiarizado con esas devociones.

Oman rio suavemente, aunque sin ofender, y replicó poniendo la mano sobre el libro, más grande, que había dejado caer:

—Entiendo mejor estos. Un diccionario de drogas, narcóticos y cosas parecidas; pero es demasiado grande para llevarlo a la iglesia. —Cerró el libro a que se refería y se mostró impaciente y embarazado.

—Supongo —dijo el sacerdote, que deseaba cambiar de conversación— que todas estas lanzas y objetos son de la India.

—Son de todas partes —explicó el doctor—. Putnam es un viejo soldado y ha estado en México, en Australia y en las Islas de los Caníbales, según tengo entendido.

—Supongo —dijo el padre Brown— que en las islas de los Caníbales no aprendería el arte de cocinar. —Y fijó la mirada en las ollas y otros utensilios que colgaban de la pared.

En aquel momento, el que era objeto de la frívola conversación, asomó su jovial cabeza, gritando:

—Vamos, Cray. Su comida acaba de servirse. Y las campanas tocan llamando a los que quieran ir a la iglesia.

Cray subió corriendo a cambiarse a su aposento, y el doctor y la señorita Watson se mezclaron en la calle con otros fieles; pero el padre Brown notó que el doctor se volvía dos veces a mirar la casa, y aun retrocedió, después de haber desaparecido en la esquina de la calle, para mirar de nuevo. El sacerdote se quedó intrigado.

—No puede haber estado encerrado en la carbonera —murmuró—. Al menos con ese traje. A no ser que estuviera aquí de madrugada…

El padre Brown, que tenía la sensibilidad de un barómetro para el trato de la gente, se sentía aquel día torpe y duro como un rinoceronte. No había ley ni norma social que justificase su permanencia allí, mientras los camaradas angloindios comían; pero se quedó, disimulando su situación violenta con un torrente de frases tan divertidas como innecesarias. Mientras se presentaban ante los otros los más apetitosos platos, acompañados de vinos exquisitos, él no hacía más que repetir que era aquel uno de sus días de ayuno; mascó a dos carrillos un trozo de pan y tomó un sorbo de vino, dejando sin probar un vaso de agua fría. Pero hablaba por los codos.

—Verán ustedes lo que les voy a hacer. Voy a prepararles una ensalada. No la podrán comer, pero les sabrá a gloria. ¿Tienen una lechuga?

—Por desgracia, es lo único que nos queda —contestó el comandante de buen humor—. Recuerde que la mostaza, el vinagre y el aceite han desaparecido con las vinagreras y el ladrón.

—Ya sé —dijo el padre Brown—. Siempre he temido que pudiera ocurrir eso. Por eso llevo siempre encima todos los ingredientes de una vinagrera. Las ensaladas me gustan con delirio.

Y con gran sorpresa de los dos amigos, sacó del bolsillo de su abrigo un bote de pimienta y lo puso sobre la mesa.

—No sé para qué quería mostaza también ese ladrón —prosiguió, sacando de otro bolsillo un frasco de mostaza—. Para un sinapismo, supongo. Y

vinagre —añadió sacando este ingrediente—. Y en cuanto al aceite, creo que lo tengo en el bolsillo de la izquierda…

Su garrulería se cortó un momento, pues levantando los ojos vio lo que nadie veía: la negra figura del doctor Oman, que, desde el jardín, bañado de sol, estaba mirando al comedor. Y antes de que pudiera recobrarse de la sorpresa, intervino Cray en la conversación:

—Es usted un prestidigitador admirable. De buena gana iría a oír sus sermones, si son tan divertidos como sus charlas.

Su voz se alteró ligeramente y se reclinó en la silla.

—¡Oh! Hay también sermones sobre las vinagreras —dijo el padre Brown, con cara muy seria—. ¿No ha oído usted hablar de la fe como un grano de mostaza, o de la caridad que se desparrama como el aceite? Y en cuanto al vinagre, ¿qué soldado puede olvidar aquel soldado único, que cuando el sol se nubló…?

El coronel se inclinó hacia delante y se agarró al mantel.

El padre Brown, que estaba preparando la ensalada, echó dos cucharaditas de mostaza en el vaso de agua que tenía al lado, se levantó y dijo en voz alta y autoritaria:

—¡Beba esto!

En el mismo instante, el doctor, que había permanecido inmóvil, acudió corriendo y abriendo de golpe la ventana, exclamó:

—¿Me necesitan? ¿Ha sido envenenado?

—Por poco —dijo el padre Brown, con una ligera sonrisa, porque el vomitivo había producido rápido efecto, y Cray yacía en una silla de extensión respirando trabajosamente, pero vivo.

El comandante Putnam se había levantado con el rostro alterado.

—¡Un crimen! —exclamó con voz ronca—. ¡Voy a buscar a la policía!

El sacerdote oyó cómo cogía del perchero su sombrero de palma y salía corriendo por el portal. Oyó el golpe de la verja del jardín. Pero no dejó de atender a Cray, y tras un largo silencio, dijo:

—No le cansaré mucho con palabras, pero le diré lo que desea usted saber. No existe ninguna maldición contra usted. El templo del Mono o fue una coincidencia o parte de la intriga, y la intriga fue ideada por un hombre blanco. No hay más que un arma que pueda hacer sangre con un ligero roce de su hoja: una navaja de afeitar manejada por un hombre blanco. Hay una manera de llenar un cuarto de veneno invisible y fatal, que es dejar abierta la espita del gas: el crimen de un hombre blanco. Y no hay más que un arma que pueda lanzarse por la ventana, dar la vuelta en el aire y volver a penetrar por

la ventana próxima: el bumerán de los indígenas de Australia. Ya verá usted algunos en el estudio del comandante.

Luego salió para hablar con el doctor. Un momento después, Andrea Watson entraba corriendo en casa y caía de rodillas junto a la silla de Cray. No podía él entender lo que los otros decían, pero vio que en sus caras se reflejaba más la sorpresa que el dolor. El doctor y el sacerdote se alejaron hasta la puerta del jardín.

—Supongo que el comandante también la amaba —dijo este con un suspiro. Y cuando el otro asintió con la cabeza, observó—: Ha sido usted muy generoso, doctor. Ha hecho una acción muy bella. Pero ¿qué le hizo sospechar?

—Un pequeño pormenor —dijo Ornar—, pero que me tenía intranquilo en la iglesia, hasta no poder menos de venir a ver si todo iba bien. Aquel libro de la mesa es un tratado de venenos, y estaba abierto por la página en que explica ciertos venenos de la India, aunque mortales y difíciles de descubrir, pueden contrarrestarse fácilmente con el uso de los más ordinarios eméticos. Supongo que estaría leyendo esto a última hora…

—Recordó que había eméticos en la vinagrera —acabó el padre Brown—. Exacto. Tiró la vinagrera al depósito de carbón, donde yo la encontré con los demás cubiertos de plata, todo lo cual escondió para simular un robo. Pero si examina usted el bote de la pimienta que he vuelto a la mesa, verá un agujerito. Lo abrió la bala de Cray, haciendo saltar la pimienta y provocando los estornudos del criminal.

Se produjo entre los dos hombres un largo silencio. Luego el doctor Oman observó, haciendo una mueca:

—El comandante tarda mucho en encontrar a la policía.

—O la policía en encontrar al comandante —dijo el sacerdote—. Bueno, adiós.

EL EXTRAÑO CRIMEN DE JOHN BOULNOIS

El señor Calhoun Kidd era un señor muy joven con cara de viejo, una cara áspera enmarcada de pelo negro como ala de cuervo y con una chalina que parecía una enorme mariposa negra. Era el corresponsal en Inglaterra del colosal diario americano titulado *The Western Sun* (El Sol de Poniente), apodado humorísticamente el «Rising Sunset», o sea, La Aurora de Poniente. Era una alusión a las declaraciones de un gran periodista, que se atribuían al mismo Kidd, según las cuales el sol saldría por Occidente si los americanos se movían un poco más. Pero los que se mofan del periodismo americano desde el punto de vista de las más sazonadas tradiciones, olvidan cierta paradoja que en parte lo redime. Pues aunque el periodista de los Estados Unidos se permite alguna que otra vulgaridad en que ya no caen los periódicos ingleses, siente un verdadero interés por los problemas espirituales más vivos, que ya no recoge la prensa inglesa por desidia o incapacidad. El *Sun* estaba lleno de los asuntos más serios tratados de una manera burlesca. William James figuraba allí como el «Pesado Willie» y los filósofos alternaban con los púgiles en una galería bien surtida de retratos.

Así, pues, cuando un miembro discretísimo de Oxford, llamado John Boulnois, escribió en una revista titulada *La Física Trimestral* una serie de artículos sobre ciertos puntos, considerados flojos, de la evolución darwinista, no hizo que un solo ángulo de un periódico inglés se agitase, y eso que la teoría de Boulnois (que no era otra cosa que la de un universo relativamente estacionario y afectado de vez en cuando por convulsiones y cambios) logró ponerse siquiera frívolamente de moda en Oxford, hasta el punto de ser bautizada con el nombre de «Catastrofismo». Pero muchos periódicos americanos aceptaron el reto como un gran acontecimiento, y el *Sun* proyectó la sombra gigantesca del señor Boulnois sobre sus páginas. Por esa paradoja a la que hemos aludido se escribieron artículos de tanto valor científico como llenos de entusiasmo, presentados con encabezamientos que parecían redactados por un chiflado analfabeto. Se leían como estos: «Darwin muerde el polvo», «El crítico Boulnois dice que Darwin prescinde de las Conmociones» o «Me atengo a las catástrofes, dice el pensador Boulnois». Y el señor Calhoun Kidd recibió aviso de ir con su chalina de mariposas y su cara lúgubre a visitar la casita de las afueras de Oxford, donde el Pensador Boulnois vivía en feliz ignorancia de este título.

El predestinado filósofo había accedido con cierto aturdimiento a la entrevista y señalado para ella las nueve de la noche. Los últimos rayos del sol rasaban las verdes colinas de Cumnor cuando el romántico yanqui caminaba dudando sobre el camino que seguía e ignorante de cuanto le rodeaba. Y viendo abierta la puerta de un mesón, de aspecto genuinamente feudal, llamado nada menos que «El Adalid», entró a preguntar.

En la sala de bebidas tocó la campana, a cuya llamada tardaron buen rato en acudir. La única persona allí presente era un hombre flaco, de pelambrera rubia y con traje de montar, que bebía un detestable aguardiente, pero fumaba un estupendo cigarro. El aguardiente, desde luego, era de la honrosa marca de «El Adalid»; el cigarro, probablemente lo habría traído de Londres. Nada más opuesto al rígido aseo del apuesto joven americano que el cínico descuido en el porte exterior de aquel hombre; pero el lápiz y el cuaderno de notas que manejaba y una expresión de alerta en sus azules ojos hizo sospechar al avisado Kidd que tal vez se hallaba ante un colega.

—¿Quiere usted hacer el favor —preguntó Kidd con la cortesía que se usa en su país— de indicarme la dirección de la Torre Verde, donde vive el señor Boulnois, según tengo entendido?

—Está a pocos metros de la carretera —dijo el hombre rubio, quitándose de la boca el cigarro—. Yo pasaré por allí dentro de un momento, pero voy al Pendragon Park a ver si veo esa farsa.

—¿Qué es Pendragon Park? —preguntó Calhoun Kidd.

—La finca de sir Claude Champion. ¿No ha venido usted también para eso? —preguntó el periodista, levantando la cabeza—. Usted es periodista, ¿verdad?

—He venido para ver al señor Boulnois —dijo Kidd.

—Yo he venido a ver a la señora Boulnois —replicó el otro—. Pero no la encontré en casa. —Y se echó a reír sin ganas.

—¿Le interesa a usted el Catastrofismo? —preguntó, admirado, el yanqui.

—Me interesan las catástrofes, y va a haber algunas. El mío es un cochino oficio y nunca he dicho lo contrario.

A pesar de que, al decir esto, escupió a tierra, fácilmente se echaba de ver que aquel hombre había sido educado como corresponde a un caballero.

El americano lo examinó detenidamente. Su rostro pálido y de disipación era reflejo de formidables pasiones ya enfriadas, pero indicaba también inteligencia y sensibilidad, y, aunque sus ropas eran ordinarias, llevaba en su mano un anillo enorme con escudo de armas. Su nombre, que salió en el curso de la conversación, era el de James Dalroy. Era hijo de un propietario irlandés

venido a menos, y formaba parte de la redacción de un periódico que odiaba de todo corazón, titulado *El Mundo Elegante*, en calidad de reportero y un sí es un no si es con carácter de espía.

El Mundo Elegante, siento decirlo, no sentía el menor interés por Boulnois como enmendador de la teoría de Darwin que tanto apasionaba a los de *The Western Sun*. Dalroy acudía al olor de un escándalo que podía acabar en una causa de divorcio y que en aquel entonces se cernía sobre la Torre Verde y el Pendragon Park.

Sir Claude Champion era tan conocido de todos los lectores de *El Sol de Poniente* como el señor Boulnois. También lo eran el «Papa» y el «Vencedor del Derby», pero la idea de que se tratasen aquellos dos señores íntimamente no podía menos que sorprender a Kidd. Conocía a sir Claude Champion y en realidad escribía de él más de lo que sabía, presentándolo como uno de los más brillantes y opulentos ingleses, como un deportista incomparable que cruzaba los mares con su yate, como un viajero denodado que escribía libros sobre el Himalaya, como un político que arrebataba los distritos electorales con sus brillantes campañas democráticas, y como muy entendido en arte, en música, en literatura, y especialmente en teatro. Sir Claude era personaje magnífico a los ojos de los americanos, solo comparable a los príncipes del Renacimiento por su culta voracidad y sus ansias de celebridad. No había en él nada de la frivolidad antigua que tan bien se lleva con la palabra *dilettante*.

Su irreprochable perfil aguileño que tantas veces había sido captado por la cámara fotográfica para *El Mundo Elegante* y *El Sol de Poniente*, daba la impresión de un hombre devorado por la ambición como por un fuego o una enfermedad. Pero aunque Kidd sabía muchas cosas de sir Claude y en realidad muchas más de las que podían saberse, jamás se le hubiera ocurrido pensar que el celebrado aristócrata tuviera la menor relación con el recién desenterrado fundador del Catastrofismo, ni sospechar que sir Claude Champion y John Boulnois fuesen amigos íntimos. Pero, según Dalroy, tal era la verdad. Los dos habían ido juntos a cazar en sus tiempos de estudiantes, y aunque sus destinos dentro de la sociedad fueron muy diferentes, ya que el primero era un gran terrateniente y casi millonario y Boulnois no era más que un pobre profesor universitario hasta entonces poco menos que olvidado, aún seguían viviendo muy juntos. En efecto, la residencia de Boulnois estaba contigua a las verjas del Pendragon Park.

Pero la amistad de los dos hombres se iba poniendo muy oscura y muy fea para prever si sería duradera. Aún no hacía dos años que Boulnois se había casado con una hermosa artista a quien quería según su carácter encogido y

ponderado, y la proximidad del palacio de Champion dio a este célebre personaje la oportunidad de conducirse de una manera que no podía dejar de despertar penosos recelos y una fundada inquietud. Sir Claude había llevado a la perfección el arte de la publicidad, y parecía experimentar un loco placer en desplegar ostentosamente una intriga que no podía redundar, por cierto, en su honor. Los lacayos de Pendragon no cesaban de llevar ramos de flores a la señora Boulnois; carrozas y automóviles se paraban de continuo a las puertas de la torre para recoger a la señora Boulnois; cada día se celebraban bailes y fiestas en que el propietario se mostraba rendido ante la señora Boulnois, como ante la Reina del Amor y la Belleza en un torneo. Aquella misma noche, señalada por el señor Kidd para una brillante exposición de Catastrofismo, había sido elegida por sir Claude Champion para una representación al aire libre de *Romeo y Julieta*, en que él haría de Romeo, y de Julieta huelga decir quién.

—No sé si podrá terminar la fiesta en paz —dijo el hombre rubio, levantándose y sacudiéndose—. Boulnois puede quedar bien o malparado en este asunto; pero si es un hombre digno sabrá a qué atenerse.

—Es un hombre de una gran inteligencia —dijo Calhoun Kidd con voz profunda.

—Sí —contestó Dalroy—, pero por inteligente que sea, no querrá pasar por un cobarde. ¿Se marcha usted? Dentro de un momento voy yo también.

Después de apurar un vaso de café con leche, el elegante Calhoun Kidd salió en dirección a la Torre Verde, dejando a su cínico informador con su aguardiente y su tabaco. Había anochecido y el cielo era de un gris pizarroso, salpicado de algunas estrellas, y el horizonte se teñía con la promesa de una próxima luna.

La Torre Verde estaba atrincherada entre una cerca alta de plantas trepadoras, tan cerca de los pinos y de las verjas del Pendragon Park que Kidd la confundió al principio con el pabellón del portero del Parque. Pero al ver al hombre en la estrecha puerta de madera y en su reloj la hora en punto señalada por el «Pensador» para la entrevista, entró y llamó a la puerta del edificio. Desde el interior del jardín pudo ver que la casa, aunque sin pretensiones, era más grande y suntuosa de lo que le pareció a primera vista, y que no se podía confundir con el pabellón del portero. Casi junto a la puerta había una perrera y una colmena como símbolos de la vieja vida campesina inglesa. La luna asomó por encima de un bosque de perales cargados de fruto. El perro, que salió de su alojamiento, adoptó una actitud reverente, y se negó

a ladrar, y el criado, sencillo y de edad madura, que salió a abrir la puerta, se mostró lacónico, pero digno.

—El señor Boulnois me ha rogado que le presente sus excusas —dijo—, pero se ha visto obligado a salir precipitadamente.

—Pero ¿cómo? ¡Si me ha señalado hora! —dijo el periodista, levantando la voz—. ¿Sabe usted adónde ha ido?

—Al Pendragon Park, señor —contestó el criado, con sombrío aspecto y empezando a cerrar la puerta.

Kidd se impacientó.

—¿Ha salido con la señora…, con los demás? —preguntó de una manera vaga.

—No, señor —dijo secamente el criado—; se quedó en casa y luego salió solo.

Y cerró la puerta con adustez, pero con aire de haber cumplido su deber.

El americano, mezcolanza de impudor y de sensibilidad, se sintió molestado. Estuvo tentado de patear, de armar un escándalo dándoles a todos una lección para que aprendieran a respetar a los hombres de negocios, y se quedó echando pestes contra el perro, que ya no podía ladrar de viejo, contra el mayordomo, que sentía el orgullo de la prehistórica pechera almidonada, contra la luna y, especialmente, contra aquel sabio lunático que no sentía el menor respeto por una cita.

—Si se conduce así, merecido se tiene el despego de su mujer. Pero quizá haya ido a promover un escándalo. Y en tal caso, no puede faltar allí un representante de *El Sol de Poniente*.

Y pasando por la puerta de las verjas, que estaba abierta, se dirigió por la avenida del oscuro pinar que conducía a los jardines interiores del Pendragon Park. Tan espesos eran los pinos que se imaginaba andando por una profunda zanja sobre la cual lucían algunas estrellas. El paraje le impresionaba como si oliese algo que murió en el siglo XVIII, olor de jardín húmedo y de jarrones rotos, de algún mal que no tenía remedio, de algo que causa una tristeza pasajera precisamente porque nada tiene de real.

Más de una vez, mientras avanzaba por aquel camino trágicamente artificial, se detuvo sobresaltado, creyendo oír pasos frente a él. Pero no veía nada, sino las paredes de negrura que ponían los pinos a cada lado, y las estrellas que brillaban en el camino del cielo que pasaba sobre su cabeza. Pensó al principio que aquello era cosa de su imaginación o eco de sus propios pasos; pero a medida que avanzaba llegó a la conclusión, con el escaso juicio que aún le quedaba, de que realmente alguien andaba también

por aquel camino. Acabó pensando en duendes y le sorprendió lo fácilmente que podía imaginarse a un duende local de cara enharinada, como Pierrot, con unos lunares negros. El vértice del triángulo de azul oscuro que formaba el cielo recortado por los árboles se hizo más azul y más brillante; pero no atinaba a pensar que estaba aproximándose al jardín y al edificio. Únicamente sentía que la atmósfera se hacía más intensa, que en el triste ambiente había más violencia y más misterio, más…, dudaba en la palabra, y luego pensó, riendo: más Catastrofismo.

Más pinos, más senda recorrida, y de pronto, se detuvo clavado en el suelo como por arte de magia. Huelga decir que hasta entonces le pareció estar soñando, pero desde aquel punto se sintió en plena leyenda viva. Los seres humanos estamos acostumbrados a las cosas inapropiadas, al martilleo de lo incongruente, que nos duerme como una música suave. Si sucede algo apropiado nos despierta con el dolor de una música perfecta. Sucedió lo que podía suceder en aquel paraje en un cuento olvidado.

Por encima del negro pinar pasó volando y refulgiendo a la luz de la luna la hoja de una espada, tan fina y puntiaguda como muchas de las que debieron de cruzarse en injusto duelo en aquel viejo bosque. Cayó en la senda, frente a él, y se quedó brillando en la oscuridad cual una inmensa aguja. El americano corrió como una liebre y se inclinó a mirarla. Vista de cerca parecía un arma de lujo. Los rubíes incrustados en el puño y en la guarda eran algo dudosos. Pero había en la hoja otras gotas rojas que no ofrecían la menor duda.

Miró con cara sombría en la dirección por donde había venido el arma arrojadiza y vio que por allí se interrumpía la senda enarenada formando ángulo recto con un camino más estrecho, al fondo del cual aparecía en todo su esplendor la casa señorial, con un lago y una fuente delante. No se entretuvo en mirar aquello, porque algo más interesante atraía su atención.

En un ángulo de la terraza del jardín había una de esas pintorescas sorpresas, frecuentes en los antiguos jardines: un promontorio de vegetación con tres círculos o cercas concéntricas de rosas, y en la parte más alta un reloj de sol. Kidd estaba al pie de este raro monumento que se elevaba por encima de su cabeza, de modo que podía ver destacada contra el cielo la aguja del cuadrante, como la aleta dorsal de un tiburón y la vaga luz de la luna reflejándose en el reloj. Pero vio otra cosa que se agarraba al reloj: vio una forma humana que lo llenó de horror.

Aunque la visión no duró más que un instante, y el objeto de la misma vestía de pies a cabeza, de un modo desusado e inverosímil, un traje de color carmesí con adornos de oro, conoció quién era al débil resplandor de la luna.

Aquella cara cuidadosamente afeitada y pálida que se volvía al cielo le era muy conocida por haber visto más de cien retratos publicados de sir Claude Champion. Aquella figura roja se apoyó un momento en el zócalo del reloj, perdió el equilibrio y cayó rodando por la colina artificial a los pies del americano, donde se quedó moviendo penosamente un brazo. Un adorno de la bocamanga recordó de pronto a Kidd *Romeo y Julieta*, y, en efecto, el traje encarnado formaba parte de la comedia. Pero bajo el banco de donde había caído el hombre se veía un charco de sangre que no formaba parte de la comedia, sino que había salido de las venas del hombre.

El señor Calhoun Kidd se puso a gritar como un loco. De nuevo le pareció oír pasos de fantasmas, y se estremeció al ver a otro a su lado. Lo conocía y, no obstante, le llenó de horror. El joven que decía llamarse Dalroy lo había seguido de cerca. La luna, que decoloraba las cosas, ponía en la cara de Dalroy un aspecto siniestro.

Esta serie de impresiones desconcertantes podrían haber servido de excusa a Kidd cuando gritó sin motivo justificado.

James Dalroy le dirigió una sonrisa burlona, pero antes de que pudiera hablar, la figura yacente movió otra vez el brazo, indicando vagamente el lugar desde donde había caído la espada, lanzó un gruñido y por fin pudo decir:

—Boulnois, Boulnois, digo… Boulnois lo hizo…, celoso de mí…, estaba celoso, estaba, estaba…

Kidd se agachó para oír mejor, y solo pudo recoger estas palabras:

—Boulnois…, con mi propia espada…, la tiró…

El brazo se movió de nuevo hacia la espada y después de un ligero estremecimiento se quedó rígido. En Kidd se despertó el agrio humor que es la extraña sal de la seriedad de su raza, y dijo con aspereza y en tono imperioso:

—Escuche, vaya usted a buscar a un médico. Este hombre ha muerto.

—Y a un sacerdote también, supongo —dijo Dalroy con un tono indescriptible—. Todos estos Champion son papistas.

El americano se arrodilló junto al cadáver, le auscultó el corazón, le levantó la cabeza y trató de salvarlo; pero antes de que el periodista apareciese con el doctor y el sacerdote, estaba dispuesto a afirmar que llegaban demasiado tarde.

—¿También usted llegó demasiado tarde? —preguntó el doctor, que era un hombre de peso y de respetable aspecto, con sus bigotes y patillas, dirigiendo a Kidd una mirada de sospecha.

—En cierto modo también —murmuró el representante del *Sol*—. Llegué demasiado tarde para salvarlo, pero a tiempo para oír algunas palabras de importancia. Oí cómo denunciaba al asesino poco antes de expirar.

—¿Y quién es el asesino? —preguntó el doctor, juntando las cejas.

—Boulnois —dijo Calhoun Kidd.

El doctor se le quedó mirando de una manera extraña, pero no le contradijo. El sacerdote, que era un señor bajito, intervino humildemente:

—Me habían dicho que el señor Boulnois no vendría esta noche al Pendragon Park.

—También estoy dispuesto a prestar declaración sobre ese particular —se apresuró a explicar el yanqui—. Sí, señor. John Boulnois tenía la intención de quedarse esta noche en casa, donde había de celebrar conmigo una entrevista, para la que me señaló hora. Pero cambió de propósito, John Boulnois salió precipitadamente de casa y se vino solo a este maldito parque hace cosa de una hora. Así me lo dijo un mayordomo. Creo que estamos en posesión de una buena pista para la policía. ¿Ya la han avisado ustedes?

—Sí —contestó el doctor—. Pero todavía no hemos causado la menor alarma.

—¿Y lo sabe la señora Boulnois? —preguntó James Dalroy.

Y de nuevo sintió el americano un vivo impulso de meterle un directo en la boca.

—Yo no se lo he dicho —contestó el doctor de mal talante—. Pero aquí está la policía.

El sacerdote se había apartado un poco hasta el camino principal y volvió con la espada, que en sus manos parecía excesivamente larga y teatral, comparada con su desmedrado tipo clerical y vulgar a un tiempo.

—Antes de que se acerque la policía —dijo en tono de excusa—, ¿lleva alguien de ustedes una luz?

El periodista americano sacó una linterna eléctrica y el sacerdote proyectó la luz a la mitad de la hoja, que examinó minuciosamente. Luego, sin mirar la punta ni el puño de la espada, la entregó al doctor.

—Mi presencia es inútil aquí —dijo, lanzando un ligero suspiro—. Buenas noches, señores.

Y se alejó por la oscura avenida en dirección a la casa, con las manos a la espalda y la cabeza agobiada de pensamientos.

El resto del grupo se dirigió corriendo al pabellón de la puerta del jardín, donde un inspector y dos agentes estaban preguntando ya a un portero. El sacerdote no detuvo sus pasos hasta las escalinatas de la casa, porque

percibió, de pronto, los que se acercaban de una persona que hubiera satisfecho las exigencias del mismo Calhoun al desear la aparición de un fantasma hermoso y aristocrático. Era una señora joven, que vestía un traje de seda de estilo Renacimiento y ostentaba dos largas trenzas rubias, entre las cuales la palidez de su rostro le daba un aire de estatua griega tallada en marfil y oro. Pero sus ojos brillaban y su voz, aunque débil, sonaba confiadamente.

—¿El padre Brown? —dijo.

—¿La señora Boulnois? —contestó el otro con triste acento. Y después de mirarla, añadió—: Ya veo que sabe lo de sir Claude.

—¿Cómo puede usted decir que yo lo sé? —preguntó ella alarmada.

El sacerdote, en vez de contestar, le hizo otra pregunta:

—¿Ha visto usted a su marido?

—Mi marido está en casa. Nada tiene que ver con eso.

Tampoco contestó el sacerdote, y la mujer se acercó a él con una expresión de curiosa intensidad.

—¿Quiere que le diga algo más? —preguntó, con una sonrisa miedosa—. No creo que él haya hecho eso, y usted tampoco lo cree.

El padre Brown le correspondió con una mirada grave y luego movió la cabeza con más gravedad aún.

—Padre Brown —dijo la señora—, quiero decirle todo lo que sé; pero ha de hacerme usted antes un favor. ¿Quiere decirme por qué no ha sacado usted la conclusión de que el pobre John es culpable, como han hecho los demás? No me importa lo que diga. Ya sé que todas las murmuraciones y todas las apariencias están contra él.

El padre Brown parecía sinceramente esperanzado y se pasó la mano por la frente.

—Por dos sencillas razones —dijo—. Al menos una de ellas es verdaderamente trivial, y la otra muy vaga. Pero, con todo, me inducen a creer que el señor Boulnois no es el asesino.

Levantó la vista a las estrellas y siguió hablando como distraído:

—En cuanto a la idea vaga, he de confesar que doy gran importancia a las ideas vagas. Todas esas circunstancias que no llegan a ser pruebas, son lo que me convencen. Para mí, una imposibilidad moral es la mayor de las imposibilidades. Conozco a su marido muy superficialmente, pero este crimen, como realizado por él, lo considero moralmente imposible. No quiero decir que Boulnois no pueda ser tan malvado. Todos los hombres pueden ser unos malvados, tan malvados como quieran. Podemos dirigir nuestra voluntad

moral; pero, generalmente, no podemos cambiar nuestros gustos instintivos o nuestro modo de hacer las cosas. Boulnois puede cometer un crimen, pero no este crimen. No puede haber cogido la espada de Romeo, desnudándola de la romántica vaina para atravesar a su enemigo contra el reloj de sol como sobre un altar, ni abandonar su muerto entre las rosas, ni arrojar la espada entre los pinos. Si Boulnois matase a alguien, lo haría sin ruido ni ostentación, como hace cualquier otra cosa dudosa, como beberse la décima copa de oporto o leer un pesado poema griego. Pero una acción romántica no es propia de Boulnois, es más propia de Champion.

—¡Ah! —exclamó ella, mirándolo con ojos como dos estrellas.

—Y la razón trivial es la siguiente —dijo el padre Brown—. En la espada hay impresiones digitales. Las impresiones digitales pueden verse a simple vista si han quedado en superficie pulimentada como el vidrio o el acero. Y estas estaban en una superficie pulimentada. Y estaban en mitad de la hoja de la espada. No sé de quién son ni puede saberse sin tener la clave. Pero ¿a quién se le ocurriría coger la espada por la hoja? Era una espada larga, lo que es una ventaja para herir a un enemigo, al menos a muchos enemigos; a todos los enemigos, excepto a uno.

—¡Excepto a uno! —repitió la mujer.

—Solo hay un enemigo a quien sea más fácil herir con un puñal que con una espada.

—Yo lo sé —dijo la señora—. ¡A sí mismo!

Hubo un largo silencio, y luego el sacerdote preguntó:

—¿Tengo, pues, razón? ¿Sir Claude se mató a sí mismo?

—Sí —contestó ella, blanca como el mármol—. Yo lo vi.

—¿Murió por amor a usted?

La cara de la mujer expresó un sentimiento extraordinario, muy diferente de la piedad, la modestia, el remordimiento o cualquier otra cosa que él pudiera esperar. Y su voz se hizo de pronto fuerte y llena al decir:

—No creo que yo le importase un comino. Odiaba a mi marido.

—¿Por qué? —preguntó el otro, apartando la vista del cielo para fijarla en la señora.

—Odiaba a mi marido porque… Es tan raro, que no sé cómo decirlo… Porque…

—Diga —le animó el padre Brown con paciencia.

—Porque mi marido no quería odiarlo.

El padre Brown se limitó a mover la cabeza como si siguiera escuchando. Se distinguía de muchos detectives de la vida real y de las novelas en un

ligero pormenor, consistente en que nunca fingía no entender una cosa cuando la entendía bien.

La señora Boulnois se volvió a acercar con la refrenada alegría que le daba aquella seguridad.

—Mi marido —dijo— es un gran hombre. Sir Claude Champion no era un gran hombre. Mi marido nunca ha sido célebre ni hombre de grandes éxitos, y la verdad es que nunca ha soñado siquiera en serlo. Nunca pensó alcanzar más fama pensando que fumando cigarros. En cuanto a esto no ha pasado de ser un solemne estúpido. No ha sabido medrar ni le ha importado. Quería a Champion con la misma sinceridad que cuando eran estudiantes. Lo admiraba como podría admirar un juego de manos realizado de sobremesa. Pero nunca le pasó por la cabeza envidiar a Champion. Y Champion deseaba que le envidiase. Se volvió loco y se mató por eso.

—Sí —dijo el padre Brown—. Creo que empiezo a comprender.

—¡Oh! ¿No lo ve usted? —exclamó ella—. Todo respondía al mismo propósito. Champion puso a John en una casita situada a la misma puerta de la suya, como a un dependiente, para hacerle sentir su fracaso. Pero John no lo sintió nunca. No piensa en estas cosas más… de lo que pensaría un león distraído. Champion se presentaba en casa a las horas más intempestivas o durante las comidas con algún regalo deslumbrante o noticia o propuesta de excursión, como un Haroun Alraschid, pero John aceptaba o rehusaba amistosamente, mirando distraídamente como un colegial que se muestra de acuerdo o disconforme con otro. Al cabo de cinco años John no había cambiado ni un pelo en su actitud, y sir Claude Champion era un místico.

—Y Amán empezó a contarles —dijo el padre Brown— todas las cosas con que el rey le había honrado; y él dijo: «Todas estas cosas no me sirven de nada mientras vea al judío Mardoqueo sentado en la puerta».

—Vino la crisis —continuó la señora Boulnois— cuando persuadí a John de que me dejase copiar algunas de sus investigaciones para mandarlas a una revista. Empezaron a llamar la atención, especialmente en América, y un periódico deseaba publicar una entrevista con él. Cuando Champion, que cada día era entrevistado, se enteró de que a su inocente rival se le echaba este mendrugo de fama, rompió el último eslabón de la cadena que sujetaba su diabólico odio. Luego empezó a poner asedio a mi propio amor y a mi honradez, dando que hablar a todo el condado. Me preguntará usted por qué le permitía yo tan insidiosas atenciones, pero yo no podía rehuirlas sin dar una explicación a mi marido, y hay ciertas cosas que el alma no puede hacer, como el cuerpo no puede volar. No podía explicarle a mi marido, ni yo ni

nadie. Si le dice usted, lisa y llanamente: «Champion te roba la mujer», lo consideraría una broma de mal gusto. Pero nadie podrá persuadirle que puede haber en ello algo más que una broma. Bien; John había de venir a vernos representar la comedia, pero a última hora dijo que no iría, porque había abierto un libro interesante y encendió un cigarro. Se lo anunció a sir Claude, y aquello fue para él un golpe mortal. El maniático se mostró desesperado. Se hirió a sí mismo, gritando como un energúmeno que Boulnois lo mataba y allí está muerto en el jardín, muerto por sus propios celos, para producirlos en otro, mientras John está sentado en el comedor leyendo un libro.

Se produjo un largo silencio, que rompió el padre Brown:

—Solo hay un punto flojo, señora Boulnois, en todo lo que me ha contado. Su marido no está sentado en el comedor leyendo un libro. Ese periodista americano me ha dicho que fue a su casa, y su mayordomo le anunció que el señor Boulnois había ido al Pendragon Park, después de todo.

Ella abrió desorbitadamente los ojos, expresando más aturdimiento que confusión o miedo.

—Pero ¿qué quiere usted decir? —preguntó—. ¡Si todos los criados están fuera de casa para asistir ala función de teatro! ¡Además, no tenemos mayordomo, gracias a Dios!

El padre Brown dio un brinco sobre sus talones como una peonza grotesca. Se diría que le habían infiltrado nueva vida.

—¿Cómo? ¿Cómo? Oiga, oiga: ¿me recibirá su marido si voy a verle a casa?

—Ahora ya habrán llegado los criados —contestó ella pensativa.

—¡Bueno, bueno! —gritaba, entusiasmado, el clérigo, iniciando su marcha hacia la puerta del parque. Y al momento volvió para decir—: Convendría disuadir a ese yanqui si no queremos que *El crimen de John Boulnois* se lea en toda la República, en grandes caracteres, como la noticia del día.

—No se ha hecho usted cargo de lo que le he dicho —observó la señora Boulnois—. A él no le importaría eso. No creo que se imagine siquiera que América exista.

Al llegar el padre Brown a la casa guardada por un perro mudo y una colmena, salió a abrirle una doncella jovencita y limpia, que lo condujo al comedor, donde Boulnois permanecía aún sentado, leyendo a la luz de una lámpara, tal como lo había descrito su mujer. A su espalda había una botella de oporto y una copa de vino, y apenas entró el sacerdote observó este que el

cigarro quemaba muy cerca de la faja, que el otro no se había preocupado en arrancar.

«Hace por lo menos media hora que está aquí» —pensó el padre Brown. Y en realidad ofrecía el aire de estar allí sentado desde que acabó de comer.

—No se levante, señor Boulnois —dijo el sacerdote con su peculiar sencillez—. No le interrumpiré más que un momento. Temo haber venido a estorbarle en alguno de sus estudios científicos.

—No —dijo Boulnois—. Estaba leyendo *El dedo de sangre*.

Lo dijo sin fruncir el ceño ni sonreír, y su visitante tuvo la impresión de una profunda y viril indiferencia por parte del hombre a quien su mujer llamaba grande. Dejó a un lado una novelucha del género policíaco, sin ni siquiera sentir la conveniencia de comentar de una manera humorística el hecho de estar leyéndolo. John Boulnois era un hombre grueso, tardo de movimientos y de cabeza maciza, calva y gris, y facciones ásperas y nudosas. Vestía un traje de etiqueta, pasado de moda, con una estrecha y triangular abertura que descubría la pechera planchada de la camisa; se había vestido así con el propósito de ir a ver actuar a su mujer en el papel de Julieta.

—No le distraeré mucho tiempo de la lectura de *El dedo de sangre* o cualquier otro asunto catastrófico —dijo el padre Brown sonriendo—. Solo he venido a preguntarle algo sobre el crimen que ha cometido usted esta noche.

Boulnois lo miró muy serio, con un frunce rojo entre sus anchas cejas, produciendo el efecto de que tropezaba con un obstáculo por primera vez en la vida.

—Sé que ha sido un crimen extraño —afirmó Brown en voz baja—. Más extraño que un asesinato… para usted. Las pequeñas faltas son con frecuencia de más difícil confesión que las grandes; mas por eso es tan importante que se confiesen. Delitos como el suyo los cometen todas las personas de importancia seis veces por semana y, no obstante, siente usted que le quema la lengua como una atrocidad que no tiene nombre.

—Hay cosas —dijo el filósofo lentamente— que le hacen a uno sentirse tonto.

—Ya lo sé, pero a veces es mejor hacerse el tonto que serlo.

—No puedo analizarme bien de momento —continuó Boulnois—, pero sentado aquí, con esta novela, me sentía feliz como un colegial en día de fiesta. Estaba en paz y tranquilidad, en uno de esos estados del que ya no nos moveríamos. No puedo explicarlo… Tenía los cigarros y las cerillas al alcance de mi mano…, *El dedo* presentaba cuatro aspectos más para… Y no solo era la paz, sino una plenitud. Entonces tocaron el timbre, y durante un

minuto angustioso pensé que no podría levantarme de la silla, que material, física y mentalmente no podría. Lo hice luego como un hombre que levantaba el mundo, porque sabía que la servidumbre estaba fuera de casa. Abrí la puerta y vi a un hombre con la boca abierta para hablar y el cuaderno de notas abierto para escribir. Me acordé del yanqui que había de venir a entrevistarme y de quien me había olvidado. Llevaba el peinado partido en dos bandos por la mitad, y he de decirle que ese asesinato…

—Comprendo —dijo el padre Brown—. Ya lo he visto.

—Yo no lo cometí —continuó el pacífico catastrofista—. No hice más que mentir. Le dije que me había marchado al Pendragon Park y le cerré la puerta en las narices. Este es mi crimen, padre Brown, y no sé qué castigo me impondría usted por él.

—Yo no le impondría ningún castigo —dijo el señor clérigo, recogiendo su sombrero y su paraguas, con aire de cierta jovialidad—. Al contrario. He venido especialmente para evitarle la pequeña pena que de otra manera sería consecuencia de su pequeña falta.

—¿Y cuál es esa pequeña pena —preguntó Boulnois sonriendo— que tan afortunadamente he podido evitar?

—La horca —dijo el padre Brown.

EL CUENTO DE HADAS DEL PADRE BROWN

La pintoresca ciudad del estado de Heiligwaldenstein era uno de esos reinos de juguete que todavía existen en ciertas partes del Imperio alemán. Había pasado a la hegemonía prusiana en los últimos tiempos, apenas quince años antes de aquel día de verano en que Flambeau y el padre Brown se encontraban sentados en uno de sus jardines y bebiendo su cerveza. Sus habitantes no recordaban que en su vida hubiera habido allí la menor guerra ni estricta justicia, pero bastaba mirar aquello para no poder apartar la impresión de puerilidad que es el más encantador aspecto de Alemania, con sus paternales monarquías de melodrama en que un rey parece tan de casa como un cocinero. Los soldados, con sus innumerables garitas de centinela, parecían juguetes alemanes; las murallas limpiamente recortadas del castillo, doradas de sol, parecían de pan de jengibre. Hacía un tiempo magnífico. El cielo era tan azul de Prusia como Postdam podía exigir; pero aún más, era de un color tan brillante como solo un muchacho es capaz de sacar de una caja de pinturas. Hasta las copas de los árboles tenían un verdor tierno con trazos de color de rosa, que al destacarse en el azul del cielo, remedaban dibujos de muchachos.

A pesar de su aspecto vulgar y los quebrantos de la vida trabajosa, el padre Brown no carecía de ciertos ribetes románticos, aunque, en general, gustaba de gozar a solas cuando soñaba despierto, como hacen tantos niños. Rodeado de tan vivos colores, en los que se destacaba el escudo heráldico de la pintoresca ciudad, se sentía aquel día en pleno cuento de hadas. Como un hermanito menor se complacía en jugar con el bastón estoque que Flambeau agitaba mientras paseaban, el cual en aquel momento estaba tieso junto a su alto pichel de Múnich. Y es más: en el estado inconsciente de sus reflexiones deshilvanadas, se sorprendió mirando su famoso paraguas, transformado por su imaginación en la calva de un ogro que ilustraba las cubiertas de un libro infantil. Pero no llegó a concebir nada en forma de novela, como no fuera el cuento que sigue:

—No sé —dijo— si podríamos encontrarnos con verdaderas aventuras en un país como este, en caso de que las buscásemos. Presenta un fondo magnífico para ellas, pero siempre me imagino que esta gente le acometería a uno con espadas de cartón más que con espadas de verdad.

—Está equivocado —replicó su amigo—. En esta ciudad no solo se baten con espadas, sino que matan sin ellas. Y aún hay algo peor.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el padre Brown.

—Diría que es esta la única ciudad de Europa en que se ha matado a un hombre de un tiro sin arma de fuego.

—¿Quiere decir de un flechazo? —preguntó Brown admirado.

—Digo de un tiro en la cabeza —replicó Flambeau—. ¿No sabe usted la historia del último príncipe de esta ciudad? Fue uno de los grandes misterios policíacos, hace cosa de veinte años. Ya recordará que esta plaza fue anexionada a la fuerza cuando se empezaron a llevar a cabo los proyectos de consolidación de Bismarck…, a la fuerza, sí; pero no tan fácilmente. El Imperio, o lo que deseaba serlo, mandó al príncipe Otto de Grossenmark a gobernar esta ciudad según el interés imperial. Hemos visto su retrato en aquella galería; un señor de edad que sería guapo si tuviera algún cabello o cejas y no estuviera encorvado como un buitre; pero le agobiaban las preocupaciones, como verá usted pronto. Era un militar de notable habilidad y éxito, pero no le fue cosa fácil someter esta plaza de tan poca importancia. Quedó derrotado en varias batallas, pero los hermanos Arnhold, los tres patriotas guerrilleros a quienes Swinburne dedicó un poema que usted recordará: «Lobos cubiertos con la piel de armiño, monarcas que son cuervos coronados… a todos estos despreciables bichos habrán de resistir los Tres Hermanos…».

O algo por el estilo. Y no es seguro que la ocupación se hubiera realizado algún día con éxito de no ser porque, despechada y decididamente, uno de los tres hermanos, Paul, se negó a resistir por más tiempo a estos malos bichos y, descubriendo los secretos de la insurrección, aseguró la caída de la ciudad y su promoción al elevado cargo de chambelán del príncipe Otto. Después de esto, Lemis, el verdadero héroe entre los héroes de Swinburne, murió peleando en el asalto de la ciudad, y el tercero, Henry, que aunque no fue traidor se había mostrado siempre sumiso o tímido al lado de sus hermanos, se retiró a una vida casi de ermitaño, convertido a un cristianismo contemplativo, y ya no se volvió a mezclar con los hombres, excepto para distribuir casi todo lo que poseía entre los pobres. Me han dicho que, hasta hace poco, aún se le veía a veces por las afueras, vestido de negro sayal, casi ciego, con una cabellera blanca muy crecida y descuidada y un semblante de sorprendente dulzura.

—Ya lo sé —dijo el padre Brown—. Una vez lo vi.

Su amigo lo miró, sorprendido.

—No sabía que hubiera estado usted por aquí antes. Tal vez sepa todo esto mejor que yo. De todos modos, esta es la historia de los Arnholds, y este fue el último sobreviviente de todos los que tomaron parte en aquel drama.

—¿Quiere decir que el príncipe también murió hace tiempo?

—¡Murió —repitió Flambeau—, y esto es cuanto podemos decir! Ha de saber que hacia el final de su vida experimentó uno de esos desequilibrios nerviosos que tan frecuentes son entre los tiranos. Multiplicó, de día y de noche, la guardia en torno al castillo, hasta el punto de que parecía haber más garitas de centinelas que casas en la ciudad, y los sospechosos eran fusilados sin contemplaciones. Se pasaba casi todo el día en una reducida habitación, en el centro del laberinto de todas las otras habitaciones, y aun dentro de aquella se hizo construir una especie de cámara o armario forrado de acero, como un arca de caudales o un barco de guerra. Alguien dice que debajo de esta cámara había un hoyo abierto en la tierra lo suficientemente ancho para contenerlo, de modo que en su ansiedad por evitar la tumba, caía en lo que más se le parecía. Pero aún fue más allá. Se daba por supuesto que el populacho había quedado desarmado después de sofocada la revuelta, pero Otto insistió luego, como muy raramente insisten los gobernadores, en que el desarme fuese absoluto. Se llevó a tal rigor y severidad esta cuestión del desarme por oficiales que tenían un servicio bien organizado en áreas reducidas, que si la fuerza y la ciencia humana pueden estar absolutamente ciertas de algo, el príncipe Otto estaba absolutamente cierto de que nadie podía introducir en Heiligwaldenstein ni una pistola de juguete.

—La ciencia humana nunca puede estar completamente segura de una cosa así —dijo el padre Brown—, aunque no sea más que por la dificultad de la definición y connotación. ¿Qué es un arma? Se ha matado a la gente con los objetos más inofensivos, con teteras y hasta con tazas de té. Por otra parte, si enseña usted a un viejo bretón un revólver, dudo que conozca que es un arma, hasta que se le dispare, desde luego. Tal vez alguien introdujo un arma que no se parecía en nada a un arma de fuego. Acaso parecía un dedal, o algo por el estilo. ¿Ofrecía la bala alguna particularidad?

—Que yo sepa, no —contestó Flambeau—. Pero no tengo más que noticias fragmentarias que me dio mi viejo amigo Grimm. Era un hábil detective del servicio alemán, que trató de detenerme y acabó todo deteniéndole yo, y tuvimos charlas muy interesantes. Estaba aquí encargado de las investigaciones relacionadas con el caso del príncipe Otto, pero se me olvidó preguntarle nada sobre la bala. Según Grimm, lo sucedido fue lo siguiente.

Hizo una pausa para apurar de un trago la cerveza que quedaba en el pichel, y continuó:

—Una noche se esperaba que el príncipe compareciese en una de las salas exteriores, donde le aguardaba cierta visita que deseaba recibir de veras. Eran los visitantes geólogos expertos, enviados para poner en claro el antiguo asunto sobre supuestas provisiones de oro procedentes de las montañas vecinas, sobre las que se decía que el pequeño Estado había podido mantener su crédito tanto tiempo, negociando con sus vecinos aun bajo el incesante bombardeo de un ejército muy superior. Hasta entonces, nada se había descubierto a pesar de las más exigentes investigaciones encaminadas…

—Encaminadas a adquirir la certeza absoluta de que no había entrado una pistola de juguete —interrumpió el padre Brown sonriendo—. Pero ¿qué pasó con el hermano que hizo traición? ¿No tenía nada que decirle al príncipe?

—Siempre hizo protestas de que no lo sabía —replicó Flambeau—, de que aquel era el único secreto que no le había revelado su hermano. Y hay que decir que esto se reducía a unas palabras vagas pronunciadas en la hora de la muerte por su hermano Lemis cuando mirando a Henry, para señalarle a Paul, dijo: «No le has dicho…», y ya no pudo seguir hablando. Pues bien, como decía, la delegación de distinguidos geólogos y mineralogistas de París y Berlín esperaba brillando de uniformes y condecoraciones, ya que no hay nadie que guste hacer más ostentación de estas cosas que los hombres de ciencia, como saben todos los que han asistido a alguna recepción de gala. Era una visita brillante por demás, pero, a última hora, el chambelán, cuyo retrato ha visto usted, un hombre de cejas negras y mirada grave sobre una sonrisa inexpresiva, el chambelán, digo, descubrió que todos estaban allí menos el príncipe. Lo buscó por todos los salones sin encontrarlo, y recordando su manía de esconderse, fue a buscarlo a la habitación interior, que también estaba desierta. Le costó algún trabajo abrir la cámara acorazada, pero, al lograrlo, vio que también estaba vacía. Siguió mirando el foso abierto en el suelo como una tumba. Mientras esto hacía, oyó ruido y gritos en los salones y pasillos.

Al principio le pareció el clamor confuso de una multitud fuera del castillo, luego creyó percibir exclamaciones más cercanas, que hubiera podido distinguir si las voces no se hubiesen ahogado unas con otras, y, por fin, le llegaron palabras de una terrible claridad y entró un hombre dándole la noticia con el atropellado laconismo propio de las circunstancias.

Otto, el príncipe de Heiligwaldenstein y Grossenmark, yacía sobre la hierba de un sombrío bosque que se extendía detrás del castillo, con los

brazos en cruz y la cara vuelta a la luna. Aún le manaba sangre de la mejilla y de un parietal, y era lo único que en él se movía como una cosa viva. Vestía su uniforme blanco y amarillo, como para la recepción; pero le habían desceñido la faja, que aparecía estrujada a su lado. Cuando lo levantaron estaba muerto; pero, muerto o vivo, resultaba un enigma que, quien vivía escondido casi siempre en lo más recóndito del castillo, se hallase muerto en el sombrío bosque, indefenso y solo.

—¿Quién halló el cadáver? —preguntó el padre Brown.

—Una muchacha que vivía en la corte, llamada Eduvigis von no sé qué —contestó su amigo—, que había ido al bosque a recoger flores silvestres.

—¿Y había cogido alguna? —preguntó el sacerdote, mirando como distraído al palio que formaban las ramas sobre su cabeza.

—Sí —dijo Flambeau—. Recuerdo muy bien que el chambelán o Grimm o algún otro se refirió a la impresión de la tragedia que experimentaron cuando, al acudir a los gritos, hallaron a la muchacha con un manojo de flores inclinada sobre el cuerpo sangrante. De todos modos, lo importante es que, cuando llegaron, el príncipe estaba muerto y solo transportaron al castillo su cadáver. La consternación que su muerte produjo solo puede compararse a la que causa la caída de un potentado. Los extranjeros que habían ido a visitarle, especialmente los mineralogistas, se mostraron tan confusos y excitados como muchos oficiales prusianos, y pronto empezó a hablarse de que el proyecto para dar con el tesoro era un negocio más trascendental de lo que la gente suponía. A expertos y oficiales se les habían prometido cuantiosas sumas o ventajas internacionales, y aún hubo quien dijo que los departamentos secretos y la exagerada protección militar del príncipe obedecían más que al miedo al populacho al propósito de una indagación particular del…

—¿Tenían las flores largos tallos? —preguntó el padre Brown.

Flambeau se lo quedó mirando.

—¡Qué hombre tan raro es usted! Eso es precisamente lo que notó Grimm. Dijo que lo más feo de todo, más que la sangre y la bala, eran aquellas flores, que parecían tronchadas por la cabeza.

—Claro —dijo el sacerdote—, cuando una muchacha mayorcita coge flores, procura hacerlo de modo que tengan el tallo largo. Cuando las coge arrancando solo la cabeza como una niña, quiere decir… —Y dudó.

—¿Qué? —insistió el otro.

—Quiere decir que las ha cogido en un estado de excitación, como una excusa de su presencia allí después… bien, después de estar allí.

—No sé dónde va usted a parar —dijo Flambeau, con cara casi sombría —. Pero esa y otras sospechas se desvanecen ante el hecho de la falta de arma. Ya sabemos que lo podían matar de muchas maneras, hasta con su propia faja; pero no hay que explicar cómo lo mataron, sino cómo lo mataron a tiros. Sometieron a la muchacha a toda clase de investigaciones, y más teniendo en cuenta que se hacía un poco sospechosa, aunque era sobrina y ahijada del viejo chambelán, Paul Arnhold; pero, romántica como era, se hizo sospechosa de simpatía por el entusiasmo revolucionario de su familia. Pero, por romántico que uno sea, resulta imposible imaginarse una bala metida en el cerebro de uno sin que se haya utilizado una pistola o cualquier otra arma de fuego. Y en este caso no había pistola, pero había dos pistoletazos. A ver si lo entiende, amigo.

—¿Cómo sabe que había dos tiros?

—Solo había uno en la cabeza, pero en la faja aparecía otro agujero de bala.

El padre Brown quedó un momento pensativo.

—¿Se encontró la otra bala? —preguntó.

Flambeau tuvo un movimiento de sobresalto.

—¡Hombre! Eso sí que no lo sé.

—¡Espere! ¡Espere! ¡Espere! —exclamó el padre Brown, dando muestras de interesarse cada vez más por el asunto—. No lo tome usted a mal, y déjeme reflexionar un momento.

—Está bien —dijo Flambeau, acabándose la cerveza.

Un ligero viento meció las copas de los árboles e impulsó unas nubecillas amarillentas y vinosas que aún hacían resaltar el azul del cielo y daban a todo aquel escenario de colores una apariencia más fantástica. Las nubes aquellas podían haberse comparado a querubines volando desde las murallas a sus mansiones celestiales. La más vieja de las torres del castillo, la Torre del Dragón, se erguía tan grotesca, y aun tan familiar como el pichel de cerveza. Detrás de la torre brillaba el bosque en que había caído muerto el príncipe.

—¿Y qué ha sido de esa Eduvigis? —preguntó, por fin, el sacerdote.

—Se casó con el general Schwartz —dijo Flambeau—. Sin duda habrá usted oído hablar de su carrera, que fue casi novelesca. Ya se había distinguido antes de sus hazañas en Sadowa y Gravelotte. Ascendió desde las primeras filas, cosa poco frecuente entre los alemanes humildes.

El padre Brown se irguió de súbito.

—¡Que ascendió desde las filas! —exclamó haciendo una mueca como si silbara—. ¡Bien, bien, qué historia tan interesante! ¡Qué modo tan raro de

matar a un hombre, porque supongo que no hay que pensar en otro! Ahora que odiar con tanta paciencia…

—¿Qué está diciendo? —preguntó Flambeau—. ¿De qué manera lo mataron?

—Lo mataron con la faja —dijo Brown, seguro de sí mismo. Y como Flambeau protestaba, añadió—: Sí, sí, ya sé lo de la bala. Acaso sería más exacto decir que lo mataron porque llevaba faja, que no es lo mismo que decir que murió de enfermedad.

—Supongo —advirtió Flambeau— que se habrá formado una idea, pero no es tan fácil descartar el asunto de la bala. Como ya he dicho antes, podía haber sido estrangulado, pero el caso es que le pegaron dos tiros. ¿Quién disparó? ¿Con qué?

—Le dispararon por sus propias órdenes —dijo el sacerdote.

—¿Así que se suicidó?

—Yo no digo por su propia voluntad. Digo por sus propias órdenes.

—Sea como sea, ¿qué opina usted?

El padre Brown se echó a reír.

—Hoy me he dado fiesta —dijo— y no emito opiniones. Pero esta ciudad me recuerda cuentos de hadas, y si quiere usted escucharme, le voy a contar una.

Las nubecillas coloradas, que parecían dulces, coronaban las doradas torrecillas del castillo de mazapán, y las cimas de los árboles se movían como manitas de niños para alcanzarlos; el cielo empezó a teñirse de violeta crepuscular, cuando el padre Brown comenzó su cuento.

—Una triste noche de lluvia, el príncipe Otto de Grossenmark salió apresurado por una puerta lateral del castillo y se encaminó a toda prisa al bosque. Uno de sus innumerables centinelas le saludó, pero él ni siquiera se fijó. Deseaba especialmente que nadie lo viera y se sintió satisfecho cuando uno de los gigantescos árboles se lo tragó como si se hubiera metido en un pantano. Con toda intención había elegido la salida del castillo menos frecuentada, pero aún lo estaba más de lo que era su deseo. No le movía ningún propósito profesional o diplomático, ya que su salida obedecía a un súbito impulso. Todos los diplomáticos, vestidos de gran gala, que dejaba atrás, carecían para él de importancia, pues, de pronto, se le había ocurrido que podía prescindir de ellos.

Su gran pasión no era tanto el justificado temor de la muerte como un desordenado deseo de riqueza. Por la leyenda del oro había abandonado Grossenmark para invadir Heiligwaldenstein. Solo por esto había comprado al

traidor e inmolado al héroe, solo por esto había sometido al falso chambelán a inocentes interrogatorios, hasta que llegó a la conclusión de que respecto a su ignorancia, el renegado decía la pura verdad. Por esto, aunque de mala gana, pagó y prometió enormes sumas a condición de que le descubriesen el tesoro, y por eso, en fin, salió como un ladrón del palacio en una noche de lluvia, pues pensaba en otro medio para obtener el objeto de sus ansias, y obtenerlo a poco precio.

Lejos, en la cumbre de una montaña escarpada, adonde dirigía sus pasos, entre rocas amontonadas sobre precipicios colgados sobre la ciudad, estaba la ermita, que apenas era más que una caverna cercada de espinos, donde el tercero de los hermanos se mantenía desde tanto tiempo apartado del mundo. Pensaba el príncipe Otto que aquel hombre desprendido no tenía razón en que fundarse para negarle el secreto del oro; sabía dónde estaba guardado y no había hecho nada para encontrarlo, aun antes de que su decisión de entregarse a una vida ascética le hubiera hecho renunciar a los placeres y a sus bienes. Cierto que había sido un enemigo, pero ahora profesaba un credo que no le permitía tener enemigos. Cualquier concesión a su causa, cualquier apelación a sus principios, sería bastante para arrancarle el secreto. Otto no era un cobarde, a pesar de sus precauciones militares, y en todo caso, su avaricia era más fuerte que su miedo. Tampoco tenía entonces grandes motivos para temer. Seguro de que ningún paisano tenía armas en su principado, aún lo estaba mucho más de no encontrarlas en la pobre ermita que ocupaba aquel asceta en la cumbre; donde vivía de hierbas, en compañía de dos criados tan viejos como rústicos, y sin otra voz humana que la de ellos durante años y años. El príncipe Otto se volvió a mirar al laberinto de calles alumbradas que formaba la ciudad bajo él, y pensó que hasta donde alcanzaba su vista se extendían los fusiles de sus amigos, y no podría encontrarse ni un grano de pólvora en poder de sus enemigos. Los fusiles estaban tan cerca aún de la ruta que él seguía por la montaña, que bastaría un grito para que los soldados ocupasen aquellas alturas, para no decir que el bosque y sus alrededores eran vigilados a regulares intervalos por destacamentos de fuerza armada. Había tantos fusiles en el bosque, en el río y en los contornos de la ciudad, que nadie podía entrar sin ser detenido. Y en el castillo, fusiles ante las cuatro puertas y ante las cuatro fachadas. Estaba, pues, bien seguro.

Cuando llegó a la cima, donde había más claridad, vio lo desnudo que estaba el nido de su antiguo enemigo. Se halló ante una pequeña plataforma rocosa, abierta sobre los tres ángulos del precipicio. Detrás estaba la cueva, disimulada tras maleza verde y, tan baja, que parecía imposible que por allí

pudiera entrar un hombre. De frente se precipitaban los riscos y se tenía del valle una vista de pájaro. En la rústica plataforma se levantaba un viejo atril o facistol de bronce que gemía bajo el peso de una enorme Biblia alemana. El bronce o cobre del instrumento se había llenado de verdete con los aires devoradores de aquellas alturas, lo que hizo pensar a Otto: «Aunque tenga armas, deben estar muy herrumbrosas». La luna bañaba de una luz mortecina los peñascales y la lluvia había cesado.

Detrás del atril y mirando al valle había un anciano que vestía un sayal negro, tan andrajoso y gastado como aquellos riscos, pero cuyo cabello blanco y débil voz ondulaba en el viento. Era evidente que recitaba su lectura diaria como parte de sus ejercicios religiosos. «Ellos confían en sus caballos…».

—Señor —dijo el príncipe de Heiligwaldenstein, con inusitada cortesía—, desearía hablar un momento con usted.

—… y sus carros —continuó el anciano, débilmente—, pero nosotros confiamos en el nombre del Señor de los Ejércitos…

Sus últimas palabras no pudieron oírse, pero cerró el libro devotamente y, aunque casi ciego, movió sus manos a tientas y agarró el atril. Al momento salieron los dos criados de la caverna y lo sostuvieron. Llevaban batas negras y toscas, como su señor, pero no tenían la blancura de sus cabellos ni la figura de sus facciones. Eran campesinos, croatas o magiares, de cara ancha y ojos fulgurantes. El príncipe sintió el primer momento de turbación, pero mantuvo firme su valor y se sintió diplomático.

—Creo —dijo— que no nos habíamos vuelto a ver desde que murió su desgraciado hermano.

—Todos mis hermanos murieron —dijo el anciano, con la vista en el valle. Luego, volviendo un momento a Otto sus cansadas y finas facciones y la nieve de sus cabellos que le caían por las sienes como carámbanos, añadió —: Ya ve que también yo estoy muerto.

—Espero que comprenderá —dijo el príncipe, refrenándose hasta el punto de buscar una fórmula conciliadora— que no he venido aquí a perseguirle, como a un mero fantasma de esas grandes enemistades irreconciliables. No hablemos de quién tenía razón y quién obraba mal en esto, pero al menos había un punto respecto al cual nosotros nunca nos equivocamos, pues usted siempre obró con rectitud. Dígase lo que se quiera de la política de su familia, nadie puede pensar por un momento que a usted le moviese la sed de oro. Ha dejado usted probado por encima de toda sospecha que…

El viejo, que había permanecido hasta entonces de cara a él con una expresión de inteligencia en sus vidriosos ojos, extendió de pronto sus manos

como si quisiera detener algo y volviéndose de cara a la montaña, dijo:

—Ha hablado de oro. Ha hablado de cosa ilícita. Hacedle callar.

Otto tenía el vicio de su carácter prusiano y de sus tradiciones, que consideran el éxito no como un incidente, sino como una cualidad. Tenía de él y de los suyos el concepto de conquistadores perpetuos de pueblos que perpetuamente habían de ser conquistados. Por tanto, no contaba con la sorpresa ni estaba preparado para lo que ocurrió. Iba a abrir la boca para contestar al ermitaño, cuando la boca se le quedó inmóvil y la voz ahogada por una fuerte y fina mordaza que se le enroscaba a la cabeza como un torniquete. Tardó medio minuto en percatarse de que los dos criados húngaros lo habían amordazado con su mismo fajín de militar.

El anciano volvió pesadamente a la Biblia, pasó las hojas con una paciencia que causaba horror, hasta que llegó a la epístola de Santiago y se puso a leer: «La lengua es un miembro pequeño, pero…».

Aquella voz impresionó al príncipe de tal manera, que se volvió súbitamente y echó a correr montaña abajo. Ya estaba a mitad de camino hacia los jardines de su palacio cuando trató de desatar aquella faja que lo estrangulaba y lo sofocaba. Lo intentó una y otra vez y le fue imposible. Los que le habían puesto aquella mordaza sabían la diferencia que existe entre lo que puede hacer un hombre con sus manos por delante de su cabeza y lo que puede hacer por detrás. Tenía los pies libres para brincar como un antílope por la montaña, tenía los brazos libres para moverlos y hacer cualquier señal; pero no podía hablar. Un diablo mudo lo poseía.

Llegó al bosque que se extendía hasta el castillo, antes de comprender realmente lo que significaba su estado de mudez y las consecuencias que podía tener. Miró a la ciudad alumbrada y ya no sonrió, porque pensó que hasta donde la vista podía alcanzar estaba cuajada de fusiles, que se dispararían si no podía contestar cuando le diesen el alto. Estaban tan cerca los fusiles, que a regulares intervalos cruzaban el bosque destacamentos de fuerzas armadas. Por tanto, era inútil permanecer oculto en el bosque hasta la mañana. Los fusiles acordonaban la ciudad tan estrechamente, que nadie podía entrar en ella sin ser detenido, y por consiguiente, era inútil tratar de volver a ella dando un rodeo. Un grito atraería a los soldados, que correrían por la montaña en su auxilio. Pero le era imposible lanzar un grito.

La luna se había levantado bañando la noche de plata y entre los celajes del bosque brillaba más claro el azul del cielo. Se ofrecieron de pronto a su vista flores que a la luz de la luna adquirían formas fantásticas y descoloridas, y en las que nunca antes se había fijado. Se arracimaban entre las raíces de los

árboles y trepaban bellamente por los troncos. Acaso en la cautividad parcial a que se veía sometido vaciló su razón, el caso es que en el bosque se sintió impresionado por un efecto insondablemente germánico: el cuento de hadas. En la ofuscación de su razón se veía caminando hacia el castillo de un ogro que estaba muy cercano. Había olvidado que, en todo caso, él mismo era el ogro. Recordó haber preguntado a su madre si había osos en el parque de su casa. Se detuvo a coger una flor, como si hubiera eso de servirle de conjuro contra el encantamiento. El tallo ofreció más resistencia de la que esperaba y se rompió con un fuerte crujido. Estaba tratando de ponérsela cuidadosamente en la faja cuando oyó el grito de «¿Alto, quién vive?», y entonces recordó que no llevaba la faja en su lugar de costumbre.

Quiso gritar y se quedó mudo. La segunda voz de alto sonó más fuerte, y enseguida retumbó un disparo y el zumbido de una bala quedó cortado por el impacto. Otto de Grossenmark yacía pacíficamente entre hermosas flores, y ya no podría perjudicar a nadie con oro o con acero; solo el lápiz de plata de la luna iba dibujando el intrincado ornamento de su uniforme y las arrugas de su frente. ¡Que Dios se apiade de su alma!

El centinela que había disparado de acuerdo con las estrictas órdenes de la guarnición, corrió, como puede suponerse, en busca de alguna huella de su presa. Era un soldado de filas llamado Schwartz, hasta entonces hundido en el olvido, y encontró un anciano calvo vestido de uniforme y con el rostro tan vendado con una especie de antifaz hecho con su propio fajín, que nada podía verse de su cara más que los ojos abiertos que brillaban a la luz de la luna. La bala se le había hundido en la mejilla atravesándole la mordaza; por eso se encontró un agujero en su fajín, aunque no recibió más de un balazo. No hay que decir, que, como le fue posible, el joven Schwartz le quitó la misteriosa máscara de seda y la tiró a la hierba, y entonces conoció al que había herido.

De lo que luego aconteció no hay nada cierto, pero me inclino a creer que en aquel bosque tuvo lugar un cuento de hadas tan espantoso como las circunstancias. Acaso nunca sabremos si la muchacha Eduvigis conocía ya al soldado a quien salvó y con quien luego se casó o si por casualidad se encontró en el lugar del suceso y fueron novios desde aquella noche. Pero podemos imaginarnos a Eduvigis como una heroína digna de contraer matrimonio con el joven que de cierta manera se convirtió en un héroe. De ella salió la audaz y prudente idea. Ella persuadió al centinela a volver a su puesto, para que nadie pudiera sospechar que tuviese ninguna relación con la desgracia; tanto menos, cuanto que era uno de los más leales y cumplidores de los cincuenta centinelas que rodeaban el castillo. Ella permaneció al lado

del cadáver y dio el grito de alarma, y nadie sospechó de una muchacha que no llevaba ninguna arma de fuego ni sabía manejarla.

—Bien —dijo el padre Brown, levantándose con aire de alegría—, supongo que son felices.

—¿Dónde va usted? —preguntó su amigo.

—Voy a echar otro vistazo al retrato del chambelán, el Arnhold que traicionó a sus hermanos —contestó el sacerdote—. Quisiera saber… quisiera saber si un hombre es menos traidor cuando lo es dos veces.

Y permaneció largo rato ante el retrato de un anciano de cabello blanco con cejas negras y la pincelada de una sonrisa que parecía contrastar con la negrura torva de sus ojos.

LA INCREDULIDAD DEL PADRE BROWN (1914)

LA RESURRECCIÓN DEL PADRE BROWN

Hubo un corto período en la vida del padre Brown durante el cual este disfrutó o, mejor dicho, no disfrutó de algo parecido a la fama. Anduvo, por espacio de unos días, convertido en la sensación periodística: fue el tópico usual de las controversias de semanario; sus hazañas se comentaron con intensidad e inexactitud en el mundillo de cafés y tertulias, especialmente en América. Y, aunque pueda parecer extraño a las personas que lo conocieran, sus detectivescas aventuras llegaron incluso a dar materia a los relatos breves de los magazines.

Por una extraña coincidencia, todo aquel brillo pasajero recayó en su persona cuando estaba en el más oscuro, o por lo menos el más apartado, de sus lugares de residencia. Pues se le había enviado a desempeñar un papel, entre misionero y párroco, en uno de aquellos países septentrionales de Sudamérica donde existen sectores que soportan inquietos la autoridad de las potencias europeas, o que amenazan de continuo con alzarse en repúblicas independientes bajo la gigantesca sombra del presidente Monroe. La población de estas regiones es de raza cobriza, morena y con pintas rosadas: quiero decir, que está integrada por hispanoamericanos y, en grado mayor aún, por criollos, a pesar de la infiltración continua y creciente de norteamericanos, ingleses, alemanes y demás. El trastorno parece haberse producido a raíz de la llegada de uno de dichos extranjeros. Una vez en tierra firme, sumido en la honda preocupación por la pérdida de una de sus maletas, se acercó al primer edificio que tenía a mano, que resultó ser nada menos que la casa de la misión con su capilla anexa. Recorría la fachada de dicho edificio una larga terraza y una también larga hilera de postes por los que trepaban oscuras y retorcidas lianas de hojas achatadas y enrojecidas por el otoño. En el interior del recinto se apreciaba asimismo, en hilera, cierto número de seres humanos, tan rígidos como los postes, cuyo color recordaba de algún modo al de las lianas; pues mientras sus sombreros de ala ancha eran tan negros como sus ojos, abiertos sin la más leve sombra de pestañeo, la tez de casi todos ellos parecía tallada en la oscura madera de aquellos bosques transatlánticos. Fumaban en su mayor parte cigarros largos, delgados y negros; y bien se podría decir que en aquel grupo de fumadores lo único que se movía era el humo. Probablemente, el forastero les habría clasificado a todos como nativos, aun cuando algunos parecían enorgullecerse de su sangre

española. Sin embargo, no era él la persona indicada para establecer distinciones sutiles entre españoles y cobrizos, y sí, más bien, para obviar, una vez percibidas las características que veía en los naturales del lugar, a quien hubiese clasificado como indígenas.

Nuestro personaje era un periodista de la ciudad de Kansas, hombre delgaducho, cabello claro y lo que Meredith habría llamado una «nariz intrépida»; se podía presumir de ella que se abría camino tanteando los objetos y que se movía como la trompa de un oso hormiguero. Se apellidaba Snaith y sus padres, después de una concienzuda meditación, le pusieron por nombre de pila Saúl, hecho que, muy acertadamente, ocultaba cuando le era posible. Por cierto que había acabado por adoptar el nombre de Pablo, aunque por una razón que nada tenía que ver con la que indujera a hacerlo al Apóstol de los Gentiles. Por el contrario, de haber sido mayor su conocimiento de la materia, se habría dado cuenta de que el aspecto que mejor le cuadraba era el de perseguidor, pues consideraba a las religiones sistemáticas con cierto desprecio convencional, más fácil de aprenderse en Ingersoll que en Voltaire. Y el caso es que, vestido con tal característica secundaria de su personalidad, se enfrentó con la misión y el grupo estacionado ante la terraza. Algo, en su indiferencia e imposible comportamiento, inflamó su furia; y, al no obtener respuesta adecuada a sus primeras preguntas, empezó a preguntarse y a responder a todo por sí mismo.

Inmóvil en su sitio bajo el ardiente sol, figura impecable con su panamá y su espléndido traje, y aguantando con puño de hierro por el asa su bolsa de mano, comenzó a vociferar dirigiéndose a la pacífica concurrencia que permanecía a la sombra. Empezó a explicarles, en voz muy alta, la razón por la que eran perezosos, marranos, brutalmente ignorantes y más rebajados que los animales inmundos, en el supuesto caso de que ese problema hubiese podido ocupar alguna vez sus mentes. En su opinión, todo se debía a la nefasta influencia del clero, que tan miserablemente pobres les había hecho y tan sin esperanza les había oprimido, hasta hacer posible que se sentaran como lo estaban en la sombra, fumando y sin ocuparse de nada.

—¡Y que seáis una multitud poderosa y dúctil para ser embaucados por semejantes ídolos vanidosos, con solo ir de acá para allá con sus mitras, sus tiaras, sus capas pluviales y demás parafernalia, mirándolo todo por encima del hombro como si fuese basura; embaucados, sí, por coronas, palios y paraguas santos, como cabritillos de saltimbanquis; solo porque un pomposo y viejo Sumo Sacerdote de la Conchinchina se cree el dueño absoluto de la tierra! ¿Cuál es vuestra opinión? ¿Qué tenéis que añadir por vuestra cuenta,

pobres inútiles? Ya os digo yo que por esta razón os quedáis rezagados en la barbarie y no sabéis ni leer, ni escribir, ni…

En aquel preciso instante el Sumo Sacerdote de la Conchinchina aparecía con aturdimiento carente de toda gravedad por la puerta de la casa de la misión, no bajo la forma del verdadero señor de la tierra, sino más bien como un lío de oscuros trapos viejos abrochados alrededor de un almohadón de escasa altura con aires de mamarracho. En el supuesto de que la tuviese, no llevaba entonces su tiara, sino en todo caso un sombrero ancho, que apenas difería de los que llevaban aquellos hispanoindios, echado para atrás con ademán de fastidio. Parecía disponerse a dirigir la palabra a los inconmovibles indígenas cuando vio al extranjero y le dijo sin tardanza:

—¡Oh! ¿Puedo servirle en algo? ¿Desea usted entrar?

El señor Paul Snaith entró, en efecto, y fue su entrada la fuente de donde comenzó a manar una inagotable información periodística sobre las más variadas materias. Es de presumir que su instinto periodístico fuera más poderoso que sus prejuicios, como le sucede en realidad a todo periodista inteligente; así que expuso una cantidad enorme de preguntas, cuyas respuestas le sorprendieron, a la vez que despertaron su interés. Descubrió que los indios sabían leer y escribir por la sencilla razón de que el sacerdote les había enseñado, y que, no obstante, se limitaban a hacerlo en ocasiones estrictamente necesarias, puesto que preferían comunicarse directamente a cualquier otro procedimiento.

Aprendió también que aquellas extrañas gentes, acostumbradas a sentarse en las terrazas sin mover uno solo de sus cabellos, podían trabajar con ahínco su propia tierra. Especialmente aquellos en que predominaba la sangre española, e incluso llegó a saber, con mayor asombro todavía, que todos ellos poseían parcelas de tierra de su propiedad. Esta era una tradición de última hora que había arraigado profundamente entre los naturales del país. También el sacerdote había tenido que ver con ello; y, al hacerlo, se había adjudicado el más importante y decisivo papel en la política local, si es que podía considerarse únicamente como política local. Acababa de atravesar como un huracán por todo el país una de esas epidemias anárquicas y ateas que irrumpen de vez en cuando en las naciones de cultura latina, una de esas epidemias que arrancan, por lo general, de una sociedad secreta y acaban en guerra civil, como poco. El cabecilla local del partido iconoclasta era un individuo llamado Álvarez, aventurero pintoresco de nacionalidad portuguesa y, según sus enemigos, de origen oscuro. El jefe de innumerables logias y templos de iniciación, que disfrazan el ateísmo con un ropaje místico. El jefe

del partido conservador era una persona mucho más vulgar, un propietario rico llamado Mendoza, dueño de muchas fábricas y a quien se respetaba considerablemente, a pesar de ser muy poco atractivo. Todo el mundo opinaba que la ley y el orden se habrían perdido totalmente al no haberse adoptado medidas más populares y adjudicado a todos los campesinos algún lote de tierra en propiedad; dicho movimiento había partido, desde su misma base, de la pequeña misión donde residía el padre Brown.

Mientras este hablaba con el periodista, el cabecilla conservador, Mendoza, entró en el recinto. Se trataba de un hombre grueso, moreno, cabeza calva de melón y cuerpo redondo, también como un melón; fumaba un aromático cigarro, que arrojó con gesto tal vez algo teatral al encontrarse en presencia del sacerdote, como si hubiese entrado en una iglesia; saludó con una inclinación tan pronunciada, que maravillaba en sujeto tan enorme. Era extremadamente grave en sus modales, y, especialmente, cuando se relacionaba con instituciones religiosas. Era uno de esos seglares que son más clericales que los mismos clérigos. Todo este comportamiento, en especial cuando era llevado a la vida privada, al padre Brown le molestaba.

—Me parece que yo soy bastante anticlerical —solía decir el curita sonriendo—; estoy seguro de que no habría ni la mitad de clericalismo si lo dejaran en manos de los clérigos.

—¿Y bien, señor Mendoza? —exclamó el periodista, más animado—. Me parece que usted y yo tenemos ya el gusto de conocernos. ¿No estaba usted, el año pasado, en el Congreso Mercantil de México?

Los pesados párpados del señor Mendoza se movieron un poco en señal de consentimiento, mientras sonreía perezosamente, diciendo:

—Ya recuerdo.

—¡Buen trabajo el que se hizo allí en una o dos horas! —exclamó Snaith con fruición—. Todo cambió, y supongo que también usted. ¿No es cierto?

—He de reconocer que me fue muy bien —dijo Mendoza con modestia.

—¡Y aún dirá que no cree en la suerte…! —exclamó el entusiasta Snaith —. La suerte se alía con aquellas personas que saben acogerla oportunamente, y usted se agarró con fuerza a ella. ¡Ah! Pero espero no interrumpir sus asuntos.

—En absoluto —afirmó el otro—. Tengo el honor de venir a menudo a conversar con el padre; nada más que para hablar un rato.

En cierta manera, esta familiaridad entre el padre Brown y el afortunado e incluso famoso hombre de negocios dio fin a la obra de reconciliación del práctico Snaith con el sacerdote. Sintió, como es de suponer, que esta relación

daba mayor respetabilidad al lugar y al edificio del misionero, y se mostró dispuesto a pasar por alto todo recuerdo que se relacionara con la existencia de religión, capillas y casas parroquiales. Se entusiasmó con el programa del cura, por lo menos en su parte seglar y social, e hizo saber que se prestaba desde aquel momento a actuar de portavoz para transmitirlo al mundo entero. Fue entonces cuando el padre Brown comenzó a preocuparse más por la simpatía del periodista que por su reciente hostilidad.

El señor Paul Snaith se puso a realzar con todas sus fuerzas la figura del padre Brown. Remitía a su periódico del Medio Oeste largos y altisonantes elogios del sacerdote. Hacía fotografías del infortunado clérigo, ejercitándose en sus labores más triviales, y las exhibía a gran tamaño en los enormes periódicos dominicales de Estados Unidos. Convertía sus frases corrientes en lemas y no cesaba de presentar al mundo los inagotables mensajes del reverendo de Sudamérica. Cualquier público menos fuerte y probablemente receptivo que el norteamericano estaría un poco harto de tanto padre Brown. En cambio, este recibió elegantes e insistentes proposiciones para dar un ciclo de conferencias por Estados Unidos; y en cuanto rechazó estas ofertas, se levantó un aire de reverente admiración. Un buen número de anécdotas acerca del clérigo, siguiendo la pauta trazada por las historias de Sherlock Holmes, brotaron de la mente del señor Snaith y fueron presentadas a nuestro héroe con el fin de que las apoyara y patrocinara. Como el sacerdote comprendió que acababa de iniciar aquel camino, no se le ocurrió otra cosa, para satisfacer al demandante, que sugerirle que no siguiera. Y de esto, a su vez, el señor Snaith aprovechó para comenzar una encuesta acerca de si sería o no conveniente que el padre Brown desapareciese por un tiempo detrás de una roca, como el héroe del doctor Watson. El padre se veía obligado a llenarse de paciencia y a contestar por escrito a todas aquellas demandas alegando que no podía consentir, bajo ningún pretexto, que aparecieran tales historias y añadiendo, por fin, el ruego de que se dejara pasar un cierto intervalo de tiempo antes de que volvieran a aparecer. Las cartas que contestaba se hacían cada vez más cortas y, cuando escribió la última, lanzó un suspiro.

No es preciso decir que este bombo que se le dio en el norte repercutió en la pequeña localidad donde el padre Brown había pensado vivir olvidado y en solitario destierro. La población inglesa y americana, que había aumentado considerablemente, comenzó a enorgullecerse de contar con un personaje tan universalmente anunciado como lo era el padre. Los turistas americanos que llegaban a Inglaterra pidiendo a gritos que deseaban ver la abadía de Westminster, desembarcaban también aquí, en esta lejana costa, pidiendo a

voz en grito ver al padre Brown. Se llegó incluso a organizar trenes de excursionistas que bautizaron con su nombre, y a reunir grupos de personas que afluían a su residencia como si se tratara de visitar un monumento público. Quienes realmente le molestaron fueron los activos y ambiciosos comerciantes del lugar, que no cesaban de acosarle incansablemente para que probara sus productos y los recomendara con fines publicitarios. Y cuando no eran las cuestiones de propaganda comercial, era la correspondencia lo que le robaba el tiempo, con la plena convicción de que solo le requerían los coleccionistas de autógrafos. Como era una persona bondadosa, accedía con bastante regularidad a las solicitudes, y así contestó con pocas palabras, escritas apresuradamente, a la demanda de un comerciante de Fráncfort llamado Eckstein, carta que iba a marcar en su vida un terrible momento crucial.

Eckstein era un hombrecillo meticuloso, con cabello revuelto y lentes, que estaba terriblemente empeñado en que el sacerdote probara su vino medicinal, y que demostraba un interés desorbitado por saber en qué lugar y momento lo bebería al recibir la muestra.

El sacerdote no se mostró muy sorprendido por la petición, ya que había dejado, desde hacía ya mucho tiempo, de sorprenderse ante las extravagancias publicitarias. Escribió algunas palabras de contestación y pasó después a trabajar en un asunto que le pareció más sensato. Volvieron a llamar, y una nota que procedía nada menos que de su enemigo político, Álvarez, volvió a interrumpir su trabajo. Dicho señor le rogaba que asistiera a una entrevista en la que esperaba llegar a un acuerdo sobre un punto determinado, para lo cual le proponía encontrarse aquella noche en un café de las afueras del lugar. Contestó también a esta tarjeta aceptando la invitación, la entregó a un mensajero de aspecto militar que aguardaba la contestación y, como le quedaban todavía un buen par de horas hasta la cita, se entregó de nuevo a su trabajo en aquello que era realmente de su incumbencia. Transcurridas las dos horas, llenó un vaso con el vino del señor Eckstein y, mirando humorísticamente al reloj, se tomó la bebida y salió para perderse entre las sombras de la noche.

Una intensa claridad lunar resplandecía sobre la pequeña ciudad española, de forma que cuando llegó a la pintoresca puerta de acceso, con su arco, de un marcado rococó, y un fantástico fleco de hojas de palmera, tuvo la sensación de estar en un escenario de ópera española. Una larga hoja de palma de puntas pronunciadas se perfilaba sobre el fondo de la luna, visible desde la otra parte del arco; tenía el aspecto de la mandíbula de un cocodrilo negro. La imagen

hubiera persistido agradablemente en su mente si otra cosa no hubiese llamado la atención de su ojo avizor. El aire se sumergía en una calma mortal y no se percibía ni una ráfaga; sin embargo, él pudo apreciar claramente que algo imprimía un ligero movimiento a la hoja de palmera.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba solo; acababa de dejar atrás las últimas casas, cerradas en su mayoría y con las persianas echadas. Avanzaba entre dos largas paredes de piedras lisas y desiguales, salpicadas aquí y allá con las peculiares hierbas espinosas del país. El camino entre paredes conducía hasta la puerta del pueblo. No podía divisar las luces del café del otro lado de la puerta; probablemente debía de estar demasiado lejos. No distinguía otra cosa que una extensión de terreno, pálido bajo la luna, con unos resistentes arbustos de púas acá y allá. Le pareció intuir algo peligroso; sintió una rara opresión física, y, sin embargo, en ningún momento pensó en volver atrás. Su valor, que era considerable, es posible que no llegara a tanto como su curiosidad. Durante toda su vida había obedecido a los impulsos de una verdadera necesidad intelectual por conocer la verdad, incluso en las cosas más insignificantes. Con mucha frecuencia, tenía que dominarse en nombre de la medida, pero invariablemente persistía en dicho impulso.

Atravesó decididamente el umbral y, al pasarlo, un hombre saltó del árbol como un mono y arremetió contra él con un cuchillo. Al mismo tiempo, otro hombre se deslizó por la pared blandiendo una porra que descargó sobre su cabeza. El padre Brown se volvió, pataleó un poco y acabó por desplomarse hecho un ovillo, pero al dejarse caer apareció en su cara redonda una expresión de apacible e inmensa sorpresa.

En el pueblecillo vivía por aquel entonces un joven americano, muy distinto del señor Paul Snaith. Su nombre era John Adams Race, ingeniero electricista, contratado por Mendoza para surtir al lugar de los más modernos adelantos. Estaba mucho menos familiarizado con la ironía del chismorreo internacional que el periodista americano. Por cierto, América posee un millón de hombres del tipo moral de Race contra uno del tipo de Snaith. Era único, por ser excepcionalmente bueno en su trabajo, pero en todo lo demás era sencillamente vulgar. En el comienzo de su vida fue ayudante de un boticario, y gracias a su disposición y buen hacer se había abierto camino; todavía consideraba a su pueblecillo natal como si fuera el ombligo del mundo. Se le había inculcado, desde las rodillas de su madre, un cristianismo muy evangélico y puritano, cuya raíz encontraríamos en la Biblia familiar, y, cuando le quedaba tiempo para pensar en asuntos de religión, aquella seguía siendo la suya. Entre todas las deslumbrantes luces y más recientes e

imprevistos descubrimientos, cuando llegaba al límite del experimento, haciendo milagros con luces y sonidos, como un dios que crea nuevas estrellas y sistemas solares, jamás dudaba ni por un solo instante de que «las cosas de casa» eran las mejores del mundo: su madre, la Biblia familiar y la quieta y extravagante moral de su pueblecillo. Tenía un concepto serio y noble de la santidad de su madre, como si hubiese sido un francés frívolo. No dudaba de que la religión de la Biblia era la mejor, aunque la dejaba a un lado en cuanto se metía en el mundo moderno. No podía esperarse de él que simpatizara con las demostraciones religiosas de los países católicos, y en la aprensión que sentía por mitras y báculos coincidía con el señor Snaith, aunque no de forma tan presuntuosa. Le disgustaban enormemente los saludos y adulaciones de Mendoza, y, por otra parte, no se sentía nada tentado por el masónico misticismo del ateo Álvarez. Tal vez esa vida semitropical fuera demasiado para él: rasgos de indio bermejo salpicados de oro español. De todas maneras, cuando decía que no había nada que pudiera compararse con su vida casera, no alardeaba. Quería dar a entender que existía, donde fuera, algo sencillo, natural y conmovedor, que él respetaba por encima de todo lo demás. Tal era la actitud de John Adams Race en aquel lugar de América del Sur. Se apoderaba de él, desde hacía tiempo, una sensación rara que contradecía todos sus prejuicios y con la cual no contaba. La verdad era esta: la única cosa que había encontrado en sus viajes y que más le recordaba los viejos montones de madera, las propiedades rurales y la Biblia sobre las rodillas de su mamá era, por razones inescrutables, el rostro redondo y el destartalado paraguas negro del padre Brown.

Sin notarlo, solía observar insensiblemente la vulgar, e incluso cómica, figura negra afanándose de un lado para otro; la observaba con enfermiza fascinación, como si fuera un enigma errante o un contrasentido. Representaba todo lo que él odiaba, pero en el fondo de esta persona había encontrado algo que inevitablemente le atraía; era como si hasta entonces hubiese sido tentado por insignificantes diablos y, al topar con el verdadero, cayera en la cuenta de que, al fin y al cabo, el demonio era una persona bastante normal.

Sucedió, pues, que estando asomado a su ventana aquella noche vio pasar al Diablo, al culpable de infinidad de cosas; vestía un ancho sombrero negro y su larga sotana negra y, arrastrando los pies por la calle, se dirigía hacia el portalón. Lo miraba con un interés que él mismo no podía explicarse. Le entró una viva curiosidad por saber adónde se dirigía y qué asunto llevaba entre manos. Luego vio otra cosa, que despertó más aún su interés. Dos hombres,

que pudo reconocer, pasaron ante su ventana como ante un escenario iluminado. Un rayo azulado de la luna dibujó un halo espectral alrededor del enmarañado cabello del pequeño Eckstein, el comerciante de vinos, y delineó una silueta más alta y oscura, de perfil aguileño y extravagante y anacrónico sombrero de copa negro, que le daba un aire extraño al conjunto, como una pantomima de sombras chinescas. Race se lamentó por dejar que su fantasía siguiese tales derroteros a la luz de la luna; cuando volvió a mirar, reconoció el bigote caído, negro y español, y las facciones pronunciadas del doctor Calderón, un médico eminente de la ciudad, a quien había visto cuidar a Mendoza. Había algo en el modo en el que los hombres se hablaban por lo bajo y fisgaban la calle que le resultó extraño; por un impulso súbito saltó por su ventana baja y sin sombrero les siguió calle abajo. Los vio desaparecer por el oscuro portalón y un momento después oyó un grito terrible: era agudo y desgarrador y removió la sangre de Race, puesto que le hablaba de algo muy concreto en un lenguaje para él desconocido.

Instantes después, oyó el ruido de pasos presurosos, de gente que chillaba y de una confusión tal que hizo estremecer las piedras y las copas de las altas palmeras de alrededor; hubo un movimiento entre la muchedumbre que se había congregado que le indicó que se disponían a cruzar el portal. En aquel instante, desde la entrada oscura retumbó, con una resonancia inaudita, inteligible esta vez, pero con el timbre de algo que suena a fatalidad, un grito proferido por alguien:

—¡El padre Brown ha muerto!

Nunca supo lo que pasó por su mente o por qué le falló de repente algo sobre lo que descansaba; fue corriendo hacia el umbral y se encontró con que su paisano, el periodista Snaith, salía del lóbrego antro con una mortal palidez en su rostro y chasqueando los dedos muy agitado.

—Es absolutamente cierto —exclamó Snaith en un tono de voz que para él era casi de reverencia—. Está muerto. El doctor le ha examinado y no hay nada que hacer. Alguno de esos malditos mestizos le ha aporreado cuando cruzaba el portal… ¡Sabe Dios por qué! Será una gran pérdida para el lugar.

Race no contestó, o tal vez no podía hacerlo. Se puso a correr hacia el lugar del suceso. La pequeña figura negra yacía en el suelo sobre anchas piedras salpicadas acá y allá por pequeños cactus; el creciente grupo era apartado por los ademanes de una figura gigantesca. Había muchos que se doblaban y movían al son de sus vaivenes, como si se tratara de un prestidigitador.

Álvarez, el dictador y demagogo, era un sujeto alto, generalmente vestido con trajes muy llamativos. En aquel momento llevaba uno verde, con serpientes de plata bordadas cruzándose por todas partes. De su cuello pendía una condecoración colgada de una cinta color pardo subido. Su corto cabello rizado era ya gris y en contraste con su piel, que para sus amigos era color oliva y para sus enemigos color cetrino, parecía de oro, como si llevara una máscara de ese metal. Su rostro largo, generalmente vivo y jocoso, estaba en aquel momento a la altura de las circunstancias. Declaró que había estado esperando al padre Brown en el café cuando oyó un ruido, un golpe, y a su salida halló el cadáver tendido sobre las losas.

—Ya sé lo que la mayoría de ustedes piensa… —dijo echando una mirada altanera—, y si ustedes me temen, como veo, lo diré yo en su lugar. Soy un ateo, y no tengo un Dios a quien poner por testigo de mis palabras frente a los que no me creen. Pero a todos digo, en nombre del más profundo honor que pueda tener como soldado o como hombre, que no he tenido parte alguna en todo esto. Si los causantes de este crimen se pusieran al alcance de mi mano, me regocijaría colgándolos de aquel árbol.

Sus palabras provocaron un silencio impresionante.

—Naturalmente que nos alegramos de oírle decir semejantes cosas —dijo el viejo Mendoza, serio y solemne al lado del cuerpo de su coadjutor muerto —. Este golpe ha sido demasiado importante para que podamos ahora expresarlo adecuadamente. Sería, en mi opinión, más decente y correcto levantar el cadáver de mi amigo y dar fin a esta inesperada convocatoria. Comprendo —añadió dirigiéndose gravemente hacia el doctor— que no queda, por desgracia, lugar a dudas.

—No hay, en efecto, lugar a dudas —dijo el doctor Calderón.

John Race se volvió a su alojamiento triste y con un peculiar sentimiento de vacío. Le parecía inaudito echar de menos a una persona a quien nunca había tratado. Se enteró de que el funeral iba a ser al día siguiente, ya que todos consideraban que era preferible zanjar la cuestión lo antes posible, porque se preveían disturbios que serían más probables cuanto más tiempo discurriera. Snaith había visto a los cobrizos alineados en la baranda como una hilera de antiguas imágenes aztecas talladas en madera de color rojo zorruno. Pero jamás les había visto como cuando se enteraron de la muerte del sacerdote.

Se mostraron dispuestos a revolucionarse y a linchar al cabecilla republicano si el respeto que debían al ataúd de su director espiritual no se lo hubiese impedido. Y los verdaderos asesinos, a quienes hubiera sido más

natural linchar, se habían desvanecido en el aire como el humo. Nadie conocía sus nombres ni sabían si el muerto había logrado ver sus rostros. Aquella expresión de sorpresa, que aparentemente fue su última mirada terrenal, pudo deberse a que los había reconocido. Álvarez no cesaba de repetir con violencia que no habían sido maquinaciones suyas y estuvo presente en el entierro, caminando detrás del ataúd con su espléndido traje de color verde y plata, haciendo gala de un aire de raro acatamiento.

Detrás de la balconada, había una escalinata de piedra que trepaba por una pendiente verde muy pronunciada. La escalera estaba bordeada de cactus. El ataúd se colocó sobre dicho promontorio bajo el gran crucifijo que dominaba la calle y el camposanto. En el exterior había un verdadero océano de gente lamentándose y rezando el rosario; un pueblo huérfano que acababa de perder a su padre. A pesar de tantos detalles suficientes para provocarlo, Álvarez se comportó con respeto y mesura, y todo habría salido a pedir de boca —pensó Race— si los demás no le hubieran pinchado. Race pensó con tristeza que el viejo Mendoza se había comportado siempre como un viejo loco y que, indudablemente, ahora lo seguía haciendo. Siguiendo una costumbre de los pueblos más primitivos, el ataúd estaba abierto y el rostro del difunto destapado, lo que constituía un espectáculo patético para aquellas gentes sencillas. Aquel espectáculo tradicional habría carecido de consecuencias si alguien, inoportuno al máximo, no hubiese añadido al acto la costumbre de los librepensadores franceses de pronunciar discursos ante la tumba. Mendoza pronunció su discurso, bastante largo, por lo que el espíritu de John Race y las simpatías por la religión cuyos ritos presenciaba se iban enfriando más y más. Desplegó ante el auditorio una lista de cualidades santas y anticuadas con la pesadez típica de orador de sobremesa que no sabe cuándo sentarse. Esto en sí era ya bastante malo; pero resultó de una estupidez descontrolada que Mendoza comenzara a reprochar e incluso a provocar a sus adversarios. En tres minutos, montó una escena tal que resultó un escándalo extraordinario.

—Con razón podemos preguntarnos —profirió lanzando una mirada retadora a su alrededor—, con razón podemos preguntarnos, digo, ¿cómo es posible concebir tales virtudes en aquellos que han abandonado la fe de sus padres? Es en el momento en que existen ateos entre nosotros, cabecillas ateos, e incluso, bien puedo decirlo, gobernantes ateos, cuando vemos a su infame filosofía dar sus frutos en crímenes como el que lloramos. Si preguntásemos quién asesinó a este santo varón, encontraríamos, sin duda alguna…

El África salvaje asomó a los ojos de Álvarez, el híbrido aventurero, y a Race le pareció ver en él, de pronto, al hombre que a fin de cuentas no es más que un bárbaro que carece del pleno dominio de sus instintos; era posible vislumbrar que su «iluminado» trascendentalismo tenía ribetes de Vudú. De cualquier modo, Mendoza no pudo continuar, pues Álvarez se había puesto en pie y vociferaba contra él, ahogando con su voz la de su rival y valiéndose de la fuerza infinitamente superior de sus pulmones.

—¿Quién lo mató? —rugía—. ¡Lo mató vuestro Dios! ¡Su propio Dios! En vuestra opinión, envía la muerte a todos sus fieles e ineptos servidores, como la envió a ese.

Y acompañando tales palabras hizo un gesto violento, señalando no al ataúd, sino al crucifijo.

Con apariencia de dominarse algo más, continuó en tono enojado aún, pero más persuasivo:

—Yo no creo en ello, pero vosotros sí. ¿No es infinitamente preferible no tener Dios que tener uno que os robe de esta manera? No temo, por mi parte, deciros que Dios no existe. No hay poder alguno en todo ese ciego universo a la deriva que pueda oír vuestras plegarias o devolver a vuestro amigo. Por más que roguéis al cielo que lo levante, no resucitará. Por más que desafiéis al cielo a moverle, no lo moverá; lo afirmaré en cualquier parte: no creo en el Dios que no se presenta a despertar al hombre entregado al sueño eterno.

Hubo un silencio sobrecogido, señal de que el demagogo había logrado el efecto que pretendía.

—Ojalá hubiésemos sabido —afirmó Mendoza con voz sombría y entrecortada— que un hombre de su calaña…

Una nueva voz interrumpió sus palabras; una voz aguda y penetrante, con marcado acento norteamericano.

—¡Callen, callen! —exclamó el periodista Snaith—. ¡Algo sucede! ¡Juraría que le he visto moverse!

Subió corriendo los peldaños y se echó encima del ataúd, al propio tiempo que las multitudes se movían con indescriptible frenesí. El joven se volvió totalmente asombrado, y haciendo un gesto con el dedo llamó al doctor Calderón, que se apresuró a ponerse junto a él. Cuando los dos hombres se retiraron del lado del ataúd, todos pudieron comprobar que el difunto había cambiado la cabeza de posición. Un murmullo de entusiasmo comenzó a levantarse de la multitud y, de repente, quedó cortado. El sacerdote, con un quejido, se incorporó apoyándose sobre un codo y mirando con ojos legañosos y parpadeantes a la multitud.

John Adams Race, que hasta entonces solo había presenciado milagros científicos, no ha llegado jamás a describir el trastorno de los días siguientes. Le parecía haber salido del mundo temporal y espacial y vivir en el imposible. En media hora, el pueblo y su comarca se había convertido en algo no visto desde hacía millares de años. Personajes de la Edad Media convertidos en una sociedad de monjes ante un milagro portentoso; una ciudad griega a la que acabase de descender un dios. Miles de personas se prosternaban por las calles; cientos de ellas hacían promesas en aquel lugar, e incluso los dos espectadores norteamericanos no pudieron hablar ni pensar en otra cosa, durante los días siguientes, que sobre el inaudito milagro. El mismo Álvarez estaba conmovido, como es lógico, y se sentó con la cabeza entre las manos.

Y en medio de este felicísimo desenlace, un hombrecillo se debatía por hacerse oír. Su vocecita era débil y baja y el ruido ensordecedor; hacía pequeños ademanes que daban más la imagen de un hombre irritado que de cualquier otra cosa. Se acercó a la orilla del parapeto y levantó las manos hacia la multitud para apaciguarla; sus movimientos parecían el aleteo de las cortas alitas de los pingüinos. El ruido se acalló un poco, y entonces el padre Brown, por primera vez, llegó al máximo de indignación contra su rebaño.

—¡Oh, gente necia! —pudo exclamar al fin con voz fuerte y acalorada—. ¡Oh, necios, más que necios!

De pronto, pareció recuperar el dominio de sí mismo y se dirigió hacia la escalera por la que comenzó a bajar con su porte habitual.

—¿Adónde va usted, padre? —dijo Mendoza, con más veneración de la acostumbrada.

—A la oficina de telégrafos —dijo el padre Brown, presuroso—. ¿Qué? No, claro que no es un milagro. ¿Por qué razón ha de ser un milagro? Los milagros no son tan frecuentes.

Bajó a empellones las escaleras, pues la gente se postraba ante él, pidiendo su bendición.

—Benditos seáis, benditos seáis —repetía el padre Brown, presuroso—. Dios os bendiga y os dé más sensatez.

Salió con una prisa extraordinaria hacia la oficina de telégrafos y una vez allí telegrafió al secretario del obispo: «Por aquí corre el bulo de un milagro; espero que su eminencia no le preste oídos. Es un rumor infundado».

Al volver en sí de su esfuerzo, sintió que las piernas le flaqueaban y John Race le tomó por el brazo.

—Permítame que le acompañe a su casa; merece muchas más atenciones de las que esta gentuza le otorga.

John Race y el sacerdote estaban sentados en el despacho parroquial; la mesa aún estaba abarrotada de papeles, en los que había trabajado el cura el día anterior; la botella de vino y el vaso vacío estaban aún sobre la mesa donde los había dejado.

—Y ahora —dijo el padre Brown con cierto enojo—, ahora puedo pensar.

—Yo, en su lugar, no pensaría demasiado —dijo el americano—; es mejor que descanse. Además, ¿sobre qué va usted a pensar?

—Me he visto en el caso de tener que investigar algunos asesinatos —dijo el padre Brown—, y ahora me veo en el caso insólito de investigar mi propio asesinato.

—Le digo que yo en su lugar tomaría un poco de vino —insistió Race.

El padre Brown se levantó y llenó el vaso, lo tomó en su mano, miró pensativo a lo lejos y lo volvió a dejar; a continuación se sentó y prosiguió diciendo:

—¿Sabe usted lo que sentí cuando me moría? Puede usted no creerlo, pero me sentí invadido por una gran sorpresa.

—Claro —repuso Race—, supongo que estaría usted sorprendido de que alguien le aporreara en la cabeza.

El padre Brown se acercó a John Race y le cuchicheó:

—Me sorprendí precisamente de que no me golpearan en la cabeza.

Race le miró unos instantes con la sospecha de que realmente había sido eficaz el aporreamiento; no obstante, dijo sencillamente:

—¿Y qué quiere usted decir?

—Cuando aquel hombre blandió con todas sus fuerzas la porra, me maravilló de que no parara sobre mi cabeza y que ni tan solo la tocara, de la misma manera que el otro sujeto armado de un cuchillo arremetió como para maltratarme y ni siquiera me hizo un rasguño. Era como si representáramos una obra de teatro. Eso es. Pero lo que siguió fue realmente extraordinario. —Se fijó pensativo en los papeles que había sobre la mesa, y continuó diciendo—: a pesar de no alcanzarme ni cuchillo ni porra, sentí que se me doblaban las piernas y que la vida me abandonaba. Sabía que algo me había tocado, pero algo que no eran aquellas armas. ¿Sabe usted a qué creo que se debió?

Y, extendiendo la mano, indicó el vaso de vino que estaba encima de la mesa.

Race lo tomó, lo miró y lo olfateó.

—Creo que está en lo cierto —dijo—. Yo empecé en una farmacia y estudié química. No se lo puedo asegurar sin antes haber hecho un análisis, pero creo que hay algo raro en este mejunje. Existen drogas que, según

recetas asiáticas, pueden producir un aletargamiento temporal parecido a la muerte.

—Eso es —exclamó el padre con calma—. Todo el milagro fue tramado por la razón que se quiera. La escena funeraria fue escogida y planeada. Creo que forma parte de esa manía publicitaria que se ha apoderado de Snaith; pero me resisto a creer que llegara a tanto solo por esa razón. Al fin y al cabo, no ha hecho más que hacerme pasar por una farsa a lo Sherlock Holmes y…

Mientras hablaba, el rostro del sacerdote varió de expresión, sus parpadeantes párpados se cerraron de pronto y se levantó como si se hubiese atragantado. Alargó finalmente el brazo como si quisiera llegar a tientas a la puerta.

—¿Adónde va usted? —preguntó su compañero sorprendido.

—Ya que me lo pregunta —exclamó el padre Brown, que había palidecido por completo—, iba a rezar. O mejor dicho, a alabar.

—No lo comprendo: ¿qué es lo que le sucede?

—Iba a agradecer a Dios por haberme salvado de una manera tan extraña e inconcebible. Me salvó por un centímetro.

—Naturalmente; está claro —dijo Race—; no profeso su religión, pero créame, tengo la suficiente fe para comprenderlo. Es muy natural que dé usted gracias a Dios por haberle salvado de la muerte.

—No —exclamó el sacerdote—. No de la muerte, sino de la desgracia.

Su compañero continuaba sentado, mirándolo boquiabierto, y las palabras que oyó después fueron proferidas como un sollozo.

—¡Si solo hubiese sido mía la desgracia! Era la ruina de todo lo que yo represento, el anonadamiento de la fe lo que ellos pretendían. ¡Lo que hubiera podido suceder! El mayor y más espantoso escándalo que jamás se ha cernido sobre nosotros desde que se ahogó la última mentira en la garganta de Titus Oates[5].

—Pero ¿de qué me está usted hablando? —preguntó su compañero.

—Será mejor que se lo diga de una vez —exclamó el sacerdote sentándose y disponiéndose a hablar con más calma—. Se me ocurrió de repente, cuando mencioné los nombres de Snaith y Sherlock Holmes. Recuerdo lo que una vez escribí sobre su absurdo proyecto; era un comentario muy natural, y me inclino a creer que tramaron la cosa de forma que no pudiera escribir otra cosa, sino esas precisas palabras. Decían, más o menos: «Estoy dispuesto a morir y a volver a la vida como Sherlock Holmes, si es esto lo que conviene». Y, en el instante en que me he dado cuenta de ello, he comprendido que me habían hecho escribir una cantidad de cosas parecidas a

esta y encaminadas todas a un mismo fin. Escribí, como si me dirigiera a mi propio cómplice, una tarjeta diciendo a qué hora tomaría la droga. ¿Comprende usted ahora?

Race se puso de pie y exclamó:

—Sí, me parece que empiezo a comprenderlo.

—Ellos habrían voceado el milagro a los cuatro vientos, luego habrían descubierto la farsa y, lo que es peor, habrían probado mi complicidad en el asunto. Se habría convertido entonces en nuestra farsa milagrera. Eso es todo. Y espero que jamás ni usted ni yo estemos tan cerca del infierno.

Prosiguió, después de una pausa, con voz queda, diciendo:

—Hay que reconocer que habrían sacado mucho tema de mí.

Race miró a la mesa y añadió frunciendo el ceño:

—¿Cuántos de esos canallas cree usted que están implicados?

El padre Brown meneó la cabeza y dijo:

—Me temo que hay más de los que quisiera imaginarme. Espero que algunos solo actuaran de instrumento. Álvarez puede tener la opinión de que en la guerra todo es lícito. Su mente es muy peculiar. Mucho me temo que Mendoza sea un hipócrita empedernido; no me fie nunca de él y él aborrecía mi actuación en asuntos comerciales. Para todo habrá tiempo. Ahora tengo que ir únicamente a dar gracias a Dios por haber escapado, y en especial por haber telegrafiado enseguida al obispo.

John Race estuvo muy pensativo.

—Me ha explicado usted muchas cosas que yo desconocía —exclamó al fin—, y me siento obligado a decirle lo único que usted ignora. Puedo imaginarme lo bien que calcularon esos individuos. Creían que cualquier hombre, despertándose en su ataúd y hallándose canonizado y convertido en un milagro ambulante para que todos le admiraran, no titubearía en caer fascinado por sus adoradores y en aceptar la corona de gloria que le venía del cielo. Y veo que sus cálculos eran lo bastante acertados por lo que toca a la psicología de la mayor parte de la gente. He visto infinidad de hombres en infinidad de lugares distintos y le digo con toda franqueza que no creo que haya uno solo entre mil que pudiera despertar en la completa posesión de sus facultades. Y que hablando, casi en sueños, tuviera la ingenuidad, sencillez y humildad de… —Race quedó muy sorprendido al ver que se conmovía y que le temblaba la voz.

El padre Brown le miraba abstraído mientras dirigía los ojos de una manera bastante zumbona a la botella que estaba sobre la mesa.

—Veamos —dijo— lo que le parece una botella de vino verdadero.

LA SAETA DEL CIELO

Presumo que un buen centenar de historias detectivescas deben de empezar con el descubrimiento del asesinato de un millonario norteamericano al que, por una u otra razón, se considera como una grave calamidad. La presente historia, me alegra confesarlo, va a comenzar también con el asesinato de un millonario; o mejor dicho, el caso es que debe comenzar con tres millonarios asesinados, cosa que a algunos les parecerá un *embarras de richesse*. A esta coincidencia o continuidad de crímenes se debió, básicamente, que el asunto siguiera otro camino que el común a todas las cosas criminales y se convirtiera en este enigma tan extraordinario.

La opinión pública se inclinaba por pensar que todos ellos habían sido víctimas de cierta venganza o castigo inherente al hecho de poseer un cáliz, con incrustaciones de piedras preciosas y conocido vulgarmente con el nombre de «el vaso copto». Su origen era poco conocido, y, sin embargo, según conjeturas verosímiles, debió de haberse aplicado a usos religiosos, por lo que algunos llegaban a atribuir el desdichado fin de sus poseedores al fanatismo y celo de un supuesto cristiano oriental, horrorizado de ver la reliquia en manos tan profanas. Con todo, el misterioso asesino, se tratase o no en realidad de un fanático, había llegado a adquirir una figura extravagante y sensacionalista para el mundo periodístico y de las habladurías. Al misterioso ser se le había adjudicado un nombre, o apodo. En la presente historia intentaremos estudiar el caso de la tercera víctima, el único en que tiene la oportunidad de intervenir un tal padre Brown, personaje de estos sencillos relatos.

Tan pronto como el padre Brown descendió del transatlántico y puso el pie en tierra americana, descubrió, como les sucede a muchos ingleses, que su persona era mucho más importante de lo que había imaginado. Su baja estatura, su porte poco distinguido y propio del que es corto de vista, con sus raídas ropas negras de clérigo, le permitían pasar inadvertido en su propio país por todas partes, sin llamar la atención por ningún concepto extraordinario, como no fuera por su inusitada insignificancia. ¡Ah, pero América tiene un ingenio especial para alentar el crecimiento de la fama! El haber participado en la solución de uno o dos problemas criminales y el hecho de su larga asociación con Flambeau, exdelincuente y detective, le habían valido en América una reputación real, cuando en Inglaterra no pasaba de ser

un vago rumor. Su cara redonda palideció de sorpresa al verse rodeado en el muelle por un enjambre de periodistas que, como una banda de malhechores, le asediaban con preguntas acerca de todas aquellas cuestiones en las cuales se había creído menos competente, como algunos detalles del vestido femenino, o sobre las estadísticas criminales del país que acababa de pisar. Debía de ser el contraste con la oscura agitación de aquel grupo lo que hacía más vivida a una figura, algo distante, de pie y completamente aislada y oscura, bajo el deslumbrante sol de aquel luminoso lugar y estación: la figura de un hombre alto, de tez amarillenta, con grandes gafas, que con un gesto lo paró después de que los periodistas cumplieran su cometido, diciendo:

—Perdone usted; creo que está buscando al capitán Wain.

Debemos ser benévolos con el padre Brown, teniendo en cuenta que él lo hubiera sido para con cualquiera que se hubiese encontrado en su caso; debemos tener en cuenta que por primera vez se enfrentaba con América, y, sobre todo, que jamás había visto aquella clase de gafas con montura de concha, pues la moda no había llegado aún a Inglaterra. Su primera impresión fue la de hallarse ante un monstruo marino con gafas de bucear, cuya cabeza le sugería la imagen vaga de un casco de submarinista. Por lo demás, el hombre iba exquisitamente vestido; y a Brown, con toda su inocencia, las gafas le parecieron el objeto más extravagante en la figura de un *dandy*. Era como si un *dandy*, con un toque de exquisita elegancia, se hubiese adornado con una pata de palo. Hay que decir que la pregunta que le acababa de dirigir le dejó también un poco aturdido. Era cierto que un aviador llamado Wain, amigo de unos amigos franceses, coincidía con una de las personas anotadas en la larga lista de los que deseaba ver durante su visita a América; pero nunca había imaginado encontrarle tan pronto.

—Perdone —dijo, titubeando—, ¿es usted el capitán Wain? ¿Le… conoce usted?

—Creo estar bastante seguro de que no soy el capitán —dijo el hombre de las gafas y cara de pocos amigos—. Me convencí de ello al ver al capitán, esperándole a usted allá abajo, en el coche. Pero debo confesarle que la otra pregunta que me ha dirigido es algo más problemática. He de contestar que sí conozco al capitán Wain y a su tío y también al viejo Merton. Conozco al viejo Merton, aunque el viejo Merton no me conoce a mí. Y él cree que me lleva la ventaja, creyendo yo, a mi vez, que se la llevo. ¿Comprende?

El padre Brown no comprendía gran cosa. Tenía los ojos puestos en el radiante pedazo de mar, en las torres de la ciudad y luego los dirigió al hombre de gafas. No era solo el enmascaramiento de los ojos lo que daba en

este la sensación de impenetrabilidad, sino algo también de su rostro amarillento, de aspecto asiático e incluso chino; por otra parte, su conversación parecía consistir en yacimientos estratificados de ironía. Era un tipo de los que aparecen de vez en cuando en el seno de aquella población sociable y cariñosa; era el tipo del americano inescrutable.

—Me llamo Drage —dijo—, Norman Drage; soy ciudadano americano, con lo que queda todo explicado; por lo menos, yo creo que su amigo Wain tendrá la amabilidad de explicar el resto; así es que dejaremos para otra ocasión lo del 4 de julio.

El padre Brown se dejó arrastrar, sin salir de su asombro, hacia un coche no muy distante en el que un joven con mechones de cabello rubio desordenado y semblante atrevido e indómito le saludó de lejos, presentándose como Peter Wain. Antes de que el sacerdote pudiera saber dónde se encontraba, estaba ya sentado en el coche y atravesando a considerable velocidad las calles y afueras de la ciudad. No estaba acostumbrado al carácter impetuoso y expeditivo de las cosas de América, así que se sintió tan sobrecogido como si se le condujese en un carro tirado por dragones al país de las hadas. Bajo el efecto de estas desconcertantes condiciones, gracias a los largos monólogos de Wain y a algunas frases de Drage, pudo conocer la historia del vaso copto y de los dos crímenes relacionados con él. A juzgar por su relato, Wain tenía un tío llamado Crake que estaba asociado con un señor apellidado Merton, el tercero en la serie de potentados a los que había pertenecido la joya. El primero de ellos, Titus P. Trant, el rey del cobre, había recibido cartas amenazadoras de un sujeto que firmaba como Daniel Doon. Dicho nombre era con probabilidad un seudónimo que representaba a un personaje muy conocido, pero no muy popular, algo así como una mezcla entre Robin Hood y Jack el Destripador. Pues pronto se puso en claro que el autor de los anónimos no se limitaba a advertir, sino que llegaba a amenazar de muerte. En resumidas cuentas, el resultado fue que se encontró el cadáver del viejo Trant con la cabeza bañada en su propia sangre y sin que apareciera la menor huella del asesino. Afortunadamente, el vaso copto estaba depositado en el banco y pasó, con el resto de sus bienes, a su primo Brian Horder, hombre también muy rico que, a su vez, fue amenazado de idéntica forma por el singular enemigo. Brian Horder fue hallado muerto al pie de una roca, delante de su residencia, donde se cometió también un robo a gran escala. Aunque el vaso copto estaba de nuevo a salvo, robaron suficientes resguardos y valores como para dejar en situación crítica los asuntos de Horder.

—La viuda de Brian Horder —explicó Wain— tuvo que vender la mayor parte de sus bienes, y, según creo, Brander Merton debió de comprar el vaso entonces, porque ya lo tenía cuando le conocí. No obstante, puede usted adivinar por lo dicho que no es algo que se tenga cómodamente.

—¿Ha recibido el señor Merton alguna vez cartas amenazadoras? —preguntó el padre Brown tras un corto silencio.

—Por supuesto —dijo el señor Drage. Y algo en su voz hizo que el sacerdote se volviera a mirarlo con curiosidad, hasta notar que el hombre de las gafas se estaba riendo por lo bajo con una risa que estremeció al forastero.

—Seguro que las ha recibido —dijo Peter Wain, caviloso—. Confieso que jamás he visto tales cartas. Las ve únicamente su secretario, pues Merton es muy reservado en todo lo que atañe a sus negocios, cosa frecuente en los grandes comerciantes. Sin embargo, le he visto realmente fuera de sí y trastornado por la lectura de algunas cartas y he visto también cómo rompía otras antes de que su secretario las viera. El mismo secretario anda nervioso y cree que alguien acecha al viejo, por lo que, en resumidas cuentas, le agradeceríamos mucho un pequeño consejo sobre el particular. A oídos de todos ha llegado su reputación, padre Brown, y el secretario me ha pedido que usted considere la posibilidad de ir directamente a casa de Merton.

—Ya veo —contestó el padre Brown, que comenzaba a aclararse sobre el significado del rapto—. Aunque no veo en qué puedo ser eficaz si ustedes no lo son. Ustedes están en el lugar y deben de tener mil detalles más en los que basar una conclusión científica que los que yo pudiera aportar en una visita de paso.

—Sí —dijo el señor Drage con aspereza—, nuestras conclusiones son demasiado científicas para ser ciertas. Me he convencido de que si algo hirió mortalmente a Titus P. Trant fue algo venido del cielo y que no se presta a una exposición sistemática: fue lo que generalmente llaman un castigo de Dios.

—¿No querrá decir que su muerte fue sobrenatural? —gritó Wain.

No se podía adivinar fácilmente lo que el señor Drage tenía intención de contestar, pues si decía que alguien era un tipo estupendo, probablemente quería dar a entender que era un loco. El señor Drage mantuvo una típica compostura oriental hasta que el coche se detuvo en el lugar que indudablemente era su punto de destino. Se trataba de un sitio muy particular. Habían viajado por una zona cubierta de bosque despejado, que se abría a una desahogada llanura en la cual se descubría un edificio consistente en una altísima pared circundando algo semejante a un campamento romano con

visos de aeródromo. La tapia no parecía hecha de piedra ni de madera, y cuando el padre Brown la miró detenidamente, advirtió que estaba hecha de metal.

Se bajaron todos del coche y, después de manipular en una puertecita como si fuera una caja fuerte blindada, la abrieron con cautela. Ahora, con gran sorpresa del padre Brown, el individuo llamado Norman Drage no pareció dispuesto a entrar, sino que se despidió de ellos con un regocijo siniestro.

—No quiero entrar —dijo—. Sería un placer demasiado intenso para el viejo Merton y a lo peor se muere de la emoción.

El hombre se marchó y el padre Brown, sorprendiéndose cada vez más, cruzó el umbral de acero cuya puerta se cerró de golpe tras él. El recinto era un jardín grande y cuidado, con matas de alegres y variados colores, aunque sin árboles, arbustos ni flora de ninguna clase. En su centro se levantaba una casa de construcción elegante y a la vez sorprendente, pero tan alta y estrecha que parecía una torre. El sol resplandecía acá y allá sobre las tejas de cristal. La parte baja parecía no tener ventanas. Sobre todo ello se destacaba aquella limpidez y resplandor característicos de la clara atmósfera americana. El recibidor estaba adornado con mármoles, metales y esmaltes de brillantes colores, pero no había escalera, sino únicamente el hueco para un ascensor, guardado por dos poderosos y fornidos hombres que parecían policías de paisano.

—Una protección muy estudiada, ¿verdad? —dijo Wain—. Quizás se sonría usted, padre Brown, ante el hecho de que Merton tenga que vivir en una fortaleza así, sin un árbol en el jardín para impedir que alguien pueda esconderse detrás. Sin embargo, no sabe usted todo lo que la gente de este país puede llegar a ingeniar. Y tampoco, tal vez, sospechará usted lo que significa el nombre de Brander Merton; es un personaje de aspecto apacible, que pasaría inadvertido por las calles, aun cuando ahora no tenga muchas oportunidades de hacerlo, pues puede salir solamente alguna que otra vez y en coche cerrado. Y si le sucediera algo a Brander Merton, habría terremotos desde Alaska a las Islas de los Caníbales. Yo creo que no ha habido jamás un rey o emperador que tuviera tanto poder sobre las naciones como él. Si le hubiera propuesto a usted visitar al zar o al rey de Inglaterra, no dudo que, al menos por curiosidad, usted hubiera aceptado; no es que me figure que tiene usted especial interés por los zares o los millonarios, sino que solo lo digo porque el poder siempre despierta curiosidad. Y espero que no sea ir contra sus principios visitar a una especie de emperador moderno como Merton.

—Nada de eso —dijo el padre Brown—, mi deber es visitar a prisioneros y demás hombres desgraciados que se encuentran en cautividad.

Se hizo un silencio y el joven frunció el entrecejo, adoptando su rostro una expresión extraña y furtiva. Luego dijo con brusquedad:

—Debe usted recordar que no son presentimientos vulgares o la mano negra lo que va contra él. Este Daniel Doon se parece mucho al mismísimo diablo. Si no, fíjese usted en la manera como se deshizo de Trant en su propio jardín y de Horder frente a su casa, sin dejar la menor huella.

El último piso del edificio, rodeado de muros de enorme grosor, consistía en dos habitaciones: una antesala, a la que entraron, y una habitación que era el sancta sanctorum del multimillonario. Mientras entraban en la antesala, dos visitas salían de la habitación. Peter Wain saludó a una de ellas como su tío: era un hombre bajo, pero muy fuerte y activo, con la cabeza afeitada y una cara tan curtida que era demasiado oscura para haber sido blanca alguna vez. Era el viejo Crake, vulgarmente conocido como Hickory Crake, en recuerdo del famoso viejo Hickory, por su fama en las últimas guerras con los pieles rojas. Su compañero ofrecía a su lado un contraste muy singular; era un caballero muy apuesto y elegante con un cabello tan oscuro como si le hubiesen dado barniz negro y con una cinta negra sujeta al monóculo: era Bernard Blake, el abogado del viejo Merton, que había estado discutiendo con los dos socios los negocios de la casa. Los cuatro hombres se saludaron en el centro de la antesala y sostuvieron una pequeña conversación de cumplido, mientras unos esperaban marcharse y otros entrar en la sala contigua. Entretanto, otra persona permanecía sentada en el umbral de la habitación interior, grande e inmóvil en la penumbra proyectada por la ventana del otro aposento; un hombre con cara de negro y espaldas enormes. Era la imagen de lo que el criticismo americano llamaría el hombre malo; sus amigos le llamaban guardaespaldas y sus enemigos matón.

Este hombre no se movía para saludar a nadie; pero, al verle en la antesala, Peter Wain pareció volver a sus pasados temores.

—¿Hay alguien con el jefe? —preguntó.

—No te pongas nervioso, Peter —dijo su tío—. Wilton, el secretario, está con él; supongo que no hay problema. Wilton no pega ojo con tal de vigilar a Merton. Es más eficaz que veinte guardaespaldas. Y es rápido y silencioso como un indio.

—Tú lo sabes mejor que yo —repuso el sobrino, riendo—. Recuerdo las jugarretas de los pieles rojas que me contabas cuando era niño y me gustaba

leer las historias de sus hazañas, aunque en ellas parecían llevarse siempre la peor parte.

—En realidad no era así —dijo el viejo malhumorado.

—¿Ah, no? —preguntó el pulido señor Blake—. Creí que eran poco más o menos impotentes ante nuestras armas de fuego.

—He visto a un indio frente a cien escopetas y, sin otra arma que un cuchillo, matar con él a un hombre que estaba a mi lado sobre una fortaleza —dijo Crake.

—¿Y cómo lo hizo? —preguntó el otro.

—Lanzándole el cuchillo —dijo Crake—; lo arrojó con presteza antes de que una bala lo alcanzara. No sé dónde debió de aprender el truco.

—Espero que no lo tengas que aprender tú —dijo su sobrino, riendo aún.

—Me atrevería a decir —dijo el padre Brown pensativo— que esta anécdota pudiera tener una moraleja.

Mientras hablaban, el secretario, el señor Wilton, salió de la habitación interior y tomó la postura de quien espera. Era un hombre pálido y rubio, de mentón cuadrado y ojos serenos, con la mirada de perro; no era difícil comprender que poseía el ojo avizor de un perro guardián.

Dijo únicamente:

—El señor Merton estará a su disposición dentro de diez minutos.

Estas palabras fueron la señal de partida para el grupo. El viejo Crake pretextó que debía marcharse y su sobrino salió con él y su acompañante, dejando al padre Brown con el secretario, puesto que el gigante negro, en el otro extremo de la habitación, no se hacía sentir como viviente; estaba sentado, inmóvil, de espaldas a ellos, mirando hacia la otra habitación.

—Todo está dispuesto de una manera consciente, ¿verdad? —dijo el secretario—. Con seguridad conocerá usted la historia de Daniel Doon y la razón por la que no es seguro dejar al jefe mucho tiempo solo.

—Pero ahora está solo, ¿no? —dijo el padre Brown.

El secretario le miró con ojos graves.

—Quince minutos —dijo—, el reducido espacio de quince minutos cada veinticuatro horas, los únicos momentos de soledad de que disfruta, e insiste en gozar de ella por una razón muy convincente.

—¿Y cuál es la razón? —preguntó el padre Brown.

El secretario Wilton no abandonó su mirada fija y la expresión de su boca, que hasta entonces había sido seria, se volvió adusta.

—El vaso copto —repuso—. Puede que haya usted olvidado cuanto hace referencia al vaso copto; sin embargo, él no lo ha olvidado. No se fía de

ninguno de nosotros en lo concerniente a aquel. Está encerrado en algún sitio de la habitación y solo él puede hallarlo. No quiere sacarlo mientras no estemos todos fuera. Debemos aceptar el riesgo de un cuarto de hora para que él pueda adorarlo. He de confesarle que es la única cosa que adora. No hay verdadero riesgo, pues he convertido este lugar en una verdadera ratonera y no creo que ni siquiera el mismo diablo pudiera entrar o, menos aún, salir de ella. Si este infernal Daniel Doon nos hace una visita, le juro que se quedará a cenar y algún ratito más. Durante estos quince minutos estoy en vilo. En el mismo instante en que sonara un tiro o concibiera la sospecha de que alguien se peleaba, apretaría este botón y una corriente eléctrica circularía por la tapia del jardín, de forma que cruzarla o trepar por ella significaría la muerte. La idea de un tiro debe ser desechada, pues este es el único camino, y la única ventana es la que está en su habitación encaramada sobre una torre tan resbaladiza como un palo grasiento. Y, además, estamos todos armados, y si Doon entrara en aquella habitación puede estar seguro de que no saldría con vida de ella.

El padre Brown miraba la alfombra, estudiándola de una manera muy browniana. Al cabo, dijo de pronto como si le hubieran sacudido:

—Espero que no le disguste que diga, sin embargo, lo que pienso, pero se me acaba de ocurrir una cosa en este mismísimo instante. Es sobre usted, señor Wilton.

—Vaya —exclamó Wilton—, ¿y qué es ello?

—Creo que usted es hombre de ideas fijas —dijo el padre Brown—, y me perdonará si le digo que está usted más preparado para capturar a Daniel Doon que para defender a Brander Merton.

Wilton se sorprendió un poco y continuó observando a su compañero; en su boca de expresión ceñuda se dibujó una rara sonrisa.

—¿Cómo pudo usted…?, ¿qué es lo que le hizo pensar en ello?

—Usted dijo que si oía a alguien disparar un tiro podía inmediatamente electrocutar al enemigo que huyese —observó el sacerdote—. Supongo que debe de haber pensado usted que el tiro pudiera ser fatal para su jefe antes que mortal para su enemigo. No quiero decir que no desee usted proteger al señor Merton en cuanto le sea posible, pero me ha parecido comprender que dicha idea quedaba en segundo plano. Los preparativos, como usted ha dicho, están cuidadosamente detallados, y creo entender que han sido idea suya, pero me parecen más propios para coger al asesino que para salvar a un hombre.

—Padre Brown —dijo el secretario, que había recuperado su tono tranquilo—, es usted muy perspicaz, pero hay algo más en usted que esa

natural agudeza. Usted es uno de esos hombres a quienes les gusta decir la verdad; y, ahora, me parece que tendrá que oírla, pues hasta cierto punto esto viene a ser una ironía contra mí. Todo el mundo dice que tengo la monomanía de perseguir a ese hombre y me parece que está en lo cierto. Y voy a confesarle una cosa que los demás ignoran. Mi verdadero nombre es John Wilton Horder.

El padre Brown sonrió y asintió con la cabeza como si estas palabras no hubiesen constituido una importante revelación; pero el otro continuó hablando aún:

—Ese sujeto, que se llamaba a sí mismo Doon, mató a mi padre, a mi tío y arruinó a mi madre. Cuando Merton buscaba un secretario fui a ofrecerme pensando que, allí donde se encontrara el vaso, se presentaría, tarde o temprano, el criminal. Yo no sabía quién era y lo único que he podido hacer es aguardarle; mi intención ha sido siempre servir a Merton con fidelidad.

—Ya comprendo —dijo el padre Brown, con dulzura—; ¿y no sería ya hora de que entrásemos a verle?

—¡Es verdad! —exclamó Wilton, saliendo de su sopor, hasta tal punto que el sacerdote concluyó que su manía le había tenido preso otra vez—. ¡Entre usted!

El padre Brown avanzó sin tardanza hacia la otra habitación. No se oyó a nadie saludar; todo estaba envuelto en un silencio de muerte. Y, segundos después, el sacerdote reapareció en la puerta.

En ese preciso instante, el guardián silencioso sentado cerca de la entrada se movió de repente; y era como si un enorme mueble hubiese cobrado vida. La figura del sacerdote parecía predecir algo; su cabeza se dibujaba contra la luz que entraba de la otra habitación y su cara permanecía en la sombra.

—Supongo que ahora apretará el botón —sugirió lacónicamente.

Wilton pareció despertar de sus recónditos pensamientos y saltó, diciendo con voz entrecortada:

—Pero no ha habido tiro.

—Bien —dijo el padre Brown—, eso depende de lo que usted entienda por tiro.

Wilton se adelantó y pasaron a la otra habitación juntos. Esta era relativamente pequeña y amueblada con sencillez, aunque con elegancia. Se abría ante ellos una amplia ventana desde donde se dominaba el jardín y, más allá, la llanura cubierta de bosque. Junto a la ventana había una silla y una mesita, como si el prisionero hubiese deseado gozar de tanta luz y aire como le fuese posible durante aquellos breves instantes de soledad.

Sobre la mesita estaba el vaso copto. Era evidente que su propietario lo había estado admirando a plena luz, y la verdad es que bien valía la pena: la diáfana claridad del cielo convertía sus piedras preciosas en llamaradas polícromas, de manera que hubieran podido servir de modelo para el Santo Grial. Hay que reconocer que merecía la pena contemplarlo, pero Brander Merton no lo hacía ya; su cabeza había caído sobre el respaldo de la silla, su cabello blanco colgaba por detrás, su barbita plateada y aguda señalaba al techo y de su garganta asomaba una larga flecha pintada de marrón con un adorno de plumas rojas en el extremo.

—Un tiro silencioso —dijo el padre Brown en voz baja—. Hace poco que estuve pensando en las nuevas invenciones para amortiguar el ruido del disparo; pero esta es una invención muy antigua e igualmente silenciosa.

Luego añadió:

—Me parece que está muerto. ¿Qué va usted a hacer ahora?

El asustado secretario se puso de pie, y dijo:

—Voy a apretar el botón, claro está. Y si esto no basta para Daniel Doon, me voy a buscarle hasta el fin del mundo para dar con él.

—Tenga usted cuidado, no vaya a ser fatal para alguno de nuestros amigos —observó el padre Brown—. No pueden andar muy lejos; sería mejor llamarlos.

—Todos ellos saben lo de la pared —contestó Wilton—; no intentarán saltar a no ser que alguno de ellos tuviese mucha prisa.

El padre Brown se asomó a la ventana por la que indudablemente había entrado la flecha. El jardín, con sus bajos lechos de flores, se veía muy lejano y parecía un mapamundi bellamente matizado. Tuvo la impresión de que era tan grande y vacío y la torre tan alta, tan cercana al cielo que, mientras estaba admirándola, le vino una frase a los labios.

—Castigo de Dios —dijo—. ¿Qué es lo que hace poco se dijo sobre una saeta disparada desde lo alto y de la muerte que viene del cielo? Mire usted qué lejano parece todo; parece extrañísimo que una saeta pueda provenir de tan lejos, como no sea del cielo.

Wilton había regresado ya, pero no contestó, y el sacerdote continuó su soliloquio.

—Se le ocurre a uno pensar en la aviación. Debemos preguntarle al joven Wain… sobre eso de la aviación.

—Hay muchos aviones por ahí —dijo el secretario.

—Este es un caso que hace pensar en métodos muy antiguos o muy modernos —observó el padre Brown—. Su anciano tío conocerá algunas,

supongo. Hay que preguntarle todo lo que sepa sobre flechas. Esto parece una saeta india. Pero no sé desde dónde pudo haberla disparado. ¿Recuerda usted la anécdota contada por el viejo a la que yo añadí que tenía una moraleja?

—Si la tiene —dijo Wilton con acaloramiento—, no puede ser otra que la de que un auténtico piel roja pueda arrojar una cosa mucho más lejos de lo que uno pudiera imaginar. Y me parece muy absurdo que pretenda ahora sugerir un paralelismo.

—Lo que a mí me parece es que no ha acertado usted con la moraleja —dijo el padre Brown.

A pesar de que todas las apariencias mostraban que al día siguiente el curita se había desvanecido entre los millones de habitantes de Nueva York, sin otro propósito que el de ser uno más en una calle numerada, anduvo en realidad atareadísimo durante los quince días siguientes, con el encargo que se le había hecho, pues temía que la justicia no quedara a salvo. Sin hacerse violencia alguna pudo fácilmente entrevistarse con las dos o tres personas que podían estar complicadas en el enigma, y especialmente sostuvo con el viejo Hickory Crake una conversación curiosa e interesante. Se desarrolló en un banco de Central Park, donde se sentaba el viejo apoyando sus huesudas manos y arrugando rostro sobre el curioso puño de un bastón de madera rojo oscuro, posiblemente modelado sobre un hacha de guerra india.

—Pudo haber sido un tiro largo —observó el viejo moviendo la cabeza—; pero yo le aconsejaría que no tomara demasiado en serio el alcance de una flecha piel roja. He visto a algunas salir disparadas como una bala y, a pesar de todo, dar de lleno en el blanco con precisión asombrosa, considerando el tiempo de su permanencia en el aire. Hoy día es raro oír hablar de pieles rojas con arcos y flechas y es aún más raro llegar a ver a un piel roja por ahí. No obstante, si por casualidad estuviera por estas tierras uno de esos viejos tiradores con uno de sus antiguos arcos y permaneciera escondido tras uno de esos árboles, a cientos de metros de la tapia de la torre Merton, en tal caso…, pues en tal caso no me parecería extraño que el noble salvaje pudiera mandar la saeta por encima de la tapia hasta la última ventana de Merton e incluso hasta Merton mismo. He visto cosas tan excepcionales como esa, en otros tiempos.

—Sin duda alguna —dijo el sacerdote— ha hecho usted cosas tan inverosímiles como las que explica.

El viejo Crake sonrió y dijo:

—¡Oh, eso son ya cosas antiguas!

—Algunas personas cifran su especial placer en estudiar las cosas antiguas —dijo el padre Brown—, y supongo que podemos decir que nada de su historia se relaciona con ese desagradable incidente.

—¿Qué insinúa usted? —inquirió Crake, brillándole los ojos con fiereza por primera vez en su rostro colorado, que parecía el puño de un hacha india.

—Es que está usted tan bien enterado de las mañas y artificios de los pieles rojas… —comenzó a insinuar el padre Brown.

Crake, que hasta entonces se había mantenido en posición encorvada y casi podía decirse un poco tímida, apoyando la barbilla sobre el curioso puño, se puso ahora de pie en medio del camino, como un matón, esgrimiendo el bastón en la mano como si fuera un garrote.

—¿Qué diablos está usted sugiriendo? ¿Quiere insinuar que yo puedo haber tomado parte en el asesinato de mi propio cuñado?

De otros bancos se levantó gente para acercarse a los que disputaban en medio del camino, cara a cara: el viejecito calvo, blandiendo su bastón como si fuera un arma, y la otra persona vestida de negro y gruesa que le miraba inconmovible, salvo sus párpados, que pestañeaban. Parecía que de un momento a otro la figura rechoncha, de negro, iba a ser golpeada en la cabeza y muerta en el acto con verdadera pericia de piel roja. En el mismo instante, se vio la silueta enorme de un policía irlandés aproximarse al grupo. El sacerdote contestó a los apasionados argumentos, respondiendo plácidamente, como si contestara a una pregunta trivial.

—Me he formado ciertas conclusiones acerca del caso, aunque no creo oportuno hacer alusión a ellas hasta el momento de mi informe.

El viejo Hickory, inducido probablemente por los pasos del policía, se puso el bastón bajo el brazo y se caló el sombrero refunfuñando. El sacerdote le dio los buenos días y con paso tranquilo salió del parque, encaminándose hacia el hotel donde le esperaba Wain. El joven se apresuró a saludarle; su aspecto era aún más descuidado y desaliñado que antes, como si alguna preocupación le estuviese consumiendo; y el sacerdote conjeturó maliciosamente que su joven amigo se había dedicado, durante los últimos tiempos, con demasiado éxito, a burlar la última ley de la Constitución americana[6]. A las primeras palabras que pronunció sobre su pasión y ciencia favorita, se puso en guardia y procuró concentrarse. El padre Brown se las había compuesto para hacer recaer, como por azar, el tema de la conversación en si se volaba mucho por aquel distrito y le contó que había confundido la forma circular de la tapia de la torre del señor Merton con la del aeródromo.

—Es realmente extraño que no viera usted ningún aparato cuando estuvo allí —contestó el capitán Wain—. Hay veces que parecen un enjambre de moscas; aquel espacio sin árboles es tan adecuado para volar que incluso llego a imaginar que será el criadero principal, hablando figuradamente, para mis futuros pajarracos. Yo mismo he volado mucho por aquellos lugares y conozco a la mayoría de los pilotos de por allí que volaron en la guerra. Pero también hay mucha gente nueva que no conozco. Pronto alcanzará el avión la popularidad del coche y llegará el día en que todo ciudadano de Estados Unidos poseerá uno.

—Supuesto que el hombre está dotado por su Creador del derecho a la vida, a la libertad y a la manía del volante o del avión —dijo el padre Brown sonriendo con indulgencia—. De todo lo cual deduzco que un aeroplano de más cruzando por cualquier lugar de vez en cuando no llamaría la atención de nadie.

—No —contestó el joven—, supongo que no.

—Y aunque el piloto fuese conocido, supongo que podría pilotar un aparato que no le perteneciese. Por ejemplo, si usted volase como de costumbre, es posible que el señor Merton y sus amigos le reconocieran enseguida. Pero podría usted acercarse mucho a la ventana con un aeroplano de distinto modelo, o como le llamen, lo suficiente para la consecución de sus fines.

—Sí, así es —profirió el joven casi a su pesar; pero de repente se contuvo y se quedó mirando boquiabierto al sacerdote, con unos ojos que parecían querer salirse de las órbitas—. ¡Dios mío, Dios mío! —dijo en voz baja. Se levantó pálido, temblando de pies a cabeza y sin dejar de mirar al sacerdote fijamente—. ¿Está usted loco? —dijo—. ¿Está usted rematadamente loco? —Y volvió a enmudecer para acabar balbuciendo—: Ha venido usted para insinuar…

—No; he venido únicamente a recoger insinuaciones —dijo el padre Brown, levantándose—. Puedo haberme formado alguna conclusión prematura que me parece mejor guardar de momento. —Y saludando al joven con idéntica rigidez convencional, salió del hotel a continuar su extravagante peregrinación.

El anochecer lo sorprendió bajando por las sucias y tortuosas callejas y peldaños que llevan al río, en aquella parte de la ciudad que era más antigua e irregular. Bajo un farolillo rojo, que indicaba la entrada de un restaurante chino, vio una figura que no le era desconocida aunque su aspecto distaba mucho del que había conocido antes.

El señor Norman Drage continuaba plantando cara al mundo detrás de sus enormes gafas que parecían ocultar su rostro como tras una máscara oscura de cristal. Excepto en lo que se refiere a las gafas, su indumentaria había sufrido un cambio notorio durante el mes que siguió al asesinato. Entonces, el padre Brown se había fijado en que iba vestido impecablemente, hasta el punto en que la diferencia entre un maniquí de sastre y un *dandy* llega a hacerse sutilísima. Ahora, su pinta era muchísimo peor; parecía como si el maniquí de sastre se hubiese convertido en un espantapájaros. Seguía llevando su sombrero de copa, aunque abollado y viejo; sus ropas estaban muy usadas, su cadena de reloj y otros adornos habían desaparecido y, a pesar de todo, el padre Brown lo saludó como si se hubiesen acabado de separar, y no esperó a que le ofreciera sentarse en uno de los bancos de la casa de comidas. No obstante, no fue él quien inició la conversación.

—¿Qué hay, pues? ¿Ha podido usted vengar a su santo y sagrado millonario? Todos sabemos que los millonarios son santos y sagrados; en la prensa del día siguiente al de su muerte se descubre siempre cómo vivían según las enseñanzas de la Biblia, que habían leído en brazos de su madre. ¡Je, je! Si hubiera llegado a leer alguno de sus pasajes, me parece que la madre se habría sorprendido un poco, y el millonario también. Esos viejos libros están llenos de grande y bárbara sabiduría que no encaja con las costumbres de hoy; una sabiduría de la Edad de Piedra que parece estar encerrada bajo las pirámides. Suponga usted que alguien hubiese echado al viejo Merton por la ventana y que hubiese permitido que lo comieran los perros. Su muerte no hubiera sido peor que la de Jezabel. Y Agag, ¿no fue hecho pedazos, a pesar de haber vivido ricamente? Merton vivió así durante toda su vida, ¡maldito él!, hasta que fue demasiado rico para dar un paso. Con todo, el dedo del Señor lo encontró como hubiera podido suceder en uno de esos libros, le truncó la vida en la cima de una torre para que fuera un escarmiento para su pueblo.

—El dedo, por lo menos, era material —añadió su compañero.

—Las pirámides también son poderosas y oprimen las cabezas de los reyes —murmuró el hombre de las gafas—. Yo creo que hay mucho que estudiar en esas viejas religiones materialistas. Hay relieves antiguos, viejo legado de los tiempos, que representan a sus dioses y emperadores sosteniendo arcos extendidos entre sus manos, que parecen poder doblegar arcos de piedra. Materialista, no lo niego…, ¡pero de qué materiales! ¿No le ha sucedido a usted que, mirando esos antiguos dibujos de Oriente, le viene la

sensación de que aquel viejo Dios y Señor vuela como un oscuro Apolo lanzando negros rayos de muerte?

—Si así es —contestó el padre Brown—, podía llamársele por otro nombre. Pero yo dudo que Merton muriera por efecto de esos oscuros rayos o de una piedra santa.

—Me parece —dijo Drage— que usted cree que es san Sebastián asesinado por una saeta. Un millonario debe ser un mártir. ¿Cómo sabe usted que no merecía serlo? Creo que desconoce muchas cosas de su millonario. Pues bien, permítame que le diga que se lo merecía con creces.

—Y entonces, ¿por qué no lo asesinó usted? —preguntó el padre Brown.

—¿Quiere usted saber por qué no lo hice? —preguntó el otro, mirándole perplejo—. ¡Vaya sacerdote fantástico!

—Nada de eso —contestó él como si quisiera rehuir un cumplido.

—Esta debe de ser su manera de afirmar que fui yo —dijo Drage, gruñendo—. Tendrá que demostrarlo, eso es todo. Yo, por lo que a él atañe, creo que no es ninguna pérdida.

—Sí lo ha sido —dijo el padre Brown con súbita intuición—. Ha sido una pérdida para usted. Por eso no le ha matado usted.

Y salió de la habitación, dejando al hombre de las gafas boquiabierto.

Había transcurrido casi un mes cuando el padre Brown volvió a visitar la casa donde el tercer millonario había sucumbido a la venganza personal de Daniel Doon. En ella se celebraba una reunión de las personas interesadas en el caso. El viejo Crake presidía la mesa, con su sobrino a la derecha y el abogado a la izquierda. El hombre corpulento de rasgos africanos, cuyo nombre resultó ser Harris, hacía notar su presencia aunque solo fuera como testigo material; un individuo apellidado Dixon, pelirrojo y de nariz aguileña, representaba a Pinkerton; el padre Brown se sentó modestamente en un lugar vacío que quedaba a su derecha.

La prensa mundial se hacía eco de la catástrofe que acaeció al coloso de las finanzas, al que había organizado la economía mundial; pero el pequeño grupo que lo rodeó a la hora de la muerte podía aportar poca información. El tío, el sobrino y el abogado se hallaban muy distantes de la verja cuando se dio la señal de alarma, y los guardianes de ambas puertas, después de varias contestaciones confusas y contradictorias, afirmaron lo mismo. Al parecer, solo había una complicación: hacia la hora en que tuvo lugar el asesinato, poco antes o después, habían encontrado a un extranjero que pidió ver al señor Merton. Los criados habían tenido ciertas dificultades para comprenderle, pues su lenguaje era muy oscuro, y les pareció también raro,

sobre todo después de que hubiera hablado de que un hombre malo sería destruido por una palabra del cielo. Peter Wain se apoyó sobre la mesa, con un brillo desacostumbrado en los ojos de su rostro cansado, y dijo:

—Juraría que es Norman Drage.

—¿Y quién es Norman Drage? —le preguntó su tío.

—Eso es lo que quisiera saber —contestó el joven—. Se lo pregunté sin rodeos, pero tiene un poder tan maravilloso para esquivar toda pregunta intencionada que es como si uno quisiera acometer una empresa con un caballo de concurso. No hizo más que insinuarme cosas sobre la nave del futuro, tema al que jamás he dado crédito.

—Pero ¿qué clase de hombre es? —preguntó Crake.

—Es un mistagogo —dijo el padre Brown con inocencia—. Existen muchos individuos de su tipo: son aquellos que se os acercan en un *cabaret* o café parisienses y os dicen que han encontrado el misterio de Stonehenge o que han levantado el velo de Isis. Y para casos como este seguro que tienen una u otra explicación sobrenatural.

La oscura y plantada cabeza del señor Bernard Blake, el abogado, estaba inclinada atentamente hacia el que hablaba, mientras se dibujaba en su rostro una sonrisa incrédula.

—No hubiera supuesto nunca, señor, que iba a rechazar una explicación sobrenatural.

—Por el contrario —replicó el padre Brown amigablemente—, esta es cabalmente la razón por la que puedo pelearme con ellos. Cualquier abogado podrá enredarme, pero no le enredaría a usted, que también es abogado. Cualquiera podría disfrazarse de indio y le tendría por el mismo Hiawatha; el señor Crake, por el contrario, notaría inmediatamente el fraude. Un timador podría hacerme creer que sabía muchas cosas de aeroplanos y, en cambio, no tendría el mismo éxito con el capitán Wain. Pues bien, esto me sucede a mí de manera aproximada. Precisamente porque he estudiado un poco el tema del misticismo, los mistagogos no pueden burlarme. Los verdaderos místicos no esconden los misterios, sino que los aclaran. Sacan las cosas a relucir y aun después siguen siendo un misterio, pero los mistagogos lo esconden en las mayores tinieblas y, una vez lo descubrís, resulta la cosa más simple del mundo. En el caso de Drage, me parece que tenía un sentido más práctico cuando hablaba del fuego que vendría del cielo y de saetas celestes.

—¿Y qué sentido era? —preguntó Wain—. Me parece que, sea cual sea, debemos analizarlo con calma.

—Pretendía —contestó el sacerdote midiendo las palabras—, pretendía hacernos creer que el asesinato fue milagroso, pues sabía que no lo era.

—¡Ah! —exclamó Wain, haciendo con la respiración un pequeño silbido —, lo estaba esperando. Hablando en plata: él fue el criminal.

—Hablando en plata, él es el criminal que no ha cometido el crimen — repuso el padre Brown con perfecta calma.

—¿Y a eso lo llama hablar en plata? —preguntó Blake, con sorna.

—Estoy seguro de que ahora está usted pensando que el mistagogo soy yo —dijo el padre Brown, un poco azorado, pero sonriendo francamente—. Ha sido algo muy casual. Drage no cometió el crimen, quiero decir este crimen. Su único crimen fue el de encubrir a alguien y por ello rondaba la casa, pero, probablemente, no quería que el secreto se hiciera público ni que terminara el asunto con la muerte. Podemos hablar de él luego; ahora pretendo únicamente que le dejemos de lado.

—¿Para poner en claro qué?

—Para poner en claro la verdad —contestó el sacerdote mirándolo tranquilamente y con los ojos entornados.

—¿Es que quiere darnos a entender que conoce usted la verdad? — balbuceó el otro.

—Me parece que sí —dijo el padre Brown sin alardes.

Se hizo un silencio súbito, que interrumpió Crake diciendo, de pronto, con voz entrecortada y rasposa:

—¿Cómo? ¿Y dónde está ese secretario, ese señor Wilton? Debería estar aquí.

—Sigo en comunicación con el señor Wilton —dijo el padre Brown con seriedad— y precisamente le he pedido que me telefonease aquí mismo dentro de unos instantes. Puedo anticiparles que, en cierto modo, él y yo hemos sacado la hebra de todo este enredo.

—Si han estado trabajando juntos… supongo que no se puede objetar nada —refunfuñó Crake—; ya sé que él siempre ha tomado la parte del sabueso en la persecución de este individuo, y no me parece mal la idea de que se haya asociado con él. Pero si usted conoce la verdad del asunto, ¿de dónde diablos la sacó?

—Pues de usted —dijo el sacerdote, sin conmoverse, mirando inocentemente al sulfurado veterano—. Me explicaré mejor. Empecé a conocer el camino por una anécdota que refirió usted acerca de un indio que arrojó su cuchillo e hirió a un hombre que estaba en la cima de una fortaleza.

—Ya se lo he oído decir muchas veces —dijo Wain caviloso—. Sin embargo, no le veo la semejanza, salvo en que este último arrojó una saeta a un hombre que estaba en la cima de una casa muy parecida a una fortaleza. Pero, naturalmente, la saeta no fue arrojada, sino disparada, y podía ir mucho más lejos. Llegó, en realidad, muy lejos, y, con todo, no sé cómo nos puede ayudar esto.

—Me temo que ha equivocado el sentido de la anécdota —dijo el padre Brown—. No es que si una cosa puede ir lejos haya otra que pueda ir aún más lejos, sino que una herramienta mal empleada puede herir siempre. El sujeto de la anécdota de Crake pensó en llevar un cuchillo con la idea de emplearlo en la lucha cuerpo a cuerpo, y luego se le ocurrió emplearlo como jabalina. Otras personas que conozco pensaron en un instrumento que se pudiera utilizar como jabalina; olvidaron que, al fin y al cabo, podía usarse también, corrientemente, como una lanza. En resumen, la moraleja de la anécdota es que, ya que un puñal se puede convertir en saeta, de la misma manera una saeta se puede convertir en puñal.

Todos le observaron, y, no obstante, él continuó hablando en su tono sencillo:

—Todos nos preocupábamos mucho en explicarnos quién podría haber arrojado una saeta a través de la ventana, en si había sido desde muy lejos y en otras muchas cosas…, pero la verdad es que nadie arrojó la saeta. Nunca entró por la ventana.

—¿Y cómo se explica usted que la halláramos aquí? —interrogó el abogado con cara bastante compungida.

—Alguien la trajo consigo, supongo —dijo el padre Brown—. La verdad es que no era difícil de llevar ni de esconder; alguien la tenía en la mano, mientras estaba con Merton en su misma habitación. Alguien la introdujo en la garganta de Merton como si fuera un puñal y tuvo la bonísima intención de arreglar las cosas de manera que todos presumiéramos que había entrado por la ventana, como un pajarillo.

—¿Alguien? —dijo el viejo Crake, arrastrando las letras como si fueran de piedra.

El teléfono sonó de una manera estridente, con terrible insistencia y, aunque estaban en la otra habitación, el padre Brown llegó antes de que nadie lo hiciera.

—¿A qué demonios viene esto? —exclamó Peter Wain, que parecía muy afectado.

—¿No nos ha dicho que esperaba que Wilton, el secretario, le llamase? —contestó su tío con la misma apesadumbrada voz.

—Debe de ser Wilton el que llama —observó el abogado hablando con el único móvil de llenar el silencio.

Pero nadie contestó a su insinuación hasta que el padre Brown reapareció de pronto e inesperadamente aportando la respuesta.

—Señores —dijo cuando se sentó—, ustedes fueron quienes solicitaron que investigara este asunto y, ya que he descubierto la verdad, me siento obligado, ahora, a exponérsela sin pretender aminorar su sorpresa. Me temo que el que mete las narices en asuntos de esta índole no puede andarse con consideraciones personales.

—Supongo —dijo Crake cortando el silencio que se había hecho— que esto quiere decir que se acusa a alguno de nosotros o bien que se sospecha de nosotros.

—Todos somos sospechosos, incluso yo mismo, que descubrí el cadáver.

—Naturalmente que sospecha de nosotros —intervino Wain, enfadado—. El padre Brown tuvo la amabilidad de explicarme cómo pude hacerlo valiéndome de un aeroplano.

—No —contestó el sacerdote, sonriendo—, usted mismo me describió cómo podría haberlo hecho, y precisamente esa fue la parte interesante.

—También le pareció posible —refunfuñó Crake— que yo le hubiese podido asesinar con una flecha india.

—En verdad, no me había parecido muy verosímil —dijo el padre Brown, poniendo una cara muy fastidiada—. Les ruego a ustedes que me excusen si hice mal; debo confesar, sin embargo, que no vi otro camino para ventilar la cuestión y hay pocas cosas tan improbables como la de que el señor Wain estuviera pilotando un enorme aeroplano ante la ventana de Merton en el momento del asesinato, sin que nadie lo hubiese notado, como improbable es que un vejete pudiera estar jugando a pieles rojas con un arco y una flecha y matase desde detrás de un arbusto a una persona a la que habría podido asesinar de mil diferentes maneras. Con todo, era mi obligación dilucidar si habían tomado parte en ello, con objeto de poder probar su inocencia.

—¿Y cómo lo ha demostrado usted? —preguntó el abogado Blake, avanzando el cuello con avidez.

—Solo por la manera como reaccionaron cuando les acusé —contestó el otro.

—¿Qué quiere usted decir exactamente?

—Le ruego que me permita explicarme —contestó el padre Brown cortésmente—: yo no titubeé en aceptar que debía dudar de ellos y de todo el mundo. Sospeché del señor Crake y del capitán Wain, pues aceptaba hasta cierto punto la posibilidad o probabilidad de su culpa. Yo les dije que me había formado mis ideas sobre el particular y ahora les voy a indicar cuáles fueron. Estaba seguro de su inocencia por cómo pasaron de la despreocupación a la imaginación. Hasta el momento en que pensaron que yo podía sospechar de ellos, fueron suministrándome materiales para reforzar la acusación. Llegaron casi a explicarme cómo hubieran podido cometer ellos el crimen. Entonces, comprendieron de pronto, encolerizados, que yo podía acusarles; lo notaron mucho después de cuando yo en realidad podía haberles acusado, pero mucho antes de que lo hiciese.

Usted se hará cargo de que ninguna persona culpable podría haber obrado así; se mostraría más bien enojada y recelosa desde un principio, o simularía ignorancia e inocencia hasta el fin, pero nunca proporcionaría material en contra suya, ni daría después un gran salto y empezaría a negar lo que antes había ayudado a afirmar. Esto solo podía ser consecuencia de que nunca se le hubiese ocurrido realizar lo que estaba sugiriendo. La conciencia de un asesino estará siempre sobre aviso para no dejarle olvidar su conexión con el asunto, y para recordarle, además, que debe negarla. Y así, yo les descarté a ustedes por otras razones que no tengo necesidad de discutir ahora. Por ejemplo, estaba el secretario…

Pero no quiero hablar de esto por ahora. Acabo de hablar con Wilton por teléfono y me ha dado permiso para darles a conocer algunos detalles importantes. Supongo que todos ustedes sabrán quién era Wilton y lo que perseguía.

—Sé que iba detrás de Daniel Doon y que no descansaría hasta encontrarlo —contestó Peter Wain—. He oído decir también que era el hijo del viejo Horder y que quería vengar su sangre; de todas maneras, no dudo que va tras el hombre llamado Doon.

—Pues bien —dijo el padre Brown—: le ha encontrado.

Peter Wain dio un salto y exclamó nervioso:

—¡El asesino! —dijo—. ¿Está el asesino encerrado ya?

—No —repuso el padre Brown con expresión grave—, me parece haberles dicho que las noticias eran importantes y creo no haberlo ponderado bastante. Me temo que el pobre Wilton ha tomado una responsabilidad tremenda sobre sus hombros y que también nos hace a nosotros partícipes de

ella. Acorraló al criminal y cuando por fin lo tuvo bien situado…, pues bien, entonces tomó la ley por su propia mano.

—¿Quiere esto decir que Daniel Doon…? —insinuó el abogado.

—Quiere decir que Daniel Doon está muerto —dijo el sacerdote—. Parece ser que hubo una pequeña lucha y Wilton lo mató.

—Lo tuvo bien merecido —gruñó Hickory Crake.

—No se puede culpar a Wilton por haberse cargado a ese criminal. Considerando además la enemistad que le tenía —afirmó Wain—; es algo así como destrozar a una víbora.

—No estoy de acuerdo con ustedes —dijo el padre Brown—: me parece que todos nos dejamos llevar demasiado por nuestro romanticismo cuando hablamos en defensa de los linchadores y de cuanto queda fuera de la ley y temo que, si perdemos nuestras leyes y libertades, llegará un tiempo en que todos saldremos perdiendo. Creo, además, que es perfectamente ilógico defender a Wilton en el asesinato que nos ocupa sin haber indagado antes las razones que tenía Doon para cometer sus crímenes. Llego a dudar que Doon fuese un asesino vulgar; podría haber sido un maníaco que iba detrás de la copa, exigiéndola con amenazas y matando a sus poseedores solo después de una lucha. Ambas víctimas fueron asesinadas justamente ante sus casas. La única objeción que se me ocurre a cómo actuó Wilton es que nunca podremos oír la parte de Doon.

—¡Oh! Todos estos paliativos sentimentales para con esos indignos y bribones asesinos me agotan la paciencia —gritó Wain acalorado—. Si es cierto que Wilton acabó con el asesino, hizo, realmente, un magnífico trabajo; y esto es lo definitivo.

—Exacto, exacto —dijo su tío asintiendo.

El rostro del padre Brown adoptó una expresión más grave al repasar con su mirada el de los asistentes.

—¿Son todos ustedes de la misma opinión? —preguntó.

Y, al decirlo, se dio cuenta de que era inglés y desterrado. Notó que se encontraba entre extranjeros aun siendo amigos. Corría por ellos una llama inquieta que de ninguna manera era propia de sus conciudadanos; el espíritu más joven de esta nación occidental que es capaz de rebelarse, linchar y, por encima de todo, conspirar. Sabía que ellos ya se habían unido para una alianza.

—Por tanto —dijo el padre Brown lanzando un suspiro—, debo llegar a la conclusión de que ustedes absuelven decididamente el crimen de este infortunado sujeto, o mejor, este acto de justicia privada, o llámese como se

quiera. En tal caso, no será en perjuicio suyo si les cuento algo más acerca de lo ocurrido.

Se puso súbitamente de pie y, aunque los demás no captaron el significado de su acción, pareció cambiar, o helar, el ambiente de la estancia.

—Wilton mató a Doon de una manera bastante notable —empezó.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Crake con brusquedad.

—Con una saeta —dijo el padre Brown.

La penumbra comenzaba a adueñarse de la vasta habitación, y la luz del día iba desvaneciéndose hasta ser un tenue reflejo que procedía de la amplia ventana de la habitación interior donde había muerto el multimillonario. Casi de una manera instintiva, los ojos del grupo se volvieron poco a poco en aquella dirección, aunque ningún ruido se oyó hasta entonces. Después, la voz de Crake se destacó cascada, aguda y senil, semejante a un parloteo de gallos.

—¿Qué insinúa usted? ¿Qué es lo que usted pretende? Brander Merton ha muerto por una flecha; ese bribón murió por el efecto de una flecha…

—Por la misma flecha —dijo el sacerdote— y en el mismo instante.

Volvió a pesar sobre el ambiente un silencio compungido, pero incontenible y a punto de romperse, y el joven Wain comenzó:

—¿Se refiere usted…?

—Me refiero a que su amigo Merton era Daniel Doon —dijo el padre Brown con firmeza—, el único Daniel Doon que jamás encontrarán ustedes. Su amigo Merton había vivido obsesionado por el vaso copto; acostumbraba a adorarlo como a un ídolo todos los días, y en su loca juventud había matado, para poseerlo, a dos individuos, aunque me siento inclinado a creer que las muertes fueron, en cierto modo, accidentes del hurto. El caso es que lo obtuvo; y ese tal Drage conocía la historia y le presionaba con amenazas. Sin embargo, Wilton lo perseguía por razones muy distintas; presumo que descubrió solamente la verdad cuando entró en esta casa. Fue en ella y en la habitación contigua donde terminó su redada y donde mató al asesino de su padre.

Durante largo tiempo nadie profirió una palabra. Y se oía el teclear de dedos de Crake sobre la mesa, musitando:

—Brander debió de volverse loco, debía estar loco.

—Pero, válgame Dios —exclamó Peter Wain—. ¿Qué debemos hacer? ¿Qué hemos de decir? ¡Oh! El asunto ha tomado un cariz muy distinto. ¿Qué dirán los periódicos y la gente de negocios? Brander Merton es algo que está a la altura del presidente o del Papa de Roma.

—Me parece presentir que el asunto es otro —insinuó Bernard Blake, el abogado, en voz baja—. La diferencia entraña una completa…

El padre Brown golpeó la mesa de suerte que los vasos resonaron; y se adivinaba un eco espectral procedente del misterioso cáliz que permanecía aún en la habitación contigua.

—No —gritó con voz semejante a un pistoletazo—. No habrá diferencia. Yo les he dado la oportunidad de apiadarse del pobre diablo mientras creyeron que se trataba de un criminal común. No quisieron prestar oídos entonces y todos se decidieron por la venganza privada: todos afirmaron que estaba bien que fuera descuartizado como un animal salvaje, sin escucharlo ni llevarlo ante un tribunal, y se limitaron a decir que había encontrado su merecido. Pues bien, si Daniel ha encontrado su merecido, Brander Merton ha encontrado también el suyo. Si aquello era adecuado para Doon, santo Dios, también esto es lo merecido en el caso de Merton. Decídanse ustedes por la justicia perentoria o por la achacosa legalidad; pero, en nombre del Todopoderoso, yo les exijo que apliquen una misma arbitrariedad o una misma justicia legal.

Nadie contestó, a excepción del abogado, y aun este lo hizo con algo que semejaba un gruñido:

—¿Qué dirá la policía si se entera de que estamos decididos a pasar por alto un crimen?

—¿Qué dirá si le digo que ya lo han pasado por alto? —repitió el padre Brown—. Su respeto por la ley llega un poco tarde, señor Bernard Blake.

Después de una pausa, continuó en tono más suave:

—Yo, por mi parte, estoy dispuesto a confesar la verdad si las autoridades competentes me lo preguntan; y ustedes pueden seguir la conducta que mejor les parezca. De hecho, no cambiará mucho la situación. Wilton me ha llamado para decirme que contaba con su autorización para exponerles a ustedes lo que me había confesado, pues, cuando lo supieran, estaría ya fuera de su alcance.

Paseó lentamente por la habitación interior y se paró ante la mesilla junto a la cual muriera el millonario. El vaso copto permanecía aún en el mismo lugar, y él estuvo todavía un buen espacio de tiempo con los ojos fijos en el conjunto de todos los colores del arcoíris y, más allá, en la azul inmensidad de cielo.

EL ORÁCULO DEL PERRO

—Sí —dijo el padre Brown—, me gustan los perros; me gustan siempre que no se les tome por lo que no son.

Los que hablan muy deprisa acostumbran a ser, por lo general, los que escuchan con menos detenimiento. Su elocuencia llega a producir, a veces, el efecto de la estupidez. El amigo y compañero del padre Brown era un joven muy entusiasta, apellidado Fiennes, que poseía un caudal inmenso de ideas y anécdotas; sus ojos eran inteligentes y llevaba el cabello rubio cepillado hacia atrás, no solo por un cepillo de pelo, sino también por el viento que soplaba mientras él corría por el mundo. Se detuvo, no obstante, en la cascada de su charla para pescar al vuelo el significado de la sencillísima frase del padre Brown.

—¿Se refiere usted a que la gente les da excesiva importancia? —propuso—. No sé. Son criaturas maravillosas, y algunas veces creo que saben mucho más de lo que nosotros sabemos.

El padre Brown no dijo nada y continuó tocando la cabeza del enorme sabueso de una manera abstracta, pero acariciadora en apariencia.

—Ahora pienso —dijo Fiennes volviendo a reanudar su monólogo— que había un perro en el caso acerca del cual he venido a consultarle, el caso que designan con el nombre de «El asesino invisible». Un caso rarísimo en el cual, desde mi punto de vista, el perro juega un gran papel. Naturalmente que, en primer término, se ofrece el misterio del crimen en sí y de cómo el viejo Druce pudo morir asesinado estando, como estaba, solo en una glorieta.

La mano que acariciaba al perro cesó por un instante en su rítmico vaivén, y el padre Brown dijo con calma:

—¡Ah!, ¿conque era una glorieta?

—¡Creí que se habría enterado ya del caso por los periódicos! —exclamó Fiennes—. Un momento; creo tener a mano un recorte que le dará los menores detalles. —Y sacando de su bolsillo un pedazo de periódico, lo alargó al sacerdote, que empezó a leer manteniéndolo a poca distancia de sus chispeantes ojos a la par que la otra mano continuaba acariciando de una manera maquinal al perro: parecía una personificación de la parábola del hombre que deseó que su mano derecha ignorase lo que hacía la izquierda.

«Muchas historias misteriosas que versan sobre asesinatos cometidos con puertas y ventanas cerradas, o sobre asesinos que huyen sin tener por dónde,

han resultado ciertas en los extraordinarios hechos ocurridos en Branston, ciudad de la costa de Yorkshire, donde el coronel Druce fue asesinado por la espalda con un puñal desaparecido por completo de la escena, e incluso, al parecer, del vecindario.

El acceso a la glorieta en que murió el coronel Druce se practica a través de una puerta, abierta a la avenida principal que conduce a la casa. Por casualidad, que podríamos llamar coincidencia, en el momento de ocurrir el suceso parece ser que tanto el camino como la puerta estaban vigilados. Una serie de testigos corroboran este punto. La glorieta está situada en un extremo del jardín, en el que no existe ni entrada ni salida de ninguna clase. El camino principal, que cruza el jardín, es una avenida bordeada por dos hileras de delfiniums, en pleno desarrollo, y tan pegados unos a otros que cualquiera que intentase pasar entre ellos debía dejar huellas forzosamente; tanto las plantas como el camino van a dar exactamente a la puerta de la glorieta, de manera que quien pasara por aquel camino tenía que ser visto, y es inimaginable otro medio de entrada que no sea este.

Patricio Floyd, secretario del asesinado, declara haber permanecido siempre en una posición dominante sobre la totalidad del jardín desde el instante en que el coronel Druce apareció por sus propios medios en la puerta de la glorieta hasta el momento en que lo hallaron muerto. El dicho Floyd se hallaba encaramado en una escalera de mano, recortando el seto que circunda el jardín. Joan Druce, hija del difunto, confirma las precedentes manifestaciones, diciendo haber estado en la terraza de la casa durante todo el tiempo y haber observado a Floyd mientras trabajaba. A su vez, vuelve esto a ser confirmado por Donald Druce, hermano de la declarante, que estuvo asomado, en batín, a la ventana de su habitación, pues se había levantado bastante tarde. Prestan, por último, validez a las anteriores versiones, el doctor Valentín, un vecino que se acercó a hablar un rato con miss Druce, en la terraza, y el abogado del coronel, Aubrey Traill, la última persona que, al parecer, vio con vida a la víctima, salvo, naturalmente, el asesino.

Todos coinciden en que los acontecimientos se desarrollaron de la siguiente forma: hacia las tres y media de la tarde, miss Druce fue a preguntar a su padre cuándo querría el té. El caballero no quería té, pues esperaba a su abogado Traill, a quien, en cuanto llegara, debían conducir a la glorieta. La joven se encontró en el camino con Traill, a quien transmitió la orden de su padre, que este cumplió sin demora. Al cabo de una media hora, volvió a aparecer acompañado del coronel, que salió por unos instantes a la puerta disfrutando en apariencia de excelente salud e incluso de buen humor.

Durante la mañana, había estado caviloso pensando en las horas irregulares en que volvía su hijo, pero entonces parecía haber recuperado su buen humor e incluso se había mostrado ocurrente al recibir a otras visitas, entre ellas a sus dos sobrinos venidos a pasar el día. Por darse el caso de que estos últimos habían estado de paseo, no pudieron atestiguar nada. Se dice que el coronel no se llevaba muy bien con el doctor Valentín; sin embargo, este último caballero tuvo solo una breve entrevista con la hija de la casa, a quien, según se dice en el vecindario, le hacía la corte.

Traill, el abogado, declara que dejó al coronel sin compañía, en la glorieta, y en su apoyo viene la declaración de Floyd, que, por su posición dominante, habría visto a cualquiera que hubiese entrado por la única entrada. Diez minutos más tarde, miss Druce volvió a salir al jardín y, apenas llegó al extremo del camino, divisó a su padre, al que delataba el color blanco de su chaqueta, hecho ya un ovillo en el suelo. Profirió un grito que, oído por los demás, les hizo correr hacia el lugar y hallaron el cadáver del coronel, caído junto a su silla de mimbre, la cual también estaba en tierra. El doctor Valentín, que no andaba lejos, apreció que la herida había sido causada por una especie de estilete que, introduciéndose por la paletilla, había perforado el corazón. La policía ha realizado pesquisas para dar, por los alrededores, con un arma semejante, pero dicha investigación ha resultado hasta ahora infructuosa».

—¿De manera que el coronel Druce iba de blanco? —dijo el padre Brown doblando el recorte del periódico.

—Un truco que aprendió en los trópicos —contestó Fiennes no sin maravillarse—. Había tenido allí algunas aventuras por su cuenta y me imagino que si no le gustaba el doctor Valentín era porque también él había estado en los trópicos. Se trata de un lío fantástico. El relato del periódico es bastante exacto; yo no vi la tragedia en el momento en que se descubrió, puesto que paseaba con los dos sobrinos y el perro… El perro del que intenté hablarle…, ¿recuerda? Pero puedo imaginarme la escena como está ahí descrita: la recta avenida bordeada de flores azules hasta la misma puerta, el abogado andando por ella vestido de negro, con sombrero de seda, y la cabeza pelirroja del secretario destacándose por encima del seto verde que iba recortando con sus tijeras de jardinero. Nadie podía confundir su cabeza, no importa lo lejos que se hallara; y si la gente dice que le vieron allí puede estar seguro de que allí estaba. El tal Floyd, el secretario pelirrojo, es todo un carácter, una persona inquieta y turbulenta, que hace siempre el trabajo de los demás, como en aquel momento estaba haciendo el del jardinero. Me parece

que es americano. Por lo menos, su modo de tomarse la vida, lo que ellos llaman «punto de vista», válgame el cielo, es americano.

—¿Y qué me dice del abogado? —preguntó el padre Brown.

Hubo un silencio y Fiennes tomó de nuevo la palabra, expresándose muy reposadamente para lo que acostumbraba.

—Traill me pareció un hombre excepcional. Con su elegante ropa negra daba la impresión de ir siempre demasiado acicalado, aunque no se podría decir que vistiera a la moda, porque llevaba un bigote negro, largo y abundante, como no se ha visto desde los tiempos de la reina Victoria. Su rostro era fino y serio, al igual que sus ademanes, y parecía que, de vez en cuando, se acordaba de sonreír. Cuando mostraba sus blancos dientes, perdía un poco de su dignidad, como si hubiera algo de vil en su persona. Podía deberse tan solo a que era tímido, pues tampoco cesaba de tocarse la corbata y el alfiler, que eran elegantes y excepcionales como él mismo. Si tengo que pensar en alguien…, pero de qué sirve. Toda suposición resulta inverosímil. Nadie sabe quién lo hizo, nadie sabe cómo pudo ser. Ahora bien, yo haría una sola excepción, y por eso he empezado a contarle la historia. El perro lo sabe.

El padre Brown suspiró y dijo sin darle importancia:

—Usted había ido allí como amigo de Donald, ¿no es cierto? ¿No salió usted de paseo con él?

—No —contestó Fiennes sonriendo—. El joven sinvergüenza se había ido a la cama por la mañana y se levantó por la tarde. Así, pues, salí de paseo con sus primos, dos jóvenes oficiales de la India. Nuestra conversación resultó extraordinariamente trivial. Recuerdo que el mayor, cuyo nombre creo que es Herbert Druce y que, según parece, es una autoridad en la cría de caballos, hablaba de una yegua que había comprado y del carácter moral del hombre que se la había vendido. Su hermano Henry, por otra parte, pensaba solo en la mala suerte que había tenido en Montecarlo. Cuento únicamente estos detalles para hacerle ver que nuestras conversaciones durante el paseo fueron completamente normales y que no tuvieron nada de psíquicas. El perro era el único místico del grupo.

—¿Qué clase de perro era? —preguntó el sacerdote.

—De la misma raza que este —contestó Fiennes—. Al decir usted que no creía demasiado en las creencias referentes a los perros ha despertado en mí el deseo de contarle esta historia. El perro del relato es un gran sabueso llamado Nox, nombre sugestivo donde los haya, pues, según creo, ha dado lugar a un misterio más oscuro incluso que el del asesinato. Ya sabe usted que la casa de Druce y el jardín están situados junto al mar; cuando paseábamos, nos

alejamos casi un kilómetro y por fin dimos la vuelta. Pasamos cerca de una roca muy curiosa llamada la Roca de la Fortuna, conocida en toda la vecindad por ser ejemplo de una piedra maciza sobre otra, de forma que un golpecito bastaría para echarlas todas abajo. No es, en realidad, muy alta, pero la vista de su atrevida suspensión produce escalofríos; por lo menos así me lo pareció, pero no creo que a mis alegres compañeros les preocupara lo pintoresco del paisaje. Es muy posible que yo comenzara a sentir entonces algo así como un ambiente de desgracia, pues en aquel mismo instante surgió la cuestión de si sería o no hora de ir a tomar el té, e incluso entonces me parece recordar que tuve la sensación de que el tiempo apremiaba. Ni Herbert ni yo llevábamos reloj y llamamos a su hermano, que se había quedado unos pasos atrás encendiendo su pipa, para preguntarle la hora. Nos contestó en voz alta que eran las cuatro y veinte minutos, y a mí me pareció que el elevado tono de su voz proclamaba algo tremendo. Su inconsciencia me pareció aumentar el efecto; las predicciones siempre ocurren así; aquella tarde, especialmente, las horas hicieron cosas muy raras. Según el doctor Valentín, el malogrado Druce había muerto alrededor de las cuatro y media. Pensamos que no era preciso volver a casa hasta pasados unos diez minutos. Continuamos, pues, paseando por la playa sin hacer nada de particular; tirábamos piedras para que el perro nos las trajera, o unos palitos al mar para que se echara al agua y nos los devolviera nadando. En cuanto a mí, la caída de la tarde me oprimía extrañamente y la sombra de la Roca de la Fortuna pesaba sobre mí como una losa. Entonces ocurrió lo extraordinario. Nox acababa de traer del mar el bastón de paseo de Herbert, y su hermano también había echado el suyo: el perro volvió a salir, pero en el preciso instante en que debían de ser las cuatro y media cesó de nadar, retornó a la orilla y, parándose ante nosotros, levantó la cabeza y lanzó un aullido o grito de dolor, si es que alguna vez he oído algo así en toda mi vida.

—¿Qué demonios le sucede al perro? —preguntó Herbert.

Ninguno de nosotros pudo contestarle. Después que cesaron los lamentos del perro, se hizo un prolongado silencio en la orilla que al final alguien rompió. Por mi vida puedo asegurar que fue roto por un quejido distante y débil, semejante al quejido que profiriere una mujer desde detrás de los setos. En aquel entonces no supimos lo que era, pero luego nos enteramos: era el grito que dio la joven al ver el cuerpo de su padre.

—Supongo que entonces regresarían. ¿Y qué sucedió luego? —preguntó el padre Brown con paciencia.

—Ahora le diré lo que sucedió —dijo Fiennes con ceñudo énfasis—. Cuando regresamos al jardín, lo primero que vimos fue al abogado Traill. Puedo verlo todavía con su sombrero y su bigote negro destacándose sobre la perspectiva de flores azules que conducían a la glorieta. La puesta de sol y la silueta de la Roca de la Fortuna servían de fondo. Su rostro y figura se dibujaban oscuramente sobre el cielo iluminado, pero podría jurar que enseñaba los dientes blancos y sonreía.

En el momento en que Nox vio a aquel hombre, corrió hasta el centro del camino y se plantó ante él ladrándole locamente, como a un asesino, lanzando juramentos que parecían hablados, con un odio descomunal. El hombre no pudo soportarlo y se alejó corriendo entre las flores.

El padre Brown se puso de pie, lleno de impaciencia.

—De manera que el perro lo denunció, ¿eh? —exclamó—. El oráculo del perro lo condenó. Y dígame usted, ¿no se fijó en qué clase de pajarillos revoloteaban por allí y si lo hacían a la derecha o a la izquierda? ¿No consultaron a los adivinos acerca del resultado de los sacrificios? Seguro que querrían abrir el vientre del perro y consultar la posición de las entrañas. Esta es la clase de pruebas científicas que los paganos humanitarios tienen por infalibles cuando se trata de quitarle a un hombre su vida y su honor.

Fiennes se quedó asombrado por unos instantes, hasta que encontró aliento para decir:

—Pero ¿qué le sucede a usted? ¿Qué falta he cometido ahora?

Un brillo de ansiedad iluminó los ojos del sacerdote: la ansiedad y perplejidad del hombre que tropieza con un poste en la oscuridad y se pone a pensar si le ha hecho daño o no.

—Lo siento muchísimo; le ruego que me perdone por haber sido tan brusco; perdóneme, se lo ruego —dijo el padre Brown con verdadera pena.

Fiennes lo miró con curiosidad.

—Algunas veces creo que es usted el mayor misterio de todo lo misterioso —dijo—. De todas maneras, si no cree usted en el misterio del perro, no puede negar el del hombre. No puede usted negar que en el instante en que el animalejo salió del mar y aulló, el alma de su dueño era separada del cuerpo por algún poder invisible que ningún mortal adivina ni concibe. En cuanto al abogado, no le juzgo solo por el perro; hay, además, otros detalles curiosos. Me chocó porque era una persona dúctil, sonriente y equívoca; una de sus tretas me pareció reveladora. Como ya sabe, el doctor y la policía llegaron al lugar del suceso muy pronto. Valentín acababa de salir de la casa cuando le encontraron y telefoneó inmediatamente a la policía. El hecho de

que la casa estuviera aislada, la poca gente y el espacio reducido dio lugar a que se pudiera registrar a todo el mundo que se encontraba por los alrededores y averiguar con detenimiento el paradero del arma. Toda la casa, jardín y costa, fueron registrados para encontrarla. La desaparición de esta es casi tan inexplicable como la desaparición del asesino.

—¡La desaparición del arma! —dijo el padre Brown moviendo la cabeza. Y parecía interesarse de pronto por el asunto.

—Bien —continuó Fiennes—. Ya le he dicho que aquel sujeto, Traill, tenía una manera muy especial de jugar con su corbata y alfiler, particularmente con este último. Su alfiler, como él mismo, era a la vez presuntuoso y pasado de moda. Estaba adornado con una de esas piedras que forman círculos concéntricos de color y que parecen un ojo; la atención que le prestaba me excitó los nervios, como si se hubiese tratado de un Cíclope con un solo ojo en medio del cuerpo. El alfiler no era solo de gran tamaño, sino desmesuradamente largo, y me pareció pensar que su interés por ajustado se debía a que era más largo aún de lo que parecía a primera vista; casi tan largo como una daga.

El padre Brown asintió caviloso:

—¿Y no se ha pensado en otro instrumento? —preguntó.

—Hubo otra idea; la dijo uno de los jóvenes Druce: me refiero a uno de los primos. Ni Herbert ni Henry Druce podían tenerse *a priori* por personas de utilidad en la búsqueda científica; Herbert era realmente el clásico militar del cuerpo de Dragones, no preocupándose sino de caballos y de ser un adorno en la guardia montada; su hermano Henry había trabajado en la policía india y conocía un poco el asunto. Me parece que, a su manera, es bastante inteligente; e incluso pienso que en este caso se mostró demasiado interesado, pues dejó a la policía seguir sus metódicas investigaciones y emprendió él algunas por su cuenta. Ejerció de detective fuera de servicio y se lanzó al trabajo con más ardor que un principiante. Tuve con él una pequeña discusión sobre el arma, una discusión que nos llevó a algo nuevo. Comencé por el relato de cómo el perro había ladrado a Traill y él contestó que cuando un perro está más irritado no ladra.

—Es completamente cierto —observó el sacerdote—: gruñe.

—Mi joven amigo continuó diciendo que si nos tuviéramos que atener a eso había oído a Nox gruñir ante muchas otras personas y ante Floyd, el secretario; contesté que su sugerencia caía por su propio peso, puesto que su crimen no podía adjudicarse a dos o tres personas a la vez y menos que a nadie a Floyd, que era más inocente que un atolondrado colegial y a quien

todo el mundo había visto, a la hora consabida, en el seto que circundaba el jardín, con su abanico de cabello rojo tan llamativo como una cacatúa escarlata. «Ya sé que se ofrecen dificultades (dijo mi colega), pero desearía que bajase usted conmigo al jardín unos instantes y le enseñaré algo que creo que nadie ha visto». Esto sucedió el mismo día del asesinato y el jardín estaba tal cual, la escalera de mano apoyada en el seto y, justamente debajo de donde esta se apoyaba, mi compañero se agachó y sacó algo de entre las hierbas altas. Eran las tijeras que usaba para recortar los arbustos, en una de cuyas puntas aparecía una mancha de sangre.

Se hizo un breve silencio, que el padre Brown rompió preguntando de pronto:

—¿Por qué estaba el abogado allí?

—Nos dijo que el coronel le había llamado para modificar su testamento —contestó Fiennes—. Tendré que explicarle otra cosa relacionada con el testamento. No lo firmaron aquella tarde en la glorieta.

—Ya lo supongo —dijo el padre Brown—; se hubieran necesitado dos testigos.

—El abogado había ido el día anterior y se había firmado, pero al viejo se le presentaba una duda sobre uno de los testigos y quería cerciorarse.

—¿Quiénes fueron los testigos? —preguntó el padre Brown.

—A eso es precisamente a lo que voy. Los testigos fueron el secretario Floyd y el doctor Valentín, ese cirujano extranjero o lo que sea; los dos están peleados. Tengo que decir que el secretario es un entrometido. Es uno de esos caracteres inconsecuentes y apasionados que por desgracia se vuelven suspicaces y de mal genio; desconfía de la gente en lugar de confiar en ella. Ese sujeto pelirrojo y de carácter ardiente es, siempre, totalmente confiado o totalmente incrédulo, y algunas veces ambas cosas a un tiempo. No solo es conocedor de todos los oficios, sino que sabe más que todos los demás. Todo esto debe tenerse en cuenta al decir que sospechó de Valentín; aunque me inclino a creer que parecía basar su acusación en algún hecho cierto. Dijo que Valentín se llamaba en realidad De Villon. Nos expuso que podía dejar sin efecto el testamento y se puso a explicar al abogado cómo actuaba la ley sobre este punto; en consecuencia, tuvieron una terrible disputa.

El padre Brown sonrió:

—Hay mucha gente que se queja cuando se les hace actuar de testigos en un testamento, ya que por este hecho no pueden participar en ningún legado. ¿Y qué dijo el doctor Valentín? Diría sin duda que ese secretario universal

sabía más sobre el nombre del doctor que el propio interesado. De todas maneras, este también podía saber algo de ello.

Fiennes estuvo unos momentos pensando antes de contestar.

—El doctor Valentín se lo tomó de una manera muy curiosa. Él en sí es un hombre muy peculiar, su aspecto es chocante, y sin duda es un aspecto de extranjero. Joven, con una barba recortada, rostro pálido, terriblemente pálido y terriblemente serio. Sus ojos tienen un brillo de dolor como si tuviera que usar gafas o tuviera dolor de cabeza de tanto pensar. Es elegante, viste con mucho esmero, sombrero de copa, abrigo oscuro y una pequeña rosa en el ojal. Su ademán es orgulloso y frío y tiene una manera de mirar que desconcierta. Cuando lo inculparon por haber cambiado el nombre contestó sin inmutarse, con una pequeña sonrisa, que ya suponía que los americanos no tenían apellidos y que, por eso, no podían intercambiárselos. Al llegar a este punto, el coronel Druce montó en cólera y le dijo todo tipo de disparates al doctor, tanto más cuanto que este pretendía entrar a formar parte de la familia. No hubiera pensado más en eso si no recordara unas palabras que oí casualmente durante las primeras horas de la tarde en que ocurrió la tragedia. Tampoco quisiera hacer comentarios sobre ellas, pues no son palabras para ser repetidas ni querría pasar por cotilla. Al dirigirse a la puerta de entrada con mis dos compañeros y el perro, oí voces y comprendí que el doctor Valentín y miss Druce se habían retirado unos momentos a la parte sombría de la casa, al amparo de unas matas en flor, y se hablaban con un cuchicheo apasionado… Algunas veces era únicamente un siseo, pues sostenían a la par que una pelea amorosa, una cita de enamorados. Por lo general, nadie repite la mayor parte de las palabras que oye; pero, en asunto tan desgraciado como este, me veo obligado a descubrir que repitieron más de una vez que debían matar a alguien. Me pareció que la joven le rogaba que no matara a la referida persona diciéndole que ninguna provocación podía justificar la muerte de nadie. Me parece un tema completamente extraño para ser tratado con una persona que ha venido a tomar el té.

—¿Recuerda usted —preguntó el sacerdote— si el doctor Valentín estaba muy enfadado después de la escena con el secretario y el coronel por actuar de testigo del documento?

—De ninguna manera. Él no estaba tan enfadado como el secretario, que salió rabiando después de firmar el testamento.

—Y ahora dígame cómo es ese testamento —dijo el padre Brown.

—El coronel era una persona rica y su testamento era importante. Traill no quiso decirnos en qué habían consistido los cambios, pero he oído decir,

precisamente esta mañana, que la mayor parte del dinero fue transferida del hijo a la hija. Ya le he dicho antes que el señor Druce estaba furioso contra mi amigo Donald por su vida desordenada.

—La cuestión del motivo ha sido descuidada por la cuestión de método —observó el padre Brown preocupado—. Aparentemente, miss Druce es la que ganaba más con la muerte inmediata, después de firmado el nuevo testamento.

—¡Buen Dios, qué manera tan fría de hablar! —exclamó Fiennes mirándole atónito—. ¿No querrá usted decir que ella…?

—¿Tiene intención de casarse con el doctor Valentín? —le atajó el padre Brown.

—Algunas personas se oponen, pero a la gente del lugar les gusta y lo respetan; por otra parte, es un cirujano hábil y amante de su profesión.

—Tan amante —dijo el padre Brown—, que llevaba instrumentos quirúrgicos para ir a una cita con una joven a la hora del té. Parece que usó un bisturí u otra cosa parecida y, al parecer también, no llegó a marcharse nunca a su casa.

Fiennes se puso de pie y le miró buscando la solución:

—¿Acaso sugiere usted que ha usado la mismísima…?

El padre meneó la cabeza:

—Todo esto son fantasías, por ahora —dijo—; el problema no consiste en estos momentos en qué o quién lo hizo, sino en cómo se hizo. Podríamos encontrar a muchos culpables, e incluso muchas herramientas probables: alfileres, tijeras y bisturíes. ¿De qué manera entró el hombre en la glorieta? ¿Y de qué manera pudo introducir un solo alfiler?

El padre Brown estaba mirando detenidamente el techo mientras hablaba, y al hacerlo su ceja izquierda se enarcó como si acabara de percibir una mosca extraña en el techo.

—¿Qué haría usted? —preguntó el joven—. Usted que posee tanta experiencia, ¿qué nos aconsejaría ahora?

—Me parece que poco podría hacer —dijo el padre Brown suspirando—. No puedo decir gran cosa sin haber estado en el sitio y haber conocido a las personas. De momento, proseguiría investigando por la vecindad. Según creo, su amigo el de la Policía india está más o menos encargado de las investigaciones. Pues bien, yo comenzaría por ir a informarme de cómo van. Vea qué ha conseguido como investigador aficionado. Puede que haya alguna noticia nueva, ahora mismo.

Cuando los huéspedes del padre Brown, bípedo y cuadrúpedo, desaparecieron, el sacerdote tomó la pluma y continuó su interrumpida

ocupación de planear un curso de conferencias sobre la encíclica *Rerum Novarum*. El tema era de envergadura y tuvo que rehacerlo más de una vez, de forma que andaba todavía ocupado en él cuando al cabo de dos días volvió a entrar en escena el perro grande y negro que, correteando por la habitación, se acercó a él con entusiasmo y vivacidad. El dueño, que seguía de cerca al perro, compartía su excitación, pero no su entusiasmo, precisamente. La excitación lo conmovía de una manera menos placentera, pues sus ojos azules parecían saltar de su cabeza y su ansioso rostro palidecer aún más.

—¿No me dijo usted que viera lo que Henry Druce hacía? —dijo bruscamente y sin preámbulos—. ¿Sabe usted lo que ha hecho?

El sacerdote no contestó y el joven continuó hablando a trompicones:

—Pues voy a decírselo. Se ha suicidado.

Los labios del padre Brown se movieron lentamente y lo que iba murmurando eran frases nada prácticas: cosas que no conciernen a esta historia ni al mundo.

—Algunas veces me pone usted los pelos de punta —dijo Fiennes—. ¿Esperaba esto?

—Lo creí posible —dijo el padre Brown—, y por ello le dije que fuera a ver lo que estaba haciendo; esperaba que no llegara usted demasiado tarde.

—Fui yo quien lo encontró; es la cosa más horrible y fea que he visto. Al llegar al jardín algo me dijo que había otras novedades aparte del asesinato. Las flores continuaban meciendo al viento sus corolas en apiñadas masas a cada lado de la lóbrega entrada de la vieja glorieta gris; las flores azules celeste me parecieron demonios azules bailando ante una caverna del subsuelo. Miré a mi alrededor y observé que todo estaba en orden. De todas formas, el presentimiento no me dejó y había algo extraño en la misma forma del cielo. Entonces vi lo que era. La Roca de la Fortuna, que siempre se había levantado detrás del seto del jardín contra el cielo, ahora no estaba allí.

El padre Brown levantó la cabeza y escuchó atentamente.

—Era como si una montaña se hubiese escapado de un paisaje o como si la luna hubiese caído del cielo; no olvidaba, sin embargo, que un solo golpecito, en cualquier momento, hubiera bastado para hacerla caer. Algo me sobrecogió y me lancé corriendo a través del jardín, al otro lado del seto que semejaba una tela de araña. En realidad no era muy espeso, pero podía suplir con eficacia a una pared por el cuidado que habían puesto en él. En la orilla estaba la roca caída de su pedestal y bajo ella el cuerpo de Henry Druce. Uno de sus brazos la abrazaba como sugiriendo la idea de que él mismo la hubiese

desprendido; y sobre la arena estaba escrita en grandes letras la siguiente leyenda: «La Roca de la Fortuna cae sobre el incauto».

—La culpa de todo ello la tuvo el testamento del coronel —interrumpió el padre Brown—: el joven se empeñó en aprovecharse de la mala situación en que se encontraba Donald, justamente porque su tío le había mandado a buscar el mismo día que al abogado y lo había recibido con tantas muestras de afecto. No podía confiar en nada más. Había perdido su empleo de policía; en Montecarlo le habían saqueado y, al final, se mató al darse cuenta de que había asesinado a su pariente sin motivo ninguno.

—¡A ver, a ver —exclamó sorprendido Fiennes—, corre usted demasiado para mí!

—Hablemos del testamento —continuó el padre Brown con calma—. Antes de que se me olvide o de enfrascarnos en cosas más importantes, me parece que la explicación es lo bastante sencilla, por lo que se refiere al nombre del médico; yo también he oído los dos apellidos antes. El médico es un hombre francés que tiene el título de marqués de Villon. Pero es también un republicano convencido y ha abandonado su título para tomar el olvidado apellido de su familia. «Con su ciudadano Riquetti ha preocupado a Europa durante diez días».

—¿Qué significa esto? —preguntó el joven despistado.

—No importa —contestó el sacerdote—. El noventa por ciento de las veces resulta mal cambiarse el nombre, pero esta vez es fruto de un fanatismo elevadísimo. Su contestación de que los americanos no poseyeran nombres era muy sarcástica, pues quería decir que no poseían títulos. Ahora bien, en Inglaterra el marqués de Hartington nunca es llamado señor Hartington; en cambio, en Francia, al marqués de Villon se le llama señor de Villon. Y así se explica lo que podía parecer un cambio de nombres. Por lo que se refiere a las frases que oyó usted de matar a alguien, me imagino que sería algo de la etiqueta francesa. El doctor hablaba de retar a Floyd a un duelo, y la joven intentaba disuadirlo.

—¡Ah, bien! Ahora comprendo lo que ella quiso decir.

—¿Y qué es? —preguntó el padre Brown, sonriendo.

—Pues algo que me sucedió pocos minutos antes de encontrar el cuerpo de mi pobre amigo: la catástrofe me había quitado el incidente de la cabeza. Supongo que a todo el mundo le resulta difícil recordar un pequeño idilio romántico cuando lo envuelve una tragedia. Mientras andaba por el camino que conduce a la residencia del malogrado coronel me encontré a su hija paseando con el doctor Valentín. Ella, como es natural, iba vestida de negro y

él vestía del mismo color, como si fuera de funeral; lo que no puedo asegurar es que sus rostros fueran de funeral. Jamás he visto a dos personas proseguir su camino más alegre y sosegadamente radiantes. Se pararon para saludarme y la joven me comunicó que se habían casado, que vivían en una casita en los alrededores de la ciudad y que el médico continuaba con el ejercicio de su profesión. Esto me sorprendió bastante, ya que sabía que su anciano padre le había dejado, por testamento, la mayor parte de sus bienes. Se lo insinué con delicadeza, diciéndole que me dirigía a la casa de su padre y que había esperado encontrarla allí; ella sonrió con sencillez y dijo: «Oh, ya hemos abandonado todas esas tonterías. A mi marido no le gustan las herederas». Luego descubrí, no sin sorpresa, que verdaderamente había insistido en devolver la propiedad al pobre Donald, de manera que supongo que esto le habrá producido una sorpresa saludable y que lo sabrá administrar con acierto. En realidad, no es malo; lo que sucedía es que era muy joven y su padre no muy inteligente. Entonces, hablando sobre estas cosas, dijo algo que no acabé de comprender, pero que ahora me parece verlo claro. Ella dijo con una inusitada y espléndida arrogancia, completamente altruista: «Supongo que esto hará callar a ese loco pelirrojo. ¿Es que cree que mi marido, un hombre que ha renunciado por principios a un yelmo y corona que datan del tiempo de las Cruzadas, podría matar a un pobre viejo en una glorieta por un testamento así?». Después rio y prosiguió diciendo: «Mi marido no mata más que en el ejercicio de su profesión. Y tampoco pidió a sus amigos que fueran a ver al secretario». Naturalmente, ahora comprendo a lo que se refería.

—Pues solo alcanzo a comprenderlo en parte —dijo el padre Brown—. ¿Qué quería decir con eso de que esperaba que el secretario dejaría de enredar en el testamento?

Fiennes sonrió al contestar:

—Desearía que conociera usted al secretario, padre Brown; sería para usted una diversión verle hacer zumbar las cosas, como él dice. Hizo zumbar la casa de duelo; rodeó el funeral de todo el ajetreo de un brillantísimo acontecimiento deportivo. No hay manera de aguantarlo cuando algo ha sucedido realmente. Ya le he dicho a usted cómo vigilaba al jardinero, cuando arreglaba el jardín, y de qué manera instruía al abogado en la ley. No hay necesidad de subrayar que ha dado también lecciones de cirugía al cirujano y, al tratarse del doctor Valentín, terminó la discusión acusándole de algo peor que de poca destreza. Al secretario se le había metido en su propia cabezota que el médico era el autor del crimen y, al llegar la policía, estuvo sencillamente sublime. ¿Es necesario que le diga que se convirtió al momento

en el más adiestrado de los detectives aficionados? Nunca dominó Sherlock Holmes sobre Scotland Yard con tan titánico orgullo y desdén intelectual como el secretario privado del coronel Druce sobre la policía que investigaba la muerte del propio coronel. Le digo a usted que era un espectáculo verle. Se paseaba con aire distraído, meciendo su penacho de cabello colorado y dando respuestas cortas e impacientes. Naturalmente, fue su comportamiento lo que sentó tan mal a la hija de Druce y, como es lógico, se había fabricado una teoría para el caso. Es la teoría que nos gustaría encontrar en un libro y Floyd es de esos hombres que tendrían que estar en uno. Sería más divertido y ocasionaría menos quebraderos de cabeza que en la realidad.

—¿Cuál es su teoría?

—¡Oh! Era de lo más entretenida —contestó Fiennes, cansado—; hubiera sido material precioso si se hubiera podido mantener durante diez minutos más. Dijo que el coronel estaba aún vivo cuando lo hallaron en la glorieta, y que el doctor lo había matado con un instrumento quirúrgico al pretender cortarle la ropa.

—¡Ah! —exclamó el sacerdote—. Supongo que estaría de bruces en el suelo, echándose una buena siestecita.

—Es maravilloso lo que la precipitación puede llegar a hacer —contestó su interlocutor—; me imagino que Floyd habría llegado a ver su teoría por las páginas de los periódicos y que tal vez habría visto al médico arrestado, pero su teoría se vino abajo en cuanto se descubrió al suicida bajo la Roca de la Fortuna. Y este es el punto en el que nos volvemos a encontrar después de todo el rodeo. Supongo que el hecho de suicidarse es casi una confesión. Nadie conocerá nunca la verdadera historia.

Hubo un momento de silencio y el sacerdote continuó con modestia:

—Tengo la impresión de que sé cómo ocurrió todo.

Fiennes le miró, sorprendido:

—Oiga usted —dijo—: ¿cómo puede usted saber toda la historia y tenerla por cierta? Usted ha estado aquí escribiendo un sermón a cien millas del lugar, ¿y pretende decirme que conoce lo sucedido? Y si realmente ha llegado a la conclusión, ¿por dónde comenzó? ¿En qué se basa para tener su propia versión?

El padre Brown se irguió presa de una excitación desacostumbrada y su primera frase surgió como una explosión.

—¡El perro! —dijo—. Naturalmente que fue el perro. Tenía usted en su mano toda la solución con solo haber observado al perro, de manera adecuada, en la playa.

Fiennes le miró con mayor asombro aún.

—Pero si hace poco me dijo usted que mis sentimientos por el perro eran tonterías y que al perro no le incumbía para nada el asunto.

—El perro tenía mucho que ver con él —dijo el padre Brown—, y usted hubiera podido comprobarlo tratando al perro como perro y no como si fuera Dios todopoderoso dispuesto a juzgar las almas de los hombres.

Volvió a hacer una pequeña pausa, algo embarazosa, y continuó en un tono patético, con el que parecía querer disculparse:

—La verdad es que yo soy muy aficionado a los perros, y me ha parecido siempre que en toda esta exuberante trama de supersticiones caninas nadie se acuerda en realidad del pobre perro. Empecemos a investigar por qué ladraba al abogado y gruñía ante el secretario. Usted me ha preguntado cómo podía saber las cosas con tanta exactitud, si he estado tan lejos; pero he de confesarle honradamente que lo debo todo al crédito que usted me inspira, pues describe a las personas con tanta exactitud que puedo decir que conozco los tipos. Un hombre como Traill, que casi siempre frunce el ceño y sonríe de pronto, un hombre que se entretiene con las cosas, especialmente con las que lleva alrededor del cuello, es un sujeto nervioso y propenso a la depresión. No me extrañaría que Floyd, el expeditivo secretario, fuera nervioso y asustadizo también. Estos americanos suelen tener esa característica. De no ser así no se habría cortado con las tijeras ni se le habrían caído al oír el grito de la señorita Druce.

Como es sabido, los perros aborrecen a la gente nerviosa, no sé si porque les hacen ponerse nerviosos también o porque, no siendo el perro más que un bruto, es muy fanfarrón; o acaso porque su vanidad canina, que es colosal, se siente ofendida al ver que no se le hace caso. Sea como sea, nada había en el pobre Nox que le hiciera protestar contra tales personas, excepto que no le gustaban porque le tenían miedo. Ya sé que usted es terriblemente perspicaz, y nadie que tenga un poco de sentido común se burlará de la inteligencia. Pero a veces creo que es usted demasiado inteligente para comprender a los animales. Demasiado inteligente para comprender a los hombres cuando se comportan como animales. Los animales son muy sencillos; viven en un mundo de perogrulladas. Fíjese si no en el caso que voy a exponer: un perro ladra a un hombre, y el hombre huye del perro. Creo que usted no es lo bastante sencillo para traslucir el sentido de todo esto: el perro ladraba porque no le gustaba el individuo y el hombre huyó porque se asustó del perro. No tenían otro motivo ni lo necesitaban tampoco. Pero usted no se contenta con ello, sino que introduce en el caso misterios psicológicos con la suposición de

que el perro tiene motivos paranormales y que actuaba como misteriosa voz del destino. Por eso, usted cree, según su teoría, que el hombre no huía del perro, sino del muerto. Con solo fijarse usted en su teoría vería lo importante que es toda esta psicología profunda. Si un perro fuera capaz de comprender la muerte de su amo, yo creo que no se contentaría con lanzar unos cuantos aullidos, como le haría a un cura que hubiera ido a tomar el té. Lo más probable es que se le tirara al cuello. Por otra parte, ¿cree usted realmente que una persona cuyo corazón se ha endurecido de tal manera que puede haber matado a su antiguo compañero y luego sonreír a los familiares de su amigo difunto se sentiría con la conciencia turbada, solo por los ladridos de un perro? Podría comprender el sentido irónico, podría conmoverse, de igual manera que cualquier otra cosa podría provocarle esta misma reacción. Pero en ningún caso se pondría a correr por el jardín para escapar del único testimonio de su delito, que nunca podría delatarlo. La gente se sobresalta de esta manera cuando están asustados, no por efecto de ironías, sino de unos colmillos. Es demasiado sencillo para que usted pueda comprenderlo.

Cuando nos enfrentamos con lo sucedido en la playa, las cosas se hacen más interesantes. Cuando usted empezó a explicarlo, no comprendí por qué el perro se adentraba en el mar y volvía a salir una y otra vez: me pareció poco perruno. Si Nox se hubiese sentido perturbado por alguna otra cosa, se habría negado rotundamente a ir a buscar los palitos. Lo más probable es que hubiese levantado la cabeza y olfateado en la dirección en que suponía el mal. Pero cuando un perro se dispone a cazar algo, un conejo, una piedra o un bastón, sé por experiencia que no dejará de hacerlo salvo por una orden muy rígida y, algunas veces, ni siquiera obedecerá; que abandonara su cometido porque se le antojaba otra cosa me parece completamente improbable.

—Pues le aseguro que lo hizo —insistió Fiennes—. Volvió sin el bastón.

—Si lo hizo fue por la más sencilla razón del mundo, que es porque no podía encontrarlo. Gruñía y estaba nervioso precisamente por eso. Por este tipo de cosas precisamente los perros acostumbran a gruñir y a ladrar. Son unos ritualistas empedernidos. Son tan cargantes en la repetición precisa de su juego como lo es un niño cuando se le cuenta un cuento. En este caso algo fallaba en el juego. Volvía una y otra vez para decirles que el bastón no se comportaba como era debido. Jamás le había sucedido cosa semejante. Jamás tan distinguido y eminente perro había sido tratado de aquella forma por un viejo bastón.

—¿Qué había hecho, pues, el bastón? —preguntó el joven.

—Se había hundido.

Fiennes no contestó y siguió mirando con asombro; fue el sacerdote quien volvió a tomar la palabra.

—Se había hundido porque no era un bastón de verdad, porque era un acero con una punta muy fina, metido en una funda de caña. En otras palabras, era un bastón estoque. Creo que nunca un asesino se ha librado con un proceso tan original y sencillo de su sangrienta arma: tirándola al mar para que un perro juegue con ella.

—Empiezo a comprender, aunque no comprendo todavía cómo se utilizó, aun siendo un bastón de estoque.

—Tuve desde el principio la intuición de ello, cuando usted nombró por primera vez la palabra «glorieta». E incluso volvió a ocurrirme lo propio cuando dijo que Druce llevaba un traje blanco. Si solo pudiéramos pensar en una daga como única arma posible, la solución no sería fácil, pero suponiendo que el arma sea la que yo digo, la explicación se resuelve por sí misma.

El padre Brown estaba bien recostado en el respaldo de su silla y miraba distraídamente al techo, cuando retrocedió a las primeras palabras del presente relato.

—Toda discusión referente a historias detectivescas como la del misterioso cuarto amarillo, donde se habla de un hombre muerto en una habitación cerrada a la que nadie podía llegar, no es aplicable al presente caso, puesto que la habitación referida es una glorieta. Cuando hablamos del cuarto amarillo o de cualquier otra habitación, nos referimos siempre a un espacio limitado por paredes homogéneas y por sí mismas impenetrables. En cambio, una glorieta no está construida en esta forma; la mayoría de las veces está formada, como en el caso que nos ocupa, por una serie de ramitas entrelazadas y pedazos de madera, entre los cuales queda siempre algún hueco. Precisamente había uno detrás de la silla que Druce apoyaba contra la pared, que también era de rejilla, lo cual quiere decir que no ofrecía una superficie compacta. Por último, la glorieta quedaba muy cerca del seto que rodeaba el jardín. Cualquiera que se encontrara fuera podía ver, a través de las ramas, la chaqueta blanca del coronel como el blanco de una diana.

—Usted no precisó mucho la geografía, pero es posible, de todas maneras, atar cabos. La Roca de la Fortuna no era muy alta; no obstante, según dijo usted, constituía un lugar que dominaba el jardín; en resumen, estaba muy próxima al extremo del mismo, aunque su largo paseo les había llevado ante ella con un largo rodeo. Tampoco es posible que la joven señorita lanzara un chillido tan fuerte que se oyera a medio kilómetro a la redonda. Lo más probable es que profiriera una exclamación fuerte, involuntaria, y ustedes

pudieran oírla desde la playa. Recuerdo que también me hizo saber otra cosa importante. Harry Druce se había rezagado un poco para encender la pipa detrás de un arbusto.

Fiennes tembló ligeramente y dijo:

—¿No creerá usted que estando allí tiró de la espada y dio en el blanco? Me parece casual y muy repentino; además, me parece que no tenía motivos suficientes para creer con seguridad que el viejo le había dejado todo su dinero. Como en realidad ha sucedido.

El rostro del padre Brown se animó.

—Usted no se ha fijado bastante en el carácter de su amigo —dijo el padre Brown como si él mismo hubiese conocido al sujeto de toda la vida—. Es un carácter muy peculiar, pero no desconocido. Estoy seguro de que si hubiese tenido la completa seguridad de que todo el dinero era para él, no habría cometido el asesinato; le habría parecido una cosa muy fea.

—¿No es esto muy paradójico? —preguntó el joven.

—Aquel hombre era un jugador y un desgraciado, por haber corrido riesgos y haberse saltado órdenes. Es probable que fueran cosas poco escrupulosas; todo policía del Imperio se asemeja mucho más a un policía secreto ruso de lo que creeríamos conveniente. Aquel había sobrepasado los límites y sucumbió. Es un tipo de hombre a quien le gusta hacer una cosa inconsecuente porque cree que el riesgo será magnífico. Quiere poder decir siempre: «Nunca nadie podía haber tomado sobre sí tal riesgo ni oportunidad, porque todos, a excepción de mí, son incapaces de comprenderlo. ¡Qué maravillosa intuición tuve cuando puse en relación todos los acontecimientos! Donald en desgracia; el abogado que está a punto de llegar; Herbert y yo mandados venir a un tiempo, y, para colmo, la manera como el viejo me recibió, me sonrió y me estrechó la mano. Nadie diría que me he arriesgado en vano. Pero así se hacen las grandes fortunas cuando uno está lo suficientemente loco como para saberse anticipar a las cosas». En resumen, no es más que la vanidad del que adivina una cosa, la principal manía del jugador. Cuanto más inverosímil sea la coincidencia, más rápidamente se toma la decisión y más probable es alcanzar la fortuna. El accidente, la simple nadería de ver un puntito blanco a través del seto, lo llenó de un frenesí inexplicable. ¡Nadie que tuviera el poder suficiente para notar este detalle puede ser lo bastante cobarde para no obrar en consecuencia! Así habla el demonio a los jugadores. Ni el mismo diablo se hubiera atrevido a inducir a aquel infeliz a que se acercara a matar a su viejo tío, del cual había esperado siempre algo. Sería demasiado pedir.

Cesó de hablar por unos instantes y luego reanudó su charla con cierto énfasis.

—Ahora, intente usted representarse la escena. Imagíneselo dudando sobre si aprovechar o no la diabólica oportunidad; miraría después a su alrededor y levantando la cabeza vería una peña recortada de manera atrevida y que podía ser la imagen de su alma en aquel momento; una gran roca oscilando sobre otra, como una pirámide balanceándose peligrosamente sobre su vértice; entonces recordó que la llamaban la Roca de la Fortuna. ¿Comprende usted cómo interpretaría aquel hombre la señal? Yo creo que fue esto lo que le movió a actuar. Él, que creía poder ser una torre, no debía temer ser una torre oscilante. Sea lo que fuera, se dispuso a actuar. Su preocupación inmediata fue la de borrar las huellas; sería fatal para él que le encontraran con un bastón estoque y además ensangrentado en el registro que sabía que se iba a hacer. No podía dejarlo por ahí porque era probable que lo encontraran y que lograran saber quién era su dueño. Incluso tirándolo al mar podría ser sospechoso; lo notarían si no encubría el hecho con una apariencia más explicable. Como usted sabe, pensó en algo muy genial. Como era el único de ustedes que llevaba reloj, les dijo que era todavía temprano y empezó el juego de tirar palos al mar para que el perro los fuera a buscar. Cuánto debió sufrir hasta dar con la solución del perro. ¡Cómo debieron de vagar sus ojos desesperados por aquella playa!

Fiennes sacudió la cabeza y miró al vacío. Su mente pareció volver a otro tema menos práctico.

—Tiene gracia —dijo— que el perro haya tenido algo que ver con la historia.

—El perro, si hubiera hablado, podría haberla contado —dijo el sacerdote —. Lo que encuentro curioso es que, sin poder hablar, fabricara su propia historia y la contara con la lengua de los arcángeles y de los humanos. Esto ilustra muy bien algo que vengo diciendo mucho en los últimos tiempos; aparece en los rumores periodísticos, en conversaciones cogidas al azar… Siempre es algo arbitrario que no llega a tener autoridad alguna. La gente no vacila en tragarse cualquier opinión no comprobada sobre esto, aquello o lo de más allá. Ahora el arraigado escepticismo y racionalismo de la época se echa encima como un mar y lleva el nombre de superstición. —Se levantó bruscamente dibujándose en su rostro una seriedad que le comunicaba pesadez y continuó hablando como si estuviera solo—. Es el primer paso que se da cuando no se cree en Dios; se pierde el sentido común y se dejan de ver las cosas como son en realidad. Cualquier cosa que opine el menos autorizado

afirmando su sentido profundo, se propaga indefinidamente como si fuera una pesadilla. Así un perro resulta una predicción; un gato un misterio, un cerdo una mascota, un bicho una insignia, resucitando con ello toda la *ménagerie* del politeísmo egipcio y de la antigua India: el perro Anubis, el gran ojiverde Pasht y las sagradas y mugidoras vacas de Bashan; hasta caer en los dioses cuadrúpedos de los primitivos, comprendiendo elefantes, serpientes y cocodrilos; y todo ello por temor a tres palabras: «Se hizo Hombre».

El joven se levantó un poco embarazado como si acabara de oír un soliloquio. Llamó al perro mientras se despedía con algunas frases vagas, pero espontáneas. Tuvo que llamar al perro dos veces, pues el animal se había quedado rezagado e inmóvil mirando seriamente el rostro del padre Brown, como hizo el lobo con san Francisco.

EL MILAGRO DE «LA MEDIA LUNA»

Se denominaba «La Media Luna» con intención de ponerlo a la altura romántica de su nombre; y lo que acaeció en él no dejaba de tener también sus visos de romanticismo. El edificio era, por decirlo ya de una vez, una muestra brillante del genuino elemento sentimental «histórico y semiheroico» que no sabemos cómo se las compone para persistir en medio del florecimiento comercial de las más antiguas ciudades situadas en el litoral Este de América. Consistía en un semicírculo de arquitectura neoclásica que recordaba efectivamente el ambiente del siglo XVIII, en el cual hombres como Washington y Jefferson habían pasado por republicanos, debido a su acendrado carácter de aristócratas. Cuando se iba a los viajeros con la socorrida pregunta de qué pensaban de la ciudad, estos entendían que equivalía a pedirle su opinión acerca de nuestra «Media Luna». Los grandes contrastes que oscurecían su armonía original fueron precisamente la causa misma de su supervivencia.

Las ventanas de uno de los extremos de «La Media Luna» daban al recinto de un parque particular con árboles y setos, tan convencional como el jardín de la reina Ana. Pero las ventanas del otro lado, pertenecientes a la misma habitación, o, mejor dicho, apartamento, se abrían sobre la lisa superficie de la pared de un almacén, dependencia de una fábrica antiestética. Los apartamentos de aquel ala del edificio habían sido concebidos según el molde invariable de los hoteles americanos y se levantaban a una altura tan considerable que, a pesar de ser más bajos que el colosal almacén, en Londres los habríamos llamado rascacielos. No obstante, el pórtico que recorría la fachada de la calle estaba enmohecido y teñido de gris por la humedad; no era difícil imaginarse que, de un momento a otro, iban a desfilar por él los espectros de los padres de la República. El interior de las habitaciones era, por el contrario, tan aseado y moderno como Nueva York lo habría podido desear y, sobre todo, en las de la parte norte que daban sobre el jardín y la deslumbrante pared de la fábrica. Constituía, en bloque, un conjunto de pequeños pisos, como diríamos en Inglaterra, compuesto cada uno de una salita, dormitorio y cuarto de baño. Eran tan idénticos entre sí como las celdas de una colmena. En uno de ellos, el renombrado Warren Wynd estaba sentado ante su mesa de escritorio revisando cartas y dando órdenes con una rapidez sorprendente, que solo admite parangón con un tifón controlado.

Warren Wynd era un personaje bajito, con el cabello gris y suelto y barba puntiaguda; de aspecto frágil, pero terriblemente activo. Tenía unos ojos bellísimos, más brillantes que estrellas y más sugestivos que dos talismanes, inolvidables para quien los viera una sola vez. Y en su trabajo de reformador y apóstol de muchas obras buenas, había demostrado que tenía un buen par de ojos en la cara. Contaban de él todo tipo de anécdotas y algunas leyendas sobre la milagrosa rapidez con que era capaz de formarse un juicio acerca del carácter de una persona. Se decía que había elegido a la esposa y compañera de tantos años sacándola de un regimiento de mujeres de uniforme que desfilaron ante él con motivo de dirigirse a una recepción oficial, y de las que unos sostenían que eran «Girl Guids» y otros «Mujeres Policías». La segunda de las anécdotas que se contaban era que se habían presentado una vez ante él tres jóvenes que, por la suciedad y miseria, no se distinguían uno de otro; habían ido a pedirle limosna; sin titubear ni un instante mandó a uno de ellos a un hospital dedicado al tratamiento de individuos de una cierta enfermedad nerviosa, al otro le remitió con una carta de recomendación a un hospital donde se recluían alcohólicos y al tercero le asignó un buen sueldo tomándolo a su servicio, cargo que desempeñó con éxito durante varios años. Había también, como es natural, anécdotas acerca de su rápido criticismo y agudas respuestas de cuando se había entrevistado con Roosevelt, Henry Ford, el señor Asquith y todas aquellas personalidades con quienes todo americano célebre debe tener una entrevista histórica, al menos en la prensa. Realmente, él no debió de sentirse muy impresionado ante tales personajes, pues en el momento al que nos referimos continuaba imperturbable en su centrífugo remolino de papeles en presencia de una persona que por lo menos era tan importante como él.

Silas T. Vandam, el millonario y magnate de los aceites, era un hombre esbelto, de rostro amarillento y alargado y cabello negro con reflejos azules, colores que son los menos sospechosos, pero que, al resaltar su rostro y figura sobre la ventana y pared blanca del almacén, parecían en la sombra más siniestros y recortados; llevaba un elegante abrigo abrochado hasta el cuello, adornado con tiras de astracán. El rostro atento y ojos brillantes de Wynd estaban iluminados de lleno por la luz que llegaba de la ventana abierta sobre el pequeño jardín, ya que su silla y escritorio estaban ante ella; y aunque su expresión era preocupada, no parecía que el millonario fuera la causa. El ayudante de Wynd o su asistente personal, que era un hombre alto y corpulento, con cabello rubio y estirado, estaba detrás del escritorio de su jefe sosteniendo en la mano un montón de cartas; y el secretario particular de

Wynd, un joven pelirrojo aseado, con rostro vivaz, tenía ya su mano en la empuñadura de la puerta como si hubiera adivinado u obedecido algún gesto de su jefe. No solo estaba limpia la habitación, sino que era tan austera que podía calificarse de medio vacía; pues Wynd, para conseguir esto, había alquilado el piso superior, que usaba como almacén, donde tenía, en cajas y líos y atados con cuerdas, todos sus papeles y otros enseres.

—Wilson, entregue esto al conserje del piso —dijo Wynd al criado que tenía las cartas—. Y luego vaya a buscarme el trabajito sobre los clubes nocturnos de Mineápolis; lo encontrará en el bulto marcado con una G. Lo necesitaré dentro de una media hora, pero no entre hasta entonces. Verdaderamente, señor Vandam, su proposición me parece muy aceptable, aunque no me es posible darle una contestación definitiva hasta haber estudiado el informe. Creo que puede llegarme mañana por la tarde y, en cuanto llegue, le telefonearé. Siento no poder comunicarle nada definitivo en este momento.

A Vandam le pareció que aquella era una manera muy política de quitárselo de en medio; y la expresión dibujada sobre su lívido y melancólico rostro debió de ser de ironía.

—Luego debo retirarme ya —dijo.

—Ha sido usted muy amable en venir, señor Vandam —dijo Wynd con deferencia—. Me perdonará usted si no lo acompaño hasta la puerta, pero tengo entre manos un asunto que debo resolver sin falta. Fenner —añadió, dirigiéndose al secretario—, acompañe usted al señor Vandam a su coche y no vuelva a entrar hasta dentro de media hora. Deseo resolver por mí mismo el asunto; a continuación venga a echarme una mano.

Los tres hombres salieron juntos a la antesala y cerraron la puerta tras de sí. El corpulento criado, Wilson, recorrió el pasillo en busca del conserje y los otros dos fueron en dirección opuesta hacia el ascensor; pues hay que decir que el apartamento de Wynd estaba en el piso decimocuarto. No se habían separado aún medio metro de la puerta por donde acababan de salir, cuando cayeron en la cuenta de que, llenando el espacio del pasillo, un hombre de aspecto impresionante se dirigía hacia ellos. Era muy alto y de espaldas anchas, y su robustez resaltaba más por el hecho de ir vestido de blanco o de un gris tan claro que parecía blanco. Como sombrero, un anchísimo panamá, también blanco, y una amplia franja o halo casi tan blanco como el resto rodeaba su cara. A pesar de tal aureola, su rostro era vigoroso y bello, como el de un emperador romano, salvo en su expresión juvenil, infantil casi, que escapaba del brillo de sus ojos, y la beatitud de su sonrisa.

—¿Está el señor Warren Wynd? —preguntó en tono cordial.

—El señor Warren Wynd está ocupado —dijo Fenner—; no puede interrumpírsele bajo ningún pretexto. Puedo decirle, no obstante, que soy su secretario y se me permite recibir toda clase de encargos.

—El señor Warren Wynd no está visible ni para el Papa ni para sienes coronadas —dijo Vandam, el rey de los aceites, con una sonrisa amarga—. El señor Warren Wynd es muy particular. Acabo de ofrecerle la insignificancia de veinte mil dólares bajo ciertas condiciones y me ha dicho que volviera otro día, como si yo fuera el chico de los recados.

—Pues no está tan mal esto de ser un chico —dijo el extraño—, y menos todavía lo de llevar recados; y justamente yo traigo uno al cual no podrá dejar de atender. Es una misión que viene del grande y magnífico país del Oeste, donde se está plasmando la verdadera América, mientras todos ustedes están roncando por ahí. Anúnciele usted que Art Alboin, de la ciudad de Oklahoma, ha venido para convertirle.

—Ya le he dicho a usted que ahora no puede recibir a nadie —dijo el pelirrojo secretario, con viveza—. Ha dado órdenes terminantes de que no se le interrumpa hasta dentro de media hora.

—Ustedes, paisanos del Este, se andan siempre con esas monsergas de estorbar e interrumpir —dijo el garboso señor Alboin—, pero, lo que es yo, tengo ya previsto un fuerte vendaval del Oeste que vendrá a estorbarles. Estará calculando cuánto dinero le van a costar todas esas religiones antiguas; pero yo les digo que cualquier plan que deje de lado al nuevo Gran Espíritu del Movimiento de Texas y Oklahoma descuida la religión del futuro.

—Ya me he enterado de esas religiones del futuro —dijo el millonario con desdén—; las he mirado con lupa y me he convencido de que eran más sarnosas que un perro pardo. Ahí tenéis, por ejemplo, a aquella mujer llamada Sophia, que, por cierto, a mi modo de ver, debiera de haberse llamado Sáfira. Y no resultó más que un fraude. Hilos y cordeles atados a todas las mesas y taburetes. Después, llegaban aquellos de la vida invisible: decían que podían desaparecer en cuanto quisieran, y ¡vaya si lo hicieron!: con cien mil dólares míos. También conocí al Jesús Júpiter allá en Denver; le vi por espacio de muchas semanas, y no pasó de ser un vulgar sinvergüenza. Igual que el Profeta de la Patagonia; le apuesto a usted a que debe de haber armado un buen lío por esa Patagonia. No, no, señor, tengo de sobra con todo esto: de hoy en adelante, solo creeré en lo que vea. Me parece que a esto le llaman ateísmo.

—Creo que no me ha comprendido usted bien —dijo el de Oklahoma, con vehemencia—; me parece que puedo afirmar que soy tan ateo como usted. En nuestro movimiento no hay nada de sobrenatural ni de supersticioso, es ciencia pura y simple. La única y verdadera ciencia que existe, la ciencia designada con el nombre de salud; y la única verdadera salud que existe es la de poder respirar con desahogo. Llene usted sus pulmones con el aire libre de la pradera y se sentirá usted con fuerzas para precipitar con un soplo en el mar a todas las ciudades levantinas. Podría usted derribar como una brizna de hierba a cualquiera de sus hombres más estupendos. Esto es lo que tratamos de conseguir con nuestro movimiento, allá en mi tierra: respirar. Nosotros no rezamos; nosotros respiramos.

—Estoy convencido de que lo hacen —dijo el secretario, agobiado. Su rostro, que reflejaba agudeza e inteligencia, no podía ocultar la molestia que aquello le causaba; y, no obstante, había escuchado los dos monólogos con admirable paciencia y educación (al revés de lo que nos cuentan sobre la impaciencia e insolencia con que en América se escuchan tales monólogos).

—¡Nada, nada de sobrenatural! —continuó Alboin—. Solo los grandes hechos naturales, contra todas las fantasías sobrenaturales. ¿Para qué querían los judíos a un Dios, sino para que soplara por los orificios de la nariz de los hombres el aliento vital? Nosotros, en Oklahoma, respiramos por nosotros mismos. ¿Qué significa la palabra espíritu? Es, cabalmente, la palabra griega que describe el acto de inspirar. Vida, progreso, profecía; todo es respiración.

—Algunos lo llamarían viento —dijo Vandam—, pero me alegra, en todo caso, que se hayan librado ustedes de las divinidades gimnásticas.

Al inteligente rostro del secretario, bastante pálido en contraste con su cabello rojo, asomó una llamarada de extraño entusiasmo que parecía encubrir una secreta amargura.

—Yo no me alegro —dijo—, pero estoy seguro. Parece agradarle a usted la idea de ser ateo, pues de este modo puede usted seguir creyendo lo que tanto le agrada creer. No obstante, yo desearía un Dios, que hubiera un Dios, y no hay ninguno. Esta es mi fatalidad.

Sin oír ruido ni rumor alguno, tuvieron conciencia en aquel preciso momento de que el grupo de la puerta de Wynd había aumentado en un cuarto personaje. Ninguno de los animados interlocutores podía afirmar cuánto tiempo llevaba allí y, sin embargo, todos advirtieron que tenía el aire del que espera respetuosamente y hasta con cierta timidez la oportunidad de decir algo apremiante. Para sus constituciones nerviosas parecía haber surgido del suelo de pronto como una seta. Y, en efecto, daba la impresión de una gran

seta negra, pues su bajito y rechoncho talle quedaba casi eclipsado por un gran sombrero de teja. El parecido habría resultado más completo si las setas tuvieran la costumbre de llevar un paraguas en la mano, aunque fuera muy deforme y viejo.

Fenner, el secretario, se sorprendió, además, al ver que la persona en cuestión era un sacerdote; no obstante, cuando este levantó su cara redonda y solicitó con ingenuidad ver al señor Warren Wynd, se vio obligado a darle la misma respuesta negativa, en un tono menos atento que antes. A pesar de ello, el sacerdote volvió a insistir.

—Tengo vivos deseos de ver al señor Wynd —dijo—. Parece raro, ¿verdad? Pero es justamente lo que deseo. No deseo hablarle. Únicamente deseo verle. Deseo únicamente verle, si es que está ahí dentro.

—Ya le digo yo que está ahí, pero que no está visible —dijo Fenner con creciente mal humor—. ¿Qué pretende usted al decir que desea verle si es que está ahí dentro? ¡Claro que está! Lo dejamos hace cinco minutos y no nos hemos movido de su puerta.

—Bien. Entonces deseo ver si le ha ocurrido algo —dijo el clérigo.

—¿Por qué? —preguntó el secretario, exasperado.

—Porque tengo razones muy serias, casi diría solemnes —dijo el sacerdote con gravedad—, para dudar que esté bien.

—¡Cielos! —exclamó Vandam, furioso—. ¡Basta ya de supersticiones!

—Estoy pensando que me veré obligado a dar mis razones —dijo el sacerdote con la misma gravedad—. Me imagino que no puedo esperar de usted ni siquiera el permiso para mirar por la rendija de una puerta sin haberle contado antes la historia entera.

Reflexionó unos instantes y, sin hacer caso de los rostros interrogativos de sus interlocutores, continuó:

—Iba yo paseando por el pórtico cuando vi a un hombre harapiento que doblaba a todo correr la esquina de «La Media Luna». Después avanzó por la misma acera que yo en dirección contraria a la mía, mostrando una enorme figura huesuda y un rostro que no me era desconocido. Ambos pertenecían a un despistado irlandés a quien había socorrido en varias ocasiones, cuyo nombre no diré. Cuando me vio, perdió casi el equilibrio y exclamó: «¡Por todos los santos! ¡Si es el padre Brown! ¡El único hombre cuyo rostro era capaz de asustarme hoy!». Al momento, comprendí que debía de haber estado realizando alguna fechoría, y no me acabé de creer que le asustaba porque después de su exclamación empezó a contarme lo que había hecho. Y verdaderamente me sorprendió. Quiso saber si conocía a Warren Wynd y le

contesté que no le conocía, aunque sabía que vivía en uno de los pisos más altos de esta casa. Él continuó hablando: «Se trata de un hombre que se cree un enviado celestial; pero si supiera lo que yo digo de él, me parece que no titubearía en colgarse». Y repitió como en un ataque histérico por dos o tres veces: «Sí, sí, señor: se prepararía para colgarse». Entonces le pregunté si había hecho daño a Wynd, y su respuesta fue muy rara. Dijo: «He cogido una pistola y no la he cargado con balas ni cartuchos, sino con una maldición». Lo único que hizo fue bajar por el callejón que separa este edificio de la pared de la fábrica y disparar contra la tapia, con una pistola cargada únicamente con un poco de pólvora, como si pretendiera con ello derribar el edificio. «Al hacerlo —prosiguió él— le he echado una gran maldición: que la justicia del Señor le tomase por los cabellos y la venganza del infierno por los pies; que fuese partido en dos, como Judas, y que nunca más hubiera quien le recordase». No importa ahora lo que yo le dije a aquel pobre loco. Se fue algo más sosegado y yo me dirigí a la parte trasera del edificio con el fin de inspeccionarlo. Vi que al pie de la pared lateral del mismo, en la pequeña avenida, había una pistola vieja llena de herrumbre. Estoy lo bastante familiarizado con pistolas para conocer que había estado cargada únicamente con un poco de pólvora. Sobre la pared se notaban las huellas del humo causado por la explosión, e incluso la señal de la boca del cañón, pero no se veía la de ninguna clase de bala o balín. No dejó otra huella de destrucción; no dejó huella ninguna, salvo las marcas negras y la maldición que había lanzado hacia arriba. Así pues, he venido a ver a ese Warren Wynd y a comprobar que se encuentra bien.

El secretario Fenner rio y dijo:

—Puedo solucionarle enseguida semejante dificultad. Le aseguro que está completamente bien; lo hemos dejado ante su escritorio hace unos minutos. Estaba solo en su despacho, a unos cien metros sobre el nivel de la calle, y, por tanto, ningún tiro podría alcanzarle, aunque no hubiese sido falso, como el de su amigo. No hay otro acceso a las habitaciones más que el de esta puerta, y nosotros no nos hemos movido de aquí.

—No obstante, me gustaría entrar y verlo todo con mis propios ojos —dijo el padre Brown con gran serenidad.

—Pues, sencillamente, no puede —replicó el otro—. ¡Cielos, no vaya usted a decirme ahora que cree en estas tonterías!

—Usted se olvida —dijo el millonario con desprecio— que todo el trabajo de este reverendo señor se reduce a dar bendiciones y maldiciones. Y dado que es así, ¿por qué no le bendice usted para que salga? ¿De qué valen

entonces sus bendiciones si no pueden contrarrestar el efecto del juramento lanzado por un irlandés de la piel del diablo?

—¿Es que queda aún quien crea en tales bobadas? —exclamó el del Oeste.

—Por lo que veo, el padre Brown cree en muchas cosas —dijo el millonario, cuyo genio se había agriado con el pasado desaire y la presente disputa—. El padre Brown cree que un ermitaño cruzó un río sobre un cocodrilo sacado de la nada y que cuando llegó a la orilla opuesta le dijo que se muriera, y está seguro de que el cocodrilo le obedeció. Cree también que el santísimo cadáver de no sé qué santo al morir se convirtió en tres, para surtir a las tres parroquias de los tres pueblos que se disputaban el honor de ser su cuna. El padre Brown cree asimismo que el asno santo tenía seis patas y que la casa de Loreto voló por los aires. Cree en centenares de vírgenes de piedra que se pasan el día derramando lágrimas o haciendo guiños. Y para él no es nada inverosímil aceptar que un hombre escape por el ojo de una cerradura o desaparezca de una habitación cerrada. Me parece que no somete sus conocimientos a las leyes de la Naturaleza.

—Yo, a pesar de todo, debo atender a las leyes y disposiciones de Warren Wynd —dijo el secretario, fastidiado—, y una de sus leyes es que se le deje solo cuando lo dice. Wilson os asegurará lo mismo.

El criado corpulento al que mandaron a buscar la reseña bajaba plácidamente por el corredor, llevando un papel en la mano, y, sin mirar siquiera a la puerta, pasó delante de ella.

Fenner prosiguió:

—Ahora irá a sentarse en aquel banco, al lado del conserje, se cruzará de manos y hará que los pulgares vayan dibujando círculos, uno alrededor del otro, hasta que se le llame. Descuide usted, que no irá antes; ni yo tampoco. Me parece que los dos sabemos a la perfección lo que nos conviene y les aseguro de buena fe que me colgaría una buena cantidad de los ángeles y santos del padre Brown antes de que me lo hicieran olvidar.

—En lo que se refiere a santos y ángeles… —empezó el sacerdote.

—¡Todo estupideces! —dijo Fenner—. Y que conste que no he querido decir nada molesto; no obstante, todo está muy bien para los altares, claustros y toda clase de parajes abiertos a la luz de la luna. Pero ¡ah!, hay espectros que no pueden pasar por la puerta cerrada de un hotel americano.

—Y, sin embargo, los hombres pueden abrir una puerta, aunque sea la de un hotel americano —sostuvo el padre Brown, que ya se había armado de paciencia—, y me parece que lo más sencillo en este momento sería hacerlo.

—Sería suficiente para que yo perdiera mi puesto de trabajo —contestó el secretario—. A Warren Wynd no le gusta que sus secretarios sean tan simples, que sean tan idiotas como para creer en esos cuentos chinos que usted parece creer.

—Es cierto —dijo el sacerdote— que creo con firmeza muchas cosas que usted probablemente no acepta. Pero nos llevaría mucho tiempo enumerar todas las cosas que creo y las razones que tengo para obrar así y creer que estoy en lo cierto. En cambio, bastarían dos segundos para abrir esa puerta y comprobar que estoy equivocado.

Algo en esta frase pareció agradar al inquieto y original espíritu del hombre de Oklahoma.

—He de admitir que me encantaría comprobar que está usted equivocado. —Y antes de que pudieran detenerle se abalanzó hacia la puerta, diciendo—: Y voy a hacerlo.

Abrió de par en par la puerta que daba al apartamento y paseó la mirada por la habitación. El primer golpe de vista le convenció de que la silla de Wynd estaba vacía, y el segundo, de que también lo estaba la habitación.

El joven Fenner, poseído de un súbito arranque, tomó la delantera y se introdujo en la habitación contigua.

—Estará en el dormitorio —dijo con sequedad—; por lo menos, tendría que estar allí.

Mientras desaparecía por la otra estancia, los demás se quedaron en la salita exterior examinando lo que había. Los muebles sencillos y severos, que ya habían podido observar, parecían responder a su mirada inquisitiva con una firme recusación. En aquel lugar no cabía preguntar dónde podía esconderse un ratón y —ni que decir tiene— un hombre. No había cortinas y, contra lo habitual en una decoración americana, tampoco visillos.

El propio escritorio consistía en una sencilla mesa, con cajón, cuya tapa poseía una ligera inclinación. Las sillas eran duras. Al cabo de un momento volvió a aparecer el secretario, después de haber registrado las dos habitaciones interiores. En su rostro y ojos se dibujaba la negativa y sus labios parecían moverse mecánicamente al decir:

—Por aquí no ha salido. ¿Verdad?

Los demás creyeron innecesario contestar a la pregunta. Sus mentes habían llegado a un estado semejante al de la pared del almacén, que a medida que iba cayendo la tarde pasaba del color blanco al gris. Vandam se acercó al repecho de la ventana contra el que se había apoyado hacía media hora y, ya que estaba abierta, se asomó al exterior. No había tubería, escalera de

incendios ni repisa alguna hasta llegar al suelo de la avenida, y lo mismo ocurría con la pared de enfrente, que se elevaba aún bastante sobre el nivel de aquella ventana. En cuanto a las aberturas que daban a la otra calle, tenían las mismas características; la única vista que había era el muro encalado de la pared de enfrente. De todas formas, se asomó y miró hacia abajo, como si esperara ver al desaparecido filántropo hecho un lío sobre el pavimento. No pudo ver nada, fuera de un diminuto objeto oscuro, empequeñecido por la distancia, que bien pudiera ser la pistola de la que había hablado el clérigo. Mientras tanto, Fenner se asomaba por la otra ventana, abierta sobre una pared igualmente lisa e inaccesible y con vistas a un pequeño parque ornamental, en lugar de dar a la calle. Un espesor de árboles impedía ver el suelo del mismo; dichos árboles, no obstante, llegaban solo a escasa altura comparada con la que los hombres habían construido. Se volvieron a un tiempo hacia el interior de la habitación y sus rostros se sumieron en la luz crepuscular. Los últimos rayos plateados del día se quebraban en las brillantes superficies de pupitres y mesas y sus reflejos palidecían paulatinamente. A Fenner pareció irritarle aquella claridad, echó mano del interruptor y la escena adquirió un singular relieve bajo el influjo de la luz eléctrica.

—Como usted mismo dijo hace poco —opinó Vandam, con aspereza—, no es posible que un tiro disparado desde abajo pudiera haberle alcanzado, en el caso de estar la pistola cargada. Y aun suponiendo que la bala lo hubiera tocado, no habría desaparecido como una burbuja.

El secretario, que estaba más pálido que nunca, miró, irritado, al rostro bilioso del millonario.

—¿Y qué es lo que le ha inducido a pensar en tales necedades? ¿Por qué hablar de balas y de burbujas? ¿Por qué razón no ha de estar vivo?

—¿Y por qué lo ha de estar? —repuso Vandam—. Si me dice usted dónde se encuentra ahora, yo le diré cómo llegó allí.

Después de una pausa, el secretario murmuró:

—Creo que tiene razón. Nos encontramos de lleno en el caso del que hace unos momentos estábamos hablando. Sería curioso que usted y yo empezáramos a creer que hubo algo de cierto en lo de la maldición. Pero ¿quién pudo haber dañado a Wynd, estando encerrado aquí?

El señor Alboin, de Oklahoma, había estado de pie, con las piernas algo separadas, en mitad de la habitación; su blanco halo barbudo, al igual que sus ojos redondos, parecía irradiar la más viva sorpresa. Y, al llegar a este punto, empezó a hablar sin miramientos con la insolencia de un *enfant terrible*.

—No estuvieron muy de acuerdo usted y él, ¿verdad, señor Vandam?

La cara larga y amarilla del señor Vandam pareció alargarse más aún a medida que se iba poniendo más siniestra, a la par que sonreía y contestaba indiferentemente:

—Si empezamos a hacer conjeturas, fue usted, según me parece recordar, quien dijo que un viento del Oeste derribaría a nuestros hombres más poderosos como si fueran un hierbajo.

—Ya sé que lo he dicho —dijo el occidental con candor—, pero de todas maneras, ¿cómo diablos podía haber ocurrido?

El silencio fue interrumpido por Fenner, que dijo con una brusquedad que rozaba la violencia:

—Queda solo una manera de enfocar el asunto. No ha sucedido nada, sencillamente. Nada puede haber sucedido.

—¡Oh, sí! —dijo el padre Brown desde un rincón—. Ya lo creo que ha sucedido.

Las últimas palabras causaron vivo sobresalto en los presentes, que, a decir verdad, se habían ya olvidado del insignificante hombrecillo, aunque fuera él quien les indujo a abrir la puerta de la habitación. Y al volverles aquel detalle a la memoria, variaron su disposición de ánimo; recordaron, de pronto, que le habían echado de su lado, calificándolo de soñador supersticioso, por haber sugerido exactamente lo que había ido desarrollándose después ante sus ojos.

—¡Lagarto! —exclamó el impetuoso Oklahoma, como el que habla sin tener completo dominio de sí mismo—. Supongan ustedes que, al fin y al cabo, haya algo de verdad en todo esto.

—He de confesar —dijo Fenner, mirando con preocupación hacia la mesa — que las predicciones del reverendo resultaron, en apariencia, fundadas, y me gustaría que ahora nos dijera algo más.

—Creo que podría decirnos —dijo Vandam con sarcasmo— lo que deberíamos hacer ahora.

El pequeño sacerdote pareció aceptar con modestia la proposición, pero enfocándola desde un punto de vista práctico.

—Lo único que se me ocurre pensar —dijo— es comunicarlo primero a las autoridades del lugar y buscar luego si hay algo que nos indique la pista de mi amigo, el que disparó la pistola. Lo vi desaparecer por el ala opuesta de «La Media Luna», en dirección al jardincito que hay allí. Tiene algunos bancos y constituye uno de los lugares predilectos de los vagabundos.

Hubo consultas con la dirección del hotel, que desembocaron en otras consultas indirectas con las autoridades policíacas y que les tomaron bastante

tiempo; era ya de noche, cuando salieron al largo y clásico pórtico de forma semicircular. «La Media Luna» parecía tan fría y cavernosa como el astro que les prestaba su nombre, y la luna misma se iba levantando luminosa, pero espectral, detrás de las negras copas de los árboles según se acercaban al pequeño jardín público. La noche mantenía velado mucho de lo que en el parque era solo urbano y artificial y, al adentrarse en la sombra de los árboles, tuvieron la extraña sensación de estar a muchas millas de sus casas. Cuando llevaban un rato andando en silencio, Alboin, que tenía algo de ingenio, lo rompió, de pronto, diciendo:

—¡Me doy por vencido! ¡Me rindo! Jamás pensé que íbamos a llegar a este extremo; pero ¿qué se puede hacer cuando las cosas le suceden a uno así? Le ruego me perdone, padre Brown, reconozco que solamente dejo de estar de acuerdo con usted en lo que se refiere a sus cuentos chinos. Después de esto, seré yo quien los invente. Usted mismo, señor Vandam, dijo que era un ateo y que solo creía en lo que sus ojos habían visto. Y bien, ¿qué es lo que ha visto? O mejor: ¡lo que no ha visto!

—Ya sé —repuso Vandam y movió la cabeza de manera sombría.

—Todo se debe a la luna y a los árboles, que le ponen a uno los nervios de punta —dijo Fenner obstinado—. Los árboles siempre parecen muy raros a la luz de la luna con sus ramas extendidas acá y allá. Mire usted aquella…

—Sí —dijo el padre Brown parándose a mirar la luna a través del grupo de árboles—. Es una rama bien particular, esa.

Cuando volvió a hablar, como para sus adentros, dijo:

—Creí que era una rama rota.

Sin embargo, ahora el tono de su voz poseía una inflexión especial que dejó a todos sus oyentes helados. Algo que parecía una rama muerta estaba colgando de un árbol que se recortaba contra la luna, pero no era una rama muerta. Al acercarse para ver lo que era, Fenner volvió a soltar un sonado juramento. Después se dio prisa en desatar la cuerda del cuello del hombrecillo cuyo cuerpo se balanceaba y que tenía un mechón de cabellos grises. Antes de bajarlo del árbol, había comprendido que se trataba de un cadáver. Una larguísima soga se hallaba enredada en las ramas del árbol y una parte realmente corta de la misma colgaba de la rama de la que pendía el cuerpo. Un barril quedaba a unos pasos de sus pies y parecía haber sido el soporte que el suicida empujó cuando tuvo la cuerda pasada por el cuello.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Alboin en una forma que tanto podía ser plegaria como imprecación—. ¿Qué es lo que aquel hombre dijo de él…?

«Que si Wynd llegase a saberlo no titubearía en colgarse». ¿No fue esto lo que dijo, padre Brown?

—Sí —contestó este.

—Digo, nunca esperé ver o tener que proferir cosa semejante. Pero ¿qué otra cosa puede uno afirmar sino que la maldición ha surtido su efecto?

Fenner estaba cubriéndose el rostro con las manos. El sacerdote se le acercó poniendo una de las suyas sobre su brazo y diciéndole con suavidad:

—¿Le tenía usted mucho aprecio?

El secretario dejó caer sus manos y su rostro pareció mortalmente pálido a la luz de la luna.

—Lo odiaba como al infierno —dijo—, y si es cierto que ha muerto por efecto de alguna maldición, casi me atrevería a decir que ha sido por efecto de las mías.

La presión que la mano del sacerdote ejercía sobre su brazo aumentó, al propio tiempo que este aseguraba, con una fuerza que hasta entonces no había exteriorizado:

—No fueron sus maldiciones; le ruego que se calme.

La policía del distrito tuvo bastantes dificultades para interrogar a los cuatro testigos del caso. Todos eran personas respetables y dignas además de crédito, en el sentido usual de la palabra; uno de ellos incluso era persona de bastante poder e importancia: Silas Vandam, del consorcio del petróleo. El primer policía que se permitió exponer algunas observaciones escépticas sobre los hechos hizo saltar chispas del acero del que estaba hecha la mente de aquel magnate, con una rapidez increíble.

—No intente usted explicarme que debemos atenernos a los hechos —dijo el millonario con aspereza—. Yo me he atenido a muchos hechos antes de que usted hubiese nacido y muchos han tenido que atenerse a lo que yo dijera. Yo le diré lo que sucedió y cómo sucedió, si usted quiere anotarlo.

El policía en cuestión era joven y sumiso y tenía la vaga idea de que el millonario era demasiado político para que se le pudiera tratar como a un ciudadano corriente; así es que él y sus compañeros lo remitieron a uno de sus más expertos superiores, un tal inspector Collins, hombre algo canoso y dotado de agradable y seria conversación, como una persona ingeniosa, pero que no podía soportar tonterías de ninguna clase.

—Bien, bien —dijo este mirando con ojos centelleantes a los tres personajes que tenía ante sí—. Me parece un relato extraordinario.

El padre Brown había salido para dedicarse a su trabajo cotidiano; pero Silas Vandam había suspendido incluso el gigantesco negocio de los

mercados durante un par de horas para atestiguar su extraordinaria experiencia. El trabajo de Fenner como secretario había concluido, por de pronto, al morir su jefe. El gran Art Alboin, no teniendo otra cosa que hacer en Nueva York ni en ninguna otra parte del mundo, sino extender el Aliento de la Vida o Religión del Gran Espíritu, no le cabía obligación alguna que le impidiera asistir al trabajo policial. Así, estaban los tres, alineados uno al lado del otro, en la oficina del inspector, preparados para corroborar los hechos mutuamente.

—Será mejor que les diga, para comenzar ya de una vez —dijo el inspector alegremente—, que no sirve de nada que me vengan con historias de milagros. Yo soy un hombre práctico y además policía, con lo que queda dicho que dejo a los curas y párrocos lo que se refiera a todo eso. Según he llegado a comprender, este sacerdote que interviene les sugestionó con explicaciones acerca de una terrible historia sobre la muerte y el juicio; pero estoy decidido a apartarle a él y a sus creencias. Si Wynd salió de la habitación, hubo alguien que lo dejó salir. Y si se le halló colgado de un árbol, alguien debió de ser quien lo colgara en él.

—Eso es —dijo Fenner—, pero nosotros venimos a aseverar, con nuestro testimonio, que nadie, absolutamente nadie, lo vio salir, por lo cual queda en pie la pregunta de cómo pudo alguien haberlo colgado entonces.

—¿Y cómo es que tenemos una nariz en la cara? —dijo el inspector—. Pues bien, tenía una nariz en la cara y una soga alrededor del cuello. Estos son hechos; y, como he dicho, yo soy hombre práctico que me atengo únicamente a los hechos. Suponiendo que no puede haberse producido por un milagro, necesariamente tiene que haberlo hecho un hombre.

Alboin se había mantenido hasta aquel momento en segundo término; y realmente su ancha figura parecía el fondo adecuado para las dos más delgadas y vivarachas que tenía delante. Su blanca cabeza estaba inclinada, como si pensara; pero al sentar el inspector aquella última afirmación, la levantó sacudiendo su cabellera como si fuese una melena y, mostrándose aturullado, pero despierto, se adelantó hasta los dos que tenía delante para plantarse entre ambos. Ellos tuvieron la vaga impresión de que era más grande que antes. Se habían precipitado demasiado al considerarle un desequilibrado o un charlatán; pero no mentía cuando dijo que tenía una gran reserva pulmonar y vital, comparable a un vendaval del Oeste que podría barrer cualquier cosa sin peso.

—De manera que es usted un hombre práctico, señor Collins —dijo con voz dulzona y un poco tarda—. Me parece que es la tercera o cuarta vez que

ha afirmado, en esta breve conversación, que es usted un hombre práctico, por lo que no puedo equivocarme al decirlo. Y verdaderamente es una cualidad que, quien se encargue de escribir su vida, cartas y conversaciones de sobremesa, acompañándolas de un retrato de usted a la edad de cinco años, un retrato de su abuela y una vista de la antigua casa de sus antepasados, estoy seguro de que no dejará de mencionar, como tampoco dejará de aludir a que usted tenía una nariz chata con una verruga en ella y que su volumen era casi excesivo para poder andar. Y supuesto que usted es un hombre práctico, me temo que continuará practicando hasta devolver la vida a Warren Wynd y hallar la manera cómo un hombre práctico se salta a la torera los pactos o conveniencias secretas. A pesar de todo, me parece que lo enfoca usted mal. Usted no es un hombre práctico, usted es una broma pesada práctica; eso es lo que es. El Todopoderoso estaba de broma cuando le hizo a usted.

Con un sentido muy propio del drama, fue acercándose a la puerta antes de que el sorprendido inspector pudiera contestar, y todas las recriminaciones que le lanzó después no pudieron arrebatarle la apariencia de triunfo sobre el policía.

—Creo que tiene usted toda la razón —dijo Fenner—; si estos son los hombres prácticos, deme usted sotanas.

Se hizo todavía otro intento de darle al hecho una versión oficial, tan pronto como las autoridades cayeron en la cuenta de quiénes eran los testigos y cuáles las acusaciones. La prensa se había dedicado a comentarlo de la forma más sensacionalista e incluso descarada. Las entrevistas en las que Vandam relataba su maravillosa aventura y los artículos sobre el padre Brown y sus intuiciones místicas, acabaron por inducir a quienes se sienten responsables de guiar al público a querer guiarlo por un camino más sabio.

En la siguiente ronda, se les interrogó de forma más cautelosa. Se les dejó caer que el profesor Vair tenía un gran interés en experiencias parecidas y que estaba muy intrigado con un caso tan sorprendente como aquel. El profesor Vair era un psicólogo muy conocido, famoso por su interés por la criminología. Un tiempo más tarde, pudieron saber que tenía relación con la policía.

El profesor Vair era un caballero muy cortés, que vestía de gris sin ninguna ostentación, llevaba una corbata artística y el apéndice de una barbita rubia y puntiaguda. Aquel que no estaba familiarizado con su manera de arreglarse tenía la impresión de que era un pintor. No solo tenía el aire atento, sino campechano.

—Sí, sí, ya sé —dijo sonriendo—; me doy perfecta cuenta de lo que han tenido ustedes que soportar. Los policías no brillan por sus interrogatorios psicológicos, ¿verdad? Naturalmente, el viejo, mi querido viejo Collins, les dijo que solo quería hechos. ¡Qué fallo tan absurdo! En un caso como este, además de hechos, necesitamos atender a las impresiones personales.

—¿Quiere usted decir que todo lo que nosotros tenemos por hechos han sido solo impresiones personales? —preguntó Vandam con gravedad.

—En absoluto —aseguró el profesor—. Estoy convencido de que la policía acredita exclusivamente su inocencia por creer que en esta clase de asuntos puede dejarse a un lado el elemento psicológico. Naturalmente, el elemento psicológico es el todo de todo, aunque solo ahora se comience a entender. Para establecer ya algo en concreto tomemos, por ejemplo, el elemento llamado personalidad. Yo he oído hablar hace tiempo de ese sacerdote llamado Brown y debo decirles que es uno de los hombres más notables de nuestra época. Hombres de su clase llevan consigo un ambiente especial y nadie sabe cuánto influyen sobre los nervios y los sentidos. Hipnotizan a la gente. Sí, señor, la hipnotizan; pues el hipnotismo, como todo lo demás, no es sino cuestión de grado; tiene una pequeña parte en todas nuestras conversaciones cotidianas; no precisa que sea producido por un hombre vestido de frac, en la plataforma de un escenario. La religión del padre Brown ha tenido en cuenta siempre la psicología de los ambientes, y sabe perfectamente echar mano de todo a la vez; incluso, por ejemplo, del sentido del olfato. Tiene en cuenta también el misterioso influjo que produce la música sobre animales y seres humanos; puede…

—¡Basta, basta ya! —protestó Fenner—. ¿No pretenderá usted decirnos que salió por el pasillo llevando a cuestas un órgano de capilla?

—Seguro que sabe hacer muchas cosas más —dijo el profesor Vair riendo—. Sabe cómo concentrar la esencia de todos estos sonidos espirituales, visiones e incluso olores, con algunos gestos acompasados; es un arte o nueva escuela de proceder. Puede con su sola presencia concentrar su pensamiento sobre lo sobrenatural y que las cosas naturales abandonen sus mentes por uno y otro lado, sin que puedan darse cuenta. Es preciso también que sepan ustedes —prosiguió, volviendo a su tono alegre— que cuanto más nos adentramos en su estudio, tanto más misteriosa nos parece la cuestión de las percepciones humanas. No hay un solo hombre, entre veinte, que perciba realmente algo. No hay uno entre cien que capte las cosas con verdadera precisión. Realmente, no hay ni siquiera uno entre cien que primero capte las cosas, luego las retenga y, al final, las conozca. Se han hecho varios

experimentos científicos para probar que cuando varios hombres se hallan bajo el influjo de una sugestión, creen que una puerta está cerrada cuando en realidad está abierta y que está abierta cuando permanece cerrada. Se da el caso de hombres que han disentido sobre el número de puertas y ventanas de un edificio que estaba ante ellos. Otros han sufrido ilusiones ópticas a plena luz solar. Y esto les ha sucedido sin el hipnótico efecto de la personalidad; ahora bien, en este caso contamos con una personalidad muy poderosa y persuasiva que desea solo fijar en sus mentes una imagen: la imagen del rebelde irlandés, levantando la pistola hacia el cielo y disparando aquella salva en el aire cuyos ecos eran el trueno de las nubes.

—Profesor —exclamó Fenner—, yo sería capaz de jurar en mi lecho de muerte que aquella puerta no se abrió jamás.

—Nuevos experimentos —prosiguió el profesor con calma— han llegado a suponer que nuestra conciencia no es continua, sino una sucesión rapidísima de impresiones que la hacen semejante a una cinta cinematográfica; y es posible que alguien o algo, por así decirlo, pueda escapar entre dos de estas escenas si actúa solo en el instante en que la cortina está echada. Es posible que toda la palabrería de los prestidigitadores y todas las modalidades del juego de manos dependan de lo que podemos llamar estas fases negras de ceguera intercaladas entre otras de visión clara. Ahora bien, ese apóstol y predicador de cosas trascendentales les había llenado a ustedes de una imagen trascendental: la imagen del celta que al igual que un titán sacudía la torre con su solo conjuro. Probablemente, acompañó sus palabras con algún ademán sugerente, encaminado a surtir algún efecto sobre sus ojos y mentes y desviar su fantasía en la dirección del desconocido destructor de profundidades. O puede que sucediera otra cosa, o que alguien pasara.

—El criado Wilson —refunfuñó Alboin— entró en el recibidor para sentarse en un banco pendiente de lo que sucedía, pero creo que no nos distrajo mucho.

—¡Ah!, esto es precisamente lo que no llegará usted a saber: cuánto les distrajo —repuso Vair—. Pudo haber sido esto, o con mayor seguridad, algún ademán del sacerdote mientras relataba su cuento mágico y, en todo caso, tuvo que coincidir con uno de esos puntos negros el momento en que el señor Warren Wynd salió por la puerta y se encaminó hacia su muerte. Esta es la explicación más plausible. Es un ejemplo que corrobora los últimos descubrimientos. La mente no es una línea continua, sino más bien una línea de puntos.

—De infinidad de puntos —replicó Fenner con desaliento—, por no decir puntillosa.

—No me querrá hacer creer usted —contestó Vair— que su jefe estaba encerrado en una habitación como en una caja.

—Lo prefiero a pensar que me tienen que encerrar en una habitación para locos —dijo Fenner—. Por esto me quejo de sus sugerencias, profesor. Me siento más inclinado a creer en un sacerdote que hable de milagros que en un hombre que no tiene ninguna razón para creer en nada. El sacerdote me dice que puedo pedir la intercesión de un Dios del que nada sé, con el fin de que me vengue mediante las leyes de una justicia superior, de la que tampoco conozco nada. Si debo decir algo es que no sé nada del tema. Pero si la imprecación de aquel pobre irlandés y su pistola pueden haber sido oídas desde un mundo superior, he de decir que ese mundo reacciona de una manera que nos parece muy rara. Usted me pide que no crea en la realidad de estos mundos que aparecen claros a mis cinco sentidos. Según su parecer, toda una procesión de irlandeses llevando escopetas podían pasar por esta habitación mientras hablamos, con solo que tuvieran el cuidado de deslizarse sobre los puntos negros de nuestra imaginación. Los milagros de veta frailuna, como materializar un cocodrilo o colgar un abrigo de un rayo de sol, me parecen muy sanos comparados con el de usted.

—¡Ah, bien! —dijo el profesor Vair—. Si está usted empeñado en creer a su cura y a su irlandés milagrero no puedo añadir nada más. Me parece que no ha tenido usted ocasión alguna de estudiar psicología.

—No —dijo Fenner con sequedad—, pero he tenido la oportunidad de estudiar a algunos psicólogos.

Y saludando cortésmente condujo a la pequeña comitiva fuera de la habitación y no dijo ni una palabra hasta llegar a la calle. Entonces lo hizo de una manera bastante desahogada.

—¡Locos! ¡Locos de remate! —exclamaba Fenner rabioso—. ¿Qué diablos creen que le puede suceder a la Humanidad si toda ella creyese en que no sabe si ha visto una cosa o no? Le hubiera arrancado la cabeza de los hombros con una carga falsa y le explicaría luego que lo había hecho en uno de los momentos oscuros. El milagro del padre Brown puede ser o dejar de ser milagro, pero por lo menos él dijo que sucedería y sucedió. Todo lo que estos malditos impostores pueden hacer es ver una cosa y decir luego que no la han visto. Miren ustedes, me parece que le debo al padre Brown la gratitud de poder testimoniar lo que sigue: somos hombres normales, íntegros, que

nunca hemos creído en nada. No estábamos bebidos. No somos creyentes. Y la cosa sucedió como él había predicho.

—Estoy de acuerdo con ustedes —dijo el millonario—. Esto puede ser preludio de grandes acontecimientos espirituales; pero, sea lo que sea, este hombre está familiarizado con lo espiritual. El padre Brown, sin duda, por esta vez, ha cumplido con su cometido.

Pocos días después, el padre Brown recibió una tarjeta muy atenta firmada por Silas T. Vandam, rogándole la asistencia, en una hora prefijada, a la reunión que debía celebrarse en el despacho del difunto para tratar de reconstruir el maravilloso hecho. El suceso comenzaba a ser materia de comentario psicoético y a destacarse en los círculos ocultistas, según lo que el padre Brown pudo ver cuando se dirigía hacia «La Media Luna» en alguno de los artículos de fondo titulados «Suicidio de un desaparecido» y «La maldición de un hombre ahorca a un filántropo». Subió las escalinatas y se dirigió hacia el ascensor. Encontró al pequeño grupo poco más o menos como cuando lo había dejado: Vandam, Alboin y el secretario; pero su manera de hablar y la actitud que adoptaron frente a él estaba llena de un inusitado respeto y convencimiento. Se hallaban cerca del escritorio de Wynd, sobre el cual había un papel enorme y plumas.

—Padre Brown —dijo el de Oklahoma, que se había convertido en portavoz de los demás y a quien la responsabilidad hacía más reposado—. Le hemos pedido que venga para presentarle ante todo nuestras excusas y agradecimiento. Reconocemos que fue usted el primero que acertó en darle al asunto un carácter sobrenatural. Todos estábamos revestidos de una dura coraza de escepticismo; ahora, sin embargo, nos hemos convencido de que el hombre ha de romper esa coraza si quiere llegar a las cosas extraterrenales. Usted está en el mundo para afirmar estas cosas paranormales, y nosotros no tenemos más remedio que reconocerlas. Y le hemos llamado, además, por creer que este documento no adquirirá todo su valor sin su firma. Hemos relatado con exactitud los hechos, en este documento, para mandarlo a la Sociedad de Investigación Psíquica, ya que las noticias de los periódicos no son muy exactas. Hemos expuesto cómo fue proferida la maldición en la calle; que el hombre estaba herméticamente encerrado en esta habitación, como si fuera una caja, y cómo le convirtió la maldición al momento en algo etéreo, para después, de una manera inimaginable, volverlo a materializar bajo el aspecto de un suicida ahorcado en una rama. Esto es lo único que podemos decir, ya que es lo único que sabemos y lo único que hemos visto con nuestros propios ojos. Ahora bien, como usted fue el primero de los

cuatro en creer en milagros, creemos que debe ser el primero en firmar el documento.

—No, ciertamente no —dijo el padre Brown, embarazado—; creo poder decir que no sería de mi gusto.

—¿No quiere usted firmar el primero?

—No, no, quiero decir que mi intención es no confirmarlo de ninguna manera —dijo el padre Brown con sencillez—. Comprenderán ustedes que un hombre que está en mi posición no desea bromear con los milagros.

—¡Si fue usted quien nos aseguró que era un milagro! —dijo Alboin pasmado.

—Lo siento mucho —respondió el padre Brown—; me temo que ha habido alguna confusión por parte de alguien. Me parece que nunca he pretendido que fuera un milagro. Lo único que me atreví a afirmar fue que podía llegar a suceder: usted me replicó que si sucedía se consideraría un milagro. Al cabo sucedió. Entonces creyó usted que debía de ser un milagro. Pero yo no pronuncié ni una sola palabra referente a cosa milagrosa ni mágica, ni nada por el estilo, en todo el rato que estuve aquí.

—Pensé que usted creía en los milagros —interrumpió el secretario.

—Sí —contestó el padre Brown—, creo en ellos. Creo que un hombre puede ser devorado por un tigre, aunque no lo esté viendo en todas partes ni a todas horas. Si deseo un milagro verdadero, ya sé dónde ir a buscarlo.

—No puedo comprender cómo mira usted las cosas desde ese punto de vista —dijo Vandam con firmeza—. Todo esto me parece muy estrecho y usted, aunque lleve sotana, no me lo parece mucho. ¿No comprende usted que un milagro de esta índole echaría por tierra de una vez para siempre el materialismo? Esto serviría para hacer ver al mundo entero en letras de molde que los poderes espirituales pueden actuar y actúan. Y usted prestará un servicio a la religión que nadie ha prestado todavía.

El sacerdote dio muestras de estar un poco ofendido y su diminuta figura se revistió de una dignidad inconsciente e impersonal.

—Bien —dijo—, ¿no pretenderá usted que sirva a la religión diciendo lo que yo sé que es mentira? No llego a comprender bien el significado que entrañan sus afirmaciones; y si se me permite expresarme con toda sinceridad, tengo que decirles que me parece que ustedes tampoco lo saben. Mintiendo podría servir a mi idea, pero nunca al Señor. Y ya que ustedes sondean con tanta insistencia en mis creencias, ¿no sería hora de que yo les pidiera a mi vez que escucharan una versión verídica?

—Creo que no he comprendido del todo —observó el millonario con énfasis.

—Eso me parece a mí —dijo el padre Brown—. Usted ha afirmado que en la consumación del hecho intervinieron las potencias espirituales. ¿Qué potencias espirituales? No creerá usted que los santos ángeles lo transportaron y colgaron de un árbol del jardín, ¿verdad? Y que fueron los ángeles malos…, tampoco, no, no, no. Los hombres que lo hicieron cometieron una verdadera fechoría, pero no sobrepasaron su maldad; no eran lo bastante depravados para estar poseídos de poderes sobrehumanos; a través de mis pecados he podido conocer un poco a Satanás, me he visto obligado a conocerlo. Sé cómo es, cómo actúa siempre. Es orgulloso y ladino. Le gusta mostrarse superior, llena de horror al inocente con cosas que comprende a medias y pone la piel de gallina a los niños. Por eso Satanás es tan amigo de misterios, iniciaciones, sociedades secretas y todo lo demás. Sus ojos miran hacia dentro y, por más grande y grave que quiera aparecer, oculta siempre una sonrisa alocada.

Se estremeció de pronto como si acabara de pasar una ráfaga de aire helado y continuó:

—No se preocupen ustedes; créanme, nada tiene que ver con todo esto. A aquel pobre irlandés, amigo mío, que bajaba a todo correr por la calle, que me dijo la mitad de la historia en cuanto me vio y que de pronto volvió la cara a un lado y echó a correr para no decir más, ¿cree usted que Satanás va a confiarle secretos? Puedo afirmar que tuvo parte en la conjura, probablemente junto con dos hombres mucho peores que él; de todas maneras, cuando se adentró por la calleja y disparó la pistola y la maldición, estaba poseído de una furia sin límites.

—¡Por todo lo que hay de verdadero en la tierra, dígame qué pretende usted decir! —continuó Vandam—. El simple hecho de que él disparara una pistola de hazmerreír y una maldición de dos duros no podía afectar a nadie si no fuera por un medio milagroso. No bastaría, en sí, para hacer que Wynd desapareciera como un hada. Ni sería tampoco suficiente para hacerle reaparecer, a un cuarto de milla lejos, con una soga atada al cuello.

—No —dijo el padre Brown con energía—. ¿De qué sería capaz, pues?

—No lo comprendo; sigo sin comprenderle —dijo el millonario con aire grave.

—He dicho que, ¿qué sería capaz de hacer? —repitió el sacerdote mostrándose por primera vez poseído de una animación que casi lindaba con el enojo—. No hace más que repetir que un tiro falso no sería capaz de hacer esto ni aquello, y que si no intervinieron otras causas el asesinato no habría

sido, o el milagro no podía suceder. Y, según veo, no se le ocurre preguntarse qué es lo que podría suceder. ¿Qué le sucedería a usted si un pobre loco disparara su pistola sin ton ni son bajo su ventana? ¿Qué es lo que sucedería?

Vandam pareció cavilar unos segundos y replicó:

—Me parece que me haría asomar a la ventana.

—Sí —corroboró el padre Brown—, usted miraría por la ventana. Esta es ciertamente la historia. Es una historia triste en verdad, pero que ya ha terminado; y ha habido en ella algunas circunstancias atenuantes.

—¿Y cómo le pudo perjudicar que se asomara a la ventana? —preguntó Alboin—. No se cayó, porque, entonces, le habríamos encontrado hecho un montoncito en el suelo de la avenida.

—No —dijo el padre Brown en voz baja—, no se cayó. Fue hacia arriba.

Había algo en su voz que recordaba el sonido de un gong, una nota fatal, aunque prosiguió hablando sin delatar emoción ninguna.

—Fue hacia arriba, pero no sobre alas; no sobre alas de ángeles puros o impuros. Una soga alrededor del cuello le levantó exactamente como le vieron ustedes en el jardín; en el instante en que se asomó por la ventana, un lazo pasó por su cabeza. ¿No recuerda usted a Wilson, aquel criado suyo, tan alto y robusto ante el cual Wynd era un insignificante renacuajo? ¿Y no fue Wilson al piso superior para buscar un trabajito en una habitación llena de bultos, donde había montones y montones de sogas? ¿Alguien ha visto a Wilson desde aquel día? Me parece que nadie.

—¿Quiere usted decir —preguntó el secretario— que Wilson lo izó desde la ventana como una trucha en la punta de una caña?

—Sí, y lo volvió a bajar por la otra ventana, la que da al parque, donde el tercer cómplice lo colgó de una rama. Recuerden ustedes que la alameda trasera está siempre desierta. Recuerden que la pared de enfrente era completamente lisa; y que todo se ejecutó en los tres minutos que siguieron a la alarma lanzada por el loco. Tres eran los hombres que tramaron el asesinato y me gustaría saber si ustedes adivinan quiénes fueron.

Los tres hombres estaban boquiabiertos, mirando a la sencilla ventana cuadrada y a la pared de enfrente, desprovista de aberturas; ninguno contestaba.

—De todas maneras, no vayan ustedes a creer que les echo en cara que hayan llevado las conclusiones a un terreno sobrenatural. La razón es siempre muy sencilla, créanme. Todos ustedes juraron que eran materialistas empedernidos; y, a pesar de ello, se inclinaron a creer cualquier cosa. Hay millares de personas que hoy día se encuentran en el mismo punto de ustedes,

pero en una orilla muy estrecha e inconfortable para sentarse. No hallarán reposo hasta que no crean en algo. Por ello el señor Vandam ha ido con una lupa estudiando las nuevas religiones y el señor Fenner se queja del Dios en quien no cree. Aquí es donde todos ustedes se equivocan; lo natural es creer en cosas sobrenaturales. No es natural aceptar solo lo que vemos y palpamos, pero, aunque solo les faltaba a ustedes un empujoncito para creer en lo sobrenatural de estas cosas, ha resultado ahora que no solo eran naturales, sino de una simplicidad irrisoria. Me imagino que nunca ha habido historia más sencilla que esta.

Fenner sonrió, pero su expresión era pensativa.

—No comprendo una cosa —dijo—. Si fue Wilson, ¿cómo pudo Wynd tener un hombre como ese en un cargo de tanta confianza? ¿Y cómo pudo ser asesinado por un hombre a quien había visto durante muchos años, día tras día? Todos sabemos que era famoso por sus certeros juicios sobre los hombres.

El padre Brown golpeó el suelo con su paraguas con una fuerza que rara vez demostraba.

—Sí —dijo con apasionamiento—, por esta razón le mataron. Únicamente por esta razón. Fue asesinado por juzgar a los hombres.

Todos lo miraban con interés, pero él prosiguió como si no hubiera nadie en la habitación.

—¿Qué es un hombre para convertirse en arbitro de los demás? —preguntó—. Esos tres eran aquellos mendigos que se personaron ante él y sin más ni más fueron rápidamente distribuidos a derecha, a izquierda, a una y otra parte; como si para ello no existiera manto de cortesía, grados de intimidad o libertad de escoger los amigos. Y veinte años no han servido para atenuar la indignación natural del inconmensurable insulto que sintieron cuando él se atrevió a conocerlos con una simple mirada.

—Sí —dijo el secretario—, comprendo… y comprendo por qué comprende usted tantas cosas.

—Pues a mí, que me aspen si lo entiendo —dijo el airoso caballero de Oklahoma—. Su Wilson y su irlandés no me parecen sino un par de asesinos sanguinarios que mataron a su bienhechor. En mi concepto de la moral no cabe un asesinato sombrío y sanguinario, sea religión o no lo sea.

—Sin duda alguna fue un asesinato sombrío y sanguinario —corroboró Fenner tranquilamente—. No le defiendo; supongo que incumbe al padre Brown rogar por todos los hombres, incluso cuando se trata de…

—Sí —asintió el padre Brown—, tengo que pedir por todos los hombres, incluso por el hombre que fue Warren Wynd.

LA MALDICIÓN DE LA CRUZ DORADA

Seis personas estaban sentadas alrededor de una mesita. Y el hecho de que estas seis personas se encontraran allí reunidas parecía casi tan fortuito y accidental como si hubiesen naufragado, cada una por su parte, cerca de una misma isla desierta. El mar, por lo menos, les rodeaba; pero, aquella vez, su pequeña isla se hallaba involucrada en otra isla, una isla grande y voladora como Laputa[7]. Porque la mesilla era uno de los innumerables veladores espaciados por el comedor de un enorme buque, el *Moravia*, que surcaba velozmente, a través de la noche, la vacía inmensidad del Atlántico. Los componentes del pequeño grupo no tenían otra afinidad entre sí que la de viajar, procedentes de América, rumbo a Inglaterra. A dos de ellos, por lo menos, se les podía considerar famosos; a uno o dos más oscuros, y a los restantes casi podríamos decir que de carácter dudoso.

El que más se destacaba era el conocido profesor Smoill, una autoridad en estudios arqueológicos referentes al antiguo Imperio bizantino. Las conferencias que daba en una universidad americana se tenían por la última palabra en la materia, aun en las cátedras más ilustres de Europa. Sus trabajos literarios estaban concebidos en términos tan amables y con tanta simpatía para Europa que su acento americano sorprendía con frecuencia a quienes le oían hablar por primera vez. No obstante, sus maneras eran muy americanas; llevaba el cabello rubio peinado hacia atrás dejando libre una espaciosa frente cuadrada, las facciones eran rectas y largas y delataban una curiosa mezcla de preocupación y de actitud de hombre que actúa con la suficiencia y presteza típicas del león que prepara, sin fijarse mucho, su siguiente salto.

En el grupo había una sola dama; y era (como con frecuencia habían repetido de ella los periodistas) una auténtica anfitriona; dicho papel, por no decir el de emperadora, siempre estaba dispuesta a representarlo en aquella o en cualquiera otra mesa. Era lady Diana Wales, la célebre Lady, viajera incansable de los trópicos y otros países, pero en su porte, a la hora de comer, no había nada de masculino ni de áspero. Su belleza era de un gusto casi tropical: tenía una cabellera abundante, de un vivo color rojizo, su vestido era de un corte que los periodistas calificarían de atrevido; y, sin embargo, su rostro era inteligente y sus ojos tenían la apariencia brillante de los de aquellas mujeres que suelen hacer preguntas en las reuniones políticas.

Los restantes personajes parecían sombras ante su esplendorosa presencia; pero, observados más de cerca, se veía que no eran iguales. Uno de ellos era un joven que estaba apuntado en el registro del barco como Paul T. Tarrant. Se trataba de un tipo americano que, con más acierto, podríamos llamar el antitipo americano. Estoy seguro de que cada nación posee su antitipo: algo así como una excepción extrema que confirma la regla general. Los americanos respetan el trabajo, como los europeos respetan la guerra. Lo han rodeado de un halo de heroísmo y al que retroceda le consideran indigno de llamarse hombre. El antitipo es real, aunque muy raro. Es el señorito, el derrochador de fortunas, que encarna pobremente el tipo de malvado en muchas novelas americanas. Paul Tarrant parecía no tener otra cosa que hacer que cambiarse de ropa, por lo menos seis veces al día, cambiando su americana, de exquisito color gris claro, por otras de tonos más pálidos o fuertes. A diferencia de los americanos, llevaba una cuidada barba rizada; y a diferencia también de la mayor parte de los señoritos, aun de los de su propio tipo, parecía más bien retraído que farolero. Algo había casi byroniano en su silencio y postración.

Los dos restantes viajeros quedaban, naturalmente, clasificados juntos por la sencilla razón de ser ambos conferenciantes ingleses que regresaban de una gira por América. Uno de ellos era Leonard Smith, calificado al parecer de poeta menor y en realidad periodista mayor, cabeza larga, cabello claro, perfectamente vestido y con perfecta capacidad de cuidar de sí mismo. El otro formaba con él un contraste bastante cómico, pues era bajito y ancho, con su bigote parecido al de las morsas, y tan taciturno como el otro locuaz. Sin embargo, como había sido culpado de robo y ensalzado por el salvamento de una princesa rumana amenazada por un jaguar desde la jaula donde viajaba, había adquirido cierta fama por figurar en un hecho del que se habló mucho. Dejando aparte lo dicho, se tenía la impresión de que sus ideas sobre Dios, el progreso, su propia juventud y el futuro de las relaciones angloamericanas podían tener gran interés y valor para los habitantes de Mineápolis y de Omaha. El sexto y menos señalado de los personajes del grupo era un sacerdote inglés que viajaba con el nombre de Brown. Atendía a la conversación con un interés respetuoso y se formaba en aquellos momentos la impresión de que algo curioso estaba ocurriendo en ella.

—Me parece, profesor, que sus estudios sobre Bizancio —decía Leonard Smith— prestarían alguna ayuda a la tarea de aclarar la historia de la tumba hallada en la Costa Sur; creo que cerca de Brighton, ¿no? Aunque Brighton queda muy lejos de Bizancio, claro está. Sin embargo, algo leí sobre que el

modo de estar enterrado y embalsamado el cadáver, o lo que sea, se supone que es de origen bizantino.

—En realidad los estudios bizantinos tienen que avanzar mucho —contestó el profesor secamente—. Se viene hablando mucho de especialistas, aunque por mi parte he de confesar que la especialización es la cosa más difícil del mundo. En el caso que nos ocupa, por ejemplo, ¿cómo puede un hombre conocer algo de Bizancio mientras no sepa todo lo referente a Roma, que le precede, y al Islam, que le sigue? La mayoría de las artes árabes arrancan de las bizantinas. Por ejemplo, tomen ustedes por caso el álgebra…

—No quiero saber nada del álgebra —dijo la señora con decisión—. Jamás lo hice ni pienso hacerlo. Por el contrario, estoy vivamente interesada en los embalsamamientos. Fui con Gatton a la apertura de las tumbas de Babilonia. Desde entonces, el tema de las momias, cuerpos embalsamados y cuanto a ellos se refiere me parece muy emocionante. Explíquenos lo que sepa de ellos, por favor.

—Gatton era un hombre interesante —contestó el profesor—. Su familia lo era también. A aquel hermano suyo que llegó al Parlamento se le podía considerar como algo más que un político corriente. No llegué a comprender el fascismo hasta que oí su discurso sobre Italia.

—De todas maneras, profesor, el objeto de este viaje no es Italia —dijo lady Diana con insistencia—, y supongo que el objeto del suyo es ir allí donde se ha descubierto esa tumba. Sussex, ¿verdad?

—Sussex es bastante grande para lo que son en general los condados ingleses —comentó el profesor—; podría uno vagar por él durante largo tiempo, y, por cierto, es un país a propósito para hacerlo. Resulta maravilloso ver lo altas que parecen sus pequeñas colinas, subido a ellas.

Se hizo un silencio absoluto, y entonces lady Diana murmuró:

—Voy a cubierta. —Lo que efectivamente hizo, seguida por los demás hombres. Pero el profesor hizo ademán de quedarse y el sacerdote bajito fue el último en hacerlo, pues se entretuvo en doblar cuidadosamente su servilleta.

Cuando estuvieron solos el profesor preguntó a su compañero:

—¿Qué impresión ha sacado usted del tema de que hablábamos?

—¡Ah! —dijo el padre Brown sonriendo—. Ya que usted me lo pregunta, debo confesar que hay algo en todo ello que me divierte bastante. Podré estar equivocado; pero me ha dado la impresión de que los que estaban con nosotros han intentado por tres veces hacerle hablar del cuerpo embalsamado hallado en Sussex y que usted, por su parte, ha desviado con mucha cortesía

la conversación para hablar primero del álgebra, después de los fascistas y, por último, del paisaje de Downs.

—Resumiendo, pues —dijo el profesor—, usted pensó que estaba dispuesto a hablar sobre cualquier tema menos sobre ese. Pues está usted en lo cierto.

El profesor dejó de hablar y estuvo mirando al mantel; luego reanudó su charla con un impulso rápido, que sugería el salto de un león.

—Sepa usted, padre Brown —empezó diciendo—, que le considero el hombre más inteligente y honrado que he conocido.

El padre Brown era muy inglés. Y en aquel trance se sentía poseído del embarazo nacional propio de cuando se encuentra uno ante un cumplido serio y sincero espetado a la manera americana. Su contestación se redujo a un ininteligible murmullo; y el profesor continuó con la misma seguridad:

—Bajo cierto punto de vista, el caso es bien sencillo; verá usted: una tumba cristiana de la alta Edad Media, al parecer de un obispo, ha sido hallada bajo los cimientos de una pequeña iglesia en Dulham, en la costa de Sussex. El párroco de la aldea es un buen arqueólogo y habrá descubierto seguramente mucho más de lo que yo en este momento conozco. He oído decir que el cuerpo estaba embalsamado a la manera peculiar de griegos y egipcios, desconocida, no obstante, por los pueblos occidentales, en especial, en aquel entonces. En consecuencia, el señor Walters, el pastor protestante, supone influencias bizantinas, y menciona en su informe otra cosa que a mí me interesa mucho más.

Sus facciones graves y alargadas parecieron acentuar su tamaño y gravedad al mirar, frunciendo el entrecejo, al mantel. Sus largos dedos iban trazando dibujos sobre el mantel como si se tratara de planos de ciudades enterradas, con sus templos y cementerios.

—Voy a explicárselo a usted y a nadie más, pues debo poner el mayor cuidado al hablar del asunto ante gente tan heterogénea; y cuanto más interés demuestran ellos en hablar del tema, tanto mayor debe ser mi precaución. Según cuentan, en el sarcófago se ha encontrado una cadena con una cruz colgada de ella, de aspecto bastante vulgar, pero con un símbolo secreto en el dorso que solo aparece en otra cruz. Es uno de los misterios de la Iglesia primitiva y se supone que representa a san Pedro tomando posesión de su sede en Antioquía, antes de su viaje a Roma. Sea como sea, estoy persuadido de que solo hay otra que se parezca, y se encuentra en mi poder. He oído también decir que sobre esta cruz pesa una maldición. ¡Ah, eso no me preocupa lo más

mínimo! Exista o no la supuesta maldición, lo que sí hay en realidad es una conspiración aunque no sea más que en la idea de un hombre.

—¿De un hombre? —repitió el padre Brown.

—Un loco, a mi juicio —dijo el profesor Smoill—. Es una historia larga, y probablemente algo tonta.

Volvió a hacer una pausa, sin dejar de trazar planos con su dedo sobre el mantel, y prosiguió:

—Tal vez fuera mejor contársela desde el principio, por si usted encuentra en ella algún detalle, para mí insignificante, que encierre la solución. Comenzó hace muchísimos años, cuando realicé unas investigaciones sobre las antigüedades de Creta e islas griegas. Hice muchas cosas por mi propia mano, ayudado a veces por naturales del país, y, en otras ocasiones, completamente solo. En las antedichas circunstancias, descubrí un día un conjunto de pasillos subterráneos convergentes en un montón de riquísimos escombros: objetos rotos y piedras preciosas esparcidas por allí, que tuve por los restos de un altar, y entre los cuales hallé la extraña cruz de oro. La miré por el reverso y vi el «Ichthus» o pez, uno de los símbolos más antiguos del cristianismo, aunque de una forma y trazado distintos de los que se dan comúnmente: me pareció más realista en su detalle que lo común, como si el arcaico dibujante hubiese pretendido darle más la apariencia de un pez real que la forma o nimbo convencionales. Me pareció observar, también, un aplastamiento hacia uno de sus extremos, que no era una mera decoración geométrica, sino una especie de rueda o incluso una salvaje representación zoológica.

Para explicarle en pocas palabras la razón por la que creí haber hecho un hallazgo importante, debo decirle el objeto de mis excavaciones. En algunos aspectos parecían ser excavaciones de otras excavaciones. No buscábamos solo las antigüedades, sino las huellas de los anticuarios de la Antigüedad. Teníamos ciertas razones para presumir, o mejor dicho, creíamos tener razones para asegurar que esos subterráneos, pertenecientes en su mayor parte al período minoico, como el tan famoso subterráneo identificado en el laberinto de Minotauro, no habían sido ignorados ni inexplorados desde la época del Minotauro hasta hoy. Teníamos razones para creer que esos subterráneos, me atrevería a decir, esas ciudades y pueblos subterráneos, habían sido pisados por algunas personas existentes en algunos de los años intermedios. Acerca de los motivos, había diversas opiniones: algunos sostenían que los emperadores habían ordenado exploraciones de carácter oficial por mera curiosidad científica; otros, que el desenfrenado

apasionamiento de finales del Imperio romano por todas las clases de lujuriosas supersticiones asiáticas había dado origen a alguna innominada secta maniquea o de otra clase, que vivía en las cavernas en orgías tales que debían mantenerse alejadas de la faz del sol. Yo pertenecía a otro grupo que se inclinaba por la opinión de que tales cavernas habían sido utilizadas con fines análogos a los de las catacumbas. En resumen, sosteníamos que durante algunas de las persecuciones, que se habían propagado como la pólvora por todos los ámbitos del Imperio, los cristianos se habrían refugiado en aquellos antiguos y paganos laberintos de piedra y me llenó de un entusiasmo sin límites descubrir y recoger la cruz dorada y apreciar el dibujo que mostraba. Y con mayor arrebato de felicidad, al volverme para salir de la cueva, vi dibujada en una de las paredes desnudas, que se multiplicaban hasta lo infinito por los achatados pasillos, en un diseño rudo, pero inconfundible, la forma de un pez.

Algo de su diseño hacía pensar en un pez u otro organismo rudimentario fijado para siempre en un mar de hielo. No podía analizar aquel parecido, sin conexión alguna, por otra parte, con un simple dibujo trazado sobre la piedra, hasta que me di cuenta de que iba repitiéndome en mi subconsciente que los primeros cristianos debían parecerse mucho a los peces, mudos habitantes de un mundo caído en tinieblas y silencio, relegado muy por debajo de los pies de los hombres y moviéndose en la oscuridad y las sombras de un mundo sin ruidos.

Todo el que haya caminado por pasillos de piedra experimenta la sensación de que le siguen pasos de fantasmas. El eco precede algunas veces y sigue otras, de forma que para el que está solo llega a hacerse imposible creer en su soledad. Me había acostumbrado ya a los efectos producidos por el eco y no me perturbaban lo más mínimo hasta el momento que vi el dibujo simbólico sobre la pared de piedra. Me paré y al mismo tiempo pareció que lo hacía mi corazón. Pues sabía que mis pies estaban parados y, por el contrario, el eco persistía.

Empecé a correr y me pareció que los pasos invisibles corrían también, aunque no con aquella precisión absoluta que entraña la reproducción idéntica del sonido. Me detuve y los pasos hicieron lo propio; con todo, podría haber jurado que lo habían hecho con algún retraso; di un grito y obtuve idéntica respuesta, pero no de mi voz.

Procedía del recodo de una roca situada ante mí y, en mi desenfrenada carrera, comprobé que se encontraba siempre a una distancia constante y a esta distancia se paraba y reposaba. El reducido ámbito que iluminaba mi

linterna de bolsillo estaba siempre vacío, como una habitación sin nadie. En estas condiciones sostuve una conversación que duró hasta la boca del corredor, con un sujeto desconocido de quien al llegar a la abertura no pude percibir la más mínima huella. La boca del laberinto estaba tapada por muchas piedras y escombros, y, no obstante, le habría sido difícil volver hacia atrás y esconderse en el mundo subterráneo de las cavernas. Solo sé con certeza que salí sin mi interlocutor a los escalones de una gran montaña semejante a una terraza de mármol, a cuya monotonía prestaba un poco de variedad la vegetación verde, de aspecto algo más tropical que la fría desnudez de la roca, como aquella invasión oriental que se ha extendido esporádicamente por encima de las ruinas de la clásica Hélade. Pude ver un mar de límpido azul, un sol que brillaba firmemente sobre la completa soledad y silencio, sin que una brizna de hierba se agitase con el revuelo de la huida ni la sombra de un hombre.

Había sido una conversación terrible, por lo íntima, individual y, en cierta manera, tan casual. Aquel ser sin cuerpo, rostro, ni nombre, que se dirigía a mí llamándome por el mío propio, me había hablado en la cripta y las ruinas donde estábamos enterrados vivos, sin poner en su conversación más entusiasmo ni melodrama que si hubiera tenido lugar estando sentados en dos sillones de un café. Pero me dijo que irremisiblemente habría de matarme a mí o a aquel que poseyera la cruz con el símbolo del pez. Me confió con toda franqueza que no estaba lo bastante loco para atacarme en aquel laberinto, sabiendo que llevaba un revólver cargado y que él corría el mismo riesgo que yo. Sin embargo, me hizo saber, con la misma naturalidad, que planearía mi asesinato con todas las posibilidades de éxito, habiendo previsto hasta el más mínimo detalle y alejado el menor riesgo, con esa artística perfección que un miniaturista chino o un bordador indio presta a su trabajo artístico que dura toda su vida. A pesar de todo, no era oriental; estoy seguro de que es un hombre blanco y sospecho que incluso paisano mío.

Desde entonces, he ido recibiendo señales y curiosas notas anónimas que me han acabado de convencer de que si aquel hombre no es maníaco, es por lo menos un monomaníaco. Me comunica, de esa manera tan desenfadada, que los preparativos para mi muerte y entierro están llevándose a cabo satisfactoriamente; y que de la única manera que yo puedo impedir que terminen con éxito es dándole las reliquias que poseo, la cruz que hallé en la cueva. Me parece que está desprovisto de todo sentimiento religioso o fanático sobre la cruz en cuestión; parece dominarle la sola pasión de coleccionar curiosidades. Esta es una de las razones que corrobora mi idea de

que es un occidental y no un oriental. Pero esta cruz parece haberlo enloquecido por completo.

Por fin ha llegado hasta mí este informe, aún sin comprobar, sobre la existencia de un doble de la reliquia, descubierto junto a un cadáver embalsamado de una tumba en Sussex. Si se había mostrado interesado antes, esta noticia debió de convertirlo en un poseso de los siete diablos. Que hubiera una cruz y perteneciera a otro hombre era ya bastante malo, pero que hubiera dos y ninguna fuera suya llegó a ser para él una tortura insoportable. Sus malvadas esquelas empezaron a caer con rapidez y multitud como un aguacero de saetas improvisadas, y cada una de ellas anunciaba, en tono apremiante, que la muerte me alcanzaría en el preciso instante en que alargara mi indigna mano hacia la cruz que estaba en la tumba.

—Nunca me conocerá usted —escribía el sujeto—, nunca pronunciará mi nombre; no verá mi rostro; morirá y no sabrá quién lo ha matado. Puedo estar en la forma de cualquiera de los que le rodean, en la que menos sospecha.

Por tales amenazas, deduzco que es muy probable que vaya siguiendo mi sombra en este viaje e intente robar la reliquia o hacerme algún daño. Nunca he visto a ese hombre; puede ser uno de los que he saludado de un tiempo a esta parte. Razonando lógicamente, puede ser alguno de los camareros que sirven nuestra mesa. O puede ser alguno de los pasajeros que comen con nosotros…

—Puede ser yo —interrumpió el padre Brown, alegremente, olvidando la corrección gramatical.

—U otra persona cualquiera —repuso Smoill, con seriedad—. Eso es lo que yo quería decirle ahora mismo. Pero usted es el único hombre de quien no sospecho.

El padre Brown se quedó algo turbado y, sin embargo, reponiéndose, dijo con una sonrisa:

—Pues aunque parezca raro, no lo soy. Lo que hemos de estudiar es la manera de echarle la mano, si realmente está aquí, antes de que… Bueno, antes de que se haga desagradable.

—Yo creo que nos queda una posibilidad de dar con él —observó el profesor, con cierta sequedad.

—Cuando lleguemos a Southampton, tomaré un coche y, costeando, me dirigiré enseguida al lugar; me gustaría mucho que me acompañara. Seguro que el pequeño grupo con quien nos reunimos se dispersará al tocar tierra. Si volvemos a encontrar a alguno de ellos en el pequeño patio de la iglesia de Sussex, sabremos que él es mi enemigo.

El programa trazado por el profesor se llevó a cabo con una puntual escrupulosidad, por lo menos hasta el momento de llegar el coche y su ocupante extra en la forma de padre Brown. Siguieron la carretera que bordeaba la costa, teniendo a un lado el mar y al otro las montañas de Hampshire y Sussex, sin que sus ojos pudieran ver sombra alguna perseguidora. Al aproximarse al pueblecito de Dulham, cruzó su camino un hombre que habría podido tener conexión con el asunto; se trataba de un periodista que acababa de visitar la iglesia, atendido cortésmente por el pastor en los lugares recién explorados; pero sus observaciones y juicios parecieron los de un periodista vulgar. De todas maneras, el profesor Smoill, quizás un poco preocupado, no podía apartar la idea de que este sujeto tenía el aspecto un poco extraño y descorazonado; era alto y desgarbado, de nariz aguileña, ojos hundidos y unos bigotes que caían con languidez; parecía estar animado tan solo por la emoción de lo que acababa de ver; parecía huir de allí con mucha rapidez cuando ellos le pararon para preguntarle.

—Se funda todo sobre una maldición —dijo—, una maldición que pesa sobre el lugar, según el libro guía o el pastor o el habitante más viejo de la aldea o no sé qué autoridad; y, verdaderamente, parece que sea así. Maldición o no maldición, estoy contento de encontrarme fuera.

—¿Cree usted en las maldiciones? —preguntó con curiosidad Smoill.

—No creo en nada; soy periodista —contestó el melancólico sujeto—. Soy Boon, del *Daily World*. Pero en esa cripta hay algo que hace sentir hormigueo; y yo nunca negaré que sentí un escalofrío. —Y diciendo esto se dirigió a grandes pasos hacia la estación.

—Este individuo tiene el aspecto de un cuervo o una corneja —observó Smoill, volviéndose en dirección al cementerio parroquial—. ¿Qué se dice de un pajarraco de mal agüero?

Entraron despacio en el patio de la iglesia; los ojos del arqueólogo americano se entretuvieron gozosamente observando el atrio desierto de la puerta de Lícnide y la negra y fantasmagórica altura del techo, que parecía la noche retando al día. El camino se iba empinando por entre montones de hierba, en los cuales había losas sepulcrales esparcidas de cualquier manera que parecían balsas de piedra echadas sobre un mar verde, hasta el límite del verdadero e inmenso mar gris que corría como una barra de hierro con pálidos reflejos semejantes a los del acero. Casi a sus pies, la mullida alfombra de hierba se convertía en una de acero marino que terminaba en la arena gris y amarillenta; y dibujada exactamente contra el acerado mar, a unos dos o tres pasos del acebo, había una figura inmóvil. De no ser por su atavío gris oscuro,

se habría podido tomar por una estatua sepulcral, pero el padre Brown vio enseguida algo conocido en la elegante comba de los hombros y en el pronunciado saliente de la barba corta.

—¡Cielos! —exclamó el profesor de arqueología—. Pero si es aquel hombre, Tarrant, si es que se le puede llamar hombre. ¿Creyó usted, cuando hablaba en el barco, que mi sospecha iba a ser confirmada tan pronto?

—Yo pensé entonces que podía usted hallar demasiadas respuestas —contestó el padre Brown.

—¿Por qué? ¿Qué pretende usted insinuar? —preguntó el profesor echándole una mirada por encima del hombro.

—Quiero decir —contestó el otro, con calma—, que me pareció haber oído voces detrás de aquel eco. Me parece que el señor Tarrant no está tan solo como su posición sugiere; me atrevería incluso a afirmar que no está en realidad tan solitario como él mismo quería aparecer.

Al volverse Tarrant despacio y con su pose afectada, la exactitud de los supuestos del padre Brown se confirmó. Otra voz, dura y chillona, pero inconfundiblemente femenina, estaba diciendo con socarronería:

—¿Y cómo iba yo a saber que estaría él aquí?

Al profesor Smoill no le cupo la menor duda de que esta alegre observación no se refería a su persona; así es que se vio obligado a aceptar por fuerza, con algún embarazo, que había aún allí otra persona. Al salir lady Diana Wales, radiante y decidida, advirtió con enfado que iba seguida de su sombra viviente. La silueta fina y vivaracha de Leonard Smith, aquel insinuante hombre de letras, apareció al poco de haberlo hecho la otra rutilante figura, sonriendo, con la cabeza inclinada a un lado, como un perro.

—¡Caramba! —refunfuñó Smoill—. ¡Pero si están todos aquí! O casi todos; falta solo aquel hombrecito cómico de bigotes morunos.

El profesor oyó al padre Brown reír por lo bajo a su lado; y, verdaderamente, su situación iba haciéndose algo más cómoda. Parecía capaz de enloquecer a cualquiera y convertirse, en sus propias narices, en una jugarreta de teatro; pues a medida que iba emitiendo el profesor sus juicios, parecía que alguien replicaba a sus palabras con la más cómica contrariedad. La cabeza redonda, con la grotesca media luna negra por bigote, había asomado, súbita e inesperadamente, de una fosa. Momentos después se convencieron de que la fosa era grande y que conducía por una escalera hasta las entrañas de la tierra: era, en realidad, la entrada de lo que deseaban visitar. El hombrecito fue el primero en dar con la entrada y empezaba a bajar uno o dos de los peldaños cuando sacó la cabeza para llamar a su compañero.

Parecía un sepulcro cómico de una parodia de *Hamlet*. Dijo, un poco por lo bajo, detrás de sus espesos bigotes: «Está ahí». Todo el grupo tuvo, de pronto, la impresión de que, aunque se habían sentado con él a la misma mesa, no habían oído nunca su voz, y, aunque suponían que era un conferenciante inglés, hablaba con un misterioso acento extranjero.

—Verá usted, querido profesor —gritó lady Diana con un arrebato de alegría—. No estábamos dispuestos a perdernos su momia bizantina. No podía vivir sin verla; y estoy segura de que a estos señores les sucedió igual. Ahora nos tiene que explicar todo lo que sepa.

—Pues no es mucho —dijo el profesor con gravedad, por no decir con sequedad—. En algunos puntos no sé todavía de qué se trata, en absoluto. En realidad, me parece muy extraño que nos hayamos vuelto a reunir tan pronto; pero parece que el afán de instruirse de hoy día no tiene límites. Ahora bien, si hemos de visitar el lugar todos a un tiempo, propongo que lo hagamos de una manera responsable, y, si me lo permiten ustedes, bajo alguien de responsabilidad. Hemos de notificarlo a quien está encargado de las excavaciones; probablemente entonces deberemos, por lo menos, firmar en el libro de registro.

Algo parecido a un altercado sin palabras tuvo lugar entre la impaciencia de la Lady y las sospechas del arqueólogo; pero la insistencia de este último en defensa de los derechos del párroco y de la policía local acabó por vencer. El hombrecillo de los bigotes salió con desgana de la tumba y se conformó con descender menos impetuosamente. Gracias a Dios, el propio sacerdote apareció en escena, un señor de aspecto agraciado y cabello gris, con la cabeza ligeramente inclinada, ademán que parecía acentuar sus lentes de doble cristal; y, mientras establecía una cordial relación con el profesor, por ser aficionado a las antigüedades al igual que él, parecía no conceder a los demás del heterogéneo grupo ningún sentimiento más hostil que el de divertirse con ellos.

—Espero que ninguno de ustedes sea supersticioso —dijo, riendo—. Creo que tengo que decirles, para empezar, que se supone que hay toda clase de agüeros y maldiciones suspendidos sobre nuestras cabezas, por querer investigar sobre el asunto. Recientemente he descifrado una inscripción latina, hallada a la entrada de la capilla, y parece que, por lo menos, hay tres maldiciones: una, por entrar en la cámara sellada; otra, por abrir el sarcófago; y otra, y más terrible, por tocar la reliquia dorada que se descubrió dentro. Me he hecho acreedor a las dos primeras maldiciones —añadió sonriendo—, y me temo que ustedes incurran en lo mismo, si pretenden ver algo. Según la

historia, tales maldiciones actúan con lentitud, en largos períodos de tiempo y en ocasiones muy distantes. No sé si esto resultará un consuelo para ustedes. —Y el reverendo señor Walters sonrió de nuevo a su manera benévola y sin entusiasmo.

—Historia —respondió el profesor Smoill—. ¿Y qué historia es esa?

—Es una historia bastante larga, con sus variantes, como la mayor parte de las leyendas locales —contestó el pastor—. Pero es sin duda alguna coetánea de la tumba; y su sentido se resume en la inscripción que más o menos viene a ser así: Guy Gisors, señor del castillo y tierra de Dulham a principios del siglo XIII, se había encaprichado de un magnífico corcel negro, propiedad de un legado de Génova. Dicho legado no quería vender el caballo sino por un elevadísimo precio. Guy, impelido por el afán de lucro, llegó hasta el crimen de saquear el recinto sagrado y, según otras versiones, hasta asesinar al obispo, residente entonces en su territorio. Fuera como fuera, el obispo pudo proferir una maldición que pesa sobre el que, arrancándola de su lugar en la tumba, posea la cruz de oro, o sobre el que, vuelta la cruz a su lugar, hiciera lo posible por arrancarla. El señor feudal obtuvo el dinero para adquirir el caballo vendiendo la reliquia de oro a un platero del lugar, pero el primer día que montó al animal se encabritó, lo arrojó ante el portal de la iglesia y lo desnucó. El platero, que hasta entonces había sido rico y tenía un negocio próspero, se arruinó por una serie de acontecimientos inexplicables y cayó en poder de un prestamista judío habitante del castillo. El infortunado platero, cuya única perspectiva era la de morir de hambre, se colgó de un manzano. La cruz dorada, con sus restantes bienes, su casa, tienda y herramientas, hacía tiempo que habían pasado al prestamista. El hijo y heredero del señor feudal, sorprendido por la maldición de que se había hecho acreedor su blasfemo antepasado, se convirtió en una persona devota y, encerrado en el austero y rígido espíritu de su época, se creyó en el deber de perseguir toda herejía e incredulidad entre sus vasallos. De esta manera, el judío, que hasta entonces había sido cínicamente tolerado por su padre, fue despiadadamente quemado por orden del hijo; con lo que, tocándole a él sufrir las consecuencias de la posesión de la cruz y conocedor de los ejemplos citados, la devolvió a la tumba del obispo. Desde aquella ocasión, ningún ojo la ha visto y ninguna mano de hombre la ha tocado.

Lady Diana Wales se emocionó mucho más de lo que se podía haber esperado.

—Me da escalofríos pensar que vamos a ser los primeros en pisar el lugar después del párroco.

El explorador de grandes dotes, y de mal acento inglés, no descendió al fin por su escalera favorita, que solo habían usado algunos de los trabajadores durante la excavación, pues el sacerdote les condujo a una entrada mayor y más apropiada, a unos cien metros de allí, de la que acababa de salir después de hacer unas investigaciones subterráneas. El descenso a la misma se efectuaba por una pendiente bastante suave, sin otro inconveniente que la oscuridad, que aumentaba a cada paso; pronto anduvieron en fila india por un túnel negro como un pozo y tuvieron que esperar algunos instantes para ver una luz ante ellos. En una ocasión, durante su silenciosa marcha, se dejó oír un ruido como el de alguien que contiene la respiración pero era imposible decir quién fue; más tarde se oyó un juramento como una sombría explosión, proferido en lengua desconocida.

Llegaron a una cámara circular, semejante a una basílica, limitada por arcos de herradura; la capilla había sido construida antes de que la primera arcada ojival del gótico perforara nuestra civilización como una lanza. Un destello verdoso entre dos columnas señalaba el lugar del otro camino que llevaba al mundo. Daba la impresión de que se hallaba uno en el fondo del mar, sensación corroborada por una o dos semblanzas accidentales o posiblemente imaginadas, pues el dibujo normando de los colmillos de perro seguía levemente el contorno de los arcos, sugiriendo las bocas de monstruosos tiburones. En el centro, la oscura masa de la tumba, con su tapa de piedra levantada, podía haberse tomado por las fauces de alguno de aquellos leviatanes.

No sé si por creerlo más adecuado o por falta de material moderno, el clérigo arqueólogo había dispuesto la iluminación de la capilla con cuatro grandes velas, dispuestas en candelabros de madera, sobre el suelo. Una de estas ardía cuando entraron, esparciendo una tenue luz sobre los impresionantes motivos arquitectónicos. Cuando todos se reunieron, el clérigo encendió las tres velas restantes y el aspecto e interior del gran sarcófago se hizo más visible.

Todas las miradas se dirigieron primero al rostro del muerto, conservado con la expresión de un viviente, durante todos esos siglos, por algún procedimiento secreto traído de Oriente, heredado de la antigüedad pagana y desconocido en los sencillos cementerios de nuestra isla. El profesor apenas pudo sofocar una exclamación de sorpresa; pues, aunque la cara era pálida como una máscara de cera, parecía la de un hombre durmiendo que acabase de cerrar los ojos. La cara era de tipo ascético, con los huesos salientes; iba vestido con una capa pluvial de oro y llevaba magníficos atavíos; en la base

del cuello, en el extremo de una corta cadena dorada, estaba la famosa cruz de oro. El sarcófago había sido abierto retirando la tapa por la parte de la cabeza y manteniéndola en alto por medio de dos gruesas vigas de madera ancladas sobre las esquinas del sarcófago. Por lo tanto, la parte de los pies era poco visible, pero la luz de la vela daba de lleno sobre el rostro y, en contraste con su color marfileño, la cruz de oro parecía brillar como el fuego.

Desde que el profesor Smoill había oído la historia de la maldición contada por el pastor, su rostro estaba surcado por una arruga pensativa o posiblemente de preocupación. Pero la intuición femenina, no desprovista de algunos toques de histeria, supo comprender el significado de su cavilosidad mejor que ninguno de los hombres que le rodeaban. El silencio de aquella cueva iluminada por velas, fue turbado por un grito que lanzó lady Diana:

—¡No lo toque, hágame caso!

El hombre, sin embargo, ya había iniciado uno de sus movimientos felinos hacia el cuerpo. Al momento, los demás comenzaron a echarse unos hacia delante y otros hacia atrás, pero todos con el mismo sentimiento de horror, como si el cielo se desplomara.

Cuando el profesor puso su mano en la cruz de oro, los soportes de madera, que cedían un poco bajo la presión de la losa de piedra, parecieron saltar y enderezarse. El reborde de la piedra se escurrió de los soportes y todas las almas y estómagos de los circundantes se sintieron llenos de una sensación desoladora, como si sobreviniera una catástrofe, como si todos hubieran sido lanzados al vacío. Smoill había retirado con rapidez su cabeza, pero no a tiempo, y yacía desmayado junto al sarcófago, en medio de una mancha de sangre roja que manaba de su cráneo o de la envoltura del mismo. Y la vieja tumba de madera estaba cerrada como lo había estado por espacio de siglos; solo que ahora dos o tres astillas sobresalían de la tapa, sugiriendo la horrible imagen de unos huesos triturados por un ogro. El leviatán había cerrado sus fauces de piedra.

Lady Diana seguía contemplando con ojos animados por un brillo eléctrico, como los de un lunático; su cabello rojizo parecía escarlata, en contraste con la palidez de su cara, verdosa a la media luz. Smith continuaba mirándola con un no sé qué de canino en la postura de su cabeza, aire que era ahora el de un perro que contempla la desgracia de su amo y que solo puede participar parcialmente en ella. Tarrant y el extranjero se habían mantenido en sus malhumoradas y consabidas actitudes, pero sus rostros estaban blancos como la cal. El párroco parecía haberse desvanecido y el padre Brown se arrodillaba al lado del profesor, intentando hacerse cargo de su estado.

Ante la expectación general el byroniano haragán, Paul Tarrant, se adelantó para ayudarlo.

—Sería mejor subirle al aire libre —dijo—. Me parece que le queda una remota posibilidad de salvarse.

—No está muerto —dijo el padre Brown en voz baja—, pero me parece que es grave. ¿Por casualidad es usted médico?

—No, pero he tenido que aprender muchas cosas en el transcurso de mi vida —contestó el otro—. Sin embargo, no se preocupe por mí ahora. Estoy seguro de que mi verdadera profesión le sorprendería.

—No lo creo —replicó el padre Brown, con una leve sonrisa—. Me lo imaginé hacia la mitad del viaje: usted es un detective que vigila a alguien. Pero la cruz está ahora fuera del alcance de los ladrones.

Mientras hablaban, Tarrant recogió con energía y destreza el cuerpo frágil del caído y se lo llevó hacia la salida. Por encima del hombro, contestó:

—Sí. Realmente, la cruz está a salvo.

—¿Quiere usted decir que nadie más lo está? —dijo el padre Brown—. ¿Piensa también en la maldición?

El padre Brown estuvo sumido, durante las dos horas siguientes, en una perplejidad enojosa, producida por algo ajeno al trágico accidente. Ayudó a transportar a la víctima hasta el pequeño mesón que había frente a la iglesia, cambió impresiones con el médico, que calificó la herida de grave y peligrosa, aunque no fatalmente irremediable, y llevó la noticia al pequeño grupo de viajeros que se congregaron alrededor de la mesa en el salón de la fonda. Por donde iba, llevaba consigo la sombra de preocupación, que parecía oscurecerse más cuanto más profundamente pensaba. El misterio central se le hacía cada vez más y más misterioso, a medida que los misterios que le envolvían se iban aclarando en su mente. Es verdad que conocía perfectamente ahora la personalidad de los componentes del variado grupo. Leonard Smith había venido detrás de lady Diana, y ella había venido porque se le había antojado así. Entre ellos existía uno de esos indefinidos flirteos, de sociedad, que son tanto más absurdos cuanto más quieren que parezcan intelectuales.

El romanticismo de la señora tenía algunas pinceladas de superstición, y ahora se hallaba muy postrada por el terrible final de la aventura. Paul Tarrant era un detective privado que con seguridad seguía la marcha del flirteo a petición de alguna esposa o marido, o tal vez venía siguiendo al conferenciante extranjero de los bigotes, que aparentaba ser un sujeto indeseable. Pero si él o cualquier otro intentaba robar las reliquias, el intento

se había frustrado. Y lo que lo había impedido era, al parecer, o una coincidencia increíble o la obra de la antigua maldición.

Mientras se hallaba en mitad de la calle, pensativo, como era costumbre en él, y se encontraba a mitad del camino de la fonda a la iglesia, le sorprendió ver que avanzaba a su encuentro una silueta que había conocido recientemente, pero que, desde luego, no esperaba encontrar inesperadamente. Era el señor Boon, el periodista, que a la luz del sol parecía muy desaliñado, ya que en la claridad se veía su estropajoso vestido, con apariencia de espantapájaros. Sus ojos oscuros y hundidos, muy cercanos a su alargada nariz, miraban fijos al sacerdote. Este dirigió hacia él por dos veces la mirada antes de darse cuenta de que su poblado y oscuro bigote escondía una sonrisa.

—Creí que se marchaba —dijo el padre Brown con un poco de rudeza—; pensé que se había marchado usted en el tren que salió de aquí hace dos horas.

—Pues ya ve que no fue así —contestó Boon.

—¿Y por qué ha vuelto usted? —preguntó el sacerdote, casi con severidad.

—Este no es un pequeño paraíso rural que un periodista pueda dejar de cualquier manera —contestó el otro—. Las cosas suceden aquí con demasiada rapidez como para que apetezca volver a un lugar tan monótono como Londres. Además, usted no puede impedirme que me mezcle en este segundo asunto. Fui yo el que encontró el cuerpo, o por lo menos las ropas. Mi conducta se hace un poco sospechosa, ¿verdad? Usted puede haber creído que yo quise vestirme con sus ropas. ¡Qué párroco tan gracioso hubiera sido! ¿No?

Y el delgado charlatán de nariz larga se puso de pronto a hacer un gesto cómico, en medio de la plaza, extendiendo sus brazos y abriendo sus manos enguantadas de negro con ademán de hacer una bendición burlesca, diciendo:

—¡Oh, queridos hermanos y hermanas, estoy dispuesto a abrazaros a todos…!

—¿De qué está usted hablando? —dijo el padre Brown, golpeando ligeramente el adoquinado con su panzudo paraguas, pues sentía menos paciencia que de costumbre.

—¡Oh! Ya sabrá usted a qué me refiero si se lo pregunta a los demás componentes de su grupo —contestó Boon desdeñosamente—. Ese Tarrant parece sospechar de mí por haber sido yo quien encontró las ropas; aunque faltó un minuto para que las encontrara él… Pero hay muchos misterios en este asunto. El hombrecito de los bigotes puede ser algo más de lo que

aparenta. Y, por otra parte, no sé por qué no podía haber sido usted el que mató al pobre hombre.

El padre Brown no se molestó en lo más mínimo ante las sugerencias, pero parecía estar muy pensativo y desconcertado por la observación.

—¿Quiere usted decir que fui yo quien intentó matar al profesor Smoill? —preguntó el cura, con sencillez.

—Nada de eso —contestó el otro, haciendo un ademán de suficiencia con la mano—. Hay muchos muertos entre los que puede usted escoger. No se limite al profesor Smoill. Pues, ¿no sabe usted que ha aparecido otra persona mucho más muerta que el profesor Smoill? Y no sé por qué no podía haber sido usted quien lo hubiera hecho sigilosamente. Diferencia de religiones, ¿comprende…?, la lamentable desunión de la cristiandad… Supongo que no habrán abandonado nunca el deseo de recuperar las parroquias inglesas.

—Perdón; me vuelvo a la fonda —contestó tranquilamente el sacerdote—. Dice usted que los que están allí reunidos saben a qué se refiere usted y puede que ellos me lo expliquen.

Cuando el padre Brown supo esta nueva calamidad, sus preocupaciones dejaron momentáneamente de perseguirlo y, al pisar el saloncito donde estaban los demás reunidos, la palidez de sus rostros le dijo que les afectaba algo más reciente que lo ocurrido en la tumba. Al entrar, oyó que Leonard Smith decía:

—¿Cómo acabará todo esto?

—Ya te digo yo que no va a terminar —repitió lady Diana, mirando al vacío con ojos vidriosos—, no terminará hasta acabar con nosotros. Uno tras otro caeremos bajo el peso de la maldición; con lentitud, como dijo el pobre párroco, poco a poco, pero implacablemente, nos hará desaparecer a todos, como lo ha hecho con él.

—¡Por todos los santos, díganme lo que ha sucedido! —impetró el padre Brown.

Tarrant, con voz que sonaba un poco falsa, dijo:

—El señor Walters, el pastor, se ha suicidado. Supongo que fue la sorpresa lo que le sacó de quicio y me parece que no hay lugar a dudas; acabamos de encontrar sus hábitos y sombrero negro sobre una roca que se adentra en el mar; parece ser que se ha arrojado a él. Cuando le miré, creí que estaba algo trastornado; deberíamos haberle prestado algo más de atención; pero ¡había que atender tantas cosas!

—No podrían haberlo remediado —dijo la señora—. ¿No ve usted que todo esto es efecto de la maldición de una manera terrible? El profesor tocó la

cruz, y fue el primero en caer; el párroco había abierto la tumba, y fue el segundo; nosotros solo entramos en la capilla, y…

—¡Basta ya! —gritó el padre Brown, con una desacostumbrada violencia en su voz—. Hay que poner fin a todo esto.

Su rostro parecía aún surcado por una expresión cavilosa, inconsciente, pero en sus ojos ya no había la nube de perplejidad de antes, sino un brillo de lucidez.

—¡Y qué necio soy! —refunfuñó—. Debía haberlo comprendido mucho antes. La historia de la maldición debía habérmelo hecho comprender.

—¿Es que cree usted —inquirió Tarrant— que podemos morir por efecto de algo ocurrido en el siglo XIII?

El padre Brown movió la cabeza negativamente y contestó con un énfasis dulzón.

—No voy a discutirles si algo que sucedió en el siglo XIII puede ser la causa de nuestra muerte. Pero estoy convencidísimo de que no podemos sucumbir bajo algo que no tuvo lugar en el siglo XIII, ni ha sucedido jamás.

—Bien —dijo Tarrant—; no es normal encontrarse con un sacerdote que se muestre tan escéptico en cosas sobrenaturales.

—Nada de eso —contestó el sacerdote, con frialdad—. No es de lo sobrenatural de lo que dudo. Es de lo natural. Me encuentro exactamente en la posición de aquel hombre que dijo que podía creer lo imposible, pero no en lo improbable.

—Es lo que llaman una paradoja, ¿verdad? —preguntó aquel.

—Es lo que yo llamo sentido común, hablando con propiedad —repuso el padre Brown—. Es mucho más lógico creer en una historia sobrenatural que en una historia verosímil que contradiga cosas que podemos conocer. Si usted me dice que el gran señor Gladstone[8], en sus últimas horas, fue rondado por el fantasma de Parnell, yo me mostraré agnóstico. Pero si usted me dice que el señor Gladstone, cuando fue presentado a la reina Victoria, no se quitó el sombrero al entrar, golpeó a la reina en la espalda y le ofreció un cigarrillo, entonces no seré agnóstico. No es imposible; es solo increíble. Y, sin embargo, tengo mayor certeza de que no tuvo lugar que de que el fantasma de Parnell no se apareciese, pues aquello infringe las leyes del mundo que conozco. Lo mismo me sucede con la historia de la maldición. No es de la leyenda de lo que desconfío, sino de la historia.

Lady Diana se había repuesto un tanto de su enajenamiento casándrico, y su eterna curiosidad por las novedades volvió a irradiar en sus brillantes y prominentes ojos.

—¡Qué persona más curiosa resulta usted! —dijo—. ¿Y por qué duda de la historia?

—Pues dudo de la historia porque no es historia —replicó el padre Brown—. Para quien posea algún conocimiento de la Edad Media, el cuento le parecerá tan improbable como la anécdota de Gladstone ofreciendo un cigarrillo a la reina Victoria. Pero ¿sabe alguno de ustedes algo sobre la Edad Media? ¿Saben ustedes lo que era un gremio? ¿Han oído ustedes hablar del *salvo managio suo*? ¿Saben ustedes qué clase de gente eran los *Servi Regis*?

—Claro que no lo sé —dijo ella, un poco molesta—. ¡Qué cantidad de palabras latinas!

—Naturalmente que no —exclamó el padre Brown—. De haber sido Tutankamón o una colección de africanos momificados lo que se hubiese conservado, Dios sabe cómo, al otro lado del mundo; si hubiese sucedido en Babilonia o China, o afectado a alguna raza tan remota y misteriosa como la del hombre de la luna, sus periódicos les habrían dado cuenta de hasta el último detalle del último descubrimiento, ya fuera un cepillo de dientes o la cuenta de un collar; pero de los hombres que han construido sus parroquias y dado los nombres a sus ciudades y oficios y a las calles por donde pasean ustedes, ¡ah!, de estos no se les ha ocurrido nunca averiguar nada. No quiero preciarme mucho de enterado, pero conozco lo suficiente para comprender que aquella historia es una mentira monumental. En la Edad Media no estaba permitido que un prestamista embargase la tienda y herramientas de un hombre. Es casi imposible creer que el gremio no hubiese salvado a un hombre de su total ruina, y en especial cuando el causante de la desgracia era un judío. Aquellos hombres tenían también sus vicios y tragedias; algunas veces torturaban y quemaban a la gente. Pero la idea de un hombre sin Dios o sin esperanza en el mundo, encerrándose para morir, porque a nadie le importaba que siguiera viviendo, eso no es una idea medieval. Este es un producto de nuestra ciencia económica y de nuestros progresos. El judío no habría sido vasallo del señor feudal. Los judíos, por lo regular, tenían el especial concepto de servidores del rey. Y, ante todo, no pudieron haberle quemado vivo por causa de su religión.

—Las paradojas van multiplicándose —observó Tarrant—; pero no llegará usted a negarme que se les perseguía en la Edad Media.

—Y yo le digo a usted que se acercaría más a la verdad si dijera que los judíos eran las únicas personas no perseguidas en la Edad Media. Si usted quisiera satirizar a la Edad Media, tendría un punto de agudeza por decir que algún pobre cristiano podía ser quemado vivo por caer en el homousianismo,

mientras un rico judío podía andar por las calles burlándose de Jesús y de la Virgen. Pues bien: así es la historia. No fue nunca una historia medieval, ni una leyenda de aquel tiempo. Ha sido urdida por alguien de mentalidad formada en periódicos y novelas y, probablemente, fabricada sobre la marcha.

La concurrencia se quedó asombrada por la digresión histórica y se mostró un tanto sorprendida de que el sacerdote le concediese tanta importancia y le diera un lugar preeminente en la solución del problema; sin embargo, Tarrant, cuya profesión era precisamente la de sacar consecuencias prácticas de las cosas, por muy enredadas que estuviesen, se puso alerta. Su barbado mentón se adelantó más que nunca, pero sus ojos apagados estaban ya despiertos.

—¡Ah, urdida sobre la marcha!

—Tal vez eso sea un poco exagerado —dijo el padre Brown con calma—, pero sí me atrevo a decir al menos que fue tramada de un modo más casual que el resto de un plan, pocas veces tan premeditado. No obstante, el conspirador no pensó que los detalles iban a importar a nadie. Y sus cálculos no iban desencaminados, como la mayor parte de las suposiciones.

—¿Los cálculos de quién? ¿Quién llevaba la razón? —preguntó lady Diana con súbito calor impaciente—. ¿Quién es esa persona de quien nos habla? ¿No hemos pasado ya bastante para que usted se entretenga en erizar nuestros cabellos con sus despersonificaciones?

—Estoy hablando del asesino —dijo el padre Brown.

—¿Qué asesino? —preguntó ella con viveza—. ¿Nos quiere usted decir ahora que el profesor fue asesinado?

—Pues —dijo el boquiabierto Tarrant para sus barbas—, no podemos decir asesinado porque no está muerto.

—El asesino mató a otra persona que no era precisamente el profesor Smoill —dijo el sacerdote, con gravedad.

—¿A quién más pudo haber asesinado? —preguntó el otro.

—Mató al reverendo John Walters, el párroco de Dulham —contestó el padre Brown con todo detalle—. Su interés se cifraba en matar solamente a esos dos, pues ambos poseían unas reliquias de dibujo curioso. El asesino era una especie de monomaníaco.

—Parece muy extraño —dijo entre dientes Tarrant—. No podemos jurar tampoco que el párroco esté muerto. No hemos visto su cadáver.

—¡Oh, sí que lo han visto! —dijo el padre Brown.

Se hizo un silencio tan repentino como el toque de un gong; un silencio durante el cual aquel trabajo de adivino silencioso, tan activo y preciso que es

propio de la mujer hizo que esta profiriera un grito.

—Eso es lo que ha visto usted —continuó el sacerdote—; ustedes han visto su cuerpo; a él, al hombre viviente, no le han visto, pero a su cadáver sí. Lo han mirado con detención a la luz de cuatro grandes velas, yaciendo pomposamente como un príncipe de la Iglesia en una tumba construida antes de las Cruzadas.

—En pocas palabras —dijo Tarrant—, nos pide usted que creamos que el cuerpo embalsamado era en realidad el cadáver de un hombre asesinado.

El padre Brown no contestó nada durante unos momentos, y después dijo con aire ausente:

—Lo primero que me chocó fue la cruz, o, mejor dicho, el cordón al que estaba sujeta. Naturalmente, para la mayoría de ustedes era una sarta de cuentas, sin nada de particular. Y también, como es natural, me chocaba más a mí que a ustedes. ¿Recuerdan ustedes que la cruz estaba muy pegada al cuello, viéndose solo algunas cuentas de la sarta, como si el collar fuera corto? Pero es que las cuentas que se veían estaban dispuestas de una manera muy peculiar: al primer vistazo me percaté de que era un rosario, un rosario corriente, con una cruz a su extremo. Pero un rosario tiene por lo menos cinco decenas y algunas cuentas más y, naturalmente, empecé a pensar dónde podrían encontrarse las demás, que eran un número suficiente como para rodear el cuello del difunto, con más de una vuelta. Entonces no pude comprenderlo, y solo después adiviné dónde estaría lo que faltaba. Estaba enrollado alrededor del soporte de madera que aguantaba la tapa. De manera que cuando el pobre Smoill cogió la cruz, el soporte se movió de su sitio y la tapa cayó como una porra de piedra sobre su cráneo.

—¡Caramba! —dijo Tarrant—. Empiezo a creer que debe de estar usted en lo cierto; es una historia muy curiosa si resulta verdadera.

—Cuando me di cuenta de ello —continuó Brown—, pude deducir, con mayor o menor precisión, la verdad. Recuerden, ante todo, que nunca ha habido una autoridad arqueológica que investigara el asunto. El padre Walters era un honrado arqueólogo que se había propuesto abrir la tumba con el fin de averiguar si había algo cierto sobre la leyenda de los cuerpos embalsamados. Todo lo demás fueron rumores del carácter de los que acostumbran a anticiparse o exagerar tales hallazgos. Se encontró, pues, con que el cuerpo no había sido embalsamado, sino que había sido reducido a polvo por la acción del tiempo.

—¡Ah! —dijo lady Diana, conteniendo la respiración—. Ya sé lo que quiere usted decirnos. Usted da a entender que nos hemos encontrado con el

asesino y le hemos dejado que nos embauque con su leyenda romántica para dejarle, al fin, escapar impunemente.

—Abandonando su disfraz clerical sobre una roca —acabó el padre Brown—. Resulta todo terriblemente sencillo. Este hombre se adelantó al profesor en su carrera hacia el cementerio, con seguridad mientras este estaba hablando con aquel desconcertante periodista. Sorprendió al viejo clérigo junto a la tumba vacía y lo mató. Después se disfrazó con sus ropas, lo amortajó con las que se habían hallado, lo puso en la tumba y preparó lo del rosario y el madero como he dicho. Una vez preparada la trampa para su segundo enemigo, salió a la luz del sol y nos saludó con una afectuosa acogida, como corresponde a un clérigo rural.

—Se arriesgó mucho —interrumpió Tarrant—, pues alguien podía conocer a Walters de vista.

—Estoy seguro de que estaba medio loco —dijo Brown—, y no me negará usted que valía la pena arriesgarse, pues le ha salido bien, después de todo.

—Verdaderamente, es preciso admitir que tuvo suerte —gruñó Tarrant—. ¿Y quién diablos era?

—Como usted dice, ha tenido mucha suerte —contestó el padre Brown—, y no solo en lo hablado, pues nunca llegaremos a saber su nombre.

Frunció el ceño, mirando detenidamente a la mesa, y prosiguió luego:

—Ese sujeto ha estado rondando y amenazando al profesor durante varios años, pero ha tenido mucha reserva en guardarse su nombre y ha continuado haciéndolo en esta ocasión. Pero si el desgraciado Smoill se repone, como pienso, hay muchas probabilidades de que oigan ustedes bastantes cosas más.

—¿Qué puede hacer el profesor Smoill? —preguntó Lady Diana.

—Yo creo que lo primero que debería hacer —dijo Tarrant— es encargar a unos detectives que sigan la pista de este diablo asesino, como perro tras la presa. Me gustaría emprenderla yo mismo.

—Pues yo —dijo el padre Brown sonriendo de pronto, a continuación de su arrobamiento ceñudo— sé muy bien lo que debería hacer.

—¿Y qué es? —preguntó lady Diana atentamente.

—Debería pedirles perdón a ustedes —dijo el padre Brown.

Este no era el tema de conversación que el padre Brown sostuvo con el profesor Smoill durante la lenta convalecencia del famoso arqueólogo. Ni fue el padre Brown el que llevaba con más frecuencia la conversación, pues aunque se le había puesto límite al profesor en el estímulo de la conversación, lo reservaba en su mayor parte para aquellas entrevistas con su amigo el

sacerdote. El padre Brown tenía un gran talento para que su silencio resultase un acicate, y esto daba ánimo a Smoill para hablar de muchas cosas extrañas que no siempre resultaba fácil decir; tales como las mórbidas fases de la convalecencia y los terribles sueños que van acompañados con frecuencia de delirio. A menudo, resulta perjudicial cuando uno se repone de una herida en la cabeza; y cuando la cabeza es tan interesante como la del profesor Smoill, estos desarreglos y distorsiones llegan a ser originales y curiosos. Sus sueños representaban atrevidos y vastos dibujos sacados de alguno de los que pueden admirarse en las impresionantes pero arcaicas manifestaciones del arte que él había estudiado; estaban llenos de santos extravagantes, con aureolas triangulares o cuadradas, coronas doradas y nimbos alrededor de sus oscuros y achatados rostros, águilas orientales y hombres con barbas y peinados altos como de mujer; y como decía con frecuencia a su amigo, había un sueño más sencillo y menos enredado que se presentaba con mayor frecuencia a su imaginativa memoria. Una y otra vez se repetían y volvían a esfumarse dibujos bizantinos, como el apagado reflejo del oro sobre el que se destacaban, y solo quedaba de ellos la límpida pared de piedra con la silueta brillante del pez que parecía trazado mojando el dedo en la luminiscencia de los peces; pues aquel era el símbolo que vio en el momento de oír la voz de su enemigo procedente de una esquina del lóbrego laberinto.

—Y ahora, por fin —dijo—, he encontrado el valor del símbolo y de la voz, que son de una índole que jamás había comprendido. ¿Por qué he de preocuparme si un loco de entre millones de hombres cabales, que forman un pelotón contra él, se propone perseguirme o matarme? El hombre que trazó en la oscura catacumba el símbolo secreto de Cristo era perseguido de una manera distinta. Era el loco solitario; el mundo se había reunido conspirando contra él y no para salvarlo, sino para destruirlo. Me he atormentado algunas veces intentando indagar si este o aquel hombre era mi perseguidor; si era Tarrant; si Leonard Smith; si era alguien más. Supóngase usted que fueran todos. Suponga que fueran todos los hombres de a bordo, todos los del tren y los del pueblo. Y suponga que, en lo que concierne a mí, fueran todos asesinos. Yo creía tener derecho a alarmarme, pues caminaba a través de las oscuras entrañas de la tierra y había un hombre que pretendía destruirme. ¿Qué habría sucedido si el perseguidor hubiese estado al aire libre, bajo la luz del sol, hubiese poseído el mundo entero y tuviese bajo su voluntad a todos los ejércitos y multitudes? ¿Y si hubiese tenido el poder para detener el mundo o convertirme en humo y aniquilarme en el instante en que salía de la

cueva? ¿Qué podría hacerse tratándose de un asesino así? El mundo ha olvidado estas cosas, como hace poco olvidó la guerra.

—Sí —corroboró el padre Brown—, pero la guerra ha llegado. Al pez se le puede meter bajo la tierra, pero volverá a salir de nuevo. Como dijo humorísticamente san Antonio de Padua: «solo los peces sobreviven al diluvio».

EL PUÑAL ALADO

Hubo un período en la vida del padre Brown en que le resultaba muy difícil colgar el sombrero de una percha sin sentir un ligero escalofrío. El origen de esto fue en realidad un detalle sin importancia dentro de una serie de acontecimientos mucho más complejos; pero debe de ser este, con seguridad, el único de ellos que persistió por largo tiempo en su agitada vida. Para hallar su origen, es preciso remontarse al momento en que el doctor Boyne, médico del cuerpo de Policía, tuvo necesidad de pedir su parecer en una mañana muy fría de diciembre.

El doctor Boyne era un irlandés corpulento y curtido, uno de aquellos irlandeses desconcertantes de los que hay algunos ejemplares diseminados por el mundo, que hablan sin parar sobre el escepticismo científico, sobre el materialismo y el cinismo, pero que ni por asomo intentan aludir a nada que tenga que ver con el ritual religioso, como no sea de la religión tradicional de su país. Es una tarea ardua dilucidar si sus creencias religiosas son puro barniz exterior o si, por el contrario, constituyen un sustrato fundamental de su ser; aunque lo más probable sea que algo haya de ambas cosas, con su buen tanto por ciento de materialismo. De todas formas, cuando pensó que en aquel caso podía haber algún punto tocante a su credo rogó al padre Brown que fuera a visitarle, dejando bien claro que hubiera preferido que no tuviera que ver con las creencias.

—Todavía no estoy seguro de que necesite de usted —fue su saludo—. No estoy seguro de nada. ¡Que me cuelguen si puedo afirmar que este es un caso propio de policía, médico o sacerdote!

—Pues bien, dado que es usted a la vez policía y doctor, quedo yo entre la minoría —dijo el padre Brown sonriendo.

—Así es, en efecto. Y, no obstante, usted es lo que los políticos llaman una minoría especializada —repuso el doctor—; yo le he convocado porque sé que usted toca un poco nuestros asuntos, sin dejar los que le son propios. Pero es terriblemente difícil decir si este caso le concierne a usted o simplemente a los tribunales de locos. Acabamos de recibir la carta de un hombre que vive en la vecindad, en aquella casa blanca sobre la colina, pidiendo auxilio contra una persecución homicida. Hemos ventilado la cuestión de la mejor forma…, aunque creo que será preferible, tal vez, comenzar desde el principio la narración de lo sucedido.

Un caballero apellidado Aylmer, rico propietario del oeste, se casó, ya bastante entrado en años, y tuvo tres hijos: Philip, Stephen y Arnold. Cuando era soltero, pensando que no iba a tener descendencia, adoptó a un chico en quien creía ver cualidades muy brillantes y prometedoras, que llevaba el nombre de John Strake. Su origen parece oscuro; se dice que procedía de un orfanato y otros sostienen que era gitano. Yo creo que lo último ha sido una invención de la gente, debida en parte a que Aylmer, en sus últimos tiempos, se dedicó a toda clase de ocultismos, incluso a la quiromancia y la astrología; y sus tres hijos aseguran que Strake promovía esta pasión, amontonando otras muchas acusaciones: que Strake era un sinvergüenza sin límites y, sobre todo, un mentiroso de mucho cuidado; que tenía un ingenio vivísimo para urdir ficciones improvisadas, con tal maña, que despistarían a cualquier detective. Sin embargo, semejantes afirmaciones pudieron explicarse tal vez como consecuencia natural de lo que aconteció.

Quizás usted se lo ha imaginado ya, poco más o menos. El viejo dejó casi toda su herencia al hijo adoptivo y a su muerte los hijos legítimos impugnaron el testamento. Sostenían que su padre había hecho aquella cesión de bienes por efecto de graves amenazas y, además, como hecho final, alegaron que el hijo adoptivo lo había llevado a una total e importante idiotez. Dijeron que Strake tenía una manera peculiarísima y siempre nueva de acercarse a él, a despecho de la familia y enfermeras, y atemorizarlo en su propio lecho de muerte. Sea como sea, algo pudieron probar, al parecer, acerca del estado mental del enfermo, por lo que el tribunal declaró nulo el testamento y los hijos heredaron. Se dice que Strake reclamó de la forma más violenta imaginable y que juró que iba a matar a sus tres hermanos, uno tras otro, y que nada los libraría de su venganza. Se trata ahora del tercero y último de los hermanos, Arnold Aylmer, que pide protección a la policía.

—¿El tercero y último? —preguntó el sacerdote con gravedad.

—Sí —dijo Boyne—, los otros dos están muertos. —Antes de proseguir, hizo una pausa—. Ahí comienzan las dudas. No hay ninguna prueba de que hayan sido asesinados, pero tampoco hay razón suficiente para creer que no lo fueran. El mayor de los hermanos se hizo juez de paz y se supone que se suicidó en su jardín. El segundo se dedicó a la industria y una máquina de su propio taller le golpeó la cabeza; de la misma manera que podría haber puesto un pie en falso y caído. Pero si fue Strake el que los mató realmente es muy hábil en su manera de trabajar y desaparecer luego. Por otra parte, me parece más probable que todo esto sea una mera presunción fundada en algunas coincidencias. Mire usted, lo que pretendo es esto: que alguien, dotado de un

poco de sentido común y que no sea agente oficial, obtenga una entrevista con el señor Arnold Aylmer y se forme una impresión acerca de él. Usted conoce de sobra cómo es un hombre loco y el rostro de un hombre cuando dice la verdad. Quiero que usted sea el inspector antes de que tomemos en nuestras manos el asunto.

—Me parece raro —dijo el padre Brown— que no se hayan preocupado antes del asunto, pues, si hay algo en todo esto, me parece que hace ya mucho tiempo que dura. ¿Hay alguna razón para que les pida ayuda a ustedes precisamente ahora, y no antes o después?

—Ya lo había pensado, como usted puede imaginarse —dijo el doctor Boyne—. Alegó, efectivamente, una razón; pero debo confesarle que es una de las cosas que me hace pensar que en el fondo de todo este asunto no hay más que la manía de un cerebro medio trastornado. Nos dice que todos sus criados se han declarado en huelga, abandonándolo, y que tiene que acudir a la policía para que guarde su casa. Yo he hecho indagaciones y he comprobado que realmente ha habido una emigración de criados en la casa de la colina; el pueblo está lleno de chismorreos que, he de confesar, son muy parciales. La versión que aquellos dan es que el señor había llegado a un punto completamente insoportable en sus temores, inquietudes y exigencias; que quería que guardasen su casa como centinelas y que no se acostaran, como si fueran enfermeras en un hospital, y que no tenían un momento para estar solos, ya que siempre debían hacerle compañía. Y así todos dijeron a voz en grito que era un maniático y se marcharon. Naturalmente, esto no prueba que sea un maníaco, pero es ya bastante, para hoy día, que un hombre quiera hacer de su mayordomo o doncella un guardián.

—Y ahora —dijo el sacerdote riendo— quiere que un policía haga las veces de doncella, porque su doncella no quiere hacer las de policía.

—También he pensado yo que esto era un poco extraño —corroboró el médico—; pero no puedo negarme rotundamente sin haber intentado antes un arreglo, y usted va a ser el mediador.

—Muy bien —dijo el padre Brown—. Iré ahora, si usted quiere.

El paisaje que se extendía alrededor del pueblo estaba sellado y cubierto por la escarcha, y el cielo era claro y frío como el acero, excepto en la parte nordeste, por donde las nubes empezaban a subir rodeadas de lívidos halos. Contra tales oscuros y más siniestros colores se recortaba la casa de la colina con una hilera de columnas pálidas formando un pequeño pórtico de estilo clásico. Un sinuoso camino llevaba hasta ella subiendo la cuesta, pasando por una masa de oscuros setos. Ante estos, le pareció que el aire se hacía más y

más frío, como si se acercara a una fábrica de hielo o al Polo Norte. Sin embargo, como era una persona muy práctica, no dejó que sus pensamientos tomaran mayores proporciones que las de una fantasía. Únicamente levantó los ojos hacia una gran nube espeluznante que subía por detrás de la casa y objetó con vivacidad:

—Va a nevar.

Se introdujo en el jardín por una verja de hierro no muy alta, de estilo italiano, y se encontró en un espacio donde reinaba la desolación típica de los lugares que, habiendo estado ordenados, se han sumido después en el abandono. Frondosidades verde oscuro adquirían ahora un tono gris por efecto del leve polvo de la escarcha, largos hierbajos contorneaban los arriates como dos flequillos, y la casa permanecía inmutable en la cima de un bosque enano de hierbajos y matas. La mayor parte de la vegetación consistía en plantas de hoja perenne o muy resistente y, aun siendo tan oscura y abundante, era de un tipo demasiado nórdico para que le vaya bien el epíteto de exuberante. Se podía describir como una selva ártica. Sucedía algo parecido con la casa misma, que, con su columnata y fachada clásica, podía haber mirado sobre el Mediterráneo, aunque en realidad pareciera marchitarse ahora bajo el viento del mar del Norte. Adornos clásicos dispersos acá y allá acentuaban el contraste; cariátides y máscaras de la comedia o tragedia vigilaban desde los ángulos del edificio sobre la gris confusión de los senderos, pero incluso sus caras parecían haberse helado. Y era también posible que las volutas de los capiteles se hubiesen retorcido por efecto del frío.

El padre Brown subió los herbosos peldaños hasta llegar a un pórtico cuadrado que flanqueaban gruesas columnas y llamó a la puerta. Cuatro minutos después volvió a llamar y desde entonces estuvo de espaldas a la puerta, observando el paisaje que poco a poco iba ensombreciéndose. La causa del oscurecimiento era la gran mole de sombra de la nube que declinaba hacia el norte y, al fijar la mirada en las columnas del pórtico, que le parecieron altas y macizas en la semioscuridad, pudo apreciar el opaco ribete de la gran nube asomar por encima del tejado y descender hacia el pórtico como si fuera una colcha. La colcha gris, con sus bordes ligeramente coloreados, parecía pesar más y más sobre el jardín hasta que del cielo, que hasta entonces había sido de un color claro y pálido propio del invierno, no quedaron más que algunas vetas de plata y jirones como de una débil puesta de sol. El padre Brown continuaba aguardando, sin que oyera, procedente del interior, ningún ruido. Entonces bajó rápidamente los peldaños y dio la vuelta

a la casa para buscar otra entrada. Encontró una, auxiliar, en la pared sin luces, y volvió a golpear y a esperar. Al final, intentó abrirla, aunque renunció a hacerlo al darse cuenta de que la puerta estaba cerrada o atrancada por un medio u otro y, ya seguro de ello, continuó su ronda pensando si el excéntrico señor Aylmer no se habría encerrado con demasiadas precauciones y le era imposible oír a quienes llamaran; o si estaría aún encerrándose más por suponer que la llamada provenía del vengativo Strake. Cabía la posibilidad de que los criados emigrantes hubiesen abierto solo una puerta, aquella mañana, y que su amo la hubiera cerrado después; pero, en todo caso, era inverosímil que, por la forma en que había sucedido todo, hubiesen tenido la precaución de mirar con interés la defensa de su dueño. Prosiguió, pues, en su ronda del edificio. No era de grandes proporciones, aunque sí algo presuntuoso, y pronto observó que le había dado una vuelta completa. Mirando a su alrededor halló lo que suponía y buscaba; una ventana semioculta entre enredaderas que, por descuido, estaba abierta; encaramándose por ella, se encontró en una habitación central, amueblada con cierto lujo, aunque algo pasada de moda, una escalera a un lado y una puerta al otro y, frente a él, otra puerta con cristalillos rojos, cuyo aspecto chocaba un poco con el gusto de la época; daba la impresión de una figura vestida de rojo y recortada en vidrio de color. Sobre una mesa redonda, a su derecha, había un recipiente lleno de agua verde, dentro del cual se movían algunos peces y otras cosas parecidas, como si estuvieran en un estanque: frente a frente, había una planta de la especie de las palmeras, con hojas verdes muy grandes. Tenía un carácter tan polvoriento y victoriano que el teléfono, visible en la alcoba oculta por unos cortinajes, resultaba una sorpresa.

—¿Quién va? —resonó una voz algo fuerte y alterada hasta cierto punto, que provenía de detrás de la puerta de cristales.

—¿Podría saludar al señor Aylmer? —preguntó el sacerdote, excusándose.

La puerta se abrió y un señor, envuelto en una bata de color verde loro, apareció con un rostro inquisitivo. Su cabello era bastante hirsuto y descuidado, como si hubiera estado en la cama o viviendo en un constante desasosiego, pero sus ojos, sin embargo, no solo estaban despiertos, sino alerta, y determinadas personas los habrían podido calificar de alarmados. El padre Brown sabía de sobra que esa expresión podía darse en cualquier hombre que, bajo la amenaza o aprensión de un peligro, se hubiese arruinado. Tenía un bello rostro aguileño, cuando se le miraba de perfil, pero en cuanto

se le miraba de frente sugería la sensación de desorden, aumentado incluso por el descuido peculiar de su barba color castaño.

—Yo soy el señor Aylmer —dijo—, pero he perdido ya la costumbre de esperar visitantes.

Algo en la incierta mirada que le dirigía el señor Aylmer hizo que el sacerdote atacara su cometido sin preámbulos pensando en que, si la persecución de aquel hombre era solo una monomanía, no se iba a mostrar ofendido.

—Estaba justamente preguntándome —dijo el padre Brown con suavidad — si sería cierto que usted no espera nunca a nadie.

—No anda usted equivocado —contestó el dueño de la casa sin titubear —, espero siempre una visita. Y, en caso de llegar, podría muy bien ser la última.

—Confío en que no llegue nunca —dijo el padre Brown—; por lo menos, me alegra pensar que yo no me parezco en nada a él.

El señor Aylmer se estremeció con una sonrisa sarcástica.

—Verdaderamente no se parece —dijo.

—Señor Aylmer —manifestó el padre Brown con franqueza—, comenzaré pidiéndole excusas por haberme tomado esta libertad, pero algunos amigos míos me han dicho que se hallaba usted en un apuro y me han rogado que subiera, por si podía ayudarle. La verdad es que tengo una cierta experiencia en asuntos de este tipo.

—Pues no se parece a ningún otro —dijo Aylmer.

—¿Quiere usted decir que las tragedias que han tenido lugar en su desgraciada familia no han sido muertes naturales?

—Quiero decir más; que ni los asesinos fueron normales —contestó el otro—. El hombre que nos está acorralando hacia la muerte es un perro infernal y su poder emana de Satanás.

—El mal tiene un solo origen —afirmó el sacerdote con gravedad—. Pero ¿cómo sabe usted que no eran crímenes normales?

Aylmer contestó con un ademán, invitándole a sentarse, y luego hizo él lo propio en otra silla, frunciendo el entrecejo y apoyando sus manos sobre las piernas. No obstante, cuando levantó el rostro, la expresión que se reflejaba en él era más suave y pensativa, y su voz tenía un tono cordial y contenido.

—Señor mío —dijo—, no quiero que me tenga, ni por un momento, por una persona que no se halla en su sano juicio. He llegado a estas conclusiones siguiendo una lógica estricta, pues, desgraciadamente, la razón nos conduce a este resultado. He leído bastante acerca de las cuestiones aludidas, pues soy el

único que ha heredado las nociones de mi padre acerca de este tipo de sucesos oscuros e incluso su biblioteca. Sin embargo, lo que voy a decirle no se basa en mis lecturas, sino en lo que yo mismo he visto.

El padre Brown asentía y el otro continuó su relato como quien elige con cuidado las palabras:

—En el caso de mi hermano mayor, tuve mis dudas. No había señales ni huellas en el lugar donde se le encontró muerto con la pistola a su lado. Pero acababa de recibir una carta amenazadora de nuestro enemigo, sellada con un puñal alado, que es uno de sus cabalísticos e infernales emblemas. Y un criado afirmó que había visto moverse algo por la pared del jardín y que era sin duda demasiado grande para tratarse de un gato. Ya no sé más; todo lo que puedo decir es que en caso de ser el asesino, no dejó huellas de su venida. Pues bien, cuando murió mi hermano Stephen, todo ocurrió de una manera distinta y desde entonces no me queda ya lugar a dudas. La máquina trabajaba al aire libre bajo la torre de la fábrica, a la que yo mismo subí después de que él había sucumbido bajo el martillo de hierro que le golpeó la cabeza; no vi que le tocara otra cosa, pero también puedo decirle que vi lo que vi.

Una gran humareda de la chimenea de la fábrica me ocultó la torre y, sin embargo, a través de un claro pude distinguir una forma humana cubierta por una capa negra. A continuación vino otro golpe de humo, y, cuando se hubo desvanecido, miré hacia la chimenea y no vi a nadie. Soy un hombre racional y quiero preguntar, a todos los que lo son, cómo pudo aquel alcanzar con solo el poder humano tales alturas inescalables, y cómo bajó de ellas.

Se quedó mirando entonces al sacerdote con un aire de reto y, al cabo de un corto silencio, dijo bruscamente:

—Los sesos de mi hermano quedaron desparramados por los suelos, pero su cuerpo no sufrió graves daños, y en su bolsillo encontramos uno de aquellos mensajes que le prevenía, con fecha del día anterior, y que llevaba el sello con el mencionado puñal alado.

Estoy seguro —prosiguió con gravedad— de que el símbolo alado no es algo meramente arbitrario o accidental; no hay nada en ese hombre aborrecible que sea casual. Todo en él tiene una intención; aunque hay que reconocer que es una de las intenciones más oscuras e intrincadas que se pueda concebir. Su mente se rige no solo por planes complicadísimos, sino por toda suerte de lenguas secretas, signos y mudas señales, y por imágenes sin nombre que representan cosas que no pueden nombrarse. Se trata de la peor clase de hombres que el mundo conoce; es el místico malvado. No pretendo saber de momento todo lo que entraña semejante símbolo; pero

parece indudable que algo tiene que ver con los aspectos más notables e increíbles de los movimientos de ese hombre desde que ha acechado a mi familia. ¡Dígame si no hay conexión entre la idea de un puñal alado y la misteriosa manera como Philip fue asesinado en su propio jardín sin que la más leve huella indicase su paso por encima del polvo o hierba! ¡Y dígame si no hay conexión entre un puñal con plumas, volando como una saeta emplumada, y aquella figura suspendida en la más alta de las chimeneas, que llevaba una capa con alas!

—Luego, ¿cree usted —dijo el padre Brown, pensativo— que está continuamente en estado de levitación?

—Simón Mago —contestó Aylmer— lo alcanzó, y una de las predicaciones más extendidas respecto a los oscuros tiempos venideros es que el anticristo podrá volar. Como quiera que sea, apareció el signo de la daga sobre la carta. Si podía volar o no, lo ignoramos, aunque sabemos que por lo menos podía herir.

Su rostro imperturbable rompió a reír.

—Usted mismo lo verá —dijo Aylmer molesto—, pues precisamente acabo de recibir uno esta mañana.

Ahora estaba echado hacia atrás en su silla, con sus largas piernas extendidas ante sí asomando por la bata, un poco demasiado corta para su talla, dejando descansar un barbudo mentón sobre el pecho. Sin perder esta actitud, introdujo una mano en el bolsillo de la bata y sacó un pedacito de papel, que tendió con brazo rígido al sacerdote. Toda su actitud mostraba una especie de parálisis, rigidez y colapso.

Pero la observación formulada por el sacerdote tuvo el poder sorprendente de despertarle.

El padre Brown estaba mirando con su peculiar manera el papel que le había entregado. Era un papel grueso, pero no vulgar, del que acostumbran a emplear los artistas para hacer bocetos; en él aparecía, dibujada con habilidad, con tinta, una daga provista de alas, como el caduceo de Hermes, con la leyenda: «La muerte te llegará mañana, al igual que a tus hermanos».

El padre Brown tiró el papel al suelo y se irguió en su asiento mientras decía:

—No debe usted consentir que esas necedades le reduzcan a la impotencia —formuló con decisión—; esos diablos intentan siempre reducirnos a la impotencia arrebatándonos incluso la esperanza.

Con gran sorpresa suya, las palabras pronunciadas parecieron operar una fuerte reacción en la postrada figura de su interlocutor, que se levantó de la

silla como si acabase de despertar de un letargo.

—¡Tiene usted razón, tiene usted razón! —exclamó Aylmer con vivacidad un poco insegura—. Ya se darán cuenta, al final, de que no estoy tan indefenso ni tan desesperado. Es posible que tenga mis razones para abrir el espíritu a la espera y mejor ayuda de la que usted mismo puede suponer.

Permanecía de pie ante el sacerdote, frunciendo el entrecejo y con las manos en los bolsillos. El padre Brown tuvo unos momentos de duda, creyendo que la amenaza de aquel constante peligro podía haber trastornado el cerebro del hombre. Pero cuando se dispuso a hablar lo hizo de forma muy reposada.

—Creo que mis desgraciados hermanos sucumbieron porque usaron un arma completamente inútil. Philip llevaba un revólver, y por eso dijeron que su muerte había sido un suicidio. Stephen se rodeó de policías, pero, al ver que resultaba un tanto ridículo, no dejó que un policía lo acompañase por la escalera de mano hasta una pequeña plataforma donde solo debía permanecer unos segundos. Ambos eran unos irreverentes, reaccionando con escepticismo frente al extraño fervor místico de mi padre en sus últimos tiempos. Yo, en cambio, siempre creí que había en mi padre más de lo que ellos podían comprender. Es verdad que por sus estudios sobre la magia acabó creyendo en la magia negra: la magia negra de ese sinvergüenza de Strake. Pero mis hermanos se equivocaron en el antídoto. El antídoto de la magia negra no es el soez materialismo y la sabiduría mundana. El antídoto de la magia negra es la magia blanca.

—Todo depende de lo que usted entienda por magia blanca —dijo el padre Brown.

—Me refiero a la magia de plata —dijo el otro en voz baja y misteriosa, como si revelara un secreto—. ¿Sabe usted lo que quiero decir cuando habló de magia de plata? Perdóneme un instante.

Se volvió, abrió la puerta vidriera y desapareció por un pasillo. La casa tenía menos profundidad de la que Brown había supuesto; en lugar de abrirse aquella puerta en habitaciones interiores, desembocaba en un pasillo que, por lo que el sacerdote pudo ver, terminaba en otra puerta que se abría al jardín. La puerta de una de las habitaciones daba a dicho pasillo; y el clérigo pensó que era la del dueño, ya que había salido precipitadamente de ella con la bata puesta. No había en aquel lienzo de pared nada más que un insignificante paragüero, con su acostumbrado cúmulo de sombreros viejos y sobretodos; pero al otro lado había algo más interesante: un aparador de caoba oscura, con algunos objetos de plata, sobre el que colgaba un trofeo lleno de armas

antiguas. Arnold Aylmer se paró ante ella, levantó los ojos, escogió una pistola larga y vieja, con el cañón en forma de campana.

La puerta que daba al jardín estaba entreabierta y por la rendija entraba un haz de luz blanquísima. El sacerdote poseía un instinto muy agudo para los fenómenos naturales y algo en la inusitada luz le dijo lo que había sucedido fuera. No era más que lo que había profetizado al acercarse a la casa. Pasó rápidamente ante su sorprendido compañero y abrió la puerta para encontrarse con algo que era una llamarada y una fría extensión. Lo que había visto brillar a través de la rendija no era solo la blancura negativa de la luz solar, sino la más positiva blancura de la nieve. Todo el paisaje se hallaba cubierto por aquel pálido brillo, tan atrevido e inocente a la vez.

—Por lo menos, aquí tenemos magia blanca —dijo el padre Brown alegremente. Y al volverse hacia el salón murmuró—: Y también magia de plata, supongo —pues el haz de luz que entraba por la puerta dio sobre los objetos de plata, encendiéndolos con singular esplendor e iluminando algunas partes de las enmohecidas armas.

La cabeza desaliñada de Aylmer pareció rodearse de un halo de fuego plateado mientras se volvía, con su rostro recatado en la sombra y la ridícula pistola en su mano.

—¿Sabe por qué he escogido esta anticuada pistola? Porque puedo cargarla con este tipo de bala.

Cogió una cucharita de las que tienen en el mango un apóstol repujado y con destreza quitó la figura.

—Vamos a la otra habitación —dijo—. ¿No ha oído usted hablar nunca de la muerte de Dundee? —preguntó cuando habían vuelto a sentarse. Se hallaba ya repuesto del agobio que le había producido la inquietud del sacerdote—. Graham de Claverhouse, ¿sabe?, el que persiguió a los firmantes del pacto escocés de la reforma religiosa y que tenía un caballo negro que podía subir por encima de un precipicio; ¿no sabe usted que únicamente podía sucumbir a una bala de plata, porque se había vendido al diablo? Por lo menos sabe usted suficientes cosas del diablo como para creer en él.

—¡Oh, sí! —contestó el padre Brown—, creo en el diablo. Pero en quien no creo es en el tal Dundee. Quiero decir, en el supuesto Dundee de las leyendas de la reforma religiosa y en la maravilla de su caballo negro. John Graham era solo un soldado profesional del siglo XVII y bastante más notable que la mayor parte de los otros. Y si combatió como dragón, era por ser del cuerpo de Dragones, pero no un dragón. Ahora bien: mi experiencia me enseña que no son esta clase de espadachines fanfarrones los que se venden al

diablo. Los adoradores de Lucifer que he conocido son de otra clase. No voy a citar nombres, que podrían causar un revuelo social, sino que me limitaré, por ejemplo, a un hombre del tiempo de Dundee. ¿Ha oído usted hablar de Dalrymple de Stair?

—No —contestó el otro molesto.

—A pesar de todo conocerá usted de oídas lo que hizo, y que fue mucho peor que todo lo que llegó a hacer Dundee; debe agradecer al olvido que le haya librado de la infamia. Él fue el autor de la matanza de Glencoe[9]. Era un personaje muy culto y un abogado conocido, un hombre de Estado con vastas y profundas ideas de Gobierno, un hombre reposado, con facciones refinadamente intelectuales. Los hombres de esta clase son los que se venden al diablo.

Aylmer se levantó casi de la silla con entusiasmo para corroborar la tesis del sacerdote.

—¡Por Cristo, y cuánta razón tiene usted! —exclamó—. Un rostro refinadamente intelectual. ¡Así es el rostro de John Strake!

Se levantó y fijó la mirada en la cara del sacerdote con especial concentración.

—Si tiene la bondad de aguardar aquí unos instantes —dijo—, le enseñaré algo.

Salió por la puerta vidriera, cerrándola tras de sí, y se dirigió —supuso el sacerdote— hacia el viejo aparador o a su habitación. El padre Brown permaneció sentado, mirando distraídamente la alfombra, en la que brillaba un pequeño reflejo rojo de la puerta vidriera. Una vez pareció encenderse como un rubí y volvió a apagarse como si el sol de aquel tempestuoso día hubiese pasado de una nube a otra. Nadie se movía, salvo los seres acuáticos, que flotaban de acá para allá en el recipiente verde. El padre Brown se sumió en intensas meditaciones.

No habían transcurrido aún dos minutos cuando se levantó, dirigiéndose sin hacer ruido a la estancia donde había visto el teléfono, para llamar a su amigo el doctor Boyne.

—Le llamo para hablarle del asunto Aylmer; es una historia muy rara, pero me parece que en ella hay algo de verdadero. Si yo estuviera en su puesto, mandaría aquí a cuatro o cinco de sus hombres para que guardasen la casa, pues si sucede algo, creo que va a ser en forma de fuga.

Colgó el aparato y volvió a sentarse en el mismo lugar donde estaba; continuó observando la alfombra y vio de nuevo encenderse un brillo sanguíneo que procedía de la puerta vidriera. Algún detalle de aquella luz

filtrada le hizo llevar de golpe su pensamiento hacia campos lejanos, en los confines del pensamiento, que, como la primera luz del día, antes de asomar la aurora, se muestra alternativamente luminoso o velado, adoptando formas simbólicas de ventanas y puertas.

Un aullido inhumano, producto de una voz humana, resonó al otro lado de la puerta, casi al mismo tiempo que el ruido de un pistoletazo. Sin que se desvanecieran los ecos del mismo por completo, la puerta se abrió con una violencia inaudita y el dueño entró tambaleándose en la habitación, con su bata desgarrada y la anticuada pistola echando humo. Parecía que todos sus miembros temblaban, aunque el temblor procedía de unas carcajadas siniestras.

—¡Gloria a la magia blanca! —exclamó—. ¡Gloria a la bala de plata! El sabueso infernal ha salido de caza demasiadas veces y ha llegado por fin la hora en que mis hermanos han sido vengados.

Se dejó caer en una silla y la pistola resbaló de sus manos al suelo. El sacerdote se levantó precipitadamente, abrió la puerta de cristales y se fue por el pasillo. Puso la mano sobre el puño de la puerta de la habitación, como si intentase entrar, se agachó, como si quisiera examinar algo, y luego se abalanzó sobre la puerta que comunicaba con el jardín y la abrió de par en par.

Sobre el campo nevado, cuya superficie había sido lisa y blanca hacía unos instantes, aparecía un objeto negro. A primera vista, parecía un murciélago enorme. Una segunda mirada convencía de que era una figura humana caída de bruces, con la cabeza cubierta por un ancho sombrero de color negro, que tenía algo de sudamericano. La impresión de alas procedía de las anchas mangas del sobretodo, extendidas a uno y otro lado en toda su amplitud. Las manos quedaban ocultas, pero el padre Brown creyó deducir la posición de una de ellas y, muy cerca, bajo el pliegue del gabán, vio el brillo de un arma blanca. El conjunto era exactamente el de una de esas fantasías de la heráldica: parecía un águila negra sobre campo blanco. Pero andando a su alrededor y levantando por fin el sombrero vio la cara, que tenía en realidad los trazos refinadamente intelectuales con visos de aséptica y austera: era, sin duda, la cara de John Strake.

—¡Estamos arreglados! —refunfuñó el padre Brown—. Parece un vampiro que se ha abatido como un ave.

—¿Y de qué otra manera podía haber venido? —exclamó una voz procedente de la puerta; y el padre Brown vio a Aylmer que lo miraba fijamente desde el zaguán.

—¿No pudo haber venido caminando?

Aylmer extendió el brazo hacia las próximas veredas y dijo:

—Mire usted la nieve; está intacta, tan pura como la magia blanca a la que usted mismo hace poco la ha comparado. ¿Hay por ventura otra mancha que la de ese barro caído ahí? No hay otras huellas que las de usted y las mías; no hay ninguna que se aproxime a la casa.

Miró al sacerdote con una peculiar y concentrada expresión y dijo:

—Le voy a advertir aún algo más. El abrigo que utiliza para volar es demasiado largo para usarlo normalmente. No era un hombre muy alto; y por esta razón habría arrastrado la prenda detrás de él como una cola real. Extiéndalo usted sobre su cuerpo y verá.

—¿Y qué hubo entre ustedes dos? —preguntó el padre Brown, de pronto.

—Fue demasiado rápido para poderlo describir —contestó Aylmer—. Yo había salido para mirar fuera y, al volver la espalda, sentí algo semejante a un remolino de viento junto a mí y como si un remolino me zarandeara en medio del aire. Me las arreglé para dar la vuelta, tiré sin saber dónde y vi lo mismo que usted ve. Estoy seguro de que, en caso de no haber tenido la pistola cargada con la bala de plata, no le vería usted donde le ve ahora. Sería otro el que yacería en su lugar.

—Perdone que le interrumpa: ¿quiere usted dejarlo ahí en la nieve o prefiere que lo llevemos a su habitación? Supongo que la que da al pasillo es su habitación.

—No, no —contestó Aylmer con rapidez—. Debemos dejarlo ahí hasta que la policía lo haya visto. Tengo ya bastante por ahora y, suceda lo que suceda, voy a tomar un trago. Después pueden ahorcarme si les place.

En el salón, entre la palmera y el acuario, Aylmer se dejó caer en una silla; estuvo a punto de volcar el acuario cuando entró en la habitación, pero acabó encontrando una botella de coñac después de haber mirado muchos armarios y rincones. No parecía una persona metódica, pero también es cierto que en aquel instante parecía haber llegado al colmo de su agitación. Sorbió un trago largo y empezó a hablar apresuradamente, como si quisiera llenar el silencio con sus palabras.

—Veo que no está aún convencido, a pesar de haberlo visto con sus propios ojos. Créame, había algo más que la simple pelea entre el espíritu de Strake y el de la casa Aylmer. Además, a usted no le sienta nada bien ser un incrédulo. Usted debería ponerse del lado de todas esas cosas que las personas estúpidas llaman supersticiones. Vamos, ¿no cree usted que hay mucha

verdad en lo que dicen las viejas acerca de la suerte, encantos y otras cosas, incluyendo las balas de plata? ¿Qué opina usted de esto, como católico?

—Pues le digo que soy agnóstico —contestó el padre Brown sonriendo.

—Tonterías —pretendió Aylmer impaciente—, su tarea no consiste más que en creer cosas.

—Pues naturalmente que creo algunas cosas —concedió el padre Brown —; y por ello, como es natural, dejo de creer en otras.

Aylmer había adelantado su cuerpo y le estaba mirando con la fuerza de los que pretenden hipnotizar.

—Usted lo cree —dijo—. Usted lo cree todo. Todos creemos en todo aunque lo neguemos. Los que niegan creen. ¿No siente usted en su corazón que estas contradicciones no se contradicen? ¿Que hay un cosmos que lo contiene todo? El alma gira sobre una rueda estrellada y todo vuelve de nuevo; podría ser que Strake y yo hubiésemos luchado en otra forma, bestia contra bestia, pájaro contra pájaro, quizás sigamos luchando así por toda una eternidad. Y desde el momento en que nos buscamos y somos imprescindibles el uno para el otro, entonces incluso este odio eterno se convierte en un eterno amor. El bien y el mal giran sobre una rueda que es una sola cosa y no varias. ¿No acepta usted en su ser más interno, no cree usted, a pesar de todas sus creencias, que hay una sola verdad y que nosotros somos únicamente sombras de ella; y que todas las cosas no son más que aspectos de una cosa única, un centro en el cual los hombres se funden en el Hombre y el Hombre en Dios?

—No —dijo el padre Brown.

En el exterior, el crepúsculo comenzaba a declinar, en esa fase de las tardes nevadas en las que la tierra parece más brillante que el cielo. En el pórtico principal, el padre Brown pudo distinguir a través de una ventana velada por una cortina una figura bastante corpulenta de hombre. Miró luego a la ventana por la que había entrado y vio ante ella la silueta de otros dos hombres inmóviles. La puerta interior con los cristales rojos estaba entornada y pudo vislumbrar en el corredor los extremos de dos largas sombras, exageradas y deformes por la luz horizontal de la puerta; ambas podían tomarse por la caricatura de unos hombres. El doctor Boyne había obedecido a su llamada telefónica. La casa estaba guardada.

—¿De qué le sirve a usted decir que no? —insistió el dueño con la misma mirada hipnotizadora—. Usted mismo ha visto parte del eterno drama. Usted ha visto a John Strake amenazar de muerte a Arnold Aylmer por la magia negra. Usted ha visto a Arnold Aylmer matar a John Strake por la magia

blanca. Usted ve a Arnold Aylmer vivo y conversando con usted mismo. Y a pesar de todo esto usted sigue sin creer.

—No, no le creo —dijo el padre Brown, levantándose como el que está dispuesto a poner fin a una entrevista.

—¿Y por qué no? —preguntó el otro.

El sacerdote levantó algo más la voz, que resonaba como un toque de trompeta por toda la sala.

—Porque usted no es Arnold Aylmer —dijo— y porque sé de sobra quién es. Su nombre es John Strake; y acaba usted de asesinar al último de sus hermanos, que yace ahí en la nieve.

Un círculo blanco se dibujó alrededor de la pupila de aquel individuo, que parecía hacer un esfuerzo postrero para hipnotizarlo. Después se apartó a un lado y, al moverse, se abrió la puerta que tenía a su espalda y dos policías de paisano le pusieron una mano sobre los hombros. La otra mano colgaba a su lado, empuñando un revólver. Miró desesperado a su alrededor y pudo ver que no había salida posible.

Aquella noche el padre Brown tuvo una larga conversación con el doctor Boyne sobre la tragedia de los Aylmer. No quedaba ya lugar a dudas sobre el punto principal de la misma, ya que el propio Strake había confesado su identidad y, lo que es más, sus crímenes, aunque sería más certero decir que se había vanagloriado de sus victorias, haciendo gala de haber coronado la obra de su vida con la muerte del último Aylmer; todo lo demás, incluyendo su propia existencia, parecía indiferente.

—El hombre parece un monomaníaco —dijo el padre Brown—, porque no le interesa ningún otro asesinato. Tuve que repetirme esta observación varias veces, esta tarde, para calmar mis temores. Pues, como sin duda se le habrá ocurrido a usted, le hubiera sido más fácil pegarme un tiro y largarse elegantemente que entretenerse inventando toda esa ingeniosa máquina sobre vampiros y balas de plata. Le aseguro que esta idea me ha perseguido con verdadera insistencia.

—¿Y por qué no lo hizo? —observó Boyne—. No lo comprendo, pero en realidad aún no comprendo nada. Sin embargo, ¿cómo lo descubrió usted y qué es lo que ha descubierto?

—Usted mismo me dio una información preciosísima —contestó el padre Brown con modestia—; me dijo usted precisamente lo que para mí ha tenido un valor decisivo. Usted afirmó que Strake era un embustero de gran imaginación y que tenía un gran aplomo al decir sus embustes. Esta tarde se vio en la necesidad de usar de su habilidad y estuvo a la altura de las

circunstancias; yo creo que su única falta fue escoger una historia demasiado sobrenatural; creía que porque yo era un sacerdote estaba dispuesto a tragarme cualquier cosa. Hay muchas personas que se equivocan en este mismo punto.

—No puedo aún ver el principio y el fin; debe usted empezar por lo primero —dijo el doctor.

—Lo primero fue la bata, un disfraz realmente bueno. Cuando uno entra en una casa y se encuentra con un hombre en bata no duda en considerarle el dueño. Esta misma reflexión me hice yo, pero después comenzaron a suceder cosas, pequeños detalles, algo raros. Cuando escogió la pistola, la amartilló primero, como lo haría el que quiere asegurarse de si está o no cargada; yo imaginé que él debía saber si las pistolas de su propia casa estaban cargadas. Tampoco me gustó la manera en que se puso a buscar el coñac, ni cómo al entrar en la habitación estuvo a punto de volcar el acuario; pues el hombre que tiene habitualmente un objeto tan frágil en su habitación adquiere un hábito mecánico de evitarlo. Con todo, estas anomalías podían haber sido mera imaginación. En la primera cosa en que vale la pena fijarse es en lo siguiente: salió de un pasillo que tenía una puerta a cada lado y en el pasillo mismo solo había una que daba a una habitación; yo deduje que era el dormitorio de donde acababa de salir el dueño. Me acerqué a la puerta e intenté abrirla, pero vi que estaba cerrada. Me pareció raro, miré por la cerradura y vi que la habitación estaba vacía, sin cama ni mueble alguno. Por lo tanto, no había salido de ninguna habitación, sino de la casa. Y cuando vi esto me lo imaginé ya todo.

El pobre Arnold Aylmer dormía sin duda y vivía tal vez en el primer piso; había bajado en bata y pasado por la puerta de cristales rojos. Al final del pasillo, recortado en negro, contra la luz invernal, vio al enemigo de la casa. Vio a un hombre alto, con barba, con un sombrero negro de ala ancha y un gran abrigo negro. Me parece que poca cosa vio el pobre Arnold de este mundo. Strake se abalanzó sobre él, clavándole un puñal o ahogándolo; no podemos asegurarlo hasta que no esté hecha la autopsia. Después, Strake, en el estrecho pasillo, entre el paragüero y el viejo zócalo, mientras miraba triunfalmente al último de sus enemigos, oyó algo que no había esperado: oyó pasos en el salón. Era yo, que acababa de entrar por la ventana.

Su disfraz fue un milagro de presteza. No solo hacía las veces de disfraz, sino que surtía un efecto novelesco. Se quitó su gran sombrero negro y su abrigo y se puso la bata del muerto. Después hizo una cosa espantosa, algo que para mí es más espeluznante que lo demás. Colgó el cadáver, como si

fuera un gabán, de una de las perchas. Lo tapó con su largo abrigo que colgaba bastante por debajo de los pies y cubrió su cabeza con el sombrero ancho que llevaba. Esta era la única manera posible de esconderlo en aquel estrecho pasillo con una puerta cerrada; pero tengo que reconocer que fue una manera muy ingeniosa de hacerlo. Yo mismo pasé por delante de él sin darle más importancia que la que se da a un perchero. Creo que este despiste mío me producirá siempre escalofríos.

Podía haberlo dejado como estaba, pero quedaba aún el peligro de que yo lo descubriera, y un cadáver colgado de esta forma pediría a gritos una explicación. Optó, pues, por lo más atrevido: descubrirlo y explicarlo por sí mismo.

Entonces, en la extraña y sobrecogedora fertilidad de su mente, tomó cuerpo la posibilidad de invertir los papeles. Él mismo optó por la forma y el nombre de Arnold Aylmer; ¿y por qué no hacer que el muerto representara a John Strake? Debió de haber algo, en el intercambio de personalidades, que le gustó a la macabra fantasía de aquel hombre. Era como si los dos enemigos tuvieran que ir a un monstruoso baile de máscaras, disfrazados el uno del otro. Solo que el baile de máscaras iba a convertirse en una danza de muerte; y uno de los bailarines debía aparecer muerto. Por eso imagino que le agradó y puedo imaginármelo sonriendo.

El padre Brown miraba al vacío con esos grandes ojos grises que, cuando no permanecían ocultos por su manía de cerrar los párpados, eran la única cosa notable de su rostro. Continuó hablando con sencillez y seriedad.

—Todas las cosas provienen de Dios; y, muy especialmente, la razón y la imaginación, que son los grandes dones hechos al alma. Son buenos en sí mismos, y no debemos olvidar su origen, aun cuando se haga mal uso de ellos. Ahora bien, este hombre poseía una cualidad muy adecuada para ser pervertida: el poder de inventar historias. Era un gran novelista; solo que había desviado sus aptitudes hacia un fin práctico y perverso: engañar a los hombres con argumentos falsos en lugar de verdaderos. Empezó seduciendo al viejo Aylmer con complicados argumentos y mentiras ingeniosamente razonadas; pero, al principio, fueron solo mentirijillas y cuentos de un niño que con la misma facilidad puede decir que ha visto al rey de Inglaterra que al rey de las Hadas. Tal vicio se reforzó en él a través del que exagera y perpetúa a todos los demás: el orgullo. Fue enorgulleciéndose más y más de su presteza en producir historias, de su originalidad y de la sutileza con que las desarrollaba. A esto se referían los Aylmer cuando dijeron que podía haber embaucado a su padre; y era cierto. Se trata del mismo sortilegio que la

narradora usó con el tirano de *Las mil y una noches*. Y al fin atravesó el mundo con el orgullo del poeta; y con el falso, pero inconmensurable brío, que posee el embustero. Se veía con mayor aptitud aún para producir cuentos fantásticos cuando tenía la cabeza en peligro. Y hoy la tenía.

Pero estoy seguro de que ha disfrutado haciéndolo como si fuera una fantasía y a la vez una conspiración. Se propuso contar la verdadera historia, aunque al revés: tratando al muerto como vivo y al vivo como difunto. Se había puesto ya la bata de Aylmer, ahora iba camino de ponerse su cuerpo y su alma. Miraba al cadáver que yacía en la nieve como si fuera el suyo propio. Al fin, extendió el abrigo de manera que sugiriera el aterrizaje de un ave de presa y no solo procuró encubrirlo bajo su propia prenda de vestir, oscura y holgada, sino también inventando un cuento de hadas acerca del pájaro negro que solo podía sucumbir a una bala de plata. No sé si fue el brillo de los objetos de plata del aparador o la nieve que brillaba en la campiña lo que sugirió a su extraordinario temperamento de artista el tema de la magia blanca y el metal blanco que se usa contra los hechiceros. Pero sea cual fuere su origen, lo desarrolló como un poeta, improvisándolo como hombre práctico que era. Remató el intercambio y sustitución de las partes tirando el cadáver sobre la nieve como si fuera el cuerpo de Strake. Hizo lo mejor que pudo para presentar a Strake como una figura inquietante, como algo que estuviera rondando por el aire, como una arpía de alas veloces y garras de muerte, para explicar la ausencia de huellas sobre la nieve y otras cosas. Como ejemplo de bellaquería artística, lo admiro intensamente. Al presentarse una contradicción la utilizó como argumento; y dijo que, siendo el abrigo del cadáver demasiado largo para él, probaba que jamás había andado por el suelo como los demás mortales. Pero me miró con tal intensidad al decirlo que algo me indujo a pensar que intentaba hacer prevalecer una gran mentira.

El doctor Boyne parecía pensar.

—¿Había descubierto la verdad ya entonces? —preguntó—. Hay algo muy raro y es que los nervios delatan la terrible verdad, pienso yo, siempre que nos encontramos frente a algún caso que afecta a la identidad. No sé si será más fatal llegar a adivinarlo de esta manera tan rápida o por etapas. Me gustaría saber cuándo le entró a usted la sospecha y cuándo estuvo seguro.

—Me parece que empecé a sospechar con algún fundamento cuando le telefoneé. Y lo que me dio pie para ello no fue otra cosa que el reflejo rojo de la puerta vidriera sobre la alfombra encendiéndose y apagándose. Parecía una mancha de sangre que al pedir venganza se encendiera. ¿Por qué razón sufría esos cambios? Estaba seguro de que el sol no había salido; y solo podía

atribuirse a que la puerta que daba al jardín se abriera y se volviese a cerrar. Si hubiese descubierto entonces a su enemigo habría chillado, y, sin embargo, la crisis tardó en suceder aún unos pocos minutos. Empezó a ganarme la sensación de que había salido a hacer algo…, a preparar algo… Pero cuando adquirí la completa seguridad, eso ya es otra cosa. Sabía que al final intentaba hipnotizarme con el arte negro de sus ojos, actuando de talismanes, y con su voz que surtía el efecto de un conjuro. Seguro que hacía lo mismo con el viejo Aylmer. Pero no solo era la manera como lo hacía, sino lo que decía. Era su religión y su sistema filosófico.

—Me temo que soy un hombre muy práctico —dijo el médico un poco molesto— para preocuparme demasiado por la religión y la filosofía.

—Pues bien, nunca llegará a ser usted un hombre práctico hasta que se preocupe de ello —dijo el padre Brown—. Mire usted, doctor: usted me conoce lo bastante para saber que yo no soy un fanático. Usted sabe que no desconozco que hay toda clase de hombres en todas las religiones, buenos en las malas y malvados en las buenas. Pero existe un pequeño hecho que he aprendido debido a que soy un hombre práctico, un hecho totalmente práctico aprendido por experiencia, como las jugarretas de un animal o el sabor peculiar de un buen vino. Casi nunca he encontrado a un criminal que no filosofase. Que no filosofase sobre las huellas del orientalismo, la reencarnación y la reaparición, sobre la rueda del destino y la serpiente que se muerde su propia cola; la práctica me ha enseñado que una maldición pesa sobre los servidores de aquella serpiente: sobre sus abdómenes andarán y del polvo comerán. No he visto nunca un sinvergüenza o disipado que no discurriera sobre espiritualidades semejantes. Podría no haber sido así en sus verdaderos orígenes religiosos, pero en nuestro mundo actual esa es la religión de los malvados; y así comprendí que estaba hablando con uno de ellos.

—¿Y cómo? —dijo Boyne—. Yo creía que un malvado cualquiera podía profesar la religión que le viniera en gana.

—Sí —asintió el otro—. Podría profesar cualquier religión; podría acatar la forma religiosa que quisiera si todo fuese mera suposición. Si fuera solo hipocresía y nada más, sin duda entonces podría aparentarlo con un mero proceso hipócrita. Un rostro cualquiera puede cobijarse bajo la máscara que esconde. Todo el mundo puede aprender ciertas palabras o afirmar aquellas que son sus puntos de vista. Yo mismo puedo salir a la calle y sostener que soy un metodista wesleyano, o sandemanio, aunque me temo que lo haría sin gran fuerza. Pero estamos hablando de un artista; y para que un artista pueda

disfrutar, necesita que la máscara que se pone esté poco más o menos moldeada según su rostro. Lo que quiere aparentar debe corresponder a algo que siente; solo puede moldear sus acciones con materiales de su propia alma. Supongo que él podía también haber afirmado que era un metodista wesleyano, pero nunca habría resultado un metodista tan elocuente como pudo llegar a ser un elocuente místico y fatalista. Estoy hablando del ideal que los hombres de esa clase imaginan, si es que realmente intentan ser idealistas. Todo su afán, cuando hablaba conmigo, tendía a parecer lo más idealista posible; y siempre que esa clase de hombres se afanan por conseguirlo hallaremos en general que están moldeados según este ideal. Siempre pueden, aunque estén chorreando sangre, decir con toda sinceridad que el budismo es mejor que el cristianismo. Más aún, os dirán con toda sinceridad que el budismo es más cristiano que el cristianismo. Esto por sí solo basta para comprender su idea de cristianismo.

—¡Por mi vida! —exclamó el médico riendo—. No sé aún si le está denunciando o le defiende.

—Decir que un hombre es un genio no es defenderle —dijo el padre Brown—. Antes al contrario. Que un artista tiene siempre algo de sinceridad es un hecho psicológico. Leonardo da Vinci no dibujaría si no hubiese tenido la capacidad para hacerlo. Aunque lo intentase sería siempre una parodia muy fuerte de una cosa muy débil. Este hombre habría convertido el metodismo wesleyano en algo demasiado terrible y maravilloso.

Cuando el sacerdote salió y se encaminó a su casa el frío se había hecho más intenso y, a pesar de todo, era embriagador. Los árboles parecían candelabros de plata dispuestos a celebrar una Candelaria de Purificación increíblemente fría. Aquel frío era penetrante, como la espada de plata del más puro dolor que una vez atravesó el corazón mismo de la pureza. No era, a pesar de ello, un frío mortal, salvo en que parecía matar cuantos obstáculos mortales se oponen a nuestra inmortal o inconmensurable vitalidad. El cielo verde pálido del anochecer, en el cual brillaba una sola estrella, como la de Belén, semejaba, por alguna extraña contradicción, un portal de claridad. Era como si pudiera existir una verde llamarada de frío que tuviera el poder de comunicar a las cosas igual vitalidad que el calor, y cuanto más se hundieran en esos fríos y cristalinos colores tanto más ligeros como seres alados y transparentes se sentirían, como un cristal de color. Resplandecía con la luz de la verdad y deslindaba como una hoja de hielo la verdad del error; todo cuanto sobrevivía a la prueba jamás se habría sentido tan lleno de vitalidad. Era como si la encarnación de la felicidad fuera una alhaja escondida en el

corazón de un iceberg. El sacerdote no podía llegar a comprender lo que le sucedería al hundirse más y más en aquella verde llamarada, sorbiendo cada vez con mayor intensidad aquella virginal vivacidad del aire. Parecía que dejaba tras de sí enmarañados problemas y morbosidades, o, mejor, que la nieve los borraba como había hecho con las huellas del criminal. Y, al acercarse a su casa, moviendo con pena los pies sobre la nieve, murmuró para sí:

—No se equivoca al decir que hay una magia blanca. ¡Si supiera tan solo dónde buscarla!

EL SINO DE LOS DARNAWAY

Dos pintores estaban mirando un mismo paisaje, que resultaba ser un paisaje marino, y parecían ambos muy impresionados por él, aunque sus impresiones no eran de la misma clase. Para uno de ellos, un artista cuyo nombre empezaba a cotizarse en Londres, tenía el valor de algo nuevo y extraordinario. Para el otro, un pintor de la localidad, con algo más de fama que la meramente local, el paisaje resultaba un tema familiar, aunque, quizá por lo que conocía de él, mucho más extraordinario.

En cuanto al tono y la forma que estos hombres veían, se reducía a dos extensiones paralelas, una de arena, la otra de cielo en puesta de sol, y el conjunto bañado en tintes oscuros: verde mortecino, bronce, pardo y un color ceniciento que no llegaba a ser apagado, sino que en cierto modo brillaba con reflejos más misteriosos que si fueran de oro. Lo único que interrumpía la continuidad de estas dos líneas era un edificio alargado que, partiendo de los campos próximos, iba a terminar en la playa, de forma que su halo de hierbajos y juncos parecía entrelazarse con las algas marinas. Pero lo que más llamaba la atención en él era que toda su parte superior presentaba el aspecto de una completa ruina y que la perforaban tantos huecos de amplias ventanas y grietas que parecía un oscuro esqueleto en el contraluz de la apasionante claridad; la parte inferior del edificio no presentaba casi ninguna abertura, siendo la mayoría de ellas figuradas o bien tapiadas, y por esta razón se percibían solo vagamente a la débil media luz. Sin embargo, una ventana por lo menos continuaba siéndolo y lo más raro del caso era que se hallaba iluminada.

—¿Existe alguien capaz de vivir en esa vieja cáscara? —exclamó el londinense, que era un hombre de aspecto bohemio y corpulento, joven, pero con una enmarañada barba rojiza que le daba apariencia de más edad; en Chelsea se le conocía familiarmente por Harry Payne.

—Igual supones que son fantasmas —contestó su amigo Martin Wood—. Pues bien, los que viven ahí parecen verdaderos fantasmas.

Era una paradoja que el londinense se mostrara casi bucólico en su asombro y apreciaciones ingenuas, mientras el artista local se mostraba más astuto y experimentado y observaba al otro con madura y amigable complacencia; en realidad, este personaje era una figura más grave y

convencional, usaba ropas más oscuras y mostraba su rostro cuadrado e impasible cuidadosamente afeitado.

—Se trata solo de una señal de los tiempos, naturalmente —prosiguió—, o mejor dicho, de la época que sucumbe, y con ella las rancias familias del pasado. En ese edificio viven los últimos miembros del linaje de los Darnaway; y pocos de los pobres de hoy día lo son tanto como ellos. Ni siquiera pueden rehabilitar el último piso y tienen que vivir en los sótanos de esta ruina, como si fueran murciélagos o lechuzas. Poseen retratos familiares que datan de la guerra de las Dos Rosas, obra de las primeras firmas inglesas, y algunos de ellos notabilísimos; he llegado a saberlo porque pidieron mi opinión cuando los quisieron examinar. Hay uno, en especial, uno de los primitivos, que es tan bueno que, al contemplarlo, me siento como fuera de mí.

—Me parece que todo el lugar te emociona vivamente —repuso Payne.

—Es cierto —dijo su amigo.

El silencio que siguió fue turbado por un ligero movimiento de los juncos que crecían junto al foso; y les hizo, con razón, sobresaltarse nerviosamente cuando vieron que una figura negra avanzaba por la ribera, con rápidos movimientos, casi de pájaro asustado. En resumen, no era más que un hombre que andaba a buen paso con un maletín negro en la mano; un hombre de cara larga y amarillenta, con ojos de mirar agudo que observaron al londinense de una manera vagamente sospechosa y oscura.

—Pero si es el doctor Barnet —dijo Wood con un suspiro de satisfacción —. Buenas noches, doctor. ¿Se dirige usted a casa de los Darnaway? Espero que no haya nadie enfermo.

—Todo el mundo está siempre enfermo en un lugar como aquel —refunfuñó el doctor—, solo que algunas veces lo están demasiado para comprenderlo; incluso la atmósfera del paisaje es algo que marchita: una verdadera peste; créame que no envidio al joven australiano.

—¿Y quién es ese joven australiano? —preguntó Payne, de sopetón y algo distraído.

—¡Ah! —dijo el doctor—. ¿No se lo ha explicado aún su amigo? Por cierto, creo que llega hoy. Una verdadera novela al viejo estilo melodramático: el heredero vuelve de las colinas a su castillo arruinado, sin que falte ningún detalle, incluso el viejo compromiso familiar de casarse con la señora que le espera en su torre enramada. Una historia muy anticuada, ¿verdad? Pero que algunas veces llega a suceder. El sujeto tiene algún dinero,

lo cual constituye el único punto brillante que jamás hubo o ha habido en este tenebroso asunto.

—¿Qué piensa miss Darnaway, en su torre enramada, acerca de tal negocio? —preguntó Martin Wood secamente.

—De la misma manera que opina en todo lo demás —contestó el doctor —; no piensa en esa vieja y algosa madriguera de supersticiones; solo sueña y se deja llevar a la deriva. Creo que acepta el compromiso familiar y el marido ranchero como parte del sino de su familia, ¿comprenden? Creo incluso que si resultase ser un negro jorobado con un solo ojo y que tuviera la manía del homicidio, pensaría que este era el detalle final que cuadraba a semejante escenario sombrío.

—No describe usted de manera muy halagüeña a mis amigos rurales —dijo Wood, sonriendo—. Tenía la intención de llevar a mi amigo allí, porque ningún artista debiera dejar de ver esos retratos, si se le presenta la oportunidad de hacerlo. No obstante, tal vez sería preferible dejarlo para otra ocasión, si están ahora en plena invasión australiana.

—¡Oh!, entre a verles, por el amor de Dios —rogó el médico con calor—. Cualquier cosa que alegre sus mohosas vidas ayudará a mi labor; necesitaríamos de muchos parientes coloniales para alegrar un poco las cosas, me parece; cuantas más visitas, más resultados alegres. Venga usted, amigo, le presentaré yo mismo.

En cuanto se acercaron más al caserón se les apareció como una isla ceñida por un foso de agua nauseabunda, que atravesaron por un puente. Al otro lado se extendía un ancho embarcadero de piedra, recorrido por grandes hendiduras con matas de hierba y abrojos. A la media luz plateada, la plataforma aparecía enorme y desierta y Payne se resistía a creer que un rincón tan pequeño pudiera condensar hasta tal punto el espíritu de la soledad del yermo. Dicha plataforma avanzaba por un lado, lo que le daba el aire de un gigantesco umbral, y tras él se levantaba la puerta; un corredor de bóveda muy baja, al estilo de los Tudor, se abría ante ellos, oscuro como una cueva.

Cuando el decidido doctor les condujo por él, sin ceremonias, Payne tuvo una nueva decepción. Se había imaginado más bien subiendo por una torre completamente en ruinas, por una escalera estrecha y que daba muchas vueltas, pero nunca, como en aquel caso, que los peldaños que conducían a la casa descendieran. Bajaron dos o tres tramos de peldaños rotos y entraron en amplias y sombrías habitaciones que, a no ser por las hileras de oscuros retratos y polvorientas estanterías, podían haberse confundido muy bien con los tradicionales calabozos que existen bajo el foso de un castillo. Acá y allá

había una vela encendida en un antiguo candelabro, que realzaba tal o cual polvoriento y trivial detalle de una belleza ya muerta; pero el visitante no se impresionó o deprimió tanto por la luz escasa y artificial como por el solo y pálido reflejo de la luz del día. Al cruzar la enorme estancia, vio la única ventana de aquella pared, un curioso ventanillo oval al estilo decadente del XVII. Pero lo curioso era que no miraba directamente al espacio, sino solo al cielo reflejado en el foso; una débil franja de luz del día aprisionada en el fondo del agua, bajo la sombra colgante de la orilla. Payne se acordó de la señora de Shallot, que no había visto el mundo más que a través de un espejo. La señora del tal Shallot no solo veía el mundo a través de un espejo, sino, además, vuelto al revés.

—No solo parece que la casa de los Darnaway se derrumba literalmente, sino incluso metafóricamente —dijo Wood en voz baja—; es como si estuviera hundiéndose poco a poco en un pantano o en unas arenas movedizas hasta cubrirla el mar como un techo verde.

Incluso el robusto doctor Barnet se sorprendió un poco al oír los pasos silenciosos del que venía a recibirles. Realmente, el silencio de la habitación era tan profundo que todos se admiraron al comprobar que no estaba vacía. Había tres personas inmóviles, tres sombras quietas en la oscuridad del lugar, vestidas de negro, semejantes a sombras negras. Cuando la que se hallaba más próxima se acercó a la débil luz de la ventana, pudieron ver un rostro casi tan gris como el cabello que lo enmarcaba.

Era el viejo Vine, el mayordomo, que había quedado *in loco parentis* desde la muerte del excéntrico padre de familia que fuera el último lord Darnaway. Si le hubiera faltado la dentadura entera podría haber pasado por un agradable vejete. Pero le quedaba un único diente que, al hablar, daba un aspecto siniestro a su expresión. Recibió al médico y a sus amigos con una respetuosa cortesía y los condujo al lugar donde estaban sentados los otros dos personajes de negro. A Payne le pareció que uno de ellos aportaba un toque más a la lóbrega antigüedad del castillo, ya que era un sacerdote de la Iglesia Católica Apostólica y Romana, que pudiera haber salido de un escondite de la baja Edad Media. Payne se lo imaginaba rezando entre dientes o pasando el rosario, tocando la campana o haciendo un sinnúmero de cosas indistintas y melancólicas en aquel melancólico lugar. Se podía intuir, con bastante acierto, que el sacerdote se hallaba allí para derramar consuelos y, a pesar de ello, todo hacía pensar que aquel consuelo no era muy alentador. Por lo demás, el sacerdote era un personaje casi insignificante, de facciones vulgares y poco expresivas; pero la señora era totalmente distinta. Su rostro

distaba mucho de ser vulgar e insignificante; se destacaba de la negrura de su traje, cabello y fondo con una palidez casi cadavérica, pero con una belleza casi tétricamente contrastada. Payne la miró durante tanto tiempo como le pareció correcto; y tendría la posibilidad de mirarla mucho más antes de morir.

Wood intercambió con ellos solo las frases que la cortesía hizo necesarias para pedirles ver los cuadros. Se excusó por haber ido un día en que, según le informaron, debía ser de regocijo familiar; pero pronto se convenció de que la familia estaba bastante contenta por tener quien les distrajera o mitigase lo abrupto de la entrevista. No titubeó entonces en llevar a Payne, a través del salón principal, hasta la biblioteca, donde estaba colocado el retrato, pues tenía especial interés en mostrarlo no solo por su valor pictórico, sino también porque le resultaba un enigma. El sacerdote los siguió, porque parecía tener algún conocimiento sobre viejas pinturas, como lo poseía también sobre antiguas plegarias.

—Estoy bastante orgulloso de haber descubierto este lienzo —dijo Wood—: me parece que es un Holbein. Si no lo es, hubo alguien en su tiempo que era tan grande como él.

El cuadro aludido era un retrato ejecutado con la dureza y sinceridad características de aquella época; representaba a un hombre vestido con ropa negra ribeteada de oro y pieles, con un rostro lleno, pesado y bastante pálido, al que animaban unos ojos penetrantes.

—¡Qué lástima que el arte no se haya detenido para siempre en esta época de transición —exclamaba Wood—, dejando ya de evolucionar! ¿No ven ustedes que posee el realismo preciso para dar la impresión de lo verdadero? ¿No se dan cuenta de que el rostro gana en relieve por el hecho de estar encuadrado por cosas ejecutadas con pincel más parco, y que la mirada tiene aún mayor realce que el rostro? ¡Por mi vida, que los ojos son demasiado reales para ese rostro! Parece como si esos ojos vivos y socarrones estuvieran surgiendo de una gran máscara inexpresiva.

—Me parece incluso que esta inexpresividad se extiende un poco por toda la figura —añadió Payne—. Cuando el Medievo tocaba a su fin, los pintores no se habían familiarizado con la anatomía, por lo menos en el norte, y creo que esa pierna izquierda se aparta mucho del canon por esta razón.

—No soy de tu opinión —contestó Wood—. Los pintores que ejecutaron sus obras cuando comenzaba a descubrirse el realismo y antes de que este hubiera sobrepasado los límites eran, con frecuencia, mucho más realistas de lo que pensamos. Ponían detalles verdaderos en aquello que decimos ser mera

convención. Podrían objetar que las cejas de este individuo, o sus órbitas incluso, están un poco descentradas, pero les aseguro que si lo hubieran conocido habrían visto cómo una de sus cejas se levantaba un poco más que la otra. Y no me extrañaría que el sujeto tuviera una pierna anquilosada y que esa que está representada estuviera torcida adrede.

—¡Parece un viejo diablo! —exclamó Payne de pronto—. Ruego que el reverendo perdone mi lenguaje.

—Creo en el diablo, gracias —repuso el clérigo con un rostro inmutable —, y es bastante curioso que corra por ahí una leyenda de que el diablo era cojo.

—¡Caramba! —interpuso Payne—. ¿No querrá hacernos creer que se trata del mismo diablo? Pero le confieso que me gustaría saber quién diablos era.

—Era lord Darnaway, personaje influyente en los reinados de Enrique VII y VIII —respondió su compañero—. Se cuentan acerca de él infinidad de historias, y hay una que aparece inscrita alrededor del marco y desarrollada después en las notas contenidas en un libro que encontré aquí. Vale la pena leerlas.

Payne estiró el cuello para leer la inscripción del marco.

Dejando a un lado la anticuada ortografía, llegaron a la conclusión de que se trataba de unos versos que aproximadamente decían así: «Volveré cuando el séptimo heredero y partiré con el toque postrero de las siete. Ninguno retendrá mi mano, ni obtendrá a la que tanto quiero».

—Me parece muy sobrecogedora —dijo Payne—, pero debe de ser porque no comprendo ni jota de lo que dice.

—Es bastante espeluznante cuando se llega a comprender —dijo Wood en voz baja—. La reseña inscrita en aquel otro libro que encontré es de fecha más reciente y explica cómo esta belleza logró suicidarse de tal forma que luego acusaron a su esposa de homicidio. Otro párrafo conmemora una tragedia posterior. Siete generaciones después, en el reinado de los Jorges, otro Darnaway se suicidó habiendo dejado antes veneno en la copa de vino de su esposa. Por otra parte, se dice que ambos suicidios tuvieron lugar a las siete de la tarde. Supongo que la conclusión es que el signo recae sobre cada séptimo heredero y presenta las cosas de manera tan agradable como consigna el verso para la incauta señora que se case con él.

—Si así es —contestó Payne—, revestirá su gravedad para el próximo séptimo heredero.

La voz de Wood sonó más hosca cuando dijo:

—El nuevo heredero es el séptimo.

Harry Payne levantó de pronto sus espaldas y llenó su robusto pecho como un hombre que se sacude un peso de encima.

—¡De qué tonterías estamos hablando! —exclamó—. Supongo que todos somos hombres educados en esta época racionalista. Antes de entrar en esta condenada y enmohecida atmósfera no había pensado que pudiera hablar de tales cosas, si no era para reírme de ellas.

—Estás en lo cierto —dijo Wood—; si vivieras lo suficiente en este sótano acabarías por pensar de otra manera acerca de muchas cosas. Yo he empezado a sentirme de manera distinta ante este cuadro después de haberlo manoseado tanto, colgándolo, llevándolo de un sitio para otro. Me parece incluso, a veces, que el rostro de la pintura es mucho más real que los ojos inexpresivos de la gente que vive aquí: he llegado a pensar que era algún talismán o imán que rige los elementos, y desvía de sus destinos a los hombres y las cosas. Me imagino que esto debe de parecerte muy fantástico.

—¿Qué es ese ruido? —exclamó Payne de pronto.

Se pusieron todos a escuchar y no les pareció oír otra cosa que el distante ruido del mar; después, les invadió la sensación de otro ruido que se mezclaba con él; parecía una voz que llamase, oscurecida al principio por el ruido del mar, pero que iba acercándose luego más y más. Pronto no hubo duda de que alguien estaba chillando en la oscuridad exterior.

Payne se asomó al ventanillo que tenía a sus espaldas para mirar; no obstante, solo se divisaba el foso, reflejando la propia orilla y el cielo. Pero el espectáculo invertido que ahora tenía delante no era el mismo. De la sombra de la orilla, que descendía sobre el agua, partían los dos oscuros trazos de los pies y piernas de alguien que se hallaba en ella. Por aquella estrecha abertura solo era posible distinguir las dos piernas negras recortadas contra la mortecina y pálida luz de la puesta de sol. Pero el hecho, precisamente, de permanecer oculta la cabeza como si la escondieran las nubes, daba una nota tenebrosa al sonido que siguió; eran las palabras de un hombre clamando a voz en grito algo que no podían llegar ni a oír ni a comprender. Payne, que se había asomado a la ventana, dijo con la voz y el rostro demudados:

—¡Se tiene en pie de una manera muy rara!

—Nada de eso, nada de eso —dijo Wood—; a veces las cosas aparecen así al ser reflejadas. Es el movimiento del agua el que te hace creerlo.

—¿Creer qué? —preguntó el clérigo con aspereza.

—Creer que tiene la pierna izquierda torcida —dijo Wood.

Payne había hecho de la ventana oval, en su imaginación, un espejo mítico; y le pareció ver en él otras imágenes inescrutables del destino. Junto a

la figura, había algo que no llegaba a comprender: eran tres patas negras delgadas, visibles a contraluz, que parecían ser de una araña o pájaro monstruoso, inmóvil al lado del extranjero. Y se le ocurrió que había visto un trípode así en los oráculos paganos; al poco, desapareció la cosa misteriosa aquella y las piernas del ser humano salieron del alcance de su vista.

Al volverse, se encontró con el pálido rostro del mayordomo, que esperaba con ansiedad decir algo, enseñando su único diente.

—Ha venido —dijo—. El vapor llegó de Australia al amanecer.

Mientras salían de la biblioteca y entraban en el salón principal oyeron los pasos del recién llegado, que bajaba los peldaños arrastrando detrás de sí un pequeño y ligero aparato. Cuando Payne lo vio sonrió con alivio. El enigmático trípode no era más que el soporte de su máquina fotográfica, plegable y de fácil manejo; y el hombre que lo llevaba parecía desenvolverse según principios igualmente sólidos y normales. Vestía ropas austeras, pero descuidadas y propias de vacaciones; su camisa era de lana gris y el crujir de sus botas resonaba fuertemente en las habitaciones silenciosas. Cuando se acercó a saludar a sus nuevos amigos, su paso recordaba solo vagamente una posible cojera. Pero Payne y sus amigos estaban pendientes del rostro del recién llegado y apenas podían apartar sus ojos de él.

Era notorio que este se sentía un poco sorprendido por la acogida que le dispensaban, pero los presentes jurarían que ni siquiera él mismo sabía a qué podía obedecer. La joven, que se suponía que estaba relacionada con él, era lo bastante bonita como para atraer su atención; se notaba que la presencia del extraño la turbaba. El anciano mayordomo se acercó tributándole un homenaje casi feudal, pero con el mismo recelo que si se tratara del espectro de la familia. El sacerdote continuaba observándole con rostro imperturbable y, tal vez por esta misma razón, más enervante. Sobre el rostro de Payne comenzaba a dibujarse una nueva apariencia de ironía. Había imaginado al extranjero como un demonio, y en realidad había resultado peor, ya que encarnaba un destino inconsciente: parecía caminar detrás del crimen con la monstruosa inocencia de Edipo. Se había acercado a la casa de sus antecesores lleno de un espíritu tan ciegamente abierto que le había permitido retratar su primera impresión del edificio; y, aun así, el trípode que soportaba la máquina fue tenido por el de una trágica pitonisa.

Payne no tardó en despedirse y, al acercarse al australiano, vio con sorpresa algo en él que le hizo caer en la cuenta de que no era tan extraño a cuanto le rodeaba como había creído. En voz baja, y cautelosamente, el joven le dijo:

—No se vaya… o vuelva usted pronto. Usted parece un ser humano. Para serle franco: este lugar me da miedo.

Cuando Payne emergió de aquellas estancias casi subterráneas al aire del anochecer y a la fragancia del mar, tuvo la sensación de que acababa de salir del subsuelo de los sueños, donde las cosas se suceden en forma inquietante y a la vez irreal. La llegada del misterioso pariente había sido tan insatisfactoria como poco decisiva. El doble de la cara del retrato y la llegada del nuevo personaje lo atormentaban como un monstruo bicéfalo. Y todo, en realidad, no había sido un sueño: ni era aquel rostro, tal vez, lo que había percibido con mayor claridad.

—¿No ha dicho usted —preguntó Payne al médico, mientras andaban por la playa adornada por vetas de sombra, bajo el oscuro mar— que aquel joven se halla ligado a miss Darnaway por un convenio familiar o algo análogo? Me parece demasiado novelesco.

—Pero esta vez la novela es histórica —contestó el médico—. Los Darnaway cerraron su órbita hace ya unos siglos, cuando se hacían las cosas de una manera que solo leemos en las novelas. Sí, he llegado a comprender que existe una tradición familiar por la que todos los primos de segundo o tercer grado se casan entre sí cuando sus edades se lo permiten, con el fin de que la fortuna familiar no se desperdigue. Es una tradición completamente tonta, pues en este casarse entre sí podríamos ver los principios hereditarios de su decadencia.

—Yo no me atrevería a decir que hayan ido degenerando todos —dijo Payne un poco molesto.

—El joven, por lo menos, no lo parece —contestó el médico—, aunque sea cojo.

—¡El joven! —exclamó Payne, que se había enfadado de pronto sin razón aparente—. Pues si a usted le parece que la señorita joven tiene el aspecto un tanto podrido, le digo que me parece que tiene usted muy podrido el gusto.

La cara del doctor se volvió hosca y amargada y dijo:

—Creo que de eso sé algo más que usted.

Dieron fin a su paseo en silencio, sintiendo en su fuero interno que habían sido muy irrazonablemente maleducados y que habían sido merecedores de la misma mala educación. Payne se quedó solo cavilando sobre la cuestión y su amigo Wood se quedó en la casa para terminar su trabajo con los cuadros.

El joven Payne aprovechó la invitación del primo extranjero sin grandes miramientos, ya que quería tenerlo cerca para mirarlo. Y durante las tres semanas siguientes pudo contemplar ampliamente el interior de la casa

Darnaway; aunque puedo anticipar ya desde este momento que no se dedicaba de lleno a animar al primo de las colonias. La melancolía de la señorita era algo más arraigado y que necesitaba seguramente de más optimismo; y él enseguida se ofreció a ayudarla. Su conciencia le reprochaba y le hacía ver su situación con dudas y molestias. Pasaron las semanas y nadie podía deducir del comportamiento del recién venido Darnaway si se consideraba comprometido por el antiguo pacto o no. Atravesaba como un lunático los pasillos oscuros y se paraba de vez en cuando a observar el siniestro retrato. Las sombras de aquella casa prisión empezaban a ceñirse a su alrededor, de manera que poco le quedaba de su seguridad australiana. Pero Payne no lograba saber nada de lo que más le interesaba. Procuró sincerarse una vez con su amigo Martin Wood, mientras este andaba, como era su costumbre, colgando cuadros; pero ni siquiera pudo obtener de él mayor explicación.

—Me parece que no puedes hacerte a la idea de este matrimonio —le dijo Wood secamente.

—Claro que, si hay compromiso, no voy a meterme en medio —contestó el amigo—; pero ¿lo hay? Yo no le he dicho palabra a ella, naturalmente, pero a juzgar por las suyas me ha parecido ver que no se sentía muy comprometida, aunque pudieran pensar que lo estaba. Tampoco él lo ha afirmado, ni ha llegado a insinuar que debiera hacerlo, y me parece que todos estos tomas y dacas son muy injustos para todo el mundo.

—Especialmente para ti —profirió Wood algo huraño—, pero si quieres te diré que me parece que el hombre anda algo asustado.

—¿Qué motivo puede tener? ¿El temor, acaso, de ser despreciado? —preguntó Payne.

—No, antes al contrario —contestó el otro—. No me hagas decir disparates… No a la mujer, naturalmente: a lo que teme es al retrato.

—¡Que le da miedo el cuadro! —repitió Payne.

—Por lo menos tiene miedo del destino fatal —dijo Wood—. ¿No recuerdas la leyenda sobre el destino que recaería sobre él y sobre ella?

—Sí, pero no es posible que el destino de los Darnaway triunfe en cualquiera de los dos casos. Me dices, primero, que no podré colmar mis ansias a causa del pacto y luego que el pacto no podrá llegar a realizarse a causa de la maldición. Y si esta es lo bastante poderosa para destruir el pacto, ¿por qué ha de ligarse ella a dicho compromiso? Si tienen miedo de casarse uno con otro, están libres de hacerlo con quien les dé la gana, y de esta manera acabaría de una vez para siempre el enredo. ¿Por qué he de sufrir yo

las consecuencias del cumplimiento de algo que ellos están lejos de cumplir? Tus opiniones me parecen absurdas.

—Esto es un lío —dijo Wood enfadado, mientras se desahogaba picando un marco.

Una mañana, cuando menos lo esperaba, el nuevo heredero rompió su largo y desconcertante silencio. Lo hizo de una manera algo rara y brusca, como era su costumbre, pero con el deseo inequívoco de hacer lo que debía. Pidió consejo, pero no de esta o aquella persona, como Payne había hecho, sino del grupo. Cuando se decidió a hablar lo hizo como cuando un hombre de Estado se despide para ir de vacaciones al campo. Él lo llamó una aclaración. Gracias a Dios, la joven dama no se hallaba presente y Payne tembló al pensar lo que ella sentía. El australiano era muy sincero y pensó que lo natural era pedir ayuda e información, reuniendo un pequeño consejo de familia ante el que puso las cartas sobre la mesa. La imagen adquiriría mayor relieve si dijésemos que arrojó las cartas; pues lo hizo con actitud desesperada, como el que ha sido molestado día y noche por la inminente solución de un problema. Durante aquel corto lapso de tiempo, las sombras del espacio ventilado únicamente por bajas ventanas y los suelos hundidos lo habían desfigurado considerablemente y le habían aumentado el parecido que anidaba tenaz en su memoria.

Los cinco hombres, incluyendo al doctor, estaban sentados alrededor de una mesa redonda; y Payne se había puesto a pensar que el color claro de su traje deportivo y su cabello rojo eran los únicos tonos brillantes existentes en la habitación, puesto que el sacerdote y el mayordomo iban de negro; Wood y Darnaway acostumbraban a vestirse de color gris oscuro, que con la oscuridad parecía negro. Pensó que el joven australiano podía haber notado tal excepción cuando días atrás lo calificó de ser humano. En aquel momento se ponía a hablar y, a los pocos segundos, el atónito artista se dio cuenta de que estaba hablando sobre la cosa más extraña y horrible que en el mundo existía.

—Díganme, ¿hay algo de verdad en estas suposiciones? —estaba preguntando—. Es esto lo que me he venido repitiendo casi hasta el punto de enloquecer. Jamás hubiera creído que podía detenerme en pensar tales cosas; y, con todo, no paro de pensar en el retrato, en la leyenda y en las coincidencias, o como se llamen, y me entran escalofríos. Díganme, ¿hay algo de verdad en ello? ¿Existe ese sino de los Darnaway o es solo una maldita coincidencia? ¿Tengo derecho a casarme o, haciéndolo, haré caer del cielo algo muy grave y horrendo, acerca de lo que nada sé, sobre mí y sobre otra persona?

Sus ojos saltones iban de un lado a otro de los circunstantes y acabaron posándose sobre la cara vulgar del sacerdote a quien parecía dirigirse en especial.

El sentido práctico de Payne estaba en contra de que un juez tan supersticioso fuera a sentenciar un problema supersticioso. Y, sentado al lado de Darnaway, antes de que el clérigo pudiera expresar su opinión, dijo:

—Admito el hecho de que las consecuencias sean realmente peculiares —dijo en tono que quería parecer alegre—, pero no debemos… —Y se paró como fulminado por un rayo.

Darnaway, al oírle hablar, volvió vivamente la cabeza por encima de su hombro y, al hacerlo, su ceja izquierda se enarcó formando una curva más pronunciada que la otra, de forma que se le apareció la misma cara del retrato con una exageradísima semblanza espectral. El resto de los asistentes también la vieron y todos se conmovieron profundamente al creer que habían comprendido de pronto. El anciano mayordomo aventuró con un horrible gruñido:

—No vale la pena molestarse más. Estamos tratando de una cosa demasiado terrible.

—Eso es —asintió el sacerdote en voz baja—; estamos dilucidando un asunto terrible, la cosa más terrible que conozco, y su nombre es necedad.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó Darnaway mirándole a los ojos.

—He dicho necedad —repitió el sacerdote—. Hasta ahora no he querido hacer ninguna afirmación concreta, puesto que no era asunto que me concerniera; estaba de sustituto, por una temporada, aquí, en la vecindad, y miss Darnaway me hizo llamar. Ahora, ya que usted me pregunta de una manera directa y haciéndome servir de blanco, voy a declararle por qué la solución es sumamente sencilla. Queda fuera de duda que no existe semejante maldición que le prive a usted de casarse con quien tenga usted razones suficientes para hacerlo. No hay ningún hombre que esté sujeto a caer en el más leve de los pecados veniales, y ni que decir tiene en crímenes tales como el suicidio y el homicidio. Comprenda usted que por el mero hecho de ser su nombre Darnaway no va a venir obligado a cometer ningún acto perverso contra su voluntad, ni más ni menos que lo estoy yo por ser mi nombre Brown. El sino de los Brown —añadió con sorna—. El encantamiento de los Brown, sonaría mejor.

—¿Y usted precisamente —dijo el australiano embobado— me dice que considere el asunto de esta forma?

—Yo le digo que piense en otras cosas —dijo el sacerdote con desenfado —. ¿Qué hay del naciente arte de la fotografía? ¿Cómo está su máquina? Ya sé que estas habitaciones son un poco oscuras, pero el desvencijado piso de arriba podría convertirse con facilidad en un magnífico estudio fotográfico. Unos pocos trabajadores le podrían poner un techo de cristal en un periquete.

—En mi opinión, debería ser usted el último de la tierra que comerciara de tal manera con esos bellísimos arcos góticos, lo mejor que su religión ha hecho en este mundo —dijo Martin Wood sofocado—; creí que había en usted algún sentimiento artístico y no veo por qué razón se le ha metido a usted en la cabeza eso de la fotografía.

—Ni más ni menos que porque tengo metida en la cabeza la luz del sol —contestó el padre Brown— y especialmente en este tenebroso asunto; la fotografía tiene por lo menos la virtud de depender de la luz solar y si cree usted que yo no sería capaz de reducir a polvo finísimo todos los arcos góticos del mundo por salvar el alma de un solo hombre, sabe usted mucho menos de mi religión de lo que cree.

El joven australiano se puso en pie de un salto, como hombre rejuvenecido.

—¡Caray! ¡Esa sí es manera de hablar! —dijo—. Aunque nunca hubiera creído que saliera de la boca de un sacerdote. Le diré lo que voy a hacer, reverendo señor: voy a hacer una cosa que le hará comprender que, a pesar de todo, no he perdido el humor.

El viejo mayordomo continuaba mirándolo con absoluta fijeza, como si presintiera algo de desequilibrio en lo que el joven iba a decir:

—¡Oh! —exclamó—. ¿Qué es lo que va a hacer ahora?

—Voy a fotografiar el retrato —dijo Darnaway.

No había transcurrido aún una semana cuando la tormenta pareció arreciar de nuevo, oscureciendo el sol de vitalidad que el clérigo había predicado en vano y sumiendo al caserón otra vez en las tinieblas del destino de los Darnaway. Se había levantado con facilidad el nuevo estudio y su interior se parecía a cualquier otro estudio, vacío, excepción hecha de la blanca luz que lo inundaba. Al que llegaba de las ensombrecidas habitaciones le sugería de la manera más natural la idea de adentrarse en una nueva claridad tan cegadora como el futuro. Y siguiendo las instrucciones de Wood, que conocía bien el castillo y que además había dejado a un lado sus preocupaciones estéticas, hicieron de una pequeña habitación que estaba intacta, entre las ruinas del primer piso, una habitación oscura a la que iba Darnaway a trabajar bajo una lámpara roja. Wood había dicho que esa lámpara roja le había reconciliado

con el espíritu de lo vándalo, ya que aquella rojiza oscuridad resultaba tan romántica como el antro de un alquimista. En el día elegido para reproducir el misterioso retrato, Darnaway se había levantado con el alba. Lo mandó subir de la biblioteca por la única escalera, de caracol, que unía los dos pisos. Lo colocó en un caballete bajo la plena luz del sol y frente a aquel colocó su trípode con la máquina. Dijo que tenía verdadero interés por mandárselo a un gran anticuario que quería estudiar las antigüedades de la casa, aunque todos sabían que era solo un pretexto que encubría pensamientos más recónditos. Si no un desafío entre Darnaway y el diabólico lienzo, era por lo menos un duelo entre Darnaway y sus propias dudas. Quería enfrentar la luz del retrato con aquella tenebrosa obra muestra de la pintura e intentar que el sol del nuevo arte desvaneciera para siempre las tinieblas del antiguo.

A esta razón achacaron el que prefiriera hacerlo a solas, aunque algunos de los detalles parecían tomarle más del tiempo debido. De todas maneras, logró sacudirse a los pocos que visitaron su estudio en el día del experimento y que lo hallaron enfocando y atareado, con un comportamiento impenetrable y que no daba lugar a la compañía. El mayordomo le dejó la comida en una bandeja porque había rehusado bajar. Volvió el viejo a subir unas horas después y encontró la comida intacta. No obstante, cuando se la bajó, solo había recibido un gruñido por gracias. Payne subió también para ver cómo proseguía el trabajo, pero viendo que el fotógrafo era totalmente refractario a conversar, bajó de nuevo. El padre Brown subió con un pretexto más directo: llevar a Darnaway una carta del anticuario a quien quería mandar la fotografía, pero volvió dejando la carta en una bandeja y quedándose para sí lo que pensaba de aquella gran habitación de cristales, llena de luz, y *sancta sanctorum* de un maniático, mundo aquel del cual él mismo se sentía creador. Tuvo razón suficiente para recordar pronto que él había sido el último en bajar por la solitaria escalera que unía los pisos, dejando un hombre solo y una habitación vacía tras de sí. Los demás se hallaban en el salón que conducía a la biblioteca, sentados bajo el gran reloj negro de caoba negra que parecía un ataúd gigantesco.

—¿Cómo seguía Darnaway —dijo Payne— cuando usted le dejó?

El sacerdote se pasó una mano por la frente y dijo:

—No vayan a creer ustedes que me vuelvo maniático —dijo con sonrisa tristona—. Parece como si la luz de aquella habitación me hubiese atontado, de manera que no me fue posible ver las cosas bien. Pero francamente, he sentido como una inspiración de que había algo muy desagradable en la manera en que Darnaway estaba ante la máquina.

—Eso es la cojera —dijo Barnet servicial—, lo sabemos todos.

—¿Lo sabe usted? —dijo Payne, bajando la voz—. Y, sin embargo, yo pienso que no lo sabemos todo y acaso no sepamos nada. ¿Qué le sucede a su pierna? ¿Qué le sucedía a la pierna de su antepasado?

—Algo de eso se explica en aquel libro que estaba leyendo, allí en los archivos familiares —dijo Wood—. Voy a traerlo. —Y pasó al otro aposento.

—Me atrevería a pensar —dijo el padre Brown— que el señor Payne debe tener alguna razón para preguntarlo.

—Y yo por mi parte puedo decírselo ya, de una vez —dijo Payne casi con un murmullo—. La razón es perfectamente asequible. Un hombre venido de cualquier parte del mundo podría haberse disfrazado como el retrato. ¿Qué sabemos de Darnaway? Está comportándose de una manera muy extraña.

Todos, menos el sacerdote, que parecía tomárselo con mucha calma, lo miraban fascinados.

—Tengo entendido que el viejo retrato no ha sido fotografiado nunca —dijo— y por eso quiere hacerlo. No me parece nada raro.

—Es, en verdad, una cosa muy normal —dijo Wood, que acababa de llegar sonriente, con el libro en la mano. Y mientras hablaba, el mecanismo del enorme reloj que estaba a sus espaldas empezó a lanzar a través de la habitación agudas campanadas. Fueron siete. Con la última se sintió un golpe en el piso superior que resonó por la casa como un trueno; y el padre Brown había subido ya dos peldaños de la escalera de caracol cuando cesó el estrépito.

—¡Dios mío! —exclamó Payne, involuntariamente—. ¡Pero si está allí solo!

—Sí —dijo el padre Brown, sin volverse, desapareciendo escaleras arriba —. Vamos a encontrarle solo.

Cuando los demás, recobrados de su primer asombro, le siguieron sin vacilación por los peldaños de piedra y buscaron a tientas su camino hacia el estudio, fue cierto que lo hallaron solo: lo hallaron hecho un ovillo junto al trípode de su máquina fotográfica, que también se había venido a tierra, con sus tres patas abiertas grotescamente en direcciones contrarias; Darnaway, el propio Darnaway, había caído sobre ella con una pierna negra y retorcida, estirada sobre el suelo, señalando el cuarto ángulo de la habitación. En conjunto, parecía como si se hubiese liado en lucha desigual contra una enorme y horripilante araña. Les bastó poco menos que una mirada y poner la mano encima de él para comprobar que estaba muerto. Solo el retrato seguía

intacto sobre el caballete y uno podía llegar a figurarse que los ojos brillaban sonrientes.

Una hora después, el padre Brown, ayudando a calmar la confusión que se había apoderado de la casa, dio con el viejo mayordomo que murmuraba casi tan mecánicamente como había sonado el reloj en la hora fatal. Sin llegar a oírle con precisión, pudo adivinar que estaba musitando:

—«Volveré con el séptimo heredero y partiré con el toque postrero de las siete».

Cuando iba a decir algo amable, el viejo pareció despertar y se mostró enfadadísimo; sus cuchicheos se transformaron en un grito feroz:

—¡Usted —gritó—, usted y su luz solar! ¡Ahora, ni usted mismo podrá negar que hay un sino sobre los Darnaway!

—Mi opinión sigue en pie —dijo el padre Brown.

Tras de una pausa, añadió:

—Espero que cumplirá la última voluntad del pobre Darnaway y cuidará de que aquel retrato sea mandado a su destino.

—¡El retrato! —dijo el doctor vivamente—. ¿De qué va a servir? Por cierto que es bastante curioso, pero no hay fotografía; parece que, después de andar ocupado todo el día en los preparativos, no llegó a hacerla.

El padre Brown se volvió y dijo con severidad:

—Entonces, tómenla ustedes mismos. El pobre Darnaway estaba en lo cierto: es de la mayor importancia que la fotografía llegue a realizarse.

Todos los reunidos, el médico, el sacerdote y los dos artistas salieron, uno tras otro, en negra y desalentada procesión, a través de las pardas y amarillas arenas, silenciosos de momento, como si algo les hubiera aturdido. Y en realidad se había dado algo muy semejante al chasquido del trueno en un cielo azul, al cumplirse plenamente la olvidada superstición, en el preciso instante en que más olvidada la tenían: mientras que el doctor y el sacerdote habían llenado sus cabezas de racionalismo, de la misma manera que el fotógrafo había llenado sus habitaciones con sol. Y podían ser ellos los racionalistas que pretendieran, pero era evidente que el séptimo heredero había vuelto a plena luz solar y, bajo la misma claridad, a la hora séptima, había sucumbido.

—Me temo que todo el mundo va a creer en la superstición de los Darnaway —dijo Martin Wood.

—Yo sé de uno que no —dijo el doctor, contundente—. ¿Por qué he de creer en esta superstición porque haya alguien que quiera suicidarse?

—¿Luego usted sospecha que el pobre Darnaway se suicidó? —preguntó el sacerdote.

—Estoy seguro de ello —contestó el médico.

—Es posible —asintió el otro.

—Él, como sabemos, se hallaba solo y tenía un almacén de veneno en su habitación. Por lo demás es cosa muy propia de los Darnaway.

—No vaya a decirme que cree en el cumplimiento de la maldición familiar.

—Sí —dijo el doctor—; creo por lo menos en un sino, y es en la constitución física de la familia. Ya le he dicho otras veces que era algo hereditario y que todos ellos estaban medio locos. Si detenéis la expansión de vuestro linaje y hacéis que solo crezca por fecundación de sus propios miembros, la familia degenerará mal que os pese. Las leyes de la herencia no pueden ser eludidas, ni la verdad de la ciencia negada. Las mentes de los Darnaway se derrumbaban como sus marchitas vigas y piernas, corroídas por el mar y el salitre del aire. ¡Suicidio…! Naturalmente que cometió suicidio; me atrevo a decir que todos cometerían suicidio. Y quién sabe si no es lo mejor que puedan hacer.

Mientras hablaba el científico, se dibujó con inusitada claridad en la mente de Payne el rostro de la hija de los Darnaway, un trágico antifaz pálido sobre una inconmensurable negrura, pero, en sí, de una cegadora belleza más que mortal. Abrió la boca en ademán de hablar, pero parecían faltarle las palabras.

—Ya comprendo —dijo el padre Brown al médico—. Así, usted, al fin y al cabo, cree en la superstición.

—¡Qué significa esto…! ¿Creer yo en supersticiones? Yo creo en el suicidio, por necesidad científica.

—Bien —dijo el sacerdote—, no veo la más mínima diferencia entre su científica superstición y la otra superstición fantástica. Ambas parecen estribar en hacer de los hombres unos paralíticos que no son capaces de mover sus propias piernas ni brazos ni de salvar sus propias vidas o almas. La leyenda indicaba que el destino de los Darnaway era morir asesinados y el texto científico nos dice que su destino es matarse. Tanto en un caso como en otro están esclavizados.

—Pero ¿no dijo usted mismo que miraba todas estas cosas desde el punto de vista racional? —dijo el doctor Barnet—. ¿Es que no cree usted en las leyes de la herencia?

—Ya he dicho que creo en la luz del día —contestó el sacerdote en voz alta y perceptible— y no quiero pararme en escoger entre dos túneles de

superstición subterránea, que acaban en la oscuridad. Y la prueba es esta: que todos ustedes están completamente a oscuras respecto de lo que allí sucedió.

—¿Lo del suicidio? —preguntó Payne.

—Lo del asesinato, afirmo yo —dijo el padre Brown y, aunque solo había levantado un poco la voz, pareció llenar por completo el espacio—. Ha sido un asesinato y siempre será esta una cosa que Dios dejó a la libre voluntad del hombre.

Lo que los demás contestaron ha permanecido para siempre ignorado por Payne; pues la palabra había ejercido en él un efecto decisivo, conmoviéndolo como el toque de una trompeta y clavándolo en su lugar; por ello dejó que los demás prosiguieran su camino mientras él quedaba solo en medio de la llanura arenosa; sintió fluir la sangre por sus venas y aquella sensación que se conoce vulgarmente con la expresión «ponerse los pelos de punta»; y, a pesar de todo, sentía una nueva y sobrenatural felicidad. Un proceso psicológico demasiado rápido y complicado para poderse seguir le había llevado a una conclusión imposible de analizar, pero que le llenaba de una agradabilísima sensación de gozo.

Al cabo de unos momentos de permanecer en aquella actitud, se volvió para desandar lo andado, hacia la casa de los Darnaway.

Cruzó el foso con un paso tan firme que hizo temblar el puente, descendió por la escalera y atravesó las vastas habitaciones con andar decidido, hasta encontrarse ante Adelaide Darnaway que, enmarcada por el halo de luz de la ventana oval, semejaba un santo abandonado al olvido en la tierra de perdición. Levantó la cabeza, y la sorpresa que se dibujó en su rostro la hizo aparecer aún más maravillosa.

—¿Qué sucede? —dijo ella—. ¿Por qué ha vuelto?

—He venido por la bella durmiente —dijo en tono grave en el que se mezclaba la risa—; este caserón hace tiempo que se durmió, como expresó el médico, pero es una necedad que usted pretenda ser tan vieja. Salga a la luz del día y escuche la voz de la verdad. Llevo conmigo una palabra que es terrible, pero que tiene el poder de romper su cautiverio.

Ella no entendió ni palabra, pero algo hubo que la movió a levantarse y dejarse llevar por él a través de los amplios salones y la escalera, hasta llegar donde se extendía el cielo vespertino. Las ruinas de un jardín muerto se prolongaban hasta el mar y una vieja fuente con la figura de un tritón, verde por el moho, permanecía inalterable sin arrojar nada al vacío surtidor a través de su seco conducto nasal. Repetidas veces, al pasar, había visto aquella figura recortada contra el cielo vespertino y le había parecido que para más de

un caso era símbolo de los reveses de la fortuna. Sin duda, dentro de poco esas vacías fuentes las llenarían con el agua verde pálida y amarga del mar y las flores serían ahogadas y estrujadas por las algas marinas. De semejante manera, se había dicho, la hija de los Darnaway podía unirse en matrimonio, pero en ese caso lo haría con la muerte y con un destino tan sordo e implacable como el océano. Por el contrario, ahora puso su mano sobre el tritón de bronce y, al hacerlo, le pareció la de un gigante, y tal era la fuerza con que lo sacudía que semejaba quererlo destronar, como si se tratara de un ídolo o del dios del mal del jardín.

—¿Qué es lo que va a decirme? —preguntó ella sin inmutarse—. ¿Cuál es esa palabra que tendrá el poder de liberarnos?

—La palabra es homicidio —dijo—, y la libertad que trae es tan nueva y fresca como las flores de la primavera. No, yo no he asesinado a nadie. Pero el hecho de que alguien pueda ser asesinado es en sí una buena noticia, después de los malos sueños que has vivido. ¿No comprendes? En aquel ensueño que era tu vida, todo lo que te sucedía partía de tu interior. La suerte de los Darnaway estaba concentrada en ellos mismos e iba desplegándose como una monstruosa flor. Ni un lance feliz podía liberaros. Todo era inevitable, tanto si era Vine con sus comadreos como Barnet con sus teorías sobre la herencia; pero ese hombre que acaba de morir no ha sido víctima de ningún sortilegio, ni de ninguna locura heredada. Fue asesinado; y para nosotros no ha de ser más que un homicidio, un simple hecho; sí, *requiescat in pace*, para nosotros resulta un incidente afortunado. Es un rayo de luz porque procede del exterior.

Entonces, ella sonrió.

—Sí, me parece comprenderlo; me pareces un loco, pero lo comprendo. Sin embargo, ¿quién le asesinó?

—No sé —contestó Payne con indiferencia—. Me parece que el padre Brown lo sabe. Y, como él dice, el homicidio, por lo menos, es un acto de voluntad, y por ello tan libre como este viento que sopla del mar.

—El padre Brown es una persona magnífica —dijo ella después de un corto silencio—; ha sido el único ser que ha alegrado mi existencia hasta que…

—¡Cómo! ¿Qué vas a decir? —preguntó Payne, abalanzándose hacia ella con ímpetu y apartando el monstruo de bronce hasta hacerlo bambolearse.

—Pues, hasta que tú viniste —dijo ella volviendo a sonreír.

De semejante manera despertó aquel palacio durmiente, el proceso de cuyo desarrollo no atañe al presente relato, aunque gran parte de él se

desarrollara antes de caer la oscuridad sobre la orilla del mar. Cuando Harry Payne regresó a su casa, atravesando aquella oscura franja de arena que recorría otras veces con ánimo distinto, se sentía en el punto álgido de la felicidad que nos es dada alcanzar en nuestra vida mortal y el rojo mar de sus venas llegaba al momento culminante de su marea. Podía imaginarse sin dificultad todo aquel paraje revestido de nuevas galas, al tritón de bronce brillando como un dios de oro y la fuente chorreando agua o vino. Toda aquella luminosidad y vida se habían desplegado para él al conjuro de la sola palabra —homicidio—, y esta palabra continuaba siendo algo que no entendía. La había tomado sin desconfianza y no había andado equivocado; pues era una de esas personas que posee un olfato finísimo para distinguir el aspecto de la verdad.

Transcurrido algo más de un mes, regresó Payne a su casa de Londres, donde se procuró una entrevista con el padre Brown, a la que llevó consigo la fotografía que le había pedido. Su noviazgo seguía floreciendo cuanto era posible a la sombra de aquella tragedia y, debido a ello, dicha sombra le agobiaba más; porque resultaba difícil convencerse de que no existía otra cosa que un mal agüero familiar. Había estado ocupado en diversos quehaceres y en tanto que no había vuelto todo a su fría rutina y no se había colocado de nuevo el retrato en la biblioteca, no le resultó posible hallar el momento de fotografiarlo valiéndose de la luz del magnesio. Antes de mandarlo al anticuario, como se había determinado en principio, lo llevó al sacerdote que tanto interés había mostrado.

—No puedo comprender su actitud en este asunto, padre Brown —dijo—. Usted se comporta como si ya hubiese resuelto de alguna forma el problema.

El sacerdote movió la cabeza tristemente y contestó:

—Nada de eso; debo de ser muy estúpido, pero estoy completamente a oscuras; a oscuras sobre el punto más esencial. Es un asunto extraordinariamente raro, sencillo hasta cierto punto, y a partir de este… ¡Permítame echar un vistazo a la fotografía, por favor!

La acercó a sus ojos miopes y entornados y acabó por pedir una lupa. Payne se la dio y el sacerdote estuvo observando el retrato con atención durante largo tiempo, al cabo del cual exclamó:

—¡Veamos el título de aquel libro que está en el extremo de la estantería, al lado mismo del marco del retrato! Es la historia del papa Juan. Ahora bien, me extraña. Sí. Y el que está encima dice no sé qué de Islandia. ¡Cielos! ¡Qué manera tan inesperada de obtener la solución! ¡Qué necio y bobo fui en no darme cuenta de ello durante mi estancia en la casa!

—Pero ¿qué es lo que ha descubierto? —preguntó Payne con impaciencia.

—El último eslabón —dijo el padre Brown—, y tengo ya el carro fuera del pedregal. Me parece haber dado con la explicación de cómo se ha desarrollado esta triste historia desde el principio hasta el fin.

—Pero ¿cómo? —insistió el otro.

—Pues —dijo el clérigo con una sonrisa— la librería de los Darnaway contenía libros sobre el papa Juan e Islandia, por no mencionar este otro que aquí veo sobre *La religión de Federico*.

Pero observando que Payne se sentía molesto, la sonrisa desapareció de su rostro y prosiguió con mayor seriedad.

—Por cierto, este último eslabón, aunque sea el que remata el asunto, no es el principal. Hay en el caso detalles mucho más importantes que el mencionado. Uno de ellos es de evidencia poco común. Permítame que comience por comunicarle algo que estoy seguro de que no dejará de causarle sorpresa. El joven Darnaway no murió a las siete de la tarde. En aquella hora hacía ya un día entero que había muerto.

—Decir sorpresa es poco —replicó Payne, ceñudo—; usted y yo le vimos andar durante el día.

—No, no le vimos —repuso el padre Brown—; creemos que le vimos, o, mejor, pensamos haberle visto atareado, enfocando la máquina. ¿No tenía la cabeza bajo el trapo negro cuando usted pasó? Así estaba cuando yo le vi. Y por eso noté algo peculiar en la habitación y en su persona. No era que la pierna estuviera torcida, sino todo lo contrario, esto es, que en realidad la pierna no estaba torcida. Iba vestido con las mismas ropas negras; pero si usted mira a una persona y en su lugar hay otra que quiere hacerse pasar por aquella, siempre notará algo raro en su posición violenta.

—¿Cree usted —dijo Payne con un ligero escalofrío— que era algún extraño?

—Era el asesino —dijo el padre Brown—. Había matado a Darnaway muy de mañana y lo había escondido en el cuarto oscuro… Era un escondite excelente, pues casi nunca entra nadie en él y, si lo hace, poca cosa puede ver. Y lo dejó caer al suelo a las siete, para que todo pareciera realizarse según la letra de la leyenda.

—Sigo sin comprenderlo —dijo Payne—. ¿Por qué no lo mató a las siete en lugar de estar catorce horas suplantando al muerto?

—Permítame que le haga a mi vez otra pregunta: ¿por qué no se tomó la fotografía? Pues porque el asesino cuidó de matarlo antes de que pudiera

hacerlo. Era para él esencial que el retrato no llegase a manos del anticuario especializado en los tesoros de los Darnaway.

El sacerdote hizo una breve pausa y luego continuó:

—¿Ve usted qué sencillo es? Precisamente usted se dio cuenta de un punto importantísimo; pero es mucho más sencillo de lo que usted imaginaba. Usted nos dijo que un hombre podía disfrazarse de tal manera que llegase a parecerse a una pintura. ¿Y no es mucho más sencillo que un retrato se parezca a un hombre determinado? Hablando francamente, queda demostrado que no existió la maldición. No había tal retrato antiguo, ni leyenda, ni la versión popular de un hombre que había causado la muerte de su esposa. Pero sí es verdad que había un hombre muy listo y malvado que deseaba causar la muerte de otro para robarle a su prometida.

El sacerdote miró a Payne con una sonrisa un poco forzada, pero encaminada a darle ánimos.

—Supongo que debe de imaginarse que me refiero a usted —dijo—, pero no era usted la única persona que rondaba la casa con miras sentimentales. Usted conoce al hombre o, mejor dicho, creía conocerlo. Pero hay dobleces en el alma de Martin Wood, artista y anticuario, que ninguno de sus conocidos en el arte podía adivinar fácilmente. Recuerde usted que le pidieron que criticase y catalogase las pinturas, lo que en jerga aristocrática no significa otra cosa que enumerar a los Darnaway los tesoros artísticos que poseían. No iban a mostrarse sorprendidos al ver que eran dueños de cosas de las que antes no se habían dado cuenta. Debía ejecutarse a la perfección y así fue, y no anduvo equivocado al decir que, de no haber sido Holbein, alguien, por lo menos tan ingenioso como él, había sido su autor.

—Estoy completamente confundido —dijo Payne—, pero queda todavía una docena de cosas que no veo con claridad. ¿Cómo se había familiarizado con el parecido del joven Darnaway? ¿Cómo llegó a matarlo? Los médicos andan muy preocupados acerca de este punto.

—Yo mismo vi una fotografía que el australiano le había enviado a la señorita poco antes de llegar —dijo el padre—. Y hubo muchas maneras de llegar a conocer detalles del nuevo heredero. El que nosotros ignoremos tales detalles no es óbice para que otro llegara a saberlos. Recuerde usted que era Wood quien acostumbraba a ayudarle en el cuarto oscuro, que me parece un lugar ideal para pinchar a un hombre con un alfiler envenenado, teniendo tantos venenos a mano. No, estos hechos no ofrecen dificultades. La dificultad que yo no acertaba a resolver fue cómo podía Wood estar en dos sitios a la vez. ¿Cómo podía sacar el cuerpo del cuarto oscuro y aguantarlo

contra el trípode para que cayera al cabo de unos segundos sin bajar las escaleras y mientras se hallaba en la biblioteca buscando un libro? Y fui tan bobo que nunca me dio por ir a mirar los libros que había en la biblioteca; y solo por esta fotografía, y por una inmerecida suerte, he visto una cosa tan sencilla como este título del papa Juan.

—Pues se ha guardado el mejor acertijo para el final —dijo Payne ceñudo —. ¿Qué tiene que ver el papa Juan con todo esto?

—No olvide el libro sobre no sé qué de Islandia —le advirtió el clérigo—, o la religión de una persona llamada Federico. Lo que queda por preguntar es qué clase de hombre era el difunto lord Darnaway.

—¿Ah, sí? —observó Payne fastidiado.

—Era, a juzgar por los indicios, un excéntrico cultivado y humorista —prosiguió el padre Brown—, y siendo como era un hombre de letras sabía perfectamente que no existió el tal papa Juan. Siendo además un humorista, podía haber imaginado un título como *Las serpientes de Islandia* u otra cosa inexistente. Y me atrevo a terminar de construir el tercer título: *La religión de Federico el Grande,* que tampoco ha existido jamás. Ahora bien: ¿no le parece que eran precisamente los títulos adecuados para grabar sobre los lomos de libros inexistentes y otros libros, colocados en una estantería que no era tal?

—¡Ah! —exclamó Payne—, ahora lo veo claro. Había una escalera secreta que…

—Que conducía a la estancia que Wood mismo seleccionó para cuarto oscuro —dijo el sacerdote, asintiendo—. Lo siento. No puedo evitarlo. Es terriblemente trivial y estúpido; tan estúpido como he sido yo en este caso de tan deliciosa trivialidad.

Sin embargo, estábamos tan imbuidos de una vieja y enmohecida leyenda de aristocracia arruinada y de la caída de una casa que era demasiado llegar a suponer que podríamos escapar de un pasillo secreto. Era el escondite del sacerdote, y merezco que se me deje en él.

EL ESPECTRO DE GIDEON WISE

El padre Brown consideraba este caso uno de los más típicos para ilustrar una teoría de la coartada; la teoría que sostiene, en contra del ave mitológica irlandesa, que es imposible para un ser hallarse, a la vez, en dos sitios distintos. Para comenzar, sentaremos que James Byrne, un periodista irlandés, era acaso lo que mejor puede compararse con el mítico pájaro. Se encontró lo más cerca posible de estar en dos sitios a un tiempo, y estos dos sitios eran los más opuestos del mundo político y social, en el reducido espacio de veinte minutos. El primero de ellos lo constituían los salones fastuosos de un gran hotel, punto de reunión de tres magnates de los negocios, decididos a cerrar unas minas de carbón bajo la apariencia de una huelga; el segundo de los curiosos lugares era una taberna con fachada de frutería, donde se congregaban el subterráneo triunvirato de quienes se habrían regocijado en dar al cierre la forma de huelga y a la huelga la forma de revolución. El reportero pasaba de un conciliábulo a otro, de los tres millonarios a los tres bolcheviques, con la inmunidad de un heraldo moderno o de un nuevo emperador.

Encontró a los tres magnates mineros ocultos por una selva de plantas en flor y un verdadero bosque de columnas estriadas y floridas de yeso dorado; jaulas, también doradas, pendían de las pintadas cúpulas entre la altísima fronda de las palmas y en ellas había pájaros de abigarrados colores y variadísimos timbres de voz. Jamás pájaro alguno cantó en el desierto con menos auditorio para su melodía, ni flor alguna desperdició su perfume en la estepa de lo que las flores de aquellas altísimas plantas desprendieron en vano el suyo sobre aquellos agudos y desalentados hombres de negocios, americanos en su mayoría, que conversaban e iban de acá para allá en el vasto ámbito de los salones. Y allí, entre el despilfarro de decoración rococó a la que jamás se dirigía la mirada, entre el gorjeo de aquellas aves exóticas que nadie escuchaba, entre el esplendor de la más fastuosa tapicería y un laberinto de lujosa arquitectura, se sentaban los tres hombres comentando que el éxito depende del pensamiento, rapidez, vigilancia de la economía y dominio de sí mismo. Uno de ellos no hablaba tanto como los demás, pero les observaba con sus brillantes ojos inmóviles, que parecían unidos por sus quevedos, mientras su persistente sonrisa, bajo sus estrechos bigotes negros, estaba muy cerca de reflejar un desprecio permanente. Este era el famoso James P. Stein,

que no hablaba sino cuando tenía algo que decir. Pero su compañero, el viejo Gallup, de Pensilvania, un hombre alto y grueso, con pelo cano y rostro de boxeador, hablaba sin cesar. Se sentía lleno de un humor jovial y estaba medio burlándose, medio atormentando al tercer millonario, Gideon Wise, un hombre duro, seco, un pajarraco anguloso, un tipo de esos que sus compatriotas comparan con el nogal americano; llevaba una perilla tiesa encanecida, y sus maneras y ropas eran como las de cualquier campesino de las llanuras del centro. Entre Wise y Gallup había entablada una antigua discusión sobre las competencias y combinaciones. El viejo Wise se inclinaba aún por la manera de proceder del antiguo leñador; algo, en sus opiniones, se inclinaba a favor de los viejos principios individualistas; pertenecía a la escuela de Manchester y Gallup intentaba convencerle de que dejara la competencia a un lado y concentrara los recursos mundiales.

—Tarde o temprano se verá usted obligado a reconocerlo, mi viejo amigo —estaba diciendo Gallup con viveza al entrar Byrne—. Esta es la manera de andar ahora y no es posible ya volver al trabajo individualista. Es preciso recurrir al esfuerzo mancomunado.

—Si me permiten expresar mi parecer —dijo Stein a su manera tranquila — diría que existe algo más importante que el que nos mantengamos comercialmente unidos. Lo que tenemos que hacer es unirnos desde el punto de vista político y por dicha razón he rogado al señor Byrne que venga a reunirse con nosotros hoy. Debemos combinar políticamente nuestras acciones por la sencillísima razón de que nuestros mayores y más peligrosos enemigos están ya unidos.

—Estoy, desde luego, conforme en todo cuanto se refiere a la unidad política —gruñó Gideon Wise.

—Aproxímese usted —indicó Stein al periodista—; ya sé que usted, señor Byrne, tiene acceso a la información de esos lugares curiosos y querría que nos hiciera usted un favor extraoficialmente. Usted sabe dónde se reúnen esos hombres; hay tan solo dos o tres de ellos que pesan: John Elijah, James Halket, a cuyo cargo corre el discurso, y podría ser que también contase ese poeta llamado Horne.

—¡Cómo…! ¡Si ese Horne era amigo de Gideon! —dijo el alegre Gallup —. Solía ir a la catequesis de Wise.

—En aquel entonces él era cristiano —repuso el viejo Gideon con solemnidad—, pero cuando alguien frecuenta el trato con ateos, no se sabe cómo va a acabar. Lo veo todavía, alguna que otra vez. Y no tuve inconveniente en ayudarlo durante la guerra para impedir su aislamiento y

algunas cosas más, pero la cosa cambia de aspecto si empieza a relacionarse con los bolcheviques.

—Perdonen ustedes —interrumpió Stein—. La cuestión es bastante importante, por lo que ruego me excusen de exponerla sin tardar al señor Byrne. Señor Byrne, puedo decirle en tono confidencial que poseo información o, mejor dicho, pruebas que podrían retener a esos sujetos en prisión durante mucho tiempo; me refiero a materia de conspiraciones tramadas por ellos durante la pasada guerra. No tengo intención de hacer uso de dichas informaciones, pero deseo que vaya usted a verlos y les diga que estoy decidido a hacer uso de ellas mañana, si no cambian de actitud.

—Bien —contestó Byrne—. Lo que usted me pide es que intervenga en el encubrimiento de un delito que podría también llamar chantaje. ¿No le parece a usted un poco arriesgado?

—Creo que el peligro les amenaza a ellos —dijo Stein con evidente mal humor—, y lo que yo quiero es que vaya usted a comunicárselo.

—Bien, bien —dijo Byrne levantándose con una media sonrisa humorística—. Lo incluiré en mi programa de trabajo; pero si me ocurre algo le prevengo que intentaré meterle a usted también.

—Lo intentará usted, muchacho —afirmó el viejo Gallup con una buena carcajada.

Del gran sueño de Jefferson y de lo que los hombres llaman democracia queda tanto aún en aquel dichoso pueblo que, mientras los ricos gobiernan como tiranos, los pobres no se expresan como esclavos, sino que entre oprimido y opresor existe una candidez maravillosa.

El lugar de reunión de los revolucionarios era una habitación blanca de cuyas paredes pendían uno o dos dibujos toscos y desequilibrados, en blanco y negro, al estilo de lo que se supone que es el arte proletario, pero que sin duda ni un proletario entre un millón hubiera podido comprender. La única afinidad entre ambos puntos de reunión residía en el hecho de que violaban la Constitución americana bebiendo demasiado. Cócteles de múltiples colores se ofrecían a los tres millonarios. Halket, el más violento de los tres bolcheviques, pensaba que solo el vodka era una bebida digna. Era un individuo largo, de aspecto amenazador y agresivo en su mismo perfil, como un perro; su nariz y labios eran prominentes y sobre el superior llevaba un bigote rojizo y mal arreglado, que se erizaba en perpetuo desafío. John Elijah era un hombre oscuro y observador que llevaba gafas y una barbilla puntiaguda y negra; había aprendido a valorar el gusto de la absenta en muchos cafés europeos. La primera y última sensación que tuvo el periodista

fue lo mucho que se parecía a James P. Stein. La semejanza entre sus rostros, pensamientos y ademanes era tal, que uno podía imaginarse que el millonario, habiendo desaparecido por una puerta falsa del babilónico hotel, se había presentado de improviso en el reducto de los bolcheviques.

El tercer hombre era también peculiar en sus bebidas; estas constituían casi un símbolo de su persona. El vaso que estaba ante el poeta Horne era de leche y su propia inocuidad parecía siniestra en aquel ambiente, como si su opaca e incolora sustancia hubiese sido de carácter mucho más venenoso que el verde mortecino de la absenta. Realmente, la inocuidad de Henry Horne era bastante notable, pues había llegado al campo revolucionario por caminos muy distintos de los de Jake, el vulgar dinamitero, y los de Elijah, el cosmopolita saboteador. Horne había disfrutado de una educación esmerada; de niño había frecuentado la iglesia y guardaba una abstinencia tal en la cuestión de bebidas, que no pudo deshacerse de aquel prejuicio cuando se sacudió los del cristianismo y el matrimonio. Su cabello era rubio y su rostro delicado recordaba al de Shelley, de no haber achicado su mentón dejándose una barba de flequillo. La barba, sin saber por qué, le daba un aspecto afeminado; era como si sus pocos cabellos rubios fueran lo más que pudiese dar de sí.

Cuando el periodista entró en la trastienda, el célebre Halket estaba hablando, como de costumbre. Horne acababa de proferir una exclamación casual y convencional, como «el cielo no lo permita» o «Dios nos libre» u otra cosa por el estilo, que resultó suficiente para que Halket empezara a decir una serie de irreverencias.

—¡Dios nos libre! Eso es todo lo que sabe hacer —dijo—. El cielo no hace nunca otra cosa que prohibir eso, aquello o lo de más allá. Nos prohíbe ir a la huelga, nos prohíbe luchar y nos prohíbe fusilar a esos condenados usureros y chupadores de sangre dondequiera que se hallen. ¿Por qué a ellos no les prohíbe algo el cielo durante un tiempo? ¿Por qué tus condenados clérigos y párrocos no se ponen a decir verdades sobre esos brutos, solo por variar? ¿Por qué su preciado Dios…?

Elijah suspiró suavemente, como si estuviese fatigado, para interrumpirle.

—Los sacerdotes —dijo— pertenecían, como ya dijo Marx, a la etapa feudal del desarrollo económico y ahora no son, en realidad, parte del problema; el papel que un día jugara el sacerdote, lo juega hoy el capitalista experto y…

—Eso es —interrumpió el periodista con su seca e irónica imparcialidad —, y ha llegado la hora de que sepáis que algunos de ellos son muy expertos

desempeñando su papel. —Y sin desviar sus ojos de los brillantes, pero mortecinos, de Elijah, les refirió la amenaza de Stein.

—Ya preveía yo algo parecido —dijo el sonriente Elijah sin moverse—. Puedo decir que estaba absolutamente preparado.

—¡Perros! —reventó Halket—. Si un pobre hombre se atreviera a decir algo semejante, se le sometería a dura prisión. Pero os aseguro que irán a algún sitio peor antes de que puedan imaginárselo. Si no van al infierno, no sé adónde irán…

Horne hizo un movimiento de protesta, seguramente no tanto por lo que el hombre venía diciendo, cuanto por lo que iba a decir; entonces Elijah le interrumpió resumiendo con frialdad.

—Es completamente innecesario —dijo mirando a Byrne fijamente a través de sus espejuelos— lanzar amenazas y retos a los del otro lado. Nos basta con que sus amenazas no surtan efecto por lo que a nosotros respecta. Hemos tomado también nuestras medidas y algunas de ellas no se conocerán hasta el momento de entrar en acción. Por lo que a nosotros se refiere, una ruptura inmediata y una tentativa externa de fuerzas encajan con nuestros planes.

Mientras hablaba sin perder su tono reposado y digno, algo en su impasible rostro amarillento hizo que el periodista sintiera subir un escalofrío por su espina dorsal. El rostro salvaje de Halket podía parecer iluminado por una mueca de desprecio peculiar, al observársele de perfil, pero, si se le miraba de frente, el reto rabioso de sus ojos aparecía con un brillo de ansiedad, como si el complejo ético y económico fuera demasiado para él; y Horne parecía pender aún más de los hilos de agobio y de crítica de sí mismo, pero aquel tercer hombre de lentes que hablaba con tanta sencillez y precisión tenía algo de misterioso, era como un muerto que hablaba sentado en torno a la mesa.

Cuando Byrne salió con su mensaje de reto y atravesaba el estrecho pasillo que conduce a la frutería, halló la boca del mismo cerrada por una figura singular, aunque extrañamente familiar; un individuo, grueso y muy raro visto a contraluz, con la cabeza redonda y el sombrero ancho.

—¡Padre Brown! —profirió atónito el periodista—. Me figuro que se ha equivocado usted de puerta. No creo que participe de la conspiración de ahí dentro.

—La mía data de mucho más tiempo —contestó el padre Brown sonriente — y resulta que está mucho más extendida.

—Bien —replicó Byrne—, no irá usted a pensar que ninguno de los que están ahí pueda estar ni a cien millas de su cometido.

—No resulta siempre tan fácil afirmarlo —contestó el padre—, pero hay una persona aquí que solo se aparta un centímetro de mi cometido.

Desapareció por el oscuro pasillo y el periodista continuó su camino muy preocupado. Dicha preocupación aumentó al sucederle un pequeño percance cuando volvía al hotel para dar la contestación a sus clientes capitalistas. Descendía por los peldaños de la escalera un joven activo, de cabello negro y nariz respingona, con una flor en el ojal, que lo cogió del brazo y lo llevó a un lado antes de que pudiera subir las escaleras.

—Óigame —dijo el joven en voz baja—, yo soy Potter, el secretario del viejo Ged, ¿sabe? Hablando entre nosotros, ¿no es verdad que se está tramando una muy gorda?

—He llegado a la conclusión —contestó Byrne con cautela— de que los cíclopes tienen algo sobre la mesa, pero recuerde usted que el cíclope, siendo gigante, tiene un solo ojo… Pienso que el bolchevismo es…

Mientras hablaba, el secretario escuchaba con un rostro que tenía algo de la inmovilidad mogola, a pesar de la movilidad de sus piernas y vestido. Pero cuando Byrne pronunció la palabra bolchevismo, los ojos penetrantes del joven se movieron con rapidez y dijo:

—¿Qué tiene eso que…? ¡Ah, sí!, es lo que se está tramando; perdone usted mi falta. Es tan fácil decir yunque, cuando se quiere decir refrigerador…

Con eso, el extraordinario joven desapareció escaleras abajo y Byrne continuó subiéndolas, mientras aumentaba más y más la confusión en su mente.

Encontró el grupo aumentado hasta el número de cuatro personas, por la presencia de una que tenía rostro de gallina con muy poco cabello color pajizo y que llevaba monóculo. Hacía las veces de consejero cerca del viejo Gallup y debía de ser seguramente su abogado, aunque no oyó que le llamaran así. Su nombre era Nares y todas las preguntas que hizo a Byrne se encaminaban principalmente, por una u otra razón, al número de los posibles alistados en la organización revolucionaria. Como Byrne sabía poco acerca de tales cosas, dijo aún menos; y los cuatro hombres se levantaron a un tiempo de sus sillas. El último en dirigirle la palabra fue el que había estado más callado.

—Mil gracias, señor Byrne —dijo Stein doblando sus quevedos—; me queda solo por decir que todo está preparado; en este punto coincido con el señor Elijah. Mañana, antes del mediodía, la policía habrá detenido a ese

señor por hechos que yo mismo les habré planteado y esos tres por lo menos estarán en la cárcel antes de anochecer. Como todos ustedes saben, he intentado rehuir tal acción. Creo, señores, que no se puede decir nada más.

A pesar de todo, el señor James P. Stein no pudo presentar su informe al día siguiente, por una sencilla razón que ha interrumpido a menudo las actividades de tan expeditos caracteres: no lo pudo hacer porque estaba muerto; y ninguno de los restantes puntos del programa pudo llevarse a término por esta razón, que se hizo evidente para Byrne al verlo anunciado en grandes letras de molde en el periódico de la mañana: «Espeluznante y triple asesinato: tres millonarios muertos en una noche». A renglón seguido, en tipos más o menos cuatro veces el normal, seguían frases sensacionalistas que subrayaban las características del misterio, como el hecho de que los tres hombres habían sido asesinados no solo al mismo tiempo, sino en sitios muy distantes: Stein en su lujosa y artística casa, a unas cien millas al interior; Wise frente a su pequeño *bungalow* en la costa, donde disfrutaba de los aires del mar y llevaba una vida sencilla; y el viejo Gallup junto a un seto a la entrada del pabellón de su gran casa en el extremo opuesto del país. En ninguno de los tres casos cabía duda de que la muerte había seguido a una lucha violenta, aunque el cuerpo de Gallup no fuera hallado hasta el segundo día, con toda su masa y fealdad apoyadas en las ramas del seto sobre el que se dejara caer como un bisonte al correr contra las lanzas; a Wise lo habían arrojado al mar no sin resistencia por su parte, pues las huellas de lucha podían seguirse hasta la misma orilla. La primera señal de la tragedia había sido un gran sombrero de paja flotando sobre las olas que se podía ver desde el risco. El cuerpo de Stein había sido igualmente escondido ante probables pesquisas, hasta que un hilillo de sangre guio los pasos de la policía hacia un baño de tipo romano que había estado construyendo en su jardín, pues no solo había sido un hombre de gustos experimentales, sino que también le gustaban las antigüedades.

Por mucho que pensaba Byrne, tuvo que admitir que no había ninguna prueba legal en contra de nadie, estando las cosas como se presentaban. No bastaba con tener un motivo para cometer un crimen. Tampoco bastaba tener cierta propensión psíquica. No podía concebir al joven y pálido pacifista Henry Horne descuartizando a otro hombre con violencia brutal, aunque podía imaginarse al blasfemo de Halket e incluso al judío despectivo capaces de cualquier cosa. La policía y un hombre que les ayudaba (que no era otro que el misterioso hombre del monóculo presentado como el señor Nares) adoptaron la misma actitud que el periodista; sabían que, por ahora, los

conspiradores bolcheviques no podían ser perseguidos ni encarcelados, ya que había de entrañar un error notorio y sensacional la posibilidad de que fueran perseguidos y absueltos. Nares empezó con un habilidoso candor por invitarles a un consejo, que debía ser una reunión privada, y les dijo que dieran sus opiniones francamente para bien de la Humanidad. Habría empezado sus investigaciones en la escena más próxima de la tragedia, el *bungalow* junto al mar; a Byrne se le permitió estar presente en el curioso espectáculo, que era a la vez un debate pacífico de diplomáticos y un juicio velado, o, mejor dicho, un intento de objetivar las sospechas. Con bastante sorpresa de Byrne, en el complejo grupo sentado alrededor de una mesa del *bungalow* costeño, aparecía la rechoncha figura y cabeza lechuguina del padre Brown, aunque su conexión con este asunto no aparece hasta después. La presencia del joven Potter, el secretario del difunto, parecía más natural; pero su comportamiento, en verdad, no lo fue tanto. Era el único que estaba familiarizado con el lugar y en cierto modo tenía que hacer los honores de la casa; no obstante, sirvió de poca ayuda y de menos información. Su rostro de naricita respingona tenía una expresión más de contrariedad que de pena.

Jake Halket, como de costumbre, era el que más hablaba; no era de esperar que un hombre de su tipo se aviniera a mantener la educada actitud del que ignora que él y sus amigos son acusados. El Joven Horne, en su manera más suave, intentó refrenarlo cuando se disponía a culpar a las víctimas, pero Jake estaba siempre dispuesto a vociferar tanto contra sus amigos como contra sus enemigos. En medio de un torrente de blasfemias, descargó de su alma una esquela muy poco oficial sobre el difunto Gideon Wise. Elijah conservaba su aspecto imperturbable e indiferente tras los lentes que escondían sus ojos.

—Me parece que es inútil —dijo Nares con frialdad— sostener que sus observaciones son indecentes. Podría afectarle más la noticia de que sus exclamaciones pueden ser imprudentes. Prácticamente, afirma usted que odiaba al muerto.

—¿Va usted a ponerme a la sombra por eso? —exclamó el demagogo—. Muy bien, pero tendrán que construir una prisión con capacidad para un millón de personas si quiere usted encarcelar a toda la pobre gente que tenía razones para odiar a Gideon Wise. Y usted sabe, como yo sé, que lo que afirmo es una verdad como un templo.

Nares estuvo callado y nadie habló, hasta que Elijah comenzó a hacerlo con su clara voz algo ceceante.

—Me parece que esta es una discusión de muy poco provecho para ambas partes —dijo—. Ustedes nos han traído aquí, o para buscar información sobre el asunto, o para sondearnos. Si ustedes se fían de nuestra palabra, hemos de confesarles que carecemos de toda información. En caso de no tener confianza en nosotros deben participarnos de qué se nos acusa o tener la amabilidad de llevar el asunto entre ustedes. Nadie ha podido sugerir la más leve presunción de que nosotros tengamos que ver con esta tragedia, ni más ni menos que con el asesinato de Julio César. No se atreven a detenernos y, por otra parte, no nos quieren creer. ¿De qué sirve, pues, permanecer aquí por más tiempo?

Se levantó, abrochándose el abrigo con calma y sus amigos hicieron lo propio. Mientras se dirigían hacia la puerta, el joven Horne volvió a los investigadores su rostro pálido y fanático.

—Quisiera decirles —aclaró— que estuve encerrado en un sucio calabozo durante toda la guerra porque me negué a matar a un hombre.

Tras decir esto salió, dejando a los miembros del grupo sombríos, mirándose entre sí.

—Me sería difícil pensar —dijo el padre Brown— que salgamos victoriosos a pesar de la retirada.

—Nada me importa —dijo Nares—, salvo que me ponga el pie encima ese matón blasfemo de Halket. Horne es un caballero. Pero digan lo que quieran, estoy seguro hasta la tumba de que saben algo; que están en ello, si no todos, la inmensa mayoría. Y estuvieron cerca de admitirlo cuando se mofaron diciendo que no podíamos probar nada positivo, pero no que estuviéramos equivocados. ¿Qué piensa usted sobre todo esto, padre Brown?

La persona a quien iba dirigida la pregunta miró a Nares con una mirada casi desconcertada, gris y meditativa.

—Es cierto —dijo— que hay una persona que sabe más del asunto de lo que nos ha dicho. Pero me parece mejor no decir nombres por ahora.

A Nares se le soltó el monóculo y se puso alerta:

—Esto es extraoficial —dijo—, pero supongo que sabrá que si más adelante oculta información puede encontrarse en una situación comprometida.

—Mi actitud es muy sencilla —replicó el sacerdote—: estoy aquí para defender los intereses legítimos de mi amigo Halket. Yo creo que será de su interés, en estas circunstancias, si les digo que creo que no persistirá por mucho tiempo en la organización y que dejará de ser un socialista en el

sentido de hoy. Tengo abundantes razones para creer que acabará convirtiéndose al catolicismo.

—¡Halket! —saltó el otro con incredulidad—. Pero ¿cómo, si maldice las sotanas desde la mañana a la noche?

—Me parece que no comprende usted bien a esta clase de hombres —dijo el padre Brown lleno de paciencia—. Jura y perjura contra los sacerdotes porque fracasan (en su opinión) en hacer frente a la justicia del mundo. ¿Por qué habría él de esperar que hicieran frente a la justicia, si no hubiese intuido remotamente que son lo que son? Pero no nos hemos reunido para discutir la psicología de las conversiones. He mencionado sencillamente eso para simplificar su tarea… Para limitar su búsqueda.

—Si lo que dice es cierto, limitaría mi búsqueda a la estrecha cara de ese bandido de Elijah… Y no me extrañaría, pues nunca he visto a un diablo más desdeñoso, de mayor sangre fría y aspecto más espeluznante que ese.

El padre Brown suspiró y dijo:

—Siempre me recuerda al pobre Stein; creo que, en mayor o menor grado, era pariente suyo.

—Ya comprendo —empezaba a decir Nares, cuando su protesta quedó cortada en seco al ver que la puerta se abría, dibujándose en ella la figura y el pálido rostro del joven Horne. Pero su rostro no reflejaba su palidez natural, sino otra nueva y bastante innatural.

—¡Hola! —exclamó Nares poniéndose su monóculo—. ¿Por qué ha vuelto?

Horne cruzó la habitación muy nervioso y, sin decir palabra, se dejó caer en una silla. Luego dijo, como en sueños…

—Perdí a los otros… y el camino, y creí mejor volver.

Los restos de las bebidas que habían tomado estaban sobre la mesa y Henry Horne, aquel empedernido defensor de la ley seca, se sirvió un vaso de coñac y lo bebió de un trago.

—Me parece que está usted impresionado —dijo el padre Brown.

Horne se llevó las manos a la cabeza y por entre ellas empezó a hablar, en voz baja, como si solo se dirigiera al sacerdote.

—Será mejor que lo diga. He visto un fantasma.

—¿Un fantasma? —repitió Nares asombrado—. ¿El espectro de quién?

—El de Gideon Wise, dueño de esta casa —contestó Horne un poco repuesto—. Estaba de pie, al borde del risco por el que cayó.

—¡Oh, vaya tonterías! —dijo Nares—. Nadie con dos dedos de frente cree ya en los fantasmas.

—Esto no es del todo exacto —dijo el padre Brown sonriendo—. Hay pruebas de casi tantos espectros como crímenes se han cometido.

—Mi obligación es perseguir a los criminales —objetó Nares con un poco de acritud—, y dejo a cargo de otros el huir de los fantasmas. Si hay alguien que a esta hora del día quiera ser asustado por fantasmas, es asunto suyo.

—Yo no he dicho que me asustara, aunque admito la posibilidad de que pudieran asustarme —dijo el padre Brown—. Nadie lo sabe hasta que lo prueba. Yo he dicho que creía en ellos lo bastante para interesarme por este. ¿Qué es exactamente lo que vio usted, señor Horne?

—Allí, sobre el borde de aquella escarpada orilla; allí donde hay una especie de agujero o zanja, junto al lugar donde fue despeñado. Los demás marchaban algo delante y yo cruzaba el llano hacia el camino que sigue la orilla. He recorrido con frecuencia dicho sendero, ya que me gusta ver la mar embravecida precipitarse contra aquellas peñas. No le di gran importancia esta noche, aunque me extrañó que hubiera tanto oleaje ya que la noche era tan clara. Podía ver las pálidas crestas de espuma aparecer y desaparecer a medida que las grandes olas barrían las puntas salientes. Por tres veces percibí la blanca espuma brillar a la luz de la luna y luego algo indefinible. Un cuarto relámpago plateado parecía haberse detenido en el cielo. No se desprendía y esperé con una intensa emoción a que lo hiciera. Me imaginé que estaba loco y que el tiempo se había detenido misteriosamente para mí o que se había prolongado. Me acerqué más y entonces grité. Pues aquella espuma suspendida como si fuera de copos de nieve se había convertido en un rostro y en una silueta blanca como el leproso de la leyenda y terrible a la vez como un relámpago cuajado.

—¿Y usted dice que era Gideon Wise?

Horne asintió con la cabeza, sin proferir palabra, y hubo un profundo silencio roto bruscamente por Nares al ponerse en pie; tan bruscamente que hizo caer la silla.

—¡Qué sandeces! —dijo—. De todas formas, será mejor que salgamos y veamos.

—No iré —dijo Horne montando en cólera—. Jamás recorreré aquel sendero.

—Esta noche tendremos que pasar por él a la fuerza —dijo el sacerdote con gravedad—; no negaré que ha sido un camino peligroso… para más de una persona.

—Yo no iré… ¡Dios mío!, déjenme en paz —exclamó Horne. Sus ojos empezaron a moverse de una forma extraña. Se había levantado con los

demás, pero no se movió hacia la puerta.

—Señor Horne —dijo Nares con firmeza—; yo soy un agente de policía y creo preferible decir, por si lo ignora, que esta casa está rodeada por la policía. He intentado hacer la investigación de una manera amistosa, pero me veo obligado a inspeccionar los menores detalles, incluso cosas tan absurdas como un fantasma. Le pido que me lleve al lugar donde lo ha visto.

Se hizo otro silencio, durante el cual Horne estuvo luchando con ineludibles temores. Luego, se dejó caer otra vez en su silla y empezó a hablar con un tono de voz completamente distinto y mucho más sereno:

—No puedo; de todas formas, estoy dispuesto a decirles el porqué. Más tarde o más temprano lo descubrirían. Yo lo maté.

El silencio que siguió a sus palabras fue tal, que semejaba el del momento en que un rayo cae sobre una casa ocasionando la muerte de todos sus moradores. Se oyó la voz del padre Brown que sonaba muy débil en medio de aquel silencio, como el chillido de un ratón.

—¿Lo mató usted deliberadamente? —preguntó.

—¿Cómo puede uno contestar a esta pregunta? —contestó el hombre, que estaba sentado en su silla mordiéndose un dedo—. Debí de obrar en un momento de locura. Reconozco que él se puso intolerablemente insolente. Yo estaba en su propiedad y creo recordar que me golpeó; de todas maneras, llegamos a las manos y él cayó por el precipicio. Cuando me alejé del lugar, se me hizo como una súbita claridad en el cerebro y comprendí que acababa de cometer un crimen que me separaba para siempre de los hombres; el sello de Caín me quemaba la frente e incluso el cerebro; y en aquel instante comprendí, por vez primera, que había matado a un hombre. Me daba cuenta de que me vería precisado a confesarlo tarde o temprano. —Se irguió en la silla, y continuó—: Estoy dispuesto a no decir nada contra nadie; es inútil que me vayan preguntando por cómplices o planes… No diré nada.

—Teniendo en cuenta los demás asesinatos —dijo Nares—, es difícil creer que este no fuera premeditado. Seguro que cumplía órdenes de alguien.

—He dicho que no diré nada contra aquellos con quienes yo trabajaba —dijo Horne con orgullo—. Soy un asesino, pero no quiero ser un soplón.

Nares se interpuso entre el hombre y la puerta y llamó con autoridad a alguien que permanecía fuera.

—Iremos todos al lugar —dijo Nares al secretario en voz baja—, pero este hombre debe ir custodiado.

Todos los que integraban el grupo tenían la sensación de que ir a fisgar sobre una peña era algo muy tonto y extemporáneo, ya que el asesino había

confesado. Pero Nares, a pesar de ser el más escéptico y desdeñoso de todos, creyó que su deber le obligaba a no dejar piedra por remover, pues, a fin de cuentas, aquella peña era la única losa que reposaba sobre la líquida tumba del malogrado Gideon Wise. Nares, siendo el último en salir, cerró con llave la puerta de la casa y siguió a los demás a través de la llanura que se extendía hasta la peña. Se sorprendió entonces al ver que el joven Potter, el secretario, se dirigía hacia él con el rostro pálido como la luna.

—¡Por todos los santos, señor! —exclamó dejando oír por primera vez su voz en aquella noche—. Es verdad que hay algo, y es exactamente como él.

—¿Está usted loco? —dijo el detective—, todo el mundo está loco.

—¿Cree usted que no puedo reconocerlo cuando le veo? —exclamó el secretario con amargura—. Tengo mis razones para reconocerlo.

—Es posible —dijo el detective con agudeza—. Usted es de los que tienen motivos para odiarlo, como dijo Halket.

—Podría ser —dijo el secretario—; pero lo conozco bien y le digo que pude verle allí, derecho y mirándonos a la luz de esta luna maldita.

Y señaló a una hendidura de la peña, donde se destacaba algo semejante a un rayo de luz o a un poco de espuma del mar, aunque de aspecto más sólido. Se acercaron unos pasos y continuó sin moverse; parecía una estatua de plata.

Nares empalideció ligeramente y comenzó a titubear en su decisión. Potter estaba tan asustado como el mismo Horne, e incluso Byrne, que era un reportero endurecido, no estaba dispuesto a acercarse más. Se sorprendió de que el único hombre que pocos minutos antes había dicho que podía asustarse de los fantasmas se mostrara como el más decidido. El padre Brown andaba con aplomo, con su paso firme, como si fuera a consultar un tablón de anuncios.

—Me parece que no le preocupa mucho —dijo Byrne al sacerdote—. Y yo creía que era usted el único que daba por seguras estas cosas.

—Ya que hablamos de ello, le diré que yo esperaba que no le darían ustedes la más mínima importancia. Creer en espectros es una cosa, y creer en uno determinado es otra.

Byrne se sintió interesado y empezó a escudriñar las peñas que se amontonaban a su alrededor bajo la fría claridad de la luna, como los acompañantes de la visión o ilusión.

—No creí en ello hasta que lo vi —dijo.

—Y yo creí en ello mientras no lo vi —dijo el padre Brown.

El periodista lo contempló atravesar con paso tardo el espacio que lo separaba del macizo partido en dos y semejante a la vertiente de una colina

partida por la mitad. Bajo la pálida luna, la hierba parecía un cabello gris peinado hacia un lado por el viento y parecía que esta señalaba también el lugar en donde la agrietada peña mostraba reflejos lechosos sobre la superficie gris verde, el preciso lugar donde estaba la pálida silueta o brillante sombra que no podían aún explicarse. La desvaída figura continuaba dominando el triste panorama que, a no ser por la espalda cuadrada y el ademán resoluto del sacerdote al acercarse a aquel lugar, ofrecía un aspecto de completa desolación. El cautivo Horne se deshizo de sus guardianes y con un grito estridente corrió a adelantarse al sacerdote y, cayendo de rodillas ante el espectro, le imprecaba:

—Ya he confesado, ¿por qué has vuelto para decirles que fui yo?

—He venido para decirles que no fuiste tú —dijo el fantasma, y le tendió la mano. El hombre que estaba arrodillado se levantó, profiriendo un grito totalmente distinto; todos comprendieron que aquella mano era de carne y hueso.

—Fue el caso más notable de muerte que se recuerda —declararon el experto detective y el no menos experto periodista.

Hasta cierto punto era un caso extremadamente simple. Esquirlas y fragmentos de la roca venían desprendiéndose continuamente y quedaban en parte detenidos en la enorme grieta, de suerte que habían llegado a formar un pequeño reborde o saliente allí donde se había supuesto una negra línea atravesando el oscuro espacio hasta llegar al mar. El viejo, un viejo muy tozudo, fuerte y nervioso, había caído sobre dicho reborde y había pasado unas horribles veinticuatro horas esforzándose en subir por los pequeños salientes que a cada momento cedían al peso de su cuerpo; logró excavar una pequeña escalerilla de evasión. Esto nos explicaría la ilusión óptica de Horne, cuando dijo que una ola blanca aparecía y desaparecía y que por último se quedó quieta. En cualquier caso, allí estaba Gideon Wise, en carne y hueso, con su cabello blanco, sus polvorientos vestidos campestres y sus pronunciadas facciones campesinas que, sea por lo que sea, eran mucho más blancas que de costumbre. Es posible que resulte beneficioso para los millonarios pasar veinticuatro horas en un arrecife a dos pasos de la eternidad. En todo caso, no solo libró al criminal de toda acusación, sino que dio una versión verídica del accidente que modificó por completo el asunto. Wise declaró que no le habían tirado en manera alguna, sino que el suelo, que en aquel lugar se desmenuzaba constantemente, cedió bajo su peso y que incluso Horne había hecho algunos movimientos encaminados a salvarle.

—Sobre aquella providencial repisa de roca —dijo con solemnidad—, prometí al Señor perdonar a todos mis enemigos; y el Señor me juzgaría muy mezquino si no perdonara este accidente tan trivial.

Horne tuvo que salir custodiado por la policía. El detective sabía que si le era impuesto algún castigo había de ser insignificante. ¡No todos los asesinos pueden llevar al asesinado como testigo de descargo!

—Es un caso rarísimo —dijo Byrne mientras el detective y los otros se apresuraban hacia el pueblo.

—Lo es —asintió el padre Brown—: no es asunto que nos concierna, pero desearía que se quedara usted un poco conmigo para comentarlo.

Después de una breve pausa, Byrne dijo de pronto:

—Supongo que pensaba usted en Horne al manifestar que alguien decía menos de lo que sabía.

—Cuando lo dije, estaba pensando en el silencioso Potter, el secretario del ya no difunto o lamentado Gideon Wise.

—A decir verdad, la única vez que Potter me habló creí que estaba trastornado —confesó el asombrado Byrne—, pero nunca se me ocurrió que pudiera ser un criminal. Comenzó a decirme que todo se reducía a un refrigerador.

—Sí, ya dije que conocía algo del asunto. Pero no he dicho nunca que tuviera que ver con el asunto… Supongo que Wise es realmente lo bastante fuerte para haber escalado por sí mismo aquella oquedad.

—Pero ¿qué quiere usted decir? —exclamó el asombrado reportero—. Naturalmente que salió de allí; ¿no estaba con nosotros?

El sacerdote dejó incontestada la pregunta y preguntó bruscamente a su vez:

—¿Qué piensa usted de Horne?

—No se le puede llamar con absoluta propiedad un criminal. No se parece al menos a ninguno de los criminales que yo he visto, y tengo alguna experiencia; pero, naturalmente, Nares la tiene mucho mayor. Me parece que nunca nos satisfizo la idea de considerarlo criminal.

—En cambio, yo no le juzgué nunca capaz de otra cosa —añadió el sacerdote—. Debe saber usted mucho más que yo sobre criminales. Pero hay una clase de personas de las cuales yo, probablemente, sé más que usted e incluso que Nares, pongamos por caso. He conocido a muchos y conozco sus truquillos.

—Otra clase de personas —repitió Byrne confuso—. ¿Qué clase de personas?

—Arrepentidos.

—No acabo de comprender —objetó Byrne—. ¿Usted no cree en su crimen?

—No creo en su confesión —dijo el padre Brown—. He oído muchas confesiones, pero ninguna confesión espontánea ha sido como la de Horne. Demasiado romántica, sacada en su totalidad de libros. ¿No se fijó usted en cómo habló del sello de Caín? Eso lo ha sacado de un libro. Nadie que hubiese hecho una cosa así lo habría pensado. Suponga usted, por un momento, que fuera un honrado pasante o dependiente y que se viera sorprendido por la sensación de que había robado dinero. ¿Se le podía ocurrir, acaso, pensar en que su acción era la misma que la de Barrabás? O suponga que hubiese usted matado a un niño, preso de una cólera nefasta. ¿Se pondría a repasar la historia hasta llegar a identificar su acción con la de aquel potentado idumeo llamado Herodes? Créame: nuestros crímenes son, con mucho, demasiado repugnantemente privados y prosaicos para que se nos ocurra pensar enseguida en paralelismos históricos, por muy inteligentes que seamos. ¿Y por qué cree usted que saltó diciendo, sin ton ni son, que no delataría a nadie? ¿No cree usted que con solo decirlo ya los estaba delatando, pues nadie le había preguntado nada y lo más sencillo era no delatar a nadie? No, no creo que fuese sincero y, si estuviera en mi mano, no le absolvería. Bonitas se pondrían las cosas si empezáramos a perdonar a la gente por delitos que no habían cometido.

El padre Brown miró con detenimiento el mar.

—No comprendo adónde quiere ir a parar —exclamó Byrne—. ¿De qué sirve rodearlo de suposiciones cuando ya ha sido perdonado? De esta ya ha escapado. Ahora le veo completamente a salvo.

El padre Brown giró como una peonza y tomó a su amigo por el brazo con un entusiasmo inexplicable y del todo inesperado.

—¡Eso es —exclamó con énfasis—, nos han engañado a todos! ¡Está completamente seguro y ya se ha salvado por esta vez! Precisamente por eso es la clave del enigma.

—¡Por Dios! —exclamó Byrne pasmado.

—Quiero decir —insistió el rechoncho sacerdote— que está en el fregado porque se ha salido de él. Esta es la única y total explicación.

—Y, verdaderamente, una explicación muy clara —dijo Byrne.

Estuvieron mirando al mar unos instantes en silencio. Luego el padre Brown prosiguió alegremente:

—Y ahora llegamos a lo de la nevera o refrigerador. Donde todos ustedes se han equivocado desde un principio en el presente caso es en el mismo punto donde la mayor parte de hombres públicos y periodistas se equivocan. Todos ustedes ven tan solo que contra lo único que hay que luchar en el mundo de hoy día es contra el bolchevismo. Esta historia no tiene nada que ver con el bolchevismo, salvo quizá el tenerlo como fondo.

—Pues yo no lo entiendo así —dijo Byrne—; por un lado, tiene usted a los tres grandes millonarios metidos en aquel negocio, asesinados…

—¡No! —exclamó el sacerdote con voz aguda—. ¡No lo comprende usted! Ese es precisamente el quid. No hay tres millonarios asesinados. Hay solo dos asesinados y un tercero muy vivo e inquieto, dispuesto a pisar a quien sea. Y ahí tiene usted delante al tercer millonario, libre para siempre de la amenaza que pesaba sobre su cabeza, expresada naturalmente con frases muy finas y despreocupadas en la conversación misma que usted me explicó que se desarrolló en el hotel; Gallup y Stein amenazaron al viejo, anticuado e independiente mercachifle, con la posibilidad de que si no entraba en el juego le harían el vacío, dejándolo helado. Por esta razón dijeron lo de la nevera o refrigerador.

Después de una pausa continuó:

—Indudablemente, en el mundo moderno existe un movimiento bolchevique, que sin duda hay que contrarrestar; pero no creo mucho en la manera común de oponerse a él. En lo que nadie cae en la cuenta es en otro movimiento igualmente moderno e igualmente arrollador: el gran movimiento hacia el monopolio o el que convierte todas las industrias en gigantescos trust. Esto también es una revolución que desemboca en lo que la revolución desemboca. Los hombres se matarán por esto y contra esto, de la misma manera que lo hacen a favor y en contra del comunismo. Tiene sus ultimátums, sus invasiones y sus ejecuciones. Estos magnates de los sindicatos tienen sus cortes como los reyes, sus guardaespaldas y sus matones; tienen también sus espías en los campos enemigos. Horne era uno de los espías del viejo Gideon en uno de sus campos enemigos; pero fue usado contra otro enemigo: los rivales que le estaban arruinando porque no se unía a ellos.

—Sigo sin ver cómo lo usó —dijo Byrne— o de qué sirvió.

—¿No comprende usted —exclamó el padre Brown enojado— que se echaron una mano el uno al otro?

Byrne lo seguía mirando con aire de incredulidad, aunque la expresión de inteligencia empezaba a iluminar sus facciones.

—Eso es lo que quiero decir —prosiguió el otro— cuando digo que estaban en el asunto precisamente porque estaban fuera de él. La mayoría de las personas opinarán que se les debe absolver de los otros dos crímenes porque se ha probado que no estaban en este. Y, en realidad, estaban en aquellos, aunque no estaban en este, ya que este jamás se perpetró. Una coartada muy improbable y rara, esto es, improbable y por ello impenetrable. La mayor parte de los hombres dirá que quien confiesa un asesinato debe ser sincero y que quien perdona a su asesino también lo es. Nadie creerá que nunca llegó a existir tal crimen, de manera que el uno no tiene nada que perdonar y el otro nada que temer. Se habían dado cita aquí, para aquella noche, con objeto de eludir una historia que iba contra ellos mismos. Pero lo cierto es que no estuvieron aquí en la noche de autos; Horne estaba matando al viejo Gallup en el bosquecillo, mientras Wise estaba estrangulando al pequeño judío en su bañera romana. Por eso me he preguntado si Wise era lo realmente fuerte para resistir la ascensión que nos contó.

—Pues, desde luego, la historia estaba muy bien pensada —contestó Byrne decepcionado—. Cuadraba con el tono del paisaje y era muy convincente.

—Demasiado convincente para convencer —dijo el padre Brown moviendo la cabeza—. ¡Qué vívida era la espuma coronada por la claridad lunar que se levantaba en el aire y se convertía en un espectro…! ¡Qué literaria! Horne es un sujeto ruin e indeseable, un truhán, pero no olvide usted que, como muchos de los truhanes y granujas de la historia, también es un poeta.

EL SECRETO DEL PADRE BROWN
(1927)

EL SECRETO DEL PADRE BROWN

Flambeau, que en un tiempo fue el criminal más famoso de Francia y más tarde detective privado en Inglaterra, hacía ya, por el presente, bastante tiempo que se había retirado de ambas profesiones. Personas hay que opinan que la carrera del crimen le había dejado demasiados escrúpulos para la de detective. Sea ello lo que fuere, lo cierto es que, tras una vida de escapatorias románticas y de evasiones, dejose caer por fin en un lugar que para algunos parecía indicar una dirección muy apropiada: un castillo en España.

Sin embargo, el castillo, aunque macizo, era relativamente pequeño; la viña negra y las tierras verdes del huerto cubrían una extensión considerablemente grande de la ladera oscura de un monte. Flambeau, después de tantas aventuras de violencia, poseía aún aquello que es patrimonio de tantos latinos y que es fatal, por ejemplo, para tantos americanos: la energía para retirarse. No es infrecuente que un gran propietario de hotel tenga como ambición en su carrera convertirse en un pequeño terrateniente, en el preciso instante en que podía haberse convertido en millonario detestable comprando una cadena de comercios, para replegarse a los linderos de un hogar y sus dominios.

Flambeau se había enamorado casual y repentinamente de una dama española, con quien se casó y tuvo numerosa descendencia en una de las provincias españolas, sin dar muestra de querer traspasar sus límites; pero cierta mañana su familia lo vio inquieto y desasosegado; dejó atrás a los chiquillos y descendió gran parte de la ladera para ir al encuentro de una persona que se acercaba por el valle, aun cuando dicha persona no fuera más que un punto negro en el horizonte.

El punto negro fue creciendo en tamaño, si bien cambió poco de forma, pues continuó siendo, hablando en términos generales, tan negro como redondo. Las ropas negras de los clérigos no eran desconocidas por aquellos andurriales, pero estas, sin dejar de ser clericales, tenían a la vez algo de vulgar y desaliñado comparadas con la sotana, y acreditaban al que las usaba como habitante de las islas del Noroeste con la misma claridad que si hubiese llevado un cartelito diciendo: *Clapham Junction*[10] Llevaba en la mano un paraguas cuya empuñadura parecía una pequeña porra y a la vista del cual su amigo latino estuvo a punto de derramar lágrimas de emoción, pues aquel paraguas había tomado también parte en muchas aventuras que él y el padre

corrieran juntos en otro tiempo. El visitante no era otro que el amigo del francés, el padre Brown, que venía a hacerle, por fin, una visita muy deseada y muy aplazada. Se escribían con frecuencia, pero no se habían visto desde hacía varios años.

El padre Brown se acomodó pronto dentro del círculo familiar, que era lo bastante grande como para dar la sensación de compañía o de comodidad. Fue presentado a las tres figuras de madera pintada y dorada de los Reyes Magos, que son los que traen los juguetes a los niños, pues España es un país en el cual las cosas de los niños pesan mucho en todos los hogares. También le fueron presentados el perro y el gato y todos los seres animados del corral. Y a su vez lo fue él a un vecino que, como él mismo, había traído al valle el soplo y las maneras de las tierras lejanas.

Ocurrió que durante el transcurso de la tercera de las tardes que el sacerdote pasaba en la casona, vio llegar a esta a un extranjero que saludó a los dueños de la misma con saludos que ningún Grande de España sería capaz de imitar.

Se trataba de un caballero alto, delgado, de cabello gris y muy elegante. Sus manos, puños y gemelos tenían un no sé qué de subyugador en su extremada limpieza. Sin embargo, su rostro estirado nada tenía de aquella languidez que en nuestro país solemos asociar por lo común, en las caricaturas, con la manicura y los puños largos. Antes bien, era agudo y estaba alerta y los ojos tenían una expresión de inocencia y perspicacia que no suelen andar unidas con mucha frecuencia a los cabellos grises. Esto solo podía haber servido para determinar la nacionalidad de la persona; como asimismo la pequeña entonación nasal de su refinada voz y el modo como aceptaba incondicionalmente la antigüedad de todo cuanto le rodeaba, de origen europeo. Este personaje era nada menos que el señor Grandison Chace, de Boston, viajero americano que se había detenido a descansar de sus viajes americanos en la propiedad contigua; en una especie de castillo semejante a este donde se encontraba ahora, situado sobre una colina aproximadamente igual. Disfrutaba con su castillo y consideraba a su vecino como una curiosidad local del mismo tipo que aquel. Flambeau había logrado dar, como hemos dicho, la impresión de que había echado raíces al retirarse. Pudiera haber vivido allí durante siglos, creciendo junto a su higuera y su viñedo; había adoptado su nombre familiar de Duroc, pues el otro que usaba de «La Antorcha» no era sino lo que se podía llamar un *nom de guerre*, semejante a aquellos con que otros se encubren para hacer la guerra a la sociedad. Sentía verdadera debilidad por su mujer y su familia, y no se alejaba de la casa sino

lo conveniente para cazar un poco, lo cual constituía para el americano la personificación de una respetabilidad sobrada y un moderado bienestar, ya que era lo bastante sensato para admirar a la gente del Mediterráneo. A la piedra rodante del oeste le alegraba descansar durante unos minutos sobre la roca del sur que había recogido tanto musgo. El señor Chace había oído hablar del padre Brown; y, al dirigirse a él, su tono cambió como si se tratara de una celebridad. Surgió en él el instinto del reportero, cauto, pero alerta. Si es verdad que quiso sonsacar al padre Brown como si fuera una muela, no lo es menos que lo hizo sin dolor, como un hábil y mañoso dentista americano.

Hallábanse sentados en la entrada de la casa, que formaba como un patio abierto y a medio techar, de esos que tanto abundan en España. Era ya hacia el atardecer, pero a esa hora en que empieza a cerrar la noche, y como el aire del monte en esas regiones empieza a refrescar después de la puesta del sol, tenían encendida una pequeña estufa, que asomaba unos ojos relucientes cual los de un enano y dibujaban un arabesco rojo en el suelo; sin embargo, ninguno de los benéficos rayos alcanzaba la pared interior de ladrillo que lo elevaba hacia la noche azul. La alta y forzuda silueta de Flambeau, con sus largos bigotes cuales dos sables, se reflejaba débilmente, mientras iba de acá para allá, vertiendo vino tinto de un gran barril, que pasaba a sus invitados. A su lado, el sacerdote parecía muy pequeño y encogido, como si se hiciera un ovillo junto a la estufa. El visitante americano, por otra parte, apoyaba elegantemente el codo sobre sus rodillas y sus facciones, afiladas y bellas, quedaban sobre el ruedo iluminado. Sus ojos brillaban con interés inquisitivo.

—Le aseguro a usted, señor, que consideramos el resultado obtenido por usted en el caso del asesinato del Claro de Luna como el mayor triunfo de la historia detectivesca.

El padre Brown murmuró algo que quizá hubiera podido ser tomado por un suspiro.

—Todos estamos familiarizados —continuó el extranjero con firmeza— con los resultados obtenidos por Dupin, Nick Carter y otras figuras imaginarias del oficio. Pero todos notamos que hay una diferencia notable entre su método de investigación y el de esos otros pensadores, ya sean imaginarios o reales. Algunos han llegado a decir, señor, si la diferencia de método no estribaría en la falta de método.

El padre Brown persistió en su silencio, pegó un pequeño respingo cual si se hubiese amodorrado sobre la estufa y dijo:

—Perdone. Sí… Ausencia de método… Ausencia de pensamiento: eso es, me temo mucho que así sea.

—Yo diría que lo que falta es un método rigurosamente científico —continuó el investigador—. Edgar Poe nos da a conocer varios pequeños ensayos en forma dialogada, en los cuales refiere el método de Dupin con sus cautivadoras trabazones lógicas. El doctor Watson, por su parte, se vio obligado a aguantar algunas exposiciones muy precisas del método de Holmes, basadas en sus observaciones de índole puramente material. Pero me parece que a nadie le ha sido expuesto su método, padre Brown, y me dijeron que usted había rehusado dar un curso de conferencias por Estados Unidos destinado a exponerlo.

—En efecto —repuso el sacerdote frunciendo el entrecejo y mirando a la estufa—. Rehusé.

—Su negativa dio pie a algunos temas de conversación interesante y no faltó quien opinara que su ciencia no podía ser explicada por ser algo más que una ciencia racional. Dicen que su secreto no es para divulgarlo, porque es de carácter oculto.

—¿Por qué? ¿Qué es? —preguntó el padre Brown.

—Pues algo así como esotérico —contestó el otro—. Puedo decirle que la gente se armó un buen lío con el asunto de Gallup, con el de Stein, luego con el del viejo Merton y ahora con el del juez de Gwynne y el del doble asesinato cometido por Dalmon, que era bien conocido allá en Estados Unidos. Y allí estaba usted, metido siempre en medio de todos, explicándoles a todos cómo se había desarrollado, sin decir nunca cómo había llegado usted a descubrirlo. Hubo quien llegó a imaginarse que usted lo sabía sin mirar, por decirlo así. Y Charlotte Brownson dio una tanda de conferencias sobre *Los modos de pensar*, ilustrándolas con esos casos de usted. La *Second Sight Sisterhood* de Indianápolis…

El padre Brown continuaba mirando a la estufa y dejó escapar en voz alta, pero como si pensara:

—¡Uy! Esto no puede ser.

—Yo no sé cómo podrá evitarse —dijo el señor Chace con humor—. La *Second Sight Sisterhood* es algo de cuidado. El único procedimiento que se me ocurre para obtener éxito es que nos diga su secreto.

El padre Brown lanzó un pequeño gruñido. Escondió el rostro entre sus manos y permaneció de esta manera sumido en sus pensamientos. Levantó luego la cabeza y aceptó con voz opaca:

—Muy bien. Tendré que decir el secreto.

Su mirada se posó severa sobre el oscurecido paisaje, que abarcaba desde los ojos chispeantes de la estufa hasta el lienzo de pared antigua, por encima

de la cual iban dibujándose con precisión creciente las luminosas estrellas del Sur.

—El secreto es —dijo, y se detuvo como si no pudiera continuar. Minutos después recuperó el habla para decir—: Vea usted, fui yo quien maté a todas esas personas.

—¿Cómo? —interrogó el otro, con un hilo de voz en medio de un silencio expectante.

—Verá usted, yo mismo los asesiné —explicó el padre Brown pacientemente—. De este modo comprenderá por qué sabía yo cómo se desarrollaron los hechos.

Grandison Chace se irguió con toda su portentosa estatura, semejante a un hombre levantado hasta el techo por algo así como una explosión lenta. Y, mirando a su interlocutor, volvió a repetir su asombrosa respuesta.

—Yo mismo había planeado cada uno de los asesinatos cuidadosamente —prosiguió el padre Brown—. Me había imaginado con todos los pormenores cómo se podía llegar a semejante cosa y en qué estado mental podía hacerse. Y cuando estuve completamente seguro de que el asesino había sentido lo que yo, entonces, naturalmente, sabía quién era.

Chace, mirando fijamente al padre Brown, dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Me asustó usted, de veras —dijo—. De momento creí que decía en serio lo de que había usted sido el asesino. Y también me lo figuré por espacio de unos segundos, corriendo por los Estados: «Agente santurrón declarado asesino: los Cien Crímenes del padre Brown». Comprendo, comprendo, pero si no es más que una manera de hablar y usted quiere decir con ello que intentó reconstruir la psicología…

El padre Brown golpeó impaciente la estufa con la corta pipa que se disponía a llenar. Uno de sus raros gestos de impaciencia se dibujó en su rostro siempre impasible.

—No, no, no —dijo, casi enojado—. No quiero hablar hipotéticamente. En esto es en lo que más a menudo se desemboca queriendo hablar de cosas profundas… Una verdad, que es sencillamente moral, la gente cree siempre que se trata de una metáfora. Un hombre hecho y derecho, con sus dos piernas y que aún vive, me dijo en cierta ocasión: «Yo no creo en el Espíritu Santo más que en un sentido espiritual». Naturalmente, le contesté: «¿En qué otro sentido podría usted creer en Él?». Y entonces él creyó que yo quise decir que no era necesario que creyera en ninguna otra cosa que no fuera el evolucionismo o la amistad ética, o alguna otra paparruchada semejante… Yo

quise decir, y digo, que me vi a mí mismo cometiendo los asesinatos. No digo que los ejecutara. Pero ahora no se trata de eso. Un ladrillo o cualquier trasto habría servido para perpetrarlos. Lo que yo quiero decir es que pensé y pensé de qué manera podría un hombre llegar a ser así, hasta que me daba cuenta de que yo mismo era de aquella manera, en todo, menos en aceptar el consentimiento formal de la acción. Me lo sugirió una vez un amigo mío como ejercicio religioso. Me parece que él lo debió de sacar del papa León XIII, por quien siempre sentí una gran debilidad.

—Me temo —observó el americano mirando al padre Brown con aire de duda, como quien se enfrenta con un animal raro— que tendrá que explicarme usted muchas cosas antes de que llegue a saber de qué me está usted hablando. La ciencia del detective…

El padre Brown chasqueó sus dedos con la misma expresión de vivo descontento:

—Eso es —dijo—; aquí es, precisamente, donde hemos de empezar a distinguir. La ciencia es una cosa grande. En su sentido verdadero, una de las palabras más grandes del mundo. Pero ¿qué quieren significar con ella esos hombres el noventa por ciento de las veces que la emplean? ¿Cuando dicen que el detectivismo es una ciencia? ¿Cuando dicen que la criminología es una ciencia? Ellos se refieren a la que estriba en salirse del hombre y estudiarlo como si fuera un insecto gigante; mantenerlo dentro de lo que ellos dirían una luz fría e imparcial; en lo que yo diría una luz muerta y deshumanizada. Quieren decir llevárselo lejos como si fuera un criminal, como si fuese un animal prehistórico, asombrándose ante la forma de su cráneo de criminal, como si fuera una clase de vegetación inverosímil, semejante al cuerno sobre la nariz de un rinoceronte. Cuando el científico habla de un tipo, no se incluye nunca a sí mismo, sino a su vecino. Probablemente a su vecino más pobre. No niego que algunas veces la luz fría dé buenos frutos, aunque, en cierto modo, se convierte en lo contrario a la ciencia. Por cuanto que, como conocimiento, resulta la supresión de todo aquello que conocemos. Es tratar a un amigo como a un extranjero y llegar a pretender que una cosa familiar sea algo remoto y misterioso. Es como si se dijera que un hombre tiene una probóscide entre los ojos o que cada veinticuatro horas sufre un ataque de insensibilidad. Bueno, pues eso a lo que usted llama el secreto, es exactamente lo contrario. Yo no intento eludir al hombre. Lo que yo intento es meterme dentro del asesinato… en verdad… ¿No ve usted que esto es mucho más que lo otro? Me meto dentro de un hombre. Siempre estoy dentro de uno, muevo sus brazos y piernas; pero espero y trabajo hasta hallarme dentro de un asesino,

pensando sus pensamientos, acunando sus pasiones: hasta que logro vivir en su postura encogida y su odio concentrado; hasta que veo el mundo con sus mismos ojos ensangrentados y entreabiertos asomando por entre las rendijas de su abstracción medio loca, corriendo tras la perspectiva de un callejón recto que desemboca en un pozo de sangre; hasta llegar a ser un verdadero asesino.

—¡Ah! —dijo el señor Chace, mirándolo con rostro alargado y ceñudo—. ¿Y a eso llama usted un ejercicio religioso?

El padre replicó:

—Eso es, a eso le llamo yo un ejercicio religioso.

El padre Brown dio una fuerte chupada a su pipa.

—Es un ejercicio auténtico al que habría preferido no aludir —añadió tras la pausa—. Pero no podría tolerar que regresase usted a su patria dispuesto a decir a sus compatriotas que yo tenía un secreto mágico relacionado con las *Though Forms*[11]. Dígame si podría. No me he sabido expresar bien, pero esa es la verdad. No existe un hombre que sea realmente bueno mientras no sepa cuán malo puede llegar a ser. Hasta que no se ha dado cuenta de ello con exactitud, puede hablar desdeñosamente de toda esa fanfarronería, palabrería y discusión acerca de los criminales, como si estos fueran simios de la selva y habitaran a millares de kilómetros; hasta que no se ha desprendido de su autoengaño, hablando acerca de las clases y tipos bajos y cráneos deficientes; hasta que no ha expelido de su alma la última gota de la esencia de los fariseos, y hasta el momento en que no tenga la convicción de que ha capturado a un criminal y lo tiene bien guardado debajo de su propio sombrero.

Flambeau se aproximó a ellos y llenó un gran vaso con vino español, poniéndolo delante de su amigo de la misma manera que había colocado otro delante del extranjero. Entonces habló por primera vez, diciendo:

—Me parece que el padre Brown tiene una nueva hornada de misterios. Me parece que hablábamos de ello otro día. Ha tratado a una gente bastante curiosa desde que nos encontramos últimamente.

—Sí, ya conozco las anécdotas más o menos…, pero no conozco el modo de aplicar el método —dijo Chace, levantando la copa pensativo—. Me podría usted citar algún caso…, me imagino… Quiero decir, ¿ha procedido usted con todos esos extravagantes del mismo modo introspectivo?

El padre Brown también tomó su vaso y el resplandor del fuego hizo que el vino tinto se tornara transparente cual vidrio teñido del color de sangre en el que se representa el martirio de un santo. La llama roja parecía subrayar sus

ojos y atraer su mirada, que se hundía más y más en la copa, como si esta contuviera el rojo mar de sangre de todos los hombres y como si su alma fuera un buceador hundiéndose siempre en oscura humildad e imaginación invertida, siempre por debajo de sus peores monstruos y entre el barro más corrompido. En esa copa, como en un espejo rojo, veía él muchas cosas: las hazañas de sus últimos días se movían aún como sombras rojas; los ejemplos que sus compañeros le pedían danzaban ante él en forma simbólica; y pasaron por delante de él todas las historias que aquí se cuentan. El vino luminoso le parecía una puesta de sol bermeja sobre un horizonte de playas escarlata por el que pasaban las siluetas oscuras de varios hombres; uno de ellos estaba caído y otro corría hacia él; entonces la imagen pareció descomponerse en pequeños fragmentos que fueron bien pronto faroles rojos pendiendo de las ramas de un jardín en el que un lago reflejaba sus rayos encarnados; de nuevo pareció que todo aquel brillo se concentrase en una gran rosa de vidrio rojo, joya que iluminaba el mundo cual otro sol poniente dejando, sin embargo, negra y opaca, la figura negra de un hombre cuya cabeza se hallaba cubierta por la tiara de un sacerdote prehistórico. La llama viva volvió a reducirse al rojo opaco de una barba mecida por los vientos de un erial gris. Todas estas cosas, que podrán apreciarse más tarde desde otros puntos de vista y bajo otros aspectos que surgieron en el panorama de su memoria, ante el reto sufrido, y fueron tomando forma de argumentos.

—Sí —dijo, al tiempo que se llevaba lentamente la copa de vino a los labios—, recuerdo muy bien…

EL ESPEJO DEL MAGISTRADO

James Bagshaw y Wilfred Underhill eran viejos amigos y sentían gran placer paseando de noche por las calles, hablando ininterrumpidamente, mientras daban vuelta tras vuelta a las esquinas del silencioso laberinto, sin vida aparente, del gran barrio residencial donde habitaban. El primero era un hombre optimista, corpulento y moreno, con una raya negra por bigote y cuya profesión era la de policía-detective; el segundo, cuyo cabello era rubio, era un señor de rostro alargado y sensible, aficionado al detectivismo.

Con algo así como un sobresalto los lectores de las mejores novelas científicas se enterarán de que era el policía quien hablaba y el aficionado el que respetuosamente escuchaba.

—Nuestra profesión es la única en la que se da por supuesto que el profesional se equivoca. A fin de cuentas no hay nadie que escriba novelas en las que haya peluqueros que no sepan cortar el cabello y que sea el cliente quien haya de ayudarles; o en las que se encuentre un conductor de taxi que no sepa conducirlo hasta que su viajero no le haya explicado la filosofía de la conducción taxista. A pesar de todo, yo no negaría que, frecuentemente, tenemos la tendencia de meternos en una red, o en otras palabras, que gozamos de la desventaja de proceder con un sistema. Donde más se equivocan los novelistas es en que ni suponen que obramos según una norma.

—De seguro —interpuso Underhill— que Sherlock Holmes diría que él obraba según un método lógico.

—Quizá tenga razón —replicó el otro—, pero yo quise decir un método colectivo. Es como el material de trabajo de una armada. Nosotros procedemos a intercambiar nuestra información.

—¿Y no cree usted que las novelas detectivescas dan esto por supuesto?

—Bueno, mire usted; supongamos por caso, un suceso imaginario de Sherlock Holmes y Lestrade, el detective oficial. Sherlock Holmes, digamos por ejemplo, adivina que un hombre totalmente desconocido es un extranjero porque le parece ver que mira si vienen los coches por la derecha en lugar de por la izquierda. Estoy dispuesto a admitir que Holmes podría adivinarlo. Estoy seguro, por otra parte, de que Lestrade no lo adivinaría en absoluto. Pero lo que esos señores olvidan es que, si bien el policía no lo adivina, quizá podía saberlo. Lestrade podía saber que el hombre era un extranjero por el mero hecho de que su departamento ha de vigilar a todos los extranjeros.

Algunos añadirían que también a los naturales del país. Yo, como policía, me alegro de que estos sepan tanto, pues a todo hombre le gusta cumplir bien con su obligación. Pero, como ciudadano, me pregunto a veces si no sabrán demasiado.

—No me dirá formalmente —dijo Underhill, incrédulo— que usted sabe todo lo que se refiere a personas desconocidas que viven en una calle desconocida. De salir un hombre de aquella casa, ¿sabría usted algo de él?

—Lo sabría si se trataba del propietario o inquilino —contestó Bagshaw —. Esa casa está alquilada por un hombre de letras de origen anglorumano que generalmente vive en París, pero que ahora se halla aquí para llevar a cabo alguna gestión referente a una obra teatral suya. Su nombre es Osric Orm, uno de los nuevos poetas, muy difícil de leer, según tengo entendido.

—No, yo quería decir toda la gente de una calle —dijo su compañero—. Yo mismo estaba pensando en lo muy extraño, nuevo e inapelable que es todo: estas altas paredes y esas casas perdidas en medio de sus grandes jardines. No es posible que las conozca todas.

—Conozco algunas —contestó Bagshaw—. Esta pared junto a la que caminamos se halla situada en los confines de la posesión de sir Humphrey Gwynne, el viejo juez que causó tanto ruido sobre el espionaje durante la guerra. La casa de al lado pertenece a un rico comerciante de cigarrillos. Procede de la América española a pesar de ostentar el nombre tan inglés de Buller. La casa de más allá… ¿Ha oído usted eso?

—He oído algo —dijo Underhill—, pero verdaderamente no podría decir lo que ha sido.

—Yo sí lo sé —afirmó el detective—, era un revólver bastante grande disparado por dos veces y seguido por un grito de socorro. Salió del jardín posterior de la casa del juez Gwynne, sede de paz y legalidad.

Recorrió la calle con sus ojos y añadió luego:

—La única puerta de acceso al jardín trasero está a media milla de aquí, hacia el otro lado. Si esta pared fuese más baja, y yo un poco más alto… de todas maneras he de intentarlo.

—Es un poco más bajo hacia allá —dijo Underhill—, y me parece que hay un árbol que podría servirnos de ayuda.

Se dirigieron hacia allá con rapidez y hallaron un punto donde la pared parecía hundirse bruscamente, igual que si la tierra se hubiese tragado la mitad; y un árbol del jardín, haciendo alarde de una florida exuberancia, se esforzaba por salir de su oscuro encierro en busca de la dorada luz de un farol solitario. Bagshaw se agarró a una de las ramas y pasó una pierna por encima

de la pared; a los pocos instantes se hallaba en un seto de flores que le llegaba a la rodilla.

El jardín del juez Gwynne ofrecía por las noches un espectáculo bastante singular. Era grande y quedaba situado en la parte menos habitada del barrio y crecía a la sombra de una casa alta, última en la hilera de casas de la calle. Estaba completamente a oscuras, por hallarse los postigos cerrados y apagadas las luces. Sin embargo, el jardín, que debería ser un portento de oscuridad, por crecer a la sombra de la alta casa, desplegaba una multitud de reflejos, como los provenientes de las últimas muestras de unos fuegos artificiales; como si un cohete gigante hubiese caído encendido en medio de los árboles. A medida que fueron avanzando, descubrieron que podían atribuirlo a la luz que despedían varias lámparas de colores, colgadas de los árboles, como los frutos preciosos de Aladino. El resplandor brotaba, de una manera especial, de un pequeño lago que bullía con pálidos colores como si hubiese una lámpara encendida debajo del agua.

—¿Tiene invitados? —preguntó Underhill—. Parece que el jardín está iluminado.

—No —contestó Bagshaw—; es una de sus manías, y me parece que prefiere dedicarse a ella estando solo. Le gusta jugar con un pequeño cuadro de electricidad desde un *bungalow*, en el jardín, que es donde acostumbra a trabajar y a guardar sus documentos. Buller, que le conoce bien, dice que las lámparas de colores representan indudablemente el signo de que no se le debe molestar.

—Una especie de luces rojas de «peligro» —comentó su compañero.

—¡Santo Dios! ¡Y me parece que lo son! —Y echó a correr.

Underhill vio entonces lo que el otro había visto. El ruedo de luz amarillenta cual el halo de la luna que se extendía alrededor del lago, estaba interrumpido en un lugar por dos tiras negras o trazos, que pronto tomaron la forma de dos largas piernas, enfundadas de negro, de alguien caído de bruces en el suelo con la cabeza en el lago.

—Sígame —dijo el detective, autoritario—, esto me parece…

El resto de la frase se perdió en su rápida carrera a través del gran cuadrilátero de hierba debidamente iluminado por la luz artificial, en dirección hacia el lago y el caído. Underhill corría, decidido, siguiendo el recto camino de su compañero, cuando sucedió algo que momentáneamente le sobresaltó. Bagshaw, que iba más decidido que una bala hacia la figura negra del lago, torció su recta marcha, haciendo un ángulo cerrado, y comenzó a correr, si cabe, con mayor ligereza aún. Underhill no podía imaginarse lo que

pretendía con este cambio de rumbo. Dos minutos después de que el detective hubiese desaparecido en la sombra de la casa se oyeron los ruidos de una reyerta y una blasfemia; y entonces reapareció Bagshaw trayendo consigo a un hombrecillo de cabello rojo que luchaba por desprenderse. El arrestado huía al amparo de la casa cuando el oído agudo del detective lo oyó moverse por entre los arbustos.

—Underhill —dijo el detective—, ¿querría usted ir a mirar lo que hay en el lago? Y ahora veamos. ¿Quién es usted? —dijo encarándose con el detenido—. ¿Cómo se llama usted?

—Michael Flood —dijo el extranjero de mala gana. Era un hombrecillo delgado por demás, de nariz aguileña, demasiado grande para su rostro pálido cual pergamino, en contraste con el color rojizo de sus cabellos—. No tengo nada que ver con todo esto. Le hallé muerto y me asusté; yo solo vine a verle por cuenta de un periódico.

—Cuando va a hacer un reportaje, ¿acostumbra usted a entrar saltando por la pared? —dijo Bagshaw, señalando, severo, la línea de pisadas que iban y venían del macizo de flores.

El rostro del hombre que dijo llamarse Flood tenía una expresión igualmente severa.

—El reportero puede muy bien saltar la pared —dijo—, pues no podía hacerme abrir. El criado estaba fuera.

—¿Cómo sabía usted que no estaba? —preguntó el sagaz agente.

—Pues porque no soy la única persona que salta las paredes —dijo Flood con la mayor calma—. Me parece que ustedes debieron, con toda probabilidad, hacer lo propio. De todas maneras, el criado lo hizo, porque acabo de verle saltar la pared del otro lado, muy cerca de la puerta.

—Entonces, ¿por qué no se sirvió de esta?

—¿Cómo he de saberlo? —replicó Flood—. Supongo que sería porque estaba cerrada. Más vale que se lo pregunte a él, no a mí; ahora mismo viene hacia la casa.

En efecto, empezaba a vislumbrarse otra sombra en la luz rojiza del jardín: era una figura baja, de cabeza redonda, que llevaba un chaleco viejo como parte más destacada de un ajuar bastante raído. Parecía que iba hacia la casa con bastante prisa, hasta el momento en que Bagshaw lo detuvo. Se acercó a ellos de mala gana, mostrándoles un rostro amarillo con una expresión asiática que armonizaba con su cabello negro azul.

Bagshaw se volvió rápidamente hacia el hombre llamado Flood y le preguntó:

—¿Hay alguno por aquí que pueda salir fiador de usted?

—Me parece que no muchos en todo este país —gruñó Flood—. Acabo de llegar de Irlanda; la única persona que conozco es a un cura de la iglesia de San Dominico: padre Brown.

—Ninguno de ustedes puede abandonar el lugar —dijo Bagshaw, y, dirigiéndose al criado—: usted puede ir a la casa y telefonear a la rectoría de San Dominico, preguntando si el padre Brown sería tan amable de venir hasta aquí. No bromeo. ¿Entendido?

Mientras el enérgico detective ponía a raya a los presuntos culpables, su compañero le había obedecido fielmente y se hallaba junto al punto real de la tragedia. Era una escena bien poco común, y de no haber sido una tragedia, hubiese resultado algo muy fantástico. El muerto —pues al menor examen se vio que era tal— yacía con la cabeza dentro del lago, en el que el resplandor de la iluminación artificial rodeaba la cabeza con algo así como un halo poco santo. La cara era amarillenta y de aspecto siniestro, la cabeza era calva y los pocos cabellos rizados que le quedaban eran de color gris oscuro, cual argollas de acero, y a pesar de la herida ocasionada por la bala que le había entrado por la sien, Underhill no tuvo la menor dificultad en reconocer las facciones como pertenecientes a sir Humphrey Gwynne, que conocía por muchos retratos de los periódicos. El difunto iba vestido de etiqueta y sus piernas, largas y negras, eran tan delgadas que bien podían compararse a las de una araña y se extendían en ángulos distintos por la vertiente empinada donde había caído. Como por un capricho sobrenatural, la sangre fluía muy despacio, haciendo arabescos diabólicos en la iluminada agua, formando anillos y vetas serpentinas del mismo color que el rosa transparente de las puestas de sol.

Underhill no supo cuánto tiempo transcurrió mirando aquel cuadro macabro, cuando se dio cuenta de que había un grupo de cuatro figuras en el borde de la pendiente. Estaba preparado para hallarse con Bagshaw y el irlandés detenido y no tuvo la menor dificultad en adivinar el motivo de la presencia del criado del chaleco rojo. Pero en la cuarta figura existía una especie de solemnidad grotesca que, no obstante, parecía muy apropiada a toda aquella impropiedad. Era una figura baja, de cara redonda y con un sombrero como un halo negro. Se dio perfecta cuenta de que era un sacerdote; pero había algo en él que le hacía pensar en un antiguo grabado al boj, al final de una *Danza de la muerte*. Oyó entonces cómo Bagshaw decía al sacerdote:

—Me alegra que pueda identificar a este hombre; pero ha de comprender que se me hizo sospechoso. Claro, tal vez sea inocente, pero como entró de

una manera poco regular…

—Yo mismo creo que es inocente —dijo bajito el sacerdote con voz opaca—, pero yo puedo equivocarme, naturalmente.

—¿Por qué cree usted que es inocente?

—Porque entró en el jardín de una manera irregular —contestó el clérigo —. Yo entré como se debe entrar. Pero, por lo que parece, soy la única persona que lo ha hecho así. La gente más decente de hoy día parece entrar en las casas saltando las paredes.

—¿Qué quiere usted decir cuando dice de la manera corriente o regular? —preguntó el detective.

—Bueno —dijo el padre Brown mirándole con desembarazada gravedad —. Yo entré por la puerta de delante. Acostumbro a entrar en muchas casas por ese procedimiento.

—Perdone usted —dijo Bagshaw—, pero ¿importa que haya usted entrado por la puerta principal o que vaya a delatar al asesino?

—Sí que importa —dijo el sacerdote sin inmutarse—. La verdad es que cuando entré por la puerta principal vi algo que me parece que nadie más ha visto. Creo que tal vez tenga eso algo que ver con lo que ha ocurrido.

—¿Qué fue lo que vio usted?

—Vi una verdadera catástrofe —dijo el padre Brown con su voz incolora —. Un gran espejo hecho añicos, una pequeña palmera echada por los suelos y la maceta rota. Me pareció entonces que había sucedido algo.

—Eso es —dijo Bagshaw después de una pausa—. Si usted vio eso, es seguro que debe tener algo que ver con todo esto.

—Pues si eso es cierto, me parece que podemos descartar a una persona del asunto —continuó el sacerdote con el mismo tono reposado—, y esta es el señor Michael Flood, quien no entró en la casa por la puerta principal, e intentaba salir de ella de la misma manera poco regular. Es esta excepcional manera de proceder lo que me inclina a creer en su inocencia.

—Entremos en la casa —dijo Bagshaw de pronto.

Al entrar en ella por una puerta lateral, Bagshaw se quedó un poco rezagado.

—Ese criado me parece un poco especial —dijo—, me parece que se llama Green, aunque no lo parece mucho[12]; y no cabe duda de que es el criado de Gwynne; según parece era el único criado fijo que tenía. Lo curioso es que negó rotundamente que su dueño estuviera en la casa, ni vivo ni muerto. Dijo que el viejo juez había salido para un banquete de compañeros, y lo dijo para excusar su salida.

—¿Y no dio ninguna excusa por la manera poco corriente de entrar?

—No, ninguna en absoluto —contestó el detective—. No puedo poner nada en claro. Me parece que está asustado por algo.

Como entraron por la puerta lateral, se hallaron en el recibidor por la parte del fondo, ya que aquel corría a lo largo de la casa y terminaba en la puerta principal, iluminada por una lúgubre ventana de antiguo modelo. Una luz gris comenzaba a perfilarse en la oscuridad cual una aurora triste y descolorida. La luz que iluminaba el vestíbulo provenía de la única lamparilla, también antigua, que estaba en un rincón. A la claridad de esta, Bagshaw pudo ver la catástrofe de que le había hablado el padre Brown. Una palmera alta, de largas hojas, había caído en toda su longitud y la maceta rojo oscuro, estaba hecha pedazos. Estos se mezclaban sobre la alfombra con los trocitos relucientes de espejo, cuyo marco, casi vacío, se hallaba colgado a su espalda. Situadas formando ángulo recto con esta entrada había otras dos puertas y, frente a ellos, otra que daba a un pasillo que conducía al resto de la casa. En el extremo opuesto del pasillo se podía ver el teléfono que había usado el criado para llamar al sacerdote; y una puerta medio abierta por la que se entreveían los lomos de piel de muchos libros. Señalaba a aquella como el lugar de acceso al despacho del juez.

Bagshaw se quedó mirando la maceta caída y los trocitos de cristal.

—Tiene usted razón —dijo al sacerdote—, aquí ha habido una lucha, y debió desarrollarse entre Gwynne y su asesino.

—Ya me pareció que había sucedido algo —dijo el padre Brown.

—Sí, es bastante sencillo imaginárselo —insistió el detective—. El asesino entró por la puerta principal y halló a Gwynne; probablemente fue Gwynne el que le abrió. Hubo una lucha a muerte, quizás un tiro desviado hizo blanco en el espejo o quizá lo rompieron de un golpe, un puntapié o cualquier otra cosa. Gwynne trató de librarse de él y huyó hacia el jardín. Me parece que tal debió de ser el curso de los acontecimientos; claro, de todas maneras he de mirar las otras habitaciones.

Las otras habitaciones, sin embargo, aclararon muy pocas cosas más, aunque Bagshaw hizo notar la pistola automática que halló cargada en un cajón del despacho.

—Parece que estuviera sobre aviso —dijo—, aunque me parece raro que no la llevara consigo cuando salió a abrir.

Regresaron juntos al recibidor y se dirigieron a la puerta principal. El padre Brown dejaba que su mirada vagara despreocupadamente. Los dos corredores estaban empapelados con el mismo papel gris de tonos apagados

que parecía hacer resaltar los polvorientos y desastrados ornamentos del Victoriano primitivo, el moho verde que decoraba los bronces de la lámpara, el oro pálido del marco del espejo roto…

—Dicen que da mala suerte romper un espejo. Esta parece la residencia adecuada para la mala fortuna. Hay algo en los mismos muebles…

—¿Qué es eso? —exclamó Bagshaw—. ¡Creía que la puerta de delante estaba cerrada y veo que solo tiene echado el pestillo!

Sus palabras quedaron sin respuesta, pues pasaron hacia el jardín de delante, más estrecho y ordenado, cerrado por un lado con un seto en el que se abría una curiosa abertura, como una cueva verde, en cuya sombra podían distinguirse varios peldaños medio rotos.

El padre Brown fue hasta el agujero y metió su cabeza en él. Minutos después que hubo desaparecido se asombraron al oírle hablar con alguien. El detective le siguió y vio que la curiosa escalera emparrada llevaba a un pequeño puente o balcón que caía sobre la parte más oscura del jardín. Daba la vuelta a la casa y desembocaba ante el campo de luces de colores que se extendía a sus pies y más allá. Pertenecía probablemente a la última muestra o reliquia de una construcción arquitectónica que quizá diera la vuelta, en otro tiempo, al cuadrilátero de hierba. Bagshaw pensó que era una desembocadura curiosa para hallar a alguien en las primeras horas de la mañana; pero no se detuvo mucho en los detalles. Miraba al hombre que se había encontrado.

Era un hombre pequeño, vestido de gris y, como estaba de espaldas, lo único que le caracterizaba era la gran masa amarilla de su cabello, tan radiante como la de un amargón gigantesco. Parecía realmente una corona, y algo sugerido por esto hizo que cuando dio la vuelta lenta y de mala gana se sufriese un contraste profundo. Ese halo o nimbo debía de haber coronado un rostro ovalado y de una dulzura angelical; mas este era arrugado y viejo, de mandíbula potente y nariz corta que hacía pensar en la nariz rota de un pugilista.

—Este es el señor Orm, el célebre poeta, según tengo entendido —dijo el padre Brown con la misma calma que si estuviese presentando a dos personas en un salón.

—Sea quien sea —dijo Bagshaw—, he de molestarle haciéndole unas cuantas preguntas.

El señor Osric Orm, el poeta, no constituyó un modelo de expresión al ser interpelado, en aquel rincón del jardín, que iba esclareciéndose con las primeras luces diáfanas de la aurora, después de una sucesión de procedimientos protocolarios que fueron cada vez más y más obvios. Rehusó

decir poco más que lo dicho primeramente: que él había ido para entrevistarse con el señor Gwynne, pero que no lo había podido hacer al ver que nadie contestaba a su llamada. Cuando se le dijo que la puerta estaba prácticamente abierta, dio un pequeño gruñido. Cuando se le hizo ver que la hora era harto avanzada, dio un resoplido. Lo poco que dijo fue incomprensible, quizá porque no supiera bien el inglés o porque sabía que debía no saberlo. Sus aseveraciones eran de un tipo nihilista o destructivo, de las mismas tendencias manifestadas en su poesía, según aquellos que podían comprenderla; y parecía posible que su entrevista con el juez y tal vez su pelea tuvieran algo que ver con el anarquismo. Se sabía que Gwynne tenía cierta manía contra los espías bolcheviques y alemanes. De todas maneras, hubo una coincidencia que hizo ver a Bagshaw que era un caso de cuidado. Al salir por la puerta de delante hacia la calle, se encontraron con otro vecino, Buller, el comerciante de tabacos de la casa de al lado, notable por su rostro tostado y perspicaz y por la rara orquídea que adornaba su ojal: había alcanzado cierto nombre en esa rama de la horticultura. Con gran sorpresa por parte de los demás, saludó a su vecino el poeta de un modo muy natural, como si esperara encontrarle allí.

—¡Hola! ¿Aquí de nuevo? —dijo—. ¿Debió de tener una larga conversación con Gwynne?

—Sir Humphrey Gwynne ha fallecido —dijo Bagshaw—. Estoy investigando el caso y he de rogarle que se explique.

Buller se quedó más inmóvil que el poste que tenía a su lado, seguramente debido a la sorpresa. La punta roja de su cigarrillo se encendía y se apagaba metódicamente, su rostro permanecía impenetrable, pero cuando habló su voz tenía un timbre completamente distinto.

—Solo quiero decir —dijo— que cuando pasé por aquí, hará más de dos horas, el señor Orm se disponía a traspasar esta verja para visitar a sir Humphrey.

—Dice que no le ha visto y que no ha entrado en casa —observó Bagshaw.

—Me parece un rato muy largo para quedarse en el zaguán.

—Sí —interpuso el padre Brown—, hace un buen rato que estamos en la calle.

—He estado en casa todo ese tiempo —dijo el hacendado—. He escrito varias cartas y he vuelto a salir para echarlas al correo.

La vista del caso de Osric Orm por el asesinato del señor Humphrey Gwynne ocupó a los periódicos durante muchas semanas y al final de ellas todo se redujo a las últimas palabras que se cruzaron la noche del crimen

delante de la casa de sir Humphrey, cuando la luz verdegris de la mañana comenzaba a esclarecer las oscuras casas y jardines. Todo se redujo al enigma de las dos horas entre el tiempo que Buller creyó ver a Orm entrar y el instante en que el padre Brown lo halló merodeando por el jardín. Era cierto que había tenido tiempo para cometer más de seis crímenes y que quizá podía haberlos cometido para distraerse, pues no pudo dar ninguna relación coherente acerca de lo que estaba haciendo. El acusador argumentó que también había tenido ocasión de huir ya que la puerta principal no estaba cerrada y la lateral que daba al gran jardín estaba abierta. El juzgado siguió con interés la reseña que Bagshaw hizo de la reyerta del pasillo, de la que tantas pruebas habían quedado; la Policía había hallado el agujero de la bala en la pared. Por último, el hueco en el seto, al pie de cuyas escaleras le habían hallado, ofrecía todas las características de un escondite. Por otra parte, Sir Matthew Blake, el experto cónsul de la defensa, volvió este argumento en contra, preguntando si era posible que algún hombre se encerrara a sí mismo en una ratonera cuando tenía medios de escapar, siéndole accesible la calle. Sir Matthew Blake hizo buen juego con el enigma que aún pesaba sobre el móvil del asesinato. En realidad, la discusión de este punto, entre el acusador y el defensor, resultó ventajosa para el acusado. El primero solo sabía sacar a relucir palabras referentes a la conspiración bolchevique, que quedaban un poco fuera de lugar. Pero cuando se trató de investigar los móviles del comportamiento de Orm durante aquella noche, sus argumentos fueron de mayor peso.

El acusado se sentó en el banquillo por indicación de su abogado porque este creía y calculaba que de no ser así el efecto no sería bueno. Sin embargo, su expansión fue casi idéntica a la que tuvo con el acusador. El señor Arthur Travers intentó romper el silencio del señor Orm, pero no logró hacerle hablar. Sir Arthur era un señor alto, desgarbado, con un rostro cadavérico, y ofrecía un vivo contraste con la figura rechoncha y pulida del defensor, sir Matthew Blake. Pero si bien este sugería la personificación, muy acertada, de un gorrión, sir Arthur podía compararse con mayor razón a una grulla; cuando se inclinaba hacia delante, acribillando al poeta a preguntas, su larga nariz podía tomarse por el pico de un ave.

—¿Insiste en decir al jurado —clamaba en tono de incredulidad— que usted no entró en aquella ocasión a ver al difunto?

—No entré —contestó Orm con sequedad.

—Supongo que deseaba verle. Debía de tener mucho interés por ello. ¿No se estuvo usted dos horas muertas delante de su puerta?

—Sí —contestó el acusado.

—Y aun así, ¿no se dio usted cuenta de que la puerta estuviera abierta?

—No —dijo Orm.

—¿Qué diantre hizo usted plantado durante dos horas en el jardín de otra persona? —insistió el abogado—. ¿Supongo que algo haría?

—Sí.

—¿Es un secreto? —preguntó sir Arthur con diáfana pronunciación.

Ante la posibilidad de un secreto sir Arthur interrumpió sus acusaciones. Con un desenfado que algunos juzgaron atrevido, hizo del secreto el motivo del asesinato, que era en verdad el punto de apoyo de la defensa. Lo presentó como el primer síntoma de una alusión a la conspiración en la cual había sucumbido un patriota como un ser cogido entre los brazos de un pulpo.

—Sí —exclamó con voz vibrante—. ¡Mi sabio amigo tiene toda la razón! No conocemos el motivo exacto por el cual pereció un honorable senador de la comunidad. No conocemos la razón por la cual sucumbirá el próximo empleado público. Si mi ilustre compañero cae víctima de este hecho y el odio que los sabuesos infernales sienten por los guardianes de la justicia le hace perecer, no conocerá la razón. La mitad de las personas decentes de esta sala serán maceradas en sus propios lechos y no se sabrá el porqué. Nunca conoceremos la razón y no podremos detener el mal hasta que haya despoblado el país si la justicia insiste en aclarar este punto del «motivo» antes de sentenciar, aun cuando todos los hechos nos lo evidencian y este silencio opresor nos dice que nos hallamos en presencia de Caín.

—No había visto nunca a Sir Arthur tan excitado —dijo Bagshaw a un grupo de amigos—. Algunas personas opinan que se había extralimitado un poco y que el acusador no podía ser tan severo en un caso de asesinato. Pero he de decirles que había algo retador en ese enanito de cabello amarillo. Estaba recordando algo que afirma De Quincey sobre Williams, aquel nefasto criminal que casi acabó con dos familias en silencio. Me parece que dice que el cabello de Williams era de un rubio poco natural y que debió de aprender el modo de teñírselo en la India, donde tiñen el pelo de los caballos de verde y azul. También influía su silencio pétreo e innatural, como el de un troglodita. Todo me impresionó de tal manera que hasta imaginé que se sentaba un monstruo en el banquillo… Si todo esto se debió solamente a la elocuencia de sir Arthur, entonces, ciertamente, se ha acarreado una gran responsabilidad.

—Era amigo del pobre Gwynne, por cierto —dijo Underhill sin tanto calor—. Un señor conocido mío los vio no hace mucho cuchicheando y charlando juntos después de un gran convite. Por esto yo diría que se lo toma

tan a pecho. Claro, supongo que es discutible que un hombre se atenga a sus sentimientos en este caso.

—No lo haría —dijo Bagshaw—; apuesto cualquier cosa a que sir Arthur Travers no haría eso aunque sus sentimientos fueran muy fuertes. Tiene un concepto muy restringido de sus deberes personales. Es uno de esos hombres que continúa siendo ambicioso, aun cuando ya ha satisfecho sus ambiciones. No conozco a nadie que se afane más por conservar su posición social. No, usted interpreta mal el sentido de su alocución furibunda. Si se ha exaltado de esta manera, es porque cree que así llegará a convencer al auditorio y quiere asumir de algún modo el cargo de dirigente contra estas conspiraciones de que habla. Debe de tener una razón muy poderosa para condenar a Orm y otra igualmente poderosa para creerse con derecho a hacerlo. Esto quiere decir que hechos posteriores lo justificarán. Su confianza no es como para sonreír al acusado. —Dejó de hablar porque notó la presencia de un hombre pequeño en el grupo—. Y usted, padre Brown, ¿qué piensa del procedimiento judicial? —dijo, sonriendo.

—Sí, bueno —replicó el sacerdote sin prestar mucha atención—. Me parece que lo que más me sorprendió es ver lo muy diferente que resulta un hombre con peluca. Hablaban de lo muy severo que estuvo el juez. Pero yo le vi quitarse la peluca durante unos minutos y no parecía el mismo hombre. Es completamente calvo.

—No creo que esto le prive de ser severo —contestó Bagshaw—. No creerá usted que la defensa recurra al hecho de que el abogado acusador sea calvo, ¿verdad?

—No, precisamente eso no —dijo el padre Brown de buen humor—. Hablando sinceramente, estaba pensando en lo muy poco que unas gentes saben de otras. Supóngase usted que yo me fuese a un país muy lejano donde viviera una gente que no había oído hablar de Inglaterra. Supóngase usted que yo les dijera que hay un hombre en mi país que nos hará una pregunta sobre la vida o la muerte después de haberse puesto un promontorio de pelo de caballo sobre su cabeza, con dos colitas detrás y unos bucles grises a los lados, igual a los de una dama vieja de los tiempos victorianos primitivos. Pensarían que debía de ser bastante excéntrico, pero no lo es en absoluto, únicamente es convencional. Ellos lo creerían de la otra manera porque no saben lo que es un abogado. Bueno, pues ese abogado no sabe lo que es un poeta. No comprende que las excentricidades de un poeta no parecerían tales a otros poetas. Le parece raro que Orm paseara durante dos horas por un hermoso jardín sin hacer nada. ¡Dios me bendiga! A un poeta no le chocaría que otro

se paseara durante diez horas seguidas por un patio si de ello dependía un poema. El defensor de Orm fue igualmente estúpido. No se le ocurrió preguntarle lo más natural.

—¿Qué? —preguntó el otro.

—Sencillamente, ¿qué versos estaba haciendo? —dijo el padre Brown con impaciencia—. ¿Qué verso cojeaba, qué epíteto faltaba, qué ambiente era el que trataba de rehacer? Si hubiese habido gente adecuada en el tribunal habría sabido sin falta si tenía algo que hacer allí o no. A un fabricante le habrían preguntado por el estado de su fábrica, pero a nadie se le ocurre preguntarle bajo qué condiciones se hacen los versos.

—Todo esto está muy bien —contestó el detective—, pero ¿por qué subió por esa escalerilla y se detuvo allí en aquel lugar que no conducía a ninguna parte?

—Precisamente por eso, porque no conducía a ninguna parte —exclamó el padre Brown—. Cualquiera que hubiese visto aquel callejón sin salida podía imaginarse que un artista sentiría deseos de ir allí, lo mismo que los sentiría un niño.

Se quedó unos momentos perplejo y pensativo y les dijo, reanudando la conversación:

—Perdonen ustedes. Pero me parece raro que no hubiese alguien que hubiera dado con ello. Y otra cosa aún: ¿no saben ustedes que para un artista las cosas siempre tienen un punto de vista desde donde se ven hermosas y aceptables? Un árbol, una vaca, una nube, en cierta relación lo uno con lo otro, quieren decir algo; de la misma manera que tres letras solo en determinado orden forman cierta palabra. Pues bien, ese desvencijado puente, era desde el único sitio donde se obtenía la vista adecuada del bello jardín iluminado. Era tan excepcional como la cuarta dimensión. Era como un espectáculo mágico, como mirar el cielo hacia abajo y ver las estrellas brotar de los árboles, y ese lago iluminado semejaba una luna llena que hubiera caído sobre la pradera en algún cuento feliz de niños. Podía haberlo contemplado toda la vida. Si ustedes le hubiesen dicho que el camino no conducía a ninguna parte él les hubiera contestado que le había llevado al otro lado del mundo. Pero ¿creen ustedes que les dirá estas cosas desde el banquillo? Ustedes hablan de que a cada hombre deben juzgarle sus semejantes. Entonces, ¿por qué razón no forman un jurado de poetas?

—Habla usted como si usted mismo fuera un poeta —dijo Bagshaw.

—Dé gracias a su buena estrella de que no sea así —dijo el padre Brown—. Dé gracias a su buena estrella de que un sacerdote tenga que ser más

caritativo que un poeta. Dios se apiade de nosotros. Si usted supiera el cruel desprecio que siente por ustedes, creerían hallarse bajo las cataratas del Niágara.

—Quizá conozca usted mejor el temperamento artístico que yo —dijo Bagshaw después de una pausa—. Aun así la respuesta es sencilla. Usted podría demostrar que hizo lo que hizo sin cometer el crimen. Sin embargo, también cabría que lo hubiese cometido. ¿Quién sino él podía haberlo hecho?

—¿Ha reflexionado usted sobre lo que dijo el criado Green? —preguntó el padre Brown—. Contó una historia curiosa.

—¡Ah! —exclamó Bagshaw con viveza—. ¿Usted cree que Green fue el asesino?

—Estoy seguro de que no fue así —replicó el otro—. Solo he preguntado si habían reparado en la extraña historia. Él únicamente salió por la puerta de delante y entró por el jardín. En otras palabras, él había dejado la puerta abierta, y al regresar la halló cerrada. ¿Por qué? Pues porque alguna otra persona había entrado durante su ausencia.

—El asesino —dijo el detective dudoso—. ¿Sabe usted quién fue?

—Sé a quién se parecía —contestó el padre Brown en voz baja—. Eso es lo único que sé de cierto. Casi me lo imagino entrando por la puerta principal, en la media luz que allí reinaba, su figura, indumentaria, incluso su cara.

—¿Qué significa esto?

—Se parecía a sir Humphrey Gwynne —dijo el sacerdote.

—¿Qué demonios afirma? —preguntó Bagshaw—. Gwynne yacía muerto con la cabeza en el lago.

—¡Oh, sí! ¡Es verdad! —dijo el padre Brown.

Después de unos segundos, prosiguió:

—Partamos de una teoría, que era muy buena, aunque no esté totalmente de acuerdo con ella. Usted supone que el asesino entró por la puerta principal, halló al juez en el recibidor, luchó con él rompiendo el espejo; después, el juez se retiró al jardín, donde le dispararon el tiro. Hay algo en todo esto que no me parece natural. Doy por supuesto que bajó por el corredor: hay una salida a cada extremo del mismo; la una hacia el jardín y la otra hacia la casa. Me parecería más probable que se retirara hacia el interior de la casa. Allí tenía su revólver, su teléfono, y por cuanto él sabía, su propio criado. Incluso sus vecinos más próximos se hallaban en aquella dirección. ¿Por qué había de pararse a abrir la puerta del jardín y salir por el lado desierto de la casa?

—Pero nosotros sabemos que salió de la casa —replicó su compañero, preocupado—. Sabemos que salió de la casa porque lo hallamos en el jardín.

—No salió de la casa, digo yo, porque no estuvo jamás en ella —dijo el padre Brown—. No estuvo aquella noche, quiero decir. Estaba sentado en su *bungalow*. He leído esa verdad en la oscuridad de la noche; desde un principio estaba allí escrita, en estrellas de oro y grana, por todo el jardín. Salieron de la cabaña. Si él no hubiese estado allí, no hubieran estado encendidas. Intentaba llegar a la casa y al teléfono cuando el asesino lo mató junto al lago.

—Pero ¿y la planta y la maceta y el espejo hechos añicos? —exclamó Bagshaw—. Si fue usted mismo quien los halló. Fue usted quien insinuó que debió de haber una lucha en el recibidor.

El sacerdote parpadeó perplejo:

—¿Que yo lo dije? —musitó—. Seguro que no lo dije yo. Jamás lo pensé. Lo que creo haber dicho es que allí debió de suceder algo. Y algo sucedió, pero no fue una lucha.

—Entonces, ¿qué fue lo que rompió el espejo? —preguntó Bagshaw.

—Una bala —contestó el padre Brown con sequedad—. Una bala disparada por el criminal. Los fragmentos grandes del espejo eran lo bastante pesados para derrumbar la palmera y la maceta.

—Bueno. ¿Y sobre qué otra cosa hubiera podido disparar si no era sobre Gwynne?

—He aquí una cuestión metafísica —contestó el clérigo, casi como entre sueños—. En cierto sentido, naturalmente, disparó sobre Gwynne, pero este no se hallaba allí. El criminal estaba entonces solo en el recibidor.

Se hizo un silencio, y luego continuó con lentitud:

—Imaginemos el espejo al final del pasillo y las esbeltas ramas de la alta palmera arqueándose por encima de él. A media luz, reflejando el papel monocromo de ambos lugares, aparecería como al final del pasillo la imagen de un hombre entrando en la casa. Semejaría el dueño de la casa, por poco que la imagen reflejada se le pareciera.

—Un momento —exclamó Bagshaw—. Me parece que empiezo…

—Que empieza a ver —continuó el padre Brown— por qué razón todos los sospechosos en ese caso han de resultar inocentes. Ninguno de ellos podía haber tomado su propia imagen por la de Gwynne. Orm hubiera sabido enseguida que su mata de pelo amarillo no era calva. Flood habría visto su cabello pajizo y Green su chaleco rojo. Además, todos ellos son bajos y van mal vestidos; ninguno de ellos hubiera tenido la humorada de confundirse con un caballero alto, viejo y delgado en traje de etiqueta. Necesitamos otro

personaje igualmente alto y delgado para poder compararlo. Eso es lo que quise decir al afirmar que sabía cómo era el asesino.

—¿Y qué conclusiones saca usted de esto? —preguntó Bagshaw mirándole con fijeza.

El sacerdote soltó una pequeña carcajada aguda y nerviosa, muy impropia de él.

—Voy a argumentar la defensa —respondió—, partiendo de lo que usted dijo que era imposible.

—Pero ¿a qué se refiere?

—Voy a basar mi defensa —dijo el padre Brown— en el hecho de que el acusador tiene la cabeza calva.

—¡Dios mío! —exclamó el detective poniéndose de pie, asombrado.

El padre Brown no se dejó interrumpir y continuó su monólogo de una manera más contundente.

—Ustedes han seguido los pasos de mucha gente en este asunto; están ustedes muy interesados en las idas y venidas del poeta y de los otros dos. Y los únicos que parecen que quedan algo olvidados son los amigos del difunto. Su criado se quedó asombrado cuando supo que su amo había regresado. Su amo había ido a un gran banquete en el que figuraban todas las personalidades de su profesión, pero regresó repentinamente a su casa. No estaba enfermo, puesto que no reclamó asistencia alguna; lo más probable era que hubiese reñido con algún compañero. Entre ellos debemos buscar al asesino. El señor Gwynne regresó a su casa y se encerró en su *bungalow*, que era donde guardaba sus documentos privados sobre los casos de traición. Pero una de entre esas personalidades, que sabía que aquel señor tenía en su poder documentos que podían comprometerlo, fue lo bastante cauto como para seguir a su acusador. Él también iba de etiqueta y llevaba un revólver en el bolsillo. Eso es todo y, nadie hubiera podido adivinarlo, a no ser por el espejo.

El narrador se quedó mirando en el vacío y después prosiguió:

—El espejo… ¡qué cosa tan curiosa! Un marco que guarda centenares de imágenes distintas, todas vivas y desaparecidas para siempre. Pero este ha tenido una misión harto peculiar, colgado al extremo de un corredor gris, debajo de una palmera verde. Es como si fuera un espejo mágico y su suerte ha sido distinta de la de los demás. Es como si su imagen sobreviviera suspendida en la oscuridad de aquella casa como un espectro, o, por lo menos, como un diagrama, esqueleto abstracto de una prueba. Por lo menos, nosotros pudimos ver en el hueco de un espejo lo que este reflejó y fue visto por sir Arthur Travers. Además, usted dijo una cosa muy verdadera acerca de él.

—Me alegra oírlo —dijo Bagshaw con una pequeña mueca, pero de buen humor—; ¿y qué fue ello?

—Usted dijo que sir Arthur debía de tener alguna razón muy poderosa para desear que ahorcaran a Orm.

Una semana más tarde el sacerdote se encontró con el detective y supo por él que las autoridades habían empezado las investigaciones por una nueva línea cuando un acontecimiento sensacional vino a interrumpirles.

—Sir Arthur Travers… —empezó el padre Brown.

—Sir Arthur Travers —replicó el otro— ha muerto.

—¡Ah! —exclamó su interlocutor con emoción—. Quiere usted decir…

—Sí —dijo Bagshaw—. Volvió a disparar sobre el mismo hombre; pero esta vez no fue en el espejo.

EL HOMBRE DE LAS DOS BARBAS

Esta historia se la contó el padre Brown al profesor Crake, célebre criminalista, en el club donde habían sido presentados después de comer, bajo la pretensión de que compartían idéntico e inofensivo interés por asesinatos y robos. Pero como la versión dada por el padre Brown era un tanto tendenciosa por cuanto disminuía su intervención, vamos a relatarla de nuevo y de una manera más imparcial. Surgió el relato a raíz de una discusión amistosa en la que el profesor se mostraba muy científico y el sacerdote un tanto escéptico.

—Mi buen señor —replicó el criminalista—, ¿no cree usted que la criminología es una ciencia?

—No estoy del todo seguro —contestó el padre Brown—. ¿Cree usted, por su parte, que la hagiología es una ciencia?

—¿Qué es eso? —preguntó el erudito con viveza.

—No, no es el estudio de los desocupados, ni tampoco tiene nada que ver con las brujas —contestó el padre Brown sonriendo—. Es el estudio de las cosas sagradas: de los santos y demás cosas relativas a ellos. Verá usted, las «Edades Oscuras» trataron de hacer una ciencia acerca de las personas buenas. En cambio nuestra época, humanista y esclarecida, solo se ocupa de los malos, sacando en conclusión, de todas nuestras experiencias, que todos somos santos. Mas sospecho, y me imagino que usted lo corrobora también, que casi todo el mundo es, en cierto sentido, un asesino.

—Bien, bien; pero yo creo que hemos llegado a clasificar bastante bien a los asesinos —observó Crake—. La enumeración de las clases es algo pesada y monótona, pero me parece que comprende a todos. En primer lugar, todo homicidio puede dividirse en racional e irracional; voy a tomar el último caso, por ser el menos numeroso. Es cierto que existe algo llamado manía homicida o amor a la carnicería en abstracto. También existe otra cosa llamada antipatía irracional, aunque esta no llega casi nunca al homicidio. Acto seguido tropezamos con las causas de ambas. Las hay que son menos irracionales por cuanto son más románticas o retrospectivas. Los actos de venganza puros son actos de desesperación. Así, un amante asesina a un rival que nunca podría suplantar; un rebelde, a un tirano, tras una victoria completa. Pero generalmente, incluso estos actos están fundados en unas esperanzas lógicas o racionales. Son asesinos previstos. Estos se clasifican mejor en el segundo grupo, que podríamos definir con el nombre de crímenes de prudencia. Estos,

a su vez, se subdividen en dos: un hombre mata o roba para poseer lo que otro posee, ya sea por medio del robo o de la herencia, o bien lo hace para impedir al otro que actúe; como en el caso de matar a un estafador o a un político del campo contrario, o, como ejemplo de obstáculo más pasivo, a la esposa o esposas cuyo ejercicio constante de sus atributos se interpone a su actuación. Somos del criterio de que esta clasificación es bastante sensata y que bien aplicada cubre todas las acepciones. Me temo que quizá suene un poco aburrida; espero que no me haya hecho pesado —añadió mirando al padre Brown.

—Nada de eso —dijo el padre Brown—. Si le he dado la impresión de estar un poco distraído debe excusarme; la verdad es que estaba pensando en un hombre a quien conocí. Era un asesino; pero no alcanzo a ver qué personaje de su galería de asesinos le podría convenir. No estaba loco ni le gustaba matar y casi ni sabía; y, desde luego, no le impulsaba a ello la venganza. El otro no poseía nada que él pudiera desear. Ni hacía nada que el criminal quisiera impedir. El asesinado no desempeñaba un papel que pudiera afectar al asesino en nada. Entre ellos no había mujer alguna ni pasión política. Este hombre mató a su semejante, el cual era para él casi un extranjero, por una razón muy extraña y quizás única en los anales de la historia humana.

Continuando con tan sencillos términos el padre Brown contó su historia. Esta puede muy bien tomar principio en el marco, suficientemente digno, de una mesa de desayuno, a la que se sentaba una respetable y acomodada familia de barrio distinguido, apellidada Bankes, entre la cual se había sustituido el comentario cotidiano del periódico por el de un misterio más cercano. Hay quien califica a esta clase de comentarios de habladurías y, en muchos casos las dicen seres bien inocentes; los campesinos explican hechos verdaderos y falsos de sus vecinos. Pero con la curiosidad de la gente se llega a tomar como cierto todo lo que los periódicos dicen acerca de la crueldad del Papa o del martirio del rey de los caníbales y, en el fragor de estos tópicos se desconoce lo que sucede en la casa de al lado. Sin embargo, en el caso presente, las dos formas de interés coincidieron de una manera excitante. Su periódico favorito había nombrado a su propio barrio. Al verlo en letras de molde les produjo la impresión de que esto constituía una prueba eficiente de su propia existencia. De ello parecía resultar como si antes de eso hubiesen vivido inconscientes e invisibles y ahora cobrasen una realidad comparable a la ley de los caníbales.

Podía leerse también en el periódico el nombre de un criminal muy famoso en tiempos, conocido con el nombre de Michael Moonshine[13], que muchos creían falso, a quien hacía poco habían puesto en libertad, tras largo tiempo de reclusión por sus muchos robos y, que vivía —sus idas y venidas y señas personales no se daban a conocer—, según noticias concretas, en dicho barrio, al que nosotros llamaremos por conveniencia Chisham. A continuación había un resumen de sus más famosos y atrevidos actos y huidas. Pues es una característica de esa clase de prensa dedicada a ese tipo de público, dar por supuesto que sus lectores carecen de memoria. Y así como el campesino recordará el nombre de Robin Hood y de Rob Roy durante siglos, el empleado olvidará el del criminal sobre quien discutía el año pasado por metros y tranvías. A pesar de todo, Michael Moonshine había demostrado una desfachatez heroica casi comparable a la de Rob Roy y Robin Hood. Valía la pena convertirlo en leyenda y no solo en una noticia. Era un ladrón demasiado experto para llegar a asesinar. Pero su fuerza descomunal y la facilidad con que reducía a los policías, los dejaba sin sentido y los ataba, ponían un punto de misterio al hecho de que nunca los matara y contribuían a acrecentar su mito. La gente llegaba a opinar que valerse del asesinato le hubiera hecho más humano.

El señor Simon Bankes, el padre de la familia, estaba más chapado a la antigua que el resto de la familia. Era un hombre astuto, con una barbita gris y su ceño estaba cruzado por arrugas. Tenía cierta debilidad por las anécdotas y recuerdos y tenía presente aquellos días en que los londinenses no dormían esperando a Mike Moonshine, de la misma manera que si se hubiese tratado del *Springheeled-Jack*. También se hallaba presente su esposa, una mujer delgada y morena. Vestía con falsa elegancia pues su familia poseía mucho más dinero que la de su marido, aunque menos educación, e incluso tenía un valioso collar de esmeraldas que guardaba en el piso superior; por lo cual se consideraba con derecho a levantar la voz en las discusiones sobre robos. Su hija, Opal, delgadita y morena como la madre, se suponía que era psicópata. Por lo menos ella lo creía así, si bien no recibía grandes alientos por parte de la familia. Seres de aficiones apasionadamente etéreas, sería recomendable que no se materializasen tomando forma de miembros de una familia numerosa. Ella tenía un hermano, un muchacho corpulento, llamado John, muy dado a manifestar el menosprecio que sentía por las aspiraciones espirituales de su hermana. John solo se distinguía por su interés hacia los coches. Parecía siempre estar a punto de vender uno y de comprar otro, y por un proceso difícil de seguir para un economista teórico, le resultaba siempre

posible comprar un coche estupendo a cambio de uno estropeado o viejo. Había aún otro hermano, Philip, un joven de cabello oscuro y rizado, que se hacía notar por lo esmerado del vestido, lo cual es sin duda uno de los atributos del dependiente, pero no el único como su patrón le hacía notar. Por último, formaba parte en la escena familiar Daniel Devine, que era también moreno e iba igualmente bien vestido. Su barba era de corte algo extranjero, y de ahí que para muchos resultase un tanto amenazadora.

Fue Devine el que desvió la atención con tacto hacia el párrafo del periódico para eludir lo que empezaba a tomar el aire de una reyerta familiar, pues la espiritual joven había comenzado a explicar una visión que había tenido de un conjunto de rostros pálidos flotando en la oscuridad de la noche ante una ventana. John Bankes quería interrumpir esta descripción de una dimensión más perfecta con mayor estruendo que nunca.

Pero la insinuación del periódico sobre el posible y alarmante vecino dejó pronto olvidados a los dos adversarios.

—¡Qué espantoso! —exclamó la señora Bankes—. Debe de ser un recién llegado; pero ¿quién?

—No recuerdo a ningún recién llegado que se haga notar, a no ser que sea sir Leopold Pulman, de la casa Beechwood —repuso su marido.

—¡Querido! —replicó la señora—. ¡Qué absurdo…! ¡Sir Leopold! —Hizo una pausa y añadió—: Si algo hubiese insinuado su secretario…, aquel hombre de los bigotes; yo he dicho siempre, desde el día que entró a ocupar el sitio que debía haber ocupado Philip…

—No se puede hacer nada —añadió Philip lánguidamente—. No es suficiente, mamá… —esta fue toda su aportación al diálogo que siguió.

—El único que conozco —dijo Devine— es aquel llamado Carver, que reside en la granja de los Smith. Lleva una vida muy retirada, pero su trato es interesante. Creo que John le conoce también.

—Sí, sabe algo sobre coches —concedió el monomaníaco John—. Sabrá más en cuanto vaya en el coche nuevo.

Devine sonrió ligeramente; todo el mundo había sufrido la amenaza del coche nuevo de John. Luego añadió reflexivamente:

—Eso es lo que yo creo. Sabe mucho sobre coches, viajes y todo lo que significa movimiento, y, sin embargo, siempre está ocupado con las colmenas del viejo Smith. Dice que solo le interesa la apicultura y que por esto vive con Smith. Me parece una ocupación muy reposada para un hombre de su temperamento.

Cuando Devine salió de la casa aquella tarde se pintaba en su rostro una expresión pensativa. Tal vez nos hubiera interesado conocer el hilo de sus pensamientos, pero el resultado práctico de los mismos fue la resolución de ir a ver al señor Carver a casa del señor Smith. Caminó hacia allá y se encontró con Bernard, secretario de la casa Beechwood, al que reconoció por su figura delgaducha y por sus largos bigotes, los cuales formaban parte de las ofensas particulares de la señora Bankes. Se conocían poco y su conversación fue breve y casual; con todo, Devine pareció hallar en ello aliento para nuevas cavilaciones.

—Oye —dijo bruscamente—, perdona que te lo diga, pero ¿es cierto que la señora Pulman guarda joyas valiosas en la casa? No soy ningún ladrón profesional, pero acabo de oír que hay uno por aquí.

—Le diré que las vigile —contestó el secretario—; yo mismo le he dicho que esté alerta. Espero que lo esté.

Mientras hablaban, sonó la horrible voz de una bocina y John Bankes, feliz ante su volante, se paró junto a ellos. Al oír el destino de Devine, dijo que era el suyo; su tono parecía indicar que deseaba compañía. El trayecto se hizo haciendo continuos elogios al coche, encaminados a ensalzar sus excelencias.

—Se cierra más fuerte que una caja —dijo— y se abre con la misma facilidad con que se abre… la boca.

La de Devine, sin embargo, no parecía hacerlo con mucha facilidad, pues llegaron a la finca acompañados de un soliloquio. Traspasada la reja, Devine halló al hombre a quien deseaba ver sin necesidad de entrar en la casa. El hombre paseaba por el jardín con las manos en los bolsillos y un gran sombrero de paja; era un hombre de rostro largo y barbilla ancha. El ala del sombrero proyectaba una sombra sobre la parte superior del rostro, semejante a un antifaz. En la pared del fondo había una hilera de soleadas colmenas. Junto al vejete, probablemente el señor Smith, había un señor bajo, de aspecto vulgar, vestido con el hábito negro de sacerdote.

—Lo he traído para darle un pequeño paseo; verá usted si vale más que un rayo o no.

La boca de Carver se torció un poco en una sonrisa que quizás hubiese querido que fuera graciosa, pero que más parecía una mueca.

—Me parece que voy a estar muy atareado esta noche para pensar en diversiones —dijo.

—¿Qué tal va la atareada abeja? —observó Devine también enigmático —. Sus abejas deben de ser muy trabajadoras cuando le ocupan toda la noche.

Estaba pensando si…

—Bien —interrumpió Carver con cierto aire de desafío.

—Pues según dicen hay que recoger la paja mientras el sol brilla. Tal vez usted recoge la miel mientras la luna brilla.

Un destello de luz brotó de debajo del sombrero de ala ancha, al tiempo que los ojos de Carver se movieron de acá para allá y brillaron.

—Tal vez haya mucho claro de luna en el asunto —dijo—, pero le advierto que mis abejas no solo hacen miel. También pican.

—¿Va usted a venir en el coche? —inquirió John, que estaba boquiabierto.

Aunque Carver dejó su siniestra expresión, continuó firme en su negativa.

—No me será posible ir —dijo—; tengo que escribir muchas cosas. Tal vez le gustaría ir con alguno de mis amigos. Mi amigo el señor Smith, el padre Brown —añadió, efectuando su presentación.

—Claro —exclamó Bankes—, que vengan todos.

—Muchas gracias —dijo el padre Brown—. Pero me temo que tendré que rehusar, pues dentro de unos minutos llamarán al rosario.

—Su compañero será el señor Smith —dijo Carver impacientándose—. Estoy seguro de que Smith está deseoso de ir en coche.

Smith, cuyo rostro surcaba una mueca, no parecía desear muchas cosas. Era un vejete activo, con una peluca muy decente, de esas que parecen tan naturales como un sombrero. El color de la peluca, rubio, desentonaba completamente con su tez descolorida. Sacudió la cabeza y contestó con obstinación:

—Recuerdo que pasé por esta carretera, hará unos diez años, en uno de esos cachivaches. Venía de casa de mi hermana, de Holmgate, y no he vuelto a hacer el camino en coche desde entonces. Le aseguro que se iba muy mal.

—¡Diez años! —repuso John Bankes—. Doscientos años atrás hubiera ido en una carreta de bueyes. ¿Cree usted que tanto coches como carreteras no han variado en estos diez años? En mi pequeño autobús no se nota ni que las ruedas den vueltas. Usted creerá que está volando.

—Estoy seguro de que a Smith le encantará volar —interrumpió Carver—. Es el sueño de su vida. Anda, Smith, ve a ver a tu hermana de Holmgate. Ya sabes que le debes una visita. Ve y quédate toda la noche, si te place.

—Claro, por lo general voy andando y por lo general me quedo toda la noche —dijo el viejo Smith—. No hay necesidad de que se moleste el señor precisamente hoy.

—¡Pero imagina lo divertido que será para tu hermana verte llegar en coche! —exclamó Carver—. Deberías ir. No seas egoísta.

—Eso es —insistió Bankes condescendiente—. No sea usted egoísta. No le voy a matar. No tiene usted miedo, ¿verdad?

—Bueno —dijo Smith, parpadeando pensativo—. No quiero parecer egoísta y me parece que no tengo miedo.

La pareja se puso en marcha, entre manifestaciones de despedida que daban al grupo la apariencia de un coro prodigador de halagos. Aunque Devine y el sacerdote se unieron a él solo por deferencia. Ambos tuvieron la impresión de que fue el gesto dominante de su huésped el que les había puesto en marcha. Este detalle les dio un conocimiento extraordinario de la fuerza convincente de su personalidad.

En el instante en que el coche desaparecía de su vista, se volvió hacia ellos, excusándose con cierta altanería, y dijo:

—¡Y bien…!

Lo pronunció con esa franqueza que es la menos adecuada para dar pie a la amistad. Esta afabilidad exagerada es igual a una negativa.

—He de irme —dijo Devine—. No debemos interrumpir a la abeja. Me parece que sé muy poco acerca de ellas; algunas veces me es difícil distinguir una abeja de una avispa.

—Yo también he cuidado avispas —contestó el misterioso señor Carver.

Cuando sus huéspedes se hallaban hacia la mitad de la avenida, Devine dijo un tanto impulsivamente a su acompañante:

—Qué escena tan curiosa, ¿no?

—Sí —contestó el padre Brown—. ¿Y qué opina usted de ella?

Devine miró al hombrecito de negro y algo en la expresión de sus grandes ojos grises pareció renovar sus impulsos.

—Creo que Carver —dijo— estaba muy deseoso de tener la casa para sí esta noche. No sé si se habrá dado usted cuenta de ello.

—Puede que me haya fijado en algo —contestó el sacerdote—, pero no sé si será en lo mismo que usted.

Aquella tarde, cuando ya la luz del anochecer se tornaba negra en los jardines que rodeaban la casa, Opal Bankes deambulaba por una de las oscuras y desiertas habitaciones, presa de una abstracción mayor que de ordinario; y quienquiera que la hubiese mirado atentamente habría visto que su palidez era mayor que la de costumbre.

A despecho del lujo burgués que rodeaba la casa, esta daba la impresión, en conjunto, de poseer un velo de melancolía. Era esa clase de tristeza que

empaña las cosas que casan mejor con la denominación de «vieja» que con la de «antigua». Muchos detalles de su ornamentación parecían más bien obedecer a modas caídas en desuso que a tradiciones seculares, a esas que son lo suficientemente recientes para poder calificarlas de muertas. Aquí y allá vidrios de colores de los primeros tiempos victorianos esclarecían la penumbra. La altura del techo hacía parecer estrecha la habitación. En el fondo de la misma se abría una de esas ventanas redondas que abundan en los edificios de aquella época. Al llegar al centro de la habitación, Opal se tambaleó un poco como si una mano invisible le hubiese dado en el rostro.

Unos minutos después oyó llamar a la puerta de la casa, sonido que le llegó amortiguado a causa de las puertas cerradas que había de por medio. Sabía que el resto de los de la casa estaban en el piso superior y, sin embargo, a impulsos de algo que no se detuvo a analizar, salió a abrir. En el zaguán encontró a un hombre bajito y regordete a quien reconoció: el padre Brown, sacerdote católico romano. Lo conocía poco, pero simpatizaba con él. No porque él alentara sus preocupaciones psíquicas, sino, muy al contrario, porque las rechazaba concediéndoles cierta importancia en lugar de ninguna. No era que no estuviese interesado en sus vacilaciones, sino que no estaba de acuerdo con ellas. En esto pensaba, al tiempo de abrir la puerta y saludarle antes de oír el objeto de su visita.

—Estoy tan contenta de que haya venido. Acabo de ver un fantasma.

—No hay que apurarse por eso —dijo—. Sucede con frecuencia. La mayoría de ellos, sin embargo, no son fantasmas y los pocos que pueden serlo no le harán ningún daño. ¿Era el espectro de alguien en concreto?

—No —dijo ella un tanto aliviada—; no fue la cosa en sí la que me sorprendió, sino el hecho de que estaba rodeado de un aspecto de repugnante decadencia. Era una especie de ruina luminosa. Era un rostro pegado a la ventana. Pero era pálido e inconsistente y se parecía a la imagen de Judas.

—Pues también hay personas que tienen esa expresión —opinó el sacerdote—, y me atrevo a decir que miran, a veces, por las ventanas. ¿Puedo ver dónde ocurrió?

Al regresar a la habitación en cuestión halló en ella a otros miembros de la familia, y estos, que tenían aficiones menos espirituales, creyeron conveniente subir las luces. El padre Brown asumió una actitud más convencional al hallarse frente a la señora Bankes y, cortésmente, pidió excusas por su intromisión.

—Temo tomarme demasiadas familiaridades con su casa, señora Bankes —dijo—, pero me parece que podré justificar ante usted el motivo de esta

intromisión. Me hallaba yo en casa de los Pulman, cuando alguien me llamó para pedirme que viniera aquí, puesto que quería comunicarme algo de interés para ustedes. No me hubiera atrevido a introducirme así a no ser porque he sido testigo parcial de lo que ha ocurrido en el Beechwood. Para más detalles, fui yo quien tuvo que dar la alarma.

—¿Qué ha sucedido? —dijo la señora.

—Ha habido un robo en aquella casa —respondió el padre Brown con gravedad—; un robo, y lo que yo temo sea peor es que todas las joyas de la señora Pulman han desaparecido; y su desafortunado secretario, el señor Bernard, fue hallado en el jardín muerto de un tiro, evidentemente disparado por el ladrón.

—Aquel hombre… —exclamó la señora de la casa—. Siempre creí…

Al decir estas palabras, sus ojos hallaron la mirada del padre Brown y sus miradas se abandonaron sin que pudiera explicárselo.

—He dado parte a la policía y a otra autoridad interesada en el caso, que me ha dicho que, tras de un breve examen, ha podido comprobar que las huellas de los zapatos, de dos dedos y otros detalles, corroboran la presencia de un criminal bien conocido.

Al llegar a este punto se abrió la puerta, dejando paso a John Bankes, de regreso de una expedición abortada en coche. El viejo Smith había resultado a última hora un pasajero molesto.

—Lo echó a perder todo en el último momento —exclamó con disgusto —. Se marchó mientras miraba lo que yo había creído un pinchazo. Será la última vez que lleve a uno de esos…

Sus quejas recibieron poca atención pues toda la de los asistentes estaba concentrada en el padre Brown.

—Llegará una persona —continuó el padre con el mismo tono reservado — que me relevará de esta responsabilidad. Cuando les haya presentado terminará mi papel en este importante asunto. Solo me queda decir que una sirvienta de los Pulman me dijo que había visto una cara en una de las ventanas…

—Yo vi una cara —terció Opal— en una de nuestras ventanas.

—¡Oh! Tú siempre ves caras —replicó su hermano John con rudeza.

—Bien está ver hechos, aunque solo sean rostros —dijo el padre Brown —, y yo creo que el que usted vio…

Llegó hasta la habitación otra llamada a la puerta y minutos después apareció en el marco de la misma una figura que hizo que Devine, al verla, se incorporara de su asiento.

Era una figura alta, erguida, con un rostro largo y cadavérico terminado en una barbilla formidable. La frente era un poco calva y los ojos de un azul brillante, pero cuando antes Devine los había visto estaban ensombrecidos por el ala ancha de un sombrero de paja.

—Les ruego que nadie se mueva —dijo el sujeto llamado Carver, con acento claro y cortés, pero que a los oídos de Devine sonó cual las palabras de un salteador que inmoviliza un grupo con una pistola.

—Tome usted asiento, por favor, señor Devine —dijo Carver—, y con el permiso de la señora Bankes, voy a seguir su ejemplo. Mi presencia aquí necesita una explicación. Algo me hace creer que ustedes sospechaban de mí como de un eminente y bien conocido ladrón.

—Así es —admitió Devine huraño.

—Tal como usted hizo resaltar —continuó Carver—, no es tan fácil distinguir una avispa de una abeja.

Tras una corta pausa continuó:

—Yo puedo alardear de ser uno de los que más cuidan esos insectos, a pesar de lo muy desagradables que son. Soy detective y he venido a investigar las nuevas andanzas de un criminal bien conocido bajo el nombre de Michael Moonshine. Los robos de joyas son su especialidad y acaba de efectuarse uno de ellos en casa del señor Leopold Pulman, que, según todas las diligencias técnicas, resulta ser obra suya. No solo corresponden sus huellas, sino sus señas personales; ustedes podrían saber que la última vez que se le cogió y, en alguna otra ocasión también, llevaba por disfraz una barba roja y lentes de concha.

Opal Bankes se echó hacia delante con interés.

—Eso es —dijo excitada—, ese fue el rostro que vi con grandes lentes y una barba roja semejante a la de Judas. Me había figurado que era un espectro.

—Ese fue el espectro que también vio la doncella del Beechwood —replicó Carver con sequedad.

Dejó algunos papeles y envoltorios sobre la mesa y comenzó a desatarlos con cuidado.

—Tal como digo —continuó—, me mandaron llamar para que hiciese algunas investigaciones sobre los planes nefastos de ese sujeto llamado Moonshine; por eso me interesé por la apicultura y me vine a vivir con el señor Smith.

—No querrá decir que ese agradable viejete… —comenzó a decir Devine.

—Vaya, señor Devine, usted creyó que una colmena solo era escondite apropiado para mí. ¿Por qué no iba a serlo para él?

Devine movió la cabeza malhumorado y el detective volvió a fijar su atención en sus papeles.

—Como sospechaba de Smith, quería quitármelo de delante y revisar sus cosas; así es que aproveché el ofrecimiento del señor Bankes para acompañarle a dar un paseo. Registré toda la casa y hallé algunas cosas extrañas para que las poseyera un simple apicultor. Esta era una de sus cosas.

Del paquete desatado sacó un largo objeto peludo, casi rojo, que resultó ser una de esas barbas postizas que se usan en el teatro.

—Pero también hallé otra cosa, que concierne a esta casa directamente y que explica mi presencia aquí esta misma noche. Hallé un memorándum, con notas, indicando el valor de las diversas joyas que había en esta vecindad. Inmediatamente después de la diadema de la señora Pulman se mencionaba un collar de esmeraldas perteneciente a la señora Bankes.

La señora Bankes, que por el momento estaba considerando la invasión de su casa con un desdén altanero, aguzó su atención y su rostro envejeció diez años, adquiriendo al propio tiempo mayor inteligencia. Pero antes de darle tiempo a que hablara, el impetuoso John se puso en pie y vociferó:

—¡La diadema ha desaparecido! ¿Y el collar? ¡Voy a verlo!

—No es mala idea —dijo Carver mientras salía el joven de la habitación —; pero, claro —añadió—, hemos mantenido los ojos abiertos desde que estamos aquí. Me costó su buen rato saber lo que había escrito en el memorándum, ya que estaba cifrado, y el mensaje telefónico del padre Brown llegó en el preciso instante que terminaba con él. Le rogué que me precediera aquí con las noticias y así…

Sus palabras fueron ahogadas por un grito. Opal estaba en pie, señalando hacia la ventana redonda.

—¡Ahí está! —exclamó.

Durante unos instantes todos vieron algo, algo que rehabilitó a la joven de todas las calumnias de mentirosa e histérica que había sufrido. Enmarcado en la oscuridad azul pizarra de la noche, el rostro aparecía pálido o quizá palideció por la presión del cristal al que estaba pegado; y sus grandes ojos, rodeados como si fuera por anillos, le daban el aspecto de un enorme pez salido del profundo mar azul, mirando por una de las escotillas de un barco. Mas las agallas o branquias eran del color del cobre, y, en realidad, no eran otra cosa que unos bigotes y una barba de ese color. Esta visión solo duró unos segundos.

Devine solo tuvo tiempo de dar un paso hacia la ventana, cuando un grito, resonando por toda la casa, dio la impresión de que la iba a echar abajo. Pareció incluso demasiado ensordecedor para que se pudieran distinguir las sílabas, pero tuvo la virtud de detener a Devine, que se imaginó lo ocurrido.

—¡El collar, desaparecido! —exclamó John Bankes, apareciendo en la puerta, corpulento y jadeante, para volver a desaparecer con la agilidad de un galgo perseguidor.

—¡El ladrón está ahora junto a la ventana! —exclamó el detective, alcanzando la puerta tras el veloz John que ya estaba en el jardín.

—Tened cuidado —sollozó la señora—; poseen armas y otras cosas.

—También las tengo yo —resonó la respuesta de John desde el oscuro jardín.

Devine había notado, en efecto, que este llevaba un revólver en la mano y esperó que no tuvieran necesidad de defenderse con él. Pero mientras su pensamiento llegaba a esta conclusión llegó a sus oídos el ruido de dos pistoletazos juntos, como si el uno fuera respuesta del otro, despertando con ello un rebaño de ecos y desentonadas resonancias en aquel reposado jardín.

—¿Ha muerto John? —preguntó en voz baja Opal.

El padre Brown se había adelantado en la oscuridad y quedó de espaldas a ellos mirando algo. Fue él quien contestó:

—No —dijo—, es otro.

Carver se unió a él y las espaldas del hombre bajo y las del alto impidieron ver lo que iluminaba la luz resplandeciente de la luna. Luego se hicieron a un lado y pudieron ver el diminuto y nervudo cuerpo doblado ligeramente como un muerto en lucha. La falsa barba miraba hacia el cielo como si lo desafiara y la luna brillaba sobre los falsos lentes de aquel que se había hecho llamar Moonshine.

—¡Qué final! —murmuró el detective Carver—. ¡Después de todas sus aventuras tener que sucumbir a un tiro medio casual disparado por un empleadillo en un jardín!

El propio empleadillo consideraba su triunfo con mayor solemnidad, aunque no sin zozobra.

—Me vi obligado a ello —dijo jadeando—; lo siento. Me disparó él primero.

—Habrá que hacer una investigación, naturalmente —dijo Carver con gravedad—. Pero me parece que no le molestará para nada. Aquí hay un revólver con un solo tiro disparado y es evidente que no disparó después de que le alcanzara el de usted.

Hablando había llegado otra vez a la antedicha habitación y el detective se dispuso a recoger sus papeles para marchar. El padre Brown se sentaba ante él cabizbajo y meditabundo. De pronto, levantó la cabeza y dijo:

—Señor Carver, ha desarrollado usted, en verdad, un caso muy completo y de una manera harto magistral. Algo de usted me hizo sospechar cuál era su profesión, pero no creí que llegara usted a establecer conclusiones tan rápidamente…, las abejas, la barba, los lentes, el memorándum, el collar y todo lo demás.

—Siempre resulta satisfactorio dejar un caso bien redondeado —dijo Carver.

—Sí —insistió el padre Brown sin dejar de mirar a la mesa—. Me admira mucho. —Y añadió con una modestia casi rayana en nerviosismo—: Pero debo decirle que no creo una palabra de todo esto.

Devine se inclinó con súbito interés.

—¿Pretende usted decir que no era Moonshine el ladrón?

—Sé que es el ladrón, pero no el que cometió el robo —contestó el padre Brown—. Yo sé que no vino aquí ni a la Casa Grande para robar joyas ni para que le matasen mientras lo hacía. ¿Dónde están las joyas?

—En el lugar acostumbrado en estos casos —dijo Carver—. Las ha escondido o bien confiado a un socio. Esto no ha sido obra de un solo hombre. Naturalmente, mi gente está registrando el jardín y previniendo al vecindario.

—Tal vez —sugirió la señora Bankes— el socio robaba el collar mientras Moonshine estaba mirando por la ventana.

—Pero ¿por qué miraría Moonshine por la ventana? —preguntó el padre Brown—. ¿Qué necesidad tenía de ello?

—¿Y qué es lo que piensa usted? —preguntó el desenfadado John.

—Creo —dijo el padre Brown— que no fue nunca su voluntad la de mirar por la ventana.

—Entonces, ¿por qué razón lo hizo? —inquirió Carver—. ¿De qué sirven todas esas palabras sin ton ni son? ¿No le hemos visto todos con nuestros propios ojos?

—He visto muchas cosas con mis propios ojos en las que no creeré nunca —repuso el sacerdote—. Igual les ha sucedido a ustedes, tanto en el teatro como fuera de él.

—Padre Brown —dijo Devine, con cierto deje respetuoso en la voz—. ¿Querrá usted decirme por qué no cree lo que sus ojos acaban de ver?

—Sí, se lo diré, lo intentaré —contestó el sacerdote—. Usted sabe lo que soy y lo que somos. No les molestamos mucho. Intentamos ser amigos de todo el vecindario, pero no deben suponer que no hacemos nada ni que no sabemos nada. Nos atenemos a nuestro negocio; sabemos cuál es y conocemos a nuestros vecinos. A este hombre muerto lo conocía realmente muy bien: era su confesor y amigo. Yo sabía lo que ocupaba su mente hasta allí donde nos es dado conocer al hombre y su pensamiento era como una colmena de cristal llena de doradas abejas. Es algo superfluo decir que su conversión fue sincera. Era uno de esos penitentes que se las componen para sacar mayor provecho de la penitencia que otros de la virtud. Dije que era su confesor, pero, en realidad, era yo quien iba a él en busca de consuelo. Me complacía estar junto a un hombre tan bueno. Y cuando le vi yaciendo muerto en el jardín, me pareció oír recitar en voz alta sobre mi cabeza unas extrañas palabras que se pronunciaron en el principio de nuestra era. Quizá fuera así, porque si alguna vez ha ido un hombre directamente al cielo, tal vez haya sido él.

—Que se vaya todo a paseo —salió diciendo el inquieto John—. A fin de cuentas, no era más que un ladrón converso.

—Sí —dijo el padre Brown—, y solo un ladrón converso es el que ha oído, en este mundo, la palabra más segura: «Esta misma noche estarás conmigo en el Paraíso».

Nadie sabía qué hacer en el embarazoso silencio que siguió a estas palabras, hasta que Devine preguntó:

—¿Cómo se lo explicaría usted entonces?

El sacerdote movió la cabeza y añadió con naturalidad:

—No sabría decírselo ahora mismo. Veo dos o tres cosas aisladas con claridad, pero no llego a explicármelas. De momento no poseo ningún dato para explicar la inocencia del ladrón, sino la del hombre en sí. Y, sin embargo, tengo la seguridad de estar en lo cierto.

Suspiró y alargó la mano para coger su gran sombrero negro. Al recogerlo se quedó mirando a la mesa con una expresión totalmente distinta, y su cabeza redonda e hirsuta se dobló en un ángulo opuesto, como si acabara de salir un animal raro de su cabeza de la misma manera que sale del sombrero de un prestidigitador. Los demás bajaron los ojos hacia la mesa, pero no alcanzaron a descubrir otra cosa que los documentos del detective, la raída barba y los lentes.

—¡Dios tenga misericordia de nosotros! —murmuró el padre Brown—. ¡Y él yace ahí muerto, con barba y lentes! —Se volvió hacia Devine,

diciéndole—: Aquí hay materia para cavilar, si quiere. ¿Por qué ha de tener dos barbas?

Con estas palabras salió de la habitación, y Devine, a quien devoraba la curiosidad, se fue tras él, alcanzándolo en la puerta de entrada.

—No se lo puedo decir ahora —dijo el padre Brown—, y estoy preocupado, pues ignoro lo que debo hacer. Venga a verme mañana y quizá pueda explicárselo todo. Quizá tenga las ideas bien ordenadas. ¿Ha oído eso?

—Un coche que arranca —explicó Devine.

—El coche de John Bankes —añadió el sacerdote—. Me parece que va muy aprisa.

—Esa es realmente mi opinión —terció el otro, con una sonrisa.

—Irá lejos, muy lejos, esta noche, y, además, muy deprisa —dijo el padre Brown.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que no regresará. John Bankes sospechó que yo sabía algo por las palabras que dije. John Bankes ha huido con las esmeraldas y las otras joyas.

Devine halló al padre Brown, al día siguiente, yendo de acá para allá, delante de la hilera de colmenas. Estaba triste, pero sereno.

—Se lo he estado explicando a las abejitas —dijo—. ¿Sabía usted que había que explicárselo? «Esos albañiles cantadores que levantan techos de oro». ¡Qué verso! —Luego añadió, con mayor brusquedad—: Espero que no será de su gusto despreciar la curiosidad humana aun cuando rebosara de ella todo el colmenar —observó el joven—. Estaba en lo cierto cuando dijo que Bankes se había marchado con las joyas, pero no sé cómo lo supo ni lo que supo.

—Uno tropieza con cosas, y desde un principio hallé un gran estorbo. Me sorprendió primero ver que habían matado al pobre Bernard en el Beechwood. Si bien Michael fue un criminal de los mayores, aun entonces convirtió en punto de honor o de vanidad el llevar a cabo su empresa sin matar a nadie. Me pareció extraño que cuando se había convertido en una especie de santo se saliera de su norma de vida para perpetuar aquel crimen que ya menospreciaba siendo pecador. Lo que vino después me confundió aún más; no podía opinar otra cosa de todo ello sino que había alguna equivocación. Me entró una oleada de buen sentido cuando vi la barba y los lentes y recordé que el ladrón llevaba otra barba y otros lentes. Claro, también cabía que tuviera duplicados; pero también era una coincidencia que no usara ni los cristales antiguos ni la barba antigua, en buen estado aún. También era

posible que hubiese marchado sin ellos y que tuviera que agenciarse otros nuevos, pero esto se me figuraba improbable. No había nada que le obligara a marcharse en coche con Bankes, si intentaba salir a robar, y podía haber llevado el disfraz en el bolsillo. Además, las barbas no crecen en los matorrales[14]. También hubiera sido difícil hallar estas cosas en aquel momento.

No, no; cuantas más vueltas daba al asunto, tanto más me afianzaba en la absurdidad de que poseyera otro juego de disfraz. Y entonces comencé a razonar lo que ya conocía por instinto. No salió con Bankes con la menor intención de ponerse ese disfraz. No se lo puso jamás. Fue otro el que se lo agenció y se lo puso.

—¡Ponérselo! —repitió Devine—. ¿Cómo diablos pudieron?

—Volvamos atrás —dijo el padre Brown— y miremos las cosas desde otra ventana… Por ejemplo, desde la que aquella joven vio el espectro.

—¡Espectro! —repitió Daniel Devine, sobresaltado.

—Ella lo nombró así —dijo el hombrecito sin inmutarse—. Es cierto que está un poco histérica. Su única falta es la de creer que esto significa ser espiritual. Hay animales histéricos. Ella, de todas maneras, es muy sensible, y acertaba cuando observó que aquel rostro pegado a la ventana estaba envuelto por el halo horrible que rodea a las cosas muertas.

—¿Quiere usted decir que…? —comenzó Devine.

—Quiero decir que fue un hombre muerto el que miró por la ventana y que fue un hombre muerto el que se deslizó por más de una casa, asomándose por más de una ventana. Espeluznante, ¿verdad? En cierta manera, era lo inverso de un fantasma, pues no era la semblanza del alma libre del cuerpo, sino la del cuerpo libre del alma.

Miró hacia las colmenas y continuó:

—Pero me parece que el punto de vista más objetivo para mirarlo es desde el del hombre que lo hizo. Usted conoce al hombre que lo hizo: John Bankes.

—El último de quien habría sospechado —dijo Devine.

—El primero en quien pensé —replicó el padre Brown— desde que pude pensar en alguien. Amigo mío, en principio no existen profesiones y tipos buenos o malos. Cualquier hombre puede llegar a ser un asesino, como el pobre John; cualquier hombre, incluso él mismo, puede llegar a ser un santo como el pobre Michael. Pero si es verdad que hay un cierto tipo de hombre que se inclina a desoír a Dios, es el tipo del hombre de negocios. No posee ningún ideal social ni, mucho menos aún, religioso; no posee ni las tradiciones del caballero ni la lealtad que hermana a los de una profesión.

Todos aquellos alardes de haber hecho un buen negocio no eran más que alardes de haber engañado a una persona. La manera de atacar los intentos místicos de su pobre hermana, aborrecible. Su misticismo era absurdo, pero él detestaba esa clase de manifestaciones por lo espiritual que en ellas había. No hay duda de que fue el ángel malo en este caso, y el único interés de ello estriba en meditar esa clase de maldad.

En realidad, el motivo del asesinato fue uno y nuevo. El móvil de usar el cuerpo como un monigote en el teatro… una especie de muñeco nefasto. Al principio, planeó matar a Michael en el coche, únicamente para pretender que le había matado en el jardín. Pero de ello se siguieron, naturalmente, una serie de sugerencias fantásticas; se encontró que tenía a disposición suya, en un coche cerrado y en medio de la noche, el cuerpo de un criminal reconocido y reconocible. Podía dejar las huellas digitales y de los pies; podía mostrar su cuerpo reconocible en las ventanas y volver a retirarlo. Usted recordará que Moonshine apareció mientras Bankes estaba fuera de la habitación buscando el collar de esmeraldas de su madre.

Por último, no le quedó otra cosa por hacer que disparar dos tiros, uno de cada pistola, y dejarlo tumbado en la hierba. Tal vez no se hubiera descubierto nunca si no hubiera sido por el enigma de las dos barbas.

—¿Por qué guardaba su amigo Michael la barba vieja? —preguntó Devine, pensativo—. Eso me parece un poco raro.

—Para mí, que lo conocía, no lo resulta —repuso el padre Brown—. Todo su comportamiento era como el de la peluca que usaba. Sus disfraces no eran para disfrazar. El viejo disfraz ya no le servía de nada y tampoco le asustaba; le habría parecido obrar mal si destruía la barba. Le hubiera hecho el efecto de que se escondía y él no se escondía. No se escondía a los ojos de Dios ni a los suyos propios. De haberle vuelto a la prisión, habría sido igualmente feliz. No estaba emblanquecido, sino blanqueado. Había en él algo muy peculiar, casi tanto como la danza grotesca a que fue arrastrado después de muerto. Cuando iba de acá para allá, por delante de estas colmenas, incluso entonces aparecía en una actitud radiante y luminosa, como muerto; sentía que el juicio de los vivos no le alcanzaba.

Se hizo una pausa, tras de la cual dijo Devine, moviendo los hombros:

—En resumen: que todo parece indicar que las abejas y las avispas se parecen mucho en este mundo. ¿No es cierto?

LA CANCIÓN DEL PEZ VOLADOR

El espíritu del señor Pilgrim Smart vivía dando vueltas alrededor de cierto objeto que poseía y de una broma que gastaba. Tal vez se tenga por una broma poco sabrosa, pues consistía en preguntar a la gente si había visto sus peces dorados. Tal vez se le tenga también por una broma cara y, sin embargo, cabe preguntarse si no le atraía más la broma que gastaba que el valor del objeto que poseía. Hablando con sus vecinos del pequeño grupo de casas nuevas que habían surgido alrededor del antiguo prado comunal del pueblecillo, no perdía tiempo en hacer recaer la conversación sobre su tema favorito. Fue a propósito del señor Burdock, un biólogo de fama creciente, de mentón decidido y cabello planchado hacia atrás como el de un alemán, que introdujo el tema. «¡Ah! ¿Está usted interesado en la historia natural? ¿Conoce usted mis peces de oro?». Para un evolucionista tan ortodoxo como el señor Burdock la Naturaleza era un todo; pero a primera vista la trabazón entre una cosa y otra no se le hizo muy patente porque él era un especialista que se había dedicado por entero a los antepasados de la jirafa. En cambio, cuando hizo lo propio con el padre Brown, cura de una iglesia de la ciudad vecina, llenó la conversación con los siguientes tópicos: «Roma-San Pedro-Pescador-pez-peces de oro». Hablando con el señor Imlack Smith, director de un banco, hombre delgado y pálido, afectado en el vestir, pero de porte mesurado, tocó el tema del patrón oro y de este a los peces de oro medió solo un paso. Con el brillante explorador de Oriente, profesor conde Yvon de Lara, cuyo título era de origen francés y cuyo rostro se parecía al de los rusos o, mejor, al de los tártaros, el hábil conversador demostró un gran interés por el Ganges y el océano Índico, yendo a parar, como era natural, en si cabía la posibilidad de que hubiera peces dorados en aquellas aguas. De Harry Hartopp, hombre muy rico, pero no menos vergonzoso y callado, que acababa de llegar de Londres, logró por fin la aseveración de que no estaba interesado en la pesca, pero el hombre halló la manera de poder decir:

—¡Ah, hablaba de pesca! ¿Ha visto usted mis peces dorados?

Lo que tales peces dorados tenían de particular era que estaban hechos de oro y formaban parte de un juguete excéntrico, pero caro, del que se decía había sido construido para recreo de algún acaudalado príncipe oriental. El señor Smart lo había adquirido en alguna tienda de ocasiones o antigüedades, casas que visitaba con frecuencia para llenar la suya de objetos únicos e

inservibles. Desde el extremo opuesto de la habitación en donde se hallaba el objeto, esta friolera no presentaba otras características que las de una bola de cristal desmesuradamente grande, en la que había unos peces desmesuradamente grandes pero vivos; mas acercándose a ella, apercibíase uno de que era una hermosa burbuja de vidrio veneciano teñida con suaves y delicadas nubes de colores iridiscentes, bajo cuyo velo se replegaban, enormes y grotescos, los peces de oro con rubíes por ojos. El conjunto debía de valer objetivamente mucho y si se daba en pensar en el capricho de los coleccionistas, ¿a cuánto no ascendería su valor? El nuevo secretario del señor Smart, un joven llamado Francis Boyle y que a pesar de ser irlandés no se distinguía por precavido, se sorprendió cándidamente de que su dueño hablara con tanta libertad de sus tesoros a un grupo de personas, no muy bien conocidas, quienes se habían reunido de una manera nómada y fortuita en aquel vecindario; los coleccionistas son reservados en general y algunas veces ocultistas. A medida que fue aprendiendo su oficio pudo ver que no era el único que tenía esa opinión, sino que había quien la sostenía con marcado vigor.

—Es una maravilla que no le hayan cortado la cabeza —opinó Harris, el criado del señor Smart, con cierto susto imaginativo, casi como si lo hubiese dicho de una forma puramente artística—. Es una lástima.

—Es extraordinaria la manera como descuida las cosas —dijo el jefe de oficina del señor Smart, Jamerson, que había venido de la oficina para asistir al nuevo secretario—. Ni siquiera pone esas desvencijadas barras detrás de su desvencijada puerta.

—No hay nada que objetar respecto al padre Brown o al doctor —dijo el ama de llaves con la vaguedad de tono con que solía expresar sus opiniones —. Pero por lo que a los extraños se refiere, yo creo que es tentar a la Providencia. Tampoco pensaría mal del conde, pero aquel señor del banco me parece demasiado amarillo para que sea inglés.

—Hartopp es tan inglés que solo sabe guardar silencio —dijo Boyle de buen humor.

—Así piensa más —replicó la mujer—. Quizá no sea extranjero, pero desde luego no es tan tonto como parece. Exótico es el que exóticamente se comporta —añadió con misterio.

La fuerza de sus convicciones se hubiera acrecentado de haber oído la conversación que se desarrollaba en el salón de su dueño, motivada por los peces de oro y, gracias a la cual el ofensivo extranjero iba colocándose en primer plano, no por lo que se hablara, que no era mucho, sino porque su

silencio tenía algo de elocuente. Si parecía algo más regordete era debido a que se hallaba sentado sobre un montón de cojines y, en la creciente oscuridad, su ancho rostro mogólico quedaba ligeramente iluminado como la luna. Quizás el ambiente que le rodeaba hiciera resaltar lo que en él había de asiático, pues la habitación era un caos de curiosidades raras, entre las que podían verse las atrevidas curvas y brillantes colores de innumerables armas orientales, pipas y cacharros, instrumentos musicales y manuscritos con dibujos, objetos todos de procedencia oriental. Sea como fuere, a medida que iba transcurriendo el tiempo, Boyle sentía más y más que la figura sentada sobre los almohadones, oscura al contraluz, era exactamente igual a una estatua gigantesca de Buda.

La conversación tomó un carácter bastante general pues estaba presente toda la pequeña sociedad del lugar. La costumbre de pasar la tarde unos en casa de otros había llegado a generalizarse y, en ese tiempo, constituía un pequeño club, compuesto, en su totalidad, por los habitantes de las cuatro o cinco casas que había alrededor del prado. De entre estas, la de Pilgrim Smart era la más antigua, grande y pintoresca; corrían sus muros por todo un lado de la plaza, dejando tan solo el lugar suficiente para una pequeña villa que habitaba un coronel retirado llamado Varney, quien, al parecer, era inválido y a quien, en verdad, no se veía salir nunca. Formando ángulo recto con ambas casas, se levantaban dos o tres tiendas que suministraban lo necesario para los habitantes del lugar y, frente por frente a estas, quedaba la posada del «Dragón Azul», en la que vivía el forastero de Londres, el señor Hartopp. En el lado opuesto había tres casas, una alquilada al conde Lara, otra al doctor Burdock y sin inquilinos la tercera. En el cuarto lado estaba el edificio del banco, con su chalet adyacente para el director, y un solar cercado, aún por construir. Era este un conjunto que podía obrar con cierta independencia y la extensión del terreno, relativamente desierto, que los rodeaba y sus considerables dimensiones, les hacía sentirse más y más unidos. Aquella tarde se había inmiscuido en el grupo un nuevo personaje; era un hombre de cara de halcón, con tres temibles copetes rubios, dos por cejas y uno por bigote y, tan mal vestido, que debía de ser un millonario o un conde, si como se decía, tenía que hablar de negocios con el viejo coleccionista. En el «Dragón Azul» pasaba, no obstante, por el señor Hamer.

Se le había explicado las glorias de los peces de oro y las críticas que sufría el señor Smart por su manera de custodiarlos.

—La gente me dice siempre que debería guardarlos con mayores precauciones —dijo el señor Smart lanzando una mirada por encima de su

hombro al empleado que estaba detrás de él con un pliego de papeles en las manos. Smart era un hombre de rostro redondo y cuerpo rechoncho, cuyo conjunto producía el efecto de un loro calvo—. Jamerson, Harris y todos los demás me instan a que ponga barras en las puertas de la casa, como si esto fuera una fortaleza medieval. Aunque yo creo, en realidad, que estos impedimentos son demasiado medievales para impedir hoy día la entrada a nadie. Prefiero confiar en la Providencia y en la policía local.

—No son siempre las mejores cerraduras las que impiden a la gente entrar —dijo el conde—; todo depende de quién sea el que pretende forzarlas. Había un antiguo ermitaño hindú que vivía desnudo en una cueva y que, pasando a través de los tres ejércitos que protegían al mongol, sustrajo el gran rubí del turbante del tirano para demostrar a los poderosos cuán sumamente insignificantes son las leyes del tiempo y del espacio.

—Si nos ponemos a estudiar las insignificantes leyes del tiempo y del espacio logramos, por lo general, saber cómo se realizan esos trucos —replicó el doctor con sequedad—. La ciencia occidental ha prestado mucha luz sobre la magia de Oriente. Sin duda, el hipnotismo y la sugestión pueden hacer mucho, por no citar ya los juegos de manos.

—El rubí no estaba en la tienda real —observó el conde con un gesto impreciso—, sino que se hallaba en una de las cien tiendas que la rodeaban.

—¿No podría explicarse por la telepatía? —preguntó el doctor con viveza.

La pregunta resultó tanto más viva en contraste con el silencio profundo que la siguió: parecía que el ilustre viajero se hubiese echado a dormir sin prestar atención a los demás.

—Perdonen ustedes —dijo volviendo en sí con súbita sonrisa—. Olvidaba que estábamos hablando con palabras. En Oriente hablamos con pensamientos y así no sufrimos equívocos. Me admira el modo que tienen ustedes de cuidar las palabras y cómo estas les satisfacen. ¿Qué más da, para la cosa en sí, llamarla telepatía o bobería, como la llamó usted antes? Si un hombre sube hacia el cielo escalando una higuera de Bengala, ¿de qué manera quedará modificado el hecho si se dice que eso es levitación o que se trata de una mentira? Si una brisa medieval hubiese movido su varita y me hubiese convertido en un mandril azul me dirían que era atavismo.

El primer ademán del doctor fue el de afirmar que el cambio no hubiera sido muy notable a fin de cuentas. Pero antes de que su irritación pudiese hallar salida, el hombre que se llamaba Hamer interrumpió malhumorado:

—Es realmente cierto que esos magos indios pueden llegar a hacer cosas curiosísimas, pero yo veo que, por lo general, solo se hace en la India. Tal vez

tengan muchos ayudantes o se deba a una psicología de la masa. Me parece que estas jugarretas no se han efectuado jamás en un pueblecito inglés y me atrevería a opinar que los peces dorados de nuestro amigo están a buen recaudo.

El conde Ivon tomó la palabra seguidamente:

—Les explicaré una cosa ocurrida, no en la India, sino en un cuartel inglés de la parte más moderna de El Cairo. Había un centinela en la parte interior de una verja de hierro montando guardia ante una puerta cerrada, también de hierro. De pronto, compareció ante la verja un hombre harapiento que parecía del país y que le habló en un inglés cuidadísimo, de un documento de sumo interés guardado allí, para mayor seguridad. El soldado contestó, como era natural, que el hombre no podía entrar, a lo que aquel replicó sonriendo: «¿Qué entiende usted por estar dentro o por estar fuera?». El soldado le seguía mirando con menosprecio a través de los barrotes, cuando notó que, a pesar de no haberse movido ni él ni la puerta, él, el centinela, se hallaba en la calle mirando al patio, donde estaba el pordiosero sonriente e inmóvil. En cuanto este se volvió de espaldas y se dirigió hacia el edificio, el soldado dio un grito de alerta a los otros soldados para que detuviesen al pordiosero detrás del recinto. «Aunque haya entrado, no saldrá de aquí», exclamó vengativo. A lo que el pordiosero replicó con voz transparente: «¿Qué significa dentro y qué fuera?». Y el soldado, que continuaba mirando a través de los mismos barrotes, vio que volvían a hallarse entre él y la calle, en la que se hallaba el pordiosero con un papel en la mano.

El señor Imlack Smith, el director del banco, que contemplaba el suelo con mirada perdida, dijo hablando por primera vez:

—¿Le sucedió algo al papel?

—Sus instintos profesionales no le han engañado —repuso el conde con afabilidad—. Era un papel de considerable importancia financiera. Sus consecuencias fueron internacionales.

—Espero que no ocurran con frecuencia estas cosas —dijo el conde Hartopp, sombrío.

—No voy a meterme con el lado político de la cuestión —dijo el conde con serenidad—, sino con el filosófico. Esto nos enseña cómo el hombre sabio puede prescindir del tiempo y del espacio, volver las corrientes de los mismos, de manera que el mundo dé vueltas ante sus ojos. Pero, para ustedes es muy difícil llegar a comprender que las potencias espirituales son más fuertes que las materiales.

—Bien —dijo el viejo Smart con despreocupación—; yo no puedo ponerme como modelo de autoridad en las cosas espirituales. ¿Qué dice usted, padre Brown?

—El padre Brown es un filisteo —dijo Smith sonriendo.

—Tengo cierta afinidad con esa tribu —contestó el aludido—. Filisteo es aquel hombre que está en lo cierto, aun sin saber por qué.

—Todo esto es demasiado elevado para mí —dijo Hartopp con sinceridad.

—Tal vez —dijo el padre Brown sonriendo— le gustaría a usted eso de hablar sin palabras a que se refirió el conde. Comenzaría a hablar de una manera intencionada y usted replicaría con una explosión de taciturnidad.

—Se podría intentar algo con la música —murmuró el conde, soñoliento—. Sería mejor que todas las palabras.

—Sí, tal vez me fuera más fácil comprender eso —contestó el joven en voz baja.

Boyle seguía la conversación con interés porque algo había en el comportamiento de más de uno de los presentes que le pareció significativo e incluso extraño. Si bien la conversación se desvió hacia la música, aludiendo al director del banco, que era un aficionado de cierto mérito, el joven secretario se acordó de pronto de sus deberes y recordó a su dueño que el jefe de la oficina estaba impaciente con los papeles en la mano.

—¡Oh! No se preocupe por eso en estos momentos, Jamerson —dijo Smart algo confuso—. Es algo sobre mi cuenta. ¡Ah! Ya hablaré con el señor más tarde. Decía usted que el violonchelo…

Pero el hálito helado de los negocios había dispersado el vaho de la conversación trascendental y, uno tras otro, los invitados comenzaron a despedirse. Únicamente permaneció el señor Imlack Smith, director del banco y músico, que entró, junto con el señor Smart, en la habitación donde estaban los peces de oro.

La casa era larga y estrecha, con una galería cubierta alrededor del primer piso. Este estaba ocupado en su mayor parte por las habitaciones de su dueño: el dormitorio, el cuarto de vestir y una habitación interior en la que se almacenaban, algunas noches, sus tesoros más preciados. Esta galería, así como la puerta con los cerrojos descorridos, era otra de las preocupaciones del ama de llaves, del jefe de la oficina y de todos aquellos a quienes tenía admirados la despreocupación del coleccionista. La verdad es que este perspicaz vejete era más precavido de lo que daba a entender. No tenía gran confianza en los anticuados cerrojos de su casa, por lo que el ama de llaves se dolía viendo cómo enmohecían a causa de permanecer en desuso. Guardaba

cada noche sus favoritos peces de oro en la habitación interior y dormía frente a ella con un revólver debajo de la almohada. Boyle y Jamerson estaban aguardando a que su jefe volviera de la entrevista. Cuando lo vieron, llevaba en sus brazos la enorme bola de cristal con la misma reverencia que si se tratase de la reliquia de un santo.

En el exterior, los últimos rayos del sol poniente, doraban aún dos ángulos de la pradera, pero en la casa fue necesario encender una bujía, y en la confusión de las dos luces, el globo coloreado relucía cual una joya monstruosa y las fantásticas siluetas de los fogosos peces parecían comunicarle el atractivo de un talismán. Por encima del hombro del viejo, el rostro aceitunado de Imlack Smith aparecía perplejo como el de una esfinge.

—Voy a marcharme a Londres esta noche, señor Boyle —dijo el viejo Smart con mayor gravedad que de costumbre—. El señor Smith y yo vamos a tomar el tren de las siete menos cuarto. Preferiría que usted, Jamerson, se quedara a dormir en mi habitación esta noche. Ponga usted esto en la habitación interior, como siempre, y estará completamente seguro. Piensen que nada puede suceder.

—Por todas partes y en todo momento puede pasar algo —dijo sonriente Smith—. Yo creo que, por lo general, pone usted un revólver en la cama. Quizá fuera mejor que lo dejara en casa esta vez.

Pilgrim Smart le dejó sin respuesta y salieron ambos de la casa hacia la avenida que circundaba el prado.

El secretario y el jefe de la oficina durmieron aquella noche en la habitación del señor Smart. Para decirlo con mayor precisión, Jamerson, el jefe de la oficina, durmió en una cama en el cuarto de vestir, pero la puerta quedó abierta y las dos habitaciones resultaban prácticamente una sola. El dormitorio tenía un balcón que daba a la galería y una puerta que comunicaba con la habitación interior, donde guardaron los peces para mayor seguridad. Boyle hizo rodar su cama hasta colocarla de través ante aquella puerta, puso el revólver debajo de su almohada y se desvistió para acostarse, consciente de que había tomado todas las precauciones posibles contra un acontecimiento improbable e imposible. No alcanzaba a imaginar por qué razón iba a tener lugar un robo en la forma acostumbrada; y por lo que se refería a los procedimientos espirituales del conde de Lara, si llegó a pensar en ellos, no fue sino cuando estaba ya para dormirse, pues su contenido era propio de un ensueño. Así es que pronto derivaron en tales, y quedó dormido, soñando a intervalos con ellos. El viejo jefe de oficina estaba algo más inquieto, como de costumbre, y después de dar algunas vueltas por la habitación y de repetir

algunas de sus máximas y lamentaciones usuales, se echó en la cama e intentó dormirse. El resplandor de la luna se intensificó y volvió a amortiguarse sobre el prado verde y los bloques de piedra gris de las casas, en una soledad y silencio que parecían no tener ningún testimonio humano; y fue mientras los rayos blanquecinos de la aurora irrumpieron en el cielo cuando sucedió la cosa.

Boyle, por ser joven, era de entre los dos, indudablemente, el que disfrutaba de mejor salud y sueño. A pesar de ser diligente, una vez despierto, tenía que hacer un esfuerzo antes de poder pensar. Además, tenía sueños de esos que se empeñan en aferrarse a la mente humana como si fueran unos pulpos. Soñaba un conjunto confuso de cosas, incluyendo la imagen que viera al acostarse, de las cuatro calles grisáceas y el prado verde. Pero la disposición de ellas cambiaba y se tornaba imprecisa, dando vueltas de una manera mareante al son de un ruido sordo, parecido al de un molino, ruido que hacía pensar en un río subterráneo, aunque tal vez no fuera otra cosa que los ronquidos del viejo Jamerson en el cuarto de vestir. En el pensamiento del soñador todos los murmullos y pensamientos se ligaban a las palabras del conde de Lara, cuando decía que una inteligencia privilegiada podía gobernar el sentido del tiempo y del espacio y trabucar el mundo. La impresión que producía en el sueño era como si hubiese una verdadera máquina subterránea que fuera presentando nuevos panoramas de acá para allá, haciendo que las partes más remotas del mundo apareciesen en el jardín de un hombre, o bien que fuera este mismo jardín el que quedara desterrado al otro lado del mar.

Las primeras impresiones cabales que tuvo fueron las palabras de una canción acompañadas de un sonido metálico; la cantaban con un acento extranjero y la voz, sin embargo, parecía familiar, aunque un poco extraña. No llegaba a convencerse de que no fuera él el que estuviera componiendo versos en su sueño.

Atravesando tierras y mares
los peces voladores volverán a mí.
Pues la nota no es del mundo que los despierta
sino es…

Logró ponerse en pie y vio que su compañero de guardia estaba ya fuera de la cama. Jamerson miraba por la gran ventana hacia el balcón y llamaba con viveza a alguien que estaba en la calle.

—¿Quién va? —gritaba—. ¿Qué quiere usted?

Se volvió agitado hacia Boyle y dijo:

—Hay alguien que se está paseando por ahí fuera. Ya sabía yo que no estaba seguro esto. Voy a echar el cerrojo a esa puerta, dígase lo que se quiera.

Corrió hacia abajo con grandes prisas y Boyle pudo oír el ruido del correr de las barras; pero Boyle no se contentó con ello, sino que salió al balcón y miró hacia la larga avenida gris que conducía a la casa, imaginándose que soñaba aún.

En la avenida que cruzaba el prado solitario y el pequeño villorrio, apareció una figura que podía haber salido de la selva virgen o de una feria; un personaje de uno de los cuentos fantásticos del conde, o de *Las mil y una noches*. La luz un tanto espectral que comienza a dibujarlo todo y, al mismo tiempo, a quitar color a todo, cuando había dejado de ser un punto en el Oriente, comenzó a levantarse cual un velo de gasa gris y destacó una figura arropada con una inusitada vestimenta. Un chal de color azul de mar, rarísimo, grande y voluminoso, se arrollaba alrededor de su cabeza como un turbante y luego bajaba hasta el cuello produciendo el efecto total de una capucha; por lo que al rostro se refería, hacía las veces de una máscara, pues el pedazo de tela que colgaba de la cabeza quedaba cerrado como un velo. Tenía la cabeza doblada sobre un instrumento musical hecho de plata o de acero, al que se le había impreso la forma de un violín deforme o torcido. Lo tocaba con algo parecido a un peine de metal y las notas que sacaba del mismo eran particularmente penetrantes y agudas. Antes de que Boyle pudiera abrir la boca, el mismo acento enajenador salió de debajo del turbante o albornoz, profiriendo palabras cantadas de la misma suerte.

> *Así como los pájaros de oro vuelven al árbol mis peces dorados*
> *vuelven a mí. Vuelven…*

—No tiene usted ningún negocio aquí —exclamó Boyle exasperado, sin saber lo que decía.

—Tengo derecho sobre los peces de oro —dijo el extranjero, hablando más como si fuera el rey Salomón que como un beduino descalzo con un raído capote azul—. Y ellos vendrán conmigo… ¡Venid…!

Se produjo una cascada de sonido que parecía inundar la mente, a la que siguió otro sonido más débil; un susurro a modo de respuesta. Venía de la habitación interior en donde se hallaban los peces de oro en su prisión de cristal.

Boyle volvió el rostro hacia dicho aposento y, al hacerlo, el susurro se convirtió en un prolongado tintineo parecido al de un timbre eléctrico y,

finalmente, en un crujido suave. Mas con todo, no habían pasado sino unos pocos segundos desde que Jamerson retara al hombre de la calle desde el balcón y volvía a encontrarse otra vez allí jadeando un poco, pues era ya un hombre entrado en años.

—He cerrado la puerta ya, por si acaso —dijo.

—La puerta del establo —dijo Boyle desde la habitación del fondo.

Jamerson le siguió y vio que estaba mirando al suelo. Este se hallaba cubierto por una gran cantidad de cristales como los pedazos curvos de un hermoso arcoíris.

—¿Qué quiere usted decir con la puerta del establo? —comenzó a decir Jamerson.

—Quiero decir que el caballo ha sido robado —contestó Boyle—. Los caballos voladores. Los peces voladores a quien nuestro amigo árabe acaba de silbar haciéndoles obedecer como si fueran perrillos del circo.

—Pero ¿cómo pudo? —preguntó el viejo dependiente como si esas cosas no fueran lo bastante decentes para hablar de ellas.

—Bueno, no sé, pero ya no están —dijo Boyle con sequedad—. El recipiente de cristal está aquí hecho añicos. Costaba abrirlo, pero en un segundo ha sido hecho pedazos. Los peces han desaparecido. Dios sabe cómo. Me gustaría preguntárselo a nuestro amigo.

—Estamos perdiendo el tiempo, deberíamos ir tras él —añadió el desconcertado Jamerson.

—Mejor será que telefoneemos a la policía. Deberían localizarlo en un momento con sus teléfonos y coches, que van mucho más aprisa de lo que lo haríamos nosotros corriendo por el pueblo en pijama. Pero quizá se trate de algo que ni los coches ni los cables puedan alcanzar…

Mientras Jamerson hablaba por teléfono con la policía, Boyle salió de nuevo al balcón y consideró con mirada atenta el rosado panorama del alba. No había ninguna señal del hombre del turbante azul y no se percibía otro signo de vida que aquel que un experto hubiese adivinado como proveniente del «Dragón Azul». No obstante, en el alma de Boyle tomó cuerpo una idea que hasta entonces solo había notado inconscientemente. Era como una realidad pugnando por alcanzar su nivel apropiado en su distraída mente. No era otra cosa sino que el panorama mortecino no había sido nunca de un único tono; había un puntito dorado entre las vetas pálidas del cielo, una lámpara encendida en una de las casas, al otro lado del prado. Algo, tal vez puramente físico, le dijo que aquella luz había estado ardiendo durante toda la noche y que ahora empalidecía con la primera claridad diurna. Contó las casas y el

resultado pareció corresponder a algo que ya había formulado previamente, sin saber a punto fijo lo que era. Según todas las trazas, se trataba de la casa del conde Yvon de Lara.

El inspector Pinner acababa de llegar con varios policías y había hecho varias cosas con aire rápido y resoluto, pues estaba dominado por la impresión de que, dada la trascendencia de los valiosos objetos, iba a dedicársele a su labor mucho espacio en los periódicos. Lo examinó todo, tomó las medidas de todo, así como las huellas digitales de todo el mundo, hizo que todos se mantuvieran erguidos, y, al final, se encontró cara a cara con un hecho al que no podía dar crédito. Un árabe había salido por la alameda del pueblo, deteniéndose ante la casa del señor Pilgrim Smart, donde había un recipiente de cristal que encerraba varios peces de oro, el cual estaba metido en una habitación interior; entonces el árabe cantó una canción o recitó un poema y el recipiente explotó cual una burbuja de jabón y los peces se evaporaron.

No sirvió para calmar al inspector el hecho de que un conde extranjero le dijese con voz blanda y melosa que los límites de la experiencia iban ensanchándose.

Realmente, la actitud de cada uno de los miembros del pequeño grupo fue bien característica. Pilgrim Smart regresó de Londres a la mañana siguiente al tener noticia de la pérdida. Se sintió sorprendido, como es natural, pero sus reacciones eran siempre vivas y decididas, y su manera de actuar sugería la del gorrión, demostrando mayor vivacidad en la resolución del problema que depresión por la pérdida. Al hombre llamado Hamer, que había venido al pueblo con la intención de comprar los peces dorados, podía perdonársele el que se mostrara un poco quisquilloso al saber que ya no podía adquirirlos. Su bigote y cejas agresivos parecían brillar por retener el conocimiento de algo más palpable que el desengaño y los ojos con que vigilaba a los reunidos relucían atentamente, casi podía haberse dicho suspicazmente. El rostro enjuto del director del banco daba la impresión de usar de sus ojos como de brillantes y movedizos magnetos. De las dos figuras restantes de la original reunión, el padre Brown permanecía silencioso si no se le dirigía la palabra y el joven Hartopp hacía lo propio, incluso, a veces, cuando se le preguntaba algo.

El conde no era hombre para dejar pasar sin comentario cosa alguna que pudiera servir para apoyar sus puntos de vista. Sonreía ante el racionalismo de su rival, el médico, con la sonrisa del que sabe continuar siendo amable.

—Tendrá que admitir por lo menos, doctor —dijo—, que algunas de las historias que ayer le parecían inverosímiles, han tomado hoy visos de mayor probabilidad. Cuando un hombre vestido de harapos, como el que ayer describí, puede, con solo pronunciar una palabra, romper un recipiente encerrado dentro de cuatro paredes, entonces empezaré a considerarle como ejemplo de lo que dije sobre el poder espiritual y las barreras materiales.

—Y también podría tomarse como ejemplo para ilustrar lo que yo dije —replicó el doctor con viveza—. Basta un pequeño conocimiento científico para saber cómo se hacen estas jugarretas.

—¿Lo cree usted así, doctor? —preguntó Smart un poco excitado—. ¿Que usted nos podría dar un poco de luz científica sobre este misterio?

—Puedo poner en claro lo que el conde da en llamar misterio —repuso aquel—, pues no es ningún misterio. Esa parte es bastante clara. Un sonido no es más que una onda vibratoria y ciertas vibraciones pueden romper el cristal, si el sonido es de cierta clase y el cristal también. El hombre no se quedó en la calle haciendo uso del método ideal que, según nos dice el conde, emplean los orientales cuando quieren hacer una pequeña trapisonda. Este cantó lo que quiso y sacó de su instrumento una nota aguda. No era otra cosa que un experimento más para ilustrar que un vidrio de cierta composición se ha roto por medio de un sonido.

—Sí, sí, un experimento según el cual ciertos pedazos de oro macizo han dejado de existir súbitamente.

—Aquí viene el inspector Pinner —dijo Boyle—. Me parece que consideraría la explicación científica del doctor con los mismos ojos que lo sobrenatural del conde. Posee una inteligencia muy escéptica y, especialmente, por cuanto a mí se refiere. Me parece que sospecha de mí.

—Me parece que sospecha de todos nosotros —dijo el conde.

Movido por la sospecha que sentía pesar sobre sí, fue en busca del consejo personal del padre Brown. Unas horas más tarde, paseaban los dos por el prado del pueblo y el padre Brown, que hasta entonces había estado mirando ceñudamente al suelo mientras escuchaba, se detuvo de pronto.

—¿Ve usted aquello? —preguntó—. Alguien ha limpiado la acera frente a la casa del coronel Varney. ¿Quién sabe si fue ayer?

El padre Brown continuó mirando con detenimiento la casa, que era alta y estrecha, y en cuyas ventanas había hileras de toldos a rayas vivas un poco descoloridas ya. Lo que se percibía del interior de la casa, a través de las rayas de una abertura, parecía tanto más oscuro por cuanto contrastaba con la parte exterior, dorada por la luz del sol poniente.

—No lo he visto siquiera. No creo que nadie lo haya visto —contestó Boyle— a excepción del doctor Burdock, y me parece que el doctor le hace solo las visitas indispensables.

—Bueno, pues voy a verle unos minutos —dijo el padre.

La gran puerta de entrada se abrió y se tragó al pequeño sacerdote, y su amigo quedose de una manera irracional y atónita, como si dudara de que volviera a abrirse. Sin embargo, se abrió efectivamente al cabo de pocos minutos, y el padre Brown emergió, sonriendo aún, y continuó su marcha reposada y trabajosa alrededor del prado. Algunas veces parecía que hubiese olvidado el asunto que traía entre manos, pues hacía observaciones de carácter histórico o social, o de los progresos que se hacían en el barrio. Su mirada, contemplando la casa, se posó en la tierra acumulada con el fin de dar principio a una nueva calle, cerca del banco, y miró hacia el pueblo con una vaga impresión.

—Tierra comunal. Me figuro que la gente traería siempre a pacer sus gansos y cerditos aquí, si tuviesen algunos de esos animales; sin embargo, me parece que ahora no sirven para otra cosa que para criar cerdos y ortigas. ¡Qué lástima que lo que debía de haber sido un gran pasto se haya convertido en un asqueroso yermo! Precisamente esta es la casa del doctor Burdock, ¿verdad?

—Sí —contestó Boyle, casi abrumado por aquel inesperado párrafo.

—Muy bien —contestó el padre Brown—; así es que me parece que volveré a meterme en casa.

Abrieron la puerta de la casa de Smart y mientras subían por las escaleras, Boyle repitió a su acompañante muchos de los detalles del suceso, ocurrido al salir el sol.

—¿No volvería a dormirse, supongo, dando tiempo a que alguien escalara el balcón mientras Jamerson fue a asegurar la puerta?

—No —dijo Boyle—, estoy seguro de ello. Me desperté al oír a Jamerson llamar al individuo desde el balcón; luego le oí bajar las escaleras y colocar las barras y, en menos tiempo del que se necesita para dar dos pasos, me hallaba ya en el balcón.

—¿No podía haber entrado por otro lado? ¿No hay otra entrada, salvo la de la puerta delantera?

—En apariencia, no —respondió Boyle con gravedad.

—Mejor sería asegurarse de ello, ¿no cree? —dijo el padre Brown con amabilidad, dirigiéndose de nuevo hacia abajo.

Boyle se quedó mirando hacia donde había desaparecido con una expresión indefinida en el rostro.

Tras de un lapso de tiempo relativamente corto, el rostro redondo y un poco ordinario del sacerdote volvió a surgir de nuevo por la escalera, sugiriendo el espectro de un nabo con una sonrisa vaga en el rostro.

—No. Me parece que con esto queda clara la cuestión de las entradas —dijo ahora alegremente el nabo fantasmal—. Y me parece que habiéndolo puesto ya todo en claro, por decirlo así, podemos comenzar a atar cabos con lo que tenemos. Es un asunto bastante curioso.

—¿Cree usted —preguntó Boyle— que el conde, el coronel o alguno de esos viajeros de Oriente tiene algo que ver con esto? ¿Cree usted que fue… preternatural?

—Voy a adelantarle esto —dijo el sacerdote con gravedad—. Si fue el conde, el coronel o alguno de los otros vecinos los que vinieron aquí disfrazados de árabe al amparo de la oscuridad… entonces sí que fue algo preternatural.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué, entonces?

—Porque el árabe no dejó huellas —replicó el padre Brown—. Los que están más cerca son el coronel, por un lado, y el banquero, por el otro. Entre ustedes y el banco media la arena roja en la que hubieran quedado las marcas de los pies y se hubiera adherido a sus plantas, dejando huellas de aquel color. La acera estaba lo bastante húmeda para haber mojado los pies del que pasara, dejando luego la impresión de los mismos por la calle. Ahora bien, si el visitante hubiese sido el conde o el doctor —ambos viven en las casas de enfrente—, podían haber venido por el prado; pero habían de hallarlo muy incómodo yendo descalzos pues como ya le he dicho está lleno de ortigas, espinas y cardos. Tal vez se hubieran pinchado y alguna señal de su paso habría quedado. A no ser que fuera, como usted dice, un ser sobrenatural.

Boyle se quedó mirando con fijeza el rostro grave e indescifrable de su amigo.

—¿Quiere usted decir que lo era? —preguntó por fin.

—No hay que olvidar una verdad de tipo general —dijo el padre Brown tras una pausa—. A veces, una cosa está demasiado cerca para que la veamos; así un hombre no puede verse a sí mismo. Una vez hubo un hombre que tenía una mosca en el ojo; se puso a mirar por el telescopio y vio que había un dragón increíble en la luna. Y también me han dicho que si un hombre escucha la reproducción exacta de su voz no le parece la suya propia. De la misma manera, si algo de lo que nos rodea en nuestra vida cotidiana no cambia de sitio, casi no nos apercibimos de ello, y si se colocara en un lugar

imprevisto, llegaríamos a creer que venía de un lugar desconocido. Salga usted un momento conmigo. Quiero que lo mire desde otro punto de vista.

Diciendo estas palabras se levantó y bajaron las escaleras sin dejar de hablar. El cura continuó sus observaciones de una manera entrecortada como si estuviera pensando en voz alta.

—El conde y el ambiente asiático tienen que ver con el caso, porque todo depende de la preparación de la mente. Un hombre puede llegar al punto de creer, hallándose en ese estado, que un ladrillo, cayendo de lo alto, es un ladrillo babilónico con inscripciones cuneiformes y que se ha desprendido de los jardines colgantes de Babilonia y llegará hasta el punto de no ver que el ladrillo es uno de su propia casa. Ese es su caso…

—¿Qué significa esto? —exclamó Boyle mirando fijamente hacia la entrada y señalando la puerta—. ¿Qué maravilla es esa? La puerta vuelve a estar cerrada.

Estaba mirando la puerta por la cual no hacía más que unos minutos que acababan de entrar y que se hallaba cruzada por las enmohecidas barras de hierro de las que él había dicho que «habían atrancado la puerta del establo demasiado tarde». Había algo sorprendente y calladamente irónico en esas antiguas cerraduras que se cerraban tras ellos como si obedecieran a impulso propio.

—¡Ah, eso! —dijo el padre Brown casualmente—. Yo mismo acabo de correrlas. ¿No me oyó usted?

—No, no oí nada.

—Pues casi me imaginé que así sería —dijo el otro sin inmutarse—. No hay ninguna razón por la cual deba oírse desde arriba cómo se corren las barras. Una especie de gancho se mete con facilidad dentro de esta especie de agujero. Si uno está cerca oye un pequeño «clic» y eso es todo. Lo único que se podría oír desde arriba es esto.

Y cogió la barra, sacándola de la ranura y la dejó caer al lado de la puerta.

—Realmente se oye algo si se abre la puerta —continuó el padre Brown —, incluso si se hace con cuidado.

—No querrá decir…

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que lo que usted oyó arriba fue a Jamerson descorriendo las barras y cerrojos en lugar de atrancarlos. Abramos ahora la puerta y salgamos fuera.

Una vez en la calle y debajo del balcón, el sacerdote reemprendió sus explicaciones con la misma precisión que si se tratase de una lección de química.

—Estaba diciendo —replicó— que un hombre puede hallarse en tal estado de ánimo que busque algo muy lejano, y no vea que es algo igual a una cosa que tiene muy cerca de sí, y tal vez muy parecido a él mismo. Fue algo exótico y extraño lo que usted vio en la calle, mirando desde el balcón. Supongo que no se le ha ocurrido pensar en lo que el beduino vio cuando miró hacia el balcón.

Boyle miró silenciosamente hacia el sitio indicado.

—Usted creyó que era algo muy maravilloso y exótico que una persona anduviera por la civilizada Inglaterra, descalza. Usted no se acordaba de que iba de igual manera.

Boyle halló por fin palabras para salir de su asombro y repitió palabras ya dichas anteriormente.

—Jamerson abrió la puerta —dijo mecánicamente.

—Sí —corroboró su amigo—. Jamerson abrió la puerta y salió a la calle con su ropa de dormir, igual que salió usted al balcón. En su camino cogió dos cosas que usted había visto cientos de veces, un trozo de cortina que arrolló alrededor de su cabeza y un instrumento oriental de música que estaba usted cansado de ver. Lo restante fue obra del ambiente y de su actuación que, fue realmente buena, como refinado artista que es del crimen.

—Jamerson, ese soso pelmazo que ni un momento siquiera tomé en consideración —exclamó Boyle, incrédulo.

—Precisamente —dijo el sacerdote—, precisamente por eso era un artista. Si podía hacer de brujo o trovador durante seis minutos, ¿no cree usted que haría de empleado durante varias semanas?

—No veo su interés —dijo Boyle.

—Ya había alcanzado el objeto de su interés —contestó el padre Brown— o lo había casi alcanzado. Ya había robado los peces, como hubiera podido hacerlo veinte veces antes. Pero creando la figura de un mago del otro lado del mundo, consiguió que la imaginación de todos vagara desde la India a Arabia hasta parecerle a usted que todo lo ocurrido era demasiado palpable para no ser cierto.

—Si eso es verdad —dijo Boyle—, corrió un peligro terrible y tuvo que arriesgarse mucho. Verdad es que yo no oí jamás la voz del hombre a quien Jamerson llamaba desde el balcón, por lo que me imagino que todo fue un engaño. Y supongo que es verdad que tuvo tiempo de salir antes de que yo me hubiese despertado del todo y de que saliese al balcón.

—Todo crimen depende de que alguien no caiga en la cuenta o no se despierte lo bastante pronto —replicó el padre Brown—. Yo mismo me he

despertado demasiado tarde, pues me imagino que se habrá marchado minutos antes o minutos después de que tomasen las huellas digitales.

—De todas maneras ha caído en la cuenta antes que nadie —dijo Boyle— y yo no habría despertado nunca en este sentido. Jamerson era tan correcto y pasaba tan inadvertido, que me olvidé de él.

—¡Ah! Cuidado con el hombre que dejas olvidado —contestó el padre Brown—. Es el que os tiene a su entera merced. Pero yo no había sospechado de él hasta que me explicó usted que le había oído cerrar la puerta.

—Bien, mas todo se lo debemos a usted —dijo Boyle con efusión.

—No, se lo deben a la señora Robinson —replicó el padre Brown, sonriendo.

—¿La señora Robinson? —preguntó el sorprendido secretario—. ¿El ama de llaves del señor Smart?

—Se ha de tener mucho cuidado con la mujer y no olvidarla —dijo el sacerdote—. Ese hombre era un criminal de primera clase; había sido un actor óptimo y, por lo tanto, un buen psicólogo. Un hombre como el conde no se apercibe de otras palabras que de las suyas propias; pero este hombre sabía escuchar, cuando todos se habían olvidado de que estaba allí, y supo recoger los elementos necesarios para su ardid y para lanzaros fuera del camino de la verdad. Solo sufrió una equivocación grave y fue en la psicología de la señora Robinson, el ama de llaves.

—No comprendo qué papel ha jugado ella en todo esto —manifestó Boyle.

—Jamerson no esperaba que las puertas estuvieran cerradas —dijo el padre Brown—: sabía que muchos hombres, especialmente hombres descuidados como usted y su patrón, pueden ir diciendo, durante días y más días, que hay que hacer tal o cual cosa sin hacerla nunca. Pero si se dice delante de una mujer que se debiera hacer algo, siempre se corre el peligro de que lo haga inmediatamente.

LA ACTRIZ Y SU DOBLE

El señor Mundon Mandeville, el empresario de teatro, andaba deprisa por entre los corredores traseros del escenario, mejor dicho, debajo del mismo. Su traje era elegante y festivo; quizás un poco demasiado festivo: la flor en su ojal era festiva; el mismo brillo de sus zapatos era festivo; pero su rostro no lo era en absoluto. Era un hombre grueso, de firme cuello, cejas negras y, en esos momentos, su ceño era más oscuro que de costumbre. Tenía, naturalmente, la gran cantidad de asuntos que agobian al hombre que se halla en su posición y se escalonaban de mayor a menor y de más recientes a más antiguos. Le molestaba pasar por aquellos pasillos en los que se hallaban amontonados o apilados en un rincón los antiguos cartones de las pantomimas, pues él había comenzado con éxito su carrera en aquel teatro, poniendo en escena las pantomimas más conocidas; pero desde entonces trataba con cosas más serias: drama clásico, con lo cual había perdido bastante dinero. De ahí que al ver las azules puertas del «Palacio Azul de Barba Azul», o trozos de «La Cueva Encantada de los Naranjos de Oro», abandonados junto a la pared, donde las arañas los adornaban con festones, o servían de pasto a las ratas, no le producía esa sensación calmante que producen, en general, los recuerdos de aquel país maravilloso de nuestra juventud. No tenía el tiempo necesario para derramar una sola lágrima donde habían derramado el dinero, ni de soñar en el país de Peter Pan, ya que le habían ido a buscar a toda prisa para solucionar un problema práctico, no del pasado, precisamente, sino del momento. Era una de esas cosas raras que suceden a veces en el mundo que habita detrás de los escenarios; este, sin embargo, era suficientemente importante para que fuera serio. La señorita Maroni, la inteligente joven actriz, de padres italianos, que tenía un papel importante en la obra que debía ensayarse aquella tarde y representarse por la noche, se había negado a última hora, rotunda y bruscamente, a hacer nada de eso. Él no la había visto aún y no parecía probable que de momento la viese, pues ella, por su parte, se había encerrado en su camerino y desafiaba al mundo del otro lado de su puerta.

El señor Mundon Mandeville era lo suficientemente británico para murmurar que todos los extranjeros estaban locos; pero el pensamiento de lo afortunado que era al habitar en la única isla sana del planeta no bastaba tampoco para calmarle, de la misma manera que no habría bastado «La Cueva

Encantada». Un observador agudo podía haber sospechado que algo preocupaba al señor Mandeville con mayor seriedad que un mero contratiempo.

Si es posible que un hombre grueso y saludable parezca melancólico, lo parecía él. Su rostro era lleno, pero tenía grandes ojeras; torcía la boca hacia un lado y hacía siempre un movimiento como si quisiera morderse el negro bigote, que era un poquito demasiado corto para que pudiera lograrlo. Podía haber sido un hombre que comenzara a tomar drogas, pero aun así, había algo en él que hacía pensar que tenía alguna razón para ello y que no era la droga la causa de la tragedia, sino la tragedia la causa de la droga.

Fuera cual fuere su recóndito problema, parecía residir al extremo del pasillo, allí donde tenía el despacho, pues mientras iba andando por el corredor vacío se volvía para echar una mirada nerviosa hacia aquel lado.

Por encima de todo, el negocio es el negocio, y se apresuró a llegar al otro lado del pasillo donde estaba la puerta verde, con la llave echada de la señorita Maroni, quien desafiaba al mundo tras la misma. Un grupo de actores y otras personas de la compañía se hallaban allí reunidos, cuchicheando y opinando de tal manera que uno podía llegar a imaginarse que trataban de la oportunidad de una algarada. En el grupo había, por lo menos, una persona que empezaba a ser conocida y cuyo retrato estaba encima de muchas chimeneas y cuya firma se hallaba en muchos álbumes. Pues a pesar de que Norman Knight desempeñaba el papel de héroe o galán en un teatro de provincia un poco anticuado y con el nombre de *walking gentlemen*[15], era por lo menos casi seguro que proseguiría su carrera hacia horizontes más amplios. Era un hombre de aspecto agradable, con un mentón largo y partido. El cabello le empezaba bastante adelante, lo que le daba un cierto parecido con Nerón que no acababa de concordar con sus maneras, impulsivas y bruscas. También estaba en el grupo Ralph Randall, quien desempeñaba con frecuencia papeles de barba y cuyo rostro era vivaz y burlón; un poco azulado a causa del afeitado y un poco descolorido a causa de las pinturas oleaginosas. También estaba presente el segundo galán de la compañía Mandeville, que continuaba la tradición aún no desaparecida del Amigo Carlos; era moreno, joven, de cabello rizado y con un perfil algo semítico. Ostentaba el nombre de Aubrey Vernon.

El grupo contaba también con la doncella de la esposa de Mundon Mandeville, una persona de aspecto imponente, de cabello rojizo muy apretado alrededor de su rostro leñoso. También se agregó a él la esposa de Mandeville, una mujer quieta, que permanecía en segundo término. Tenía el

rostro pálido y paciente, que no había perdido la regularidad a causa de la palidez del color de sus ojos y el color claro de su cabello rubio, peinado en dos sencillas crenchas, como las de una virgen muy arcaica. No era cosa conocida por todos que ella había sido, en tiempos, una actriz bastante famosa en el teatro de Ibsen y del drama intelectual. Mas su esposo no concedía mucha importancia al teatro psicológico; y desde luego se hallaba en esos momentos más interesado en el problema de hacer salir a una actriz extranjera de su habitación; nueva versión del truco de *La dama desaparecida*.

—¿No ha salido aún? —preguntó a la doncella de su mujer más que a esta misma.

—No, señor —contestó la mujer (a quien se conocía por el nombre de señora Sands) de una manera huraña.

—Empezamos a estar un poco escamados —dijo el viejo Randall—. Parecía estar un poco desequilibrada y tenemos miedo de que haga algo.

—¡Diablo! —exclamó Mandeville con su manera poco graciosa—. La propaganda está muy bien, pero no nos interesa esta clase de propaganda. ¿No tiene algún amigo por aquí? ¿No hay nadie que tenga cierto poder sobre ella?

—Jarvis opina que la única persona que la podría hacer entrar en razón es su confesor —dijo Randall—. Para el caso de que esté efectivamente colgando de una percha, quizá valiera la pena que estuviera aquí. Jarvis ha ido a buscarle…, y, por cierto, que ahí llega.

Dos personas más aparecieron en el pasillo subterráneo de debajo del escenario: el primero era Ashton Jarvis, un muchacho jovial que generalmente hacía el papel de mala persona, pero que esta vez había cedido su elevada vocación al joven de la nariz y el cabello rizado. La otra figura era bajita y cuadrada, vestida toda ella de negro. Era el padre Brown, de la iglesia de la esquina.

El padre Brown pareció no afectarse mucho porque se le llamara así, sin más ni más, para que observara la conducta de algún componente de su rebaño, tenido por oveja negra o bien solamente perdida. No pareció conceder mucha importancia a lo que se presentaba como un posible suicidio.

—Supongo que debe existir alguna razón para que se desanimara así —dijo—. ¿Sabe alguien cuál es?

—Estaba descontenta de su papel, me parece —dijo el actor de mayor edad.

—Siempre lo están —dijo el señor Mundon Mandeville—. Y yo creía que mi esposa lo había dispuesto todo bien.

—No puedo decirle más que le di el papel considerado como el mejor —dijo la señora Mandeville, un poco apesadumbrada—. Yo supongo, por lo menos, que lo que buscan estas damas con aficiones teatrales, es eso: el papel de la heroína, joven y bella, que se casa con el protagonista en medio de los aplausos, vítores y ramilletes de flores de la galería. Las mujeres de mi edad tienen que reservarse, como es natural, unos papeles más serios, y tener cuidado en que así sea.

—De todas maneras sería realmente impropio que alterasen los papeles ahora —dijo Randall.

—Ni hablar de eso —dijo Norman Knight con decisión—. Pero, si yo no sabría cómo actuar… Además, creo que es ya demasiado tarde para hacer cambios.

El padre Brown se había acercado a la puerta cerrada y escuchaba.

—¿No oye usted nada? —preguntó el empresario con ansiedad. Y añadió en voz baja—: ¿Cree usted que se habrá hecho algo?

—Sí, se oye cierto ruido —contestó el padre Brown, con calma—. Yo diría que se está dedicando a romper cristales o espejos, probablemente con los pies. No, me parece que no hay peligro de que acabe con ella misma. El romper espejos con los pies es un preludio muy poco frecuente para suicidarse. Si se hubiese tratado de una alemana que se hubiese encerrado para pensar reposadamente sobre un problema metafísico o la *weltchmerz*, me inclinaría por derribar la puerta inmediatamente. Estos italianos no mueren con tanta facilidad y no es probable que se maten, presos de la ira. Mas, quizá…, sí, quizá no estaría de más tomar alguna precaución por si sale de repente.

—Así, ¿usted no es de la opinión de forzar la puerta? —preguntó Mandeville.

—No, si es que quiere que actúe esta noche —contestó el padre Brown—. Si lo hace usted, es capaz de salir y no querer quedarse; seguramente, si la dejan sola, saldrá por mera curiosidad. Yo, de ustedes, dejaría a alguien aquí, más o menos de guardia, y daría tiempo al tiempo. Pongamos más de dos horas.

—En este caso solo podremos ensayar ciertas escenas en que ella no entra. Mi esposa se encargará de todo lo necesario para las escenas. Al fin y al cabo, el cuarto acto es el más importante. Más valdrá ensayar el cuarto acto.

—Nada de vestidos —dijo la esposa de Mandeville a los demás.

—Muy bien —replicó Knight—, nada de vestidos, naturalmente. Desearía que los vestidos de ese maldito período no fuesen tan exagerados.

—¿Qué comedia es? —preguntó el sacerdote, impulsado por la curiosidad.

—*La escuela del escándalo* —dijo Mandeville—. Quizá sea literatura, mas yo prefiero comicidad. A mi esposa le gusta lo que ella llama comedias clásicas. Bastante más clásicas que cómicas.

En este momento, el viejo portero, conocido como Sam, el único habitante del edificio durante las horas libres, llegó renqueando por el pasillo en dirección al empresario con una tarjeta, diciéndole que la señora Miriam Marden deseaba hablar con él. Este fue hacia la entrada y el padre Brown se quedó mirando con fijeza por el lado que había desaparecido la esposa del empresario y vio que esta sonreía vagamente, y su sonrisa no era precisamente alegre.

El sacerdote se dispuso a marchar en compañía del que le había ido a buscar y que dio la casualidad, bastante frecuente entre actores, de que participara de su mismo credo. Al alejarse oyó cómo la señora Mandeville daba instrucciones en voz baja a la señora Sands para que se quedara de guardiana ante la puerta cerrada.

—La señora Mandeville parece una mujer inteligente —dijo el sacerdote a su compañero—, aunque se queda siempre en segundo término.

—Fue una mujer de pretensiones intelectuales en su tiempo —dijo Jarvis con tristeza—. Algunos dirían que había hecho mal casándose con un hombre como Mandeville. Posee los buenos ideales del drama, pero, naturalmente, no con mucha frecuencia puede lograr que su dueño y señor mire las cosas desde su punto de vista. Piense que un día su esposo quiso que hiciera el papel de muchacho en una pantomima. Aunque reconozca su talento, dice que las pantomimas producen más ingresos. Esto le dará una idea de su intuición psicológica y de su sensibilidad. Sin embargo, ella no se queja nunca. Ella misma me dijo un día: «Los lamentos vuelven como ecos del otro lado del mundo, y el silencio, en cambio, nos fortalece». Si hubiese estado casada con alguien que la comprendiera quizás hubiera sido una de las artistas famosas de esta época; por cierto, que los críticos intelectuales la aprecian mucho aún. Pero la verdad es que está casada con ese hombre.

Y señaló hacia donde se veía la sesuda silueta negra de Mandeville, en conversación con las dos damas que le habían requerido. La señora Miriam era una dama muy alta, lánguida y elegante, según los nuevos cánones, que se inspiran bastante en las momias egipcias; llevaba el cabello cortado a la romana, lo que le daba el aspecto de un casco o yelmo. Los labios pintados y algo salientes contribuían a su expresión desdeñosa. Su compañera era una

señora muy movediza, de rostro atractivo, pero feo, y se empolvaba el cabello de gris. Era una tal señorita Theresa Talbot, y hablaba mucho, al tiempo que su compañera parecía demasiado fatigada para proferir palabra alguna. Cuando los dos hombres salían, la señora Miriam reunió las fuerzas necesarias para decir:

—Las comedias son una lata, pero como no he visto nunca un ensayo, quizá sea divertido. Es tan difícil hallar, hoy día, una cosa que no se conozca ya.

—Ande, señor Mandeville —dijo la señorita Talbot, dándole unos golpecitos animadores en el brazo—, nos tiene que permitir que veamos este ensayo. No podemos venir esta noche y, además, no queremos. Nos gustaría ver a esta gente extraña sin sus vestidos apropiados.

—Naturalmente, puedo darles un palco si lo desean —dijo Mandeville, apresuradamente—. ¿Quieren hacer el favor? Por aquí. —Y las condujo hacia otro pasillo.

—Estoy pensando —dijo Jarvis— si a Mandeville no le gustaría más una mujer así.

—Bien —dijo su compañero—. ¿Tiene usted alguna razón para suponer que Mandeville la prefiera?

Jarvis lo miró fijamente unos instantes.

—Mandeville es un misterio —dijo con gravedad—. ¡Oh, sí! Ya sé que parece tan vulgar como cualquier conquistador de Picadilly. A pesar de eso es un misterio. Algo pesa sobre su conciencia. Hay algo que ensombrece su vida. Y dudo si ha habido algún «flirteo» de moda más que con su pobre mujer. Si es así, hay algo entre ellos más profundo que tenga que ver con lo que a primera vista se supone. Por una verdadera casualidad estoy un poco mejor informado que los demás, pero aun así, no sé qué pensar si no que es un misterio.

Tendió la mirada alrededor suyo para cerciorarse de que estaban solos en el vestíbulo y añadió bajando la voz:

—No tengo inconveniente en decírselo, pues es usted una torre de silencio por lo que a los secretos se refiere. El otro día tuve una sorpresa curiosa; y desde aquel día se ha repetido varias veces. Ya sabe usted que Mandeville trabaja en aquel cuartito de debajo del escenario, al final del pasillo. Bueno, pues por dos veces, pasando por allí, cuando todo el mundo creía que estaba solo, noté que no lo estaba. Todas las mujeres de la compañía y todas las otras que pudieran tener alguna relación con él estaban fuera o en sus puestos.

—¿Todas las mujeres? —preguntó el padre Brown, recalcando las palabras.

—Había una mujer con él —dijo Jarvis, con un siseo—. Hay una mujer que lo visita con frecuencia, alguna que ninguno de nosotros conoce. Yo mismo no sé cómo entra, ya que no lo hace por el pasillo; me parece que, una vez, vi a una persona con un velo o capa paseando por detrás del teatro: como un fantasma. Pero no lo era. Y tampoco creo que sea un asunto vulgar. No me parece cuestión de amoríos; antes bien pensaría en un chantaje.

—¿Qué se lo hace pensar? —preguntó el otro.

—Pues que —dijo Jarvis con una mueca de circunstancias en el rostro— oí ruido como de pelea; y luego la voz de una mujer, amenazadora y de timbre metálico, que dijo estas tajantes y claras palabras: «Yo soy tu mujer».

—¿Así, cree usted que es bígamo? —dijo el padre Brown, pensativo—. Sí, es verdad; la bigamia y el chantaje suelen ir juntos, naturalmente. Pero, tal vez esté mintiendo al mismo tiempo que sacándole el dinero. Esta gente de teatro se ve con frecuencia seguida de monomaníacos. Tal vez esté loca. Quizá tenga usted razón, pero no me precipitaría en sacar conclusiones prematuras… Y hablando de gente de teatro, ¿no empieza el ensayo? ¿No es usted actor?

—No salgo en esta escena —dijo Jarvis con una sonrisa—. Solo van a hacer un acto mientras su amiga italiana no se reponga.

—Hablando de mi amiga italiana —dijo el sacerdote—: me gustaría saber si ha recobrado el juicio.

—Podemos ir a comprobarlo —dijo Jarvis.

Y descendieron a los sótanos y hacia el largo pasillo, a un extremo del cual estaba el despacho de Mandeville y, al otro, la puerta cerrada de la señora Maroni. La señora Sands permanecía frente a ella, más seria e inmóvil que un ídolo de madera.

Cuando se acercaban al otro extremo del pasillo se encontraron con varios de los artistas que subían las escaleras hacia el escenario. Vernon y Randall iban primero y subían aprisa; pero la señora Mandeville iba más despacio, según su manera digna, y Norman Knight se quedó rezagado para decirle algunas palabras. Algunas de ellas resbalaron por los peldaños sin intención alguna.

—Yo le aseguro que hay una mujer que lo visita —decía Knight, con violencia.

—¡No! —dijo la dama con voz argentina, que tenía algo de metálica—. No debe usted hablar así. Recuerde que es mi marido.

—Por todos los santos desearía olvidarlo —dijo Knight, subiendo los escalones que faltaban a toda prisa; la dama le siguió plácida, sin inmutarse.

—Hay alguien más que lo sabe —dijo el sacerdote en voz baja—, pero me parece que esto no es asunto nuestro.

—Sí —murmuró Jarvis—, parece que todo el mundo lo sepa y que nadie sepa nada.

Continuaron por el pasillo hacia el otro lado donde la rígida doncella se sentaba frente a la puerta de la italiana.

—No, no ha vuelto en sí aún —dijo la mujer con acento de pocos amigos —, y no está muerta porque he percibido ruido de vez en cuando. No sé qué debe de estar haciendo.

—Por casualidad, señora, ¿sabría usted dónde está el señor Mandeville? —preguntó el padre Brown con excesiva picardía.

—Sí —contestó ella, servicial—, no hará ni dos minutos que le he visto entrar en su pequeño despacho; un minuto antes de que sonara el timbre y se levantara la cortina. Debe de estar ahí aún porque no le he visto salir.

—Esto quiere decir que no hay otra puerta para entrar —dijo el padre Brown, casualmente—. Supongo que el ensayo debe ir viento en popa a pesar de las niñadas de la señora.

—Sí —dijo Jarvis, tras un silencio—. Oigo las voces en el escenario desde aquí. El viejo Randall tiene una voz magnífica.

Todos permanecieron silenciosos en actitud de escuchar, y la voz potente del actor se oyó bajando por las escaleras y resonando por todo el pasillo. Antes de que volvieran a hablar o hubiesen vuelto a adoptar su actitud normal, otro ruido llenó el ambiente. Fue un ruido pesado que procedía del despacho de Mundon Mandeville.

El padre Brown corrió por el pasillo con la velocidad de una saeta desprendida y estaba forcejeando por abrir la puerta del despacho de Mandeville, antes de que Jarvis se hubiese dado cuenta de lo que pasaba y lo siguiera presuroso.

—La puerta está cerrada con llave —dijo volviéndose hacia el otro con el rostro pálido— y yo soy de la opinión de echar abajo esta puerta.

—¿Quiere usted decir —dijo Jarvis, con una expresión fantasmal—, que el visitante desconocido ha vuelto a entrar? ¿Cree que es… algo serio? —Después de unos segundos añadió—: Quizá pueda forzar el cerrojo, sé cómo se abren estas puertas.

Se arrodilló y sacó un cortaplumas de larga hoja; manipuló un poco y la puerta se abrió de par en par. Lo primero que notaron en el momento de abrir

la puerta fue que la habitación carecía de ventana. Tampoco había ninguna otra puerta. Una lámpara estaba encendida sobre la mesa. De pronto vieron a Mandeville caído de bruces en medio de la habitación. La sangre brotaba de su cabeza, formando una serie de regueros cual diabólicas serpientes rojas brillando de una manera nefasta a la luz artificial de aquel subterráneo.

No supieron cuánto tiempo permanecieron mirándose el uno al otro llenos de asombro, hasta que Jarvis lanzó un suspiro y con él algo que parecía retener:

—Si la extranjera ha entrado, ha salido de alguna manera.

—Quizá pensamos demasiado en la extranjera. Hay tantas cosas raras en este extraño teatro, que usted parece olvidar algunas de ellas.

—¿Cómo, qué cosas? —preguntó el otro con interés.

—Hay muchas —dijo el sacerdote—, por ejemplo, la otra puerta cerrada.

—Pero está verdaderamente cerrada —dijo Jarvis, perplejo.

—Sin embargo, se ha olvidado de ella —dijo el padre Brown.

Unos segundos después añadió, pensativo:

—Esa señora Sands tiene un aspecto siniestro y tenebroso.

—¿Por qué? —preguntó el otro, en voz baja—. ¿Cree usted que está mintiendo y que sí salió la italiana?

—No —dijo el sacerdote, con calma—, solo lo decía comentando su carácter.

—¿No puede insinuar que fue ella quien lo hizo?

—No, quise decir un estudio de su carácter, «pose» o papel.

Mientras intercambiaban estas palabras, fruto de precipitadas conversaciones, el padre Brown se arrodilló junto al cuerpo y se cercioró de que estaba sin la menor señal de vida. Al lado del cuerpo, aunque no visible desde la puerta, había un puñal de los usados en el teatro. Yacía como si se hubiese desprendido de la mano del asesino y de la herida abierta. Ashton Jarvis, que reconoció el puñal como perteneciente al teatro, o sea, sin dueño, dijo que poca cosa se podía deducir de él a no ser que tuviera huellas digitales. Había estado mucho tiempo en el teatro, tirado por los suelos y cualquier persona podía haberlo cogido. Entonces el sacerdote se levantó y paseó la mirada detenidamente por la habitación.

—Debemos avisar a la policía —dijo— y a un médico, aunque el médico llega demasiado tarde… Mirando esta habitación no sé cómo nuestra amiga italiana pudo componérselas.

—¡La italiana! —exclamó su amigo—. Me parece imposible; hubiera debido de ser su doble, si es que alguien lo tiene. Dos habitaciones separadas,

cerradas las dos y en los extremos opuestos de un largo pasillo en el que se ha montado guardia constante…

—No —dijo el padre Brown—. No es eso exactamente. La dificultad estriba en cómo pudo llegar aquí. Me parece que le hubiera sido fácil salir de allí.

—¿Por qué?

—Ya le dije que parecía que estuviera rompiendo cristales, espejos y ventanas. Olvidé tontamente algo que sabía muy bien: que es más que regularmente supersticiosa. No sería fácil que rompiera un espejo; así que me inclino a creer que rompió el cristal de la ventana. Verdad es que todo esto se halla debajo de tierra, pero podría existir una ventana que diese a un tragaluz o patio. Sin embargo, por lo que a esta habitación se refiere, no parecen existir ni lo uno ni lo otro. —Diciendo esto levantó la vista hacia el techo, examinándolo con todo detalle.

De pronto hizo un gesto como de susto o sorpresa y dijo:

—Debemos ir arriba y telefonear y comunicárselo a todo el mundo. Es muy doloroso… Dios mío, ¿no oye usted a esos actores gritando y pataleando ahí arriba? El ensayo continúa. Supongo que es a esto a lo que llaman ironía trágica.

Cuando se tomó la determinación de que en el teatro debía guardarse un día de luto, se dio una oportunidad a los actores para que lucieran sus cualidades personales y las propias de su profesión. Se comportaron como vulgarmente se dice, como unos caballeros, y no solo como intérpretes de caballeros. No todos simpatizaban o tenían confianza en Mandeville, pero todos supieron decir de él las cosas apropiadas; no solo manifestaron simpatía sino que atendieron cariñosamente a su esposa. Se había convertido en una nueva diva trágica con un sentido muy distinto; su menor palabra resultaba una ley y, mientras iba moviéndose lenta y tristemente, los demás llevaban a cabo sus múltiples recados.

—Siempre ha tenido un carácter muy entero —dijo el viejo Randall un poco sombrío—. Y tenía más talento que todos nosotros. Naturalmente, el pobre Mandeville no estaba al nivel suyo, ni en educación ni en todo lo demás; pero ella cumplió maravillosamente con su deber. Resultaba muy patética su manera de decir que deseaba tener un poco más de vida intelectual; pero Mandeville, bueno, *nil nisi bonum*[16], como dicen. —Y el viejo se marchó meneando la cabeza tristemente.

—*Nil nisi bonum*, realmente —dijo Jarvis con una sonrisa—. Me parece que por lo menos Randall no conoce la historia de la visita extranjera.

Además, quería decirle una cosa. ¿No cree usted que fue la dama extranjera?

—Depende de a quién se refiera usted con la dama extranjera —intervino el sacerdote.

—¡Oh, no quiero decir la italiana! —dijo Jarvis con prisa—. Pero en verdad no se equivoca respecto a ella. Cuando entraron, el cristal del tragaluz estaba hecho añicos y la habitación estaba vacía; pero por lo que la policía ha deducido hasta ahora, se fue a casa de la manera más inofensiva. No, yo me refería a la extranjera que le increpó en esa reunión secreta que le había contado; la mujer que dijo ser su esposa. ¿Cree usted que realmente fue su esposa?

—Es posible —dijo el padre Brown mirando inexpresivo hacia el vacío—, es posible que fuera su esposa.

—Eso nos proporcionaría como móvil los celos a causa de su segundo matrimonio —reflexionó Jarvis—; por otra parte, al cadáver no se le robó nada y es vano hablar de criados, ladrones o actores indigentes. Pero, de pasada, ¿ha notado usted una cosa particular en este caso?

—He notado varias. ¿A cuál se refiere usted?

—Me refiero a que para que alguien de la compañía hubiera podido cometer el crimen, a excepción de la señorita Maroni, era necesario que alguno de los actores tuviera un doble. Por lo que ahora se ve, resulta muy ventajoso para todos el que el pobre Mandeville pusiera a esas dos maniáticas en el palco. Ellas pueden testificar que el acto se hizo sin una sola interrupción y con todos los personajes allí presentes. Empezaron bastante antes de que Mandeville entrara en su habitación y continuaron aún como diez minutos después de que usted y yo halláramos el cuerpo muerto. Y por otra coincidencia afortunada, en el preciso instante en que le oímos caer, se precisaba la presencia de todos los artistas en el escenario.

—Sí, todo esto es realmente importante y lo simplifica mucho —asintió el padre Brown—. Contemos a las personas a quienes el doble encubriría. Estaba Randall; por mi parte me parece que Randall aborrecía al empresario, aunque ahora encubra muy bien aquel sentimiento; de todas maneras queda descartado. Su voz era la que oímos retumbar en el piso superior desde el escenario. No hay que olvidar a nuestro galán joven, el señor Knight; tengo buenas razones para suponer que estaba enamorado de la esposa de Mandeville y que no reprimía este sentimiento absolutamente nada. Sin embargo, queda fuera de toda sospecha, ya que estaba en el escenario sufriendo la diatriba del otro. También estaba allí el simpático judío que se hace llamar Aubrey Vernon; lo descartamos; queda ahora la señora

Mandeville; tampoco cargaré la sospecha sobre ella. Su doble corpóreo, como dice usted, se basa, naturalmente, en las dos señoras del palco, la señora Miriam y su amiga. Aunque exista la aseveración de carácter general y de buen sentido que supone que el acto se desarrolló siguiendo la rutina teatral, sin interrupción alguna, los testigos legales, sea como sea, son esta vez la señora Miriam y su amiga la señorita Talbot. ¿Supongo que usted está bien convencido de que están completamente bien?

—¿La señora Miriam? —dijo Jarvis sorprendido—. ¡Oh, sí…! Supongo que quiere decir que es un tipo muy curioso de vampiresa. Pero no tiene la menor noción de lo que parecen las señoras de las mejores familias de hoy en día. Además, ¿tiene usted alguna razón especial para dudar de su evidencia?

—No, solo que esto nos pone delante de una pared —dijo el padre Brown—. ¿No ve usted que este doble colectivo encubre prácticamente a todo el mundo? Esos cuatro eran los únicos actores en el teatro aquel día; y no había ningún criado, ninguno a excepción del viejo Sam que vigiló la única entrada reconocida como tal y la mujer que guardaba la puerta de la señorita Maroni. Nos podrían acusar del crimen ya que fuimos los que hallamos el cuerpo. Me parece que no hay nadie más a quien se pueda acusar. ¿Supongo que no lo mató usted mientas estaba vuelto hacia otro lado?

Jarvis levantó los ojos con un pequeño susto y su rostro volvió a tener luego una expresión de humor. Meneó la cabeza.

—Usted no lo hizo —dijo el padre Brown—, y de momento admitiremos, para bien del argumento, que no lo hice yo. Como hemos descartado a los del escenario, solo quedan en pie la señora Maroni detrás de su puerta cerrada, la centinela delante de la misma y el viejo Sam. ¿Piensa usted en las dos señoras del palco? Naturalmente, podrían haber salido de allí.

—No —dijo Jarvis—, estoy pensando en la desconocida que dijo a Mandeville que era su esposa.

—Quizás lo fuese —dijo el sacerdote; y esta vez su voz tenía un tono que obligó a su compañero a que se pusiera de pie y se apoyara encima de la mesa.

—Nosotros dijimos que, tal vez, su primera esposa tenía celos de la segunda.

—No —dijo el padre Brown—, quizá tuviera celos de la italiana, o tal vez de la señora Miriam Marden. Pero no estaba celosa de la otra mujer.

—¿Y por qué no?

—Porque no la ha habido —dijo el padre Brown—. Me parece muy elocuente que el señor Mandeville no fue bígamo, sino una persona altamente

monógama. Su esposa era demasiado para él; lo era tanto que todos ustedes supusieron caritativamente que debía de ser otra persona. Pero no acabo de ver de qué manera podía hallarse junto a él, pues estamos de acuerdo en que no se movió de la puerta delantera del escenario, representando un papel importante.

—¿Piensa de veras que esa extranjera de quien hablamos era la señora Mandeville, a quien todos conocemos? —preguntó Jarvis.

Mas su pregunta quedó sin respuesta, porque el padre Brown estaba mirando en el vacío con una expresión casi idiota. Acostumbraba a parecer tanto más idiota cuanto más inteligente era.

Minutos después se ponía de pie, contristado y afligido.

—Esto es horrible —dijo—. No tengo la certeza de que no sea este el peor caso que haya visto. De todas maneras tendré que desentrañarlo. ¿Quisiera usted ir a decir a la señora Mandeville que si puedo hablar con ella en privado?

—Ya lo creo —dijo Jarvis yendo hacia la puerta—. ¿Qué sucede?

—Que he nacido tonto —dijo el padre Brown—. Nada, una queja muy frecuente en este valle de lágrimas. Que la comedia se llamaba *La escuela del escándalo*.

Paseó nerviosamente por la habitación hasta que volvió Jarvis muy alarmado.

—No la encuentro por ninguna parte —dijo—. Nadie sabe dónde está.

—Tampoco saben dónde está Norman Knight, ¿verdad? —preguntó el padre Brown con severidad—. Bueno, pues esto me libra de la peor entrevista que haya tenido en mi vida. Si no hubiese sido por mi confianza en Dios, diría que la temía. Sin embargo, ella me temía. También le asustaba que yo hubiera visto u oído algo. Knight le estaba rogando siempre que huyera con él. Ahora lo ha hecho y lo siento terriblemente por él.

—¿Por él? —preguntó Jarvis.

—No me dirá usted que sea maravilloso eso de huir con una asesina —dijo el otro sin pasión—. Pero ella fue algo peor que una asesina.

—¿Qué fue?

—Una egoísta —dijo el padre Brown—. Era una de esas personas que miran primero en el espejo antes de mirar por la ventana y tal es la peor calamidad que puede ocurrir en esta vida mortal. El espejo no le dio suerte; pero esto más bien fue porque no estaba roto.

—No comprendo lo que dice —dijo Jarvis—. Todo el mundo la consideraba una persona de grandes ideales, casi viviendo en un plano

superior al nuestro…

—Ella se consideraba así —dijo el otro—. Y sabía la manera de comportarse para que todo el mundo la tuviera por eso. Tal vez no la haya conocido lo bastante para equivocarme. Sin embargo, yo supe enseguida qué clase de persona era minutos después de haberla visto.

—¡Oh, no diga! —exclamó Jarvis—. Estoy seguro de que su comportamiento para con la italiana fue estupendo.

—Su comportamiento lo era siempre —dijo el sacerdote—. He oído a todos los de aquí alabar sus espiritualidades, sus sutilezas y sus vuelos intelectuales por encima del pobre Mandeville. Pero todo eso se condensa, para mí, en el hecho sencillísimo de que ella verdaderamente era una señora y él no era un caballero. Pero yo nunca he estado convencido de que sea este el único aprobado que exija san Pedro a las puertas del cielo.

Por lo que al otro se refiere —continuó con animación creciente—, desde las primeras palabras supe que ella no era justa con la pobre italiana, a pesar de sus maneras insignificantes y fría magnanimidad, y volví a darme cuenta de ello cuando supe que la comedia era *La escuela del escándalo*.

—Va usted muy deprisa y no le puedo seguir —dijo Jarvis desconcertado —. ¿Qué tiene que ver que la comedia fuera una u otra?

—Ella misma me dijo —agregó el sacerdote— que había dado a la muchacha el papel de la persona más hermosa y que ella se había reservado el papel de más edad, retirándose a segundo término. Ahora bien: esto es algo que se hubiera podido decir acerca de cualquier comedia, pero que no rezaba para esta. Ella no pudo implicar otro sentido a su frase que el de que había dado el papel de Mary, que no es en realidad ningún papel. El personaje de la señora Teazle, la dama casada que se retira voluntariamente, resulta el único papel que una artista hubiese querido hacer. Si la italiana era una artista de primera categoría, tenía cierta excusa para su enojo o, por lo menos, tenía alguna. Generalmente la hay para esas buenas actrices italianas; los latinos son lógicos y tienen una razón para sus locuras. Este pequeño accidente me bastó para echar luz sobre cómo era su magnanimidad. Aún hay otra cosa. Usted se rio cuando yo dije que el rostro huraño de la señora Sands era el estudio de un carácter, pero no el de la misma señora Sands. Sin embargo, dije verdad. Si quiere usted saber cómo es una mujer no la mire directamente, porque quizá sea demasiado inteligente y lista; no mire tampoco a los hombres que la rodean, pues quizá sean demasiado tontos, sino mire a otra mujer que está cerca de ella y en especial a una que esté a sus órdenes. Usted

verá en ese espejo su rostro verdadero; y el que la señora Sands reflejaba era muy feo.

Y en cuanto a las otras impresiones, ¿qué podía deducir de ellas? Oí muchas cosas acerca del poco mérito del pobre Mandeville. Pero este defecto se reducía a no ser lo suficiente para ella. Estoy seguro de que esto le prevenía indirectamente contra ella. Se delataba por sí solo. Por lo que de los hechos se desprende, ella había confiado a cada uno la soledad de su vida intelectual. Usted mismo dijo que ella no se quejaba nunca, y luego añadió cómo su silencio fortalecía su alma. Esto da la pauta. Es una muestra inconfundible. La gente que se queja son cristianos engorrosos hechos y derechos; no me importuna. Pero la gente que se queja de que nunca se queja, esos son la peste. Son el mismo diablo. ¿No es precisamente ese alarde de estoicismo el tema del culto byroniano a Satanás? Oí hablar de todo eso y por vida mía que no sabía de qué se quejaba. No había nadie que se atreviera a insinuar que su marido bebiera, la pegara o la dejara sin dinero, ni que le fuera infiel, hasta que se reveló el rumor de las reuniones secretas; en realidad era una costumbre melodramática en ella la de molestarle con sus manías. Cuando uno se dispone a mirar los hechos, dejando de lado el ambiente de mártir que ella sabía crear, se ve que las cosas eran de una manera muy distinta. Mandeville dejó de hacer dinero en las pantomimas para darle gusto; empezó a perder dinero en el drama clásico para complacerla. Ella arreglaba el escenario y mobiliario a su antojo. Ella quiso la comedia de Sheridan y la comedia de Sheridan se hizo; quiso el papel de la señora Teazle y lo tuvo; trató de hacer un ensayo precisamente a aquella hora, en traje de calle, y lo logró. Quizá valga la pena detenerse a pensar en esto último.

—Pero ¿de qué sirve toda esa arenga? —preguntó el actor que había oído pocas veces al padre Brown hablar tanto seguido—. Me parece que se ha apartado mucho del asesinato con todas esas descripciones psicológicas. Quizás haya huido con tiempo, o tal vez haya burlado a Randall o me haya enlodado a mí. Pero no es posible que haya matado a su marido. Todo el mundo está convencido de que estuvo siempre en el escenario. Puede que sea una mujer cruel, pero no es una bruja.

—No me atrevería a asegurarlo —dijo el padre Brown con una sonrisa—. Pero no tenía necesidad de usar de ninguna brujería en este caso. Yo sé que lo hizo y con mucha sencillez.

—¿Por qué está tan seguro de ello? —preguntó Jarvis mirándole preocupado.

—Porque la comedia era *La escuela del escándalo* —contestó el padre Brown— y precisamente se hizo el cuarto acto. Me gustaría recordarle que ella arreglaba el escenario tal como le venía en gana. También ha de recordar que este escenario había servido para representar pantomimas; como es natural tenía que poseer puertas falsas y escotillones. Y cuando usted dice que los testimonios aseguran haber visto a todos los actores siempre en escena, yo le diré que en ese preciso acto uno de los actores, si bien permanece siempre en escena, durante un momento no se le ve. Técnicamente está en escena y prácticamente puede estar muy lejos de ella. Es el significado del biombo de la señora Teazle y del doble de la señora Mandeville.

Hubo un silencio y el actor dijo:

—¿Usted cree que se deslizó por una puerta falsa por detrás del biombo y cayó sobre el despacho del empresario?

—Se deslizó de alguna manera y esto es seguramente lo más probable —dijo el otro—. Me parece tanto más probable cuanto que tenía la oportunidad de no tener que vestirse de época, e incluso lo arregló para que así fuese. Esto son conjeturas. Pero me parece que con los miriñaques del siglo XVIII habría sido más difícil escabullirse. Hay muchas incógnitas, pero me parece que todas se podrán resolver por turno y con tiempo.

—Lo que no puedo llegar a solucionar es la gran incógnita —dijo Jarvis apoyando la cabeza en la palma de la mano—. Lo que no puede imaginarse es que la persona de la que hablamos, tan serena y equilibrada, pueda perder su estabilidad física, por no decir ya la moral. ¿Habría algún motivo que fuera suficiente? ¿Estaba muy enamorada de Knight?

—Así lo espero —dijo su compañero—; en realidad sería la excusa más humana. Pero siento decir que lo dudo. Lo que ella quería era librarse de su marido, que era un provinciano que no reuniría mucho dinero. Ella buscaba hacer una carrera como esposa triunfante de un actor triunfante que prosperase rápidamente. Pero no quería actuar en ese sentido en *La escuela del escándalo*. No habría escapado con un hombre si no era como último resorte. El caso para ella no era el de una pasión humana, sino el de una ambición desmesurada. Intimidaba siempre a su marido para que se divorciara o se quitara de en medio y, como rehusaba, lo pagó caro. Aún tiene usted que recordar otra cosa. Ustedes hablan de que estas personas inteligentes tienen un sentido del drama más refinado y más filosófico. Pero ¡recuerde a lo que se reduce la mejor parte de la filosofía! ¡Recuerde qué clase de conducta manifiestan estas encumbradas inteligencias con los encumbrados! Todo se

refiere al Deseo de Poder, al Derecho de la Vida y a la Experiencia… Todo un hato de tonterías sin sentido… Tonterías que pueden condenar.

El padre Brown frunció el entrecejo, cosa que hacía muy raras veces; y aún tenía el rostro ensombrecido cuando se puso el sombrero para salir.

LA DESAPARICIÓN DE VAUDREY

Sir Arthur Vaudrey, vestido con un traje de verano gris claro y tocado con un sombrero blanco, que ofrecía un atrevido contraste con aquel, caminaba ligero a lo largo del pequeño grupo de casas que más bien se podía calificar de edificios anexos de la suya propia. Se adentró en el callejón y desapareció como si las hadas se lo hubiesen llevado.

La desaparición resultaba absurda, repentina y ajena al círculo familiar. El ambiente y todo lo que la rodeaba era de una sencillez pasmosa. Las cuatro casas del lugar no podían tomarse por un pueblecito; no constituían sino una pequeña calle solitaria. Se hallaba emplazada en el centro de unos amplios campos y llanuras y no eran más que cuatro o cinco establecimientos imprescindibles para los vecinos: unos cuantos campesinos y la familia de la casa grande. Había un carnicero en la esquina donde vieron a sir Arthur por última vez. Allí le vieron dos jóvenes que se hospedaban en su casa. Estos eran Smith, que le servía como secretario, y John Dalmon, de quien se decía que era novio de la ahijada de aquel. Al lado de la carnicería quedaba una tienda con gran multitud de atribuciones al igual que muchas otras tiendas de otros muchos pueblos. La regentaba una viejecita que vendía dulces, bastones, pelotas de golf, regaliz, pelotitas con una goma y unas cuartillas y objetos de escritorio muy descoloridos.

Seguía a dicho establecimiento el estanco, al que los dos jóvenes se dirigían cuando vieron por última vez al señor Vaudrey pasar junto a la carnicería; al otro lado de esta, se hallaba una pequeña tienda de novedades, perteneciente a dos señoras. Una tienda pálida y reluciente, que brindaba al caminante grandes vasos de limonada, acababa de completar el conjunto de la edificación, pues la única posada decente que se podía hallar por aquellos andurriales se levantaba, solitaria, junto a la carretera principal.

Entre esta y el grupo de casas existía un cruce de caminos en el cual se hallaban estacionados un policía y un motorista, quienes coincidieron en declarar que sir Arthur no había pasado por allí.

Fue a primera hora de un día resplandeciente cuando se vio al viejo señor andando alegremente por la carretera, acompañando su paso con oscilaciones de su bastón y de sus guantes amarillos. Resultaba bastante elegante, de una elegancia varonil y fornida, especialmente si se tenía en cuenta su edad. Su fortaleza física y su actividad eran muy notables y su cabello rizoso podía

haber sido rubio muy pálido, hasta casi parecer blanco, en lugar de ser blanco teñido de rubio pálido. Su rostro, bien afeitado, era bello, con una nariz regular y la frente alta cual la del duque de Wellington. Lo más destacado de su semblante eran los ojos; y no eran ojos que, metafóricamente, saliesen de sus órbitas. Sus labios, por otra parte, parecían sensibles y un poco apretados como en un rictus de voluntad. Era el propietario de todos aquellos contornos y del caserío entero. En esta clase de sitios no solo se conocen todos entre sí, sino, generalmente, todos saben el lugar donde todos se hallan en cada instante. Lo natural habría sido que sir Arthur se llegara al lugarejo, encargara lo que fuera al carpintero o a quien fuese, y se volviera de nuevo a su casa, sin emplear en ello más de media hora, como hicieron los jóvenes que fueron a comprar los cigarrillos. Sin embargo, estos últimos no vieron a nadie por la carretera durante su regreso; y no cabía ver a otra persona que al invitado de la casa grande, un tal doctor Abbot, sentado a la orilla del río, con sus anchas espaldas vueltas hacia ellos, pescando pacientemente. Cuando los tres invitados volvieron para almorzar, pensaron que no se debía conceder importancia a la prolongada ausencia del dueño de la casa, pero cuando, transcurrido el día, no regresó a cenar, empezaron a preocuparse, y Sybil Rye, la señora de la casa, comenzó a alarmarse en serio. Se envió a varias personas al caserío sin resultado alguno. Y cuando la noche cerró, todos los habitantes de la casa se hallaban presos de indecible angustia. Sybil mandó a buscar al padre Brown, que era amigo suyo y le había ayudado a salir de ciertas dificultades en el pasado. El padre, al hacerse cargo del peligro que parecía existir, consintió en permanecer en la casa hasta que hubiera pasado. Por ello, cuando amaneció el nuevo día sin noticias, el padre Brown estaba preparado para cualquier evento; su figurilla negra y rechoncha recorría el camino del jardín que orillaba el río, escudriñando el paisaje de arriba abajo, con su corta y empañada vista.

Se dio cuenta de que en el paisaje se movía otra figura, más nerviosa que la suya propia, y reconoció en ella a la del secretario, Evan Smith, a quien saludó llamándole por su nombre.

Evan Smith era un joven alto y rubio, de aspecto atormentado, como quizá convenía en aquellos momentos de agobio. Sin embargo, este aspecto era natural en él. Acaso fuera debido a su porte y tipo de atleta y al color amarillo leonado de los cabellos y bigotes que acompañan siempre en las novelas y, a veces, en la realidad, a la manera franca y alegre de la «juventud inglesa». Pero como en este caso acompañaban también a nuestro personaje unos ojos profundos y cavernosos y un semblante macilento, el contraste con la figura

convencional de talla alta y cabello rubio de la novela, le prestaba un rasgo siniestro. El padre Brown sonrió con amabilidad y, a continuación, dijo gravemente:

—Este es un asunto difícil.

—Lo es para la señorita Rye —contestó el joven con misterio—, y no sé por qué he de disimular que repercute en mí dolorosamente, aunque ella esté comprometida con Dalmon. ¿Le sorprenderá a usted, supongo?

El padre Brown, por cierto, no parecía estar muy sorprendido, pero su rostro acostumbraba a no sufrir cambios de expresión en muchas ocasiones. Se limitó a añadir con carácter:

—Naturalmente, todos compartimos su preocupación. Supongo que no tendrá usted noticias ni opiniones sobre este asunto.

—No tengo ninguna noticia exacta —replicó Smith—; ninguna noticia que venga de fuera, por lo menos… En cuanto a opiniones… —dijo recargando su silencio caviloso.

—Me gustaría conocer sus opiniones —dijo el pequeño sacerdote con jovialidad—. Espero que no le importará si le digo que me parece que le está usted dando vueltas a algo en la mente.

El joven pareció desentumecerse más que sorprenderse, y miró al sacerdote con fijeza, frunciendo el ceño, lo cual hizo que sus ojos se ensombrecieran más aún.

—Sí, se aproxima bastante —dijo por fin—. Supongo que deberé comunicárselo a alguien, y usted parece persona de confianza.

—¿Sabe usted lo que le ha ocurrido a sir Arthur? —preguntó el padre Brown con calma, como si se tratara de la cosa más trivial del mundo.

—Sí —respondió el secretario con dureza—. Creo saber lo que le ha sucedido a sir Arthur.

—Bonita mañana —profirió una voz blanda a sus oídos—. Bonita mañana para un encuentro melancólico.

Esta vez el secretario saltó cual si acabaran de descargar un pistoletazo, y la larga sombra del doctor Abbot se alargó por delante de ellos, recortándose a la violenta luz del sol. El doctor Abbot vestía aún sus ropas de noche; una suntuosa bata oriental cubierta de dragones y flores de todos los tonos, cuyo conjunto semejaba un lecho de flores de las más brillantes que crecer pudieran bajo el ardiente sol. Llevaba también grandes zapatillas planas que explicaban, sin duda alguna, por qué se había acercado hasta allí sin que ellos se dieran cuenta. De momento, habría parecido la persona menos indicada para tan ágil y etérea aproximación, pues era un hombre corpulento, ancho y

pesado, de rostro amable muy curtido por el sol. Encuadraba su rostro un marco de patillas anticuadas y una barba que colgaba exuberante, al igual que los largos rizos grises de su venerable cabeza. Sus ojos, rasgados, se cerraban un poco soñolientos. Era un hombre de mucha edad para estar levantado tan temprano.

—Me parece que usted y Dalmon pueden testimoniar que me vieron tanto a la ida como a la vuelta.

—En efecto —afirmó Evan Smith con sequedad, pues parecía enojado por la interrupción.

—Lo único que se me ocurre… —comenzó el doctor con lentitud; y entonces ocurrió que la misma interrupción se vio a su vez interrumpida. Una figura, maciza y ligera a un mismo tiempo, atravesó rápidamente el prado por entre los alegres lechos de flores. Era John Dalmon con un papel entre las manos. Iba bien vestido y era bastante moreno; su rostro tenía la forma cuadrada al estilo de Napoleón y tenía los ojos muy tristes, tan tristes que parecían muertos; era muy joven todavía, pero el cabello de las sienes se le había tornado prematuramente gris.

—Acabo de recibir este telegrama de la policía —dijo—. Les telegrafié anoche y dicen que mandan a un agente. ¿No se le ocurre que tengamos que hacer llamar a nadie más, doctor Abbot? Parientes y todo eso, ¿comprende…?

—Claro, a su sobrino Vernon Vaudrey —dijo el viejo—. Si viene usted conmigo, le daré su dirección y le explicaré algo muy curioso e interesante acerca del sobrino de sir Arthur.

El doctor Abbot y Dalmon se dirigieron hacia la casa y en cuanto se hallaron un poco lejos, el padre Brown se volvió hacia el otro y dijo con naturalidad, como si nada acabara de suceder:

—Estaba usted diciendo…

—¡Vaya sangre fría! —exclamó el secretario—. Supongo que se adquiere en la práctica del confesionario. Precisamente yo me siento como si fuera a hacer un gran trabajo. Hay quien se sentiría un poco desviado de la línea de las confesiones al ver a ese viejo elefante merodeando como una serpiente. Sin embargo, me parece que será mejor que me atenga a ellas aunque no sea propiamente cosa mía la que voy a confesar.

Se detuvo unos instantes avanzando la frente y tirándose de los bigotes; y entonces opinó con brusquedad:

—Me parece que sir Arthur se ha marchado y creo saber por qué.

Otro silencio y volvió a hablar:

—Estoy en una mala situación y muchas personas creerían que cometo un acto reprochable. Voy a hacer el papel del que obra solapadamente y el de un truhán, aun cuando yo creo que cumplo con mi deber.

—Usted mismo ha de ser su juez —dijo el padre Brown con gravedad—. ¿Qué le pasa a su deber?

—Estoy en la desairada situación de tener que hablar en contra de mi rival, y por mejor decir, mi rival venturoso —contestó el joven amargado—. Sin embargo, no sé qué otra cosa puedo hacer. Me preguntaba usted cuál era la razón de que Vaudrey hubiese desaparecido. Estoy completamente seguro de que Dalmon lo resuelve todo.

—¿Quiere usted decir —dijo el sacerdote con calma— que Dalmon ha matado a sir Arthur?

—¡No! —exclamó Smith con violencia inesperada—. ¡No, mil veces! No ha hecho eso, a pesar de las otras muchas cosas que pueda haber hecho. No es un asesino. Tiene el mejor de los jueces, el testimonio de un hombre que le aborrece. No es fácil que desee comprometer por amor a Dalmon; mas podría jurar en cualquier momento que no hizo nada al viejo. Dalmon y yo estuvimos juntos casi toda la jornada, o la mayor parte de ella, y no hizo otra cosa, durante el transcurso de la misma, que ir a comprar cigarrillos, fumarlos y leer en la biblioteca. No. Me parece que es un criminal, pero no mató a Vaudrey.

—Sí —dijo el otro con paciencia—. Y esto, ¿qué quiere decir?

—Quiere decir —replicó el secretario— que es un criminal que comete otro crimen, y este tiene por objeto el que Vaudrey viva.

—¡Oh! Ya comprendo —dijo el padre Brown.

—Conozco a Sybil Rye bastante bien; y sé que su carácter da pie, en gran parte, a la historia. Es un carácter muy noble en ambos sentidos, esto es, en su calidad; y solo demasiado fino en su contextura. Es una de esas personas terriblemente conscientes, con el fuerte y tenaz sentido común que adquieren, en general, esa clase de personas. Es sensible hasta un grado extremo y, al mismo tiempo, muy altruista. Su historia es curiosa; se quedó literalmente sin un céntimo, como una hospiciana, y sir Arthur la trajo a su casa y la trató con unas consideraciones que sorprendían a muchos; pues, sin querer criticar al viejo, no era esto cosa muy de su cuerda. Pero cuando ella cumplió los diecisiete años, la solución del enigma se le reveló sorprendentemente. Su benefactor la pidió en matrimonio. Ahora aparece la parte curiosa de la historia. De una u otra manera me parece que por obra del doctor Abbot, Sybil tuvo conocimiento de que sir Vaudrey, en su temprana juventud, había

cometido algún que otro crimen o, por lo menos, infligido un grave daño a alguien. Ignoro lo demás. Pero constituía una suerte de pesadilla para la joven muchacha, que pesaba sobre sus años sentimentales, convirtiendo a Vaudrey en una especie de monstruo o, por lo menos, demasiado parecido a un monstruo para ligarse con él con el estrecho lazo del matrimonio. Lo que hizo fue algo muy propio de ella. Con indecible terror y un valor heroico le explicó lo que sentía. Advirtió que sus aprensiones podían ser morbosas. Lo confesó como si se tratara de una manía secreta y, para mayor asombro y alivio suyo, él se lo tomó sin enojarse y con delicadeza, absteniéndose de proferir el menor comentario. Y la impresión que ella tenía de su generosidad creció poco después. Llegó al círculo de su vida otra persona tan solitaria como ella. Acampaba solitario como un eremita en una de las islas del río; supongo que el misterio le haría más atractivo, aunque admito que lo fuera bastante; todo un caballero muy sagaz; a pesar de su melancolía (lo que supongo debía influir favorablemente en el romanticismo). Era este hombre Dalmon, naturalmente; y llegó hasta el punto de pedir permiso para verla. Puede imaginársela esperando el resultado de la entrevista en una agonía de terror y pensando cómo se tomaría el viejo galán la presencia de su rival. Pero aun en esto le pareció que había cometido una injusticia. Recibió al joven con una calurosa bienvenida y se interesó por los proyectos de ambos. Él y Dalmon iban a pescar y a cazar juntos y eran los mejores amigos del mundo, cuando un día la muchacha sufrió otra sorpresa. Dalmon dejó escapar, en la conversación, que el «viejo no había variado mucho en estos últimos treinta años», con lo que daba a entender que los dos se conocían ya con anterioridad. Eso de la presentación y acogida no era más que una simulación; los dos hombres se habían conocido antes. Por ello, el joven había bajado con toda intención al lugar. Por ello se prestaba el viejo con tanto agrado a la unión. ¿Qué está pensando usted?

—Sé lo que piensa usted —dijo el padre Brown sonriendo—. Y me parece muy lógico. Aquí tenemos a Vaudrey, por un lado, con un borrón en la historia de su pasado, y por otro, a un extranjero que venía a verle y le impulsaba a hacer lo que le venía en gana. En pocas palabras: usted cree que Dalmon es un sobornador.

—Así es, en efecto —dijo el otro—. Y una cosa muy antipática al pensamiento.

El padre Brown reflexionó durante unos instantes y dijo:

—Me parece que me gustaría hablar con el doctor Abbot.

Cuando salió de la casa una o dos horas después, quizás hubiera estado hablando con el doctor Abbot, pero salió en compañía de Sybil Rye, una muchacha pálida de cabello rojizo, con un perfil delicadísimo, casi trémulo; al verla, uno comprendía inmediatamente la descripción de su sensible candidez. Sugería la figura de Godiva y la historia de algunas vírgenes mártires; solo los vergonzosos pueden llegar a ser tan descarados, por respeto a su conciencia. Smith corrió a su encuentro y quedaron por unos momentos hablando en el jardín. El día, que había sido claro desde la aurora, se volvía ahora brillante y aun resplandeciente, pero el padre Brown llevaba un envoltorio negro que era su paraguas, al tiempo que usaba como paraguas su teja negra. Tal vez no fuera otra cosa que el efecto inconsciente de su modo de ser o que la tormenta no fuera material.

—Lo que me molesta y odio de todo eso —decía Sybil en voz baja— son las habladurías que empiezan a removerse; todo el mundo sospecha de todo el mundo; supongo que John y Evan responden el uno del otro; pero el doctor Abbot ha armado una escena terrible con el carnicero, que cree que se sospecha de él, y en consecuencia emite sospechas contra todo el mundo.

Evan Smith, que estaba muy embarazado, aseguró por fin:

—Mira, Sybil, no puedo decir muchas cosas, pero me parece que todo esto es innecesario. Todo esto es un enredo, pero nosotros pensamos que no ha habido… bueno…, ninguna violencia.

—¿Tienen ustedes alguna teoría? —preguntó la muchacha mirando al sacerdote.

El padre Brown se detuvo un momento pensativo.

—He oído una teoría —contestó— que me parece muy probable.

Continuó pensativo mirando en dirección al río; y Smith y Sybil trabaron una conversación rápida, en voz baja. El sacerdote se alejó cavilando por la orilla del río, en dirección a un pequeño bosque de árboles jóvenes, que crecía avanzando casi por encima del río. El fuerte y violento sol daba sobre un pequeño velo de hojitas danzantes como delicados tallos verdes y todos los pájaros cantaban como si cada árbol tuviera cien lenguas. Pocos minutos después Evan Smith oyó que le llamaban por su nombre en voz baja, aunque clara, desde el grupo de árboles. Se acercó rápidamente a él y halló al padre Brown. El sacerdote le insinuó en voz baja:

—No permita usted que la joven se acerque. ¿No puede librarse de ella? Dígale que telefonee o algo así y vuelva usted.

Evan Smith se volvió con una expresión bastante desesperada y se aproximó a la muchacha; sin embargo, esta no era persona, a Dios gracias,

difícil de convencer para que hiciera un favor a otra persona. En un momento desapareció en dirección a la casa y Smith se volvió en dirección al lugar donde esperaba el padre Brown y vio que este había vuelto a desaparecer entre los arbustos. No muy lejos del bosquecillo se apreciaba un pequeño desnivel a la misma altura del río. El padre Brown estaba al borde de dicha pequeña zanja, mirando hacia abajo; pero llevaba el sombrero en la mano, ya fuera a propósito, o por simple azar, sin darle importancia al sol que caía sobre su cabeza.

—Más vale que lo vea con sus propios ojos, aunque le advierto que debe estar preparado.

—¿Preparado para qué? —preguntó el otro.

—Sencillamente, para la cosa más horrible que haya visto en su vida.

Evan Smith se acercó al borde de la zanja y contuvo con dificultad un grito.

Sir Arthur lo miraba con ojos vidriosos y con una mueca en el rostro. El rostro estaba vuelto hacia arriba, de tal manera que parecía una plataforma para colocar el pie; la cabeza estaba echada hacia atrás, y la mata de pelo grisácea hacia delante, de manera que se veía el rostro como vuelto del revés. Esto contribuía a dar la impresión de una pesadilla, como si un hombre anduviera de cabeza manteniendo, no obstante, su posición natural. ¿Qué estaba haciendo? ¿Era posible que Vaudrey estuviera escondiéndose por los desmontes y bancos de arena y les mirara de este modo tan innatural? El resto de la figura aparecía encogida y extraña; daba casi la impresión de estar inmovilizado o deforme. La perspectiva de unos miembros hechos un ovillo. ¿Estaría loco? ¿Lo estaría? Cuanto más lo miraba Smith, tanto más rígidos le parecían sus gestos.

—No se ve bien desde donde está usted —dijo el padre Brown—, pero tiene el cuello cortado.

Smith comenzó a temblar.

—Me imagino, con toda facilidad, que es lo más horrible que haya usted visto —dijo—. Me parece que lo más horrible es ver el rostro al revés. Lo he visto durante diez años seguidos, a la hora del desayuno y comida. Su aspecto era siempre el de una persona educada y agradable. Visto al revés, parece el rostro de un demonio.

—El rostro, no obstante, sonríe —dijo el padre Brown, con seriedad—. Y acaso no sea esto la parte más insignificante del enigma. No hay muchas personas que sonrían mientras se les corta el cuello, aun cuando se lo hagan ellos mismos. La sonrisa, combinada con sus ojos prominentes, es suficiente

para explicar la expresión. Sin embargo, es verdad, las cosas tienen otra apariencia vistas al revés. Los artistas acostumbran a dar la vuelta a sus obras, para testimoniar su corrección. A veces, resulta difícil dar la vuelta al objeto, como en el caso de Matterhorn, por ejemplo, al que parece que, por lo menos, han mirado por entre sus piernas.

El sacerdote, que hablaba de esta manera para ayudar al otro a dominar sus nervios, concluyó con un tono más serio:

—Comprendo cómo le debe de haber impresionado. Desgraciadamente, también molesta otra cuestión.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que desbarata toda la teoría que habíamos elaborado —replicó el otro, bajando hacia el río.

—Quizá fue él mismo quien lo hizo —propuso Smith con calor—. Al fin y al cabo, esta es la manera más fácil de escapar; y casa muy bien con nuestra teoría. Quería hallar un sitio tranquilo y se vino aquí y se cortó el cuello.

—No vino aquí nunca —dijo el padre Brown—. Por lo menos no vino andando. No lo mataron aquí; no hay sangre en cantidad suficiente para atestiguarlo. El sol ha secado sus ropas y cabello y hay dos arroyuelos de agua que parten del río. El agua de la marea sube hasta aquí y un pequeño remolino debió de echar el cuerpo donde está, y aquí se quedó al retirarse el agua. Esto supone que el cuerpo estuviera en el río. Con toda seguridad salió ya muerto por la parte trasera de una de las casas que dan a él. El pobre Vaudrey murió allá de alguna manera; pero el problema estriba en saber quién pudo o quiso matarle en este lugarejo.

Comenzó a trazar líneas con la punta de su paraguas sobre la franja de arena.

—Veamos —dijo—. ¿Cómo están alineadas las tiendas? Primero el carnicero. Claro está, a este le habrá sido bastante fácil matarle con un gran cuchillo de trinchar. Sin embargo, usted vio salir a Vaudrey, y no es probable que dialogaran en el zaguán de la siguiente manera: «Buenos días, permítame que le corte el cuello». «Gracias. ¿Qué más?». No me parece que sir Arthur fuera como para quedarse ahí con una sonrisa en los labios mientras escuchaba todo eso. Era un hombre fuerte y vigoroso y de genio violento. Y ¿quién sino el carnicero podía hacerle frente? La siguiente tienda pertenece a una viejecita. Luego viene el estanco, en el que hay un hombre, pero por lo que tengo entendido es de pequeña estatura y tímido además; sigue en orden la modista con dos solteronas y después la casa de bebidas en la que hay un hombre que ahora está en el hospital y es su mujer la única que habita la

tienda. Existen, además, dos o tres muchachos, asistentes o mandaderos, y todos estaban fuera en cumplimiento de uno u otro deber. La casa de bebidas es la que pone término a la calle: no hay nada más, si no es la posada, y entre esta y el lugar estaba la policía.

Tomó el paraguas como una porra, para representar al policía, y permaneció mirando al río. Entonces hizo un leve movimiento con la mano y avanzó con rapidez hacia el cadáver.

—¡Ah! —exclamó, enderezándose y dejando escapar un gran suspiro—. ¡El estanquero! ¿Por qué diantres no se me ocurrió con anterioridad?

—¿Qué le sucedió? —preguntó Smith exasperado.

El padre Brown permanecía pensativo, mirando de acá para allá y había proferido la palabra «estanquero» como si fuera una sentencia.

—¿Notó usted algo muy peculiar en su rostro?

—¡Peculiar, santo Dios! —exclamó Evan al recordar la cara—. De todas maneras le cortaron el cuello.

—Digo el rostro —insistió el clérigo—. ¿No nota usted que se hizo daño en la mano y que la llevaba vendada?

—¡Oh, eso no tiene nada de particular! —dijo Evan—. Eso sucedió antes y no fue más que un accidente. Se cortó la mano con una botella de tinta, mientras trabajábamos juntos.

—No obstante tiene su importancia —contestó el padre Brown.

El silencio que siguió a estas palabras fue largo y el sacerdote anduvo pensativo en la arena, arrastrando tras de sí el paraguas y murmurando de vez en vez la palabra «estanquero», hasta que casi consiguió helar en las venas la sangre de su amigo. Levantó entonces el paraguas y señaló hacia la casa del bosque escondida entre las hierbas.

—¿Y el bote familiar? —preguntó—. Desearía que me subiera por el río. Quiero ver esas casas desde la parte de atrás. No hay tiempo que perder. Acaso encuentren el cuerpo, pero debemos exponernos a ello.

Smith casi había llevado ya el bote hacia el caserío cuando el padre Brown volvió a hablar.

—Al mismo tiempo —dijo— he sabido por el viejo Abbot cuál fue la verdadera malandanza de Vaudrey. Es una historia harto curiosa acerca de un oficial egipcio que lo insultó diciendo que todo musulmán se apartaría de los cerdos y de los ingleses, pero que prefería a los cerdos… Más o menos fue una frase en este doble sentido. Sea como fuere, la cosa no pasó de ahí: meras palabras. Pero años más tarde, cuando el oficial volvió a visitar Inglaterra, surgió de nuevo la cuestión y Vaudrey, llevado de su cólera, arrastró al

hombre hasta el corral, y lo echó en la pocilga junto a la casa de campo. A pesar de que el egipcio sufrió una fractura en una pierna, él lo dejó tirado allí hasta la mañana siguiente.

Como es natural, se armó un gran lío, pero hubo muchos jueces que defendieron a Vaudrey, justificándolo por su patriotismo. De todas maneras, no parece que eso fuera razón suficiente para que el hombre se prestase con tranquilidad al chantaje durante años.

—Entonces, ¿cree usted que no tiene relación ninguna con el presente caso? —preguntó el secretario, pensativo.

—Me parece que tiene que ver mucho con la tragedia que estamos presenciando —dijo el padre Brown.

La embarcación cruzaba junto a una pared baja. El empinado jardín de las casitas descendía hasta el río. El padre Brown las contó con cuidado con su paraguas y, al llegar a la tercera, dijo:

—Estanquero. ¿No sería el estanquero…? No lo diré. Actuaré de adivino. Me limitaré a decir ahora lo que me pareció raro en el rostro de sir Arthur.

—¿Y qué fue? —preguntó el compañero parándose y dejando reposar las manos por unos instantes.

—Era muy presumido, su rostro estaba solo a medio afeitar… ¿Podría atar el bote aquí? Sí, allí, en aquel poste.

Un minuto o dos después habían traspasado la pared y subían por el empinado caminillo empedrado del jardín, con sus lechos rectangulares de flores y hortalizas.

—Vea usted, el estanquero tiene patatas en su huerto —dijo el padre Brown—; resabios de sir Walter Raleigh, no hay duda. Muchas patatas y muchos sacos de patatas. Esta gente del campo no ha perdido todavía sus antiguas costumbres. Hacen más de dos oficios a la vez, pero los estanqueros del campo desempeñan un oficio nuevo, algo que no recordé hasta que vi el mentón de Vaudrey. De diez veces nueve, se llama al establecimiento del estanco, cuando es también la barbería. Se había cortado la mano y no podía afeitarse, así es que entró aquí. ¿No le sugiere algo todo esto?

—Me sugiere mucho —contestó Smith—, pero me parece que le sugerirá muchas más cosas a usted.

—¿No se le ocurre a usted imaginar la sola razón por la que puede un hombre sonreír amablemente cuando le cortan el cuello?

Momentos después se hallaban en el oscuro pasillo, detrás de la casa, y salieron a la trastienda, vagamente iluminada por la luz que filtraba una vidriera polvorienta que iba a reflejarse en un espejo roto. Se parecía a la

media luz verdosa de un estanque; pero había la suficiente para apreciar las herramientas de trabajo propias de un barbero.

El ojo del padre Brown reparó en la habitación, que parecía que se acababa de arreglar, hasta que tropezó en un rincón polvoriento de detrás de la puerta con algo que atrajo todo su interés. Era un sombrero que colgaba de una percha, un sombrero blanco muy conocido en el lugar y, a pesar de lo muy destacado que resultaba por la calle, aparecía aquí, como típico ejemplo de lo que se le olvidará siempre a ciertos tipos de hombres que no se olvidan, sin embargo, de lavar cuidadosamente los suelos y hacer desaparecer la ropa ensangrentada.

—Me parece que ayer afeitaron aquí al señor Vaudrey —dijo el padre Brown.

Al barbero, la aparición de aquellas dos personas en la parte superior de la trastienda le hizo el efecto de dos espectros salidos de sus tumbas que lo visitaban. Mas enseguida vio que tenía mayor motivo para asustarse de ellos que de cualquier aparición fantástica. Se arrebujó en un rincón y casi podía haberse dicho que temblaba. Todo en él pareció desaparecer, menos sus grandes lentes.

—Dígame usted una cosa —continuó el sacerdote—. ¿Tenía usted algún motivo para odiar a sir Arthur?

El hombre del rincón musitó algunas palabras, que Smith no pudo comprender, aunque vio que el sacerdote movía la cabeza y decía:

—Comprendo que lo sintiera. Usted le odiaba; y por ello sé que no le ha matado. ¿Quiere usted explicarnos lo sucedido, o lo explico yo?

Hubo una pausa en la que se percibió el tictac del reloj de la cocina y, a continuación, el padre Brown prosiguió:

—Lo ocurrido fue lo siguiente: cuando el señor Dalmon entró en la tienda, le pidió unos cigarrillos que estaban en el escaparate. Usted salió un instante para cerciorarse bien de lo que quería, según hacen muchos tenderos; y en aquel momento él advirtió el mango de la navaja que acababa usted de dejar y la cabeza rubia de sir Arthur en el sillón, distinguibles probablemente por los rayos que daban en ambas cosas, procedentes de esta ventana. No le costó más que unos minutos el volver junto al mostrador. La víctima no se alarmaría al no ver ni la mano ni la navaja. Murió sonriendo a sus pensamientos. ¡Y qué pensamientos! Me imagino que aunque Dalmon se moviera, lo había hecho tan rápida y quedamente que el señor Smith, presente durante toda la operación, hubiera jurado que no se separaron un solo instante: pero hubo alguien que se alarmó con sobrada razón, y esa persona

fue usted. Usted se había peleado con su enemigo a causa del precio de arriendo y otras cosillas, y al entrar en la tienda se encontró con su enemigo asesinado, en su propia silla, con su propia navaja. Fue muy comprensible que prefiriera limpiarlo todo y poner el cadáver en un saco de patatas mal atado y abandonarlo como si nada hubiera sucedido. Tuvo usted suerte de que haya horas fijas para la barbería, de este modo pudo disponer de mucho tiempo. Parece que usted se acordó de todo menos del sombrero… No se asuste, lo olvidaremos todo, incluso el sombrero.

Se adelantó hacia la tienda de delante, seguida del maravillado Smith, dejando atónito y perplejo al barbero.

—¿No ve usted? —dijo el padre Brown a su compañero—. Es uno de esos casos en que un motivo es demasiado débil para condenar a un hombre, y lo bastante poderoso para absolverlo. Una persona nerviosa como esa sería la última en pensar en el asesinato de un hombre fuerte por unos céntimos. Pero sería el primero en pensar que lo acusarían de haberlo hecho… ¡Ah! Existe una diferencia muy poderosa entre el móvil del que lo hizo y el de este —observó permaneciendo sumido en una reflexión con los ojos en el vacío.

—Es sencillamente horrible —gruñó Evan Smith—. Yo atribuía a Dalmon, hace un par de horas, que fuera un sobornador y, a pesar de todo me descompone saber que haya hecho esto.

El sacerdote continuaba ensimismado, como quien mira al abismo. Por fin se movieron sus labios y musitó algo más. No se distinguía si se trataba de una oración o de una exclamación: «¡Dios de misericordia! ¡Qué venganza más horrible!».

Su amigo le preguntó algunos detalles, pero él hizo bien poco caso y continuó hablando en voz alta, siempre como si lo hiciera para sí.

—¡Qué venganza más horrible! ¡Qué venganza para ese gusano miserable! ¡Santo Dios! ¿Es que no llegaremos jamás al fondo de un corazón donde residen imaginaciones tan execrables? Dios nos libre a todos del orgullo; pero no puedo concebir todavía en mi mente la imagen de un odio más profundo.

—Ni yo —dijo Smith—. Yo no puedo ni imaginarme cómo llegó a matar a Vaudrey. Si Dalmon era un estafador, me parece más natural que fuera Vaudrey quien lo matara. De acuerdo con lo que dijo usted. Eso del cuchillo ha sido horrible, pero…

El padre Brown saltó sorprendido y parpadeó como un hombre que acaba de despertar.

—¡Oh, eso! —dijo con prisa—. No pensaba en eso ahora. No quería decir que el asesino, cuando estaba en la tienda… Al decir qué horrible historia de venganza, estaba pensando en otra cosa mucho más horrible que esa…, que ya lo fue bastante a su manera… Sin embargo, esto resulta mucho más comprensible; cualquiera podía haberlo hecho. En verdad, casi fue un acto de propia defensa.

—¿Cómo? —exclamó el secretario incrédulo—. ¡Un hombre se acerca a otro por la espalda y le corta el cuello mientras el otro sonríe feliz mirando el techo, sentado en la silla de una barbería, y dice usted que es un acto de legítima defensa!

—No digo que sea un acto justificado de legítima defensa —contestó el otro—; me limito a decir que habría muchos hombres que habrían llegado a ello impulsados a defenderse contra una inminente calamidad, que era también un crimen. Comencemos por la pregunta que me hizo usted: ¿Por qué había de ser el estafador el asesino? Bien, pues estos términos son causa de muchas confusiones convencionales y de muchos errores.

Se detuvo como si recopilara sus ideas, después del espasmo del horror sufrido, y continuó en su tono acostumbrado:

—Observa usted a veces que dos personas, la una de edad mayor que la otra, se ponen de acuerdo acerca de un proyecto matrimonial. El origen de su amistad es antiguo y desconocido. El uno es rico y el otro pobre; y usted supone, como es natural, un chantaje. Está en lo cierto, por lo menos en cuanto a ello se refiere. El punto donde se equivoca usted es el de suponer que el pobre es el que soborna al rico. Lo que sucedía en este caso era que el rico sobornaba al pobre.

—Pero esto parece inverosímil —observó el secretario.

—Es mucho más que verosímil. ¡Pero no es absolutamente infrecuente! —contestó el otro—. La mitad de la política moderna estriba en unos ricos que hacen víctima de un chantaje a los pobres. Su opinión de que esto es inverosímil descansa sobre dos hechos increíbles. Uno de ellos es que los ricos quieren ser más ricos, y el otro que a un hombre solo se le puede sobornar con dinero. Esto último es lo que aquí nos interesa. Sir Arthur Vaudrey no se movía por avaricia, sino por venganza. Y planeó la peor venganza de que pueda haber oído usted hablar.

—Pero ¿por qué iba a ser? ¿Cuál era el objeto de su venganza? —preguntó Smith.

—No iba dirigida contra John Dalmon —replicó el sacerdote.

Se hizo un silencio tras el cual volvió a tomar la palabra como si hubiese cambiado de tema:

—¿Recuerda usted que cuando vio la cabeza vuelta hacia arriba dijo usted que parecía la cabeza de un demonio? ¿No se le ocurrió pensar a usted que el asesino también vio la cabeza vuelta del revés al acercarse a la silla?

—Pero todo esto son fantasías morbosas —replicó su compañero—. Yo estaba acostumbrado a ver el rostro de la otra manera.

—Quizá no lo había visto nunca de la manera que convenía —dijo el padre Brown—. Ya le dije yo que los artistas volvían las pinturas al revés cuando querían saber si estaban bien. Tal vez debido a la costumbre que tenía de verlo se acostumbró al rostro de un demonio.

—¿Qué diantre quiere demostrar? —preguntó Smith con impaciencia.

—Hablo en forma de parábola —replicó el otro con voz sombría—. Naturalmente, sir Arthur no era un demonio; era un hombre de un carácter fuerte y un temperamento que hubiera podido tender a bueno. Pero esos ojos saltones y suspicaces, esa boca apretada y trémula, podían haberle explicado algo si no hubiese estado acostumbrado a ellos. Usted ya sabe que hay cuerpos en los que las heridas no se quieren cerrar. Sir Arthur tenía una mente de esta clase. Era como si le faltase una piel. Tenía la vanidad muy exacerbada. Esos ojos están cansados de no descansar, siempre alerta, esperando un ataque a su egoísmo. La sensibilidad no necesita ser egoísta. Sybil Rye, sin embargo, tiene la misma clase de piel y consigue ser una especie de santa. Vaudrey lo había convertido todo en una especie de orgullo venenoso, un orgullo que no estaba ni satisfecho ni seguro. Cada rasguño sobre su piel se infectaba. Y *esa* fue la explicación de por qué echó a aquel hombre a la pocilga. De haberlo echado allí después de que aquel le llamara cerdo habría cabido perdonarlo como un arrebato de pasión, pero entonces no había pocilga; y ahí está la cuestión. Vaudrey recordó el infeliz insulto durante años y años, hasta que logró situar al oriental en las inmediaciones de una pocilga; y entonces realizó su venganza, la única apropiada y artística… ¡Oh, Dios mío! ¡Cómo le gustaba que fueran apropiadas y artísticas!

Smith le miró lleno de curiosidad y dijo:

—Usted no piensa en la historia de la pocilga en este momento.

—No —admitió el padre Brown.

—La otra historia… —dijo dominando el estremecimiento de su voz.

—Recordando esa historia fantástica y el plan de su venganza, póngase a pensar en lo presente. ¿Recuerda usted a alguien más que haya insultado a Vaudrey o que le haya infligido lo que él creía un insulto mortal?

—Sí, una mujer le insultó.

El horror comenzó a pintarse en los ojos de Evan mientras escuchaba con oídos atentos.

—Una muchacha, casi una niña, rehusó casarse con él porque lo consideraba como criminal: había estado en la prisión a causa de un pequeño desmán con el egipcio. Y este loco se dijo para sus repugnantes adentros: «Se casará con un asesino».

Tomaron la carrera que conducía a la casa grande y siguieron en silencio por el lado del río.

—Vaudrey estaba bien situado para delatar a Dalmon, que había cometido un asesinato tiempo atrás. Probablemente conocía a más de un truhán entre los compañeros de su loca juventud. Acaso se tratara de algún crimen que tuviera algunos rasgos atenuantes, pues a veces los criminales más locos no son los peores. Y Dalmon me parece que es un hombre que sabe lo que es el arrepentimiento, incluso después de haber matado a Vaudrey, y entre los dos cogieron a la muchacha con mucho tino dejando que el enamorado probara la suerte primero, mientras el otro no hacía más que soportarlo con mucho acierto. Mas Dalmon ignoraba lo que pasaba. Todo el mundo ignoraba lo que se tramaba en la cabeza de Vaudrey, menos el diablo. Unos días después, Dalmon hizo cierto descubrimiento horrible. Había obedecido, no sin cierto placer; había sido un instrumento; y, de pronto, supo cómo debía deshacerse de él. Encontró unas notas en el despacho de Vaudrey, que, a pesar de lo muy confundidas, revelaban el plan de Vaudrey, y en las que se daban ciertos datos a la policía. Comprendió todo el plan y se quedó tan asombrado como yo, cuando lo comprendí. En el instante en que novio y novia estuviesen casados, el novio quedaría arrestado y se le ahorcaría. La pedante señora que se opuso a un hombre porque había estado en la cárcel tendría que aceptar al marido que pendía de la soga. Esto es lo que sir Arthur Vaudrey consideraba un desenlace para la anécdota.

Evan Smith, terriblemente pálido, permaneció silencioso; entonces vieron venir a lo lejos la figura, tocada con gran sombrero, de Abbot; incluso el contorno de su persona delataba su agitación, aunque no les afectó mucho, pues todavía lo estaban por su reciente epopeya.

—Como dice usted, el odio es aborrecible —dijo Evan por último—, y no sabe usted una cosa que hoy me da cierto alivio. Todo el odio que sentía por el pobre Dalmon ahora me ha abandonado… Ahora veo de qué manera ha sido asesinado por dos veces.

El trecho que les separaba del doctor lo recorrieron en silencio. Este venía a su encuentro con las manos echadas hacia delante, con el ademán desesperado y flotando al viento su barba gris.

—Hay noticias horribles —dijo—, se ha hallado el cuerpo de Arthur. Parece que ha muerto en su jardín.

—¡Válgame Dios! —dijo el padre Brown, de una manera un poco mecánica—. ¡Qué horrible!

—Y lo que es más —exclamó el doctor sin aliento—. John Dalmon partió en busca de Vernon Vaudrey, el sobrino; pero a Vernon Vaudrey no se le ha visto y Dalmon parece haber desaparecido.

—¡Válgame Dios! —exclamó el padre Brown—. ¡Qué raro!

EL MAYOR CRIMEN DEL MUNDO

El padre Brown se paseaba distraídamente por una exposición de pinturas, con una expresión en el rostro que indicaba claramente que no había ido a mirar las pinturas. La verdad era que no quería mirarlas, no porque no le gustasen ni porque esas manifestaciones del arte moderno fueran inmorales o poco convenientes, sino porque pensaba que debía poseer un temperamento bastante inflamable el que se viese impulsado a la exaltación por la serie de espirales interrumpidas, conos invertidos y cilindros rotos con que el arte del futuro esperaba inspirar o amenazar a la Humanidad. El padre Brown iba de acá para allá en busca de una amiga, la cual había fijado este lugar poco natural como punto de reunión por ser de gustos un tanto futuristas. La joven amiga era parienta suya además, una de los pocos parientes que le quedaban. Su nombre, Elisabeth Fane, estaba simplificado en Betty, y era hija de una hermana casada con un terrateniente empobrecido. Pero como este hubiese fallecido igualmente pobre, el padre Brown se hallaba frente a ella en la posición de protector y sacerdote, guardián y tío a la vez. Entretanto iba mirando a los grupos sin descubrir el cabello castaño y rostro franco de su sobrina. Se apercibió de algunos conocidos y de otros a quienes no conocía, entre los cuales había algunos a quienes no deseaba conocer ni por casualidad.

Entre aquellas personas a quienes el padre Brown desconocía y que aún no habían despertado su interés estaba un joven esbelto e inteligente, magníficamente vestido y de aspecto extranjero a causa de su barba recortada a la manera de una espada, como la de los viejos castellanos. Su cabello negro era tan corto que tomaba el aspecto de una gorra de dormir. Y entre aquellos a quienes el padre Brown desconocía y no tenía interés por conocer había una dama de expresión dominante, vestida de color rojo llamativo, con una gran mata de cabello rubio, el cual era demasiado largo para ser ondulado y demasiado descuidado y suelto para calificarlo con otro nombre. Poseía un rostro enérgico y macizo, pálido y poco saludable, y, cuando miraba a alguien, procuraba cultivar la pose hipnotizadora de un basilisco. Venía como acompañante, tras ella, un hombre bajo con una gran barba, rostro ancho y ojos asustados y soñolientos. La expresión de este era benevolente y amable, a pesar de parecer despierto solo a medias, pero, visto por la espalda, su cuello de toro impresionaba por su aspecto un poco brutal.

El padre Brown miró a la dama de escarlata, pensando que, al llegar su sobrina, iba a resultar un bello contraste. No dejaba de mirar de acá para allá, pues sentía que no solo su sobrina produciría ese contraste, sino cualquier persona. Así, pues, sintió un ligero sobresalto cuando oyó pronunciar su nombre. Al volverse se encontró con un desconocido.

Era el rostro sereno y afable del abogado Granby, cuyos mechones de cabello gris podían haberse tomado por los restos de polvo de una peluca, tan grande era el contraste de ellos con la juvenil energía de sus movimientos. Era uno de esos hombres de la City que entran y salen de sus despachos corriendo como colegiales. En verdad que no podía correr de esa manera por la sala de exposición, pero su aspecto era como el de la persona que hubiese deseado hacerlo y sus ojos iban de acá para allá, nerviosos, buscando a alguien conocido.

—No sabía yo —dijo sonriendo el padre Brown— que patrocinara usted el nuevo arte.

—No tenía conocimiento tampoco de que usted lo hiciese —replicó el otro—. Vine a atrapar a un hombre.

—Espero que se divierta —contestó el sacerdote—. Yo vine a hacer algo parecido.

—Me dijo que estaba de paso para el continente —rezongó el abogado— y que podía hallarle en este antro de horrores.

Se detuvo unos momentos pensativo y añadió con brusquedad:

—Veamos, ya sé que es usted capaz de guardar un secreto. ¿Conoce a sir John Musgrave?

—No —replicó el sacerdote—. Pero no me atrevería a llamarle un secreto ni aunque se escondiera en un castillo. ¿No es ese viejo del que se cuentan todas esas historias…, que vive en una torre con verdadero rastrillo y puente levadizo y que se niega a salir de la Edad Media? ¿Es cliente suyo?

—No; lo es su hijo, el capitán. Sin embargo, el viejo forma parte del asunto y yo no lo conozco. Esto me preocupa. Lo que voy a decirle es confidencial, pero puedo confiar en usted.

Bajó el tono de su voz y condujo a su amigo a una sala lateral, casi vacía, en la que se exponían varias «naturalezas muertas».

—Este joven Musgrave —continuó diciendo el abogado— quiere que le hagamos un empréstito *post obit* sobre su padre, que vive en Northumberland. El viejo ya hace tiempo que ha pasado de los setenta y, con toda posibilidad, *obitará* un día u otro, pero, y del *post*, ¿qué sabemos? ¿Qué sucederá después a sus bienes, castillos, rastrillos y demás? Es una propiedad muy hermosa de

bastante valor, incluso hoy día, pero, de todas maneras, me extraña que no esté inscrita. ¿Comprende nuestra situación? La cuestión es si el viejo está, como dice Dickens, a buenas o no.

—Si está a buenas con su hijo se portará usted buenamente con él —observó el padre Brown—. No; me parece que no podré ayudarle. No me he encontrado nunca con sir John Musgrave, y me parece que son muy pocos los que le encuentran hoy día. Sin embargo, me parece que debe usted resolver este punto antes de prestar el dinero de su compañía al joven. ¿Es de los que se contenta con un chelín?

—No sé, lo dudo. Es muy popular y elegante, y una gran figura de la sociedad; también viaja mucho y ha sido periodista.

—Bueno —dijo el padre Brown—; eso no es ningún crimen. Por lo menos, no lo es siempre.

—Nada de eso —replicó Granby—. Ya sabe lo que quiero decir… Es una cabeza un poco vacía. Ha sido periodista, conferenciante, actor y muchas otras cosas. He de saber de qué mal puedo quejarme… Mírele, ahí está.

El abogado paseaba hiriendo el suelo con los pies. De pronto, se volvió hacia la habitación más frecuentada y se lanzó entre la multitud. Corría hacia un joven alto y bien vestido, de cabello corto y barba excéntrica.

Los dos se fueron paseando y el padre Brown les siguió con sus miopes ojos. Mas su mirada fue reclamada por la presencia de su sobrina Betty, jadeante y tumultuosa. Y, con gran sorpresa del padre Brown, volvió a conducirle al salón menos frecuentado y lo sentó en un asiento que había en medio de la habitación, el cual parecía una isla en aquel mar de suelo.

—Tengo algo que decirle —dijo—. Es tan tonto que no hay otro capaz de comprenderlo.

—Me aturullas —dijo el clérigo—. ¿Es algo de lo que tu madre comenzó a explicarme? ¿Compromisos y todo lo demás? No usarás esa palabra, supongo, en el sentido de los historiadores militares.

—Usted sabrá que ella quiere que formalice mis relaciones con el capitán Musgrave.

—No lo sabía —dijo el padre Brown con resignación—. Sin embargo, el capitán Musgrave me parece un tópico de moda.

—Nosotros somos muy pobres, claro está —continuó ella—, y no sirve para nada decir que el dinero no cuenta.

—¿Quieres casarte con él? —preguntó su tío, mirándola con los ojos medio cerrados.

Ella arrugó el entrecejo mirando al suelo, y contestó en un tono más bajo:

—Me lo suponía… Por lo menos, creo que me lo suponía, pero acabo de sufrir un desengaño.

—Cuéntamelo.

—Le he oído reír —dijo.

—Es una excelente virtud social.

—No comprende usted —dijo la muchacha—. No era en absoluto social. Eso es, justamente, el punto: no era sociable.

Se detuvo un momento y continuó con firmeza:

—Llegué bastante temprano y lo vi sentado en medio de la sala donde se encuentran las pinturas nuevas, que, por aquel entonces, estaba muy poco concurrida. No tenía idea de mi presencia ni de la de nadie más; estaba allí solo y se puso a reír.

—No es ninguna maravilla —dijo el padre Brown—. Yo no soy ningún crítico de arte, pero una ojeada de conjunto a todos esos cuadros…

—¡Oh, no quiere entenderme! —replicó ella, casi enfadada—. No es nada de eso. No miraba los cuadros. Sus ojos estaban clavados en el techo, pero su mirada parecía dirigirse hacia su interior, y se echó a reír de una manera que me heló la sangre.

El sacerdote se había levantado y paseaba por la estancia con las manos en la espalda.

—No debes precipitarte a tomar una decisión en estos casos —comenzó—. Hay dos clases de hombres… Pero no podemos entrar en discusiones, porque aquí lo tenemos.

El capitán Musgrave entró con paso ligero en la habitación y la abarcó con una sonrisa. Granby, el abogado, iba en pos de él y en su rostro de hombre de leyes se dibujaba un gesto de alivio.

—Debo rectificar todo lo dicho con respecto al capitán —dijo, mientras iba con el sacerdote hacia la puerta—. Es un muchacho sensato y comprende mi objeción. Él mismo me preguntó que por qué no iba a ver a su anciano padre; podría oír de labios del viejo cómo quedaba eso de la herencia. No podía ser más franco, ¿verdad? Pero está tan ansioso de arreglar el asunto que se ofreció a llevarme en su propio coche a Musgrave Moos. Este es el nombre de la propiedad. Le dije que ya que era tan amable podíamos ir juntos, y vamos a salir mañana por la mañana.

Mientras hablaban, Betty y el capitán entraron juntos por el marco de la puerta, creando, con ayuda de este, un cuadro que muchas personas lo prefieren a los cilindros. Fuesen cuales fuesen sus otras afinidades, ambos

eran muy bellos; y el abogado se sintió movido a resaltar este hecho cuando se deshizo bruscamente el encanto del cuadro.

El capitán James Musgrave volvió la vista hacia la sala principal y su mirada risueña y triunfante debió ver algo que le hizo cambiar de pies a cabeza. El padre Brown miró en derredor suyo como impulsado por un presentimiento, apercibiéndose entonces del rostro cabizbajo y lívido de la enorme mujer de cabello rojo, asomado bajo la masa leonina de sus cabellos. Su actitud más frecuente era la de estar un poco agachada, semejante a la del toro que va a embestir, y la expresión de su rostro pálido y pastoso era tan inexpresiva e hipnotizante, que escasamente se apercibieron del hombre de la larga barba.

Musgrave avanzó hacia ella de la misma manera que lo hubiese hecho una figura de cera maravillosamente bien vestida, si se le hubiese dado cuerda para andar. Dijo algunas palabras imperceptibles. Ella no contestó, pero se volvieron todos juntos dirigiéndose, como en una discusión, hacia el extremo de la sala. El hombrecillo del cuello de toro y larga barba cerraba la marcha, sugiriendo la imagen de un paje enano.

—¡Dios nos valga! —exclamó el padre Brown, frunciendo el ceño hacia ellos—. ¿Quién es esa mujer? ¡Cielo santo!

—Ningún compinche mío. Soy feliz al asegurárselo —replicó Granby con ligereza—. Da la impresión de que un poco de «flirteo» con ella haya de acabar mal.

—No me parece que «flirtee» —dijo el padre Brown.

Mientras hablaban del grupo que bajaba por la galería, este se deshizo y el capitán regresó con paso rápido.

—Ya estoy aquí —dijo con naturalidad, aunque sus interlocutores creyeron notar que había mudado de color—. Lo siento mucho, señor Granby, pero veo que mañana no podré acompañarle. De todos modos tome usted el coche. Hágame este obsequio. No voy a necesitarlo. Me… he de quedar en Londres unos días. Llévese a su amigo si quiere.

—Si el capitán es tan amable… —dijo el sacerdote con gravedad—. Podría explicarle que tengo algún punto en común con el informe que va a tomar el señor Granby y que sería para mí un gran alivio cerciorarme a ese respecto.

Lo cual dio motivo a que un coche elegante y un chófer, igualmente elegante, se lanzara, al otro día, hacia el norte, en pos de las llanuras del Yorkshire, llevando un pasajero discordante, un sacerdote que más acostumbraba a marchar por sus propios pies que en las ruedas de los demás.

Hicieron alto de muy buen grado, en su viaje, en uno de los anchos valles del West Riding, comieron y durmieron en una cómoda posada. Continuaron el siguiente día por la carretera costera de Northumbria hasta alcanzar esa región que es una masa de dunas y de exuberantes praderas marítimas, en cuyo corazón se levantaba el castillo limítrofe que, permaneciendo tan solitario, había sabido guardar el secreto de las antiguas guerras fronterizas. Pon fin dieron con él, siguiendo un camino que se deslizaba junto a un brazo de mar que se vertía dentro de un rudo canal, el cual iba a parar al fondo del castillo. Ese castillo era un verdadero castillo de planta cuadrada, almenado como todos los castillos que construyeron los normandos desde la Galia a los Grampianos. Resultó verdad que poseía un puente levadizo y rastrillo, y tomaron buena nota de ello por un accidente que retrasó su entrada.

Avanzaron por entre la larga hierba y cardos hasta el margen del foso, que corría cual una cinta negra con hojas marchitas y espuma por encima, igual a ebonita incrustada de oro. Solo a unas dos varas de ellos se hallaba el otro margen y las viejas piedras de la entrada. Pero parecía haber sido tan poco frecuentado este desierto, que cuando el impaciente Granby gritó a las oscuras figuras que se hallaban detrás del rastrillo, pareció que les costaba trabajo bajar el enmohecido puente. Comenzó a bajar sobre ellos cual una torre que va a desplomarse quedándose detenido en el aire amenazador.

El impaciente Granby, yendo de acá para allá por la orilla opuesta, gritó:

—¡Oh, no puedo soportar por más tiempo este sucio sistema! ¡Pero si resulta más fácil dar un salto!

Y con su característica impetuosidad saltó a la otra orilla, cayendo sobre ella con solo una pequeña vacilación. Las cortas piernas del padre Brown no se adaptaban al salto. Pero su temperamento le hacía más propicio que a muchas otras personas para que se diera un remojón en agua pantanosa. Gracias a la destreza de su acompañante no se hundió mucho. Pero mientras le subían por la pendiente resbaladiza de hierbas, se detuvo doblando la cabeza sobre un punto del suelo.

—¿Herboriza usted? —preguntó irritado—. No nos queda tiempo para eso después de su tentativa como visitante de las maravillas del fondo del mar. Vamos. Llenos de barro o no, nos hemos de presentar al barón.

Una vez dentro del castillo les salió al encuentro un viejo criado de excelentes modales y, después que hubieron indicado su negocio, se les hizo pasar a una habitación grande, recubierta de madera, con ventanas enrejadas por antiguos hierros. Armas de distintas épocas formaban una cenefa ondulada sobre la oscura pared, y una armadura completa del siglo XIV estaba

de centinela junto a la enorme chimenea. En otra pieza que se abría a continuación podía verse la larga hilera de oscuros retratos de familia.

—Tengo la sensación de haber penetrado en una novela en lugar de en una casa —dijo el abogado—. No tenía la menor idea de que hubiera alguien que mantuviera los *Misterios de Udolfo* hasta este punto.

—Sí, el viejo lleva a cabo su manía histórica con competencia —comentó el sacerdote— y estas cosas tampoco son imitaciones. Esta colección no está hecha por una de estas personas que creen que toda la gente del Medievo existió a un tiempo. Algunas veces componen una armadura con trozos distintos; pero esa armadura cubrió a un solo hombre y, por cierto, muy completamente. Vea usted, es uno de los últimos ejemplares de armaduras…

—Me parece que es un señor muy lento en las cosas —dijo Granby enojado—. Nos está haciendo esperar mucho.

—Las cosas aquí suceden despacio —dijo el padre Brown—. Me parece que es una gran cortesía por su parte recibir a dos personas, totalmente desconocidas, que vienen a informarse sobre asuntos tan personales.

Y, verdaderamente, cuando el dueño de la casa compareció no tuvieron razón para lamentarse de su acogida. Se percataron de que hay algo ingénito en las casas con una tradición de buenos modales y porte, y que prevalecen dignamente aún en esa adusta soledad, y después de todos esos años de campo y de ocio. El barón no pareció ni sorprendido ni embarazado por la extraña visita. Sospechaban ellos que no había recibido ninguna desde un cuarto de siglo para acá; sin embargo, se comportó como si no hiciera otra cosa que saludar duquesas todos los días. Tampoco se mostró arisco ni impaciente al aludir ellos al objeto de su visita; tras de un poco de reflexión pareció darse cuenta del móvil de su curiosidad, justificándolo por las circunstancias. Era un hombre viejo de mirada viva, delgado; sus cejas eran negras y, aunque su cabello, cuidadosamente rizado, era una peluca, había tenido el buen gusto de ponerse una peluca de viejo.

—Por lo que a usted se refiere —dijo—, la respuesta es muy sencilla. Tengo realmente la intención de dejar todos mis bienes a mi hijo, de la misma manera que mi padre me los dejó a mí; y nada, lo digo con toda intención, me inducirá a hacer otra cosa.

—Le agradezco su información, créame —replicó el abogado—. Pero su amabilidad me mueve a decirle que se lo toma muy a pecho. No es mi deseo el hacerle presente que si su hijo cometiese alguna acción por la cual se hiciese indigno, a sus ojos, de esta responsabilidad…

—Eso es… Podría… —dijo sir John con sequedad—. Resulta algo indulgente decir «podría». ¿Quieren ustedes pasar a esta habitación?

Les hizo pasar a la sala que ya habían entrevisto y, parándose con mucha gravedad delante de los ennegrecidos retratos, dijo:

—Este es sir Roger Musgrave. —Y señalaba a un hombre de cara larga, provisto de peluca—. Este fue uno de los mentirosos más rastreros del tiempo de Guillermo de Orange, traidor a dos reyes y algo así como el asesino de dos esposas. Aquel es su padre, sir Robert, un caballero perfectamente honrado. Aquel su hijo James, uno de los más nobles de los mártires jacobitas y uno de los primeros en intentar hacer alguna reparación a la Iglesia y a los pobres. ¿Importa algo, pues, para la casa de los Musgrave que pase el poder, honor y autoridad de un hombre bueno a otro hombre bueno a través de uno malo? Eduardo I gobernó a Inglaterra. Eduardo III la cubrió de gloria y, no obstante, el segundo bien vino del primero a través de la infamia e imbecilidad de Eduardo II, quien aduló a Gaveston y huyó de Bruce. Créame usted, señor Granby, la grandeza de una estirpe y su historia depende de algo más que de las personas sobre quienes accidentalmente recae, aun cuando no la favorezca. Nuestro patrimonio ha ido siempre de padre a hijo, y de padre a hijo continuará. Pueden estar seguros, caballeros, y pueden asegurarle a mi hijo que no dejaré mi dinero a un asilo para gatos sin hogar. Musgrave lo dejará a otro Musgrave hasta que los cielos se hundan.

—Sí —dijo el padre Brown pensativo—, comprendo sus palabras.

—Estamos muy complacidos por llevarle tales motivos de confianza a su hijo.

—Pueden ustedes dárselos —dijo el dueño de la casa con gravedad—. Puede estar seguro de poseer el castillo, título, tierra y dinero. Solo hay que añadir una pequeña cláusula muy personal: bajo ningún pretexto mientas viva, quiero hablar con él.

El abogado permaneció en su actitud respetuosa, pero se quedó mirándole atónito.

—Pero ¿qué ha hecho?

—Soy un particular —dijo Musgrave—, así como el guardián de una enorme herencia. Mi hijo hizo algo tan terrible que dejó de existir para mí, no ya como un caballero, sino como ser humano. Es el mayor crimen del mundo. ¿Recuerda usted lo que Douglas contestó cuando Marmion, su huésped, quiso estrecharle la mano?

—Sí —contestó el padre Brown.

—«Mis castillos son únicamente de mi rey, desde las torres a los cimientos. La mano de Douglas es solamente de él».

Con estas palabras se volvió hacia la otra habitación a la que condujo a sus atónitos huéspedes.

—Espero que aceptarán algún refresco —añadió con voz inalterable—. Si no saben dónde ir o qué hacer les ofrezco mi hospitalidad con gusto.

—Gracias, sir John —dijo el sacerdote con voz apagada—, será mejor que nos retiremos.

—Haré que bajen el puente —replicó su anfitrión.

A los pocos segundos el crujir del enorme y anticuado artefacto llenó el castillo con un ruido semejante al de los molinos en movimiento. Enmohecido como estaba, esta vez rindió buen resultado y se hallaron de nuevo sobre la ribera fresca del otro lado del foso. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Granby.

—¿Qué demonios fue lo que hizo su hijo? —exclamó.

El padre Brown no contestó. Pero cuando llegaron en el coche a un pueblecito cercano llamado Graystones y se detuvieron en la posada de las «Siete Estrellas», entonces fue cuando el abogado supo que el padre Brown no tenía intención de ir mucho más lejos; en otras palabras, que se proponía quedarse allí.

—No puedo decidirme a dejar la cosa así —dijo pensativo—. Mandaremos el coche, pero usted, naturalmente, querrá irse con él. Usted ya tiene la respuesta deseada, que solo estriba en conocer la solidez de los bienes futuros de Musgrave. Pero yo no tengo la respuesta, pues la mía comportaba saber si James es un marido digno de Betty. He de intentar descubrir si hizo alguna cosa realmente horrible o si solo son manías de viejo lunático.

—Pero —interpuso el abogado— si usted quiere saber algo acerca de él, ¿por qué no le sigue?

—¿De qué valdría hacerlo? —replicó el otro—. No me parece muy sensato acercarse a un joven elegante en Bond Street diciéndole: «Perdóneme usted, pero dígame, ¿es cierto que ha cometido un crimen demasiado horrible para imputarlo a un ser humano?». Si es verdad que fue lo bastante depravado para cometerlo, tendrá mayor facilidad para negarlo. Ni tan solo sabemos qué clase de crimen fue. No, solo hay un hombre que lo sepa y quizá nos lo pueda decir en un momento de arrojo. Por ahora pienso quedarme junto a él.

Esta fue la realidad. El padre Brown se quedó junto al excéntrico barón y se saludaron más de una vez con la mayor deferencia. El barón, a pesar de sus años, era buen andarín y estaba fuerte. Se le veía con frecuencia por las

avenidas del pueblo. Sin ir más lejos, el día después de su llegada, el padre Brown salía de la posada hacia la plaza adoquinada con guijarros y vio su oscura y distinguida persona cruzar por delante de él hacia la oficina de correos. Iba vestido de negro, sin ninguna ostentación, y su largo rostro resultaba más impresionante a la luz del día; con su cabello gris, sus cejas negras y su barbilla, recordaba un poco a Henry Irving o algún otro actor de fama. A pesar de sus cabellos grises, su cuerpo, así como su rostro, delataban su fuerza y llevaba el bastón más como un arma que como un objeto de apoyo. Saludó al sacerdote y no eludió hablar del asunto que había sido tema de su conversación el día anterior.

—Si continúa interesándose por mi hijo —dijo, pronunciando la palabra con una absoluta indiferencia— he de decirle que lo verá poco. Acaba de marchar del país. Me parece que es como si le dijera que ha huido de él.

—¡Vaya! —exclamó el padre Brown con gravedad.

—Unas personas, de las que jamás había oído hablar, llamadas Grunov, me han estado molestando sobre su paradero estos últimos días —dijo sir John— y acabo de mandarles un telegrama diciéndoles que cuanto sé es que vive en el «Poste Restante» de Riga. Incluso eso me ha causado un trastorno. Vine a hacerlo ayer, pero llegué cinco minutos después de cerrar la oficina de correos. ¿Se quedará usted algunos días? Espero tener el gusto de volver a verle por casa.

Cuando el sacerdote explicó al abogado la pequeña entrevista sostenida con el viejo Musgrave en el pueblo, el abogado quedó desconcertado al propio tiempo que se interesaba más y más en el asunto.

—¿Por qué ha huido el capitán? —preguntó—. ¿Quiénes eran esos que le buscan? ¿Qué diantre son esos Grunov?

—De momento no lo sé —contestó el padre Brown—. Es posible que su misterioso crimen haya salido a la luz. Me atrevería a decir que hay quien le hace víctima de un chantaje. A la tercera pregunta que me ha hecho usted me atrevería a contestar: aquella espantosa mujerona de cabello amarillo se llama madame Grunov y el hombrecillo que la sigue pasa por su marido.

Al día siguiente, el padre Brown entró un tanto apesadumbrado y dejó el paraguas como los peregrinos dejan su cayado. Estaba deprimido. Pero no era sino ese humor que lo acompañaba tantas veces en sus investigaciones científicas. Esta depresión no estaba producida por el fracaso, sino por el éxito.

—Resulta un poco fuerte —dijo en voz baja—, pero debía de haberlo sabido antes. Debía de haberlo adivinado cuando entré y vi la otra.

—¿Cuándo vio qué? —preguntó Granby con impaciencia.

—Cuando vi que solo había una armadura —contestó el padre Brown.

Se hizo un silencio durante el cual el abogado se quedó mirando a su amigo, y este resumió:

—Sin ir más lejos, iba a decirle a mi sobrina, el otro día, que hay dos clases de hombres que son capaces de reír a solas. Podría decirse que el que así se comporta o es muy bueno o muy malo, porque o bien está confiando un secreto a Dios o al diablo. En uno u otro caso es un ser que lleva una vida interior. Hay en verdad una serie de personas que confían su secreto al diablo. No le importa que nadie más disfrute de él si no hay otra persona de bastante confianza para hacerlo. El secreto o enredo se basta en sí mismo, es lo bastante siniestro y maligno.

—Pero ¿de qué está usted hablando? —preguntó Granby—. ¿De qué me habla usted? ¿A cuál de ellos se refiere? ¿Quién es esa persona que se ha asociado a Satanás para hacer una jugarreta?

El padre Brown le miró con una sonrisa forzada en los labios.

—¡Ah! —dijo—. ¡Ahí está la gracia!

Se hizo otro silencio, pero esta vez parecía llenar la estancia de opresión en lugar de dejarla vacía; parecía posarse encima de ellos como una luz del exterior, mortecina y cada vez más oscura. El padre Brown continuó hablando con voz pausada, sentado junto a la mesa y apoyándose de codos en ella.

—He repasado un poco el árbol genealógico de los Musgrave —dijo—; son personas fuertes y de larga vida y pienso que de seguir su curso normal ustedes deberían esperar todavía bastantes años a tener su dinero.

—Estamos preparados para ello —contestó el abogado—. De todas formas no puede durar indefinidamente. El viejo casi ha llegado a los ochenta, a pesar de que va de acá para allá y la gente de la posada se ríe y dicen que creen que no morirá jamás.

El padre Brown se levantó de un salto, con uno de esos movimientos rápidos y raros en él, permaneciendo con sus manos sobre la mesa, abalanzándose hacia delante y mirando a su amigo a los ojos.

—Eso es —dijo en voz baja, pero excitado—. Ese es el único problema. Ese es el único problema material. ¿Cómo morirá? ¿Cómo diantres ha de morir?

—Pero ¿qué quiere usted decir? —preguntó Granby.

—Quiero decir —dijo el sacerdote desde el fondo de la oscura habitación —, que conozco el crimen que James Musgrave cometió.

Su acento estaba impregnado de tal emoción que Granby no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda, y en voz baja se atrevió a proferir otra pregunta aún.

—Sí, verdaderamente, era el mayor crimen del mundo —replicó el padre Brown—. Por lo menos muchos pueblos y civilizaciones lo han tenido por tal. Desde los tiempos más remotos ha sido señalado en las tribus y pueblos como uno de los más tremendos castigos. Sea como fuere, ahora sé lo que ha hecho Musgrave y por qué lo hizo.

—¿Y qué hizo? —preguntó el abogado.

—Mató a su padre —contestó el sacerdote.

Ahora fue el abogado quien se levantó de su asiento y miró perplejo por encima de la mesa.

—Pero si su padre está en el castillo —replicó en tono tajante.

—Su padre está en el foso —dijo el sacerdote—. Y fui muy tonto en no detenerme a explicarme qué fue lo que me chocó de la armadura. ¿No recuerda usted la disposición de ese aposento? ¿No recuerda usted el esmero que se había puesto en la decoración? Había dos hachas de guerra cruzadas a un lado de la chimenea, dos al otro lado; un escudo redondo escocés a un lado, un escudo redondo escocés al otro; y una armadura completa guardaba la derecha y había un espacio vacío a la izquierda. No hay nada que me haga creer que el hombre que arregló esa habitación con una simetría tan completa dejara ese hueco por solucionar. Con toda certeza debió de haber otra armadura. ¿Qué se ha hecho de ella?

Se detuvo y continuó en un tono de voz más objetivo:

—Cuando se piensa en todos los detalles resulta un buen plan para cometer un asesinato y solucionar el problema permanente del cadáver. El cuerpo podía permanecer dentro de la armadura, mientras los criados iban y venían y el asesino esperaba la noche para bajarlo al foso, para cuya operación no tenía que cruzar el puente. ¡Y qué oportunidad la suya! Tan pronto como el cuerpo estuviera descompuesto no quedaría otra cosa que un esqueleto en una armadura del siglo XIV, cosa muy propia para hallarse en el foso de un castillo fronterizo. Era poco probable que nadie buscara algo allí, pero si lo hacían enseguida, eso sería lo único que encontrarían. Yo mismo tropecé con una prueba. Fue cuando usted dijo si buscaba una planta exótica; y una planta era, en más de un sentido, si me permite usted la broma. Vi las huellas dejadas por dos pies, tan hundidas en el barro duro que pensé que debían de pertenecer a un hombre muy grueso o a alguien que llevaba algo

muy pesado. ¡Ah, de paso, también hay un pequeño corolario a mi célebre salto gatuno!

—Me da vueltas la cabeza —dijo Granby—, pero empiezo a comprender cómo se ha ido desarrollando esta pesadilla. ¿Qué hay de su salto?

—Hoy mismo, en la oficina de correos, acabo de confirmar por pura casualidad, lo que el barón me dijo ayer; que había estado allí poco después de cerrar la oficina: o sea, no solo el mismo día que llegamos, sino a la misma hora. ¿No ve usted lo que esto significa? Quiere decir que estaba fuera cuando llamamos al castillo y que regresó durante nuestra espera; y por eso tuvimos que aguardar tanto tiempo. Al comprender esto me imaginé un cuadro que lo explica todo.

—Y bien… ¿Qué es ello? —preguntó el otro con paciencia.

—Un viejo de ochenta años puede andar —dijo el padre Brown—; un viejo puede llegar a andar muchísimo por las avenidas de un pueblo. Pero un viejo no puede saltar. Por lo menos sería un saltador más desgraciado de lo que fui. Y si el barón entró mientras nosotros estábamos esperando, debió de hacerlo del mismo modo que nosotros lo hicimos…, saltando el foso…, puesto que el puente no fue bajado hasta más tarde. Llego a aventurar que fue él mismo quien lo descompuso para retener a visitantes indeseables, a juzgar por la rapidez con que se arregló luego. Pero esto no importa. Así, pues, en el instante en que me imaginé la quimera de un hombre viejo, vestido de negro y cabello gris, saltando el foso, comprendí que no era el viejo, sino un joven disfrazado de viejo. Esta es toda la historia.

—¿Quiere usted decir que este agradable joven —dijo Granby con dificultad— ha matado a su padre y que ha escondido el cuerpo, primero dentro de la armadura y después en el foso, y que acabó por disfrazarse y todo lo que siguió?

—Se parece mucho a él —dijo el sacerdote—, usted mismo podrá haber visto cuán grande era el parecido que corría de unos a otros. ¿Habla usted de disfraz? En cierto modo el vestido de cada uno es un disfraz. El viejo se disfrazaba con una peluca y el joven con una barba exótica. Cuando se afeitó y se puso la peluca encima de su cabeza rapada y hubo compuesto un poco su cara, era en todo igual al padre. Ahora comprenderá con claridad el móvil de su interés por que tomara su propio coche a la mañana siguiente. Era para que él pudiera venir en tren esa misma noche. Llegó antes que usted, cometió su crimen, adoptó el disfraz y estuvo a punto para entrar en negociaciones legales.

—¡Ah! —dijo Granby pensativo—. ¡Negociaciones legales! ¿Usted cree, claro está, que el verdadero barón viejo habría negociado de distinta manera?

—Le habría dicho claramente que el capitán no heredaría ni cinco céntimos. Este ardid, a pesar de lo extremado, era lo único que se le ocurrió para evitar que él se lo dijera. Su plan respondía a varios fines. Esos amigos le pedían dinero por alguna villanía cometida; a buen seguro una traición durante la guerra. Se escapó de ellos por el grueso de un alfiler y les ha mandado hacia Riga en su busca. Pero lo más refinado fue esa teoría de reconocer a su hijo por heredero, pero no como a un ser humano. ¿No ve usted que al tiempo que aseguraba el *post obit* contestaba de antemano a una de las dificultades que iban a surgir inmediatamente?

—¡Ah, yo veo varias dificultades! —dijo Granby—. ¿A cuál de ellas se refiere usted?

—Quiero decir que si el hijo no estaba desheredado era un poco extraño que no se viera nunca con el padre. La suposición de haberlo repudiado en privado lo contesta. De manera que solo queda en pie una dificultad, que es la que debe de preocupar ahora al joven. ¿Cómo diantres ha de morir el viejo?

—¡Yo sé cómo debería morir! —exclamó exasperado Granby.

El padre Brown pareció desentenderse un poco de ello y continuó de una manera más abstraída:

—Hay aún algo más en todo este plan que es cosa más de su agrado…, algo…, bueno, más teórico. Le dio un desmesurado placer intelectual comunicarle, haciendo ver que era otro que había cometido un crimen, siendo cierto lo que decía. Esto es lo que quería decir cuando dije ironía infernal. Y por el secreto compartido con el diablo. ¿Quiere que le diga algo que se parece a lo que acostumbran a calificar de paradoja? A veces resulta un gozo poder decir la verdad en el mismo infierno. Y, sobre todo, decirla de manera que todo el mundo la interprete mal. Por eso le gustó esa figuración de hacer ver que era otro y al mismo tiempo pintarse tan negro como era. Todo esto fue la causa de que mi sobrina le oyera reírse a solas en la sala de pinturas.

Granby tuvo un sobresalto, como si un puñetazo le hubiera despertado súbitamente el sentido común.

—¡Su sobrina! —exclamó—. ¿No quería su madre que se casara con Musgrave…? Por dinero y linaje, ¿no es verdad…?

—Sí —dijo el padre Brown con sequedad—, su madre se inclinaba por un matrimonio prudente.

LA LUNA ROJA DE MERÚ

Todo el mundo coincidió en que la feria celebrada en la abadía de Mallowood, con el gracioso beneplácito de la señora Mounteagle, resultó un éxito; había tiovivos, columpios y tómbolas, que divirtieron mucho a la gente; también diría que había mucha caridad, motivo loable de la fiesta, si alguno me hubiese podido decir en qué consistía eso.

De todos modos, a nosotros solo nos interesan algunos de los personajes de la feria, y en especial tres de ellos, una dama y dos caballeros que en aquellos momentos paseaban por entre una de las barracas más importantes, sosteniendo una gran discusión en voz alta. La barraca o tienda que tenían a su derecha pertenecía al Maestro de la Montaña, el renombrado adivino de la fortuna por medio de prismas de cristal y de la quiromancia; era una rica tienda de color púrpura sobre la cual estaban trazadas, en negro y oro, las siluetas desparramadas de los dioses asiáticos, meciendo sus innumerables brazos cual pulpos. Tal vez simbolizaban la prontitud con que hallarían la ayuda divina en el interior, o quizá simbolizaran que el piadoso quiromántico podría llegar a tener otros tantos brazos. A la izquierda de los tres paseantes quedaba la tienda de Froso, el frenólogo[17]. Decorada con mayor austeridad con los dioramas de las cabezas de Sócrates y de Shakespeare, las cuales aparecían muy llenas de bultos. Estos dibujos estaban trazados en blanco y negro, con leyendas y signos, como convenía a la serena dignidad de la ciencia puramente racionalista. La tienda púrpura tenía una abertura negra como la más negra de las cavernas, y todo alrededor de ella era silencioso. En cambio, Froso el frenólogo, un hombre delgado, harapiento, coloreado por el sol y con un bigote demasiado negro para ser verdadero, permanecía delante de la suya diciendo a voz en grito, a todo aquel que tuviera a bien escucharle, que la cabeza de cualquier persona, después de examinarla detenidamente, resultaría tan abollada como la de Shakespeare. Así que la dama apareció entre las dos barracas, Froso aterrizó a su lado, haciéndole un saludo anticuadísimo y ofreciéndose para enumerar los abollamientos de su cráneo.

Ella rehusó con unos buenos modales que casi resultaron lo contrario, pero podía perdonársele, puesto que se hallaba en mitad de un diálogo. También había de tenérsele en cuenta, y en este caso resultaba cosa de peso, que ella fuese la señora Mounteagle. No era nonagenaria, no, de ninguna manera; era a un tiempo tolerante y decidida, con la mirada de sus ojos negros

y profundos llena de avidez, con algo casi fiero y sediento en su sonrisa. Su vestido era atrevido para la época; se hallaba esta en aquel período anterior a la Gran Guerra, cuando no nos había hecho todavía herederos de este dejo de gravedad y recogimiento. Su vestido, a decir verdad, se parecía mucho a la tienda color púrpura, con todos esos dibujos extraños y esos emblemas esotéricos. Nadie desconocía que los Mounteagle eran locos; lo cual era el denominativo popular para significar que se interesaban en las creencias y cultura del Oriente.

La excentricidad de la dama contrastaba con el convencionalismo de los dos caballeros, los cuales iban atados y abrochados desde la punta de los guantes hasta la cima del sombrero, según el rígido canon de la moda de aquellos días ya lejanos. No obstante, resaltaba cierto contraste entre ellos dos: James Hardcastle daba la impresión de elegancia y corrección al tiempo que Tommy Hunter solo lograba dar la idea de corrección y vulgaridad. Hardcastle era un político que prometía y que en sociedad parecía interesarse por todo menos por la política. A lo que puede replicársele equivocadamente que todo político es un político que promete. Sin embargo, en este caso hay que hacerle justicia y decir que se había exhibido alguna vez como político. A pesar de lo cual no había nadie que le hubiese preparado una tienda de púrpura donde exhibirse.

—Por mi parte —dijo poniéndose el monóculo, que era el único punto brillante en su severo rostro—, me parece que debemos agotar, antes de hablar de magia, las posibilidades del mesmerismo**[18]**. Es indudable que existen poderes psicológicos notables, y esto incluso en personas poco educadas. Los faquires han logrado cosas maravillosas.

—¿Has dicho *fakers***[19]**? —preguntó el otro inocentemente.

—Tommy, eres sencillamente tonto —dijo la dama—. ¿Por qué has de meterte en cosas que no comprendes? Te pareces a un colegial dando gritos porque quiere que se sepa que sabe cómo se hace un juego u otro. Es el mismo escepticismo de colegial tan propio de los primeros tiempos victorianos. En cuanto al mesmerismo, no sé si se le puede hacer llegar hasta…

En este momento la señora Mounteagle vislumbró a alguien que esperaba ver, un hombre bajito y regordete junto a una barraca donde había unos niños echando aros para alcanzar unos peluches espantosos. Se abalanzó hacia el personaje, exclamando:

—Padre Brown, trataba de encontrarle. Quiero preguntarle algo. ¿Cree usted en la buenaventura?

La persona a quien fue dirigida esta pregunta se quedó mirando, un poco desconcertada, el pequeño aro que tenía en las manos y, por último, dijo:

—Estoy pensando en qué sentido usa usted la palabra «cree». Naturalmente, todo eso no es más que un fraude…

—¡Oh! ¡Pero el Maestro de la Montaña no tiene nada de fraude! —exclamó la dama—. No es un faquir vulgar ni tan solo un adivino. Es realmente de agradecer que se digne a decir la buenaventura en mis fiestas, pues es un gran dirigente religioso en su pueblo: un profeta y un vidente. Y su manera de decir la buenaventura no consiste en esas vulgaridades de que «vas a tener una fortuna». Explica grandes verdades espirituales acerca de uno mismo y de sus ideales.

—Ya, ya —dijo el padre Brown—. De eso me quejo. Iba a decir precisamente que si no fuera más que un engaño, no me importaría tanto. El ser un engaño no podría diferenciarse mucho de lo que corrientemente se hace, y entonces no pasa de ser un juego práctico. Pero si es una religión y revela verdades espirituales, entonces es más falso que el mismo infierno, y me guardaría tanto de tocarle como de acercarme al fuego.

—Eso se parece a una paradoja —dijo Hardcastle con una sonrisa.

—¿Y qué es una paradoja?, me pregunto yo —dijo el sacerdote, pensativo—. A mí se me ocurre que lo dicho es bastante claro. Supongo que no haría mucho daño el que una persona se vistiera como un espía alemán e hiciera ver que ha dicho infinitas mentiras a los alemanes. Pero si un hombre trata en verdad con los alemanes…, bueno, entonces… De la misma manera creo yo que si un adivino comercia con la verdad de esta manera…

—Es que realmente cree… —comenzó a decir Hardcastle.

—Sí —continuó el otro—; creo que comercia con el enemigo.

Tommy Hunter hizo un pequeño chasquido con la boca.

—Bien —dijo—; si el padre Brown cree que todo va bien mientras no pasan de embaucadores, me parece que consideraría a este profeta de color de cobre como a un santo o cosa así.

—Mi primo Tom es incorregible —interpuso la señora Mounteagle—. Siempre está yendo de acá para allá, delatando a los ineptos, como él los llama. Me parece que solo vino aquí precipitadamente cuando supo que el Maestro iba a venir. Y creo que hubiera denunciado al mismo Buda o a Moisés.

—Me pareció que debía venir a protegerte —dijo el joven con una mueca en el rostro—. Bajé precisamente por eso. No me gusta ver a ese mono dando vueltas por aquí.

—Ya estamos otra vez —dijo la señora Mounteagle—. Años atrás, cuando fui a la India, también mantenía estos prejuicios contra la gente de color; pero ahora que conozco todas estas maravillas del espíritu, me alegra decir que pienso de otro modo.

—Nuestros prejuicios parecen encontrados —dijo el padre Brown—. Usted le perdona que sea de color porque es un brahmán, y yo le perdono que sea brahmán porque es de color. Francamente, estos poderes ocultos no me importan mucho. Siento mayor simpatía por la debilidad espiritual. Pero no veo que se pueda sentir aversión por él porque sea del mismo color que el cobre, el café, el vino de castañas o esos alegres riachuelos que bajan de las turberas del norte. Y, sin embargo, siento cierta atracción —dijo el padre mirando a la dama y cerrando un poco sus ojos— por todo aquello que se califique de castaño[20].

—Vea usted —exclamó la señora Mounteagle, como si hubiese alcanzado un triunfo—. Ya sabía yo que usted solo iba a decir una cosa sin ton ni son.

—Bien —refunfuñó el ofendido muchacho de rostro redondo—. Si alguien habla de una manera sensata, usted lo califica de escéptico. ¿Cuándo empezará esa sesión de mirar a los cristales?

—Creo que cuando a nosotros nos parezca bien —replicó la dama—. Por cierto, que no es mirar simplemente por cristales, sino quiromancia. Supongo que replicarás que en cuanto a tonterías, tanto vale una cosa como la otra.

—Me parece que existe una «vía media» entre la insensatez y la sensatez —dijo Hardcastle sonriendo—. Hay explicaciones que son naturales y que no tienen nada de tontería. No obstante, las conclusiones a que se llega con ellas asombran. ¿Quieren entrar a hacer una experiencia? Confieso que estoy lleno de curiosidad.

—¡Ah! No tengo paciencia para escuchar todas esas tonterías —exclamó el escéptico, cuyo rostro redondo se había convertido en un rostro coloreado a causa del calor con que manifestaba su desprecio y su incredulidad—. Voy a dejarles que pierdan el tiempo con su charlatán de caoba; prefiero ir a tirar a los cocos.

El frenólogo, que estaba aún cerca, metió la cabeza por la puerta y dijo:

—Cabezas, señores míos. Los cráneos humanos tienen una forma mucho más sutil que la de los cocos. Ningún coco puede compararse con su muy…

Hardcastle se había adentrado ya por la oscura abertura de la tienda purpúrea, y llegó a los oídos de los demás un murmullo de voces. Así que Tom Hunter se volvió hacia el frenólogo para espetarle una respuesta algo impertinente, en la cual demostraba una lamentable indiferencia por la línea

divisoria entre las ciencias naturales y las preternaturales. Y la dama, que estaba por continuar su pequeña discusión con el diminuto sacerdote, se detuvo sorprendida.

James Hardcastle había vuelto a salir de la tienda, y en su rostro enjuto y en el brillante monóculo se dibujaba la sorpresa con mayor vigor que en el rostro de la dama.

—No está ahí —dijo el político con brusquedad—. Se ha marchado. Un negro de edad, que parece formar parte de su séquito, me dijo algo sobre que su maestro prefería marcharse antes de vender los secretos por oro.

La señora Mounteagle se volvió con el rostro radiante hacia los demás.

—Vean ustedes —dijo—. Ya les dije yo que estaba por encima de cualquier cosa que pudieran ustedes pensar. Aborrece hallarse en medio de una multitud; se ha vuelto a la soledad.

—Lo siento —dijo el padre Brown con gravedad—. Quizás haya cometido una injusticia con él. ¿Sabe usted dónde puede haber ido?

—Me lo parece —dijo la dama con idéntica gravedad—. Cuando quiere estar solo se va al claustro, al final del ala izquierda, un poco más allá del despacho de mi marido y de su museo particular. Ya debe de saber que esta casa fue en un tiempo abadía.

—He oído algo sobre ella —replicó el sacerdote con una vaga sonrisa.

—Bueno, vaya allí si quiere —dijo la dama con espontaneidad—. Debería ver la colección de mi marido, o, por lo menos, la luna roja. ¿No ha oído hablar de la luna roja de Merú? Sí: es un rubí.

—Me encantaría ver la colección —dijo Hardcastle sin mucho énfasis—; claro está, incluyendo en ella al Maestro de la Montaña, si es que puede exhibirse en el museo.

Con estas palabras emprendieron el camino hacia la casa.

—De todas maneras, me gustaría saber —intervino el escéptico Tom cerrando la marcha— qué es lo que vino a hacer esa bestia tostada si no a decir la buenaventura.

Froso se abalanzó hacia él, deteniéndole casi por los faldones de su chaqueta.

—El abollamiento… —empezó a decir.

—Nada de abollamiento —dijo el joven—, sino aburrimiento. Siempre lo tengo cuando vengo a ver a Mounteagle. —Y puso pies en polvorosa para escapar del abrazo del hombre de ciencia.

En su camino al claustro, los visitantes tuvieron que pasar por una habitación muy larga, dedicada por lord Mounteagle a su interesante museo

particular de objetos y mascotas orientales. A través de una puerta abierta se podía ver la pared de arcos góticos y el resplandor de la luz del día recortándose en los espacios abiertos, alrededor de los cuales pasearon los monjes, en días ya lejanos. Pero antes tuvieron que pasar por delante de algo que a primera vista resultaba más extraordinario que el espectro del monje.

Era un señor de bastante edad, cubierto de pies a cabeza por una túnica blanca y un turbante verde pálido, pero de una tez sonrosada y blanca, muy inglesa, adornada con los suaves bigotes blancos de un simpático coronel angloindio. Este era lord Mounteagle, quien había tomado afición a sus entretenimientos orientales con mayor seriedad o circunspección que su mujer. No sabía hablar de ninguna otra cosa que no fuera filosofía o religión oriental y había llegado incluso a creer imprescindible el adoptar el vestido de un ermitaño de aquellas tierras. Mientras iba mostrando sus tesoros, daba la impresión de que los tenía en mayor estima por las verdades que se suponía encerraban que por su valor coleccionista. Incluso cuando sacó el enorme rubí, tal vez la única cosa de verdadero valor en el museo, en sentido monetario, pareció valorarlo mucho más por su nombre que por su tamaño y por su precio.

Todos quedaron contemplando lo que parecía una maravillosa piedra roja echando chispas, cual un castillo de fuegos artificiales, visto a través de una lluvia de sangre. Sin embargo, lord Mounteagle lo pasó por su mano sin dedicarle la menor atención y, con los ojos fijos en el techo, les explicó una larga historia sobre el carácter legendario del Monte Merú, y de qué manera había sido la cuna de innumerables fuerzas primitivas, según la mitología gnóstica.

Hacia el final del discurso sobre el gnosticismo —sin olvidar su conexión con el concepto paralelo de Maniqueo—, incluso creyó conveniente el ceremonioso Hardcastle provocar una desviación del tema. Pidió que se le permitiera examinar la piedra, y como la tarde comenzaba a cerrar y la larga habitación, que permanecía con la puerta abierta, estaba oscureciéndose, se dispuso a admirarla a la luz del claustro. Fue entonces cuando todo el mundo se dio cuenta, no sin cierto pánico, de la presencia del Maestro de la Montaña.

El claustro era de planta corriente, pero ofrecía la novedad de que paralela a la pared interior corría otra con un muro que llegaba a la cintura y que convertía las puertas góticas en ventanales góticos, creando para cada una de ellas un ancho repecho de piedra. Esta modificación databa de tiempos probablemente remotos; pero había otros cambios que eran más notables y que delataban las ideas particulares de la señora Mounteagle. Entre columna y

columna colgaban finos velos o cortinas hechas con cuentas y cañas finitas, en las cuales se habían trazado figuras de ídolos y dragones asiáticos, que contrastaban con el marco gris de la piedra gótica de donde colgaban. Sin embargo, esto, a pesar de que amortiguaba la ya escasa luz del exterior, no era una de las mayores incongruencias que sorprendieron a los reunidos.

En el espacio libre que quedaba en el centro del claustro corría, cual un círculo inscrito en un cuadrilátero, un caminillo de pálidas piedras, ribeteado por una especie de esmalte verde como si quisiera imitar un prado. En medio de la circunferencia descrita por el caminillo se levantaba una fuente, o, mejor dicho, una pequeña balsa redonda en la cual flotaban lirios de agua y por la que cruzaban, centelleantes, varios peces de color y, por encima de esto, recortándose oscura contra el cielo, había una estatua de color verde. Quedaba de espaldas a ellos y su cabeza permanecía en una actitud tal que bien podía haber carecido de ella. Pero por la simple silueta oscura, recortada en la media luz del ambiente, todos pudieron apreciar que no era ningún símbolo del cristianismo.

A unos pocos pasos, de pie sobre el camino circular y con la cabeza levantada hacia el dios verde, estaba el hombre llamado Maestro de la Montaña. Sus afiladas y bien determinadas facciones parecían moldeadas por un artífice en una máscara de cobre. Contrastando con el color de la piel, su barba gris oscuro parecía casi de color azul índigo; empezaba con la forma de una perilla y acababa por abrirse como un abanico o la cola de un pájaro. Iba vestido con una tela de color verde pavo real y llevaba en la cabeza una gorra alta de forma rara; era un sombrero desconocido para todos, pero daba más la impresión de egipcio que de indio. El hombre estaba mirando con ojos abiertos como los de un pez y tan inmóviles que parecían los que hay pintados sobre la caja de una momia. Pero se dio el caso de que aunque la figura del Maestro de la Montaña era lo bastante original para atraer las miradas, los ojos de algunos de los concurrentes, incluyendo los del padre Brown, no estaban fijos en él, sino en aquel hermoso y brillante objeto que ellos miraban.

—Parece una cosa extravagante —dijo Hardcastle frunciendo el entrecejo— para colocarla en medio del claustro de una vieja abadía.

—No me digas que eres tan tonto que no entiendes —dijo la señora Mounteagle—. Eso es precisamente lo que deseábamos; unir las grandes religiones del Este y del Oeste: Buda y Cristo. No me vayas a decir que no comprendes que todas las religiones son una misma cosa.

—Si lo son, me parece un poco descabellado tener que ir al centro de Asia para hallar una —dijo el padre Brown.

—La señora Mounteagle quiere decir que hay distintas facetas y aspectos, como ocurre con esta misma piedra —comenzó a decir Hardcastle, e interesándose en el nuevo giro de la conversación; dejó el rubí sobre el repecho de la ventana, debajo del arco gótico—. Sin embargo, de esto no se sigue que podamos mezclar el cristianismo con el islamismo, pero no se puede mezclar el gótico con el sarraceno, ni mucho menos con el verdadero arte indio.

Mientras hablaba, el Maestro de la Montaña pareció recobrar la vida. Como si fuera un cataléptico recorrió con gravedad otro sector del círculo, cual la manilla de un reloj alrededor de la esfera, deteniéndose otra vez para orar o contemplar.

—¿Cuál es su religión? —preguntó Hardcastle, un poco impaciente.

—Él dice —contestó lord Mounteagle— que es más antigua que el brahmanismo y más pura que el budismo.

—¡Oh! —dijo Hardcastle mirando a través de su monóculo y con ambas manos en los bolsillos.

—Dicen —observó el aristócrata con voz suave, pero de acento didáctico — que la divinidad llamada el dios de dioses está esculpida en gran tamaño en la caverna del Monte Merú…

Incluso la serenidad didáctica de su ilustrísima se vio turbada al oír la voz que sonó a su espalda. Salía de la habitación que ellos acababan de dejar. Al oírla, los dos hombres más jóvenes se volvieron sorprendidos, enfureciéndose y luego rompieron a reír.

—Espero no molestar —dijo la voz correcta y seductora del profesor Froso, aquel infatigable buscador de la verdad—. Pero se me ocurrió que quizás alguno de ustedes tendría un poco de tiempo de sobra para oír algo acerca de esa despreciada ciencia de los bultos que…

—Mire usted —exclamó el impetuoso Tommy Hunter—, yo no tengo ningún bulto, pero le aseguro a usted que tendrá uno si…

Hardcastle le cogió suavemente y le hizo traspasar la puerta, por la que todos se volvieron de nuevo hacia aquel lado.

En ese momento fue cuando sucedió la cosa. El impetuoso Tommy fue el primero en moverse también esta vez y, por cierto, con mejor resultado. Antes de que nadie viera nada y segundos antes de que Hardcastle recordara con un sobresalto que había dejado la piedra preciosa sobre el repecho de la ventana, Tommy se abalanzó con la ligereza de un gato sobre el claustro vecino y gritó con una voz que resonó por todo lo largo del corredor de arco: «Lo tengo».

En el instante de volverse y antes de oír su grito de victoria, todos vieron lo que ocurría. Por detrás de una de las columnas vieron aparecer una mano oscura, o, mejor dicho, de bronce, del mismo color que el oro viejo, igual a la que habían visto en otra parte. La mano se había adelantado con la misma decisión que una serpiente va al ataque; y con la misma rapidez que la lengua de una tamandúa, con la diferencia de que esta habría lamido la joya. La piedra del alféizar brillaba sin ningún obstáculo a la luz mortecina.

—Ya lo tengo —suspiró Tommy Hunter—, pero se debate con bastante fuerza. Vosotros, muchachos, rodeadle… de todas maneras no puede haberla perdido.

Los demás obedecieron, bajando corriendo por el corredor, los unos y otros saltando la pared de piedra, de lo que resultó que Hardcastle, lord Mounteagle, el padre Brown e incluso el inseparable señor Froso, el de los dos bultos, rodearon pronto al cautivo Maestro de la Montaña, a quien Hunter suspendía por el cuello de la túnica con una mano sacudiéndole de manera muy poco digna para su calidad de profeta.

—De todas maneras ya le hemos cogido —dijo Hunter con un suspiro—. No nos queda sino registrarle. La piedra ha de estar aquí.

Tres cuartos de hora después, Hunter y Hardcastle se hallaron frente a frente con sus sombreros de copa, corbatas, guantes, chaquetas y polainas algo deteriorados por la contienda.

—Bien —dijo Hardcastle con reserva—. ¿Tienes alguna teoría para resolver el misterio?

—Que se vaya todo a paseo —replicó Hunter—. No se le puede llamar misterio. Si todos le vimos cómo la quitaba.

—Sí, pero no todos le vimos cómo lo perdía —dijo el otro—, y el misterio está en decir, ¿dónde lo ha perdido para que podamos buscarlo?

—Tiene que estar en alguna parte —dijo Hunter—. ¿Has buscado en la fuente alrededor de ese maldito dios de ahí?

—No he abierto los pececitos —dijo Hardcastle levantando el monóculo y mirando a su interlocutor—. ¿Piensas en el anillo de Polícrates?

Pero el examen «monocular» del rostro redondo que tenía delante, le convenció de que no meditaba sobre la leyenda griega.

—No lo lleva encima —repitió Hunter de pronto—, a no ser que se lo haya tragado.

—Pero ¿nos vemos obligados a abrir al profeta también? —arguyó el otro sonriendo—. Aquí viene nuestro huésped.

—Este es un asunto muy triste —dijo lord Mounteagle retorciéndose el bigote con una mano nerviosa y trémula—. Es horrible eso de tener a un ladrón en su propia casa, por no decir que pueda sospecharse del Maestro. He de confesarles, sin embargo, que no sé qué pensar. Desearía tanto que entraran ustedes para decirme lo que piensan de esto…

Entraron juntos; Hunter se quedó rezagado en conversación con el padre Brown, quien estaba paseándose por el claustro.

—Usted debe de tener mucha fuerza —dijo el sacerdote jovialmente—. Lo sostuvo con una sola mano cuando a nosotros nos pareció bastante vigoroso, y eso que teníamos ocho manos para sostenerle, como uno de esos dioses indios.

Dieron dos o tres vueltas al claustro, hablando, y luego fueron a la habitación donde el Maestro de la Montaña estaba sentado en un taburete en calidad de detenido, pero con todo el aire de un rey.

Tal vez como había dicho lord Mounteagle, su manera y tono no eran fáciles de comprender. Hablaba con serenidad, incluso con cierto aire de estar seguro de su poder. Le divertían las sugestiones triviales que le hacían los demás acerca del lugar donde había podido guardar la piedra preciosa; y en verdad que no se mostraba resentido por ello. Antes bien, daba la impresión de que se estuviera riendo de una manera impenetrable de los esfuerzos que hacían para recuperar lo que todos le habían visto coger.

—Están aprendiendo algo —dijo con insolente benevolencia— sobre las leyes del tiempo y el espacio, acerca de lo cual su ciencia más reciente se queda miles de años rezagada con respecto a nuestra religión más antigua. Ni siquiera saben lo que significa esconder una cosa. No, no pobrecitos míos, ni tan solo saben lo que significa ver una cosa.

—¿Quiere usted decir que está aquí? —preguntó Hardcastle con serenidad.

—«Aquí» es una palabra que tiene más de un significado —contestó el místico—. Pero yo no afirmo que estuviera aquí. Yo solo dije que podía verla.

Hubo una pausa irritante y continuó soñoliento:

—Si ustedes pudieran permanecer completamente silenciosos, ¿creen ustedes que podrían oír un grito del otro lado del mundo? El grito de un adorador solitario en aquellos montes donde se halla la imagen auténtica, colosal como una montaña misma. Algunos dicen que ha sido hecha por la mano del hombre. ¡Ah! ¿No oyen ustedes el grito de sorpresa de aquel hombre al levantar la cabeza y ver en aquel hueco de piedra, vacío durante siglos, la luna roja y ofendida que constituye el ojo de la montaña?

—¿Quiere usted decir —exclamó lord Mounteagle un poco conmovido— que tiene usted el poder suficiente para hacer pasar la piedra de aquí al Monte Merú? Estaba convencido de que poseía usted grandes poderes espirituales, pero…

—Tal vez tenga tanto que no llegue a medirlo jamás —dijo el Maestro.

Hardcastle se levantó impaciente y comenzó a dar vueltas por la habitación con las manos en los bolsillos.

—Nunca llegué a creer tanto como usted; pero he de admitir que cualidades de un cierto tipo pueden… ¡Santo Dios!

Su voz alta y penetrante vibró suspendida en el aire y se quedó pasmado mirando ante sí; su monóculo se desprendió de su ojo. Todos volvieron el rostro hacia el mismo lugar y en cada uno de ellos se reflejó la misma expresión.

La luna roja de Merú estaba sobre el alféizar de piedra, en el mismo lugar donde la vieran la última vez. Podía haber sido una chispa caída de los fuegos artificiales, o un pétalo rojo de una rosa desprendida al cortarla. Sea como fuere, había caído en el mismísimo sitio donde Hardcastle la había dejado sin pensar.

Esta vez Hardcastle no intentó recogerla, sino que permaneció en la habitación adoptando una actitud notable. Se volvió despacio y reemprendió su paso; ahora sus movimientos volvían a ser precisos, así como antes eran nerviosos. Por fin se detuvo delante del Maestro de la Montaña y le saludó con una sonrisa un poco burlona.

—Maestro —dijo—, todos nosotros le debemos una excusa; y lo que es aún más importante, usted nos ha dado una lección. Créame usted, servirá de lección al propio tiempo que de chiste. Recordaré siempre los poderes que tiene y lo muy mansamente que los usa. La señora Mounteagle —continuó diciendo dirigiéndose hacia ella—, espero quedar justificado ante sus ojos por haberme dirigido primero al maestro; pero era a usted misma a quien tuve el honor de ofrecer esta explicación tiempo atrás. Le dije que la mayoría de estas cosas podían interpretarse por el hipnotismo.

Muchos creen que esta es la explicación de aquellas cosas que cuentan de la higuera de bengala y del muchacho que sube por una cuerda suspendida en el aire. Esas cosas no ocurren en realidad; lo que ocurre es que los espectadores son llevados a imaginarse que sucede así. De la misma manera nos ocurrió a nosotros, llegando a imaginar que este latrocinio había ocurrido. Aquella mano oscura que salió detrás de la ventana, llevándose la piedra preciosa, fue una ilusión: una mano soñada, y, como estábamos seguros de

haber visto desaparecer la piedra, no la buscábamos donde estaba antes, sino que nos fuimos derechos a la balsa y dimos la vuelta a cada hoja del lago y casi estuvimos por dar vomitivos a los peces de oro. Sin embargo, el rubí ha estado siempre ahí.

El orador se volvió hacia los ojos de ópalo y boca sonriente y barbuda del Maestro, percatándose de que la sonrisa era un poco más acentuada. Había algo en ella que hizo saltar a los demás de sus asientos como si se quitaran un peso de encima.

—Esa es una solución muy afortunada para todos —dijo lord Mounteagle sonriendo nerviosamente—. No cabe la menor duda de que sucedió como usted dijo. Ha sido un caso muy lamentable y verdaderamente no sé qué excusas…

—No tengo ninguna queja —contestó el Maestro de la Montaña sonriendo aún—. No me han tocado ustedes nunca.

Mientras todos marchaban regocijados con Hardcastle como héroe del momento, el pequeño frenólogo con sus bigotes se dirigió a su absurda morada; pero mirando una vez por encima de su hombro se sorprendió al ver que el padre Brown le seguía.

—¿Permite que le investigue el cráneo? —dijo con una pequeña sonrisa.

—Me parece que no siente deseos de investigar los de nadie más, ¿verdad? —dijo el aludido con buen humor—. ¿Es usted detective?

—*Ecco* —replicó el otro—. La señora Mounteagle me rogó que echara una ojeada sobre el Maestro, ya que no es tonta a pesar de sus misticismos, y cuando este dejó su tienda no tenía otro remedio para seguirle que comportarme como un monomaníaco y un pesado. Si alguien hubiera entrado en mi tienda hubiera tenido que buscar la palabra *Bumps* en la enciclopedia…

—*Bumps, What-Ho-She,* véase *Folk-Lore* —añadió el padre Brown soñoliento—. Le digo que supo hacer bien su papel de correr tras la gente de una tómbola.

—Un caso raro, ¿no? —insinuó el frenólogo de mentirijillas—. Es extraño tener que imaginar que la cosa estuvo allí todo el tiempo.

—Muy curioso —dijo el sacerdote.

El tono con que lo dijo hizo que el otro se detuviese a mirarlo.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Qué le pasa ahora? ¿Por qué pone esa cara? ¿No cree usted que estuviese allí todo el tiempo?

El padre Brown se quedó cortado como si acabara de recibir un bofetón; luego añadió despacio y con indecisión:

—No… la verdad es que… no puedo… no puedo llegar a creerlo.

—Bueno, usted no es de esos que dicen cosas sin fundamento alguno —replicó el otro—. ¿Por qué no cree usted que haya permanecido allí el rubí?

—Solamente porque lo volví a poner yo mismo en su sitio.

El otro hombre se quedó clavado en el lugar, como si se le hubiesen puesto los cabellos de punta, y abrió la boca sin proferir palabra alguna.

—Mejor dicho —continuó el sacerdote—, persuadí al ladrón de que me permitiera devolverlo a su sitio. Le dije lo que había adivinado y le demostré que tenía aún tiempo para arrepentirse. No tengo reparo en contarle lo ocurrido dentro del secreto profesional; además, me parece que los Mounteagle no le perseguirán ahora que vuelven a tener el rubí, y más si supieran quién lo robó.

—¿Se refiere usted al Maestro? —preguntó el rezagado Froso.

—No —contestó el padre Brown—, el Maestro no lo robó.

—Pues no lo comprendo —interpuso el otro—. No había nadie al otro lado de la ventana fuera de él; y en verdad que fue una mano lo que salió de allí.

—La mano salió del exterior y el ladrón del interior —dijo el padre Brown.

—Me parece hallarme otra vez entre esos místicos. Mire usted, yo soy un hombre práctico y solo quería saber si todo está conforme respecto al rubí.

—Yo sabía que no había nada conforme —dijo el padre Brown—, incluso antes de saber que existiera un rubí.

Después de una pausa, continuó pensativo:

—Desde que oí aquella discusión junto a las tiendas, supe que las cosas no iban por buen camino. Oirá decir a la gente que las teorías no importan y que la lógica y la filosofía no son cosas prácticas. No les crea usted. La razón nos proviene de Dios y cuando las cosas son poco razonables, créame, es que sucede algo. Ahora bien, esta discusión tan abstracta terminó en algo muy raro. Recapacité sobre lo que discutían. Hardcastle se mostraba un poco superior y decía que todo era perfectamente posible, pero que en su mayor parte eran hechos debidos al hipnotismo o lucidez de espíritu; en resumen, nombres científicos para problemas filosóficos, como siempre. Hunter, por otra parte, creía que no era más que un fraude y quería ponerlo en claro. Según propias palabras de la señora Mounteagle, no solo se dedicaba a delatar impostores, sino que bajó aquí ex profeso al saber que este estaba aquí. Hunter no solía venir con frecuencia, no se llevaba bien con Mounteagle, a quien, por tener las manos agujereadas, pedía siempre dinero; pero en cuanto supo que el Maestro venía, él hizo lo propio. Muy bien. A pesar de todo esto

fue Hardcastle el que entró a consultar al brujo y Hunter el que no estuvo conforme. Dijo que no iba a perder el tiempo en tales tonterías y, en cambio, había perdido gran parte de su vida para probar que era una tontería. Eso parece inconsecuente. Él creía que en este caso era cuestión de vidrios y se halló con que era cuestión de quiromancia.

—¿Cree usted que hizo de tal cosa una excusa? —preguntó su compañero, pensativo.

—Así lo creía yo al principio —contestó el sacerdote—, pero ahora sé que no era una excusa, sino un argumento. Se encontró realmente chasqueado cuando supo que era un quiromántico, ¿por qué?

—¿Por qué? —dijo el otro con impaciencia.

—Porque no quería quitarse el guante.

—¿Quitarse el guante?

—De haberlo hecho hubiéramos visto que tenía la mano pintada de color castaño claro… ¡Oh, sí, vino precisamente porque el Maestro estaba aquí, y vino bien preparado! ¡Era la mano de Hunter pintada de ese modo la que vimos entrar por la ventana! —dijo el sacerdote—. Hunter se lanzó fuera de la habitación; en menos de un segundo tuvo el guante fuera y pasó su brazo hacia el otro lado de la columna, mientras que con la otra mano cogía al indio y gritaba que tenía al ladrón. Entonces me fijé que le cogía con una sola mano cuando cualquier hombre sensato se hubiera servido de las dos; pero él tenía la otra ocupada en meterse la piedra en el bolsillo.

Hubo un gran silencio que rompió el exfrenólogo diciendo con lentitud:

—A eso le llamo yo una sorpresa. La cosa me tiene aún atormentado. Me parece que esto no explica aún el comportamiento tan raro del viejo mago. Si era completamente inocente, ¿por qué diantres no lo dijo? ¿Por qué no se indignó al ver que lo acusaban y registraban? ¿Por qué insinuaba entre sonrisas las cosas tan maravillosas que sabía hacer?

—¡Ah! —exclamó el padre Brown con una nota aguda—. ¡Eso es! Eso es, precisamente, lo que toda esta gente no sabe ni quiere saber. La señora Mounteagle proclama que todas las religiones son iguales. ¡No lo duda! ¡Santo Dios! Yo le digo que son tan distintas que lo mejor de una creencia será insensible allí donde lo peor de otra será muy sensible. Ya les dije que no me gustaban los poderes espirituales porque se recarga el acento sobre los «poderes». No es que quiera insinuar que el Maestro robara el rubí; es muy probable que pensase que no valía la pena. No entraría en sus cálculos la tentación de robar joyas, pero sí la de echarse fama por milagros que no había realizado. Fue a esta clase de tentación, a esta clase de robo, a la que hoy

sucumbió. Disfrutaba viendo que nosotros creíamos que poseía maravillosos poderes mentales por los cuales podía hacer que un objeto material cruzara los espacios y, a pesar de no haberlo hecho, permitió que creyéramos que era así. La cuestión de la propiedad privada no se le ocurría, por lo menos como primordial. Él no se hacía esta pregunta: «¿Robaré este guijarro?», sino: «¿Podría lograr que este guijarro desapareciera y volviera a aparecer en una montaña lejana?». Le parecía insignificante. Esto es lo que yo quiero decir con modos distintos de pensar. Él se enorgullece de sus facultades espirituales. Pero lo que él llama espiritual no es la misma cosa que nosotros llamamos moral. Se traduce mejor por mental, el poder de la inteligencia sobre la materia: el mago dominando los elementos. Ahora bien, nosotros no somos nunca así, lo mismo cuando valemos lo que él que cuando valemos menos. Nosotros, aquellos cuyos padres por lo menos fueron cristianos, aquellos que han crecido bajo esos arcos medievales, aun acicalándolos con todos los demonios asiáticos, estos, nosotros, tenemos una ambición completamente opuesta y un pudor muy contrario. A nosotros nos molesta que alguien nos juzgara capaces de hacerlo. Él, por el contrario, estaba ansioso de que todos creyéramos que lo había hecho, aun cuando no era cierto. Lo que realmente robó fue el crédito de ladrón. Al tiempo que nosotros tratábamos de desentendernos del crimen como si se tratara de una serpiente, él intentaba atraérselo sobre sí como si fuera un encantador de serpientes. Las serpientes no son juguetes en este país. En esto se delatan precisamente las tradiciones de la cristiandad. Tome usted a lord Mounteagle, por ejemplo. ¡Ah! Se puede ser tan indio y esotérico como se quiera, o usar turbante y una túnica larga y vivir de las predicciones de los Mahatmas; pero si se roba una piedrecita de su casa y se sospecha de los amigos se verá pronto que no es más que un pobre inglés metido en un gran embarazo. El hombre que lo hizo no hubiera querido tampoco que se supiera que había sido él, porque él también era un caballero inglés. Aún era algo mucho mejor. Era un ladrón cristiano. Quiero decir, y lo espero, que es un ladrón contrito.

—Según su narración —dijo su compañero riendo—, el ladrón cristiano y el defraudador pagano tendrían intereses contrarios. El uno se arrepentía de haberlo hecho y el otro de no haberlo podido hacer.

—No debemos ser demasiado duros para con unos ni para con los otros —dijo el padre Brown—. Hay otros caballeros ingleses que han robado antes y a quienes el Gobierno y la ley han protegido; también tiene el Oeste su manera de encubrir el robo con sus sofismas. Al fin y al cabo no es el rubí la única piedra preciosa en el mundo que ha cambiado de dueño; ha sucedido igual

con otras piedras preciosas, con frecuencia más esculpidas que un camafeo y tan decoradas como flores.

El otro le miró inquisitivamente y el dedo del sacerdote señaló la mole gótica de la gran abadía.

—Una gran losa sepulcral —dijo— que también ha sido robada.

LA PENITENCIA DE MARNE

Un relámpago blanqueó el ámbito del bosque, haciendo resaltar los detalles de las hojas hasta en su menor curva, como si estuviesen dibujados a buril o grabados en plata. La misma propiedad extraordinaria del relámpago que sabe destacar millones de cosas diminutas en un instante, dio a conocer todos los lujosos cacharros de una maleta de campo, esparcidos bajo un frondoso árbol e, incluso, la pálida curva de la carretera en la que aguardaba un coche de color blanco. A lo lejos se divisaba un melancólico caserón con cuatro torres, a la manera de un castillo, el cual, bajo la luz mortecina del atardecer, no parecía otra cosa sino un confuso laberinto de paredes muy semejantes a una nube, pero ahora, por efecto de la luz, parecía adelantarse a primer término con todo su amasijo de tejados almenados y de oscuras y pasmadas ventanas, adquiriendo la luz, por lo menos en esto, algo de reveladora. El castillo era, en verdad, una cosa desvanecida y casi relegada al olvido, mas iba a demostrar su fuerza surgiendo en el primer plano de sus vidas.

La luz del relámpago vistió del mismo plateado resplandor durante unos segundos a una figura humana que estaba de pie con inmovilidad, idéntica a la de una torre. Era la silueta de un hombre que se erguía sobre un pequeño promontorio, quedando por encima de los otros concurrentes a la escena, los cuales, en su mayor parte, permanecían sentados sobre la hierba o se agachaban para recoger los cestos de la merienda. Llevaba el tal una pintoresca valona sujeta por un broche de plata con cadena, el cual brilló como una estrella cuando la luz del relámpago dio en él, y la impresión de rigidez metálica quedó destacada por el hecho de que su cabello corto y rizado era de ese amarillo brillante al que con razón puede llamarse oro, y tenía el aspecto más joven que el rostro, que era bello, dentro de su dureza aquilina, aunque bajo la luz intensísima se mostraba un poco arrugado y marchito. Cabía la posibilidad de que hubiese sufrido a causa de los afeites, pues Hugh Romaine fue el mayor actor de su tiempo. Durante unos instantes el resplandor de sus rizos dorados, de su rostro de marfil y del broche de plata, le hizo brillar como a un caballero armado, mas al minuto siguiente su silueta se destacaba negra y uniforme contra el gris plomizo del lluvioso cielo de la tarde. Pero algo había en su inmovilidad estatuaria que le distinguía del grupo a sus pies. Todos ellos habían hecho un movimiento involuntario ante el imprevisto relámpago; a pesar de que el cielo estaba lluvioso fue esa la

primera señal de la tempestad. La única señora en la concurrencia, cuya gracia en componerse el cabello gris, como si estuviese orgullosa de él, delataba su calidad de matrona de Estados Unidos, cerró los ojos sin afección y lanzó un grito agudo. Su marido, inglés, el general Outram, un estólido angloindio, calvo y con bigotes negros de anticuado corte, levantó la cabeza con un gesto rígido y reanudó su tarea. Un joven apellidado Mallow, muy alto y vergonzoso, con ojos color castaño parecidos a los de un perro, dejó caer una taza y se excusó embarazosamente. Un tercero, un hombre mucho más acicalado, de cabeza resoluta como la de un terrier inquisitivo, cuyo cabello estaba cepillado hacia atrás, y que no era otro sino el gran propietario de periódicos sir John Cockspur, renegaba con desparpajo, pero no con una locución inglesa ni con buen acento, sino con el propio de la ciudad de donde provenía, Toronto.

El hombre alto de la capa corta se erguía en la penumbra como una estatua, literalmente hablando; su rostro de águila, en el momento del chispazo, parecía el del busto de un emperador romano, y sus cincelados párpados quedaron inmóviles.

Al poco tiempo resonó por la negra bóveda un trueno y la estatua pareció recobrar vida. Volvió la cabeza sobre su hombro y dijo rápidamente:

—Ha pasado como un minuto y medio entre el chispazo y el trueno, pero creo que la tempestad se acerca. El árbol, según se dice, no es un buen refugio contra los relámpagos, pero pronto nos vendrá bien para la lluvia. Yo creo que será un diluvio.

El hombre más joven miró a la dama con ansiedad y dijo:

—¿No podríamos hallar refugio en alguna parte? Me parece ver una casa allí.

—Hay una casa, sí —repuso el general, con sequedad—, pero no se la podría llamar un refugio hospitalario.

—Es curioso —dijo su mujer con tristeza— que nos haya pillado una tempestad sin otra casa cerca que esa.

Algo en el tono con que pronunció esas palabras hizo callar al joven, que era comprensivo a la vez que sensible; pero nada intimidó al hombre de Toronto.

—Pues, ¿qué le pasa? —preguntó—. Tiene el aspecto de unas ruinas.

—Eso —replicó el general con acritud— pertenece al marqués de Marne.

—¡Arrea! —dijo sir John Cockspur—. Ya he oído hablar de ese pajarraco; un verdadero pajarraco parece ser. Le hice salir como enigma de primera

magnitud en la primera página del *Comet*, el pasado año: «El noble desconocido».

—Sí, yo también he oído hablar de él —dijo el joven Mallow en voz baja —. Creo haber oído que corren innumerables fantasías sobre la razón de su ostracismo. He oído que lleva máscara porque es leproso. Pero otra persona me contó con mucha seriedad que pesa una maldición sobre la familia; un muchacho con una deformidad espantosa que guardan en una habitación oscura.

—El marqués de Marne tiene tres cabezas —intervino Romaine, con gravedad—. Una vez cada trescientos años un noble de tres cabezas adorna el árbol genealógico. No hay ser humano que se atreva a aproximarse a la casa maldita a no ser una silenciosa procesión de sombreros para procurar un número anormal de sombreros. Pero… —y aquí su voz tomó uno de esos giros tan graves y efectistas capaces de conmover un teatro—. Amigos míos, esos sombreros no tienen forma humana.

La dama americana lo miró con el ceño fruncido y con aire de duda, como si el truco declamatorio la hubiese conmovido a pesar suyo.

—No me gustan sus jugarretas de vampiro —dijo—, y hubiera preferido que no hiciese esta.

—Escucho y obedezco —contestó el actor—. ¿Soy, por ventura, como el Light Brigade y me está vedado investigar el porqué?

—La razón está en que no es el «noble que todo el mundo desconoce». Yo misma le conozco, o por lo menos le conocía muy bien cuando era agregado del Gobierno en Washington, unos treinta años atrás, en aquellos días en que todos éramos jóvenes. Y no llevaba máscara, por lo menos no la usaba delante de mí. No era leproso, aunque puede que esté más solitario que si lo fuera. Y solo poseía una cabeza y un corazón, y este lo tenía partido.

—Un amor desgraciado, claro —opinó Cockspur—. Me gustaría eso para el *Comet*.

—Supongo que eso será un cumplido para nosotras —repuso ella, pensativa—. Siempre creen que el corazón de un hombre sufre a causa de una mujer. Pero hay otras clases de amor y congoja. ¿No ha leído usted *In memoriam*? ¿No ha oído hablar de David y Jonathan? Lo que deshizo al pobre Marne fue la muerte de su hermano o por lo menos, de su primo, a quien había educado como a un hermano, y estaban mucho más unidos de lo que muchos están. James Mair, como llamaban al marqués cuando yo le conocí, era el mayor de los dos, pero hacía siempre el papel de adorador, mientras Maurice Mair adoptaba el de dios. Y por lo que él decía, Maurice Mair debía

de ser una maravilla. James no era tonto y desempeñaba un cargo político con mucha inteligencia; pero parece que Maurice sabía hacerlo igual y además podía hacer muchas otras cosas; era un buen artista, actor, músico aficionado y… todo lo demás. James, a su vez, era alto, fuerte, con una nariz un poco alta; aunque me parece creer que parecía un poco extravagante a los jóvenes de hoy en día con sus barbas y bigotes partidos al estilo victoriano de aquellos tiempos. Maurice, en cambio, iba afeitado, y por los retratos que vi, me parecía que su aspecto se acercaba más al de un caballero. James me preguntaba una y otra vez si no consideraba a su amigo una maravilla y si no creía que toda mujer debía enamorarse de él, y esto una y otra vez. Me hubiera resultado pesado de no haberse convertido tan súbitamente en tragedia. Su vida entera parecía alentada por esa idolatría hasta el instante en que el ídolo se desplomó y quedó hecho añicos como una muñeca de porcelana. Cogió un resfriado y todo acabó.

—¿Y después se encerró así? —preguntó el joven.

—Al principio se fue a viajar —replicó ella— a Asia y a las Islas de los Caníbales, y Dios sabe dónde. Estos golpes mortales afectan de distinto modo a las personas. Él reaccionó rompiendo o separándose de todo; de las tradiciones e incluso del recuerdo. No podía sufrir que le hablasen de su antigua amistad: ni un retrato, ni una anécdota, ni una asociación. No pudo soportar todo el ajetreo de un gran funeral. Quería marcharse. Y estuvo fuera durante diez años. Oí decir que se había repuesto un poco al final del destierro, pero al regresar aquí recayó de nuevo, resolviéndose su estado en una enajenación religiosa que prácticamente es locura.

—Los sacerdotes se adueñaron de él —refunfuñó el general—. Sé que ha dado millones para fundar un monasterio y que vive la vida de un monje; de un ermitaño. No llego a comprender qué bien cree que le traerá eso.

—Maldita superstición —dijo Cockspur, desdeñoso—. Deberían denunciarse estas cosas. Aquí tienen ustedes un hombre que podía haber sido útil al Imperio y al mundo, y esos vampiros lo agarran y lo dejan inútil. Estoy convencido de que con sus ideas, tan poco naturales, le habrán impedido incluso casarse.

—Efectivamente, no se ha casado —contestó la dama—, y, por cierto, estaba comprometido cuando lo conocí, pero no creo que fuera para él una cuestión esencial y me inclino a pensar que se desvaneció junto con su interés por las demás cosas. Como le sucedió a Hamlet con Ofelia, perdió el amor porque perdió el apego a la vida. Yo la conocí; en realidad la conozco. Entre

nosotros, era Viola Grayson, hija del viejo almirante. Tampoco se ha casado ella.

—¡Es infame! ¡Es infernal! —exclamó sir John, exaltado—. Esto no es ya una tragedia, sino un crimen. Yo tengo un deber que cumplir frente al público y estoy decidido a que todas estas fatídicas quimeras terminen… ¡en el siglo XX…!

Su protesta casi le ahogó, y, tras un pequeño silencio, el viejo soldado dijo:

—Bueno, yo no creo entender mucho de estas cuestiones, pero me parece que no estaría mal que los religiosos estudiasen un proverbio que dice: «Dejad que los muertos entierren a sus muertos».

—Desgraciadamente, esto ya es algo de lo que sucede —dijo su esposa con un suspiro—, es como la escalofriante imagen de un muerto enterrando a otro muerto, una y otra vez, a través de los siglos.

—La tempestad ha pasado de largo —dijo Romaine con sonrisa indescifrable—. Ya no tendrán que visitar la casa inhóspita.

La dama se echó a temblar.

—¡Ah, no lo volveré a hacer! —exclamó.

Mallow la miró, atónito.

—¡Volveré! ¿Lo ha intentado antes? —dijo.

—Lo hice una vez —dijo con ligereza no desprovista de cierto orgullo—, pero no hay necesidad de que le demos vueltas. Ya no llueve, mas, de todos modos, lo mejor será que nos traslademos sin demora al coche.

Se pusieron a andar en procesión y Mallow y el general cerraron la marcha; este bajó la voz y dijo bruscamente:

—No quiero que ese majadero de Cockspur nos oiga, pero como usted ha demostrado deseos de saberlo, más vale que lo diga. Es algo que no puedo perdonar a Marne; pero doy en imaginarme que todos esos clérigos lo han adiestrado así. Mi mujer, que era la mejor amiga que tenía en América, se llegó a visitarle estando en el jardín. Miraba al suelo como un monje y su cabeza estaba cubierta con una capucha negra tan ridícula como otra máscara cualquiera. Ella hizo pasar su tarjeta y se quedó en el caminillo por donde debía él pasar. Pasó entonces por su lado sin dedicarle una sola palabra o mirada, como si no hubiese sido más que una piedra. No era un ser humano; era un horrible autómata. Con razón le llama ella el muerto.

—Todo esto es muy raro —dijo el joven con vaguedad—. No se parece en nada a lo que hubiera podido imaginar.

El joven Mallow, después de dejar la lúgubre comitiva, se puso a buscar, pensativo, a un amigo suyo. No conocía a ningún monje, pero sí a un clérigo al que estaba ansioso de explicar las curiosas revelaciones que había oído aquella tarde. Y sentía necesidad de conocer cuál era el verdadero misterio que pesaba sobre la casa de los Marne, semejante a la negra nube que había visto extenderse aquella tarde encima de todo ello.

Después de andar de acá para allá según las indicaciones que le daban, halló al padre Brown en casa de otro amigo suyo, un católico romano con una gran familia. Entró un poco inesperadamente y halló al padre Brown sentado en el suelo con expresión seria mientras intentaba fijar con un alfiler el exuberante sombrero de una muñeca en la cabeza de un osezno de trapo.

Esto sorprendió a Mallow por su incongruencia; pero se hallaba demasiado absorbido por su problema para que nada le distrajese de él, si podía remediarlo. Trataba de llevar a la conciencia todo un proceso de impresiones que se habían desarrollado en su subconsciente. Explicó lo que sabía de la tragedia de los Marne, tal como la oyó de labios de la esposa del general, junto con algunos comentarios del mismo y del propietario del periódico. Al hacer intervenir a este personaje en el cuadro expuesto, pareció redoblar la atención.

El padre Brown no se preocupó, ni le tenía el menor cuidado, que sus actitudes fueran cómicas o vulgares. Continuó sentado en el suelo, donde parecía un niño pequeño jugando con sus muñecos a causa de su cabeza grande y piernas cortas, mas sus ojos grises tomaron una expresión peculiar, semejante a la que ha invadido los ojos de muchos hombres en el transcurso de la historia de estos veinte siglos últimos. Solo que aquellos hombres no se sentaban en el suelo, sino a la mesa de los concilios, en los escaños del capítulo o en la silla de obispos y cardenales: mirada atenta, vivaz, impregnada de humildad a causa del deber que sobre ellos pesa, demasiado duro para los hombres. Algo de la misma suerte impregna la larga vista de los marineros y de aquellos que han conducido por muchas tempestades la barca de san Pedro.

—Ha sido usted muy amable al contarme eso —contestó el padre Brown —. Se lo agradezco de veras. Quizá sea necesaria nuestra intervención. Si se tratara tan solo de personas como usted y el general podría solucionarse en privado, pero si sir John Cockspur tiene intención de dar algún toque de alerta desde su diario…, bueno, ya sabemos que es un irlandés protestante de Toronto y casi que no puede esperarse otra cosa de él.

—Pero ¿cómo se las compondrá? —preguntó Mallow.

—Lo primero que haré será decir que de la manera que usted lo explica no resulta una cosa muy natural. Suponga por un momento que seamos esos vampiros fatídicos y que echamos por el suelo toda felicidad humana. Supongo que yo no soy un vampiro de esos.

Cogió el osezno, se rascó la nariz con él, y cayó entonces en la incongruencia de su actitud, pues lo dejó donde estaba.

—Supóngase usted que destruimos todo lazo familiar. ¿Por qué íbamos, pues, a ligar a un hombre a sus antiguas costumbres cuando intentaba olvidarlas? En verdad me parece que resulta un poco injusto que se nos culpe de destruir ese lazo y de fomentar tal exageración. Ni veo la razón para que un maniático religioso dé en esa monomanía, ni de qué manera podría la religión favorecerla sin que apareciera cubierta de la placentera capa de la esperanza.

Después de una pausa añadió:

—Me gustaría hablar con ese general.

—Su mujer fue quien nos lo contó —dijo Mallow.

—Sí —corroboró el otro—, pero me intereso más por lo que no le explicó él que por lo que ella explicó.

—¿Cree usted que él sabe más que ella?

—Yo creo que él sabe más que lo que ella dice —replicó el padre Brown —. Yo le he oído decir a usted que él dijo que se lo perdonaba todo menos la descortesía que tuvo hacia su mujer. A fin de cuentas, ¿qué otra cosa debía perdonarle?

En aquel instante el padre Brown se puso de pie y se sacudió su arrugada ropa, mirando al joven con ojos entornados y expresión burlona. Al momento siguiente ya había dado la vuelta, recogía su paraguas igualmente arrugado y su gran sombrero deslucido, y salía ya a la calle.

Anduvo por una gran variedad de calles anchas y plazas hasta llegar a un bello edificio antiguo en el West End. Llamó a la puerta y preguntó si podía ser recibido por el general Outram. Tras un corto intercambio de palabras le hicieron pasar a un despacho donde había menos libros que mapas y globos terrestres en medio de los cuales estaba el calvo angloindio de negros bigotes fumando un cigarrillo negro, largo y delgado, al tiempo que marcaba un mapa con alfileres.

—Siento interrumpir —dijo el sacerdote—, tanto más cuanto que no puedo evitar que mi interrupción tenga cierto aire de interferencia. Quiero hablarle de un asunto privado, pero con el único móvil de que permanezca en

privado. Desgraciadamente, hay quienes lo harían público. Creo que usted, general, conoce a John Cockspur.

La masa de bigotes negros y guías servía de máscara a la parte inferior de la cara del general; resultaba siempre difícil ver si sonreía, pero sus ojos castaños tomaban a menudo un brillo peculiar.

—Todo el mundo lo conoce, supongo. Yo no lo he tratado mucho.

—Bueno, ya sé que todo el mundo sabe lo que él, cuando se cree oportuno publicarlo —añadió el padre Brown, sonriendo—. Y según he sabido por mi amigo el señor Mallow, a quien creo conocer, sir John está dispuesto a publicar unos rabiosos artículos anticlericales sobre lo que él llamaría «El misterio Marne»: «Unos clérigos, culpables del enloquecimiento de un marqués…».

—Si eso ha de ser así —contestó el general—, no veo por qué ha de venir a explicármelo a mí. Estoy en el deber de decirle que soy un protestante acérrimo.

—Tengo mucha simpatía por los protestantes acérrimos —replicó el padre Brown—. Me dirijo a usted porque estoy seguro de que usted dirá la verdad. Espero no faltar a la caridad si digo que no estoy igualmente convencido de que sir John Cockspur la diga.

Los ojos castaños del general volvieron a centellear pero no añadió palabra alguna.

—General —exclamó el padre Brown—, supóngase usted que Cockspur y los suyos fueran a lanzar a los cuatro vientos falsedades en contra de su patria y de su bandera. Suponga usted que le dijeran que su regimiento había huido en el momento de presentar batalla o que sus oficiales estaban a sueldo del enemigo. ¿Permitiría usted, entonces, que algo se interpusiera entre usted y la verdad de los hechos? ¿No se lanzaría a la búsqueda de pruebas a costa de lo que fuese? Pues bien, yo tengo un regimiento, pertenezco a un ejército y sufro porque tengo la certeza de que eso que usted dice es falso. Pero como no conozco la verdad, ¿toma usted a mal que trate de buscarla?

El militar permaneció mudo y el sacerdote continuó:

—Conozco la historia que le contaron ayer a Mallow, según la cual Marne se retiró del mundo por la tristeza que le causó la muerte de su hermano, o algo así. Estoy seguro de que esta no es toda la historia.

—Sí —dijo el general con brusquedad—, no hay más, no puedo decir más.

—General —replicó el padre Brown, sonriendo—, de haber dado yo esta respuesta me habría calificado de jesuítico.

El soldado rio de mala gana y refunfuñó con hostilidad.

—Bueno, pues no estoy dispuesto a decírselo. ¿Qué me contesta ahora?

—Solo puedo decirle que, si es así, se lo voy a contar yo mismo.

Los ojos castaños le miraron atentos, pero sin brillo. El sacerdote prosiguió:

—Usted me obliga a decir, quizá con menos miramientos de como usted lo habría hecho, por qué resulta tan claro que haya algo más de lo que se dice. Estoy seguro de que el marqués tiene razones más poderosas para sus meditaciones y encierro que el mero hecho de haber perdido a un primo hermano. Dudo que haya algún clérigo en todo ello; mi ignorancia llega al extremo de no saber si es un converso o un hombre que da limosna para acallar su conciencia; pero de lo que sí estoy seguro es de que es algo más que el hombre apesadumbrado de Marne. Ya que le veo interesado, voy a decirle una de las cosas que me lo han hecho suponer. Primero, queda sentado que James Mair estaba comprometido para casarse y que, con la muerte de Maurice Mair, pareció romperse el compromiso. ¿Por qué razón iba un hombre de bien a romper su compromiso por la tristeza que le causó la muerte de un tercero? Lo más probable hubiera sido que buscase consuelo en ello. Además, estaba obligado a cumplir su compromiso.

El general se mordía las puntas de su negro bigote y se puso en actitud muy atenta e incluso ansiosa; pero continuó callado.

—Otra cosa —dijo el padre Brown, mirando ceñudo a la mesa—. James Mair no dejaba de preguntar a su amiga si no encontraba fascinador a su primo Maurice y si toda mujer no lo admiraría. Yo no sé si no se le ocurrió pensar a esa dama si la pregunta no tendría otro significado.

El general se puso de pie y comenzó a andar, o, mejor dicho, a herir el suelo con los pies.

—¡Ah, maldita sea esa historia! —exclamó con animosidad.

—Otra cosa —prosiguió el padre Brown— es la índole peculiar del dolor de James Mair, destruyendo toda reliquia, tapando todo retrato y cosas por el estilo. Algunas veces sucede así, lo admito; podría no significar otra cosa que una manera muy afectuosa de condolerse.

—¡Mala peste! ¿Cuánto tiempo va a durar esto? —exclamó el otro.

—Los puntos cuatro y cinco que todavía me quedan por decir, son bastante definitivos, especialmente si se toman juntos. El primero de ellos es que Maurice Mair no pareció tener funeral alguno, considerando que era cadete de una familia conocida. Debieron de enterrarlo rápidamente o quizá en secreto. Y el último punto de consideración es que James Mair desapareció

inmediatamente hacia el extranjero, o mejor dicho, huyó a los confines del mundo.

Y así, pues —continuó el padre con la misma blandura y monotonía—, cuando ustedes pretenden empañar mi religión con la historia del puro y perfecto amor de dos hermanos, no paran sino…

—¡Basta! —exclamó Outram, con un grito como un tiro de pistola—. Voy a explicarle algo más para que no piense en cosas peores de las que ocurrieron. Permítame usted que le diga una cosa: fue una lucha ecuánime.

—¡Ah! —suspiró el padre Brown.

—Fue un duelo —dijo el otro—. Probablemente el último duelo que se celebró en Inglaterra, y de ello hace ya mucho tiempo.

—Esto va mejor gracias a Dios, esto va mucho mejor.

—Mucho mejor que las cosas feas que usted supuso —refunfuñó el general—. Está bien que usted se burle cuanto quiera de ese afecto puro e ideal, aunque no por eso deja de ser verdad. James Mair estaba realmente encariñado con su primo, quien había crecido a su lado como un hermano menor. No es inusitado que los hermanos mayores se apasionen por los menores, sobre todo, en el caso de ser estos un prodigio infantil. James Mair tenía un carácter tan sencillo que incluso el odio resultaba en él altruismo. Quiero decir que, incluso cuando su afecto se convertía en odio, seguía siendo objetivo, iba dirigido hacia su finalidad y él continuaba sin tener conciencia de sí mismo. Ahora bien, el pobre Maurice era lo contrario. Él era mucho más popular y amigable, y su éxito hizo que habitara una casa de espejos. Él era el primero en toda clase de deporte, en arte o destreza, casi siempre ganaba y aceptaba el triunfo con agrado. Pero si alguna vez perdía, había en él la sombra de algo que no era amable; era un poco envidioso. No hay necesidad de que le cuente toda la triste historia de su envidia por el enlace matrimonial que iba a contraer su primo, ni que le diga que no podía refrenar su indomable vanidad. Bastará decir que entre las pocas cosas en que James Mair le sobrepasaba era en el tiro de pistola, y con ello acabó la tragedia.

—Querrá decir que la tragedia comenzó —contestó el sacerdote—, la tragedia del que sobrevivió. Yo diría que no necesitaba de los vampiros para que fuera desgraciado.

—A mi modo de ver se preocupa más de lo que debiera —dijo el general—. La lucha fue justa. Y James sufrió grandes provocaciones.

—¿Cómo ha llegado a saber tantas cosas? —preguntó el sacerdote.

—Lo sé porque lo vi —contestó Outram imperturbable—. Yo era el padrino de James Mair y vi a Maurice Mair tendido en el suelo, ante mis ojos.

—Me gustaría mucho que me diera más detalles —dijo el padre Brown—. ¿Quién era el padrino de Maurice Mair?

—Él tenía mejor padrino; Hugh Romaine era el suyo, el gran Actor, usted lo conoce. A Maurice le volvía loco el teatro y había patrocinado a Romaine, que era un joven que iba subiendo pero que tenía que sostener grandes luchas a cambio de unas lecciones para favorecer su afición a las tablas. Romaine, en aquellos días, me parece que debía depender por completo de su rico amigo, aunque ahora tiene más dinero que cualquier otro aristócrata. Sin embargo, el hecho de que fuera su padrino no implica que conociese el móvil de su acción. Lucharon según el canon inglés, un solo padrino por bando. Yo quería que hubiera por lo menos un médico, pero Maurice lo rehusó con jactancia, diciendo que cuanta menos gente lo supiese tanto mejor, y que en todo caso se podía ir a buscar al médico al pueblo vecino, distante una media milla. «Yo lo conozco —dijo—, lo conozco y sé que tiene el caballo más veloz de la comarca. Estaría aquí en un segundo; pero no hay necesidad de ello hasta que se sepa». Y como todos sabíamos que Maurice era el que sufría mayor riesgo, ya que la pistola no era su arma, y era él quien no quería ayuda, nadie se atrevió a insistir. El duelo se celebró en una estrecha franja de arena sobre la costa este de Escocia, donde tanto la perspectiva como el sonido, quedaban cortados por una especie de montecillos arenosos moteados de hierbajos, formando parte de los *links*, aunque nadie había aún oído hablar de golf. Había un pequeño desfiladero por el cual llegábamos a la playa. Puedo reconstruir el campo; primero, una franja de color amarillo apagado, más allá otra, no tan ancha, de color rojo oscuro; color que parecía preconizar la larga sombra de un hecho sangriento.

El hecho mismo pareció suceder con una velocidad pasmosa, como si un remolino de aire hubiese tomado posesión de la arena. Con el sonido del pistoletazo Maurice Mair pareció dar una vuelta como una perinola y cayó de bruces como un bolo. Y con gran asombro por mi parte, yo, que hasta aquel instante estaba torturado por lo que podía sucederle, en el momento en que lo vi caer, toda mi compasión se desvió hacia el hombre que lo había matado, y no se ha apartado jamás de él. Ya sabía yo de antemano que con este hecho toda la masa en el péndulo de su amor retrocedería y, que fueran cuales fueren las razones que hallaran los demás para perdonarle, él no lo haría nunca. No sé cómo sucedió, pero lo que me quedó realmente grabado, lo que permanece cual rostro de llamas en mi memoria y que soy incapaz de olvidar, no es la catástrofe en sí: el humo, el fogonazo ni la caída del hombre; esto quedó en el olvido de la misma manera que no se recuerda el ruido que despierta del

sueño. Lo que sí vi, lo que veré siempre, es al pobre Jim correr hacia su amigo y adversario, su barba castaño oscuro, en contraste con la palidez de su rostro, las facciones recortadas sobre el mar, y sus ademanes frenéticos, indicándome que corriera en busca del médico. Dejó caer la pistola al tiempo que corría; llevaba un guante en la mano, cuyos lacios y largos dedos, meciéndose al compás de sus ademanes, parecían exagerar esta trágica pantomima en demanda de socorro. Esta es la imagen que no me abandona; no queda nada más en ella sino el fondo de rayas de arena y mar, la oscura figura del difunto y la negra e inmóvil de su padrino recortándose, impávida en el horizonte.

—¿Romaine no se movió? —preguntó el sacerdote—. Yo hubiera creído que fue él quien avanzó hacia el cadáver.

—Quizá sucediera así en el instante en que yo desaparecía porque este cuadro extraordinario fue captado en un segundo y, al siguiente, desaparecía yo tras las colinas de arena. Por cierto que el pobre Maurice hizo una buena elección en cuanto al médico. Aunque llegó demasiado tarde, llegó antes de lo que yo hubiera imaginado. Este cirujano era una persona muy notable, de cabello rojo, irascible, pero extraordinariamente fuerte y ágil de pensamiento. Solo le vi un momento cuando saltó de su caballo y se marchó al galope hacia el triste escenario, dejándome muy atrás. Pero en ese instante me convencí de su personalidad y hubiera deseado que se hallara presente en el duelo; estoy seguro de que lo hubiera evitado de una u otra forma. Sea como fuere, arregló la cosa con una facilidad pasmosa; mucho antes de que yo llegara a la costa, él lo había dispuesto todo con un sentido práctico admirable. El cadáver fue enterrado de una manera provisional entre las colinas de arena y el infeliz homicida había hecho lo único que le quedaba por hacer, huir de allí. Lo que falta ya lo conoce usted; el pobre Jim se quedó en el extranjero durante muchos años. Después, cuando el asunto estaba olvidado o enterrado, regresó a su lóbrego castillo y heredó automáticamente el título que le correspondía. No he vuelto a verlo desde aquel día y casi podría asegurar lo que está escrito con letras rojas en el fondo de su pensamiento…

El general hizo una pausa.

—Comprendo —dijo el padre Brown—. ¿Alguno de ustedes intentó verle?

—Mi esposa no ha cesado de hacerlo. Se resiste a creer que un crimen de esta índole pueda perder a un hombre para siempre; y yo he de confesarle que me siento atraído por creerlo asimismo. Ochenta años atrás eso habría parecido del todo normal; y, en verdad, que más se parece a una lucha mortal que a un crimen. Mi mujer es una gran amiga de la desgraciada dama que fue

el motivo de la pelea, y tiene la obsesión de que si logra que Jim hable una sola vez con Viola Grayson y que esta le diga que todos los rencores están echados al olvido, quizás esto podría restablecer su equilibrio mental. Me parece que, precisamente, me ha anunciado para mañana un consejo de viejos amigos. Es muy enérgica.

El padre Brown jugaba con los alfileres que estaban junto al mapa general y parecía escuchar sin mucha atención. Poseía esa clase de mente que piensa las cosas por medio de imágenes; y la que coloreaba la mente prosaica del militar tomó colores más elocuentes y siniestros en la mística mente del sacerdote. Veía la franja rojo oscuro de arena, de tinte igual al de la Aceldama; al muerto, yacente, hecho un ovillo, y al asesino encorvado mientras corría, accionando con un guante, preso de acerbo remordimiento. Mas su imaginación caía siempre sobre un tercer elemento que no le cabía imaginárselo dentro de un cuadro humano; el padrino del difunto quedándose impasible e inmóvil, cual negra estatua al borde del mar. Para alguno no sería más que un detalle; para él, era como un signo alerta de interrogación.

¿Por qué no se había movido inmediatamente Romaine? Hubiera sido lo más natural en un padrino. Por lo menos, al cabo de un rato y, entonces, el general debía de haberlo visto moverse antes de desaparecer tras las colinas de arena.

—¿Acostumbra a reaccionar despacio Romaine? —preguntó.

—Es curioso que me haga usted esta pregunta —replicó Outram con una mirada rápida—. No, lo cierto es que cuando lo hace, lo hace muy aprisa. Pero es curioso, es lo mismo que me preguntaba esta tarde al verlo tan imperturbable a las primeras muestras de una tempestad cercana. Estaba allí, con su capa de broche plateado, con una mano apoyada en la cadera, en la misma actitud que cuando estaba en esa maldita playa años ha. El relámpago nos cegó a todos, pero él ni tan solo parpadeó. Cuando oscureció otra vez, continuaba aún en la misma actitud.

—¿Supongo que no estará así ahora? —preguntó el padre Brown—. Quiero decir que debió de moverse un momento u otro.

—No se movió con mucha presteza; cuando oyó el trueno parecía que estuviera esperándolo; nos dijo el intervalo exacto que media entre una y otra cosa… ¿Le sucede algo?

—Me he pinchado con uno de sus alfileres —dijo el padre Brown—. Espero que no lo habré estropeado —pero sus ojos centellearon y su boca se cerró bruscamente.

—¿Está usted enfermo? —preguntó el general, atónito.

—No —contestó el sacerdote—. Únicamente que no soy tan estoico como su amigo Romaine. No puedo menos de parpadear cuando veo luz.

Dicho esto se volvió para coger el sombrero y su paraguas, pero al llegar junto a la puerta pareció recordar algo y volvió. Llegó junto a Outram y lo miró con expresión de impotencia como si fuera un pez moribundo, e hizo un ademán como si fuera a coger al general por el chaleco.

—General —musitó—, por el amor de Dios, no permita usted que su esposa ni su amiga traten de volver a ver a Marne. Dejad que los perros dormidos yazgan, pues de lo contrario se expone a desatar todos los mastines del infierno.

El general permaneció con una mirada de atolondramiento en sus ojos castaños y reanudó su tarea en el mapa.

Sin embargo, todavía fue mayor la perplejidad que acometió a los componentes de la bien intencionada conspiración de la esposa del general, que se hallaban reunidos para aterrizar intempestivamente en el castillo del misántropo. La primera sorpresa que hallaron fue la inexplicable ausencia de uno de los actores de la antigua tragedia. Cuando se reunieron todos en un hotelito cercano al castillo, no se vio a Hugh Romaine por ninguna parte, hasta que un telegrama de un abogado les hizo saber que el gran actor había dejado la isla precipitadamente. La segunda sorpresa fue la persona que contestó a su llamada por encargo del noble propietario. No se parecía en nada a la figura imaginaria que hubieran creído más adecuada al lóbrego caserón o a unas formalidades casi feudales. No era ni un mayordomo ni un ayudante, ni tan solo un digno camarero o un lacayo alto y decorativo. La única figura que salió de la cavernosa puerta del castillo fue la corta y desaliñada silueta del padre Brown.

—Miren ustedes —dijo con sencillez no exenta de timidez—. Ya les dije que sería mucho mejor que le dejaran en paz. Él sabe lo que se hace y solo lograrán que todos se entristezcan.

La señora Outram acompañada de otra dama alta, bella aún y discretamente vestida, que, con toda probabilidad, era la señorita Grayson, dirigió una mirada fría al pequeño sacerdote.

—Realmente, señor —exclamó—, se trata de un asunto privado que no creo que a usted le incumba de ninguna forma.

—Tenga usted por seguro que todo capellán tiene algo que ver con los asuntos privados —replicó John Cockspur despreciativo—. ¿No sabe usted que viven tras de los biombos como los ratones tras de los tabiques,

abriéndose paso hacia los asuntos particulares de todos? Vea usted, si no, de qué forma tienen cogido al pobre Marne.

Sir John estaba resentido con él porque sus amigos le habían persuadido de que no diera grandes vuelos a la publicidad de este asunto, a cambio de permitirle formar parte de un verdadero secreto oficial. No se le había ocurrido nunca ponerse a pensar si él mismo no se parecía mucho a la rata del tabique.

—¡Ah, ya está bien! —contestó el padre, ansioso—. He hablado con el marqués y con el único sacerdote que le ha visitado; se han exagerado mucho sus gustos clericales. Les digo que sabe de lo que se trata y les ruego que le dejen en paz.

—¿Pretende usted que le dejemos en esta vida de muerte hasta que acabe enloqueciendo? —exclamó la señora Outram con voz algo temblorosa—. Y todo porque tuvo la mala suerte de matar a un hombre en un duelo hace ya un cuarto de siglo. ¿Es a eso a lo que llama usted caridad cristiana?

—Sí —repuso el sacerdote tercamente—; a esto le llamo yo caridad cristiana.

—Esa es toda la caridad que sacará usted de estos clérigos —exclamó Cockspur amargado—. Ese es el concepto que tienen que perdonar a un pobre hombre por un acto de locura; enterrarlo vivo y hacerlo morir a fuerza de ayunos, penitencias e imágenes de fuego eterno. Y todo porque una bala se desvió.

—En verdad, padre Brown —dijo el general Outram—, ¿cree usted que realmente se merece eso? ¿Es esta su caridad?

—La verdadera caridad es la que, conociéndolo todo, todo lo perdona —interpuso su mujer con mayor suavidad—; el amor que sabe recordar y perdonar.

—Padre Brown —añadió el joven Mallow convencidísimo—, casi siempre estoy de acuerdo con sus aseveraciones; pero que me cuelguen si comprendo lo que dice. Un pistoletazo en un duelo seguido del remordimiento no es una ofensa tan recriminable.

—Accedo a admitir que me tomo el asunto bajo un punto de vista más serio.

—Que Dios ablande su duro corazón —dijo la otra dama, hablando por primera vez—. Voy a hablar con mi viejo amigo.

Y como si su voz hubiera despertado a un fantasma en la gran sala gris, viose que algo se movía; acto seguido se dibujó una figura humana en la entrada, al final de la gran escalinata de piedra. Iba vestida de negro, pero

algo desconcertante se escondía en el cabello gris y en las pálidas facciones como si fueran sombras de una estatua de mármol.

Viola Grayson comenzó a subir los peldaños con lentitud y Outram musitó para sus gruesos bigotes:

—Supongo que no le hará el desaire que hizo a mi pobre esposa.

El padre Brown pareció encerrarse en sí mismo, resignado, al tiempo que levantaba la vista hacia el general.

—El pobre Marne tiene bastante sobre su conciencia —dijo—. Aliviémoslo cuanto nos sea posible. Por lo menos, no fue él quien se portó mal con su esposa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no la conoció jamás —replicó el padre Brown.

Mientras hablaban, la orgullosa dama subió al último de los peldaños y quedó frente por frente al marqués de Marne. Este movió los labios para hablar, pero antes de que pudiera proferir una sola palabra, ocurrió otra cosa que lo impidió.

Se oyó un grito que resonó en mil ecos por aquellas paredes vacías. Por la agonía y crudeza con que salió de los labios de la dama, bien pudiera ser un grito inarticulable. Sin embargo, era una palabra articulada y todos ellos la oyeron con una claridad aterradora:

—¡Maurice!

—¿Qué sucede? —exclamó la señora Outram, empezando a subir las escaleras, pues la otra dama se tambaleaba como si fuera a caer cuan larga era. Entonces miró de acá para allá y empezó a descender cabizbaja, encogida, temblando de pies a cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —decía—. ¡Oh, Dios mío…! ¡Si no es Jim… es Maurice!

—Me parece, señor Outram —dijo el sacerdote con gravedad— que sería conveniente que se retirara usted con su amiga.

Iban a marchar cuando una voz cayó sobre ellos desde la cima de la escalera. Era una voz que bien hubiese podido salir de una tumba. Era basta y poco natural, semejante a la de los náufragos que permanecen solos en una isla desierta y cuya única compañía son los pájaros selváticos. Era la voz del marqués de Marne, y decía:

—¡Deteneos! Padre Brown, antes que sus amigos se dispersen, le autorizo para que les refiera lo que le he contado. Dígase de ello lo que se quiera, no quiero rehuir sus consecuencias.

—Está usted en lo cierto y será en beneficio suyo —corroboró el sacerdote—. Sí —añadió dirigiéndose hacia los reunidos—; esto me autoriza para que hable; pero no se lo diré como él me lo explicó, sino como yo lo hallé por mí mismo. Desde el principio me convencí de que estas espeluznantes historias monjiles no eran sino cosas de novela. Nuestros sacerdotes harán presión, a veces, para que una persona entre en un convento, pero nunca para que se quede vegetando en un castillo medieval. De la misma manera que no le harían vestir hábito si no era monje. Pero me imaginé que quizá le conviniera usar una máscara o bien una capucha. Le oí calificar de afligido, y después, de asesino. Pero ya empezaba a sospechar que sus razones para rehuir el mundo quizá no se debieran a lo que era, sino a quién era.

Luego vino la vivísima descripción del duelo, hecha por el general, y la cosa curiosa, para mi modo de ver, resultó la figura de Romaine; era curiosa precisamente por hallarse en el fondo. ¿Por qué se ausentó el general dejando en tierra a un hombre muerto, cuyo padrino se mantenía alejado de él como un palo o una piedra? Después supe la costumbre que tiene Romaine de permanecer quieto mientras está en espera de algo, como sucedió el día de la tempestad. Bueno; pues esta manera suya, en este caso, me lo explica todo. Hugh Romaine también en aquel entonces esperaba algo.

—Pero si todo estaba hecho —replicó el general—, ¿qué había de esperar?

—Esperaba el duelo —dijo el padre Brown.

—Pero si le he dicho ya que yo mismo vi el duelo —replicó el general.

—Y yo le digo que no lo vio usted.

—¿Está usted loco? —preguntó el general—, o ¿qué razones tiene para creerme ciego?

—No ciego, sino cegado para que no viese —dijo el sacerdote—. Porque usted es un buen hombre y Dios tuvo piedad de su inocencia e hizo que se ausentara de este hecho, tan fuera de lo humano. Puso una pared de arena y silencio entre usted y lo que realmente sucedió en esa horrible costa roja, abandonada a la furia de Judas y de Caín.

—Díganos lo que sucedió —rogó la dama, impaciente.

—Se lo contaré de la misma manera que llegué a saberlo. De lo que tomé nota después fue de que Romaine, el actor, había estado enseñando a Maurice Mair todos los recursos de las tablas. Yo mismo tuve un amigo que se dedicó a ello y me hizo una descripción muy divertida de cómo las horas de entrenamiento de la primera semana se dedicaban a enseñar el modo de dejarse caer desplomado, sin vacilaciones, como si fuera una piedra.

—¡Dios tenga piedad de nosotros! —exclamó el general, cogiéndose a los brazos del sillón con ademán de levantarse.

—Amén —dijo el padre Brown—. Usted me explicó luego la rapidez con que pareció sobrevenir todo; en realidad, lo que pasó fue que Maurice cayó antes de que la bala saliera del cañón y se quedó inmóvil, esperando.

—Estoy esperando —dijo Cockspur— y siento que no puedo esperar mucho.

—James Mair, impulsado por el remordimiento, corrió hacia su amigo, y se agachó para recogerlo. Había dejado caer su pistola como una cosa malsana, pero la de Maurice estaba aún cargada y, al tiempo que el hombre mayor se agachaba sobre el menor, este se apoyó sobre su codo izquierdo y tiró sobre él. Así como no ignoraba que su puntería era mala, tampoco que no era posible que fallase al corazón a tan poca distancia.

Todos los reunidos se habían levantado y miraban al narrador con los rostros pálidos.

—¿Está usted seguro de eso? —preguntó sir John con dificultad.

—Estoy completamente cierto, y ahora les dejo a Maurice Mair, el actual marqués de Marne, a su cristiana caridad. Hoy mismo he oído algo sobre ella de sus mismas bocas. A mi modo de ver, eran demasiado indulgentes con él, pero los pecadores que caigan en sus manos gozarán por su error, ya que estarán prontos a reconciliarse con toda la Humanidad.

—¡Que se vaya todo a…! —explotó el general—. Si cree usted que estoy dispuesto a reconciliarme con una asquerosa serpiente, le digo que no diría ni una sola palabra para salvarlo del infierno… Yo dije que estaba dispuesto a perdonar todo duelo corriente; pero tratándose de esos asesinos traidores…

—Deberían ser linchados —exclamó Cockspur excitado—. Deberían quemarlo vivo; ni más ni menos que a un negro de los Estados. Y si es verdad que hay fuego eterno…

—Yo mismo no osaría tocarle con una pértiga —dijo Mallow.

—Hay un límite en la caridad humana —dijo la señora Outram, temblando de arriba abajo.

—Lo hay —corroboró el padre Brown con sequedad—, y esta es la verdadera diferencia que existe entre la caridad humana y la divina. Deben perdonarme ahora si no me dejé impresionar mucho por el desprecio que manifestaron por mi poca caridad o por los discursos que hicieron acerca del perdón universal. Me parece comprender que ustedes solo perdonan aquellos pecados que no creen verdaderos. Ustedes solo perdonan aquellos crímenes que no tienen el aspecto de tales, sino que aparecen como meras

convenciones. Así, ustedes toleran un duelo convencional de la misma manera que toleran un divorcio convencional. Ustedes perdonan porque no hallan qué perdonar.

—Que se vaya todo al diablo —interpuso Mallow—. ¿No irá a imaginarse que podremos perdonar una cosa tan vil como esa?

—No —contestó el sacerdote—, pero nosotros hemos de estar preparados para hacerlo.

Con estas palabras se puso de pie y miró en derredor suyo.

—Nosotros estamos obligados a acercarnos a esos seres, no con un palo, sino con una bendición. Estamos obligados a pronunciar las palabras que les han de salvar del infierno. Nosotros somos los únicos que quedamos para librarles de la desesperación cuando su humana caridad les aparta. Prosigan por su camino de rosas, perdonando sus vicios favoritos y tolerando los crímenes de moda, y déjennos en las tinieblas, cual negros vampiros de la noche, para consolar a aquellos que necesitan de verdadero consuelo, aquellos que han cometido actos imperdonables, cosas que ni el mundo ni ellos mismos pueden defender y que solo los sacerdotes pueden perdonar. Dejadnos con los hombres que cometen esos actos repugnantes y mezquinos, verdaderamente criminales, tan mezquinos, como el de san Pedro cuando cantó el gallo. Fue entonces cuando llegó el alba para él.

—El alba… —repitió Mallow, dubitativo—. Querrá decir esperanza… para él.

—Sí —replicó el otro—. Permítame otra pregunta. Ustedes son grandes damas y hombres de honor, seguros de ustedes mismos; ustedes creen que jamás podrían caer en una bajeza semejante. Pero díganme: si alguno de ustedes hubiese llegado a eso y se encontrara en la vejez, estando seguros y ricos, ¿cuál de ustedes habría sido capaz, a impulsos de su conciencia o de su confesor, de declarar semejante pecado? Ustedes afirman su incapacidad para cometer un acto vil. ¿Tendrían ustedes el valor de confesarlo?

Los reunidos recogieron sus enseres y salieron de la habitación de dos en dos, o en grupos de tres. La habitación quedó en silencio. Y el padre Brown, también en silencio, se dirigió hacia el melancólico castillo de Marne.

EL SECRETO DE FLAMBEAU

—La clase de asesinatos en que yo asumí el papel de asesino… —acabó el padre Brown dejando el vaso de vino sobre la mesa. La cinta roja de escenas criminales acababa de pasar por delante de él.

—Es cierto —dijo, volviendo a tomar la palabra tras una breve pausa— que era otro el asesino y que ello me impidió que cometiera el acto criminal. Yo venía a ser como un segundo actor, siempre dispuesto a actuar en su lugar. Por lo menos, he considerado como un deber mío conocer el papel con todos sus pormenores. Lo que quiero decir es que cuando intentaba imaginar el estado mental en que tales actos podían realizarse, comprobaba que yo mismo hubiera sido capaz de hacerlo bajo aquellas condiciones mentales; solo bajo aquellas que no son, en general, las que parecen más propicias. Y entonces, claro está, comprendía que había realizado la acción, y esta persona, en general, no era la que parecía más indicada.

Por ejemplo: parecía natural que se dijera que fue el poeta revolucionario quien mató al juez que lo veía todo tan rojo para los revolucionarios rojos. Mas esta no es la verdadera razón para que el poeta revolucionario lo matase. No lo es si uno se pone a pensar lo que es un poeta revolucionario auténtico. Me refiero a esa clase de amantes anárquicos y pesimistas de la revolución, no como reforma, sino como destrucción. Intenté desbrozar mi mente de todos los atributos saludables y de buen sentido constructivo que he tenido la suerte de aprender o heredar. Cierro despiadadamente todas las ventanas a través de las cuales entra la buena luz diurna del cielo; imaginaba una mente cuyo calor solo viniera del horno rojo de las profundidades, fuego que iba echando rocas y creando abismos hacia lo alto. Y aún entonces no veía la razón por la cual un visionario de esta clase desharía su carrera por indisponerse con un vulgar policía y solo por matar a uno entre un millón de viejos locos, como los hubiera calificado él. No lo habría hecho a pesar de cuantos poemas hubiese escrito elogiando la violencia. No lo habría hecho precisamente porque escribía canciones a la violencia. El hombre que sabe expresarse en una canción no tiene necesidad de hacerlo suicidándose. Una canción era para él un acontecimiento, un hecho, y tenía necesidad de crear más. Así es que di en pensar en otra clase de malvados, en aquellos que no destruyen el mundo, sino que dependen por completo de él. Pensé que si no hubiese contado con la gracia de Dios, no podía haber sido un hombre para

quien el mundo no es más que un derroche de luz eléctrica, sin otra cosa que tinieblas a su alrededor y en el más allá. El hombre mundanal, cuya vida solo existe en función de este mundo, sin creer en ningún otro, cuyos éxitos y placeres mundanales son todo cuanto pueda arrebatar a la nada, ese es el hombre que realmente hará cualquier cosa, si está a punto de perder el mundo entero sin sacar ningún provecho de él. No es precisamente el hombre revolucionario, sino el respetable, quien cometería cualquier crimen para salvar su reputación. Piensen ustedes en el riesgo que corría, según el criterio de aquel renombrado juez, quien hubiese cometido el único crimen realmente condenado por su mundo: la traición a la patria. Si yo me hubiese hallado en su posición y no hubiese tenido otras bases que una filosofía igual a la suya, solo Dios sabe de lo que habría sido capaz. En esto, precisamente, estriba la bondad de este ejercicio religioso.

—Hay quienes le juzgarían un tanto morboso —dijo Grandison Chace, dubitativo.

—Sí; hay quienes juzgan, indudablemente, que la caridad y la humildad son cosas morbosas —dijo el padre Brown pensativo—; así sucedía con nuestro amigo el poeta. Pero ahora no voy a discutir acerca de estas cosas; solo trato de contestarle a la pregunta referente a mi modo de trabajar. Algunos de mis paisanos me han hecho el honor aparente de preguntarme cómo he procedido para corregir algunas equivocaciones de la justicia. Bueno, pues ahora puede ir a comunicarles que lo hago gracias a la morbosidad. Lo que no quiero es que se imaginen que empleo la magia.

Chace continuaba mirándolo con un surco reflexivo en el ceño; era demasiado inteligente para no comprender lo que le habían dicho, y él habría añadido por su cuenta que también tenía una inteligencia demasiado saludable para que fuera de su agrado. Le parecía estar hablando con un solo hombre y, al mismo tiempo, con un centenar de asesinos. Había algo muy inocente en aquella figura enana colocada junto a la estufa, no menos pequeña, y le sorprendía que en aquella cabeza redonda cupieran la infinidad de absurdas imaginaciones y tanta injusticia imaginativa.

La oscuridad que les circundaba le parecía llena de gigantescas figuras negras, espectros de otros criminales monstruosos mantenidos a raya por el mágico círculo rojo de la estufa, aunque siempre al acecho para hacer trizas a su avasallador.

—Bueno, me temo que ya no me parezca morboso —dijo Chace con franqueza—, pero no estoy seguro de que no sea tan morboso como la magia.

Sin embargo, sea morbosidad o no, hay que confesar una cosa, y es que debe ser una expresión interesante.

Después de detenerse a reflexionar un rato añadió:

—No sé si podría llegar a ser un buen criminal. Lo único que sé es que usted sería un novelista de mucha fama.

—Yo no hago otra cosa que tratar con hechos reales —dijo el padre Brown—; pero a veces es más difícil imaginarse cosas verdaderas que falsas.

—Sobre todo si constituyen los grandes crímenes del mundo —dijo el otro.

—No son los grandes crímenes, precisamente, los más difíciles de imaginar, sino los pequeños —repuso el sacerdote.

—No veo bien lo que quiere usted decir con ello —opuso Chace.

—Quiero decir crímenes tan vulgares como el de robar joyas —dijo el padre Brown—. Cosas así como el collar de esmeraldas, el rubí de Merú o los peces de oro. La dificultad estriba, en tales casos, en que hay que achicar la inteligencia. Embaucadores más poderosos y engreídos que tienen grandes ideas no se detienen en cosas tan prosaicas. Estaré siempre tan seguro de que el profeta no habría quitado el rubí como el conde los peces, y por el contrario, un hombre de la moral de John Bankes era muy posible que tomara las esmeraldas. Para aquellos, una joya es un pedazo de vidrio. Pero la gentecilla vulgar ve en ello un valor monetario.

Para esas cosas se precisa tener una mente muy pequeña. Es muy difícil llegar a obtenerla. Es algo así como enfocar algo pequeño y muy determinado con una máquina que se bambolea. Siempre existen detalles que ayudan; por ejemplo: esa clase de hombres que se entretienen en delatar a falsos magos y a pobres faquires de cualquier clase, esas personas tendrán siempre una inteligencia muy pequeña; son las personas que dicen que los ven muy bien y los saben coger diciendo mentiras. No le digo a usted que no sea a veces un deber pesado. Pero proporciona un placer incomparablemente mezquino. En cuanto comprendí lo que significaba una mente baja, supe dónde ir a buscarla: en el hombre que quería delatar al profeta, y fue quien birló el rubí. En el que se mofaba de las pretensiones espirituales de su hermana, y fue él quien arrambló con las esmeraldas. Hombres de esa clase son los que tienen sus ojos pegados a las joyas; no podrían elevarse a la categoría superior de embaucadores que desprecian las joyas. Esos criminales de poca inteligencia son siempre muy convencionales. Llegan a criminales partiendo de una mera convicción.

Toma bastante tiempo, sin embargo, el llegar a sentir las cosas con esta crudeza. Constituye un verdadero esfuerzo de la imaginación el llegar a ser tan convencional y el desear con tanto ahínco una cosilla sin importancia. A pesar de todo, se puede hacer… Se puede llegar a imaginárselo con todo detalle. Empezad, por ejemplo, a imaginaros que sois un niño muy goloso; que os hubiera sido fácil robar un dulce de una confitería; de cómo, precisamente, era un determinado dulce el que más queríais. Luego, no hay que hacer otra cosa más que sustraer la poesía infantil, dejar de lado el resplandor que envuelve a la dulcería; imaginad luego que conocéis el mercado mundial y el valor de los dulces… Se va cerrando la mente cual el foco de la cámara fotográfica… La cosa enfocada empieza a tomar forma, se concreta… y entonces, súbitamente, ¡se llega a comprender!

Hablaba como el hombre que hubiese tenido alguna vez una visión sobrenatural.

Grandison Chace no dejaba de mirarle con una expresión de duda y de interés mezclados. Hay que confesar que hubo un momento en que bajo su reflexivo ceño se desprendió un destello de alarma. Fue algo así como si la primera confesión sorprendente del sacerdote le traspasara todavía con las últimas ondas vibratorias de un trueno. Iba diciéndose para sus adentros que aquello solo había sido una pequeña falta cometida en un momento de locura y que, naturalmente, el padre Brown no podía ser, de ninguna manera, el monstruo y asesino que en aquellos instantes había pretendido ser. ¿Pero no era un indicio de insensatez el que un hombre hablara tan reposadamente de la posibilidad de ser un asesino? ¿Sería posible que estuviera un poco desequilibrado?

—¿No opina usted —dijo con brusquedad— que esa idea suya de llegar a identificarse con el criminal podría hacerle ver el crimen con ojos demasiado tolerantes?

El padre Brown se irguió en su asiento y habló en tono imperativo:

—Ya sé que de ello resulta precisamente lo contrario. Resuelve todo el problema del tiempo y del pecado. Se provoca el arrepentimiento antes que el crimen.

Se hizo un silencio; el americano levantó la vista hacia el techo empinado que cubría la mitad de la entrada; su anfitrión volvió los ojos hacia el fuego, sin moverse, y entonces la voz del sacerdote resonó con acento cual si surgiera de lo más profundo de su ser.

—Hay dos maneras de renunciar a Satanás —dijo— y en la diferencia está, acaso, la mayor laguna de la religión moderna. Una de ellas es

abandonarlo porque está muy lejos; la otra, por tenerlo muy cerca. Y no hay ni virtud ni vicio tan apartados el uno del otro como esas dos virtudes.

Nadie le interrumpió y él siguió hablando con el mismo tono pesado, cual si estuviera vertiendo plomo fundido.

—Un crimen puede parecer terrible porque no se concibe la posibilidad de cometerlo. Yo lo creo horrible, porque podría cometerlo. Unos lo ven como una erupción del Vesubio; pero no llegaría a ser tan horrible como si en esta casa se prendiera fuego. Si un criminal irrumpiese de pronto en esta habitación…

—Si un criminal irrumpiese en esta habitación —interrumpió Chace sonriendo— me parece que se comportaría usted muy favorablemente con él, por lo que puedo colegir. Comenzaría usted por explicarle cuán natural fue que hubiese vaciado el bolsillo de su padre o cortado el cuello a su madre. Francamente, no me parece muy práctico. Me parece que lo más práctico sería que los criminales no se reformasen jamás. Es bastante sencillo teorizar sobre casos hipotéticos; pero aquí sabemos todos que solo hablamos por hablar. Sentados aquí, en la bonita y confortable casa del señor Duroc, conscientes de nuestra respetabilidad y de todo lo demás, el hablar de ese ambiente de ladrones y asesinos, y de los misterios de sus almas, nos proporciona una emoción teatral; pero las personas que verdaderamente han de tratar con los ladrones, esos tienen que hacerlo de otra manera. Nosotros estamos muy seguros aquí, al lado del fuego, y sabemos que la casa no arde; tenemos asimismo la certeza de que no hay ningún criminal en esta habitación.

El señor Duroc, a quien la alusión había hecho levantar lentamente de junto a lo que se había calificado de hogar, proyectó su inmensa sombra por encima de todo, oscureciéndolo todo, incluso la misma noche que les rodeaba.

—Hay un criminal en esta habitación —dijo—. Yo lo soy. Yo soy Flambeau; la policía de los dos hemisferios me persigue aún.

El americano se quedó mirándolo con ojos petrificados, brillantes. Parecía como si no le quedaran fuerzas para moverse ni hablar.

—Nada hay más místico, metafórico o rastrero en mi confesión —dijo Flambeau—. Robé durante veinte años, con estas dos manos, y escapé de la policía con estos dos pies. Espero que juzgará prácticas mis actividades. Espero que opinará que, tanto mis jueces como mis perseguidores, tuvieron que habérselas con verdaderos crímenes. ¿Y cree usted que no conozco su modo de castigarlo y reprenderlo? ¿No he sufrido el juicio de los justos y la mirada fría de los respetables? ¿No he soportado sus enseñanzas, frías y

distantes? ¿Y cree que no me han preguntado cómo es posible caer tan bajo, y que no he oído decir que no hay ni una sola persona decente que pueda ni soñar en esas bajezas? ¿Creerá usted que todas esas observaciones no sirvieron para otra cosa sino para hacerme reír? Únicamente cuando mi amigo me explicó la motivación exacta del móvil de mis robos, solo desde entonces dejé de robar.

El padre Brown hizo un ademán como invitándole a callar, y Grandison Chace dejó escapar un suspiro como un silbido.

—Le he dicho la verdad —dijo Flambeau— y es usted libre de entregarme a la policía.

Estas palabras fueron seguidas de un silencio profundo a través del cual podían oírse las risas argentinas de los hijos de Flambeau en el piso superior de la casa y el masticar y refocilarse de los grandes cerdos grises en la oscuridad del patio. El silencio entonces fue henchido por una voz en la que vibraba la ofensa, sorprendente para aquellos que no conocen el espíritu sensible de los americanos y cuán parecido puede llegar a ser, a pesar de lo vulgar del contraste, a la caballerosidad de los españoles.

—Monsieur Duroc —dijo el americano con cierto empaque—, hemos sido amigos, creo, por un tiempo bastante largo, y me molestaría considerablemente que ustedes me creyeran capaz de jugar semejante mala pasada mientras disfruto de su hospitalidad y del calor de su familia, por la única razón de que usted, movido por su entera libertad me hubiese explicado un detalle de su autobiografía. Y, además, hablando como hablaba usted, en defensa de su amigo… No, señor, no puedo llegar a imaginarme bajo ninguna circunstancia semejante doblez en un caballero; calificaría semejante cosa de un espectáculo odioso, peor que el de una ruin delación. ¡Vender la sangre de un hombre por dinero! Pero en un caso así… —dijo volviéndose al padre Brown—, ¿podría usted imaginarse que un hombre hiciera el papel de Judas?

—Podría intentarlo… —repuso el padre Brown.

EL ESCÁNDALO DEL PADRE BROWN
(1935)

EL ESCÁNDALO DEL PADRE BROWN

No sería honesto contar las aventuras del padre Brown sin admitir que una vez estuvo envuelto en un gran escándalo. Todavía existen personas, quizá entre las de su propia condición, que dirán que fue una mancha sobre su nombre. Sucedió en una pintoresca venta mexicana de bastante mala reputación, como se verá más adelante. Y para algunos pareció que por una vez el sacerdote había sido iluminado por un rayo de romanticismo y que su simpatía por la debilidad humana le llevó a una acción disoluta y no ortodoxa. La historia, en sí misma, era una historia simple, y tal vez lo sorprendente de ella consistió en su propia simplicidad.

Si Troya ardía por causa de Helena, esta desgraciada historia empezó con la belleza de Hypatia Potter. Los americanos tienen un gran poder, que los europeos nunca han sabido apreciar, en la creación de instituciones desde abajo, esto es, por iniciativa popular. Como todas las cosas buenas, posee los más brillantes aspectos. Uno de ellos, como ha sido observado por el señor Wells y otros, es que una persona puede llegar a ser una institución pública sin ser a la vez una institución social. Una chica de gran belleza o brillantez será una especie de reina sin corona, aun cuando no sea una estrella de cine o el original de una Gibson Girl. Entre aquellas que tienen la suerte o la desgracia de vivir así, abiertamente en público, había una tal Hypatia Hard, que había pasado, de la etapa preliminar de recibir floridos cumplimientos en las notas de sociedad de la prensa local, a la posición del que es interrogado por un verdadero periodista. Sobre la Guerra y la Paz, el Patriotismo, la Prohibición, la Evolución y la Biblia se había pronunciado con una sonrisa encantadora; y si ninguno de sus juicios aparecían muy cerca de los fundamentos reales de su reputación, era al menos igualmente difícil decir cuáles eran en realidad los fundamentos de dicha fama. Ser una belleza y, al mismo tiempo, la hija de un hombre rico, no son cosas raras en aquel país; pero a esto unía todo aquello que atrae el ojo errante del periodista. Ninguno de sus admiradores la había visto siquiera, ni tenía esperanza de conseguirlo. Y ninguno de ellos podía sacar ni un mezquino beneficio de la riqueza de su padre. Era simplemente una especie de romance popular, el moderno sustituto de la mitología. Y en él se basaban los primeros fundamentos de la más tempestuosa novela en la cual ella debía figurar más tarde, en la que, según muchos sostuvieron, la reputación del padre Brown, como la de otros, quedó

hecha jirones. Era cosa aceptada, unas veces románticamente y otras con resignación por aquellas a quienes la sátira americana ha llamado las Hermanas del Sollozo, que ella se había casado con un rico y respetable hombre de negocios apellidado Potter. Y hasta era posible considerarla como la señora Potter en el universal sobreentendido de que su marido era solamente el marido de la señora Potter.

Entonces se produjo el Gran Escándalo, por el cual sus amigos y enemigos quedaron horrorizados más allá de sus más profundos y encendidos deseos. Su nombre fue aparejado (según la singular frase corriente) con el de un hombre de letras que vivía en México, norteamericano por la nacionalidad, pero verdadero hispanoamericano en espíritu. Desgraciadamente los vicios de él se parecían a las virtudes de ella, de las cuales eran buena copia. Era nada menos que el famoso e infante Rudel Romanes, el poeta cuyas obras habían sido universalmente popularizadas por el veto de las bibliotecas y la persecución de la policía. Sea lo que fuere, Hypatia, estrella pura y plácida, fue vista en conjunción con este cometa. Él era a propósito para ser comparado a un cometa: melenudo y ardiente; lo primero por su aspecto; lo segundo, por su poesía. Era, asimismo, destructor; la cola del cometa consistía en un rastro de divorcios, los cuales eran considerados, por unos, como sus éxitos de amante, y, por otros, como sus continuos fracasos como esposo. Fue difícil para Hypatia; es tan difícil conducir en público una perfecta vida privada como un interior doméstico en un escaparate. Los periodistas refirieron algunas cosas oscuras que los paganos aplaudieron. Las Hermanas del Sollozo se permitieron una nota de romántico pesar. Algunos hasta tuvieron la cruel audacia de citar la frase «Debía de haber sido», del poema de Mand Mueller, consignando que, de todas las palabras habladas o escritas, las más tristes eran estas. El señor Agar P. Rock, que odiaba a la Hermandad del Sollozo con una total y recta aversión, dijo que en este caso se sentía enteramente de acuerdo con la enmienda del poema de Bret Harte: «Más triste están los que nosotros vemos diariamente: ello es así y no debería ser».

El señor Rock estaba firme y honestamente convencido de que un gran número de cosas no debieran existir. Era un mordaz y salvaje crítico de la degeneración nacional en el *Meteor* de Mineápolis, y un hombre intrépido y honesto. Es muy posible que se hubiera especializado excesivamente como el espíritu de la indignación, pero su reacción contra los cenagosos intentos de confundir lo recto y lo falso en el periodismo moderno y en la charlatanería era de origen suficiente saludable. Lo expresaba principalmente en forma de protesta contra el impío halo de romance que rodea al pistolero y al gángster.

Quizá se inclinaba demasiado a pretender, con sana impaciencia, que todos los gánsteres eran *dagos*[21], y todos los *dagos* eran gánsteres. Pero sus prejuicios, aunque fueran un poco provincianos, eran más bien sedantes después de cierta clase de heroísmo estúpido y vil, propicio a mirar al asesino profesional como la figura de moda, en tanto que los periodistas pudieran referir que su sonrisa era irresistible y que su atuendo era impecable.

Sin embargo, los prejuicios no se agitaban menos en el seno del señor Rock porque estuviera actualmente en el país de los *dagos*, que es cuando esta historia comienza. Trepando furiosamente un cerro, más allá de la frontera mexicana, se llegaba al blanco hotel, orillado por palmeras ornamentales, donde se suponía que los Potters vivían y donde aquella misteriosa Hypatia había establecido su corte. Agar Rock era un buen ejemplo de puritano, digno de ser contemplado. Hubiese sido un vil puritano del siglo XVII mejor que un blando y sofístico puritano del siglo XX. Si le hubieran dicho que su anticuado sombrero negro, su habitual ceño y su duro semblante nublaban la tierra soleada de las palmeras y los viñedos se habría mostrado muy satisfecho. Miraba a derecha e izquierda con ojos iluminados por sospechas infinitas.

Y, en efecto, vio en la cumbre dos figuras dibujadas sobre la clara y subtropical puesta de sol. Figuras en una momentánea actitud, que aun al menos suspicaz de los hombres le hubieran hecho sospechar algo.

Una de las figuras era notable por sí misma. Estaba situada precisamente en el ángulo de la vuelta del camino, por encima del valle, como si poseyera cierto instinto para situarse, así como una actitud estatuaria. Iba envuelta en una gran capa negra, a la manera byroniana, y su cabeza erguida, de una belleza morena, era notablemente parecida a la de Byron. Este hombre tenía también el cabello rizado y las ventanas de la nariz curvadas; parecía murmurar algo contra el mundo con gran indignación y desprecio. Empuñaba un largo bastón de montaña, que tenía una contera en punta, como el usado por los alpinistas, y lo manejaba en ese momento con una caprichosa sugestión de lanza. Y la hacía parecer más caprichosa el cómico contraste con la otra figura, que llevaba un paraguas nuevo, cuidadosamente arrollado, muy distinto, por cierto, del paraguas del padre Brown. Iba pulcramente vestido con un elegante traje de fiesta. Era un hombre regordete, con una recia y poblada barba; pero el prosaico paraguas era alzado y hasta blandido como si fuera un arma.

El hombre más alto se dirigió hacia él en forma apresuradamente defensiva, y entonces la escena degeneró en comedia. El paraguas se abrió solo —al menos su propietario pareció hundirse tras él— mientras el otro

hombre tenía el aire de acometer con su lanza aquel gran escudo grotesco. Pero el otro no llevó muy lejos el ataque ni la riña. Cogió la lanza y se volvió impaciente y a grandes zancadas hacia el camino. Entretanto, el otro, levantando su paraguas y recogiendo cuidadosamente sus pliegues, se encaminó en dirección opuesta, hacia el hotel. Rock no había oído ninguna de las palabras de la riña que debían de haber precedido inmediatamente a este breve y más bien absurdo conflicto cuerpo a cuerpo. Pero siguiendo por el camino los pasos del hombre bajito de la barba, meditó muchas cosas. La capa romántica y el buen aspecto de personaje de ópera del uno combinado con la firme resolución del otro, delineaban toda la historia que empezaba a investigar. Observó que podían haber sido señalados estos personajes por sus propios nombres: Romanes y Potter.

Su apreciación fue plenamente confirmada cuando entró en el pórtico y oyó que la voz del hombre barbudo se alzaba dando órdenes. Evidentemente, estaba hablando al director o empleado del hotel y Rock escuchó lo suficiente para percatarse de que estaba previniéndoles contra un salvaje y peligroso individuo de la vecindad.

—Si realmente ha estado ya en el hotel —decía el hombre pequeño, contestando a cierto murmullo—, todo lo que he de decirle es que hubiera obrado mejor no permitiéndole la entrada otra vez. Su norma debe ser vigilar a un sujeto de esa clase, pero, de cualquier modo, no quiero que la señora sea importunada por él.

Rock escuchó con ceñudo silencio y creciente convicción; entonces cruzó el vestíbulo hacia un gabinete donde vio el registro del hotel. Y al volver la última página vio que el sujeto había estado allí. Aparecía el nombre de «Rudel Romanes», aquel romántico y público personaje en una ancha y florida escritura extranjera; y a continuación, a renglón seguido, uno junto al otro, los nombres de Hypatia Potter y Ellis T. Potter, escritos con correctos caracteres americanos.

Agar Rock miró en torno suyo y vio en los alrededores, y hasta en los pequeños detalles de la decoración del hotel, todo lo que odiaba más.

No es quizá razonable quejarse de que las naranjas crezcan en los naranjos, aun cuando sea en pequeños tiestos; además, muchas de ellas crecían solo en las raídas cortinas o se marchitaban en el papel de la pared como un formal esquema de ornamento. Pero, para él, estas rojas y doradas lunas, alternando decorativamente con otras plateadas, constituían un singular modo de ver la quintaesencia de la claridad lunar. Vio en todo ello ese sentimental deterioro que sus principios deploraban en las costumbres

modernas y que sus prejuicios conectaban vagamente con el ardor y la blandura del sur. Le molestaban hasta el punto de desviar la mirada de un oscuro tapiz que mostraba a medias un pastor de Watteau con la guitarra, o de un azulejo con el dibujo trivial de un Cupido sobre un delfín.

Su propio sentido común podía haberle dicho que todas esas cosas podían ser vistas en cualquier escaparate de la Quinta Avenida. Pero estuvieran donde estuvieran, era como la burlesca voz de la sirena del Paganismo o del Mediterráneo. Y entonces, repentinamente, la vista de todas estas cosas parecía alterarle, como la tranquilidad de un espejo se alteraría con el paso, breve y fugaz, de una figura; se dio cuenta de que toda la sala estaba llena de presencias desafiadoras. Volviose rápidamente y con cierta resistencia, percatándose de que estaba frente a la famosa Hypatia, acerca de la cual había leído y oído tanto durante muchos años.

Hypatia Potter, de soltera Hard, era una de esas personas a las cuales la palabra «radiante» debe serles aplicada definitiva y a la vez derivadamente. Esto es, ella consentía en irradiar lo que los periodistas llamaban «su personalidad». Hubiera sido igualmente bella y algo más atractiva si se hubiese reprimido. Pero ella había sido educada en la creencia de que contenerse era solamente egoísmo. Hubiera dicho que era perderse a sí misma para el Servicio: quizá fuera verdad decir que ella se había sostenido a sí misma para el Servicio.

Sus estelares ojos azules herían realmente en el sentido en que la vieja metáfora hace de las miradas verdaderos dardos de Cupido, que matan a distancia. Pero con una abstracta concepción de conquista, más allá de la mera coquetería. Su cabello rubio pálido, arreglado como el nimbo de un santo, tenía un brillo de radiación eléctrica. Y cuando ella supo que el desconocido que tenía delante era el señor Agar Rock, del *Meteor* de Mineápolis, sus ojos tomaron el aspecto de reflectores de largo alcance, barriendo el horizonte de los Estados. Pero ahora la dama estaba equivocada, como algunas veces lo estaba. Porque Agar Rock no era Agar Rock, del *Meteor* de Mineápolis. En este momento era meramente Agar Rock; había surgido en él un grande y sincero impulso moral por encima de su tosco coraje de periodista. Un sentimiento profundamente mezclado de una caballerosa y nacional sensibilidad hacia la belleza, y una instantánea comezón de acción moral, de una especie cualquiera, lo cual también era nacional, le dio fuerza y nervio para afrontar una gran escena. Y para librarse de un noble insulto, recordó la Hypatia original, el bello neoplatonismo, y cómo se había sentido impresionado, como un muchacho, por la historia de

Kingsley, en la cual un joven monje la acusa de prostitución e idolatría. Con férrea gravedad la confrontó con aquella y dijo:

—Perdóneme, señora; desearía hablar con usted en privado.

—Bien —repuso ella recorriendo la sala con su espléndida mirada—. No sé si considera usted esta sala como privada.

Rock miró también alrededor del salón y no pudo ver otro signo de ser viviente que los naranjos, si se exceptúa algo parecido a una seta negra y que él reconoció como el sombrero de algún cura indígena que fumaba estúpidamente un cigarro negro del país; inactivo como un vegetal. Miró por un momento aquel semblante pesado e inexpresivo, sin otra cosa que la rudeza de campesino que tan a menudo tienen los sacerdotes en los países latinos y especialmente en la América española.

Y bajó la voz riendo levemente.

—Me imagino que este padre mexicano no conoce nuestro idioma —dijo —. Me sorprendería que ese símbolo de la holgazanería supiese otro idioma que no fuera el propio. ¡Oh!, yo no juraría que es mexicano; debe ser cualquier cosa, un indio mestizo o un negro supongo. Pero respondo de que no es americano.

—Soy inglés y mi nombre es Brown —dijo el sacerdote levantándose—. Pero permítame dejarles a ustedes si desean estar solos.

—Si usted es inglés —dijo Rock acaloradamente—, debe de tener un cierto instinto nórdico para protestar contra este desatino. Bien, baste con decir que me encuentro en situación de testimoniar que hay aquí un sujeto completamente peligroso rondando por estos lugares; un sujeto alto, con una capa, como en los viejos retratos de poetas locos.

—Bueno, no adelantamos gran cosa con esto —dijo el sacerdote suavemente—. Muchas gentes de por aquí usan esas capas ya que a menudo, después de la puesta del sol, se enfría la temperatura.

Rock le lanzó una oscura mirada repleta de duda. Sus sospechas de lo que simbolizaban los sombreros con forma de seta y los claros de luna habían desaparecido.

—No era solamente la capa —gruñó—, sino que era, en parte, la manera de llevarla puesta. Todo el aspecto del sujeto era teatral, bajo su maldita y teatral buena apariencia. Si usted, señora, me lo permite, le aconsejaría decididamente que no tuviera tratos con él, si viene aquí a molestarla. Su esposo ha ordenado ya al personal del hotel que evite su presencia.

Hypatia dio un paso y con un desusado ademán se cubrió la cara con las manos, introduciendo los dedos entre sus cabellos. Pareció que temblaba a

causa de los sollozos, pero se repuso a tiempo y estos se cambiaron en una especie de risa salvaje.

—¡Oh!, son todos ustedes muy graciosos —dijo de una manera desacostumbrada en ella. Cabizbaja y precipitándose hacia la puerta, desapareció.

—Un poco histérica cuando ríe así —dijo Rock, incomodado. Entonces, volviéndose hacia el pequeño sacerdote, añadió—: Si, como dice, es usted inglés, debe estar de mi parte contra esos *dagos*. ¡Oh!, no soy uno de esos que hablan con desdén acerca de los anglosajones. Pero existe algo que es la historia.

—En efecto —repuso el padre Brown—. Así usted sabrá que, gracias a estos *dagos*, el pueblo anglosajón es un pueblo civilizado.

Otra vez se despertó en la mente del otro la exasperante sensación de que su interlocutor estaba jugando con él de un modo desleal, secreto y evasivo. Y rápidamente se confesó su fracaso en contenerle.

—Bien, existió un *dago* y posiblemente un *wop* llamado Julio César —dijo el padre Brown—. Fue más tarde muerto a puñaladas; ya sabe usted que esos *dagos* usan siempre puñales. Y hubo otro llamado Agustín, el cual trajo el cristianismo a nuestra pequeña isla; y realmente yo no creo que hubiéramos tenido una gran civilización sin esos otros dos.

—Sin embargo, todo eso es historia antigua —dijo un poco irritado el periodista—, y estoy mucho más interesado por la historia moderna. Lo que yo veo es que esos bergantes traen el paganismo a nuestro país y destruyen todo lo que hay en él de cristianismo, destruyendo también todo el buen sentido que poseemos y todas las estables costumbres, el sólido orden social, todas esas maneras con las cuales los hombres del campo que fueron nuestros padres y nuestros abuelos se arreglaban para vivir en el mundo. Fundido todo en un caliente amasijo por sensaciones y sensualidades a propósito de estrellas del cine, que se divorcian todos los meses. Y haciendo creer a cada muchacha tonta que el matrimonio es el camino para llegar a divorciarse.

—Tiene usted razón —dijo el padre Brown—. Naturalmente, estoy en todo de acuerdo con usted. Pero debe usted hacer algunas concesiones. Tal vez estas gentes del sur son un poco propensas a esa clase de faltas. Debe recordar que los del norte tienen otra clase de pecados. Puede ser muy bien que estos devaneos animen a las gentes a dar demasiado valor e importancia a la simple novela…

Toda la íntegra indignación de la vida de Agar Rock se alzó en su interior al oír aquella palabra.

—Odio la novela —afirmó golpeando en la mesita que tenía delante—. He combatido en los periódicos para los cuales he trabajado, durante cuarenta años, contra esa droga infernal. El hecho de que un pillo cualquiera huya precipitadamente con una moza de mostrador es presentado como una escapatoria romántica o algo así. Y ahora mismo, nuestra Hypatia Hard, hija de una familia decente, puede verse hundida en un desdichado caso de divorcio romántico, que sería trompeteado por todo el mundo como algo tan feliz como una boda de reyes. Ese loco de Romanes está rondándola, y adivine el resplandor que le seguiría, como si fuera cualquier *dago* corrompido llamado «gran amante» en las películas. Lo vi ahí fuera y tiene las facciones regulares de un héroe en la pantalla. Mis simpatías están ahora con la decencia y el sentido común. Están por el pobre Potter, un sencillo y honrado comisionista de Pittsburgh, que cree tener derecho a poseer su propio hogar. Y por ello lucha. Le he oído amonestando a la Dirección y ordenando que impidan la entrada de ese granuja, y con razón. La gente de aquí parece una partida de astutos y escurridizos; pero me figuro que ya les ha metido el temor de Dios en el cuerpo.

—Realmente —dijo el padre Brown—, estoy de acuerdo con usted acerca de la Dirección y del personal de este hotel. Pero usted no debe juzgar del mismo modo a todos los mexicanos. Me imagino que el caballero de quien me habla no solo los habrá amonestado, sino que les habrá repartido una cantidad suficiente para tener a su lado a todo el personal. Los he visto vigilando en las puertas y hablándose en voz baja con gran excitación. A propósito: su sencillo y honrado amigo parece tener mucho dinero.

—No dudo que sus negocios marchan muy bien —dijo Rock—. Indudablemente posee un gran talento para los negocios. ¿Qué quiere usted decir?

—Me imaginé que le sugeriría otra idea —dijo el padre Brown, y, levantándose con una cortesía un poco pesada, salió de la sala.

Aquella tarde, durante el almuerzo, Rock observó a Potter muy cuidadosamente y adquirió algunas nuevas impresiones, aunque ninguna que perturbara su profundo sentido del peligro que probablemente amenazaba la paz del hogar de Potter. Potter valuaba (por sí mismo) cualquier estudio hecho de cerca. Aunque, en principio, el periodista le había calificado de hombre prosaico y sencillo, era un placer ir reconociendo líneas refinadas en aquel que consideraba como héroe o víctima de una tragedia. Potter tenía en realidad una cara más bien pensativa y distinguida, aunque preocupada y en ocasiones petulante. Rock tuvo la impresión de que aquel hombre estaba

recobrándose después de una enfermedad; su cabello marchito era claro y largo, como si últimamente lo hubiese descuidado, y su barba, un poco rala, producía la misma impresión. Ciertamente, habló solo una o dos veces a su esposa en un tono mordaz y cortante, conversando a propósito de algunos productos de farmacia y diversos detalles relacionados con la digestión; pero su real preocupación concernía, indudablemente, al peligro de fuera. Su esposa jugaba con él, de una manera espléndida y algo condescendiente, el papel de paciente Griselda; pero sus ojos miraban también continuamente hacia las puertas y cerraduras, con cierto temor a una invasión. Rock tenía buenas razones para creer, después de las palabras de Hypatia, que su miedo había desaparecido, dejando en ella solo una sombra de temor.

Fue a medianoche cuando el extraordinario suceso ocurrió. Rock, creyendo que era el último en ir a acostarse, quedó sorprendido al encontrar al padre Brown levantado, leyendo plácidamente un libro bajo un naranjo del salón. Le devolvió el saludo sin más palabras; ya tenía el periodista el pie en el primer peldaño de la escalera cuando, de pronto, la puerta del exterior saltó de sus goznes, bamboleándose y rechinando bajo los golpes dados desde fuera; y se oyó una fuerte voz, más ruidosa que los mismos golpes, pidiendo entrar. Desde luego, el periodista estaba seguro de que aquellos golpes habían sido dados con el mango de un bastón de montaña. Miró hacia la oscura planta baja, vio a los criados del hotel deslizarse para comprobar si todas las puertas estaban cerradas y cuidando de no abrir ninguna. Entonces, lentamente, subió a su habitación y sentose, furioso, a escribir su reportaje.

Describió el sitio del hotel, su ambiente demoníaco, su lujo miserable, las alusivas evasiones del sacerdote y, por encima de todo esto, la terrible voz, semejante a la de un lobo que vagara alrededor de la casa. Mientras escribía oyó un nuevo sonido y se puso de pie de un salto. Era un largo y repetido silbido, al que odió doblemente, porque era como la señal del conspirador y la llamada amorosa de un pájaro. Después siguió un profundo silencio, durante el cual permaneció sentado y rígido; de pronto se levantó bruscamente, porque acababa de escuchar un nuevo ruido. Era un débil zumbido seguido de un golpe seco. Estaba casi seguro de que habían tirado algo contra la ventana. Bajó las escaleras sofocado, hacia la sala, que ahora se encontraba oscura y desierta, o casi desierta, ya que el sacerdote permanecía aún allí, sentado al pie del pequeño naranjo. Continuaba leyendo su libro, iluminado por una lámpara baja.

—Parece que se acuesta usted tarde —dijo ásperamente Rock.

—Me he vuelto muy disipado —repuso el padre Brown con una ancha sonrisa— leyendo *Economistas de la usura* a altas horas de la noche.

—Todo está cerrado —dijo Rock.

—Verdaderamente, todo cerrado —replicó Brown—. Su amigo, el de la barba, parece haber tomado todas las precauciones. A propósito: su amigo es un poco impetuoso; pensé que estaba algo enojado a la hora del almuerzo.

—Naturalmente —gruñó el otro—. Sí, él piensa que los salvajes, en este país salvaje, están aquí para destruir la vida de su hogar.

—Sería mucho mejor —dijo el padre Brown— que un hombre procurara hacer amable por dentro la vida de su hogar mientras la protege de las cosas de fuera.

—¡Oh!, ya sé que inventará usted toda clase de excusas casuísticas —dijo el otro—. Puede que él sea más bien rudo con su esposa, pero tiene el derecho de su parte. Oiga, usted me parece un perro sagaz. Me figuro que sabe un poco más de lo que dice acerca de ese hombre. ¿Qué demonios pasa en este lugar infernal? ¿Por qué está usted toda la noche levantado observando?

—Bien —dijo el padre Brown pacientemente—, pensé que mi dormitorio podría necesitarse.

—¿Necesitarlo quién?

—A decir verdad, la señora Potter necesitaba mi dormitorio —explicó el padre Brown con claridad—. Le di el mío porque se puede abrir la ventana. Vaya a verlo si así lo desea.

—Veré otra cosa antes —dijo Rock rechinando los dientes—. Puede usted seguir con sus jugarretas de mono en esta jaula, pero yo aún estoy en contacto con la civilización.

Se precipitó dentro de la cabina del teléfono y sacó sus papeles refiriendo toda la historia del malvado sacerdote que ayudaba al malvado poeta. Después corrió al dormitorio del sacerdote, donde aquel acababa de encender una candela, mostrando a los de afuera las ventanas abiertas de par en par. Llegó justamente a tiempo para ver descolgar una especie de tosca escala de cuerda del antepecho de la ventana, recogida desde abajo por un caballero que reía, acompañado de una rubia y también risueña dama. Esta vez el señor Rock no pudo ni siquiera confortarse llamándola con su histérica risa. Era perfectamente natural y resonaba allí abajo, en los errantes caminos del jardín. Ella y su trovador desaparecieron entre los oscuros matorrales.

Agar Rock se volvió hacia su compañero con expresión furibunda y terrible:

—Bien, toda América se enterará de esto —dijo—. Hablando sin ambages, usted le ayudó a que se fugase con su amante, ese individuo del cabello rizado.

—Sí —dijo el padre Brown—, la he ayudado a escapar con ese individuo del cabello rizado.

—¿Y usted se llama a sí mismo un ministro de Jesucristo? —gritó—. ¡Y se jacta de un crimen!

—Felizmente por una vez esta es una historia sin crimen. Es —dijo el sacerdote con amabilidad— un sencillo idilio al amor de la lumbre. Y que acaba con un calorcillo doméstico.

—Acaba con una escala de cuerda en vez de una cuerda de ahorcado —dijo Rock.

—¡Oh, sí! —dijo el padre Brown.

—¿No debiera estar al lado de su esposo? —preguntó Rock.

—Ella está con su esposo —dijo el sacerdote.

—Miente usted —dijo Rock con rabia—. El pobre hombre está aún roncando en la cama.

—Parece usted saber mucho acerca de sus costumbres privadas —dijo el padre Brown de un modo dolorido—. Debiera escribir la vida de «Un hombre con una barba». La única cosa que no parece haber averiguado acerca de él es su nombre.

—¡Qué tontería! —repuso Rock—. Su nombre está en el registro del hotel.

—Ya sé que está —contestó el sacerdote moviendo la cabeza gravemente—, con una ancha escritura, el nombre de Rudel Romanes. Hypatia Potter, que se encontró con él aquí, escribió atrevidamente su nombre debajo cuando ella se proponía fugarse con él. Y el marido, al llegar hasta aquí persiguiéndolos, escribió el suyo junto al de ella, a modo de protesta. Entonces Romanes (que tiene el dinero a montones y como un popular misántropo desdeña a los hombres) sobornó a esos brutos del hotel para barrear las puertas, correr los cerrojos y dejar fuera al legítimo esposo. Y yo, como ciertamente sabe, le ayudé a entrar.

Cuando a un hombre le dicen algo que vuelve el mundo de arriba abajo —que el rabo menea al perro, que el pez coge al pescador o que la Tierra gira alrededor de la luna—, duda algún tiempo antes de decidirse a preguntar seriamente si es verdad. Y aun se contenta con su conocimiento interior, opuesto a la verdad. Rock dijo:

—¿Alude usted a que ese pequeño sujeto es el romántico Rudel, de quien tanto se ha leído, y que el sujeto del cabello ondulado es el señor Potter, de Pittsburgh?

—Sí —dijo el padre Brown—, lo sospeché en cuanto les eché la vista encima. Pero lo comprobé después.

—Es posible que tenga usted razón. Pero ¿cómo pudo llegar a esa noción ante el aspecto de los hechos?

El padre Brown parecía un tanto confuso; se hundió en la silla, mirando fijamente al vacío, hasta que una débil sonrisa fue apareciendo en su cara redonda y un poco estúpida.

—Bueno —dijo—. ¿Ve usted? La verdad es que yo no soy romántico.

—No sé qué diablos es usted —repuso Rock ásperamente.

—Ahora es usted romántico —añadió el padre Brown servicial—. Por ejemplo: ve a alguien con un aspecto poético y usted enseguida presume que es un poeta. ¿Es que sabe qué aspecto tienen la mayoría de los poetas? Una extravagante confusión crea, a principios del siglo XIX, la coincidencia de tres aristócratas muy bien parecidos: Byron, Goethe y Shelley. Créame, ordinariamente, un hombre puede muy bien escribir: *La belleza ha posado sus bellos labios en los míos*, o cualquier otra cosa por el estilo, sin ser él mismo particularmente bello. Además, ¿ha reparado cuán envejecido está generalmente un hombre cuando su fama ha llenado el mundo? Watt pintó a Swinburne con la cabellera como un nimbo, pero Swinburne era calvo antes de que la mayor parte de sus admiradores de América o de Austria hubieran oído hablar de sus ojos color de jacinto. Lo mismo ocurre con D'Annunzio. Es un hecho que Romanes posee aún una bella cabeza, como usted puede comprobar si lo mira atentamente. Parece un intelectual y lo es. Desgraciadamente, como otros muchos intelectuales, es un loco. Ha llegado a la madurez con egoísmo y alborotando a propósito de su digestión. Por eso, esta ambiciosa dama americana, que pensaba que fugarse con un poeta era algo así como subir al Olimpo con las nueve Musas, se encontró un día con que era demasiado para ella. Así, cuando su esposo llegó en su busca y asaltó la plaza, ella estaba encantada de volver a su lado.

—Pero su marido… —inquirió Rock—. Estoy todavía un poco perplejo acerca de su marido.

—¡Oh! Usted ha leído demasiadas novelas eróticas modernas —dijo el padre Brown. Y bajó la vista contestando a la mirada de protesta del otro—. Conozco muchas historias que empiezan con una bella impetuosa que se casa con un porquero mayor de edad. Pero ¿por qué? En esto, como en otras

muchas cosas, las novelas modernas son el reverso de lo moderno. Yo no digo que no suceda nunca, pero apenas sucede, excepto cuando es por su propia culpa. Las chicas de hoy se casan con quien les parece, especialmente las chicas como Hypatia. ¿Y con quién se casan? Una preciosa muchacha como esta debe tener una corte de admiradores, y ¿a quién escoger? La probabilidad es de uno contra cien de que ha de casarse muy joven, y escogerá para ello al hombre más apuesto que conozca en el baile o el tenis. Ahora bien, los hombres de negocios son ordinariamente apuestos. Un joven dios, llamado Potter, apareció, y a ella le tuvo sin cuidado que fuera corredor de comercio o salteador. Pero, dando un rodeo, debe usted admitir que es más probable que fuera un corredor de comercio y también que es completamente aceptable que fuera llamado Potter. ¿Ve usted? Es tan incurablemente romántico que todo su caso se fundó en la idea de que un hombre como un joven dios no se puede apellidar Potter. Créame, los nombres no están distribuidos con tanta propiedad.

—Bueno —repuso el otro después de una corta pausa—, ¿qué supone que pasará después de todo esto?

El padre Brown se levantó bruscamente del asiento en que se había desplomado. La luz de la vela arrojó la sombra de su corta figura sobre las paredes y el techo, dando la extraña impresión de que el equilibrio de la habitación había sido alterado.

—¡Ah! —refunfuñó—. Ahí está el diablo. El verdadero diablo. Mucho peor que los antiguos demonios de la selva. Usted creía que solo trataba de investigar un caso en vista de los modos disolutos de estos hispanoamericanos… Y lo singular en usted —y le guiñó como un búho, a través de sus lentes— es que en cierto sentido tiene razón. Usted habla mal de las novelas. Yo me aventuro a combatir aquellas que son genuinamente morales (tanto más porque son precisamente pocas), dejando aparte los fogosos primeros días de la juventud. Yo digo: no más Amigos Intelectuales, no más Uniones Platónicas; dejar las Máximas Leyes de la Autobservación y todo el resto y correré los riesgos naturales de mi trabajo. No preocuparse del amor que no es amor sino solo orgullo, y vanagloria, publicidad y lodo. Y entonces nos aventuraremos a combatir el amor que es amor cuando debe ser combatido de la misma manera que es concupiscencia y lujuria. Los sacerdotes saben que los jóvenes tienen pasiones, como los médicos saben que pueden tener el sarampión. Pero Hypatia Potter está en la cuarentena, si lleva bien la cuenta, y no siente más interés por su poeta que si él fuese su librero o su agente de publicidad. Esta es la cuestión. Era su agente de

publicidad. Son vuestros periódicos los que la han arruinado. Vive deslumbrada. Está deseando verse en grandes titulares, aunque sea en un escándalo, si este es suficientemente psíquico y superior. Está deseando ser George Sand, con su nombre inmortalmente enlazado al de Alfredo de Musset. Cuando la real novela de su juventud había terminado, fue el pecado de la edad intermedia el que la apresó; el pecado de la ambición intelectual. No tiene ningún intelecto notable, pero no hace falta intelecto para ser intelectual.

—He de decir de ella que, en un aspecto, es bastante inteligente —observó Rock con gravedad.

—Sí, en un solo aspecto: en el de los negocios. No es ningún aspecto que tenga nada que ver con estos holgazanes, los *dagos* de aquí. Usted maldice a las estrellas del cine y afirma que odia la novela. ¿Supone acaso que la estrella del cine que se casa por quinta vez ha sido desencaminada por alguna novela? Esa gente es muy práctica, mucho más práctica que usted. Dice que admira al sencillo y sólido hombre de negocios. ¿Cree usted que Rudel Romanes no es un hombre de negocios? ¿No puede usted ver que él conocía, tan bien como ella, las ventajas de la publicidad de su último gran asunto con la famosa belleza? También sabía lo insegura que era su presa; de aquí su alboroto y el soborno de los criados para cerrar las puertas. Pero lo que pretendo decir, desde el principio hasta el fin, es que hubiera habido menos escándalo si las gentes no idealizaran el pecado y no confundieran a los pecadores. Estos pobres mexicanos puede parecer a veces que viven como bestias o más bien que pecan como hombres, pero no buscan ideales… Usted debe concederles esto por lo menos. —Se sentó otra vez, tan bruscamente como se había levantado, riendo apopléticamente—. Bien, señor Rock —dijo—, esta es mi confesión completa. Toda la horrible historia de cómo yo contribuí a una romántica fuga. Puede hacer de ella el uso que quiera.

—En este caso —repuso Rock levantándose—, iré a mi cuarto para hacer algunas modificaciones en mi reportaje. Pero, ante todo, debo telefonear a mi periódico y decirles que les he estado explicando una sarta de mentiras.

No había transcurrido mucho más de media hora desde que telefoneó para decir que el sacerdote estaba ayudando al poeta a escapar con la dama cuando volvió a telefonear para decir que el sacerdote había impedido al poeta hacer precisamente aquello. Mas, en este corto intervalo de tiempo, nació, creció y se esparció a todos los vientos el escándalo del padre Brown. La verdad está todavía media hora detrás de la calumnia y nadie puede estar cierto de cuándo y dónde la alcanzará. La locuacidad de los periódicos y la ansiedad de los

enemigos propagó la primera historia, incluso antes de imprimirse la versión. Fue instantáneamente corregida y desmentida por el mismo Rock en el segundo mensaje estableciendo cómo acabó realmente la historia; pero no creo de ningún modo cierto que la primera historia hubiese muerto. Positivamente un increíble número de gentes parecía haber leído la primera edición del periódico y no la segunda. Una y otra vez en cada esquina del mundo, como una llama surgiendo de las ennegrecidas cenizas, aparecía la vieja historia del escándalo del padre Brown. «Un sacerdote arruina el hogar de Potter». Incansables apologistas del bando del sacerdote velaban por él, ordenando pacientemente contradicciones, manifiestos y cartas de protestas. Algunas veces las cartas se publicaban en los periódicos y otras no. Pero nadie supo cuántas personas leyeron o escucharon la primera versión de la historia sin enterarse de la segunda, que la desmentía. Hubiera sido posible encontrar una gran masa de cándidas gentes que pensaron que el escándalo mexicano era el reportaje corriente de un incidente histórico como el Gran Complot de la Pólvora. Entonces alguien ilustraría a estas gentes sencillas solamente para descubrir que la historia empezaba de nuevo entre aquellas pocas personas bien educadas, que parecía habían de ser las últimas en dejarse engañar por ello. Y así los dos padres Brown continuaron, para siempre, dándose caza uno al otro alrededor del mundo; el primero, un vergonzoso criminal que huía de la justicia; el segundo, un mártir abatido por la calumnia con un halo de rehabilitación. Pero ninguno de ellos se parece al auténtico padre Brown, que no está nada abatido, que va renqueando con su sólido paraguas a través de la vida, deleitando a la mayor parte de las gentes con ella, aceptando el mundo como un compañero, pero nunca como un juez.

EL RÁPIDO

La extraña historia de los dos incongruentes desconocidos es recordada todavía a lo largo de la costa de Sussex, donde, mirando desde el mar, aparece entre sus jardines el amplio y tranquilo hotel llamado Maypole y Garland. Uno de ellos, visible a la luz del sol desde toda la costa, llevaba un turbante de un verde lustroso, rodeando un semblante moreno y una barba negra; el otro habría parecido a cualquiera aún más extravagante y extraordinario por llevar un sombrero de clérigo, blanco y negro, un bigote amarillo y una cabellera del mismo color, larga como la de un león. Este último había sido visto a menudo predicando en los arenales y dirigiendo los servicios de la Banda de la Esperanza con una pequeña pala de madera; sin embargo, jamás se le vio entrar en el bar de un hotel. La llegada de estos singulares compañeros constituye el clima de la historia, pero no su comienzo. Y, en la intención de esclarecer esta misteriosa historia, creemos que lo mejor es empezar por el principio. Media hora antes de entrar en el hotel aquellas dos vistosas figuras —lo que vio todo el mundo—, otras dos figuras nada conspicuas habían entrado sin que nadie lo advirtiera. Una de estas era un hombre grueso, apuesto y recio, que tenía la habilidad de ocupar poco espacio. Solo un suspicaz examen de sus botas hubiera advertido a todos que era un inspector de policía; vestía con extremada sencillez. El otro era un común e insignificante hombrecillo, también vestido sencillamente, solo que daba la casualidad de que aquellos vestidos eran clericales; pero nadie le había visto predicando en la arena.

Estos viajeros se encontraron, por una razón que determinó los sucesos de aquella tarde trágica, en una especie de ancho fumador: en un bar. La verdad es que este respetable hotel llamado Maypole y Garland lo estaban rehaciendo. Aquellos a quienes les había gustado en otros tiempos se inclinaban a decir que estaba siendo deshecho o posiblemente hecho de nuevo. Esta era la opinión del gruñón local, el señor Raggley, el viejo caballero excéntrico que bebía coñac en un rincón mientras maldecía. El caso es que el local estaba siendo cuidadosamente saqueado de todas sus características de otros tiempos, cuando era una posada inglesa, y se convertiría rápidamente, patio por patio y habitación por habitación, en algo parecido a un simulacro de palacio de un usurero levantino en una película americana. En una palabra, estaba siendo decorado, pero la sola parte donde

la decoración era completa y donde los clientes podían estar cómodos era esta amplia habitación, la principal después del salón de entrada. En un tiempo había sido honorablemente conocido por «Bar de la Conversación», y ahora era misteriosamente conocido por «Salón de Descanso». Había sido decorado de nuevo a la manera de un diván asiático. Porque el ornamento oriental entraba en el nuevo plan, y donde habían estado escopetas colgando de un garfio, estampas deportivas y un disecado pez en una vitrina, había ahora festones de ropajes del Este, trofeos orientales, cimitarras, tulwars y yataganes, como una inconsciente preparación de la llegada del personaje del turbante. Lo evidente, no obstante, es que los pocos clientes que llegaban tenían que ser conducidos a este salón de descanso, barrido y adornado, porque las más regulares y refinadas partes del hotel estaban todavía en estado de transición. Esta era quizá la razón por la cual aquellos pocos clientes se veían algo desatendidos, estando el director y los demás ocupados en dar órdenes y explicaciones por todos los rincones. En fin, los dos primeros viajeros que llegaron tuvieron que esperar algún tiempo antes de que los atendiesen. En este momento el bar estaba enteramente vacío y el inspector llamó golpeando impaciente en el mostrador, pero el sacerdote se había dejado caer en un sillón y parecía no tener prisa alguna. Su amigo el policía volviose hacia él y vio que el redondo semblante del pequeño clérigo se había turbado como si estuviera a punto de hacer algo. Contemplaba absorto a través de sus lentes, semejantes a la luna, la pared recién decorada.

—Puedo ofrecerle un penique por sus pensamientos —dijo el inspector Greenwood volviendo del mostrador y exhalando un suspiro— ya que nadie parece querer mis peniques. Por lo visto esta es la única habitación que no está llena de escalas de cuerda ni de yeso y está tan desierta que no hay siquiera un camarero para servirme un vaso de cerveza.

—¡Oh!…, mis pensamientos no valen un penique, y no se preocupe por su vaso de cerveza —respondió el clérigo limpiando sus anteojos—. No sé por qué… pero estaba pensando lo fácil que sería cometer un crimen aquí…

—Todo está a punto para usted, padre Brown —contestó el inspector bromeando—. Usted ha tenido la suerte de tropezar con muchos asesinos en su vida. Nosotros, en cambio, pobres policías, andamos toda la vida afanándonos tras uno. ¡Oh, ya comprendo! Estaba usted mirando esas dagas turcas. Lo que quiso usted decir es que hay muchas cosas aquí con que cometer un crimen. Pero no más que en cualquier cocina, con sus cuchillos para trinchar, las tenazas, etc., porque, ¿qué no sirve para ello? ¿Qué cosa deja de utilizarse cuando el deseo del crimen aparece?

El padre Brown pareció concentrar sus dispersos pensamientos en un punto y asintió a lo dicho por su amigo, que continuó diciendo:

—Asesinar es siempre fácil. No es posible que se encuentre nada más fácil que cometer un crimen. En este mismo momento me sería más fácil asesinarle a usted que lograr un vaso de este maldito bar. La única cosa difícil es cometer un crimen sin convertirse uno mismo en un criminal. Es la timidez de poseer un crimen, es esa tonta modestia de los asesinos a propósito de sus obras maestras lo que lo hace difícil. Se adhieren a la idea de matar a las gentes sin ser descubiertos; y eso es lo que les contiene hasta en un lugar lleno de dagas. De otra manera, cualquier cuchillería podría ser un montón de cadáveres. Y esto, precisamente, explica una clase de crímenes que no pueden ser previstos. Por lo cual, nosotros, pobres «polis», somos censurados por no evitarlos.

Antes de que el sacerdote pudiera replicar, un alegre tropel de hombres con maletas se lanzó dentro de la sala como una bandada de marsopas, y el magnífico bramido de un grueso y radiante personaje, con un igualmente grueso y radiante alfiler de corbata, atrajo al vehemente y obsequioso director, sonriendo, como el perro al silbido, con una rapidez que el policía, con su sencillo traje, no lograra inspirar nunca.

—Realmente lo siento mucho, señor Jukes —dijo el director con una extraña sonrisa, mientras un rizo de pelo brillantísimo caía sobre su frente—. Estamos algo desorganizados ahora y he de atender a cada cosa, señor Jukes.

El señor Jukes era magnánimo pero de un modo ruidoso ordenó que sirvieran de beber a todos, hasta al casi vil director. El señor Jukes era viajante de una firma de vinos y licores famosísima y muy de moda. Y pudo haberse concebido a sí mismo como legalmente jefe y guía en aquel sitio. Como quiera que sea, empezó un violento monólogo, tendiendo más bien a explicar al director la forma de llenar un hotel; los otros parecían aceptarlo como una autoridad. El policía y el clérigo se retiraron al fondo donde había un banco bajo y una mesa pequeña, y desde allí observaron los sucesos hasta el notable momento en que el policía tuvo que intervenir decididamente.

La primera cosa que aconteció, y que ha sido ya narrada, fue la asombrosa aparición del hombre asiático de tez morena cubierto con un turbante verde y acompañado de la no menos asombrosa aparición del pastor no conformista, tal como aparece el presagio antes del siniestro. En este caso no había duda sobre la evidencia del portento. Desde el taciturno pero observador muchacho que fregaba la escalera hacía ya una hora hasta el oscuro, grasiento y

voluminoso encargado del bar y el diplomático y distraído director, todos testificaron el milagro.

Las apariciones, como dicen los escépticos, se deben a causas naturales. El hombre de la crin amarilla y del traje semiclerical no era solo conocido como predicador en los arenales, sino también como propagandista a través del mundo moderno. Era nada menos que el reverendo David Pryce Jones, cuyo más resonante tópico era «Prohibición y purificación para nuestro país y para los británicos de más allá de los mares». Era un excelente orador y organizador público y se le había ocurrido una idea que debía habérsele ocurrido a los prohibicionistas desde mucho tiempo antes. Era la simple idea de que, si la prohibición es justa, se le debe algún honor al profeta que había sido tal vez el primer prohibicionista. Había coincidido con los rectores del pensamiento religioso mahometano, y finalmente indujo a un distinguido musulmán (uno de cuyos nombres era Akbar y el resto un intraducible aullido de Alá con atributos) a venir y profesar en Inglaterra acerca del antiguo veto musulmán al vino. Ciertamente ninguno de ellos había estado antes en una taberna. Habían venido ahora, por el proceso ya descrito, traídos desde la amable sala de té y guiados hasta el recién decorado salón. Probablemente todo hubiera marchado bien si el gran prohibicionista, en su inocencia, no se hubiese adelantado hacia el mostrador y pedido un vaso de leche.

Los viajantes, aunque de raza benigna, emitieron involuntarios gemidos de dolor. Se oyó un murmullo ahogado de chanzas, como: «Ojo al tazón», o «Mejor sacar la vaca». Pero el magnífico señor Jukes, sintiendo que debía, por su opulencia y su alfiler de corbata, producir un humor más refinado, se abanicó como si fuera a desvanecerse y dijo patéticamente: «Saben que pueden rematarme de un plumazo, y saben que un ligero soplo puede tumbarme; saben que el doctor me ha dicho que no estoy para esos choques. Y vienen y beben así, a sangre fría, leche fría ante mis propios ojos».

El reverendo David Pryce Jones, acostumbrado a tratar con los controversistas de las asambleas públicas, era tan imprudente como para aventurarse a censurar y recriminar en un sitio tan distinto, de ambiente más popular. El abstemio oriental se abstuvo de hablar de los licores; y, ciertamente, haciéndolo así, ganaba en dignidad. En cierto modo la cultura musulmana se apuntó una victoria silenciosa. Era evidentemente más caballeroso que el caballero comerciante, en el que se evidenciaba una débil irritación contra su aristocrático distanciamiento. Y cuando el señor Pryce Jones empezó a argumentar a propósito, la tensión se agudizó mucho.

—Os pregunto, amigos míos —dijo el señor Pryce Jones, accionando como si estuviese en un escenario—, por qué nuestro amigo nos encajó, a nosotros, cristianos, un ejemplo de verdadero autodominio y hermandad cristiana. ¿Por qué permanecer aquí como modelo de verdadera cristiandad, de real refinamiento, de genuinamente caballerosa conducta, aquí, en medio de las pendencias y tumultos propios de lugares como estos? Porque cualesquiera que sean las diferencias doctrinales que haya entre nosotros, al menos en el fondo, la planta del mal, la maldita cerveza o el vino, nunca…

En este momento crucial de la controversia, John Raggley, el borrascoso adalid de cientos de borrascosas controversias, el del semblante enrojecido, cabello canoso y anticuado sombrero alto echado hacia atrás, entró en la casa semejante a un ejército invasor.

John Raggley, considerado por todos como un chiflado, era de la especie de los que escriben cartas a los periódicos, cartas que generalmente no se publican. Pero que después aparecen como panfletos, impresos a costa suya y circulan a través de cientos de papeleras. De este modo había combatido a los señores *tories* y al municipio radical; odiaba a los judíos y recelaba de casi todo lo que se venda en las tiendas y los hoteles. Pero las chifladuras se apoyaban en los hechos. Conocía todos los detalles curiosos del distrito y, además, era un observador agudo. Hasta el mismo director, un tal señor Wills, sentía un oscuro respeto por el señor Raggley porque tenía buen olfato para esta suerte de lunatismo consentido entre la gente bien. Desde luego, este respeto no era la postrada reverencia que manifestaba por la jovial magnificencia del señor Jukes, que era muy apreciable para el negocio, sino, por lo menos, una disposición para evitar disputas con el viejo gruñón, debida tal vez al miedo a su lengua.

—¿Desea lo de costumbre, señor? —dijo el señor Wills inclinándose y mirando de soslayo por encima del mostrador.

—Es esta la única droga decente que tiene —comentó bufando el señor Raggley y sobre el mostrador golpeaba con su singular y anticuado sombrero —. ¡Maldito sea! A veces pienso que lo único inglés que queda en Inglaterra es el aguardiente de cerezas. Este licor tiene gusto a cerezas. ¿Pueden encontrarme alguna cerveza que sepa a lúpulo, o alguna sidra a manzanas, o algún vino que tenga ni la más remota indicación de que fue hecho con uvas? Prosigue en todas las tabernas del país una infernal estafa que en otro sitio cualquiera hubiese promovido una revolución. He descubierto más de dos cosas acerca de esto; puedo decírselo. Espere que pueda imprimirlo y las

gentes se pondrán en pie. Si pudiera evitar que nuestros compatriotas dejaran de envenenarse con todas estas malas bebidas…

El reverendo David Pryce Jones mostró de nuevo cierta falta de tacto, aunque era una virtud que él casi adoraba. Fue tan poco juicioso que intentó establecer una alianza con el señor Raggley, por una sutil confusión entre la idea de las malas bebidas y la de que beber es malo. Una vez más se esforzó en arrastrar a su inflexible e imponente amigo oriental a la argumentación, como extranjero refinadamente superior a nuestras rudas maneras inglesas. Era, además, tan loco como para hablar de una vasta previsión teologal y mencionar por último el nombre de Mahoma, cuyo eco originó una especie de explosión.

—¡Dios maldiga su alma! —rugió el señor Raggley, con más reducida previsión teologal—. Pretende usted que los ingleses no deben beber cerveza inglesa porque el vino está prohibido en el maldito desierto por ese sucio, viejo y embaucador Mahoma.

En este instante el inspector de policía alcanzó el centro de la sala de una zancada, porque un momento antes había tenido lugar un notable cambio en el porte del caballero oriental, el cual se había mantenido, hasta entonces, perfectamente tranquilo, con la mirada inmóvil y brillante. Y ahora procedía a dar un ejemplo de verdadero autodominio y hermandad cristianos, como su amigo los había descrito. Llegó hasta la pared con un salto de tigre arrebatando uno de los pesados puñales que había colgados y lo lanzó con el chasquido de una piedra disparada de la honda.

El arma quedó oscilando clavada en la pared, exactamente a media pulgada de la oreja del señor Raggley. Indudablemente Greenwood no hubiese llegado a tiempo de empujarlo por el brazo y desviar la puntería. El padre Brown continuó en su sitio contemplando la escena con los ojos penetrantes y una mueca o algo parecido a una sonrisa en los ángulos de su boca, como si adivinara algo más allá de la simple violencia momentánea de la riña.

Y entonces la contienda experimentó un curioso cambio, el cual no podrá ser comprendido por todo el mundo hasta que hombres como el señor John Raggley sean mejor comprendidos de lo que son. El viejo fanático del semblante enrojecido estaba de pie riendo ruidosamente como si se tratara del mejor chiste que hubiera oído en su vida. Toda su mordiente vituperación y mordacidad parecían haber desaparecido en él y miraba al otro fanático, que acababa de intentar asesinarle, con una especie de curiosa benevolencia.

—Que se sequen mis ojos —exclamó— si no eres el primer hombre que encuentro en veinte años.

—¿Denuncia usted a este hombre, señor? —preguntó, dudoso, el inspector.

—¿Denunciarlo? De ninguna manera —dijo Raggley—. Bebería con él si a él le estuviera permitido beber. No tenía interés en insultar a su religión, y pido a Dios que todos vosotros, perniciosos exaltados, tuvierais entrañas para matar a un hombre; y no porque hubieran insultado vuestra religión, ya que no tenéis ninguna, sino al menos porque hubieran insultado algo, vuestra cerveza, por ejemplo.

—Ahora nos ha llamado a todos exaltados perniciosos —dijo el padre Brown a Greenwood—. La paz y la armonía han sido restauradas. Desearía que esta conferencia de abstemio la pudiera grabar en la hoja de su cuchillo. Todo el daño viene de esto.

Mientras hablaba fueron dispersándose los grupos; la sala comercial pudo ser arreglada para los viajantes y estos se retiraron a ella, llevándose consigo la ronda de vasos en una bandeja. El padre Brown permaneció un momento mirando los vasos dejados en el mostrador. Reconoció enseguida el que había contenido leche, o sea el de mal agüero, y también otro que olía a *whisky*. Y se volvió a tiempo para ver la despedida de los dos singulares personajes, fanáticos del Este y del Oeste. Raggley aparecía aún soberbiamente genial, mientras en el musulmán se descubría un no sé qué sombrío y siniestro, que tal vez le era natural; se inclinaba con graves gestos de digna reconciliación y todo indicaba que la agitación había pasado realmente.

Sin embargo, algo de importancia continuaba ligando el pensamiento del padre Brown al recuerdo e interpretación de aquellos íntimos y ceremoniosos saludos entre los dos combatientes. Porque —bastante curioso— cuando a la mañana siguiente muy temprano el padre Brown bajó para ir a cumplir sus deberes religiosos en la vecindad, encontró la sala del bar, con su fantástica decoración asiática, llena de la luz blanca y mortecina del amanecer, en la cual cada detalle era distinto.

Y uno de los detalles era el cadáver de sir John Raggley, tendido y magullado en un rincón de la sala, con la daga, profusamente adornada, hundida en su corazón.

El padre Brown subió quedamente las escaleras y se lo comunicó a su amigo el inspector. Los dos permanecieron al lado del muerto, en una casa donde no había nadie levantado aún.

—No podemos ni presumir ni evitar lo ya evidente —dijo Greenwood después de un silencio—, pero no estará de más recordar, creo yo, lo que le decía ayer tarde. Es raro, por ejemplo que se lo dijera ayer tarde.

—Ya sé —dijo el sacerdote moviendo la cabeza, con la mirada abierta como la de un búho.

—Dije —observó Greenwood— que una de las clases de crimen imposibles de evitar es la del crimen cometido por alguien impelido por un fanatismo religioso. Este sujeto moreno cree probablemente que si le cuelgan irá recto al Paraíso por defender el honor del Profeta.

—Esto es natural —dijo el padre Brown—. Sería muy razonable, por decirlo así, que nuestro musulmán lo hubiese apuñalado. Y puede decirse que nosotros no conocemos todavía a nadie más que razonablemente pueda haberlo apuñalado. Pero… estaba pensando… —Y su redondo semblante palideció de pronto y el discurso murió en sus labios.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el inspector Greenwood, con extrañeza.

—Bueno, sé que esto le parecerá extraño —dijo el padre Brown con voz apagada—, pero pensaba… pensaba que no importa mucho quién lo apuñaló.

—¿Es esta un nueva moralidad —preguntó su amigo— o es la vieja casuística tal vez? ¿Están los jesuitas poniéndose del lado del crimen?

—No dije que no importaba quién lo asesinó —repuso el padre Brown—. Naturalmente, el hombre que lo apuñaló pudo muy bien ser el hombre que lo asesinó. Pero puede ser otro hombre. Sea como quiera, fue hecho a distinta hora. Supongo que usted querrá trabajar con las huellas que haya en la empuñadura, pero no haga demasiado caso de ellas. Puedo imaginar otras gentes para clavar el cuchillo al pobre muchacho. No muy edificantes razones, claro está, pero completamente distintas de las del crimen. Tendrán que clavársele algunos cuchillos más antes de que lo descubra todo.

—Quiere usted decir… —insinuó el otro, mirándole agudamente.

—Quiero decir la autopsia —dijo el sacerdote— para encontrar la causa real de la muerte.

—Creo que tiene usted razón —contestó el inspector—. Debemos aguardar al médico, pero estoy casi seguro de que estará de acuerdo con usted. No hay bastante sangre. Este cuchillo ha sido hundido en el cadáver cuando ya hacía horas que estaba frío. Pero ¿por qué?

—Posiblemente para que se culpara al mahometano —contestó el padre Brown—. Admito que sea bastante vil, pero eso no quiere decir que haya de ser necesariamente un asesino. Me imagino que hay gentes, en este lugar, tratando de guardar secretos, que no son necesariamente asesinos.

—No he especulado sobre este punto todavía —dijo Greenwood—. ¿Qué es lo que le mueve a pensar así?

—Lo dije ayer tarde así que entré en esta sala. Dije que sería muy fácil cometer un crimen aquí. Pero no pensaba en esas estúpidas armas, aunque usted lo creía así. Pensaba en algo distinto.

Durante algunas horas el inspector y su amigo llevaron a cabo una ajustada y completa investigación de las idas y venidas de todos los habitantes del hotel durante las veinticuatro horas anteriores; también habían sido distribuidas las bebidas, los vasos que fueron lavados o dejados sin lavar y cada uno de los detalles relacionados con cada complicado o aparentemente no complicado en el hecho. Se hubiera podido suponer que ellos pensaban que, lo mismo que una persona, podían haber sido envenenadas treinta.

Lo que parecía fuera de duda es que nadie había entrado en el edificio por otra puerta que no fuera por la de la gran entrada junto al bar; todas las demás estaban obstruidas de un modo u otro por los que trabajaban en la reparación del umbral de esta casa, pero no tuvo nada muy claro que referir. Hasta la pasmosa entrada del turco del turbante con su predicador de la Templanza, parecía que no habían acudido muchos clientes excepto los viajantes de comercio, quienes entraron para tomar lo que ellos llamaban «un rápido»; después, al parecer, se fueron todos juntos, como la nube de Wordsworth. Existía una leve diferencia de opiniones entre el chico que estaba fuera y los hombres de dentro acerca de si uno de estos había obtenido un «rápido» con una rapidez que pudiéramos llamar anormal, regresando acto seguido a la puerta. Pero el director y el encargado del bar conocían muy bien a todos los viajantes y no había duda alguna en lo que se refería a sus movimientos como conjunto. Habían estado en el bar bromeando y bebiendo, habían sido envueltos, a través de su señorial jefe, el señor Jukes, en un serio altercado con el señor Pryce Jones y habían sido testigos del brusco y muy serio altercado entre el señor Akbar y el señor Raggley. Entonces se les anunció que podían retirarse a la Sala Comercial. Así lo hicieron, llevándose tras ellos sus vasos como un trofeo.

—Hay poquísimas cosas para proseguir —dijo el inspector Greenwood—. Claro está, un gran número de servidores debieron trabajar como siempre y lavar bien todos los vasos, incluyendo el del señor Raggley. Si no fuera por la eficacia de los demás, nosotros, los detectives, podríamos ser bastante eficientes.

—Ya sé —dijo el padre Brown, y su boca se torció ligeramente en una sonrisa—. A veces pienso que los criminales inventaron la higiene. O tal vez

los higienistas reformadores inventaron el crimen. Algunos de ellos tienen ese aspecto. Todo el mundo habla de antros impuros y cuevas sucias en las cuales el crimen puede desenfrenarse. Pero es precisamente lo contrario. Se los llama impuros no porque en ellos se cometan crímenes, sino porque los crímenes son descubiertos. En cambio, yo recuerdo un vaso que fue indudablemente muy bien lavado, a propósito del cual desearía saber algo.

—¿Se refiere al vaso de Raggley? —preguntó Greenwood.

—No, me refiero a un vaso misterioso —replicó el sacerdote—. Ese vaso permaneció junto al vaso de leche y todavía contenía una pulgada o dos de *whisky*. Se da el caso que yo recuerdo que el director, invitado por el jovial Jukes, tomó un trago de ginebra. Espero que no sugerirá usted que nuestro musulmán era un bebedor de *whisky* disfrazado con un turbante verde, o que el reverendo David Pryce Jones se arreglaba para beber *whisky* y leche mezclado sin que lo advirtieran.

—Muchos viajantes de comercio toman *whisky* —dijo el inspector—. Es su costumbre.

—Sí, y generalmente toman demasiado —contestó el padre Brown—. En este caso tuvieron buen cuidado en llevárselo consigo hacia su propia sala. Pero aquel vaso se quedó en el mostrador.

—Una casualidad, supongo —dijo Greenwood dudoso—. El hombre pudo obtener otro en la Sala Comercial.

El padre Brown meneó la cabeza.

—Usted ha aprendido a ver a las gentes tal como ellas son. Esa especie de hombres… Bien, algunos los llaman vulgares y algo comunes, pero ellos son así o son de otra manera. Me complacería decir que son, en su mayor parte, hombres sencillos. Muchos de ellos, buenos hombres, muy alegres, que les gusta recordar su juventud y hacer chiquilladas; algunos pueden ser unos pillos, puede que tengan varias chicas y hasta hayan matado a varias de ellas. Pero muchos son hombres sencillos y, fíjese usted, la más escasa porción, borrachos. Y no mucho; además, hay muchos duques o títulos de Oxford que se emborrachan. Pero cuando esa clase de hombres están en ese estado de convivencia, son una ayuda, porque se dan cuenta de las cosas, pero se dan cuenta de ellas muy estrepitosamente. ¿No ha observado que el más pequeño incidente los lanza a discursear? Si la cerveza se va en espuma, ellos se van en espuma con ella y han de decir: «¡Oh, Emma! Hazme feliz, ¿quieres?». Ahora bien, es sencillamente imposible para cinco de estos seres festivos sentarse alrededor de la mesa en la Sala del Comercio, donde no hay más que cuatro vasos, quedando uno sin él, y sin alborotar por ello. Probablemente

todos hubieran armado un escándalo. No esperaría, como un inglés de otra clase, hasta que pudiera obtener otro vaso más tarde. El aire hubiera resonado con expresiones: «¿Y qué hay para este pequeñito?» o «¡Eh, Jorge! ¿Es que me he juntado con la Banda de la Esperanza?» o «¿Se ve algo verde en mi turbante?». Pero el encargado del bar no oyó tales exclamaciones. Tengo por cierto que el vaso de *whisky* debajo en el mostrador fue casi vaciado por algún otro acerca de quien no hemos pensado aún.

—Pero ¿puede usted pensar en alguna «otra persona»? —preguntó el otro.

—El caso es que ni el director ni el barman oyeron a tal persona, por lo que se ha perdido usted una pieza de verdadera y extraordinaria importancia; la evidencia de aquel muchacho que fregaba afuera, en el umbral. Dijo que un hombre, que pudo muy bien ser un viajante de comercio con una maleta, entró y salió casi inmediatamente. Pero lo que no hizo, en realidad, fue quedarse con los otros viajantes de comercio con su maleta. El director y el encargado del bar nunca lo vieron, o mejor, ellos nunca lo habían visto. Y, sin embargo, él obtuvo un vaso de *whisky* en el bar. Llamémosle, en bien del argumento, «el Rápido». Ahora…, usted sabe bien que no me inmiscuyo a menudo en sus asuntos, los cuales lleva usted mejor que yo lo haría. Nunca he tenido que ver con la puesta en marcha de la máquina policíaca, ni con perseguir criminales u otra cosa cualquiera de esta índole. Pero, por primera vez en mi vida, quiero hacerlo. Necesito que usted encuentre a «el Rápido», sígale hasta los confines de la tierra, ponga en marcha toda la infernal maquinaria oficial como una draga a través de las naciones y capture alegremente a «el Rápido»: es exactamente el hombre que necesitamos.

Greenwood hizo un gesto de desesperación.

—¿Es que tiene semblante, forma o alguna visible cualidad excepto la rapidez?

—Llevaba una capa de Inverness —repuso el padre Brown— y dijo al muchacho de ahí fuera que había de llegar a Edimburgo a la mañana siguiente. Esto es todo lo que recuerda el muchacho. Pero yo sé que vuestra organización ha perseguido gentes contando con muchos menos datos.

—Parece que usted está muy apasionado en ello —comentó el inspector un poco perplejo.

El sacerdote parecía perplejo también como sus propios pensamientos. Se sentó con la frente arrugada y de pronto dijo:

—Ve usted, ¡es tan fácil equivocarse! Todos los hombres tienen importancia. Usted la tiene. Yo la tengo. Es la cosa más dura de creer en teología.

El inspector lo miró sin comprender; él añadió:

—Le importamos a Dios… Dios solo sabe por qué. Pero esta es la única justificación posible de la existencia de los policías.

El policía no pareció quedar muy ilustrado acerca de su propia y cósmica purificación.

—Pero…

Pronunció esta última palabra sutilmente, como si adelantara un paso en su decisión.

—Pero una vez salido de ese nivel de igualdad, no descubro por parte alguna que los más de nuestras importantes asesinos sean particularmente importantes. Usted me dice siempre que tal o cual caso es importante y yo lo pongo en duda.

Se puso de pie, dando un pequeño golpe en la mesa; una de sus raras acciones.

Y su voz cambió otra vez.

—Pero Raggley sí importa. Era uno de esa gran fila de media docena de hombres que debían haber salvado a Inglaterra. Estarán de pie alineados como fuertes y oscuros postes olvidados, a lo largo de la pendiente suave que ha acabado en ese desastre, de marca meramente comercial. *Dean* Swift, el doctor Johnson y el viejo William Cobbet tuvieron todos, sin excepción, fama de ser ariscos y salvajes. Eran amados por sus amigos y todos ellos merecían serlo. ¿No vio usted cómo el viejo, con el corazón de un león, se mantuvo de pie y perdonó a su enemigo como solo los luchadores pueden perdonar? Hizo bellamente lo que el predicador de la Templanza dijo: nos dio un ejemplo, a nosotros, cristianos, y su gesto fue un modelo de cristiandad. Y cuando existe un vil y oculto asesino de un hombre como este… entonces creo que sí importa, importa tanto, que hasta la moderna máquina policíaca debe ser algo que cualquier persona respetable puede usar… ¡Oh!, no vale la pena. Así es que, por una vez y en cierto sentido, le necesito realmente. Haré uso de usted.

Y de esta manera, por una especial tensión de estos extraños días y noches, podríamos casi decir que la pequeña figura del padre Brown conducía en la acción todas las armas y máquinas de las fuerzas de la policía de la Corona, como la pequeña figura de Napoleón conducía las baterías y frente de batalla de la vasta estrategia que cubría Europa. Los puestos de policía y las oficinas de correos trabajaban toda la noche, se detenía el tráfico, la correspondencia era interceptada, se hacían investigaciones en ciertos lugares, al efecto de seguir la fugitiva pista de esa espectral figura, sin rostro ni nombre, pero con una capa de Inverness y un billete para Edimburgo.

Mientras tanto, los otros caminos de la investigación no fueron, naturalmente, abandonados. El informe completo de *post mortem* no había llegado todavía, pero todos parecían estar seguros de que se trataba de un caso de envenenamiento. Naturalmente, esto hacía recaer la primera sospecha sobre el aguardiente de cerezas y, naturalmente también, sobre el hotel.

—Probablemente es el director del hotel —dijo Greenwood ásperamente—. Me hace el efecto de un gusano asqueroso. Claro que algo debe de haber con algún sirviente, como el encargado del bar, por ejemplo. Me parece más bien de una especie gruñona, y Raggley, que tenía un genio explosivo, debió de censurarle un poco. Aunque, después de todo, era habitualmente generoso. Pero todo esto aparte, la primera sospecha sigue sobre el director.

—¡Oh! Sabía que la primera sospecha recaería sobre el director —repuso el padre Brown—. Es por lo que yo sospechaba de él. Vea usted, me imaginé que alguien más creyó que la primera sospecha recaería sobre el director o sobre los criados del hotel. Esta es la razón por la cual yo dije que sería fácil matar a cualquiera en el hotel. Pero será mejor que vaya usted e intente sonsacarle algo.

El inspector se fue, pero volvió otra vez después de una sorprendente y corta entrevista. Encontró a su sacerdotal amigo removiendo algunos papeles que eran una especie de expediente sobre la carrera de John Raggley.

—Extraño proceder —dijo el inspector—. Pensé que gastaría horas y horas en un enrevesado interrogatorio con ese escurridizo sapo, ya que no había, legalmente, nada contra él. Pues bien, en lugar de esto, se me descompone a las primeras de cambio y creo sinceramente que me ha contado todo lo que sabe con visible cobardía.

—Ya sé —dijo el padre Brown—. De ese mismo modo es como se descompuso cuando encontró el cadáver de Raggley en su hotel, aparentemente envenenado. Por esto fue el perder la cabeza y hacer algo tan inhábil como decorarlo con un puñal turco, para que se culpara al negro, como él le llamaría. En él no hay otra cosa digna de mención que la cobardía; es el último que clavaría un puñal en una persona viviente. Adivino que tuvo que usar de todo su coraje para clavarlo en un muerto. Pero es la primera persona que se aterrorizaría ante el temor de ser culpado de lo que no hizo, lo que le llevó a perder el juicio de ese modo.

—Supongo que he de ver al encargado del bar también.

—Supongo que sí —contestó el otro—. Yo no creo que fuera ninguno de los del hotel…, aunque estaba hecho para que lo pareciese así…, pero, fíjese:

¿ha visto todo lo que entre todos han recogido acerca de Raggley? Tuvo una vida muy interesante; me gustaría que alguien escribiera su biografía.

—Tomé nota de todo lo que parecía tener relación con este asunto —respondió el policía—. Era viudo y en una ocasión, a propósito de su esposa, tuvo una discusión con un hombre, un agente de negocios escocés que por aquel entonces andaba por aquí. Parece que Raggley estuvo bastante violento. Decía que detestaba a los escoceses; tal vez fuera por aquello… ¡Oh! Ya sé por qué sonríe usted ahora con ese aire feroz. Un escocés…, tal vez un hombre de Edimburgo.

—Tal vez —repuso el padre Brown—. Es muy probable que no le gustaran los escoceses por razones privadas, pero observe una cosa bastante extraña: toda esa tribu de *tories* radicales, o como los llame, que resistieron el movimiento mercantil de los *whigs*, todos ellos detestaban a los escoceses. Cobbet, el doctor Johnson y hasta Swift describen su acento en uno de sus más implacables pasajes. Y Shakespeare mismo ha sido acusado de este prejuicio. Pero los prejuicios de estos grandes hombres generalmente tienen algo que ver con sus principios. Y había una razón, me imagino, para que los odiaran. El escocés venía de una pobre tierra de campesinos que se convirtió en un rico país industrial. Era activo y hábil. Pensó que traía del norte la civilización industrial; ignoraba en realidad que había existido, desde siglos, una civilización rural en el sur. Su propio abuelo era elevadamente rural, pero no civilizado… Bien, bien; supongo que lo único que podemos hacer es aguardar más noticias.

—Apenas puedo creer que las últimas noticias las obtenga de Shakespeare y del doctor Johnson —masculló el oficial de policía—. Lo que Shakespeare pensase de los escoceses no es de exacta evidencia.

El padre Brown se acariciaba la ceja como si un nuevo pensamiento acabara de sorprenderle.

—¿Por qué pienso yo ahora esto? —dijo—. Creo que allí podremos encontrar algo más evidente sin necesidad de recurrir a Shakespeare. Él no mencionaba a menudo a los escoceses. Y era más aficionado a burlarse de los galeses.

El inspector escrutaba el rostro de su amigo. Había creído descubrir en él, tras de su grave expresión, una nueva idea.

—Por Júpiter —repuso—. Nadie pensó en dirigir las sospechas en esa dirección.

—Bien —dijo el padre Brown con absoluta calma—, usted empezó hablando de fanáticos y de cómo un fanático puede hacer cualquier cosa.

Bueno, supongo que tuvimos el honor de conversar en el bar de la sala de reuniones ayer por la tarde, acerca de la mayor, más ruidosa, más aplanada y fanática cabezota del mundo moderno. Si ser un idiota cabeza de cerdo con una sola idea es el camino para asesinar, yo pido que traigan a mi reverendo hermano Pryce Jones, el prohibicionista, con preferencia a todos los faquires de Asia, pues es por completo cierto, como ya le conté, que su horrible vaso de leche estaba en el mostrador junto al misterioso vaso de *whisky*.

—Vaso que, según usted, está relacionado con el asesinato —añadió Greenwood mirándolo fijamente—. Veamos. No sé si realmente está usted hablando en serio o no…

Miraba insistentemente al semblante de su amigo, encontrando algo todavía inescrutable en su expresión, cuando el teléfono sonó estridente, detrás del bar. Levantando la tabla del mostrador, el inspector Greenwood pasó rápidamente al otro lado, descolgó el auricular, escuchó un instante y lanzó una exclamación, no dirigida a su interlocutor, sino al universo en general. Entonces se puso a escuchar con más atención, repitiendo, explosivamente y a intervalos:

—Sí, sí… Ven acá enseguida, tráetelo si es posible. Buen trabajo…, te felicito.

El inspector Greenwood volvió a la sala de descanso como un hombre a quien han devuelto la juventud, se sentó erguido en su silla con las palmas de las manos sobre las rodillas, miró abiertamente a su amigo y dijo:

—Padre Brown. No sé cómo se las ha arreglado usted. Parece como si usted supiera quién era el asesino antes de que los demás supieran que él era un hombre: Él era un hombre. Él era nadie; él era nada, una ligera confusión en la evidencia. Nadie en el hotel lo vio. El chico de la puerta apenas si podría atestiguar su presencia; apenas si era una leve sombra de duda fundida en la suciedad de un vaso sobrante. Pero lo hemos encontrado y es el hombre que necesitamos.

El padre Brown se puso de pie dando la impresión de estar preocupado mientras recogía mecánicamente los papeles destinados a ser de tanto valor para el biógrafo del señor Raggley y permaneció después mirando fijamente a su amigo. Quizá su gesto movió a este a nuevas confirmaciones.

—Sí, hemos capturado a «el Rápido», tan ligero como inquieto en huir. Lo acabamos de detener lejos, en una partida de pesca en Orkney, según él mismo dijo. Pero es, desde luego, nuestro hombre; es el agente de negocios escocés que hizo el amor a la esposa de Raggley. Es el hombre que bebió

whisky escocés en este bar y después tomó el tren para Edimburgo. Y nadie sino usted pudo conocerlo.

—Lo que quise decir… —empezó el padre Brown con voz opaca.

Y en aquel instante se produjo un gran estruendo, como si acabaran de llegar ante el edificio del hotel varios vehículos. Al momento, dos o tres subordinados de la policía bloquearon el bar con su presencia. Uno de ellos, invitado a sentarse por su superior, lo hizo de una manera expansiva como alguien feliz y fatigado a la vez, mientras miraba al padre Brown con ojos admirados.

—Cogimos al asesino —exclamó—. Comprendo que se trata de un asesino, porque casi me asesina a mí. He capturado algunos muy duros de carácter, pero nunca uno como este; me dio un golpe en el estómago semejante a la coz de un caballo y casi se les escapa a cinco hombres. ¡Oh, esta vez he atrapado a un verdadero asesino!

—¿Dónde está? —preguntó el padre Brown.

—Afuera, en el furgón y con las esposas puestas —replicó el policía—, y si usted es prudente, debe dejarlo allí…, por ahora.

El padre Brown se desplomó en la silla con una especie de colapso, y los papeles que había estado apretando nerviosamente cayeron al suelo, a su alrededor, desparramados. No solo su rostro, sino todo su cuerpo daba la sensación de un balón pinchado.

—¡Oh!… ¡Oh! —repetía, como si alguna otra ultraexclamación fuera inadecuada—. ¡Oh!… ¡Ya la he vuelto a hacer otra vez!

—Si usted quiere dar a entender que ha cazado al criminal nuevamente… —empezó Greenwood. Pero su amigo lo contuvo con una débil explosión parecida a la del gas de la soda.

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que siempre pasa esto. Y realmente no sé por qué. Siempre procuro decir lo que quiero decir. ¡Pero los demás pretenden que digo muchas más cosas!

—¿Qué es lo que pasa ahora? —gritó Greenwood repentinamente exasperado.

—Bien. Digo cosas —dijo el padre Brown con voz tan débil que parecía llevar consigo la idea de la debilidad de las palabras—. Digo cosas, pero al parecer todo el mundo sabe que expresan mucho más de lo que dicen. En una ocasión vi un espejo roto y dije: «Algo ha pasado», y los demás contestaron: «Sí, sí, como usted dice, dos hombres lucharon y uno de ellos huyó al jardín», y así otras veces. ¡No! ¡No lo entiendo! «Algo ha pasado» y «Dos hombres han luchado» no me parece lo mismo a mí. Pero me permito decir que he

leído viejos libros de lógica. Bueno, pues ahora nos sucede lo mismo. Parece que todos ustedes están seguros de que ese hombre es un asesino. Pero yo dije que era el hombre que necesitábamos. Es él. Lo necesito mucho, lo necesito terriblemente. Lo necesito como la cosa que no hemos podido hallar en este terrible caso: un testigo.

—Desde el primer momento, cuando entré en este desierto bar, creí que todo lo que se relacionaba con este asunto era vaciedad y soledad. Demasiadas oportunidades de estar solo para cualquiera. En una palabra, ausencia de testigos. Todos nosotros sabemos cómo era esto cuando llegamos: el director y el encargado del bar, ausentes. Pero ¿cuándo estaban en el bar? ¿Qué mejor ocasión de entretenerse con uno de esos pensamientos en que se busca a alguien escondido en un dibujo? Todo el asunto aparecía confuso por falta de testigos. Me inclino a suponer que el encargado o algún otro estaban en el bar momentos antes de entrar nosotros y así fue como el escocés obtuvo su vaso de *whisky*. Ciertamente no lo obtuvo después de llegar nosotras. Pero no podemos empezar a inquirir si alguien en el hotel envenenó el licor de cerezas del pobre Raggley hasta que conozcamos con seguridad quién estaba en el bar y cuándo. Ahora yo desearía de usted otro favor, a despecho de este embrollo estúpido del cual seguramente es mía la culpa. Desearía de usted que me reuniera a toda la gente relacionada con esta sala. Creo que todos deben estar disponibles, a menos que el asiático se haya vuelto a Asia. Luego, quítenle las esposas al pobre escocés y tráiganlo aquí, para que nos cuente quién más había en la sala y todo lo demás. Es el hombre cuya evidencia puede cubrir todo el período durante el cual se cometió el crimen. No existe ni la más leve razón para dudar de su palabra.

—Pero veamos —dijo Greenwood—, esto nos trae de nuevo a las autoridades del hotel. Yo pensé que usted estaba de acuerdo en que el director no era el asesino. ¿Es el encargado del bar o quién?

—No sé —dijo el sacerdote, confundido—. Con certidumbre no sé nada del director ni del hombre del bar. Me imagino que el director ha sido un poco a modo de conspirador, aunque no un asesino. Pero sé que existe un solo testigo en la tierra que ha visto algo. Y por esto envié a todos sus perros policíacos en busca de él hasta los confines de la tierra.

El misterioso escocés era ciertamente una figura formidable: alto, balanceándose como un pontón, con un rostro largo, perfil de hacha y tufos de cabello rojizo. Y llevando no solo capa de Inverness, sino también un casquete de Glengarry. Había que excusarlo por aquella agria actitud, pero cualquiera podía ver que era capaz de resistir arrestos aun hechos con

violencia. No podía sorprender que hubiera chocado con un individuo tan peleador como Raggley. Y tampoco sorprendía que los oficiales, por los meros detalles de la captura, hubieran llegado al convencimiento de que era un duro y típico asesino. Pero él afirmaba ser un granjero perfectamente respetable de Aberdeenshire, de nombre James Grant; y cualquiera, no solo el padre Brown, sino incluso el inspector Greenwood, un hombre astuto, con gran cantidad de experiencia, quedaba pronto convencido de que la ferocidad del escocés era solo la furia de la inocencia más que de la culpabilidad.

—Escúcheme… Todo lo que deseamos de usted, señor Grant —dijo el inspector, gravemente, avanzando a medida que hablaba y en tono de cortesía—, es su declaración en un hecho muy importante. Estoy apesadumbrado de veras por el error de que ha sido usted víctima, pero, no obstante, estoy seguro de que querrá usted servir a la justicia. Creo que usted entró en el bar inmediatamente después de ser abierto, a las cinco y media, y que le sirvieron un vaso de *whisky*. No estamos seguros de quién (sirviente del hotel, director, mozo de bar o algún ayudante) estaba en el bar a aquella hora. ¿Quiere mirar a su alrededor y decirme si el que le sirvió en el bar está presente aquí?

—¡Ah!…, sí está presente —repuso el señor Grant sonriendo con ferocidad, después de haber recorrido el grupo con mirada maligna—. Lo hubiera reconocido donde fuera, y todos ustedes deben estar de acuerdo en que es lo bastante grande para ser visto. ¿Todos sus sirvientes son como usted?

La mirada del inspector se mantuvo dura y firme, y su voz, apagada y monótona. El padre Brown estaba pálido, pero en muchos semblantes se reflejaba como una nube. El encargado del bar no era extremadamente grueso ni tampoco alto y el director era decididamente pequeño.

—Nosotros solo queremos identificar al hombre del bar —dijo el inspector con calma—. Naturalmente, nosotros le conocemos, pero desearíamos que usted lo identificara por su parte. ¿Quiere usted decirnos?… Y se detuvo.

—Bien: está bastante claro —respondió el escocés con cansancio; hizo un ademán y al mismo tiempo el gigantesco Jukes, el príncipe de los viajantes de comercio, se levantó como un elefante furioso y en menos tiempo del que dura un relámpago tuvo a tres policías agarrados a él, como sabuesos contra una bestia salvaje.

—Bien, bien; todo era bastante sencillo —dijo el padre Brown a sus amigos—. Como ya les expliqué a ustedes en el instante en que entré en la vacía sala del bar, mi primer pensamiento fue que si el servidor del bar lo

dejaba abandonado así, nada del mundo podía evitar que usted, yo o cualquiera otro, levantando la tabla del mostrador, entrara y pusiera veneno en cualquier botella de las que había allí esperando a los clientes. Naturalmente, un envenenador práctico lo haría probablemente como Jukes lo hizo, sustituyendo una botella corriente por una envenenada, y esto pudo estar hecho en un segundo. Para él, que es viajante en licores, era facilísimo llevar consigo preparada una botella de licor de cerezas y de la misma marca. Claro que esto requiere una condición, pero una condición perfectamente común. Difícilmente se hubiera lanzado a envenenar cerveza o *whisky*, porque muchas gentes lo beben y hubiese sido una carnicería. Pero cuando un hombre es conocido por beber solamente algo especial, como licor de cerezas, que no es profusamente bebido, es casi como envenenarlo en su propia casa. Solo que es una visita menos comprometida, ya que prácticamente toda sospecha recaería en el acto en el hotel o en alguien que tuviera algo que ver con el mismo, y no existe argumentación posible que pudiera mostrar que había sido hecho por uno de los clientes que habían entrado allí. Y esto en el mejor de los casos, el de que las gentes concibiesen que un cliente pudiera hacerlo. Era el más anónimo e irresponsable asesinato que un hombre pudiera cometer.

—¿Y cómo se cometió exactamente? —preguntó su amigo.

El padre Brown levantose y gravemente recogió todos los papeles que había dejado caer en un momento de distracción.

—¿Puedo solicitar la atención de ustedes —dijo sonriendo— sobre los materiales de los últimos quince días de la vida y las cartas del último John Raggley? O, más importante, ¿sobre sus propias palabras? Dijo en este mismo bar que iba a publicar un escandaloso folleto referente a la Dirección de los hoteles y el escándalo era de una índole muy común. Una de esas corruptelas de acuerdos entre los propietarios de hoteles y el envenenador, el cual percibía y daba secretas comisiones, de manera que su negocio tenía el monopolio de todas las bebidas vendidas en la plaza. No era una trata de esclavos. Era una estafa a expensas de alguien a quien el director parecía servir. Era un delito ilegal. Así, el ingenioso Jukes, aprovechando el primer momento en el cual el bar estaba vacío, como a menudo lo estaba, se introdujo e hizo el cambio de botellas. Desgraciadamente, en aquel preciso momento un escocés con capa de Inverness entró pidiendo con prisas un *whisky*. Jukes se dio cuenta de que su única salida era pretender ser el encargado del bar y servir al cliente. Estaba muy lejos de pensar que aquel parroquiano era «el Rápido».

—Yo creo que más bien es usted «el Rápido» —observó Greenwood—. Si usted dice que olió algo al principio, en el simple aire de una sala vacía. ¿Sospechaba de Jukes al principio?

—Bien; sea como fuere, él sonaba a rico —contestó el padre Brown vagamente—. Se conoce cuando un hombre tiene voz de rico. Me pregunté: ¿cómo puede existir esa voz de rico entre todos esos individuos honestamente pobres? Pero yo creo que descubrí que todo aquello era una superchería cuando vi el grueso y brillante alfiler de corbata.

—¿Quiere usted decir porque era falso? —preguntó Greenwood dudando.

—¡Oh!, no; porque no lo era —repuso el padre Brown.

LA RÁFAGA DEL LIBRO

El profesor Openshaw perdía siempre la calma, con un fuerte puñetazo dado sobre cualquier parte, si alguien lo llamaba espiritista o creyente en espiritismo. Pero esto, sin embargo, no agotaba sus explosivas facultades porque también perdía la calma si alguien lo llamaba incrédulo en espiritismo. Tenía el orgullo de haber dedicado toda su vida a la investigación de los fenómenos físicos. También se enorgullecía de no haber dado nunca a entender que fueran realmente físicos o meramente fenomenales. No había nada que le complaciese más que sentarse en un círculo de devotos espiritistas y hacer minuciosas descripciones de cómo él había puesto en evidencia médium tras médium y fraude tras fraude; porque, realmente, era un hombre de detectivesco talento y claridad de ideas una vez había fijado su vista en un objeto, y siempre la había fijado en un médium, como en un objeto altamente sospechoso. Existía una historia de cómo él había reconocido a un mismo charlatán espiritista bajo tres disfraces distintos: con vestido de mujer, con barba blanca de anciano y como un brahmán de brillante color de chocolate. Estos relatos dejaban a los verdaderos creyentes más bien sin reposo, cuando en realidad era lo que intentaban alcanzar. Pero apenas podían quejarse, ya que los espiritistas no niegan la existencia de médiums fraudulentos; solo que las desbordantes narraciones del profesor parecían indicar que todos los médiums eran fraudulentos.

El profesor Openshaw, de flaca figura, pálida y leonada cabellera e hipnóticos ojos azules permaneció cambiando algunas palabras con su amigo el padre Brown en la escalera del hotel, donde habían desayunado después de haber dormido aquella noche. El profesor había regresado algo tarde de uno de sus grandes experimentos con la consabida exasperación general. Y permanecía agitado aún por la lucha que sostenía solo contra ambos bandos.

—¡Oh! Usted no cuenta —dijo riendo—. No creo en ello ni cuando es verdad. Pero todas esas gentes están preguntándose perpetuamente qué es lo que estoy tratando de probar. Parecen no comprender que yo soy un hombre de ciencia. Un hombre de ciencia no está tratando de probar nada; trata de descubrir lo que se pruebe a sí mismo.

—Pero no lo ha descubierto todavía —dijo el padre Brown.

—Bien, yo tengo mis propias ideas, que no son tan completamente negativas como la mayor parte de las gentes creen —contestó el profesor

después de un instante de ceñudo silencio—. Sea como fuere, he empezado a maliciar que si hay algo que descubrir, ellos lo buscan por un camino equivocado. Todo es demasiado teatral; exhibiendo el brillante ectoplasma con trompetas, voces y todo lo demás. Todo ello según el modelo de los viejos melodramas y cenagosas novelas históricas acerca de la Familia de los Espíritus. Si se hubieran dirigido a la historia en lugar de a las novelas históricas, empiezo a creer que hubieran encontrado algo. Pero no apariciones, desde luego.

—Después de todo —dijo el padre Brown—, apariciones son solo apariencias. Supongo que ha dicho usted que la Familia de los Espíritus está adelantándonos solo apariencias.

La mirada del profesor, que tenía comúnmente un fino y abstracto carácter, se fijó concretándose como si tuviera ante sí un médium dudoso. Tenía un poco el aire de un hombre atornillando una fuerte lente amplificadora ante sus ojos. No es que pensara que el sacerdote era, al fin y a la postre, un médium dudoso. Pero es que estaba alerta ante el pensamiento de su amigo que parecía seguir tan de cerca al suyo.

—Apariencias —murmuró sinuoso—, pero es extraordinario que usted lo haya dicho justamente ahora. Cuanto más aprendo, más me doy cuenta de que pierden el tiempo yendo detrás de las apariencias. Ahora bien, si ellos se fijaran un poco en lo contrario…

—Sí —dijo el padre Brown—, después de todo, los verdaderos cuentos de hadas ¿qué eran sino leyendas acerca de las apariciones de famosas hadas? Llamando a Titania o mostrando a Oberón a la luz de la luna. Pero no tenía final de leyendas, de gentes desapareciendo. Porque eran secuestradas por hadas. ¿Está usted siguiendo la pista de Kilmeny o de Tomás el Rimador?

—Estoy tras la pista de vulgares gentes modernas, de las que usted ha leído en los periódicos —contestó Openshaw—. Puede usted mirarme con asombro, pero este es mi juego ahora. Y he estado tras él largo tiempo. Francamente, creo que un gran número de físicas apariencias pueden ser explicadas ya del todo. Son las desapariciones lo que no puedo explicar, a menos que sean físicas. Esas gentes citadas en los periódicos que desaparecen y nunca son encontradas… Si usted conociera los detalles como yo… Esta misma mañana tuve la confirmación. Una carta extraordinaria de un viejo misionero, un respetable anciano. Ahora va a venir a verme a mi despacho. Tal vez cuando comamos juntos le cuente el resultado confidencialmente.

—Gracias, con mucho gusto. A menos que las hadas me hayan secuestrado para entonces.

Con esto se separaron y Openshaw dobló la esquina hacia la pequeña oficina que tenía alquilada en la vecindad. Principalmente para la publicación de un pequeño periódico de noticias físicas y psíquicas, de la más escueta y más agnóstica clase. Tenía un solo empleado, que se sentaba en el pupitre del despacho anterior, amontonando figuras y hechos para los propósitos de la relación impresa. El profesor se detuvo un momento para preguntar si el señor Pringle había llegado. El empleado contestó mecánicamente que no y continuó ordenando grabados. Y el profesor siguió hacia el cuarto interior, que era el estudio.

—¡Oh! A propósito, Berridge —dijo sin volverse—: si el señor Pringle viene, mándemelo enseguida. No es necesario que deje su trabajo. Desearía que esas notas estuvieran listas para esta noche, si es posible. Puede dejarlas en mi mesa por la mañana si me retraso.

Se fue a su despacho particular pensando en el problema que Pringle había suscitado o que quizá había ratificado y confirmado en su inteligencia. Aun el más perfectamente equilibrado de los agnósticos es parcialmente humano y es muy posible que la carta del misionero tuviera el mayor valor, con la esperanza de ser el soporte de su particular tentativa de hipótesis. Se sentó en su ancho y cómodo sillón, frente a un grabado que representaba a Montaigne, y leyó una vez más la breve carta del reverendo Luke Pringle, anunciándole a él para aquella mañana. Nadie conocía mejor que el profesor Openshaw las señales de la carta de un chiflado: los detalles amontonados, el manuscrito como una tela de araña, la innecesaria extensión y las repeticiones. No había nada de esto en aquella carta. Solo, sí, una breve y adecuada escritura a máquina mostrando que el escribiente había encontrado algunos casos oscuros de desapariciones, las cuales parecían caer dentro de la jurisdicción del profesor como estudioso de problemas físicos. El profesor se sentía favorablemente impresionado. Ni una sola impresión desagradable, a pesar del ligero movimiento de sorpresa, cuando levantó la vista y vio que el reverendo Luke Pringle estaba ya en la habitación.

—Su empleado me dijo que podía entrar sin anunciarme —dijo el señor Pringle como excusándose, pero con una ancha y casi agradable mueca. Esta quedaba parcialmente enmascarada por masas de barba y bigotes de un gris rojizo. Una perfecta selva de barba, como les crecen, a veces, a los hombres blancos que viven en las selvas. Pero los ojos, por encima de su chata nariz, no eran de ningún modo salvajes o rústicos.

Openshaw había vuelto instantáneamente hacia ellos aquella concentrada mota de luz o cristal ardiente cargado de escrutador escepticismo y que solía

dirigir contra muchos hombres, para ver si se trataba de charlatanes o de maniáticos. Y en este caso tuvo la inusitada sensación de seguridad. La barba salvaje podía proceder de una chifladura, pero los ojos contradecían completamente la barba; estaban colmados de esa franca y amistosa risa que nunca se encuentra en los semblantes de los que son unos farsantes serios o unos serios lunáticos. Esperaba a un hombre con ojos de filisteo, de escéptico, de persona que se expresara sin recato, con un desprecio trivial, aunque sincero, hacia los fantasmas y los espíritus. Pero desde luego ningún embaucador no profesional podía lograr un aspecto tan trivial como aquel. El hombre llevaba una capa raída, abotonada hasta el cuello, y solo su ancho sombrero flexible delataba al clérigo. Pero los misioneros procedentes de tierras salvajes no siempre se preocupaban de vestir como clérigos.

—Probablemente piensa usted que todo esto es un engaño —dijo el señor Pringle con una especie de abstracta complacencia— y espero que querrá perdonarme por mi risa ante su, después de todo, natural aire de desaprobación. Pero lo mismo da; necesito explicar la historia a alguien que la comprenda, toda vez que es verdad. Y, bromas aparte, es tan trágica como verdadera. Bien; resumiendo, yo era misionero en Nya-Nya, una estación del África occidental, en el seno de los bosques, donde el único blanco fuera de mí era el oficial que gobernaba el distrito, el capitán Wales. Él y yo intimamos. No es que a él le gustaran las misiones. Era uno de esos hombres de acción que apenas tienen necesidad de pensar. Esto es lo que le hacía más singular. Un día volvió a su tienda del bosque después de una corta ausencia, y contó que había pasado por una extraña experiencia que no sabía cómo resolver. Y mostraba un libro rústico y viejo, encuadernado en cuero, que dejó sobre la mesa, al lado de su revólver y de una vieja espada árabe que probablemente guardaba como una curiosidad. Dijo que aquel libro pertenecía a un hombre del barco que acababa de dejar. El hombre juraba y perjuraba que nadie debía abrir el libro o mirar en él, porque sería arrebatado por el diablo, o desaparecería, o algo así. Wales contestó que todo aquello era un desatino, y, naturalmente, disputaron. Pero parece que al final el otro, tildado de cobarde o de supersticioso, miró dentro del libro e instantáneamente lo soltó. Se dirigió hacia la borda…

—Un momento —dijo el profesor, que había tomado una o dos notas—. Antes de seguir adelante contésteme a esto: ¿aquel nombre dijo a Wales dónde había encontrado el libro o a quién había pertenecido originariamente?

—Sí —replicó Pringle con entera gravedad—. Parece que dijo que se lo llevaba al doctor Hankey, explorador oriental, en aquellos días en Inglaterra, a

quien primeramente había pertenecido el libro, y quien le advirtió sobre sus extrañas propiedades. Bien: Hankey es un hombre capaz, y más bien áspero y burlón, lo cual hace más extraño el caso. Pero el final de la historia de Wales es muy sencillo. Aquel hombre que había mirado en el libro desapareció por encima del costado del barco y no se le ha vuelto a ver más.

—¿Usted lo cree? —preguntó Openshaw después de una pausa.

—Sí, lo creo —replicó Pringle—. Lo creo por dos razones. Primera, porque Wales era enteramente un hombre sin imaginación. Y añadió un detalle que solo un imaginativo podía añadir. Dijo que el hombre había salido por encima del costado del barco, en un día quieto y en calma, pero que no se habían levantado salpicaduras.

El profesor miró sus notas en silencio durante algunos segundos. Y entonces dijo:

—¿Y su otra razón?

—Mi otra razón —contestó el reverendo Luke Pringle— es que yo lo vi con mis propios ojos.

Hubo un silencio hasta que el reverendo continuó hablando de la misma manera realista que hasta entonces. Tuviera lo que tuviese, desde luego carecía de la vehemencia con la que el chiflado y aun el incrédulo tratan de convencer a los demás.

—Le expliqué ya que Wales había dejado el libro sobre la mesa, al lado de la espada. La tienda tenía una entrada solamente. Y sucedió estando yo en ella y en el momento en que, vuelto de espaldas a mi compañero, miraba al exterior. Él estaba junto a la mesa regañando y murmurando acerca de lo sucedido, diciendo que era una tontería en pleno siglo XX asustarse de abrir un libro y preguntándose por qué diablos no lo podía abrir. Algo instintivo me movió a decirle que no lo hiciese y que aun sería mucho mejor devolvérselo al doctor Hankey.

—¿Qué puede ocurrir? —dijo inquieto—. ¿Qué puede pasar?

—¿Qué le pasó a su amigo en el barco? —le contesté obstinado.

No me respondió. Realmente no sabía qué podía responderme, y tomé mi ventaja lógica, por mera vanidad.

—Si a esto hemos llegado —dije—, ¿cuál es su versión de todo lo que realmente pasó en el barco?

No me respondió; miré a mi alrededor y vi que ya no estaba.

La tienda, vacía. El libro, abierto sobre la mesa, como si, al marcharse, él lo hubiera dejado así. Pero la espada estaba en el suelo al otro lado de la tienda. Y la tela mostraba un gran corte, como si alguien se hubiese abierto

camino a través de ella con aquella espada. La rasgadura solo dejaba ver la negra oscuridad del bosque. Y cuando miré a través de la rotura no pude cerciorarme de si la maraña de altos tallos había sido separada ni el subsuelo hundido. Solo descubrí algunas huellas de pisadas. Y desde aquel día no he vuelto a ver al capitán Wales ni he oído hablar de él.

Envolví el libro en un papel marrón, teniendo cuidado de no mirar en él, y me lo traje a Inglaterra con el propósito de devolvérselo al doctor Hankey tan pronto como pudiera. Entonces vi en su periódico algunas notas sugiriendo una hipótesis acerca de estos casos y decidí retrasar la devolución y poner el asunto bajo su competencia, ya que tiene usted fama de ser equilibrado y tener criterio abierto.

El profesor Openshaw dejó la pluma y miró fijamente al misionero al otro lado de la mesa; concentrando en una sola mirada su larga experiencia de conocedor de aquellos tipos de embaucadores enteramente entre sí, y entre los que solía haber aun algunos excéntricos y otros extraordinariamente honestos. Corrientemente, el profesor hubiera empezado con la saludable hipótesis de que aquella historia era una sarta de mentiras. En el fondo, se inclinaba a asegurar que podía serlo. Y aun así, le era difícil ajustar el hombre a la historia. No podía ver a esta clase de mentirosos contando aquellas mentiras. El hombre no trataba de parecer honesto en la superficie, como muchos impostores suelen hacer. Más bien parecía otra cosa distinta, ya que el hombre era honesto, a pesar de que algo estaba sencillamente en la superficie. Pensó que se trataba de un hombre con una inocente desilusión. Pero una vez más los síntomas no eran los mismos. Era una especie de viril indiferencia, como si no le importara mucho la desilusión, si es que la tenía.

—Señor Pringle —dijo secamente y como un funámbulo que da un ágil salto—, ¿dónde está su libro ahora?

La mueca reapareció en el barbudo semblante, que se había vuelto grave durante la narración.

—Lo dejé ahí fuera —dijo el señor Pringle—. Quiero decir en el primer despacho. Tal vez era peligroso traerlo aquí. De este modo evito que los dos corramos un riesgo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el profesor—. ¿Por qué no lo trajo directamente aquí?

—Porque —contestó el misionero— sabía que tan pronto como usted lo viera lo abriría… antes de que hubiese oído la historia. Creí que sería posible que usted lo pensara dos veces antes de abrirlo después de haberla oído.

—No había nadie ahí fuera más que su empleado y tenía un aspecto de estólida firmeza sumergido en sus cuentas.

Openshaw rio con naturalidad.

—¡Oh!, Babbage —dijo—; sus volúmenes mágicos están a salvo con él, se lo aseguro. Su nombre es Berridge, pero a menudo le llamo Babbage porque es tan exacto como una máquina de calcular. No hay ser humano, si a él puede llamársele ser humano, que sea menos capaz de abrir paquetes del prójimo, ni envueltos en papel pardo. Bien, podemos ir a buscarlo y traérnoslo, aunque le aseguro que consideraré muy seriamente el uso que debemos hacer de él. Francamente le digo —y miró al hombre otra vez— que no estoy del todo seguro de si debemos abrirlo aquí, ahora, o mandárselo al doctor Hankey.

Los dos habían salido del despacho interior y entraron en el otro. Al mismo tiempo que hacían esto, el señor Pringle, dando un grito, corrió hacia el pupitre del empleado. Sobre el pupitre estaba el viejo libro con tapas de cuero, fuera de su envoltorio pardo, cerrado, pero como si acabara de ser abierto. La mesa del empleado estaba situada ante la ancha ventana que daba a la calle. Y la ventana destrozada con un enorme y desigual agujero en el vidrio, como si un cuerpo humano hubiese sido lanzado, a través de ella, al espacio. No quedaba otra señal del señor Berridge.

Los dos hombres permanecieron durante unos instantes como estatuas. Y fue el profesor el que poco a poco volvió a la vida. Hasta parecía más juicioso, como nunca en su vida lo había parecido. Se volvió lentamente y le tendió su mano al misionero.

—Señor Pringle —dijo—, le pido perdón. Perdón no solo por los pensamientos que he tenido, sino por los casi pensamientos. Pero nadie puede llamarme un hombre de ciencia si no sabe afrontar un hecho como este.

—Supongo —repuso Pringle con aire de duda— que debiéramos hacer algunas pesquisas. ¿Puede usted llamar a su casa para saber si ha ido allí?

—No sé que tenga teléfono —contestó Openshaw, algo ausente—. Vive en alguna parte, en dirección a Hampstead, creo. Pero es de suponer que si su familia o sus amigos lo echan de menos, alguien preguntará por aquí.

—¿Podemos dar una descripción del empleado —preguntó el otro— si la policía la requiere?

—La policía… —contestó el profesor saliendo de sus sueños—. Una descripción… Bien, su fisonomía es terriblemente parecida a la de cualquier otro, excepto para uno de esos linces. Uno de esos sujetos bien rasurados.

Pero la policía…, óigame…, ¿qué debemos hacer nosotros en este insensato asunto?

—Yo sé lo que debo hacer —dijo el reverendo señor Pringle con firmeza —. Voy a llevar este libro, ahora mismo, a su punto de origen, al doctor Hankey, y preguntarle qué diablos es todo esto. Vive no muy lejos de aquí. Luego volveré a darle cuenta de lo que él dice.

—¡Oh!, muy bien —dijo el profesor al tiempo que se sentaba con visible aspecto de preocupación, aunque quizá un poco aliviado, por el momento, de su responsabilidad. Pero aun mucho después de que los pasos vigorosos y pesados del misionero se hubiesen perdido en el fondo de la calle, el profesor permaneció sentado en la misma posición, mirando al vacío como en éxtasis.

Estaba todavía en la misma actitud cuando los mismos pasos vigorosos se oyeron sobre el pavimento del exterior. Entonces entró el misionero. Esta vez, según se aseguró de una ojeada, con las manos vacías.

—El doctor Hankey —dijo Pringle gravemente— quiere tener el libro durante una hora y considerar el caso. Me ha pedido que después le visitemos los dos y nos comunicará su decisión. Especialmente desea, profesor, que usted me acompañe en esa segunda visita.

Openshaw continuaba mirando en silencio; después dijo bruscamente:

—¿Quién diablos es el doctor Hankey?

—Sus palabras suenan como si quisiera decir que él es un diablo —dijo Pringle sonriendo—. Me figuro que algunas gentes lo han pensado así. Tiene una reputación en el mismo sentido que usted, pero la ganó principalmente en la India, estudiando la magia local y otras cosas por el estilo. Tal vez por esto no es tan conocido aquí. Es un amarillo y flaco diablo, con una pierna coja y un carácter incierto, pero parece que posee una ordinaria y respetable práctica en estas cosas, y no conozco nada definitivamente malo acerca de él…, a menos que sea malo ser la única persona que posiblemente puede saber algo referente a todo este asunto.

El profesor Openshaw se levantó pesadamente y fue al teléfono. Llamó al padre Brown, cambiando para la hora de la cena la cita que tenía para la del almuerzo. Necesitaba estar libre para la expedición a la casa del doctor angloindio. Después de esto se sentó de nuevo, encendiendo un cigarro, y se sumió una vez más en sus insondables pensamientos.

El padre Brown fue al restaurante donde estaba citado para la hora de la cena. Se paseó un rato por el vestíbulo lleno de espejos y tiestos con palmeras. Le habían informado de que Openshaw tenía un compromiso para aquella tarde y como esta se cerraba, oscura y tempestuosa, alrededor de los

espejos y de las verdes plantas, adivinó que había sucedido algo imprevisto e indebidamente prolongado. Hasta llegó a temer por un momento que el profesor no apareciera. Pero cuando el profesor se presentó creyó descubrir que sus conjeturas habían sido justificadas. Porque era un profesor de mirada inquieta y desordenada cabellera aquel que, inesperadamente, regresó con el señor Pringle de la expedición al norte de Londres, donde los suburbios están todavía orillados de baldíos de brezos y tierras comunales, apareciendo más sombrío bajo la tempestuosa puesta de sol. Sin embargo, aparentemente encontraron la casa entre las otras dispersas. Comprobaron la placa de cobre con la inscripción: J. I. Hankey, M. D. M. R. C. S. Encontraron tan solo lo que el cuchicheo de la pesadilla había ya subconscientemente preparado: una corriente sala de recibir con el maldito volumen en la mesa, como si hubiese sido leído en aquel momento. Más allá una puerta violentamente abierta y una débil traza de pasos que subía un pequeño trecho, hasta una calle del jardín que ningún hombre cojo podía subir con facilidad. Pero un hombre con la pierna lisiada era el que lo había recorrido, porque entre las huellas había algunas defectuosas y desiguales, con marcas de una especie de bota ortopédica; más lejos, solo dos marcas de esta bota (como si aquella criatura se hubiese detenido). Después, nada. No cabía averiguar nada más allá referente al doctor J. I. Hankey, aparte de que él había tomado una decisión. Había leído el oráculo y recibido el castigo.

Cuando ambos entraron en la sala bajo las palmeras, Pringle puso rápidamente el libro sobre la mesa, como si le quemara los dedos. El sacerdote lo miró con curiosidad. Sobre la cubierta solo había unas rudas inscripciones con este estribillo: *Los que este libro miren El Terror Volador tocarán*. Y debajo, como más tarde descubrió similares avisos en griego, latín y francés. Los otros dos, siguiendo su impulso natural, se dirigieron al mostrador, agotados y aturdidos, y Openshaw llamó al camarero que les llevó cócteles en una bandeja.

—Comerá usted con nosotros —dijo el profesor al misionero, pero el señor Pringle rehusó amablemente.

—Si me lo permite —dijo—, voy a salir y a pensar con reposo en este libro y en este asunto por mí mismo. ¿Podría hacer uso de su oficina por una hora?

—Me temo que esté cerrada —repuso Openshaw con cierta sorpresa.

—¿Ha olvidado que hay una abertura en la ventana?

Luke Pringle hizo la más amplia de todas sus amplias muecas y desapareció en la oscuridad.

—Después de todo es un sujeto bien extraño —dijo el profesor ceñudamente.

Le sorprendió un poco encontrar al padre Brown hablando con el camarero que había servido los cócteles, aparentemente acerca de los asuntos privados de aquel, ya que oyó que mencionaban a un chiquillo que estaba fuera de peligro. El profesor comentó el hecho con alguna sorpresa, preguntándose cómo el sacerdote conocía a aquel hombre, pero aquel le contestó:

—¡Oh, yo como aquí cada dos o tres meses y he hablado con él cada vez!

El profesor, que comía alrededor de cinco veces por semana, estaba seguro de no haber cambiado nunca ni una sola palabra con él. Pero estas consideraciones fueron cortadas por la llamada del timbre y el requerimiento del teléfono. La voz dijo ser Pringle: era muy apagada, pero podía muy bien ser que resultara así debido a la maraña que formaban su barba y sus bigotes. El mensaje fue suficiente para establecer su identidad.

—Profesor —dijo la voz—, no puedo seguir así ni un momento más. Yo mismo voy a abrir el libro. Hablo desde su oficina y el libro está ante mí. Por si algo me sucede, le digo adiós. ¡No!… Es inútil tratar de detenerme. No llegaría a tiempo. Estoy abriendo el libro ahora. Yo…

A Openshaw le pareció oír un escalofriante y sordo estallido. Entonces gritó el nombre de Pringle una y otra vez, pero ya no se oyó nada más; colgó el auricular, se irguió con soberbia calma académica —tal vez era la calma de la impotencia—, y se volvió a su sitio en la mesa. Y entonces, con la misma frialdad que si estuviera describiendo el fracaso de algún pequeño truco insignificante, en una *séance* de espiritismo le contó al sacerdote cada detalle de su monstruoso misterio.

—Cinco hombres han desaparecido por este increíble medio —dijo—. Cada uno de los casos es extraordinario, y uno de ellos, sobre todo, no puedo entenderlo: es el de mi empleado Berridge. Precisamente porque era la menos curiosa y más tranquila criatura, el caso se me hace raro.

—Sí —replicó el padre Brown—, es una cosa muy extraña para hacerla Berridge. Era terriblemente concienzudo. Siempre tan atento a separar los asuntos de la oficina de usted y las bromas. Porque nadie supo nunca que era un gran humorista en su casa y…

—¡Berridge! —gritó el profesor—. Pero ¿de qué está usted hablando? ¿Lo conocía?

—¡Oh, no! —repuso el padre Brown—. Solo conozco al camarero. Algunas veces tuve que esperar en la oficina a que usted volviera. Y,

naturalmente, pasaba el rato con el pobre Berridge. Era un poco excéntrico. Recuerdo que una vez me dijo que le gustaría coleccionar cosas de valor, como los coleccionistas hacen con cosas tontas que ellos creen valiosas. Usted conoce la historia de la mujer que coleccionaba cosas de valor.

—No estoy seguro de entender de qué está usted hablando —contestó Openshaw—. Pero aunque mi empleado fuera un excéntrico (de todo el mundo lo hubiera pensado antes), no me explicaría lo sucedido a los demás.

—¿A quiénes? —preguntó el sacerdote.

El profesor lo miró fijamente y le habló recalcando cada palabra como si se lo dijera a un niño.

—Mi querido padre Brown, cinco hombres han desaparecido.

—Mi querido profesor Openshaw: ningún hombre ha desaparecido.

El padre Brown lo miró con la misma fijeza y le habló con la misma distinción. No obstante, el profesor requirió que le repitiera las palabras y le fueran repetidas distintamente.

—Digo que ningún hombre ha desaparecido.

—Me imagino que la cosa más difícil es convencer a alguien de que cero más cero más cero es igual a cero. Los hombres creen en las cosas más extrañas si se dan así en serie; por esto Macbeth creyó las tres palabras de las tres brujas, aunque la primera era algo que supo por sí mismo y la última algo que solo él podía contar de sí mismo. Pero en su caso el término medio es el más flojo de todos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted no vio desaparecer a nadie. No vio desaparecer al hombre del barco ni tampoco al desaparecido de la tienda. Todo se apoya en la palabra del señor Pringle, a quien no quiero discutir por ahora. Pero usted va a admitirme esto: usted no hubiera aceptado su palabra si no la hubiese visto confirmada por la desaparición del empleado. Como Macbeth no hubiera creído nunca que sería el rey si no se lo hubiese confirmado la predicción de que sería señor de Cawdor.

—Esto puede ser verdad —dijo el profesor moviendo lentamente la cabeza—. Pero cuando fue confirmado, supe que era verdad. Dice que no vi nada por mí mismo. Pero algo vi; vi a mi propio empleado desaparecer. Berridge desapareció.

—Berridge no desapareció —dijo el padre Brown—, sino todo lo contrario.

—¿Qué diablos quiere dar a entender con «sino todo lo contrario»?

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que nunca desapareció. Apareció.

Openshaw miró con insistencia a su amigo, pero su mirada se había alterado, como pasaba siempre que se encontraba con una nueva complicación del problema. El sacerdote prosiguió:

—Apareció en su estudio, disfrazado con una greñuda barba roja y abotonado hasta el cuello con una burda capa y anunciándose como el reverendo Luke Pringle. Usted no se había fijado nunca bastante en él para poder reconocerlo ni aun estando tan burda y apresuradamente disfrazado.

—Cierto —convino el profesor.

—¿Podría describirlo a la policía? —preguntó el padre Brown—. No. Probablemente sabía que iba pulcramente rasurado y llevaba lentes de color. Y quitándose los lentes quedaba mejor disfrazado que poniéndose cualquier cosa. Usted no había visto mejor sus ojos que su alma; ¡sus risueños ojos! Guardó su libro y todos sus utensilios; después rompió el cristal con calma, se puso la barba y la capa y entró en su despacho, sabiendo que usted no le había mirado nunca.

—Pero ¿por qué me jugaría esa insensata broma? —preguntó Openshaw.

—Porque… porque no le había mirado en su vida —contestó el padre Brown, y agitó su mano ligeramente, como si trazara ondas con ella. Después la cerró, como si fuera a golpear la mesa, si él hubiese sido dado a hacer esto —. Le llamaba la máquina de calcular porque era en eso en lo que le empleó siempre. No supo descubrir en él lo que cualquier extraño, pasando por su despacho y en cinco minutos de charla, hubiera descubierto: que tenía un carácter, que era un gran bromista, que tenía toda clase de puntos de vista acerca de usted, de sus teorías y de su reputación de poner en «evidencia» a las gentes. Puede comprender su excitación probando que no podía hacerlo con su propio empleado. Tenía toda clase de ideas insensatas. Coleccionar cosas inútiles, por ejemplo. ¿No conoce la historia de la mujer que encontró las dos cosas más inútiles: la placa de cobre de un viejo doctor y una pierna de palo? Con esas dos cosas, su ingenioso empleado creó al extraordinario doctor Hankey con tanta facilidad como al capitán Wales. Introduciéndolos en su propia casa…

—¿Quiere usted decir que el lugar que visitamos más acá de Hampstead era la propia casa de Berridge? —preguntó Openshaw.

—¿Conocía usted su casa o aun su propia dirección? —replicó el sacerdote—. Óigame, no creo que esté hablando irrespetuosamente de usted o de su trabajo. Es usted un gran servidor de la verdad y sabe que no podría ser

irrespetuoso con eso. Ha descubierto a muchos mentirosos cuando puso su inteligencia en ello. Pero no mire exclusivamente a los embusteros. Hágalo, aunque ocasionalmente, con los hombres honrados… como el camarero.

—¿Dónde está Berridge ahora? —preguntó el profesor después de un largo silencio.

—No tengo la más pequeña duda —dijo el padre Brown— de que ha vuelto a la oficina. En realidad, estaba allí en el preciso momento en que el reverendo Luke Pringle leía el terrible volumen y desaparecía en el vacío.

Openshaw rio, con la risa de un gran hombre que es bastante grande para parecer pequeño. Dijo de pronto:

—Creo que me lo merezco, por desconocer al más próximo ayudante que tengo. Pero debe admitir que la acumulación de incidentes era formidable. ¿Nunca se sintió amedrentado, ni por un momento, por el imponente tomo?

—¡Oh!… —dijo el padre Brown—. Lo abrí tan pronto como lo tuve a mi alcance. Estaba en blanco. Vea usted, yo no soy supersticioso.

EL HOMBRE VERDE

Un hombre con los pantalones abombados y un vehemente y sanguíneo perfil estaba jugando al golf contra él mismo, en los campos tendidos paralelamente a la playa y al mar, el cual se agrisaba con la luz del crepúsculo. No es que hiciese rodar la pelota cuidadosamente sino más bien ejecutando golpes especiales con una serie de furia microscópica: como un ordenado y pulido torbellino. Había aprendido muchos juegos con rapidez, pero tenía disposición para aprenderlos un poco más deprisa de lo que pueden ser aprendidos. Era propenso a ser víctima de esas notables invitaciones por las cuales un hombre puede aprender a tocar el violín en seis lecciones… o adquirir un perfecto acento francés en cursos por correspondencia. Vivía en la ventilada atmósfera de tales esperanzadores anuncios y aventuras. Actualmente era secretario particular del almirante sir Michael Graven, que poseía una gran casa detrás del parque lindante con los campos. Era ambicioso y no tenía intención de continuar indefinidamente siendo el secretario particular de alguien. Pero era también razonable y sabía que lo mejor para dejar de ser secretario particular era ser un buen secretario. Despachaba la siempre acumulada y retrasada correspondencia del almirante como hacía con la pelota de golf. Al presente y solo con su propia discreción había de luchar con la correspondencia. El almirante había permanecido ausente con su barco durante seis meses. Aunque ya de vuelta, no era esperado hasta después de unas horas, o posiblemente días.

Con un salto atlético, el joven, cuyo nombre era Harold Harker, salvó el repecho cubierto de césped que formaba la meseta del campo de golf y, mirando a través de la playa, hacia el mar, vio un extraño espectáculo. No lo distinguía del todo bien porque oscurecía de minuto en minuto bajo las nubes tempestuosas. Le pareció aquello como una especie de momentánea ilusión, como el sueño de los lejanos días del pasado o tal vez un drama representado por espectros, lejos de toda época histórica.

La puesta de sol, en sus últimos momentos, no era más que un haz de largas rayas de cobre y oro sobre la lejana franja oscura del mar, más negro que azul. Pero más oscuro aún, contra esta luz poniente, pasaron con un agudo contorno, como figuras en una pantomima de sombras, dos hombres con sombrero de tres picos y espada. Como si acabaran de desembarcar de uno de los barcos de madera de Nelson. No era la especie de alucinación que

hubiera sufrido el señor Harker si hubiese sido propenso a ellas. Pertenecía a un tipo a la vez sanguíneo y científico, y más bien habría imaginado los barcos voladores del futuro que los navíos del pasado. Gracias a ser muy juicioso llegó a la conclusión de que hasta un futurista puede creer en sus ojos.

Su ilusión no duró más que un momento. Lo que vio después no era usual, pero tampoco increíble. Los dos hombres que avanzaban en fila por la arena, unas quince yardas uno detrás del otro, eran modernos oficiales de marina. Pero oficiales navales llevando el más extravagante uniforme de gala que se ha visto, pero que aquellos, por poco que puedan, no llevan nunca. Solo se lo ponen en ocasiones de gran ceremonial; por ejemplo, cuando han de ser recibidos en audiencia por los reyes.

En el hombre que iba delante, que parecía más o menos inconsciente que el hombre que iba detrás, Harker reconoció enseguida la nariz de puente y la barba puntiaguda de su jefe el almirante. Al otro hombre, el que le seguía los pasos, no lo conoció. Pero, en cambio, sabía algo acerca de las circunstancias relacionadas con la ocasión del ceremonial. Sabía que cuando el barco del almirante anclaba en el puerto contiguo, es que iba a ser visitado por un gran personaje, todo lo cual era suficiente para explicar el uniforme de gala de los oficiales. Pero él conocía a los oficiales. Y desde luego al almirante. Y lo que pudo obligar al almirante a venir a la playa con este atavío, cuando se podía jurar que no hubieran invertido ni cinco minutos en embutirse en un muftí o al menos en un uniforme de a diario, era más de lo que su secretario podía concebir. De todas maneras, esto parecía lo último que quería hacer. Realmente, por unas semanas todo aquello iba a ser el principal misterio de este asunto misterioso. Así, como aparecía, la silueta de este fantástico desfile de uniformes en el escenario vacío, con rayas de oscuro mar y arena, tenía algo sugestivo de ópera cómica. Al espectador le recordaba «Pinafore».

La segunda figura era mucho más singular en apariencia, a pesar del correcto uniforme de teniente. Y de todavía más singular conducta. Andaba de extremada e incómoda manera. Unas veces deprisa y otras despacio. Como si no lograra ponerse de acuerdo consigo mismo acerca de si debía alcanzar o no al almirante. Este era algo sordo y ciertamente no oía los pasos de detrás sobre la blanda arena. Pero aquellos pasos, tratados en forma detectivesca, podían haber promovido veinte conjeturas, desde la cojera a la danza. El rostro del hombre era atezado, oscurecido por la sombra, y sus ojos brillaban a cada momento más alterados, como acentuando su agitación. Una vez empezó a correr, e inmediatamente recayó en una exagerada lentitud y

descuido. Después hizo algo que el señor Harker nunca hubiera concebido, que ningún normal oficial de marina, en estado normal y al servicio de Su Majestad británica, hiciera ni aún en un asilo de lunáticos. Desenvainó su espada…

Y en el momento culminante del prodigio desaparecieron las dos figuras detrás de un promontorio de la playa. El asombrado secretario tuvo el tiempo preciso para ver cómo el atezado desconocido, recobrándose de su abandono, cortaba la cabeza de un acebo marítimo con su reluciente espada. Parecía haber abandonado toda idea de alcanzar al otro hombre. Pero el señor Harold Harker adquirió una expresión muy pensativa. Y permaneció allí durante algún tiempo, meditando antes de encaminarse gravemente tierra adentro, hacia el camino que corre más allá de las vallas de la casa, grande, trazando una larga curva para bajar hasta el mar.

Por esta curva del camino se esperaba ver llegar al almirante, teniendo en cuenta la dirección en la cual caminaba, haciendo la natural suposición de que su objetivo era su propia puerta. El sendero a lo largo de la playa, por debajo de los campos de césped, entraba en la tierra, justamente más allá del promontorio, y, solidificándose en carretera, volvía hacia Graven House.

Descendiendo por este camino fue hacia donde se lanzó el secretario, con su característica impetuosidad, para encontrar a su patrón de vuelta a casa. Pero —lo que fue aún más peculiar— el secretario tampoco volvió a casa. Por lo menos hasta muchas horas más tarde. Con el retraso suficiente para producir alarma y confusión en Graven House.

Tras los pilares y las palmas de la casi demasiado palatina casa de campo, la expectación se cambiaba gradualmente en inquietud.

Gryce, el criado del almirante, un hombre grueso y bilioso, guardando anormalmente silencio en la planta baja como en los pisos (escaleras arriba como escaleras abajo), mostraba cierto desasosiego pasando y volviendo a pasar ante el zaguán de la casa. De vez en cuando miraba hacia fuera, al otro lado del pórtico, hacia la blanca carretera que se deslizaba hasta el mar. La hermana del almirante, Marion, que cuidaba de la casa, tenía la nariz de su hermano, pero con más ruidosa expresión. Era voluble y algo gruñona, no sin humor, capaz de repentinos énfasis y tan chillona como una cacatúa. Olive, la hija del almirante, era morena, soñadora y, por lo general, silenciosa y quizá un tanto melancólica. Así es que, generalmente, su tía llevaba la mayor parte de la conversación y de buena gana por parte de ambas. Pero la muchacha hacía el regalo de su pronta risa, que era muy seductora.

—No puedo comprender por qué no están aquí aún —dijo la señora mayor—. El cartero me dijo que había visto al almirante viniendo a lo largo de la costa, con esa horrorosa criatura, ese Rook. ¿Por qué le llamará el teniente Rook?

—Tal vez —sugirió la joven melancólica en un momento de agudeza—, tal vez le llaman teniente porque sea teniente.

—No puedo entender por qué el almirante lo conserva a su lado —gruñó su tía como si estuviera hablando a su camarera.

Estaba muy orgullosa de su hermano y lo llamaba siempre el almirante. Pero su noción del servicio de los jóvenes era inexacta.

—Bien; Roger Rook es aburrido, insociable y no sé cuántas cosas más —replicó Olive—, pero eso no impide que sea un marino capaz.

—¡Marino! —gritó la tía con una de sus más estridentes notas de cacatúa—. No es mi tipo de marino. La doncella que amaba a un marino, como se cantaba en mis tiempos de joven… ¡Pensar en aquello! No es alegre ni generoso… No puede cantar ni danzar al son de la cornamusa.

—Bueno —observó la sobrina—. El almirante no danza a menudo la danza de la cornamusa.

—¡Oh, ya sabes lo que quiero decir…! No es ni brillante, ni airoso, ni nada —replicó la anciana señora—. ¿Por qué ese sujeto, el secretario, puede hacerlo mejor?

La casi trágica cara de Olive se transfiguró bajo la influencia de una de sus deliciosas y rejuvenecedoras olas de risa.

—Estoy segura de que al señor Harker le gustaría danzar al son de la cornamusa para ti —dijo—, y que la ha aprendido en media hora en el libro de instrucciones. Siempre está aprendiendo cosas así.

Dejó de reír y miró la estirada cara de su tía.

—No sé por qué no viene el señor Harker —añadió.

—No me preocupa el señor Harker —respondió la tía, levantándose para ir a mirar por la ventana.

La luz de la tarde hacía tiempo que de amarilla se había convertido en gris, y ahora era ya blanca bajo el amplio claro de luna, sobre el dilatado plano del paisaje. Había un grupo de árboles marítimos inclinados alrededor de un pantano. Y más allá, en la costa, descarnada y oscura contra el horizonte, la miserable taberna de los pescadores que ostentaba el nombre de «El Hombre Verde». Carretera y paisaje aparecían desiertos. Nadie había visto la figura con sombrero de tres picos que había sido observada por la

tarde, paseando por la orilla del mar. Ni tampoco a la extraña figura que le seguía. Nadie había visto al secretario que las había visto.

Era después de medianoche cuando el secretario entró impetuoso y excitando a toda la familia; y su rostro, lívido como un espectro, parecía aún más pálido contra el fondo que formaban el semblante y la figura estólidos del grueso inspector de policía. Sin embargo, esta colorada, pesada o poco deferente cara parecía, más que aquella otra blanca y desolada, una máscara de juicio.

La noticia les fue dada a las dos mujeres con toda la consideración y suavidad posibles. Las noticias eran que el cuerpo del almirante Graven había sido pescado entre las sucias hierbas y las algas del lago, bajo los árboles. Y que se había ahogado y que estaba muerto.

Cualquiera relacionado con el señor Harold Harker, el secretario, comprendería que a pesar de su agitación estaba desde hacía tiempo al pie de la calle en lo que concernía a aquel asunto. En una sala reservada sostenía una escaramuza con el inspector, a quien había encontrado la noche antes en la carretera, cerca de «El Hombre Verde». Interrogaba al inspector como este hubiera interrogado a un rapazuelo. Pero el inspector Burns era un carácter estólido y al mismo tiempo demasiado estúpido, o demasiado listo, para ofenderse por estas monerías. Dio la impresión de como si no fuese tan estúpido como parecía. Disponía los vehementes interrogatorios de Harker de forma más lenta y racional.

—Bueno —dijo Harker (su cabeza estaba llena de manuales con títulos como: Sea usted detective en diez días)—, bueno, se trata del antiguo triángulo, supongo: accidente, suicidio o asesinato.

—No veo cómo puede ser un accidente —contestó el policía—. No había oscuridad y el pantano está a quince yardas de la carretera, que se conocía tan bien como la entrada de su casa. Habría sido algo así como tenderse cuidadosamente en un charco de la calle. Como suicidio, es casi una irresponsabilidad sugerirlo y, además, bastante improbable. Era un hombre activo y afortunado. Era inmensamente rico, casi millonario, en realidad. Claro está que esto no lo prueba todo. Parecía completamente normal y tratable en su vida privada. Es el último hombre de quien sospecharía que se hubiera tirado al agua.

—Nos acercamos —dijo el secretario bajando la voz con un estremecimiento—, nos acercamos a la tercera posibilidad.

—No debemos precipitarnos —repuso el inspector, disgustando a Harker, que tenía prisa a propósito de no importa qué—. Pero, naturalmente, hay una

o dos cosas que uno quisiera saber. Acerca de su fortuna, por ejemplo, ¿sabe usted a quién pasará? Usted es su secretario particular; ¿conoce algo acerca de su testamento?

—No soy tan particular como secretario —contestó el joven—. Sus procuradores son los señores Willy Hardman y Dyke, en Suttford, Hight Street, y creo que su testamento está bajo su custodia.

—Bien, me parece mejor que vaya a verlos enseguida —dijo el inspector.

—Vamos allá, veámoslos inmediatamente —afirmó el impaciente secretario.

Dio, agitado, una o dos vueltas por la sala y después preguntó:

—¿Qué ha hecho usted con el cadáver, inspector?

—El doctor Straker lo está examinando en el puesto de policía. Su informe estará listo dentro de una hora aproximadamente.

—No puede estar listo tan pronto —repuso Harker—. Hay que ganar tiempo si queremos encontrarlo en casa de los abogados.

Entonces se calló y su impetuoso tono cambió de pronto con cierto embarazo.

—Óigame —dijo—. Quiero…, debemos tener todas las consideraciones posibles con la joven dama, la pobre hija del almirante. Tuvo una idea que puede que sea un desatino, pero no quisiera disgustarla. Existe un amigo suyo a quien quiere consultar y que se encuentra actualmente en la ciudad. Un hombre apellidado Brown, sacerdote o pastor, no lo sé a ciencia cierta. Ella me dio su dirección. No hago mucho caso de sacerdotes ni de pastores, pero…

El inspector movió la cabeza.

—No hago mucho caso de sacerdotes ni de pastores tampoco, pero sí lo hago en gran manera del padre Brown —repuso—. Tuve que trabajar con él en un asunto de una extraña sociedad de joyería. Debía haber sido policía en vez de cura.

—Está bien —dijo el desalentado secretario al tiempo que desaparecía de la habitación—. Que venga también al despacho de los abogados.

Así sucedió que cuando ellos corrían a la vecina ciudad, a tiempo de encontrar al doctor Straker en la oficina de los procuradores, ya el padre Brown estaba sentado allí, con sus manos cruzadas sobre el pesado paraguas y charlando plácidamente con el único miembro disponible de la firma. El doctor Straker había llegado también pero aparentemente en aquel mismo momento, ya que estaba todavía poniendo cuidadosamente sus guantes sobre la chistera y la chistera sobre la mesa. Y la expresión suave y el brillo del

rostro alunado y de los lentes del sacerdote, junto con la silenciosa risa ahogada del festivo abogado, viejo y gris, con el que conversaba, eran suficientes para mostrar que el médico no había despegado los labios para dar la noticia de la defunción.

—Bonita mañana, después de todo —decía el padre Brown—. Esta tormenta parece haber pasado ya. Había grandes nubes negras, pero me han dicho que no ha caído ni una sola gota de lluvia.

—Ni una gota —agregó el procurador jugando con la pluma; era el señor Dyke, el tercer socio de la firma—, no hay una sola nube ahora. Hace un día verdaderamente primaveral.

Entonces, al alzar la vista, se dio cuenta de los recién llegados. Dejó la pluma y levantándose dijo:

—¡Ah, señor Harker! ¿Cómo sigue usted? Oí que el almirante es esperado pronto.

Entonces habló Harker y su voz resonó cavernosa en la habitación.

—Siento mucho decir que somos portadores de malas nuevas. El almirante Graven se ahogó antes de llegar a casa.

Hubo un cambio en el aspecto del tranquilo despacho, aunque no en las actitudes de las inmóviles figuras; ambos miraban fijamente al que hablaba, como si una chanza se hubiera helado en sus labios. Ambos repitieron la palabra «ahogado», se miraron el uno al otro y después al informador. Entonces las preguntas se sucedieron rápidamente.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó el sacerdote.

—¿Dónde fue hallado? —preguntó el abogado.

—Fue encontrado —repuso el inspector— en el pantano, junto a la costa, no lejos de «El Hombre Verde». Lo sacaron cubierto de algas y hierbas, casi irreconocible. Pero el doctor Straker ha… ¿Qué le pasa, padre Brown? ¿Se siente enfermo?

—«El Hombre Verde» —dijo el padre Brown—. Lo siento… Ruego que perdonen este trastorno mío.

—¿Trastornado por qué? —preguntó el estólido policía.

—Por lo de «cubierto de algas verdes», supongo —dijo el sacerdote con risa rota. Entonces añadió con más firmeza—: Pensé que pudo haber sido vestido de algas.

Todos miraron al sacerdote con la sospecha, muy natural, de que estaba loco; pero la próxima y decisiva sorpresa no vino de él. Después de un silencio mortal habló el médico.

El doctor Straker era un hombre notable, digno de ser contemplado. Era alto y anguloso, muy serio y profesional en sus vestidos. Conservaba aún una moda que apenas si se veía desde los tiempos victorianos. Aún relativamente joven, llevaba una barba negra muy larga derramándose sobre su chaleco. En contraste con ella, su semblante, a la vez duro y hermoso, era singularmente pálido. Sus bellas miradas quedaban aminoradas por algo en sus ojos profundos que no era estrabismo, pero sí como una sombra de desviación. Todos advirtieron estas cosas, porque mientras hablaba exteriorizaba un indescriptible aire de autoridad. Todo lo que dijo fue:

—Hay algo más que añadir, si se consideran los detalles, acerca del almirante Graven. —Después añadió, como si reflexionara—: El almirante Graven no se ahogó.

El inspector le disparó entonces una pregunta:

—Acabo de examinar el cadáver —repuso el doctor Straker—; la causa de su muerte fue una herida en el corazón con algo puntiagudo como un estilete. Después de su muerte, horas después, el cadáver fue escondido en el pantano.

El padre Brown miraba al doctor Straker vivamente, como rara vez lo hacía con alguien. Y cuando el grupo empezó a dispersarse, se arregló de manera que pudo juntarse al médico para una ulterior conversación mientras salían a la calle. No había gran cosa que los retuviera allí, a no ser la cuestión formal del testamento. La impaciencia del joven secretario había sido puesta a prueba por la etiqueta profesional del viejo abogado. Pero aquel fue inducido últimamente, más por el tacto del sacerdote que la autoridad del policía, a abstenerse de investigar misterios donde no había misterio alguno. El señor Dyke admitía, con una sonrisa, que el testamento del almirante era un documento normal y ordinario: se lo dejaba todo a su única hija, Olive, y realmente no había razón particular para ocultar el hecho.

El médico y el sacerdote descendieron despacio por la calle que salía de la ciudad en dirección a Grave House. Harker se precipitó delante, con su nativa vehemencia por llegar a cualquier parte, pero los otros dos quedaron detrás, más interesados en su conversación que en la dirección del otro. El alto doctor se dirigió en un tono casi enigmático al pequeño sacerdote que caminaba a su lado.

—Bien, padre Brown. ¿Qué piensa usted de esto?

El padre Brown lo miró ansiosamente por un instante y después dijo:

—He empezado a pensar dos o tres cosas, pero mi principal dificultad proviene de que solo conocía al almirante superficialmente, aunque conozco algo a su hija.

—El almirante —dijo el médico con una torva inmovilidad en su semblante— era de esa especie de hombres de quienes se puede decir que no tienen un solo enemigo en el mundo.

—Supongo que quiere usted decir —contestó el sacerdote— que hay algo más en este asunto.

—¡Oh, no es asunto mío! —repuso de un modo precipitado y algo áspero —. Tenía sus cosas, supongo. Una vez me amenazó con proceder legalmente contra mí a propósito de una operación, pero creo que lo pensó mejor. Debía de ser brusco con sus subordinados.

Los ojos del padre Brown estaban fijos en la figura del secretario, que andaba a zancadas lejos, delante de ellos. Al mirarlo, encontró la causa que motivaba aquella prisa. A más de quince yardas de donde se encontraban, la hija del almirante paseaba por la carretera, en dirección a la casa de su padre. El secretario llegó pronto a su lado. Todo el rato el padre Brown estuvo mirando el silencioso drama de las dos espaldas humanas y cómo disminuían la distancia que las separaba. El secretario estaba evidentemente muy excitado por algo, y si el cura lo adivinó, se lo guardó para sí. Cuando llegó a la esquina de la casa del médico, dijo brevemente:

—No sé si tiene algo más que decirnos.

—¿Por qué había de tener? —contestó el doctor bruscamente; y se fue, dejando la duda de si lo que preguntaba era si debía tener algo que decir o si debía decirlo.

El padre Brown se fue renqueando, solo, tras de los jóvenes; pero cuando llegó a la entrada del parque del almirante le detuvo la acción de la muchacha, que se volvió de pronto y se dirigió directamente hacia él. Pálida, como de costumbre, sus ojos brillaban con alguna nueva y aún innominada emoción.

—Padre Brown —dijo Olive en voz baja—, he de hablarle tan pronto como sea posible. No me queda otro camino.

—Cuando quiera —replicó él tan fríamente como si un golfillo le preguntara la hora—. ¿Dónde podemos ir para hablar?

La joven lo condujo al pasar a una glorieta medio derruida y se sentaron detrás de un manzano de anchas hojas. Ella empezó inmediatamente, como si tuviera que aliviar sus sentimientos o desmayarse.

—Harold Harker —dijo— me ha hablado de cosas, de cosas terribles —el sacerdote asintió, y continuó apresurada—: a propósito de Roger Rook. ¿Lo conoce?

—Me han hablado de él —contestó—. Sus camaradas le llaman «el alegre Roger» porque nunca lo está, y tiene un aire de cráneo y fémur cruzados, de

pirata.

—No fue siempre así —dijo Olive en voz baja—. Algo muy raro debe de haberle sucedido. Lo conozco bien, desde que éramos niños. Jugábamos juntos en la arena de la playa. Era un atolondrado y siempre hablaba de ser un pirata. Osaría decir que era de esa clase de hombres que afirman que podrían llegar al crimen leyendo cosas espantosas. Pero había algo de poético en su manera de ser. Entonces era realmente un alegre muchacho. Creo que Roger fue el último que sostuvo la vieja leyenda de recorrer el mar, y a la postre su familia tuvo que ceder y enrolarle en la Armada. Bien…

—Sí —dijo el padre Brown, calmoso.

—Bien —admitió ella, sorprendida en uno de sus raros momentos de alegría—; supongo que aquello le desilusionó. Los oficiales de la Armada raramente llevan cuchillo entre los dientes ni blanden sangrientos machetes ni agitan banderas negras. Pero esto tampoco explica el cambio operado en él. Se endureció; cada vez parecía más triste y silencioso, como si fuera un muerto rondando por el mundo. Siempre me esquivó; pero eso no importa. Supongo que alguna desgracia, que a mí no me atañe, lo ha abatido. Y ahora, desde luego, si lo que cuenta Harold es verdad, su desgracia no es ni más ni menos que haber enloquecido o estar poseído por el demonio.

—¿Y qué es lo que cuenta Harold? —preguntó el sacerdote.

—Es tan horrible que apenas puedo repetirlo —contestó ella—. Jura haber visto a Roger arrastrándose detrás de mi padre aquella tarde; vacilaba y después desenvainó la espada… Y el doctor dice que mi padre fue asesinado con un acero puntiagudo… Yo no puedo creer que Roger Rook tenga algo que ver con el crimen. Su mal humor y el genio de mi padre los llevaba a regañar algunas veces; pero ¿eran aquello riñas? No puedo decir exactamente que me ponga de parte de un amigo porque él no se mostraba ya como tal. Pero no se puede evitar que una se sienta segura de algo, aunque sea de una antigua amistad. Y es más: Harold jura que él…

—Al parecer, Harold jura mucho —repuso el padre Brown.

Hubo un repentino silencio, después del cual ella dijo en un tono distinto:

—Bueno, él también jura a propósito otra clase de cosas. Harold Harker me acaba de pedir que sea su novia…

—¿Debo felicitar a usted o a él? —inquirió su interlocutor.

—Le dije que debía esperar. Él no es el indicado para esperar —fue sorprendida otra vez en un cabrilleo de su incongruente sentido de lo cómico —; dijo que era su ideal, su ambición y otras cosas por el estilo. Ha vivido en

los Estados Unidos; sin embargo, no recuerdo haberle oído hablar de dólares, excepto cuando habla de ideales.

—Y supongo —dijo el padre Brown en tono muy suave— que porque se ha decidido por Harold desea saber la verdad acerca de Roger.

Ella se irguió, frunció el ceño y después, con igual tono, sonrió diciendo:

—Quisiera saberla.

—Sé muy poco sobre todo este asunto —dijo el sacerdote con gravedad —. Solo sé quién asesinó a su padre.

Ella se estremeció y se quedó mirándolo afligida y pálida. El padre Brown torció el gesto y prosiguió:

—Me creí un insensato cuando di con ello. Cuando preguntaron dónde había sido encontrado el cadáver hablaron de algas verdes y de «El Hombre Verde».

Entonces él también se puso de pie, empuñando su pesado paraguas con una nueva resolución. Se dirigió a la joven con una gravedad distinta de la que había empleado hasta aquel momento.

—Hay algo más que yo conozco, que es la llave de todos esos enigmas suyos, pero no puedo decírselo todavía. Supongo que son nuevos, pero no hay nada tan malo como las cosas que ha estado usted imaginando.

Acabó de abotonar su sotana y se dirigió hacia la puerta de la cerca.

—Voy a visitar al señor Rook. Hay un tejadillo junto a la playa, cerca de donde el señor Harker le vio paseando. Creo que vive allí.

Y se fue apresurado en dirección a la playa.

Olive era una persona imaginativa, quizá demasiado imaginativa para dejarla, sin peligro, trabajar sobre medias palabras o alusiones, como las que dejó caer su amigo. Tenía prisa por encontrar la mejor ayuda para sus enigmas. La misteriosa relación entre el primer vislumbre del padre Brown y las fortuitas palabras acerca del pantano y la taberna atormentaban su fantasía con cientos de formas de extraño simbolismo. «El Hombre Verde» se convirtió en un espectro que arrastraba repugnantes hierbas y recorría la campiña bajo la luna. El signo de «El Hombre Verde» era ya una figura humana colgando de una horca. Y el mismo pantano vino a ser una taberna, una oscura y subterránea taberna para marinos muertos. El medio rápido de ahuyentar estas pesadillas que había usado su amigo era un estallido de cegadora luz de día que parecía más misteriosa que la nocturna.

Porque antes de la puesta del sol algo volvió a entrar en su vida, trastornando su ser y revolviendo una vez más el mundo de arriba abajo. Algo que apenas sabía que lo deseaba hasta que le fue concedido repentinamente.

Algo que era como un sueño antiguo y familiar, aun permaneciendo incomprensible e increíble. Roger Rook había llegado cruzando la arena y cuando todavía no era más que un punto en la lejanía, ella advirtió que estaba transfigurado. Y cuando se acercaba vio que su rostro sombrío aparecía animado por la risa y el júbilo. Fue hacia ella como si nunca se hubieran separado, puso sus manos sobre los hombros de la joven y dijo:

—Ahora, gracias a Dios, puedo dedicarme a ti.

Ella apenas supo lo que había contestado. Pero se oyó a sí misma preguntándole por qué parecía tan cambiado y tan feliz.

—¡Porque soy feliz! Sé las malas noticias.

Todas las partes interesadas incluyendo algunas que más bien parecían no interesadas se encontraron reunidas en el pasillo del jardín que conducía a Graven House para oír la formalidad, ahora verdaderamente formal, de la lectura del testamento por el abogado y la probable y más práctica consecuencia del consejo de abogados sobre aquel crítico momento. Al lado del abogado del cabello gris, armado de un documento testamentario, estaba el inspector armado con la más directa autoridad sobre el crimen, y el teniente Rook asistiendo sin afectación a la dama. Algunos aparecían algo confundidos ante la alta figura del médico; otros sonreían un poco viendo la rechoncha figura del sacerdote. El señor Harker, aquel mercurio volador, se había lanzado fuera de las puertas del alojamiento para recibirlos, dejarlos atrás en el prado y después adelantarse otra vez para preparar la recepción. Dijo que volvería en un santiamén, y cualquiera, viendo su energía, podía creerlo. Pero, por el momento, los había dejado encallados en el prado, fuera de la casa.

—Me recuerda a alguien dando carrerillas en el críquet —dijo el teniente.

—Este joven —comentó el abogado— está disgustado de que la ley no pueda moverse tan deprisa como él. Afortunadamente, la señorita Craven comprende nuestras dificultades y demoras profesionales. Ella ha tenido la bondad de confirmarme que todavía tiene confianza en mi lentitud.

—Desearía —dijo el médico de pronto— tener más confianza en su rapidez.

—¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir? —preguntó Rock frunciendo las cejas—. ¿Quiere usted decir que Harker es demasiado rápido?

—Demasiado rápido y demasiado lento —repuso el doctor Straker en tono ambiguo—. Sé de una ocasión al menos en que no fue tan veloz. ¿Por qué estaba rondando hacia medianoche cerca del lago y de «El Hombre Verde» antes de que el inspector llegara y encontrase el cadáver? ¿Por qué

encontró al inspector? ¿Por qué esperaría encontrarlo cerca de «El Hombre Verde»?

—No le entiendo —dijo Rook—. ¿Quiere usted dar a entender que esperaba encontrarlo cerca de «El Hombre Verde»?

El doctor Straker permaneció callado. El abogado del pelo gris reía con su torvo buen humor.

—No tengo otra cosa que decir contra ese joven —manifestó— que el haber hecho un vivo y loable intento de enseñarme mi propio trabajo.

—En cuanto a eso, también ha intentado enseñarme el mío —dijo el inspector, que acababa de reunirse con el grupo—. Pero eso no importa; lo que sí importaría es saber si el doctor Straker quiere darnos a entender algo con sus alusiones. Debo rogarle, doctor, que hable llanamente. Puede ser un deber mío interrogar a ese joven enseguida.

—Pues aquí viene —dijo Rook al ver que la avispada figura del secretario aparecía una vez más en el umbral.

En este momento el padre Brown, que había permanecido callado y como ausente, el último de todos, los asombró, especialmente a aquellos que le conocían. No solo se precipitó a ponerse delante de todos los demás, sino que se enfrentó con el grupo con una amenazadora expresión de detenerlos, como un sargento ordenando el alto a sus soldados.

—¡Alto! —dijo severamente—. Pido perdón a todos, pero es absolutamente necesario que yo hable el primero al señor Harker; debo decirle algo que debe oír. Puedo salvar más tarde a alguien de un trágico error.

—Pero ¿qué significa todo esto? —preguntó el viejo abogado Dyke.

—Malas noticias —repuso el padre Brown.

—Escúcheme, le digo… —empezó el inspector con indignación, y súbitamente miró a los ojos del padre Brown, recordando las extrañas cosas que había visto en días lejanos—; si se tratara de otro, vería cómo ese infernal atrevimiento…

Pero el padre Brown estaba ya lejos para oírle, y un momento después se encontraba en el pórtico, sumergido en una seria conversación con Harker. Dieron algunos pasos de un lado a otro y después desaparecieron en el oscuro interior. Habían transcurrido unos doce minutos cuando el padre Brown apareció solo. Ante el asombro de los demás, no mostró intención alguna de volver a entrar en la casa ahora que todo el acompañamiento iba al fin a hacerlo. Se dejó caer en un rústico banco de la frondosa arboleda mientras la comparsa desaparecía por el umbral. Encendía la pipa y se dispuso a

descansar bajo las largas ramas, escuchando a los pájaros. No había seguramente un hombre que sintiera más que él un deseo tan fuerte y constante de no hacer nada.

Estaba aparentemente perdido dentro de una nube de humo y abstraído por uno de sus sueños cuando la puerta principal fue abierta con violencia y dos o tres personas salieron atropelladamente, corriendo hacia él, siendo los fáciles ganadores de la carrera la hija de la casa y su joven admirador, el señor Rook. Sus semblantes aparecían llenos de asombro, y el inspector Burns avanzaba pesadamente detrás; haciendo temblar el jardín como un elefante inflamado de indignación.

—¿Qué puede significar todo esto? —gritó Olive, sofocada—. ¡Se ha ido!

—¡Escapado! —exclamó el teniente explosivamente—. ¡Harker se arregló para hacer la maleta y escapó! Se fue lindamente por la puerta trasera, saltó la valla del jardín, y sabe Dios dónde estará ya. ¿Qué es lo que le dijo?

—¡No seas tonto! —dijo Olive con una expresión más preocupada—. Claro; le dijo lo que había descubierto de él, y ahora se ha ido. ¡Nunca hubiera creído que fuese tan ruin!

—¡Bien! —exclamó el inspector dominándose—. ¿Qué es lo que ha hecho usted ahora? ¿Con qué fin me ha dejado en una situación como esta?

—Bien —repitió el padre Brown—. ¿Qué es lo que hice?

—Ha dejado escapar al asesino —gritó Burns con una decisión que fue como un trueno en el tranquilo jardín—; ha ayudado a escapar a un criminal. Como un estúpido le dejé que le avisara, y ahora está a cientos de millas de aquí.

—He ayudado a algunos asesinos en mi vida —repuso el padre Brown, y añadió, recalcando las palabras—, pero no a cometer asesinatos.

—Pero usted supo siempre —insistió Olive—, adivinó desde el primer momento que había de ser él. Es lo que quiso decir usted a propósito de estar trastornado por el asunto del lugar donde se encontró el cadáver. Y eso es lo que el doctor insinuaba al decir que mi padre podía ser desagradable con algún subordinado.

—De esto es de lo que me quejo —dijo el policía, indignado—. Usted sabía incluso que él era el…

—Usted sabía entonces —insistió Olive— que el asesino era…

El padre Brown movió la cabeza con gravedad.

—Sí —dijo—; yo sabía entonces que el asesino era el viejo, Dyke.

—¿Era quién? —repitió el inspector, y se calló en medio de un silencio de muerte, roto de vez en cuando por el trino de los pájaros.

—Me refiero al señor Dyke, el procurador —explicó el padre Brown como si explicara algo muy elemental en una clase de niños—. Ese caballero con la cabeza gris que se supone había de estar leyendo el testamento.

Todos permanecieron como estatuas, con la mirada fija en él, mientras llenó cuidadosamente su pipa y encendió una cerilla. Por fin, Burns hizo uso de su potencia vocal para romper el silencio abrumador con un esfuerzo muy parecido a la violencia.

—¡Pero en el nombre del cielo! ¿Por qué?

—¿Que por qué? —dijo el sacerdote, y se levantó pensativo encendiendo su pipa—. El porqué lo hizo… Bueno, supongo que ha llegado el momento de contarles a los que no lo sepan el hecho que es la llave de todo el asunto. Es una gran calamidad y un gran crimen, pero no el del asesinato del almirante Graven.

Miró a Olive insistentemente y dijo con mucha seriedad:

—Os diré estas malas nuevas lisamente, con pocas palabras, porque creo que sois bastante valientes y tal vez bastante felices para soportarlo bien. Tiene usted la suerte, y creo, el poder, de ser una gran mujer, pero no una gran heredera.

En medio del silencio que siguió resumió la situación:

—La mayor parte del dinero de su padre (siento decírselo) ha desaparecido. Se fue por obra de la destreza financiera del caballero del pelo gris llamado Dyke, quien (me aflige decirlo) es un estafador. Sí, el almirante Graven fue asesinado para que no dijera la manera como había sido estafado. El hecho de que él fuera arruinado y usted desheredada es la única y sencilla razón no solo del asesinato, sino de todos los otros misterios de este complicado asunto.

Dio una o dos chupadas y continuó:

—Le dije al señor Rook que estaba usted desheredada, y él corrió a ayudarla. El señor Rook es una persona muy notable.

—¡Oh, cacaréelo! —dijo el señor Rook con aire hostil.

—El señor Rook es un monstruo —dijo el padre Brown con pedante calma—. Es un anacronismo, un atavismo, una brutal supervivencia de la Edad de Piedra. Existía una vieja superstición, que todos nosotros suponíamos definitivamente extinguida y muerta en estos días, que era la noción del honor y de la independencia. Y entonces me encontré con muchas extinguidas supersticiones. El señor Rook es un animal extinguido. Es un plesiosauro. No quiso vivir de la fortuna de su esposa o tener una esposa que pudiera llamarle un cazador de fortunas. Por eso se ensombreció de una manera grotesca y solo

volvió a la vida cuando le llevé la buena nueva de que usted estaba arruinada. Quería trabajar para su mujer y no ser mantenido por ella. Desagradable, ¿no? Volvamos al brillante estilo del señor Harker.

Conté al señor Harker que estaba usted desheredada, y se escapó con una especie de pánico. No sea demasiado dura con el señor Harker. Tenía tantos entusiasmos buenos como malos, pero los tenía mezclados. No hay ningún mal en tener ambiciones, pero tenía ambiciones y las llamaba ideales. El viejo sentido del honor enseñó a los hombres a sospechar de los éxitos y a decir: «Esto es un bien, pero puede ser un anzuelo». Las modernas, nueve veces malditas, insensateces acerca del bien enseñan a los hombres a identificar el hacer el bien con el hacer dinero. Eso es lo que le pasaba a él; era, en realidad, un buen muchacho, parecido a otros muchos que andan mirando a las estrellas y recorriendo el mundo con todas sus exaltaciones. Casarse con una buena esposa o casarse con una esposa rica es para ellos hacer el bien. Pero no era un granuja ni un cínico. Él quería simplemente volver y coquetear con usted o hacerla pedazos, según el caso. Él no podía enfrentarse con usted, con la mitad de su ideal roto, desaparecido.

Yo no se lo dije al almirante, pero alguien se lo comunicó. Llegó a sus oídos, no importa cómo, durante la última gran revista a bordo, que su amigo, el abogado de la familia, le había traicionado. Estaba tan furioso e indignado que hizo lo que nunca debió hacer; vino directamente a la playa con sombrero de tres picos y su cordón de oro a coger al criminal; telefoneó al puesto de policía y por esto el inspector rondaba por los alrededores de «El Hombre Verde». El teniente Rook le siguió a la playa porque sospechaba algún disgusto de familia y tenía cierta esperanza de poder ayudarlo y quedar por ello en buen lugar. De ahí su excitada conducta. Y, referente a desenvainar la espada cuando caminaba detrás creyendo que estaba solo, eso es que había soñado con recorrer el mar blandiendo una espada, y se encontró en un servicio donde ni siquiera se le permitía llevar espada excepto una vez cada, tres años. Pensó que estaba solo en la arena donde había jugado como un chico. Si no comprenden ustedes lo que hacía, la sola cosa que puedo hacer es decirles con Stevenson: «No será nunca un pirata». Además, tú no serás nunca un poeta, como nunca has sido un chico.

—No soy nada —contestó Olive gravemente—. Y, sin embargo, creo entenderle.

—Al menos, todo hombre jugará con cualquier cosa en forma de espada o puñal, incluso si es un cortapapeles. Por esto lo encontré tan extraño cuando el abogado no lo hizo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Burns—. ¿No hizo qué?

—Pero ¿es posible que no lo advirtiera usted? —contestó Brown—. En la primera entrevista, en la oficina, el abogado jugaba con una pluma y no con un cortapapeles, aunque él tenía uno de acero hermosísimo en forma de estilete. La pluma estaba sucia y salpicada de tinta; pero el cuchillo acababa de ser limpiado. Pero no jugaba con él. Hay un límite en la ironía de los asesinos.

Después de un silencio, el inspector dijo como uno que despierta de un sueño:

—Mire usted…, no sé si estoy sobre mi cabeza o sobre mis talones. No sé si usted piensa que ha llegado al fin, pero, en cuanto a mí, no he alcanzado el principio. ¿De dónde sacó todo eso acerca del abogado? ¿Cómo encontró usted la pista?

El padre Brown dejó escapar una breve y mustia sonrisa.

—El asesino tuvo un desliz —explicó—, y no puedo entender cómo nadie lo advirtió. Cuando llevó usted las primeras noticias de la muerte al despacho del procurador se suponía que nadie sabía nada, excepto que el almirante era esperado en casa. Cuando usted dijo que se había ahogado, yo le pregunté cuándo había sucedido y el señor Dyke preguntó dónde se había encontrado el cadáver.

Hizo una pausa para sacudir su pipa y resumió:

—Ahora bien, si a usted le dicen que cuando un marino regresaba del mar se ha ahogado, es natural que presuma que ha sido en el mar. O, de cualquier manera que fuera, concedería que se había ahogado en el mar. Si hubiese sido tirado por la borda o ido a pique con su barco, o tuviera su cuerpo confiado a las profundidades, no habría una razón para esperar que su cuerpo fuera encontrado. Desde el momento en que aquel hombre preguntó si lo habían encontrado, yo estaba seguro de que él sabía dónde lo habían de encontrar, porque él lo había puesto allí. Nadie, sino un asesino, tenía que haber pensado algo tan poco adecuado como que un marino se ahogara en un pantano, cercado de tierra, a algunos cientos de yardas del mar. Por esto me sentí enfermo de pronto y me volví verde, si puede decirse así, tan verde como «El Hombre Verde». No me puedo acostumbrar a expresarme en parábolas, pero, después de todo, una parábola significa algo. Dije que el cuerpo estaba cubierto de algas verdes, pero podía también decir que había sido vestido con algas.

Es una suerte que la tragedia no pueda nunca matar a la comedia y que las dos puedan marchar una al lado de la otra. Por esto el único miembro activo

de la firma Willis, Hardan y Dyke se saltó los sesos cuando el inspector entró en su casa para arrestarlo. Por la tarde, Olive y Roger se llamaban el uno al otro a través de los arenales, como hacían cuando niños.

LA PERSECUCIÓN DEL SEÑOR AZUL

A lo largo del paseo marítimo caminaba, en una tarde soleada, una persona con el deprimente nombre de Muggleton, llevando marcado su rostro por una acentuada tristeza. Tenía una herradura de preocupación en su frente. Y los numerosos grupos e hileras de faranduleros, situados en toda la longitud de la playa, en vano se dirigían hacia él para arrancarle un aplauso. Los pierrots alzaban sus pálidos rostros de luna, como blancas panzas de peces muertos, sin conseguir levantar su espíritu. Negros, con la cara tiznada de gris, tampoco lograban llenar su fantasía de imágenes alegres. Se trataba de un hombre triste y desilusionado. Sus facciones, además de la desnuda y surcada frente, aparecían medio hundidas. Y cierto refinamiento deslucido de aquellas hacía más incongruente un agresivo ornamento de su cara: un extraordinario y alargado mostacho, cerdoso y militar. Pero su aspecto era sospechoso, como si se tratase de un falso mostacho, y es muy posible que lo fuera. Por otro lado, era posible que, si no falso, fuera forzado. Como si hubiera crecido deprisa, por un mero acto de la voluntad. Es decir, como si formara parte de su trabajo más que de su personalidad.

La verdad es que el señor Muggleton era detective particular de vía estrecha y la nube que oscurecía su frente era debida a un gran embrollo en su carrera profesional. Estaba relacionado con algo más oscuro que la mera posesión de su apodo. Podía, al menos, por alguna oscura razón, estar orgulloso de él. Porque descendía de pobres, pero decentes, no conformistas que reivindicaban cierto parentesco con el fundador de los Muggletianos; el solo hombre, hasta ahora, que tuvo el coraje de aparecer con ese nombre en la historia humana.

La causa auténtica de su pena (al menos como él lo explicó) era que había estado presente en el sangriento asesinato de un millonario de fama mundial. Había fracasado en prevenirlo, aunque fue contratado para ello, con un salario de cinco libras por semana. Así nos explicamos el hecho de que hasta la lánguida melodía de la canción titulada *Won’t you be my loodah Doodah Day*, no consiguió llenarle del gozo de vivir.

Pero había otros en la playa que podían haber sentido más simpatía por su tema de asesinatos y por la tradición muggletoniana. Los entretenimientos de la playa son para todos los gustos. No solamente pierrots que solicitan emociones amorosas, sino también predicadores, quienes a menudo parecen

especializados en un sombrío y sulfuroso estilo de predicación. Había un anciano declamador, que apenas servía para nada, que hablaba con unos gritos tan penetrantes, por no decir chillidos, de profecías religiosas, que resonaban por encima de banjos y castañuelas. Era un hombre largo, flojo y viejo, que arrastraba los pies, vestido con algo parecido a la camiseta de un pescador. Pero equipado, inapropiadamente, con unos largos y caídos bigotes, nunca vistos desde que desaparecieron cierta clase de petimetres deportistas de la época media victoriana. Como era costumbre entre los charlatanes de la playa mostrar algo como si fueran a venderlo, el anciano desplegó una pobre red de pescador que extendía en la arena como si fuera una alfombra para reinas. Pero, en ocasiones, la hacía girar alrededor de su cabeza con un gesto tan terrorífico como el del Rotarius romano, pronto a ensartar a las gentes con su tridente. En realidad, hubiese ensartado a las gentes si hubiera tenido un tridente. Sus palabras se referían siempre al castigo y sus oyentes solo oían amenazas para el cuerpo y para el alma. Iba tan lejos en el humor del señor Muggleton que pudiera haber sido como un verdugo loco dirigiéndose a una multitud de asesinos. Los chicos le llamaban el viejo Azufre. Ahora bien, tenía otras excentricidades además de las puramente teológicas. Una de esas otras excentricidades era el subirse al cruce de los cuartones de hierro del muelle y tirar la red alguna vez, pescando un pez de cuando en cuando. Sin embargo, los paseantes se detenían al oír su voz, con la que amenazaba como si se encontrara encima de una nube tormentosa, con el juicio final. En realidad lo hacía desde un saliente, bajo el tejado de hierro, donde el viejo maniático se sentaba con descaro, con sus fantásticos bigotes colgando como un alga gris. No obstante, el detective hubiera tolerado mucho mejor al viejo Azufre que a otra persona con la cual tenía que encontrarse.

Para explicar el segundo y más inseguro encuentro, debe ponerse en claro que Muggleton, después de su notable experiencia en materia de asesinatos, había propiamente puesto sus cartas sobre la mesa. Contó toda su historia a la policía y al único legítimo representante de Braham Bruce, el millonario, que era su muy activo secretario el señor Anthony Taylor. El inspector era más comprensivo que el secretario, pero la consecuencia de su comprensión fue la última cosa que Muggleton hubiera normalmente asociado al consejo de la policía. El inspector, después de alguna reflexión, sorprendió mucho al señor Muggleton aconsejándole que consultara a un hábil aficionado, de quien sabía que se encontraba en la ciudad. El señor Muggleton había leído narraciones y novelas acerca de grandes criminalistas, sentado en su biblioteca como una araña intelectual lanzando teóricos filamentos de una tela vasta como el

mundo. Estaba preparado a ser conducido al solitario castillo donde el experto viste una bata de color púrpura, a la buhardilla donde aquel vive entre opio y jeroglíficos, o al amplio laboratorio en la torre olvidada. Ante su asombro fue llevado a la misma orilla de la concurrida playa, cerca del puerto, para conocer a un clérigo pequeño y rechoncho, con un amplio sombrero y una amplia cara, quien estaba en aquel momento en la arena, con una multitud de pobres rapazuelos, esgrimiendo, excitado, una pequeña pala de madera. Cuando el clérigo criminalista, cuyo nombre parecía ser Brown, se hubo desprendido de los niños, aunque no de la playa, le pareció a Muggleton cada vez menos simpático. Haraganeaba irremediablemente entre estúpidos espectáculos del paseo, charlaba a tontas y a locas y se aficionaba de un modo particular a esas ruidosas máquinas automáticas que se instalan en esos lugares. Gastaba solemnemente penique tras penique, se divertía en vicariales juegos de golf, fútbol y críquet, conducidos por figuras mecánicas y, finalmente, se complacía con una exhibición en miniatura de una carrera en que un muñeco de metal aparecía corriendo y saltando detrás de otro. Y al mismo tiempo, y además, estuvo escuchando atentamente la historia que el derrotado detective le contó. Solo que su manera de no dejar que su mano derecha supiera lo que su mano izquierda hacía con el dinero, sacaba de quicio al detective.

—Podemos sentarnos en alguna parte —propuso Muggleton impaciente—. He recibido una carta que usted ha de leer si es que quiere de veras saber alguna cosa de este asunto.

El padre Brown dejó de contemplar los muñecos saltadores y fue a sentarse con su compañero en un banco de hierro del paseo. Aquel había sacado ya la carta de su bolsillo y se la entregaba.

El padre Brown pensó que era una carta brusca y extraña. Vio que el millonario no siempre hacía gala de buenos modales, especialmente al tratar con dependientes como el detective, por ejemplo. Pero parecía haber algo más que brusquedad en aquella carta.

> «Apreciado Muggleton:
>
> Nunca creí que había de llegar a la necesidad de auxilios de esta clase; pero ya no puedo más… Durante estos dos últimos años se me ha hecho más y más intolerable. Adivino que todo lo que usted necesita saber acerca de la historia es lo siguiente: existe un asqueroso granuja, y me avergüenzo al decirlo, que es primo mío. Ha sido reclutador de clientes para hoteles, curandero, actor y otras cosas, incluso tuvo la desgracia de

actuar en mi nombre y hacerse llamar Bertran Bruce. Creo que ha obtenido algún trabajillo en un teatro de aquí o trata de obtenerlo. Pero usted debe enterarse por mí que este no es su verdadero trabajo. Su trabajo real es agobiarme y quitarme de en medio si puede. Es una vieja historia que a nadie importa. En otro tiempo los dos empezamos a correr tras la fortuna y eso que llaman amor. ¿Fue culpa mía que él fracasara y yo triunfase en todo? Pero el asqueroso diablo juró que él aún triunfaría… y se fugó con mi… Bien, dejémoslo. Supongo que es una especie de loco que muy pronto tratará de ser una especie de asesino.

Le daré cinco libras semanales si usted viene a mi encuentro en el pabellón, al final del muelle, esta noche, después de la hora de cerrar, y se pone a mi disposición. Es el único sitio seguro para entrevistarnos, si hay algo seguro en estos tiempos.

J. Braham Bruce».

—Dios mío —dijo el padre Brown—. Dios mío, es una carta que denota cierta intranquilidad.

Muggleton asintió y, después de una pausa, comenzó a relatar su propia historia con una voz extraordinariamente refinada, contrastando con su tosca apariencia. El sacerdote apreció el abandono de una cultura oculta, como ocurre en muchos hombres de clase media y baja. Pero también fue sorprendido por una excelente elección de palabras, solo que estas aparecían envueltas en una pequeña sombra de pedantería. Aquel hombre hablaba como un libro.

—Llegué ante la casita redonda al final del paseo marítimo, antes de que hubiera signo alguno de mi distinguido cliente. Abrí y entré, pensando que él preferiría no ser advertido por nadie y menos en mi compañía. Esto no tiene mucha importancia, porque el embarcadero era demasiado largo para que alguien nos hubiese visto desde la playa o desde el paseo. Dando una ojeada a mi reloj vi que aquella era la hora en que el embarcadero estaría cerrado. Era lisonjero, en cierto modo, que se asegurara así de que estaríamos solos los dos en la entrevista, mostrando que él realmente fiaba en mi asistencia y protección. Sea lo que fuere, fue idea suya que debíamos vernos en el embarcadero después de la hora de cerrar. Así es que accedí a ello con prontitud. Había dos sillas dentro del pequeño pabellón o como quiera usted llamarlo. Cogí una y esperé. No hube de aguardar largo rato. Era famoso por

su puntualidad y, en efecto, miré hacia la pequeña y redonda ventana y le vi pasar como si quisiera asegurarse de la soledad del sitio.

Solo había visto retratos suyos de hacía mucho tiempo. Naturalmente, era más viejo que en los retratos, pero no podía equivocarme en el parecido. El perfil del que pasó ante la ventana era de esos llamados aquilinos, a la manera de pico del águila. Pero más bien sugería un águila gris y venerable, un águila en reposo, una águila que hacía tiempo que había plegado las alas. Sin embargo, no había duda en la mirada de autoridad u orgullo silencioso, en el hábito de mandar que siempre ha marcado a los hombres que, como él, han organizado grandes sistemas y han sido obedecidos. Estaba cuidadosamente vestido, por lo que pude ver de él, especialmente comparándole con la muchedumbre de concurrentes a la playa que habían colmado mi día. Pensé que su abrigo era de una clase más que elegante, que había sido cortado como siguiendo las líneas de su figura. Recuerdo que tenía una banda de astracán forrando las solapas. Claro está, todo esto lo vi en una sola ojeada, porque ya me había puesto de pie y me dirigía a la puerta. Hice girar el picaporte y entonces recibí el primer choque de aquel terrible anochecer. La puerta había sido cerrada. Alguien me había encerrado.

Por un momento me quedé aturdido y todavía con los ojos fijos en aquella ventana circular por donde había pasado ya el móvil perfil; y entonces vi de pronto la explicación. Otro perfil, agudizado como el de un sabueso perseguidor, pasó como un relámpago dentro del círculo de visión, como en un espejo circular. En el mismo momento que lo divisé supe quién era. Era el vengador, el asesino o presunto asesino que había perseguido por tanto tiempo al millonario a través de la tierra y el mar, que ahora pisaba sus huellas en el callejón sin salida de un muelle de hierro que colgaba entre el mar y la tierra. Y comprendí que fue el asesino el que había cerrado la puerta.

El hombre que vi primero era alto, pero el perseguidor lo era más. Este efecto aparecía disminuido por el hecho de ser cargado de espaldas y tener los hombros muy altos, y llevaba su cuello y su cabeza tendidos hacia delante, como un verdadero animal de presa. El efecto de la combinación le daba el aspecto de un gigantesco jorobado. Pero algo concerniente con la consanguinidad en los perfiles, pasando ante el círculo de cristal, relacionaba a este rufián con su famoso pariente. El perseguidor tenía también una nariz como el pico de un pájaro, aunque su aspecto general de degradación sugería al buitre más bien que al águila. Iba sin afeitar, hasta el punto de parecer barbudo, y el giboso contorno de sus espaldas aparecía acrecentado por los pliegues de su gruesa bufanda de lana. Todo esto son trivialidades y no

pueden dar una impresión de la atroz energía de este bosquejo, el sentido de la vengativa determinación de aquella encorvada y zancuda figura. ¿Ha visto usted alguna vez el dibujo de Guillermo Blake, llamado unas veces, y con cierta ligereza, «El espectro de una pulga», pero también con mayor lucidez «Una visión de delito de sangre» o algo así? Esto es precisamente como la pesadilla, de un furtivo gigante, con altas espaldas, llevando cuchillo y capa. Aquel hombre no llevaba ni lo uno ni lo otro, pero al pasar ante la ventana la segunda vez vi con mis propios ojos que sacaba un revólver de entre los pliegues de la bufanda y lo empuñó, apuntando. Sus ojos alterados brillaban a la luz de la luna y esto de un modo serpeante. Parecía proyectarlos hacia delante y hacia atrás con luminosos saltos, como si pudiera lanzarlos fuera de sí cual los luminosos tentáculos de ciertos reptiles.

Tres veces el perseguido y el perseguidor pasaron en sucesión ante la ventana, acortando el estrecho círculo de su persecución antes de que se despertara en mí con plenitud el deseo de actuar, desde luego desesperadamente. Sacudí la puerta con impetuosa violencia. Cuando vi otra vez el rostro de la inconsciente víctima golpeé la ventana, furioso. Traté de romperla. Pero era una doble ventana de vidrio de excepcional grosor y era tan profunda la abertura, que dudé de si hubiera podido alcanzar la ventana exterior. Desde luego mi distinguido cliente no hizo caso alguno ni de mi ruido ni de mis señales. Y la sombría pantomima de los revólveres, de aquellas dos máscaras del destino, continuaron dando vueltas a mi alrededor, hasta sentir el vértigo y el mareo. De pronto dejaron de aparecer. Esperé y comprendí que ya no volverían. Conocí que la catástrofe se había producido.

No es necesario que le cuente más. Usted imaginará el resto casi tan bien como yo, sentado allí, trataba de imaginármelo, o de no hacerlo. Baste decir que en aquel horrible silencio, en el cual el resonar de los pasos se había extinguido, se oyeron solo dos ruidos además del ronquido profundo del mar. El primero fue el ruido seco de un disparo y el segundo el sordo ruido de la caída de un cuerpo en el agua.

Mi cliente había sido asesinado a pocas yardas de mí y sin poder hacerle ni una señal. No quiero afligirle explicándole mi estado de ánimo. Me he recobrado de la impresión del crimen, pero continúo aún enfrentándome con el misterio.

—Sí —dijo el padre Brown muy amable—. ¿Qué misterio?

—El misterio de cómo pudo salir el asesino —contestó el otro—. A la mañana siguiente, tan pronto como el embarcadero fue abierto al público, fui libertado de mi prisión y me dirigí rápido a la entrada de la valla para inquirir

quién había abandonado el embarcadero desde que había sido abierto. Sin molestarle en detalles, le explicaré que las puertas son de hierro y de gran tamaño y que por una disposición especial no permiten entrar ni salir sin abrirlas. Los oficiales no habían visto a nadie parecido al asesino. Y este era una persona inconfundible, y aun cuando se hubiera disfrazado de alguna manera, no podía ocultar su alta talla ni libertarse de su nariz de familia. Es extraordinariamente difícil que tratara de ganar la costa nadando, porque el mar estaba muy agitado. Y, además, no hay trazas de arribada. Y habiendo visto la cara de ese demonio una vez, y fueron nada menos que seis veces las que yo la vi, creo estar en lo cierto al decir que no se arrojó al mar en la hora del triunfo.

—Entiendo perfectamente lo que quiere usted decir con esto —replicó el padre Brown—. Además, que sería muy inconsecuente con el tono de la originalidad y teatral carta en la cual se promete toda clase de beneficios después del crimen… Hay otro punto que sería bueno verificar. ¿Qué hay de la estructura del puente por debajo? Los muelles están frecuentemente hechos por una red de soportes de hierro, por lo que un hombre puede trepar como un mono trepa por los árboles del bosque.

—Sí, ya pensé en esto —replicó el investigador privado—, pero, desgraciadamente, este muelle está construido de un modo nada común. Es desmesuradamente largo y tiene columnas y todo un embrollo de vigas todas de hierro. Están muy separadas y no puedo concebir cómo ningún hombre podría trepar de una a otra.

—Solo lo mencioné —dijo el padre Brown con aire de duda— porque ese raro pez con largos bigotes, el viejo que predica en la playa, a menudo trepa hasta la viga más próxima. Creo que se sienta allí a pescar cuando la marea sube. Y me resulta un raro pez para pescarlo.

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Bien —dijo el padre Brown lentamente, jugando con un botón de su sotana y mirando abstraído hacia las verdes aguas brillantes en la última luz de la tarde, después de la puesta del sol—. Bueno… bien… traté de charlar con él familiarmente en un sentido no demasiado alegre, por cierto…, como usted comprenderá, acerca de su manera de combinar los antiguos trabajos de pescar con la predicación. Hago, me parece, una clara alusión al texto que se refiere a pescar almas vivas. Y me dijo, extraña y ásperamente, volviéndose de un salto a su pértiga de hierro: «¡Bien, al fin yo pesco muertos!».

—¡Santo Dios! —exclamó el detective mirándolo con asombro.

—Sí —dijo el sacerdote—, me pareció una rara contestación, hecha de un modo charlatán, a un desconocido que juega con los chiquillos en la playa.

—No querrá usted decir que cree que tenga que ver con la muerte.

—Lo creo —contestó el padre Brown—. Él puede arrojar alguna luz en todo esto.

—Bueno. Esto es más de lo que yo puedo comprender —dijo el detective —. Está más allá de mis alcances creer que alguien puede arrojar alguna luz sobre todo esto. Es como la salpicadura de embravecidas aguas en una oscuridad de azabache; esa especie de aguas en las que él… en las que él cayó. Es una pura tontería. Un hombre como aquel desaparecido como una burbuja. Posiblemente nadie podría… ¡Mire! —Se detuvo de pronto, mirando al sacerdote, que no se había movido, pero que estaba todavía dándole vueltas al botón y contemplando los rompientes—. ¿Qué quiere decir? ¿Por qué está usted mirando así? No pretende decir que usted…, que usted puede encontrar algún sentido en ello.

—Sería mucho mejor si continuara sin sentido —dijo el padre Brown en voz baja. Después alzó la voz—: Bien, si decididamente me lo pregunta usted… sí, creo que puedo darle sentido.

Hubo un silencio y, entonces, el agente dijo con singular brusquedad.

—¡Oh! Aquí viene el secretario del viejo caballero. Debo marcharme. Voy a hablar con el pescador loco.

—*Post hoc propter hoc* —preguntó el sacerdote con una sonrisa.

—Creo —repuso el otro con forzado candor— que al secretario no le agrado, y pienso que él a mí tampoco. Ha estado metiéndose en todo, con una porción de preguntas que no me parece que nos lleven a otra cosa que a reñir. Tal vez está celoso de que el viejo haya llamado a alguien más y no esté satisfecho de los consejos de su elegante secretario. Le veré más tarde.

Y se marchó surcando la arena hacia el sitio donde el excéntrico pescador había montado ya su nido marítimo y miraba al verde crepuscular del agua casi como un enorme pólipo o una medusa, lanzando sus filamentos venenosos al mar fosforescente. Entretanto el sacerdote estaba esperando serenamente la aproximación del secretario, visible hasta de lejos, en medio de aquella muchedumbre, por la clerical pulcritud y sobriedad de su chistera y de la levita. Sin sentirse dispuesto a tomar parte en la contienda entre el secretario y el agente preguntón, el padre Brown tuvo un débil sentimiento de irracional simpatía hacia los prejuicios de este último. El señor Anthony Taylor, el secretario, era un joven más que presentable, tanto por su continente como por su traje. Su continente era tan firme e intelectual como

agradable su figura. Pálido, con el cabello negro descendiendo por ambos lados de su cabeza como si apuntara hacia posibles bigotes, mantenía sus labios apretados, más que la mayor parte de las gentes. La única cosa que la fantasía del padre Brown podía imaginar para explicarle el hecho parecía más extraña de lo que realmente era. Tuvo la sensación de que el hombre hablaba por los agujeros de la nariz. En efecto, la fuerte compresión de su boca le daba a los movimientos de las aletas de la nariz algo de anormalmente sensible y flexible a la vez, como si se entrara en contacto con la vida aspirando y oliendo, con la cabeza levantada, como hacen los perros. Y si algo se ajustaba a sus facciones era que, cuando hablaba, lo hacía con una brusca e impetuosa rapidez, como una ametralladora, lo cual resultaba chocante en una tan pulida y bruñida figura.

Por una vez fue él quien inició la conversación diciendo:

—Me figuro que no ha entrado en el puerto ningún cuerpo.

—Ciertamente, no ha sido anunciado ninguno —repuso el padre Brown.

—Ningún gigantesco cuerpo de asesino con bufanda de lana —añadió el señor Taylor.

—No —contestó el padre Brown.

La boca del señor Taylor no se movió más por el momento, pero sus narices hablaron por él con tan rápido y tembloroso desdén que hubiérase podido afirmar que eran dos vocales.

Cuando habló otra vez, después de alguna conversación cortés del sacerdote, fue para decir brevemente:

—Aquí viene el inspector. Supongo que había estado escudriñando toda Inglaterra por una bufanda.

El inspector Grinstead, un hombre moreno con barba gris en punta, se dirigió al Padre Brown más respetuosamente que como lo había hecho el secretario.

—Pensé que le gustaría saber, señor —dijo— que no hay trazas en absoluto del hombre descrito como el que escapó del muelle.

—O mejor descrito como escapado del muelle —animó Taylor—. Los guardias, los únicos que pudieran haberlo descrito, nunca tienen a nadie a quien describir.

—Bien —dijo el inspector—; hemos telefoneado a todas las estaciones y vigilado todas las carreteras y ha de serle casi imposible escapar de Inglaterra. En realidad, lo que a mí me parece es que no ha ido por ese camino. No parece estar en parte alguna.

—Nunca estuvo en parte alguna —repuso el secretario con brusca y ofensiva voz, que sonó como el disparo de un fusil en la soledad de la playa.

El inspector parecía desconcertado; pero la cara del sacerdote se iluminaba gradualmente, y dijo al fin con cierta ostentosa indiferencia:

—¿Pretende usted que el hombre es un mito o posiblemente una mentira?

—¡Ah! —dijo el secretario por sus altaneras narices—. Al fin ha pensado en ello.

—Lo pensé al principio —comentó el padre Brown—. Es lo primero que cualquiera hubiera pensado, ¿no es eso?, al oír una historia sin fundamento de un desconocido a propósito de un desconocido asesino en un muelle solitario. Hablando llanamente: usted quiere decir que el pobre Muggleton lo asesinó él mismo.

—Para mí —dijo el secretario— Muggleton tiene el aspecto de un deslucido tipo raro y no hay otra historia sino la suya acerca de lo que pasó en el embarcadero, y esta consiste en un gigante que desaparece. Un cuento de hadas. No es una historia muy de creer, ni aun como él la cuenta. Según su propio informe, pierde su oportunidad y deja matar a su amo a pocas yardas de él. Es un pícaro loco y fracasado, según su propia confesión.

—Tengo una debilidad por las gentes locas y fracasadas según su propia confesión —dijo el padre Brown.

—No sé qué quiere usted decir —añadió el otro.

—Quizá —dijo el padre Brown atentamente— porque existen muchas gentes que son locos y fracasados sin haberlo confesado.

Y, después de una pausa, continuó:

—Pero aunque fuera un loco y un fracasado, esto no probaría que es un embustero y un asesino. Usted ha olvidado que existe una prueba de excepcional evidencia, que realmente apoya su historia. Me refiero a la carta del millonario, contándole todo lo que concierne a su primo y a su venganza. A menos que pueda probar que este documento es una falsedad, deberá admitir que hay alguna probabilidad de que fuese perseguido por alguien que tenía un motivo, o más bien un motivo actualmente admitido y usado.

—No estoy seguro de entenderle —dijo el inspector— en lo que dice referente al motivo.

—Querido amigo —repuso el padre Brown por primera vez picado por la impaciencia pero dentro de la mayor familiaridad—, todo el mundo tiene a su manera un motivo. Considerando la manera como Bruce hacía con el dinero, considerando el modo como la mayor parte de los millonarios lo hacen, casi todo el mundo hubiera hecho una cosa tan natural como es tirarlo al mar. En

muchos es posible que hubiera sido también algo automático. Para casi todos había de ocurrir un día u otro. El señor Taylor pudo haberlo hecho.

—¿Qué es eso? —exclamó el señor Taylor, y las aletas de su nariz se hincharon visiblemente.

—Hasta pude haberlo hecho yo —continuó el padre Brown— *nisi me constringeret ecclesiae auctoritas*; podía haberlo hecho yo, usted, o el hombre de las tortas. El único hombre en la tierra en quien podía pensarse que probablemente no lo había hecho es el agente privado y preguntón a quien Bruce contrató por cinco libras semanales y que no ha percibido absolutamente nada de su dinero.

El secretario se mantuvo en silencio por un momento. Dio un bufido y dijo:

—Si la oferta está en la carta haríamos ciertamente mejor considerándola como una falsedad. En realidad no sabemos si toda la historia no es tan falsa como una falsificación. Ese mismo individuo admite que la desaparición del gigante jorobado es absolutamente increíble e inexplicable.

—Sí —dijo el padre Brown—, esto es lo que me gusta de Muggleton. Que admite las cosas.

—Razón de más —insistió Taylor, y sus narices vibraron de excitación—. El principio y el fin de todo esto es que él no puede probar que ese hombre alto con la bufanda haya existido o exista. Un hecho cualquiera de los que la policía y los testigos han puesto al descubierto prueba que no existe. No, padre Brown. Solo en un sentido puede usted justificar a ese tiñoso bufón de quien parece tan prendado: en el de haber inventado a su hombre imaginario; exactamente lo que no podía hacer.

—A propósito —dijo el sacerdote como distraído—, supongo que venía del hotel en que Bruce tenía habitaciones, señor Taylor.

Taylor miró de soslayo y pareció casi tartamudear.

—Bien, siempre las tuvo; precisamente eran suyas. Actualmente llevaba mucho tiempo sin verle.

—Creía que había venido en automóvil con él —observó Brown—. ¿O vinieron en tren?

—Vine en tren y me traje el equipaje —dijo impaciente el secretario—. Algo le retuvo, creo yo. No lo he vuelto a ver desde que lo dejé en Yorkshire, ocupado en sus cosas, hace una o dos semanas.

—Según parece —dijo el sacerdote suavemente—, si Muggleton no fue el último que vio a Bruce junto a las salvajes olas, usted fue el último que lo vio en los igualmente salvajes pantanos de Yorkshire.

Taylor había palidecido, pero forzó su ingrata voz a calmarse.

—Nunca dije que Muggleton no viera a Bruce en el muelle.

—No; ¿y por qué no? —preguntó el padre Brown—. Si fabricó un hombre en el muelle, ¿por qué no podía fabricar dos? Claro está que nosotros no sabemos que Bruce existió, pero tampoco parece que sepamos qué le ha pasado en varias semanas. Tal vez fue dejado atrás en Yorkshire.

La estridente voz del secretario subió hasta gritar. Su tono de social suavidad desapareció.

—Usted está tramando algo. ¡O simplemente eludiendo! Trata de deslizar extravagantes insinuaciones, sencillamente porque no le es posible contestar a mi pregunta.

—Déjeme pensar —dijo el padre Brown reminiscente—. ¿Cuál era su pregunta?

—Demasiado sabe usted cuál era: está anonadado por ella. ¿Dónde está el hombre de la bufanda? ¿Quién lo ha visto? ¿Quién ha oído algo de él o le ha hablado, excepto su pobrecito embustero? Si quiere convencernos, tendrá que fabricarlo. Si ha existido alguna vez, debe de estar escondido en las Hébridas, más allá del Callao. Ha tenido necesidad de forjárselo, aunque yo bien sé que no existe. ¡Y bien! ¿Dónde está?

—Creo que debe de estar por ahí —dijo el padre Brown señalando hacia las olas más cercanas que rompían contra los pilares de hierro del muelle, donde las dos figuras, la del agente y la del viejo pescador y predicador, aparecían oscuras contra el verde fulgor del agua—. Me refiero a esa especie de cosa parecida a una red.

Mientras el inspector Grinstead se lanzaba a correr como un rayo hacia la playa, le gritó:

—Lo que quiere decir es que el cuerpo del asesino está en la red del viejo.

El padre Brown asintió con un signo de cabeza. Y se apresuró a seguirlo por aquella cuesta formada con cascotes. Y el pobre Muggleton, el agente, volvía hacia ellos por aquella misma cuesta, como una oscura silueta de sorpresa y revelación.

—Es cierto, pues, lo que hablamos —dijo sofocado—: el asesino trató de ganar la playa nadando y se ahogó, como no podía suceder de otro modo con aquel temporal. A no ser que se suicidara. Sea lo que fuere, ha ido a parar a la red del viejo Azufre, y esto es lo que aquel maniático quiso decir cuando hablaba de pescar muertos.

El inspector corrió hacia la playa con una agilidad que dejó atrás a todos. Se le oyó dando órdenes a gritos. En pocos momentos el pescador y algunos

espectadores, ayudando a los policías, habían rastreado la red hasta la playa, dejando su carga sobre la mojada arena que reflejaba la luz del crepúsculo. El secretario contempló lo que había tendido sobre la playa y las palabras murieron en sus labios. Porque lo que había tendido sobre la arena era, realmente, el cuerpo de un hombre gigantesco vestido de andrajos, con enormes espaldas algo gibosas, cara huesuda de águila y una gran bufanda roja de lana, desgarrada, extendida bajo la luz de la puesta del sol como una mancha de sangre. Pero Taylor no contemplaba con tanta fijeza la ensangrentada bufanda o la estatura del muerto, sino su rostro; y su propio rostro era un conflicto entre la incredulidad y la sospecha.

El inspector se volvió rápido hacia Muggleton con aire de simpatía.

—Esto, en realidad, confirma su historia —dijo.

Hasta que oyó el tono de estas palabras, Muggleton no hubo adivinado que su historia no había sido creída. Nadie la creyó. Nadie, excepto el padre Brown. Viendo que este se separaba del grupo, hizo un movimiento para unirse a él, pero desistió al descubrir que el sacerdote se iba a hundir otra vez en las mortales atracciones de las maquinillas automáticas. Y hasta vio cómo hurgaba en sus bolsillos buscando un penique. Se detuvo con el penique entre su índice y su pulgar porque el secretario habló por última vez con su aguda y discordante voz.

—Y supongo que podemos añadir que los monstruosos e imbéciles cargos contra mí han terminado.

—Mi estimado señor —repuso el sacerdote—, nunca formulé cargos contra usted. No soy tan loco para suponer que usted pudiera asesinar a su amo en Yorkshire y después venirse aquí a despistar con el equipaje. Todo lo que dije es que yo no podía componer un caso mejor contra usted que el que estaba componiendo contra el pobre Muggleton. Por esto, si usted desea conocer la verdad sobre este asunto (y le aseguro que la verdad no ha sido todavía alcanzada), puedo sugerirle incluso para sus propios negocios. Es un poco extraño y significativo que el señor Bruce, el millonario, haya estado oculto de sus habituales y de sus íntimos durante semanas antes de ser asesinado. Como usted parece ser un excelente aficionado a la investigación detectivesca, le aconsejo trabaje en esa dirección.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Taylor agriamente.

Pero no obtuvo respuesta. El padre Brown, una vez más, se había concentrado en el manejo de la manecilla de la máquina que hacía saltar un muñeco y otro, alternativamente.

—Padre Brown —dijo Muggleton con su vieja preocupación avivada de nuevo—, ¿quiere explicarme por qué le gusta tanto esa tontería?

—Por una razón —replicó el sacerdote apuntando al cristal de la caja de los muñecos—, porque contiene el secreto de esta tragedia.

Y enderezándose de pronto miró muy serio a su compañero.

—Me di cuenta enseguida —dijo— de que usted me había contado la verdad y lo opuesto a la verdad.

Muggleton lo miró sin comprender.

—Es muy sencillo —añadió el sacerdote bajando la voz—. El cadáver con la bufanda roja que estaba ahí es el cadáver de Braham Bruce, el millonario. Allí no podía haber otro.

—Pero los dos hombres… —dijo Muggleton boquiabierto.

—Su descripción de los dos hombres era admirablemente viva —repuso el padre Brown—. Yo le aseguro que no soy hombre para olvidarla. Si me lo permite, le diré que tiene usted talento literario. Tal vez el periodismo le proporcionará más éxitos que su profesión actual. Creo recordar perfectamente cada detalle acerca de cada persona. Solo que, vea usted, y ello es bastante extraño, cada punto le afecta a usted en un sentido y a mí en otro exactamente opuesto. Empecemos con el primero que mencionó. Dijo usted que el primer hombre que vio tenía un indescriptible aire de autoridad y dignidad. Y usted se dijo: «Este es el verdadero magnate, el gran príncipe mercader, el señor de los mercados». Pero cuando yo oí lo del aire de dignidad y autoridad me dije: «Es el actor; todo en él es de actor». Usted no hubiera recibido esa impresión si él hubiera sido el presidente de la Compañía de Bazares Reunidos. La citada impresión pudo aprenderla representando el papel de Hamlet, el del espectro del padre, el de Julio César o el del rey Lear. Y nunca se desprendió usted de ella enteramente. No le fue posible ver sus vestidos suficientemente para decir que estaban ajados realmente, sino que vio una banda o forro de astracán y una clase de corte aparentemente a la moda. Y entonces yo me dije otra vez: «El actor». Ahora, antes de entrar en detalles acerca del otro hombre, noté una cosa en él, evidentemente ausente en el primero. Dijo que el segundo personaje no solo era andrajoso, sino que iba sin afeitar hasta el punto de aparecer barbudo. Ahora bien, hemos visto actores afeitados, actores sucios, actores borrachos, actores desacreditados y sin reputación. Pero un actor con la barba como un estropajo, trabajando o buscando trabajo, raramente ha sido visto en este mundo. Además, que afeitarse es la primera cosa que deja de hacer un caballero o excéntrico hacendado cuando se decide a disfrazarse. Ahora tenemos todas las razones

para creer que su amigo el millonario se había disfrazado. Pero no era solo la negligencia lo que le hacía aparecer pobre y con la cara barbuda. ¿No comprende que el hombre estaba prácticamente escondido? Por eso no fue al hotel y su secretario no le había visto desde hacía varias semanas. Era un millonario, pero todo su deseo era ser un millonario disfrazado. ¿Ha leído alguna vez *La mujer de blanco*? ¿No recuerda al elegante y atildado conde Fosco huyendo para salvar su vida de la acción de una sociedad secreta y que luego es encontrado asesinado, vistiendo la blusa azul de un vulgar obrero francés? Volvamos por un momento a la conducta de nuestros dos hombres. Usted vio al primer hombre tranquilo y sereno y usted se dijo: «Esta es la víctima inocente», aunque la cara de la víctima inocente no era tranquila ni serena. Oí que estaba tranquilo y sereno y me dije: «¡Ese es el asesino!». ¿Por qué había de estar de otra manera sino tranquilo y sereno? Sabía lo que iba a hacer. Por largo tiempo estuvo haciéndose a su idea. Y si alguna vez hubiera endurecido contra ellos antes de salir a escena…, que en su caso podría decirse su escenario, no empuñó su pistola ni la esgrimió. ¿Por qué iba a hacerlo? La guardó en su bolsillo hasta que la necesitó y muy probablemente dispararía desde su bolsillo. El otro hombre sacó su pistola porque era cobarde como un gato y es muy posible que nunca hubiera tenido una pistola hasta entonces. Lo hizo por la misma causa que su mirada giraba en derredor. Y recuerdo que aun en su propia inconsciente evidencia volvía hacia atrás. El hecho es que miraba hacia atrás. En meras matemáticas o mecánica cada uno corría detrás del otro… justamente como los otros.

—¿Qué otros? —inquirió el deslumbrado detective.

—Pues estos —gritó el padre Brown golpeando la máquina automática con la pequeña pala de madera, la cual había continuado incongruentemente en sus manos a través de todos aquellos sangrientos misterios—, estos pequeños muñecos mecánicos que se cazan uno al otro girando constantemente. Llamémoslos el señor Azul y el señor Rojo, por el color de sus chaquetas. Ocurrió que empecé con el señor Azul y así los chiquillos dicen que el señor Rojo está corriendo tras él. Pero hubiera parecido exactamente lo contrario de haber empezado con el señor Rojo.

—Sí, empiezo a ver claro —repuso Muggleton—. Y supongo que el resto concuerda con lo demás. El parecido de familia confundió naturalmente los caminos y de ese modo los guardianes no vieron salir del muelle al asesino…

—Porque nunca buscaron al asesino saliendo del muelle —dijo el otro—. Nadie les dijo que buscaban al tranquilo y bien rasurado caballero con el abrigo de astracán. Todo el misterio de su desaparición gira alrededor de un

individuo que vestía un gabán y una bufanda roja. Pero la única verdad es que el actor con el abrigo de astracán mató al millonario vestido de harapos y allí está el cadáver del pobre individuo. Es justamente como los muñecos rojo y azul: solo que porque vio usted primero a uno, adivinó, equivocadamente, cuál vestía el rojo de la venganza y cuál el azul del miedo.

En este momento dos o tres niños empezaron a vagabundear por la arena y el sacerdote agitó su pala para llamarlos, golpeando teatralmente en la máquina automática. Muggleton presumió que lo más importante era impedir que se desviasen hacia el horrible bulto de la playa.

—Otro penique más perdido en el mundo —dijo el padre Brown—. Ahora debemos ir a casa para el té. ¿Sabes, Doris, que me gustan estos juegos giratorios? Dar vueltas y más vueltas como si jugáramos al *Mulberry-Bush*. Después de todo, Dios hizo los soles y las estrellas para jugar al *Mulberry-Bush*. Pero esos otros juegos donde uno debe cazar a otro, donde los dos corredores son rivales, alcanzándose y adelantándose uno al otro… Cosas peores parecen haber pasado. Me gusta pensar en el señor Rojo y en el señor Azul saltando siempre con libre e irreductible espíritu; los dos iguales, sin hacerse nunca daño el uno al otro… «¡Apasionado amante, nunca, nunca se marchitan tus besos… hasta la muerte!». ¡Feliz, feliz, señor Rojo!

EL CRIMEN DEL COMUNISTA

Tres hombres pasaron bajo el arco Tudor de la armoniosa fachada del Colegio de Mandeville, hacia la cruda luz de la tarde de un día de verano. De un día que pareció que no había de acabar nunca; y ya en la luz del sol vieron algo que los hería como un relámpago. Algo a propósito para ser la mayor sorpresa de su vida.

Aun antes de que ellos hubieran realizado nada en sentido de la catástrofe, tuvieron la sensación del contraste. Ellos mismos, de un modo curioso y plácido, eran armónicos con lo que los rodeaba. Aunque los arcos Tudor, que se extienden como un claustro alrededor de los jardines del colegio habían sido levantados hacía cuatro siglos, en aquel momento, cuando el gótico cayó del cielo y se inclinó o casi se abatió sobre la amable sociedad del Humanismo y del Renacimiento, aunque ellos iban con vestidos, con trajes modernos (o sea trajes cuya fealdad hubiera llenado de estupefacción a uno cualquiera de los cuatro siglos), algo del espíritu del lugar los acordaba. Los jardines habían sido amorosamente cuidados como para que alcanzasen el triunfo final de parecer descuidados. Las flores parecían hermosas por casualidad, como si fueran elegantes vestidos, y ya se sabe que esta nota pintoresca y atractiva solo se consigue a fuerza de desaliño.

El primero de los tres, alto, calvo, barbudo, semejante a una cucaña, era una figura familiar en el Quad, con su birrete y su toga, y esta deslizábase siempre por sus oblicuos hombros. El segundo, de espaldas cuadradas, bajo y macizo, con una expresión más bien alegre y, por lo común, vestido de americana y la toga al brazo. El tercero era más bajo todavía y modesto en su atuendo, y con ropas negras y clericales. Pero todos ellos parecían estar a tono con Mandeville College y con la indescriptible atmósfera de las dos únicas Universidades de Inglaterra. Ellos se ajustaban a ella y se marchitaban en ella, lo cual era considerado allí como lo más idóneo.

Dos hombres sentados en sillas de jardín, junto a una pequeña mesa, eran como un brillante borrón en este paisaje gris.

Vestían casi enteramente de negro y brillaban de la cabeza a los pies desde sus bruñidas chisteras a sus botas perfectamente relucientes. Era tenido como un ultraje que cualquiera pudiese ir tan bien vestido en la bien educada libertad de Mandeville College. Eran forasteros y esto era su única excusa. Uno, americano: un millonario llamado Hake vestido sin tacha, según la

deslumbrante y caballerosa manera conocida solo de los ricos de Nueva York. El otro, que a todo ello añadía el ultraje de un abrigo de astracán (sin hablar de unos floridos bigotes), era un conde alemán de gran fortuna, siendo la parte más corta de su nombre von Zimmern. El misterio de esta historia no es, sin embargo, el misterio del porqué estaban allí. Estaban allí por aquella razón que comúnmente explica el encuentro de cosas incongruentes: se proponían dar algún dinero al colegio. Habían acudido en apoyo de un plan patrocinado por varios financieros y magnates de muchos países para fundar una nueva cátedra de Economía en Mandeville College. Inspeccionaron el colegio con incansable y consciente afán de curiosidades del cual ningún hijo de Eva es capaz, a excepción del alemán y del americano. Y ahora estaban descansando de sus solemnes tareas en los jardines del colegio.

Los tres hombres, que ya los conocían, pasaron haciéndoles un leve saludo, pero uno de ellos se paró. El más pequeño de los tres, el del vestido negro y clerical, dijo con aire de conejo asustado:

—No sé por qué; no me gusta el aspecto de esos hombres.

—¡Santo Dios! ¿Qué encuentra en ellos? —exclamó el hombre alto, que resultó ser el rector de Mandeville—. Al fin y al cabo nosotros tenemos hombres ricos que no van por ahí vestidos como si fueran maniquíes de sastre.

—Sí —murmuró el pequeño clérigo—, eso es lo que quiero decir. Como maniquíes de sastre.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó de súbito el más bajo de los otros.

—Quiero decir que parecen horribles figuras de cera —repuso el sacerdote con débil voz—. Quiero decir que no se mueven. ¿Por qué no se mueven?

De pronto, saliendo de su sombreado retiro, se lanzó a través del jardín y tocó en el hombro al conde alemán. El conde alemán cayó al suelo junto con la silla que ocupaba. Sus piernas quedaron levantadas tan rígidas como las patas de aquella. El señor Gedeon P. Hake continuaba contemplando los jardines del colegio con ojos de cristal, y el paralelo con las figuras de cera confirmó la impresión de que eran como ojos hechos de cristal. La rutilante luz del sol y el color del jardín aumentaban la callada impresión de un rígido muñeco vestido; una marioneta en un escenario italiano. El pequeño hombre vestido de negro, que era un sacerdote llamado Brown, tocó con tiento el hombro del millonario y este cayó hacia un lado, horriblemente, de una pieza, como si estuviera hecho de madera.

—*Rigor mortis* —dijo el padre Brown—; ¡y tan pronto! Pero esto no hace variar las cosas.

La razón de que el primero de los tres hombres se hubiese juntado a aquellos tan tarde (por no decir demasiado tarde), no será mejor entendida si hablamos de lo que había ocurrido dentro del edificio, tras el arco Tudor, un momento antes de salir. Habían comido juntos en el salón, en la mesa de las solemnidades. Pero los dos filántropos forasteros, esclavos del deber en materia de verlo todo, habían vuelto solos a la capilla, de la cual uno de los claustros y una de las escaleras quedaban sin escudriñar, prometiendo reunirse con los demás en el jardín para examinar con la misma honestidad los cigarros del clérigo. Los demás, con más reverente y más justo espíritu, permanecieron como de costumbre alrededor de la larga y estrecha mesa, en la que había circulado el vino de sobremesa de la época en que fue fundado el colegio, en la Edad Media, por sir John Mandeville, para estímulo de los aficionados a contar historias. El rector —gran barba rubia y frente calva— se puso a la cabecera de la mesa y el hombre rechoncho con la ajustada chaqueta se sentó a su izquierda, porque él era el tesorero u hombre de negocios del colegio. Seguía, en ese lado de la mesa, un hombre de aspecto extraño, de quien solo podía decirse que tenía el rostro torvo; los oscuros penachos de su bigote y de sus cejas, segados en ángulos contrarios, hacían una especie de zigzag, como si la mitad de su cara estuviera arrugada o paralizada. Su nombre era Byles; era lector de Historia Romana y sus opiniones políticas estaban fundadas en las de Coriolano, para no mencionar a Tarquino el Soberbio. Este acerbo *torysmo* y reaccionaria apreciación de todos los problemas corrientes no era enteramente conocido entre las más anticuadas clases de dignidades y señorías. Pero el caso de Byles sugería que era, más bien que la causa, el resultado de su acerbidad.

Más de un agudo observador había recibido la impresión de que algo iba mal en Byles, que algún secreto o alguna gran desgracia le habían amargado, como si esa media cara disecada hubiese sido herida como el árbol por el rayo. Más allá se sentaba el padre Brown y, al final de la mesa, un profesor de Química, grueso, rubio y calvo, con ojos que estaban dormidos o tal vez en acecho. Era bien conocido que este filósofo naturalista miraba a los otros filósofos, de más clásica tradición, como si fueran viejas brumas. Al otro lado de la mesa, frente al padre Brown, un silencioso joven moreno, con una barba negra en punta, introducido porque alguien había insistido en que hubiera una cátedra de Persa. Opuesto al siniestro Byles había un pequeño capellán de aspecto dulce y con la cabeza como un huevo, frente al tesorero, y a la

derecha del rector, había una silla vacía. Y, al parecer, muchos de los presentes estaban contentos de verla vacía.

—No sé si Craken viene o no —dijo el rector, no sin una mirada nerviosa a la silla, lo que contrastó con la usual y lánguida despreocupación de su conducta. Creo que estoy dando a la gente mucha importancia, pero confieso que he llegado al punto de estar contento cuando él está aquí, simplemente porque no está en otra parte cualquiera.

—No se sabe nunca a lo que llegará la próxima vez —dijo el tesorero alegremente—. Sobre todo cuando está instruyendo a la juventud.

—Un individuo brillante, pero fogoso —dijo el rector con una brusca recaída en su reservada actitud.

—Los fuegos artificiales son fogosos y también brillantes —gruñó el viejo Byles—, pero yo no quiero ser quemado en mi cama, ya que ese Craken puede figurar como un real Guy Fawkes.

—¿Cree usted realmente que tomaría parte en una revolución si hubiera alguna? —preguntó el tesorero sonriendo.

—Él cree que lo haría —repuso Byles maliciosamente—. El otro día dijo en una sala llena de estudiantes que nada podía evitar que la guerra de clases se convirtiera en una guerra real con muertos en las calles de la ciudad.

—La guerra de clases —musitó el rector con una especie de disgusto suavizado por la distancia. Había conocido a William Morris hacía mucho tiempo y había convivido bastante con los más artísticos y desocupados socialistas—. Nunca pude entender eso de la guerra de clases. Cuando era joven, socialismo era un supuesto que significaba que no había clases.

—Otra manera de decir que los socialistas no son una clase —dijo Byles con amargo acento.

—Naturalmente, usted debiera estar más en contra de ello de lo que lo estoy yo —manifestó el rector, pensativo—. Pero supongo que el socialismo es por lo menos tan anticuado como su *torysmo*. Sorprende lo que sus jóvenes amigos realmente piensan. ¿Qué opina usted, Baker? —dijo de pronto al tesorero, que estaba a su izquierda.

—¡Oh, yo no opino, como vulgarmente se dice! —dijo el tesorero riendo —. Debe recordar que yo soy una persona vulgar. No soy un pensador. Solo soy un hombre de negocios y como tal creo que todo esto es una necedad. No se pueden fabricar hombres iguales y es un maldito negocio pagarles igual, especialmente porque la mayor parte de ellos no merecen ni ser pagados. Como sea que fuere, debe seguirse el camino práctico porque es el único para

salir con bien. No es culpa nuestra si la naturaleza lo dispuso todo como una lucha.

—Ahora estoy de acuerdo con usted —dijo el profesor de Química hablando con un ceceo que parecía infantil en un hombre tan grueso—. El comunismo pretende ser moderno, pero no lo es. Retrocede a las supersticiones de monjas y tribus primitivas. Un gobierno científico, con una real y ética responsabilidad ante la posteridad, debe seguir siempre el camino de la promisión y del progreso. No nivelándolo y aplanándolo todo para volver al lodo otra vez. Socialismo es sentimentalismo, y más peligroso que la pestilencia, porque en esta al menos el adaptado puede sobrevivir.

El rector sonrió con tristeza.

—Ya sabe usted que nosotros dos no podemos estar de acuerdo en lo que se refiere a diferencias de opinión. ¿No dijo alguien aquí, a propósito de un paseo por el río con un amigo: «No diferimos mucho, excepto en opiniones»? ¿No es este el lema de la universidad? Tener cientos de opiniones y no ser un hombre de opinión. Si la gente fracasa aquí es por lo que ellos sean, no por lo que piensen. Tal vez no soy una reliquia del ochocientos, pero me inclino ante la vieja herejía sentimental: «Por formas de fe que los réprobos fanáticos luchen; no puede estar en el error aquel cuya vida está en lo justo». ¿Qué piensa usted acerca de esto, padre Brown?

Miró con algo de malignidad al sacerdote y quedó débilmente sorprendido. Había encontrado siempre al sacerdote muy alegre, amable y bien dispuesto para charlar; y en su cara redonda brillaba siempre el buen humor. Pero por alguna razón el rostro del clérigo en este momento estaba nublado por un ceño más sombrío que el que ninguno de los comensales había visto nunca en él. Tanto que por un momento aquel vulgar semblante aparecía más oscuro y más siniestro que el rostro feroz de Byles. Un momento después la nube pareció haber pasado: pero el padre Brown habló con sobriedad y firmeza.

—Sin embargo, no creo eso —dijo brevemente—. ¿Cómo su vida puede estar en lo justo si toda su apreciación de la vida es un error? Esa es la moderna confusión que aumenta porque las gentes no saben lo mucho que las apreciaciones de la vida pueden diferir entre sí. Baptistas y metodistas sabían que no diferían mucho en moralidad, pero entonces ellos no diferían mucho en religión y filosofía. Es totalmente distinto cuando se pasa de los baptistas a los anabaptistas o de los teósofos a los *thugs*. La herejía afecta siempre a la moralidad si es suficientemente herética.

—¡Diablo! —exclamó Byles con una feroz contorsión de su semblante, que muchos creyeron que equivalía a una amistosa sonrisa—. De ahí mi protesta por la existencia en este colegio de una cátedra de Robo Teórico.

—Bien, están todos ustedes muy preocupados con el comunismo —dijo el rector—. Pero ¿es que realmente hay motivo para estarlo tanto? ¿Es alguna de sus herejías lo bastante grande, realmente, para ser peligrosa?

—Pienso que han crecido tanto —repuso el padre Brown con gravedad— que en algunos círculos se ha dado como admitido. Son actualmente inconscientes. O sea: sin conciencia.

—Y el final de esto —comentó Byles— será la ruina de nuestro país.

—El final será algo peor —añadió el padre Brown.

Una sombra se disparó o se deslizó rápidamente a lo largo de la pared opuesta, tan prontamente seguida por la figura que fue arrojada por esta de allí. Era una figura alta, pero encorvada con un vago contorno de ave de presa, acentuado por el hecho de que su pronta aparición y su peso lanzado eran como los de un pájaro saliendo en vuelo de un matorral. Era solamente la figura, de alargadas y altas espaldas, con largos bigotes caídos, en realidad muy familiar a todos ellos. Pero algo del oscurecer, de la luz de una vela, de la veloz y surcada sombra, se enlazaba extrañamente con las inconscientes palabras de agüero del sacerdote. Para todos era como si estas palabras hubiesen sido, en verdad, un augurio en el viejo sentido romano, con el signo del vuelo de un pájaro. Quizá el señor Byles hubiera podido dar una lección sobre ese presagio romano y, sobre todo, acerca de aquel pájaro de mal agüero. El hombre alto cruzó a lo largo de la pared, como su propia sombra, hasta que llegó a sentarse en la silla vacía, a la diestra del rector, y miró alrededor suyo, hacia el tesorero y hacia los demás, con huecos y cavernosos ojos. Su cabello lacio y sus bigotes eran rubios, pero sus ojos estaban colocados tan profundamente que parecían negros. Todos conocían o podían adivinar quién era el recién llegado, pero se produjo un incidente que aclaró más aún, si cabe, esta clara situación. El profesor de Historia Romana se levantó rígido sobre sus pies y salió de la sala, indicando con esta pequeña *finesse* cuáles eran sus sentimientos acerca de estar sentado en la misma mesa con el profesor de Robo Teórico; en otras palabras, el comunista señor Craken.

El rector de Mandeville procuró salvar la embarazosa y dificilísima situación con una gracia nerviosa:

—Estaba defendiéndole a usted o algunos de sus aspectos, querido Craken —dijo sonriendo—, aunque estoy seguro de que usted me encuentra a mí

indefendible. Después de todo, no puedo olvidar que los viejos socialistas, amigos míos de juventud, tenían una fina idea de la fraternidad y la camaradería. William Morris la resumió en esta sentencia: «Camaradería es cielo, y la falta de camaradería, infierno».

—Tan señores como los demócratas; eso es lo que son —dijo el señor Craken, muy cerca de parecer desagradable—. Y es que el difícil caso Hake, ¿va a dedicar la nueva cátedra comercial a la memoria de William Morris?

—Bien —dijo el rector, haciendo todavía un desesperado esfuerzo—. Espero poder decir que en cierto sentido todas nuestras cátedras son cátedras de camaradería.

—Sí; esa es la versión académica de la máxima de Morris —gruñó Craken—. Camaradería es el cielo y falta de camaradería es el infierno.

—No se enfade tanto, Craken —intervino el tesorero vivamente—. Tome un poco de oporto. Tenby, pase el oporto al señor Craken.

—¡Oh!, gracias; tomaré una copa —dijo el profesor comunista un poco malhumorado—. En realidad, vine para fumar en el jardín. Miré por la ventana y vi a sus preciados millonarios que están ahora floreciendo en el jardín; frescos e inocentes pimpollos. Después de todo, hubiera valido la pena haberles dado, entretanto, un poco de la amargura de mi espíritu.

El rector se levantó al abrigo de su última convencional cordialidad y se sintió más que contento de dejar al tesorero arreglándoselas lo mejor posible con el hombre salvaje. Otros se habían levantado y los grupos empezaron a dispersarse.

De este modo el tesorero y el señor Craken se quedaron casi solos al otro extremo de la mesa. Únicamente el padre Brown continuó sentado, mirando al vacío con una expresión más bien sombría.

—¡Oh!, en cuanto a eso —dijo el tesorero—, yo estoy completamente cansado de ellos; si he de decirles la verdad, estuve con ellos la mayor parte del día viendo unas cosas y otras, y todo lo referente al asunto del profesorado. Pero, óigame, Craken —dijo, apoyándose en la mesa y hablando con una especie de amable énfasis—, no necesita cortar tan por lo sano acerca del nuevo profesorado. No se inmiscuyen en su cátedra. Usted es el único profesor de Economía Política en Mandeville, y aunque no pretendo estar de acuerdo con sus opiniones, todos saben que usted ha alcanzado una reputación europea. A esta asignatura especial la llamarán Economía Aplicada. Bien, hasta hoy mismo, como ya le dije, tuve que soportar esa Economía Aplicada. En otras palabras, he tenido que hablar de negocios con esos negociantes. ¿Querría hacerlo usted? ¿Desea intervenir? ¿Es que quiere

ocuparse usted en ello? ¿No es evidente hasta la suficiencia que se trata de una materia aparte y, por lo tanto, de una cátedra aparte?

—¡Santo Dios! —gritó Craken con la profunda invocación del ateo—. ¿Cree que yo no quiero aplicar la Economía? Únicamente que cuando nosotros la aplicamos, ustedes la llaman ruina roja y anarquía. En cambio, si son ustedes los que la aplican, es posible que la gente tenga algo que comer. Por esto han tenido necesidad de esos grasientos capitalistas para abrir una nueva cátedra; justamente porque yo he dejado el gato fuera del saco.

—Un gato salvaje, ¿no? —dijo el tesorero sonriendo—; eso es lo que usted ha dejado fuera del saco.

—Más bien es un saco de oro, ¿no? —repuso Craken—, donde quieren meter al gato otra vez.

—Bien, no espero estar de acuerdo con usted —dijo el otro—. Pero esos individuos han salido ya de su capilla en dirección al jardín. Y si quiere fumar allí, lo mejor es que vaya.

Contemplaba con cierta diversión a su compañero, hurgando en todos sus bolsillos en busca de tabaco con que llenar la pipa. Mirándole con aire abstraído, se levantó, y al hacerlo parecía estar fuera de sí otra vez.

El señor Baker, el tesorero, finalizó la escena con una festiva risa de reconciliación.

—Sí, son ustedes gentes prácticas y volarán la ciudad con dinamita. Solo que probablemente olvidarán la dinamita, como ha olvidado el tabaco. Déjelo y llénela del mío. ¿Cerillas?

Le tiró la tabaquera y sus accesorios a través de la mesa, los cuales fueron recogidos por el señor Craken con la destreza propia de un jugador de críquet, aun cuando hubiera adoptado opiniones consideradas generalmente como no formando parte del críquet.

Los dos hombres se pusieron de pie a la vez, pero Baker no pudo evitar el decir:

—¿Son ustedes, en realidad, los únicos hombres prácticos? ¿No habría algo que añadir a propósito de la Economía Aplicada que recordara el llevar la tabaquera a la vez que la pipa?

Craken le miró con ojos apagados y le dijo a este último, después de apurar lentamente el final de la copa:

—Yo creo que el espíritu práctico no acaba ahí. Me permito proponerle que olvide los detalles y aún lo demás. Lo que quiero que comprenda es esto. —Y devolvió automáticamente la tabaquera a su dueño, mientras sus ojos miraban lejos, inflamados y casi terribles—: Porque el interior de nuestro

intelecto ha cambiado, porque nosotros tenemos, evidentemente, una nueva idea del derecho, nosotros debemos hacer cosas que ustedes tienen por malas. Y que serán muy prácticas.

—Sí —dijo el padre Brown, saliendo de pronto de su éxtasis—. Esto es exactamente lo que yo pienso.

Miró a Craken con una fría y casi lúgubre sonrisa, diciendo:

—El señor Craken y yo estamos enteramente de acuerdo.

—Bueno —dijo Baker—. Craken va a fumar una pipa con los plutócratas, pero dudo que sea una pipa de paz.

Se volvió bruscamente y llamó a un viejo criado. Mandeville era uno de los últimos entre los más antiguos colegios, y Craken era uno de los más avanzados comunistas, situado más allá del bolchevismo de hoy.

—Esto me hace recordar ahora —decía el tesorero— que si usted no quiere pasar la pipa de la paz, debemos mandarles cigarros a nuestros distinguidos huéspedes. Si son fumadores deben estar deseosos de fumar. Porque han estado husmeando por la capilla desde la hora de comer.

Craken estalló en una risa salvaje y discordante:

—¡Oh!, les llevaré los cigarros —dijo—. Solo soy un proletario.

Baker, Brown y el criado fueron testigos de que el comunista salió furioso al jardín a enfrentarse con los millonarios, pero no volvió a ser visto ni oído hasta que, como ya ha relatado el padre Brown los encontró muertos en sus sillas.

Se convino que el rector y el sacerdote permanecieran guardando la escena de la tragedia, mientras el tesorero, más joven y más rápido en sus movimientos, corría a buscar a los médicos y a la policía. El padre Brown se acercó a la mesa, en la que uno de los cigarros se había quemado casi todo, menos una o dos pulgadas. El otro había caído de la mano y desapareció a medio apagar sobre el descuidado pavimento. El rector de Mandeville se sentó tembloroso en una silla suficientemente distante, apoyando su calva entre sus manos. Después levantó la mirada fatigosamente y, estremecido, quebró la quietud del jardín con una palabra que era una débil explosión de horror.

Existía una cualidad en el padre Brown que podía llamarse algunas veces sangre fría. Siempre pensaba en lo que estaba haciendo y nunca en lo que ya estaba hecho; podía hacer lo más feo, horrible y humillante con la misma calma que un cirujano. Reinaba alguna confusión en un simple entendimiento ante todas esas cosas que comúnmente se asocian con supersticiones y sentimentalismos. Se sentó en la silla de donde había caído el cadáver,

recogió el cigarro que había sido fumado parcialmente, desprendió la ceniza con cuidado, examinó la punta y después se lo puso entre los dientes y lo encendió. Parecía un obsceno y grotesco bufón haciendo mofa de la muerte. Un salvaje sacrificio o idolatría. Pero para el padre Brown aparecía como un hecho evidente por sí mismo que la mejor manera de saber cómo es un cigarro es fumárselo. No aminoraba el miedo del rector de Mandeville el hecho de que un oscuro, pero astuto, adivino como era el padre Brown arriesgase su vida…

—No; creo que todo está bien —dijo el sacerdote dejando el cigarro—. Buenos cigarros sus cigarros. Ni americanos ni alemanes. No creo que haya nada extraño en el cigarro en sí mismo, pero hubieran hecho mejor teniendo cuidado con las cenizas. Estos hombres fueron envenenados de algún modo, con una especie de sustancia que deja el cuerpo rígido rápidamente… A propósito, por aquí se mueve alguien que sabe más de esto que nosotros.

El rector se puso de pie de un curioso e incómodo salto; una larga sombra había caído atravesando el sendero, precediendo a una figura que, aunque pesada, pisaba por lo menos tan blando como una sombra. El profesor Wadham, eminente titular de la cátedra de Química, se había movido siempre tan ligeramente, a pesar de su tamaño, y su manera de andar ahora por el jardín era la usual en él. Y cuando se mencionaba la Química parecía haber algo artificiosamente limpio en su apariencia.

El profesor Wadham se enorgullecía de su quietud; alguien diría de su insensibilidad. No movió un cabello de su cabeza alisada y rubia, pero permaneció inclinado mirando a los muertos con un vestigio de algo como indiferencia: una larga cara de rana. Entonces, al parecer, estaba más tranquilo que antes, pero en la sombra de su cara, los ojos, por un instante, parecían tenderse hacia fuera telescópicamente, semejante a uno de sus propios microscopios. Había descubierto algo pero nada dijo.

—No sé por dónde se puede empezar en este asunto —dijo el rector.

—Yo empezaría —repuso el padre Brown— por preguntar dónde han pasado hoy estos dos desgraciados la mayor parte del tiempo.

—Estuvieron revolviéndolo todo en mi laboratorio durante mucho rato —dijo Wadham hablando por primera vez—. Baker viene a menudo a charlar, y esta vez trajo a sus dos patronos a inspeccionar mi departamento. Pero creo que estuvieron en todas partes; verdaderos turistas. Sé que fueron a la capilla y aun al túnel bajo la cripta, donde hay que alumbrarse con candelas…, en vez de digerir su comida como hombres sensatos. Parece que Baker los llevó por toda la casa.

—¿Estaban particularmente interesados en algo de su departamento? —preguntó el sacerdote—. ¿Qué estaba usted haciendo entonces?

El profesor de Química murmuró una fórmula que empezaba con la palabra sulfato y terminaba con otra que sonaba como silenio, ininteligible para ambos oyentes. Después vagó por el jardín hasta cansarse y se sentó en un banco alejado, al sol, cerrando sus ojos y levantando su largo rostro abstraído.

Al llegar a este punto, por un agudo contraste, cruzó el prado una figura vivaracha que avanzaba tan rápida y tan rectamente como una bala. El padre Brown reconoció los limpios vestidos negros y la sagaz cara de perro del sargento de policía al que había conocido en los distritos pobres de la ciudad. Del contingente oficial fue el primero en llegar.

—Atienda —dijo el rector al sacerdote antes de que el médico pudiera oírle—. Necesito saber algo. ¿Querría usted repetir lo que dijo a propósito de ser el comunismo un peligro real que conduce al crimen?

—Sí —contestó el padre Brown, sonriendo amargamente—. Me he enterado de la propagación de algunas maneras e influencias comunistas; y, en cierto sentido, esto es un crimen comunista.

—Gracias —repuso el rector—. Ahora debo salir; estaré de vuelta en diez minutos.

El rector había desaparecido bajo uno de los arcos Tudor, justamente en el momento en que el médico de la policía había llegado a la mesa y reconocía con un gesto alegre al padre Brown. Al oír que debían sentarse todos alrededor de la mesa trágica, el doctor Blake lanzó una mirada agria y dudosa al grueso, calvo y al parecer somnoliento químico, que ocupaba un lejano banco. Estaba perfectamente informado de la identidad del profesor, y conocía también desde algún tiempo su valía.

Mientras hacía el examen preliminar de los cadáveres escuchaba en silencio. Naturalmente, parecía más concentrado en el examen de los cuerpos que en la supuesta importancia del doctor, hasta que un detalle lo distrajo de pronto de la observación anatómica:

—¿En qué dijo el profesor que estaba trabajando? —inquirió.

El padre Brown repitió pacientemente la fórmula química que él no entendía.

—¿Qué? —exclamó el doctor Blake. Su voz sonó como un pistoletazo—. ¡Eso es espantoso!

—¿Por qué? ¿Es un veneno? —demandó el padre Brown.

—Porque es una filfa —repitió el doctor Blake—. Es sencillamente una tontería. El profesor es un químico famoso. ¿Por qué un químico famoso dice tonterías deliberadamente?

—Creo conocer la razón —contestó amablemente el padre Brown—. Dice tonterías porque está diciendo mentiras. Oculta algo. Y necesitaba ocultarlo de esos hombres y de sus representados.

El médico levantó los ojos y miró hacia la figura un poco extraña del gran químico. Debía de estar casi dormido; una mariposa del jardín se posó sobre él y parecía convertir su tranquilidad en la de un ídolo de piedra. Los anchos pliegues de su cara de rana le recordaban al doctor la piel colgante de los rinocerontes.

—Sí —dijo el padre Brown en voz muy baja—. Es un mal hombre.

—¡Dios los maldiga a todos! —gritó el doctor, conmovido de pronto desde sus profundidades—. ¿Quiere usted decir que un gran hombre de ciencia como ese trafica con asesinos?

—Críticos impertinentes, podían quejarse de su tráfico —dijo el sacerdote sosegadamente—. No digo que sienta una inclinación por las gentes que trafican con asesinatos. Pero, concretando más… Estoy seguro de que estos pobres individuos estaban entre sus críticos impertinentes.

—¿Que ellos sorprendieron su secreto y él los ha dejado en silencio? —dijo Blake ceñudo—. Pero ¿cuál era su secreto? ¿Cómo pudo un hombre asesinar así en gran escala en un lugar como este?

—Le he contado a usted el secreto —repuso el cura—. Es el secreto de un alma. Es un hombre perverso. ¡Por el amor de Dios! No piense que si yo le hablo así es porque él y yo pertenecemos a tradiciones opuestas. Tengo una multitud de amigos científicos, y muchos de ellos son heroicamente desinteresados. Pero siempre puede dar usted con uno que sea un materialista en el sentido de la bestia. Repito que es un hombre malo. Peor que… —Y el padre Brown pareció titubear antes de decir una palabra.

—¿Quiere usted decir peor que el comunista? —sugirió el otro.

—No; quise decir peor que el asesino —contestó el padre Brown.

Se estremeció y apenas pudo darse cuenta de que su amigo lo estaba mirando.

—Pero ¿usted no quiso antes dar a entender que ese Wadham es el asesino? —preguntó Blake al fin.

—¡Oh, no! —dijo el padre Brown más tranquilizado—. El asesino es una persona mucho más simpática y comprensible. Él, al menos, estaba desesperado. Y tenía sus razones para sentirse encolerizado y desesperado.

—Pero ¿es que fue el comunista?

En este mismo momento, bastante apropiado por cierto, los oficiales de la policía llegaron con la noticia de que, al parecer, concluía el caso de la más decisiva y satisfactoria manera. Se habían retrasado en llegar a la escena del crimen por el simple hecho de que habían capturado ya al criminal. Realmente lo detuvieron en las mismas puertas de la oficina de policía. Tenían ya razones para sospechar de las actividades de Craken, el comunista, durante algunos desórdenes en la ciudad. Cuando oyeron hablar del delito consideraron prudente arrestarlo, y encontraron que el arresto estaba plenamente justificado. Porque, como el inspector Cook explicaba radiante a las dignidades y doctores en los prados del jardín de Mandeville, tan pronto como el notorio comunista fue registrado se le encontró una caja de cerillas envenenadas.

Al oír el padre Brown la palabra «cerillas» saltó de su asiento, como si ardiera una debajo de él.

—¡Ah! —gritó con una especie de resplandor universal—. Ahora todo está claro.

—¿Qué quiere usted decir con que todo está claro? —preguntó el rector de Mandeville, que había vuelto con toda la pompa de su propio oficialismo a encontrar la pompa de los oficiales de la policía que ocupaban el colegio como un ejército victorioso—. ¿Que el caso contra Craken está claro?

—Quiero decir que el caso de Craken está aclarado —repuso el padre Brown con firmeza—. El caso contra Craken está listo del todo. ¿Creen ustedes realmente que Craken es el hombre para ir envenenando a las gentes con cerillas?

—Todo eso está muy bien —replicó el rector con la turbada expresión que no le había abandonado desde que ocurrió el suceso—. Pero fue usted, usted mismo, el que dijo que los fanáticos con falsos principios podían hacer cosas perversas. Por esta razón fue también usted mismo quien dijo que el comunismo estaba recogiendo su cosecha en todas partes y que los usos comunistas se propagaban.

El padre Brown rio como si estuviese avergonzado.

—A fin de cuentas —dijo—, creo que le debo una explicación. Parece que siempre estoy produciendo confusiones con mis chanzas tontas.

—¡Chanzas! —repitió el rector, indignado.

—Bueno —explicó el sacerdote bajando la cabeza—. Cuando hablé de que los hábitos comunistas se propagaban me refería al que yo había observado dos o tres veces hoy mismo. Es un hábito comunista que no está,

de ningún modo, confinado en los comunistas. Es frecuente el hábito en muchos hombres, especialmente ingleses, de meterse en sus bolsillos las cajas de cerillas sin acordarse de devolverlas. Naturalmente que por culpa de uno de esos actos se ha cometido el crimen.

—Me parece una insensatez —dijo el doctor.

—Bueno, si algún hombre podía olvidarse de devolver las cerillas, puede apostar sus botas a que Craken sería ese hombre. Así, el envenenador que las había preparado se deshizo de ellas dándoselas a Craken, por el sencillo procedimiento de prestárselas y no hacérselas devolver. Realmente es un procedimiento admirable para librarse de responsabilidades porque Craken es perfectamente incapaz de recordar de dónde las había sacado. Y cuando las usó, todo inocente, para encender los cigarros que ofreció a los visitantes, quedó cogido en una trampa manifiesta. Él quedaba así como el temerario y perverso comunista que asesina a dos millonarios.

—Bien, ¿y quién más podía asesinarlos? —gruñó el médico.

—¡Ah! ¿Quién, en realidad? —replicó el sacerdote, y su voz adoptó un acento de mayor gravedad—. Llegamos a otro asunto, se lo confieso. Y esto, permítame que se lo diga, no es una broma. Dije que las herejías y falsas doctrinas se han convertido en comunes y en asuntos de conversación que todo el mundo usa sin reparar en ellos. ¿Creyó usted que quería decir precisamente comunismo cuando lo nombré? Todo lo contrario. Están asustados como gatos del comunismo, y por eso vigilan a Craken como a un lobo. Claro está que el comunismo es una herejía. Es el capitalismo lo que dan por admitido, o mejor, los vicios del capitalismo disfrazado de darwinismo muerto. ¿Se retractan de lo que estaban diciendo en la Sala de Reuniones acerca de si la vida es una lucha, si la naturaleza impone a los mejor preparados, y cómo no tiene importancia el que los pobres sean o no pagados con justicia? Porque aquella es la herejía a que se han acostumbrado, amigos míos, y es en todo tan herética como el comunismo. Es la anticristiana moralidad, la inmoralidad que aceptan como la cosa más natural del mundo. Y esta es la inmoralidad que ha llevado a un hombre a cometer un crimen.

—¿A qué hombre? —gritó el rector, y su voz se rompió bruscamente.

—Aproximémonos a ello por otro camino —dijo el clérigo plácidamente —. Todos hablan como si Craken hubiera huido, pero él no huyó. Cuando los dos hombres se abatieron, corrió a la calle, llamó al médico a través de su ventana y, rápido, se dirigió en busca de la policía. Así fue como lo arrestaron. Pero ¿no le choca, ahora que caigo en ello, que el señor Baker, el tesorero, haga buen rato que esté buscando a la policía?

—¿Qué es lo que está haciendo, si no? —preguntó el rector.

—Me imagino que destruyendo papeles, o registrando las habitaciones de estos dos señores por si nos hubieran dejado alguna carta. O tal vez tenga algo que hacer con nuestro amigo Wadham. ¿Por dónde anda? La cosa es muy simple y, a la vez, parece una pesada broma. El señor Wadham está haciendo experimentos con venenos para la próxima guerra, y algo ha logrado: el vapor de una llama que produce la rigidez y mata. Evidentemente él no tiene nada que ver con el asesinato de estos dos hombres. Él ocultaba su secreto químico por una sencilla razón. Uno de ellos era un yanqui puritano y el otro un judío cosmopolita, y ambos tipos suelen ser pacifistas fanáticos. Le hubieran objetado que estaba planeando un crimen, y hasta denegado toda ayuda al colegio. Pero Baker era amigo de Wadham y fue una cosa muy fácil para él impregnar las cerillas con la nueva sustancia.

Otra gran particularidad del pequeño clérigo era que su pensamiento fuese de una sola pieza y al mismo tiempo el realizador inconsciente de muchas incongruencias. Podía cambiar el tono de su perorata desde algo completamente público o algo enteramente privado, sin ninguna dificultad particular. En esta ocasión obligó a la mayor parte de los reunidos a mirarse con cierta sorpresa. Se dirigía a una persona cuando realmente estaba hablando a diez, indiferente al hecho de que uno solo era el que podía tener noción de lo que estaba diciendo.

—Siento, doctor, que le haya desorientado con esta pobre digresión metafísica sobre el hombre del pecado —dijo, disculpándose—. Realmente no tenía nada que ver con el crimen, pero la verdad es que ya me había olvidado de todo lo referente a él. Todo lo había olvidado menos una especie de visión de aquel individuo con su ancha e inhumana cara, agazapada entre las flores, como un ciego monstruo de la Edad de Piedra. Y pensó que algunos hombres son monstruos semejantes a hombres de piedra; ¡pero era toda tan poco concluyente! Siendo malo por dentro, tiene poco que ver con el cometer crímenes por fuera. Los peores criminales no han cometido crimen alguno. El punto práctico es: ¿por qué el criminal cometió este crimen? ¿Por qué el tesorero quería matar a estos dos hombres? Esto es lo que nos concierne a nosotros ahora. La respuesta es la misma respuesta a la pregunta que he hecho dos veces. ¿Dónde estuvieron estos hombres la mayor parte del tiempo, aparte de meter sus narices en capillas y laboratorios? Por el propio informe del tesorero, estuvieron tratando de negocios con él. Ahora, con todo el respeto a los difuntos, yo no me arrodillaría ante la inteligencia de estos dos financieros. Sus puntos de vista en economía eran paganos y pusilánimes, de

un pacifismo de fanáticos. Como catadores de oporto eran aún más deplorables. Pero en una cosa sí entendían; esto es, en negocios. Y necesitaron muy poco tiempo para descubrir que el hombre de negocios encargado de administrar los fondos de este colegio era un estafador. O mejor dicho, un verdadero seguidor de la doctrina de la ilimitada lucha por la vida y la supervivencia de los más aptos.

—¿Quiere usted decir que iban a denunciarle y que él los asesinó antes de que hablaran? —preguntó el doctor con el mismo ceño de antes—. Hay un gran número de detalles que no entiendo.

—Existen algunos de ellos sobre los que no estoy muy seguro —dijo el sacerdote con franqueza—. Sospecho que todo ese embrollo de las candelas en los subterráneos fue algo para sustraer las cerillas a los millonarios o quizá para estar seguro de que no las llevaban. Pero de lo que sí estoy seguro es del más importante gesto, alegre y descuidado: el gesto de Baker dándole las cerillas a Craken. Aquel gesto fue un gesto de muerte.

—Hay una cosa que no comprendo —dijo el inspector—. ¿Cómo sabía Baker que Craken no encendería su cigarro entonces, y allí mismo, en la mesa, convirtiéndose por ese acto, tan simple, en un indeseable cadáver?

La expresión del rostro del padre Brown se tornó dura y su voz tenía un triste aunque generoso ardor.

—Bueno, cuélguelo todo —exclamó—; él era solo un ateo.

—Me temo que no le haya entendido —dijo el inspector correctamente.

—Él solo quería abolir a Dios —explicó el padre Brown en tono templado y razonable—. Solo quería destruir los Diez Mandamientos y desarraigar la religión y la civilización que le había formado a él, barriendo todo lo que es el sentir común acerca de la propiedad y de la honradez; dejar que su cultura y su patria fueran arrasadas por salvajes venidos de los confines de la tierra. Esto es lo que quería. Y no tienen ustedes derecho a acusarle de otras cosas más allá de esto. ¡Cuélguelo todo! Pero todo el mundo traza una línea en cualquier parte, de la que no se pasa. Y usted viene y sugiere que un hombre de Mandeville, perteneciente a la vieja generación (porque Craken es de la vieja generación, no importa cuáles fueran sus opiniones), hubiese empezado a fumar, o aun a frotar una cerilla, mientras estaba todavía bebiendo el oporto del colegio, de la cosecha de 1908. No… no; los hombres no carecen tan por completo de leyes y límites. Yo estaba allí… y le vi. ¡No había terminado su vino y usted me preguntaba por qué no fumaba! Una pregunta tan anárquica hubiera hecho bambolear los arcos de Mandeville College… Gracioso lugar Mandeville College… Gracioso lugar Oxford… Gracioso lugar Inglaterra.

—Pero ¿usted no tiene nada, en particular, que ver con Oxford? —preguntó el médico con curiosidad.

—Tengo que ver con Inglaterra —repuso el padre Brown—. He nacido en ella. Y la cosa más graciosa de todas es que aunque se la ame y se pertenezca a ella, todavía no puede uno jugársela a cara o cruz.

LA PUNTA DEL ALFILER

El padre Brown dijo siempre que había resuelto este problema durante sus horas de sueño. Y esto era verdad, aunque de un modo más bien extraño. Porque ocurrió en horas en que su sueño fue turbado. Diariamente era turbado muy temprano, al empezar el martilleo en el enorme edificio, o semiedificio, que estaba en construcción frente a sus habitaciones, un colosal montón de pisos, muchos de ellos todavía cubiertos con andamios y con cartelones que anunciaban a los señores Swindon y Sand como constructores y propietarios, y era fácilmente reconocible, porque los señores Swindon y Sand estaban especializados en cierto nuevo sistema de pavimentos del cemento, el cual, a despecho de sus subsiguientes trabazón, solidez, impenetrabilidad y permanente bienestar (como lo describían en los anuncios), tenía que ser encajado en ciertos puntos con la ayuda de pesadas herramientas. El padre Brown se esforzaba, sin embargo, en extraer de ello una exigua comodidad, diciendo que le despertaban siempre a tiempo para su misa y que tenía algo de la naturaleza del carillón. «Después de todo —se decía—, es por lo menos tan poético que a los cristianos les despierten los martillazos como las campanas…». En realidad los trabajos de aquel edificio le alteraban un poco los nervios, pero por otra razón: porque existía suspendida como una nube, sobre el semivacío rascacielos, la posibilidad de una crisis de trabajo que los periódicos insistían en presentar como una huelga. A decir verdad, si llegaba a ocurrir, sería un *lock-out*. Pero lo que le preocupaba era lo que pudiese ocurrir. Y se podía preguntar si el martilleo era un canto acorde, porque podía continuar para siempre o porque podía pararse en un minuto.

—Como una sencilla muestra de imaginación y de buen gusto —dijo el padre Brown mirando hacia lo alto del edificio con sus lentes de búho—, yo más bien preferiría que se parase. Desearía que todas las edificaciones se pararan cuando todavía tienen sus andamios puestos. Da pena que las casas lleguen a acabarse. Aparecen tan frescas y prometedoras con su afiligranada decoración a medio acabar, sus maderas luminosas y brillantes al sol… Los hombres suelen, a menudo, terminar una casa para convertirla en una tumba.

Cuando se alejaba del objeto de su meditación estuvo a punto de chocar contra un hombre que había cruzado la calle, como un dardo, en dirección a él. Era un hombre a quien conocía ligeramente, pero lo suficiente para mirarlo (en aquellas circunstancias) como algo parecido a un pájaro de mal agüero. El

señor Mastyk era un hombre con una cabeza cuadrada que apenas si parecía europea, y que vestía con una recargada elegancia quizá demasiado europea. El padre Brown lo había visto últimamente hablando con el joven Sand, de la firma constructora, y no le gustó. Este hombre, Mastyk, era el jefe de una organización nueva en la política industrial inglesa, producida por los extremistas de los dos extremismos. Un significado ejército de contrarios a la Unión y de trabajadores forasteros alquilados por cuadrillas a varias empresas. Y él estaba tanteando, visiblemente, con la esperanza de alquilárselos a aquella. En resumen, planeando un modo de maniobrar desde fuera las Trade Unions e inundar los trabajos de *blacklegs*.

El padre Brown se había sumergido en algunos debates, siendo, en cierto sentido, considerado por ambos extremos. Mientras los capitalistas declaraban que, según su positivo conocimiento, se trataba de un bolchevique, y los bolcheviques testimoniaban todos que era un reaccionario rígidamente afecto a las ideologías *bourgeois*, él podía haber contestado que hablaba con cierta cantidad de buen sentido sin causar ningún efecto apreciable en los demás. Las noticias traídas por el señor Mastyk estaban calculadas para empujar a cualquiera fuera de su ordinaria ruta de discusión.

—Requieren su presencia allá arriba enseguida —dijo el señor Mastyk con tosco acento inglés—; tenemos un candidato a asesino.

El padre Brown siguió a su guía en silencio, subiendo por escaleras y escaleras de mano hasta una plataforma del inacabado edificio, en la cual estaban agrupadas las figuras más o menos conocidas de la dirección de la empresa de construcción.

Estaban incluidas aquellas que lo habían sido alguna vez, aunque la cabeza de la empresa hubiera estado durante algún tiempo en las nubes. Era, al fin, una cabeza con una corona que ante los humanos aparecía como envuelta en una nube. Lord Stanes no solo se había retirado de los negocios, sino que había sido atrapado por la Cámara de los Lores, desapareciendo. Sus raras reapariciones eran lánguidas y algo asombrosas. Pero esta, en conjunción con Mastyk, no parecía una de las menos amenazadoras. Lord Stanes era un hombre flaco, de cabeza alargada, ojos cavernosos, con el cabello ralo, rubio, declinando hacia la calvicie, y la más evasiva persona que jamás había conocido el sacerdote. No tenía rival en el manejo del talento de Oxford, que consiste en decir: «No dudo que está usted en lo justo», lo que suena a: «No dudo que usted cree que está en lo justo», o simplemente: «Usted cree», lo que implica la amarga adición: «Usted quisiera». Pero el padre Brown se imaginó que el hombre no estaba sencillamente molesto, sino

también débilmente amargado, como si hubiera bajado del Olimpo para inspeccionar aquellas riñas de trabajo, o meramente por no poder fiscalizarlas por más tiempo. Lo que fuese, era cosa difícil de adivinar.

En conjunto el padre Brown casi prefería el grupo de empresarios más *bourgeois*, sir Hubert Sand y su sobrino Henry, aunque particularmente dudaba de si tenían alguna ideología. La verdad era que sir Hubert Sand había obtenido una considerable celebridad en los periódicos como un entusiasta del deporte y como patriota en muchos momentos críticos durante y después de la Gran Guerra. Había ganado notables distinciones para un hombre de sus años, y después había sido presentado como un triunfante capitán de industria, salvando dificultades con los obreros de municiones. Se le llamaba el Hombre Fuerte, pero no era culpa suya. Era, en realidad, un inglés grave y vigoroso, un gran nadador, un buen caballero y un admirable aficionado al papel de coronel. Verdaderamente, algo que solo puede llamarse compostura militar penetraba su apariencia. Había engordado, pero conservaba sus espaldas rectas. Su cabello rizado y su bigote eran aún morenos, mientras que el color de su rostro aparecía como marchito. Su sobrino tenía la vigorosa juventud del emprendedor, o más bien del atleta, ajustada a una cabeza pequeña que se combaba hacia delante, apoyada sobre un grueso cuello, como si embistiera las cosas con ella, una apariencia que hacían perniciosos y pueriles los anteojos que se balanceaban en su pendenciera nariz roma.

El padre Brown había contemplado estas cosas antes y en este momento todos contemplaban algo enteramente nuevo. En el centro del enmaderamiento de la ensambladura estaba clavado un trozo de papel en el cual habían garrapateado algo con mayúsculas informes y maltrechas, como si el escribiente fuera un medio analfabeto o afectara serlo. El escrito decía: «El consejo de los trabajadores advierte a Hubert Sand que en el caso de bajar los jornales o despedir a los trabajadores tendrá que atenerse a las consecuencias. Si mañana vuelven a aparecer estas noticias, morirá por la justicia del pueblo».

Lord Stanes, abandonando el examen del papel, miró a su consocio y dijo con una entonación algo curiosa:

—Bueno, es a usted a quien quieren matar. A mí no me consideran bastante notable para asesinarme.

Uno de los eléctricos golpes de imaginación que a veces sacudían el cerebro del padre Brown de una manera casi imperceptible se disparó en aquel preciso instante. Tuvo la extraña idea de que el hombre que hablaba no podía ser asesinado porque ya estaba muerto. Era —lo admitía alegremente—

una perfecta idea sin sentido. Pero había algo que siempre surgía en su imaginación a propósito de la fría y desencantada indiferencia del consocio noble, de su color cadavérico y de sus inhospitalarios ojos. «Este sujeto —pensaba con la misma malignidad— tiene ojos verdes y parece como si también tuviera sangre verde».

Ahora bien, lo que sí era cierto es que sir Hubert Sand no tenía sangre verde. Su sangre era bastante roja en todos sentidos; le subía a sus mejillas resecas y fatigadas con la ardorosa plenitud de vida propia de la natural e inocente indignación de las personas bien nacidas.

—En toda mi vida —dijo con voz fuerte y vibrante— no me habían dicho o hecho una cosa semejante. Puedo haber disentido…

—No podemos ninguno de nosotros estar en desacuerdo a propósito de esto —interrumpió su sobrino, impetuoso—. He intentado entenderme con ellos, pero esto es demasiado.

—¿No piensa usted que, realmente —empezó el padre Brown—, sus obreros…?

—Digo que debemos haber disentido —dijo el viejo Sand todavía un poco trémulo—. Dios sabe que nunca me agradó la idea de amenazar a los obreros ingleses con rebajar sus jornales…

—A ninguno de nosotros nos gusta —dijo el joven—, pero si yo le conozco a usted, tío, esto ya está decidido.

Después de una pausa añadió:

—Supongo que, como usted dice, no estamos de acuerdo en los detalles, pero en cuanto a la política real…

—Mi querido amigo —dijo el tío amablemente—, espero que no habrá nunca un verdadero desacuerdo.

De lo cual, quienquiera que conozca la nación inglesa debe deducir rectamente que había existido un considerable desacuerdo. Verdaderamente el tío y el sobrino se diferenciaban, por lo menos, tanto como un inglés y un americano. El tío tenía el ideal inglés de quedar en la parte de fuera de los negocios y establecer una especie de coartada, viviendo como un señor del campo. El sobrino tenía el ideal americano de quedar en la parte de dentro de los negocios, dentro de cada mecanismo, como un mecánico. Y, efectivamente, había trabajado en la mayor parte de los mecanismos y le eran familiares la casi totalidad de los procesos y trucos del trabajo. Y era además americano en el hecho de que, como empleado, mantenía a sus hombres por encima de lo usual, pero de cierta vaga manera, como un igual, o al menos con el orgullo de mostrarse a sí mismo como un obrero. Por esta razón había

aparecido con frecuencia casi como un representante de aquellos en asuntos técnicos en los cuales estaba a cientos de millas de la popular eminencia de su tío en política o deporte. El recuerdo de aquellas ocasiones, cuando el joven Henry había salido, prácticamente, en mangas de camisa a demandar alguna concesión en las condiciones de trabajo, concedía una fuerza peculiar y hasta violenta a esta reacción actual en sentido opuesto.

—Esta vez se han despedido ellos mismos —gritó—. Después de una amenaza como esta, la única cosa que se puede hacer es desafiarlos. No queda más que echarlos a todos ahora, al instante, en el acto. De otra manera seríamos el hazmerreír de todo el mundo.

El viejo Sand mostró el mismo enojo de su sobrino, pero habló más despacio:

—Seré muy criticado…

—¿Criticado? —dijo el joven con aspereza—. ¿Criticado si desafía una amenaza de muerte? ¿Tiene usted idea de cómo sería criticado si no la desafía? ¡Cómo le divertirían los grandes titulares: «Gran capitalista aterrorizado», «Empresario amenazado de asesinato»!

—Particularmente —dijo lord Stanes con cierta displicencia en el tono—, cuando se ha visto ya en tantos titulares frases como «El Hombre Fuerte de la edificación en acero…».

Sand había enrojecido otra vez y su voz brotó gruesa y enronquecida de debajo de su grueso mostacho:

—Naturalmente, en esto tienen ustedes razón. Si esos brutos creen que tengo miedo…

En este punto la conversación fue interrumpida; un esbelto joven fue hacia ellos rápidamente. La más notable cosa acerca de él era que se trataba de uno de esos hombres de quien estos, y a menudo las mujeres también, piensan que justamente es demasiado bien parecido para parecer bien. Tenía un hermoso cabello negro rizado y un bigote sedoso. Hablaba como un caballero, pero con acento demasiado refinado y exactamente modulado. El padre Brown lo reconoció enseguida como Rupert Rae, el secretario de sir Hubert, y a quien había visto bufoneando en casa de sir Hubert. Pero nunca con tanta impaciencia en sus movimientos o con tales arrugas en su frente.

—¿Perdone, señor? —dijo a su amo—. Pero hay un hombre rondando por arriba. Hice todo lo posible para librarme de él. Trae solo una carta que insiste en dársela a usted personalmente.

—¿Significa esto que fue primero a mi casa? —dijo Sand mirándole—. Supongo que usted estuvo allí toda la mañana.

—Sí, señor —repuso el señor Rupert Rae.

Hubo un corto silencio, y después sir Hubert Sand insinuó lacónicamente que sería mejor que hiciesen acudir al hombre de la carta; y el hombre apareció.

Nadie, ni aun la más fastidiosa dama, hubiera dicho que el recién llegado parecía demasiado bello. Tenía las orejas muy largas y una cara como una rana. Quedose mirando a sir Hubert con vidriosa fijeza, la cual el padre Brown atribuyó a que podía tener un ojo de cristal. De hecho, su fantasía le hubiera equipado con un par de ojos de cristal, tan cristalinos como los de un estornino. No otra cosa parecían los de aquel hombre contemplando a los reunidos. Pero la experiencia del sacerdote, tan distinta de su fantasía, era capaz de sugerir diversas causas a su irreal mirada de figura de cera; una de ellas era el abuso del divino don del licor fermentado. El hombre era pequeño y mezquino, y llevaba un sombrero hongo en una mano y una carta cerrada en la otra.

Sir Hubert Sand lo miró, y después dijo con bastante tranquilidad, pero con *voz* que parecía extrañamente débil dada la plenitud y corpulencia de su persona.

—¡Oh!… Es usted.

Alargó la mano hacia la carta, y entonces miró a su alrededor, como excusándose antes de abrirla y leerla. Cuando la hubo leído la guardó en su bolsillo interior, y dijo precipitadamente y con cierta aspereza:

—Bien, creo que este asunto está terminado, como tú dices. No son posibles más negociaciones; no podemos pagar los salarios que piden. Pero necesitaré verte otra vez, Henry, para arreglar las cosas en general.

—Está bien —dijo Henry un poco descontento quizá, como si hubiera preferido arreglarlas por sí mismo—. Estaré en el número 188 después del almuerzo. Hace falta saber hasta dónde han llegado allí.

El hombre del ojo de cristal, si era un ojo de cristal, se fue renqueando con cierta rigidez, y el ojo del padre Brown, que no era un ojo de cristal precisamente, lo siguió atentamente a través de las escaleras de mano hasta que desapareció en la calle.

Fue a la mañana siguiente cuando el padre Brown hizo la desusada experiencia de quedarse dormido o, por lo menos, de despertarse con la subjetiva convicción de que debía de ser tarde. Esto era en parte debido a que recordaba, como un hombre puede recordar un sueño, el hecho de haber estado medio despierto a una hora usual y haberse dormido otra vez; un acontecimiento lo bastante común para muchos de nosotros, pero nada común

para el padre Brown. Y después quedó extrañamente convencido gracias a aquel lado místico suyo con el cual salía normalmente de este mundo, que en el alejado y oscuro islote del país de los sueños, entre uno y otro despertar, allí estaba como un tesoro enterrado la verdad de esta historia.

Así es que saltó de la cama con prontitud, se enlutó en sus vestidos, asió su nudoso paraguas y se lanzó a la calle, donde la lívida mañana se abría, como el hielo al henderse, más allá del gigantesco edificio oscuro que tenía enfrente. Quedó sorprendido al encontrar la calle casi vacía bajo la fría luz cristalina; cada aspecto de ella le decía que difícilmente podía ser tan tarde como había temido. Pero pronto la quietud fue quebrada por el rápido paso de un automóvil gris que se detuvo delante del edificio desierto. Lord Stanes se abrió él mismo la portezuela desde el interior y se acercó a la puerta llevando dos maletas. En aquel mismo momento se abrió la puerta y pareció que alguien esperaba dentro en vez de esperar afuera, en la calle. Stanes llamó dos veces al hombre del interior antes de que aquella persona apareciera en el umbral. Después mantuvieron los dos un breve coloquio, terminando el aristócrata por llevarse las maletas arriba, y el otro, saliendo a la luz del día, reveló las fuertes espaldas y la cabeza vencida hacia delante del joven Henry Sand.

El padre Brown no pensó más en este extraordinario encuentro hasta que dos días después el joven llegó en su coche y rogó al sacerdote que subiese a él.

—Ha sucedido algo horrible —dijo—; he preferido contárselo a usted antes que a lord Stanes. Usted sabe que Stanes vino el otro día con la insensata idea de acampar en uno de los pisos recién acabados. Por eso tuve que ir temprano por la mañana para abrirle la puerta. Pero todo es otra cuestión. Necesito que suba a casa de mi tío enseguida.

—¿Está enfermo? —inquirió el sacerdote.

—Creo que está muerto —contestó el sobrino.

—¿Qué quiere decir con esto de que cree que está muerto? —preguntó el padre Brown vivamente—. ¿Ha llamado al médico?

—No —contestó el otro—. No tengo ni médico ni paciente… No sirve de nada llamar al médico para examinar el cadáver, porque el cadáver se ha ido… Pero me figuro que sé adónde; la verdad es que hemos ocultado el hecho durante dos días… pero ha desaparecido.

—¿No sería mejor —dijo el padre Brown suavemente— que me contara desde el principio lo que en realidad ha sucedido?

—Sé —contestó Henry Sand— que es una infernal desvergüenza hablar con tanta locuacidad acerca del pobre hombre, pero la gente hace esto cuando está… No soy a propósito para ocultar cosas; para decirlo en una palabra…, no quiero prolongarlo más tiempo. Es lo que la gente llamaría disparar al aire, arrojando sospechas al azar, pero creo que mi tío se ha suicidado.

Durante todo este tiempo cruzaron en automóvil las últimas alineaciones de la ciudad, las primeras franjas de bosques y después el parque; las puertas de la cerca del pequeño dominio de sir Hubert Sander estaban alrededor de media milla más lejos, en medio de la espesa arboleda. Este dominio consistía, principalmente, en un pequeño parque y un amplio jardín ornamental, el cual descendía en terrazas, de una cierta pompa clásica, hasta la misma orilla del principal río del distrito. Así que llegaron a la casa, Henry condujo al sacerdote apresuradamente a través de las antiguas salas georgianas para salir al otro lado de la misma, desde donde descendieron en silencio la pendiente, más bien una escalonada pendiente, con terraplenes de flores, desde la cual se podía ver el pálido río extenderse. Estaban justamente doblando una curva del sendero, bajo una enorme urna clásica con una guirnalda de geranios, un tanto incongruentes, cuando el padre Brown vio moverse algo entre la maleza y los esbeltos árboles, al pie de la cuesta, con la rapidez de pájaros asustados.

En la maraña formada por aquellos árboles junto al río dos figuras parecían separarse o dispersarse; una de ellas se deslizó ligera en la sombra, y la otra vino hacia ellos. Quedaron en un quieto y brusco silencio casi inexplicable. Después Henry Sand dijo con la voz grave de costumbre:

—Creo que ya conoce al padre Brown…, lady Sand.

El padre Brown la conocía, pero en aquel momento casi pudo haber dicho que no la conocía; la palidez y la contrición de su rostro eran como una máscara de tragedia; indudablemente mucho más joven que su marido, en aquel instante parecía mucho más vieja que cualquier cosa de aquel viejo caserón. Y el sacerdote recordaba, con un estremecimiento inconsciente, que era, en realidad, más vieja en tipo y en linaje. Y la verdadera propietaria de aquel lugar. Su familia lo poseía como aristócratas empobrecidos antes de que ella hubiera restaurado su fortuna casándose con un próspero hombre de negocios. De ese modo permaneció allí, como si hubiese sido un retrato de familia o un espíritu familiar. Su cara pálida era puntiaguda y ovalada, como la que se ve en algunos retratos de María, reina de Escocia, y su expresión pareció haber excedido la natural anormalidad de la situación, en la cual su esposo había desaparecido bajo la sospecha de un suicidio. El padre Brown,

con la misma subconsciente agitación de espíritu, se preguntaba con quién habría estado hablando la dama entre los árboles.

—Le supongo enterado de estas horribles noticias —dijo con desasosiego—. ¡Pobre Hubert! Toda esa persecución revolucionaria lo debió abatir hasta el punto de enloquecerlo y quitarle la vida. No sé si usted puede hacer algo, ni si a esos horribles bolcheviques puede hacérseles responsables de haberlo obligado a darse muerte.

—Estoy terriblemente afligido, lady Sand —dijo el padre Brown—. Y aun debo confesarle que un poco desconcertado. Usted habla de persecución; ¿cree usted que alguien pudo inducirle a darse muerte solo con fijar un papel en la pared?

—Me imagino —dijo la dama con gesto sombrío— que había otras persecuciones además del papel.

—Esto muestra los errores que uno comete —dijo tristemente el sacerdote—. Nunca me hubiese imaginado que él fuera tan poco lógico como para quitarse la vida queriendo evitar la muerte.

—Ya sé —contestó ella mirándolo gravemente—. Nunca lo hubiera creído tampoco si no lo hubiera escrito con su propia mano.

—¿Qué? —gritó el padre Brown dando un pequeño salto, como el de un conejo al que se le ha disparado.

—Sí —dijo lady Sand con calma—. Dejó una carta confesando que se suicidaba; así es que me temo que no haya duda acerca de esto. —Y pasó ante ellos subiendo por la pendiente, sola, con la inviolable soledad del espectro familiar.

Los lentes del padre Brown se volvieron con muda inquisición hacia los anteojos del señor Henry Sand. Y este caballero, después de un instante de vacilación, habló otra vez con su manera acostumbrada, encubierta y precipitada:

—Ya ve usted, ahora aparece enteramente claro lo que él hizo. Fue siempre un gran nadador y tenía costumbre de bajar en bata cada mañana para tomar un baño en el río. Ahora bien, bajó como todos los días, y se quitó la bata; todavía está allí. Pero también dejó un mensaje diciendo que iba a tomar su último baño y después a morir o algo parecido.

—¿Dónde dejó el mensaje? —preguntó el padre Brown.

—Lo garrapateó en aquel árbol suspendido sobre el agua. Debió de ser la última cosa a que se agarró; al pie del árbol estaba tirada la bata. Venga, véalo usted mismo.

El padre Brown descendió el último tramo de la pendiente hacia la orilla y se asomó al árbol colgado, cuyas ramas se bañaban en la corriente. Vio en la lisa corteza las palabras, como arañadas, claras y evidentes: «Nadar una vez más y después ahogarse. Adiós. Hubert Sand». El padre Brown siguió con la mirada la corteza hasta que se detuvo en un curioso harapo, rojo y amarillo, con doradas borlas. Era la bata en cuestión. El sacerdote la recogió y empezó a darle vueltas entre sus manos. Mientras hacía esto tuvo la casi certeza de que una figura había cruzado su campo visual. Una figura alta y oscura que se deslizó de un grupo de árboles a otro, como si siguiera los pasos de la desaparecida dama. No dudó de que era el compañero del cual se había separado aquella últimamente. Y pensó que debía de ser el secretario del muerto, el señor Rupert Rae.

—Claro está que tuvo que haber una segunda intención al dejar el mensaje —dijo el padre Brown sin levantar la vista, examinando el rojo y dorado vestido—. Todos hemos oído hablar de mensajes de amor escritos en los árboles; y supongo que habrá mensajes de muertos escritos también en los árboles.

—No debía de tener nada en los bolsillos de la bata, supongo —afirmó el joven Sand—. Y un hombre, naturalmente, ha de grabar sus mensajes en un árbol si no tiene pluma, tinta o papel.

—Parece un ejercicio de francés —repuso el sacerdote tristemente—. Pero no pensaba en eso ahora.

Después de un silencio dijo con voz más bien alterada:

—A decir verdad, estaba pensando que un hombre que tenga montones de plumas, litros de tinta y resmas de papel ha de grabar, forzosamente, su mensaje en un árbol.

Henry lo miró con aire asustado, con los anteojos torcidos sobre su roma nariz.

—Y ¿qué es lo que quiere decirme con eso? —preguntó agriamente.

—Pues bien —dijo el padre Brown lentamente—. No quiero decir precisamente que el cartero lleve las cartas en forma de leños o que usted mande unas líneas a un amigo pegando un sello en un piano. Debió de existir una situación especial, o mejor, debió de haber una persona que prefería, en realidad, este medio arbóreo de correspondencia. Pero dadas la situación y la persona, repito lo que he dicho. Él escribiría en un árbol, aunque, como dice la canción, toda la tierra fuera papel y todo el mar fuera tinta, aunque este río rebosara de tinta inacabable y estas arboledas fueran bosques de plumas de ganso o estilográficas.

Era evidente que Sand percibió que algo se escurría por debajo de la fantástica imaginación del clérigo; ya porque lo encontrara incomprensible, ya porque empezara a comprenderle.

—Vea usted —dijo el padre Brown volviendo la bata del revés con lentitud mientras hablaba—, no se puede esperar que un hombre escriba con su mejor buena letra cuando araña un árbol. Y si el hombre no era el hombre… Creo que me explico con claridad… ¡Hola!

Estaba mirando la bata roja, y por un momento pareció como si algo rojo hubiese pasado a sus dedos mordiéndoles; los rostros de ambos palidecieron ligeramente.

—Sangre —dijo el padre Brown. Durante un instante reinó un silencio profundo; solo se oían los melodiosos ruidos del río.

Henry Sand despejó su garganta y sus narices con ruidos que no tenían nada de melodiosos. Después dijo con voz ronca:

—¿Sangre de quién?

—¡Oh, mía! —dijo el padre Brown, y no sonrió.

Un momento después dijo:

—Había un alfiler en esta bata y me he pinchado. Pero no creo que usted haya apreciado la punta…, la punta del alfiler como yo. —Y chupó su dedo como un niño—. Vea usted —dijo después de otro silencio—; la bata estaba plegada y prendidos los pliegues con un alfiler; nadie podía desplegarla sin arañarse. Hablando claro, Hubert Sand nunca llevó puesta esta bata. Como tampoco escribió en el árbol ni pudo ahogarse en el río.

Los anteojos colocados sobre la interrogadora nariz de Henry saltaron de ella y él se quedó perplejo y rígido de sorpresa.

—Lo cual nos lleva a estudiar de nuevo —continuó el padre Brown animadamente— la marcada afición que cierta persona siente por escribir su correspondencia privada en los árboles, como Hiawatha y sus escrituras con figuras. Sand, dondequiera que se encontrase, dispuso de algún tiempo antes de ahogarse. ¿Por qué no dejó una nota a su esposa, como un hombre cuerdo? O diremos: ¿por qué el otro individuo no dejó una nota para la esposa, como un hombre cuerdo? Porque hubiera tenido que imitar la letra del marido, una astucia por la cual los expertos sienten tanta curiosidad. Pero no puede esperarse que nadie imite ni aun su propia escritura, y no hablemos de la de otro cualquiera, cuando graba letras mayúsculas en la corteza de un árbol. Esto no es un suicidio, señor Sand. Es otra cosa muy distinta: es un asesinato.

Los helechos y las matas se movieron, crujiendo, cuando el joven salió de ellos como un leviatán amenazado, con su grueso cuello hacia delante.

—No soy hombre para ocultar las cosas —dijo—. Yo casi llegué a sospechar algo así; lo esperaba, usted perdone, hacía mucho tiempo. Si he de serle franco, apenas simpatizaba con ese sujeto… en realidad, con ninguno de los dos.

—¿Qué quiere usted decir en concreto? —preguntó el sacerdote, mirándolo de lleno a la cara.

—Quiero decir —dijo Henry Sand— que usted me ha mostrado el asesinato, y creo que yo podré mostrarle a los asesinos.

El padre Brown se mantuvo en silencio mientras el otro continuaba atropelladamente:

—Dijo usted que las gentes suelen escribir mensajes de amor en los árboles. En efecto, hay algunos en estos árboles; hay dos clases de monogramas entrelazados allí, bajo las hojas… Supongo que ya sabe que lady Sand era la heredera de esta casa antes de casarse, y ya por aquel tiempo conocía a ese maldito petimetre de secretario. Presumo que solían encontrarse aquí y escribir sus juramentos sobre esos árboles novelescos. Más tarde parece que usaron estos mismos árboles para otros propósitos. Sentimentales, no hay duda, o económicos.

—Deben de ser una gente atroz —dijo el padre Brown.

—¿No han existido gentes perversas en la historia de los sucesos policíacos? —preguntó Sand algo excitado—. ¿No han existido amantes que han hecho del amor algo más horrible que el odio? ¿No recuerda a Bothwell y todas las sangrientas leyendas de aquellos amores?

—Conozco la leyenda de Bothwell —contestó el sacerdote—, y sé también que es una completa leyenda. Pero es verdad que los maridos han sido algunas veces suprimidos de un modo parecido. A propósito, ¿dónde ha sido suprimido? Quiero decir, ¿dónde han escondido el cadáver?

—Supongo que lo ahogaron o lo arrojaron al agua después de muerto —replicó el joven con impaciencia.

El padre Brown pestañeó, pensativo, y después dijo:

—Un río es un buen sitio para ocultar un cadáver imaginario. Es un mal sitio para ocultar un cadáver real. Quiero decir que es fácil decir que se ha arrojado a él porque debe ser arrastrado hacia el mar. Pero si realmente se arrojó al río, solo una vez de cada ciento sucede eso; la probabilidad de ser arrojado a la orilla en cualquier punto es enorme. Creo que deben de haber tenido algún modo mejor de esconder el cadáver o este hubiera sido encontrado ya. Y si hubiesen aparecido señales de violencia…

—¡Oh! Molestarse en esconder el cadáver —dijo Henry con irritación—; ¿no tenemos testimonio suficiente con lo escrito en ese endiablado árbol?

—El cuerpo es el principal testimonio de todo asesinato —respondió el otro—. De cada diez veces, nueve el problema práctico por resolver es ocultar el cadáver.

Hubo un silencio. El padre Brown continuó dándole vueltas a la bata roja, y la extendió sobre el brillante césped de la soleada orilla. No levantó la vista. Pero hacía tiempo que tenía tal conciencia de que todo el paisaje había cambiado para él por la presencia de un tercero, que se mantenía tan inmóvil como una estatua del jardín.

—A propósito —dijo bajando la voz—, ¿cómo se explica usted la presencia de aquel espantajo del ojo de vidrio que trajo una carta para su pobre tío? Me pareció muy excitado al leerla; por eso no me sorprendió lo del suicidio cuando creía que lo era. O mucho me equivoco o aquel mozo era un vulgar detective particular.

—Porque —dijo Henry excitándose—, porque él debía ser… Los maridos confían a veces sus tragedias domésticas a detectives como ese, ¿no cree? Supongo que obtuvo la prueba de su intriga, y así ellos…

—No debemos hablar tan alto —dijo el padre Brown—, porque su detective está vigilándonos en este momento desde una yarda más allá de la maleza.

Miraron hacia allí y, en efecto, el duende de ojos de cristal los estaba observando con su desagradable óptica, apareciendo más grotesco aún de pie bajo el blanco y risueño florecer del jardín clásico.

Henry Sand se irguió de nuevo con una rapidez que parecía sofocante para uno de su corpulencia. Preguntó al hombre con enfado y brusquedad qué estaba haciendo, y le ordenó que se marchara enseguida.

—Lord Stanes —dijo el duende del jardín— quedaría muy obligado si el padre Brown quisiera subir a la casa para entrevistarse con él.

Henry Sand se volvió furioso pero el sacerdote atribuyó su furia a la antipatía existente entre él y el noble en cuestión. Mientras subía la cuesta, el padre Brown hizo una pausa, como si trazara signos en la lisa corteza de los troncos, miró hacia arriba otra vez, a los oscuros y ocultos jeroglíficos considerados como el récord de lo romántico, y después se fijó en las anchas y abiertas letras de la confesión o supuesta confesión del suicidio.

—¿Le recuerdan algo estas letras? —preguntó, y cuando su obstinado compañero movió la cabeza, añadió—: A mí me recuerdan la escritura de aquel aviso con la amenaza de los huelguistas.

—Este es el enigma más difícil y la más extraña historia con que he tropezado en mi vida —dijo lord Stanes en el cuarto recién amueblado del último piso de la casa número 188, terminado antes del interregno entre la fecha de la disputa industrial y la del traspaso de las obras que efectuaban las Trade Unions.

Lord Stanes se encontraba cómodamente sentado entre vasos de *grog* y humo de cigarros cuando el sacerdote hizo su confesión. Lord Stanes se había vuelto sorprendentemente cordial, pero de un modo casual y frío.

—Ya sé que es mucho afirmar teniendo en cuenta su récord —dijo Stanes —; pero, ciertamente, los detectives, incluyendo a nuestro encantador amigo, el del ojo de cristal, no parece que sean capaces de ver la solución.

El padre Brown dejó su cigarrillo y dijo enfáticamente:

—No es que no puedan ver la solución. Es que no pueden ver el problema tampoco.

—Verdaderamente —dijo el otro—, quizá sea que yo tampoco puedo ver el problema.

—El problema es distinto de los otros problemas por esa razón —dijo el padre Brown—. Parece como si el criminal hiciera dos cosas distintas y dispares pudiendo triunfar en cualquiera de las dos; pero ambas cosas hechas conjuntamente, la una hace fracasar a la otra. Presumo, y lo creo firmemente, que el mismo asesino clavó la proclama amenazada con una especie de asesinato bolchevique y escribió en el árbol confesando un suicidio corriente. Ahora bien, se podría afirmar que la proclama era una proclama proletaria; que algunos extremistas quisieron matar a su amo, y hasta que lo hicieron. Pero aun siendo esto verdad, permanecería en el misterio el porqué ellos lo dejaron, o por qué alguien lo dejó, en el camino opuesto de la autodestrucción. Pero ciertamente no es verdad. Ninguno de esos obreros, por malo que sea, hubiese hecho una cosa así. Los conozco bien y también a sus cabecillas. Suponer que gentes como Hogan o Tom Bruce quisieran asesinar a alguien a quien podían combatir en los periódicos y perjudicar de muy diversos modos, es de una psicología a la cual las personas sensatas llamarían lunatismo. No; hubo alguien que no era un obrero indignado, que fue el primero en hacer el papel de obrero indignado y después de amo suicida. Pero ¿por qué? Si pensó que podía hacerlo pasar tan llanamente como un suicidio, ¿por qué lo echó a perder, desde el principio, publicando una amenaza de muerte? Usted puede objetar que fue una idea ulterior presentarlo como una historia de suicidio, menos llamativa que una historia de asesinato. Pero no era menos llamativa después de la historia del crimen. Es muy probable que

se diera cuenta de que había orientado nuestras ideas hacia el asesinato, cuando su total propósito era, precisamente, mantenernos apartados de ellas. Si fue un segundo pensamiento era el segundo pensamiento de una persona muy pensativa. Y tengo la convicción de que el asesino es una persona muy pensativa. ¿Puede usted interpretarlo de otro modo?

—No; pero veo lo que quiere usted insinuar —dijo Stanes— cuando dice que no ha visto el problema. No es solamente quién mató a Sand; es por qué alguien ha acusado a otro hombre de haber matado a Sand y después acusa a Sand de haberse matado.

El rostro del padre Brown estaba intrigado y su cigarro colgaba de sus labios. El extremo de este se iluminaba y se oscurecía rítmicamente, como la señal de alguna ardiente pulsación. Después habló como si fuera consigo mismo.

—Hemos de seguirlo de cerca y claramente. Es como destrenzar un pensamiento o algo así. Porque la acusación de asesinato destruye, en realidad, la acusación de suicidio; él no hubiera hecho normalmente una acusación de asesinato. Pero la hizo; luego tuvo una razón para hacerlo. Era una razón tan fuerte que incluso le llevó a debilitar su otra línea de defensa: que era un suicidio. En otras palabras: la acusación de asesinato no era una acusación de asesinato. Quiero decir que no la usaba como tal, y no lo hacía para cargar sobre algún otro la culpabilidad de asesinato. La hacía por alguna otra razón propia. Su plan contenía un aviso de que Sand sería asesinado, lanzara o no sospechas sobre otras gentes. De una manera u otra el aviso era necesario. Pero ¿por qué?

Durante cinco minutos permaneció fumando y avivando con el aire de sus pulmones la volcánica concentración de humo de su cigarro; después habló:

—¿Qué podía hacer más el aviso de muerte aparte de hacer creer que los huelguistas eran asesinos? ¿Por qué lo hizo? Una cosa está clara: hizo inevitable lo contrario de lo que dijo. Le aconsejó que no despidiera a sus hombres y era tal vez la única cosa en el mundo que hubiera querido que hiciese. Había que pensar en la clase de persona y en la clase de reputación. Cuando un hombre ha sido llamado el Hombre Fuerte en nuestros estúpidos y sensacionalistas periódicos, cuando está profundamente considerado como un deportista por los más distinguidos ases de Inglaterra, no puede retroceder porque haya sido amenazado con una pistola. Hubiese sido como pasearse por Ascot con una pluma blanca en un absurdo sombrero blanco. Hubiese roto el ídolo interior, o el ideal de sí mismo, que todo hombre que no sea un desarraigado cobarde prefiere a su propia vida. Y Sand no era un cobarde; era

valiente y hasta impulsivo. Actuó instantáneamente de un modo maravilloso, y su sobrino, que había estado más o menos mezclado con los obreros, gritó en el acto que la amenaza debía ser, absoluta e inmediatamente, desafiada.

—Sí —dijo lord Stanes—. Ya me di cuenta.

Se miraron el uno al otro por un momento y después Stanes añadió:

—Así, usted cree que lo que realmente quería…

—¡El *lock-out*! —gritó el sacerdote enérgicamente—. La huelga, o como quiera usted llamarla; el paro, en una palabra. Quería que cesara el trabajo enseguida; o que vinieran enseguida los *blacklegs*. Es decir, expulsar a los tradeunionistas. Esto es lo que evidentemente deseaba. Solo Dios sabe por qué. Y se desembarazó de ellos realmente sin preocuparse, creo yo, de las otras complicaciones que la existencia de asesinos bolcheviques podían producir. Pero después… Después, creo que algo no marchó bien. Solo estoy tratando de adivinar andando a tientas. Pero la única explicación que se me ocurre es algo que empezó a encauzar mi atención hacia el fondo real del conflicto: al motivo que le impulsaba a querer que los trabajos se suspendiesen en el edificio. Más tarde, desesperado y casi inconscientemente, trató de tender la otra pista, la que conducía al río, simple y únicamente porque alejaba del edificio.

Miró a través de sus gruesos lentes, absorbiendo todas las cualidades y detalles del fondo y del moblaje; el lujo discreto de un hombre de mundo, en contraste con las dos maletas que su propietario había llevado al novísimo y desamueblado piso. Después dijo:

—En resumen, el asesino se sentía atemorizado por algo o por alguien en los pisos de la casa. A propósito, ¿por qué vino usted a vivir a este piso?… Refiriéndose a este hecho, el joven Henry me dijo que usted le había citado temprano cuando se mudó aquí. ¿Es verdad?

—No, en absoluto —repuso Stanes—. Obtuve la llave de manos de su tío la noche antes; no tengo idea de por qué Henry vino aquí aquella mañana.

—¡Ah! —dijo el padre Brown—. Entonces creo que tengo una idea de por qué vino… Pensé que usted lo había sorprendido entrando en el preciso momento que él salía.

—Estoy por decir —manifestó Stanes mirándolo con cierto brillo en sus ojos de un verde gris— que usted piensa que yo soy también un misterio.

—Pienso que es usted dos misterios —dijo el padre Brown—. El primero por qué usted al principio se retiró de los negocios de Sand. El segundo por qué después ha vuelto para vivir en el edificio de Sand.

Stanes fumó reflexionando, sacudió la ceniza y, a la vez que apretaba el botón del timbre que había en la mesa, dijo:

—Perdone. Llamaré a dos más a consejo. Jackson, el pequeño detective que usted conoce ya, se presentará a la llamada. Y he rogado a Henry Sand que viniera un poco más tarde.

El padre Brown se levantó de la silla, atravesó la sala y miró, frunciendo el ceño, dentro del hogar.

—Entretanto —continuó Stanes— no tengo inconveniente en contestar a ambas preguntas. Dejé los negocios de Sand porque estaba seguro de que había alguien aprovechado en ellos, y que ese alguien se quedaba con el dinero. Volví y ocupé este piso porque quería descubrir sobre el terreno la verdad acerca de la amenaza de muerte de Sand.

El padre Brown se volvió al entrar el detective y luego permaneció mirando el felpudo del hogar y repitiendo «sobre el terreno».

—El señor Jackson le dirá —dijo Stanes— que sir Hubert le comisionó para encontrar al ladrón que robaba en la empresa; y trajo una nota de sus descubrimientos el día de la desaparición del viejo Hubert.

—Sí —afirmó el padre Brown—, y yo sé ahora dónde desapareció. Sé dónde está el cadáver…

—Quiere usted decir que… —exclamó su huésped.

—Está aquí —exclamó el padre Brown, y golpeó sobre el felpudo del hogar—. Aquí, debajo de este elegante felpudo persa, en esta cómoda habitación.

—Pero ¿cómo diablos lo encontró?

—Acabo de recordar —dijo el padre Brown— que lo encontré en mis sueños.

Cerró los ojos, como tratando de reproducir el sueño, y continuó:

—Esta es la historia de un crimen en la que todo el problema se reduce a cómo esconder el cadáver, y lo encontré durmiendo. Siempre me despertaba, cada mañana, el martilleo en la edificación. Aquella mañana medio me desperté y volví a dormirme, para despertar luego suponiendo que ya sería tarde; pero no lo era. ¿Por qué? Porque había habido martilleo aquella mañana, aunque todo el trabajo había cesado brevemente; un martilleo apresurado en las primeras horas de la madrugada. Automáticamente, a un hombre que duerme le despierta ese sonido familiar. Pero vuelve a dormirse porque el ruido usual no es a una hora usual. Ahora bien, ¿por qué un misterioso criminal quería que cesase el trabajo de pronto y vinieran nuevos obreros? ¿Por qué? Pues porque si los antiguos obreros hubieran venido al día

siguiente, hubiesen encontrado que durante la noche se había realizado una nueva parte de las obras. Los antiguos obreros sabían cómo las dejaron y se hubiesen encontrado con que el nuevo pavimento de esta sala había sido colocado del todo. Clavado por un hombre que sabía cómo hacerlo, que se había mezclado mucho con los obreros, aprendiendo sus procedimientos.

Mientras hablaba así, la puerta se abrió, y asomó una cabeza confiada, una cabeza pequeña al extremo de un grueso cuello y un rostro que pestañeaba a través de los lentes.

—Henry Sand afirmó una vez —observó el padre Brown mirando al techo — que no era hombre para ocultar nada. Pero creo que cometió una injusticia consigo mismo.

Henry Sand se volvió y huyó por el pasillo.

—No solo ocultó sus robos en los negocios con entero éxito durante años —continuó el clérigo, con aire distraído—, sino que cuando su tío los descubrió, ocultó su cadáver de una manera enteramente nueva y original.

Al mismo tiempo Stanes tocaba el timbre con un largo y estridente sonido; y el hombrecillo del ojo de cristal se lanzaba a lo largo del corredor detrás del fugitivo, con algo de la rotatoria idea de una figura mecánica de zootropo. Y el padre Brown miró por la ventana, inclinado sobre un pequeño repecho, y vio que cinco o seis hombres salían de detrás de los matorrales y de las rejas, vociferando y abriéndose también mecánicamente, como un abanico, detrás del fugitivo que había pasado como una bala por la puerta principal. El padre Brown vio solo el molde de la historia que nunca había salido de aquella habitación. Donde Henry había estrangulado a Hubert y ocultado su cadáver bajo el impenetrable pavimento, paralizando todo el trabajo en el edificio para poder hacerlo. Un pinchazo había iniciado las sospechas; pero solo para decirle que había sido conducido a la larga escapatoria de una mentira. La punta de un alfiler fue lo puntiagudo.

Se imaginó que había entendido a Stanes al fin y le gustaba coleccionar gentes extrañas difíciles de entender. Descubrió que este cansado caballero, a quien una vez había acusado de tener sangre verde, poseía en verdad una especie de fría llama verde de concienzudo o convencional honor que le hizo primeramente abandonar un oscuro negocio y después sentirse avergonzado de haberlo abandonado a otro. Y volvió como un obstinado y laborioso detective, estableciendo su campo en el mismo terreno donde el cadáver había sido enterrado. De esta manera el asesino, al encontrarlo husmeando tan cerca del cadáver, tuvo que decidirse por el drama de la bata y el ahogado. Todo estaba claro, pero antes de dejar el aire de la noche y las estrellas, el padre

Brown lanzó una mirada hacia el vasto bloque oscuro del ciclópeo edificio, altísimo en la noche, y se acordó de Egipto y Babilonia y de todo lo que es a la vez eterno y efímero en el trabajo del hombre.

—Tenía razón cuando al principio decía: «Me recuerda un poema de Coppée acerca del faraón y la pirámide». Esta casa está construida para ser un centenar de casas y toda la montaña del edificio es solamente la tumba de un hombre.

EL PROBLEMA INSOLUBLE

Este extraordinario incidente, en algún sentido quizá el más extraño de cuantos le habían sucedido, le ocurrió al padre Brown por aquel tiempo en que su amigo el francés Flambeau se había retirado de la profesión del crimen para entrar con gran energía y éxito en la profesión de investigadores del crimen. Coincidían ambos, ladrón y atrapador de ladrones, en la persona de Flambeau, que se había especializado en materia de robos de joyas, y en la cual se le consideraba un experto, no solo en la identificación de joyas, sino en la identificación de ladrones de joyas. Y en conexión con este especial conocimiento del asunto y con una comisión especial que se le había escapado, una determinada mañana llamó al sacerdote y empezó entonces esta historia. El padre Brown se mostró muy complacido de oír la voz de su viejo amigo, hasta por teléfono, pero en general y especialmente en ese preciso momento el padre Brown no estaba muy prendado del teléfono. Era una de esas personas que prefieren observar la cara de las gentes y percatarse de la atmósfera social en que se mueven, y sabía bien que sin estas cosas los mensajes verbales son muy propensos a desorientar, especialmente cuando proceden de desconocidos. Y parecía como si en aquella determinada mañana un enjambre de completos desconocidos hubiesen estado zumbando en sus oídos mensajes verbales más o menos aclaratorios; el teléfono parecía estar poseído por el demonio de la trivialidad. Tal vez la voz más distinta fue una preguntándole si había o no extendido unos permisos para asesinar y robar mediante el pago de una regular tarifa de precios colgada en las paredes de su iglesia; y cuando el desconocido fue informado de que no había tal cosa, cortó el coloquio con una risa hueca que hacía presumir que no quedaba convencido. Después una inquieta o inconsecuente voz de mujer lo llamó requiriéndolo para que fuera enseguida a cierto hotel del que él había oído decir que se encontraba a unas cuarenta y cinco millas, en la carretera de la vecina ciudad, donde estaba la catedral más próxima; el ruego fue seguido inmediatamente por la contradicción de la misma voz, inquieta y más inconsecuente todavía, diciendo que no importaba que fuese porque ya no era necesario. Después vino el intermedio de una agencia periodística preguntándole sí tenía algo que decir a propósito de lo que una actriz del cinema había dicho sobre los bigotes de los hombres y, finalmente, una tercera llamada de la inquieta e inconsecuente dama del hotel insistiendo en

que se le necesitaba, a pesar de todo. Supuso vagamente que todo aquello denotaba alguna de las excitaciones y pánicos nada raros que se producen en los que andan a la deriva buscando direcciones en la lista. Pero confesaba que le alivió considerablemente oír la voz de Flambeau por encima de toda la serie de llamadas, con el cordial aviso de que iba inmediatamente a tomar el almuerzo con él.

El padre Brown prefería charlar con un amigo, sentado cómodamente y fumando una pipa, pero se dio cuenta pronto de que su visitante venía en son de guerra, lleno de energía y con la sana intención de llevarse cautivo al pequeño cura a alguna importante expedición de las suyas. Es verdad que aquel asunto estaba envuelto en una especial circunstancia, la cual se suponía había de llamar la atención del sacerdote. Últimamente Flambeau había intervenido con éxito evitando el robo de célebres piedras preciosas. Había devuelto la corona de la duquesa de Dulwich arrebatándola de las mismas manos del bandido en el momento en que este cruzaba el jardín como una flecha. Preparó una tan ingeniosa trampa para el criminal que planeaba llevarse el celebrado zafiro Necklace, que el artista en cuestión se llevó la imitación que él mismo tenía preparada para dejarla en el lugar de la auténtica.

Estas eran las razones por las cuales había sido nombrado para custodiar una distinta clase de tesoro; tal vez valiosísimo por sus meros materiales, pero que poseía también otro valor. Un relicario famoso en el mundo entero, en el que había una reliquia de santa Dorotea, mártir, que iba a ser entregada a un monasterio católico de la ciudad episcopal; y se suponía que un ladrón internacional tenía puestos sus ojos en aquel. Más presumible por el oro y los rubíes de su orfebrería que por su pura importancia hagiográfica. Algo en su asociación de ideas movía a Flambeau a creer que el sacerdote sería particularmente apropiado como compañero en esta aventura. Sea como sea, fue hacia él respirando fuego y ambición, muy voluble acerca de sus planes para prevenir el robo.

Flambeau se acercó al sacerdote como un gigante y en la vieja y fanfarrona actitud del mosquetero, retorciéndose sus grandes bigotes.

—No puede usted —decía, refiriéndose a las sesenta millas hasta Canterbury—, no puede permitir un robo sacrílego como este, así, ante sus propias narices.

La reliquia no llegaría al monasterio hasta el atardecer, y los que la custodiaban no tenían necesidad de llegar antes. En realidad, el viaje en automóvil les llevaría la mayor parte del día. Además, el padre Brown

recordó que casualmente había una posada en la carretera en la cual le gustaría almorzar, ya que le habían rogado que fuera allí lo más pronto posible; esto era lo conveniente. Mientras cruzaban el paisaje de espesos bosques y de población tan dispersa que las ventas y edificaciones se hacían cada vez más raras, la luz del día empezó a tomar el color de un crepúsculo tormentoso a pesar del ardor del mediodía, y nubes de oscura púrpura se amontonaban sobre las grises y oscuras arboledas. Y en la lúgubre quietud de esta luz, el color difundido en el paisaje ganaba cierta incandescencia que le venía de sí mismo, como no se da jamás bajo la plena luz del sol, y hojas, doradas, rojas y anaranjadas parecían arder en su propio fuego oscuro. Y en esa media luz rompieron la gran pared gris de los bosques, como desgarrándola, y vieron más allá del límite de la rotura la posada alta y de aspecto extranjero que mostraba el nombre de «El Dragón Verde».

Los dos viejos compañeros habían llegado muchas veces juntos a posadas y otras especies de habitaciones humanas, encontrando singulares estados de cosas; pero los signos de singularidad raramente se habían manifestado tan pronto, porque mientras su coche estaba aún a algunos cientos de yardas de la puerta verde oscuro que hacía juego con los postigos del mismo color en el alto y estrecho edificio, aquella se abrió de par en par con violencia y una mujer de rojo cabello desordenado se lanzó a su encuentro como si fuera a acometer al automóvil en plena carrera. Flambeau frenó para detenerse, pero, antes de hacerlo, ella pasó su pálido y trágico rostro por la ventanilla, diciendo:

—¿Es usted el padre Brown? —Y después, casi con el mismo tono de voz —: ¿Quién es este hombre?

—Este caballero se llama Flambeau —repuso el padre Brown tranquilamente—. ¿Qué desea de mí?

—Entre en la posada —contestó con extraordinaria brusquedad la mujer, posiblemente más allá de lo que requerían las circunstancias—. Ha habido un asesinato.

Bajó del coche en silencio y la siguió hacia la puerta verde gris que se abría hacia dentro y daba a una especie de calle verde oscura formada con estacas y pilares de madera, con parras y hiedras entrelazadas mostrando hojas en negro, rojo y muchos colores sombríos. Esta conducía a otra puerta interior, hacia una especie de largo recibidor con rústicos trofeos de caballería. El mobiliario era antiguo y en la estancia reinaba una gran confusión, como si en realidad se tratase de un cuarto de desahogo. Se asustaron, porque pareció como si uno de los trastos se levantara para ir hacia

ellos; tal era de empolvado, raído y torpe el hombre que así abandonaba lo que parecía un estado permanente de inmovilidad.

Y cosa extraña, el hombre mostró cierta agilidad y cortesía una vez que hubo puesto en movimiento, sugiriendo, como lo hacía, los barrotes de madera de una cortesana escalera de mano o la gualdrapa de un caballo. Ambos, Flambeau y el padre Brown, tuvieron la impresión de que nunca había puesto los ojos en un hombre tan difícil de emplazar. No era lo que se llama un caballero, pues tenía algo del empolvado refinamiento de un escolar, y había algo débilmente irrefutable o *declassé* en él y aún olía a libresco como un bohemio. Era delgado y pálido, con una puntiaguda nariz y una negra barba en punta; la frente era calva, pero su cabello largo por detrás, liso y como fibroso. La expresión de sus ojos estaba casi enteramente disimulada por un par de lentes azules. El padre Brown tuvo la sensación de que había visto algo así en alguna parte, hacía mucho tiempo, pero no pudo encontrar un nombre que lo precisara. El trasto estaba sentado en otro trasto ampliamente literario; concretamente, un montón de folletos y libelos del siglo XVII.

—¿Entendimos bien a la señora —preguntó Flambeau con gravedad— cuando dijo que ha habido un asesinato aquí?

La señora afirmó con su roja y alborotada cabeza. Excepto en sus desordenados y flamígeros cabellos, en lo demás había perdido aquel aire furioso; su vestido negro era de una cierta dignidad y elegancia. Sus facciones eran fuertes y hermosas y algo había en ella que sugería la doble fortaleza, de cuerpo y de alma, que hace a las mujeres poderosas, particularmente en contraste con hombres como aquel de las gafas azules. No obstante, fue él quien dio la única respuesta articulada, interviniendo con cierta añeja galantería.

—Es verdad que mi desgraciada cuñada —explicó— ha sufrido el más aterrador golpe, que todos hubiéramos deseado evitarle. Hubiera preferido haber sido yo mismo el que hubiese hecho el descubrimiento y sufrir solo la ulterior aflicción de dar la terrible noticia. Desgraciadamente, fue la propia señora Flood quien encontró a su anciano abuelo, ya hacía tiempo enfermo y postrado en cama, muerto en el jardín de este hotel, en circunstancias tales que hacen suponer que ha habido violencia y asalto. Curiosas circunstancias, puede decirse; muy curiosas circunstancias en verdad.

Y tosió ligeramente como si se excusara por ellas.

Flambeau se inclinó hacia la señora y le expresó su simpatía; después dijo al hombre:

—Me pareció, señor, que usted era el cuñado de la señora Flood.

—Soy el doctor Oscar Flood —replicó el otro—. Mi hermano, el esposo de esta señora, está en la actualidad de viaje en el continente, obligado por sus negocios, y ella dirige el hotel. Su abuelo estaba parcialmente paralítico y tenía mucha edad. No se sabía que nunca hubiera salido de su dormitorio; así es que las extraordinarias circunstancias…

—¿Ha llamado al médico y a la policía? —preguntó Flambeau.

—Sí —replicó el doctor Flood—, llamamos después del horrible descubrimiento, pero no podrán llegar antes de algunas horas. Esta posada está tan apartada… Solo acuden a ella gentes que van a Canterbury o más allá. Por eso solicitamos su valiosa asistencia hasta…

—Si podemos prestar alguna —dijo el padre Brown abstraído hasta parecer incivil—. Haríamos mejor en ir a ver las circunstancias enseguida.

Se dirigió hacia la puerta y casi tropezó con un hombre que estaba de espaldas. Un grueso y fornido joven con el cabello negro, descuidado, sin peinar. Sin embargo, hubiera podido parecer hermoso a no ser por la ligera desfiguración de uno de sus ojos, la cual le daba apariencia siniestra.

—¿Qué demonios está usted haciendo —chilló— llamando a Tom, Dick o Harry, si, al fin y al cabo, han de esperar a la policía?

—Me haré responsable ante la policía —repuso Flambeau con cierta magnificencia y el aire decidido de haber tomado el mando de todo. Avanzó hacia la entrada y, como era mucho más grueso que el fornido joven y sus bigotes eran tan formidables como los cuernos de un toro español, el joven fornido se colocó detrás con un inconsciente aire de haber sido adelantado.

El grupo salió al jardín y subieron por el enlosado sendero hacia la plantación de moreras. Flambeau oyó que el sacerdote decía al doctor:

—No parece querernos mucho, ¿verdad? A propósito, ¿quién es?

—Su nombre es Dunn —dijo el doctor con cierta reserva—. Mi cuñada le dio el empleo de cuidar del jardín porque perdió un ojo en la guerra.

A través de las filas de moreras se veía el paisaje del jardín presentando ese rico y siniestro efecto propio de los momentos en que la tierra es más brillante que el cielo. Más allá, donde la luz del sol se quebraba, las copas de los árboles parecían pálidas llamas verdes contra un cielo oscurecido por la tempestad y cruzado por franjas púrpura y violeta. La misma luz parecía desgarrar el prado y los cuadros del jardín y, a pesar de su luminosidad, eran más sombríos y misteriosos bajo aquella luz. Los parterres del jardín estaban adornados con una profusión de tulipanes, que eran como gotas de sangre oscura. De algunos de ellos se hubiera podido afirmar que eran verdaderamente negros. La hilera terminaba, aproximadamente, con un gran

árbol, el cual, en parte por algún confuso recuerdo, fue asociado por el padre Brown con el llamado árbol de Judas. Lo que promovió esta asociación de ideas fue el hecho de colgar de una de sus ramas, como un fruto maduro, el seco y flaco cuerpo de un anciano, con una larga barba que el viento agitaba grotescamente.

Se encontraban ante algo peor que el horror de la oscuridad: en el horror de la luz del sol. Porque aquel fantástico y caprichoso sol pintaba el árbol y al hombre con alegres colores de decoración de teatro. El árbol estaba en flor y el cuerpo colgaba envuelto en una bata verde y llevaba en su oscilante cabeza un casquete escarlata. Calzaba unas babuchas rojas, una de las cuales había caído sobre la hierba como una mancha de sangre.

Pero ni Flambeau ni el padre Brown se fijaban en esto. Estaban ambos con los ojos fijos en un extraño objeto que parecía salir del centro de la contraída figura del muerto, y que gradualmente reconocieron como el oxidado y oscuro puño de una espada del siglo XVII, la cual había traspasado completamente al cadáver. Ambos quedaron inmóviles al contemplarlo, hasta que el inquieto doctor Flood, cuya impaciencia parecía aumentar ante la perplejidad de los otros, dijo, haciendo crujir impaciente sus dedos:

—Lo que más me intriga es el estado actual del cadáver. Y eso que ya tengo una idea…

Flambeau avanzó hacia el árbol e inspeccionó con una lente el puño de la espada. Por alguna extraña razón, en aquel mismo instante el sacerdote, con inocente malicia, giró sobre sus pies como una peonza, dio la espalda al cadáver y miró a hurtadillas en dirección opuesta. Tuvo tiempo de ver el cabello rojo de la señora Flood en el otro extremo del jardín, vuelta hacia un joven moreno, demasiado borroso con la distancia para ser identificado, que en aquel momento montaba en una motocicleta y desaparecía seguidamente, dejando tras de sí solo el ruido del vehículo amortiguado. La mujer se volvió y empezó a andar hacia ellos, atravesando el jardín, justamente cuando el padre Brown se volvía también y comenzaba una minuciosa inspección del puño de la espada y del cuerpo colgante.

—Entendí que lo habían encontrado hace solo media hora —dijo Flambeau—. ¿Estuvo alguien aquí anteriormente? Quiero decir alguien en su domicilio, o hacia aquel lado de la casa o en esta parte del jardín… ¿Algo así como una hora antes?

—No —repuso el doctor con precisión—. Este es el trágico accidente. Mi cuñada estaba en la despensa, una pequeña casita adjunta, al otro lado, y yo me entretenía, con los libros que ustedes han visto, en un cuarto precisamente

situado detrás de aquel en que me encontraron ustedes. Hay dos sirvientas; una había ido al correo y la otra estaba en el desván.

—¿Y no estaría alguno, entre toda esa gente —preguntó Flambeau, recalcando—, digo, alguno de ellos enemistado con el pobre viejo?

—Él era objeto casi de universal estimación —replicó el doctor solemnemente—; si existía algún disentimiento, sería suave, de una especie muy común en los tiempos actuales. El anciano estaba ligado a las viejas costumbres religiosas, y tal vez su hija y su yerno tenían ideas más amplias. Nada de esto tiene que ver con un espantoso y fantástico crimen como este.

—Depende de la amplitud de las modernas ideas —manifestó el padre Brown.

En este momento oyeron a la señora Flood gritar a través del jardín, mientras acudía llamando a su cuñado con cierta impaciencia. Él corrió hacia ella y pronto estuvo fuera del alcance del oído; pero mientras se iba se excusó con un ademán y apuntó con su largo índice hacia el suelo.

—Verán intrigantes huellas de pisadas extrañas —dijo con el aire extravagante de un conductor de coches fúnebres.

Los dos aficionados a detectives se miraron con asombro.

—Hay varias cosas más que encuentro muy intrigantes —dijo Flambeau.

—¡Oh, sí! —repuso el cura, mirando embobado la hierba.

—Estoy pensando —dijo Flambeau— por qué colgarían a un hombre por el cuello hasta hacerlo morir para luego tomarse la molestia de atravesarlo con una espada.

—Y yo estaba pensando —añadió el padre Brown— por qué matarían a un hombre atravesándole con una espada el corazón y después se tomarían la molestia de colgarlo por el pescuezo.

—¡Oh! Está usted llevándome la contraria —protestó su amigo—. Puedo adivinar con una sola ojeada que no lo apuñalaron en vida; el cadáver habría sangrado más y la herida no se hubiera cerrado así.

—Y yo puedo adivinar con una sola ojeada —dijo el padre Brown alzándose torpemente sobre las puntas de los pies, para mirar con su corta estatura y su vista corta— que no lo colgaron vivo. Si mira usted el nudo del lazo corredizo verá usted que está atado tan groseramente que una vuelta de la cuerda cuelga fuera del cuello; así es que no podía ahogarlo de ninguna manera. Estaba muerto antes de que le pusieran la cuerda al cuello, y lo estaba también antes de clavarle la espada. Y ¿cómo fue realmente asesinado?

—Creo —anotó el otro— que lo mejor será volver a la casa y dar una ojeada a su dormitorio… y a otras cosas.

—Así lo haremos —dijo el padre Brown—. Pero, entre otras cosas, tal vez sea conveniente observar estas pisadas. Mejor será empezar en el otro extremo, junto a la ventana. Bien; no hay huellas en el piso embaldosado y debiera haberlas; pero asimismo debiera no haberlas. Aquí está, este es el prado al que da la ventana de su cuarto. Aquí aparecen sus pisadas bastante claras.

Guiñó un ojo mirando hacia las huellas, como si se tratase de un mal agüero. Siguió las huellas en dirección al árbol; de cuando en cuando bajaba la cabeza de una manera poco airosa, para mirar algo en el suelo. Como por azar, se volvió hacia Flambeau y le dijo con cierta locuacidad:

—Bueno, ¿conoce usted la historia que está escrita ahí con tanta claridad? Aunque no es exactamente una historia clara.

—No me quedaría muy satisfecho llamándola clara —dijo Flambeau—. La llamaría, sobre todo, fea.

—Como guste —repuso el padre Brown—. La historia estampada con toda claridad en la tierra con los moldes exactos de las zapatillas es esta. El anciano paralítico saltó ágilmente desde la ventana y recorrió las parcelas de tierra paralelas al sendero, ansioso del placer de ser estrangulado y apuñalado; tan ansioso que saltó con una sola pierna y de una sola vez como un gabarrero; y hasta ocasionalmente rodó como las ruedas de un carro.

—¡Basta! —gritó Flambeau enfadado—. ¿Qué demonio es esa infernal pantomima?

El padre Brown se limitó a levantar las cejas y señaló amablemente hacia los jeroglíficos en el polvo. Durante la mitad del camino veíase la marca de una sola zapatilla y en algunos sitios la de una mano.

—¿No pudo saltar y caerse? —preguntó Flambeau.

El padre Brown movió la cabeza.

—Por lo menos trató de usar sus manos y sus pies, o sus rodillas y codos para levantarse. Claro está que el embaldosado pasadizo está muy cerca y allí no hay marcas. Aunque debiera haberlas en la hierba de las hendiduras; el pavimento está resquebrado.

—¡Dios! Nos encontramos ante un resquebrajado pavimento, un resquebrajado jardín y una resquebrajada historia.

Y Flambeau miró melancólico al melancólico jardín herido por la tempestad.

—Y ahora —dijo el padre Brown— subamos a ver su dormitorio.

Entraron por una puerta no lejos de la ventana del dormitorio, y el sacerdote se detuvo para examinar un ordinario palo de escoba de jardín,

destinado a barrer las hojas, que estaba apoyado contra la pared.

—¿Ve usted esto?

—Es un palo de escoba —repuso Flambeau con sólida ironía.

—Es un desatino —replicó el padre Brown—, el primer desatino que he visto en este curioso enredo.

Subieron las escaleras y entraron en el dormitorio del anciano y una mirada a su alrededor hizo meridianamente claros los principales hechos acerca de la fundación y a la vez de la desunión de la familia. El padre Brown sintió desde el principio que estaba en lo que era o había sido una casa de familia católica; pero ahora, por lo menos en parte, habitada por tibios o enfriados del todo. Las pinturas y las imágenes del cuarto del abuelo ponían en claro que la piedad positiva que quedaba había sido confinada allí y que la parentela, por una razón u otra, se había vuelto pagana. Sin embargo, estaba de acuerdo en que si ya era de por sí una desesperanzadora e inadecuada explicación aun para un crimen corriente, ¿qué sería para un crimen extraordinario como aquel?

—¡Que lo cuelguen todo! —murmuró—. El asesinato es realmente la parte menos extraordinaria. —Y al propio tiempo que repetía aquella frase jocosa su cara empezaba a iluminarse poco a poco.

Flambeau miraba con mal talante y muy pensativo tres o cuatro píldoras o bolitas que había tiradas en una pequeña fuente junto a una botella de agua.

—El asesino o asesinos —dijo Flambeau— tienen una incomprensible razón para esperar que pensemos que el muerto fue estrangulado o traspasado, o ambas cosas a la vez. No fue estrangulado ni apuñalado, ni nada de eso. ¿Por qué necesitarían sugerirlo? La más lógica explicación es que murió de cierto modo especial, el cual podría sugerir por sí mismo la relación con alguna persona. Supongamos que murió envenenado. Y supongamos que está complicado en el asunto alguien que pudiera, naturalmente, parecer un envenenador mejor que otro cualquiera.

—Después de todo —repuso el padre Brown—, nuestro amigo de las gafas azules es un médico.

—Voy a examinar estas píldoras con cuidado —continuó Flambeau—. No quiero desperdiciarlas. Parecen solubles en el agua.

—Le llevará mucho tiempo hacer algo científico con ellas —dijo el sacerdote— y el médico de la policía puede estar aquí antes. Así que le aconsejaría no malgastarlas. Esto si realmente piensa esperar al médico de la policía.

—Me quedaré aquí hasta que haya resuelto este problema —dijo Flambeau.

—Entonces se quedará aquí para siempre —afirmó el padre Brown mirando con calma por la ventana—. Yo no pienso permanecer en esta habitación, desde luego.

—¿Quiere dar a entender que no resolveré el problema? —preguntó su amigo—. ¿Por qué no he de resolver el problema?

—Porque no es soluble en el agua. Ni en la sangre —dijo el clérigo, y bajó las oscuras escaleras hacia el ensombrecido jardín.

Aquí vio otra vez lo que había visto desde la ventana.

El calor, la pesadez y la oscuridad parecían presionar más de cerca; el sol, allá arriba, por encima de todo, en un estrecho claro, lucía más pálido que la luna. Había un estremecimiento de truenos en el aire, pero ahora ni la más leve agitación del viento o de la brisa, y hasta los colores del jardín parecían solo ricos matices de la oscuridad. Sin embargo, un color ardía aún con cierto oscuro brillo; era el cabello rojo de la mujer de la casa que permanecía allí, rígida, con los ojos fijos y mesándose los cabellos. Esta escena de eclipse, junto con algo más profundo en sus propias dudas acerca de su significado, trajo a la superficie el recuerdo de unas líneas místicas y nunca olvidadas. Se sorprendió a sí mismo murmurando:

—Un lugar secreto tan salvaje y encantado como nunca se vio, bajo una luna menguante, era frecuentado por una mujer clamando por su demonio amado. —Su murmullo se hizo más agitado—. «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores». Esto es tan terrible como aquello… *una mujer clamando por su demonio amado*.

Parecía muy excitado y casi temblaba cuando se acercó a la mujer; pero habló con su habitual compostura. La miraba con firmeza cuando le dijo gentilmente que no debía trastornarse por los accidentes meramente accesorios de la tragedia, no obstante su atroz insensatez.

—Las estampas de la habitación de su abuelo eran más verdad para él que esta cruel estampa que vemos nosotros —dijo gravemente—. Algo me dice que era un hombre bueno, y no tiene importancia lo que sus asesinos hicieran con su cadáver.

—¡Oh, estoy harta de sus santas estampas e imágenes! —repuso ella volviendo la cabeza.

—Seguramente —dijo el padre Brown muy suave— no es generoso hacer hasta de la paciencia de Dios con nosotros un hecho contra él.

—Dios puede ser paciente y el hombre impaciente —contestó ella—. Y suponga que preferimos la impaciencia. Vosotros lo llamáis sacrilegio, pero no podéis evitarlo.

El padre Brown dio un extraño brinco.

—Sacrilegio —dijo, y de pronto se volvió hacia la entrada con nuevo y vigoroso aire de decisión.

Al propio tiempo apareció Flambeau, pálido de excitación, con un trozó de papel en la mano. El padre Brown abrió la boca para hablar, pero su impetuoso amigo lo hizo antes.

—¡Al fin estoy sobre la pista! —gritó—. Estas píldoras parecen todas lo mismo, pero en realidad son diferentes. Y, ¿sabe usted?, en el preciso momento en que yo las examinaba, aquel bruto de un solo ojo, el jardinero, asomó su cara pálida… Llevaba un pistolón en la mano. Se lo arrebaté y a él le lancé escaleras abajo… Pero ahora empiezo a entenderlo todo. Si me quedo aquí otra hora o dos acabaré mi trabajo.

—Entonces no lo acabará —dijo el sacerdote con un timbre de voz muy raro en él—. No permaneceremos aquí otra hora, ni siquiera un minuto. ¡Debemos abandonar este sitio enseguida!

—¡Qué! —gritó Flambeau consternado—. ¡Justamente cuando estábamos tan cerca de la verdad!… ¡Podemos decir que estamos cerca porque nos temen!

El padre Brown lo miró con pétreo e inescrutable semblante y dijo:

—No nos temerán mientras estemos aquí. Nos temerán cuando no estemos.

Tenía la seguridad de que la inquieta figura del doctor Flood estaba rondando en la lúgubre oscuridad. En aquel mismo instante se precipitó hacia ellos con ademanes extravagantes.

—¡Alto! ¡Óigame! —gritaba el agitado doctor—. ¡He descubierto la verdad!

—Entonces podrá usted explicarla a la policía —dijo el padre Brown secamente—. Llegará pronto. Pero nosotros hemos de irnos.

El doctor parecía haber caído en un vértice de emociones que subían a la superficie una y otra vez con un grito desesperado. Abría sus brazos en cruz para cerrarles el paso.

—¡No puede ser! —gritó—. No quiero engañarles ahora diciendo que he descubierto la verdad. Quiero solo confesar la verdad.

—Confiésela a su sacerdote —repuso el padre Brown, y salió a zancadas hacia la puerta del jardín, seguido por su asombrado amigo.

Antes de alcanzar la valla, otra figura se lanzó, como el viento, tras él; era Dunn, el jardinero, que lanzaba ciertos ininteligibles insultos a los detectives que abandonaban su trabajo. El clérigo bajó la cabeza a tiempo de esquivar un golpe de pistolón manejado como una cachiporra. Pero Dunn no tuvo tiempo de esquivar un golpe del puño de Flambeau, el cual era como la maza de Hércules. Lo dejaron atrás, tendido en el suelo. Y cruzando la puerta de la valla salieron, y sin decir ni una sola palabra subieron al coche. Después Flambeau hizo una pregunta y el padre Brown respondió solamente: «Canterbury».

Por fin, después de un largo silencio, el sacerdote observó:

—Estoy a punto de creer que la tempestad pertenecía solamente al jardín y que nació de una tormenta en el alma.

—Amigo mío —dijo Flambeau—, le conozco desde hace mucho tiempo, y cuando usted da señales de certidumbre, le sigo como a un guía. Pero espero que no vaya a decirme que me ha alejado de un trabajo tan fascinador solo porque no le gustaba la atmósfera.

—Sí, era ciertamente una atmósfera terrible —replicó el padre Brown—. Espantosa, apasionada y opresiva. Y lo más espantoso de ella es que no había odio ninguno.

—Alguien —sugirió Flambeau— parece haber tenido un pequeño disgusto con el viejo papá.

—Nadie tuvo disgusto alguno con nadie —dijo el padre Brown con un suspiro—. Eso es lo espantoso en aquella oscuridad. Era el amor.

—Curioso modo de expresar el amor: estrangular a uno y atravesarlo con una espada —observó el otro.

—Era el amor —repitió el clérigo— y llenaba la casa de terror.

—No me diga —protestó Flambeau— que aquella hermosa mujer amaba a esa araña con gafas.

—No —dijo el padre Brown suspirando otra vez—. Ama a su marido. Y es triste.

—Es un estado de cosas que le he oído recomendar frecuentemente —replicó Flambeau—. No puede llamarlo el amor del desamor.

—No desamor en ese sentido —contestó el padre Brown; giró rígido sobre su codo y habló con nuevo ánimo—: ¿Cree usted que yo desconozco que el amor de un hombre y una mujer fue el primer mandato de Dios y que es glorioso siempre? ¿Es usted de esos idiotas que creen que nosotros no admiramos el amor y el matrimonio? ¿Necesito que me cuenten lo del jardín del Edén o lo del vino de Caná? Precisamente porque la fuerza de las cosas es

la fuerza de Dios, estalla con terrible energía aun cuando huya de Dios, aun cuando el jardín se convierta en una selva, pero que es siempre una selva gloriosa; aun cuando una segunda fermentación convierta el vino de Caná en el vinagre del Calvario. ¿Cree usted que no sé todo esto?

—Estoy seguro de que lo sabe —dijo Flambeau—. Pero yo no sé aún gran cosa del intrincado problema del asesinato.

—El del asesinato no puede ser resuelto —dijo el padre Brown.

—¿Y por qué no? —preguntó su amigo.

—Porque no hay asesinato que resolver —dijo el padre Brown.

Flambeau quedó en silencio de puro sorprendido; y fue su amigo quien resumió en un tono tranquilo:

—Le contaré una cosa curiosa. Hablé con esa mujer cuando estaba trastornada por la pena; pero no dijo nada acerca del asesinato ni lo mencionó. Lo que sí mencionó repetidamente fue la palabra «sacrilegio».

Entonces, con otro golpe de verbal discontinuidad, añadió:

—¿Ha oído hablar alguna vez de Tigre Tyrone?

—¡Que si he oído! —gritó Flambeau—. ¿Por qué? Este es el hombre a quien se supone rondando detrás del relicario y también a quien, por comisión especial, he de seguir la pista. Es el más violento y osado gángster que ha visitado este país. Irlandés; desde luego, pero de esa clase que acaba en furioso anticlerical. Tal vez está metido por entero en esas diabólicas sociedades secretas. Como sea, tiene una afición macabra por toda clase de trucos salvajes que parecen más perversos de lo que realmente son. Sin embargo, él no es de los más malvados; a menudo mata y nunca por crueldad. Pero le entusiasma asombrar a las gentes, especialmente a su propia gente, robando iglesias, desenterrando esqueletos y no importa qué.

—Sí —dijo el padre Brown—, todo ello concuerda. Debía haberlo visto antes.

—No comprendo cómo podía verlo antes, después de una sola hora de investigación —dijo el detective defendiéndose.

—Lo que yo debía de haber visto antes era que allí había algo que investigar —dijo el cura—. Debí saberlo antes de llegar usted, esta mañana.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Esto nos demuestra cuán falsas suenan las voces por teléfono —siguió diciendo el padre Brown reflexivamente—. Oí los tres tiempos de este asunto esta mañana y creí que solo eran bromas. Primero una mujer me llamó pidiéndome que fuera a esa posada lo antes posible. ¿Qué quería decir esto? Naturalmente, quería decir que el viejo abuelo estaba muriéndose. Después

llamó para decirme que ya no había necesidad de que fuera. Y esto, ¿qué quería decir? Está claro: que el abuelo había muerto. Murió pacíficamente en su cama; probablemente, un fallo del corazón: de vejez. Después llamó por tercera vez y dijo que, a pesar de todo, debía ir. ¿Qué quería decir ahora? ¡Ahí! ¡Eso es algo más interesante!

Continuó después de una pausa:

—Tigre Tyrone, cuya esposa le adoraba, se entregó a una de sus locas ideas, tan astuta como loca. Él había sabido que usted le seguía la pista, que usted le conocía y conocía sus métodos y que venía para proteger el relicario. Pudo también saber que yo algunas veces le he prestado alguna ayuda. Quería detenernos en el camino y su recurso para lograrlo era presentar un asesinato. Era hacer una cosa horrible, pero no un asesinato. Probablemente embruteció a su esposa, con su brutal sentido común, diciéndole que solamente podía escapar a la acción de la justicia haciendo uso del cadáver, que no había de sufrir por este uso. Sea lo que fuere, su esposa haría cualquier cosa por él. Pero sintió todo el natural horror que debe sentirse ante aquella colgante mascarada, y por eso habló del sacrilegio. Pensaba en la profanación de la reliquia, pero también en la profanación del lecho de muerte. El hermano es uno de esos «científicos» rebeldes que apañan calderos con bombas viejas; un idealista se hubiera apresurado a sembrar. Pero era un devoto del Tigre, como asimismo el jardinero. Tal vez todo esto influye en su favor, ya que tanta gente parece ser también devota de él. Había un pequeño punto que me movió a hacer una conjetura desde el principio. Entre los viejos libros que el médico estaba removiendo había varios panfletos del siglo XVII; cogí uno titulado «La Verdadera Declaración del Juicio y Ejecución de lord Stafford». Ahora bien, Stafford fue ejecutado por el asunto de una conspiración papista, la cual empezó con una detectivesca novela histórica: la muerte de sir Edmundo Berry Godfrey. Godfrey fue encontrado muerto en un foso, y la parte misteriosa era que tenía señales de estrangulación y estaba atravesado por una espada. Pensé enseguida que alguien de la casa sacó la idea de allí. Pero no la necesitaban como procedimiento para cometer un crimen. La querían tan solo como procedimiento para crear un misterio. Después vi que la aplicaron en todos los otros ultrajantes detalles. Eran bastante diabólicos, pero aquello no era diabólico. Era solo un jirón de excusa, porque habían de hacer el misterio tan complicado y contradictorio como fuera posible, para asegurarse de que estaríamos mucho tiempo resolviéndolo… o más bien escudriñándolo. Así, sacaron al pobre viejo del lecho de muerte, haciéndolo saltar y dar vueltas como una rueda de carro y aun hacer todo lo que no podía haber hecho.

Tenían que darnos un problema insoluble. Barrieron sus propias huellas del sendero, dejando la escoba. Afortunadamente, lo escudriñamos a tiempo.

—Usted lo hizo —dijo Flambeau—; yo me hubiera entretenido un poco más sobre la segunda pista que dejaron, espolvoreada con píldoras adecuadas.

—Bien, sea como sea, nos zafamos —dijo el padre Brown, arrellanándose en su asiento—. Y esta es la razón, presumo, por la que estoy conduciendo a toda velocidad a lo largo de la carretera de Canterbury.

Aquella noche en el monasterio y en la iglesia de Canterbury habría acontecimientos que habían de ser el asombro del claustro monástico. El relicario de santa Dorotea, colocado en un cofrecillo adornado con oro y rubíes, estaba emplazado, temporalmente, en una habitación cerca de la capilla del monasterio para ser llevado en procesión, siguiendo una especial ceremonia, al final de la Bendición. Lo guardaba, entretanto, un monje, que vigilaba con gran atención. Porque él y su comunidad conocían todo lo referente al peligro de que Tigre Tyrone realizase una de sus hazañas. Así es que el monje se puso de pie, ligero como un rayo, cuando vio que una de las ventanas con celosía baja empezaba a abrirse y un objeto oscuro se arrastraba como una serpiente negra a través de la hendidura. Lanzose sobre aquello y lo asió, encontrándose con que era un brazo y una manga de hombre, acabada en un hermoso puño de camisa y un elegante guante gris oscuro. Mientras la agarraba pidió auxilio a voces, al mismo tiempo que un hombre entraba como una flecha por la puerta, que estaba a su espalda, y arrebataba el cofrecillo que había sobre la mesa. Casi en aquel instante, el brazo, que colgaba de la ventana, cayó en sus manos y se quedó el monje agarrando el embutido miembro de un maniquí. Tigre Tyrone había hecho esta jugada otras veces, pero el monje era un novato. Afortunadamente, existía por lo menos una persona para quien los trucos de Tigre no eran una novedad. Esta persona apareció con unos mostachos de militar, gigantescamente encuadrado en la entrada, en el preciso momento en que Tigre se disponía a escapar. Flambeau y Tigre se miraron uno a otro, fijamente, y cambiaron algo que era casi un saludo militar.

Entretanto, el padre Brown se había deslizado a la capilla para rezar una plegaria por varias personas envueltas en este sin par acontecimiento. Pero estaba más bien risueño y, a decir verdad, no del todo desesperanzado acerca del señor Tyrone y su deplorable familia; y sobre todo algo más esperanzado de lo que estaba por muchas gentes más respetables. Después sus pensamientos se elevaron a impulsos de las grandes perspectivas del lugar y de la ocasión. Contra el mármol negro y verde, al final de la capilla de un

estilo más bien rococó, los ornamentos rojo oscuro del festival de un mártir se convertían en el fondo en un rojo encendido, rojo de ascua: los rubíes del relicario, las rosas de santa Dorotea. Y otra vez dirigió sus pensamientos hacia los extraños acontecimientos de aquel día y hacia la mujer que se había estremecido ante el sacrilegio al que ella misma había ayudado. Después de todo, santa Dorotea tuvo un amado pagano, pero no le había dominado ni destruido su fe. Ella murió libre por amor a la verdad y después le había enviado rosas desde el Paraíso.

Levantó sus ojos y vio el velo del humo del incienso y el parpadeo de las luces que la Bendición apuraba hasta el fin, mientras la procesión esperaba; el sentido de las riquezas acumuladas por el tiempo y la tradición que se apretaban en el pasado, como una multitud avanzando fila tras fila hacia los siglos sin fin; y alto, por encima de todo, como una guirnalda de inmarchitables llamas, como el sol de nuestra mortal medianoche, el gran Viril resplandecía contra la oscuridad de las abovedadas sombras, como resplandece contra el oscuro enigma del universo. Porque algunos están convencidos de que este enigma es un insoluble problema y otros abrigan igual certidumbre de que tiene, sin embargo, una solución.

RELATOS SUELTOS

EL CASO DONNINGTON

Max Pemberton expone el enigma del caso Donnington

El siguiente relato sobre el caso Donnington ha sido escrito según las notas originales que tomó el sacerdote adscrito a la parroquia de Borrow-in-the-Vale.

John Barrington Cope vino a Sussex desde el King's College (Cambridge) a una edad en la que el anciano vicario del lugar no podía, sin ayuda, llevar a cabo ni siquiera las agradables tareas propias de este cargo rural.

Llevaba casi dos años en Borrow cuando ocurrió la tragedia. Este hombre, de considerable formación académica, se hizo cargo, casi de inmediato, de la magnitud del misterio, y, sin pérdida de tiempo, puso por escrito una ordenada declaración de los hechos, tal y como él los percibió.

Estaba prometido con Harriet, la hermana de Evelyn Donnington, y disfrutaba como de casa propia de la mansión Borrow Close, frecuentándola prácticamente a diario. Fue él quien sugirió que viniera una persona desde Londres para investigar un caso que, desde el principio, iba a provocar desconcierto, tanto en la investigación policial, como en el público.

Las notas del señor Cope se tomaron, inicialmente, para que las considerase el padre Brown. Exponerlas con más detalle parece ser el mejor modo de poner a disposición del público los rasgos más destacados de este asombroso suceso.

I

Mi nombre es John Barrington Cope, y fui sacerdote adscrito a la parroquia de Borrow-in-the-Vale durante veintiún meses.

La última vez que vi a Evelyn Donnington con vida fue el domingo por la noche a las diez y cuarto en punto. Cené en Borrow Close, como era mi costumbre casi todos los domingos desde que vine a la parroquia. El hecho de que mi prometida, Harriet Donnington estuviera, y siga todavía en Bath, no alteraba las cosas.

El señor Borrow Donnington era un hombre de pocos amigos. No era un sujeto que disfrutara de la compañía de otros hombres, ni tampoco de la compañía de mujeres. Puede que yo lo comprendiera mejor que sus congéneres, y por eso se me recibía en Borrow Close mejor que en cualquier otra casa.

Vi a Evelyn Donnington, viva y con salud, a las diez y cuarto el domingo pasado, 24 de julio, por la noche. Vino conmigo al porche para hablarme de una carta que recibió de Harriet el día anterior, y allí le di las buenas noches.

La casa del párroco se encuentra aproximadamente a un tercio de milla cruzando el bosque. Como mejor se llega es por un camino que atraviesa un lugar conocido como el Adam's Thicket. El recorrido es oscuro y está cubierto por hayas, que le dan a Borrow su fama. No vi señales de vida durante mi vuelta a casa, ni percibí ningún ruido que me pareciera extraño o siniestro. Dos horas más tarde, un sirviente de Borrow Close me despertó para comunicarme que Evelyn estaba muerta.

—Asesinada, señor —dijo sofocado—. Y, sin decir más, se volvió y corrió precipitadamente a la casa del doctor.

Estaba ligeramente dormido cuando la llamada de este hombre me despertó. Hubo muchos problemas en Borrow Close desde que llegué a la parroquia. La gente estaba muy al tanto de ello, y era conocida la deshonra que había invadido a la familia Donnington. Cualquier condolencia que se sustraía al señor Borrow Donnington se prodigaba inmediatamente a sus hijas.

Para mí Evelyn era ya como una hermana. Iba a casarme con Harriet en septiembre. Dios sabe lo que nos espera a partir de ahora.

La gente suele ridiculizar los augurios. Sin embargo, con frecuencia no son sino el anuncio lógico de una declaración de guerra de la mente contra el optimismo. Aunque el caso de Southby Donnington parecía haberse resuelto con su condena y encarcelamiento, rechacé desde el principio que la cuestión terminara ahí; y, precisamente, era con Southby Donnington, el hijo único del señor Borrow, con quien estaba soñando cuando el sirviente me despertó.

¡Qué episodio más sarcástico para la historia de la naturaleza humana! ¡Un hijo único y un padre rico! Por un lado, un derroche sin restricción, y por otro, una avaricia extraordinaria, alimentada con un férreo egoísmo.

Southby Donnington había sido enviado a Eton y al Trinity (Cambridge) como aspirante al Ejército. Un desgraciado incidente en un juego de apuestas en Londres, con la comparecencia consiguiente en la comisaría de policía, dio por finalizado el primer trimestre de sus estudios universitarios. Ni siquiera fue capaz de superar el sencillo examen para ingresar en Sandhurst; y no se le

veía ninguna otra vocación. El hombre se abandonó en el peligroso mar de los suburbios londinenses. En vano rogaron clemencia sus hermanas al señor Borrow. El barón había dado por finalizada la relación con su hijo. Era un individuo con una voluntad de hierro que nada podía torcer, juró que Southby nunca entraría en su casa otra vez. Esto provocó la desgracia.

Tuvimos noticia de la detención del muchacho en Londres, bajo cargo de falsedad. Fue emplazado a juicio, defendido en el juzgado de Old Bailey con el dinero que sus hermanas le pudieron proporcionar, y fue condenado a tres años de pena de presidio. Supimos que lo llevaron a Wormwood Scrubs, y nueve meses después estaba en Parkhurst.

No hay espacio aquí para profundizar en los secretos de esta afligida familia, ni en las secuelas de esta pérdida dolorosa.

Borrow Close es una antigua mansión situada entre el bosque de Ashdown y Crowborough. Siempre se ha mantenido distante de la gente y de la vida local, y no hay lugar al sur de Inglaterra tan maravilloso como ella en su solitaria ubicación.

Todo discurría con referencia al bosque, que era prácticamente virgen; con maleza abundante, tan densa que ningún pie pudo haberla atravesado, y cenagales y arboledas, entre las que el mediodía no era sino un pálido reflejo de luz. Muy pocos se admitían en la casa, incluso en la época en la que lady Donnington era la señora. Desde su muerte el aislamiento era típicamente medieval. El viejo barón no tenía nada en común con sus vecinos; sus hijas le temían, y vivían como de puntillas, pensando que si hablaban por encima de un susurro de voz, despertarían la curiosidad más allá de las verjas de la casa.

Es cierto que Southby despreciaba la inviolabilidad de este retiro, a pesar del disgusto del barón. Grupos de estudiantes desenfrenados lo convertían en su «cielo» durante las vacaciones. La belleza de Evelyn y Harriet no era ignorada en los claustros de Cambridge; sin embargo, pocos chicos tenían el coraje de insistir. Incluso Southby mismo se asombró cuando el capitán Willy Kennington apareció súbitamente en escena pretendiendo la mano de Evelyn, venciendo incluso la repulsa que le provocó el feroz intento de disuasión por parte del señor Borrow.

El capitán Kennington había coincidido con Evelyn en la casa de su tía en Kensington, unos tres meses antes de la desgracia. Sus cualidades femeninas podían encantar a cualquier hombre que la conociera, y no me extraña que al joven soldado se le hubieran desvelado.

Sencilla de pensamiento, audaz ante la vida, y dotada de una imaginación estimulada por años de lectura solitaria, parecía ser al mismo tiempo la madre

y el niño; con una sabiduría que no correspondía a su edad, a la vez que sufría de esos ideales por los que, con frecuencia, las mujeres han de pagar tanto. Por temor a su padre se prohibía a sí misma secundar los avances que el soldado iba imponiendo en su corazón. Regresó a Borrow Close y el capitán fue enseguida detrás de ella.

Cuál fue mi asombro, unos días después, al oír que el señor Borrow rechazó cualquier discusión sobre el asunto, y en uno de esos arrebatos de violencia, que ni Dios ni hombre alguno puede entender, expulsó al capitán de su casa.

En justicia con el capitán, Southby jugó su papel de varón en el caso, intercediendo cordialmente en favor de su hermana. Viajó desde Sudáfrica ex profeso con esta intención. La escena entre padre e hijo en Close Borrow se recuerda como la culminación de un proceso de distanciamiento, tan vergonzoso para uno como para otro. Discurrió bajo el dominio de la pasión, que al final lo dominó. En adelante, estos dos hombres no han vuelto a cruzar palabra.

Tres meses después Southby era condenado, y yo seguía siendo el único que visitaba al barón en esta época de deshonra.

II

Estos fueron los acontecimientos durante los dieciséis meses siguientes. Yo renuncié a cualquier tentación de obsesionarme con el íntimo dolor que prosiguió a la condena. «El mal que el hombre hace le sobrevive», y, mientras que, para el resto del mundo, la tragedia no fue más que una noticia que animaba la rutina habitual, en la casa de los Borrow penetró hondamente. El viejo barón dejó de recibir las visitas de los pocos amigos que hasta entonces eran admitidos en su casa. Cerró las puertas al pasado y al futuro por igual. Sus hijas no veían sino a los criados y a mí. A su vez, sus vecinos le evitaban. La gente llegó a decir que el ansia de riqueza fue lo que llevó a Southby a delinquir y se convencieron de que el chico era menos culpable que su padre.

El único hombre que se mantuvo junto a la desolada familia fue el capitán Kennington, que tan poco le debía al barón. En esta hora oscura, volvió para pedir la mano de Evelyn otra vez. No hace falta decir que ella no aceptó. Un tipo raro de feminidad: el mero hecho de amarle constituía la barrera entre los dos. Sentía que nada podría borrar la vergüenza de la prisión de su hermano ni minimizar sus consecuencias. Estas no se recogieron en la prisión de

Parkhurst, sino allí, en aquella antigua casa, en la que las mujeres cosechaban con la hoz de su llanto.

Gracias a Dios, la pérdida de Southby solo afectó superficialmente a mi relación con Harriet. Nos conocíamos tan bien antes de que llegara este trance, que este no hizo más que sellar nuestro sentido de ayuda mutua y de sacrificio. Y, aunque sabía que ella no se casaría conmigo inmediatamente, dejé que el futuro nos condujese como mejor convenía. El mismo señor Donnington parecía encontrar, en su relación conmigo, el único consuelo en el declive de su vida. No iba a la iglesia, pero yo los visitaba temprano cada domingo para el culto, y siempre volvía a su casa para cenar mientras viví allí.

Pasaron los meses, y el tiempo, que lo sana todo, vino en nuestra ayuda. La amargura del miedo y de la duda pasó, y la reemplazó una decidida intención de afrontar el futuro. Hicimos muchos planes para Southby cuando saliera de prisión, y proyectamos que podría recomenzar en una granja en Sudáfrica, si conseguíamos instalarla. Kennington incluso llegó a visitarle y ver al condenado en la prisión, dada la circunstancia de que, ocasionalmente, su padre era uno de los inspectores, y pudo beneficiarse de un permiso.

Nos dijo que encontró a Southby bastante resignado con su destino, y habló de él como de un hombre convencido de que no había cometido delito alguno, y de que había sido víctima de quienes le traicionaron al descubrir que no podían extorsionar al barón.

Parkhurst parece ser una prisión para caballeros, y Southby tenía allí una compañía aristocrática. Puedo afirmar que había escaso sentido del humor, y ello se reflejaba en la obstinación por mantener las aspiraciones sociales que afligen a las personas, incluso cuando están en prisión. Se consideraba mejor servir a un lord que ganarse honestamente la vida entre la plebe.

Kennington habló de alegría y satisfacción, pero después me acordé de una frase de su carta que debió haber llamado mi atención. La cárcel provoca camaraderías extrañas, y Southby, en la medida en que se puede tener un confidente estando cautivo, había encontrado uno que se llamaba Mester.

—Este individuo —dijo Kennington— tiene el alma más jovial posible. Recibió una buena educación en Francia, donde después se malogró. Trabajó de chófer de un barón austríaco; ingresó en una fábrica de automóviles en Suresnes, después se dedicó a la aviación en Issy, y, finalmente, se le acusó de un cruel asalto y tentativa de robo de una anciana mujer en Dover, que iba a ayudarle a iniciar allí un negocio de automóviles.

Mester afirmó hasta la saciedad que el delito se debía imputar a otros. Adujo que él fue la víctima de las circunstancias, y que las pruebas en las que se basaba la acusación de la policía eran falsas. Sin embargo, se le declaró culpable y se le condenó a cuatro años de prisión al día siguiente de que Southby recibiera la suya.

Entre los dos surgió una curiosa amistad. Ambos estaban convencidos de haber sido condenados injustamente, y podían simpatizar entre sí. Y, así como Mester declaró que haría entrar en razón al viejo barón cuando saliera, Southby se interesó por la historia de Mester, y pediría a uno de sus antiguos colegas de la prensa que la investigaran.

Como se sabe, un gran novelista ya se ha ocupado del asunto, y está convencido de su inocencia. Es verdad que a una persona de carácter inestable y, sin ninguna duda, relacionado con criminales, puede concedérsele el beneficio de la duda de si cometió el grave crimen, y también abrigar la hipótesis de que la policía haya podido errar.

El mismo Mester no dudó en afirmar que si pudiera liberarse durante un mes, demostraría su inocencia fuera de toda duda. Estaba tan convencido de ello que le dijo abiertamente a Southby que se escaparía de Parkhurst si se le presentara la oportunidad.

Yo no pensé en nada de esto entonces, aunque es evidente que la tentación de escaparse debe ser frecuente en los prisioneros en los que el crimen no ha llegado a constituir un hábito y la celda un refugio. Confieso, sin embargo, que no es precisamente estupor lo que sentí cuando, unas semanas después, al abrir el periódico de la mañana, leí que los dos hombres habían huido de Parkhurst, y que, a pesar de la persecución policial, seguían fugados.

—Southby y Mester —me dije a mí mismo—. Y no estaba equivocado, como a continuación se verá.

III

Podría llamarse a esto, si se quiere, un trastorno que me llevó de inmediato a Borrow Close con la noticia. Al señor Borrow no le dije nada, temiendo el efecto que podría producir en una mente tan perturbada; pero Evelyn y Harriet me escucharon con ansiedad, y empecé a sospechar que la primera ya conocía la historia. Esto no me sorprendió al principio tanto como debiera haberlo hecho. Pensé que habría recibido alguna carta de Southby mismo, pero si hubiese reflexionado un poco, habría percibido que, dadas las circunstancias, esto difícilmente era posible.

El hombre se había fugado ayer, y aunque la carta se hubiera enviado la tarde anterior desde la isla de Wight o desde el continente, no habría llegado a Borrow Close a las nueve en punto. Más tarde descubrí accidentalmente que el capitán Kennington confirmó dicha posibilidad con una carta suya que se había recibido el día anterior. Los pensamientos que esto me sugirió los reservé exclusivamente para mí. Lo inmediato era el nerviosismo que la noticia produjo en la casa, y los trascendentales sucesos que seguirían después.

Por mi parte, pensé que los fugitivos serían capturados de inmediato, y ello pondría fin a la historia. Así, la fuga, sucintamente narrada por los periódicos, quedaría admirablemente resuelta. Al parecer, escalaron un muro alto cuando una bruma densa, que provenía del continente, fluía sobre la isla; después cruzaron un recinto en el que otros reclusos estaban trabajando; escalaron un segundo muro con la ayuda de una escala de seda que dejaron abandonada, y de esta forma se abrieron paso hasta el mar.

Las autoridades dieron por supuesto que la huida se frustró ahí, y que no habrían podido llegar al continente; pero llegó otra información sobre una misteriosa lancha motora, que había sido vista zarpando recientemente de St. Catherine's Point, y, supuesta la relación de Mester con la asociación de marineros y con sus miembros menos deseables, el cronista opinaba que había una conexión con el asunto. He de reconocer que esto me pareció una deducción plausible. Estos tipos huidizos suelen ser más inteligentes de lo habitual, tienen una audacia probada y recursos abundantes. Entonces percibí la razón de la amistad de Southby con este mecánico detestable, y entendí que se habían comprometido a llevar a cabo juntos el plan. Hasta el momento parecía que lo habían logrado.

Era un poco antes de las nueve cuando llegué a Close Borrow, y no me fui hasta después del almuerzo. Como era habitual, durante la mañana, el señor Borrow estuvo paseando por su jardín, y le acompañé un rato mientras me hablaba de alguna que otra planta, que yo ya conocía, pero sin mencionar en ningún momento al hijo que le iba a suceder en su espléndida herencia. Cuando se retiró a su despacho a las doce en punto, yo me fui aparte con sus hijas para reanudar la conversación, que tanta importancia tenía para nosotros. Obviamente, nos hicimos muchas preguntas que no podíamos contestar: ¿Dónde iría Southby si hubiese llegado al continente? ¿Cómo conseguiría dinero? ¿Volvería a Borrow?

—Si viene aquí —dije—, ¡está perdido! ¡Es el primer sitio que vigilará la policía!

Harriet estaba de acuerdo conmigo en este punto. Sin embargo, ¿dónde podría ir Southby sin posibilidad de conseguir dinero, que, en definitiva, era la única forma de asegurar el éxito de la huida?

Pensamos en muchos lugares, pero solo nos convencía uno de ellos. La hermana del señor Borrow, la anciana lady Rosmar, vivía entonces en Bath. Mostraba un afecto incondicional al muchacho, y puede que mantuviera su amistad hacia él, incluso en una situación de emergencia como esta si Southby apareciese allí. Decidimos que Harriet se fuera a Bath sin más dilación, por si pudiera ser allí de alguna ayuda. Mientras tanto, Evelyn y yo vigilaríamos y esperaríamos en Borrow. Solo Dios sabe lo que haríamos si el muchacho viniera, pero aun así creo que los dos rezábamos para que así fuera. Parecía imposible que pudiera evadir la persecución que iba a provocar esta fuga. Incluso en ese caso, ¿no deberíamos apoyarle, y ayudarle a comenzar una vida nueva que tanto puede prometer, una vez que verdaderamente se ha aprendido la lección?

La esperanza podría ser vana, pero era normal para quienes habían sufrido tanto, y las puertas de la prisión habían sido siempre el emblema de un terrible dolor. Creíamos que Southby vendría, y en diez días nuestra fe obtuvo justificación. Allí estaba él, en Borrow Close; la policía pisándole los talones; su propio padre ignorante de que lo escondía en su casa. A continuación contaré la historia de esta situación desesperada.

IV

Como dije, suponíamos que la casa estaría vigilada por la policía, y en esto no nos equivocamos.

En los pocos días anteriores a la vuelta de Southby, vi con frecuencia unos individuos desconocidos en el bosque, y más de una vez me pararon con la vaga pretensión de saber sobre el señor Borrow y sus asuntos. Este pretexto no podía engañar a nadie, y, afortunadamente, traté a estos sujetos con bastante franqueza.

—Usted es un agente de policía —le dije a uno de ellos. Y no lo negó.

—El chico vendrá aquí seguro, señor —fue su respuesta—. Y si viene, nos lo llevaremos. Todos los caminos en diez millas están vigilados.

Hablamos de otras cuestiones, pero principalmente de la huida. Oficialmente, la policía pensaba que había alguna complicidad con los guardas de la prisión, pero esto, evidentemente, yo lo desconocía.

—El joven tenía muchos amigos entre ellos —dijo el agente—, y en relación con Lionel Mester, conoce a la mitad de los criminales de Europa.

Le contesté que, en tal caso, se esperaría que los amigos en cuestión ocultasen a sus camaradas.

—Y es inútil buscar a esos hombres aquí —le dije—. ¿Sabe usted de la relación entre el señor Borrow y su hijo?

Se interesó mucho por esta cuestión, y me preguntó detenidamente sobre ello —un proceder que no me ofende en determinadas circunstancias—. Unos días después, una mujer americana y su hija me detuvieron en el bosque que rodea la mansión, aparentando gran interés por un lugar tan antiguo, y me preguntaron si era posible obtener permiso para visitarlo. Pude apreciar también que eran agentes de la policía, y las despisté con las excusas que se me ocurrieron en aquel momento. No hubiera importado entonces, ya que Southby no había venido todavía. Vino tres días más tarde, a altas horas de la noche, y los dos que lo supieron harían cualquier cosa en su favor. Fueron su hermana Evelyn y Wellman, el mayordomo, que quería a Southby como si fuera su propio hijo.

Fue Wellman mismo quien me dio la noticia la mañana siguiente a las nueve en punto. Vino a traerme una supuesta carta del señor Borrow, y hasta que no estuvimos solos en mi despacho, con la puerta cerrada, no se atrevió a hablar abiertamente.

—El señor Southby está en casa, señor —dijo en voz muy baja—, está en la habitación del cura.

Temí hablar inmediatamente. De súbito, tuve visiones del muchacho escapando de la persecución, a través del bosque que tan bien conocía, de matorral en matorral, hasta alcanzar esa honda cañada en la que hay una entrada subterránea a la casa. ¡Pensó en ella, cuando ninguno de nosotros nos acordábamos! Por supuesto que la policía no la conocía. Los sirvientes mismos, excepto Wellman, ignoran la existencia de ese pasadizo, y en la localidad pensaban que se había perdido hacía mucho tiempo. El señor Borrow dejaba que así lo creyeran.

Tuvo la ocurrencia de que lo abrieran los ingenieros que vinieron de Londres para excavar su pozo artesiano. Le gustaba ir y venir libremente por él, para sorprender a los criados cuando menos lo esperaban. Y se servía también de la habitación del cura con el mismo propósito, o lo hacía hasta que sucedió la tragedia. Después ya nada le interesó. El aposento secreto permaneció cerrado desde la condena de Southby. Creo que todos los demás nos habíamos olvidado de su existencia.

Esta habitación se encuentra al final del extremo oeste de la larga galería. Allí hay una torre octogonal, con una escalera antigua de piedra, cuidadosamente labrada en el interior, aprovechando las paredes. Se gana acceso a la torre desde la galería, abriendo un panel a la derecha de una pequeña chimenea. La habitación está a los pies de un tramo de escalera, y se ilumina por medio de dos estrechas ventanas que asoman a las almenas. Están adornadas con vidrieras de colores del siglo XIV, que representan antiguos abades de Borrow vestidos con alba y casulla. La habitación es grande y espaciosa; tiene una chimenea y una alcoba en la que se encuentra la cama. Quien quiera ir desde ella al bosque ha de continuar bajando por la escalera hasta llegar a la antigua cripta, que se remonta a la época de los sajones. El pasaje subterráneo conduce desde allí hasta el Adam’s Thicket, donde desemboca en un pozo antiguo, seco desde hace tiempo, y convertido ahora en un foso cubierto de zarzas y hierba. No tengo ninguna duda de que Southby llegó al bosque por un camino tortuoso, y que lo cruzó a través de uno de esos pasos que ningún extraño podría descubrir. Y así fue directo a la habitación del cura, y de ahí al dormitorio de Evelyn.

—La despertó a la una de la madrugada —dijo Wellman, quien todavía parecía temblar con el nerviosismo de la noticia—. No le dirán nada a usted todavía, señor, por miedo a la policía. La señorita Evelyn está espantada de miedo de que el aristócrata se entere, y por eso he venido a verle de inmediato. Tuvimos suerte de que fuera ayer por la tarde, cuando el superintendente Matthews registró la casa desde el desván hasta el sótano. Debió de haber recibido algún soplo de que Southby estaba en camino.

Yo me quedé asombrado al oír esto.

—El superintendente Matthews, ¡ayer! —exclamé—. ¿Es realmente posible?, ¿y que la señorita Evelyn no me lo dijera? Pero supongo que le habría sido difícil hacerlo. ¿Sabe algo él del refugio del cura, Wellman? ¿Está usted seguro de que no existe ese riesgo?

Era un hombre de singular cautela, y lo negó con un movimiento de cabeza.

—Saben mucho más en estos tiempos, señor, y por eso la preocupación es mayor. La cuestión es: ¿qué vamos a hacer con el joven amo?, pues la señorita Evelyn está al límite de su juicio. Le agradecería mucho encontrarse con usted en Close Borrow, y estoy seguro que lo hará. Como usted supondrá, señor, es una situación difícil para una joven señorita.

Yo asentí, y, poniéndome el sombrero, salí con él inmediatamente. Fuimos por el Adam’s Thicket, y reconozco que me alarmé cuando nos

cruzamos con un desconocido a menos de cien pasos del antiguo pozo, por donde se entra al pasadizo. Era un hombre pequeño y grueso, que vestía un traje de lana, calzas de cuero negro y una gorra con visera. Al vernos se detuvo en seco y se volvió, dándonos la espalda, aparentando que encendía un cigarrillo mientras pasábamos.

—No es un policía —le dije a Wellman cuando el desconocido ya no podía oírnos.

El veterano sirviente asintió, de acuerdo conmigo.

—Pero podría ser un agente del servicio de información, señor. Me enteré en Londres de los trucos que hacen con la ropa que llevan. No confíe mucho en él.

—No voy a confiar en él en absoluto —le contesté—. Ese sujeto me ha parecido como si fuera un chófer.

—Mala gente; créame, señor. Ha habido pocos individuos honestos sobre ruedas desde que nos quitaron los caballos. Uno necesita el olfato de un podenco para poder seguir la pista a gente así. No confiaría una cuchara de plata para la sopa a ninguno de ellos; le doy mi palabra de que a ninguno.

Le contesté que era un *laudator temporis acti*, pero, como esto no lo entendía, seguimos adelante y encontramos a Evelyn en su habitación.

Estaba sumamente agitada, pero, estando presente el señor Borrow, no dijimos ni una palabra sobre el asunto. El barón estaba convencido de que su hija estaba histérica, y cuando nos quedamos solos, indirectamente me dio a entender que debía haber tenido alguna noticia de ese maldito sinvergüenza.

—Sea lo que fuere —añadió—, no quiero saberlo, ni oír hablar de él. Sería un día grande para mí si ese individuo estuviera a seis pies bajo tierra, y ruego a Dios que pronto sea así. Esa es la verdad, Cope, y ninguna de sus filosofías la podrá cambiar. Yo ya no tengo un hijo, e intento olvidarme de que tuve uno.

Retrocedí ante la cólera que mostraba, consciente de lo poco que le podrían afectar mis reproches a un hombre así. Afortunadamente, se dispuso a ir al pueblo de inmediato, y Evelyn y yo fuimos enseguida a la guarida del cura para hablar con Southby. He de decir que su estado era deplorable; su rostro y sus manos desgarradas por las zarzas de los matorrales, su ropa salpicada de barro, la barba sin afeitar, y sus ojos ensangrentados. Parecía delirar, dando síntomas de hambre, y hablaba incoherentemente de barcos y del mar, de hombres que le habían traicionado y de otros que eran amigos suyos. Poco a poco, a medida que se iba calmando, me dijo que la ignominia

de la prisión le afectaba tanto que, de seguir en Parkhurst, se habría vuelto loco.

—Yo no pude haberlo hecho, Cope, por Dios que yo no fui —dijo—. Usted no sabe lo que esto significa para un hombre que ha vivido como yo. Tuve que escaparme, o si no me pegaría un tiro. Si me cogen me pegaré un tiro. Juro que lo haré.

—Pero —le calmé—, ¿qué otra cosa puedes hacer, Southby? Sabes que no podemos protegerte aquí mucho tiempo.

Soltó una carcajada desafiante, mientras se apartaba de la frente el pelo negro con la mano, como antes acostumbraba.

—Lionel lo hará —dijo—. Yo confío en Lionel. Él me sacó, y él se encargará de que no vuelva a entrar. Debería usted conocer a Lionel. Es un hombre de una sola pieza, y todavía no se ha construido la prisión que lo pueda mantener cautivo. Porque fue idea suya lo de la embarcación… ¿A quién, si no, se le habría ocurrido? Fue suya y de su amigo de Hendon. Nos subieron a cubierta cuando la marea estaba alta, y desembarcamos en la isla de Hayling antes de amanecer. Sabía que lo íbamos a conseguir cuando Lionel tomó a su cargo el plan.

—Entonces —exclamé casualmente—, ¿el capitán Kennington no sabe nada de esto?

Frunció el ceño al oírlo; miró, escrutando a Evelyn, y vaciló al hablar.

—No, no confío en Kennington…, no mucho. Cuidado con lo que haces en ese sentido, Evelyn. Kennington no vale un comino…, acuérdate.

Ella reaccionó de inmediato, una mujer con coraje y de buen corazón.

—¡No digas nada en contra del capitán Kennington! —exclamó—. Es el único amigo incondicional que has tenido. Deberías estarle agradecido.

Él insistió, aunque con menor brusquedad.

—Puede que sea así, o no. Mi opinión es que intentó traicionarnos, y lo mantengo. Ahora, por lo que más queráis, dadme algo de beber. Estoy más seco que un camello.

Ella le trajo un *brandy* con soda, y lo bebió ansiosamente. Era peligroso ir y venir por la larga galería, y empecé a percibir el riesgo de la situación. Si los criados se enteraban, antes o después la noticia llegaría al pueblo, y de allí a la policía. Cuando hablamos con franqueza de ello entre nosotros no vimos más que una solución. Evelyn debería enfermar, y Harriet volver de Bath para atenderla. Mientras tanto Wellman debería buscar un confidente; y ninguno se ajustaba mejor que Turner, el ama de llaves de la casa. Porque, antes o después, esta mujer nos descubriría. Decidimos que fuera antes, y llamándola

a nuestra reunión, pusimos nuestra suerte en sus manos. Era una buena mujer, tenía un hermano, y estimaba mucho a Evelyn.

Hicimos nuestros planes, y parecía que iban teniendo éxito. Desafortunadamente, Harriet no pudo venir de Bath. Su tía enfermó gravemente y necesitaba su asistencia. Aun así, Evelyn fingió una indisposición de manera muy inteligente, y aunque ello me ocasionaba algún problema de conciencia, lo asumí y consentí, a cambio del bien mayor de esta desgraciada familia. Sin embargo, supuse que todo no sería más que un corto aplazamiento. El peligro de la situación era evidente. Cualquier día, a cualquier hora, podrían descubrirnos, y empezamos a vivir como quienes temen hasta de su sombra.

Puede que mis temores fueran infundados, pero había momentos en los que creía que el señor Borrow sospechaba de nosotros. Súbitamente, su conducta se volvió agresiva, y me interrogaba más detenidamente de lo que era habitual desde hacía tiempo. ¿Sabía algo sobre el condenado de su hijo? ¿Estaba Evelyn inquieta por ese despreciable bribón? A todo lo cual yo respondía con mi mejor sentido, aunque solo Dios sabe lo difícil que era mi posición. Más adelante, una noche, después de cenar, le encontré en la habitación de Evelyn, y se refirió a Kennington. Curiosamente, su opinión sobre este cortés soldado coincidía exactamente con la de su hijo. No confiaba en él, dudaba de su historial, y lo estigmatizaba injustamente como un pobre aventurero. Que yo sepa, el capitán ingresa una renta de ochocientas libras al año; su injuria me molestó y le dije abiertamente lo que pensaba. El resultado fue una enconada disputa, y la manifestación de una disculpa mezquina por su parte, que, en otras circunstancias, me hubiera satisfecho sobradamente. Sea como fuere, tuve que tolerarle, y escucharle mientras me decía que, bajo ninguna circunstancia, admitiría otra vez a Kennington en su casa. Después se marchó a su despacho, y yo a la habitación del cura para hablarles de mis sospechas.

Southby siempre temió a su padre. Mis noticias le alarmaron, y no dudó en afirmar que el viejo le entregaría a la policía si lo descubría en la casa. Evelyn pensaba igual, y cuando estuvimos solos me confesó su terrible situación.

—El capitán Kennington vendrá este fin de semana —me dijo.

Le conté lo que dijo el señor Borrow, y se alarmó aún más.

—Algunas veces desearía estar muerta —declaró.

Y yo, que sabía cuánto había sufrido esta alma sencilla, rogué a Dios por su fortaleza.

La noche siguiente iba a encontrarme con Lionel Mester en la maleza del bosque, y experimentar, con ello, la aprensión más aguda que tuve desde que comenzó este lamentable episodio.

Era la víspera del sábado, y yo volvía de Close Borrow para asistir al ensayo del coro en nuestra bella y antigua iglesia parroquial. A cien yardas del pozo, donde está la entrada secreta, me encontré otra vez con el hombre pequeño y grueso que Wellman identificó como un detective. Esta vez me detuvo, y, rogándome que me adentrara en la maleza, se presentó de inmediato.

—Habrá usted oído hablar de mí, caballero…, Lionel Mester, el colega del señor Southby.

—Si —dije—, he oído hablar de usted. ¿Cómo es que viene a este lugar tan peligroso?

—Porque hay algo que Southby debe saber, y no hay otra forma de hacerlo. Usted le ve todos los días y puede entregarle esta carta. He merodeado por aquí casi una semana intentando llevársela. No suelo confiar en estafadores endiablados…, no mucho. Pero usted tiene un aspecto decente, y voy a confiar en usted. Llévele esta carta, y dígale que, si hace lo que ahí pone, actuará bien, y todo irá sobre ruedas. Si no, buscaré un plan alternativo, ¡y mandaré este al infierno! ¡Dios!, llevo durmiendo entre ortigas, escocido, una semana; ¡y ya basta! Dígaselo a Southby y usted ya no sabrá más de mí.

Puso un sobre abultado en mi mano, e iba a seguir hablando cuando oímos unos pasos. Al instante, se zambulló entre la maleza con la agilidad de un gato salvaje; iba calzado con zapatos de suela de goma, y llevaba un bastón formidable; pero la agilidad de sus movimientos era lo más sorprendente; y pronunciando solo la palabra «policía» desapareció de mi vista.

Empujé el sobre en el bolsillo interior de mi abrigo y volví inmediatamente al camino. Cincuenta pasos más adelante me crucé con el superintendente Matthews, e intercambié las buenas noches con él. Parecía ir con prisa, dirigiéndose a la mansión, pero no se detuvo a cotillear conmigo, como solía hacer, y lo agradecí.

Se entenderá que este giro inesperado me dejó muy perplejo. Esperaba que Lionel Mester viniera a Borrow antes o después, pero ahora que ya lo había hecho percibí el considerable peligro que suponía para todos nosotros. No era por el hecho de que yo fuera un encubridor, por lo que podría ser víctima de esta desafortunada familia, y tener que responder ante la ley en la parte que me tocaba. Estaba dispuesto a cargar, hasta con esto, en favor de una mujer. Pero ahora que la posibilidad de ser descubiertos nos pisaba los

talones, y que la vergüenza y el sufrimiento planeaban sobre las sombras de esa antigua mansión si se desvelaba todo, confieso que perdí casi todo mi coraje. La carta era una prueba evidente que podía condenarme ante cualquier tribunal. Aun así decidí entregarla, y esa misma noche, sobre las diez en punto, subí a la casa y la puse en manos de Evelyn. A mi vuelta, un individuo desconocido me siguió a través de los matorrales, y me observó mientras entraba en mi residencia. Creo que era un oficial de policía, pero importaba poco que lo fuera o no, pues el sobre ya había sido entregado.

Esa noche dormí mal, atemorizado por el peligro de una situación que ya era casi intolerable. El día siguiente era sábado, dedicado casi entero a los colegios y a la iglesia, y ya no tuve noticias de Evelyn hasta que nos sentamos a cenar en Borrow Close. Había manifestado que se sentía algo mejor, y que cenaría con nosotros. Lo poco que hablamos en el porche, cuando le di las «buenas noches», no fue inesperado.

—Southby se marcha esta noche —me dijo.

—Gracias a Dios —respondí—, pues sabía que ninguno de nosotros aguantaría la tensión mucho tiempo.

Así nos despedimos, y ya no iba a volver a verla con vida otra vez. Tan valiente, tan tierna, era, verdaderamente, una mujer bendita, una ofrenda por el pecado del hombre, una mártir por quien se debían derramar las lágrimas. Un poco antes de medianoche se oyó un fuerte grito en la casa. El señor Borrow estaba despierto, y llegó el primero al lugar de los hechos. Encontraron a Evelyn tendida a los pies de la escalera circular que baja desde la larga galería a la habitación secreta. Evidentemente, había habido un forcejeo. Una barra de hierro dentada estaba tirada en las escaleras, a sus pies. La lámpara que llevaba estaba hecha trizas; la ventana situada en la esquina del octógono estaba rota, y los cristales esparcidos por el suelo. Destacaba el hallazgo de nueve libras en oro, metidas dentro de un guante, del mismo color y forma que los guantes que siempre llevaba el capitán Kennington.

He de decir que vestía un camisón largo, y que llevaba una bata puesta. La puerta de la habitación secreta permanecía abierta, pero nadie se interesó por su interior. Southby se había marchado de la casa. Solo el señor Borrow y Wellman se agacharon para asistir a la mujer que había sido agredida.

Estaba muerta: una herida fatal en la garganta le privó de la vida casi al instante. Como es natural, se avisó a la policía inmediatamente; y no perdieron un solo instante. Los batidores comenzaron a buscar en cada matorral del bosque que circundaba la casa; había patrullas vigilando por fuera en cada camino. Pero no se descubrió nada; no se encontró ni la sombra

de una pista. Ni siquiera el capitán Kennington pudo ofrecer sugerencia alguna. Supe, para sorpresa mía, que vino a Borrow el sábado por la tarde, como había prometido, pero habiendo oído el relato de los acontecimientos en boca de Evelyn, se marchó a dormir a la ciudad. El alboroto le despertó… a un amanecer como el que pocos hombres han tenido que sufrir.

Y este es el horrible crimen que se perpetró, y nadie ha respondido ante la justicia por él. ¡Que Dios nos ilumine para que el culpable pueda ser castigado!

La pruebas de esta misteriosa historia han sido remitidas al Sr. G. K. CHESTERTON, el creador del famoso detective de ficción: «EL PADRE BROWN».

Esta es una forma bastante original de contar historias, y el señor Chesterton ha asumido el espíritu que anima el esquema con el entusiasmo que le caracteriza. Su solución, o mejor, la del «padre Brown», al caso Donnington se plasmará en un relato completo que se incluirá en el próximo fascículo mensual de Premier.

Estoy negociando ahora con otros famosos detectives de ficción, y solo quiero mencionar que las próximas dos historias de esta serie están a cargo de los muy cualificados: Sr. ARTHUR QUILLER-COUCH y la BARONESA ORCZY.

El padre Brown resuelve el caso Donnington

Por descontado, era natural que pensáramos en buscar una opinión experta sobre la tragedia; o, al menos, algo que fuera más sutil que la apreciación de un policía cualquiera. Pero había muy pocas personas, o ninguna, a quienes se les pudiera consultar privadamente y con provecho. Me acordé de un investigador privado que se interesó por el problema que tuvo Southby al principio; solo porque recordaba su apellido singular, Shrike; pero se me informó que desde entonces se había enriquecido y estaba jubilado e incomunicado navegando en un barco de vela por las islas del Pacífico.

Mi viejo amigo Brown, el sacerdote católico que estaba en Cobhole, que con frecuencia me había aconsejado bien sobre problemas menores, me telegrafió que sentía no poder venir, ni siquiera una hora. Simplemente añadió —lo que confieso que consideré poco consecuente— que la clave podría ser la frase: «Mester tiene el alma más jovial posible».

El superintendente Matthews todavía sigue interesándose por cualquier consideración que le pueda llegar, pero, desde el punto de vista oficial, en la mayoría de los casos se muestra evasivo, y en algunos, incluso pasivo.

El señor Borrow parecía inalterablemente afligido por esta tragedia final; algo que era comprensible en un hombre anciano que, aun con sus defectos, no tuvo más que tragedia sobre tragedia, provenientes de su sangre y de su propio nombre.

En Wellman uno podía confiar cualquier cosa sin límite, incluso las joyas de la Corona, pero ni en una sola de sus ideas. Harriet es una mujer con demasiada bondad como para ser una buena detective. Consecuentemente, me quedé insatisfecho en mi afán por contar con una ayuda experta. Creo que los demás lo compartían en cierto grado, y que deseábamos que alguien, que no fuera ninguno de nosotros, compartiera nuestra situación. Una persona del mundo exterior, con más experiencia; alguien con un conocimiento —a ser posible— tan amplio, que incluso supiera de algún caso como el nuestro. Ciertamente, ninguno teníamos la más mínima pista de quién podría ser.

Ya expliqué que cuando se encontró el cuerpo de la pobre Evelyn, llevaba puesta su bata de noche, como si la hubieran llamado de repente de su habitación, y que la puerta del cuarto del cura permanecía abierta. Siguiendo no sé qué impulso, la cerré; y, según creo, no se volvió a abrir hasta que se hizo desde el interior. Confieso que, para mí, esta segunda apertura fue terrible.

El señor Borrow, Wellman y yo estábamos solos en el lugar donde se produjo la muerte. Estábamos solos, al menos hasta que un completo extraño entró, como de paseo, sin quitarse siquiera su gorra de visera. Era un individuo robusto, que venía sucio del camino, especialmente sus calzas, que las llevaba cargadas de la arcilla y el cieno de las incontables zanjas del terreno; pero que entraba completamente despreocupado, más de lo que yo mismo estaba. A pesar de su extrema suciedad y de su insolencia, le reconocí como el preso fugado, Mester, cuya carta entregué, de forma tan insensata, a su camarada. Entró en la estancia con las manos en los bolsillos y silbando. Después cesó el silbido y dijo:

—Parece que ustedes han cerrado la puerta otra vez. Supongo que sabrán que no resulta fácil abrirla por este lado.

A través de la ventana rota, que asomaba al jardín, podía ver al superintendente Matthews, de pie entre los arbustos, dando su ancha espalda a la casa. Fui hacia la ventana, y también silbé, aunque con una finalidad práctica. Pero aún no sé por qué la llamo práctica, porque el superintendente,

que debió oírme, no volvió la cabeza, ni dio muestra de ello, más que como si levantara un hombro.

—Yo no me preocuparía por el pobre viejo Matthews —dijo el individuo de la gorra con visera, en tono amistoso—, es uno de los mejores hombres del servicio, y debe estar terriblemente cansado. Ya me gustaría poder resolver casi tantos asuntos como hace él. —Y volvió a encender un cigarrillo.

—Señor Mester —le contesté algo acalorado—, envié a buscar al superintendente para que le arrestara a usted.

—Puede que sea así —contestó, tirando el fósforo por la ventana—. ¡Bien, pero no lo hará!

Me miraba fijamente con solemne impasibilidad. Y, aun así, se me antojaba que la solemnidad de su rostro producía menos efecto en mí que la inmensa e indiferente espalda del policía.

El individuo llamado Mester reanudó la conversación.

—Quiero decir que mi posición aquí puede que no se corresponda con lo que supone usted. Es cierto que ayudé a escapar al joven; pero no creo que sepa usted por qué lo hice. Es una vieja regla en nuestra profesión…

Antes de que pudiera terminar lancé un grito.

—¡Cállese! —grité—. ¿Quién hay detrás de la puerta?

Pude ver, por el solo movimiento de los labios de Mester, que estaba a punto de preguntar: «¿Qué puerta?», pero antes de que hablara, él también obtuvo la respuesta. De detrás de la puerta cerrada vino un ruido de algo que parecía vivo, si no era un ser humano, o que se movía, si no era un ser vivo.

—¿Qué hay en la habitación del cura? —grité, y busqué alrededor algo con que poder echar la puerta abajo. Cogí la barra de hierro dentada con ese propósito.

Entonces, la horrible función a la que sirvió aquella noche me abrumó, y caí sobre la puerta golpeándola débilmente, repitiendo solo:

—¿Qué hay en la habitación del cura?

Lo terrible fue que una voz tenebrosa, pero humana, contestó desde detrás de la puerta cerrada:

—¡El cura!

La pesada puerta se abrió muy despacio, empujada por una mano aparentemente no más fuerte que la mía. La misma voz que había dicho «el cura», dijo en tono bastante más simple:

—¿A quién, si no, esperaban?

La puerta giró lentamente en torno a las bisagras, hasta el final de su compás, y se dejó ver el negro perfil de un individuo achaparrado, en actitud

de disculpa, con un sombrero grande y un paraguas deteriorado. En todos los aspectos parecía una persona poco romántica e inapropiada para estar en la habitación del cura, excepto por el hecho accidental de que era un cura.

Vino directamente hacia mí, antes de que pudiera exclamar:

—¡Ha venido, después de todo!

Me dio la mano, y, antes de soltarla, me miró fijamente y con una expresión singular, que era triste pero a la vez más seria que triste. Solo puedo describirla como la cara que tenemos en el funeral de un amigo, no la que tenemos en el lecho de muerte de una persona querida.

—Al menos, le puedo felicitar —dijo el padre Brown.

Creo que me llevé la mano a la cabeza, despeinándome exaltado. Y estoy seguro de que le contesté:

—¿Y de qué me puede felicitar, en medio de esta pesadilla?

Con la misma cara me contestó impasible:

—De la inocencia de la mujer que será su esposa.

—Nadie —exclamé indignado—, ha intentado relacionarla con este asunto.

Él cabeceó con seriedad, como asintiendo.

—Ese era el peligro, sin duda —dijo con una mirada distraída—, pero ella está bien ahora, gracias a Dios. ¿No es verdad? —Y, como dando el último retoque a su opereta, se volvió hacia el hombre de la gorra con visera, trasladándole su pregunta.

—¡Oh, ella está suficientemente a salvo ahora! —dijo el individuo llamado Mester.

No puedo negar que en ese instante mi corazón se descargó de la duda, un peso que yo ignoraba. Sin embargo, estaba destinado a desvelar el enigma.

—¿Quiere decir, padre Brown —pregunté—, que usted sabe quién es el culpable?

—En cierto sentido, sí —contestó—. Pero debe recordar que en un caso de homicidio, la persona más culpable no siempre es el homicida.

—De acuerdo, la persona más culpable. Entonces —dije impacientemente —, ¿cómo vamos a castigar a la persona más culpable?

—La persona más culpable ya está castigada —dijo el padre Brown.

Hubo un largo silencio en el crepúsculo de la torrecilla, y mi mente se fatigaba con dudas que desbordaban su capacidad. Al fin, Mester dijo con brusquedad, pero no con mala disposición:

—Creo que ustedes dos, reverendos caballeros, deberían irse y hablar en algún otro lugar. Sobre el Hades, o sobre reclinatorios; o sobre cualquier otra

cosa. Tengo que pensar sobre esto por mí mismo. Me llamo Stephen Shrike; puede que hayan oído hablar de mí. Antes, incluso, de que mi súbita aprensión por los movimientos del interior de la habitación secreta hubiera asimilado estas fantasías, ya me había planteado la posibilidad, asombrosa, de que este preso que se había dado a la fuga fuera un detective. Pero no habría ni soñado que fuera uno tan famoso. El individuo que se había interesado por Southby, y que, desde entonces, ganó un renombre colosal, reivindicaba el caso para sí; y seguí a Brown, quien ya había empezado a bajar hacia la salida al bosque.

—La distinción entre el Hades y los reclinatorios… —empezó a decir el padre Brown.

—¡No haga el tonto! —le dije de manera destemplada.

—No le falta cierto valor filosófico —continuó el pequeño cura, con un ecuánime buen humor—. Los problemas humanos son, principalmente, de dos clases. Hay una clase que es accidental, que no puedes percibir porque son tan próximos que te caes sobre ellos como haces en un reclinatorio. Y luego hay otro tipo de mal, el auténtico. Y ese es el que un hombre intenta conseguir, independientemente de lo lejos que esté… profundo, profundo, perdido en el abismo. Inconscientemente, con su dedo rechoncho, señalaba hacia abajo, a la hierba, que estaba salpicada de margaritas.

—De cualquier manera, ha sido usted muy amable al venir —le dije—; pero desearía encontrar el sentido de las cosas que dice.

—Bien —me contestó pacientemente—, ¿ha encontrado el sentido de lo que le dije antes de venir aquí?

—¿Cómo? Usted hizo una observación disparatada —contesté—, que la clave de la historia estaba en el carácter alegre de Mester, pero… ¡cómo, bendito sea Dios, puede, de cualquier forma, ser esa la clave!

—Hasta ahora solo la clave —dijo mi acompañante—, pero mi primera conjetura parece que fue correcta. No es muy común encontrar esa alegría expresiva en personas que están sufriendo la pena de prisión, especialmente si su ruina se debe a una acusación falsa. Y me da la impresión de que el optimismo de Mester era un poco fingido. Sospeché también que lo de la aviación, y todo lo demás, fuera verdad o no, era solo para convencer a Southby sobre la posibilidad de huir. Pero si Mester era tan hábil para escapar, ¿por qué no se escapó por su cuenta?, ¿por qué estaba tan ansioso de cargar con un joven señorito que no parece que le fuera de mucha utilidad? Al darle vueltas, me fijé en otra frase de su manuscrito.

—¿En cuál? —le pregunté.

Sacó un trozo deteriorado de papel, con unos garabatos escritos a lápiz, y leyó en alto:

—«Después cruzaron un recinto en el que otros reclusos estaban trabajando».

Y, tras otra pausa, prosiguió:

—Esto, desde luego, era evidente. ¿Qué clase de prisión es aquella en la que los presos trabajan sin carceleros vigilando o haciendo la ronda? ¿Qué tipo de guardianes son, para permitir que dos condenados escalen dos muros y se marchen como si fueran de pícnic? Todo esto es evidente. Y la conclusión es más evidente todavía por muchas otras frases. «Parecía imposible que pudiera evitar la persecución que iba a provocar esta fuga». Hubiera sido imposible si *hubiera habido* una persecución. «Evelyn y Harriet me escucharon con ansiedad, y de la primera, empecé a sospechar que ya conocía la historia». ¿Cómo podría conocer ella la historia tan pronto, si los coches y los teléfonos de la policía no hubieran colaborado para transmitirle un mensaje de Southby? ¿Podrían los presos ir en un camello o en una avestruz? Y fíjese en la lancha motora. ¿Crecen en los árboles las lanchas motoras? No, todo es más simple. No solo el compañero de fuga era un detective de la policía, sino que todo el esquema de la huida fue un esquema de la policía misma, diseñado por las más altas autoridades de la prisión.

—Pero ¿por qué? —pregunté, mirándole fijamente—. ¿Y qué tenía que ver Southby con todo esto?

—Southby no tenía ninguna relevancia —me contestó—. Supongo que ahora estará escondido en alguna cuneta o en algún bosque, convencido de que es un fugitivo que andan buscando. Pero no le molestarán más. Ya ha hecho el trabajo que querían para ellos. Él es inocente. Era imprescindible que fuera inocente.

—¡Oh, no entiendo nada de todo esto! —exclamé impacientemente.

—Yo no entiendo nada de la mitad de esto —dijo el padre Brown—. Hay muchos problemas sobre los que le preguntaré más tarde. Usted conocía a la familia. Después de todo, yo solo dije que la frase sobre la alegría parecía ser una frase clave. Ahora quisiera que se concentrara en otra frase clave. «Decidimos que Harriet fuera a Bath sin más dilación, por si pudiera ser de alguna ayuda allí». Fíjese que esto viene enseguida, después de que usted se sorprendiera de que alguien se hubiera comunicado con Evelyn tan pronto. Bueno, supongo que ninguno de nosotros piensa que el gobernador de la prisión le telegrafió: «Confabulado con la fuga de su hermano, recluso 99». El mensaje debió llegar de parte de Southby en cualquier caso.

Yo rumiaba, contemplando cómo se iba mostrando el reflejo de la luz en las colinas y a través de los huecos de los árboles del jardín; después dije:

—¿Kennington?

Mi viejo amigo me miró un momento, esta vez con una mirada que no era capaz de descifrar.

—Desde mi punto de vista, la parte del capitán Kennington en este asunto es única —dijo—, y creo que deberíamos pensar sobre ella más tarde. Ahora baste que, según su relato, Southby no confiaba en él.

Volví a contemplar los reflejos de las colinas, que eran más claros, aun con el cielo encapotado, mientras mi acompañante continuaba, como el único que podía encontrar el orden propio de las cosas.

—Quiero decir, que la cuestión aquí es solo probable, pero está clara. Si ella recibió alguna comunicación de su hermano sobre su fuga, ¿por qué no habría recibido también información sobre dónde iría? ¿Por qué tenía que dejar ir a su hermana a Bath, cuando se le pudo haber dicho que su hermano no iría allí? Ciertamente, ¿no diría un joven caballero, en una carta personal, en prevención de un riesgo mayor, que se dirigía a Bath, en vez de que se había escapado de la prisión? Alguien o algo tuvo que influir a Southby para que dejase su destino incierto. Y ¿quién podría haber influido en Southby sino su compañero de fuga?

—Que actuaba para la policía, según su teoría.

—No. Según su confesión.

Después de un silencio que parecía elocuente, Brown dijo, con un énfasis que nunca le vi, y mientras se echaba sobre un banco del jardín:

—Lo que le digo es que toda esta cuestión de los dos lugares de refugio —todo el tema de Harriet Donnington yéndose a Bath—, fue una sugerencia que llegó de Southby, pero promovida por Mester, o Shrike, o como se llame ese individuo, y es la clave del complot de la policía.

Se acomodó en el asiento frente a mí apretando las manos sobre la gruesa empuñadura de su paraguas, de modo más agresivo de lo que era típico en él. Sin embargo, la luna del atardecer lucía sobre la pequeña planta bajo la que estaba sentado, y cuando volví a verle el rostro comprobé que estaba tan templado como el de la luna.

—Pero ¿por qué organizaron esa trama? —le pregunté.

—Para separar a las hermanas —dijo—. Esa es la clave.

Le contesté inmediatamente:

—Las hermanas, en realidad, no podían separarse.

—Sí podían muy fácilmente —dijo el padre Brown—, y a eso se debe… —Aquí su claridad falló, y comenzó a dudar.

—¿A eso se debe qué? —le insistí.

—A eso se debe que pueda felicitarle a usted —dijo, por fin.

El silencio se impuso otra vez un momento, y no soy capaz de definir la irritación con la que le respondí:

—Oh, ¿supongo que usted lo sabe todo al respecto?

—¡No, en realidad no! —dijo, inclinándose hacia delante, como rechazando una acusación de injusticia—. Estoy confundido sobre la cuestión en su conjunto. ¿Por qué los guardianes no lo encontraron antes? ¿Por qué, en cualquier caso, lo encontraron? ¿Se resbaló en el forro? ¿O la letra era tan ilegible como para eso? Ya conozco la cuestión del refinamiento en la conducta; ¡pero seguro que le quitaron la ropa! ¿Cómo pudo llegar el mensaje? Tiene que ser el forro.

Levantó la cabeza, con una expresión en la cara tan honesta como un pez flotando de plano, y, en correspondencia, templadamente, le dije:

—En realidad no sé de qué está usted hablando, usted y sus forros. Pero si se refiere a cómo pudo Southby hacer llegar su mensaje a salvo a su hermana, sin riesgo de que fuera interceptado, he de decir que no había nadie más que pudiera hacerlo con éxito. El chico y la chica fueron siempre grandes amigos desde la niñez, y, que yo sepa, entre ellos tenían uno de esos lenguajes secretos que con frecuencia tienen los niños, que fácilmente convierten después en una especie de lenguaje cifrado. Y ahora que lo pienso…

El paraguas de robusta empuñadura resbaló del banco y golpeó la gravilla, y el cura se levantó en vertical.

—¡Qué idiota soy! —dijo—. ¡Por qué nadie pudo pensar en un lenguaje cifrado! Se ha marcado un buen tanto, amigo mío. ¿Supongo que lo sabrá usted todo ahora?

Estoy convencido de que no se percató de que repetía con sinceridad lo que yo dije figuradamente.

—No —contesté muy en serio—. Yo no sé todo sobre esto, pero pienso que es muy posible que usted sí. Cuénteme la historia.

—No es una bella historia —dijo de manera un tanto glacial—; al menos, lo que tiene de bueno es que ya pasó. Pero primero déjeme decir lo que menos me agrada…, que usted ya conocía bien. He pensado mucho sobre un tipo de señorita intelectual inglesa, en especial cuando es, al mismo tiempo, aristócrata y provinciana. Creo que se la suele juzgar muy superficialmente. O, quizá debería decir, con excesiva severidad. Se supone que es incapaz de

tener pasiones mortales ni tentaciones. Dejémosla que evite el alcohol durante la cena, dejémosla cuidar su hermosura y saber cuál es el sentido de la dignidad en el vestir, dejémosla leer gran cantidad de libros y hablar de altos ideales; y todos asumen que es única en su clase, incapaz de codiciar ni de mentir; que sus ideas siempre son simples, y sus ideales siempre se cumplen. Pero, en realidad y verdaderamente, amigo mío, por su relato, parece que su carácter era más complicado que todo esto. Evelyn fingió, muy inteligentemente, una indisposición. Asumiendo que no es culpable, no veo cómo podría haber fingido nada. Aunque, de cualquier manera, este es uno de los poderes que se les otorga a los santos. Usted «empezó a sospechar» que Evelyn ya sabía sobre la fuga. ¿Por qué no le dijo que ya lo sabía? Usted se asombró de que el superintendente Matthews registrara la casa, y que ella no le dijese nada; y supuso que le habría sido difícil transmitirle el mensaje. ¿Por qué habría de ser difícil? Parece que a usted se le informó siempre que realmente se le necesitó. No; intentaré hablar de esta mujer como de alguien por cuya alma rezaré, y cuya verdadera defensa nunca podré oír. Pero mientras haya personas vivas cuyo honor esté en peligro sin merecerlo, simplemente me niego a partir de la presunción de que Evelyn Donnington no podía hacer el mal.

Las nobles colinas de Sussex parecían tan lúgubres como los páramos de Yorkshire, mientras él continuaba convincentemente, hurgando en la tierra con su paraguas.

—Los primeros hechos en su defensa, si necesita de alguna, son: que su padre es un miserable, que tiene un temperamento violento, mezclado con un cierto tipo de orgullo familiar puritano; y, sobre todo, que ella le temía. Ahora, suponga que realmente quería tener dinero, puede que con un buen propósito; o, de nuevo, puede que no. Me dijo que su hermano y ella tuvieron siempre lenguajes y planes secretos; suele ser común entre niños intimidados y aterrados. Ciertamente, creo que fue un paso más allá en una situación apurada, y que fue real y penalmente responsable del documento falso con el que su hermano aparentaba estar buscando ayuda financiera. Sabemos que con frecuencia existe un parecido familiar en el modo de escribir, que alcanza incluso hasta el facsímil. Consecuentemente, no veo por qué no puede haber un parecido familiar semejante en los defectos por los que los expertos pueden detectar una falsificación. De cualquier forma, el hermano tenía un mal historial, que aumentó mucho más de lo que debía por la intervención de la policía; y se le envió a la cárcel. Supongo que convendrá conmigo que ahora tiene muy buen historial.

—¿Quiere decir —observé, curiosamente estremecido por su expresión contenida— que Southby sufrió todo este tiempo, en vez de hablar?

—No te alegres de mí, Satán, mi enemigo —dijo el padre Brown—, porque cuando caigo, yo mismo me levanto. Esta parte de la historia es realmente buena.

Tras un silencio, continuó:

—Ahora estoy prácticamente convencido de que cuando se le arrestó llevaba consigo alguna carta o mensaje de su hermana. Pienso y supongo que sería algún mensaje con el reconocimiento de su culpa. Sea lo que fuere, debía contener dos cuestiones: algún reconocimiento o alusión que aclaraba la culpa de su hermana, y una petición urgente de que su hermano volviera directamente junto a ella cuando estuviera libre para hacerlo. Lo más importante es que no estaba firmada con su nombre, sino solo «Tu infeliz hermana».

—Pero, buen hombre —exclamé—, ¡habla usted como si hubiera visto la carta!

—La veo en sus consecuencias —contestó—. La amistad con Mester, el rechazo de Kennington, la hermana en Bath y el hermano en la habitación del cura, vino todo de esa carta, y de ninguna otra.

—La carta, sin embargo, estaba cifrada; y en un código muy difícil de entender, habiéndolo inventado unos niños. ¿Le impresiona esto como paradójico? ¿No sabe que los signos más difíciles de descifrar son los arbitrarios? Y si dos niños acuerdan que «grunk» significa la hora de dormir, y «splosh» significa el tío William, llevará mucho más tiempo a un experto entenderlo que descifrar un sistema de letras o de números que han sido reemplazados por otros. Consecuentemente, aunque la policía encontró el papel, no pudieron entenderlo por completo antes de que Southby ya estuviera cumpliendo su condena. Entonces supieron que una de las hermanas de Southby era la culpable y que él era inocente; y pudieron apreciar que él no engañaría nunca. El resto, como le dije, era simple y lógico. Lo único que podían hacer era aprovecharse de Southby, incitándole a ir directamente a la culpable con la que se carteó. Se le dieron todas las facilidades para escapar y comunicarse lo antes posible, mientras la policía pudiera mantener la separación de las hermanas, a través de Mester, quien debía lograr que la otra se fuera a Bath. Y, durante esas noches horribles, cuando la policía se acercaba a usted, como lobos a su alrededor, o como fantasmas, no era Southby el motivo por el que estaban esperando.

—Pero ¿por qué esperaban a alguien? —pregunté súbitamente, después de un silencio—. Si estaban seguros, ¿por qué no la arrestaron?

Él asintió moviendo la cabeza y suspirando.

—Puede que tenga usted razón. Puede que convenga ahora considerar el caso de Kennington. Desde luego, él lo sabía todo desde dentro. Usted mismo comprobó que tenía privilegios en esa prisión. Le entristecerá, como persona que acata la ley, que haya usado de su influencia para saltarse la reglamentación. Se puede conseguir mucho faltando a un cargo. Y mucho más se puede conseguir faltando a las personas…, golpeándolas, dicho vulgarmente. Usó de cualquier ocasión, buena o mala, para retrasar el arresto de Evelyn. Uno de los miles de pequeños retrasos fue «fingir una indisposición».

—¿Por qué Southby le llamó traidor? —le pregunté con recelo.

—Con muy buen fundamento —dijo mi amigo—. Suponga que usted ha evadido las reglas de la prisión, y que su amigo envía un coche a buscarle, y le devuelve a ella. Suponga que su amigo le ofrece sacarle en su yate, y que coge el rumbo equivocado, hasta que le adelanta una lancha motora. Suponga que Southby quería llegar a Sussex, y Kennington le apartaba siempre hacia Cornualles o Irlanda o Normandía. ¿Cómo espera que Southby le califique?

—Bueno —dije—, ¿cómo le llamaría usted?

—¡Oh! —exclamó el padre Brown—, yo lo llamaría un héroe.

Le miré inquiriendo en su rostro, relativamente anodino, iluminado por el crepúsculo lunar; y súbitamente se levantó y paseó por el camino con la impaciencia de un escolar.

—Si tuviera tinta y cálamo, escribiría la mejor historia de aventuras nunca jamás contada sobre esto. ¿Hubo una situación semejante alguna vez? Southby fue zarandeado hacia un sitio y hacia otro, tan inconsciente como un balón de fútbol, entre dos hombres muy capaces y vigorosos, uno de los cuales quería seguir sus huellas hasta su hermana culpable, mientras el otro torcía sus pies en dirección contraria a cada paso. Southby pensaba que el amigo de su casa era su enemigo, y el que iba a destruirla su amigo. Los dos que lo sabían tenían que luchar en silencio, pues Mester no podía hablar sin prevenir a Southby, y Kennington no podía hablar sin denunciar a Evelyn. Resulta claro, por lo que dijo Southby respecto de los falsos amigos y el mar, que Kennington, finalmente, lo secuestró en un yate, pero solo Dios sabe en qué densos bosques, islotes de río, o sendas sin término se libró la misma guerra; el fugitivo y el detective tratando de mantener la dirección, el traidor y amante tratando de desviarla. Cuando Mester venció, y sus hombres se

agruparon alrededor de esta casa, el capitán no pudo hacer más que venir y ofrecer su ayuda, pero Evelyn no le abrió la puerta.

—¿Y por qué no?

—Porque tenía el lado bueno del miedo, como también el lado malo —dijo el padre Brown—. «Audaz ante la vida», dijo usted con mucha perspicacia. Tenía miedo de ir a la cárcel; pero, por su honor, también temía casarse. Es un tipo producido por todo este refinamiento. Querido amigo, quiero decirle un secreto, a usted y a todo su mundo moderno. Nunca alcanzarán lo bueno que hay en la gente hasta que no hayan conocido lo malo que hay en ella.

Al cabo de un rato añadió que deberíamos regresar a la casa, y se puso a andar en esa dirección con premura.

—Por supuesto —dijo, mientras se iba—, el fajo de billetes que le pasó a Southby eran solo para ayudarle a marcharse y despejar la posibilidad de arrestar a Evelyn. Mester no es mala persona para ser un técnico. Pero ella se daba cuenta del peligro que corría, e intentó entrar en la habitación del cura.

Yo todavía estaba incubando el raro caso de Kennington.

—¿No se encontró el guante?

—¿No estaba la ventana rota? —preguntó de rebote—. Un guante bien retorcido y cargado con nueve libras en oro, y probablemente también con una carta, puede romper la mayoría de las ventanas si se lanza por un individuo que ha sido jugador de bolos. Por supuesto que había una nota. Y por supuesto la nota era comprometida. Le dejó dinero para escapar, y la prueba de aquello por lo que ella se escapaba.

—Y, después, ¿qué le ocurrió? —le pregunté de manera un poco estúpida.

—Algo que también le ocurrió a usted —dijo—. Usted también tuvo dificultad para abrir la puerta secreta desde fuera. Usted también cogió la barra de hierro dentada, de la cortina o de la ventana, para golpearla. Usted también vio abrirse despacio la puerta desde el interior. Pero usted no vio lo mismo que ella.

—¿Y qué vio ella? —dije, al final.

—Vio al hombre al que más daño había hecho —dijo el padre Brown.

—¿Se refiere a Southby?

—No —dijo—, Southby demostró una virtud heroica, y está contento. El hombre al que más daño había hecho era el hombre que nunca tuvo, ni intentó tener, más que una sola virtud… una clase de justicia amarga. Y, por ella, fue injusto toda su vida…, pues le hizo mimar a la mujer malvada y arruinar al hombre íntegro. Usted me dijo en sus notas que con frecuencia se escondía en

la habitación del cura, para descubrir quién era fiel o infiel. Esta vez vino empuñando una espada que había en esa habitación desde los días en que la gente iba a la caza de mi religión. Encontró la carta, pero desde luego, la destruyó antes de hacer… lo que hizo. Sí, viejo amigo, puedo sentir el horror de su rostro sin verlo. Pero, desde luego, ustedes, la gente moderna no saben cuántas clases distintas de personas hay en el mundo. No estoy hablando de aprobación, sino de simpatía…, la clase de simpatía que tengo por Evelyn Donnington. ¿Tiene usted antipatía con la justicia fría y cruel, o con las transigencias fatales de este apetito intelectual? ¿Tiene usted antipatía a un Bruto, que mató a su amigo? ¿Tiene usted antipatía al monarca que mató a su hijo? ¿Tiene usted antipatía a Virginius, que mató…? Pero creo que debemos entrar ya.

Subimos las escaleras en silencio, y, con el alma en ascuas, esperaba encontrarme una escena que todavía sobrepasara las que habían ocurrido en esa torre. Y, en cierto sentido, la encontré. La estancia estaba vacía, excepto por Wellman, que se encontraba de pie, detrás de una silla vacía, tan impasible como si estuviera ante miles de invitados.

—Han avisado al Dr. Browning, señor —dijo en un tono monótono.

—¿Qué quiere decir? —exclamé—. ¿No hubo ninguna pregunta relacionada con la muerte?

—No, señor —dijo, tosiendo levemente—; el Dr. Browning solicitó que viniera otro doctor desde Chichester, y se llevaron al señor Borrow.

LA VAMPIRESA DEL PUEBLO

En el requiebro de un camino en las colinas, donde dos álamos se erguían como pirámides empequeñeciendo el puñado de casas que era el diminuto pueblo de Potter’s Pond, caminaba una vez un hombre con un atuendo de corte y color curiosos, vistiendo un abrigo de color rojo vivo y un sombrero blanco sobre negros y deleitosos rizos que terminaban en una especie de florida patilla byroniana.

El secreto de por qué llevaba ropas de tan fantástica antigüedad, llevándolas con un aire desenvuelto e incluso jactancioso, era solo uno de los muchos enigmas que se aclararían resolviendo el misterio de su destino. El quid de la cuestión está en que cuando había dejado atrás los álamos desapareció como si se hubiese difuminado en el pálido y creciente amanecer o hubiese sido arrastrado por el viento de la mañana.

Su cuerpo fue hallado casi medio kilómetro más allá solo una semana después, destrozado sobre las rocas de un jardín en cuesta que conducía a una silenciosa casa abandonada llamada «La Hacienda». Justo antes de evaporarse, se le había oído discutiendo aparentemente con algunos acompañantes, y sobre todo denostando al pueblo como una «pequeña y ruin aldea», y por eso se suponía que había suscitado un arranque apasionado de patriotismo local del que había sido víctima. De hecho, el médico del pueblo afirmó que su cráneo había sufrido un fuerte golpe que pudo causarle la muerte, probablemente infligido con una especie de porra o garrote. Esto coincidía con la hipótesis de una agresión por parte de algunos palurdos encolerizados. Pero nadie encontró indicios de ningún palurdo en particular, de modo que la investigación concluyó que fue asesinado por algunos desconocidos.

Un año o dos después la causa fue de nuevo abierta de un modo curioso; una serie de acontecimientos que hicieron que un tal doctor Mulborough, conocido entre sus íntimos como Mulberry[22] en clara alusión a algo abundante y jugoso que sugería su oscura rotundidad y su rostro de tonos morados, viajara en tren hacia Potter’s Pond acompañado de un amigo a quien siempre había consultado asuntos de este tipo. En contraste con su apariencia pesada y lenta, el doctor tenía buen instinto y era realmente un hombre de destacado sentido común, cosa que le llevó a presentar el caso a un pequeño sacerdote llamado Brown, a quien había conocido hace años en un caso de

envenenamiento. El pequeño cura estaba sentado frente a él, con la apariencia paciente de un bebé recibiendo instrucciones, mientras el doctor le explicaba detalladamente las verdaderas razones del viaje.

—No puedo estar de acuerdo con el hombre del abrigo rojo en que Potter's Pond es únicamente una pequeña y ruin aldea. Es sin duda un pueblo muy antiguo y aislado hasta el punto de que parece algo de otro mundo, como un pueblo de hace cien años. Las hilanderas parecen hilanderas (¡maldición, puedes hasta imaginártelas hilando!). Las damas no solo son damas, son «gentiles-damas»; y el farmacéutico no es un farmacéutico, sino un boticario. Admiten la existencia de un sencillo doctor como yo simplemente para que ayude al boticario, pero me consideran una novedad de jóvenes, porque solo tengo cincuenta y siete años y llevo viviendo en el pueblo tan solo veintiocho. El abogado da la impresión de estar aquí desde hace veintiocho mil años. Y luego está el viejo almirante, que es como una ilustración de Dickens, con una casa llena de conchas y de sables y con un telescopio.

—Supongo —dijo el padre Brown— que siempre hay un cierto número de almirantes que acaban en la costa, pero nunca entendí por qué se abandonan tan en el interior.

—Desde luego que ningún lugar, vivo o muerto, en las profundidades del país está libre de estas pequeñas criaturas —dijo el doctor—. Y luego, por supuesto, hay una especie de clérigo en su polvorienta versión *tory* y de la High Church que se remonta al arzobispo Laud, que tiene más de vieja dama que cualquiera de las viejas damas. Es un viejo pájaro estudioso de pelo cano, más fácilmente impresionable que las hilanderas. De hecho, las hilanderas, de principios puritanos, son a veces deliciosamente directas en su hablar, como los verdaderos puritanos lo eran. Una o dos veces he oído a la anciana señora Carstairs-Carew usar expresiones tan vivas como cualquiera de la Biblia. El querido y viejo clérigo es un asiduo lector de la Biblia pero a menudo imagino que cierra sus ojos cuando llega a esas palabras. Bueno, usted sabe que no soy particularmente moderno. No disfruto del jolgorio y desenfreno de los desmanes de la Alegre Juventud.

—La Alegre Juventud no los disfruta —dijo el padre Brown—. Esa es la verdadera tragedia.

—Pero, naturalmente, estoy más en contacto con el mundo que la gente de este pueblo prehistórico —prosiguió el doctor—. Y he llegado a un punto en el que hasta doy la bienvenida al Gran Escándalo.

—No me diga que los desmanes de la Alegre Juventud han encontrado Potter's Pond después de todo —observó el sacerdote sonriendo.

—Oh, incluso nuestro escándalo tiene el cliché de los viejos melodramas. ¿Debería añadir que el hijo del clérigo parece ser nuestro problema? Sería algo diferente si el hijo del clérigo fuese más normal. Hasta donde puedo saber es un estrafalario debilucho y apacible. El primero que fue visto bebiendo cerveza fuera del «León Azul». Parece que es un poeta, que en estos lugares es lo más parecido a ser un cazador furtivo.

—Cierto —dijo el padre Brown—, incluso en Potter's Pond eso no puede ser el Gran Escándalo.

—No —replicó el doctor con seriedad—. El Gran Escándalo comenzó antes. En esa casa llamada «La Hacienda», situada en el extremo final del bosquecillo, vive una dama. Una Dama Solitaria. Ella se hace llamar la señora de Maltravers (que es como la llamamos), pero llegó solo hace uno o dos años y nadie sabe nada sobre ella. «No puedo entender por qué quiere vivir aquí» —dijo la señora Carstairs-Carew. «No la visitamos».

—Tal vez es por eso por lo que quiere vivir allí —dijo el padre Brown.

—Bueno, su reclusión es considerada como algo sospechoso. Ella les desagrada por ser de buena apariencia y tener incluso lo que se llama buen estilo. Y todos los hombres jóvenes están advertidos contra ella como si fuese una vampiresa.

—Las personas que pierden toda su caridad normalmente pierden toda su lógica —remarcó el padre Brown—. Es realmente ridículo quejarse de que quiere permanecer aislada y luego acusarla de vampirizar a toda la población masculina.

—Eso es verdad —dijo el doctor—. Desde luego ella es una persona enigmática. La he visto y la encuentro intrigante; una de esas mujeres morenas, altas y elegantes, y bellamente feas, si sabe usted lo que quiero decir. Es ingeniosa y, aunque joven, da la impresión de tener lo que llaman, bueno, experiencia. Lo que las ancianas llaman «un pasado».

—Todas las ancianas parecen haber nacido en este mismo instante —observó el padre Brown—. Debo pensar que se supone que ha vampirizado al hijo del párroco.

—Sí, y parece ser un desagradable problema para el pobre viejo párroco. Parece que ella es viuda.

La cara del padre Brown tuvo un espasmo de rara irritación.

—Parece que es viuda, como parece que el hijo del párroco es el hijo del párroco, y parece que el abogado es el abogado o parece que usted es el doctor. ¿Por qué demonios no iba ella a ser una viuda? ¿Tienen ellos una evidencia de primera mano para dudar de que ella sea lo que dice ser?

El doctor Mulborough sacudió bruscamente sus fornidos hombros y se levantó.

—De nuevo tiene usted razón —dijo—, pero aún no hemos llegado al escándalo. Bueno, el escándalo es que es una viuda.

—Oh —dijo el padre Brown, y su rostro se alteró y dijo algo murmurando débilmente, algo así como «¡Dios mío!».

—Ante todo —dijo el doctor— han hecho un descubrimiento sobre la señora de Maltravers. Ella es una actriz.

—Lo suponía —dijo el padre Brown—. No pregunte por qué. Tenía otra suposición acerca de ella que podría parecer aún más irrelevante.

—Bueno, en ese momento era suficiente escándalo el que ella fuese una actriz. Al querido viejo clérigo se le rompió el corazón tanto como para pensar que sus cabellos blancos iban a ser conducidos de pena a la tumba por culpa de una actriz y una aventurera. Las hilanderas chillaron en coro. El almirante reconoció que alguna vez había ido al teatro en la ciudad, pero se opuso a estas cosas en lo que él llama «nuestro ambiente». Bueno, por supuesto que yo no tengo ninguna objeción de ese tipo. Esta actriz es ciertamente una dama, aunque tenga algo de Dama Oscura, al estilo de los Sonetos. El joven está realmente enamorado de ella y yo soy sin duda un viejo tonto sentimental al tener simpatía con la juventud perdida que da vueltas por los alrededores de la «Inaccesible» Hacienda. Y ya estaba empezando a hacerme una idea pastoril de este idilio cuando de repente el rayo cayó. Y yo, que soy la única persona que ha tenido cierta simpatía por esa gente, soy el encargado de ser el mensajero de la condena.

—Sí —dijo el padre Brown—, ¿y por qué le han enviado?

El doctor respondió con una especie de gemido:

—La señora de Maltravers no es solo una viuda, sino la viuda del señor Maltravers.

—Tal y como lo dice suena como una revelación impactante —reconoció el cura con seriedad.

—Y el señor Maltravers —continuó su amigo médico— es el hombre que fue aparentemente asesinado en este mismo pueblo uno o dos años atrás; supuestamente golpeado en la cabeza por uno de los sencillos lugareños.

—Recuerdo que me lo contó —dijo el padre Brown—. El doctor, o algún doctor, dijo que probablemente murió al ser golpeado en la cabeza con un garrote.

El doctor Mulborough permaneció en un embarazoso silencio durante unos instantes y luego dijo con sequedad:

—Los perros no se comen entre sí, y los médicos no se meten con otros médicos, incluso aun cuando sean médicos chiflados. Preferiría no hacer ningún tipo de comentario acerca de mi eminente predecesor en Potter’s Pond si pudiese evitarlo, pero sé que es usted un seguro para los secretos. Hablando confidencialmente, mi eminente predecesor en Potter’s Pond era un tonto redomado; un viejo vago borracho absolutamente incompetente. Fui requerido por el jefe de policía del condado (he vivido largo tiempo en el condado aunque solo recientemente en el pueblo) para que le echase un ojeada a todo el asunto; las declaraciones y pistas de la investigación y todo lo demás. Y, simplemente, no hay ninguna duda. Maltravers debió ser golpeado en la cabeza; era un actor pasajero que pasaba por allí, y Potter’s Pond considera que forma parte del orden natural de las cosas que ese tipo de personas sean golpeadas en la cabeza. Pero quienquiera que le golpease no lo mató. Es absolutamente imposible que esa herida, tal y como fue descrita, pudiese causar algo más que dejarle fuera de combate durante un par de horas. Y últimamente he recopilado otros datos acerca del asunto, y la conclusión es un poco desazonadora.

Se sentó observando el paisaje como si resbalase a través de la ventana, y luego dijo con mayor brusquedad aún:

—He venido hasta aquí y he pedido su ayuda porque va a haber una exhumación. Hay muchos indicios de envenenamiento.

—Y ya hemos llegado a la estación —dijo el padre Brown con alegría—. Supongo que lo que piensa es que el hecho de envenenar al pobre hombre solo puede recaer naturalmente en los deberes caseros de su mujer.

—Bueno, parece que nunca ha habido nadie más aquí que tuviese ninguna otra conexión con él —replicó Mulborough mientras descendían del tren—. Como mucho hay una vieja historia que ronda por ahí acerca de un actor arruinado; pero la policía y el procurador local parecen convencidos de que es un entrometido desequilibrado con algunas ideas fijas acerca de una pelea con un actor que era su enemigo, pero que con seguridad no era Maltravers. Un accidente aislado, debo decir, que no tiene nada que ver con el problema del envenenamiento.

El padre Brown había oído la historia. Pero sabía que no conocía una historia hasta que no conocía a los protagonistas de la historia. Dedicó los siguientes dos o tres días a ir por los alrededores, con una u otra excusa, visitando a los principales actores del drama. Su primera entrevista con la misteriosa viuda fue breve pero clarificadora. Y sacó en claro al menos dos hechos: el primero, que la señora de Maltravers a veces hablaba de un modo

que el pueblo victoriano llamaría cínico; y, el segundo, que, como no pocas actrices, parecía pertenecer a su propio credo religioso.

No era tan ilógico (ni tan poco ortodoxo) como para inferir de este último hecho que ella era inocente del crimen. Sabía bien que su propio credo religioso contaba con unos cuantos distinguidos envenenadores. Pero no tuvo ninguna dificultad en comprender su conexión, en esta clase de casos, con una cierta libertad intelectual que estos puritanos llamarían laxitud, y que a esta clase de parroquianos de la vieja Inglaterra les parecería sin duda casi cosmopolita. De todos modos, estaba seguro de que ella conseguiría lo que se propusiese, fuese bueno o malo. Sus ojos marrones eran osados hasta ser batalladores, y su enigmática boca, irónica y algo ancha, sugería que sus propósitos hacia el poético hijo del párroco, fuesen los que fuesen, eran realmente profundos.

El poético hijo del párroco, al que entrevistó, para escándalo del pueblo, en un banco frente al «León Azul», le dio una impresión de puro malhumor. Hurrel Horner, hijo del reverendo Samuel Horner, era un joven robusto con una pálida chaqueta gris con cierto toque artístico en su corbata verde pálido, que llamaba principalmente la atención por su melena de colores otoñales y su permanente ceño fruncido. Pero el padre Brown tenía su forma de hacer que la gente que rehusaba decir una sola palabra explicase por qué. Sobre las murmuraciones escandalosas que circulaban por todo el pueblo, el joven empezó a maldecir con libertad. Él incluso añadió una más de su propia cosecha. Refirió amargamente los flirteos que en el pasado hubo entre la puritana señora Carstairs-Carew y el abogado, el señor Carver. Incluso llegó a acusar a dicho consejero legal de haber intentado forzarle a conocer a la señora de Maltravers. Pero cuando empezó a hablar de su propio padre, bien fuese por un poco de decencia o de piedad, o porque su enfado era demasiado profundo como para hablar, solo balbuceó una o dos palabras.

—Bueno, ahí está. La denuncia día y noche como una aventurera pintoresca; una especie de camarera con el pelo teñido. Le he dicho que ella no es así; usted la ha conocido por sí mismo y sabe que ella no es así. Pero él nunca se encontrará con ella. Nunca la verá en la calle o por la ventana. Una actriz ensuciaría su casa e incluso su propia persona. Si se le dice que es un puritano él dirá que está orgulloso de serlo.

—Su padre —dijo el padre Brown— tiene derecho a tener sus propios puntos de vista, sean los que sean; no son puntos de vista que yo entienda muy bien. Pero estoy de acuerdo en que no tiene derecho a juzgar a una dama

a la que nunca ha visto e incluso rehusar mirarla para ver si tiene razón. Es ilógico.

—Esa es su máxima obstinación —replicó el joven—. Ni siquiera un encuentro ocasional. Por supuesto que también truena igualmente contra mis otros gustos teatrales.

El padre Brown siguió con delicadeza la nueva apertura y consiguió mucho de lo que quería saber. La citada poesía, que era como una mancha en el carácter del joven, era casi toda poesía dramática. Había escrito tragedias en verso que habían sido admiradas por buenos críticos. No era simplemente un tonto aficionado; de hecho no era en ningún caso tonto. Tenía algunas ideas realmente originales sobre cómo interpretar a Shakespeare; era fácil entender que estuviese encantado y deslumbrado por la brillante dama de la Hacienda. Tanto dulcificó al rebelde de Potter's Pond la simpatía intelectual del sacerdote que, en su despedida, él sonrió.

Fue esa sonrisa la que de repente reveló al padre Brown que el joven era realmente miserable. Mientras solo fruncía, podría haber sido simplemente malhumor; pero cuando sonrió fue de algún modo una revelación más real de pena.

Algo de la entrevista con el poeta siguió atormentando al sacerdote. Un instinto profundo le aseguraba que el joven robusto estaba carcomido por un pesar mayor que la historia convencional de unos padres convencionales obstaculizando el curso del amor verdadero. Seguro que era así, pues no había otra posible causa evidente. El muchacho era ya un éxito literario; se podría decir que sus libros estaban comenzando a triunfar. Tampoco bebía ni disipaba su merecida salud. Sus conocidas juergas en el «León Azul» se reducían a un vaso de cerveza suave; y además parecía ser muy cuidadoso con su dinero. El padre Brown pensó en otra posible complicación relacionada con los amplios recursos de Hurrel y sus escasos gastos, y su frente se oscureció.

La conversación de la señora Carstairs-Carew, a quien vio después, estaba destinada a pintar al hijo del clérigo con los colores más oscuros. Pero mientras estaba dedicada a bombardearle con todos los vicios posibles de los que el padre Brown estaba seguro que el joven no tenía, él le atribuyó una típica combinación de puritanismo y cotilleo. La dama, aunque altiva, era sin embargo bastante amable, y ofreció al visitante un pequeño vaso de vino de oporto y un pedazo de pastel de semillas, al estilo de cualquiera de nuestros bisabuelos, antes de que lograse escapar de un sermón sobre la decadencia general de la moral y las costumbres.

Su siguiente escala fue mucho más chocante, ya que desapareció por un oscuro y sucio callejón, por el que la señora Carstairs-Carew se habría negado a seguirle incluso solo con el pensamiento; y después en un piso estrecho y ruidoso, debido a una voz alta y declamatoria que procedía de un ático. De él salió, con una expresión bastante aturdida, perseguido hasta la acera por un hombre muy excitado con una barba azul y una negra levita desteñida a tonos verde botella, que estaba argumentando a gritos:

¡Él no desapareció! ¡Maltravers nunca desapareció! Apareció: él apareció muerto y yo he aparecido vivo. Pero ¿dónde está el resto de la compañía? ¿Dónde está ese hombre, ese monstruo, que robó deliberadamente mis párrafos, destrozó mis mejores escenas y arruinó mi carrera? Yo era el mejor Tubal que nunca pisó los escenarios. Él hacía de Shylock, ¡no necesitaba actuar muy bien para eso! Y todo en la gran oportunidad de toda mi carrera. Podría enseñarle recortes de prensa con mis interpretaciones de Fortinbras…

—Estoy seguro de que eran excelentes y muy merecidos —musitó el pequeño sacerdote—. Entiendo que la compañía dejase el pueblo ante la muerte de Maltravers. Pero está bien. Está todo perfectamente bien. —Y comenzó a apresurarse calle abajo.

—Él iba a actuar de Polonio —continuó el inextinguible orador detrás suyo.

El padre Brown se paró de repente en seco.

—Oh —dijo muy lentamente—, iba a actuar de Polonio.

—¡Ese villano de Hankin! —chilló el actor—. Siga su pista. Sígale hasta los confines de la tierra. Por supuesto que habrá dejado el pueblo; esté usted seguro. Sígale; encuéntrele y que la maldición… —Pero el sacerdote estaba otra vez corriendo alejándose calle abajo.

Dos entrevistas mucho más prosaicas pero tal vez más prácticas siguieron a esta melodramática escena. Primero el sacerdote fue al banco, donde estuvo encerrado durante diez minutos con el director; y después prestó la debida atención al anciano y amable clérigo. Aquí otra vez todo volvió a parecer lo ya descrito, inalterado y aparentemente inalterable; uno o dos toques de devoción de tradiciones más austeras en un sobrio crucifijo en la pared, la gran Biblia en el atril y el lamento inicial del viejo pastor acerca de la creciente indiferencia ante el domingo; pero todo con un gusto delicado que no carecía de sus pequeños refinamientos y deslucidos lujos.

El clérigo también ofreció a su huésped un vaso de oporto, pero acompañado de una antigua galleta británica en lugar de la torta de semillas. El sacerdote tuvo de nuevo la extraña sensación de que todo era demasiado

perfecto y de que había retrocedido cien años en el tiempo. Solo en un punto el amable clérigo se negó a ser amable; mansamente pero con firmeza sostuvo que su conciencia no le permitiría encontrarse con una profesional de los escenarios. No obstante, el padre Brown posó su vaso de oporto con expresiones de aprecio y agradecimiento y salió para encontrarse con su amigo el doctor, con el que se había citado en la esquina de la calle, desde donde fueron juntos a las oficinas del señor Carver, el abogado.

—Supongo que habrá tenido un paseo deprimente —comenzó el doctor— y habrá descubierto que es un pueblo bastante aburrido.

La respuesta del padre Brown fue brusca e incluso estridente:

—No llame a su pueblo aburrido. Le aseguro que, en verdad, es un pueblo realmente extraordinario.

—He estado en contacto con la única cosa extraordinaria que ha sucedido aquí jamás, creo —observó el doctor Mulborough—, e incluso eso le ha sucedido a alguien de fuera. Le tengo que contar que ordenaron la exhumación discretamente anoche; y yo realicé la autopsia esta mañana. En pocas palabras, hemos desenterrado un cadáver que está sencillamente relleno de veneno.

—Un cadáver relleno de veneno —repitió el padre Brown algo distraído—. Créame, su pueblo contiene algo mucho más extraordinario que eso.

Hubo un silencio repentino seguido por el igualmente brusco toque de un antiguo llamador en el porche de la casa del abogado, y fueron conducidos inmediatamente en presencia del hombre de leyes, que les presentó a su vez a un caballero de pelo cano y cara amarillenta con una cicatriz que resultó ser el almirante.

En esos momentos la atmósfera del pueblo casi había penetrado en el subconsciente del pequeño cura; pero era consciente de que el abogado era el tipo de abogado que aconsejaba a personas como la señora Carstairs-Carew. Pero aunque era un pequeño pájaro arcaico, parecía algo más que un fósil. Tal vez fuera la uniformidad del ambiente, pero el sacerdote tuvo la curiosa sensación de que él mismo había sido transportado a principios del siglo XIX y no que el abogado hubiese sobrevivido hasta principios del siglo XX. El cuello y el pañuelo de su camisa daban la impresión de ser un cepo cuando posaba su larga barbilla en ellos; pero estaban tan limpios como perfilados, e incluso había en él algo de un viejo y seco *dandy*. Resumiendo, estaba lo que se dice bien conservado, aunque en parte por estar petrificado.

El abogado y el almirante, e incluso el doctor, mostraron cierta sorpresa al descubrir que el padre Brown estaba bastante dispuesto a defender al hijo del

clérigo contra las lamentaciones locales a favor del pastor.

—Yo mismo pienso que nuestro joven amigo es bastante atractivo —dijo —. Es un buen conversador y me atrevo a pensar que es un buen poeta; y la señora Maltravers, que al menos en esto es seria, dice que es un actor bastante bueno.

—En verdad —dijo el abogado—, Potter's Pond, excepto la señora Maltravers, está algo más inclinado a preguntar si es un buen hijo.

—Es un buen hijo —dijo el padre Brown—. Esto es lo extraordinario.

—Maldita sea —dijo el almirante—. ¿Quiere usted decir que realmente le tiene cariño a su padre?

El sacerdote vaciló. Entonces dijo:

—No estoy seguro de ello. Esa es la otra cosa extraordinaria.

—¿Qué diablos quiere usted decir? —preguntó el marinero con obscenidad marítima.

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que el hijo todavía habla de su padre de un modo imperdonablemente duro, pero parece, después de todo, que ha hecho por él mucho más de lo que debiera. Tuve una charla con el director del banco, y como estábamos investigando confidencialmente un crimen serio bajo la autoridad de la policía, me contó los hechos. El viejo clérigo se ha retirado de su trabajo parroquial; de hecho, esta nunca fue en realidad su parroquia. Mucha de la población, que es muy pagana, como no va a la iglesia en absoluto, va a Dutton-Abbot, a menos de una milla de aquí. El anciano no tiene recursos, pero su hijo está ganando bastante dinero; y el anciano está bien cuidado. Me ofreció un oporto de una cosecha añeja de primera clase; vi filas de polvorientas y viejas botellas de él; y le dejé sentado ante un pequeño pero bastante cuidado almuerzo al estilo antiguo. Todo ha tenido que venir del dinero del joven.

—Qué ejemplo de hijo —dijo Carver con un leve desprecio.

El padre Brown asintió, frunciendo el ceño, como dándole vueltas a un enigma de su cosecha, y entonces dijo:

—Pero un modelo bastante mecánico.

En ese momento un empleado trajo una carta sin franquear para el abogado, una carta que el abogado rasgó impacientemente tras echarle un simple vistazo. Mientras se rompía, el cura vio una letra larga e increíblemente apretada y la firma de «Phoenix Fitzgerald» e intentó adivinar algo que el otro confirmó bruscamente.

—Es ese actor melodramático que está siempre dando la lata —dijo—. Tiene una disputa fija con algún camarada enmascarado muerto y

desaparecido que no tiene nada que ver con el caso. Todos rechazamos verle, excepto el doctor, que lo vio; y el doctor dice que está loco.

—Sí —dijo el padre Brown apretando sus labios con intensidad—, yo diría que está loco. Pero por supuesto no puede haber ninguna duda de que está en lo cierto.

—¿En lo cierto? —gritó bruscamente Carver—. ¿En lo cierto sobre qué?

—Sobre eso de la conexión con la antigua compañía teatral —dijo el padre Brown—. ¿Saben cuál fue la primera cosa que me desconcertó de esta historia? Fue esa idea de que Maltravers había sido asesinado por aldeanos porque había insultado a su pueblo. Es extraordinario lo que los jueces de instrucción pueden hacer que el jurado crea; y los periodistas, por supuesto, son increíblemente crédulos. No pueden saber mucho acerca de los aldeanos ingleses. Yo mismo soy un aldeano inglés; al menos crecí, junto con otros nabos, en Essex. ¿Pueden imaginar a un agricultor inglés idealizando y personificando a su pueblo, como los ciudadanos de las antiguas ciudades-estado griegas; desenvainando la espada por su sagrado estandarte, como un hombre en la diminuta república medieval de una ciudad italiana? ¿Pueden oír a un alegre vejete diciendo: «Solo la sangre puede limpiar una mancha en el escudo de Potter's Pond»? ¡Por san Jorge y el dragón, desearía que pudieran! Pero, como una cuestión de hecho, tengo un argumento más práctico para pensar lo contrario.

Se interrumpió un momento, como si recopilara sus pensamientos, y entonces siguió adelante:

—No entendieron el significado de aquellas pocas palabras que se le oyeron decir al pobre Maltravers. No les estaba diciendo a los aldeanos que el pueblo era solo una aldeucha. Estaba hablándole a un actor; iban a montar una función en la cual Fitzgerald iba a ser Fortinbras, el desconocido Hankin Polonio, y Maltravers, sin ninguna duda, el príncipe de Dinamarca. Tal vez alguien más quisiera el papel u opinase sobre él, y Maltravers dijo enfadado: «Usted sería un pequeño y miserable Hamlet»[23]. Eso es todo.

El doctor Mulborough estaba pasmado; parecía estar digiriendo la sugerencia lentamente pero sin dificultad. Por fin dijo, antes de que los demás pudiesen hablar:

—¿Y qué sugiere usted que deberíamos hacer?

El padre Brown se alzó muy bruscamente, pero habló con educación:

—Si estos caballeros nos disculpan un momento, le propongo que usted y yo, doctor, vayamos de paseo otra vez a casa de los Horners. Sé que el pastor y su hijo estarán ambos allí ahora. Y lo que quiero hacer, doctor, es esto.

Nadie en el pueblo sabe aún, creo, lo de su autopsia y su resultado. Quiero que simplemente les cuente a ambos, al clérigo y a su hijo, mientras están allí juntos, el estado de la cuestión: que Maltravers murió envenenado y no de un golpe.

El doctor Mulborough tenía razón en reconsiderar su incredulidad cuando le dijeron que era un pueblo extraordinario. La escena que vino a continuación, cuando llevó a cabo el plan del sacerdote, fue ciertamente de la clase de escenas en las que un hombre, como se suele decir, puede difícilmente creer lo que ve.

El reverendo Samuel Horner estaba de pie con su sotana negra, que destacaba lo plateado de su venerable cabeza. Su mano descansaba en un atril ante el cual frecuentemente permanecía para estudiar las Escrituras, ahora posiblemente solo por casualidad, pero que le daba un aire de autoridad. Y, al otro lado, su silencioso hijo estaba sentado de cualquier manera en una silla, fumando un cigarrillo barato con una pesadez excepcionalmente malhumorada: un cuadro viviente de impiedad juvenil.

El anciano invitó a sentarse al padre Brown, lo cual este hizo silenciosamente, perdiéndose su mirada en el techo. Pero algo hizo sentir a Mulborough que podía transmitir sus importantes noticias de forma más impresionante si se quedaba de pie.

—Siento —dijo— que tenga que ser informado, por ser de alguna manera el padre espiritual de esta comunidad, de que una terrible tragedia, al ser investigada de nuevo, ha adquirido un nuevo significado, posiblemente incluso más terrible. Recordará la triste noticia de la muerte de Maltravers, cuyo juicio sentenció que fue asesinado por el golpe de una estaca, probablemente empuñada por algún campesino enemigo.

El clérigo hizo un gesto ondulante con su mano.

—Dios permita —dijo— que pudiera decir cualquier cosa que procurase evitar la violencia asesina de todo tipo. Pero cuando un actor trae su perversidad a este pueblo inocente, está desafiando el juicio de Dios.

—Tal vez —dijo el doctor con seriedad—. Pero en cualquier caso no fue el juicio lo que cayó. He sido encargado de dirigir un examen *post mortem* del cadáver; y puedo asegurarle, en primer lugar, que el golpe en la cabeza no pudo bajo ningún concepto haber causado la muerte, y, en segundo lugar, que el cuerpo estaba lleno de veneno, que fue lo que, indudablemente, le causó la muerte.

El joven Hurrel Horner lanzó volando su cigarrillo y se puso de pie con la ligereza y la agilidad de un gato. Su cigarro aterrizó al menos a varios metros

de la mesa del despacho.

—¿Está usted seguro de eso? —resopló—. ¿Está usted absolutamente seguro de que ese golpe no pudo causar la muerte?

—Absolutamente seguro —dijo el doctor.

—Bueno —dijo Hurrel—, solo deseo que este sí pueda.

En un fogonazo, antes de que nadie pudiese mover un dedo, le había pegado un fuerte puñetazo en la boca al párroco, arrojándolo como un negro muñeco descuajeringado contra la puerta.

—¿Qué está haciendo? —gritó Mulborough, temblando de pies a cabeza con el impacto y el sonido del golpe—. Padre Brown, ¿qué está haciendo este loco?

Pero el padre Brown no se había inmutado. Permanecía tranquilamente mirando al techo.

—Estaba esperando que hiciese esto —dijo el sacerdote con calma—. Me maravilla que no lo hubiese hecho antes.

—Dios santo —gritó el doctor—. Sé que pensamos que estaba equivocado en algunas cosas, pero para golpear a su padre, para pegar a un clérigo y a un pacifista…

—No ha golpeado a su padre, y no ha golpeado a un clérigo —dijo el padre Brown—. Ha golpeado a un actor sinvergüenza y chantajista vestido de clérigo, que ha vivido de él un puñado de años. Ahora sabe que está libre del chantaje, ya puede volar; y no puedo decir que le censure. Más aún cuando tengo graves sospechas de que el chantajista es también un envenenador. Pienso, Mulborough, que debería llamar a la policía.

Salieron de la habitación sin que ninguno de los otros dos les interrumpiese, uno aturdido y tambaleante, el otro aún ciego, bufando y jadeando, exaltado de rabia y alivio. Pero, cuando salieron, el padre Brown volvió su cara hacia el joven, y el joven fue uno de los pocos humanos que han visto esa cara con gesto implacable.

—Tenía razón —dijo el padre Brown—. Cuando un actor trae su perversidad a este pueblo inocente, desafía el juicio de Dios.

—Bueno —dijo el padre Brown mientras él y el doctor volvían a sentarse en un vagón de tren en la estación de Potter’s Pond—, como dijo usted, es una extraña historia. Pero no creo que sea ya una historia misteriosa. De cualquier modo, me parece que la historia se resume en esto: Maltravers vino aquí, junto con parte de su compañía teatral; algunos de ellos fueron directamente a Dutton-Abbot, donde todos representaban algún melodrama sobre principios del siglo XIX; sucedió que él mismo llevaba un traje así, el traje de un *dandy*

de esa época. Otro personaje era un párroco pasado de moda. Este papel lo tenía un hombre que solía interpretar ancianos. Había interpretado a Shylock e iba a representar a Polonio.

La tercera figura de este drama era nuestro poeta dramático, que era también un autor dramático, y discutía con Maltravers sobre cómo representar a Hamlet, pero también y sobre todo sobre cuestiones personales. Me parece suponer que estaba ya entonces enamorado de la señora de Maltravers. No creo que hubiese nada entre ellos y ahora espero que todo les vaya bien. Pero bien pudo haber ofendido a Maltravers acerca de su capacidad conyugal; Maltravers era un bravucón y le gustaba armar follón. Pelearon con palos y el poeta golpeó fuertemente a Maltravers en la cabeza y, como quedó claro en la investigación, tuvo muchas razones para suponer que le había matado.

Una tercera persona estaba presente o vio el incidente, el hombre que actuaba como anciano párroco, y comenzó a chantajear al presunto asesino, consiguiendo de él que le mantuviese con cierto lujo como un clérigo retirado. Era la mascarada perfecta para un hombre como él en un lugar como ese, tan simple como vestir su disfraz de clérigo retirado. Pero tenía su propio motivo para ser un clérigo muy retirado. Porque la verdadera historia de la muerte de Maltravers fue que rodó hasta el fondo de una pendiente llena de maleza, se recobró poco a poco, intentó caminar hasta una casa pero no pudo, pero no por el golpe, sino por el hecho de que el clérigo benevolente le había dado veneno una hora antes, posiblemente en una copa de oporto. Estaba empezando a pensar en esta hipótesis cuando bebí una copa de oporto del párroco. Me puso un poco nervioso. La policía está trabajando ahora en esa teoría pero lo que tarden en poder probar esa parte de la historia no lo sé. Tendrán que encontrar el motivo adecuado, pero es obvio que este grupo de actores estaba siempre peleándose y Maltravers era muy odiado.

—La policía puede probar algo ahora que tienen la sospecha —dijo el doctor Mulborough—. Lo que no comprendo es cómo empezó usted a sospechar. ¿Cómo pudo sospechar de un caballero con sotana negra tan inofensivo?

El padre Brown sonrío débilmente.

—Supongo que en cierto sentido —dijo— fue un tipo de conocimiento especial, casi un conocimiento profesional pero en un sentido peculiar. Usted sabe que nuestros polemistas se suelen quejar de que hay una gran ignorancia acerca de cómo es nuestra religión en realidad. Pero es más curioso que eso. Es cierto, y no es ni mucho menos extraño, que Inglaterra no sabe mucho sobre la Iglesia de Roma. Pero Inglaterra no sabe mucho sobre la Iglesia de

Inglaterra. No tanto como yo sé. Se quedaría anonadado de qué poco sabe el público medio sobre las controversias anglicanas; muchos de ellos ni siquiera saben qué significa un sacerdote de la High Church o de la Low Church, incluso en sus prácticas particulares, no digamos las dos teorías filosóficas e históricas que hay detrás. Puede ver esta ignorancia en cualquier periódico o en cualquier novela o representación popular.

—La primera cosa que me sorprendió fue que ese venerable clérigo tenía todo ese asunto increíblemente confuso. Ningún párroco anglicano podría estar tan equivocado sobre cualquier problema anglicano. Se suponía que era un viejo *tory* de la High Church, y luego presumía de ser un puritano. Un hombre como aquel podría ser personalmente un puritano, pero nunca se habría llamado tal cosa. Él profesaba un odio hacia la escena y no sabía que los hombres de la High Church generalmente no tienen ese horror especial, mientras que los de la Low Church sí. Hablaba como un puritano acerca del Sabbath y después tenía un crucifijo en su cuarto. Evidentemente, no tenía ni la más mínima idea de lo que un piadoso párroco debía ser, excepto que debía ser muy solemne y venerable y fruncir el ceño a los placeres del mundo.

—Todo este tiempo había una idea subconsciente rondando en mi cabeza, algo que no podía fijar en mi memoria, y, de repente, vino a mí. Un párroco de teatro: eso era exactamente el impreciso y venerable viejo loco, que sería la noción más cercana que una obra popular de teatro o un personaje de la vieja escuela tiene de algo tan extraño como un hombre religioso.

—Por no decir nada de un médico de la vieja escuela —dijo Mulborough con buen humor— que no alcanza a saber gran cosa acerca de lo que es ser un hombre religioso.

—De hecho —continuó el padre Brown— había un motivo más claro y luminoso para sospechar. Tenía que ver con la Oscura Dama de la Hacienda, que se suponía que era la vampiresa del pueblo.

—Desde el principio tuve la impresión de que este punto oscuro era la parte más clara del pueblo. Era tratada como un misterio, pero en realidad no había nada misterioso en ella. Había llegado aquí recientemente, abiertamente, bajo su nombre verdadero, para ayudar a las nuevas investigaciones que debían hacerse sobre su propio marido. Él no la había tratado demasiado bien, pero ella tenía principios, sugiriendo que en algo se debía a su nombre de casada y a la justicia ordinaria. Por la misma razón ella fue a vivir a la casa en cuyas afueras su marido había encontrado la muerte. El otro caso inocente y directo, junto a la vampiresa del pueblo, era el escándalo del pueblo, el hijo libertino del párroco. Él no olvidó nada de su profesión o

de sus pasadas conexiones con el mundo de la actuación. Por eso nunca sospeché de él como en cambio sí hice del párroco. Pero usted ya habrá supuesto una razón real y relevante para sospechar del párroco.

—Sí, creo que lo sé —dijo el doctor—. Por eso sacó a colación el nombre de la actriz.

—Sí, me refiero a su fanática fijación con no querer ver a la actriz —remarcó el sacerdote—. Pero en realidad él no rechazaba verla a ella. Rechazaba que ella le viese a él.

—Sí, ya veo —afirmó el otro.

—Si ella hubiese visto al reverendo Samuel Horner, habría reconocido de inmediato al irreverenciado actor Hankin, disfrazado como una pésima imitación de párroco impostor. Bueno, esto es todo acerca de este sencillo idilio de pueblo, creo. Pero debe admitir que yo mantuve mi promesa; le he mostrado algo en este pueblo más terrorífico que un cadáver, incluso más que un cadáver empapado de veneno. La negra sotana de un párroco rellena con un chantajista es, al menos, más noticiable, y mi hombre vivo es más mortífero que su hombre muerto.

—Sí —dijo el doctor, acomodándose confortablemente en los cojines—. Si hubiese que elegir un acompañante para un viaje en tren, creo que preferiría el cadáver.

LA MÁSCARA DE MIDAS

Ante una pequeña tienda se encontraba un hombre con una actitud tan rígida que parecía el típico Highlander escocés de madera de los antiguos estancos. Era difícil imaginarse que alguien pudiera mantenerse de pie tan inmóvil ante un comercio, a no ser que fuera el propietario en persona. Pero se daba una grotesca desproporción entre el propietario de la tienda y la tienda misma. Pues esta era una de esas encantadoras tiendas de objetos variopintos que los niños y los sabios de verdad inspeccionan como si fuera un país de fantasía. Muchos, en cambio, que poseen un gusto más vulgar, no habrían sido capaces de distinguirla de un cubo de basura. En pocas palabras, en sus momentos más orgullosos se presentaba como un gabinete de curiosidades, aunque por lo común se la designaba como una tienda de trastos viejos, sobre todo por los comerciantes sobrios y diligentes. Estaba situada en una de tantas callejuelas de una ciudad portuaria. A quien le gusten estas cosas, no habrá que contarle la historia de los tesoros de la tienda, pues ni siquiera a los tesoros más valiosos se les podía atribuir una finalidad adecuada, cualquiera que esta fuera. Allí se encontraban diminutos modelos de barcos con todos sus aparejos, sellados en botellas o conservados en resina o en cualquier otra extraña materia adhesiva oriental; bolas de cristal en las que tormentas de nieve caían sobre figuras humanas harto flemáticas; huevos enormes que posiblemente hubiesen puesto pájaros prehistóricos; calabazas deformes que más bien habrían contenido veneno antes que vino; armas extrañas; raros instrumentos de música, y muchas cosas más; y todo ello cada vez se hundía más en el polvo y en el caos. El propietario de esa tienda podría haber sido cualquier judío achacoso que tuviera algo de la dignidad del árabe y su larga chilaba. También habría podido ser un gitano de desvergonzada belleza exótica, adornado con anillos de oro y de latón. Pero era alguien sorprendentemente diferente. Era un hombre joven, delgado y despierto, bien vestido con un traje de corte americano, con uno de esos rostros largos y afilados, bastante duros, que tanto se ven entre los americanos de procedencia irlandesa. Se había bajado el ala del sombrero de tal suerte que le tapaba un ojo y en la comisura de sus labios se elevaba un largo y apestoso cigarro de Pittsburgh. Nadie que le estuviera observando se habría sorprendido al descubrir que llevaba una pistola en el bolsillo de la chaqueta. El rótulo que se encontraba sobre su tienda decía: «Denis Hara».

Los que en ese momento fijaban su mirada en Denis Hara eran casualmente hombres de cierta importancia. Tal vez fueran también importantes para él, pero nadie habría podido deducirlo de sus marcados rasgos, tan duros como el pedernal, ni de su demostrativa serenidad viril. El más llamativo de estos observadores era el coronel Grimes, el jefe de policía del condado. Era un hombre algo torpe, con largas piernas y un largo rostro. Poseía la confianza de los hombres que le conocían bien, pero no era muy querido entre aquellos que pertenecían a su clase social porque mostraba claramente que prefería ser policía a terrateniente. En suma, el jefe de policía había cometido el delicado pecado de preferir el servicio de policía a la nobleza. Esta conducta excéntrica había fomentado su natural taciturnidad e, incluso para un detective capaz como él, se mostraba inusualmente parco y misterioso en lo que concernía a sus planes y descubrimientos. Mucho más se sorprendieron, en consecuencia, sus acompañantes, que le conocían bien, cuando se detuvo ante el hombre con el cigarro y habló con voz alta y clara, como raras veces se le había visto hacerlo en público.

—Le puedo decir abiertamente, señor Hara, que mis hombres han recibido informes que justifican mi petición de una orden judicial para registrar su comercio. Tal vez —así lo espero— no sea necesario molestarle más. Pero he de advertirle que vigilaremos estrechamente todo lo que ocurra en este lugar.

—¿Han venido todos para adquirir alguno de mis barcos? —preguntó tranquilamente el señor Hara—. Muy bien, coronel, no quisiera ponerle ningún límite a su libre y gloriosa constitución británica, pero permítame que dude que pueda penetrar de esa manera en mi pequeño y humilde comercio.

—Ya verá como tengo razón —respondió el coronel—. Ahora mismo buscaré a los dos jueces que se necesitan para firmar la orden de registro.

Los dos hombres que se encontraban detrás del jefe de policía dejaron asomar un ligero gesto de asombro, aunque diferente en cada uno de ellos. El inspector Beltane era un hombre alto, oscuro y corpulento, en cuyo trabajo se podía confiar, aunque no fuese muy hábil a la hora de terminarlo. Miraba algo confuso cuando su superior se dio la vuelta. El tercer hombre tenía una figura robusta y achaparrada. Llevaba el sombrero negro y redondo de un clérigo y también tenía la figura redonda, revestida de negro, de un clérigo. Hasta ese momento su redondo rostro había parecido un poco soñoliento, pero entre sus párpados semicerrados lucía un brillo especial. También él fijaba su mirada en el jefe de policía, pero con algo que era más que mero asombro, más bien como si se le hubiese ocurrido una nueva idea.

—¡Bueno! —dijo el coronel Grimes—, me imagino que querrán comer. Es una vergüenza por mi parte arrastrarlos de un sitio a otro a las tres de la tarde. Por fortuna el primer hombre al que quiero visitar trabaja en el banco por el que ahora mismo estamos pasando y a unos pocos metros hay un restaurante muy decente. Al segundo juez, que se encuentra en la próxima calle, le visitaremos después de comer. En esta parte de la ciudad solo hay dos jueces de paz y por suerte los dos viven muy cerca. El banquero hará pronto lo que quiero, así que primero vamos a verle y lo dejamos listo.

Un número considerable de puertas con ornamentos dorados y cristal tallado los condujo por el laberinto de pasillos del Banco Casterville & County. El jefe de policía se dirigió derecho al santuario interior con el que parecía estar muy familiarizado. Allí se encontró con sir Archer Anderson, el famoso especialista en finanzas, así como consejero de ese y de otros muchos respetables bancos. Era un hombre mayor serio y encantador con pelo gris rizado y una perilla gris puntiaguda pasada de moda. Por lo demás, se vestía con una variante sobria, aunque correcta, de la moda imperante. Tan solo un vistazo bastaba para comprobar que se sentía tan cómodo en la clase superior como el jefe de policía. Pero también, como el policía, parecía preferir el trabajo al juego. Apartó a un lado una montaña de documentos, emitió un saludo de bienvenida, indicó un sillón y dio la impresión de querer ir enseguida al grano.

—Lo siento, pero no venimos por asuntos bancarios —dijo Grimes—. Se trata de un caso bastante extraño y diría que hasta ahora desconocido en la región. Es evidente que tenemos nuestra propia población criminal; además, están los vagabundos con su inclinación a tramar algo juntos, aunque sea un poco al margen de la ley, pero esto es una cosa muy diferente. A mí me parece que ese Hara, que con toda seguridad es americano, también es un gángster americano. Un gángster a lo grande y con toda una organización del crimen que aquí es prácticamente desconocida. Pero antes que nada, ¿conoce las últimas novedades de nuestro distrito?

—Probablemente no —respondió el banquero con una sonrisa glacial—. No estoy muy enterado de los asuntos de la policía local. Además he llegado recientemente para examinar los negocios de esta filial. Hasta hace muy poco aún me encontraba en Londres.

—Ayer se fugó un preso —dijo el coronel con seriedad—. Ya sabe que en el pantano, a una distancia de una o dos millas de aquí, hay una gran prisión. Muchos hombres purgan allí sus condenas, pero hoy hay uno menos que anteayer.

—Claro, de esas cosas sí que he oído algo —respondió el otro—. Los presos se suelen escapar de vez en cuando, ¿o no?

—Eso es verdad —afirmó el jefe de policía—. Tal vez no suela ser una cosa tan extraordinaria, pero en este caso sí que lo es, puesto que no solo se ha escapado, sino que también ha desaparecido. Los presos se fugan de la prisión, pero la mayoría de las veces regresan a ella. O al menos logramos hacernos una idea de cómo lograron fugarse.

»Este hombre, sin embargo, parece haberse desvanecido de repente a unos cientos de yardas de las puertas de la prisión, igual que un fantasma o un hada. Pero como tengo muchas dudas de que ese hombre sea un fantasma o un hada, he de recurrir a la única explicación natural: que desapareció de un instante a otro como por arte de magia en un coche que muy probablemente formaba parte de toda una flota automovilística, sin mencionar a los espías y conjurados que ejecutaron el plan. Estoy seguro de que sus amigos y vecinos, por mucho que simpatizaran con él, no hubieran podido organizar algo semejante. Es un hombre bastante pobre que fue condenado por caza furtiva. Todos sus amigos son pobres y la mayoría de ellos es posible que también sean cazadores furtivos. No hay duda de que ha matado a un guardabosque, aunque, para ser justo, mencionaré que muchos creen que se debió llamar homicidio y no asesinato. La pena de muerte se tuvo que conmutar en cadena perpetua y, mientras tanto, a causa de una sentencia más adecuada, se le había acortado considerablemente la pena. Pero alguien la ha reducido aún mucho más y de una manera para la que se necesita previamente dinero, gasolina y una experiencia práctica. Él solo no lo habría conseguido. Tampoco ninguno de sus compañeros lo habría podido hacer por él. Pero no quiero seguir ocupando su tiempo con los detalles de nuestra investigación. Estoy seguro de que el cuartel general de la organización se encuentra en esa pequeña trastería de la esquina. Y lo mejor sería disponer de una orden de registro para entrar ahora mismo en el comercio. Ya sabe, sir Archer, que su decisión se limita al registro. Si el hombre de la tienda es inocente, todos podremos testimoniarlo. Pero estoy seguro de que el registro es necesario y para ello necesito las firmas de dos jueces. Por esta razón le hago perder su precioso tiempo en asuntos policiales, que mejor emplearía en asuntos de negocios. Si cree que puede firmar esa clase de documento, lo he preparado para usted. Una vez firmado, ya no tendré motivo alguno para seguir interrumpiendo su trabajo.

Presentó a sir Archer un documento. Una vez que el banquero lo hubo leído rápidamente, pero con el entrecejo arrugado de un hombre que está acostumbrado a asumir graves responsabilidades, tomó su pluma y lo firmó.

El policía se levantó pronunciando un amistoso agradecimiento. Se dirigió a la puerta y comentó de pasada, como alguien que habla del tiempo:

—No creo que una casa de este rango se vea afectada por crisis económicas o turbulencias. Por lo que sé, estos son días peligrosos incluso para las sociedades pequeñas más sólidas.

Sir Archer se levantó rígido y con una expresión de desagrado por el hecho de que le hubieran relacionado, aunque solo fuera por un instante, con sociedades pequeñas.

—Si sabe algo, aunque sea poco, del Banco Casterville & County —dijo, no sin una sombra de enojo—, sabrá que es muy improbable que se vea afectado por cualquier cosa o por cualquier persona.

El coronel Grimes condujo a sus amigos fuera del banco, como un pastor a su rebaño, y los sentó con bondadoso despotismo en el restaurante cercano. Pero él salió disparado para encontrarse con el otro juez. Se trataba de un anciano abogado que también era un viejo amigo, un tal Wicks, que le había ayudado ocasionalmente en asuntos jurídicos. Al inspector Beltane y al padre Brown no les quedó otro remedio que quedarse sentados y esperar con solemnidad a su regreso.

—¿Tengo razón —preguntó el padre Brown con sonrisa amistosa— si supongo que está preocupado por algo?

—Yo no diría «preocupado» —respondió el inspector—. El asunto con el banquero fue muy fácil. Pero si se conoce bien a una persona, se tiene un extraño sentimiento cuando no actúa como suele actuar. El coronel es el trabajador más parco y silencioso que he conocido nunca en la policía. Con frecuencia ni siquiera cuenta a los colegas más próximos qué es lo que está pensando. ¿Por qué, entonces, dijo en plena calle, con una voz tan alta como le fue posible, que quería registrar la tienda? Otras personas, por no hablar de nosotros, se detuvieron y se pusieron a escuchar. ¿Por qué demonios tenía que contarle a ese pistolero que pretendía registrar su tienda?, ¿por qué no se limitó sencillamente a registrarla?

—La respuesta a su pregunta —dijo el padre Brown— es que no pretendía registrar su tienda.

—¿Por qué ha gritado a toda la ciudad que lo quería hacer?

—Bueno —siguió diciendo el padre Brown—, creo que ahora toda la ciudad está hablando de su visita al gángster, pero nadie ha notado su visita al banquero. Las únicas palabras que realmente quería decir eran aquellas que dejó caer al final, prestando atención a la reacción del banquero. Ahora bien, si ya existiese un rumor sobre dicho banco, toda la ciudad se habría alterado

al verle visitándolo directamente. Necesitaba tener un motivo de lo más normal para ir al banco y no pudo encontrar otro mejor que el de pedir a dos jueces que firmasen un documento normal. Una buena jugada.

El inspector Beltane le miraba fijamente con la boca abierta.

—¿Y qué opina usted? —preguntó al final.

—Creo —respondió el sacerdote— que el coronel Grimes no estaba muy lejos de la verdad cuando habló del cazador furtivo como de un hada. ¿O debemos decir como de un fantasma?

—¿No pensará —dijo el inspector con incredulidad— que Grimes se ha inventado al guardabosque asesinado y al preso fugado? ¿Por qué habría de informarme entonces con anterioridad de ello, como si se hubiese tratado de un asunto policial ordinario?

—Yo no llegaría tan lejos —dijo indiferente el padre Brown—. Tal vez haya habido aquí un incidente previo, pero no tiene nada que ver con la historia tras la cual se encuentra Grimes. Desearía que así fuera.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el otro.

El padre Brown le miró de frente con sus ojos grises, serios y sinceros.

—Porque ya no entiendo nada —respondió él—. ¡Oh, yo sé muy bien cuándo no entiendo nada! Y lo comprendí cuando me di cuenta de que perseguimos a un banquero estafador y no a un vulgar asesino. Ya ve, no sé muy bien cómo llegué a involucrarme en estos casos criminales, pero la verdad es que mi experiencia prácticamente se reduce a asesinos vulgares. El asesinato es necesariamente algo humano y personal, pero se ha llegado a permitir que el robo moderno se convierta en algo del todo impersonal. No solo es secreto, sino anónimo, casi declaradamente anónimo. Incluso si usted fuera asesinado, tal vez lograra captar con una mirada fugaz el rostro del hombre que lo apuñaló. En el primer caso en que me vi involucrado, se trató de un pequeño incidente doméstico en el cual se decapitó a un hombre y se le puso la cabeza de otro. Ojalá estuviera en un idilio cómodo y apacible como aquel. Por entonces sí que entendía del asunto.

—Desde luego, un incidente muy idílico —dijo el inspector.

—En todo caso, un incidente muy individual —replicó el padre Brown—, y no algo como esa irresponsable conducta en las finanzas. No se puede cortar a alguien la cabeza como una decisión de un comité puede cortarle a alguien el agua caliente. Pero de esta manera sí se pueden recortar tarifas o ganancias. O, para seguir con el mismo ejemplo, aunque a un hombre se le pueden poner dos cabezas, todos sabemos, sin embargo, que un hombre en realidad no tiene dos cabezas. Pero una empresa puede tener dos cabezas o dos rostros, o medio

centenar de rostros. No, yo desearía que me devolvieran a mi cazador furtivo sediento de sangre y a mi guardabosque asesinado. A estos dos los comprendería completamente, si prescindimos, claro está, del hecho de que, por desgracia, nunca han existido.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó el inspector, que intentaba contrarrestar la impresión que le habían causado las palabras del padre Brown —. Le digo que Grimes ya habló antes de ello. Puedo imaginarme que en breve se habría liberado sin más al cazador furtivo, aunque es seguro que había asesinado al otro de una manera bastante fea, golpeándole una y otra vez con la culata de la escopeta. Pero posiblemente se topó con el guardabosque en el momento en que este se disponía a invadir su terreno, pues el guardabosque era en este caso el cazador furtivo. No gozaba de buena fama en la región, es posible que también desempeñara un papel la provocación. Se trataba de un asunto que caía en el ámbito de la ley no escrita.

—Precisamente a eso me refiero yo —dijo el padre Brown—. El asesinato moderno con frecuencia posee una cierta conexión lejana y pervertida con una ley no escrita. Pero el robo moderno ensucia el mundo con papel y pergamino, cubriéndolo solo con una anarquía escrita.

—Me temo que de eso no saco nada en limpio —dijo el inspector—. Tenemos al cazador furtivo, que es un preso o un preso fugado. Tenemos, o teníamos, al guardabosque. Y, según todas las apariencias, tenemos al gángster. Pero a lo que usted se refiere con la confusa historia sobre el banco, rebasa con mucho mi capacidad imaginativa.

En ese instante se abrió la puerta del restaurante, y el coronel entró impulsado por una ola de triunfo. A remolque llevaba a una pequeña figura vivaracha con pelo canoso y un rostro surcado de arrugas risueñas. Era el otro juez, cuya firma resultaba esencial para el documento exigido.

—El señor Wicks —dijo el coronel con un gesto de presentación— es el mejor especialista de nuestro tiempo en todos los asuntos de estafa financiera. Es un golpe de suerte que sea el juez de paz en este distrito.

El inspector Beltane se atragantó y pareció buscar aire para respirar.

—¿No querrá decir que el padre Brown tiene razón?

—Ya sabía yo que eso ocurriría —dijo el coronel Grimes con modestia.

—Si el padre Brown ha dicho que sir Archer Anderson es un monstruoso estafador, tiene toda la razón —dijo el señor Wicks—. No necesito mostrarle aquí todas las pruebas. Lo más prudente sería darle a la policía solo los primeros indicios y, naturalmente, también al estafador. Debemos observarle

con atención y evitar que saque provecho de algún error por nuestra parte. Pero creo que haríamos bien en visitarle e interrogarle con más franqueza de lo que ya han hecho; un interrogatorio en el que quizá el cazador furtivo y la tienda de cachivaches no desempeñen un papel tan importante. Puedo comunicarle lo suficiente de lo que sabemos para asustarle sin que tengamos que arriesgar denuncias por difamación o por daños y perjuicios. Y siempre existe la posibilidad de que en el intento de silenciar algo, le cojamos en un desliz. Vayamos entonces; hemos escuchado rumores preocupantes sobre este asunto y queremos obtener claridad sobre varios aspectos. Esta es por ahora nuestra posición oficial.

Y se levantó de un salto, ágil y despierto como un jovenzuelo.

La segunda conversación con sir Archer Anderson fue muy diferente en el tono y en el transcurso, pero sobre todo en su final. Habían ido sin la firme intención de atacar al gran banquero. Pero pronto se dieron cuenta de que él ya se había decidido a atacarlos a ellos. Las puntas de su bigote se elevaban como sables de plata y su blanca perilla surgía como un espolón de acero. Antes de que uno de ellos hubiese podido decir dos palabras, se levantó y golpeó la mesa.

—Esta es la primera vez que alguien se manifiesta así sobre el Banco Casterville & County, y les prometo que será la última. Si en vista de tan grotescas difamaciones mi reputación no bastase para refutarlas, tan solo el prestigio de esta casa las haría ridículas. Abandonen esta casa, caballeros, desaparezcan, y diviértanse acusando al tribunal supremo o inventándose historias frívolas acerca del arzobispo de Canterbury.

—Todo eso está muy bien —dijo Wicks, manteniendo su cabeza en actitud retadora, como si fuera un bulldog—, pero hay un par de cosas que deberá aclarar más tarde o más temprano.

—Por decirlo de una manera precavida —dijo el coronel en un tono más suave—, hay muchas cosas sobre las que queremos saber más.

La voz del padre Brown sonó como algo frío y lejano, como si procediera de otra estancia o de la calle o de algún sitio distante.

—Coronel, ¿no cree que ya sabemos todo lo que queríamos saber?

—No —dijo el coronel con sequedad—. Soy policía; quizá piense demasiado, y creo que tengo razón, pero aún no lo sé.

—¡Oh! —dijo el padre Brown, enarcando brevemente las cejas—. No me refiero a lo que usted cree saber.

—Supongo que es lo mismo que lo que usted cree saber —dijo Grimes con algo de brusquedad.

—Lo siento mucho —dijo el padre Brown contrito—, pero lo que yo sé es algo muy diferente.

El ánimo de duda y la disparidad de criterios con que salió el pequeño grupo dejando como dueño del campo de batalla al arrogante banquero, los impulsó a ir de nuevo al restaurante para allí, aunque un poco temprano, tomar su té, fumar y buscar una aclaración completa de lo sucedido.

—Siempre he sabido que usted podía terminar desesperando a la gente —le dijo el policía al sacerdote—, pero siempre tenía la impresión aproximada de lo que pretendía. Pero en este momento la única impresión que tengo es que se ha vuelto loco.

—Es extraño que diga eso —le replicó el padre Brown—, pues me he esforzado por reconocer mis propios defectos en todos los sentidos y lo único que realmente creo saber de mí mismo es que no estoy loco. Por supuesto que peco de aburrido pero, por lo que sé, nunca he perdido el contacto con la realidad. Me parece peculiar que hombres tan brillantes como ustedes lo pierdan con tanta rapidez.

—¿A qué se refiere con «realidad»? —preguntó Grimes saliendo de un iracundo silencio.

—¡Me refiero al sentido común! —dijo el padre Brown con un arrebato explosivo tan raro en él que sonó como un trueno—. Ya he manifestado que no entiendo nada sobre todas estas conexiones financieras y estos casos de corrupción. Pero ¡qué caramba!, hay una manera determinada en que los hombres pueden enjuiciar las cosas. No tengo ni idea de asuntos financieros, pero he conocido a personas que hacen negocios financieros. Tal vez por esto también he conocido a estafadores. Pero ustedes deben saber más sobre ellos que yo. Y, no obstante, pueden tragarse aquí algo imposible.

—¿Algo imposible? —preguntó el coronel, y le miró fijamente.

El padre Brown se inclinó de repente sobre la mesa y dirigió una mirada penetrante a Wicks, tan intensa como pocas veces había mostrado.

—Señor Wicks, usted debe saberlo mejor. Yo solo soy un pobre cura y naturalmente no sé nada. A fin de cuentas nuestros amigos de la policía no se encuentran a menudo con banqueros, a no ser que un cajero negligente se corte la garganta. Pero usted ha debido hablar continuamente con banqueros y sobre todo con banqueros en bancarrota. ¿No ha estado precisamente en esa situación veinte veces? ¿Acaso no ha tenido siempre el valor de dirigir sus primeras sospechas a hombres serios, como lo ha hecho hoy al mediodía? ¿No ha hablado con veinte o treinta financieros que estaban a punto de quebrar precisamente uno o dos meses antes de que quebrasen?

—Bueno, sí —dijo el señor Wicks lentamente y con prudencia—, creo que sí.

—Bien —dijo el padre Brown—, ¿ha hablado ni siquiera uno de ellos así?

La pequeña figura del abogado dio un respingo apenas perceptible, de tal suerte que solo se podía decir que se sentaba una pulgada más recto que antes.

—¿Ha conocido a alguien en toda su vida —preguntó el sacerdote con perseverancia y un nuevo vigor— que estuviera involucrado en negocios sucios y que con la primera sombra de una duda se exasperase de esa manera? ¿Y uno que dijera a la policía que no debía osar injerirse en los secretos de su sagrado banco? Bueno, fue casi como si se le estuviera pidiendo al jefe de policía que registrara su banco y que le detuviera al instante. Usted sabe más que yo de estos asuntos. Pero apostaría cualquier cosa a que todo financiero dudoso que usted ha conocido ha hecho precisamente lo contrario. No habría respondido con ira a sus primeras preguntas, sino con ironía. Si se hubiera llegado lo bastante lejos, habría terminado el interrogatorio con una respuesta vacía y ya preparada a cada una de las novecientas noventa y nueve preguntas que usted tenía preparadas. ¡Explicaciones! ¡Nadan en explicaciones! ¿Acaso cree que a un financiero tan escurridizo no se le han planteado nunca preguntas de esas?

—¡Al diablo con todo eso, generaliza demasiado! —dijo Grimes—. Parece demasiado fascinado con su idea del perfecto estafador. Pero a fin de cuentas ni siquiera los estafadores son perfectos. No prueba nada que un banquero en quiebra pierda sus nervios en un arrebato emocional.

—El padre Brown tiene razón —intercedió Wicks, después de haber digerido lo hablado—. Es completamente cierto que toda esa petulancia y esa extravagante obstinación no es la mejor estrategia defensiva para una estafa. Pero qué otra cosa podría ser. No ocurre que banqueros serios desplieguen el estandarte, toquen la corneta y saquen la espada con más frecuencia que los banqueros menos serios.

—Por lo demás —dijo Grimes—, ¿por qué habría de exasperarse?, ¿por qué debería echarnos del banco si no tiene nada que ocultar?

—Bueno —dijo el padre Brown con gran lentitud—, yo no he dicho que no tenga nada que ocultar.

La conversación terminó en silencio y confusión, cuando Beltane, sin renunciar, cogió el brazo del sacerdote por un instante y lo retuvo.

—¿Cree o no cree —preguntó con brusquedad— que el banquero es un sospechoso?

—No —dijo el padre Brown—, creo que el sospechoso no es ningún banquero.

Cuando uno tras otro abandonaron el restaurante, con más inseguridad y lentitud que de costumbre, un estruendo hizo que se detuvieran en la calle. La primera impresión fue que alguien rompía los cristales de los escaparates. Pero una vez que se habían orientado, pudieron localizar el origen del ruido. Eran las puertas de cristal talladas en dorado y las ventanas del espléndido edificio que habían visitado esa mañana, aquella envoltura del santuario del Banco Casterville & County que se había estremecido desde el interior por un ruido que parecía proceder de una explosión de dinamita. En realidad ese ruido resultó proceder de una furia destructiva humana. El jefe de policía y el inspector penetraron en el oscuro interior pisando los cristales rotos y regresaron con rostros rígidos de asombro, aunque con un gesto de certeza.

—Ahora todo está claro —dijo el inspector—. Ha matado con un atizador al hombre que habíamos dejado para que observase el edificio. Al primero que ha querido saber lo ocurrido le ha lanzado una pesada caja de caudales en el pecho. Debe de ser una bestia.

En medio de toda la confusión, el señor Wicks, el abogado, se volvió con un gesto de disculpa y de reconocimiento hacia el padre Brown:

—Señor, me ha convencido por completo. Aquí tenemos una nueva escenificación del banquero que se fuga.

—Hemos de poner en marcha a nuestros hombres y detenerle de inmediato —le dijo el jefe de policía al inspector—, o terminará por destrozar toda la ciudad.

—Sí —dijo el padre Brown—, es un tipo bastante violento. Es su gran tentación, recuerde cómo empleó ciegamente su escopeta como maza para golpear una y otra vez al guardabosque sin que se le ocurriera disparar en ningún momento. Este es naturalmente el tipo de hombres que todo lo hace mal, incluso asesinar. Pero lo que, sin embargo, logran, es fugarse de la prisión.

Sus acompañantes le miraron con asombro y siguieron con esa banal expresión cuando se dio la vuelta y empezó a caminar.

—Y así —dijo el padre Brown, mientras miraba a sus acompañantes en el restaurante, cerveza en mano, con un brillo especial en sus ojos, y con el mismo aspecto que habría tenido el señor Pickwick en la venta de un pueblo —, así llegamos a nuestra vieja historia aldeana del cazador furtivo y del guardabosque. Despierta tanto mi ánimo porque se trata de uno de esos crímenes que se cuentan confortablemente ante la chimenea y no de esta

niebla financiera confusa e indistinta, una niebla que realmente está llena de fantasmas y sombras. Todos conocen la vieja historia. La han escuchado en el regazo de sus madres. Pero es muy importante, amigos míos, mantener claras en la memoria esas viejas historias tal y como nos las contaron. Esta pequeña historia del campo se ha contado hasta la saciedad. Un hombre es encarcelado por un crimen pasional, en la prisión muestra una violencia similar, mata a un vigilante y se fuga con ayuda de la niebla del pantano. Tiene suerte, pues se encuentra con un caballero bien vestido y le obliga a intercambiar los trajes.

—Sí, ya he escuchado con frecuencia esa historia —dijo Grimes arrugando el entrecejo—. Usted dijo que era importante acordarse de la historia…

—Es importante recordar la historia —siguió diciendo el padre Brown—, pues es una muestra clara y precisa de lo que no ocurrió.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó el inspector.

—Pues precisamente todo lo contrario —dijo el padre Brown—, una pequeña pero considerable mejora. No fue el preso el que se puso a buscar a un caballero bien vestido con el que pudiera intercambiar sus ropas. Fue el caballero el que se introdujo en la región pantanosa para buscar un preso con el fin de gozar de la sensación de llevar el traje de un presidiario. Él sabía que un preso se había escapado y andada por el pantano y quería por todos los medios su traje. Es probable que también conociera el plan de fuga, preparado para que se recogiera al preso y se le sacara del pantano. No es seguro el papel desempeñado por Denis Hara y su banda, si intervinieron en la primera o en la segunda parte del plan. Pero creo probable que trabajaban para los amigos del cazador furtivo y también en pro de sus intereses, pues gozaba de gran simpatía en las capas pobres de la población. No obstante, creo más bien que nuestro amigo, el caballero bien vestido, obró su pequeña transformación escénica mediante su talento innato. Era un caballero muy bien vestido, que llevaba trajes muy a la moda, como diría un sastre. También tenía un pelo blanco muy bien cuidado y una perilla, lo cual debía al peluquero antes que al sastre. Con frecuencia había encontrado útil en su vida esa apariencia. Han de tener en cuenta que hasta entonces solo había hecho breve acto de presencia en la ciudad y en el banco. Cuando finalmente avistó la figura del preso, cuyo traje codiciaba, se confirmó su información de que era un hombre de altura similar. El resto consistió en dotar al preso con el sombrero, la peluca, la perilla y el espléndido traje, hasta que el vigilante, al que golpeó en la cabeza, apenas le reconociera. A continuación, nuestro brillante banquero se puso la ropa del preso y sintió por primera vez después de meses, o quizá años, que

había escapado y que era libre. Pues él no disponía de ningún grupo de simpatizantes pobres que le ayudaran o escondieran si supieran la verdad. No había ninguna intención favorable entre los abogados decentes y directores que indicara que ya había sufrido lo suficiente o que su liberación sería pronto posible. Ni siquiera en el mundo del hampa tenía amigos, pues siempre había sido una pieza de adorno de los diez mil de arriba, del mundo de nuestros conquistadores y de nuestros señores, a los que permitimos con tanta facilidad que mantengan la supremacía. Era uno de esos magos de la modernidad. Era un genio de las finanzas, y sus robos eran robos a miles de pobres. Cuando realmente atravesara la frontera (una frontera harto débil en el derecho moderno), cuando el mundo llegara a descubrir sus manejos, el mundo entero estaría contra él. Puedo imaginarme que él, inconscientemente, consideraba la prisión como un hogar. No sabemos con exactitud cuáles eran sus planes. Aun en el caso de que la institución penitenciaria le hubiese detenido y hubiese probado con ayuda de las huellas dactilares que no era el preso fugado, no se puede conocer qué habrían podido aportar como prueba contra él en ese momento. Pero creo más probable que él sabía que la organización de Hara le ayudaría y le sacaría del país sin perder tiempo. Tal vez tenía negocios con Hara, y tal vez ninguno de los dos cuenta toda la verdad. Esos acuerdos entre los grandes hombres de negocios y los gánsteres están muy extendidos en América, porque ambos trabajan en el mismo ramo. Me imagino que no habría muchas dificultades en convencer al reo. A él le parecería un plan muy esperanzado. Tal vez pensara que era una parte del plan de fuga de Hara. En todo caso, se desprendió de su traje de presidiario y asumió con un traje de primera calidad una posición de primer rango, donde, aceptado socialmente, podría reflexionar con tranquilidad sobre sus siguientes pasos. Pero ¡qué error! ¡Qué trampa, qué truco del destino! Un hombre, que casi había purgado toda su pena, encarcelado por un crimen oscuro y casi olvidado, que se fuga de la prisión, que se alegra de vestirse como un *dandy* con el traje del mayor criminal del mundo y que a la mañana siguiente va a ser perseguido con focos luminosos por todas partes. Sir Archer Anderson en sus mejores tiempos logró atraer a una trampa a muchos hombres. Pero nunca a una trampa tan terrible como la que tendió a un hombre en el pantano al que, aparentemente con benéfico afán, le puso su mejor traje.

—Bueno —dijo Grimes con benevolencia—, ahora que nos ha dado la pista, es probable que podamos demostrarlo todo, puesto que al preso es seguro que le han tomado las huellas dactilares.

El padre Brown inclinó la cabeza con un vago gesto como de respeto y consideración.

—Naturalmente —dijo—, a sir Archer Anderson jamás le habrán tomado las huellas dactilares. ¡Por supuesto que no, a un hombre de su posición!

—La verdad es —dijo Wicks— que nadie parece conocer mucho sobre él, ni sus huellas dactilares, ni otras muchas cosas. Cuando comencé a estudiar su vida, tuve que empezar con un mapa vacío que posteriormente se transformó en un laberinto. Casualmente entiendo bastante de estos laberintos, pero este era más laberíntico que los otros.

—Para mí todo eso es un laberinto —dijo el sacerdote con un suspiro—, ya mencioné que no entiendo nada de todos estos asuntos financieros. Lo único que tenía claro era el tipo de hombre que se sentaba ante mí. Y estaba seguro de que era demasiado asustadizo y nervioso para ser un estafador.



GILBERT KEITH CHESTERTON (Londres 1874 - Beaconsfield 1936), fue un literato y polemista inglés convertido en 1922 al catolicismo. Abandonó sus estudios de arte para dedicarse al periodismo. Comenzó escribiendo poesía y ensayos críticos sobre diversos escritores británicos, pero la fama y el reconocimiento internacional le llegaron con sus novelas y relatos, obras llenas de imaginación, sentido del humor y hábil manejo lingüístico, como *El hombre que fue jueves*, *El Napoleón de Notting Hill*, *La esfera y la cruz* o los celebérrimos relatos del padre Brown.

Notas

[1] Joseph Pearce, *G. K. Chesterton. Sabiduría e inocencia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2011 (3.ª edición). <<

[2] En inglés la confusión es más explicable: *Mised a glass*. Fácilmente confundible con Mister Glass (ndt). <<

[3] El que vende drogas heroicas (ndt). <<

[4] Ales: cerveza (ndt). <<

[5] Nacido en Inglaterra (1649), de orígenes oscuros, simuló una conspiración del Papa y los católicos ingleses para asesinar al rey y destruir el protestantismo. Los católicos sufrieron violentas persecuciones hasta que en 1685 Oates fue encarcelado, acusado de perjurio. Murió en 1705 (ndt). <<

[6] Referencia a la XVIIIa enmienda, vigente en los años 20 y comienzos de los 30, también conocida como «Ley Seca», que prohibía la fabricación, transporte y venta —y, por tanto, también el consumo— de bebidas alcohólicas (ndt). <<

[7] Isla en la que se desarrolla la acción del libro tercero de *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift (nde). <<

[8] Político inglés del siglo XIX, jefe del Partido Liberal y partidario de la autonomía de Irlanda. Firmó un pacto con el político irlandés Charles Parnell, quien más tarde fue acusado de terrorismo. Pese a ello, Gladstone mantuvo su política conciliatoria con Irlanda (nde). <<

[9] El 13 de febrero de 1692, siguiendo órdenes del Gobierno británico, inspiradas al parecer —como hace constar aquí Chesterton— por el subsecretario de asuntos escoceses, Dalrymple de Stair, el ejército a las órdenes de John Graham de Claverhouse, vizconde de Dundee, atacó por sorpresa a los McDonald de Glencoe, que se habían negado a jurar fidelidad al monarca británico Guillermo III a la muerte del rey escocés Jaime II (nde). <<

[10] Suburbio de Londres y barrio de los empleados. <<

[11] Secta espiritista. <<

[12] *Green* significa en inglés «verde» y Bagshaw alude al color amarillo del criado (ndt). <<

[13] Claro de Luna (ndt). <<

[14] Frase inglesa equivalente a «pedir peras al olmo». <<

[15] Segundo galán de una compañía de teatro. <<

[16] No otra cosa que bueno (ndt). <<

[17] Seguidor de la hipótesis de Gall, según la cual las distintas facultades del alma residen en regiones especiales del cerebro. <<

[18] Doctrina de Mesmer referida a la hipnosis en los animales. <<

[19] Juego de palabras intraducible por tomar pie en la grafía de las palabras *fakir* (faquir) y *faker* (estafador o embaucador) (ndt). <<

[20] El apellido del padre Brown significa castaño (ndt). <<

[21] Apodo que los norteamericanos dan a los españoles, portugueses e italianos. Corrupción del nombre Diego, muy común entre los héroes y aventureros del descubrimiento y conquista de América (ndt). <<

[22] *Mulberry*: en inglés mora, morado (ndt). <<

[23] *Hamlet*, en inglés significa aldea, pueblucho (ndt). <<

ÍNDICE